REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BIBLIOTECA SELECTA DE CLASICOS ESPAÑOLES

2.ª SERIE

POETAS

DRAMÁTICOS VALENCIANOS

TOMO SEGUNDO

MADRID
Tipografía de la «Revista de Archivos»
Olózaga, núm. 1
1929

POETAS DRAMÁTICOS VALENCIANOS

LEON SANCHEZ CUESTA
LIBRERO
Serrano, 29-Madrid-1
IMPORTADOR. nº 13

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BIBLIOTECA SELECTA DE CLASICOS ESPAÑOLES

2.ª SERIE

POETAS

DRAMATICOS VALENCIANOS

TOMO SEGUNDO

MADRID
Tipografía de la «Revista de Archivos»
Olózaga, núm. 1
1929

LA FAMOSA COMEDIA

DE

LA GITANA MELANCÓLICA

COMPUESTA POR

GASPAR AGUILAR

POETA VALENCIANO

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES

IRENE, *gitana.*
NUMA, *soldado.*
TITO, *emperador.*
MARIO, *capitán.*
TURNO, *soldado.*
GESTA, *soldado.*
Un MENSAJERO.
Un EMBAJADOR.
Una ESPÍA.
Un CRIADO.
Dos DOCTORES.
Dos MÚSICOS.
JOSEFO, *general de Jerusalén.*
ABER, *su hija.*
El PONTÍFICE *de Jerusalén.*
UNÍAS, ISMAEL, *soldados.*
Dos CONSILIARIOS.
Seis SOLDADOS.

LOA

Cubierta de ojos pintan a la Fama,
los carrillos hinchados, y una trompa
aliento siempre dando, con que inflama
del fiero Marte la lucida pompa;
su voz por todo el orbe se derrama,
aunque por varios casos se interrompa;
y pues todos la tienen por parlera,
pintar también con lenguas se debiera,

que si las lenguas doctas y elocuentes
no publican los hechos señalados
de los príncipes sabios y valientes,
en la paz y en la guerra aventajados,
quedarse han sin los premios competentes,
en olvido perpetuo sepultados,
pues del valor el premio es la alabanza,
que con peligros y sudor se alcanza.

Y aunque es oficio propio de la historia
celebrar sus hazañas y blasones,
muchos también ensalzan su memoria
haciendo dellas representaciones;
pues los que son celosos de la gloria
que se debe a tan ínclitos varones
sírvanse de prestar benigna audiencia,
y casi gozarán de su presencia.

FIN DE LA LOA.

JORNADA PRIMERA

(*Salen* IRENE, *gitana, y* NUMA, *soldado romano.*)

IRENE. ¿Tú te acuerdas, peleando,
de mí?
NUMA. No.
IRENE. Quiero creello,
pues me lo vas confesando.
NUMA. ¿He de acordarme de aquello
en que siempre estoy pensando?
¿No ves que suelo pensar
siempre en tu amor verdadero,
y que, en ley de bien amar,
nadie se puede acordar
sin olvidarse primero?
¿Por qué, Irene, has pretendi-[do
decir que la fe te pierdo?
que yo, como amante cuerdo,
por no decir que me olvido,
he dicho que no me acuerdo.
IRENE. Tu razón, Numa, no abones;
pues, bien mirado, está llena
de engaños y de traiciones,
que pocas veces es buena
razón que funda en razones;
lo mejor es confesar
que dijiste el no de veras.
NUMA. Escúchame.
IRENE. No hay lugar.
NUMA. Irene hermosa, no quieras
hacerme desesperar,
que por la gloria que ves
que de tu vista me ofrece
tan soberano interés;
por (1) la tierra que merece
besar tus hermosos pies;
por las lucientes estrellas
que sólo a tu perfición
rinden ventaja, pues ellas
son infinitas y son
menos que tus gracias bellas;
por el rubio sol dorado
a quien ilustrando vas
con tu resplandor sagrado,
y por ti que vales más
que todo lo que he jurado,
que me burlé, no estés triste,
que me anuncias mal suceso.
IRENE ¡Cuán mal mi pecho entendiste!
No digas tal, que confieso
que burlando lo dijiste.
Confío de tu valor,
aunque esto es descuido mío,
pues mirándolo mejor,
por la parte que confío
dejo de tenerte amor.
En gran confusión me has [puesto
con lo que dijiste agora.

(*Tocan al arma dentro, y dicen*:)

VOCES. ¡Al arma, al arma!
NUMA. ¿Qués esto?
IRENE. Al arma tocan.
NUMA. Señora,
conviene que vaya presto,
porque no digan jamás
que he dejado de ser hombre.
IRENE. Numa invencible, ¿dó vas?
NUMA. A merecer ese nombre
que de invencible me das.
Voy luego a dar el asalto
contra este pueblo traidor,
porque tengo sobresalto
que ha de ser contra mi honor,
si en él por ventura falto.
Dios sabe, Irene, cuál salgo
destos gustos, de bien llenos;
pero importa sufrir algo,
porque nadie me eche menos,
y me halle do más valgo;
que por ser tu padre Tito,
nadie el decoro te pierde.
IRENE. Pésame, Numa, infinito
que dejes el árbol verde
de mi esperanza marchito.
NUMA. Señora, dame lugar.
IRENE. Si buscas, fiero arrogante,
fuerza para conquistar,
¿qué fuerza podrás hallar

(1) En el texto: *por.*

como una mujer amante?
Si buscas muro des[h]echo,
aquí está mi libertad
por ti puesta en tanto estrecho;
si buscas una ciudad,
Babilonia está en mi pecho;
¿qué quieres, ingrato, hacer?
¿Así pones en olvido
tu nobleza y mi querer?
¿Así dejas lo vencido
por lo que está por vencer?
Guerra tus manos me den
primero que en este día
la des a Jerusalén.

NUMA. Irene del alma mía,
bien dices, mas no haces bien;
porque aunque quiera sufrir
que mi honra se destruya
en dejarme de partir,
por lo que toca a la tuya
no lo debo permitir;
y así, me parto y me estoy,
y tanto al ánimo y miedo
iguales parias les doy,
que por mi honra me quedo
y por la tuya me voy.
Y no solo por ti es bien
emprender hechos tan graves (1)
mas por tu padre también,
que ha cercado, como sabes,
a la gran Jerusalén;
y aunque le voy a valer
en aquesta guerra fiera,
contrario quisiera ser,
porque tu padre tuviera
un hombre más que vencer;
adiós.

IRENE. Pues me has de dejar,
que mires por tu persona
sólo te quiero encargar.

VOCES. (*Dentro*)
¡Al arma, al arma!

NUMA. Perdona;
que ya no puedo esperar.

(1) En el texto: *grandes.*

IRENE. Desesperada me dejas
en el mar de mis tormentos,
por ver, Numa, que te alejas
más ligero que los vientos,
que ya importuno con quejas.
Qué es esto que pienso hacer?
Si siendo corta, no puedo
esta ausencia padecer,
¿cómo he de sufrir el miedo
de que eterna pueda ser?
Puede ser que el cielo acuda
con un golpe tan mortal,
que no pueda dalle ayuda;
mas, triste, si ha de ser mal,
¿para qué lo pongo en duda?
Cierto será el dolor fuerte
que ya imaginando voy;
y es tan contraria mi suerte,
que porque no muera, estoy
por desealle la muerte.
Amor, que eres en la tierra
Dios de los enamorados,
ciego que la luz destierra
y guía de los soldados,
por lo que tienes de guerra,
quítale a Numa la venda
de los ojos, porque ver
pueda a cualquier que le ofenda,
y vuélvesela a poner
cuando olvidarme pretenda.

(*Salen* TITO, *emperador, y* MARIO, *capitán, y* TURNO, *soldado, romanos.*)

TITO. Ya que sale deste asalto
victorioso mi escuadrón,
bien podemos hacer alto.

IRENE. ¿Qué es esto, que el corazón
me da grande sobresalto?
Mi padre viene.

TITO. Mandad,
Mario, a mi gente que al punto
se aleje de la ciudad.

(*Vase* MARIO.)

IRENE. Todo el bien me viene junto,
si lo que pienso es verdad.

TITO. Hija.
IRENE. Señor.
TITO. Gloria mía,
sólo el verte me faltaba;
porque cuando combatía,
vive el cielo, que pensaba
más en ti que en lo que hacía.
¿Cómo estás?
IRENE. ¿Cómo he de estar,
sino contigo luchando
con el temor y el pesar
que sintió mi alma cuando
mandaste al arma tocar?
TITO. Dormirías, hija mía;
y el rumor te ha despertado.
IRENE. Pienso, señor, que dormía;
porque el gozo que tenía,
sin duda ha sido soñado.

(*Sale* MARIO, *capitán.*)

MARIO. Todos, señor, al real
se recogen.
TITO. ¿Qué se ha hecho
en este asalto mortal?
Dilo luego.
IRENE. No sospecho
de Numa buena señal.
MARIO. Bien sabes, Tito invencible,
questas murallas soberbias,
que un tiempo tuvo la paz,
entapizadas con hiedra,
estaban llenas de gente
y de pertrechos de guerra,
cuando llegaron los tuyos
con las armas a ofendellas.
Sabrás pues que en comenzando
a combatir las almenas,
vieron como en los castillos
tremolaban las banderas;
hablando mejor, temblaban,
más de nuestras gentes fieras,
que las vieron, que del viento
que daba entonces en ellas.
Y cada cual codicioso
de tan vitoriosa empresa,
arrimaron todos juntos
al muro las escaleras;
adonde estaba de gente
una gruesa nube espesa,
que con truenos de amenazas
arrojó lluvia de piedras.
Trabóse allí una batalla
tan cruel y tan sangrienta,
que el fuerte muro quedó
todo cubierto de flechas,
el sol, de color de sangre;
el suelo, de gente muerta;
tu campo de regocijo,
y el alto cielo de quejas.
Mas después de retirados,
hallamos, señor, por cuenta
que son trescientos los muertos,
los cautivos ciento y treinta,
y que esto no cuesta nada;
bien es verdad que nos cuesta
la persona del gran Numa,
que en la ciudad queda presa,
porque quiso adelantarse
a todos en la pelea;

(*Desmáyase* IRENE.)

que de adelantarse a todos,
nacen semejantes penas.
TITO. Hija, ¿qué te causa espanto?
¡Tenelda, que se desmaya
sin preceder ningún llanto;
¡mal haya el placer, mal haya
vitoria que cuesta tanto!
¿Desmayóse?
TURNO. Señor, sí.
MARIO. El color tiene perdido.
TITO. Hija mía, vuelve en tí.
IRENE. Padre, de mí no he salido;
que yo nunca estuve en mí.
Antes a decirte vengo
que ocupada el alma queda
con el dolor que mantengo;
si [h]ay cosa alguna que pueda
ocupar lo que no tengo.
TITO. ¡Qué! ¿No tienes alma?
IRENE. No;
ni a tenella más me ofrezco,

pues tanto mal me causó.
TITO. ¿Quién padece?
IRENE. Yo padezco.
TITO. Y ¿quién es la causa?
IRENE. Yo.
TITO. Sin duda es melancolía
que del cuento le ha nacido.—
(*Aparte.*)
Mi bien, mi luz, mi alegría,
(*Alto.*)
¿por qué ocasión has querido
perturbar la gloria mía?
Ensancha ese corazón;
llora un poco.—Mas no llores,
que me darás más pasión.
¿Turno?
TURNO. Señor.
TITO. Los dotores,
haced en esta ocasión
que vengan con brevedad.
TURNO. Haré que vengan al punto.

(*Vase.*)

TITO. Di, ¿no te causa piedad
ver que me tiene difunto,
Irene, tu enfermedad?
Serena tus bellos ojos,
que un tiempo, por ser tan bellos,
eran del sol los despojos,
y agora ex[h]ala por ellos
el corazón sus enojos.
¿No sabes que el ser te di?
¿Por qué dármele no quieres,
en mirar, hija, por ti,
o por mí mismo, pues eres
un yo apartado de mí?
Mas si nuestros cuerpos son
conformes en la unidad,
¿cómo el mío con razón
padece tu enfermedad,
y no sabe la ocasión?
Y pues no puedo saber
sino sufrir tu dolencia,
sin duda debe de ser
aquesta correspondencia
para solo el padecer.

(*Salen* TURNO, *soldado, y dos* MÉDICOS.)

TURNO.
Como mandaste, vienen los doctores.

TITO.
¡Oh amigos de mi alma y de mi vida!
Mirad la gloria de mis tristes ojos
cuán afligida queda entre los brazos
del que le dió la vida y ser que tiene;
de la misma manera que la parra,
que aunque viene a secarse, por[que] el [tiempo
le quita la virtud vegetativa,
queda abrazada con el árbol suyo.

MÉDICO.
¿No sabremos, señor, qué fué la causa
deste mal repentino?

TITO.
En este punto,
en este punto miserable y triste,
sin ninguna ocasión, sin causa alguna,
estuvo a pique de perder la vida.

MÉDICO.
Pues, señor, no te aflijas ni congojes;
porque considerando el sudor frío,
la poca calentura, el rostro pálido,
y el color denegrido de los ojos,
es humor melancólico.

TITO.
¿Es posible
que el humor melancólico la ponga
en tan grande peligro?

MÉDICO.
No te espantes,
que otros mayores daños causar puede,
y para mitigar el que le ha hecho,
importa que se alegre.

TITO.
¿Quién?

MÉDICO.
La Infanta.

TITO.
Si pudiese alegrarse no sería
nada su enfermedad.

MÉDICO.

Pues si no puede,
mándale luego hacer fiestas y juegos,
de manera que pueda divertirse;
que las cosas de gusto y alegría
son de mayor provecho que las yerbas
para esta enfermedad.

TITO.

Mucho me holgara
que fuera menester mi propia sangre
para curar la que es mi sangre propia;
mas, pues haciendo fiestas y alegrías
curar se puede enfermedad tan grande,
quiero poner por obra ese consejo.—
¿Mario?

MARIO.

Señor.

TITO.

Procura que mi gente
deje las armas de las manos fieras,
y que toda se ocupe y entretenga
en hacer fiestas, juegos, regocijos,
máscaras, danzas, bailes y otras cosas,
para ver si con ello se divierte
mi desdichada hija; y al momento
puedes hacer que se publique un bando
con el cual se prometan grandes premios
a todos los que en esto se ocuparen;
y al que fuere tan diestro, que le pueda
causar el regocijo que pretendo,
alegrando su bellos, tristes ojos,
le ofrecerás aquello que pidiere,
después que [h]aya salido con la empresa,
no embargante que pida cualquier cosa:
que por el bien de Irene, que es el mío,
daré toda mi hacienda y aun mi vida.

MARIO.

Yo me parto, señor, a obedecerte.

(*Vase.*)

TITO. ¿Qués aquesto, Irene amada,
que en tu gusto no me empleas?
IRENE. Si hacer mi gusto deseas,
no dejes, padre, hacer nada.
TITO. Grande es tu pena y dolor.
MÉD. La tuya, señor, no ablande;
que aunque su dolor es grande,
la medicina es mayor.
TITO. Tanto en aquesto confío,
que tengo el alma resuelta
en dar con ella una vuelta
por el ejército mío;
pues en todo lo criado
no [h]ay cosa, a mi parecer,
tan hermosa como ver
un ejército formado.
Quizá el velle será parte
para curar su dolencia.
¿Dónde vais?
MÉD. Con tu licencia.
queremos acompañarte.
TITO. No [h]ay deso necesidad.
MÉD. Queremos ir, si te place,
por ver qué discurso hace,
señor, esta enfermedad.

(*Vanse.*)

(*Salen* DOS JUDÍOS *con* NUMA, *preso.*)

JUD. 1.° Tu crueldad fué tan crecida,
que, por darte muerte fiera
continuamente quisiera
darte y quitarte a vida.
NUMA. Pues, hermanos, ¿qué hice yo,
que me tratáis desta suerte?
JUD. 1.° Diste a mi hermano la muerte
y al padre que me engendró.
NUMA. Mirad con razón lo hecho;
veréis mi satisfación.
JUD. 1.° El enojo y la razón
nunca viven en un pecho.
¡Tú has de morir.
NUMA. ¡Oh traidor!
No me pesa de mi muerte,
sino por morir de suerte
que soy Sansón de mi honor;
porque con ella ofrecerme
quise, y morir por vencer;
y así, fuistes menester
tantos mil para ofenderme,

pues en esta guerra vil
dos mil hombres me prendistes,
tres mil atar me pudistes,
y matarme cuatro mil;
y quieran los dioses santos,
porque no muera mi nombre,
que entre tantos haya un hombre
que diga que fuistes tantos.

JUD. 1.° Aquí todos cuentan mal;
mejor es que él mismo cuente
los que le damos.

JUD. 2.° Detente.

JUD. 1.° ¿Quién es?

JUD. 2.° Nuestro general.

(*Sale* JOSEFO, *general de Jerusalén.*)

JOSEFO. ¿Qué es esto, pueblo villano?
¿De qué hacéis tantos estremos?

JUD. 1.° Matar, Josefo, queremos.

JOSEFO. ¿Matar?

JUD. 1.° Sí.

JOSEFO. ¿A quién?

JUD. 1.° A un romano.

JOSEFO. ¿Ha hecho algún desconcierto?

JUD. 1.° Es tan fiero en el combate
que no hay hombre de quilate
que por él no quede muerto.
Y tanto, que me dejó
a mí sin padre ni hermano;
y así, con mi propia mano
tomo la venganza yo.

JOSEFO. Sin duda, cobarde gente,
loca, infame, mal nacida,
que no le quitáis la vida
sino porque fué valiente;
más honra fuera, por cierto,
que ese castigo llevara
primero que no os matara
esos que decís que ha muerto;
que él está, como enemigo,
obligado a pelear,
y vosotros a mirar
que no merece castigo,
mas vuestros pechos ardientes,
que en la venganza se inflaman,
no viven si no derraman
sangre de hombres inocentes.
Pues si con tal tiranía
los romanos nos cercaron,
fué por la que derramaron
vuestros padres algún día;
que aunque yo sus desvaríos,
como vosotros, heredo,
pues los conozco, los puedo
llamar vuestros, y no míos.
Templad, templad esa furia
tan indigna de alabanza;
que nunca [h]ay sed de venganza
donde no [h]ay fuego de injuria.

JUD. 1.° ¿Los nuestros muerte reciben,
y este ha de vivir aquí?

JOSEFO. ¿No es cautivo?

JUD. 1.° Señor, sí.

JOSEFO. Pues con aquesto reviven;
questo de prender cautivos
hace a la patria dichosa;
pues por ser tan belicosa,
prende los contrarios vivos.
Dejalde.

JUD. 1.° ¿A quién?

JOSEFO. Al romano
quiero que luego dejéis,
si en su lugar no queréis
dejar la vida en mi mano.

JUD. 1.° Luego ¿porque fué homicida,
la vida le has concedido?

JOSEFO. Digo que porque lo ha sido
le quiero otorgar la vida.
¿Qué queréis?

JUD. 1.° Desta sentencia
pedirle al cielo justicia.

(*Vanse los* JUDÍOS.)

NUMA. Príncipe de la milicia,
espejo de la clemencia,
dame esas manos.

JOSEFO. No pruebes
[a] estar tan agradecido;
que este bien que has recebido
a tu nobleza lo debes.

NUMA. Hablas al fin como hidalgo,
por aventajarte en todo.

JOSEFO. No me trates dese modo.
NUMA. Bien es parecerte en algo.
JOSEFO. Sepamos cómo te llamas.
NUMA. Numa.
JOSEFO. ¿Numa?
NUMA. Sí, señor.
JOSEFO. ¿Tú eres Numa, el triunfador
de tantas vidas y famas?
¿Tú eres el fuerte varón
que dió a mis gentes la muerte?
NUMA. El varón soy, mas no el fuerte.
JOSEFO. Pésame de tu prisión.
NUMA. ¿Por qué della te ha pesado?
JOSEFO. Por tu mal primeramente,
y por la infinita gente
que [h]abrá sin duda costado.
NUMA. ¿Tú puedes quererme bien?
¿Cómo ès esto?
JOSEFO. No te asombres;
que no sólo vences hombres,
mas voluntades también.
Mil cosas te vi emprender
desde el muro donde estaba;
y aunque en mi daño, me holga-
Numa, de verte vencer: [ba,
que tus golpes y rigores
daban muertes diferentes
de admiración a mis gentes,
y a mi corazón de amores.
Y tanto holgaba de verte
hacer invidioso a Marte,
que, trasportado en mirarte,
me olvidaba de ofenderte.
NUMA. ¿De todo quieres la palma?
¿No basta con pecho altivo
tener el cuerpo cautivo,
sino cautivarme el alma
con tantas obligaciones?
JOSEFO. La mayor queda por ver.
NUMA. Luego ¿mayor puede ser?
JOSEFO. Sí.
NUMA. ¿Cómo?
JOSEFO. ¿En duda lo pones?
Sabrás que quiero que entien-
y entienda Roma también, [das,
que aún tiene Jerusalén
personas que tienen prendas;
y aunque no las [h]ay en mí,
yo quiero agora probar
que soy hombre de fiar,
sóo en fiarme de ti:
que aunque esto es propia ala-
confiarme en este aprieto [banza,
de mi contrario, es efeto
de sobrada confianza,
y así, si me das palabra
que tu vuelta será cierta,
yo haré luego que la puerta
de la ciudad se te abra.
NUMA. Yo te prometo, señor,
que he de volver a morir.
JOSEFO. Pues al campo has de salir
con nombre de embajador.
Y advierte que la embajada
que agora pretendo darte
es de mi parte, y de parte
de aquesta ciudad cercada.
Dile a Tito que le ruego
y pido con humildad
que destruya esta ciudad,
si pretende, a sangre y fuego;
sólo que no la destruya
con este azote siniestro,
porque es mucho daño nuestro
y poca alabanza suya.
Pero si pretende hacer
que nadie se desespere,
y con un concierto quiere
su vitoria engrandecer,
lo que harás en nombre mío,
haré guardar en mi nombre,
en señal de que soy hombre
que de un contrario me fío.
Si crédito no te da,
ponle al cielo por testigo;
mas está tan mal conmigo,
que aun testigo no será.
Y mira bien que le cuentes
la hambre y necesidad
que padece esta ciudad,
cabeza de tantas gentes.
Todo aquesto que te digo,

con respeto y con amor
dirás como embajador,
y rogarás como amigo.

NUMA. Es tu buen término tal,
Josefo, que ser quisiera
General porque pudiera
darte gusto general;
pero queda satisfecho
de mi intrínseca afición.

JOSEFO. Ya he visto tu corazón,
que se trasluce en el pecho.

(*Sale* UNÍAS, *judío.*)

UNÍAS. Pues, señor, ¿qué haces acá?

JOSEFO. ¿Dó vas?

UNÍAS. A llamarte.

JOSEFO. Escucha.

(*Háblale al oído.*)

Y con diligencia mucha
se ha de hacer.

UNÍAS. Luego se hará.

JOSEFO. Bien puedes, Numa, salir
de la ciudad cuando quieras.

UNÍAS. Vamos, romano.

JOSEFO. ¿Qué esperas?

NUMA. Quiérome antes despedir;
mas despedirme no debo
de ti ahora, aunque me voy,
que en ti convertido estoy
mientras este cargo llevo.

JOSEFO. También yo me siento en ti
tan de veras convertido, ...
que aun la palabra no pido
de que volverás aquí,
porque sé que has de volver
adonde tú mismo estás,
que soy yo.

NUMA. No digas más,
que no sabré responder;
pues para estar satisfecho
de que en mí no habrá mudanza [za (1),
no quieras mayor fianza
que la nobleza que has hecho.
Quédate en paz.
Dios te guíe.

(*Vanse* NUMA *y* UNÍAS.)

¿Qué es esto? De mí me espanto.
¿Que en cosa que importa tanto
de mi contrario me fíe?
Mas quiero volver en mí
antes que más quejas dé,
pues primero le obligué
con la vida que le di:
y aunque esta es verdad sabida,
yo sé que queda obligado
con haberme dél fiado,
más que con darle la vida.
Y por eso, a pensar vengo
que si deja de volver,
por castigarme ha de ser
de la duda que dél tengo,
pues sin razón desconfío
de un hombre noble obligado.

(*Sale* UNÍAS, *soldado judío.*)

UNÍAS. Como mandas te he sacado
a Numa fuera.

JOSEF. ¡Hijo mío!
El cielo dará aparejo
para tu boda algún día;
¿qué me querías?

UNÍAS. Quería
decirte cómo el Consejo
te llama.

JOSEFO. Quiero ir a ver
si hay de remediarnos modo.

(*Vase.*)

UNÍAS. Yo sé que serás en todo,
como siempre, menester.
En puesto alegre me deja,
si, a pesar de mi tormento,
escucha Aber el acento
de mi lamentable queja.
¡Ay, Aber! ¡Ay, mi alegría!
¿Cuándo, di, el tiempo ha de ser
en que cumplida he de ver
la larga esperanza mía?

(1) En la ed. 1614: *prouecho.*

(*Sale* ABER, *hija de* JOSEFO, *a una ventana.*)

ABER. A Unías siento, y no dudo
de acudir a su dolor, (*Ap.*)
porque me han hecho el amor;
oveja, que siempre acudo
al silbo de mi pastor.
Unías.

UNÍAS. Señora.

ABER. Espera,
que ya voy.

(*Vase.*)

UNÍAS. Sin duda quiere
que con esperanzas muera,
pues ha sido la primera
palabra decir que espere;
que como las cosas son
tan sujetas a mudanza,
cualquier acto de afición
que empieza por esperanza
para en desesperación.
Mas este discurso es malo,
porque la discreta Aber,
como mi esposa ha de ser,
sin duda que algún regalo
debe de quererme hacer.

(*Sale* ABER.)

ABER. ¿Ya no me quieres hablar?

UNÍAS. ¿No sabes que no me atrevo?

ABER. ¿De dó vienes?

UNÍAS. De buscar
a tu padre.

ABER. ¿Qué hay de nuevo?

UNÍAS. Hale mandado llamar.

ABER. ¿Quién?

UNÍAS. El Consejo.

ABER. ¿Qué quiere?

UNÍAS. Remediar con brevedad
la gente desta ciudad,
que, como sabes, se muere
de hambre y necesidad;
y asi, quieren emprender
el postrer remedio agora
de poderla socorrer.

ABER. ¿No lo sabes?

UNÍAS. No, señora,
que no se puede saber.

ABER. Y tú, mi bien, ¿cómo estás?
Porque si algo no has comido
enflaquecido estarás.

UNÍAS. Al menos, envanecido
con el favor que me das.

ABER. ¿Tienes pan?

UNÍAS. A[h]ora me dan
un pan, que hace una comida
más sabrosa que un faisán.

ABER. ¿Qué pan comes, por tu vida?

UNÍAS. Pan con ojos, que es buen pan.
Es pan que, por mi interés,
no hayas miedo que lo tome
en esta boca que ves;
que, como con ojos es,
también con ojos se come.

ABER. Déjate de enternecer;
dime si has comido, Unías.

UUÍAS. Bien ha seis días, Aber,
que no como.

ABER. Si ha seis días,
menester será comer.
No [h]ay en toda la ciudad
sino este pan de salvado;
y pues por grande amistad
a mi padre se lo han dado,
quiero darte la mitad.

UNÍAS. Y la otra ¿adónde ha de ir?

ABER. Mi padre la ha llevar.

UNÍAS. Tú ¿qué tendrás?

ABER. El partir.

UNÍAS. Y ¿eso es bueno?

ABER. Sí, que el dar
es mejor que el recebir,
que pues la hambre importuna
este poco pan reparte
por mano de (1) la fortuna,
para mí la mayor parte
será no tener ninguna.
Iguales las partes van;

(1) En el texto: *da.*

toma.

UNÍAS. Mil gracias te doy;
que pues los cielos me dan
pan de salvado, yo soy
el salvado deste pan;
y no imagines, Aber,
que yo le quiero llevar
agora para comer,
sino para publicar
el valor de una mujer.
Llamarte han luz de mujeres
los ingenios más sutiles,
y pues con pan te prefieres
a las damas, los gentiles
te darán nombre de Céres;
que pues perdiendo se van
todos los nombres que al hombre
más lustre y valor le dan,
para conservar tu nombre
será bien ponelle en pan;
mas, pues por ti le he tomado,
págame aquesta amistad.

ABER. ¿En qué quieres ser pagado?

UNÍAS. En que tomes la mitad
desta mitad que me has dado;
luego la has de recebir,
que si yo con esta parte
cuatro horas puedo vivir,
y tú, mi bien, por faltarte,
al momento has de morir,
de la vida que me das
la mitad toma a lo menos,
y al justo lo partirás:
viviré dos horas menos
y tú, Aber, dos horas más.
Toma, por me dar contento.

ABER. Soy contenta; pues me abona
con eso mi atrevimiento;
voyme.

UNÍAS. ¿Dónde vas?

ABER. Perdona,
que quiero entrarme al momento;
que aunque mi esposo has de [ser,
gran parte de mi decoro
podría en esto perder.
(*Vase.*)

UNÍAS. Aunque te vas, yo te adoro
por diosa, y no por mujer.
Sepan todas cómo das
a las mujeres luz pura,
con que ilustrando las vas,
porque el sol de tu hermosura
reverbera en las demás;
por decirlo a cuantas son
luego me quiero partir;
luego, porque no es razón
del tiempo que tardo en ir
quedarte en restitución.
(*Vase.*)

(*Salen* TURNO, *soldado, y* MARIO, *capitán.*)

TURNO.
¿Qué te parece de las fiestas?

MARIO.
Pienso
que Tito ha de volverse como Irene
según anda suspenso y melancólico,
procurando con fiestas y alegrías
enternecer un frío mármol duro.

TURNO.
¿Qué tal está la sin ventura Infanta?
¿Por qué la quiere tanto?

MARIO.
Es larga historia.

TURNO.
Dímela en dos palabras.

MARIO.
Porque es hija
de una reina de Egipto, a quien un tiempo
quiso más Tito que a sus propios ojos;
y así, la viste siempre con el traje
que llevaba la Reina su querida,
porque le representa más al vivo
la bella imagen de su muerta madre.

TURNO.
¿Que ya murió la Reina?

MARIO.
Sí, y por eso

quiso Tito quedarse con Irene,
y llevarla consigo.

TURNO.

Escucha, espera;
¿qué gente viene aquí?

MARIO.

¿No ves que vienen
de divertir a Irene por el campo?

(*Salen* TITO, *los* MÉDICOS, DOS MÚSICOS. *Sacan a* IRENE *en un estrado.*)

TITO. ¿No te alegra y entretiene
la música?

IRENE. El alma mía
con nada, señor, se aviene,
porque pierde el alegría
conmigo el poder que tiene.

TITO. ¿No te has visto en los espejos
de los rayos del sol rojos,
que en las armas desde lejos
reverberan, y en los ojos
hacen gallardos reflejos?
¿No has visto que torneaban
muchos al son de las cajas,
y con las picas se daban
de modo que ellas quedaban
hechas astillas y rajas?
¿No has visto tantas banderas
por el aire tremolando?
¿No has visto algunas hileras
que peleaban burlando,
por vencer tu mal de veras?
Y al fin, ¿no me has visto a mí,
que lo procuraba todo?
¿Por qué no te alegras? Di.

MÉD. Señor mío, dese modo
la entristeces.

TITO. ¿Cómo ansí?

MÉD. Porque los desta pasión
entán siempre tan ajenos
de la consideración,
que nada pretenden menos
que lo fundado en razón.
Déjala, señor, y calla,
que el tiempo la ha de curar.

TITO. Bien podría yo dejalla,
si el deseo de curalla
me pudiese a mí dejar.

(*Sale* NUMA, *como embajador de Jerusalén.*)

NUMA. Aunque de Jerusalén
salgo sin alzar bandera,
perdóname.

TITO. ¡Oh grande bien!
¿Numa?

MARIO. ¿Hermano?

TURNO. ¿Amigo?

NUMA. Fuera,
que no soy Numa.

Pues ¿quién?

NUMA. Un embajador, que vengo
agora de la ciudad.

MARIO. ¿No eres cautivo?

NUMA. Es verdad,
que una obligación que tengo
me puso en cautividad.

TITO. Yo te libraré.

NUMA. No esperes
verme libre.

TITO. Numa amigo,
yo te libraré, si quieres.

NUMA. ¿Numa me llamas?

TITO. Sí.

NUMA. Digo
que no lo soy.

TITO. Pues ¿quién eres?

NUMA. Mientras la embajada doy,
soy la ciudad, y después
seré lo que siempre soy.

TITO. Dime la embajada, pues,
que ya escuchándola estoy.

NUMA. ¡Oh espejo muy excelente,
en quien se mira la tierra,
y aun el sol resplandeciente,
respetado en paz y en guerra
por piadoso y por valiente!
Suspende el rigor de Marte,
con quien tanto agora privas,
mientras pretendo rogarte
que de la ciudad recibas

las parias que quiere darte.
Mas si no [h]ay piedad ningu-
con tu pecho soberano, [na
ve a gozar de tu fortuna,
porque la hambre importuna
no te gane por la mano,
que ya están todos de modo
que los podrás destruír,
pues han venido a sufrir
tan grande hambre de todo,
que la tienen de morir.
Postra, ¡oh gran Tito!, por
sus pensamientos altivos; [tierra
que serán, si son cautivos,
muertos para hacerte guerra,
y para alabarte, vivos:
que aunque vencedor te llama
tu gente, es muy ordinario;
que cuando sale la fama
por la boca del contrario,
más se publica y derrama.
Deja de escribir tu historia
con la espada y con la lanza,
porque ya es cosa notoria
que el matar es más venganza,
pero el prender más vitoria.

TITO. ¿No sabé[i]s, embajador,
que con cartas me combate
mi padre el Emperador
porque a los cercados trate
con aspereza y rigor?
Así que, pues vos sabéis
que mi padre me molesta,
a la embajada propuesta
vos mismo daros podéis
deste a[h]ora la respuesta.
Bien me puede perdonar
la ciudad, que con batallas
la pretendo conquistar,
y sus soberbias murallas
por el suelo derribar.

NUMA. ¿No haremos concierto alguno
para que no queden muertos?

TITO. No me seáis importuno,
que no quiero hacer conciertos
con quien no guarda ninguno.
Esto por respuesta os doy.

NUMA. Pésame que digas eso.

TITO. ¿Eres Numa?

NUMA. Numa soy.

TITO. Hablemos, pues.

NUMA. Sea presto,
porque al momento me voy.

TITO. ¿Luego? ¡

NUMA. Sí.

TITO. ¿Dónde?

NUMA. Señor,
voy a volver la respuesta.

TITO. ¿No me diréis, por mi amor,
qué novedad es aquesta
de haber sido embajador?
Porque no hay a quien no
de tan repentino bien; [asombre
decidlo.

NUMA. Sabrás que un hombre
de los de Jerusalén,
que Josef tiene por nombre,
como en la ciudad me viese
puesto ya el cuchillo al cuello,
hizo que vida tuviese,
y quiso, en paga de aquello,
que esta embajada trujese,
porque pudiese advertir
lo que fuese menester;
pero quísome pedir
la palabra de volver,
que al momento he de cumplir.

TITO. Aunque lo [h]ayas concertado
con tu enemigo, no estás
de ningún modo obligado.

NUMA. Agora me obligas más
con el nombre que le has dado,
porque él con mucha afición
me dió el cargo con que vengo;
y así, vuelvo a la prisión
contra mi gusto, pues tengo
de volver obligación;
que si volviera de grado
al lugar de do he salido,
todo quedará igualado,
porque él me hubiera vencido
y yo le hubiera obligado:

que de vencer a obligar
hay muy poca diferencia.

TITO. ¡Cuán bien sabes esforzar
tu razón!

NUMA. Dame licencia.

TITO. No te la puedo negar,
aunque sólo por tu gusto
tu reputación destruyas.
Háblale, Mario.

MARIO. Di, ¿es justo
que de tus amigos huyas
con tal sobresalto y susto?
Perdóname, que te digo
esto, por ser el mayor.

NUMA. Bien está; pero es mejor
que tú quedes sin amigo
que tu amigo sin honor.

TITO. Ruégaselo tú también.

TURNO. Deja, Numa, esas quimeras,
porque no parecen bien;
¿no ves que te desesperas
volviendo a Jerusalén,
y ques locura?

NUMA. Eso no;
que antes yo pagar confío
a quien la vida me dió.
Bueno será que un judío
tenga más valor que yo,
y que me [h]aya de vencer
en obligación y en todo.

TITO. [H]ora bien, por no perder
este hombre, de cualquier modo
estorballe es menester.
Hija, ruégale, si quieres,
que determine quedarse;
que lo hará por quien tú eres,
y porque suele emplearse
siempre en servir las mujeres.

IRENE. [H]abrásme de perdonar;
que por mis penas y enojos
estoy tan hecha a llorar,
que se lo [h]abré de rogar
con lágrimas en los ojos.

TITO. Poco importará que llores;
que también descansarás
de tus penas y dolores.

IRENE. Quizá me cansarán más
y los sentiré mayores.
Numa, ¿qué cautividad
es ésta que fingir quieres
tan contra tu autoridad,
que así matas y así mueres
por volver a la ciudad?
Si piensas que han de decir
los que dentro de ella están
que no has querido cumplir
tu palabra, no podrán,
porque luego han de morir;
y pues no ha de quedar vivo
ninguno de cuantos son,
sepamos por qué razón
el volver a ser cautivo
fundas en obligación.
¡Ay, Numa, no lo permitas!
¡Mira que si en ese abismo
te arrojas y precipitas,
te deberás a ti mismo
la libertad que te quitas!
No quieras ser homicida
de quien en todo te aplace;
basta que Irene te pida
la libertad, pues que hace
lo que no pensó en su vida.

TITO. Ella por sus males llora,
y Numa se habrá pensado
ques por esto.

NUMA. ¡Oh, mi señora!
¡Oh, luz del que te ha engendrado,
en el alma que te adora!
Suspende el llanto excesivo;
que yo ser cautivo quiero.

IRENE ¿Que mueres por ser cautivo?

NUMA. No es razón decir que muero;
que antes yo por serlo vivo.
Ser cautivo, ¿quieres ver
si encierra misterios grandes?
Que por quererlo yo ser,
he venido a merecer
que lo contrario me mandes.

IRENE. No te ha cegado el amor,
pues sabes hacer tal prueba.

NUMA. Aunque es ciego el amador,

puede ver mucho, si lleva
los antojos de su honor;
yo con ellos me autorizo,
porque ciertamente sé
que la fortuna los hizo
de vidrio, y por eso fué
cada cual tan quebradizo;
y así, me conviene hacer
aquesta prueba de mí.

IRENE. ¿Dó vas?

NUMA. A poder volver,
pues si no me voy de aquí
no lo podré merecer.

(*Vase.*)

TITO. Tampoco Irene hizo nada.

IRENE. ¡Ay, mísera; ay, afligida;
ay, triste; ay, desconsolada;
de enemigos perseguida;
de amigos desamparada;
de la casa del tormento
firme y sólida columna;
de las furias aposento,
terrero de la fortuna,
básis del cuarto elemento,
y al fin, destierro del bien,
donde sólo el mal consiste!

TITO. ¿Hija?

IRENE. Padre mío.

TITO. ¿A quién
dices todo aquesto?

IRENE. ¡Ay, triste!

TITO. Responde.

IRENE. A Jerusalén.

TITO. ¿Por qué ofendiéndola estás,
siendo una ciudad tan bella,
que escurece a las demás?

IRENE. Porque estando Numa en ella,
esto será y mucho más.

TITO. ¿Luego Numa es instrumento
de sus desventuras?

IRENE. Sí.

TITO. Sin duda sales de ti.

IRENE. Pues no salgo con mi intento,
bien es que salga de mí.

(*Sale un* CRIADO *de* TITO, *romano.*)

CRIADO. Un maestro de danzar,
señor, llamado Cipión,
obedeciendo el pregón
que has hecho, quiere alegrar
de su Alteza el corazón,
y quiere hacer una danza.

TITO. Dale, pues, licencia, hija.

IRENE. Pierda deso la esperanza,
que a mí no me regocija
cosa que estriba en mudanza;
y así, me voy; que mis ojos
no han de ver de aquí adelante
sino tristezas y enojos.

(*Vase como huyendo* IRENE.)

TITO. Sigâmosla, no la espante
la furia de sus antojos.

(*Vanse todos tras ella.*)

JORNADA SEGUNDA

(*Salen el* PONTÍFICE *de Jerusalén y dos* JUDÍOS.)

PONTÍFICE.

Mucho tarda Josefo.

JUDÍO.

Yo sospecho
que está ocupado en cosas de importancia,
de las que tocan al común provecho.

PONTÍFICE.

Si hubiese destos hombres abundancia,
nunca venciera el capitán de Roma
con tan grande soberbia y arrogancia.

JUDÍO.

Ya me parece que Josefo asoma.

(*Sale* JOSEFO *y* ISMAEL, *judío.*)

PONTÍFICE.

¡Oh misterio del cielo soberano,
que el fiero orgullo del contrario doma!
¿Cómo no [h]abéis venido más tem-
prano
a la junta?

JOSEFO.

Esperaba una respuesta
de una embajada que ha salido en vano.

PONTÍFICE.

Sentémonos aquí.

JOSEFO.

Ocasión es ésta
de librar esta tierra desdichada
del peligro mortal en que está puesta.

PONTÍFICE.

Aunque de Dios la Majestad sagrada
pretendió destruír aquesta tierra,
que cielo en otro tiempo fué llamada,
y de la excelsa nube do se encierra
llovió, en abono de tan justo intento,
instrumentos y máquinas de guerra;
y aunque su brazo, con razón sangrien-
vibró de suerte la furiosa lanza, [to,
que ha juntado la punta con el cuento;
y aunque perdió de suerte la esperanza,
que del Dios de venganza que esperamos
no viene el Dios, y viene la venganza;
y aunque todos Narcisos parezcamos,
que en el claro Jordán, como en espejo,
nuestras recientes lágrimas miramos;
y aunque [h]aya para vellas aparejo
en los muertos que lleva su corriente,
llena de sangre, como el mar Bermejo,
no será malo, ¡oh, capitán valiente!,
pues soy cabeza de la gente hebrea,
que algún remedio, aunque postrero,
[intente;
pero el remedio es menester que sea
dándole a Tito rigurosa muerte,
por la que nos procura y nos desea;
que muriendo de todos el más fuerte,
levantarán el cerco.

JOSEFO.

Peregrina
parece la invención; mas ¿de qué suerte
ha de ser?

PONTÍFICE.

El Consejo determina
que salga al campo la mujer más bella
de toda la Judea y Palestina,
y procure que todos puedan vella,
ricamente vestida, y tan hermosa,
que el mismo Tito se enamore della,
y que imite a la viuda valerosa
que en un tiempo libró a Betulia fuerte
con fuerza y con beldad maravillosa;
porque salió con tan dichosa suerte
al campo de [H]olofernes, su contrario,
que le vió y le venció y le dió la muerte.

JOSEFO.

Paréceme remedio extraordinario;
mas, pues lo quieren todos, yo confieso
que será provechoso y necesario.

PONTÍFICE.

Aunque [h]ay mucho peligro en el su-
también [h]ay mucha gloria. [ceso,

JOSEFO.

Y ¿[h]ay alguna
mujer que emprenda de salir con eso?

PONTÍFICE.

Yo entiendo para mí que no [h]ay
[ninguna;
pero vendrá a salir desas más bellas
la que diere más gusto a la fortuna;
porque en aquesta urna [h]ay tres don-
[cellas,
mas hermosas que el sol resplandeciente,
y ha de salir la que saliese dellas.

JOSEFO.

¿Puedo saber quién son?

PONTÍFICE

No se consiente;
pero puede sacar tu mano hidalga [te;
la que es razón que este negocio inten-
que como a[h]ora por tu mano salga,
no [h]ay parentesco humano que le ayude
ni remedio ordinario que le valga.
Mete la mano, pues.

JOSEFO.

Bien es que dude,

porque della la sangre se retira,
y toda junta al corazón acude.
¡Válame Dios!

PONTÍFICE.

Tu flojedad me admira;
pon la mano aquí dentro.

JOSEFO.

Ya está puesta.

PONTÍFICE.

Saca un papel.

JOSEFO.

Ya le he sacado.

PONTÍFICE.

Mira
quién ha salido.

JOSEFO.

¡Aber!

PONTÍFICE.

Tu hija es ésta.

JOSEFO. Ya sé que es mi hija Aber.
Admirarse no conviene
ni decirlo es menester;
que en la ventura que tiene
se le puede echar de ver.
Pésame que la señale
Jerusalén, y la elija
para el negocio a que sale,
sin que le valga el ser hija
de aquel que tanto la vale;
mas pienso que ha procurado,
viendo que por socorrella
tanta sangre he derramado,
derramar también aquella
que con mi sangre he formado.
¡Ingrata Jerusalén!;
¡a cuántas cosas sujetas
tu nombre, pues eres quien,
no sólo matas profetas
mas capitanes también!
Pero sin duda he perdido
el juïcio en este día;
que [h]aber mi hija salido,
demás de ser honra mía,
permisión del cielo ha sido.
Perdona, querida madre,
si te dije alguna afrenta,
porque el amor me atormenta;
que las palabras de un padre
no se han de tomar en cuenta.
Muéstrese luego el quilate
de mi pecho hidalgo y fiel.
Salga Aber, salga al combate,
tan bella, armada y cruel,
que enamore, venza y mate.
La honra, que es lo mejor,
quede en riesgo de perdida;
que entre gente bien nacida
poner en riesgo el honor
es más que perder la vida;
y así con mi hija amada
quiero a mi patria valer,
pues ha de ser gobernada
por mí, que brazo he de ser;
ella, que ha de ser espada.
Yo venceré con destreza
al mejor de los romanos,
y ella con su gentileza,
que es espada de dos manos,
le cortará la cabeza;
que sin salir, quiero ser
causa de su infamia y mengua.
Vayan luego por Aber.

(*Vase* ISMAEL.)

PONTÍF. Aunque no podrá mi lengua
tu valor engrandecer,
yo sé que tuviera alientos
de alabar tus glorias santas,
si, cercado de tormentos,
el cielo me diera tantas
lenguas como pensamientos.
Tú saliste vencedor
de todo cuanto emprendiste,
pues en la guerra de amor
a ti mismo te venciste,
que es la vitoria mayor.

JUD. 1.º La ciudad se regocija
por ser de tal hijo madre.

JUD. 2.º Ninguno [h]ay que no colija

del buen término del padre
la vitoria de la hija,
que sin duda ha de vencer.

PONTÍF. Si en el contrario escuadrón
es como Judit Aber,
tu vendrás, Josefo, a ser
como en Roma Cipión.

JOSEFO. No quiero hacer granjería
de mi sangre ilustre y clara,
ni honra quiero en tal porfía;
que si en ella reparara,
no aventurara la mía.
Sólo fundo mi cuidado
en servir continuamente.

(*Salen* ABER *e* ISMAEL.)

¡Oh, mi Aber!

ABER. ¡Oh, padre amado!
¿Qué mandas, que me has lla-
delante de tanta gente, [mado
sin ver que mi honestidad
de su punto desfallece?

JOSEFO. Ya veis hija; la ciudad
que por nuestro mal padece
tan grande necesidad,
ahora... porque el poder
del contrario no la rinda,
quiso el Consejo escoger
una mujer la más linda
que en la ciudad puede [h]aber,
para que al contrario fuerte
dé una muerte con sus ojos,
y después tenga tal suerte,
que triunfe de sus despojos
dándole otra vez la muerte.
Tú, hija, por ser hermosa,
saliste por tu ventura;
y pues fuiste venturosa,
poner en esto procura
de tu padre alguna cosa.
Sal luego a vencer a Tito,
sin que su amorosa llama
dé lugar al apetito,
y en los libros de la fama
quedará tu nombre escrito.

ABER. ¡Oh, padre cruel, airado!
Tanto el término y nivel
de la honra has traspasado,
que para llamarte honrado
te [h]abré de llamar cruel.
De mármol tienes el pecho,
pues siendo mi padre emprendes
de ponerme en tanto estrecho.

JOSEFO. Bien parece que no entiendes
lo que es el común provecho.
Pero desto no se trate,
hija, de ninguna suerte;
vete a mostrar tu quilate,
y como unicornio fuerte,
muere o vence en el combate.
Si no tienes para esto
cuchillo, yo tengo uno,
de solo acero compuesto;
y es muy bueno, porque en esto
no ha de haber yerro ninguno.
Lleva el cuchillo escondido
donde nadie pueda vello,
hasta que [h]ayas merecido
de tu contrario escondello
en el pecho endurecido.
Sin esto, adórnate el cuello
con las verdes esmeraldas
y con el diamante bello,
y esparce por las espaldas
el rubio, hermoso cabello;
que para empresas tan gran-
te engendré. [des

ABER. Padre querido,
basta que tú me lo mandes
para hacello.

JOSEFO. Harto ha sido
que te enternezcas y ablandes,
para que en ejecución
pongas con ánimo y brío
la empresa.

ABER. Tienes razón;
pero dame, padre mío,
primero la bendición.

JOSEFO. Hija mía, no [h]ay lugar
de darte agora ninguna;
que pues te las quise dar
todas, para darte alguna

te la [h]abría de quitar.
Y entienda tu pecho fiel
que esta bendición que invocas,
el cielo, aunque está cruel,
te la dará por las bocas
de los hijos de Israel.
Todos te han de bendecir,
y todos por varios modos
te saldrán a recebir,
pues es verdad que por todos
sales al campo a morir.
Mira que en esta ocasión
no vuelvas un paso atrás;
esfuerza tu corazón
con imaginar que vas
a servir de redención.
Abrázame, no estés triste;
que me causarás la muerte.

ABER. Con eso a mí me la diste.

JOSEFO. ¡Oh, quién pudiese volverte
al lugar de do saliste!

PONTÍF. Esta es la hazaña mayor
que ver en mi vida espero.

JOSEFO. Escucha, Ismael.

ISMAEL. Señor.

JOSEFO. Ven conmigo, porque quiero
que sirvas de precursor.
Quiero que vayas delante,
y le apercibas la ida
con cierto engaño importante.

ISMAEL. Yo lo haré.

JOSEFO. No vi en mi vida
pecho de hombre semejante.

ISMAEL. Pues quedó tan triste Aber,
un consejo le he de dar.

PONTÍF. Vamos, que no es menester;
que en su pecho no [h]ay lugar
adonde pueda caber.
(*Vanse.*)

ABER. No hay lengua que mi tormen- [to
pueda explicar ni decir,
pues aquel que haré sentir
será mayor que el que siento.

(*Sale* UNÍAS, *soldado judío.*)

UNÍAS. Los que salieron de acá
dijeron que está aquí Aber:
si aquí está, quiérola ver
y adoralla si aquí está.

ABER. ¡Ay, triste! Ya viene Unías.
¿Cómo le podré contar
esta desdicha?

UNÍAS. ¡Oh pilar
de las esperanzas mías,
ejemplo de la lealtad,
invidia del niño ciego,
puerto del mar que navego,
iris de mi tempestad!
Mi Aber, mi bien sin segundo,
ya eres mujer de consejo;
¿qué hacéis aquí?

ABER. Soy espejo
de las desdichas del mundo.

UNÍAS. Dime luego tus enojos
antes que al fuego me aticen
las sospechas.

ABER. Ya lo dicen
las lágrimas de mis ojos.
Ellas a decirte vienen
la ocasión de tantas menguas;
que, como ojos son lenguas,
[h]ay lágrimas que las tienen.
¡Ay, Unías! La ciudad,
digo aquellos que la rigen,
viendo que todos se afligen
con esta necesidad,
quieren que una mujer fuerte
y hermosa salga al real,
y al Capitán general
le enamore y le dé muerte;
y esta infelice mujer
ahora la han escogido.

UNÍAS. ¿Cómo?

ABER. Por suerte ha s[al]ido.

UNÍAS. Y ¿quién ha salido?

ABER. Aber.

UNÍAS. ¿Aber? ¡Oh, infelice hombre,
pues no muero de agonía!,
mas ya el alma se salía
y la detuvo ese nombre.
Pero, Aber, escucha, advierte
que nueva desa manera

no parece verdadera,
pues no me ha dado la muerte.
Vuélveme a ser importuna
con la nueva que me ofreces;
dímela infinitas veces
para que me mate alguna.
Vuélvela luego a decir
por solo hacerme placer.

ABER. Unías, no puede ser,
que luego me he de partir.

UNÍAS. Si aquí no me desespero
por verme de glorias falto;
si con este sobresalto
súpitamente no muero,
y si no me acaba el mal
la vida con la paciencia,
será porque en tu presencia
debe de ser inmortal.
¡Ay, Aber, que me has dejado
hecho infierno el pensamiento,
pues yo mismo me atormento
y soy el atormentado!
Aunque no tiene el profundo
en su modo tantos duelos
como yo, que tengo celos
de nadie y de todo el mundo.
Di, ¿dónde quieres salir?

ABER. A morir por ti.

UNÍAS. ¿Qué dices,
mi bien?

ABER. No te escandalices,
que por ti salgo a morir;
porque este cargo importuno,
que emprendo por tantos modos,
aunque parece por todos,
es solamente por uno,
y esto se entiende por ti,
que más que los otros vales.

UNÍAS. Si dices que por mí sales,
deja de salir por mí.
No permita tu hermosura,
ya que en todo me acomoda,
que el tálamo de mi boda
se convierta en sepultura.
Pierda este pueblo maldito
su antigua vitoria y palma,
primero que tú, mi alma,
quedes en poder de Tito;
porque siento de manera
que él te tenga en su poder,
que el pensar que pueda ser
me ofende como si fuera.

ABER. Yo quisiera complacerte;
mas si no voy, queda oculta
la gloria que me resulta
de dar a Tito la muerte.

UNÍAS. ¿Gloria quieres adquerir
de matalle? No haces bien;
porque la gloria es de quien
la muerte ha de recebir;
pues si le puedes matar,
le darás tan grande suerte,
que tengo invidia a la muerte
que tus manos le han de dar.
No vayas, no vayas, digo,
aunque tanto el ir te cuadre.

ABER. ¿No sabes que de mi padre
el gusto y el orden sigo?
¿Cómo estorbar la partida
puedo en aquesta ocasión?

UNÍAS. Según esto, no es razón
que por mi gusto se impida.
Vete, Aber, por darle muerte
de Roma al fuerte caudillo,
y embotarás el cuchillo
que has amolado en mi suerte;
vete por hacer que luego
esparzan tus luces bellas
por todo el campo centellas
de vivo, amoroso fuego;
vete por buscar un modo
de ofenderme y maltratarme,
y vete, Aber, por dejarme,
que es lo más cierto de todo.

ABER. Yo parto y muero; y así,
despedirme no podré;
que antes me despediré
de la vida que de ti;
que aunque bien es necesario
no morir por no perder
la vida que es menester
para ofrecer al contrario.

UNÍAS. ¿Que al fin te vas, homicida
del corazón que te doy?
ABER. Bien dices que al fin me voy,
pues voy al fin de la vida.

(*Vase.*)

UNÍAS. ¿Que se fué? ¿Que me ha de-[jado
como en noche tenebrosa?
¿Qué perdí la vista hermosa
del bello sol eclipsado?
Sí, pues quedo de manera
que dentro en mí se revuelven
los elementos y vuelven
a su confusión primera;
pero el que saldrá más fuerte
en su confusión y abismo
es el fuego, que en sí mismo
todos los demás convierte.
Fuego soy; y así, mi furia
mi ardiente poder enseña,
pues arde en la verde leña
de aquesta reciente injuria.
Y pues soy fuego infernal,
salir quiero al campo luego,
y abrasándole en mi fuego,
avisar al General
del fiero intento cruel
de mi Aber ingrata y bella;
y a él libraréle della
por librarla a ella dél.

(*Vase.*)

(*Salen* TITO *e* IRENE.)

TITO. Pues ninguna cosa, Irene,
de ti el tormento destierra,
que celebres nos conviene
de la diosa de la guerra
la fiesta, que a[h]ora viene.
Quizá en la fiesta hallarás
contento.
IRENE. No he de poderme
con eso alegrar jamás.
TITO. Pues ¿con qué te alegrarás?
IRENE. Solo con entristecerme.
TITO. ¿Di cómo, por vida mia?
IRENE. Con un trágico suceso
que incite a melancolía.
TITO. Pues sabe que verás eso
en las fiestas cada día;
que en el campo los romanos
las hacen a mi despecho,
y a poca distancia y trecho
de aquí, dejan por sus manos
el círculo magno hecho,
adonde saldrán por suerte
a luchar los malhechores
con un león bravo y fuerte,
y adonde los gladiatores
se darán también la muerte.
Allí podrán ver tus ojos
hombres que, de sangre llenos,
satisfagan tus antojos,
y con enojos ajenos
podrás templar tus enojos.

(*Salen* MARIO, TURNO *y algunos soldados con* ISMAEL.)

MARIO.

El dirá la verdad, aunque no quiera;
llevalde bien asido.

TITO.

Turno, Mario,
¿quién es el desdichado que así viene?

MARIO.

Un judío, señor, que de los muros
salió secretamente, y en los lazos
cayó de tus espías vigilantes.

TITO.

Debe de ser espía.

TURNO.

¿Quién lo duda?

ISMAEL.

No imagines, ¡oh Príncipe excelente!,
que está Jerusalén con tantos bríos,
que pretende estorbarte la vitoria,
que por la mano de tus obras mismas
te ofrece el cielo soberano eterno;
antes es madre de infinitos hombres
que adoran desde lejos tu grandeza,

y destos infinitos yo soy uno.

TITO.

¿Cómo te llamas?

ISMAEL.

Ismael.

TITO.

Sepamos
a qué veniste.

ISMAEL.

A darte cierta nueva,
y a pedirte por ella las albricias.

TITO.

Si es la nueva importante, yo las mando.

ISMAEL.

Has de saber, señor, que el gran Josefo,
de la ciudad caudillo valeroso,
tiene una hija, que es, sin falta alguna,
la más bella mujer que puede hallarse
en todas las provincias del Oriente;
y es tanta su hermosura, que se iguala
con el valor de tu invencible fuerza;
que al fin entre los dos vencéis al mundo:
ella vence las almas, tú los cuerpos.
Tratar de la hermosura de sus ojos,
alabar sus cabellos, frente y boca,
será ofender al cielo omnipotente,
que la crió con su hermosura misma;
solo puedo decir que, como un Argos,
va contino cubierta de los ojos
que le ofrecen aquellos que la miran.

MARIO.

¡Oh, quién pudiese ver mujer tan bella,
y ofrecelle los míos! (*Ap.*)

ISMAEL.

Finalmente,
por ser su gentileza como digo,
su padre, con ser sabio, la idolatra;
y viendo que esta tierra ha de perderse,
por no perder su hija, que es su cielo,
quiere enviarla luego al rey de Egipto,
y ha concertado que la saquen fuera
de la ciudad y al punto se la lleven;
mas como yo supiese este secreto,
me quise anticipar por darte aviso
desta nueva, señor, tan importante,
porque puedas prender esta doncella
que Dios te quiere dar, como preciosa
piedra que adorne tu vitoria insigne.

TITO.

En mucho tengo, amigo, lo que has hecho;
y porque entiendas que lo tengo en mu-
quiero poner por obra lo que dices. [cho,
¿Turno?

TURNO.

Señor.

TITO.

Tomad doscientos hombres,
y poneldos de suerte, que no pueda
la mujer escaparse cuando salga.

MARIO.

La vida diera yo por este cargo. (*Ap.*)

TITO.

Y si dice verdad este judío,
darle heis la libertad, y cuanto pida
de cosas de comer y de refresco.

ISMAEL.

Tus manos beso por merced tan grande.

TITO.

Y tú, Mario, entre tanto que me ocupo
en divertir a Irene con las fiestas
que en el círculo magno están haciendo
en honra de la diosa de la guerra,
para que no se engendre algún escándalo
que nacer pueda de la ausencia mia,
quiero que representes mi persona;
y así, te entrego este bastón insigne,
con el cual has de ser obedecido
de la romana valerosa gente.

MARIO.

Para tales mercedes no [h]ay sujeto
en este pecho miserable mío;
que mercedes, señor, de tanta estima
nadie las puede hacer sino tú propio.

Con todo, beso por merced tan grande
tus poderosas manos, y en las mías
recibo y beso este bastón dichoso,
que bien le he menester para apoyarme
mientras llevo en los [h]ombros de mi
el grave peso que con él recibo. [alma

TITO.

No te quiero encargar ninguna cosa,
pues eres tan señor de todas ellas,
como del corazón de quien las pone
en tu poder.

MARIO.

Servirte como debo
es el intento principal que llevo.

(*Vase.*)

TURNO. Ruego a Júpiter bendito,
Mario, que por tiempo largo
goces el cargo de Tito.

MARIO. Bástale, Turno, ser cargo,
para que pese infinito;
mas, con el favor de Dios,
también habéis de llevar
parte deste cargo vos;
que menos vendrá a pesar
repartido entre los dos.

TURNO. Para poderlo traer,
tu fuerza invencible sobra.

MARIO. En todo sois menester,
y más en poner por obra
la prisión desta mujer,
que ha de ser con brevedad.

TURNO. Yo me voy luego a traella
a tu presencia.

MARIO. Escuchad.

TURNO. ¿Qué mandas?

MARIO. Delante della
habladme con humildad,
digo con grande respeto;
porque en ocasión estoy
que será de grande efeto.

TURNO. Bien parece que no soy,
Mario, como tú discreto,
pues me enseñas de crianza.

MARIO. Después sabréis la ocasión
desta vana prevención.

TURNO. Voyme; que tengo esperanza
de salir con mi intención.

(*Vase.*)

MARIO. ¿No es bueno que me regalo
con aquella con quien peno?
¿No es bueno que me señalo
por su cautivo? Y ¿no es bueno
que todo viene a ser malo?
Pues por creer al pincel
que pintó una perfeción,
pierdo el respeto al bastón,
y al que me ha dado con él
tan grande reputación.
Pero ¿qué he de respetar,
si aquesta hombre por milagro
la supo tan bien pintar,
que desde aquí me consagro
por víctima de su altar?
Ya la adoro por criatura
soberana; mas ¿qué intento?
Que si esta grande hermosura
la formo en mi entendimiento,
adoro mi propia hechura.
Y pues ser le pude dar,
quitárselo he de poder
sólo para reposar;
que en dejando ella de ser
la dejaré de adorar.
Pero aunque por el oír
se rindieron mis sentidos,
quiero, en viéndola venir,
por los ojos despedir
lo que entró por los oídos;
que este humor, lleno de anto-
que suele llevar la palma [jos.
de mis glorias y despojos,
le sudaré por los ojos,
que son los poros del alma.
Mas sin duda viene a[h]ora,
porque Turno resplandece
de suerte, que me parece
que debe servir de aurora
del bello sol que amanece.

(*Sale* GESTA, *soldado romano, y trae presa a* ABER.)

GESTA. Apenas llegué, señor,
cuando hallé el bien deseado.
MARIO. Desdeciros es mejor;
que a penas no [h]abéis llegado,
sino a glorias del amor.
GESTA. Desde a[h]ora me desdigo;
mas ¿qué haré de la judía?
MARIO. Dejalda un poco conmigo;
que quiero ver si es espía
que viene del enemigo

(*Vase* GESTA.)

ABER. Aunque soy cautiva, advierte
que para otra cosa valgo.
MARIO. Será para darme muerte.
ABER. Si supieses a qué salgo,
no hablarías desa suerte.
MARIO. Ya sé que fuera de aquí
tu padre quiere enviarte,
para apartarte de mí.
ABER. ¿Sabrás que salgo a quitarte
la cabeza?
MARIO. ¿Cómo así? [trar
ABER. Porque viendo que has de en-
la ciudad, y que en nobleza
soy cabeza del lugar,
a mí me quiero matar
por quitarle la cabeza.
MARIO. ¿No basta el alma eminente,
que da tan claros indicios
de que es sol resplandeciente,
pues muestra por los resquicios
del cuerpo su rayo ardiente?
¿No basta el rostro que quiso
darte el cielo por despojos?
Pues si le ves sin aviso,
en la frente de mis ojos
morirás, como Narciso;
y al fin, ¿no han de bastar
esos cabellos dorados,
que hacen, por ondeados,
en tus espaldas un mar,
do se anegan mis cuidados,
que también eres discreta?
Por Júpiter, que estoy loco
de ver cosa tan perfeta.
ABER. Señor mío, poco a poco;
que yo ya entiendo esa treta.
Ya sé que quieres hacer
burla de mí.
MARIO. ¿Tal confías?
ABER. Sí, señor.
MARIO. Quiero saber
cómo te llamas.
ABER. Aber.
MARIO. Abel pensé que decías.
Mas fué sospecha ruín;
que aunque somos en tormento
hermanos por cierto fin,
es Abel mi pensamiento
y tu hermosura Caín.
ABER. ¿Yo puedo causarte enojos?
MARIO. Sí.
ABER. ¿Cuándo?
MARIO. Cuando sujetas
mi alma con tus despojos,
que es cuanto arrojan saetas
los párpados de tus ojos.
Por ti muero y por ti vivo;
y así, quejarme no quiero
de mi tormento excesivo;
que por la causa que muero
también la vida recibo.
ABER. Eso verdad puede ser,
mas yo no puedo creello;
porque ¿cómo has de querer,
morir, Tito, por aquello
que tienes en tu poder?
¿No soy tu esclava, y no veo
en tu mano ese bastón?
MARIO. Es verdad.
ABER. Pues no lo creo,
porque donde [h]ay posesión
no puede caber deseo.
MARIO. ¡Oh bella, discreta Aber!,
tan al cabo estás de todo,
que no puedo responder
sino en mi tienda, y de modo
que nadie nos pueda ver.
Dame este bien singular;

vamos.

ABER. Aunque a mi despecho,
en la tienda quiero entrar,
sólo por poder mirar
lo que tienes en el pecho.

MARIO. ¿Posible es que me he de ver
sin esta pena que siento,
y con gloria?

ABER. [H]as de saber
que quedarás sin tormento
y sin podello tener.

(*Vanse.*)

(*Salen* TITO, TURNO *y* UNÍAS, *judío.*)

TITO. ¡Y qué! ¿Salió desa suerte
la mujer?

UNÍAS. Sin duda alguna
salió, Tito, a darte muerte;
por eso de tu fortuna
teme el rigor bravo y fuerte.
No mires su luz hermosa,
porque del todo no pueda
darte muerte rigurosa,
si al que quiere bien le queda,
por morir, alguna cosa.
Guarte, Tito, guarte, guarte;
mira que en el pecho mío
se ensayó para matarte.

TITO. ¿Dó vas?

UNÍAS. A morir.

TITO. Judío,
escucha; que quiero hablarte.

UNÍAS. ¿Qué mandas?

TITO. Di la verdad;
¿Por qué darme muerte quiso?

UNÍAS. Por dar vida a la ciudad.

TITO. Yo quiero por ese aviso
darte luego libertad.

UNÍAS. No quiero sino obligarte,
Tito, de cualquiera suerte;
y así, demás de avisarte,
quiero recebir la muerte
que la mujer sale a darte.

TITO. La libertad ¿no es querida?
¿Por qué la menospreciaste?

UNÍAS. De mí es tan aborrecida,
que porque me la nombraste
me quiero quitar la vida.

(*Vase.*)

TITO. Este hombre debe de ser
de aquella mujer amante.

TURNO. Si es galán de la mujer,
harto mal tiene.

TITO. Al instante
ir por ella es menester.

TURNO. No sé por dónde camina.

TITO. Pues sabello es necesario.

TURNO. Señor, mi alma imagina
que está en la tienda de Mario.

TITO. Pues corre aquesa cortina.

(*Córrese una cortina, y vese* MARIO *degollado, y* ABER *tiene su cabeza en la mano.*)

¡Válame Dios! ¿Qué es aques-
[to?
¿Qué portento? ¿Qué visión?
¿Qué prodigio tan funesto
es el que en esta ocasión
ante mis ojos se ha puesto?

ABER. No busquéis, fuertes romanos,
quien hizo esta crueldad,
pues yo con mis propias manos
lo hice por voluntad
de los cielos soberanos.
Yo a vuestro caudillo fuerte
le dividí en dos pedazos,
porque de la misma suerte
que él se puso entre mis brazos
le puse en los de la muerte.
Yo estuve tal, que quisiera
que en todo el pueblo romano
sola una cabeza hubiera,
porque de un golpe mi mano
cortalla a todos pudiera.
Y pues esto pude hacer,
dadme con presteza mucha
la muerte, que he menester
para mi vitoria.

TITO. Escucha,
divina, hermosa mujer. [do?
¿Sabes de quién te has venga-

ABER. De quien Tito ser confiesa.
TITO. Estoy tan enamorado
de tu hazaña, que me pesa
de decirte que has errado.
Yo soy Tito, y de tal suerte
fuiste valerosa y bella,
que no sintiera la muerte
por morir, mas porque en ella
dejara de conocerte.
No te aflijas.
ABER. ¿Que eso es cierto?
¿Que es posible? ¡Ay, hado es-
[quivo!
¡Ay, desdichado concierto!
¿que eres Tito y estás vivo?
TITO. Tito soy, pero estoy muerto;
porque muero de envidioso
de los hechos soberanos
deste capitán famoso
que rindió a tus blancas manos
el espíritu dichoso;
mas puédome consolar,
aunque en la envidia me asombre,
con solo considerar
que diste muerte al lugar
adonde estaba mi nombre;
el cual también un momento
muerto estuvo en tu memoria,
pero fué grande contento,
porque, aunque muerto, fué glo-
estar en tu pensamiento, [ria
ABER. Triunfa, ¡oh gran Tito, de mí,
ya que de ti no he triunfado!,
que no en balde lo emprendí,
pues tres vidas ha costado
la muerte que no te di,
pues sin poder remediallos,
muere mi padre de duelos
que yo pudiera excusallos,
mi caro esposo de celos,
y yo del pesar de dallos;
pero pues vengo a sentir
la fuerza deste pesar,
del mundo quiero salir,
y pues no acerté a matar,
quiero acertar a morir.
Dame una muerte tan llena
de rigor, que al mundo asombre;
porque mi fortuna ordena
que, pues no eternicé el nombre,
pueda eternizar la pena.
Mas ¿para qué pido tal,
pues sé que ha de ser en vano?
Tú, ensangrentado puñal,
que regido por mi mano
sabes acertar tan mal,
acaba mi triste vida:
consolaréme contigo:
que esa sangre, en ti vertida,
será, por ser de enemigo,
veneno para la herida.
Tú, brazo, que tan valiente
fuiste en aquesta jornada,
mátame; que Dios consiente
que, pues dejas la culpada,
viertas mi sangre inocente;
que por el hierro que has he-
para vengarme y vengarte, [cho
quiero dejarte des[h]echo,
y cual Scévola, abrasarte
en el fuego de mi pecho.
Haz tú mismo la salida,
y salga mi fuego ardiente
por la boca de la herida;
quedaremos juntamente
tú abrasado y yo sin vida.
Empieza.
TURNO. Mujer, ¿qué quieres?
ABER. Que de mi patria te asombres,
y que mires, si pudieres,
cuáles deben ser los hombres,
si son tales las mujeres.
TURNO. Y ¿después deso?
ABER. Salir
de tan inmenso pesar;
porque me pesa el vivir
más que le pueda pesar
al más alegre el morir.
Muerte quiero.
TITO. Es excusado:
templa tus bellos enojos,
que por [h]abellos mirado.

conceder quiero a tus ojos
lo que a tantos he negado.
Que tal efeto en mí haces,
y así abogas por tu bien,
y así mi furor deshaces,
que por ti a Jerusalén
desde agora otorgo paces.
¿Quieres otra cosa?

ABER. Ser,
en pago desta alegría,
esclava tuya, y tener
por desdichado aquel día
en que te quise ofender,
y juntamente alabar
esta mano, que ha podido
darte vida con errar.

TITO. Huelgo de [h]abella tenido
para podértela dar.

(*Sale un* EMBAJADOR ROMANO, *como de prisa.*)

EMBAJADOR.

¡Oh gran caudillo, que en las armas eres
espejo de virtud, donde se mira [la
la fuerte, invicta y generosa Roma!
¿Por qué al descuido tan de veras rindes
ese invencible y vigilante pecho?

TITO.

¿Cómo? ¿Qué ha sucedido?

EMBAJADOR.

Vuelve al punto
esos divinos, respetados ojos;
verás la mayor pena, el mayor daño,
el suceso más triste y lamentable
que el cielo ha visto con los infinitos
ojos que tiene para ver las cosas.
Verás que tus contrarios han salido,
como lobos hambrientos, de los muros,
por no sufrir la hambre rigurosa
que ha tanto que padecen por tu causa;
porque sólo la tienen, según pienso,
de quitarte la vida y la vitoria,
pues según han vivido con la hambre,
sin duda que con ella se sustentan;
éstos, pues, han salido en este punto,
y en el círculo magno donde estaba
la mayor parte de la gente tuya
celebrando las fiestas de la diosa,
hicieron tal matanza y tal estrago,
que en todos aquellos que allí estaban
no se pueden contar sino los vivos.
Decirte a[h]ora de qué suerte, ¡ay, triste!
Prendieron a tu hija...

TITO.

Espera, escucha,
¿presa mi hija?

EMBAJADOR.

Sí.

TITO.

¿Mi hija presa?

EMBAJADOR.

No quisiera decillo.

TITO.

¿Cómo el cielo,
pues sabe todo el mundo que es regido
por el dios de los truenos y relámpagos,
no arroja sobre mí con grande furia
un rayo ardiente que me abrase el cuerpo
y me consuma el alma? Pero, ¡ay, triste!,
que el fuego del amor suple sus faltas,
porque es Irene lumbre de mi alma;
y así, quiero salir en busca suya,
como tigre parida que algún hijo
el cazador astuto le ha quitado.
Echad esa mujer, echalda luego;
que ya no quiero hacer concierto alguno
con los que fueron tan contrarios míos.

ABER.

¡Al fin Jerusalén ha de perderse!
¡Ni aprovechan remedios!

TITO.

Junta luego,
Turno, la gente valerosa mía,
levanta los romanos estandartes,
manda tocar las cajas y trompetas,
arremete a los muros levantados,
derriba las soberbias cumbres dellos,

degüella sus rebeldes moradores,
y pon en libertad a Irene luego.

TURNO.

¿Cómo? ¿No [h]ay más sino salir con [todo?

TITO.

No te espantes de ver lo que te mando,
pues lo permite el cielo poderoso,
porque no quede piedra sobre piedra
desta ciudad, que fué cabeza un tiempo
de toda la Judea y Palestina;
que para que el hacello no te admire,
yo, como capitán, iré delante.

(*Vanse.*)

ABER.

No se pudo esperar de mi desdicha
suceso más amargo y lamentable,
pues quedo circuida de peligros,
como la fuerte inexpugnable torre
que, del sagrado mar fundada en medio,
la combaten los vientos y las aguas;
quiero, pues, en el daño que se ofrece,
sacando fuerzas de flaqueza, entrarme
por la ciudad, y a costa de mi vida
vengar la muerte de mi esposo amado,
que [h]abrá sin duda de morir a[h]ora,
ya que permite el cielo poderoso
que fuera por mi patria y por mi esposo.

(*Vase.*)

JORNADA TERCERA

(*Sale* NUMA, *soldado romano.*)

NUMA. Mientras que de la ciudad
sale el pueblo alborotado,
puedo con facilidad
gozar de la libertad
que el gran Josefo me ha dado.
Ya salgo de la prisión,
y a mi Irene ver podré,
que querrá en esta ocasión
formar de mi mucha fe
quejas con poca razón.

(*Salen* TITO *y* TURNO.)

TITO ¿Está todo apercebido?
TURNO. Sólo falta acometer
a la ciudad.
NUMA. Yo he venido
a tiempo que he de poner
los amores en olvido, [do.
por hacer como hombre honra-
TITO. Acometamos al punto.
TURNO. A Numa tienes al lado.
TITO. ¿Numa? Todo viene junto,
aunque todo me ha faltado.
Cierto, mi necesidad
te trae en tal coyuntura;
pero dime una verdad,
¿viste a Irene por ventura
presa, Numa, en la ciudad?
NUMA. ¿Presa? ¿Cuándo?
TITO. En este día.
NUMA. ¿Es posible?
TITO. Por tu fe,
¿supiste la pena mía?
NUMA. No la supe, pues vivía,
y pues vivo, no la sé.—
¿Qué es esto, que estando acá
Irene, me fuí corriendo, (*Ap.*)
y a[h]ora la dejo allá?
Parece que voy huyendo
de dondequiera que está.
Mas pues mi suerte me llama,
librarla pretendo.
TITO. Hermano,
ven a eternizar tu fama.
NUMA. Por el cielo soberano
que he de librar a mi dama.
TITO. ¿Dama tienes?
NUMA. ¡Ay de mí!
remediallo es menester. (*Ap.*)
TITO. ¿No respondes?
NUMA. Señor, sí.
TITO. Y ¿quién es?
NUMA. Una mujer
que en la prisión conocí.
TITO. Como eres fuerte mancebo,

doquiera tienes amor.
NUMA. No me hiere amor de nuevo,
porque doquiera, señor.
la vieja herida renuevo.
Digo, pues, que en la ciudad
está la que está en mi pecho,
tan igual en calidad
con tu hija, que sospecho
que han hecho grande amistad.
Y si esta amistad hicieron,
fueron sabias y prudentes,
pues un tiempo amigas fueron,
y no sé por qué estuvieron
reñidas y diferentes.
Desta enemistad prolija
tu hija encendió la llama,
y es porque el ser de tu hija
le quitó el ser a mi dama,
lo que más la regocija,
y así, vinieron a ser
enemigas.
TITO. Bien está;
que si podemos vencer,
mi hija en llegando allá
te la dará por mujer.
NUMA. ¿Eso hará?
TITO. Sí, si el desdén
de tu dama no lo altera.
NUMA. Ellas se avendrán tan bien,
que, como tu hija quiera,
mi dama querrá también.
TITO. Pues desde agora te juro
que serás, Numa, su esposo,
si alcanzo lo que procuro.

(*Sale una* ESPÍA *romana.*)

ESPÍA. El ariete furioso
hizo un portillo en el muro;
acometer luego puedes.
TITO. Hasta los que os amenazan
os hacen muchas mercedes,
pues se os abren las paredes
en señal de que os abrazan.
Venid todos a mi lado;
entraré a ganar la joya
por el muro derribado,
como el caballo de Troya,
de pensamientos preñado.

(*Vanse.*)

(*Sale* JOSEFO *y tres* JUDÍOS.)

JOSEFO. Aunque pudieron abrir
esta muralla tan alta,
no nos dejemos morir,
que lo que de piedras falta
con hombres se ha de suplir.
Ellos harán la muralla
defensiva y ofensiva
en la sangrienta batalla;
porque el hombre es piedra viva
mientras que pelea y calla.
Aquí quiero dejar puesta
la gente del baluarte,
pues es cosa manifiesta
que si por alguna parte
han de venir, es por ésta.
JUD. 1.º Todos harán tu mandado
sólo por amor de ti.
JOSEFO. Otra invención he pensado.
JUD. 2.º ¿Y es?
JOSEFO. Quedarme solo aquí,
junto al muro derribado,
y que todos os pongáis
en un rincón escondidos,
porque cuando me sintáis
de enemigos combatido,
al mesmo punto acudáis;
que los que en el campo están,
como son vanos y locos,
no viendo gente, vendrán
pocos, y viniendo pocos,
menos allá volverán.
JUD. 1.º Por Dios, que dices muy bien.
JUD. 2.º Seguir tu gusto imagino.
JUD. 3.º Yo lo imagino también.
JOSEFO. Con aquesto determino
valer a Jerusalén.
Solo me podréis dejar.
JUD. 1.º En buen hora.

(*Vanse los* JUDÍOS.)

JOSEFO. Solo aquí

me quiero a[h]ora quedar,
aunque estriba solo en mí
la fuerza deste lugar;
y así, llegándolo a ver,
aunque es valor emprendello,
grande yerro viene a ser,
porque pongo en riesgo aquello
que pretendo defender:
que el General no ha de dar
en ser temerario y fiero;
que para bien gobernar,
su persona es lo primero
que en el campo ha de guardar.
Pero mi amor no consiente
que en aquesta empresa dude;
quiero, pues, llamar mi gente,
y experimentar si acude
al reclamo diligente.
Presto, amigos, ¡vení presto;
que un escuadrón de romanos
me tiene en peligro puesto.

(*Salen los* Judíos.)

Jud. 1.º ¿En qué parte están?
Josefo. Hermanos,
quise probaros con esto;
volveos a vuestro lugar,
que todo está sosegado.
Jud. 2.º ¿Nos volverás a llamar
si vienen?
Josefo. Ese cuidado
para mí se ha de quedar.

(*Vanse* [*los* Judíos.]

¡Oh amada Jerusalén,
bien es que el morir elija,
pues quien te dió por tu bien
el fruto, que era su hija,
te dará el árbol también!
Arbol soy, que siempre he sido
cultivado en la batalla,
y para darte apellido
de Babilonia, he querido
trasplantarme en tu muralla.
Quiero, para asegurarme,
ver el cuidado que tienen
mis amigos de ayudarme.
¡Al arma, al arma, que vienen
los contrarios a matarme!

(*Salen los* Judíos.)

Jud. 1.º ¿Por dó se ha ido?
Josefo. No sé.
Jud. 2.º ¿Si se [h]abrán ido volando?
Josefo. ¡Qué lindamente os burlé!
Jud. 3.º ¡Oh! Pues si te estás burlando,
yo también me burlaré.
Josefo. Volveos al lugar sabido.
Jud. 1.º Adiós.

(*Vanse.*)

Josefo. Esta prevención
hacer agora he querido
porque esté en esta ocasión
cada cual apercebido.

(*Salen* Tito, Numa, Turno *y los soldados que pudieren.*)

Tito. Ya estamos cerca del muro;
ninguno hablando me impida
la vitoria que procuro.
Numa. No [h]ay defensa.
Turno. Por mi vida,
el paso tienes seguro.
Tito. Pues yo a ganalla me obligo.
Josefo. Soldados, ¡vení volando.

(*Dentro.*)

Jud. 2.º Ya sé que te burlas.
Josef. Digo
que ha venido el enemigo.

(*Dentro.*)

Jud. 3.º Ya sé que te estás burlando.
Tito. Josefo, date a prisión.
Josefo. Pues no vienes en un vuelo,
patria de mi corazón,
sin duda alguna que el cielo
permite tu perdición.
Tito. Comiénzate luego a dar.
Josefo. Pues ninguno me socorre,
bien puedo desconfiar
de valerte, pues la torre

de Nembrot edificar.
Dios permite tu ruína,
sin que te pueda valer,
y pues él lo determina,
ejecutor quiero ser
de la voluntad divina.
Yo quiero ser el primero
que en ti, para mayor gloria,
pruebe su cuchillo fiero;
porque de aquesta vitoria
darte las primicias quiero.
Podrás decir que venciste,
y que en aquesto engañaste
a Roma, con quien partiste,
pues la vitoria tomaste
y los despojos le diste.
Venid, pues, gente lucida;
tendréis más que deseáis,
pues que a mi patria querida
no quiero que la venzáis,
sino dárosla vencida.
Yo os entregaré esta tierra,
consumida con mi fuego.

TITO. ¡Gran bien en éste se encierra!
Sigámosle.

NUMA. Vamos luego.

TURNO. ¡Armas, armas!

TITO. ¡Guerra, guerra!

(*Vanse, y dase dentro la batalla, y salen dos* JUDÍOS *huyendo de* NUMA.)

NUMA. Tanta gente ¿es bien [que] hu-
sin poderse defender? [ya

JUDÍO. No huye de tu poder,
sino de la suerte tuya.

(*Vanse.*)

(*Salen* TURNO *y* UNÍAS *peleando.*)

TURNO. ¿A quien todos los romanos
suelen llamar Turno el fiero
no respetas?

UNÍAS. No, que muero
por morir en buenas manos;
que pues por mi esposa bella
vengo a morir desta suerte,
quiero escoger una muerte
igual con la causa della.
¿No me acabas de matar,
romano?

TURNO. No es menester;
que pues mueres por mujer,
ella te puede acabar.

(*Vase.*)

UNÍAS. Agora vengo a sentir
que no [h]ay más pesada muer-
que tener un dolor fuerte [te
y no acabar de morir;
que los dolores que vienen
a dar remate a mis llantos,
como son tales y tantos,
unos a otros se detienen.

(*Sale* ABER, *peleando con* GESTA.)

ABER. Quieres vencer esta tierra,
y ¿huyes de mi flaco pecho?

GESTA. Sí.

ABER. ¿Por qué?

GESTA. Porque sospecho
que eres diosa de la guerra.

(*Vase.*)

UNÍAS. Diosa la llamó el traidor,
y es Aber, mi dulce esposa;
pero, bien mirado, es diosa
de la guerra del amor,
y de mis cansados días
es la gloria verdadera.
¡Aber!

ABER. ¿Quién me llama?

UNÍAS. Espera,
¿no me conoces?

ABER. ¡Unías!

UNÍAS. ¡Mi descanso!

ABER. ¡Mi ventura!

UNÍAS. ¡Mi contento!

ABER. ¡Mi alegría!

UNÍAS. ¡Mi aurora!

ABER. ¡Mi claro día!

UNÍAS. ¡Mi bello sol!

ABER. ¡Mi luz pura!
¿Por qué ocasión, dime, estás

dese modo en el arena?
UNÍAS. Efetos son de la pena
que con tu ausencia me das;
pues por no sufrir la vida
que por tu causa he pasado,
salí al combate, y me han dado,
como ves, aquesta herida.
Mas con ella solo alteran
una de las que me diste;
que después que tú me heriste,
no [h]ay lugar donde me hieran.
Y así, Aber, si no me han dado
la muerte que deseaba,
sólo ha sido porque estaba
de tus heridas armado.
ABER. Dime, amigo, ¿es penetrante?
UNÍAS. Poca fuerza es la que tiene.
ABER. Pues apretalla conviene,
porque se cure al instante.
Muestra el brazo.
UNÍAS. Si pensara
sanar con esa virtud,
como todos la salud,
la enfermedad procurara.
¡Dichoso yo!
ABER. ¿Quieres darme
la mano y alzarte agora?
UNÍAS. No me levantes, señora,
para después derribarme.
Déjame, déjame, Aber;
que quiero en este lugar
tener, si me han de matar,
adelantado el caer.
ABER. ¿Cuando derribado has sido
por quien te está levantando?
UNÍAS. ¿Cómo puedes decir cuándo,
pues siempre estuve caído?
¿No te acuerdas, dime, Aber,
que a dar la muerte al contrario
saliste, y le diste a Mario
muerte, que vida ha de ser?
ABER. Bien me acuerdo.
UNÍAS. Pues si allí
le diste muerte cruel,
por estar sola con él
también me la diste a mí.
De tu nobleza no dudo,
pero el amor da lugar
a que me pueda matar
lo que suceder no pudo;
que, según es mi querer,
no sólo de lo que ha sido
pido celos; mas los pido
de lo que no pudo ser.
Y aunque mi alma confía
de tu noble pecho y fuerte,
yo sé, ingrata, que la muerte
le diste en ofensa mía;
pues aunque digas, cruel,
que no llegaste a tocalle,
cuando llegaste a matalle
no estabas muy lejos dél.
Y así, no me maravillo,
porque está sabido y llano
qué entre su cuello y tu mano
no estuvo más de un cuchillo.
Tú mueres, Aber, por dar
a nuestros contrarios muerte,
y yo mucho más por verte
tan inclinada a matar;
que el matar es del varón
por ganar eterno nombre:
la mujer basta que al hombre
mate con la condición.
ABER. Unías, contra mi honor
hablaste, y no lo he sentido,
como es razón, porque ha sido
en abono de tu amor;
pues que está mi pecho fiel
en querer tan adelante,
que a trueco de verte amante,
huelgo de verte cruel.

(*Sale* JOSEFO, *indignado.*)

JOSEFO. Si en sangre de mis parientes
dejar puedo ensangrentada
la cuchilla de mi espada,
temida de tantas gentes...
UNÍAS. Tu padre viene indignado
JOSEFO. ¿Quién podrá domar mis bríos?
ABER. ¡Padre y señor!
JOSEFO. ¡Hijos míos!

Huelgo de [h]aberos hallado.
Ya veis el daño presente,
y que todos los romanos
quieren lavarse las manos
en vuestra sangre inocente;
porque della largo plato
les hace Dios verdadero,
después que en la de un cordero
lavó las suyas Pilato.
Quiero, pues, por eso hacer,
con pecho constante y fuerte,
que al poder vais de la muerte
primero que a su poder.
Así, [h]abéis de recebir
luego la muerte que os doy;
que, como padre que soy,
no mataré sin morir.

UNÍAS. Eso creo yo muy bien
de tus hechos soberanos.

ABER. No me den vida mis manos:
las tuyas muerte me den,
porque la piedad sería
en este caso crueldad.

UNÍAS. Yo estoy a tu voluntad
más sujeto que a la mía.

ABER. Padre: a los dos podrás
matar con un golpe fiero.

JOSEFO. Primero casaros quiero,
por matar uno no más;
porque siempre el casamiento
de dos uno suele ser.
Casaos al momento.

UNÍAS. Aber,
ya llegó nuestro contento.
Este es el dichoso día
que esperaba tan ufano;
dame aquesa blanca mano,
recibe esta mano mía.

ABER. Yo te doy palabra y fe
de ser tu esposa.

UNÍAS. Yo doy
palabra de que lo soy,
y no de que lo seré.
Pues sólo puedo decir
que lo soy este momento,
porque en nuestro casamiento
no habrá tiempo por venir.

JOSEFO. Por eso esté cada cual
a morir apercebido;
presto, que siento ruído,
y es sin duda el General.

(*Salen* TITO *y* TURNO, *soldado romano.*)

TITO

¿Hay gente aquí de la ciudad?

TURNO.

Josefo,
que quiere dar la muerte a dos judíos.

TITO.

Josefo amigo. ¿qué sentencia es ésta
que ejecutan tus manos invencibles?
Cuéntame la ocasión; aguarda, escucha.

JOSEFO.

No permitas, ¡oh, Príncipe excelente!,
que deje de sacar del mundo agora
estos dos hijos regalados míos,
pues para que no lleguen a tus manos
emprender quiero la mayor hazaña
que ha hecho ningún hombre, y no pre-[tendas
que resulta en ofensa de tu gloria;
porque si en esto pierdes dos cautivos,
yo estoy aquí, que serviré por ellos,
y el día que triunfante y vitorioso
te reciba tu patria con la pompa
que debe a la grandeza de tu nombre,
con un semblante humilde y con los bra-[zos
del carro atados a la insigne rueda
iré con los cautivos y despojos.
Déjame, pues, señor, darles la muerte;
¿qué digo muerte? Vida eterna y santa,
pues con ella los libro y los rescato
del duro cautiverio intolerable.

TITO.

No imagines, Josefo, que pretendo
triunfar en Roma con tu sangre ilustre,
ni llevar a tus hijos por esclavos,
pues son hijos de aquel que ha sido parte
para que yo alcanzase la vitoria;

solo quiero llevarte como amigo
para que me acompañes en el triunfo,
y darte la mitad de aquella honra
que mi patria me tiene apercebida;
déjate, pues, de derramar tu sangre,
que es crueldad.

JOSEFO.

¡Oh Tito valeroso!
No se esperaba menos dese pecho
a quien el mundo llama justamente
verdadero regalo de los hombres.
Dame tus manos.

TITO.

Abrazarte quiero,
y a tus hijos también, con tu licencia;
que, pues tú en amistad eres hermano,
ellos en amistad serán sobrinos.

ABER.

Tu esclava soy.

UNÍAS.

También soy yo tu esclavo.

TITO.

Ya que permite el cielo y la fortuna
que estés, Josefo, con tan grande gloria,
conviene luego procurar la mia,
porque hasta a[h]ora no he tenido rastro
de la infelice desdichada Irene,
que me llevaron presa los judíos;
y así, conviene que al momento vamos
por toda la ciudad, que alborotada
está con la desdicha que padece,
y hagamos diligencia nunca vista;
que si ella no parece, no es vitoria
la que me ha dado el cielo, sino afrenta,
desdicha, infierno, muerte, llanto, fuego.

JOSEFO.

No lo encarezcas tanto; vamos luego.

(*Salen dos* ROMANOS *con dos* JUDÍOS *maniatados.*)

ROM. 1.º Andá, perros.
ROM. 2.º No les des;
que nos dan mil buenos ratos.
ROM. 1.º Tan mala esta gente es,
que de dalles puntapiés
tengo rotos los zapatos.
ROM. 2.º ¿Cuántos pudiste prender?
ROM. 1.º Mil.
ROM. 2.º Por rico te señalo.
ROM. 1.º Antes no lo puedo ser.
ROM. 2.º ¿Por qué?
ROM. 1.º Porque de lo malo
tener mucho es no tener.
ROM. 2.º ¿Cómo a tan gran cantidad
sustentarás, por tu vida?
ROM. 1.º Con poca dificultad,
pues la una mitad comida
será de la otra mitad.
¿Tú no cogiste cautivos
algunos destos traidores?
ROM. 2.º No quiero despojos vivos,
que comiendo hacen mayores
los gastos que los recibos.
ROM. 1.º Pues ¿qué cogiste?
ROM. 2.º Dineros.
ROM. 1.º Esos sí que nombre tienen
de despojos verdaderos,
y no estos puercos que vienen
contino haciendo pucheros.
ROM. 2.º ¿Puercos los llamas? Infamas
su renombre y apellido.
ROM. 1.º Pues ¿cómo? ¿Tan mal ha sido?
ROM. 2.º Sí.
ROM. 1.º ¿Por qué?
ROM. 2.º Porque los llamas
lo que jamás han comido,
y lo tienen por afrenta.
ROM. 1.º ¿Es posible?
ROM. 2.º Así lo entiendo.
ROM. 1.º ¿Quieres comprarme cincuenta
destos cautivos que vendo?
ROM. 2.º Sí.
ROM. 1.º Pues hagamos la venta.

(*Sale* NUMA, *romano.*)

NUMA. Soldados, ¿en qué se entiende?
¿Agora os habéis parado
que más el fuego se enciende?

ROM. 2.º Sí, señor; queste soldado
unos cautivos me vende.
NUMA. Por poco precio se den,
que pues fué una gente tal
que por envidia y desdén
a su dios vendió tan mal,
no han de ser vendidos bien.
ROM. 2.º ¿A Dios vendieron?
NUMA. Un día
leí un libro que trataba
de su antigua profecía,
y de cómo se esperaba
la venida del Mesía;
donde vi que le trataron
como lobos carniceros,
pues a Judas le dejaron
vender por treinta dineros,
y por treinta lo compraron.
ROM. 1.º ¿Posible es que tal hicieron?
NUMA. Sí.
ROM. 1.º Quiero vengar su afrenta;
y pues tan malditos fueron,
que treinta por uno dieron,
quiero dar por uno treinta.
Treinta judíos daré
por un dinero no más.
ROM. 2.º Pues yo te los compraré,
si tan barato los das.
NUMA. ¿Sabéis qué me importa?
ROM. 1.º ¿Qué?
NUMA. Que agora dejemos esto,
y que de cautividad
libremos a Irene presto,
que está presa en la ciudad
con peligro manifiesto.
ROM. 2.º Vámosla luego a buscar,
que yo libralla confío;
más ¿sábese en qué lugar
la tienen?
NUMA. A este judío
se lo quiero preguntar.
Amigo, a ti te conviene
decir luego la verdad,
pues si dices dó está Irene,
luego tendrás libertad,
que es lo que ninguno tiene.
Di lo que sabes aquí,
y de Numa te confía,
que si una vez dice sí,
no dirá no.
JUD. 1.º No querría
que te burlases de mí.
Con todo, te lo diré,
con que hacerme libre quieras.
NUMA. ¿Tú lo sabes?
JUD. 1.º Yo lo sé.
NUMA. Pues si lo sabes, ¿qué esperas?
JUD. 1.º Que me des palabra y fe
de que al punto que supieres
lo que ofreciendo te estoy,
seré libre.
NUMA. ¿Qué más quieres?
Yo juro, a fe de quien soy,
y a fe de quien tú no eres,
que si con tu pretensión
sales, he de dar ejemplo
de un hidalgo corazón.
JUD. 1.º Pues sabrás que está en el tem-
que edificó Salomón; [plo
porque la tienen atada
los sacerdotes y escribas
junto al ara consagrada
donde con las reses vivas
ha de ser sacrificada.
NUMA. Como tú de la verdad
en lo que dices no excedas,
yo te daré libertad.
JUD. 1.º Vamos luego, porque puedas
dármela con brevedad.
NUMA. Tu ropa me he de poner
para poder verme allí.
JUD. 1.º Todo estará en tu poder.
ROM. 1.º ¿Iremos los dos?
NUMA. Vení;
que todos sois menester.

(*Vanse.*)

(*Salen dos* JUDÍOS *y el uno con un incensario.*)

JUDÍO 1.º

Ya tengo apercibido el incensario,

y todo lo demás que en la ley nuestra
es para el sacrificio necesario.
¿Qué pretende el Pontífice?

JUDÍO 2.º

Dar muestra
de la firmeza que en su pecho mora
y del valor de su invencible diestra.
A Irene quiere dar la muerte a[h]ora,
sólo porque es la prenda regalada
que el contrario más quiere y más adora.

(*Sale el* PONTÍFICE *de Jerusalén.*)

PONTÍFICE.

Ya, hijos de mi vida, ya es llegada
la triste hora en que la muerte fiera
quiere probar los filos de su espada, [ra,
pues vi lo que [h]aber visto no quisie-
desde el sagrado templo, donde habito,
por una cristalina vidriera.
Yo vi la gente del soberbio Tito,
que seguía furiosa el estandarte
donde estaba el blasón en Roma escrito,
y por la mano del sangriento Marte
quedó de nuestra sangre perseguida
regado el suelo por cualquiera parte;
y así, queda postrada y abatida
nuestra gloria, sembrada por el suelo,
sin esperanza que ha de ser cogida.
¡Tú, Santo de Israel, que desde el cielo
miras la gente que llamabas tuya,
tan ajena de gloria y desconsuelo,
no permitas, Señor, que se destruya,
sin que a lo menos quede una vislumbre
del resplandor de la grandeza suya! (1)
Pero ya sé que tienes de costumbre
derribar por el suelo humilde y llano
la más soberbia y levantada cumbre.
Y tú, Jerusalén, pues con tu mano
los profetas de Dios pones por tierra,
en ofensa del cielo soberano,
no te espantes si Dios te mueve guerra,
y del lugar do su clemencia vive
las puertas tapia y las ventanas cierra;
no te espantes de ver que te cautive
las matronas hebreas desdichadas,
y que a sus hijos de la vida prive;
no te espantes de ver sus respetadas
cabezas por el suelo andar revueltas
con las lucientes armas destrozadas;
no te espantes de ver que van resueltas;
las doncellas en tierno hermoso llanto,
con las madejas de oro al aire sueltas;
no te espantes de ver que al cielo santo
suba el humo y las quejas, aunque en-
[tiendo
que no pueden las quejas subir tanto;
no te espantes de ver resplandeciendo
las espadas, celadas, golas, petos,
y de las armas el confuso estruendo;
no te espanten al fin estos secretos
que todos son efetos de su ira,
que todos son de tu pecado efetos.
Llora, Jerusalén, llora y suspira,
porque el Dios de Israel te restituya
la gloria que de darte se retira.
Pero deja que el cielo te destruya;
porque, para alcanzar tanta clemencia,
falta disposición por parte tuya.
¡[H]ola!

JUDÍO.

Señor.

PONTÍFICE.

Traed a mi presencia
la hija del contrario.

JUDÍO.

¿Luego?

PONTÍFICE.

Al punto,
que quiero ejecutar esta sentencia.

(*Vase el* JUDÍO.)

Que pues ya todo el pueblo está di-
[funto,
quiero quitalle al padre el bien que tiene,
porque fenezca el bien de entrambos
[junto.
Darle muerte, si puedo, me conviene;

(1) En el texto: *tuya.*

si puedo, digo, porque tengo miedo
a la hermosura y discreción de Irene,
pues cuando con más cólera y denuedo
quiero matarla, viendo su hermosura
quedo sin fuerza, y sin enojo quedo.

(*Sale un* Judío, *con* Irene *de la mano.*)

Judío.

Un judío, señor, entrar procura.

Pontífice.

No abráis a nadie de ninguna suerte,
y estará nuestra vida más segura.

Irene.

Bien me puedes, tirano, dar la muerte,
para vengarte de mi padre, Tito,
pues verás en mi pecho noble y fuerte
con letras de verdad su nombre escrito.

Pontíf. A hombre que le [h]abéis he-
bien de tenelle guardado, [cho
no puedo hacerle despecho,
pues como a lugar sagrado
se recogió a vuestro pecho.
Templo sois que le asegura;
mas yo, aunque tal os contemplo,
soy en esa coyuntura
Sansón, que derribó el templo
de vuestra grande hermosura.
Perdonad, Irene hermosa,
si mi brazo determina
daros muerte rigurosa,
y para cortar la espina
coger primero la rosa.

Irene. No ofendas el pecho mío,
villano, con tus palabras.

Judío. Otra vez llama el judío,
señor, con más fuerza y brío.

Pontíf. ¿Qué pretende?

Judío. Que le abras,
que a darte un aviso viene
del general fiero y bravo.

Pontíf. Dile que si prisa tiene
que espere mientras acabo
el sacrificio de Irene.

(*Vase el* Judío.)

La cual soltó larga rienda
al llanto, y será mejor
cerralle con una venda
los ojos, porque el temor
de la muerte no la ofenda.

(*Vuelve a salir.*)

Judío. Dice que te va la vida
en abrille luego al punto.

Pontíf. Pues alto, no se le impida
la entrada.

Irene. El bien viene junto,
pues ya la muerte es venida.

Pontíf. Para que no podáis ver
el mal que causando estoy,
la venda os he de poner;
y agradecedme que os doy
lo que más he menester;
que en cualquier tiempo y lu-
al que recibe la muerte [gar
los ojos han de cerrar,
pero en este trance fuerte
al que la muerte ha de dar.

(*Sale* Numa *como judío soldado.*)

Numa. Espera; que quiero hablarte.

Pontíf. ¿Qué quieres?

Numa. El General
me envía, señor, a darte
parte de un terrible mal.

Pontíf. ¿De mal quiere darme parte?
¿Qué dices?

Numa. No ha sido error;
que dar parte es avisar.

Pontíf. Déjame, pues, acabar
el sacrificio.

Numa. Señor,
mira que te quiero hablar.

Pontíf. Háblame, pues.

Numa. Así goces
de los invencibles bríos
que en tu persona conoces;
así triunfen los judíos
de aquesas gentes feroces;
así el Dios de las batallas

tu gran renombre acreciente;
así del lugar presente
reedifiques las murallas
y resucites la gente;
así de tu honra y valor
quede la fama inmortal,
y así venzas con amor
a los que te quieren mal,
que es la vitoria mayor;
que en lugar desa mujer
muera yo de cualquier modo.

PONTÍF. Mucho la debes querer.

NUMA. Mucho la quiero, y con todo,
la quedo mucho a deber.

PONTÍF. ¿Con qué ocasión has podido
tu conocella?

NUMA. Es mi diosa,
y si della he merecido
conocer alguna cosa,
es que no la he conocido.

PONTÍF. ¿Luego la ocasión de entrar
ha sido para impedir
esto?

NUMA. Sí.

PONTÍF. Pues no [h]ay lugar;
vete.

NUMA. Deshonra es pedir
lo que me puedo tomar.

PONTÍF. Traidor, ¿quién te dió ese man-

NUMA. Vuélveme, tirano, luego do?
la gloria que te demando;
vuélvela, que ya no ruego,
sino con la espada mando.

PONTÍF. Espera, aguarda, detente,
que daré voces.

NUMA. Da voces,
que ya sé vencer tu gente.

PONTÍF. ¿Quién eres?

NUMA. ¿No me conoces?
Numa soy.

PONTÍF. Numa valiente,
perdón te quiero pedir
del yerro.

NUMA. Déjate deso,
y apercíbete a morir.

PONTÍF. ¿No basta tenerme preso?

NUMA. Sí, si te quiero admitir.

PONTÍF. Suspende el fiero castigo
que en esos filos contemplo,
pues a ser tuyo me obligo,
y a darte los que en el templo
se han retirado conmigo.

NUMA. La vida te quiero dar
a ti y a aquestos tiranos,
por tener luego lugar
de desatar con las manos
a la que me pudo atar.
Muestra, mi bien, la infinita
luz que el mundo reverencia,
y como sol, resucita
esta flor que está marchita
en la noche de tu ausencia.

IRENE. ¡Numa!

NUMA. ¡Mi gloria!

IRENE. La suerte
permite que por ti muera,
pues por medio de la muerte
que ha servido de escalera,
subí a la gloria de verte.

NUMA. Descubre, señora mía,
esas estrellas, que fueron
en el mar de mi porfía
norte que me descubrieron
las Indias de mi alegría;
nazca ese sol, que me quita
las pesadumbres y enojos,
tal colmado de despojos,
que con su calor derrita
los nublados de mis ojos;
reverbere en mi alma tanto,
que me imprima su arrebol,
pues permite el cielo santo
que en el invierno del llanto
tome una capa de sol.
Vos, señora, sois mi dama,
pues que me ha encendido amor
en vuestra amorosa llama
con su acostumbrado ardor.

(Dentro.)

VOCES. ¡Numa, Numa!

NUMA. ¿Quién me llama?

(Dentro.)

VOCES. Abre las puertas; que viene
Tito, de pesar difunto
por la pérdida de Irene.
NUMA. Abrirlas luego conviene,
porque todo venga junto.
IRENE. ¡Qué impensado regocijo
gozará mi padre triste!

(*Salen* TITO, TURNO, JOSEFO, UNÍAS, ABER *y otros romanos.*)

TITO. Hijo, ¿cómo entrar pudiste?
NUMA. ¿Hijo soy?
TITO. Sí que eres hijo,
pues de tus obras lo fuiste.
NUMA. Aunque con pena he llegado
a entrar con este vestido,
te dirán lo que ha pasado
estos hombres que he vencido,
y esta mujer que he librado.
TITO. ¡Irene!
IRENE. ¡Padre!
TITO. ¿Aquí estás,
mi descanso, mi alegría?
IRENE. No pensé verte jamás.
TITO. Estampa en el alma mía
los abrazos que me das;
pues después que te he perdido [dido
más lágrimas he llorado
por ti que sangre he vertido,
con ser tanta, que he dejado
el suelo en sangre teñido.
JOSEFO. Numa.
NUMA. Capitán famoso.
JOSEFO. Cautivo de mis entrañas,
cautivado valeroso,
ya he sabido tus hazañas,
y estoy dellas envidioso.
NUMA. Según eso, amigo amado,
tus obr[a]s mesmas cudicias.
JOSEFO. Pues el ser tuyo me has dado,
bien será pedirte albricias
de [h]aber mis hijos hallado.
NUMA. ¿Dónde están?
JOSEFO. Aquestos son.
NUMA. Pues mi corazón les mando.
UNÍAS. Yo te doy mi corazón
en prendas.
ABER. Yo no sé cuándo
saldré desta obligación.
TITO. Oblígasme de manera,
Numa, con tu proceder,
que con gran gusto aprendiera
una ciencia que pudiera
mostrarme de agradecer;
porque pudiera decir [te.
que pagué el bien que me hicis-
NUMA. Solo uno te he de pedir.
TITO. ¿Y es?
NUMA. Que me mandes complir
la palabra que me diste;
pues al punto que emprendías
la batalla peligrosa,
dijiste que si salías
con vitoria, me darías
a mi dama por esposa.
Ya saliste con vitoria;
cúmplela.
TITO. Muy bueno ha sido
el volverme a la memoria
lo que della se ha salido
con la repentina gloria.
Digo que yo soy contento;
mas primero es menester
llamar tu dama al momento
para que se pueda hacer
con su gusto el casamiento.
Háganla luego venir,
porque concertado quede
el negocio.
NUMA. Has de advertir
que de aquí puede salir,
pero entrar aquí no puede.
TITO. Luego ¿aquí está?
NUMA. Sí, señor.
TITO. Ahora bien, Numa, ya veo
los efetos de tu amor,
ya conozco tu deseo,
que iguala con tu valor.
No me ha dado sobresalto
ver que Irene te cautive,
pues de valor no estás falto,
porque lo más alto vive

de contino en lo más alto.
Y pues tu mano dichosa
pudo libertalla hoy
de la muerte rigurosa,
desde a[h]ora te la doy
por tu legítima esposa.

NUMA. Dame tus pies soberanos,
en pago deste contento
que he recebido.

TITO. Al momento
quiero que os toméis las manos
en forma de casamiento.

NUMA. Jamás tal bien merecí
tocar con la mano mía.

TITO. Tú, hija, ¿no dices sí?
¿Aún tienes melancolía?

IRENE. Tú, señor, hablas por mí;
cuantimás que se acabó
la melancolía triste,
que tantos males causó.

NUMA. Pues tanta gloria me diste,
dichoso mil veces yo.

TITO. Yo he sido, Numa, el dichoso
de que en paz, gloria y sosiego,
quedes de tu Irene esposo;
y con esto, marche luego
mi ejército victorioso
por la gloria que le ofrece
Roma, que con esto gana
el renombre que merece;
y con esto *La gitana melancólica* fenece.

FIN DE "LA GITANA MELANCÓLICA".

LA FAMOSA COMEDIA

DE

LA NUERA HUMILDE

COMPUESTA POR

GASPAR AGUILAR

POETA VALENCIANO

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES:

El Rey.
Enrico, *príncipe.*
El Conde Augusto.
Conrado, *duque.*
Leonora, *su hija.*
Lavinia, *princesa* [*de Francia.*]
Un Secretario [*del Rey.*]
Rosardo.
Un Villano.
Dos Cazadores.
Un Criado.
Cuatro Caballeros.
[*Un* Paje.]
[Un Correo.]
[Criados *y* Alabarderos.]

LOA

Honras, cargos, dignidades,
cetros, coronas de Rey (1),
sillas altas encumbradas,
conjuros, palabras, fe,
estatutos vinculados,
fueros antiguos de ley,
lo que he dicho y decir puedo
se ha venido a conocer
que todo lo rinde y postra
la fuerza del interés.

Vemos con un navichuelo
navegar un mercader,
contrastado de las olas
sus fieros golpes con él.
Parte de España a las Indias,
o del suelo Ginovés,
o parte desde Lisboa
un Flamenco o Portugués;
no repara en los trabajos
del andar ni del volver,
los peligros de la vida,
el frío, el hambre y la sed.
Todo lo pasa, pensando
que, volviendo, ha de traer
a su casa plata y oro,

(1) En el texto: *Reyes.*

mucha canela y clavel;
todo le parece fácil
y muy llano de vencer,
que todo lo facilita
la fuerza del interés.

Está un triste enamorado,
cuitado del que lo es,
tan galán como Narciso,
y más que galán, cortés,
hecho un trasgo de sí mismo
desde las nueve a las tres,
por una dama o fregona,
en fin, por una mujer;
y una tarde con mil cartas
le dice con un desdén:
"Señor, vuesa merced mude
ese intento o parecer,
que yo soy mujer honrada
más que Lucrecia lo fué",
y luego vino un gabacho
de Ingalaterra o Calés,
sin narices en la cara,
más feo que Lucifer;
porque le dió unos sartales
y unas medias de Ambers,
que todo vale diez cuartos,
y un poco lienzo francés,
este es el galán polido,
el fuerte, el bravo, el cortés,
que todo lo facilita
la fuerza del interés.

Salimos aquí nosotros
a recitar nueve o diez,
por [el] interés muy poco,
dos horas y media o tres.
Hace el uno un pastorcillo,
el otro un duque, un marqués,
luego sale el bobo, y dice
mil desastres de un pastel;
el que de versos no gusta,
que no es manjar para él,
abre un jeme de quijadas,
escuchando el entremés.
Mientras no [h]ay que reír,
huélgase de entretener,
diciendo: "Mal representan;
¡por Dios, no saben tañer!"
Si le decís: "Callá, hermano",
luego os va a responder:
"Pues mi dinero me cuesta,
déjenme tomar placer."
Al cual y a los cuales digo
que solo callando estén;
les pagaremos la farsa
con recitalla muy bien;
desta suerte intentaremos
si podrán enmudecer,
que quizá hará que callen
la fuerza del interés.

Fin de la Loa.

JORNADA PRIMERA

(*Salen* Enrico *y* Rosardo, *y antes de salir suena dentro ruido de caza.*)

Enric. ¿Voló mucho?
Rosar. Voló tanto,
que ha pasado en un momento
más allá del cielo santo.
Enric. Del grande encarecimiento,
como del vuelo, me espanto.
Rosar. Pues de vista le perdí,
no [h]ay por qué te escandalices.
Enric. También yo te pierdo a ti
de vista con lo que dices,
y estás bien cerca de mí.
Rosar. Basta, que soy desdichado
cada vez que quiero hablar.
Rosar. Buenos [h]emos quedado,
Rosardo, en este lugar
tan remoto y despoblado.
Harto me cuesta el azor
que se fué por estos cerros:
pues quedo en este calor
sin mi gente y sin mis perros,
y sin agua, que es peor.
Busca, Rosardo, una fuente,
que quiero beber.

ROSAR. ¿No ves
este castillo eminente?
ENRIC. Sí.
ROSAR. Pues vamos.
ENRIC. ¿Cúyo es?
ROSAR. De un Duque que es tu pariente.
ENRIC. ¿Cómo se llama?
ROSAR. Conrado,
que porque valiente ha sido,
el Rey le quitó el estado:
y así, con lo que ha podido,
al monte se ha retirado.
ENRIC. Pues sin suplicar quien soy,
entra en el castillo y di
que muerto de sed estoy,
que manden sacarme aquí
algún refresco.
ROSAR. Yo voy.

(*Vase.*)

ENRIC. Notable cosa es, por cierto,
que un hombre de tanta fama
vivir quiera en el desierto,
no más de porque se llama
del mar deste mundo el puerto.
Aunque a decir la verdad,
en el desierto se vee
la sagrada soledad,
donde siempre un no sé qué
[h]ay de la divinidad;
en ella el alma prudente
en sí se recoge ufana,
que cuando está entre la gente,
del sentido a la ventana
se asoma continuamente.
El cuerpo, por más valer,
entre árboles suele estar,
a quien quiso Dios hacer
con hojas para temblar,
y sin ojos para ver;
y así en las selvas vecinas
se ven tantas espesuras
de laureles y de encinas
con las hojas verde oscuras,
color de esmeraldas finas.

(*Salen* ROSARDO *y* CONRADO *en hábito de monte.*)

¡Ay de mí!
CONRA. ¿En qué se detiene
señor, ese caballero,
que a mi castillo no viene?
Porque regalarle quiero
de la suerte que conviene.
ROSAR. Sólo pretende beber,
y no otra cosa.
CONRA. ¡Señor!,
ya lo he mandado traer.
ROSAR. Volveros, pues, es mejor.
CONRA. Esto no lo puedo hacer
en ley de buen cortesano.
ENRIC. ¿Conrado?
CONRA. ¡Señor!
ENRIC. ¿Qué es esto?
CONRA. Vengo a besaros la mano.
ENRIC. Decidme, ¿quién os ha puesto
en hábito de villano?
CONRA. El Rey me ha dado este traje,
con ser yo tan noble y fiel:
y por hacer más ultraje,
no quiere que ponga en él
un girón de mi linaje.
En mí se truecan las leyes,
que si los Reyes humanos
vienen de hombres que con bue-
labraron como villanos, [yes
yo labro y vengo de Reyes.
ENRIC. Fiad, Conrado, de mí,
que aunque mi padre os destierra
no dejaré que esté aquí
tan recogida en la tierra
vuestra virtud.
CONRA. Antes sí.
Porque es negocio más sano
que recogida la tenga
en este invierno inhumano
en la tierra, hasta que venga
de vuestro imperio el verano.
Entonces saldrá, señor,
más lozana y placentera
que del almendro la flor,

cuando sale a ser tercera
entre el frío y el calor.

(*Sale* LEONORA *con un platillo de fruta silvestre en la una mano, y en la otra un vaso de agua.*)

LEONO. Padre.
CONRA. ¡Hija mía!
LEONO. ¿Quién es
el caballero que viene,
que estás postrado a sus pies?
CONRA. El Príncipe.
LEONO. ¡Ay, Dios!
CONRA. Conviene
que de tu mano le des
lo que traes.
LEONO. En buen hora.
ENRIC. ¿Sale con más perfección,
Rosardo amigo, el aurora,
cuando desde su balcón
las nubes más altas dora,
que la hija de Conrado
sale a la presencia mía?
ROSAR. De mirarla estoy turbado.
LEONO. Supe, señor, que venía
Vuestra Alteza fatigado;
y así traigo, con licencia
de mi padre, que estas cosas
procura con diligencia,
no confituras famosas
de Lisboa y de Valencia,
ni aquel regalo infinito
que el Romano en el Apolo
dejó para siempre escrito,
ni el presente único y solo
de la gran reina de Egipto;
ni traigo el agua encerrada
en los aposentos fríos;
ni aquella tan estimada
por alambiques tardíos
poco a poco destilada,
sino esta fruta que yo
he cogido en este día,
aunque ella misma se dió,
pues de su mano a la mía
el árbol me la entregó.
Y esta agua que baja ciega
del monte con furia tal,
que hasta llegar no sosiega,
y cuando baja es cristal,
y es aljófar cuando llega.
Queda pues, o[h] gran señor,
del presente satisfecho,
aunque si tienes calor,
por proceder de mi pecho,
te le [h]abrá de dar mayor.
Que es de amor y no consiente
la sospecha que le creas:
por esto en este presente
[h]ay agua, porque le veas
en ella más claramente.
ENRIC. ¿Cómo se llama?
CONRA Leonora.
ENRIC. Si te dejé de rodillas
es porque estaba, señora,
loco con las maravillas
de tu garganta sonora;
mas ya que estoy sin locura,
razón será que levante
a quien postrarse procura:
seré Atlante del Atlante
del cielo de la hermosura.
Levanta, Leonora mía,
que no es bien que tome yo
de tu mano el agua fría:
porque al alma se pasó
la sed que el cuerpo tenía.
Y así, en medio del calor,
quedo sediento y sin sed.
CONRA. Dame las manos, señor,
por esa grande merced.
ENRIC. Los brazos será mejor.
ROSAR. Saltos me da el corazón (*Ap.*)
después que vi esta mujer.
ENRIC. Paréceme que es razón
más despacio agradecer
tantas muestras de afición.
Y así me quiero quedar
en vuestro castillo a[h]ora.
ROSAR. Esto es hecho.
LEONO. ¿[H]abrá lugar
para tal huésped?

ENRIC. Señora,
donde quiera puedo estar.
No me llames importuno
en querer, Leonora hermosa,
lo que no merece alguno,
que en todo Enrico no [h]ay
que ocupe lugar alguno. [cosa
LEONO. Como licencia me des,
prevenir quiero una parte
del castillo adonde estés,
que el merecer albergarte
tú se le darás después.
ENRIC. Mira que será excusado
colgar las paredes ya
del lugar que has señalado,
si ha de ser para el que está
de una esperanza colgado.
LEONO. Como a ti rendida estoy,
haces burla de tu esclava.
ENRIC. No hago, a fe de quien soy.
CONRA. ¡Hija mía!
LEONO. Padre.
CONRA. Acaba,
que se hace tarde.
LEONO. Ya voy.
CONRA. Vamos, que pues por felice
desde a[h]ora me publico,
el cuarto nuevo que hice
mandaré que para Enrico
se aderece y entapice.
ROSAR. ¿Aquí te quedas?
ENRIC. Rosardo,
¿eso a[h]ora me preguntas
viendo que me abraso y ardo,
y que tantas muertes juntas
en solo un momento aguardo?
¿Vesme de tierra cubierto,
preguntas si muerto soy?,
y añadiendo al desconcierto,
¡vesme que sin alma estoy,
y preguntas si estoy muerto!
¡Ay, Rosardo; ay, caro amigo!
Déjame ceñir tu cuello,
pues fuiste a[h]ora testigo
de aquello que vi, de aquello
que por no morir no digo.
¿Viste jamás por ventura
en una humana mujer
tanto amor, tanta dulzura,
tanta humildad, tanto ser,
tanta luz, tanta hermosura?
ROSAR. Si éste la quiere de veras,
mi amor se pierde. (*Ap.*)
ENRIC. ¿Qué dices?
ROSAR. Que por mucho que la quieras
no podrás echar raíces
en ese amor, aunque mueras.
ENRIC. ¿Qué negocio puede [h]aber
que mitigue mi centella?
ROSAR. Ser honrada esta mujer.
ENRIC. ¿Y si me caso con ella?
ROSAR. Es pobre; no puede ser.
Y cuando aquesto no fuera,
como es de tanta importancia,
bien sabes, señor, que espera
a la Princesa de Francia
el Rey, tu padre, por nuera,
y que por ella envió
a su primo el conde Augusto.
ENRIC. Bien sé, amigo, bien sé yo
que el Rey, mi padre, a su gusto
darme mujer procuró;
pero el alma en ésta ve
tan peregrina igualdad,
que le ha entregado su fe.
ROSAR. Con ver que dices verdad,
temo.
ENRIC. ¿Qué temes?
ROSAR. No sé.
ENRIC. ¿Miedo tienes?
ROSAR. El mayor
que se ha visto.
ENRIC. ¿Sin saber
a quién temes?
ROSAR. Sí, señor.
ENRIC. Como es cierto que ha de [h]aber
ignorancia en el temor.
Ven, Rosardo, y no te espan-
de aquestos inconvenientes- [tes
que temer las cosas antes
de hacellas, es de prudentes,
y haciéndolas, de ignorantes,

mas siendo yo quien lo empren-
¿quién pudo causarte a ti [do,
el daño que estás temiendo?
ROSAR. ¿Yo no te acompaño?
ENRIC. Sí,
mas ¿qué importa?
ROSAR. Yo me entiendo.

(*Vanse, y salen dos* CAZADORES.)

[C.] 1.º ¿De qué suerte volveremos
sin él?
[C.]. 2.º De ninguna suerte,
pues la condición tan fuerte
del Rey, su padre, sabemos.
Mejor será que nos vamos
de todo el Reino de [H]ungría,
o en alguna cacería
del monte nos escondamos,
hasta ver si vivo o muerto
nos saca deste cuidado:
pues de cuantos le han buscado,
ninguno le ha descubierto.
[C.]. 1.º No cabe en mi entendimiento
que aquí se pueda perder.
[C.]. 2.º Vuelve otra vez a tañer
la corneta.
[C.]. 1.º Soy contento.
[C.]. 2.º O no está aquí, o está lejos.
[C.]. 1.º Aquí está un castillo enfrente,
en cuya torre eminente
hieren del sol los reflejos.
Espérame, que imagino
que en este castillo está.
[C.] 2.º Un hombre viene de allá,
él te ahorrará camino.

(*Sale un* VILLANO, *criado de* CONRADO.)

VILLAN. Por cierto, buen pensamiento;
estáse el otro casando,
y vos estáis celebrando
con eso su casamiento.
En verdad, lindo reclamo
para llamar al jilguero.
[C.]. 1.º ¿Quién se casa?
VILLAN. Un caballero
con la hija de mi amo.
[C.]. 2.º ¿Y quién es tu amo?
VILLAN. Conrado;
un Duque animoso y fuerte,
que por serlo de tal suerte
el Rey le quitó el estado.
[C.]. 1.º ¿Si es el Príncipe?
VILLAN. No es.
[C.]. 1.º ¿Quién esta verdad declara?
VILLAN. ¿No veis que tiene la cara
como cualquier de los tres,
y que si el Príncipe fuera
trujera mil trajes buenos,
y la cara, cuando menos,
de terciopelo trujera?
[C.] 2.º Cómo eres grande animal;
¿piensas que es cosa divina
el Príncipe?
VILLAN. Sí.
[C.]. 2.º Imagina
que es, como todos, mortal.
VILLAN. Mortal o no, juro a mí
que la mano le ha tomado
a la muchacha.
[C.]. 1.º Y Conrado,
¿qué dijo a eso?
VILLAN. Que sí.
[C.] 1.º Sin duda es él.
VILLAN. Aquí viene,
y un compañero con él.

(*Salen* ENRICO *y* ROSARDO.)

ROSAR. Es tu padre tan cruel,
que disimular conviene,
y volvernos luego allá
por disfrazar los amores.
ENRIC. Bien dices.
ROSAR. Los cazadores
han venido.
ENRIC. Bien está.
Vayan adelante un poco.
[C.]. 1.º Ven, muéstranos el camino.
VILLAN. ¿Yo?
[C.]. 1.º Sí.
VILLAN. En buen hora.

(*Vanse los* CAZADORES *y el* VILLANO *delante.*)

ENRIC. Imagino
que estoy de contento loco,
por ver que pedí licencia
y se me dió con dolor;
pero reniego de amor
que comienza por ausencia.
Loco estoy cuando me acuerdo
que este bien tan soberano
por ganalle, no le gano,
por no perdelle, le pierdo.

ROSAR. Quiero apartalle de aquí. (*Ap.*)
porque mi mal no confirme,

ENRIC. Volver quiero a despedirme,
Leonora, otra vez de ti.
Quédate en paz, triunfadora
de mis glorias y despojos,
que ya se apartan mis ojos
de ver los tuyos a[h]ora.
En esta ausencia do el bien
en tanto peligro veo,
encomendarte deseo,
¡ay, cuitado!, y no sé a quién:
si a la tierra, sin firmeza
está, porque tú la tienes;
si el agua, tú la mantienes
con tu ordinaria tristeza;
si el aire, no es de provecho
si tus sospiros le quitas;
si al fuego, tú lo limitas
con el que habita en tu pecho;
si a la Luna cazan fieras,
tú los corazones cazas;
si a Mercurio todo es trazas,
tú amistades verdadéras;
si a Venus, de tu hermosura
está con envidia eterna;
si al sol, al mundo gobierna
con tus rayos de luz pura;
si a Marte, por tu interés
trueca la cólera en flema;
si a Júpiter, su diadema
humilla y postra tus pies;
si a Saturno, tu amistad
quiero con ser tu contrario,
pues le prestas de ordinario
tu humilde severidad;
mas pues todos influyendo
van en ti por varios modos,
por encomendarte a todos,
a ti misma te encomiendo.

(*Vanse.*)

(*Salen el* REY *y su* SECRETARIO.)

REY. ¿Cuántos días ha que tarda?

SECR. Seis.

REY. Notable cosa.

SECR. Y tanto,
que a la ciudad causa espanto.

REY. ¿Qué gente llevó de guarda?

SECR. Ninguna.

REY. ¿Cómo?

SECRE. Señor,
no ha llevado alabarderos.

REY. ¿Pues qué ha llevado?

SECR. Monteros,
con el cazador mayor,
que es Rosardo.

REY. Bien recibe
a su esposa, que ya viene.

SECR. Como en su lugar te tiene,
descuidado, señor, vive.

REY. Pues yo soy de parecer
que los hombres más honrados
no han de dejar los cuidados
cuando los han de tener,
porque su honra nace dellos,
pues aunque el gusto lo vede,
tener cuidados no puede
sino quien puede tenellos.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Un correo viene.

REY. ¿De dónde?

PAJE. De Francia y del conde Augusto.

REY. Entre luego, que yo gusto
de saber nuevas del Conde.

(*Sale un* CORREO.)

CORR. Augusto, señor, me ha dado

esta carta para ti.
REY. ¿Viene cerca?
CORR. Señor, sí.
REY. Grande valor ha mostrado.
Basta que entra por [H]ungría
la que a ser mi nuera viene,
que la reciba conviene
con gran triunfo y alegría.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Déme Vuestra Majestad
albricias.
REY. Yo te las mando.
PAJE. Su Alteza ha llegado.
REY. ¿Cuándo?
PAJE. Agora.
REY. Si eso es verdad,
serán buenas.
PAJE. No creas tal,
sin que la prueba hecha quede,
que haciéndola un Rey bien pue-
llamarse prueba real. [de

(*Salen* ENRICO *y* ROSARDO *y los* CAZADORES.)

ENRIC. Vuestra Majestad me dé
las manos.
REY. Con tu venida
no menos bien que la vida,
hijo, me has dado.
ENRIC. ¿Por qué?
REY. Porque de afrenta salir
vida se puede llamar.
ENRIC. Esto no se llama dar.
REY. ¿Sino qué?
ENRIC. Restituír.
ROSAR. Agora quiero emprender
del mundo la mayor cosa. (*Ap.*)
REY. Hijo, ya viene tu esposa.
ENRIC. ¿Mi esposa? No puede ser,
si ya no quieres decirme
que viene conmigo.
REY. A[h]ora
se echa de ver que en ti mora.
ENRIC. Soy en todo amante firme;
pero no viene, señor,
mi esposa, ni le conviene.
REY. Ya sé, hijo, que no viene,
mas que la trae tu amor.
ROSAR. Por el camino he podido, (*Ap.*)
escribírselo al Rey todo
en este papel.
REY. Buen modo
para burlarme has tenido.
ENRIC. Jamás eso pretendí.
ROSAR. Yo le arrojaré de suerte
que nadie le vea.
REY. Advierte
que está muy cerca de aquí,
y que es bien que te apercibas
de la suerte que más valgas,
y que con tu gente salgas
al camino y la recibas.
ENRIC. Yo sé que no ha de venir
mi esposa de aquesta suerte;
pero por obedecerte
la voy luego a recebir.
Ven, Rosardo.
ROSAR. Aunque es traición
tomar de Enrico venganza,
hágolo con esperanza (*Aparte.*)
de salir con mi intención.

(*Vanse, y al irse deja caer* ROSARDO *con grande disimulación una carta cerrada en el teatro, donde quedan el* REY *y el* SECRETARIO *solos.*)

REY. Los amantes, Secretario,
las más veces van perdidos.
SECR. Palabras con dos sentidos
suelen hablar de ordinario;
y así, decir que no viene
a la corte su mujer,
palabra debe de ser
que más de un sentido tiene.
REY. ¿Es carta eso?
SECR. Señor, sí.
REY. Pues levantarla procura,
que debe ser, por ventura,
de los que se van de aquí,
y es bien que guardada quede.
SECR. A ti, señor, la remito.

REY. ¿Cómo dice el sobre escrito?
SECR. "Solo el Rey abrirme puede."
REY. ¿Cúya es?
SECR. Yo te prometo
que ella misma lo dirá,
por más que cerrada está
con la llave del secreto.

CARTA

El Príncipe nuestro señor se perdió en el monte yendo a caza, y vino a parar al castillo del duque Conrado, donde, enamorado de su hija Leonora, se casó con ella, sin que fuese parte para estorbárselo Rosardo. Vuestra Majestad procure remediallo, sin decir que le han escrito carta y sin procurar saber quién la escribe, porque es persona que del saberse le podría resultar grande pena, demás de las que ha tenido por hallarse presente a todo.

REY. Rasga esa carta malvada;
quema esa carta maldita,
con mis pesares notada,
con mis infamias escrita,
con mis desdichas cerrada.

(*Salen* CRIADOS.)

[H]ola.
CRIAD. Señor.
REY. Llamen luego
al Príncipe y a Rosardo,
que estoy de cólera ciego,
y si en desfogalla tardo
me consumirá mi fuego.
Bien dijo que no podía
venir su mujer a[h]ora,
con ser verdad que venía;
bien dijo, pues con Leonora
casado el traidor se [h]abía.

(*Vuelven el* PRÍNCIPE *y* ROSARDO.)

ENRIC. ¿Qué manda tu Majestad?
REY. Toma gente de mi estado,
Rosardo, y con brevedad
el castillo de Conrado
quema con riguridad.
Pon en un castillo fuerte
al viejo, porque se aflija
viendo su infelice suerte,
y haz que me traigan su hija,
que quiero dalle la muerte.
ENRIC. Señor.
REY. ¿Qué quieres?
ENRIC. ¡Señor!,
sola una merced te pido,
y es que temples el rigor,
que según tengo entendido,
no ha sido el Duque traidor.
REY. Ya sé que traidor no ha sido,
mas que tú lo fuiste a[h]ora.
ENRIC. ¿Yo traidor?
REY. Y grande.
ENRIC. ¿En qué?
REY. En dar, ingrato, a Leonora
de esposo palabra y fe.
ENRIC. ¿Tú lo sabes?
REY. Traidor, sí;
porque la palabra fiera
que entonces salió de ti,
como era cosa ligera
vino por el aire aquí.
Traidor fuiste; no te espantes
de que entienda tu flaqueza,
que traiciones semejantes
vuelan con más ligereza
que los aires penetrantes.
Pues tal traición cometiste,
¿qué te hielas, qué te espantas?
¿Para qué el pecado triste
que por una boca hiciste
me lo confiesas por tantas?
ENRIC. ¡Padre!
REY. No me llames tal
aunque desciendes de buenos,
porque al fin me tratas mal
en hacer que venga a menos
de mi promesa Real.
Yo por mujer te [h]abía dado
la hija del Rey francés,
y tú, Enrico, te has casado,

por dar con todo al través,
con la hija de Conrado; [tenido
que aunque otro tiempo ha
nombre de alabanzas lleno,
dejar agora has querido
hija de quien es tan bueno
por hija de quien lo ha sido;
mas yo haré que el casamiento
de Francia no vuelva atrás.

ROSAR. Bien ha salido mi intento. (*Ap.*)

REY. Rosardo.

ROSAR. ¿Señor?

REY. Pondrás

(*Háblanse los dos.*)

por obra mi pensamiento.

ROSAR. A obedecerte me obligo.

ENRIC. Rosardo.

ROSAR. Señor. —

ENRIC. ¿También
me tratas como enemigo?

ROSAR. ¿Yo enemigo?

ENRIC. Sí.

ROSAR. No [h]ay quien
tal diga.

ENRIC. Pues yo lo digo.

ROSAR. Pues yo diré lo contrario,
si no por palabra mía,
por boca del tiempo vario.

ENRIC. Para pagarte quería
ser el vencedor de Dario.

REY. Hablar más recio es mejor;
que no aprovechan consultas
contra mi pecho.

ROSAR. Señor,
pocas cosas [h]ay ocultas
para tu ingenio y valor.
Fía de mí.

REY. Yo me fío.

ROSAR. ¿Qué es lo que mandas agora?

REY. Que vayas donde te envío,
y que al padre de Leonora
pongas en el poder mío:
y traigas a mi presencia
la hija, porque es razón
ejecutar la sentencia.

ROSAR. A cumplir mi obligación
me parto con tu licencia.

(*Vase.*)

ENRIC. ¿Por ella envías?

REY. No esperes
ver de Leonora el retrato
aunque por su causa mueres.

ENRIC. ¿Por ella envías?

REY. Ingrato,
por ella envío; ¿qué quieres?

ENRIC. Vamos, que aunque más por-[fías
en condenar el estado
de las esperanzas mías,
estoy medio consolado
con ver que por ella envías,
porque en viendo una centella
del resplandor celestial
de su faz hermosa y bella,
no sólo no le harás mal,
pero volverás por ella.

REY. De eso, Enrico, no hagas cuen-[ta,
que antes porque mis enojos
tomen venganza sangrienta,
la miraré con los ojos
que han de poner en mi afrenta.

(*Vanse.*)

(*Salen* CONRADO *y* LEONORA.)

CONRA. Si es porque se fué tu esposo,
no tienes, hija, razón.

LEONO. ¿Cómo puede [h]aber reposo
en un tierno corazón
donde está el fuego amoroso?
Ya le acuso por tirano
de mis deseos, y ya
por fiero y por inhumano;
que nada en mi mano está
después que le di la mano.

CONRA. Alteza te he de llamar.

LEONO. Eso es publicar mis faltas,
y casi, casi, explicar
que son mis glorias tan altas
que no las puedo alcanzar.
Aunque pretender subir
no es de entendimiento falto,

pues mejor es presumir
mirar el lugar más alto
que en el más bajo vivir.

CONRA. Huélgome, hija, que das,
aunque humilde, en ser altiva:
mas ¡ay, cuitada! ¿Qué harás
si fortuna te derriba
dese lugar donde estás?

LEONO. Haré que mi pecho fiel
vaso de licor se llame,
porque en el trance cruel,
por mucho que se derrame,
quede alguna cosa en él;
que tener tan buen marido
nuevas glorias me acarrea;
y así, su padre, ofendido,
bien podrá hacer que no sea,
mas no hará que no [h]aya sido.

(*Sale el* VILLANO, *su criado.*)

VILLA. ¡Nostramo! ¡Nostramo!

CONRA. ¿A quién llamas?

VILLA. ¿A quién llamar puedo? Venga.

CONRA. ¿Y Leonora?

VILLA. También.
Verán, si no tienen miedo,
cosa que parece bien.

CONRA. ¿Qué veremos?

VILLA. Unas gentes
adornadas y vestidas
de espejos resplandecientes,
con mil plumas esparcidas
en las vencedoras frentes.
El que viene delantero
más brioso y más gallardo
es.

CONRA. ¿Quién es?

VILLA. El compañero
del Príncipe.

CONRA. ¡Si es Rosardo!

VILLA. Ese mismo decir quiero.

CONRA. Dame albricias, hija mía,
que esto sin duda será
la guardia que el Rey envía
para que te lleve allá
con gran pompa y alegría;
que ya debe ser contento
de que el Príncipe, su hijo,
celebre este casamiento.

LEONO. Padre, el mucho regocijo
casi me quita el aliento.

(*Sale* ROSARDO.)

ROSAR. ¡O[h], Duque!

CONRA. ¡O[h], Rosardo amigo!

ROSAR. Dios te guarde.

CONRA. Con él vengas.

ROSAR. Menester es que contigo,
Duque Conrado, le tengas,
para escuchar lo que digo.

CONRA ¿Cómo, a[h]ora?

ROSAR. Has de saber
que todo es mudanza vana,
y que siempre viene a ser
[h]oy, víspera de mañana,
y víspera de [h]oy, ayer.
Siempre es víspera el reír
de llorar amargamente,
y así se puede decir
que es víspera lo presente
de lo que está por venir.
Yo siempre, Duque, querría
tener para mi interés
una víspera de un día,
que es la tristeza, porque es
víspera de la alegría.
Para podella tener,
el Príncipe, arrepentido
de recebir por mujer
a tu hija, no ha querido
este casamiento hacer.
Dice que casarse quiere
con mujer que más dinero
de su casamiento espere;
y no podrá, si primero
tu hija, Duque, no muere.
Dios sabe si este dolor
me mata, pues soy, en prueba
de mi nobleza y valor,
mensajero desta nueva,

desta muerte ejecutor;
porque al fin, para prenderte
me ha entregado un escuadrón
de gente animosa y fuerte,
y una larga comisión
de dar a Leonora muerte.
Ten, pues, Conrado, por cierto
que estoy muerto de pesar
de ver este desconcierto;
y así no podrá matar
quien de pesar está muerto. [mí!

CONRA. Hija, ¿qué es esto? ¡Ay, de

(*Desmáyase* LEONORA.)

ROSAR. ¿Qués eso?
CONRA. Está desmayada,
y a lo que dijiste aquí,
con la cabeza inclinada
responde a[h]ora que sí.
El tormento que padece
ablandar puede las peñas,
y aunque con él se enmudece,
la muerte pide por señas,
por señas que la merece.

ROSAR. Traigan agua.
CONRA. Son antojos
agua, Rosardo, traer;
que si para sus enojos
agua hubiera menester,
ya se la dieran mis ojos.
Mátame a[h]ora y seré
otro Sansón esforzado,
que animoso moriré
con el pilar abrazado
deste templo de mi fe.
Muera junto con aquella
que es luz de mi corazón.

ROSAR. Desdichada fué mi estrella,
(*Aparte.*)
pues tiene por mi ocasión
tanto mal Leonora bella.

(*Comienza* LEONORA *a volver en sí.*)

VILLA. Ya cobra el aliento humano.
CONRA. No, hija, no le cobréis,
y en el juego del tirano
por la mano ganaréis,
pues perdisteis por dar mano.
Mostrad, Leonora, valor;
sed de vos misma homicida.

LEONO. ¡Padre!
CONRA. ¡Hija mía!
LEONO. El amor
me ha dado a[h]ora la vida.
CONRA. La muerte, diréis mejor.
Mas ¿qué os parece de Enrico?
LEONO. Que es noble.
CONRA. Mejor dijeras
que es tirano y que es inicuo.
LEONO. Aunque lo digas de veras,
por Príncipe le publico.
CONRA. Ser mudable ¿no es señal
de levantarse y subirse?
LEONO. ¡O[h], padre, no digas tal,
que es virtud arrepentirse
de aquello que se hace mal!
Trató Enrico casamiento
conmigo, y fué de manera
mi poco merecimiento,
que no arrepentirse, fuera
falta de conocimiento.

(*Salen los* ALABARDEROS.)

ROSAR. [H]ola.
ALAB. ¡Señor!
ROSAR. A Conrado
prended, y llevadle luego
al castillo señalado.
CONRA. Déjame abrazar, te ruego,
a mi hija.
ROSAR. Es excusado.
Llevalde luego.
CONRA. ¡O[h], cruel!,
¡o[h], infame!, ¡o[h], traidor!,
[¡o[h], vil!
ROSAR. Vayan cien hombres con él.
CONRA. Poco aprovecharan mil,
si yo no fuera tan fiel.

(*Llevan preso a* CONRADO.)

ROSAR. A[h]ora es tiempo.
LEONO. Malvado,

¿por qué envías desta suerte
al padre que me ha engendrado?
Que si merece la muerte
es porque vida me ha dado.
Bien me la puedes quitar,
pues será cosa tan cierta,
que como en este lugar
de amor estoy medio muerta,
tendrás menos que matar.
Si el llorar te causa espanto,
y es causa que te detengas,
yo suspenderé mi llanto
porque lástima no tengas
y no lo dilates tanto.

ROSAR. Una invención he pensado
(*Aparte.*)
para podella gozar
sin zozobra ni (1) cuidado;
que pretenderla llevar
por el mundo, es excusado;
que un hombre y una mujer
llenarán peligro inmenso;
y así la quiero atraer
a palacio, donde pienso
que alcanzalla he de poder;
porque el Príncipe querrá
gozar del nuevo interés,
y así no me estorbará;
el Rey, no sabiendo que es
Leonora, me la dará.

LEONO. ¿Qué piensas?

ROSAR. Leonora mía
—mía digo, porque yo
darte la muerte podría—,
tu tristeza me causó
tan grande melancolía,
que aunque el Príncipe por ti
me dé mil veces la muerte,
tú no la tendrás por mí,
antes pienso hacer de suerte
que puedas velle.

LEONO. ¿Yo?

ROSAR. Sí.

LEONO. ¿Y si me mata mi esposo?

ROSAR. No temas desa injuria (1),
que en efeto es generoso,
y tuvo la primer furia
como río caudaloso,
y se amansará después
estando yo de por medio,
como tú encubierta estés.

LEONO. ¿Es muy bueno ese remedio
que dices?

ROSAR. Muy bueno es.
¿Este hombre es fiado?

LEONO. Sí.

ROSAR. Será de grande importancia,
porque vendrá por aquí
la Princesa, que de Francia
viene a casarse.

LEONO. ¡Ay de mí!

ROSAR. ¿Tendrás buen ánimo, amigo,
para lo que te diré?

VILLA. A cualquier cosa me obligo.

LEONO. De que voy con poca fe
pongo al cielo por testigo.

ROSAR. Pues no ha de ser desta suerte,
sino con brío gallardo
de un pecho constante y fuerte.

LEONO. No pienses que voy, Rosardo,
a librarme de la muerte,
sino a morir.

ROSAR. ¿A morir?
¿Quién te mete en esos duelos?

LEONO. Muy bien lo puedo decir,
pues con sospechas y celos
voy, Rosardo, a combatir.
Esta pena ha de quedarse
en mi corazón metida,
mientras dura el acabarse
esto que parece vida,
y muerte puede llamarse.

(*Vanse.*)

(*Dice dentro el conde* AUGUSTO, *dando voces.*)

AUGUS. Los que de su ligereza

(1) En el texto: *mi.*

(1) Verso corto. ¿Diría, *no temas de él esa injuria?*

dan indicios y señales,
hagan alto, que Su Alteza
quiere ver en los cristales
deste arroyo su belleza.
Díganlo de mano en mano,
porque vayan poco a poco.

(*Salen* LAVINIA, *princesa de Francia, y el conde* AUGUSTO.)

LAVIN. Por el cielo soberano,
que a no pensar que eres loco
hiciera un hecho romano.
¿Muy bueno es venir, Augusto,
a traerme para nuera
de un Rey tan fiero y robusto,
y como si no lo fuera,
comunicarme tu gusto?
Si publico tus locuras
te [h]abrán de llamar traidor;
y así poco te aseguras,
pues te fías de un valor
que tú deshacer procuras.
¿Hombre eres tú que mereces
decirme a mí los enojos
que por mi ocasión padeces,
sino sólo por los ojos,
y aun ha de ser pocas veces?
Aunque dellos [h]ay tan poca
confianza en los amores,
que en la furia de amor loca
siempre tengo por peores
a los ojos que a la boca;
que ella con varios sentidos
procura encubrir su ultraje,
mas los ojos atrevidos
no saben más de un lenguaje,
y así son presto entendidos.
No quiero, pues, conde Augusto, que por ellos ni por ella [te,
me publiques más tu gusto.

AUGUS. Confieso, Lavinia bella,
que lo que mandas es justo;
pero aquesta traición,
soberbia inconsiderada,
hija de mi corazón
y de una mujer honrada
que se llama la ocasión;
de una loca que arremete
a quien servilla con salva
por obligalle promete;
de una que en la frente es calva
y suele tener copete;
desta mujer mal nacida
que con fingido trofeo
a todo el mundo convida,
nació, señora, el deseo
de quien estás ofendida.
Y así agora es menester
disculpar culpa tan grave;
porque no es mucho tener
por bueno al hombre que sabe,
con ser virtud, el saber.
Ni el valiente que destruye
al contrario en la contienda,
ni el que al desierto se huye,
ni el mercader que la hacienda
mal ganada restituye,
ni el que es noble y generoso,
ni el que es prudente y discreto,
ni el que es blando y amoroso,
ni el que es callado y discreto,
ni el que es franco y dadivoso,
ni el que está de humildad [lleno,
ni el que por mucho regalo
está de vicios ajeno;
que aquél es bueno que es bueno
con ocasión de ser malo.

LAVIN. Bien encarecido está.
AUGUS. No mucho.
LEONO. ¡Ay, triste de mí!

(*Esto dice dentro* LEONORA *con voz lastimosa.*)

LAVIN. Gente viene por acá.
LEONO. Muerta soy.
AUGUS. Cerca de aquí
la siento.
LAVIN. Vamos allá.
Pero enviar es mejor
gente que lo vaya a ver.

(*Salen algunos* CABALLEROS *con hábito de camino.*)

AUGUS. ¡Ah, caballero!
CAB. 1.º ¡Señor!
AUGUS. Parece que una mujer
se queja con gran dolor
en este vecino prado;
váyanlo a ver, porque veo
a Su Alteza con cuidado.
CAB. 1.º Servirla, Conde, deseo,
como noble y como honrado.
CAB. 2.º Todos iremos contigo,
por ser mujer que se queja.

(*Vanse los* CABALLEROS.)

AUGUS. ¿Tienes lástima?
LAVIN. ¿No digo
que calles?
AUGUS. Ya callo.
LAVIN. Deja
de procurar el castigo.
AUGUS. Imposible es que lo deje
hasta que el alma invisible
del mortal cuerpo se aleje,
cuanto y más ques imposible
que un enfermo no se queje.

(*Salen aquellos* CABALLEROS *y el* VILLANO *de* CONRADO *con un puñal en la mano, y* LEONORA *con ellos.*)

CAB. 1.º En este prado, señora,
está solo este villano
con esta mujer que llora,
porque con su fiera mano
la quiere matar agora.
La causa dello le [h]abemos
preguntado, y el traidor,
haciendo grandes extremos,
nos responde que el honor
quitarle agora queremos.
LAVIN. Hermano, ¿puedo saber
por qué con tan grande furia
la matas?
VILLA. Es mi mujer.
LAVIN. ¿Será por alguna injuria
que te [h]abrá querido hacer?
VILLA. Por ser celoso quisiera
dalle, señora, la muerte;
y así, pues quiero que muera
sólo por celos, advierte
por agravios lo que hiciera.
LAVIN. ¿Matalla por ser celoso?
¡Extraña cosa!
AUGUS. Al fin eres,
como villano, envidioso.
VILLA. Luego ¿estorbármelo quieres?
LAVIN. ¿Quién lo duda?
VILLA. Soy su esposo.
LAVIN. Aunque más su esposo seas,
al punto la quitaré
de tu poder.
VILLA. No lo creas.
LAVIN. A tu pesar, la pondré
donde tú jamás la veas.
Echenme este hombre de aquí.
VILLA. No [h]ayas miedo.
CAB. 1.º Vuelve atrás
con tu loco frenesí.

(*Llevan volando al* VILLANO *dentro.*)

VILLA. ¡Ay, desdichado!
LAVIN. Jamás
tan hermosa mujer vi.
¿Cómo te llamas?
LEONO. Fortuna.
LAVIN. Peregrino nombre adquieres.
LEONO. No mucho.
LAVIN. Sin falta alguna
que serás terrible si eres,
como tu nombre, importuna.
LEONO. Grande ingratitud sería
no ser, como es justo, esclava
de quien me da en este día
la vida que me quitaba
el que matar me quería;
y así desde aquí la ofrezco
a tu servicio, señora,
y con ello la engrandezco.
AUGUS. Discreta es la labradora.
LAVIN. Su buen término agradezco,
y de tal suerte me agrada,
que si ella quiere, yo gusto

de tenella por criada.

AUGUS. Paréceme ques muy justo
darle título de honrada,
pues lo parece.

LEONO. A tus pies
estoy, señora, rendida,
porque las manos me des.

AUGUS. También es agradecida.

LAVIN. Y mucho.

AUGUS. Discreta es.

LAVIN. Luego las que no lo son,
son necias.

AUGUS. La ingratitud
es falta de discreción.

LAVIN. Desa manera ¿es virtud
el perder de su opinión?

AUGUS. Eso no, que en la porfía
de un amoroso tormento
la paga infamia sería;
pero el agradecimiento
es ley de cortesanía.

LAVIN. No [h]ayas miedo que yo haga
tal favor a quien se ofrece
a descubrirme su llaga,
que quien escucha, agradece;
y quien agradece, paga.
Pero vamos adelante,
que esto no parece bien.

AUGUS. Ponte a caballo al instante.

LAVIN. ¿[H]ay en qué?

CAB. 1.° En el palafrén
que camina de portante.

LAVIN. Traigan otro más ligero
para Fortuna.

AUGUS. En su mano
está tomar el overo.

LAVIN. Pues voy con ella, está llano
que correr fortuna quiero.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA.

SEGUNDA JORNADA

(*Salen el* REY *y* ENRICO.)

ENRIC. La furia, padre, reporta,
que ninguno puede [h]aber
más noble que la mujer
que persigues.

REY. Pues ¿qué importa?

ENRIC. Que por serlo no merece
tanto rigor y aspereza.

REY. ¿Tú no ves que la nobleza
no es más de lo que parece,
y que en el rico albergada
no [h]ay renombre que no cobre,
y que cuando está en el pobre
es una luz encerrada?
¿De qué sirve que Leonora
en valor el mundo asombre
si es hija, Enrico, de un hombre
que está retirado agora,
y cuando no lo estuviera,
sino que el mundo mandara,
cuando más valor mostrara
un rico vasallo fuera?
Por eso resuelto estoy
en dar filos a mi espada,
en que muera una criada
de la mujer que te doy.

(*Sale* ROSARDO.)

ROSAR. Yo he llegado a muy buen punto
para hablalle.

ENRIC. ¡Ay de mí;
este hombre que viene aquí
con el color de difunto,
Rosardo parece!

REY. ¿Quién
es este hombre que viene?

ROSAR. Decir mentiras conviene
para que me vaya bien. (*Ap.*)

REY. ¿Rosardo?

ROSAR. Señor.

REY. ¿Adónde
queda Leonora?

ROSAR. ¡Señor!...

(*Fingese turbado.*)

REY. ¿De qué te turbas, traidor?
Responde.

ROSAR. ¡Ay, triste!

REY. Responde.

¿No mandé que a mi presencia trajeses?

ROSAR. Es verdad.

REY. Pues ¿con qué temeridad revocastes la sentencia?

ROSAR. No he revocado, señor, tu sentencia rigurosa; que el revocar la sentencia sólo a tu grandeza toca: mas solo llegué al castillo adonde estaba Leonora, hacien[d]o días los puntos y haciendo días las horas; hízome quejas de Enrico, que salidas por su boca pudieran enriquecer a las Indias de la aurora; mas después de [h]aberle dado mil esperanzas tan flojas, que al punto que se las di se le deshicieron todas, prendí a su padre, y al punto volvió a mirarme furiosa, sin derramar por los ojos el blanco menudo aljófar. Quise prendella también; mas fué en librarse tan pronta, que jamás le pude asir una hebra de la ropa. Corrí tras ella al momento, hecho de su cuerpo sombra, rogándole que quisiese dar alivio a su congoja; mas ella, ciega a su bien y a mis pretensiones sorda, se fué al monte, cuyas faldas un pequeño arroyo mojan; y bien le llamo pequeño, pues su corriente es tan poca que los peñascos, cubiertos con las aguas, sirven de olas. En lo más alto del monte se puso la triste moza, y antes que llegar pudiese a templar su furia loca, volviendo el hermoso abril que en su bello rostro mora, y en sus mejillas cuajadas de jazmines y de rosas, me dijo: "No piense el Rey hacer obsequias mis bodas, porque prender a mi padre lo significa y denota." Esto dijo, y en el agua desde la cumbre se arroja con más furia que en el fuego el libertador de Roma. Todo aquel fragoso monte quedó rico con sus joyas; las peñas inaccesibles quedaron de sangre rojas; los riscos, que en el camino, para mayor daño, topa, quedaron con los despojos de aquella fatal victoria. Cuál quedó asido y revuelto de aquellas trenzas hermosas; cuál como zarza con lana, con mil pedazos de tocas, y casi todos con partes de aquella hidalga persona, que menuda, como sal, vino a deshacerse toda. Todo, al fin, cuanto hubo en ella se divide y se destroza; y con dividirse toda, se quedó entera la honra.

REY. Mira lo que dices.

ROSAR. Digo que tienes lo que deseas.

REY. Pues importará que seas de lo que dices testigo, que si matarla quería, era porque no estorbase que el Príncipe se casase con la que el Francés envía; mas pues se mató Leonora, mi esperanza está cumplida.

ENRIC. O[h], bella Leonora, o[h], vida del corazón que te adora. ¿Que te fuiste, que te vas y me dejas desta suerte?

¿Que vengo a saber tu muerte,
y no estoy donde tú estás?
Apercibe al alma mía
de la tuya el gozo extraño,
si ya no te causa daño
tenerme en tu compañía;
que según mirando voy
mi pena, que es tan notoria,
dondequiera tendrás gloria,
como no estés donde estoy.

REY. ¡Enrico!
ENRIC. ¡Señor!
ROSAR. No es bien
tan grande melancolía.
ENRIC. Padre, la pérdida es mía.
REY. Y la ganancia también.
ENRIC. ¿Qué ganancia?
REY. Ser casado
con hija del Rey de Francia,
¿no será mayor ganancia
que con hija de Conrado?
ENRIC. ¡No, señor!
REY. ¿Por qué razón?
ENRIC. Porque respetar conviene
a quien en su nombre tiene
del mundo el mayor blasón;
y es tan sin tasa y nivel,
que no podrá ningún hombre
nombrar de Conrado el nombre
sin decir honrado en él;
y así, por ganar fama,
miran los buenos quién son:
él mira, como es razón,
quién es y cómo se llama.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Aguija, señor.
REY. ¿Qué es esto?
PAJE. Augusto ha llegado ya
con tu nuera.
REY. ¿Dónde está?
PAJE. Cerca de aquí.
REY. Vamos presto.
ENRIC. No quiero.
REY. ¿Cómo no quiero?
ENRIC. Porque me quiero quedar,
señor, en este lugar,
adonde la muerte espero;
que pues el casarme aquí
me ha de matar desta suerte,
no es bien que vaya a la muerte,
sino que ella venga a mí.
REY. A[h]ora bien; no es tiempo
de alterar lo que dijiste. [agora

(*Vanse.*)

Vamos nosotros.
ENRIC. ¡Ay, triste!
¿cómo vivo sin Leonora?
¿Cómo vivo sin aquella
que lleva de mí la palma,
y resplandece en el alma
con su luz hermosa y bella?
¿Cómo vivo en este día,
en el cual triste me acuerdo
que como tórtola pierdo
mi dichosa compañía?
¿Cómo vivo, pues recibo
tanto pesar todo junto?
Mas ¿para qué me pregunto
cómo vivo, pues no vivo?
Preguntar será mejor
cómo muero en este abismo,
y responderé yo mismo,
que a manos de mi dolor.
¡O[h], mundo, yo te agradezco
tus mudanzas infinitas,
pues lo que adoro me quitas
y me das lo que aborrezco.

(*Salen el* REY, LAVINIA, ROSARDO *y* LEONORA *y los demás que vienen con ellos.*)

REY. Por templar ciertos enojos
no salió.
ENRIC. Lavinia viene.
LAVIN. Bastante disculpa tiene.
ENRIC. ¿Qué es lo que han visto mis [ojos?
(*Aparte.*)
¡Leonora es ésta!
REY. Hijo mío,
¿cómo estás?
ENRIC. A tu mandado.

(*En entrando pone* ENRICO *los ojos en* LEONORA *y cáusale grande admiración y alegría.*)

REY. Paréceme que has cobrado
nuevo aliento y nuevo brío.
ENRIC. He visto en mi esposa bella
cosa que me causa gusto.
REY. Dale, pues, algo.
ENRIC. No es justo,
hasta casarme con ella.
LEONO. Bien parece que la adora,
(*Aparte.*)
pues viéndola se alegró.
ENRIC. ¿Rosardo no me contó
que estaba muerta Leonora?
(*Aparte.*)
¿Qué enredo es éste?
AUGUS. Tu alteza
me da las manos.
ENRIC. O[h], Augusto,
con los brazos es más justo
levantar esa grandeza.
AUGUS. Tendrás, al menos, señor,
una mujer que es hermosa.
ENRIC. Ya sé que es bella mi esposa.
REY. Sin duda le toma amor.
Hijo, ya que no le dices
palabras a tu mujer,
con obras es menester
que el casamiento autorices;
dala la mano.
ENRIC. Señor,
a cualquier cosa me allano.
LEONO. Pues le quiere dar la mano,
sin duda la tiene amor. (*Ap.*)
ENRIC. Cuando con mi esposa bella,
padre, a solas me veré,
no sólo se la daré,
pero el corazón con ella.
REY. Váyanse todos de aquí
y déjennos a los tres.
LEONO. Mi esperanza dió al través.
(*Aparte.*)
ROSAR. Muy buen negocio emprendí,
pues la ocasión de mis penas
ya parece que se aplaca. (*Ap.*)
AUGUS. Este provecho se saca (*Ap.*)
de querer prendas ajenas.

(*Vanse y quedan solos el* REY *y* LAVINIA, *y* ENRICO, *viendo que se va* LEONORA, *se entristece.*)

REY. Solos [h]abemos quedado;
la mano le puedes dar.
ENRIC. Ya no me quiero casar.
REY. ¡Cómo!
ENRIC. El gusto me ha faltado.
REY. El gusto que el hombre tiene
¿suele faltar?
ENRIC. Sí.
REY. No es justo
decir tal.
ENRIC. ¿No ves que el gusto
es correo que va y viene?
No ha mucho que le tenía
y luego se me ha traspuesto.
LAVIN. ¿Agora estamos en esto?
¡Muy bueno, por vida mía!
¿Desta manera, Rey, tratas
los casamientos que intentas?
REY. ¡Mira, hijo, que me afrentas!...
ENRIC. ¡Mira, padre, que me matas!
No pienses que desta suerte
me libro de la tormenta:
que si la tuya es afrenta,
la mía es afrenta y muerte.
Déjame morir; permite
pues eres padre ofendido,
que este corazón, que ha sido
tan rebelde, se me quite.
Quítame en esta porfía
el cuerpo, el alma, el honor;
que todo es tuyo, señor,
sino la mano, que es mía;
y así agora no podrá
poner a tu gusto el sello,
porque estoy falto de aquello
que con la mano se da;
y ésta, que no ha de poder
obedecerte jamás,
cortada vella podrás,
mas no en mano de mujer.

Aunque el mundo decir quiere
que esta mano de la espada
es de la mujer, que en nada
de la espada se difiere.

(*Vase.*)

LAVIN. Ya asperezas, ya regalos...
No sé lo que puede ser.
REY. Sin falta, debe tener
dilucidos intervalos.
LAVIN. ¡Buena quedo!
REY. Tan corrido
quedo yo en esta ocasión,
que te demando perdón
de un yerro no cometido;
aunque tú fingir podrías
que el casamiento se ha hecho,
en tanto que de su pecho
se van las melancolías,
que luego podrás salir
con tu gusto y con mi honor.
LAVIN. Harto trabajo es, señor,
[h]aber venido a fingir;
mas por tu gusto conviene
que lo que dices me cuadre.
REY. No puede [h]aber gusto en pa-
de un hijo que no le tiene. [dre
Mas vamos, que si el malvado
no te quiere por mujer,
sin ser su esposa, has de ser
heredera de mi estado.

(*Vanse.*)

(*Salen* ENRICO *y* ROSARDO.)

ENRIC. Luego ¿todo fué mentira?
ROSAR. Sí, señor; mentira fué.
ENRIC. ¿Y es bueno?
ROSAR. ¿Pues no?
ENRIC. ¿Por qué?
ROSAR. Porque a tu provecho aspira;
que si Leonora viviera,
sin falta muriera aquí,
aunque tengo para mí
que fuera bien que muriera.
ENRIC. ¿Cómo así?
ROSAR. Ha dado, señor,
en mostrarse agradecida
con quien le ha dado la vida,
tanto, que me tiene amor
y se viene tras de mí
con este falso apellido.
ENRIC. ¿Qué dices?
ROSAR. Lo que has oído.
ENRIC. ¿Leonora me olvida?
ROSAR. Sí.
ENRIC. No lo creo.
ROSAR. Ni es razón
dar crédito a mis antojos,
sin que por tus propios ojos
veas la satisfación.
ENRIC. ¿Qué satisfación?
ROSAR. Saber
si es verdad.
ENRIC. Calla, malvado;
que aunque lo que me has conta-
puede ser, no puede ser; [do
que pensar que me olvidó
Leonora siendo invencible,
por mi respeto es posible,
pero por el suyo, no.
Y así proballo procura,
porque es de cualquier modo
necedad creerlo todo,
y no creer algo, locura.
Probárselo es menester,
o al momento morirás.
ROSAR. Venga Leonora, y verás
lo que no deseas ver;
mas ponte, señor, de modo
que ninguno pueda verte.
ENRIC. Voy a procurar mi muerte
y mi desventura y todo.
ROSAR. En viendo que solo estoy,
verás cómo aquí la tengo.
ENRIC. De oír mis desdichas vengo,
y a ver mis desdichas voy.

(*Vase.*)

ROSAR. No tiene mi pensamiento
temor de dar al través
en el engaño que intento,
porque el buen suceso es
hijo del atrevimiento;
que el cobarde no ha tenido

jamás título de honrado,
y aunque muera el atrevido,
muera al menos consolado
de imaginar que lo ha sido.

(*Sale* LEONORA, *y* ENRICO *está detrás de una cortina.*)

LEONO. ¡Rosardo!
ROSAR. Ella viene aquí;
bien mi negocio se entabla.
LEONO. ¿Rosardo?
ROSAR. ¡Señora!
LEONO. Di,
¿no escuchas a quien te habla?
ENRIC. ¡Cuán presto viene, ay de mí!
(*Aparte.*)
ROSAR. En ti pensaba, señora.
LEONO. Poco, Rosardo, aprovecha
engañar más a Leonora,
porque ya de mi sospecha
tengo el desengaño agora.
ROSAR. ¿Qué desengaño?
LEONO. He sabido
que ya he perdido mi bien,
porque el Príncipe ha querido
dar gusto a su padre.
ROSAR. ¿Quién
esas nuevas te ha traído?
LEONO. Quien supo en este momento
que después que se quedaron
los tres en un aposento,
con gran gusto celebraron
mi muerte y su casamiento.
ENRIC. Como tan lejos estoy, [*Ap.*]
no entiendo bien las razones;
pero muchas dellas voy
sacando por las acciones
de las manos.
LEONO. Muerta soy.
ROSAR. Si te desmayas, señora,
sobre mis hombros arrima
ese hermoso cuerpo agora.

(*Aquí se desmaya* LEONORA *de manera que parece que le abraza.*)

ENRIC. Las manos le puso encima. [*Ap.*]
de los hombros, ¡o[h], traidora!
LEONO. Poco el desmayo ha durado.
ROSAR. ¿Quieres ver, señora, mía,
si está el Príncipe casado,
que de su parte me envía
a darte agora un recado?
LEONO. ¿Recado?
ROSAR. Sí.
LEONO. Por venir
de su parte le recibo,
aunque me obligue a morir.
ROSAR. A decillo me apercibo.
LEONO. Muy bien lo puedes decir.
ROSAR. Sabrás que ha determinado
dar gusto a su padre fiero,
y que esto será excusado
si no le sueltas primero
la palabra que te ha dado;
que pasado el frenesí
que tanto mal le concede,
quiere por volver en sí
darla a su esposa, y no puede
si no la cobra de ti.
Y con [la] palabra pide
la sortija que te dió.
LEONO. No me espanto que me olvide,
si lo poco que soy yo
con su inmenso valor mide.
De lo que yo he recebido
espanto, a mi parecer,
es de que [h]aya pretendido
que yo le pueda volver
cosa que él mismo ha rompido.
Darle su mano querría,
pues tan mal me corresponde;
y así le entrego la mía
por ser el lugar adonde
puso la suya algún día.
Tómala, que yo la entrego
con gallardo aliento y brío;
córtala, Rosardo, luego,
primero que el brazo mío
participe de su fuego.
Dáselo, porque el tirano
fuego de amor no me venza
con su rigor inhumano.

ENRIC. ¿[H]ay tan grande desvergüenza,
que le quiere dar la mano
y él no la quiere tomar?
LEONO. Córtala luego, ¿qué esperas?
ROSAR. ¿Tu mano he yo de cortar?
LEONO. Corta.
ROSAR. ¿Díceslo de veras?
ENRIC. ¿Esto he venido a mirar?
LEONO. Pues tal recaudo te dió,
llévale aquesta sortija,
que es la prenda que dejó
el día que con la hija
de Conrado se casó;
con ella quedé obligada
a servir toda la vida,
y por eso no me agrada
que una esclava, que es vendida,
tenga una prenda empeñada.
Desde agora te la entrego.

(*Dale la sortija y* ROSARDO *la toma y la besa.*)

ENRIC. ¿Esta des[h]onra he de ver,
sin dalle la muerte luego?
Mas llevarlo es menester
con más quietud y sosiego.
Yo quiero disimular
hasta mejor ocasión.
ROSAR. ¿Dónde vas, Leonora?
LEONO. A dar
alivio a mi corazón.
ROSAR. ¿Qué alivio tiene?
LEONO. Llorar.
ROSAR. Muy lindo alivio.
LEONO. El mejor
que pedir pueda el deseo.

(*Vase.*)

(*Sale* ENRICO.)

ROSAR. ¿Qué te parece, señor?
ENRIC. Que lo veo y no lo creo.
ROSAR. Extraño efeto de amor.
ENRIC. Pero ¿qué es esto que digo?
¿Yo he de dudar esta vez
viendo que para el castigo
soy el verdugo y juez,
y la parte y el testigo?
Por ventura ¿son antojos
de algún sueño loco y vano?
¿No he visto yo por mis ojos
que le entregó por su mano
tantos triunfos y despojos?
Bien pudiera dalle muerte,
pues que es muy justo vengarme,
mas por dársela más fuerte
no quiero sino casarme,
y matalla desta suerte.
Vamos, buscaré al momento
a mi padre.
ROSAR. ¿Qué pretendes?
ENRIC. Celebrar el casamiento.
ROSAR. Una cosa, Enrico, emprendes,
digna de tu entendimiento.
Pero recibe el anillo
primero.
ENRIC. De tu imprudencia,
Rosardo, me maravillo.
¡Tiénesle tú por herencia,
y puedo yo recibillo!...
Que aunque ha sido de mujer
a quien di mi pensamiento,
olvidallo es menester
como arras de un casamiento
que se vino a deshazer.

(*Vanse.*)

(*Salen* LAVINIA *y* LEONORA.)

LAVIN. ¿Hállaste, Fortuna, bien
en esta tierra?
LEONO. Antes mal.
LAVIN. ¿Quién lo causa?
LEONO. No sé quién.
LAVIN. No saber quién, es señal
que estás como yo también.
LEONO. ¿Cómo estás?
LAVIN. Menospreciada
del Príncipe.
LEONO. ¿Cómo así?
LAVIN. De hablarme y verme se enfada.
LEONO. Pues yo, señora, entendí
que estabas con él casada.
LAVIN. Era mentira.

LEONO. Señora,
¿por qué ocasión te olvidó
con tan grande extremo?
LAVIN. Adora
una dama que murió,
que se llamaba Leonora.
LEONO. Querella no puede ser
con pasión tan excesiva.
LAVIN. ¿Eso puedes tú saber?
LEONO. ¿No la quiso estando viva,
y muerta la ha de querer?
LAVIN. ¿Tú la conociste?
LEONO. Sí,
y aunque con amor profundo,
la causa de su mal fuí,
y así no tuvo en el mundo
mayor contraria que a mí;
porque al fin es cosa clara
para quien sabe estas cosas,
que con cualquiera (1) trata[ra]
sus pasiones amorosas,
si no conmigo acertara.
LAVIN. ¿Era hermosa?
LEONO. El tiempo vario
le quitó la perfección.
LAVIN. ¿Y avisada?
LEONO. De ordinario
la avisaba el corazón,
y ella hizo lo contrario.
LAVIN. ¿Y alegre?
LEONO. Siempre la vi
que, como yo, estaba triste,
pues perdió lo que perdí.
LAVIN. Muy poco lo encareciste.
LEONO. No es harto igualarla a mí.
No es harto igualarla a quien
es la fortuna mortal,
cuyo ordinario vaivén
es propicio para el mal
y contrario para el bien.
Si tú supieses, señora,
el tormento y el cuidado
que dentro este pecho mora,
tendrías por acertado
el igualarme a Leonora.
LAVIN. ¿Sabes acaso en qué piensa,
Fortuna, mi entendimiento?
LEONO. ¿Es por ventura en la ofensa
de quien con el casamiento
te quiere tener suspensa?
LAVIN. Bien dices.
LEONO. Mi pecho es fiel.
LAVIN. Busca, pues, con vigilancia
tinta, plumas y papel;
escribiré al Rey de Francia
la cuenta que se hace dél.
LEONO. No le escribas mal de Enrico,
porque le excusa el amor.
LAVIN. No es tirano, no es inicuo,
no es soberbio, no es traidor.
LEONO. Que le excuses te suplico.
Que aunque mi esposo cruel
fué, como sabes, tan fiero,
por mostrarme en todo fiel
no sólo mal no le quiero,
pero no digo mal dél.
LAVIN. Apercibe lo que digo.

(*Vase* LEONORA.)

LEONO. Yo voy luego.
LAVIN. A procurar
cualquier[a] daño me obligo
al que se quiere mostrar
del Rey, mi padre, enemigo.

(*Salen el* REY *y* ENRICO.)

REY. Albricias, hija.
LAVIN. O[h], señor,
¿de qué son esas albricias?
REY. De que ya te tiene amor
tu esposo, como codicias.
LAVIN. En mucho estimo el favor.
REY. Ya viene muy reparado.
ENRIC. Ya, Lavinia, se pasó
la tempestad y el nublado,
por quien agora quedó
tu corazón alterado.
Ya se pasó el desvarío
que en menosprecio redunda

(1) En el texto: *que con qualquiera que trata.*

de mi Imperio y señorío;
ya sacudí la coyunda
de mi cuello, ya soy mío.
Confieso la perfeción
de ese cielo soberano;
y en prueba desta afición,
antes de darte la mano
quiero pedirte perdón.

LAVIN. Cuando enojada estuviera
por el pesar que me has hecho,
todo el enojo perdiera
viendo, Príncipe, tu pecho
tan blanco como una cera.

REY. Tratemos de la promesa
y más tiempo no se gaste.

(*Sale* LEONORA, *y en saliéndose, éntrase* ENRICO.)

ENRIC. De gastar tiempo me pesa.

LEONO. Señora, lo que mandastes
queda ya sobre una mesa.

REY. Dale la mano.

ENRIC. Señor,
ya se la doy.

REY. ¿Pues qué esperas?

LEONO. ¡La mano le da! ¡Traidor! [*Ap.*]

REY. Dásela luego.

ENRIC. No quieras
que me consuma el dolor.
En este punto ha llegado
a mi corazón un mal
que sin vida me ha dejado.

REY. Aunque estuvieras mortal
la pudieras [h]aber dado.

ENRIC. Extraño dominio tiene
sobre mí aquesta mujer. (*Ap.*)

REY. ¿Qué dices?

ENRIC. Que no conviene
darle la mano hasta ver
pasado el mal que me viene.

REY. ¿Qué te viene?

ENRIC. Un dolor fuerte
que suele ser su venida
ordinaria, y es de suerte
que antes me daba la vida
y agora me da la muerte.

REY. Si al corazón ha llegado,
buscarte luego es razón
un anillo.

ENRIC. Es excusado,
que ese mal de corazón
un anillo le ha causado.

REY. Eso es, Enrico, decir
que el casamiento aborreces.

LAVIN. Bien se puede presumir
de quien me burla dos veces.

LEONO. Gran pena debe sentir [*Ap.*]
de verme presente agora.

LAVIN. ¿Dirás, como firme amante,
una verdad?

ENRIC. Sí, señora.

LAVIN. ¿No tienes siempre delante
de los ojos a Leonora?

ENRIC. Y aun por eso procuré
estorbar el casamiento.

LAVIN. ¿Ves, señor, cómo acerté?

REY. Si ella está en su pensamiento,
¿cómo quitalla podré?

LEONO. Dígame, señor Enrico,
¿por qué no se casa agora?

ENRIC. ¿Con quién, decidme, os suplico?

LEONO. Con Lavinia, mi señora,
que le hará de gloria rico.

ENRIC. ¿No os llamáis Fortuna?

LEONO. Sí.

ENRIC. Pues, Fortuna, vos sabéis
que es imposible; y así,
como la mano me deis,
podré daros gusto aquí.
Dádmela en esta porfía;
quedará el negocio llano,
que yo he visto que algún día
queríais vos dar la mano
a quien no la merecía.

LAVIN. Cual si fuera la Fortuna,
le dice su pensamiento.

REY. Vamos, que sin falta alguna
sigue con su entendimiento
las mudanzas de la Luna;
pero yo le haré curar
o me costará la vida.

(*Vanse todos y queda* ENRICO *solo.*)

ENRIC. ¡Que no he podido tomar
venganza de la homicida
que me procura matar!...
En viéndola me quedé
sin poder determinarme,
y así, aunque quiera, no sé,
pues no he podido casarme,
cómo matalla podré.
Venganza pide cruel
este abominable hecho;
y según ha sido infiel,
quisiera estar en su pecho
por poder matarme en él;
mas con esta daga fiera
romperé en esta ocasión
nuestros pechos, de manera
que sea, como es razón,
yo muerto, cuando ella muera.
Igual ha de ser la paga
sin tener la culpa dello,
pues porque la satisfaga
la mataré con aquello
que sobrará de la daga.

(*Sale* ROSARDO.)

ROSAR. ¿Podémoste, señor, dar
el parabién de casado?
ENRIC. No se ha podido acabar
del todo.
ROSAR. ¿Quién lo ha estorba-
ENRIC. Quien lo podía estorbar. [do?
Esa que es el daño mío;
esa que a causarme viene
la locura y desvarío;
esa mujer que me tiene
suspenso el libre albedrío.
Vino al punto que le daba
la mano, y volvíme atrás.
ROSAR. ¡Brava cosa!
ENRIC. Cosa brava.
ROSAR. ¿Quién, señor, hizo jamás
de la voluntad esclava?
Mas di, ¿qué piensas hacer?
ENRIC. Matarla quiero, aunque callo.
ROSAR. Si esto se viene a saber,
yo soy perdido; estorballo
con engaño he menester.—(*Ap.*)
Así luego el Rey sabrá
que mientras Enrico vea
esta mujer, no podrá
casarse, porque en su idea
puesta de continuo está.
Y no le diré quién es,
porque en casándose Enrico,
me la quiera dar después.
ENRIC. ¿En qué piensas?
ROSAR. No me aplico
a procurar tu interés.
ENRIC. ¿Qué es la causa?
ROSAR. ¿Quieres más
que callo agora, y te dejo
ir, señor, adonde vas?
ENRIC. Ya que no me das consejo,
¿consuelo no me darás?

(*Vanse.*)

(*Sale el* CONDE AUGUSTO *y* LEONORA.)

AUGUS. Al fin, que se ha dilatado
el casamiento.
LEONO. Y de modo
que se ha deshecho del todo.
AUGUS. En parte, quedo vengado.
LEONO. ¿Vengado?
AUGUS. Pues no.
LEONO. ¿De quién?
AUGUS. Del sol que habita en su esfera,
y me derrite cual cera
el rayo de su desdén.
¿Has sabido a lo que vengo
poco más o menos?
LEONO. No.
AUGUS. Muy bien dices, porque yo
por imposible lo tengo.
Pues son mis deseos buenos,
tan sin límite y compás,
que no [h]ay cosa que sea más,
ni cosa que no sea menos;
sólo, Fortuna, te pido
que digas a tu señora
que no tenga en poco agora
lo que en tan poco ha tenido.

Que se acuerde que ha quedado
menospreciada de [H]ungría
después que la pena mía
contino ha menospreciado.
Que no quiero demandar
con engaño, fraude y dolo
algún favor, sino sólo
que me deje desear;
aunque el deseo está llano,
que en mi mano lo he tenido,
soy tan humilde, que pido
aquello que está en mi mano.

LEONO. Si supieses, conde Augusto,
de Lavinia el pensamiento,
de gozo el entendimiento
perderías, como es justo.

(*Sale* ENRICO *y pónese en una parte a escuchar.*)

ENRIC. Sin duda esta mujer tiene (*Aparte.*)
más negocios que un letrado.

AUGUS. ¿Qué ha sido?

LEONO. Ha determinado
que a Francia escribir conviene
el menosprecio que aquí
de su honor hacerse quiso,
y la carta del aviso
quiere confiar de ti.
Tómala luego, y comienza
a envialla con cuidado.

ENRIC. ¿Que una carta le [h]aya dado?
¿[H]ay tan grande desvergüen-
Pues siempre la veo dar, [za?
liberal debe de ser.

AUGUS. Esta carta es menester
una y mil veces besar,
y pues de tanta importancia
es para vengar su intento,
haré que mi pensamiento
la lleve volando a Francia.
A él solo la atribuyo,
que si es justo que la fíe
de un propio, no es bien envíe
sino quien es propio suyo.
Dile, Fortuna, que luego
un hombre despacharé.

(*Vase.*)

ENRIC. ¿Cómo vengarme podré,
que estoy de cólera ciego?

LEONO. ¿Quién da voces por aquí?

ENRIC. ¿No me conoces?

LEONO. Señor,
¿qué quieres?

ENRIC. Busco mi honor.

LEONO. ¿Dónde?

ENRIC. Donde le perdí.
¡O[h], fementida, o[h], traido-
o[h], más que todas infiel; [ra,
ya de mi furia cruel
ha llegado el tiempo agora!

LEONO. ¿Yo traidora?

ENRIC. No des voces,
que aquí perderás la vida.

LEONO. ¿Yo cruel? ¿Yo fementida?
Mira bien si me conoces.

ENRIC. ¡Pluguiera a Dios poderoso
que yo no te conociera;

(*Esto ha de decir* ENRICO *empuñando la daga, pero no la ha de sacar.*)

pluguiera a Dios, porque fuera
dichoso y más que dichoso!
Dame, pues, Fortuna, amada,
nuevo aliento y nuevo brío,
porque de mí no confío
tenella en esa jornada.
Dame, Fortuna, favor;
concédeme de tu mano
el auxilio soberano
que ha menester mi dolor.

(*Sale el* REY, ROSARDO *y* CRIADOS.)

REY. ¿Qués esto traidor? ¿Favores
demandas a la criada
de Lavinia?

LEONO. ¡Ah, desdichada!

REY. ¿Es bueno decille amores?
¿Esta es la causa porque
no quieres a su señora?...
Pero, tirano, yo agora

la ocasión te quitaré.
Prendelda luego.
ENRIC. ¿A quién dices?
REY. Prended luego esta mujer.
ENRIC. ¿Por qué la mandas prender?
REY. Paso, no te escandalices.
Vaya a la cárcel.
ENRIC. Señor,
¡vive Dios que no la quiero!

(*Sale gente y rodéala.*)

LEONO. Ten por cierto y verdadero
que jamás me tuvo amor.
No sé yo por qué ocasión
me prende tu Majestad.
ROSAR. Lavinia viene.
REY. Esperad,
que quiero dalle razón.

(*Sale* LAVINIA.)

LAVIN. ¡O[h], señor mío!
REY. ¡O[h], señora!
LAVIN. ¿De qué estás alborotado?
REY. De que Fortuna he topado
con Enrico hablando agora,
y de la conversación
he venido a rastrear
que se deja de casar
porque la tiene afición.
No fué acaso mi venida,
que ya yo estaba enterado
que, porque está enamorado,
de lo que es justo se olvida.
LAVIN. ¿Es posible que Fortuna
hizo tal?
REY. Yo soy testigo,
Lavinia, de lo que digo.
LAVIN. No [h]abrá en ello falta alguna.
¿Es verdad esto, señora?
LEONO. Como no tengo lugar,
ni lo puedo confesar
ni negar lo puedo agora;
porque mi suerte infelice
es tan mi enemiga aquí,
que no confieso por mí
ni niego por quien lo dice.
Decir que yo le entretengo,
créase lo que se viere;
pero decir que él me quiere,
a su confesión me atengo.
Diga él mismo la verdad
como Príncipe y señor.
ENRIC. No me tenga el cielo amor
si te tengo voluntad;
antes le diera la muerte
si alguno no lo estorbara.
REY. Eso, Enrico, me declara
que la quieres.
ENRIC. ¿De qué suerte?
REY. Si se ha de considerar
tu nobleza y su hermosura,
¿puédesla tú, por ventura,
sino por celos matar?
¿Si son celos, no es amor?
¿Si es amor, no es culpa clara?
¿Si es culpa, no se repara
con el castigo y rigor?
Mira si es reguridad
ponerla como atrevida
en la cárcel.
LAVIN. De la vida
le haces limosna, en verdad;
que aunque ella no puede ser
culpada en que otro la quiera,
culpa es, en cierta manera,
dejarse agora querer;
que al galán enamorado
no [h]ay, por más que se procu-
cosa que mejor le cure [re,
que un desdén perseverado.
Por eso, Fortuna, humana,
cierra a tus gustos la puerta;
será mi gloria tan cierta
como tu esperanza vana.
¡Dios sabe cuánto me pesa
ver que vas a la prisión;
mas yo haré, como es razón,
que estés poco tiempo presa!
LEONO. No te pese deste mal
que por tu ocasión me viene;
porque si algo malo tiene,
no es más de no ser mortal.

De la pena que por ti
paso, tengo el alma llena;
y así, pues toda soy pena,
no puede [h]aber culpa en mí;
que el cielo por mi interese
tanta pena me ofreció,
que en mi lugar no dejó
donde la culpa estuviese;
y pues yo la tengo toda,
no tengas pena ninguna;
porque a pesar de Fortuna,
podrás celebrar tu boda.

LAVIN. Vuestra Majestad me dé
licencia para quedar
sola con ella y hablar
cierto negocio.

REY. Sí haré.
Vénganse todos conmigo.

LAVIN. Solas quedamos agora;
dime la verdad.

LEONO. Señora,
lo mismo que dije, digo.

LAVIN. ¿De qué recibió disgusto,
que matarte procuró?

LEONO. Quizá fué porque me vió
dar la carta al conde Augusto,
y debe estar cuidadoso
de saber lo que ha pasado.

LAVIN. No puede tener cuidado
quien no quiere ser mi esposo;
pero el secreto te pido
que sepas guardar.

LEONO. Señora,
disculpa tienes agora
con no [h]aberme conocido;
que si fuera conocida,
notable queja formara
de lo que [h]as dicho.

LAVIN. En tu cara
tu nobleza está esculpida,
y así al Rey diré al momento
que te deje estar conmigo,
que yo a tenerte me obligo
encerrada en mi aposento.

LEONO. Señora, no digas tal,
aunque a ti te satisfaga,
porque no es bien que yo haga
cosa que me esté tan mal.
El Rey me prende, y es justo
reconocelle por Rey;
y pues que es su gusto, es ley
estar sujeta a su gusto.
No quiero la libertad
si él no me la da primero;
y aunque la dé, no la quiero,
si es contra su voluntad.
Confieso que es tu prisión
dulce, apacible y ligera;
mas quiero ser prisionera
del Rey en esta ocasión
y estar sujeta a su ley,
aunque muera luego allí,
porque tiene sobre mí
más dominio que ser Rey.
Pues por mis culpas merezco
estar en prisión metida,
quíteme luego la vida,
que desde aquí se la ofrezco.
Quítemela en la porfía, [do
que aunque con fuerza y denue-
me la quite, no [h]ayas miedo
que me quite cosa mía.

LAVIN. Furia tienes. Considera
que te haces en todo injuria.

LEONO. No es esto, señora, furia,
sino razón verdadera.

(*Sale* ROSARDO *con una llave en la mano.*)

ROSAR. El Rey, señora, me ha dado
la llave de aquel castillo,
en cuya puerta el rastrillo
está siempre levantado,
y en él me manda poner
a tu criada Fortuna,
donde del sol ni la luna
no pueda los rayos ver.
Dame, señora, licencia,
y tú, Fortuna, también;
porque sin ésto no es bien
ejecutar la sentencia;
que el Rey quiere brevedad,
por poner a todo el sello.

LAVIN. Hágase, Rosardo, aquello
que manda Su Majestad.
Harto me pesa; mas veo
que es imposible estorballo.

(*Vase.*)

ROSAR. ¿Tú no dices nada?
LEONO. Callo,
porque estar presa deseo.
Deseo que me atribuya
el Rey este galardón,
de ponerme en la prisión
por estar en cosa suya.
Que después que me sacó
de su corazón Enrico
estoy tal, que no me aplico
a estar libre.
ROSAR. ¿Cómo no?
LEONO. Porque pajarito soy
que a estar en la jaula vengo,
y cuando abierta la tengo
contra mi gusto me voy.
ROSAR. Pues tienes necesidad,
para que el cuerpo se vea,
dar al alma libertad
en la gloria que desea.
LEONO. No tratar deso procura,
porque es, Rosardo, ofenderme.
ROSAR. ¿Si no, de qué?
LEONO. De ponerme
en la cárcel más oscura,
porque al fin tengo esperanza
que he de ver en la prisión
con el sol de una razón
la luna de una mudanza.

(*Vanse.*)

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

JORNADA TERCERA

(*Salen el* REY *y el* SECRETARIO.)

REY. ¿Quién ha escrito al Rey de [Francia
que me escriba de su tierra
con tan notable arrogancia?
SECR. No sé.
REY. Responder con guerra
será de grande importancia.
SECR. ¿Por ventura le escribió
su hija que el casamiento
deshecho dos veces vió?
REY. Hacelle pienso al momento.
SECR. ¿Y es posible?
REY. ¿Por qué no?
Entretanto es menester
la frontera, descuidada,
del Reino fortalecer,
porque si empuña la espada
me la pueda defender.
No hallo en todo mi estado
hombre para General
tan bueno como Conrado,
porque es noble y es leal,
y es valiente y es honrado;
y aunque he sido tan cruel
en querelle aprisionar,
yo quiero, pues es tan fiel,
sacalle, por confesar
la falta que tengo dél.
Despacha, pues, Secretario,
a Conrado una patente
con estilo extraordinario,
porque gobierne mi gente
y haga temblar al contrario;
que pues le quité la hija
con rigor tan importuno,
razón es que no le aflija
tanto tiempo.
SECR. No [h]ay ninguno
que cual él la gente rija.
REY. Despacha luego.
SECR. Señor,
yo despacharé al momento.

(*Vase.*)

REY. Entender que por temor
se ha de hacer el casamiento
y no por otro, es error;
que el que pide humilde y blan-
todo lo puede adquirir; [do
mas pedir amenazando

a un hombre honrado, es decir:
No me deis lo que os demando.

(*Salen* ENRICO *y* ROSARDO.)

ENRIC. Esto y mucho más daré,
si a mi amor se corresponde
con lealtad, nobleza y fe.
REY. Enrico.
ENRIC. ¡Señor!
REY. ¿Adónde
vas con Rosardo?
ENRIC. No sé.
REY. Bueno.
ENRIC. Como no me aplico
a buscar alguna cosa,
dije lo que dije.
REY. Enrico,
¿qué me dirás de tu esposa?
ENRIC. Que la dejes te suplico,
que después que recebiste
la carta del Rey francés,
con que amenazado fuiste,
la quiero menos.
REY. ¿No ves,
Enrico, que lo ofreciste,
y que el hombre bien nacido
no viene por su valor
a menos que lo ofrecido,
porque, en efeto, es mayor
afrenta que ser vencido?
Para no dar a entender
que tienes miedo en tu tierra,
es a[h]ora menester
casarte y hacelle guerra,
cuando él no la quiera hacer.
ENRIC. ¿Yo casarme?
REY. Aunque te pese,
los ojos has de cerrar.
ENRIC. No has de salir con la empresa
si no me dejas matar
esta mujer que está presa.
Deja que le dé la muerte,
y verás cómo al momento
determino obedecerte.
ROSAR. Por cierto, buen casamiento,
si se ha de hacer desa suerte.
REY. Si creyese el alma mía
que después de [h]abella muerto,
el casamiento se haría,
bien puedes tener por cierto
que matalla dejaría;
pero muerta tu enemiga,
no te has de querer casar.
ENRIC. ¿No basta que yo lo diga?
REY. Eso [h]abía de bastar,
mas a ti nada te obliga.
ENRIC. Pues, señor, has de saber
que como a[h]ora no muera
esa infelice mujer,
es imposible, aunque quiera,
este casamiento hacer.
REY. Según esto, ¿estás casado?
ENRIC. Podría ser.
ROSAR. ¿De qué suerte
matalla has determinado?
ENRIC. Con mi propia mano.
ROSAR. Advierte
que te será mal contado;
que un Príncipe, un heredero
de un Reino, cuyo blasón
es mayor que el mundo entero,
no ha de tener condición
de verdugo carnicero;
que esa mano acostumbrada
a engrandecer la ventura
desa mujer desdichada,
no puede quedar manchada
con la sangre de su hechura.
Manda matalla, señor,
y con eso quedará
sin mancilla tu valor.
REY. Muy buen consejo te da.
ENRIC. No puede [h]abelle mejor.
Entra, pues, Rosardo amado,
en esa prisión oscura,
y después que con cuidado
la saques della, procura
matalla en el despoblado.
Vete a matalla al desierto,
sin que ninguno lo entienda;
pero mira que te advierto
que ha de [h]aber alguna prenda

para creer que la has muerto.
ROSAR. ¿Prenda?
ENRIC. Sí.
ROSAR. Será imposible
que yo pruebe mi lealtad
en empresa tan terrible.
ENRIC. ¿Por qué?
ROSAR. Porque la crueldad
es negocio aborrecible
para todos.
ENRIC. Pues advierte
que has de ir, Rosardo, luego
a matalla desta suerte,
o yo he de dalle la muerte
de enojo y cólera ciego.
ROSAR. Pues, señor, para evitar
que nadie pueda ultrajarte,
dello me quiero encargar.
REY. Eres hidalgo.
ROSAR. ¿Qué parte
de su cuerpo he de tomar?
ENRIC. La mano.
ROSAR. ¿Qué mano es
la que quieres?
ENRIC. La derecha.
ROSAR. Fía de mi industria, pues.
REY. Mucho, Rosardo, aprovecha
tener tan rico interés.
ENRIC. A[h]ora bien: la confianza
me sustenta.
ROSAR. Muy bien puede.
ENRIC. Adiós.
ROSAR. El te dé venganza,
y en mis pensamientos quede,
que están puestos en balanza.
No sé de qué suerte puedo
salir en esta ocasión
de tan peligroso enredo;
allí veo la razón,
allí el amor, allí el miedo,
allí el pesar importuno,
allí el favor por mil modos;
y aunque de por sí cada uno
me lleva, por ir a todos
llegar no puedo a ninguno.
Quiero librar a Leonora,
que es la luz hermosa y bella
del corazón que la adora,
y encomendarme con ella
al nombre que tiene a[h]ora.

(*Vase, y sale* LEONORA.)

LEONO. En esta cárcel dura
que ha labrado mi suegro
para encerrar las furias del pro-
donde la noche oscura [fundo,
tiende su manto negro;
todas las veces que le tiende al
[mundo,
paso una vida con eterno llanto,
que sólo le parece en durar tanto.
Su erizado cabello,
revuelto en las tinieblas,
tiende la noche tenebrosa y fría;
y así como el sol bello,
desterrando las nieblas,
con tanta perfección al hombre
[cría,
ella, como enemiga dél se nom-
[bra,
cría en el mundo la espantable
[sombra.
Y aunque della murmuro,
volver por ella quiero,
condenando mis locos desvaríos;
pues por estar escuro
el lugar donde muero,
no se divierten estos ojos míos;
y para pensar bien en los enojos
de ninguna importancia son los
[ojos.

(*Sale* ROSARDO.)

ROSAR. Grande atrevimiento tengo,
sabiendo quien es el Rey,
en venir a lo que vengo.
LEONO. Pasos siento.
ROSAR. Poca ley,
siendo yo hidalgo, mantengo.
LEONO. Apenas puedo saber
quién es el que a[h]ora vino.
ROSAR. Engañarla he menester
para que salga.

LEONO. Imagino,
que Rosardo debe ser,
que él sólo la llave tiene
de aquí.
ROSAR. Leonora.
LEONO. Rosardo,
¿viene el verdugo?
ROSAR. No viene.
LEONO. Dígolo porque le aguardo
de la suerte que conviene.
ROSAR. ¿De qué suerte?
LEONO. Con paciencia.
ROSAR. Ya no es menester, señora,
esperar esa sentencia,
que el Rey ha mandado a[h]ora
que te lleve a su presencia.
LEONO. ¿Qué quiere el Rey?
ROSAR. Perdonarte
del pecado que no has hecho,
y, perdonada, casarte
con el Príncipe.
LEONO. Sospecho
que de mí quieres burlarte.
Cuando acaso el Rey volviera
en galardón el castigo,
¿no has visto de qué manera
está el Príncipe conmigo?
ROSAR. Pluguiera a Dios no lo viera.
LEONO. ¿No has visto con que intenmi noble término injuria? [ción
ROSAR. Sí; mas no tienes razón,
que un amante todo es furia
sin ninguna ejecución.
Más rastro deja en el viento
cuando vuela cualquier ave,
y en el húmedo elemento
la presta y ligera nave
cuando excede al pensamiento,
que la furia y el enojo
en el pecho de un amante,
que, como todo, es antojo,
se pasa en más breve instante
que un abrir y cerrar de ojos;
y así Enrico está de modo
que ya de todo se olvida.
LEONO. Mal con eso me acomodo,
porque me tiene afligida
ver que se olvida de todo.
ROSAR. El no se puede olvidar;
antes su pecho inhumano
está con tanto pesar,
que hasta que tenga tu mano
no se podrá consolar.
LEONO. Pues vamos, que por su gusto
mucho más que por el mío
servir al Príncipe es justo.
ROSAR. Temo que este desvarío (*Ap.*)
no pare en algún disgusto.

(*Vanse, y salen* AUGUSTO *y* LAVINIA.)

AUGUS. Como a tres va la vencida,
esta vez serás, señora,
de Enrico esposa querida.
LAVIN. ¿Cómo así?
AUGUS. Dícese a[h]ora.
LAVIN. No lo creas, por tu vida.
AUGUS. ¿Por qué no lo he de creer?
LAVIN. Porque Enrico no es constante.
AUGUS. Antes lo pretende ser,
y recebirte delante
de su gente por mujer.
Grande fiesta se apercibe;
y si a[h]ora, como ves,
por mujer no te recibe,
es porque cierto interés
se lo estorba y lo prohibe.
LAVIN. ¿Qué interés?
AUGUS. Esa razón
sólo en su pecho se esconde.
LAVIN. ¿Quién causa esta dilación?
AUGUS Rosardo, que no sé dónde
fué por la dispensación,
y hasta que vuelva de allá
no ha de hacer el casamiento.
LAVIN. Para mí excusado está
si tenía impedimento.
AUGUS. Luego saberse podrá;
mas según no lo aborreces,
bien lo que digo te agrada,
pues a casarte te ofreces,
con [h]aber sido olvidada
de tal modo y tantas veces.

Aunque mirándolo bien,
no es negocio nunca oído,
que se halle en el mundo quien
no se ofenda de un olvido,
pues [h]ay quien sufra un des-
bien que su naturaleza [dén;
es disforme por el cabo,
que sufrir la fortaleza
de un olvido es menoscabo,
y de un desdén es fineza.
No puedo, Lavinia bella,
formar, aunque tengo amor,
de tu condición querella;
porque a no formalla della,
la formara de tu honor.
De mí, que soy insensible,
formalla es honrado intento,
pues la memoria, terrible,
como el camaleón, sustento
del viento de un imposible.

LAVIN. ¿De ti te quejas?

AUGUS. Señora,
sólo me quejo de mí.

LAVIN. Pues si te quejas de ti,
¿qué es lo que quieres a[h]ora?

AUGUS. Morir.

LAVIN. Muere.

AUGUS. ¿Dónde?

LAVIN. Aquí.

AUGUS. Estándolo en tu memoria,
muerto aquí, Lavinia, estoy;
y pues mi pena es notoria,
fuera del pueblo me voy
a contar mi amarga historia.
Contaré con abundancia
de tormento y de tristeza
a los montes, tu arrogancia;
a las peñas, tu dureza,
y a las aguas, tu inconstancia.

(*Vase.*)

LAVIN. Pésame de que la herida
de Augusto sea tan mortal
que esté en peligro su vida,
pues aunque le trato mal,
me huelgo de ser querida.
De que él a su vida el sello
ponga por ver mi rigor,
pesar tengo de sabello;
y aunque el pesar no es amor,
está muy cerca de sello.

(*Sale el* REY.)

REY. ¡Lavinia!

LAVIN. ¡Señor!

REY. ¿Estás
con gusto de ser mi nuera?

LAVIN. ¿Está en mi mano?

REY. [H]oy podrás,
si quieres.

LAVIN. ¿De qué manera?

REY. Con decir un sí no más.

LAVIN. Pues si con decir un sí
lo has de ver hecho, confía
que no quedará por mí.

REY. Siempre he tenido, hija mía,
esa confianza de ti.

LAVIN. Pues ¿qué aguardas?

REY. A Rosardo,
que está fuera la ciudad
por cierto negocio, aguardo;
y en volver con brevedad
no es perezoso ni tardo;
y aunque Enrico se desdijo,
[h]oy tendrá el pueblo presente,
para que tenga mi hijo
respeto a la mucha gente
que estará en el regocijo,
cuanto y más que él me ha ju-
[rado
que cuando Rosardo venga
cumplirá lo concertado.

LAVIN. Eso será como tenga
el pensamiento olvidado;
pero si dél no se olvida,
peligro corre.

REY. Señora,
no digas mal, por tu vida,
de un hombre muerto, que
cobra la virtud perdida. [a[h]ora
[H]oy, como desde la cuna,
nueva vida y nuevo amor

cobrará sin falta alguna (1).

LAVIN. ¿No te acordarás, señor,
de mi criada Fortuna?
Que aunque en efeto convenga
tenella en encerramiento,
será justo que la tenga
junto a mí en el casamiento.

REY. No se hará sin que ella venga.

(*Vanse, y salen* LEONORA *y* ROSARDO.)

LEONO. Falso enemigo, engañoso,
¿dónde me llevas? ¿Qué es esto?
¿Dónde está Enrico, mi esposo?

ROSAR. Aquí.

LEONO. Quiero velle.

ROSAR. Presto
lo verás bien riguroso.

LEONO. ¿Dónde está mi esposo?

ROSAR. Aquí.

LEONO. Burlarme, traidor, deseas.

ROSAR. Para vengarse de ti,
Leonora, sin que le veas,
viene disfrazado en mí.

LEONO. ¿Vengarse?

ROSAR. Vengarse digo
con mayor riguridad
que del mayor enemigo.

LEONO. ¿Hice yo alguna maldad,
que merezco este castigo?
Su honor, que tanto procura,
por ser suyo, engrandecerse,
¿perdióse por mi locura,
o púsele por ventura
en ocasión de perderse?
¿Agravié su calidad,
que a tomar venganza viene
con tanta riguridad?
Pero bien podrá, si tiene
por agravio la lealtad.
Si por ella he merecido
tener título de ingrata,
que me dé la muerte pido:
será el primero que mata
porque lealtad le han tenido.

ROSAR. Poco aprovecha, Leonora,
cuanto me puedes decir,
que tú has de morir agora.

LEONO. ¿Yo?

ROSAR. ¿Pues quién?

LEONO. ¿Yo he de morir
como si fuera traidora?

ROSAR. Tu esposo manda que mueras.

LEONO. ¿El lo manda?

ROSAR. ¿Quién lo duda?

LEONO. Si al principio lo dijeras,
con esa espada desnuda
darme la muerte pudieras:
que como es mi pecho honrado
no entendí tu pensamiento; [do
y así si hubiera llamado
al castigo mandamiento,
ya estuviera ejecutado.
Al fin ¿él lo manda?

ROSAR. Sí.

LEONO. Pues ¿en qué piensas, traidor?

ROSAR. Tengo lástima de ti.

LEONO. Tenella será mejor
de quien la tiene de mí.

ROSAR. No sé de qué suerte puedo
decille mi pena agora.

LEONO. Acaba, no tengas miedo.

ROSAR. Puedo.

LEONO. Bien puedes.

ROSAR. Señora,
con eso animado quedo.
Tú me diste atrevimiento
para podello emprender;
y así digo que mi intento
no es matarte, sino hacer
que muera el dolor que siento.
Después que vieron mis ojos
lo que nadie a ver alcanza,
y te ofreció los despojos
el alma sin esperanza
de remediar sus enojos,
te entregué mi corazón
en premio de mi porfía;
y he buscado esta ocasión,
sin que por la parte mía
se cometiese traición.

(1) En el texto: *ninguna.*

LEONO. Loco, villano, atrevido,
¿tú no eres traidor?
ROSAR. Señora,
yo sé que no he cometido
ninguna traición agora.
LEONO. Pues si no es traición, ¿qué ha [sido?
ROSAR. Yo lo diré.
LEONO. Dilo al punto.
ROSAR. Pondera en esta ocasión
que está tu cuerpo difunto
para mi imaginación.
LEONO. Pues ¿de qué sirve, pregunto?
ROSAR. Si muerta, Leonora, estás,
y dura el estar casada
hasta la muerte no más,
en siendo resucitada,
pregunto, ¿cúya serás?
En ley de buena razón
el que en el mundo te ha puesto
tendrá de ti posesión...
Considera, según esto,
si he cometido traición.
LEONO. Eso es quererme decir
que a ti te debo la vida,
pues no me dejas morir.
ROSAR. ¿Y no es verdad?
LEONO. ¡Homicida!
¿Tal cosa he de consentir?
Mátame luego; ¿qué esperas?
¿Por qué, dime, te retiras?
Pues vienes con tantas veras,
¿qué sollozas?, ¿qué suspiras?,
¿qué temes?, ¿de qué te alteras?
Con ser la fruta guardada
del árbol que amenazando
me está en aquesta jornada,
¿estás mucho más temblando
que la hoja de una espada?
ROSAR. No te espantes, que [h]ay en [mí
grande tormento y dolor.
LEONO. A[h]ora bien; ya he visto en ti
notables muestras de amor.
ROSAR. ¿Díceslo de veras?
LEONO. Sí.
Quiero ser agradecida,
mas con título de honrada.
ROSAR. Daréte el alma y la vida
por gloria tan bien ganada
y tan poco merecida.
LEONO. No creo que estás a[h]ora
por dar un don tan gallardo
como es el alma.
ROSAR. Señora,
¿de quién eres?
LEONO. De Rosardo.
¿Y tú, mi bien?
ROSAR. De Leonora.
LEONO. Muerta soy.
ROSAR. ¿Cómo?
LEONO. ¡Ay de mí!

(*Mira* LEONORA *hacia el monte.*)

Gente he visto.
ROSAR. No te asombres.
Dime lo que has visto.
LEONO. Vi
junto aquel monte unos hombres
que estaban mirando aquí.
ROSAR. Espera un poco y verás
cómo cualquier dellos muere,
aunque fuesen muchos más.

(*Vase* ROSARDO *con grande furia.*)

LEONO. El diablo aquí te espere,
traidor, cuando volverás.

(*Huye* LEONORA.)

ROSAR. ¿Dónde vas, Leonora? Espera.
¿Quién por fuerza te arrebata?
Deja que te alcance, ingrata,
mi pensamiento siquiera.
¿Cómo alcanzalla podré,
que ya a mis ojos se esconde?
¡Ay, desdichado! ¿Qué haré?
Si voy allá, no sé adónde;
si quedo acá, no sé a qué.
Sin duda que se ha querido
burlar de mi voluntad;
y pues tan perverso he sido,
publicará en la ciudad
la traición que he cometido.
Perdido soy, porque al punto

vendrá Enrico con su gente
de enojo y pesar difunto;
y vendré, como imprudente,
a pagallo todo junto.
Buscar un lugar conviene
para escapar con la vida
del peligro que me viene;
mas no [h]ay lugar a medida
de quien en nada la tiene.

(*Vase, y sale* ENRICO *solo.*)

ENRIC. ¡Posible es que tarda tanto
en cumplirse aquel antojo
que me ha dado el cielo santo!...
¡De su tardanza me enojo,
de mi paciencia me espanto!
¿No fué con mano resuelta
Rosardo a tomar venganza
de una mujer libre y suelta?...
Si la tomó, ¿qué tardanza
es la que veo en su vuelta?
Unas sospechas delante
del alma se han presentado;
mas son, porque no me espante,
reliquias que me han quedado
del tiempo que he sido amante.
Para que pueda tener
el alma lo que desea,
tenellas es menester,
de modo que ni las crea
ni las deje de creer.
Por esto en persona quiero
ir a ver cómo no viene
con la venganza que espero,
porque esto no me conviene
fiallo yo de mensajero.

(*Sale el* SECRETARIO.)

SECR. Tu padre, señor, me envía
a decirte de su parte
que pues ha llegado el día
en el cual has de casarte
con gran gusto y alegría,
que adornes con ricos trajes
ese tu cuerpo gentil,
y que mandes que tus pajes
parezcan un verde abril
en colores y plumajes.
Y que este apercibimiento
sea, señor, de manera
que se haga en un momento,
porque la ciudad te espera
con grande recebimiento..
Ya te he dado la embajada:
¿qué le diré, que está triste
de pensar que esto te enfada?

ENRIC. Dile que me lo dijiste,
y que no te dije nada.

SECR. Por cierto, buena respuesta
se puede aquesta llamar
para el Rey, que tiene puesta
su esperanza en celebrar
con grande pompa esta fiesta.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. En este punto se apea,
señor, el duque Conrado
y hablar a su Rey desea.

SECR. Como noble y como honrado
merece que el Rey le vea.
Vamos, que [h]ay obligación
de dalle la norabuena,
porque este fuerte varón
es envidia de la ajena,
y honra de nuestra nación.

(*Vanse.*)

(*Sale* ROSARDO *solo.*)

ROSAR. No hallo donde me esconda,
que para mí no [h]ay lugar
en la tierra ni en el mar,
ni en el mundo a la redonda.
Y aun en el confuso abismo
que me tiene dentro en sí,
no [h]abrá lugar para mí,
si no me escondo en mí mismo.
Yo solo merezco ser
lugar para mí conforme,
porque mi bajeza enorme
sólo en mí pudo caber.
Este temor quebrantado
que tan perezoso es,

que suele venir después
de cometido el pecado;
este frío que se ex[h]ala
de miedo del corazón;
esta consideración,
que por ser tardía es mala;
y al fin éste con quien lucho
suele, con no ser hidalgo,
de lo que es nada, hacer algo;
de lo que es poco, hacer mucho;
y así las plantas hermosas
cuando se menean juntas,
imagino que son puntas
de algunas lanzas furiosas.
Las piedras pienso que son
hombres, aunque serlo deben
los que como yo se atreven
a atropellar la razón.
Un hombre viene aguijando.
De aquí apartarme conviene.
Mas Enrico es el que viene;
de temor estoy temblando.
Sin duda que de Leonora
supo el daño que me infama;
entre esta espesa retama
esconderme quiero a[h]ora.

(*Vase.*)

(*Sale* ENRICO.)

ENRIC. Solo vengo, y solo voy
a procurar mis tormentos,
aunque si es de pensamientos
harto acompañado estoy.
En busca voy de Rosardo,
y hasta llegar al profundo,
daré vuelta a todo el mundo
con brío y pecho gallardo.
Tanto, que serán buscados
por todos los [h]orizontes,
de piedra en piedra, los montes;
de hierba en hierba, los prados.

(*Sale* ROSARDO.)

ROSAR. Solo está.
ENRIC. De que es infiel
tengo notables antojos;
porque en cuanto ven los ojos
no [h]ay rastro della ni dél.
ROSAR. La soledad me convida
a que le escuche mejor.
ENRIC. ¡Si Rosardo fué traidor,
yo le quitaré la vida!
ROSAR. Sin duda que yo soy muerto;
pero ¿qué es esto que digo?
¿No está el Príncipe conmigo
solo a[h]ora en el desierto?
Matarle será mejor.
ENRIC. ¡Quién pensara o quién creyera
que un hombre como éste, fuera
con un Príncipe traidor!
ROSAR. Mataréle, y deste modo
de nadie será sabido,
que ya que traidor he sido
será bien sello del todo.
ENRIC. Todo me ha salido en vano.
ROSAR. Si él me coge ¿no está cierto
que al momento he de ser muer- [to?
Quiero ganar por la mano.

(*Sale el* CONDE AUGUSTO.)

AUGUS. Muy grande rato ha que voy
pensando en mi fuego ardiente,
y con ir continuamente,
siempre en un lugar estoy.
ROSAR. Solo este golpe mortal
le ha de acabar y vencer.

(*Vale a dar* ROSARDO *a* ENRICO, *y* AUGUSTO *le toma por detrás la mano y la daga, y quedan los dos asidos della.*)

AUGUS. Deja, Rosardo, de hacer
cosa que te está tan mal.
ROSAR. ¿A Enrico matar? ¿Qué es es- [to?
La furia, Conde, detén.
AUGUS. ¿Que dices, malvado?
ENRIC. ¿Quién
en tal peligro me ha puesto?
ROSAR. No ves el Conde, señor,
¿dónde fragua sus traiciones?
AUGUS. Dejémonos de razones,
que tú eres solo el traidor.
ROSAR. Yo soy quien te libró, cierto.

AUGUS. Yo quien te ha librado soy.
ENRIC. En más confusión estoy
que si me hubiérades muerto.
¿Quién me daba muerte?
LOS DOS. Aquél.

(Los dos van a decir juntos señalando con el dedo el uno al otro, que él.

ENRIC. ¿Y quién me ha librado?
LOS DOS. Yo.
ENRIC. No puede ser.
ROSAR. ¿Cómo no?
ENRIC. Sólo el uno ha sido fiel,
y el otro traidor.
AUGUS. Querría
que hiciese un milagro Dios.
ENRIC. Veamos cuál de los dos
tiene la vaina vacía.
AUGUS. La mía de mi lealtad
dará testimonio y fe.
ENRIC. ¿Y la tuya?
ROSAR. ¿Para qué?
ENRIC. Para saber la verdad.

(Pósirase en tierra ROSARDO.)

ROSAR. No es menester que la vaina
de mi daga fiera y dura,
aunque está desnuda en ella,
diga la verdad desnuda,
que yo la diré, si puedo,
a pesar de mi fortuna,
por esta boca, que está,
con el sobresalto, muda.
No me mates hasta tanto
que con mi obligación cumpla,
porque en mi vida, señor,
consiste la vida tuya.
Esa tu querida esposa,
ese sol de la hermosura,
esa que roba las vidas,
esa que las almas hurta,
y al fin, esa por quien yo
no he de verme alegre nunca,
luchó con mi corazón,
y, por vencerla en la lucha,
determiné de poner
mácula en la honra suya.
¡Cuanto dije, señor, della,
todo fué mentira y burla,
porque lo dije movido
de mi pasión, que era mucha!
La mano, el brazo, el anillo,
todo fué mentira, en suma;
que yo dije mal del árbol
para comerme la fruta.
Ella es la mujer más noble,
la más santa, la más justa
que ha visto el que por el mundo
tiende sus madejas rubias;
más alta que las estrellas
su fama en vida se encumbra,
y desde allí con sus rayos
todo el [h]orizonte ilustra;
y cuando muera, podrá
quedar la ceniza suya,
como la de Julio César,
reservada en una urna.
Esta es, señor, la verdad;
tu espada luego desnuda,
y con su punta en mi pecho
el lugar del alma ocupa.
ENRIC. Tú dejas el alma mía
triste y alegre, traidor,
y ¡no sé cuál es mayor,
la tristeza o la alegría.
Deja la espada y la daga,
que luego, como a enemigo,
te daré, infame, un castigo
que a mi gusto satisfaga.

(Quítale la espada y la daga y dásela al CONDE AUGUSTO.)

¿Qué me dices de Leonora?
ROSAR. Que se ha ido a la ciudad
a contarte la verdad
que yo te he contado a[h]ora,
y otras traiciones, señor,
de mi pensamiento injusto.
ENRIC. Vamos luego, conde Augusto,
a maniatar al traidor;
que quiero llevarle adonde
pague su intento ruín.

AUGUS. Vamos, norabuena.
ENRIC. Al fin
eres bien nacido, Conde. [migo
Lo que [h]oy has hecho con-
como noble y buen vasallo,
aunque no puedo pagallo
a conocello me obligo.

(*Vanse.*)

(*Salen el* REY *y* LAVINIA.)

REY. Poco la tardanza importa,
que al momento ha de venir
y su palabra cumplir,
pues la dilación es corta.
LAVIN. Más me pesará por ti
que por mí, aunque en ello pier-
REY. Enrico, señora, es cuerdo, [do.
y ha dicho una vez de sí.

(*Sale el* SECRETARIO.)

SECR. El duque Conrado pide,
señor, para entrar licencia.
REY. Entre luego en mi presencia
quien della el temor despide.

(*Sale* CONRADO.)

CONRA. ¡Vuestra Majestad me dé
las manos, por merced tanta!
REY. Levantaos.
CONRA. Bien se levanta
con [este] (1) favor mi fe.
REY. ¿Cómo estáis?
CONRA. Aunque hasta aquí
en una cárcel metido,
siempre deseo he tenido
de morir, señor, por ti.
REY. En mucho estimo, Conrado,
ese favor que me hacéis,
y es bien que vos estiméis
el [h]abelle yo estimado.
CONRA. De tal manera lo estimo,
que en cualquier tiempo y lugar
por ti me animo a matar
y a morir por ti me animo.

(*Sale* LEONORA *dando voces.*)

LEONO. Cual nave que se ha perdido
aquí me quiero acoger.
REY. ¿Quién es aquesta mujer
que con tan grande alarido
viene a la presencia mía?
LAVIN. Mi criada, señor, es.
LEONO. Postrarme quiero a tus pies,
poderoso Rey de [H]ungría.

(*Pone los ojos* CONRADO *en* LEONORA.)

CONRA. ¿Estoy ciego?
LEONO. Mi pasión
tiene asomos de locura.
CONRA. ¿Si he perdido por ventura
la vista con la prisión?
REY. ¿Qué quieres?
CONRA. Leonora es.
LEONO. Quiero descubrir mi pecho.
CONRA. Por la merced que me has hecho
quiero besarte los pies.
REY. ¿Qué merced?
CONRA. Haberme dado
la hija que me quitaste.
REY. ¿Dónde está?
CONRA. ¿No la ves?
REY. Baste;
sin duda me han engañado.
¿Esta es Leonora?
CONRA. Señor,
esta es mi hija Leonora.
LEONO. ¡Padre!
CONRA. ¡Hija mía!
LEONO. Hasta agora
me tuvo ciego el dolor.
Dame la mano.
CONRA. En señal
del contento que me has dado
quiero juntar el traslado
con tu proprio original.

(*Abráçanse.*)

Junta la tuya querida
con este mi pecho fiel,
que quiero darte con él

(1) En en el texto: *él.*

cual pelícano, la vida;
que será justo sospecho
que se pague a tu persona
lo que hizo una matrona
cuando dió a su padre el pecho;
aunque no es justo que a mí
ese renombre me cuadre,
que ella dió leche a su padre,
yo te daré sangre a ti.

LAVIN. ¿No decías que Leonora
estaba muerta?

REY. ¿Qué quieres?

LAVIN. Que del negocio no esperes
lo que pretendes a[h]ora.

REY. ¿Para qué me das más pena?

LAVIN. Tú, Leonora, ¿cómo estás?

LEONO. A tu mandado.

LAVIN. Jamás
he visto burla tan buena.

(*Salen* ENRICO *y* AUGUSTO *y estos cuatro versos dice* ENRICO *antes de salir.*)

ENRIC. Ponle grillos y cadenas,
porque es bien que le procure
una muerte que le dure
lo que han durado mis penas.

REY. ¿Quién son los que entran [aquí?

SECR. Enrico y Augusto son.

AUGUS. Señor, a buena ocasión
has venido.

ENRIC. ¿Cómo así?

AUGUS. Leonora está con tu padre
llena de gozo y contento.

ENRIC. Para salir con mi intento
no [h]ay cosa que más me cua- [dre.
¡Leonora!

LEONO. ¡Enrico!

ENRIC. ¿No vienes
a triunfar de mis despojos?

LEONO. Temo...

ENRIC. ¿A quién?

LEONO. A los enojos
que conmigo a[h]ora tienes.

ENRIC. Ya se pasó, gloria mía,
el enojo y la crueldad,
porque el sol de la verdad
ha formado un nuevo día;
ya de Rosardo he sabido
tu valor, que es sin segundo,
que ha de quedar en el mundo
publicado y extendido,
y sus traiciones también
he sabido juntamente.

REY. ¡Hijo!

ENRIC. ¡Señor!

REY. Vuestra gente,
ganosa de vuestro bien,
está esperando.

ENRIC. Señor,
hasta aquí engañado fuiste,
porque jamás entendiste
la causa de mi dolor.
La gente que se ha juntado
para ver el casamiento
puede volverse al momento,
porque [yo] ya estoy casado.

REY. ¿Es posible?

ENRIC. Con Leonora
estoy desposado aquí,
y aunque la mano le dí,
se la vuelvo a dar a[h]ora.
No me impidas, padre, el gus- [to,
que si el estimallo en tanto
por mi palabra es muy santo,
por su persona es muy justo.

REY. ¿De Lavinia, qué se hará?

ENRIC. Que se quedase en [H]ungría
con grande gusto querría,

REY. ¿Cómo se concertará?

ENRIC. Dalle gran parte, señor,
de mi reino, será bien,
y un marido honrado.

REY. ¿Quién?

ENRIC. Un hombre de gran valor;
este hombre, que con crecida
muestra de amistad apruebo,
es Augusto, que le debo
no menos bien que la vida;
que él a[h]ora me la dió
con pecho fuerte y gallardo,
cuando el infame Rosardo
quitármela procuró.

Porque con extraordinario
modo el estado posea;
quiero hacer que no me sea
vasallo ni tributario,
y todo con voluntad
de mi padre, a quien suplico
me haga esta merced.

REY. Enrico,
basta saber su lealtad
para que le quiera dar
privilegios y exenciones.

AUGUS. El lugar adonde pones
tus plantas quiero besar
por la merced que me has he-
pues es de tanto valor, [cho,
que apenas puede, señor,
caber en humano pecho.

REY. A[h]ora falta saber
si tendrá Lavinia gusto
de casarse con Augusto.

LAVIN. ¿Por qué no lo he de tener?
Viendo que tu Majestad
tantas honras le concede,
sola una sospecha puede
causarme dificultad,
y es no saber si mi padre
gustará del casamiento.

REY. Si tiene buen pensamiento,
no [h]ay cosa que más le cuadre,
y más sabiendo que Enrico
estaba casado ya
cuando tú llegaste acá.

ENRIC. Que lo mires te suplico,
porque Augusto es descendien-
de mi casa y es mi primo, [te
y un Príncipe a quien estimo
por su valor excelente;
y así es bien que te resuelvas
en lo que te pido a[h]ora;
que sin casarte, señora,
no es bien que a tu tierra vuel-

LAVIN. A servirte vine aquí, [vas.
y pues te sirvo con eso,
digo que sí.

AUGUS. Yo confieso
que me da la vida el sí.

LAVIN. La fe te doy con la mano.

AUGUS. Yo la mano, que la fe
ya la he dado.

REY. No podré
decir lo mucho que gano
con esta gloria excesiva
que me vino de repente;
por eso es bien que mi gente
grandes fiestas aperciba,
y que a celebrallas vengan
de España, de Italia y Flandes.

LAVIN. No serán las fiestas grandes
como una cosa no tengan.

ENRIC. Y ¿qué ha de ser?

LAVIN. Perdonar
de Rosardo la traición.

NRIC. Harto grandes fiestas son
las traiciones castigar;
pero basta que tú quieras
manifestarme tu gusto,
para que yo, como es justo,
te sirva con muchas veras.
Desde a[h]ora le perdono,
con que vaya desterrado.

LAVIN. De tu valor sublimado
esto es, señor, el abono,
pues a un hombre tan ruín
le ofreces tan grande gloria.

ENRIC. Con esto tiene la historia
de la *Nuera humilde,* fin.

FIN DE LA COMEDIA DE LA NUERA HUMILDE.

LA FAMOSA COMEDIA

DE

LOS AMANTES DE CARTAGO

COMPUESTA POR

GASPAR AGUILAR

POETA VALENCIANO

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES:

SIFACE, *rey de Sirta.*
TELEUCO, *criado suyo.*
UN CRIADO *de* MACINISA.
Cuatro SENADORES *de Cartago.*
MACINISA, *rey de Numidia.*
SOFONISBA, *mujer.*
ASDRÚBAL, *su padre.*
Un SACERDOTE.
Un CAPITÁN *de* MACINISA.
Un MENSAJERO.
CIPIÓN, [*general*].
TORCATO, *capitán.*
LELIO, *capitán.*
Cuatro ESPIAS.
Un hombre de Cartago.
AMATILDE, *hermana de* SIFACE.
Un CAPITÁN *de* SIFACE.
Un ALÁRABE.
Un SOLDADO *de* CIPIÓN.
Muchos soldados.
Otros esclavos y esclavas.
[*Un* CRIADO.]
[MÚSICOS.]
[*Un* PAJE.]

LOA

No el sitio desta ciudad
y su máquina admirable;
no su hermosa y fértil vega,
llena de huertas y cármenes,
más ricos y más hermosos
que aquellos artificiales
que en otro tiempo tenían
las Hespéridas de Atlante.
Todos los del mundo es risa;
aquí los de Chipre callen,
afréntense los pensiles,
que con éstos todo es aire.
No sus frescuras alegres
y no su campo agradable,
más que el de Pancaya fértil,
en el dulce olor suave;
no sus cristalinos ríos
a aquel sacro semejantes,
y origen del Po, del Nilo,
del Gange, Tigris y Eufrates;

no sus claras bellas fuentes,
alegrando por mil partes,
mejores que la Hipocrene,
y aun no es razón que le iguale
las de Aganipe y Beocia,
adonde las ninfas Táxides
se bañaran más contentas
que entre sus bellos cristales;
no trato de su grandeza,
edificios, [h]omenajes,
su sagrado monte santo,
que del mismo cielo nace;
no de su Alhambra famosa,
torres, plaza, audiencia, calles;
no de sus murallas fuertes,
las levantadas pirámides,
con quien las altas de Egipto
aún no pueden igualarse;
no de sus hermosos templos,
mejores que donde yace
Erix, por Hércules muerto,
porque aquestos son imagen
de aquel hebraico de Dios,
o del romano de Marte,
y en efeto, la belleza
deste espejo de ciudades,
donde todas las mejores
pueden venir a mirarse,
no me han admirado tanto
como ha podido admirarme
una mujer, cielo o sol,
si [h]ay sol, o cielo que hablen.
Vila ayer, consideréla,
si pueden considerarse
con ojos de cuerpo humano
las proporciones de un ángel;
no digo que era criatura
del suelo, que es afrentalle,
ni la rubia y santa Aurora
cuando las nubes esparce;
no que era de Arabia el oro
de su cabello admirable,
ni que era más blanca y bella
que la nieve cuando cae
sobre los más altos montes,
ni la rosa más fragante,
que fresca y aljofarada
al nacer la Aurora nace;
no que su nariz hermosa
era al cristal semejante,
sus cejas arcos del cielo,
su hermoso cuello de jaspe;
pues tras esto ¿qué diré?
Sólo diré que su imagen
la hizo, sin duda, Dios
en la estampa de algún ángel.
Pero tras destas grandezas
el cielo quiso quitalle
el ojo izquierdo, envidioso
de su hermosura notable.
Consigo llevaba un niño,
que dél me dijo era madre,
más hermoso y más perfeto
que aquel que pintó Timantes.
Era un Cástor, era un Polux,
que a verlo Júpiter antes,
como al otro Ganimedes
se lo llevara en un ave.
Era un retrato de Dios,
tan vivo, tan semejante,
que al fin, como hechura suya,
por suya pudo admirarme.
También la naturaleza
permitió que le faltase
un ojo, que fué el derecho:
mirad si puede admirarse.
Díjele, espantado, al niño:
"Niño hermosísimo, dale
a tu madre el ojo izquierdo,
para que nada le falte,
pues si tu beldad es mucha,
y de Dios eres imagen,
estando ciego podrán
cual niño Dios adorarte.
Si te vendaren los ojos
será porque a nadie mates,
que de lástima de verte
ninguno podrá escaparse."
No supe más que decirle;
quise pasar adelante,
pero transforméme en verle,
y no pude más hablarle.

Volvió la cara el rapaz,
y llegándose a su madre,
medio lloroso le dijo,
que aquel ojo le sacase.
"Cumpla, madre, con las gentes
aunque mil ojos me saque,
y aumente más su belleza
para que nada le falte.
Será Venus, yo Cupido,
yo niño Dios y ella ángel;
daré gusto a este señor,
y nada vendrá a faltarme."
La madre le dice alegre:
"Hijo mío, no os engañen,
que no hay cosa en este suelo
sin falta pequeña o grande."
Por cierto, razón discreta
y digna de que la alaben
tanto como su hermosura,
si aquesto puede alabarse,
pues no [h]ay persona en el mundo
tan perfeta, tan loable,
que no tenga imperfección
o falta alguna notable,
que es ver a un hombre discreto
ya enfadoso, ya arrogante,
ya jugador, ya perdido,
ya maldiciente o muy grave;
la dama hermosa, discreta,
humilde, honesta y afable,
y al fin con aquellos dones
que el cielo pudiera darle,
muy melindrosa o muy loca,
la boca un poquito grande,
semejante aquesta mía,
para que nada nos falte;
los dientes algo morenos,
que es la falta más notable,
o la mayor hermosura
que en un rostro puede hallarse.
Frente chica, grandes pechos,
flaquita, de pocas carnes,
ya muy gorda o muy grosera,
ya muy niña o muy pasante.
Asimismo en la Comedia
[h]ay malos representantes,
[h]ay mejores, no tan buenos,
[h]ay muy buenos y [h]ay no tales.
Esta Comedia de hoy
ni es mala para asombrarse
ni buena para admirar,
sino en un medio que aplace.
Verso humilde, traza buena,
y uno con otro bastante
a serviros y agradaros;
pero si en ella faltaren,
al igual de los deseos,
obras justas que no alcancen,
supla vuestra discreción,
para que nada le falte.

JORNADA PRIMERA

(*Salen* SIFACE, *rey de Sirta, y* TELEUCO, *criado suyo.*)

SIFAC. Haz luego lo que te digo,
que ya me canso de hablarte.
TEL. En poder de un enemigo
será, Siface, dejarte,
dejarte a solas contigo.
SIFAC. Aunque te quedes aquí
quedaré sin compañía,
pues puedo, a pesar de ti,
retirar del alma mía
las potencias dentro en mí.
TEL. ¿Es amoroso tu ardor?
SIFAC. No, amigo, que ese cuidado
tiene sabroso el dolor,
sólo porque está guisado
con agridulces de amor.
TEL. ¿Es rabia?
SIFAC. Si rabia fuera,
yo mismo me la curara.
TEL. ¿Es muerte?
SIFAC. Vida me diera
con solo que imaginara
que fin de los males era.
TEL. ¿Es pena?
SIFAC. Mi condición
la hubiera en gloria trocado.
TEL. Pues sepamos tu pasión.
SIFAC. Mayor mal, Teleuco amado,

me atormenta el corazon.
Mayor mal es el que muda
tiene el alma, de sí ajena.

TEL. ¿Qué dolencia [h]ay más aguda
que amor, muerte, rabia o pena?

SIFAC. Una gloria puesta en duda.

TEL. ¿Es posible?

SIFAC. A Dios pluguiera
que un rayo del cielo airado
con furia espantable y fiera
me matara, y no el cuidado,
que es cuchillo de madera;
pues con los golpes que da
no [h]ay quien no se aflija y
porque tan a espacio va, [duela,
que parece que se amuela
en lo que cortando está.

TEL. No sé, señor, qué barruntas,
que un monte sobre otro monte
de encarecimiento juntas.

SIFAC. Pues no es bien que me remonte,
responderé a tus preguntas.
Digo que dará la vida
Cartago, porque se estorbe
la más que infausta venida
de Cipión, por todo el orbe
tan sonada y tan temida;
y aun sospecho que han senti- [do,
según viven con temor,
de las cajas el ruído,
que como aposentador
adelantarse ha querido;
y así, porque estén aquí
con mayor seguridad,
y puedan volver por sí,
juntan [h]oy en su ciudad
a Macinisa y a mí,
para que escoja el Senado
cuál quedará en este día
con Sofonisba casado,
y con su gran monarquía
unido y confederado.

TEL. Gran paciencia es menester
si una gloria tan crecida
está en duda.

SIFAC. Has de saber
que la tengo yo a medida
de lo que temo perder.

(*Sale un* CRIAD*o de* MACINISA.)

CRIAD. Rey.

SIFAC. ¿Qué quieres?

CRIAD. Macinisa
me envía, señor, aquí.

SIFAC. Y ¿qué dice?

CRIAD. Que te avisa
como el Senado...

SIFAC. ¡Ay de mí,
no lo digas tan aprisa!—
[*Aparte.*]
Si no le hubiera estorbado
lo que decirme quería,
sin duda ya me decía
que a mi enemigo le han dado
la prenda estimada mía.
[*Alto.*]
¿Qué dices; que han elegido
a Macinisa?

CRIAD. Por ser
de Sofonisba querido,
se la han dado por mujer.

SIFAC. ¡Villano, loco, atrevido!
¿Quieres que te dé la muerte,
de tu desacato en prueba;
o quiere tu Rey, por suerte,
que a mí me la dé la nueva (1)
de un mal tan terrible y fuerte?

CRIAD. Aún [h]ay otro mayor mal.

SIFAC. Y ¿cuál es?

CRIAD. Que manda en pago
de tu perdido caudal,
que te salgas de Cartago
dentro un día natural.

SIFAC. ¡Un día!

CRIAD. Debe querer
que no le hagas embarazo
en lo que pretende hacer.

SIFAC. ¿Un día me da de plazo?
¡Liberal debe de ser!
Aunque, pues las luces mías

(1) En el texto: *muerte.*

le ofrecieron su arrebol,
¡no son muchas hidalguías,
que siendo señor del sol
haga mercedes de días.
Este día, que ha de ser
noche para mi ventura,
en mucho le he de tener,
no más de porque es hechura
del sol que está en su poder.
Dile, amigo, que no es justo
tratarme tan mal, pues soy
como él gallardo y robusto,
que desde agora me voy
a morir por dalle gusto;
y si entiende que lo digo
porque yo le tengo miedo,
adviértele a mi enemigo
que puedo tanto, que puedo
acabar esto conmigo.
Si pide en qué punto está
mi dolor, terrible y fiero,
no digas, pues lo creerá,
que moriré ni que muero,
sino que estoy muerto ya.
No pongas dificultad
en decille mis fatigas
con esta puntualidad;
que cuando tú se las digas,
yo haré que digas verdad.

CRIAD. Dudo que decillas pueda,
según lastimado estoy.
TEL. Fortuna volvió su rueda.
CRIAD. Con tu licencia me voy.
SIFAC. Dios te guíe.
CRIAD. En paz te queda.

(*Vase.*)

SIFAC. ¿Qué te parece?
TEL. Señor,
que es bien mostrarse sufrido.
SIFAC. Más vale tener valor
con este pueblo, que ha sido
tan alevoso y traidor.
TEL. Pues ¿qué quieres?
SIFAC. Dar la muerte
a quien me venga delante.
TEL. Aguarda.
SIFAC. No quiero.
TBL. Advierte
que cosa tan importante
no se ha de hacer desa suerte.
SIFAC. ¿Fuiste, por ser bien nacido,
que es el más sublime estado,
ultrajado y ofendido
deste pueblo alborotado,
soberbio y descomedido,
o a dicha tuviste amor
a un bello rostro inhumano,
y fué tu competidor
tan diestro que de la mano
te quitó el primer favor?
TEL. No me ha ofendido el Senado,
ni perdí mujer hermosa
jamás.
SIFAC. Pues, Teleuco amado,
nunca des consejo en cosa
que por ti no [h]aya pasado;
porque en dejando de ver
de la experiencia el espejo,
el de mejor parecer
muchas veces da un consejo,
que conseja viene a ser.
Deja, Teleuco, que muera
mi desgracia, que no es bien
que viva desta manera.
TEL. Escucha, Siface.
SIFAC. ¿Quién
quieres que escuche?
TEL. Espera.
SIFAC. Morir quiero.
TEL. No des voces.
¿No tienes cien mil caballos
muy ligeros y veloces,
y doscientos mil vasallos,
del mundo los más feroces?
SIFAC. Sí.
TEL. Pues remediado está;
sígueme.
SIFAC. Mi pensamiento,
de muy ligero, será
como una caña que el viento
la lleva acá y acullá.

(*Vanse y salen dos* SENADORES.)

SEN. 1.º No es bravo.
SEN. 2.º Gallardo es.
SEN. 1.º Que redimirá confío,
en menos tiempo de un mes,
el imperio y señorío
del pueblo cartaginés.
SEN. 2.º El que con nosotros lidia
tan contra justicia y ley,
vendrá a tenernos invidia
viendo que nos vale un Rey
cuando menos de Numidia.
SEN. 1.º Siempre da la permisión
del cielo el debido pago,
y como en esta ocasión
da un Cipión contra Cartago,
da un hombre contra Cipión.

(*Salen otros dos* SENADORES.)

SEN. 3.º Todo el pueblo queda ufano
de la elección.
SEN. 4.º Será un freno
para el caudillo romano,
que de sangre y furia lleno
trae el estoque en la mano.
SEN. 1.º Gente viene alborotada.
SEN. 2.º ¡O[h], señores! ¿Qué se ofrece?
¿Dónde bueno?
SEN. 3.º A la posada
de Macinisa.
SEN. 2.º Parece
que es la visita excusada;
que él sale porque la gente
le dé luego el parabién.

(*Sale* MACINISA.)

MACIN. Fortuna, espera, detente;
no me ahogues con el bien
que me das tan de repente.
Templa el gozo tan profundo
que le viene al alma mía
de tu poder sin segundo;
no me mate el alegría,
pues [h]ay tristeza en el mundo.
Deja un poco de llover
tanta gloria, que me matas
por no podella coger;
no rompas las cataratas
del cielo de tu poder.
SEN. 1.º Tu Alteza, señor, nos dé
las manos por esta nueva.
MACIN. Lo que yo daros podré,
señores, será una prueba
de firme amistad y fe;
y mientras llegan los plazos
de ver sus efetos bellos,
con más que amorosos lazos
poner quiero en vuestros cuellos
la cadena de mis brazos.
Recebilda, que sospecho
que debe de ser muy fina,
porque yo sé que se ha hecho
cada eslabón de la mina
del oro que está en mi pecho.
SEN. 2.º Este favor que nos das
a todos ha parecido
que es sin límite y compás.
MACIN. No alabo el que he recebido
por encarecerlo más.
SEN. 1.º [H]oy todo el pueblo, en señal
de que quiere darte el pago,
en tu corona real
pone de la gran Cartago
la piedra fundamental,
que es Sofonisba.
MACIN. ¡O[h], Cipión;
mucho debo a tu venida,
pues ella fué la ocasión
que de mi esposa querida
se me dé la posesión!
Dudo que pueda pagarte
si no te vengo a matar,
porque al fin será matarte
con la mano que he de dar
a mi Sofonisba, honrarte.
SEN. 2.º Por que luego se la des
hacer conviene, señor,
gracias al cielo, y después
ir a gozar del favor
que te ofrece tu interés.
MACIN. Más que la vida deseo

que esa gloria me engrandezca.

SEN. 3.º Vamos, porque con trofeo
el gran Sacerdote ofrezca
sacrificios a Himeneo; [r[i]as
que el pueblo en vez de las pa-
que debe, hará fiestas muchas,
digo de las ordinarias,
que son cantos, bailes, luchas,
juegos, salvas, luminarias.

(*Vanse, y sale* SOFONIGBA.)

SOFON. De dos que vienen a entrar
por mí en un combate fuerte,
el uno me ha de llevar,
y a mí, de cualquiera suerte,
la vida me ha de costar;
que si vence en la porfía
el uno por la riqueza,
que es su mayor hidalguía,
he de morir de tristeza;
y si el otro, de alegría.

(*Sale* ASDRÚBAL.)

ASDR. ¡Hija!

SOFON. ¡Padre!

ASDR. Dame albricias.

SOFON. ¿De qué son?

ASDR. De que te han dado
el esposo que codicias.

SOFON. ¡Ay de mí!

ASDR. ¿Ya me has negado
los regalos y caricias?
Hija, ¿qué dolor crecido
a reinar en ti comienza,
que en tu rostro se ha tendido
el velo de la vergüenza,
tan rojo y tan encendido?
Pero no le tiendas tanto,
aunque más tu honor publica,
que estar rojo el cielo santo,
agua o viento significa,
de sospiros o de llanto.
Serena ese rostro hermoso,
si ya no quiere ofrecer
ese jardín milagroso
rosas para ennoblecer
la guirnalda de tu esposo.

SOFON. Padre, aunque este bien pre-
es, como ves, inmortal, [sente
no es mucho que me atormente,
que basta, para ser mal,
el venir tan de repente.
Del pecho el fuego cruel
le ha salido a recebir;
que como el corazón fiel
no pudo al rostro salir,
salió lo que estaba en él.
Con todo, estoy admirada
de que me digas delante
que codicia.

ASDR. Hija amada,
esto se da por constante
como cosa averiguada;
que obligación natural
te corra por ser notoria
nuesta grandeza inmortal,
de codiciar cualquier gloria
como hija de Asdrubal.
Codicia, pues, hija mía,
con piadoso y justo celo
la grandeza y monarquía
de una corona que el cielo
te promete en este día.
Rey en ningún tiempo fuí,
ni me vi sujeto a leyes,
y [h]oy quiere el cielo por ti,
que aunque no vengo de reyes,
que vengan reyes de mí.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIAD. Ya viene todo el Senado
con el sacerdote.

ASDR. ¿Quién
viene más?

CRIAD. El desposado.

SOFON. Sin duda no será bien
mostrar el pecho alterado.

(*Salen los cuatro* SENADORES, *el* SACERDOTE *y* MACINISA *con mucha música.*)

SACERDOTE.

Ya que en las aras religiosas santas,

en cuyo consagrado sitio hermoso
las víctimas ofrecen sus gargantas
el sagriento cuchillo riguroso,
al gran Dios de las bodas sacrosantas
ofreció Macinisa, venturoso,
con triunfos, con trofeos y con faustos,
ofrendas, libaciones y [h]olocaustos,
no será menester sembrando flores
engrandecer de mayo los tesoros,
ni que del fuego den los resplandores
a los eternos estrellados Coros;
ni ofrecer del Arabia los olores,
ni el usado hecatombe con cien toros
de roja espalda y encendida frente,
ni el oro, ni las perlas del Oriente;
ni el león coronado, que se doma
con aquella ordinaria calentura;
ni el árbol santo que le ofrece a Roma,
junto con las guirnaldas, la ventura;
ni la hermosa pacífica paloma;
ni la tórtola humilde, que procura
con aquel medio arrullo, medio canto,
engrandecer el matrimonio santo.
Basta que en la presencia de Himeneo,
que asiste por caminos diferentes,
al santo, justo y venturoso empleo
de Príncipes tan altos y eminentes,
se ofrezca entre los dos un buen deseo
con alas más que el sol resplandecientes,
y que [h]aya en ellas, por mayor gran-
oro de amor y plata de pureza. [deza,

ASDRÚBAL.

Bien puedes, sacerdote soberano,
celebrar estas bodas al momento.

SACERDOTE.

Vengan (1) los dos aquí.

ASDRÚBAL.

Denle la mano
los que han de celebrar el casamiento.

MACINISA.

Pues por la mano tanta gloria gano,
sin duda que estoy muerto de contento
porque en esta ocasión tengo en la palma
recogida de gozo toda el alma.

(*Sale un* CAPITÁN *de* MACINISA *herido.*)

CAPIT. Deja, ¡o[h] gran rey Macinisa,
de celebrar casamientos,
con tantos gustos y glorias,
con tantas fiestas y juegos!
Y si algo has de celebrar,
celebra, Príncipe excelso,
las miserables obsequias
de la muerte de tu imperio;
pues Siface, tu enemigo,
entró en él con grande esfuerzo,
y le sujetó a sus pies
dentro de muy poco tiempo,
porque entró con mayor furia
que el desabrigado cierzo
cuando baja de los Alpes
en la mitad del invierno,
y en solo un momento, deja
todos los árboles secos,
desde el tronco más inútil
hasta el pimpollo más tierno.
Vino, pues, señor, el campo
con presteza y con secreto,
dos palos a donde estriba
del quinto planeta el cielo;
asaltó muchas ciudades,
y en el repentino encuentro,
murieron muchos vasallos
de sobresalto y de miedo,
y con tan grau prontitud
murieron algunos dellos,
que la nueva de su muerte
supieron después de muertos.
En tu Corte derramó
sangre con tan grande exceso,
que parece que ha quedado
fundada en el mar bermejo.
Tu reino, atemorizado
de tan notable suceso,
buscó, para no acabar
de perderse, algún remedio
y fué jurarle por Rey,

(1) En el texto: *Vengamos.*

que la ambición es un freno
que para los corazones
más altivos y soberbios.
Consintió en ello y al punto
que prestaba el juramento
se le cayó la corona;
mira que terrible agüero.
Al fin, todos sus vasallos
quedan en poder ajeno;
yo sólo, triste, afligido,
medio muerto, a morir vengo.
Lo que te puedo decir
es que quedas en efeto
sin majestad y grandeza,
sin real corona y cetro.
Ya no eres Rey; ya no tienes
ciudades, villas ni pueblos,
ni aun un lugar limitado
donde puedas caer muerto.

(*Murmuran los* SENADORES *entre sí mientras el* CAPITÁN *hace esta relación.*)

SEN. 1.º Sin reino viene a quedar;
ya el negocio no me agrada.
MACIN. Capitan, vete a curar,
que pues me ha quedado espada
yo lo volveré a cobrar.
Pase adelante el contento
que me da el cielo.
SEN. 2.º No es bien
hacer este casamiento.
MACIN. ¿Cómo no acabas?
SACER. No [h]ay quien
dar quiera el consentimiento.
MACIN. ¿Cómo?
SEN. 1.º Si quiso el Senado
que fueses con tanta prisa
con Sofonisba casado,
fué por tener, Macinisa,
un Rey por confederado;
mas pues el reino has perdido.
ya está deshecho el concierto.
MACIN. ¿Eso os [h]abéis atrevido
a decirme?
SEN. 2.º Sí.
MACIN. Estoy muerto.
SEN. 1.º Al menos lo has parecido.
SOFON. ¿[H]ay desventura mayor?
MACIN. Pueblo, a quien el mundo llama
con justa causa traidor,
¿qué me falta?
SEN. 2.º Nombre, fama,
majestad, riqueza, honor,
aldeas, villas, ciudades;
no [h]ay cosa al fin que te sobre
si no son calamidades.
MACIN. Ya conozco que soy pobre,
pues me dices las verdades;
y aunque dan pena crecida,
de ser pobre he recebido
contento y gloria cumplida,
por sólo [h]aberlas oído
alguna vez en mi vida;
mas, con todo, no consiento
que tal nombre se me dé
con tan grande atrevimiento.
SEN. 2.º Pues ¿qué importa?
MACIN. Mucho.
SEN. 1.º ¿Qué?
MACIN. Revolver el firmamento,
para[r] la máquina eterna,
hacer que la luz dorada
del sol ninguno dicierna,
y al fin alterar mi espada,
por quien todo se gobierna.
SEN. 1.º Deja de hacernos bravatas.
MACIN. ¡O[h], perros!

(*Mete mano.*)

SEN. 2.º Escucha.
SEN. 1.º Espera.
SEN. 3.º ¿Desa suerte nos maltratas?
MACIN. Muera el pueblo infame, muera.
SEN. 4.º Que me ofendes.
SEN. 2.º Que me matas.
ASDR. Antes que se encienda el fuego
éntrate, hija.
MACIN. Asdrubal,
aguarda, escucha
ASDR. Entra luego.
SOFON. Soy contenta.
MACIN. No hagas tal,

que dejas el mundo ciego.

ASDR. ¿Para qué la luz procuras,
pues viste ya en ti el retrato
de tus propias desventuras?

MACIN. Sin duda, enemigo ingrato,
que con eso te aseguras.

ASDR. ¿Entrarse mi hija es parte
para mostrarte tan fiero?

MACIN. ¿No ves que aunque tú seas [Marte
quiero aquí matarte, y quiero
tener luz para matarte?
Darte aquí la muerte puedo,
y como sabes, cruel,
que a escuras sin ella quedo,
me la quitas como aquel
que apaga la luz de miedo.

ASDR. Rey, que así llamarte es justo,
¿quién con su fama se honró?
Cuando yo era más robusto,
ningún hombre se atrevió
a darme jamás disgusto;
que entonces di con crueldad
muertes que aun [h]oy me per- [siguen
por tener autoridad
de vivir sin que me obliguen
agravios en esta edad.
Sufre, sufre tu tormento
con cordura y discreción,
que el no sacar yo al momento
la espada, es una lición
que te doy de sufrimiento:
apréndela, que tu estrella
te da para ello el camino,
aunque no gustarás della,
porque según imagino
no tienes con qué aprendella.
La verdad desto pregona
el imaginar y ver
que de tu insigne persona
se cayó, por no tener
dónde estribar, la corona;
y pues, como digo, vienes
sin tan importante pieza,
no es bien que te desenfrenes
con quien tiene la cabeza
de la corona que tienes.

(*Vase.*)

MACIN. ¿Estoy dormido? ¿Estoy loco?
¿Qué imagino? ¿Qué pretendo?
¿Que a furia no me provoco,
viendo mi desgracia, y viendo
que el nada me tiene en poco?
Nada dije, todo es ya,
que si en cualquier interés
libre de pechos está
el hijo de algo, quien es
padre del todo, ¿qué hará?
¡O[h], Cartago fementida,
sin ley, sin razón, sin fe;
tú me costarás la vida,
mas yo a ti te costaré
el ser honrada y temida;
pues me quisiste dejar
sin mi descanso y mi gloria,
cuando no por mi pesar,
por quitarte la vitoria
la vida me he de quitar.
Ea, furias infernales;
buscad en mi pecho entrada,
y por llenarle de males
traed de la Citia [h]elada
venenosos animales;
mas pues no venís volando
a satisfacer mi mengua,
al mar me voy arrojando,
que Neptuno, con la lengua
del agua, me está llamando.

(*Sale* ASDRÚBAL *y* SOFONISBA.)

SOFON. Menester será, señor,
que considere el Senado
que da por grande favor
a un Príncipe enamorado
una mujer sin amor.
No sé yo quién lo ordenó;
que mal menos importuno
pasan, según pienso yo,
dos que se aborrecen, que uno
que quiere bien, y otro no.

ASDR. En llegando a ser mujer
de Siface, su lugar

Macinisa ha de perder.
SOFON. Ni al uno puedo olvidar,
ni al otro puedo querer;
porque no sólo, ¡ay de mí!,
rendí al uno el pensamiento
desde el punto que le vi,
pero aun el propio instrumento
de querer bien le rendí.
ASDR. Harto lo has encarecido
SOFON. Pues si es tan grande la fe
que a Macinisa he tenido,
¿cómo recebir podré
a Siface por marido?
ASDR. Forzando por la ciudad
esa voluntad guardada
para esta necesidad.
SOFON. Padre, si ha de ser forzada,
no la llames voluntad.
ASDR. Pues ¿cómo la he de llamar?
SOFON. Fuerza.
ASDR. Sea cualquier cosa;
por el bien deste lugar,
la fe y palabra de esposa
al gran Siface has de dar.
Coronará tu cabeza
en arras del casamiento
que [h]oy a celebrar se empieza.
SOFON. Ya sé que tu pensamiento
en la corona tropieza;
y aunque ella, padre, ha podido
causar el daño presente,
harto valor has tenido
en tropezar solamente
en lo que otros han caído.

(*Entra un* MENSAJERO.)

MENS. El pueblo, por la amistad
que de ti ha de recebir,
[h]oy quiere de la ciudad
con Sofonisba salir
con gran pompa y majestad,
y con su gente vestida
de una muy rica librea,
celebrar esta partida
de tu hija.
ASDR. ¿Y la hacanea?
MENS. También está apercebida.
ASDR. Pues ¿qué falta?
MENS. Que le des
la bendición, y que venga.
ASDR. No llores, hija, ni estés
tan triste que el pueblo tenga
que decir algo después.
Todos saben que el amor
cautivó tu alma exenta,
y el amoroso dolor
en los hombres no es afrenta,
ni en las mujeres honor.
No tengas escurecido
ese sol con que enamoras,
que afrentas a tu marido
si das muestras de que lloras
por aquel que no lo ha sido.
SOFON. No lloro, padre, el pesar
que mi corazón padece;
que a la que se va a casar,
en cierto modo parece
que le está bien el llorar.
Bien le está el dolor mortal
que entonces viene a sentir,
porque es indicio y señal
que le da pena el salir
del regazo paternal.
Sabe el cielo si me aflijo
viendo que el bien del Senado
procuras con regocijo,
tanto, que agora has dejado
de ser padre por ser hijo.
Tal nombre es bien que te cuadre
aunque ninguno lo crea,
pues dejando de ser padre,
quieres que tu hija sea
la redención de tu madre.
¡Adiós, que yo lo seré
por darte de verde yedra
una corona, aunque sé
que me tiras como piedra
sin saber adonde iré!
Ciego de amor, has querido
hacer locuras extrañas;
y así, a tirar has venido
pedazos de tus entrañas
que piedras han parecido

Piedra soy maravillosa,
aunque poco o nada valgo;
y si voy tan rigurosa
es por salir como salgo
de tu mano poderosa.
No quiero en esta ocasión,
aunque voy, padre, a morir,
recebir tu bendición,
porque puede infundir
terneza en el corazón.

ASDR. ¡Ay triste!

MENS. ¡Cuán lastimado
está cualquier de los dos!

SOFON. ¡Adiós, patria; adiós, Senado;
templo soberano, adiós;
adiós, alcázar sagrado!
¡Adiós, padre, que quisiste
tratarme con tal desdén!
¡Adiós, Sofonisba triste,
que tú te dejas también
con lo que hacer pretendiste!
¡Adiós, Macinisa fuerte,
que si me aparto de aquí
es sólo por parecerte;
que si tú mueres por mí,
también voy por ti a la muerte!
Mis ojos no serán parte
para llorar los enojos
que mi amor viene a causarte,
y así pienso, por los ojos
de todo el pueblo, llorarte.

(*Vase.*)

MENS. Furiosa va.

ASDR. No querría
que hiciese algún desatino.

MENS. De mi cuidado confía.

(*Vase.*)

ASDR. Que ha de matarme imagino
la grande melancolía;
que yo, con título honrado,
procuré este casamiento,
y a tal extremo ha llegado,
que viene a darme tormento
lo mismo que he procurado;
que como es el corazón
de frágil naturaleza
en la determinación
tiene siempre fortaleza,
flaqueza en la ejecución.

(*Hacen señal de desembarcación y salen* CIPIÓN, *general,* TORCATO *y* LELIO, *capitanes, y otros muchos soldados.*)

CIP. Aunque el gran dios de la gue-
inventor del combatir, [rra,
por sobre una y otra sierra
del mar nos manda venir
a conquistar esta tierra,
nadie la bese en señal
de contento y alegría,
que esta tierra es desleal,
y con el beso podría
comunicarle algún mal.
Desembarquen cuantos son
sin perturbar nuestra gloria,
porque yo soy de opinión
que es principio de vitoria
buena desembarcación.

TOR. Ya casi han desembarcado.

CIP. ¿Va bien el campo?

LELIO. Bien va.

TOR. Espías se han enviado
para ver, señor, si está
el enemigo emboscado.

CIP. Esa prevención estimo
en lo que es justo.

TOR. Señor,
dentro el corazón imprimo
ese bien.

LELIO. Por tal favor
a dar la vida me animo.

CIP. Prevénganse los Hastarios,
Chiliarcos, Hondeadores,
Antesignanos, Triarios,
Dimachios, Exploradores,
Tirones y Sagitarios,
que aunque todos son romanos
se han de ordenar poco a poco.

(*Salen dos* ESPÍAS *y sacan maniatado a* MACINISA.)

MACIN. ¡Bárbaros, locos, villanos,

¡dejadme!
ESP. 1.º Sin duda es loco.
MACIN. No me toquen vuestras manos.
ESP. 1.º Llevémosle al Capitán.
MACIN. No os opongáis a mi aliento,
que está en mi pecho volcán.
CIP. ¿Qué ruido es el que siento?
TOR. Las centinelas serán.
CIP. ¿Qué es esto?
ESP. [H]abemos hallado,
señor, este hombre.
MACIN. No [h]ay tal.
ESP. 2.º ¿No eres hombre?
MACIN. Un desdichado
no es hombre.
ESP. 1.º ¿Pues qué?
MACIN. Animal
de luz, de razón privado.
CIP. ¿Quién eres?
MACIN. Un mármol duro.
CIP. Este pretende burlarme.
Ahórquenle junto al muro.
MACIN. Muy bueno es amenazarme
con aquello que procuro.
Si te digo mi venida,
y quién es la causa della,
di que me quiten la vida,
que quizá por no tenella
haré cosa no debida.
TOR. Que es hombre de calidad
parece en sus pensamientos.
LELIO. ¿Si le envía la ciudad?
CIP. Yo creo que los tormentos
le harán decir la verdad.
¡Venga la garrucha!
MACIN. Advierte
que no [h]ay mal que se me [atreva,
porque me ha dado la suerte
un corazón hecho a prueba
de tormentos y de muerte.
¿Ves todo ese campo entero,
esos soldados gallardos
de brío indomable y fiero,
esas lanças, esos dardos
de fino y templado acero?
¿Ves toda esa majestad,
temida con tanto extremo?
Pues si va a decir verdad,
has de saber que no temo
sino solo a tu piedad.
CIP. Si esto es invención, ha sido
la mejor que nunca vi.

(*Salen otras dos* ESPÍAS *con un* HOMBRE *preso.*)

HOM. ¿Dónde vamos?
ESP. 2.º Atrevido,
¿tú quieres sabello?
HOM. Sí.
ESP. 4.º Haz cuenta que lo has sabido.
TOR. Otro viene.
CIP. Dél sabremos
los pensamientos y el nombre
del que hace tantos extremos.
ESP. 3.º Señor.
CIP. ¿Qué buscáis?
ESP. 3.º Este hombre
hallado en el campo [h]abemos.
CIP. ¿[H]abéis podido probar
si es, por dicha, algún traidor?
ESP. 2.º Sólo le vi caminar
con prisa.
CIP. Hombre.
HOM. Señor.
CIP. ¿Dónde ibas?
HOM. A alcançar
los que a Siface han llevado
[h]oy a Sofonisba bella
por esposa.
CIP. ¿Está casado,
por dicha, ese Rey con ella?
HOM. Sí, señor.
MACIN. ¡Ay, desdichado!
¡Maldigo mi triste suerte!
LELIO. Ya vuelve al tema primero.
MACIN. Caudillo animoso y fuerte,
dame licencia, que quiero
dar a este loco la muerte.
CIP. ¿Qué es lo que ha hecho?
MACIN. Aumentar
procura mi pena brava.

HOM. Bien me puedes perdonar,
que yo no entendí que estaba
tu Alteza en este lugar.
MACIN. ¿Alteza me llamas?
HOM. Sí;
¿no eres tú el rey Macinisa?
MACIN. Bárbaro, viéndome así,
¿no ves que es cosa de risa
darme ese título a mí?
Un maniatado, un mendigo
¿puede tener tal valor?
HOM. A la prueba me obligo.
CIP. ¿Búrlaste?
HOM. Digo, señor,
que es la persona que digo.
Macinisa es.
CIP. Si es verdad,
suéltenle.
MACIN. ¡O[h], gran tiranía!
CIP. Denle luego libertad.
MACIN. ¿No dije que no temía
sino sólo a tu piedad?
CIP Ya, Macinisa, valiente,
por tu valor sin segundo
quiere el cielo omnipotente
hacerte espejo del mundo,
desde Levante a Poniente.
Ya, Rey, ha llegado el día
en el cual por tu grandeza
el cielo aparta y desvía
las nubes de tu tristeza
del sol de tu valentía. [mano
MACIN Dame, o[h] gran Cónsul ro-
las manos.
CIP. Yo quiero honrarme
con tal amigo y hermano.
MACIN. ¿Quién pudiera levantarme
sino tu invencible mano?
TOR. Esta amistad dará el pago
a este pueblo fementido. (*Ap.*)
CIP. ¿Cómo has hecho tanto estrago
de tu nombre?
MACIN. ¿No has sabido
la ingratitud de Cartago?
CIP. Sí.
MACIN. Pues sabrás que el Senado
contra ti quiso tener
un rey por confederado,
y que éste hubiese de ser
con Sofonisba casado.
Yo llegué a tal coyuntura,
que la posesión dichosa
me quiso dar mi ventura,
no de una mujer hermosa,
mas de la misma hermosura.
Si iace fué despedido,
y salió con tal rigor,
que el reino me ha destruído
mientras me vió en el amor
ocupado y divertido.
Súpose este frenesí
al punto que me casaba,
y los que estaban allí
cuando yo la mano daba
me dieron de mano a mí;
mudaron de parecer
viendo la pobreza mía,
y dejaron de querer
lo que perder no podía
por lo que puede perder.
¡Mira si es razón llorar!
CIP. Macinisa, el nombre erraste,
porque has de considerar
que lo que razón llamaste
ocasión has de llamar.
Ocasión y no razón
tienes de sentirlo tanto;
y esto con moderación,
pues de mitigar tu llanto
tienes también ocasión.
MACIN. ¿Qué ocasión?
CIP. ¿No está en mi mano
dar a tus contrarios muerte?
MACIN. ¡O[h] fuerte Cónsul romano,
si eso hicieses!
CIP. Por valerte
a cualquier cosa me allano.
LELIO. Con esta amistad se doma
la traición deste lugar. (*Ap.*)
CIP. Yo, como Cónsul de Roma,
la mano te quiero dar
en su nombre.

MACIN. Daca.
CIP. Toma.
En su nombre te prometo
venganza por suertes varias.
MACIN. Y yo también me sujeto
a ofrecerte siempre parias
con decoro y con respeto.
CIP. Tú por tu grande caudal
serás de la gente mía
el más noble y principal,
y de la caballería
el Capitán general.
MACIN. Cipión, pues tu noble pecho
me da tan dichosa suerte,
que me habrá de dar, sospecho,
valor para agradecerte
la gran merced que me has he-
LELIO. ¡Grande mal! [cho.
TOR. ¡Grande tormento!
(*Aparte.*)
LELIO. Este nos pone por tierra.
CIP. Dejemos el cumplimiento
y pongamos en la guerra,
Macinisa, el pensamiento.
De todas mis gentes hago
dos partes, por poder dar
a dos provincias el pago;
con la una quiero quedar
a poner cerco a Cartago;
con la otra te puedes ir
a triunfar de tu enemigo.
MACIN. Muy bien pudiste decir
a triunfar, porque me obligo
a matarle o a morir.
CIP. [H]ola.
TOR. ¡Señor!
CIP. Pues es tarde,
salga el son terrible y fiero
que hace valiente al cobarde;
toquen las cajas, que quiero
hacer de mi gente alarde.
No quede persona alguna,
que si el escuadrón se ordena
en forma de media luna,
promete que ha de estar llena
la casa de la fortuna.
¿Dónde se hará?
MACIN. Determino
que nos dé por las espaldas
el sol, que va de camino,
y que se ordene en las faldas
del monte que está vecino.
CIP. Muy bien dices.
MACIN. Pues disponte
a que tu campo en un vuelo,
donde digo se remonte,
que como fruta del cielo
nos tendrá en su falda el monte.

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* SIFACE *y* SOFONISBA.)

SOFON. ¿Yo fingir? No digas tal.
SIFAC. ¿Por qué no lo he de decir,
pues en el bien o en el mal
la mujer sabe fingir
de su propio natural?
Que aunque de sí es tan ama-
por su ordinaria belleza, [ble
el ser cumplida o mudable
es en su naturaleza
accidente inseparable;
de suerte que la mujer
va con esto tan unida,
que puede, a mi parecer,
ser mudable y ser fingida,
sin que se le eche de ver.
SOFON. Mal quieres a las mujeres.
SIFAC. Es porque en ellas no [h]ay fe.
SOFON. ¿No dices que a mí me quieres?
SIFAC. Tú no eres mujer.
SOFON. ¿Pues qué?
SIFAC. Venus, Diana, Palas, Ceres.
SOFON. Por no perderme el decoro
esos renombres me has dado.
SIFAC. ¡O[h] Sofonisba, o[h] tesoro
del alto cielo estrellado,
a quien por tu causa adoro;
no atribuyas a locura
ver que a molestarte vengo,
pues aunque tengo ventura

de tenerte aquí, no tengo
sino sólo a tu hermosura!
¡Lo demás allá quedó
en el pecho!

SOFON. ¿De quién?

SIFAC. Baste.

SOFON. ¡No, no; Siface, eso no!
¡Ya que tú ofenderme osaste,
quiero defenderme yo!
Si dices que yo he querido
a Macinisa, es verdad;
pero esto no te ha ofendido,
que en cosas de voluntad
nunca ofende lo que ha sido;
que la pasada centella
de aquel amor puro y tierno
en el nuestro no hizo mella,
porque es como sol de invierno
el amor de una doncella;
y cuando la ausencia fuerte
tanto viniera a sentir,
que me obligara mi suerte
a que hubiera de fingir,
querido esposo, el quererte,
yo fingiera de manera
la pena de amor crecida,
que más por ti se debiera
a la voluntad fingida
que a la afición verdadera.

SIFAC. ¿No ofendes a tu abolorio
con dicho tan temerario?

SOFON. No.

SIFAC. ¿Por qué?

SOFON. Porque es notorio
que el amor es voluntario
y el respeto obligatorio;
y desta razón infiero
que yo no debo tenerte,
Siface, amor verdadero,
sino fingirlo de suerte
que tú entiendas que te quiero;
y así, si por el favor
de honrar con oro mis sienes,
de veras te tengo amor,
grande obligación me tienes,
y si lo finjo, mayor.

(*Sale* AMATILDE, *hermana de* SIFACE.)

AMAT. ¡[H]ermano!

SIFAC. ¡[H]ermana!

AMAT. Apresura
el paso.

SIFAC. ¿Qué ha sucedido?

AMAT. Una grande desventura.

SIFAC. ¿Qué tan grande?

AMAT. Que ha venido
el que tu daño procura.

SIFAC. ¿Quién?

AMAT. Macinisa.

SOFON. ¡Ay de mí;
de confusión un abismo
me rodea!

AMAT. Vamos.

SIFAC. Di,
¿quién trajo esa nueva?

AMAT. El mismo
que viene con gente aquí.

SOFON. No sé cómo pueda dar (*Ap.*)
orden en podelle ver,
ni cómo disimular
el contento de saber
que ha de volverme a cobrar.

(*Sale un* CAPITÁN *de* SIFACE.)

CAPIT. Las armas, Siface, toma,
porque dicen cuantos son
que por aquel monte asoma
un vitorioso escuadrón
con las insignias de Roma,
y que trae por capitán
a Macinisa.

SIFAC. ¿Qué haremos?
Que cuando a su Rey verán
los que sujetado [h]abemos,
luego se rebelarán.

CAPIT. Encerrallos.

SIFAC. Yo confieso
que con ese ardid extraño
domaré su orgullo y brío.

SOFON. Ya me pesa de su daño,
que al fin es esposo mío.

SIFAC. Vamos, Sofonisba hermosa,

y no te cause temor
esta guerra peligrosa,
que la guerra y el amor
son todo una misma cosa.

(*Vanse y sale* MACINISA, TORCATO *y soldados con cajas, marchando.*)

MACIN. Esas banderas temidas
de las gentes africanas,
adonde están esculpidas
las dos Aguilas Romanas
por las espaldas unidas,
hagan alto.

TOR. Caballeros;
de mano en mano hagan alto.

MACIN. Entre los soldados fieros
búsquense para el asalto
los más fuertes y ligeros;
aunque el muro será bien
postrarse como leal,
antes que golpes le den
los carneros de metal
con su importuno vaivén.
Póstrese, pues mío es,
y quedará averiguado
que por ser noble y cortés,
en viéndome se ha postrado
para besarme los pies.

TOR. Como el campo viene ciego
de cólera y de pasión,
dar quiere el asalto luego,
sin esperar la invención
de las máquinas de fuego.

MACIN. ¿Qué pretende hacer?

TOR. Que goces
desta ciudad.

MACIN. ¿De qué suerte?

TOR. Derribando el muro a coces.

MACIN. Sin duda es gallarda y fuerte
tu nación.

TOR. Mal la conoces.

MACIN. No sé de qué están ufanas,
que en Canas mal han probado
las dos águilas romanas.

TOR. Tú no ves que han remozado
cuando salieron de Canas.
Mas con tu enemigo cierra,
verás quién son los que ultrajas.

MACIN. ¡Armas, armas! ¡Guerra, gue-
[rra!
¡Atruene el son de las cajas
la redondez de la tierra!

(*Vanse. Tocan al arma, y dase dentro el asalto, y salen peleando* TORCATO *y el* CAPITÁN *de* SIFACE.)

TOR. Estas manos te darán
la muerte que tú deseas.

CAPIT. Si blasonas, Capitán,
por más Romano que seas,
tus hechos no lo serán.

(*Vanse, y sale* AMATILDE.)

AMAT. Do quiera pisan mis plantas
cuerpos muertos y armas rotas.

(*Vuelve a salir* TORCATO *riñendo con un* ALÁRABE.

TOR. Por mucho que te adelantas
poco mis filos embotas.

ALÁR. Ni me ofendes, ni me espantas.

(*Vanse.*)

AMAT. Este, sin duda, es romano,
que mis vasallos matar
quieren con su propia mano,
con intento de humillar
el grande imperio africano.

(*Vuelve* TORCATO.)

El vuelve, ¡ay, triste de mí!,
mi esperanza salió vana.

TOR. Cuando pasé por aquí,
de una gallarda africana
el hermoso rostro vi.
Sólo el rostro pude ver,
y es una prenda bien cara;
porque como en la mujer
no [h]ay más bueno que la cara,
muchas procuran tener.
Volver a prendella quiero.

AMAT. Voyme.

TOR. Detente.

AMAT. ¿Qué quieres?
TOR. Ser de [h]oy más tu prisionero.
AMAT. ¿Prisionero?
TOR. Sí.
AMAT. ¿Quién eres?
TOR. ¿Bastará ser caballero
para que tal cosa intente?
AMAT. No.
TOR. ¿Por qué?
AMAT. Porque es mi hermano
el Rey de toda esta gente,
y sólo a la fuerte mano
de Macinisa valiente
entregarme he de poder.
TOR. Si salgo con la prisión [*Ap.*]
desta divina mujer
que ha vencido un corazón
tan inclinado a vencer,
grande será mi valor.
AMAT. Venga Macinisa aquí.
TOR. Sin duda que algún favor [*Ap.*]
le quiere hacer. ¡Ay de mí!
¿Primero celos que amor?
Con celos suele acabar
el amor que el pecho esconde,
y así, ¿qué puedo esperar,
si en mí comienza por donde
otros acaban de amar?
AMAT. ¿Qué me respondes, soldado?
TOR. ¿No sabes que en el combate
Macinisa está ocupado?
AMAT. Pues ¿qué importa?
TOR. Es disparate
dalle a[h]ora ese recado.
Vamos.
AMAT. Soldado, no quiero
que salgas tú con la empresa.
TOR. Mira que soy caballero.
AMAT. Si quieres que vaya presa
dame tus armas primero.
TOR. ¿Las armas?
AMAT. Sí.
TOR. ¿Para qué?
AMAT. Para tenerte sujeto;
porque al punto que veré
que me pierdes el respeto,
con ellas te mataré.
TOR. Pues si es para estar segura,
con dártelas quiero honrarme.
AMAT. ¿Y si te mato?
TOR. Es locura
pensar otra vez matarme.
AMAT. ¿Quién te mató?
TOR. Tu hermosura.
AMAT. Que serás, tengo temor,
de aquellos que se ejercitan
en ser fénices de amor,
que mueren y resucitan
con un desdén y un favor.
TOR. Malicia es ésta.
AMAT. ¿Malicia?
TOR. Quien mata con ella, en vano
ajenas armas codicia.
AMAT. Di, con la espada en la mano,
¿qué parezco?
TOR. La Justicia.
AMAT. Templa, pues, tu ardiente brasa,
que soy Justicia, y pondré
en tu amor límite y tasa.
TOR. A fe que yo no diré:
Justicia, y no por mi casa.

(*Vanse.*)

(*Salen* SIFACE *y* MACINISA.)

MACIN. Ríndete luego.
SIFAC. Eso no.
MACIN. ¿Es porque este Reino loco
tan presto se te entregó?
SIFAC. No.
MACIN. ¿Es por ser fuerte?
SIFAC. Tampoco.
MACIN. Pues ¿por qué?
SIFAC. Porque soy yo.
MACIN. Ya tu arrogancia me enfada.
SIFAC. Mal conoces mi poder.
MACIN. Di, ¿no es cosa averiguada
que está tu ser o no ser
en la punta desta espada?
SIFAC. No creas tal.

MACIN. Mi brazo fuerte
te lo dirá en el combate.

(*Arrodíllase* SIFACE, *herido.*)

(*Sale* SOFONISBA *con una espada en la mano y pónese en medio de los dos.*)

SOFON. Paso; no le des la muerte.
MACIN. ¿Tú quieres que no le mate?
¡Desdichada fué mi suerte!
Amor le debes tener,
pues te dueles de su pena.
SOFON. Pues ¿por qué no he de querer
a mi marido?
MACIN. ¡O[h], sirena;
o[h], sierpe; o[h], tigre; o[h],
¿Eso dices? [mujer!
SOFON. Esto digo.
MACIN. Pues porque gusto recibas,
a morir aquí me obligo
a las manos vengativas
de Siface, mi enemigo.
¡O[h], Siface; pues no [h]ay
que no mejore tu estado, [cosa
dame una muerte afrentosa
con este estoque afilado
en el desdén de tu esposa!
Mátame, que no es razón
que con tanta gloria pene.

(*Salen el* CAPITÁN *y algunos soldados.*)

CAPIT. Pues [h]ay tan buena ocasión,
matémosle.
SOFON. No conviene
hacer tan grande traición,
que él por mí en este lugar
dejó al Rey de perseguir;
y si ley se ha de guardar,
es que deje de morir
por quien dejó de matar.
Esta vez viva por mí.
CAPIT. ¿Qué es lo que [h]aremos del [Rey?
SOFON. Cúrenle al momento.
MACIN. Di.

(*Llévanse al rey* SIFACE.)

SOFON. ¿Qué quieres?
MACIN. ¿Tú guardas ley
de correspondencia?
SOFON. Sí.
MACIN. Salir con tal resistencia
a estorbarme la venganza,
¿es ley de correspondencia?
SOFON. Y justa.
MACIN. Con la esperanza,
me consumes la paciencia.
SOFON. ¿Qué esperas de mí?
MACIN. Que muera
quien el alma te ofreció.
SOFON. ¿Conócesme?
MACIN. A Dios pluguiera,
bella enemiga, que yo
conocido no te hubiera;
que los celos ni la envidia
no me tuvieran sujeto.
SOFON. ¿Qué furor contigo lidia,
que así pierdes el respeto
a la Reina de Numidia?
¿A mí me tratas de amor,
libre, soberbio, atrevido?
¿Piensas, por ser vencedor
de Siface, que lo has sido
de mi nobleza y valor?
Ya que la fortuna esquiva
en levantarte se emplea,
sujeta, postra, derriba,
usurpa, roba, saquea,
vence, degüella, cautiva;
haz todo cuanto pudieres
por aniquilarlo todo;
mas pues tan hidalgo eres,
no llegues de ningún modo
al honor de las mujeres.
MACIN. ¿Es posible que escuchar
puedo esta desgracia?
SOFON. Mucho
ha sido disimular. (*Ap.*)
MACIN. ¿Es posible que la escucho
con vida en este lugar?
Si con todo un golpe fuerte
no me da muerte mi espada,
es porque quiere mi suerte

beber con taza penada
este trago de la muerte.

(*Sale el* CAPITÁN *de* SIFACE.)

CAPIT. Sofonisba, en este punto
el rey Siface, tu esposo,
ha quedado...

SOFON. ¿Qué?

CAPIT. Difunto.

MACIN. Este sí que es venturoso
más que todo el mundo junto.

SOFON. ¿Al fin murió?

CAPIT. Más ventura
que los demás ha tenido.

SOFON. Parte, pues, luego, y procura
que le den, aunque vencido,
muy honrada sepultura.

CAPIT. Yo voy.

MACIN. Denle los despojos
que en esta tierra he ganado.

SOFON. Templa tus penas y enojos,
que ya se quitó el nublado
que estaba opuesto a tus ojos.

MACIN. ¿Cómo?

SOFON. Ya.

MACIN. ¿Qué ya?

SOFON. Tu suerte,
como la Fénix de Arabia,
resucita desta muerte.

MACIN. ¿No basta el mal que me agra-
con dolor terrible y fuerte, [via
que aún me das otro?

SOFON. Confía
de mi pecho hidalgo y fiel.

MACIN. Aclárate.

SOFON. Ya soy mía.

MACIN. ¿Tuya?

SOFON. Sí.

MACIN. ¿Y antes?

SOFON. De aquel
que por esposo tenía.

MACIN. Luego, ¿por parecer bien
te mostraste desabrida,
y me hablaste con desdén?

SOFON. ¿No está claro?

MACIN. ¿Por tu vida?

SOFON. Y por tu honra también.

MACIN. ¡O[h], mi Sofonisba bella;
cuán bien guardaste la fe!

SOFON. Todo se debe a tu estrella,
pues si la he guardado, fué
por merecerte con ella;
que yo darte no he querido
los favores que otras dan,
porque es aquello que ha sido
almíbar cuando galán,
rejalgar cuando marido.
Razón es que me atribuya
este pensamiento justo,
pues aunque Dios me destruya,
porque no logre mi gusto,
he de morir por ser tuya.

MACIN. ¡O[h], Sofonisba!

SOFON. Levanta.

MACIN. Deja, mi bien, que así esté;
besaré la tierra santa
do tu blanco hermoso pie
pone la dichosa planta.
Deja que pueda juntarme
con la que de honrar no acabas;
no quieras atormentarme,
antes porque me dejabas,
y a[h]ora por no dejarme.

SOFON. Levanta.

MACIN. Tu mano hermosa
podrá ser para eso parte.

SOFON. Guárdola para otra cosa.

MACIN. ¿Para qué?

SOFON. Para entregarte
la fe y palabra de esposa.

MACIN. Pues recíbola, a pesar
de cualquier poder humano
que lo pretenda estorbar.

SOFON. Yo te doy palabra y mano
de esposa en este lugar.

MACIN. Yo te doy palabra y fe
de esposo.

SOFON. Un soldado viene.

(*Sale* TORCATO.)

MACIN. Que este casamiento esté
secreto a[h]ora conviene.

SOFON. ¿Por qué ocasión?
MACIN. Yo lo sé.
TOR. Ya está toda la ciudad
sujeta.
MACIN. Al fin eres fuerte.
TOR. Hermosa dama en verdad.
¿Es cautiva?
MACIN. Sí; y de suerte
que no quiere libertad.
TOR. También yo tengo la hermana
de Siface.
MACIN. ¿Es amorosa?
TOR. Es como una tigre hircana;
mas no es mucho, pues es diosa,
que deje de ser humana.
MACIN. ¿Dónde está?
TOR. En cierto lugar
queda con palabra mía,
y no se quiere entregar
sino a ti.
MACIN. ¿Cómo?
TOR. Confía
en tu valor singular.
MACIN. ¡Brava cosa!
TOR. ¡Cosa brava! (*Ap.*)
SOFON. ¿Si por ventura le adora [*Ap.*]
porque la gente le alaba?
MACIN. Con tu licencia, señora,
voy a rendir esta esclava.
Ya vuelvo.
SOFON. ¿Por qué ha tenido
tales quimeras y antojos?
MACIN. Sin duda el cielo ha querid[o]
que vaya con los despojos
la hermana del Rey vencido.
Que es bien en esta ocasión
volver triunfante a Cartago,
para que entienda Cipión
que con despojos le pago
parte de la obligación.

(*Vanse los dos.*)

SOFON. Parece que me ha dejado
ocasión de sospechar,
que en un pecho enamorado
los celos suelen entrar
por lugar muy delicado;
y aunque [h]ay razones bas-
para vivir muy ufana, [tantes
yo sé que entre los amantes
de cualquier sospecha enana
se forman celos gigantes.
Quiero luego averiguar
si es verdad o fantasía,
que aunque se puede llamar
poca fe el creer, sería
poco amor no sospechar.

(*Vase y sale* AMATILDE.)

AMAT. Aunque el Rey y el hermano
he perdido con tal prisa,
más que lo perdido gano
si el valiente Macinisa
de esposo me da la mano.
Por gozar deste interese,
que es tan divino y tan santo,
hice que nadie tuviese
poder sobre mí, hasta tanto
que Macinisa viniese.

(Salen TORCATO y MACINISA.)

TOR. Por darte gusto, señora,
viene Macinisa aquí;
rinde las armas a[h]ora.
AMAT. ¿Este es Macinisa?
TOR. Sí.
AMAT. No en balde el alma le adora,
[*Aparte.*]
porque de ordinario imprimo
su imagen dentro en el pecho.
MACIN. En mucho, señora, estimo
esta merced que me has hecho.
AMAT. A ser tu esclava me animo.
TOR. Que ella le tiene afición [*Ap.*]
pronostica el alma mía.
MACIN. Dime, pues, la pretensión
que tienes.
AMAT. Darte quería
de todo la posesión;
que aunque la forzada ves
que con las armas se tiene,
si quieres, por tu interés,

la voluntaria, conviene
que el consentimiento des.

MACIN. Digo que alegre y ufano
recibo esa gloria y palma.

AMAT. Pues yo, en fe de lo que gano,
armas, reino, cuerpo y alma
te doy con mi propia mano.

(*Sale* SOFONISBA.)

MACIN. Pues yo recibo, señora,
armas, reino...

SOFON. Capitán,
oye una palabra a[h]ora.

AMAT. Entre los que hablando están
algún grande enojo mora.

MACIN. Espera un poco, Torcato,
con Amatilde, allá fuera.

TOR. ¿Vendrás presto?

MACIN. De aquí un rato.

SOFON. Sin duda, si no viniera,
que te casabas, ingrato,
pues siguiendo las porfías
de tu pensamiento loco,
armas y Reino admitías;
y si yo tardara un poco,
cuerpo y alma recebías.
Mira si era casamiento
si yo no hubiera llegado.

MACIN. Búrlaste.

SOFON. Mayor tormento
esa razón me ha causado
que mi propio sentimiento.
¡Vete, cruel; vete, ingrato;
que con el mal que me has hecho,
el alma libro y rescato
por no tenella en tu pecho,
que es del infierno un retrato!
Tú a percebir te apercibes
el alma de otra mujer,
y así en los tormentos vives,
que infierno debes de ser,
pues tantas almas recibes.
Un tiempo te vi inflamado
con centellas de amor bravas;
mas no quedaste abrasado,
porque como lienzo estabas
con agua ardiente bañado.
Agua ardiente debió ser,
y en buena filosofía
muy bien se puede entender
que el ser de agua le tendría
y de ardiente el parecer.
Tu engañoso pensamiento
quiso que por ti muriese,
y así, no sin fundamento,
procurabas que estuviese
secreto este casamiento.
Guarda el secreto, y así
gozarás tu nueva esposa,
que yo, cruel, desde aquí
te adoro como una cosa
que me ha guardado de ti.

MACIN. Aunque de tu corazón
a ser condenado vengo,
no quiero darte razón,
por no darte la que tengo,
señora, en esta ocasión.
No es justo, Reina, que pruebe
si te adoro o si te quiero,
que hablar de esto no se debe
sin gastar un siglo entero,
y aun es un tiempo harto breve.
Ni es bien que de mi provecho
trate de ninguna suerte,
que mi noble hidalgo pecho
sólo quiere defenderte
del agravio que te has hecho.
¿Tú eres mujer por ventura
que ha de [h]aber fragilidad
en quien alcanzar procura
tu ser, tu divinidad,
tu discreción, tu hermosura?
Mira que ofendes, señora,
al sol que puso en tu frente
esa luz que el mundo adora,
las riquezas del Oriente,
las colores de la aurora;
cuanto y más que dentro en mí
jamás Amatilde entró;
que yo sólo pretendí
postralla a tus pies, y no
lo que imaginaste aquí;

y cuando en mí la maldad
que imaginaste se hallara,
buscara mayor beldad
que la suya, y no dejara
la luz por la escuridad.
Mira tú si esta razón
es prueba de lo que digo.

SOFON. La tela de tu invención
tiene fondos, enemigo,
de lisonja y de traición.
No sé para qué tan buenos
discursos haciendo vas,
que entre los de gusto ajenos,
aquello que vale más
suele ser tenido en menos.
No pienses que esta hermosura
que hasta el cielo has levantado
puede tenerme segura,
que nunca se han visitado
la belleza y la ventura;
y pues que no la he tenido
en lograr mis pensamientos,
para que teman tu olvido,
quiero alborotar los vientos
con uno y otro alarido.

MACIN. Oye.

SOFON. Vete.

MACIN. Escucha.

SOFON. Suelta,
que por el mal que me has hecho
quiero que el alma resuelta
salga del ardiente pecho
con los suspiros envuelta.
Quedaré con alegría
libre del mal que me hiciste;
será la ventura mía
como el Efemerio triste,
que nace y muere en un día.

MACIN ¡Brava, terrible y furiosa
se va a mostrar el poder
de su llama rigurosa,
al fin que se puede hacer
mujer, amante y celosa!
Quiero mitigar su fuego,
y sosegar los enojos
que le causa el amor ciego,
y con todos los despojos
partir con el campo luego.

(*Vase, y salen* CIPIÓN *y* LELIO *y* SOLDADOS.)

CIP. ¡Brava gente!

LELIO. No están faltos
del valor con que han nacido,
porque en todos los asaltos
de ningún modo han tenido
recelos ni sobresaltos.
Eterna harán la memoria
de su valor singular.

CIP. Sí, que por tener más gloria,
cualquier dellos quiere dar
la vida por la vitoria.
Yo por mi parte procuro
mostrarme con ellos franco.

SOLD. Parece que sobre el muro
levantan un lienzo blanco
por bandera de seguro,
y que abren de la ciudad
las puertas.

CIP. Tengo temor
que es alguna novedad.

SOLD. Por ellas sale, señor,
un hombre de mucha edad.

LELIO. Embajada debe ser
del pueblo casi difunto.

CIP. Escucharla es menester,
sin perder un solo punto
de mi grandeza y poder.

(*Sale* ASDRUBAL.)

ASDRUBAL.

Las deidades más altas y supremas,
que gobiernan el cielo soberano
con lucientes tiaras y diademas,
pongan en tu cabeza y en tu mano
el cetro y la corona deste Imperio,
émulo, en otro tiempo, del romano;
que no será deshonra o vituperio
que esté, aunque lleno de dolor profundo,
bajo tu servidumbre y cautiverio,
que al fin es tu valor tan sin segundo,
que le conviene más ser tu cautivo

que tener por cautivo a todo el mundo.
El tormento que tiene más esquivo
es saber que no aplicas a tu frente
las pacíficas [h]ojas del olivo,
y que tu fuerte vencedora gente
quiere que esté colgada su esperanza
de un cabello delgado solamente;
porque es tan codiciosa de venganza,
que es la que a[h]ora injustamente él to-
indigna de renombre y de alabanza, [ma
pues según nos sujeta, oprime y doma,
de escribir deja en láminas de alambre
el nombre invicto de la excelsa Roma;
porque el fiero cuchillo de la hambre
toma para cortar con fuerte mano
de nuestras vidas el delgado estambre.
Si esto pretendes, Capitán romano,
llevarse ha tu nombre esclarecido,
como nuestra esperanza, el aire vano;
y después que la hambre [h]aya ven-
tu misma patria le dará al momento [cido,
el triunfo que Cipión ha merecido;
y en fe de [h]aber salido con su inten-
sobre el carro triunfal irá sentada, [to,
con semblante amarillo y macilento.
Saca, pues, Capitán, saca la espada;
degüéllanos a todos; no permitas [da;
que venza a lo que es algo lo que es na-
que si la vida con valor nos quitas,
eternas quedarán de gente en gente
tus heroicas hazañas infinitas.

CIPIÓN.

Esa embajada, Capitán valiente,
trae cubierto con clemencia mucha,
un engaño claro y evidente (1).

ASDRUBAL.

¿Engaño?

CIPIÓN.

Y grande.

ASDRUBAL.

¿De qué modo?

CIPIÓN.

Escucha.
Si esa gente que dices, medio muerta,
con los tormentos de la hambre lucha,
¿cómo de la ciudad no abre la puerta,
y queda, en prueba de su honor, triunfan-
de polvo, sangre y de sudor cubierta? [te
¿Piensas, por dicha, que ha de ser bas-
[tante
venirme a persuadir con las razones
de tu falsa retórica elegante?
Pues entiende, Asdrúbal, que si no po-
en mi poder de tu ciudad vencida [nes
las armas, las insignias, los pendones,
que ha de ser acosada y perseguida
de la hambre cruel, cuyo combate
rinde las fuerzas de la humana vida,
que en mengua de su estima y su quila-
será grande vitoria que una cosa [te
que tiene nombre de mujer la mate.

ASDRUBAL.

Brava sentencia es esa.

CIPIÓN.

Rigurosa.

ASDRUBAL.

¿Puedo apelarme della?

CIPIÓN.

Es imposible.

LELIO.

Industria peregrina y milagrosa.

ASDRUBAL.

Yo la acepto, señor, aunque es terrible,
como el cerco levantes.

CIPIÓN.

Soy contento.

ASDRUBAL.

Bien mereces el nombre de invencible.

CIPIÓN.

¿Qué dices?

ASDRUBAL.

Que lo haré.

CIPIÓN.

¿Cuándo?

(1) Verso corto.

ASDRUBAL.

Al momento.

CIPIÓN.

Pues ¿qué esperas?

ASDRUBAL.

Licencia.

CIPIÓN.

Tú la tienes.

ASDRUBAL.

Cual aire parto, y volveré cual viento.

CIPIÓN.

¡Cuán bien parecería en estas sienes
una corona de oro!

LELIO.

Es la divisa
que a merecer por tu grandeza vienes.

CIPIÓN.

¿Quién es éste que viene con tal prisa?

LELIO.

Torcato me parece en las señales.

(*Sale* TORCATO.)

TORCATO

Emulo quiero ser de Macinisa.

CIPIÓN

¡Torcato!

TORCATO

¡O[h], gran señor!

CIPIÓN

¿De dónde sales?

TOR. Macinisa me envió
a que noticia te dé
de lo que allá le pasó.
CIP. Sepamos cómo le fué.
TOR. Llegó, peleó y venció.
CIP. ¿Es posible?
TOR. En conclusión,
fué tan pronto en el castigo
que dió al Rey por tu ocasión,
que entiendo que en lo que digo
me alargo en la relación.
CIP. Dalle triunfo es menester.
TOR. Sí, pero no muy honroso.
CIP. ¿Por qué causa?
TOR. Has de saber
que viene, aunque vitorioso,
vencido de una mujer.
CIP. ¿Mujer?
TOR. Sí.
CIP. ¿Y es de valor?
TOR. Su hermosura lo dirá.
CIP. ¿Cómo se llama?
TOR. Señor,
Sofonisba.
CIP. Bien está;
ya sé que la tiene amor,
y que fué sólo por ella. [sí.
TOR. Con todo, es gran(de) (1) frene-
CIP. ¿Por dicha es mujer muy bella?
TOR. ¿Por ella preguntas?
CIP. Sí.
TOR. Pues tú morirás por ella;
que siempre suelen hacer,
sin que se pueda evitar,
del preguntar el saber,
del saber el desear,
del desear el querer.
Y no entiendas que me fundo
en vanidad o en locura,
que su rostro sin segundo,
con ser todo una luz pura,
suele oscurecer el mundo;
pues cuando sus luces bellas
comunican su arrebol
arrojan tantas centellas, (2)
que si es de día no [h]ay sol,
si es de noche no [h]ay estrellas.
Al fin tiene esta mujer
belleza tan poderosa,
que no te importa saber
si es gallarda o si es hermosa,
sino déjala de ver.
CIP. Encarecimiento ha sido.

(1) En el texto: *grande.*
(2) En el texto: *centellos.*

TOR. Pintar al vivo un traslado (*Ap.*)
de Sofonisba he querido,
porque quede enamorado
el Cónsul por el oído;
y así a Macinisa fuerte,
que por vengar sus enojos
morirá por dalle muerte,
le apartaré de los ojos
de Amatilde desta suerte.
Conviéneme derribar
su valor hasta el profundo
y ponerme en su lugar,
que en esta anoria del mundo
no [h]ay subir si no [h]ay bajar.

LELIO. Cajas tocan.

TOR. Macinisa
debe ser.

CIP. Cuidado tiene.

TOR. Viene con tan grande prisa,
que del suelo por do viene
apenas las [h]ierbas pisa.

(*Tocan cajas y salen muchos esclavos y esclavas y despojos; y con* MACINISA, SOFONISBA *y* AMATILDE.)

MACIN. De Cipión el africano
la fortuna y el valor
me traen alegre y ufano.

CIP. ¡O[h], Macinisa!

MACIN. O[h], señor,
dame tu invencible mano.

CIP. Pues por ti un reino destruyo,
de mano que a honrarme viene
el renombre te atribuyo.

MACIN. Y muy dichosa, pues tiene
tan buen brazo como el tuyo.

CAPIT. Rico vienes.

MACIN. De contento
un Midas podría ser,
aunque no en el pensamiento.

CAPIT. De todo se puede hacer
un grande repartimiento,
porque la gente que ha idó,
pues tuvo tal gallardía,
tenga el pago merecido.

MACIN. Si ha de ser a costa mía
yo vengo a ser el vencido;
pero no, que estoy dispuesto
a morir como hombre honrado.

CIP. Torcato.

TOR. ¡Señor!

CIP. ¿Qué es esto?
¿Qué mujer me has alabado,
que en tal peligro me ha puesto?
¿Qué furia de amor tirano
esta desgracia permite?

TOR. Quiere el cielo soberano,
que una africana te quite
el renombre de africano.

CAPIT. Niño, que como traidor
me tienes puesto en cadena,
enojo, angustia, rigor,
llanto, sobresalto, pena,
rabia, furia, infierno, amor;
muy bien tengo merecido
el castigo que me ofreces,
pues en esta guerra he sido
amenazado y herido,
que es ser herido dos veces.
Mas por más que estos enojos
rompan mi pecho de acero,
daré gusto a mis antojos.
¡Soldados!

SOLD. ¡Señor!

CIP. Yo quiero
repartir estos despojos.
Por eso los que aquí están,
hombres, niños y mujeres,
vengan dentro.

MACIN. ¡Ah, Capitán!
Una palabra.

CIP. ¿Qué quieres?

TOR. Sin duda que reñirán.

MACIN. No imagines, Cipión,
que a hablarte agora he llegado
con soberbia y presunción
de [h]aber, cual sabes, triunfado
de la africana nación,
ni de arrastrar sus banderas
por uno y otro lugar
de provincias extranjeras,
ni de vencer y humillar

sus temidas gentes fieras;
ni vengo como arrogante
a menospreciallo todo,
que antes, con venir triunfante,
no vengo de ningún modo
sino sólo como amante.
Por eso en esta porfía
postrado humilde a tus pies
te pido con cortesía
que a Sofonisba me des,
pues sabes que es prenda mía.
Bien ves que cual Paris griego
por conquistalla no más
hice guerra a sangre y fuego.

CIP. ¿Do está Sofonisba?

MACIN. Estás
viendo su hermosura, ciego.
¿No ves su rostro?

CIP. Señora.

SOFON. Dame los pies, Capitán.

CIP. No me maravillo agora
de saber que tu galán
con tanto extremo te adora,
que eres en extremo bella.

SOFON. ¡Y desdichada!

CIP. No [h]ay tal;
bien es verdad que tu estrella
puede del cielo inmortal
formar alguna querella.

MACIN. ¿Cómo querella?

CIP. He pensado
que esta mujer que has traído
es esclava del Senado,
pues la gente con que has ido
yo en su nombre te la he dado.

MACIN. ¿A mí no me ha de caber
despojo?

CIP. Tienes razón,
pero no aquesta mujer,
que en ella funda el blasón
de mi grandeza y poder;
pues cuando por ser leal
mi persona será honrada,
junto a mi carro triunfal,
cuando menos, irá atada
una hija de Asdrubal.

MACIN. ¿Estás en ti?

CIP. Por pensar
que tú no lo estás, no quiero
hacerte agora matar.

MACIN. ¿Mataréle?

CIP. Pues yo muero,
con vida no ha de quedar.

SOFON. ¡O[h], villano!

CIP. Porque entiendas
que en todo ha de ser guardada
mujer de tan altas prendas,
quiero que esté reservada
dentro de una de mis tiendas,
y que las demás mujeres
que han venido en los despojos
la sirvan.

MACIN. Tirano eres.

CIP. Vamos, deja esos antojos.

SOFON. Macinisa.

MACIN. ¿Qué me quieres?
¡Que ya no puedo sufrir
el dolor qué me importuna!

SOFON. ¡Ay, Dios!

MACIN. ¿Qué quieres?

SOFON. Decir
que, a pesar de la fortuna,
por tuya he de morir.

LELIO. El corazón se me parte.

MACIN. Si aquí, Sofonisba bella,
la vida dejo de darte,
es por no perder con ella
la esperanza de cobrarte.

CIP. Será de grande interese.

MACIN. ¿Imaginas que si Dios
esperanza no me diese,
que ninguno de los dos
vivir agora pudiese?

CIP. ¿Cómo así?

MACIN. Estoy tan furioso
que te matara y muriera.

CIP. ¿Tú fueras tan animoso?

MACN. ¡O[h], Cipión! ¿Qué no em-
[prendiera
un pecho amante y celoso?

CIP. De un amante que es tan fuer-
muy poco seguro estoy. [te [*Ap.*]

Prendelde. [*Alto.*]
MACIN. No desa suerte.
CIP. ¡O[h], traidor!
MACIN. Si no lo soy
será por no parecerte.
CIP. Matalde.
MACIN. Querrán los cielos
que salga tu gusto en vano.
CIP. ¿Quién estorbará tus duelos?
MACIN. ¿No ves que traigo, tirano,
un peto a prueba de celos?
CIP. Quitalde la espada.
LELIO. Marte
nunca a tantos ha vencido.
MACIN. La espada quiero entregarte
sólo por poder llamarte
traidor sin [h]aberlo sido.
CIP. Un hombre loco no agravia;
quédese muriendo aquí
furioso y lleno de rabia.

(*Vanse todos, y queda* MACINISA *solo.*)

MACIN. Hundido queda, ¡ay de mí!,
el bajel hasta la gavia.
¡O[h], fementido! ¡O[h]
Tú tiranizas mi gloria, [traidor!
y por darme más dolor
me dejas con la memoria,
que es mi enemigo mayor.
¿Dónde iré sin mi alegría?
¿Mía dije? ¿No es aviso
tener tan grande osadía,
que hasta la tierra que piso
me dice que ya no es mía?
Tiemblen de lástima pura
los remotos [h]orizontes,
y para más desventura
caigan sobre mí los montes,
trágueme la tierra dura.
Vomite con sangre y guerra
lo que en sus cavernas hondas
el profundo abismo encierra;
anegue el mar con sus ondas
lo que en mí hubiere de tierra
Arroje el cuarto elemento
sus centellas luminosas;
vuélvanme en nada al momento,
y paren todas mis cosas,
como las demás, en viento.

(*Sale* LELIO.)

LELIO. Porque soy aficionado
a Macinisa en extremo,
aquí vuelvo con cuidado
de consolarle, que temo
que estará desconsolado;
que en la pendencia pasada
quedó sin su prenda h[e]rmosa;
y el perder la cosa amada
el amante, es una cosa
muy terrible y muy pesada.
¡O[h], Macinisa!
MACIN. ¿Quién eres?
LELIO. Lelio, un Capitán romano.
MACIN. ¿Quieres matarme?
LELIO. No esperes
que lo he de ser tan villano,
ni tan cruel.
MACIN. Pues ¿qué quieres?
LELIO. Darte el parabién, señor,
de la batalla campal
do saliste vencedor.
MACIN. ¿Parabién?
LELIO. Sí.
MACIN. Para mal
hubieras dicho mejor.
Vesme postrado y rendido,
sin mi bien y sin mi gloria,
¿y quieres darme, atrevido,
parabién de una vitoria [dido?
que aunque he ganado he per-
Huye de mi boca luego
donde tu sepulcro labras,
porque della el amor ciego
arroja, en vez de palabras,
vivas centellas de fuego.
LELIO. Loco está.
MACIN. Aunque soy tan fiel,
huye de hablarme al momento;
que la leona cruel
da vida con el aliento;
yo puedo matar con él.

JORNADA TERCERA

(*Salen* SOFONISBA *y* AMATILDE.)

SOFON. ¿Con qué ocasión?
AMAT. Ha sabido
que soy hermana de un Rey,
y así me guarda la ley
que es razón.
SOFON. Es bien nacido;
aunque siempre las mujeres
son de todo el mundo honradas.
AMAT. Si en algo son estimadas,
será porque tú lo eres.
SOFON. Soy desdichada.
AMAT. Dichosa,
me parece a mí que fuiste,
sólo porque mereciste
ser de Macinisa esposa.
SOFON. Mucho de alabarle sabes.
AMAT. Que te pesa se me antoja.
SOFON. Que le alabes no me enoja,
ni me agrada que le alabes.
AMAT. Por término muy prudente
muestras los celos.
SOFON. No es bien
que tenga esa pena quien
es esclava y vive ausente.
AMAT. Por mucho que desos duelos
llena el alma pueda estar,
siempre le queda un lugar
vacío para los celos.
SOFON. El traidor viene aquí.

(*Sale* CIPIÓN.)

CIP. ¡O[h], señora!
SOFON. ¡O[h], señor!
CIP. ¿De qué se hablaba?
AMAT. De amor.
CIP. No dejéis de hablar por mí,
que yo no soy peña dura.
SOFON. ¿Qué importa si lo pareces,
pues tan poco te enterneces
oyendo una desventura?
CIP. ¿No veis que está en mi mano
daros libertad?
SOFON. ¿Por qué?
CIP. Por no quebrantar la fe
que debo al pueblo romano.
SOFON. Esa fe guardas aquí;
y no debe ser guardada
una fe que está jurada
entre Macinisa y mí. [do?
CIP. ¿Qué fe os [h]abéis entrega-
SOFON. ¿Qué fe? La del casamiento.
CIP. ¡O[h], traidor! [*Ap.*]
SOFON. Algún tormento
esta nueva le ha causado. (*Ap.*)
CIP. ¡Mi esperanza se ha perdido,
porque ya no he de poder [*Ap.*]
triunfar con esta mujer
dejando vivo al marido.
Matalle será excusado
en ley de buena razón,
pues está por mi ocasión
con Roma confederado.
Al fin yo le daré el pago
de la suerte que conviene.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Un Embajador que viene
de la ciudad de Cartago,
pide para entrar licencia.
SOFON. Dámela primero a mí.
AMAT. Y a mí y todo.

(*Vanse.*)

PAJE. ¿Entrará?
CIP. Sí;
entre luego en mi presencia,
que él viene a buena ocasión
para pedirme mercedes.

(*Sale* ASDRUBAL.)

ASDR. Ya, Cónsul romano, puedes
salir de la obligación.
Ya la gran ciudad te envía,
sólo porque la perdones,
las armas y los pendones
de su Imperio y Monarquía.
CIP. ¿En qué lugar han quedado
las armas?
ASDR. En tu real.
CIP. En mucho estimo, Asdrubal,

ese amor y ese cuidado.
ASDR. Falta agora que levantes
el cerco de la ciudad.
CIP. [H]ay cierta dificultad.
ASDR. ¿Es posible?
CIP. No te espantes.
La otra vez que vine aquí
traté ciertas cosas yo
con Cartago, y las rompió
al punto que me partí,
y así es bien que no se acabe
el cerco deste lugar,
que fe no se ha de guardar
con quien guardar no la sabe.
ASDR. ¿Tan mal correspondes?
CIP. Sí.
ASDR. Aunque yo a callar me obligo,
eso que has hecho conmigo
te responderá por mí.
Considera lo que has hecho,
pues tú muy bien lo conoces,
que eso mismo, dando voces,
te responderá en el pecho.
Confieso que mi ciudad
un tiempo, falta de aviso,
cuando te partiste quiso
usar desa libertad,
y [h]oy ha de quedar confusa
de saber que la usa Roma,
que en el mal nunca se toma
el ejemplo por excusa.
Quédate en paz; digo, en gue-
y ten por sabido ya [rra,
que sin armas se podrá
defender toda esta tierra:
que el dártelas fué un testigo
con el cual se echó de ver
que no las ha menester
para pelear contigo.

(*Vase.*)

CIP. Guárdole al viejo decoro,
y de castigalle dejo,
porque es, demás de ser viejo,
padre de aquella que adoro,
y porque suelen decir
do no [h]ay razón ni verdad,
que puede en cualquier lugar
quien no la tiene, sufrir;
y así tengo obligación
de sufrille aquesta injuria,
que el caballo de la furia
se enfrena con la razón.

(*Sale* TORCATO.)

TOR. ¿[H]ay alguna novedad,
que el que de la ciudad viene,
se va tan furioso?
CIP. Tiene
tanta razón como edad.
TOR. Con amor ¿cómo te fué?
CIP. Dél he tomado venganza.
TOR. ¿Cómo?
CIP. Estoy sin esperanza.
TOR. ¿Y estás vivo?
CIP. No lo sé.
TOR. Sin la esperanza divina
¿estás tan florido y verde?
CIP. ¿No ves que cuando se pierde,
al principio es medicina?
Vamos.
TOR. Un mal tan extraño
¿tan fácil remedio tiene?
CIP. Hace milagros, si viene
al principio el desengaño.

(*Vanse, y salen* MACINISA *y* LELIO.)

MACIN. Escucha, Lelio, detente.
LELIO ¿Qué me quieres, por tu vida,
con tu furioso acidente?
MACIN. Que de mi esposa querida
me des nuevas solamente;
y aunque esta imaginación
hace de mi vida prueba,
ha de ser con condición
que no le des, con la nueva,
celos a mi corazón.
LELIO. ¿Cómo la muerte desechas?
MACIN. No quiero yo que el amor
vibre el arco, y tire flechas
de celos; basta el dolor
que me causa las sospechas.

No quiero, Lelio, saber
por no ponerme en aprieto
si Cipión la viene a ver;
que él es príncipe, en efeto,
yo pobre, y ella mujer;
pero ¿qué digo? ¡ay, de mí!...
¿qué furia de amor celosa
me dió tan gran frenesí,
que a mi dulce amada esposa
nombre de mujer le dí?
O[h], Sofonisba, no alteres
las luces maravillosas
con que a todos te prefieres,
pues eres tú de las diosas
lo que ellas de las mujeres.
Lo que digo no te asombre,
porque [h]ay en mí efetos dos
dignos de inmortal renombre:
cuando te alabo, soy dios;
cuando me quejo, soy hombre.

LELIO. En esta tienda, señor,
está puesta.

MACIN. Lelio amado,
llamarla será mejor
fanal que tiene encerrado
su divino resplandor.
Vamos.

LELIO. No es bien que se entienda
que viniendo yo contigo
llegamos junto a la tienda.

MACIN. Lelio, viniendo conmigo
no [h]ay persona que te ofenda.
Ven, diréle mi dolor,
y ella me dirá su queja.

LELIO. ¿Qué quieres hacer, señor?

MACIN. Ver si escucha como oveja
el silbo de su pastor.

LELIO. Torcato viene.

MACIN. ¡Ay de mí!

(*Sale* TORCATO.)

TOR. Rey Macinisa.

MACIN. ¡O[h], Torcato!
¿Dónde bueno por aquí?

TOR. Vengo a traerte un retrato
del mundo.

MACIN. ¿Del mundo?

TOR. Sí.

MACIN. ¿Delante el original,
que soy yo en la desventura,
le traes?

TOR. Sí.

MACIN. No hagas tal.

TOR. Quiero ver si la pintura
es al vivo y natural.
Sabrás que el Cónsul romano,
perseguidor y enemigo
del grande Imperio africano,
te envía agora conmigo
su fiero estoque inhumano.
El parabién me ha mandado
que te venga yo a traer,
Macinisa, de casado,
aunque ha sido con mujer
que es esclava del Senado:
y así, por ser una cosa
tan temeraria y tan fuerte,
con sentencia rigurosa
manda que se dé la muerte
a Sofonisba, tu esposa,
y que tú mismo la des,
pues alcanzar pretendiste
tan soberano interés.

MACIN. Por la nueva que me diste
quiero besarte los pies.

TOR. Perdona mi atrevimiento.

MACIN. Antes, Torcato querido,
te doy alegre y contento
esta cadena que ha sido
arras de mi casamiento.
Por aguinaldo la toma,
pues te la ofrece mi mano;
y dile al Cónsul de Roma
que el fuerte Imperio africano
con su yugo oprime y doma,
que a matar a mi mujer
en esta ocasión me obligo;
porque más he menester
tenella muerta conmigo,
que viva y en su poder.
Aunque no es bien que reciba
aquesta opinión por cierta,

que según ella es altiva,
en mí no puede estar muerta
ni en él pudiera estar viva.
Dile que yo, aunque más pene,
voy a obedecella ya,
y que ella, pues le conviene,
por morir suspenderá
el ser divino que tiene.

TOR. Adiós, Macinisa.

LELIO. ¿A quién
no enternecerá el pesar
de ver esto?

MACIN. Lelio, ven.

LELIO. ¿Yo también he de matar
a tu esposa?

MACIN. Tú también.

MACINISA.

Lucero de mi alma,
bella querida, mal lograda esposa;
[h]oy te envío la palma,
que palma es esta muerte venturosa,
que si en alguna cosa
deja de merecer este atributo,
es sólo en ofrecer temprano el fruto
esa frente serena
donde contempla el Sol con ojos de oro
su encrespada melena
bordada de riqueza y de tesoro.
Por guardar el decoro
escucha con semblante de alegría
esta embajada lastimosa mía.
El Rosicler divino
que está sobre esa nieve no pisada,
tan hermoso y tan fino
como la rosa en leche deshojada,
oyendo la embajada,
no se retire y deje las mejillas
difuntas, macilentas y amarillas;
mejor es dar indicio
de tu divino pecho más que humano,
y haciendo un sacrificio
procurar con semblante alegre, ufano,
que al cielo soberano
suba con el encienso tu fatiga,
y que el humo hecho lengua se la diga.
¡Quién tan dichoso fuera,
por dar remate al sentimiento suyo,
que dos vidas tuviera;
la una por morir en lugar tuyo,
de lo cual me atribuyo
tan divino renombre y alabanza;
la otra por morir en tu venganza!

LELIO.

No está el daño presente.
¿Ya te afliges y matas?

MACINISA.

No me aflijo.

LELIO.

Pues eres tan prudente,
celebra este dolor fiero y prolijo
con fiesta y regocijo,
que con eso el valor se manifiesta.

MACINISA.

ien es que tenga víspera esta fiesta.

(*Vanse, y salen* SOFONISBA *y* AMARILDE.)

SOFON. Poca ventura he tenido,
por mi vida.

AMAT. ¿En qué, señora?

SOFON. En no [h]aberme despedido
de mi padre.

AMAT. ¿Cuándo?

SOFON. Agora,
que de Cartago ha venido
a traer cierta embajada.

AMAT. Mucho le debes querer.

SOFON. Estoyle muy obligada,
porque al fin me ha dado el ser,
aunque no el ser desdichada.

AMAT. ¿Díceslo de veras?

SOFON. Sí,
y tanto me ha sujetado
la estrella con que nací,
que hasta un sueño que he soña-
me tiene fuera de mí. [do

AMAT. ¿Qué soñaste?

SOFON. Que tenía
un diamante que preciaba
tanto como al alma mía,
porque cuando le miraba

más que el sol resplandecía.
Era el diamante un joyel
de muy rico y bello engaste,
y tú, aunque pareces fiel,
cuando le viste, quedaste
muy enamorada dél;
y en la ocasión que me viste
descuidada y divertida,
del cuello me lo cogiste.

AMAT. ¿Por eso estás afligida?

SOFON. ¿No es ocasión de estar triste,
si me quitas lo que es mío,
siendo tú quien eres?

AMAT. Di,
¿no es locura y desvarío
creer en eso?

SOFON. ¡Ay de mí;
un temor [h]elado y frío
se me esparce por las venas!

AMAT. Ya con eso me señalas
que son burlas.

SOFON. Estas penas
para veras son muy malas,
para burlas no son buenas.
Ya tu amistad no me agrada.

AMAT. ¿No ves que es locura?

SOFON. Digo
que eres amiga doblada.

AMAT. Muy bueno es reñir conmigo
por una cosa soñada.

(*Sale* LELIO *con el veneno.*)

LELIO. Bella Reina de Numidia,
con quien por diversos nombres
la fortuna siempre lidia;
admiración de los hombres,
de las mujeres envidia,
sol de la humana alegría,
luna de la perfección,
que el cielo a la tierra envía,
estrella que es ocasión
de vellas a mediodía;
norabuena estés.

SOFON. Graciosa
manera de saludar.

LELIO. Bien es, Sofonisba hermosa,
que sepan los hombres dar
su nombre a cualquiera cosa,
y más a ti.

SOFON. Lelio amigo,
¿qué quieres?

LELIO. Traigo un recado (1).

SOFON. A recebille me obligo.

LELIO. Dártela será excusado,
si no estoy solo contigo.

SOFON. Danos lugar.

AMAT. En buen hora.

(*Vase* AMATILDE.)

SOFON. Comienza.

LELIO. Ten menos prisa.

SOFON. No puedo.

LELIO. Sabrás, señora,
que el gallardo Macinisa,
que como el cielo te adora,
viendo que no ha de ser parte
todo el poder soberano
que tiene en el cielo Marte
para que el Cónsul romano
deje agora de llevarte,
y que si tú vas cautiva,
y de gozarte, señora,
la dura ausencia le priva,
y que, conforme te adora,
será imposible que viva,
te envía para el camino
este vaso que está lleno
de un dulce licor divino;
recíbele.

SOFON. Si es veneno,
que ha brindado imagino,
y que ya murió.

LELIO. Su nave
no da al través desa suerte;
antes con la pena grave,
va procurando una muerte
que en ningún tiempo se acabe.

SOFON. Para que entienda mi esposo
que se abrasa el pecho fiel

(1) En el texto: *recaudo*. Véase: *El mercader amante*.

en dulce fuego amoroso,
y que hasta verme con él
no puedo tener reposo,
tomaré, Lelio, al instante
lo que me ha de hacer prove-
con tan alegre semblante, [cho
que se verá que en mi pecho
está escondido mi amante;
pero en el alma concibo
que estando en este lugar,
por más, Lelio, que esté vivo,
[h]abrá de participar
de la muerte que recibo.

LELIO. Voime alegre y satisfecho,
Sofonisba, de la prueba
que en esta ocasión has hecho.

SOFON. ¿Dónde vas?

LELIO. A dar la nueva
del gran valor de tu pecho.

(*Vase.*)

SOFON. [H]oy sabrá, esposo querido,
tu corazón abrasado,
en vivo fuego encendido,
que ha sido bien empleado
el amor que me has tenido.
[H]oy verás que en querer
excedo a las de mi edad, [bien
pues doy la vida por quien
me ha dado su libertad
y su corazón también.
Ya no [h]ay más que dar por
sino el amor, que es el todo, [ti,
por quien el alma ofrecí,
y el amor de ningún modo
puedo apartalle de mí,
pues cuando el cuerpo cuitado
del alma está dividido,
podrá, como Dios sagrado,
quedar con el alma unido
y con el cuerpo abrazado.
Tu rico vaso admirable,
por cuya boca escogida
este pecho miserable
quiere de una fe crecida
beber el oro potable,
como franco y liberal
comunícame tu suerte,
pues lo que yo tengo es tal,
que solamente la muerte
me puede hacer inmortal.
Piedras, plantas, animales,
elementos conjurados
contra todos los mortales,
cielos que estáis ilustrados
desos cuerpos celestiales;
mirad con grande atención
cómo recebir podré
la muerte en esta ocasión
abrazada con la fe
de librarme de Cipión.

(*Bebe.*)

(*Sale* AMATILDE.)

AMAT. Señora.

SOFON. Nadie me impida
esta venturosa suerte
a que el cielo me convida,
porque la que dejo es muerte;
y la que recibo es vida.

AMAT. ¿Qué tienes?

SOFON. Nada.

AMAT. He pensado
si te has querido matar
por el enojo pasado.

SOFON. Hechizos para olvidar
a Macinisa he tomado.
Mira que ninguno entienda
que tan loca he sido yo.

AMAT. No [h]ayas miedo que te ofenda;
¿quieres compañía?

SOFON. No,
déjame sola en mi tienda.

(*Vase* AMATILDE, *y salen* MACINISA *y* TORCATO.)

MACIN. ¿Posible es que Cipión
me quiere resucitar?

TOR. Lastimóle tu pasión,
y así determina dar
alivio a tu corazón.

MACIN. Sin duda que se arrepiente

del tiempo que fué traidor.

TOR. Al fin, como hombre prudente,
deja que vivas, señor,
con tu esposa libremente.

MACIN. Lelio.

LELIO. Señor.

MACIN. ¿Has traído
el vino a mi esposa bella?

LELIO. Sí, señor, ya le ha bebido.

MACIN. Muerto soy.
¿Qué sabes della?

TOR. Que luego te ha obedecido.

LELIO. ¿Qué haré sin mi dulce pren-

MACIN. Déjate de hacer extremos [da?

TOR. y ven volando a su tienda,
porque remedio le demos
antes que el fuego se encienda.

(*Descúbrese* SOFONISBA *muerta en la tienda.*)

MACIN. Muy tarde [h]abemos llegado
a cobrar el bien que adoro,
que ya su espíritu [h]elado,
disfrazado en nubes de oro,
se sube al cielo estrellado.
Ya fuera del mal presente
goza de eterno reposo,
y el alma resplandeciente
deja libre el cuerpo hermoso
que cautivó tanta gente.
¡Ya Sofonisba, ya viste
cumplida tu profecía,
que, pues siempre me dijiste
que morías por ser mía,
ya por ser mía moriste!
Tanta pena, esposa, siento
de no venir a gozar
mi amoroso pensamiento,
que me dejo de matar
por sentir más el tormento.
¡Abrase la tierra dura!
¡Húndame un rayo del cielo!

LELIO. ¡Señor!

MACIN. ¿Qué quieres?

LELIO. Procura
tener consuelo.

MACIN. ¿Consuelo
en tan grande desventura?
¿No sabes que una dolencia,
una perdida esperanza,
una terrible inclemencia,
un desdén, una mudanza,
unos celos, una ausencia,
un dolor terrible y fuerte,
una fe firme rompida,
una desdichada suerte,
una miserable vida,
una repentina muerte,
y al fin una traición
cuando averiguada está,
suele dar menos pasión
que el consuelo que se da
en una grande aflicción?

TOR. Claro está.

MACIN. Por consolarme,
como si culpa tuviera,
de mí propio he de vengarme.

LELIO. Macinisa, escucha, espera.

MACIN. Será imposible alcanzarme.

(*Vanse, y sale* CIPIÓN.)

CIP. [H]oy con descanso y reposo,
Macinisa el arrogante
será de su dama esposo,
que después que he sido amante
me ha quedado el ser piadoso.
Los dos [h]abemos tenido
ventura en el mal presente:
él en [h]aber defendido
su razón gallardamente,
yo en [h]abello conocido.
Desnudar el alma quiero
destas congojas mortales,
porque el amor niño y fiero
no le hicieron los pañales
de duras conchas de acero,
sino de seda cubierta
con oro de voluntad.

(*Sale un* SOLDADO.)

SOLD. ¡Señor!

CIP. ¿Qué quieres?

SOLD. La puerta
de la enemiga ciudad
queda en este punto abierta.
CIP. ¿Es posible?
SOLD. Sí, señor.
CIP. Vamos luego a la pelea,
que esto es engaño o temor,
y, cualquier cosa que sea,
he de salir vencedor.

(*Vanse, y sale* MACINISA, *loco.*)

MACINISA.

Líbrenme estos cordeles
destos crueles, aunque amigos míos,
que los llamo crueles
porque impiden mis locos desvaríos
que como sus desvíos
del todo me consumen la paciencia,
doy nombre de crueldad a la clemencia.
Este lazo piadoso
dará a mi cuello un apretado abrazo,
y el corazón fogoso
quedará sin estorbo ni embarazo;
mas dudo que este lazo
me pueda sustentar solo un momento
después que se rompió el del casamiento.
¡Sofonisba querida,
que estás por el valor de tu hermosura
remontada y subida
sobre montes de luz divina y pura,
y tienes tal ventura
que pisas como bello sol dorado
el camino de estrellas empedrado,
recibe el alma mía,
que a tu divinidad sagrada, inmensa,
ofrece en este día
la soberana y dulce recompensa
con que pagarte piensa
los tributos, y feudos generales
que al inmortal le pagan los mortales.
Recibe aquella palma
que en aciprés se trueca y se mejora;
y por mostrar que el alma
sale triunfante, alegre y vencedora,
pronuncia desde agora,
mezclado con la muerte y con el llanto
de Sofonisba el nombre sacrosanto!

(*Sale* TORCATO *y* LELIO.)

TOR. Macinisa, poco a poco,
no te arrojes desa suerte.
MACIN. ¡O[h], gente infame!
LELIO. ¿Estás, loco?
MACIN. ¿No veis que os daré la muerte
si a cólera me provoco?
TOR. Los que son tan cortesanos
como tú ¿se han de matar?
MACIN. ¿Qué es lo que queréis, villanos?
LELIO. Querémoste luego atar
con este cordel las manos,
y llevarte.
MACIN. ¿Dónde?
LELIO. Ven
delante del General.
MACIN. ¿Yo he de verme allá?
TOR. ¿Pues quién?
MACIN. A fe que me tratáis mal.
LELIO. Todo se hace por tu bien.

(*Vanse, y sale* CIPIÓN *y soldado.*)

CIP. ¿Y que ninguno ha quedado
vivo?
SOLD. Capitán valiente,
todo este pueblo he buscado
junto con la demás gente
que entró en escuadrón formado,
y de ningún modo en él
[h]ay cosa que viva quede.
CIP. Cierto ques cosa cruel.
SOLD. Desde agora ganar puede
fama de constante y fiel
esta infelice ciudad,
digna de eterno renombre.
CIP. Con todo, es grande crueldad
haberse muerto.
SOLD. Su nombre
tendrá mayor calidad
que la muerte familiar,
como a aquel delgado estambre
procuró a solas cortar
con veneno, espada y hambre

les quiso a todos matar;
y así al parecer contentos
se vieron, aunque mezclados,
los de la hambre macilentos,
los del veneno morados,
los de la espada sangrientos.
Según esto, no pudieras,
fuerte Capitán, triunfar
si en tu poder no tuvieras
deste infelice lugar
las armas y las banderas.

(*Sacan* TORCATO *y* LELIO *a* MACINISA.)

MACIN. Mucho os [h]abéis atrevido.
CIP. ¿Qué es eso?
TOR. Traemos, señor,
a Macinisa.
CIP. ¿Qué ha sido?
LELIO. Con la furia de un dolor
darse la muerte ha querido.
CIP. ¿Por qué?
TOR. Como en este día
le diste su gloria incierta,
fué a vella con alegría,
y hallóla que estaba muerta
con lo que él dádola [h]abía,
que era una taza de vino.
CIP. ¿Un hombre que es tan gallardo,
hace tan gran desatino?
MACIN. No entiendas que me acobardo
con lo que hacer imagino,
que antes tengo el alma llena
de orgullo, brío, y denuedo.
CIP. A lo que yo entender puedo,
huír tanto de la pena
sin duda es tenelle miedo.
Macinisa, el que es valiente,
y quiere ser, como es justo,
caudillo de tanta gente,
cuando se ofrece un disgusto
no ha de mostrarse impaciente.
mejor es, si ha de sentir
la pena, se ha de matar;
mejor es, si ha de sentir
pena viviendo, vivir;
y si muriendo, acabar.
Aunque, pues tienes caudal,
verás que, con tal esposa,
no era el casamiento igual,
que Sofonisba era diosa,
tú, aunque Príncipe, mortal;
pero el cielo lo trocó
porque lastimado quedes,
pues según he visto yo
tú, mortal, morir no puedes,
y ella, inmortal, ya murió.
Abre ese pecho animoso,
templa ese dolor terrible.
MACIN. ¡O[h], Capitán valeroso!
pues hasta de lo invencible
quieres quedar vitorioso,
por imitar el valor
de tu pecho hidalgo y fuerte,
quiero encubrir mi dolor,
porque quizá desta suerte
vendré a sentirle mayor.
Pero dejar el tormento,
es decir que el alma mía
padece sin fundamento.
CIP. ¡Torcato!
TOR. ¡Señor!
CIP. Envía
por Amatilde al momento.
TOR. Por dar fin a estas porfías
quizá los quieres casar.
CIP. ¿Qué esperas?
TOR. Las penas mías
sin duda me han de acabar.
CIP. ¿Cómo por ella no envías?
TOR. Ella, señor, viene ya,
de gloria y contento llena.
CIP. ¿A qué viene por acá?
TOR. A darte la norabuena
de la vitoria, vendrá.

(*Sale* AMATILDE.)

AMAT. Mil años goces, señor,
desta vitoria dichosa.
CIP. Sólo por este favor,
cuando no por otra cosa,
es bien salir vencedor.
AMAT. Por este bien soberano

es justo también estar
cautiva bajo tu mano.

CIP. Con eso vengo a quedar
muy alegre y muy ufano;
y lo quedaré, señora,
si con Macinisa fuerte,
a quien todo el mundo adora,
dejas que trate y concierte
cierto casamiento agora.

AMAT. En todo, señor, consiento.

CIP. Y tú, Capitán, ¿qué dices
acerca del casamiento?

MACIN. Que me da pena que atices
el fuego del sentimiento.
Déjale, señor, estar
dentro su rescoldo eterno,
porque, quererme casar,
es el fuego del infierno
revolver y alborotar.
Confieso que es infinita
de [A]matilde la hermosura;
pero la fe que en mí habita,
como en una piedra dura
está grabada y escrita.

LELIO. Cuando tú tan tierno fueras
que pudieras ablandarte,
ya sabes que no pudieras
de ningún modo casarte
sin que tu honor ofendieras.

MACIN. ¿Quién me lo hubiera estor-
[bado?

LELIO. Bueno es preguntarme quién
sabiendo que estás casado.

MACIN. ¿De mí te burlas también?

LELIO. No burlo, a fe de soldado.

MACIN. ¿Yo casado?

LELIO. Sí.

MACIN. Eres loco.

LELIO. Tú en esto lo debes ser.

CIP. Capitanes, poco a poco.

MACIN. ¿Sabes lo que suelo hacer
cuando a furia me provoco?

LELIO. ¿No es verdad que te casaste
en secreto, y por amor
la fe y palabra entregaste?

MACIN. Con tu licencia, señor,
le respondo, que no [h]ay...

CIP. ¡Baste!

LELIO. No me des, Rey, ocasión
para que con mano osada
tome la satisfacción.

MACIN. Yo tengo mano y espada.

LELIO. Yo espada, mano y razón.

MACIN. Pues tienes tan grande brío,
quiero matarte o morir.
por cobrar el honor mío.

LELIO ¿Conmigo quieres salir,
siendo Rey, a un desafío?

MACIN. Encogeré mi grandeza
para conmigo igualarte.

AMAT. Por cierto, grande nobleza
tiene Macinisa.

TOR. Es Marte
en valor y en fortaleza.

LELIO. A mi tienda voy.

MACIN. ¿A qué?
Que estoy de cólera ciego.

LELIO. Primero te probaré
que digo verdad, y luego
contigo me mataré.

(*Vase* LELIO.)

MACIN. Confuso quedo.

CIP. Si viera
que uno de los dos aquí
decir mentira pudiera,
creyera al otro, y así
deste cuidado saliera;
pero la grande igualdad
del uno y otro sujeto
me pone dificultad.

MACIN. Darte la vida prometo
si acaso dice verdad.

CIP. Mas si estuvieses casado,
¿no sería lindo cuento?

MACIN. Parece que lo has quedado
tú con ese pensamiento.

CIP. Es porque Lelio es honrado,
y tendrá por gran trofeo
salir con lo que ha emprendido.

TOR. Cosa es ésta que no creo
que en el mundo ha sucedido.

AMAT. Ver el fin della deseo.
MACIN. ¿Si por ventura algún hombre
para casarse a su gusto,
se ha valido de mi nombre?...
CIP. Sea cualquier cosa, es justo
que nos admire y asombre.

(*Sale* LELIO *con* SOFONISBA.)

TOR. Lelio viene.
CIP. Ya le vi.
TOR. Muy bien cumple lo que ofrece.
AMAT. La mujer que trae aquí
Sofonisba me parece.
LELIO. ¿Es ésta tu esposa?
MACIN. Sí. [pantas?
LELIO. ¿Qué te [h]ielas? ¿Qué te es-
¿Cómo no te has arrojado
a besar luego sus plantas,
pues te da el cielo estrellado
por su ocasión glorias tantas?
MACIN. Tiéne[n]me fuera de mí
las quimeras que revuelvo.
CIP. ¡Extraño gozo!
MACIN. Y así
no haré nada si no vuelvo
del lugar adonde fuí.
Di, Lelio, digo, señor
de mi honra y de mi vida,
divino restaurador
de la gloria que perdida
me tuvo un tiempo el amor,
¿qué es esto?
LELIO. La permisión
del cielo, ques poderosa,
me enterneció el corazón
de ver morir a tu esposa
con tan pequeña ocasión;
y esto tuvo tal poder,
que troqué el vino, y trocado
un vino le di a beber,
que por tiempo limitado
muerta la hizo parecer,
con pensamiento, señor,
de entregártela en secreto.
CIP. ¿Viose ventura mayor?
TOR. El cielo tuvo respeto
a su grandeza y valor.

(*Arrodillase* MACINISA.)

MACIN. ¡O[h], señor mío!
LELIO. ¿No ves
que son cumplimientos vanos?
MACIN. Quiero besarte los pies,
pues recibo de tus manos
tan soberano interés.
LELIO. No estés en tierra postrado
sin decir, señor, por quién.
MACIN. No sé a quién será acertado
adorar primero: al bien
o a quien me le ha procurado.
¡O[h], Sofonisba, o[h], seño-
del corazón donde vives. [ra
AMAT. Al través ha dado agora
mi esperanza.
MACIN. ¿No recibes
este esclavo que te adora?
SOFON. El grande gozo y contento,
Macinisa, me enmudece.
MACIN. Tan grande es, que lo siento,
que en esta ocasión parece
locura el entendimiento,
y así, si en esta ocasión
parezco disparatado,
discúlpenme cuantos son.
LELIO. Rey.
MACIN. ¿Qué quieres?
LELIO. ¿He probado
bien agora mi intención?
MACIN. Sí, por cierto.
CIP. Buen testigo,
como los demás, seré.
LELIO. Pues por cumplir lo que digo,
agora que lo probé,
me quiero matar contigo.
MACIN. Si aspiras al vencimiento,
en fe de que tuyo soy,
esta espada te presento;
y si a matarme, ya estoy
muerto agora de contento.
¿Qué más quieres?
LELIO. Que me des

por ese grande favor
a besar luego tus pies.

MACIN. Con otro premio mayor
es bien que pagado estés;
y así, amigo, con la parte
que me toca en los despojos
de Siface, quiero honrarte.

CIP. En las quimeras y antojos
también quiero acompañarte.

MACIN. ¿De qué modo?

CIP. Has de saber
que por ver que ha procedido
bien Lelio, a mi parecer,
la hermana del Rey vencido
le quiero dar por mujer,
junto con el reino, en pago
del trabajo, que por ti
con esto le satisfago,
que bástame para mí
la destrucción de Cartago.

TOR. ¡Ay, Dios! (*Ap.*)

LELIO. Tu valor subido
será deso el galardón.

TOR. El cielo lo ha permitido,
porque mal, sin ocasión,
a Macinisa he querido;
y así de Amatilde hermosa
la posesión me ha quitado.

CIP. ¿Tú gustas de ser esposa
del marido que te he dado?

AMAT. Para mí es suerte dichosa.

LELIO. Yo soy tuyo.

AMAT. Tuya soy.

LELIO. La fe y palabra te entrego.

AMAT. La fe y palabra te doy.

CIP. Torcato, apercibe luego
la gente, que ya me voy.
Haz que toquen a marchar
mis escuadras belicosas,
porque me quiero embarcar,
y en las calles vitoriosas
de la gran Roma triunfar,
que bien lo merezco, en pago
del castigo que se ofrecen
los que con tan grande estrago
[h]oy se han muerto.

MACIN. Aquí fenecen
los Amantes de Cartago.

LA FAMOSA COMEDIA

DE

EL MERCADER AMANTE

COMPUESTA POR EL FAMOSO POETA

GASPAR AGUILAR

SON INTERLOCUTORES LOS SIGUIENTES:

CABRERA, *escudero viejo.*
LOAISA, *escudero viejo.*
BELISARIO, *mercader.*
ASTOLFO, *su criado.*
PADRE *de* LABINIA.

LABINIA, *dama.*
LIDORA, *dama.*
DON GARCÍA.
Dos MERCADERES.

Un MENSAJERO.
Un PREGONERO.
Tres ESCLAVOS.
[CRIADOS.]

PROLOGO O LOA

Matilde, condesa hermosa
del condado de Lunago,
por una grave dolencia,
de que estuvo muy al cabo,
hizo voto de que iría
pelegrina a Santiago;
el Conde no lo estorbó,
mas de acompañarla ha holgado;
parten a su romería
sin criada ni criado;
que hay más mérito creyendo,
habiendo mayor trabajo.
No llevan dinero, no;
ni menos letras de cambio;
holgando de hacerse pobres,
se sustentan mendigando.
Pasaron trabajos grandes,
por ser el camino largo,
y los delicados pies
estar poco ejercitados;
y sin esto, la Condesa
nueva carga ya llevando,
preñada de siete meses
estaba cuando ha llegado
a la casa deseada,
templo del Apóstol santo
habiendo, desde su tierra,
un año hasta allí tardado:
el gozo que recibieron
no es posible ser contado,
el cual hizo que olvidasen
los trabajos que han pasado.
Adoran el santo cuerpo,
con razón reverenciado

por el universo mundo
dondequiera que hay cristianos,
y de muchos peregrinos
de muy lejos visitado.
Tomaron conocimiento
aquí con un ermitaño,
que también por devoción
visitaba el cuerpo santo.
Este a entrambos confesó,
porque era tambien letrado.
Entendido de cuán lejos
habían allí aportado,
y que eran personas tales,
afición les ha cobrado;
llegó a tanto el amistad,
que habiéndoles convidado
que fuesen a ver su ermita,
fácilmente lo ha acabado.
En un monte muy fragoso,
y muy lejos del poblado,
al medio de la subida
moraba este padre anciano.
Por aquí persona viva
no aportaba en muchos años;
conejos por él cruzaban,
liebres, corzos y venados,
y muchas maneras de aves
andaban también volando.
Era muy de ver la ermita,
que en parte la ha fabricado
maestra naturaleza,
que una cueva allí ha labrado;
la industria del religioso
de otra parte la ha adornado
con una capilla hermosa,
fabricada por su mano.
Cerca está una clara fuente,
que hace a poco trecho un lago
pequeño, en el cual había
abundancia de pescados,
cosa de entretenimiento.
no ordenada para el pasto,
porque apenas come dél
seis veces o diez al año:
de legumbres y [h]ortaliza
se mantiene de ordinario;
coge trigo para sí,
y él mismo le muele a mano;
tiene un horno, donde cuece
el pan o lo que ha amasado.
Con esta comodidad
la tuvo de hacer regalo
a los huéspedes, que estaban
allí muy regocijados.
Pero como en esta vida
se nos da el contento aguado,
y luego tras el placer
el pesar está aguardando,
sucedió que a la Condesa,
sin pensar, le vino el parto,
en montaña tan desierta,
en lugar tan solitario,
con dos hombres solamente,
sin otro ningún reparo.
Fué el parto tan peligroso,
que a tener lo necesario,
fuera mucho que escapara
la triste en tan fuerte trago:
expiró entre los dolores,
de contino a Dios llamando,
y a la Virgen, su abogada,
y al apóstol Santiago.
El marido, casi muerto,
quedó en tierra desmayado,
y el niño, que casi estaba
en el vientre atravesado,
moviéndose por sí mismo,
que parece fué milagro,
sacó la cabeza fuera,
de que asiendo el ermitaño,
libre le sacó del vientre;
y habiéndole acomodado,
salió luego de la ermita,
y della a muy pocos pasos
vió dos cervaticos tiernos
entre breñas retozando,
que en una pequeña cueva
se entraron; donde él llegado,
con la cierva que los cría
a la ermita vuelta ha dado,
que siguió muy fácilmente
por haberla ya [a]vezado

a tomar de allí ración
y sustento de ordinario.
Esta dió la teta al niño,
ésta le ha después criado.
El Conde después que hubieron
la difunta sepultado,
con lágrimas en los ojos
volvió para Santiago,
donde adoleció y murió
en breve, muy lastimado.
Crió el ermitaño al niño
como a un hijo muy amado,
pareciéndole que Dios
por tal se le había dado.
Instruyóle en lo que vía
convenible a buen cristiano:
crióse muy obediente,
a ratos con él orando,
a sus horas divirtiendo
y al trabajo le ayudando.
Quince años allí estuvieron
sin que viesen hombre humano,
cuando el ermitaño un día
acordó de ir a poblado;
llevóse consigo al mozo
y del yermo le ha sacado;
a León, ciudad antigua,
por sus pasos han llegado.
Iba el mozo embebecido,
hacia acá y allá mirando,
y de todo lo que vía
al buen viejo preguntando.
Preguntóle: "¿Que es aquello
más grandes que los venados."
El viejo le respondió:
"Hijo, mulas y caballos."
"¿Y aquellos que nos parecen
en las caras, cuerpo y brazos?"
"Hombres, hijo, cual nosotros,
nuestros prójimos y hermanos."
Vió unas damas muy hermosas
y compuestas por el cabo;
luego preguntó lo que eran.
Dijo el viejo: "Son diablos;
Dios nos libre, por quien es,
de caer entre sus manos."
Paróse algo triste el mozo,
en el rostro lo mostrando;
pero en fin, de la ciudad
a la ermita vuelta dando,
andaba muy pensativo,
confuso entre sí callando.
El viejo, cuando le vió
tan mustio imaginando,
le dijo: "¿Qués tu pasión?
Hijo, ¿de qué estás turbado?
Dime en todo cuanto has visto
lo que más te ha contentado."
Respondió con un suspiro:
"Los diablos que he mirado
desde el punto que los vi
me han el corazón robado.
No me da otra cosa gusto,
siempre en ellos voy pensando."
Yo pienso también que me oye
quien dice: "Desos diablos,
esta noche por mi cuerpo
vengan dos, o tres, o cuatro."
Yo, que no soy tan valiente,
con uno terné sobrado,
con tal que escoger me dejen
de los que me están mirando;
con cualquiera me contento (1),
no soy nada delicado.
No pido sino eso poco,
con eso estaré pagado...
Después trataremos dello,
déjennos agora un rato
a mí y a los miradores;
no me los diviertan tanto.
También hay que ver aquí,
no esten siempre allá mirando.

JORNADA PRIMERA

(*Salen* LOAISA *y* CABRERA, *escuderos viejos, acuchillándose.*)

LOAISA. Muerde esa lengua traidora
con ese caduco labio;

(1) En el texto: *con que quiera.*

no pienses, villano, agora
disimular el agravio
que has hecho contra Lidora.

CABRER. Detente, Loaisa.

LOAISA. En vano
detenéis mi fuerza airada;
que aunque tan viejo y tan cano,
bien puedo empuñar mi espada
por quien empuña mi mano.

CABRER. Lidora escogerme pudo
por su arrimo verdadero,
y según esto, no dudo
que a quien sirvo de escudero
pueda servirla de escudo.

LOAISA. Mete mano.

CABRER. ¿No sabremos
por qué causa peleamos?

LOAISA. Mejor es que nos matemos
agora, y después podremos
saber por qué nos matamos.

CABRER. La sangre se me alborota
por morir o por matarte;
comencemos.

LOAISA. ¿Traes cota?

CABRER. Sólo traigo de mi parte
esta espada francinota.
Muestra.

LOAISA. No hago desvíos;
coleto traigo.

CABRER. En efecto,
que de aquí nacen tus bríos.

LOAISA. ¿No sabes queste coleto
es el blasón de los míos?
Porque fué del vellocino.

CABRER. Pues ya espantar no me quiero
de que con tal desatino
haga las obras del vino
quien tiene el blasón de cuero.

LOAISA. Esa palabra atrevida
te la meteré, villano,
dentro el pecho, por la herida
que darte pretendo.

CABRER. Hermano
procura salvar tu vida,
porque este mi brazo airado
la acabará sin remedio.

(*Acuchíllanse y sale* ASTOLFO.)

ASTOL. Fuera, fuera.

LOAISA. Tú has llegado,
Astolfo, a ponerte en medio,
al punto que me han cargado,
y descargarme conviene.

ASTOL. Linda pendencia en verdad;
y será, si a mano viene,
sobre cuál de entrambos tiene
menos seso y más edad.

CABRER. ¿Cómo, Astolfo, se consiente
meter paz sin meter mano
a la espada?

ASTOL. Entre [la] gente
desa edad, el cortesano
mete paz gallardamente;
pues cuando por poco o nada
riñen con la lengua airada,
mete paz, por mayor mengua,
con la espada, y con la lengua
cuando riñe con la espada;
que la espada corta menos
que la lengua del cobarde.

LOAISA. De cólera estamos llenos; [de,
no hay, Astolfo, quien te aguar-
porque entrambos somos buenos.

ASTOL. No haya más; tenéis razón;
queste mi mal proceder
ha sido conversación,
y deseo de saber
de la riña la ocasión.
Envainad, basta lo hecho.

CABRER. Hasta quedar satisfecho
jamás mi cólera amaino.

LOAISA. Yo sólo mi espada envaino
de mi contrario en el pecho.

ASTOL. Reñid con vino y con sopas;
no digan estas rencillas
que al triunfo jugáis las ropas,
y como salió de copas,
triunfáis con las espadillas.
¿No sabrá mi pecho fiel
esta riña tan cruel
y coraje tan profundo?

¿Reñís por tornar al mundo,
o reñís por salir dél?
¿Qués esto?

LOAISA. Habéis de saber
que perdono aquesta injuria
por solo haceros placer.

CABRER. Yo por daros a entender
la causa, templo la furia.

ASTOL. Ya que templáis vuestras lla-
a costa de vuestras famas, [mas
comenzad el pleito vos.

LOAISA. Bien veis que somos los dos
manípulos de dos damas.

ASTOL. ¿Qués manipulo? (1)

LOAISA. Escudero

ASTOL. ¿Y es lenguaje cortesano?

LOAISA. A lo menos verdadero,
porque nos pulen la mano.

ASTOL. Por bueno aprobarle quiero.
Proseguid vuestra razón.

LOAISA. Estando en conversación
los dos, como veis agora,
cada cual de su señora
loando la perfección,
comenzamos a tratar
cuán ajenas de interés
las dos se quieren casar
con un mercader, que es
el más rico del lugar,
ques vuestro amo, que en teso-
excede al próspero Fúcar, [ro
y sin su cierto tesoro,
le traen siempre barras de oro
por la barra de Sanlúcar.
Teniendo, pues, conclusiones
sobre cuál la merecía,
comenzó nuestra porfía
tan de veras, que en razones
paró de superchería.

ASTOL. ¿Hubo mentís?

LOAISA. No, por cierto;
que si mentís me dijera,
sin duda le hubiera muerto.

CABRER. ¡Muerto a mí!

ASTOL. Teneos, Cabrera,
no hagáis algún desconcierto.
Basta ya.

CABRER. Ya determino
daros gusto.

ASTOL. Yo también
quiero que a los dos os den
sendas lonjas de tocino,
para questo pare en bien.

LOAISA. Pues, a fe, si para en esto,
que riñamos cada día.

CABRER. Y ¿dónde ha de ser el puesto?

ASTOL. ¿Donde? En la botillería
de casa.

LOAISA. Pues vamos presto,
de gloria y contento llenos.

ASTOL. Id los dos, que luego iré.

LOAISA. Huélgome, Astolfo, a lo menos,
que a entrambos nos deis por
[buenos.

ASTOL. Buenos, mas Dios sabe en qué.

(*Vanse los escuderos y sale* BELISARIO.)

BELIS. ¿Qué ha sido?

ASTOL. Vieras agora
los escuderos riñendo
de Labinia y de Lidora,
con gran valor defendiendo
cada cual a su señora;
pero fué la riña tal,
que a cada golpe que daban
uno a otro se enviaban
una carta con la cual
de aquel golpe se avisaban;
y como llegaba antes
la carta que la herida,
no se daban.

BELIS. No te espantes
de que por salvar la vida
hagan cosas semejantes;
porque todos cuantos son
huyen de la muerte aprisa.

ASTOL. Cuando sepas la ocasión,
te causará, sin la risa,
espanto y admiración.

BELIS. Dila.

(1) En el texto: *manipulos*

ASTOL. Ya enterado estás
cómo estas damas que digo
se quieren casar contigo
porque, sin la hacienda, das
de tu linaje testigo.
Conforme agora parece,
cada viejo, por su mal,
a la batalla se ofrece;
porque dice cada cual
que su dueño te merece,
y así empezaron aquí
la batalla rigurosa.
BELIS. Luego ¿por mí riñen?
ASTOL. Sí.
BELIS. Por Dios, ques la mejor cosa
que en toda mi vida oí.
ASTOL. Según tus cosas florecen,
Narciso o Adonis eres,
pues por ti a morir se ofrecen
no solamente mujeres,
mas hombres que lo parecen.
Venturoso estás.
BELIS. Por Dios,
que antes estoy desdichado
por ser de las dos amado,
siendo, como son, las dos
tan iguales en estado,
en linaje y discreción,
en riqueza y en bondad;
porque tan iguales son,
que de su misma igualdad
procede mi confusión.
ASTOL. ¿Cómo, señor, puede ser
que tú no tengas caudal
para saber escoger?
BELIS. ¿No ves que no puede haber
elección en cosa igual?
Porque si a escoger me arrojo
de las dos, por tu consejo,
puede causarme mi antojo
más pesar por la que dejo
que no por la que escojo.
Para no perder ninguna,
fuera negocio escogido
que me hubiera la fortuna
en dos hombres dividido,
o que las juntara en una.
ASTOL. ¿Estás muy enamorado?
BELIS. Cuando no por su hermosura,
estoy, amigo, obligado
a estallo de mi ventura,
que tanto bien me ha causado.
ASTOL. Pues ¿qué pretendes hacer?
BELIS. Escoger una.
ASTOL. No has dicho
que no sabes escoger?
¿Cómo lo harás?
BELIS. De un capricho
me quiero agora valer.
ASTOL. ¿Qué ha de ser?
BELIS. Imagino
ques amable la riqueza;
y ansí, pensar determino
una fingida pobreza
por un gallardo camino;
y si alguna puede haber
que siendo pobre me quiera,
esa será mi mujer.
¿Qué te parece?
ASTOL. Quimera
dificultosa de hacer;
porque ¿cómo fingirás
pobreza?
BELIS. Tomando estado
humilde.
ASTOL. Menos podrás;
que amor, dinero y cuidado
escondidos lucen más.
BELIS. Pues mira: porque no entienda
mi intención el vulgo loco
y con decirlo me ofenda,
quiero darte poco a poco
la posesión de mi hacienda.
Poco a poco es menester
que mi riqueza te ofrezca,
porque de suerte ha de ser,
que vengas a enriquecer
al paso que yo empobrezca;
y aunque mil criados hacen
con sus dueños este trueco,
porque su virtud deshacen,
como pimpollos que nacen

de un árbol marchito y seco,
tú, Astolfo, en cosas más gra-
lealtad no habrás menester. [ves
ASTOL. Basta, señor; no me alabes
de leal, pues el poder
de la riqueza no sabes.
Tratemos de su interés,
el cual, por estas mujeres,
no tienes en nada, pues
por sólo probarlas quieres
dar con tu honra al través;
porque bien debes saber
que ya el ser pobre es deshonra,
y que muchos suele haber
que, como el tener es honra,
dan la honra por tener,
y hacen cosas que jamás,
sino porque el bien les sobre,
hicieran; pero tú vas
al revés desto, pues das
la hacienda por quedar pobre,
permitiendo que te den
matraca por verte tal.
BELIS. Astolfo, un hombre de bien
ha de pasar mucho mal
sólo por casarse bien;
si tú quieres arrojarte
conmigo en aqueste golfo,
yo me obligaré a sacarte.
ASTOL. Soy contento.
BELIS. Pues, Astolfo,
escucha, que quiero hablarte.
Lo primero que te pido
es que una fama levantes
de unas naves que [he] perdido,
y de ciertos mercadantes
que con mi hacienda se han ido;
porque ansí suele perderse
alguno, por más que tenga;
y esta fama ha de saberse
fingir de modo que venga
a la ciudad a extenderse.
Lo segundo que te advierto
es que todo permanezca
dentro tu pecho cubierto
hasta que a mí me parezca
desbaratar el concierto.
Y más quiero concertar:
que si escuchándolo gente
lo venga a desbaratar,
que tú puedas libremente
lo que me debes negar;
que has de saber que no voy
tras de que tu honor destruyas,
porque de parecer soy
que en secreto restituyas
lo que en secreto te doy.
ASTOL. Baste; yo quiero tomar
el cargo de obedecerte
y ponerme en tu lugar,
pues me mandaste de suerte
que me enseñaste a mandar.
En lo que toca al concierto,
puedes estar confiado
que con término cubierto
ha de ser por mí llevado
a tu deseado puerto.
BELIS. Sola esa palabra sobra
para estar seguro.
ASTOL. Y fía
de la diligencia mía.
BELIS. ¿Cuándo lo pondrás por obra?
ASTOL. Mañana por todo el día.
BELIS. Será tarde.
ASTOL. Pues, señor,
cuando hables con tus señoras,
digo aquellas que tú adoras,
y en cuyo archivo de amor
pienso que cual fénix moras,
entonces quiero poner
por obra tu pensamiento.
BELIS. ¿Puedo yo el cuándo saber?
ASTOL. ¿Cuándo irás allá?
BELIS. Al momento.
ASTOL. Pues al momento ha de ser.
BELIS. Mirad que estoy descuidado.
ASTOL. Sin cuidado estar procura,
pues yo voy con el cuidado.

(*Vase.*)

BELIS. Cierto que tiene ventura
el que tiene un buen criado,

y más como el que yo tengo
que es la basis del amor;
aunque en balde me detengo
en loalle, pues de amor
y de lealtad le mantengo.
Irme quiero con presteza,
porque sé que es menester
que el oro del bien querer
se toque con la pobreza
de quien la pretende ver.
(*Vase.*)

(*Salen* LABINIA *y* DON GARCÍA.)

LABIN. Ya le he dicho que se vaya
una vez y dos y tres.
D. GAR. ¿Es posible que al través
doy tan cerca de la playa?
LABIN. Vaya, señor don García,
y deje de importunarme.
D. GAR. Si dejo aquí de matarme
es por no darte alegría,
y porque muriendo aquí,
podrá esa luz, por quien muero,
resucitarme, y no quiero
volver a vivir por ti.
¡Oh ingrata, más que la palma
y más que la encina dura!; [ma,
¿con tan divina hermosura
tienes tan humana el alma?
¿Posible es que a Belisario
quieres rendir tu belleza,
ques, con toda su riqueza,
un mercader ordinario,
un hombre que sólo entiende
de los cambios el lenguaje,
y tan pobre de linaje
que de sí mismo deciende;
un loquillo, un cascabel,
que aun yo corrido me siento
de haber puesto el pensamiento
en la que le puso en él?
¿Por qué, dime, le has rendido
el alma tan fácilmente?
¿Es por verle de la gente
tan respetado y querido, [de
y porque el Marqués y el Conde le hacen muchos favores,
y porque con los señores
se cartea y corresponde?
Pues mira, que no conviene,
Labinia, ser su mujer,
ni fiar de mercader
que muchos amigos tiene.
LABIN. Para conseguir mi gozo
no he menester tu consejo;
que padre tengo, aunque viejo,
y hermano tengo, aunque mozo.
Déjame sola, señor,
y del mercader no trates,
que excede en muchos quilates
al oro de tu valor,
pues si es rico, siendo honrado,
no por eso vale menos;
que la riqueza en los buenos
es como el oro esmaltado.
Dices que suele tomar
y dar a cambio su hacienda,
y no dices que sin prenda
la suele a todos prestar,
y que en las calamidades,
que parecen sus intentos,
toma a cambio pensamientos
y da a cambio voluntades.
Bien veo que estás haciendo
un juicio temerario,
diciendo que a Belisario
adoro, pues le defiendo;
mas yo no le defendí
sino porque tú le ofendes.
D. GAR. Ya te entiendo.
LABIN. Pues me entiendes,
¿por qué no te vas de aquí?
Que mi principal intento
es procurar que me dejes.
D. GAR. Porque de mí no te quejes,
yo quiero darte contento,
y que en entrambos oficios
traigamos, pues te acomodas,
tú las sinrazones todas
y yo todos los servicios.
(*Vase.*)
LABIN. El peso que me ha dejado

es oro a plata pesada;
mas no les parece en nada,
sino sólo en ser pesado.
Hierro ha sido sin dudar,
porque este metal maldito
suele, pesando infinito,
dar infinito pesar;
y ansí, estorbar pretendía
la venida de mi bien,
ques el mercader con quien
pretendo hacer compañía
y ganar muchos despojos.

(*Sale* BELISARIO.)

BELIS. No hay cosa a que no me atreva
por sólo hacer esta prueba.
LABIN. ¡Oh, Belisario!
BELIS. ¡Oh, mis ojos!
LABIN. ¿Dó vas?
BELIS. Pues saber lo quieres,
sabrás que voy a buscar
lo ques imposible hallar,
ques firmeza en las mujeres.
LABIN. Pues, señor, ten esperanza;
que, a pesar de tus querellas,
hallarás firmeza en ellas
como en ti no haya mudanza.
BELIS. Antes pienso que podré
hallar alguna constante
si sé pasar adelante
una mudanza que haré.
LABIN. Con mudanza no podrás,
ques de su naturaleza
contraria de la firmeza.
BELIS. Labinia, engañada estás.
que no hay discordia ninguna
que entre ellas cause dolor,
si es la firmeza en amor
y la mudanza en fortuna.
LABIN. ¿Cómo, siendo mercader,
sabes del trato amoroso
lo ques más dificultoso?
BELIS. Porque es comprar y vender,
ques mi verdadero trato.
LABIN. ¿De qué suerte?
BELIS. Cuando miro
la imagen por quien suspiro,
ques de mi gloria el retrato,
sin que ella me lo resista
por su vista me paseo,
y a costa de mi deseo
compro un rato de su vista.
Luego con la voluntad,
que cobro en la cosa amada,
le vendo el alma fiada
con buena seguridad;
y ejecutando fianzas,
vengo a cobrar mis dineros
en disgustos verdaderos
y en fingidas esperanzas,
como las cobro de ti,
en pago de una alma triste
que te fié.
LABIN. Bien pudiste
haber cobrado de mí;
que yo compro de contado
tan buena mercadería.
BELIS. ¡Oh espejo del alma mía,
con eso me has obligado!

(*Sale un* MENSAJERO.)

MENS. Deja, Belisario, deja
el amor que te importuna,
y forma de tu fortuna
triste y lamentable queja.
Quéjate del cielo inmenso,
que tu daño ha permitido.
BELIS. Dime presto lo que ha sido;
no me tengas más suspenso.
MENS. De las doradas riberas
que baña el mar de las Indias
salió la flota de España,
cargada de piedras finas;
y entre los muchos navíos
que sacó en su compañía,
hubo cinco naves tuyas,
las más prósperas y ricas;
mas las ondas plateadas,
de grande envidia movidas,
que pues murmuran contino
sin duda tienen invidia,
quisieron dorar sus frentes

con el oro de las minas.
Con los vientos unas veces
levantadas y subidas,
y otras veces derribadas
con las furias dellas mismas,
trataron tan mal las naves,
que era lástima y mancilla
ver, las no perdidas, rotas,
y las enteras, perdidas;
y como las tuyas fueron
las de más peso y estima,
dieron todas al través
con tu hacienda y con las vidas
de aquellos que con su muerte
han llorado tus desdichas.
Esto lo verás, señor,
en aquesta carta, escrita
por mano del General,
que desembarcó en Sevilla.

BELIS. ¡Oh miserable fortuna!
¿Para qué darme quisiste
tu favor desde la cuna,
pues en mil veces me diste
lo que me quitaste en una?

LABIN. Maldigo tu movimiento.
¿Sabes lo que me parece?

BELIS. Dilo, señora, al momento.

LABIN. Que haces poco sentimiento
para el daño que se ofrece;
que yo, pudiendo excusarme,
casi me deshago en llanto;
y tú, que perdiste tanto,
no lo sientes.

BELIS. ¿He de darme
en los pechos con un canto?
¿He de llorar de tristeza,
como si fuera mujer?
¿No es mejor dar a entender
que en mi pecho hay fortaleza
para ganar y perder?
Cuanto y más, Labinia hermosa,
que yo ganancia he tenido
desta pérdida dichosa,
pues gano lo que he perdido,
siendo blanco en otra cosa;
que después que aquí he llegado
una prueba se está haciendo
de un diamante que he comprado,
con el cual quedar pretendo
muy rico y muy descansado.
Mi mudanza no te duela
ni mi pérdida te asombre,
que un tiempo tras otro vuela.
¿Dó vas?

LABIN. Dios me guarde de hombre
que tan presto se consuela,
que lo mismo hará de mí.

(*Vase.*)

BELIS. Nunca en pecho de mujer
tan gran sentimiento vi;
pero ¿si debe de ser
por la riqueza o por mí?
Poco han sido de provecho
mis malos ratos perdidos;
mas de lo que vi, sospecho
que es muy sentida, y que ha hecho
el llanto con dos sentidos.
En Lidora quiero hacer
agora la misma prueba.
Tú, amigo, vete a comer;
que aunque me traes mala nueva
la paga no lo ha de ser.

(*Vanse.*)

(*Salen* LIDORA *y* LOAISA.)

LIDORA. ¿Si está fuera del lugar?

LOAISA. Al menos no está en las calles.

LIDORA. Si tú le vas a buscar,
no es mucho que no le halles,
aunque le quieras hallar,
porque le eres tan contrario,
cuanto amigo del buen vino;
y no porque Belisario
deje de acudir contino
con el tributo ordinario;
que antes él de buena gana
con dineros [h]a comprado
tu amistad caduca y vana.

LOAISA. ¿Díceslo porque me ha dado

de almorzar esta mañana?
Pues entiende que el mezquino
me dió tan sólo un pastel,
un pan y un jarro de vino,
y unas lonjas de tocino,
por no comérselas él.

LIDORA. ¿No las come?

LOAISA. No, señora.

LIDORA. ¿Tal dices, lengua malvada?
¿Eso vomitas a[h]ora
dese pecho, donde mora
la malicia requemada?
Pero no hay de qué me asombre;
que ser rico es aparejo
para ser cristiano un hombre,
y ser rico no es buen nombre
para ser cristiano viejo.
Pues si el rico ha de cobrar
alguna deuda notoria
y el pobre la ha de pagar,
en viéndose ejecutar
le niega la ejecutoria.
Lo cual Belisario tiene,
como sabes, en su abono.

LOAISA. Pues por lo mismo conviene
reírte.

LIDORA. Yo te perdono,
en albricias de que viene.

(*Sale* BELISARIO.)

BELIS. De la ausencia a la presencia
no está hecha y declarada,
señora, la diferencia,
con ser la presencia amada
y aborrecida la ausencia;
porque puestas en balanza
dos cosas iguales, son
dignas de igual alabanza:
la presencia en posesión,
y la ausencia en esperanza;
que si es vida el poseer,
esperar perder es muerte;
y así es mejor no poder
verte, señora, que verte
para dejarte de ver.

LIDORA. ¿Con esa filosofía
vienes a excusarte agora?
¡Muy bueno, por vida mía!

BELIS. ¿Tanto te ofendes, señora,
con el ausencia de un día?

LIDORA. No porque mal correspondes
oír mis quejas mereces,
sino porque al sol pareces,
que al mundo mío te ascondes
y al antípoda amaneces.
Dígolo porque dejar
quieres de verme, por ver
a Labinia, que en querer
tiene tan bajo lugar,
que antípoda puede ser.
Si en mi hermosura hallas do-[lo,
como en efeto es ansí,
deja de quererme a mí
y quiere a ti mismo solo;
no salga el querer de ti.
Dame este gusto a lo menos,
que la que adorando estás
con tus pensamientos buenos,
bien podrá quererte más,
mas no disgustarte menos.

BELIS. Oye mi satisfacción.

LIDORA. Déjame, que las visitas
que le has hecho sin razón,
las tengo en el corazón
con letras de fuego escritas.

BELIS. No ha sido la culpa mía
si a Labinia he visitado,
porque, en ley de cortesía,
estoy, señora, obligado
a visitalla algún día.
Porque me muestra afición,
y confieso desde aquí
que le tengo obligación.

LIDORA. Dios sabe si es para mí
martirio esa confesión.
Mas ¿qué digo? Ya he tenido
noticia de tu cuidado;
ya está el negocio sabido;
quien se confiesa obligado,
por fuerza es agradecido.

BELIS. Por Dios, que tienes razón
de formar queja, y también

de dar en esta ocasión
buena penitencia a quien
hizo aquesa confesión.
Dame buena penitencia;
que aunque sea cualquier cosa,
la cumpliré en tu presencia.

LIDORA. Y si la doy rigurosa,
¿qué harás?

BELIS. Tendré paciencia,

LIDORA. Pues por penitencia doy
que este nuestro casamiento
ejecutes.

BELIS. ¿Cuándo?

LIDORA. Hoy
por todo el día.

BELIS. Contento
con la penitencia estoy.

(*Entra un* MENSAJERO.)

MENSAJERO.

¿Eres [tú] Belisario?

BELISARIO.

Sí. ¿Qué quieres?

MENSAJERO.

Entregarte esta carta y consolarte.

BELISARIO.

¡Cómo! ¿Tan mala nueva viene en ella?

MENSAJERO.

Sabrás que ha pocos días que en un día
se levantaron con la hacienda tuya
tres mercaderes de León de Francia,
con quien sueles tener correspondencia,
porque al tiempo que estaban sin dineros
les quedaste a pagar cien mil ducados,
y pues ya de la cédula el protesto
pasó, con diligencia ponte en cobro,
que te hará mala obra.

BELISARIO.

Hermano mío,
hacienda tengo yo para pagallo;
y aunque no la tuviera, no soy hombre
que he de ponerme en cobro por tal cosa.
Toma por el trabajo del camino,
y vete a descansar a mi posada.

LIDORA. ¿Ques aquesto, Belisario?

BELIS. Castigos del cielo son.

LIDORA. Serán por la sinrazón
que me has hecho de ordinario
en la amorosa pasión. [cia;

BELIS. ¿Qué se puede hacer? Pacien-
con todo, hacienda me sobra.

LIDORA. No lo sé.

BELIS. Con tu licencia
querría poner por obra,
señora, la penitencia,
y casarme.

LIDORA. No hay lugar
con aqueso de obligarme;
que yo, que la pude dar,
te la quiero comutar
en ayuno de no hablarme.

LOAISA. Agora se puede ver
de cuánta firmeza son
la hacienda del mercader
y el amor de la mujer,
pues todos bailan a un son.

(*Vanse.*)

BELIS. ¿Es posible que se olvida
de lo que estaba diciendo,
pues me pidió enternecida
que me casase, muriendo
por ser mi esposa querida?
Y ¡quel interés la venza,
tanto, que olvide esta historia,
siendo tan clara y notoria!
No basta estar sin vergüenza,
sino también sin memoria;
mas desto imagino yo
questa mudanza de estado
en dos hombres me mudó,
y así al pobre se ha negado
lo que al rico le pidió.
Una maravilla nueva,
veo en estas damas hoy,
pues haciendo dellas prueba,
no puedo, a fe de quien soy,
saber quién la palma lleva.

Hasta agora iguales son
en pesalles de lo hecho
y en encubrir la pasión,
en no declarar su pecho
y en dejarme en confusión.
Quiero pasar adelante
esto que determinado
por medio de mi criado;
que un hecho tan importante
no ha de quedar comenzado.
Con mi trabajo he de ver
el dichoso fin que espero;
que todo lo quiero hacer
por casarme con mujer
que no le agrade el dinero.
(*Vase.*)

(*Sale el* PADRE *de* LABINIA *y* DON GARCÍA.)

PADRE. ¿Que lo oyó vuestra mercé,
señor don García?
D. GAR. Digo
la verdad como testigo.
PADRE. No hay hombre que rico esté,
si Belisario está pobre;
porque tiene tal tesoro,
que anda por su casa el oro
como por la mía el cobre.
D. GAR. Basta, señor, que ha venido
verdadera nueva y fama
quen la canal de Bahama
cinco naves se han perdido.
PADRE. Y eso ¿quién lo dice?
D. GAR. El hombre
que con la carta ha llegado
del general esforzado,
digno de eterno renombre,
que con la armada a Sevilla
vino de la Nueva España.
PADRE. Es la nueva tan extraña,
que me espanta y maravilla.
D. GAR. Nadie queda por saber
esta nueva.
PADRE. ¡Cuál quedara
si a Labinia le entregara,
como quiso, por mujer!
Porque de suerte fundó
en ella sus pensamientos,
que la dotaba en dos cuentos.
D. GAR. Y aun deso reniego yo;
que ya los hombres honrados
cuando tratan de casar
sus hijas, suelen dejar
los duques por los ducados.
Busquen, busquen caballeros
que, invidiosos de alabanza,
traten en cuentos de lanzas
y no en cuentos de dineros;
busquen hombres bien nacidos
que en batallas y en amores
siempre salgan vencedores
y jamás salgan vencidos;
y busquen, si puede ser,
un yerno [h]idalgo y discreto,
porque le tenga respeto,
y no miedo, la mujer.
Mas todo a perder se viene,
pues la de mayor decoro
se casa con el tesoro,
y no con el que le tiene.
Y si el tesoro se aleja
y con el tiempo se pasa,
puede decir que se casa
con marido que la deja.
Toda aquesta perdición
pasa una mujer honrada,
y es la condición malvada
de su padre la ocasión;
porque los padres tiranos,
con sus vejeces prolijas,
por hacer ricas las hijas
hacen los nietos villanos.
PADRE. Ques ese estilo ordinario
de los padres os confieso;
pero a mí no pudo en eso
engañarme Belisario.
Que yo sé que de tan buenos
parientes como yo viene,
y si alguna falta tiene
es haber venido a menos.
Mas no hablemos dél, porque
no nos oiga su criado.

(*Sale* ASTOLFO.)

ASTOL. Mucho, sin duda, han obrado
las nuevas que publiqué.
Bien es que no salgan vanos
negocios de tanto peso.

D. GAR. ¡O[h], señor Astolfo, beso
a vuesamercé las manos!

ASTOL. ¡O[h], mi señor don García,
yo las de vuesamercé!

D. GAR. ¿Triste estás?

ASTOL. Bien es que esté
con mucha melancolía.

D. GAR. ¿Es verdad lo que han contado
de Belisario?

ASTOL. Señor,
aún es el daño mayor
de lo que se ha publicado.

D. GAR. ¿Quién al daño le provoca?

ASTOL. El cielo, el mar, la fortuna.

PADRE. ¿Quédale hacienda?

ASTOL. Ninguna,
y si le queda, es muy poca.
¿Quieren saber lo que pasa,
y la hacienda que le queda?
Que quiere hacer almoneda
de las alhajas de casa,
y los caballos y esclavos
[h]a mandado pregonar.

PADRE. Estos se pueden llamar
golpes de fortuna bravos.

ASTOL. Terribles golpes han sido;
pero sabed que le veo
tan consolado, que creo
que ningún daño ha tenido.

D. GAR. Es hombre que tiene bravos
aceros.

ASTOL. Bravos los tiene
para lo que le conviene.

(*Sale un* PREGONERO *con tres esclavos.*)

PREGON. ¿Quién me compra estos escla-
[vos?
Que ninguno hay rufián,
traidor, borracho o ladrón.

D. GAR. Y ¿son éstos?

PREGON. Estos son.

ASTOL. Pues, hermano, ¿qué te dan
de los tres?

PREGON. Dos mil reales;
no pagan lo que han bebido.

ASTOL. ¿Por dónde los has traído?

PREGON. Por las calles principales
¿Quieren comprarlos, pues van
casi dados?

ASTOL. Pues di (1)
seis mil reales por mí.

PREGON. Seis mil reales me dan
de los tres que tengo al lado;
seis mil reales, seis mil,
seis mil reales.

D. GAR. Gentil
precio da.

PADRE. Y demasiado.

PREGON. ¿Hay a quien le satisfagan?
¿Hay quien vuelva el precio
[atrás?
¿Hay quien puje? ¿Hay quien
[dé más?
Si no, buena pro le hagan.

ASTOL. ¿Son ya míos?

PREGON. Sí, señor.

ASTOL. Pues vamos, porque el dinero
se pague luego.

PADRE. No espero
ver maravilla mayor.

(*Vanse* ASTOLFO, PREGONERO *y esclavos.*)

D. GAR. Sin duda que de su hacienda
se ha debido aprovechar;
quel poderlos él comprar
hace quel otro los venda.

PADRE. Como quien soy certifico
que tanta cólera tomo
de ver pobre al amo, como
de ver al criado rico.

D. GAR. Pues, señor, no os desespere
lo que este criado hace,
que es como un fénix que nace
de otra fénix que muere.
Porques la hacienda maldita

(1) Verso corto.

que pasa por muchas manos
como estado de tiranos
que el uno al otro le quita.

PADRE. ¿Dónde vas?

D. GAR. El almoneda
ver de Belisario quiero,
por comprar con mi dinero
lo que por vender se queda.

PADRE. Vamos los dos como estamos
que yo os quiero acompañar,
y alguna al[h]aja comprar
para casa.

D. GAR. Vamos.

PADRE. Vamos.

(*Salen dos* MERCADERES, *viejos.*)

MER. 1.º ¡O[h], señores!, ¿dónde vais
con tal priesa?

D. GAR. A la posada
del mercader.

MER. 2.º Ya no hay nada
de lo que en ella buscáis.
Ya se acabó el almoneda.

D. GAR. ¿Cómo ha sido?

MER. 2.º No lo sé.

D. GAR. ¿No me diréis cómo fué?

MER. 1.º No habrá quién decirlo pueda.
Sólo he visto que han sacado
mucha riqueza y tesoro:
vajillas de plata y oro,
paños de seda y brocados;
dos carrozas entoldadas
de costosas guarniciones;
diez caballos, seis frisones,
con seis gualdrapas bordadas;
y en un reservado armario
ropas de vestir curiosas,
y otras infinitas cosas
que tenía Belisario.

D. GAR. Y aquesto ¿quién lo compró?

MER. 1.º Astolfo.

D. GAR. Pues ¿de qué modo
lo pudo comprar?

MER. 2.º En todo
de la dita nos sacó.

D. GAR. ¿De qué suerte?

MER. 1.º Daba veinte
por lo que valía tres.

D. GAR. Pues ¿cómo? ¿Tan rico es
que daba tanto?

MER. 2.º La gente
murmuraba como vos.

D. GAR. No vi tal cosa jamás.

MER. 1.º A[h]ora, señor, no haya más
sino encomendarlo a Dios.

MER. 2.º El guarde mi casa.

PADRE. Y él
me conserve en este estado.

D. GAR. Y él me libre de un criado
cuando no sale muy fiel.

(*Vanse, y se da fin a la primera jornada.*)

JORNADA SEGUNDA

(*Sale* BELISARIO, *solo.*)

BELIS. Ya con industria he llegado
al extremo de pobreza
que porque tiene firmeza
se puede llamar estado;
ya el más grande y el más chi-
dice, en pudiéndome ver: [co
"Este es aquel mercader
que fué de España el más rico."
Ya mi criado alcanzó,
por su lealtad y nobleza,
el crédito y la riqueza
que tuve en un tiempo yo;
y así, me conviene agora,
por dar fin a todos hechos,
probar los dudosos pechos
de Labinia y de Lidora,
y volverme, si es posible,
a mi estado natural;
porque la pobreza es tal,
que aun burlando es insufrible.
De hablarlas tengo deseo,
el cual podrá ser cumplido,
porque las dos han salido
a ganar el jubileo.
Quiero aguardarlas aquí,
que por aquí han de pasar,

y en pasando, tropezar
en mi firmeza y en mí;
porque yo tengo esperanza
que si su gran gentileza
tropieza en mi gran firmeza,
caerá en su gran mudanza;
aunque, según la tormenta
de la mudanza en que están,
yo imagino que caerán
en todo, sino en la cuenta.

(*Salen* LOAISA *y* LIDORA.)

LOAISA. Poco vuesa merced sabe
de mi talle peregrino.
LIDORA. Sólo sé que de continuo
vais a orza como nave.
BELIS. Lidora viene primera.
LOAISA. Voy en aquesta jornada
como nave trastornada
de remolcar la galera.
LIDORA. Para nave sois muy ruin.
LOAISA. Seré barca de Carón.
BELIS. Yo quiero de la ocasión
coger la dorada crin.
Con mucha vergüenza vengo,
señora, a ver tu hermosura,
por la falta de ventura
y de riqueza que tengo;
que la que tuve algun día,
y el cielo agora me esconde,
eran los ojos por donde
ver tu hermosura solía;
y aunque es tal mi perdición,
has de saber que me queda
dentro del pecho moneda
batida en el corazón.
Desta es razón que te agrades,
aunque es poco suficiente;
ques moneda solamente
para comprar voluntades;
y así, pues me la negaste,
no es moneda para ti.
LIDORA. ¿Qué flaqueza viste en mí,
Belisario, que me hablaste?
Pues estás falto de bienes,
¿con qué valor te atreviste?
¿Es con el que antes tuviste
o con el que agora tienes?
Si es con el valor pasado,
me has corrido solamente;
pero si es con el presente,
me has corrido y afrentado.
¿Tú eres hombre para hablar-
con tal término y denuedo, [me
y para no tener miedo
de correrme y afrentarme?
¿Quieres ver que no eres hom-
[bre,
pues el ser tuyo has perdido,
y que de aquello que has sido
no te queda sino el nombre?
Haz luego un alarde aquí
de tu pérdida notoria,
toma cuenta a tu memoria,
pide a ti mismo por ti.
verás que no eres aquel
a quien di mi corazón,
y que yo tengo razón
de ser esquiva y cruel.
Deja ya de servir dama
y en servir amo te emplea,
pues no será cosa fea
que sirva un amo quien ama;
que no hay en el pueblo quien
no te quiera acomodar.
LOAISA. No tiene qué replicar,
que Lidora dice bien.

(*Vanse.*)

BELIS. Nunca imaginé de ti,
ocasión de mis enojos,
que, tras sacarme los ojos,
hicieras burla de mí,
viendo, ingrata, que padezco
por ti la pena en que estoy;
pero yo el ingrato soy,
pues tal bien no lo agradezco;
que haberme desengañado
de que no me tiene amor
es la ventura mayor
que pude haber alcanzado.
Ya estoy sin necesidad

de hacer prevención al daño;
que, pues llega el desengaño,
cerca está la libertad.

(*Salen* LABINIA *y* CABRERA.)

LABIN. ¿Es muy lejos?
CABRER. No, señora.
BELIS. Ya viene Labinia bella;
quiero ver lo que hay en ella.
LABIN. Poca gente viene agora
a ganar el jubileo.
CABRER. Señora, es temprano.
BELIS. Y tarde
para quien se abrasa y arde
en las llamas de un deseo.
LABIN. Que no te acerques te pido;
basta, Belisario, verme.
BELIS. ¿Que pudiste conocerme?
No debo estar muy perdido.
LABIN. Sí; quel sol se ha descubierto
de tu valor sublimado,
aunque está con el ñublado
de la pobreza cubierto.
Pero dime, así te goces:
¿en qué puedo complacerte?
BELIS. En que dejes conocerte,
señora, pues me conoces;
aquesta mercé te pido,
si en algo quieres valerme.
LABIN. Quisiera no conocerme
por no haberte conocido.
¿Tú eres, Belisario, el hombre
que si alguno encareciera
un hombre rico, sirviera
de comparación tu nombre?
¿Tú eres el noble, el honrado,
el respetado, el querido?
¿Qué fortuna ta ha vencido?
¿Qué cielo te ha castigado?
¿Dó está la grandeza, di,
de tu riqueza infinita?
Mas si el cielo te la quita,
es por quitármela a mí,
pues quiere que cada día
tu hacienda se destruya,
pensando que, por ser tuya,
viniera luego a ser mía;
y pues la ocasión he sido
de tu daño y desconcierto,
ten, Belisario, por cierto
que por mí quedas perdido.
Quiero, pues, llorando aquí,
perder el nombre de cuerda,
y no es mucho que le pierda
por quien se pierde por ti.
BELIS. Espera, aguarda, detente,
no me muestres tanto amor,
que del río del favor
me anegará la corriente.
Por templarme este placer
di que te burlaste agora;
mas no lo digas, señora,
que será echarme a perder;
dame agora con presteza
muerte, Labinia, el favor,
ques un cuchillo de amor,
afilado en tu belleza.
No me dé vida el engaño,
ques penitencia importuna.
LABIN. ¡Oh, quién fuera la fortuna
para remediar tu daño!
BELIS. ¿Qué hubieras hecho?
LABIN. Volviera
la rueda que te ha postrado,
y al lugar más sublimado
te levantara y subiera;
pero dime una verdad,
por mi vida.
BELIS. No podré
mentir con eso.
LABIN. ¿De qué
tiene más necesidad?
¿Es de comer o vestir?
BELIS. Deso, señora, te olvida.
LABIN. Pues has jurado mi vida,
la verdad me has de decir.
BELIS. Por lo que juro, señora,
ques lo que yo quiero más,
que no me he visto jamás
tan próspero como agora;
¿Qué quieres?
LABIN. Que por mi amor

aquesta cadena tomes;
porque si vistes y comes,
comas y vistas mejor;
tómala, y no te suspendas,
Belisario, desa suerte;
tómala luego y advierte
que no quiero que la vendas:
que como mi gran querer
me ha hecho tan invidiosa,
tengo invidia a cualquier cosa
que por ti se ha de vender;
mas será grande alegría,
que pues no hay valor en mí
para venderme por ti,
que se venda cosa mia.
Tómala, no tengas miedo.

BELIS. ¿Por qué, Labinia, me pones
en tantas obligaciones?
¿Piensas que pagarlas puedo?
Que esta cadena de amor,
que por ti beso y adoro,
vale infinito, si el oro
no le quitase el valor;
pues ya que la he recebido,
dentro del alma he quedado
con la cadena obligado
y con el oro corrido.
Pero ¿qués esto, qué antojos
me divierten la memoria?
¿Cómo no miro esta gloria
con lágrimas en los ojos?
Cielos de estrellas sembrados,
y poblados de alegría,
como la ventura mía,
movidos y trastornados;
inconstantes elementos,
ya mansos, ya embravecidos,
que todos sois parecidos
en todo a mis pensamientos;
claras, apacibles fuentes,
frescos, cristalinos ríos,
que os crecen los ojos míos
mil veces con sus corrientes;
árboles que dais tributos
a los toscos labradores,
ya con [h]ojas, ya con flores,
ya con sombras, ya con frutos;
montes que habéis hecho gue-
una vez al firmamento; [rra
aves que vais por el viento,
fieras que pisáis la tierra;
frescos jardines y huertas,
do amor se está recreando;
casas que me estáis mirando
por las ventanas y puertas;
calles que puedo pisaros,
a pesar de mi tormento;
piedras que ya de contento
he de venir a tiraros;
sed desta verdad expresa
testigos de aquí adelante,
que hay una mujer constante
y un hombre que lo confiesa.

CABRER. ¡Oh, qué buen sermón ha he-
el padre predicador! [cho

LABIN. Ha sido sermón de amor,
y ha enternecido mi pecho.

CABRER. Señora, escucha.

LABIN. Ya escucho.

CABRER. ¿Por qué hablas con un loco?
Que con él se gana poco.

LABIN. Mas sin él se pierde mucho.

CABRER. No trates nuestro honor mal,
que lo diré a mi señor.

LABIN. ¿También es tuyo mi honor?
¿Qué dices, fiero animal?
¿Eres tú mi padre?

CABRER. Calle,
y ponga a su lengua tasa,
que su padre es padre en casa
y yo soy padre en la calle.

LABIN. Belisario, voyme; adiós,
que este viejo me fatiga,
y temo no se lo diga
a quien me aparte de vos;
y sin esto, vendrá gente,
ques muy público lugar.

(Vase.)

BELIS. ¡Que nunca amor me ha de dar
favor sin inconviniente.
Pero es negocio sabido

que el mal se queda de asiento,
y el mayor contentamiento
no es llegado, que es ido.
Y porque no se me huya
este que el amor me ha dado,
quiero hacer que mi criado
la hacienda me restituya
por poder casarme agora
con aquella en quien hallé
toda la firmeza y fe
que le ha faltado a Lidora;
que aunque hacienda no le sobre, [claro se deja entender
que no es pobre la mujer
que me quiso estando pobre.

(*Vase.*)

(*Sale* ASTOLFO *y* LOAISA.)

ASTOL. Y ¿qué más dice?
LOAISA. Que estás descuidado de su amor.
ASTOL. Y ¿qué más?
LOAISA. Que por qué vas a visitarla, señor, pocas veces.
ASTOL. Y ¿qué más?
LOAISA. ¡O[h], qué amante tan pesado! [*Aparte.*]
La paciencia se me apoca.
ASTOL. ¡Que sea Lidora tan loca, [*Ap.*]
que por verme en tal estado
a servirla me provoca!
Poca fe, poca firmeza
siempre en las mujeres vi;
pero la naturaleza
las crió pobres, y ansí
se mueren por la riqueza.
Y pues fundan su afición
todas en el interés,
desdichado es el varón
que deja de ser quien es
por saber quién ellas son.

(*Sale un* PAJE.)

Por Belisario lo digo,
que lo procura.

PAJE. Aquí fuera, señor, Belisario espera.
ASTOL. ¿Qué pretende?
PAJE. Hablar contigo.
ASTOL. Dile que entre; no quisiera que me viera hablar aquí con el escudero agora, porque no piense de mí que por servir a Lidora el respeto le perdí.—
¿Loaisa?
LOAISA. Señor.
ASTOL. Conviene que estés en lugar secreto, porque Belisario viene.
LOAISA. ¿Por qué le tienes respeto?
ASTOL. Por el amor que me tiene.
LOAISA. Pues aquí me quiero estar.
ASTOL. Sin duda debe querer [*Ap.*]
dineros para gastar,
que yo se los suelo dar
cuando los ha menester.

(*Escóndese* LOAISA *y sale* BELISARIO.)

¡O[h], señor!
BELIS. Aunque en pobreza, sabrás que a pagar me atrevo lo que debo a tu nobleza.
ASTOL. Yo te debo mi riqueza.
BELIS. Yo mi pobreza te debo.
ASTOL. Mi deuda es bien que se enques de mayor calidad. [tienda
BELIS. Por acabar la contienda, confieso quen voluntad me debes toda tu hacienda.
¿Quieres más?
ASTOL. Digo que sí; mas la plática dejemos y a lo que veniste di.
BELIS. Haz como solos quedemos.
ASTOL. Sálganse todos de aquí.

(*Vanse los criados.*)

BELIS. Ya he probado, amigo, quién me tiene amor verdadero; ya lo he probado tan bien,

que de las dos que yo quiero
sé la que me quiere bien.
Quiero, pues, porque concluya
esta suerte milagrosa,
que aquí se me restituya
la hacienda.

ASTOL. Ninguna cosa
tengo, Belisario, tuya.

BELIS. ¿Búrlaste?

ASTOL. De veras digo
ques quimera o fantasía.

BELIS. Bien merece este castigo,
villano, el que se confía
de un falso y fingido amigo.
¿Amigo, dije? Traidor
mejor te hubiera llamado,
falso y fingido criado;
y si criado, el peor
que hay en todo lo criado.
¿Por qué, dime, quebrantaste
la lealtad por tantos modos,
y agora, traidor, negaste
lo que aquí delante todos
tus criados confesaste?
Mas como infame, consientes
que sean tus fraudes y dolos
de los demás diferentes:
confiesas delante gentes,
y niegas estando solos.

ASTOL. Paso, no te escandalices,
templa el enojo y la ira
y lo que dijiste mira.

BELIS. Bien veo por qué lo dices,
mas sé que dices mentira;
porque no hay ninguno aquí
que pueda dar testimonio
de lo que yo te pedí,
si ya no tienes en ti
revestido algún demonio;
pero luego morirás
si en este punto, traidor,
lo ques mío no me das.

ASTOL. ¡[H]ola, criados!

(*Salen dos* CRIADOS.)

CRIAD. Señor.

ASTOL. Prendelde.

BELIS. Volveos atrás.

ASTOL. Prendelde y atalde ahí.

BELIS. Mancebo honrado, decí:
¿será justicia y razón
que, siendo vos el ladrón,
vengan a prenderme a mí
como si lo hubiera sido?

ASTOL. ¿Posible es que tal escucho?
Prended al loco atrevido.

BELIS. No os lleguéis, que puede mucho
un hombre honrado ofendido.
Y aunque tan postrado esté
que a todo podáis rendirme,
las prisiones romperé;
que no hay cosa que esté firme
cuando se rompe una fe.

ASTOL. Pues se va, nadie le impida
el huír.

BELIS. Villano, advierte;
no imagines que esta huída
es a restaurar mi vida,
sino a procurar tu muerte.

ASTOL. Vete, que después verás
que estás ciego.

BELIS. Yo estoy ciego
de verte cuán sordo estás.

(*Vase.*)

ASTOL. Cerralde esa puerta luego,
porque no vuelva aquí más.
Muy grande culpa merezco,
pues a un hombre tan honrado
tantos disgustos le ofrezco;
mas tiéneme disculpado
ver que en todo le obedezco;
porque él dijo que quería
que su hacienda le tuviese;
y si acaso la pedía
de manera que lo oyese
alguien por alguna vía,
que negársela pudiese (1);
y pues Loaisa lo oyó,
perdóneme Belisario.

(1) Estrofa de seis versos.

(*Sale* LOAISA.)

LOAISA. Sin duda Dios me libró
de un hombre tan temerario;
loco parece.
ASTOL. Pues ¿no?
LOAISA. Creo que me hubiera muerto
si en este lugar me hallara.
ASTOL. Mas antes tengo por cierto
que, si él os viera, dejara
de hacer tan gran desconcierto;
que estando solo conmigo
le da la melancolía,
y en teniendo compañía
no le da en un año.
LOAISA. Digo
ques loco, por vida mía.
ASTOL. Dejémosle estar agora,
y escuchad, que es menester
con brevedad responder
al recaudo de Lidora,
ques hermosa y es mujer.
Decilde...
LOAISA. Yo me despido
de llevarle este recado (1).
ASTL. ¿El suyo no habéis traído?
LOAISA. Confieso habérosle dado,
pero estoy arrepentido;
que por ella ni por vos
el cielo quiero perder.
ASTOL. ¿Cómo no?
LOAISA. Líbreme Dios;
no quiero más padecer
por ninguno de los dos,
y que entrambos os holguéis.
ASTOL. Por mercé, Loaisa, os pido
que este recaudo llevéis.
LOAISA. ¿Yo recaudo? Aunque me deis
recaudo para un vestido,
y una colmada garrafa,
cada día, de buen vino.
ASTOL. Granjealle determino. (*Ap.*)
ya quel bellaco me estafa,
siendo humano, a lo divino.
Ahora bien, dadme licencia,
que quiero con interés
allanar la competencia.
LOAISA. Mira que han dicho que es
caso de mala conciencia.
ASTOL. No imaginéis que del cielo,
con esto que os doy, os privo.
LOAISA. Atelo en este pañuelo;
que en verdad que lo recibo
con escrúpulo y recelo.
Que en verdad si lo he toma-
sólo ha sido para dar [do
limosna por el pecado
que podía resultar
de llevar este recado.
ASTOL. Dejemos ya, por mi amor,
hipocresías aparte,
y hablemos claro.
LOAISA. O[h], señor,
las manos quiero besarte
porque entendiste la flor,
y contino serviré,
y con nombre de alcahuete
los recados llevaré.
ASTOL. Vamos, que yo escribiré
para Lidora un billete.

(*Vanse.*)

(*Sale* LABINIA.)

LABIN. Desdichado fué aquel día
en que me parió mi madre,
pues determina mi padre
casarme con don García.
Y lo determina hacer
sin consentimiento mío;
como si el libre albedrío
forzado pudiera ser.
Mas lo que puede acabarme,
y acabarme la paciencia,
es ver que pide licencia
don García para hablarme,
y mi padre se la ha dado,
como si fuera mi esposo.

(*Sale* DON GARCÍA.)

D. GAR. Ya que no soy venturoso,

(1) En el texto *recaudo*. Véanse las *Observaciones preliminares*.

yo quiero ser porfiado.

LABIN. Porque, señor, no tuvieras
buena ni mala fortuna,
mejor fuera que ninguna
de aquesas dos cosas fueras.

D. GAR. Siempre, ingrata, permaneces
en la dureza en que estás;
siempre tristeza me das,
siempre tormento me ofreces;
jamás pones el querer
que en otro tienes, en mí;
jamás puede haber en ti
mudanza, siendo mujer;
que, como por tales modos
toma amor de mí venganza,
vengo a desear mudanza,
que es lo que aborrecen todos;
que en el mundo miserable
todos suelen perecer
por ver firme una mujer,
y yo por verla mudable.

(*Sale* BELISARIO.)

BELIS. Ya como nave me arrojo
a mi puerto deseado,
pues la tormenta ha pasado
de aquel repentino enojo;
y aunque desdichado soy,
en esto dichoso he sido,
pues sin ser visto, he podido
meterme aquí donde estoy.

D. GAR. ¿Cuándo, dime, ingrata, cuándo de tuyo me darás nombre? [do

BELIS. ¿No es don García aquel hombre questá con Labinia hablando?

D. GAR. Mas tú siempre al mercader
debes querer y adorar.

BELIS. Quiérome un poco acercar
porque los pueda entender,
aunque es perder el decoro
a su nobleza y la mía.

LABIN. Digo, señor don García,
que le quiero y que le adoro,
y que la debida palma
tiene de mi corazón,
junto con la posesión
de la libertad del alma.
¿Qué más quieres?

BELIS. ¿Qués aquesto? [*Ap.*]
Mi esperanza se ha perdido.

D. GAR. Dichoso el que ha merecido
verse en tanta gloria puesto.

BELIS. Dichoso, y en mi presencia;
[*Aparte.*]
no hay pena que no me cuadre.

D. GAR. Yo quiero hablar con tu padre,
señora, con tu licencia.

LABIN. Ninguno hay que te lo impi- [da;
muy bien puedes.

D. GAR. Quiero hacer
que me la dé por mujer
aunque me cueste la vida,
por vengarme solamente
del agravio que me ha hecho.

(*Vase.*)

BELIS. ¡Ay de mí, que dentro el pecho
se me esparce un fuego ardiente!

LABIN. Voces siento por aquí.

BELIS. ¡Gran fuerza tiene un dolor!

LABIN. ¡O[h], Belisario! ¡O[h], señor!
¿Ha mucho que estás aquí?
Dime, ¿por qué puerta entras- [te?
Respóndeme, no estés triste.

BELIS. Por la puerta que me abriste,
que fué la que me cerraste.

LABIN. Grandes milagros encierra
eso.

BELIS. Digo ques verdad;
ques puerta de voluntad
que se abre y que se cierra.
Por ella diste lugar,
Labinia, a mi pensamiento,
que preñado de contento
no pudo por ella entrar.
Caballo de Troya hiciste
de un pensamiento seguro,
y para que entrase, el muro
de tu vergüenza rompiste;
porque en medio de la calle
perdiste casi el decoro,

cuando esta cadena de oro
me ofreciste, para entralle.
El con triunfos y despojos
entró donde tú quisistes;
y tú al momento me distes
con la puerta por los ojos;
la cual, haciendo su oficio,
tus mudanzas manifiesta.

LABIN. Sepamos qué puerta es ésta,
que tanto salió de quicio;
que aquí ninguna se abrió,
ni ninguna se ha cerrado.

BELIS. Ya que tú te has declarado,
quiero declararme yo.
¿Dónde se sufre que estés
hablando con don García,
y que en la presencia mía
la fe y palabra le des
de dalle la posesión
de la libertad del alma,
después que la injusta palma
le diste del corazón?
¿Es posible que hay en ti
tan gran falta de memoria,
que le prometas la gloria
que me prometiste a mí?
Bien es verdad que tus artes
son, Labinia, tan extrañas,
que pienso que alguno engañas
o que entre los dos la partes.
Pero no permita Dios
que una gloria tan sabida
como aquesta, se divida
ni se parta entre los dos.
Entrégala a don García,
y más si no tiene harta;
que no querer que se parta
querrás conocer ques mía.

LABIN. ¿Escuchaste lo que hablamos,
Belisario?

BELIS. A Dios pluguiera
que escuchado no lo hubiera.

LABIN. Pues lo escuchaste, sepamos
qué ofensa pude haber hecho,
pues en la conversación
te entregué la posesión
segunda vez de mi pecho.
Por eso no formes quejas;
que la razón que has oído
debió mudar de sentido
cuando entró por tus orejas.
Mejor es mudar de intentos,
pues mudanza en mí no viste,
y de las quejas que hiciste
hacer agradecimientos;
porque en quererte y amarte
ninguna me deja atrás.

BELIS. Baste, Labinia, no más,
excusado es excusarte.
¿Piensas que soy bobo? ¿Piensas
que podrá tener lugar
las excusas para entrar
donde entraron las ofensas?
Que las ofensas presentes,
cuando al alma caminaron,
todo el camino ocuparon
con montes de inconvenientes.
Por eso, en vano me das
las excusas que me diste,
pues un bien darme quisiste
por quitármele no más;
y ansí tu mano atrevida
gloria y vida quiso darme:
gloria para atormentarme,
y para matarme, vida.
¿Acuérdaste, ingrata, cuando
te decía mis enojos,
y tú, la boca en los ojos,
me respondías llorando?
¿Por qué, dime, al parecer,
con llanto me respondías?
¿Llorabas el bien que hacías,
o el que habías de hacer?
Y al darme aquesta cadena,
para comer, de oro fino,
¿no fué también desatino,
pues de hierro fuera buena?
¡Qué digo!, fuera mejor,
porque yo me la comiera,
y tus yerros deshiciera,
como avestruz del amor.
Mas porque el mundo no en-

que llego a término ya
que uno la muerte me da
y otro me quita la hacienda,
yo quiero valerme al punto
de una desesperación
para quedar, por ladrón,
muerto y afrentado junto,
y dar fin a mis pasiones
por los más infames modos.
Acudan, acudan todos,
que en esta casa hay ladrones.
Acudan todos aquí,
que, sin que nadie lo entienda,
se llevan toda la hacienda.

LABIN. ¡Ay desdichada de mí!
¿No ves, Belisario amado,
que todos acudirán
y conmigo te hallarán?

BELIS. Pues estoy tan apartado,
ingrata del alma tuya,
¿qué importa que esté contigo?

LABIN. Mi honor dice lo que digo,
porque nadie le destruya;
mas ya remedio no tiene,
que en toda la casa siento
gran ruído, y como el viento
mi padre alterado viene.
¡Ay, triste de mí! ¿Qué haré?

BELIS. ¿Ya viene tu padre?

LABIN. Sí.

BELIS. Pues fía, Labinia, en mí,
que yo lo remediaré.

(*Sale el* PADRE *de* LABINIA.)

PADRE. ¿Dó está el ladrón? Mas ¿qué es esto
que veo?

BELIS. ¿De qué te alteras?
Que aquí le hallaras, si hubieras,
señor, venido más presto.

PADRE. ¿Qué hacéis en mi casa?

BELIS. Fué
la principal ocasión
ver en tu casa un ladrón
cuando por ella pasé.

PADRE. Contadme, pues, de qué modo
pasó el negocio.

BELIS. ¡Ay de mí!
Que pues pasé por aquí,
pudiera pasar por todo,
sin que diera alteración
a quien deseo servir.

PADRE. Dejaos deso.

BELIS. Pues decir
quiero el cuento del ladrón.
Y fué que como pasé
por aquesta calle y vi
entrar un ladrón aquí,
seguirle determiné,
pues con tan linda presencia
entraba el desvergonzado,
como si le hubieras dado
para que entrase licencia.
Labinia fué la primera
con quien encontró el ladrón,
y roballe el corazón
determinó, si pudiera;
porque al mayor interés
fué contino encaminado;
que, aunque es ladrón, es hon-
y roba como quien es. [rado,
Pidióle que le entragase
todo su tesoro entero,
y ella se le dió primero
que el ladrón se le tomase;
y ansí, viendo su hidalguía,
ninguna cosa le hurtaba,
porque ella misma le daba
más de lo que le pedía.
Yo, viendo tu perdición,
y tu gente descuidada,
metiendo mano a la espada
quise prender al ladrón.
El, por miedo de la pena,
con gran ligereza huyó,
y de aquello que tomó
se le cayó esta cadena.
Tómala, señor, y mira
si es tuya.

PADRE. Tienes razón.

LABIN. ¡Qué milagrosa invención! [*Ap.*]
¡Qué provechosa mentira!

PADRE. Hija mía, no estés triste;

baste tu tormento, baste,
y huélgate, pues cobraste,
parte de lo que perdiste;
que tanta pena es sobrada.

LABIN. Por mi vida, no he tenido
pesar de lo que he perdido,
porque, bien mirado, es nada.

BELIS. Según es su pecho honrado,
pienso que no tiene pena
porque perdió la cadena,
sino porque la ha cobrado.
Mal conoces su buen pecho.

LABIN. De ti he debido aprender.

PADRE. Yo quiero reconocer
la merced que me habéis hecho;
y así, Belisario, digo
que pues quiso el cielo eterno
dejar de haceros mi yerno,
que quiero haceros mi amigo;
y pues lo sois verdadero,
suplícoos me perdonéis,
y para guantes toméis
aqueste poco dinero.
Que lo toméis os suplico;
que aunque la pobreza os sobre,
no os lo doy porque sois pobre,
sino porque fuistes rico.

BELIS. De aquesto, señor, te olvida;
porque sabrás que me veo
sin bienes y sin deseos
de tenerlos en mi vida;
que no es pobre el que a la clara
se olvida de la riqueza.

PADRE. ¿No queréis esta pobreza?

BELIS. Si lo fuera, la tomara.

PADRE. Perdonad mi atrevimiento,
y tras que me perdonéis,
holgaré que nos dejéis
aquí solos un momento.

BELIS. Dadme licencia, señor,
para irme deste lugar.—
Aquí me quiero quedar [*Ap.*]
para escuchallos mejor.

PADRE. Pues os doy el corazón,
no tengo que daros más.

LABIN. Belisario, ¿ansi te vas,
sin darme alguna razón?
¿Por dicha no merecí
ser agradecida yo
con aquel que me libró
del ladrón que estaba aquí?

BELIS. Alguna cosa el ladrón
lleva de las que tenéis,
que apartar no le podéis
de vuestra imaginación.
Pues creed, Labinia hermosa,
que jamás he de poder
reposar hasta saber
si se os lleva alguna cosa.

(*Escóndese.*)

PADRE. La hidalguía y la nobleza
que en este hombre he descubierto,
gallardamente, por cierto,
campean en la pobreza.
En ella parecen bien
los relieves de valor,
porque es campo del color,
y de batalla también;
pero dejémosle agora,
y tratemos, hija mía,
de una súbita alegría
que tu corazón ignora.

LABIN. Dila, pues.

PADRE. Antes que nada
comencemos a tratar,
te quiero, Labinia, dar
el parabién de casada.

LABIN. ¿Yo casada?

PADRE. Sí.

LABIN. ¿Con quién?

PADRE Con don García.

LABIN. Pues di:
¿cómo, sin pedirme el sí,
me das ese parabién?
Que si el casamiento estriba
en el sí que me demandas,
diciendo no, ¿cómo mandas
que ese parabién reciba?

PADRE. Cuando acaso don García
de tan ruín casta fuera

que una gota no tuviera
de la hidalga sangre mía;
cuando fuera tan hambriento,
que sólo tuviera el don,
y como el camaleón
se sustentara del viento;
cuando fuera tan avaro
en el comer y vestir,
que se dejara morir
porque el vivir cuesta caro;
cuando fuera un cocodrilo,
de cuyo talle se cuenta
que los hombres amedrenta
en las riberas del Nilo,
habías de dar el sí
con gran gusto y alegría,
y esto no por don García,
ingrata, sino por mí.

LABIN. Como soy hecha al revés,
el sí que me pide diera
cuando don García fuera
lo que dices que no es;
porque todas las mujeres
son en esto como yo.

PADRE. ¿Al fin no le quieres?

LABIN. No.

PADRE. Pues dices que no le quieres,
la ocasión quiero saber.

LABIN. Ninguno a saberlo viene;
porque el no querer no tiene
ocasión, como el querer.
No le quiero, y no sé más.

PADRE. ¡O[h] mal nacida! ¡O[h] trai-
¿Eso me dices agora? [dora!
¿Esa respuesta me das?
Pero no quiero enojarte;
repórtate y vuelve en ti,
y considera que di
la palabra de tu parte.
No me pongas en afrenta,
que será dar que decir.

LABIN. Mil veces quiero morir
primero que lo consienta.

PADRE. Pues dejas, a lo que intento,
ingrata, desconocida,
que mi palabra o tu vida
se han de cumplir al momento;
aunque tengo para mí,
según tu prudencia es poca,
que rendirás por la boca
primero el alma que el sí;
y pues estás obstinada
en hacerme a mí despecho,
quiero traspasarte el pecho
con la punta de mi espada;
en la cual fuera razón
que don García estuviera,
porque por ella pudiera
entrar en tu corazón,
ya que el cielo le concede
que entrar pueda, a tu pesar,
por la herida, pues entrar
por las orejas no puede.
Cierra, cierra aquesos ojos,
pues tu boca se cerró;
que entre Dios, la tierra y yo
partiremos los despojos:
Dios, el alma, que la cría
de nada en un solo punto;
la tierra, el cuerpo difunto,
y yo, la sagre, ques mía.—
Quiero ver si desta suerte
[*Aparte.*]
me da el sí que me ha negado.

LABIN. Bien conozco, padre amado,
que yo merezco la muerte,
pues siendo flaca mujer,
entiendo que no viniera
a pasarla si pudiera
dejarla de merecer.
Tú dices que he de casarme,
o que he morir aquí:
todo es uno para mí,
pedir que muera o matarme.
Y pues el tuyo es castigo
y el otro será combate,
mejor será que me mate
mi padre que mi enemigo;
que tú las dos almas juntas
pasarás con un dolor,
porque tu espada, señor,
la imagino con dos puntas:

la una mira, por mi mal,
a este pecho que destruyo,
y la otra el pecho tuyo,
al del pelícano igual.
Y aunque me des fuerte heri-
la tuya será tan fuerte, [da,
que me pesa de mi muerte
por lo ques fin de tu vida;
y aunque tengo este pesar,
la muerte quiero sufrir,
que bien puedo yo morir,
pues tú me puedes matar.

PADRE. ¡Vive Dios, que me ha vencido
[*Aparte.*]
queriéndola yo vencer,
y que ha debido saber
que era el negocio fingido!
Yo quiero hacer al momento
que las parientas que tiene
le digan que le conviene
hacer este casamiento.
Quizá por este camino
negociaremos mejor.

(*Vase.*)

LABIN. ¡Válame Dios, qué dolor
a la cabeza le vino!
¿Si se fué por don García
para contalle esta historia?

(*Sale* BELISARIO.)

BELIS. ¡O[h], mi Labinia! ¡O[h], mi
mi esperanza! [gloria,

LABIN. ¡Mi alegría!
¡Pilar de mi fe!

BELIS. ¡Coluna
hecha de amorosa piedra!

LABIN. ¡Fuerte muro!

BELIS. ¡Verde [h]iedra!

LABIN. ¡Sol hermoso!

BELIS. ¡Blaca luna,
ya he visto el gran resplandor
de tu valor sublimado!

LABIN. Cuando quedara eclipsado
le pudieras ver mejor;
porque la muerte en extremo
ennoblece un pecho fuerte.

BELIS. No me nombres más la muerte,
que por tu ocasión la temo;
que del peligro pasado
he quedado casi muerto.

LABIN. Mucho me huelgo, por cierto,
que nos hayas escuchado;
porque al menos escuchaste
que siempre he sido leal,
y que me tr[ata]ste mal
sin culpa.

BELIS. Labinia, baste;
baste ya, que estoy corrido;
que de mi yerro amoroso,
si puede errar un celoso,
humilde perdón te pido.

LABIN. Quiérome luego esconder
para saber lo que pasa;
tú sálte luego de casa,
porque no te puedan ver;
que en pasando estos ñublados
nos veremos cada día;
vamos luego.

BELIS. No querría
que me viesen tus criados;
mas, para evitar enojos,
ir tú delante procura,
que la luz de tu hermosura
les podrá cerrar los ojos.

(*Vanse, y se da fin a la segunda jornada.*)

JORNADA TERCERA

(*Salen* LOAISA *y* ASTOLFO.)

ASTOL. Di que he venido y que estoy
en este sitio esperando,
Loaisa.

LOAISA. Pues luego voy.

ASTOL. Lidora estará pensando
que lo que parezco soy.
¿Cuál se quedará después,
si por su desdichada sabe
que de Belisario es
la riqueza, y que su nave

con todo ha dado al través.
Yo soy pobre y ella hermosa;
y ansí, será necesario
recibilla por esposa,
cuando no por otra cosa,
por vengar a Belisario;
pues ha sido causadora
de sus desdenes mortales.
Pero ya sale Lidora.

(*Sale* LIDORA.)

LIDORA. ¡O[h], señor Astolfo! ¿Es hora
que piséis estos umbrales?
¿Qués esto que pretendéis
con el [h]ielo que mostráis?
¿Por qué causa no queréis,
Astolfo, pues no me amáis,
decir que me aborrecéis?
Mas no es cosa permitida
que llegue al dichoso estado
de quedar aborrecida,
sin primero haber pasado
por el bien de ser querida.

ASTOL. Por Dios, no tenéis razón
de quejaros de mí agora;
que la mucha ocupación
no me deja hacer, señora,
lo que tengo obligación;
porque es bien que cada día
me desocupe y entienda
en el trato y granjería
desta caudalosa hacienda,
ques tan vuestra como mía.

LIDORA. ¿Vuestra hacienda me entre- ¡Bravo pecho! [gáis?

ASTOL. Aunque no es bravo,
ya haré que la recibáis,
como a su dueño queráis
recebir por vuestro esclavo.

LIDORA. Por esclavo es cosa fea;
pero mi alma venturosa
por su señor os desea.

ASTOL. Pues hagamos una cosa:
ni señor ni esclavo sea.
Vos podéis un medio honroso
de ambos extremos hacer.

LIDORA. ¿Será medio el ser esposo?

ASTOL. Medio extremado ha de ser
para alcanzar mi reposo;
y así digo que al momento
con la mano me dispongo
a dar fin al casamiento.

LIDORA. Y con esta mano pongo
por obra ese pensamiento.

ASTOL. Mi cuerpo se quede en calma,
teniendo esta mano asida;
que si otros tienen el alma
por todo el cuerpo esparcida,
yo tengo el alma en la palma;
y así no es mucho que tenga
esta gloria, que me influye
para que yo me mantenga.

(*Sale* LOAISA.)

LOAISA. Señora, señora, huye
antes que tu padre venga;
mira que te va buscando,
y ha preguntado por ti.

ASTOL. ¿Dó vas, señora?

LIDORA. Volando
quiero partirme de aquí;
después nos veremos.

ASTOL. ¿Cuando?

LIDORA. Cuando tú Astolfo, quisieres.
¿No sabes que soy tu esposa,
y que tú mi esposo eres?

(*Vase.*)

ASTOL. Cierto la mujer hermosa
es honra de las mujeres.
Yo en forma las aborrezco,
mas en viendo esta hermosura
las sublimo y engrandezco,
y tengo por gran ventura
lo que por ellas padezco.

LOAISA. Jamás dirá don García
de Labinia tanto bien.

ASTOL. Como ella siempre porfía
en no quererle, él también
de su afición desconfía.

LOAISA. ¿No sabes que la pidió
estos días por mujer,

y como no le admitió,
el padre della juró
que la vida ha de perder
o con él se ha de casar?
Y como ella se ha dispuesto
a morir, tienen con esto
alborotado el lugar.

ASTOL. En gran confusión me ha puesto
este viejo temerario, (*Ap.*)
porque el pesar considero
de mi dueño Belisario;
pero al fin valelle quiero
por un modo extraordinario.—
Adiós, Loaisa. (*Alto.*)

LOAISA. Señor,
El te guarde y te defienda.
¡O[h] venturoso amador,
que de su querida prenda
goza el regalo y favor!

(*Vase* ASTOLFO *y sale* BELISARIO.)

BELIS. Pues por tener un criado
tan perverso y tan inico...

LOAISA. Este es el loco.

BELIS. ...he quedado
sin hacienda, siendo rico,
y sin honra, siendo honrado,
yo quiero vengarme ya
del pasado fraude y dolo.

LOAISA. Cuerdo parece que está,
porque dicen que le da
la locura estando solo.

BELIS. ¡Cómo le daré al momento
la muerte!

LOAISA. De muerte trata;
bueno está su entendimiento.

BELIS. ¿Loaisa?

LOAISA. El se desbarata,
como suele.

BELIS. Mucho siento
de ver que ya no queráis
por vuestro amigo tenerme.
Mas ¿qué tenéis, que tembláis?
o ¿qué tengo, que de verme
parece que os espantáis?

LOAISA. ¿Puedo hablaros?

BELIS. Bien podéis

LOAISA. Pues primero un pensamiento
quiero que me perdonéis.

BELIS. ¿Qué habéis pensado?

LOAISA. Que habéis
perdido el entendimiento.

BELIS. Loco soy, tenéis razón,
pues de mi riqueza he dado
a otro la posesión;
mas de lo que hayáis pensado
he de saber la ocasión.
Decilda.

LOAISA. Habéis de saber
que una graciosa contienda
con Astolfo os vi tener
sobre pedille la hacienda
que tenía en su poder;
y esta fué locura fina,
sin otras muchas que hicistes.

BELIS. ¿Dó estabais, que lo pudistes
oir?

LOAISA. Tras de una cortina.

BELIS. ¿Y para qué os escondistes?

LOAISA. Porque no fuese entendido
un recaudo de una dama
que entonces había traído.

BELIS. ¿De qué dama?

LOAIS. De mi ama,
de quien Astolfo es querido.

BELIS. Sin duda el cielo me envía
[*Aparte.*]
esta venturosa suerte.
¡O[h] hermano del alma mía!
¿Qué regalo podré hacerte
en pago desta alegría?
Perdón, Astolfo querído,
te pido, y puedes pensar
lo que te hubiera pedido
errando, pues sin errar
humilde perdón te pido.
Mas tú tampoco tuviste
culpa en el mal que causaste;
pues el viejo que escondiste
me escuchó, y ansí pudiste
negar lo que me negaste;
pero a ti, noble escudero,

hacerte las gracias quiero,
pues cobro en esta contienda
una esposa y una hacienda
y un amigo verdadero.
Y para que don García
no alcance lo que procura,
voyme.—Adiós. [*Alto.*]

(*Vase.*)

LOAISA. Por vida mía,
que creo que la locura
le dió agora en alegría.
Muchos son los repentinos
movimientos de los locos;
que los juícios más finos
se pierden por mil caminos
y se cobran por muy pocos;
aunque es grande mal ser ne-
Dios me guarde deste mal. [cio,

(*Vase.*)

(*Salen* LABINIA *y su* PADRE.)

PADRE. Basta, no me digas tal;
no hagas, hija, menosprecio
del consejo paternal.
Muchas personas pudieron,
como tú, hija, engañarse;
mas después en sí volvieron,
que caer sin levantarse
es de aquellos que ca[y]eron.

LABIN. Bien conozco, padre amado,
que las quejas que me abrasan
todas, como yo, las pasan;
unas porque se han casado
y otras porque no se casan,
mas ninguna hay que se vea
en lo que yo he padecido.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Astolfo, señor, se apea
en el zaguán.

PADRE. ¿Has sabido
qué quiere?

PAJE. Hablarte desea.

(*Sale* ASTOLFO.)

PADRE. Entre.

ASTOL. Pues en ello gano,
vuestra mano besaré.

PADRE. Por la mano os ganaré
en lo ques besar la mano.
Dejaos desa cortesía,
y ved si puedo serviros
en algo.

ASTOL. Sólo deciros
una palabra querría.

PADRE. ¿Es secreto?

ASTOL. No, señor.

PADRE. Pues decid a vuestro gusto
lo que pretendéis.

ASTOL. No es justo
que trate de mi valor,
pues veis que vengo de buenos,
aunque en invidia lo he sido,
y que si un tiempo he servido
no por eso valgo menos;
y que mi hacienda es de suerte
abonada en la ciudad,
que su mucha cantidad
en calidad se convierte;
que al fin la persona rica
es hidalga, es noble y grave,
porque la hacienda es jarabe
que la sangre purifica;
y ansí, de mi gran poder
cuenta más larga no doy,
por no decir lo que soy,
sino lo que pienso ser.
Porque, con vuestra licencia,
ser vuestro yerno imagino
y gozar de un bien divino
con dulce correspondencia;
pues si tanto bien recibo
agora del cielo eterno,
el nombre será de yerno
y las obras de cautivo;
porque tanto mis cuidados
puse en querer y adorar
a Labinia, que dotar
la quiero en diez mil ducados.
Y aun más le quiero ofrecer
por sólo darle contento.

PADRE. Tan obligado me siento,

que no acierto a responder.
Y pues no puedo acertar
a decir lo que me toca,
la respuesta por la boca
de Labinia os quiero dar.
Ella os ha de responder
como mujer que está esclava
de su gusto, aunque bastaba
decir que como mujer,
pues con miedo no se ablanda
ni con amor verdadero;
mas quiero hablalla primero
que responda a la demanda.—
Mira la ocasión que tienes,
hija, de tener reposo;
abaja el cuello orgulloso
con el peso de los bienes.
Mira que Astolfo procura,
cual hiedra, asirse a tu cuello,
pues te quiere dar aquello
que a él le dió la ventura.
Mira bien que Astolfo es
más rico que don García;
pero si en esta porfía
no te ablanda el interés,
si no estás con la riqueza
blanda, por mi desventura,
tú misma, que eres tan dura,
ablandarás tu dureza.

LABIN. ¿Yo he de querer el tesoro,
padre que nunca he querido?
¿Yo, que a los ricos olvido?
¿Yo, que la pobreza adoro?
¿Yo que menosprecio ya
de tal suerte la riqueza,
que me agrada la pobreza
por un sujeto en que está?
Un hombre rico me das;
yo quiero tomalle pobre,
y como el valor le sobre,
que le falte lo demás;
y por mi satisfación,
quiero escogelle y tomalle
tan pobre, que pueda dalle
de limosna el corazón.

PADRE. ¿Dónde vas?

LABIN. A responder.

PADRE. ¿De qué manera?

LABIN. Con irme.

ASTOL. ¡O[h], qué corazón tan firme!
¡O[h], qué varonil mujer!

(*Vase* LABINIA.)

PADRE. Grosera, loca, atrevida,
¿dónde vas sin mi licencia?
¿Qués aquesto?

ASTOL. En mi presencia
dejalda, por vuestra vida;
que, si no quiere, no es río,
que atrás no puede volver;
mañana podrá querer,
si hoy no quiere.

PADRE. Yo confío
que con gusto y alegría
vendrá con vos a casarse,
por solamente librarse
del poder de don García,
a quien la palabra he dado
de dársela por mujer,
y por ella no querer
no está el negocio acabado.
Dejadme, señor, con ella;
veréis con qué brevedad
lo negocio.

ASTOL. Procurad
el sí de Labinia bella,
porque viva quien la adora.

PADRE. Seguro podéis estar,
pues lo voy a negociar.

ASTOL. ¿Cuándo la hablaréis?

PADRE. Agora.

(*Vase.*)

ASTOL. Un hecho tan temerario
como aqueste que procuro
es para que esté siguro
el pecho de Belisario,
que está de perder su dama
en grande peligro puesto;
quiero mitigar con esto
su ardiente amorosa llama.
Pero en tanto de Lidora

ver el rostro alegre quiero.

(*Vase.*)

(*Sale* LOAISA.)

LOAISA. ¿No es bueno que el escudero
de Labinia he visto agora
y me ha dicho que ha sabido
que Astolfo se ha de casar
con su dueña, y que a tratar
este negocio ha venido,
y que quiere de su hacienda
dotarla en mucho dinero?
Traidor ha sido; yo quiero
que mi señora lo entienda.

(*Sale* BELISARIO.)

BELIS. Agora que quiero hablar
con Astolfo, no le hallo,
para poderme quejar,
ni para poder buscallo
hallo tampoco lugar.

LOAISA. ¡O[h], señor!, ¿adónde vas?

BELIS. En busca de Astolfo.

LOAISA. En casa
de Labinia le hallarás.

BELIS. ¿Qué ha sucedido?

LOAISA. No más
de que con ella se casa.

BELIS. ¿Con Labinia Astolfo?

LOAISA. Sí.

BELIS. Dime, ¿da el sí ella?

LOAISA. No;
pero sé que él prometió
dotarla.

BELIS. ¡Triste de mí!
Mi ventura se acabó.
Mas di, faraute infernal,
loco, insolente, atrevido,
¿por qué me dijiste tal?
¿Por qué en un punto has traído
nueva de tan grande mal?
Con una nueva pudiste
volver mi contento atrás;
mas della pagado fuiste,
pues con esta que me das
te pago lo que me diste.
Pero en balde formo queja,
pues aunque te maltrate (1),
es mengua de mi quilate,
porque una cosa tan vieja
con una nueva me mate.
Quiero suspender la ira
de saber esta maldad,
porque con riguridad
padezca con la mentira,
como yo con la verdad.

LOAISA. Señor, espérate un poco.

BELIS. Pues despeñarme quisiste
con las desdichas que toco,
voyme a morir.

LOAISA. Como es loco
ya está alegre, ya está triste.
Antes se fué muy contento
y agora muy afligido,
con lo cual queda sabido
ques falto de entendimiento.

(*Sale* LIDORA.)

LIDORA. Seas, Loaisa, bien venido,
porque te buscaba agora
para enviar un recado (2).

LOAISA. ¿A quién?

LIDORA. A mi esposo amado.

LOAISA. Luego ¿no sabes, señora,
que está con otra casado,
o que a lo menos se casa?

LIDORA. ¿Con quién?

LOAISA. Con Labinia.

LIDORA. ¡Ay, triste!
El corazón se me abrasa.
Mas di, ¿cómo lo supiste?

LOAISA. Vengo agora de su casa;
y como allí no le vi,
del uno de los criados
este negocio entendí,
y que en tantos mil ducados
la dota.

LIDORA. ¡¡Triste de mí!

---

(1) Verso corto. ¿Diría: *pues aunque bien te maltrate?*

(2) En el texto: *recaudo.*

Como fué mudable y vario
tan presto me olvidó.

LOAISA. Piensa
que un hecho tan temerario
es castigo de la ofensa
que le hiciste a Belisario;
que los pecados de amor
suele el cielo castigar.

LIDORA. No me ha de faltar valor,
Loaisa, para tomar
venganza deste traidor.
Porque querrá el cielo santo
ayudarme, si lo emprendo;
mas de mí mesma me espanto
cómo en fuego no me enciendo
o no me des[h]ago en llanto.

(*Sale* ASTOLFO.)

ASTOL. Visitarla me conviene
muy a menudo.

LOAISA. Señora,
ya viene Astolfo.

LIDORA. Pues viene,
razón es decirle agora
la poca razón que tiene.

ASTOL. Aquí la tengo presente,
y no con mucha alegría;
¿si por dicha se arrepiente?—
¿Qué es esto, señora mía?
Vuelve a mí tu hermosa frente.
Mi bien, mi vida, mi gloria,
¿A quién, falto de gobierno,
faltó tu alegre memoria?

LIDORA. Mi mal, mi muerte, mi infierno,
tú mismo sabes la historia;
tú mismo, que te has casado
o casarte has pretendido.

ASTOL. ¿Quién la nueva te ha traído?

LIDORA. Un corazón que ha volado
con las alas de tu olvido.
Ingrato, cruel, tirano,
¿por qué me dejas en calma?
¡Tú, que eres hombre tan llano,
que cuando entregas la mano
tienes el alma en la palma;
tú, que con grande alegría
me llamaste dulce prenda;
tú, que entiendes cada día
en acrecentar tu hacienda,
dándole nombre de mía;
tú, que me entregaste aquella
palabra, que por guardalla
la diste a Labinia bella,
no imaginando que el dalla
segunda vez es rompella;
no pienses que, aunque la vas
doblando, la fortaleces;
que la palabra que das,
cuando está con más dobleces
entonces se rompe más.

ASTOL. Sabrás, señora, que intento
este negocio de talle,
que no tengo pensamiento
de concertar casamiento,
sino de desconcertalle;
que no te viniera a ver
si imaginara tomar
a Labinia por mujer.

LIDORA. Debes, Astolfo, querer
acabarme de engañar,
aunque en vano imaginaste,
ingrato, engañarme ya,
porque lo que en mí dejaste
de engañar, se vengará
de lo demás que engañaste.
Sólo un bien he de tener:
que, mientras Dios me dé vida,
Labinia bien podrá ser
la amada y la querida,
mas yo seré la mujer;
porque, a pesar de tu olvido
y de tu pecho cruel,
pues yo la primera he sido,
seré viuda con marido,
y ella casada sin él.
Pero ¿qué buscas, traidor?
¿A qué veniste, homicida
de mi gusto y de mi honor?
¿Quieres quitarme la vida
para casarte mejor?
Si esto quieres, por quererte,
desnuda luego se ofrezca

de piedad tu espada fuerte,
porque en esto te parezca
lo que me ha de dar la muerte.

ASTOL. Que de otra suerte he venido;
que dijera la verdad,
si no...

LIDORA. No hay necesidad
de que en esto, fementido,
finjas alguna maldad.
No quiero darte ocasión
que mientas en mi presencia,
en mengua de mi afición.

LOAISA. Lidora tiene razón;
bien puede tener paciencia.

ASTOL. Por Dios, ques gracioso cuento
ver cuán afligida queda
sobre aqueste casamiento,
y ver que yo no le pueda
declarar mi pensamiento;
porque, en efeto, es mujer
que en fuego de amor se arde;
pero bien puedo tener
pac[i]encia, pues aunque tarde,
la verdad se ha de saber;
y ansí, es razón al momento
saber en qué punto está
de Labinia el casamiento.

(*Vase.*)

(*Sale* LABINIA *y su* PADRE.)

PADRE. No es tiempo, enemiga, ya
de más entretenimiento,
donde tal es menester
determinar y pensar
de quién quieres ser mujer;
porque esposo has de tomar,
o la vida has de perder.
Quédate sola, que luego
volveré por la respuesta.

(*Vase.*)

LABIN. Pues no aprovecha mi ruego,
a morir estoy dispuesta,
cual mariposa en el fuego,
y en él quedaré abrasada,
pues me será dulce suerte
quedar muerta y no casada,
que ya tengo de mi muerte
la sentencia pronunciada.
¿Quién jamás tal pleito vió?
Quel amor es juez severo,
el delincuente soy yo,
y el verdugo carnicero
el padre que me engendró.
Pero ¿qués esto que digo?
¿Qué lauro o qué palma gano
de padecer el castigo,
si no tomo con mi mano
venganza de un enemigo?
Porque no sea disparate
padecer este tormento,
mejor es, en tal combate,
hacer de mi pensamiento
un Sansón que muera o mate:
Quiero morir o matar
con pecho constante y fuerte,
y en viniéndose a casar
Astolfo, darle la muerte,
y al mismo punto acabar;
que otro fin no ha de tener
mi suerte sino morir,
y cuando me vuelva a ver
mi padre, podré decir
que le quiero obedecer.
Con este estilo ordinario
a mi padre engañaré,
daré la muerte al contrario
y conservaré la fe
que le debo a Belisario.

(*Sale el* PADRE *de* LABINIA.)

PADRE. ¿Qué escogiste por mejor,
Labinia?

LABIN. Darte contento,
y con Astolfo, señor,
celebrar el casamiento,
porque es hombre de valor.

PADRE. ¿Búrlaste?

LABIN. Porque lo creas,
manda que venga en un vuelo,
y verás lo que deseas
cumplido.

PADRE. Gracias al cielo,
que en darme gusto te empleas.
Hija de mi corazón,
los pies te quiero besar
como tengo obligación,
pues con venirte a casar
me sacas de confusión.
Dame tus pies soberanos,
porque pueda con amor
besarlos.
LABIN. Harto mejor
será que me des tus manos.
PADRE. ¡[H]ola, criados!

(*Salen* CRIADOS.)

CRIAD. ¿Señor?
PADRE El que más ligero fuere
búsqueme Astolfo al momento,
y dígale que le quiere
tanto Labinia, que muere
por hacer el casamiento.
LABIN. Y dirá verdad.
PADRE. Y pues
aún no están hechas las galas,
las deje para después,
y venga.
CRIAD. Yo tengo alas,
como Mercurio, en los pies.
PADRE. Pues vuela.—Y si don García
se queja por la ciudad,
podrás decir, hija mía,
que no fué tu voluntad
casar con él. Adiós.
LABIN. Fía,
que en todo pienso agradarte.
PADRE. Dígolo porque le he dado
palabra de no casarte
sino con él.
LABIN. Mi cuidado
podrá en eso descuidarte,
porque mi alma en eso viene
a conocer que la honras,
pues Astolfo le conviene
mas que el otro, porque tiene
dineros para sus honras;
que bien menester serán
para tus honras y galas.
PADRE. Hija, no te faltarán,
si con terneza regalas
un esposo tan galán,
que hasta el alma te dará.
LABIN. No imagines que la palma
con eso me ganará;
porque si el alma me da,
también quiero darle el alma:
que las almas han de ser
las honras del casamiento.
PADRE. Vamos luego a componer
lo que conviene.
LABIN. Al momento
te pretendo obedecer.—
Tú, Belisario, perdona [*Ap.*]
si añado fuego a tu llama,
y téjeme una corona
del martirio que la fama
con fúnebre son pregona,
pues sin que nadie lo impida
llevará Astolfo la paga,
yo la muerte merecida,
y todo con una daga
que he de llevar escondida.

(*Vanse y salen* BELISARIO y ASTOLFO.)

BELIS. El ir siempre acompañado,
¿no es porque yo no te pida
lo que sabes?
ASTOL. Por mi vida,
que en todo vas engañado;
que antes yo hice por tí
lo que un hombre honrado debe.
BELIS. ¡O[h] traidor, ingrato, aleve!
¿Eso me dices a mí?
ASTOL. Paso, señor; no me obligues,
pues sabes que mis criados
nos escuchan.
BELIS. Mis cuidados
primero es bien que mitigues;
mas con moderada voz
quiero poner al momento
un freno a tu pensamiento
como a caballo feroz.
Hablemos de mi trabajo

muy bajo en este lugar,
aunque bajo habré de hablar,
pues hablo con hombre bajo.
¿Por qué de Labinia, di,
pretendiste ser marido?
¿Por ventura has pretendido
apartarme a mí de mí?
¿No te acuerdas que la quiero
como el alma natural,
y ques causa principal [ro?
por quien vivo y por quien mue-
¿No te acuerdas que la adoro
y que de mí no me acuerdo,
y que por servirla pierdo
de mi persona el decoro?
¿No te acuerdas de la historia
de ser tú grande y yo chico?
Pero ya, como hombre rico,
tienes muy poca memoria.
Astolfo, Astolfo, ¿qués esto,
que pierdes la fe de amigo?
Mas no quiero otro castigo
del enojo en que me has puesto
sino ver que quedarás
sin esposa y sin amigo,
porque Labinia contigo
no se casará jamás;
porque es pilar de la fe,
combatido de malicias.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIAD. ¡Albricias, señor, albricias!
ASTOL. Yo las mando; mas ¿de qué?
CRIAD. De una nueva venturosa
que a saber agora vienes.
ASTOL. Dime de qué.
CRIAD. De que tienes
a Labinia por esposa.
BELIS. ¿A quién?
CRIAD. A Labinia.
BELIS. ¡Muerto
con aquesta nueva he sido.
ASTOL. ¿Es posible que ha querido
venir bien en el concierto?
CRIAD. Si, señor, y por honralla
su padre, y por verla rica,
que no tardes te suplica
en ir a casarte.
BELIS. Calla,
calla, infame; calla ya;
cierra esa boca maldita,
que tanta gloria me quita
y tanta pena me da.
¿Por qué con prudencia poca
el corazón me abrasaste
con el fuego que arrojaste
por el volcán de tu boca?
¡O[h] Labinia ingrata, fiera.
quién tuviera tal ventura,
que jamás de tu hermosura
querido y amado fuera!
Baste ya, si quieres; baste
el rigor con que pretendes
ofenderme, pues me ofendes
en el grado que me amaste.
Porque, aunque vuelvas atrás,
más que a todos me quesiste,
y tanto más me ofendiste
cuando me quesiste más.
¿Dónde está tu pecho fuerte,
en el cual he visto yo
que una espada se dobló,
queriendo darle la muerte?
Mas ya en él no es de prove-
la resistencia pasada; [cho
que antes se dobló la espada,
y agora se dobla el pecho;
que el interés puede más
que el puro y perfeto amor
en una mujer.
ASTOL. Señor,
escucha un poco, y verás
la verdad deste concierto,
para que el dolor despidas.
BELIS. ¿A verdades me convidas?
A buena cosa, por cierto.
Voyme a morir, voyme a dar
la muerte que tú mereces,
y por morir muchas veces
quisiera resucitar
y morir con pecho fuerte;
porque son vanos antojos

pensar que tantos enojos
se acaban con una muerte.
A desesperar me voy;
vete a gozar de tu prenda
y de la demás hacienda,
que desde agora te doy.
No tardes, que tu esperanza
se convierte en posesión,
y aunque traidor, no es razón
que espere de ti venganza;
pues no es bien que de ti es-
mayor venganza que ver [pere
que te casas con mujer
que por interés te quiere.

(*Vase.*)

ASTOL. Espera, señor, aguarda,
no te vayas desa suerte.—
El vendrá a darse la muerte
si un poco el remedio tarda.

CRIAD. ¿Dó vas?, que ya no parece.

ASTOL. Quiérole, amigo, buscar
porque no se venga a dar
la muerte, que no merece.

(*Sale* DON GARCÍA *y detiene a* ASTOLFO.)

D. GAR. ¡O[h], señor Astolfo! ¿Es
de toparos? [[h]ora

ASTOL. [H]ora es
de serviros; mas después
podremos hablar.

D. GAR. Agora
podremos, señor, hablar.

ASTOL. Pues id vosotros corriendo
tras de Belisario.

D. GAR. Entiendo
que no os debéis de acordar
que soy noble ni que soy
de casa tan importante,
ni de la prueba bastante
que de mi linaje doy,
ni que siempre os he querido
con firme amor verdadero,
ni que, siendo caballero,
por mi amigo os he tenido.

ASTOL. Bien me acuerdo que valéis
y quen todo me obligáis.

D. GAR. De aquesto que os acordáis
mejor es que os olvidéis,
para que tenga desvío
el daño que me habéis hecho.

ASTOL. Declaradme vuestro pecho
para mitigar el mío,
que alborotado me habéis.

D. GAR. Pues decidme: si es verdad
que mi valor y amistad
en la memoria tenéis,
¿por qué os queréis casar
con quien casi estoy casado,
ques Labinia, a quien he dado
del alma el mejor lugar?
¿Pretendéis que la riqueza,
do vuestro valor confía,
podrá por ninguna vía
competir con mi nobleza?
Mirad a entrambos aquí;
veréis que en vos la riqueza
es lo más, y la nobleza
es lo menos que hay en mí;
pues porque en todo se doble
la ventaja que publico,
vos ha poco que sois rico
y yo ha mucho que soy noble.
Dígolo porque os dejéis
de amar a Labinia bella,
y de casaros con ella
como concertado habéis.

ASTOL. Aunque vos tengáis valor,
no penséis que yo no valgo;
que si es bueno el hijodalgo,
el padre de algo es mejor:
quel padre engendra la fama
de toda la decendencia,
y al fin mayor preeminencia
tiene el tronco que la rama,
y pues yo de mi linaje
pretendo ser el primero,
en ninguna cosa quiero
que nadie se me aventaje;
mas con todo, si al momento
hacéis lo que yo os diré,
la fe y palabra os daré

de no hacer el casamiento
que voy a hacer.
D. GAR. Caro amigo,
¿posible es mercé tan alta?
ASTOL. Digo que lo haré sin falta,
si vos hacéis lo que digo.
D. GAR. ¿Es cosa posible?
ASTOL. Sí.
D. GAR. Pues decid lo que queréis.
ASTOL. Que a Belisario busquéis
y me le traigáis aquí.
pero no; mejor será
traérmele a la posada
de Labinia.
D. GAR. Y si casada
ya con vos Labinia está,
¿cuál quedaré?
ASTOL. El casamiento
os prometo dilatar
mientras le vais a buscar.
D. GAR. Pues yo me parto al momento;
mirad que le dilatéis.
ASTOL. Por Dios lo prometo y juro.
D. GAR. De vos bien estoy seguro;
mas ¿de qué suerte podéis
ese concierto cumplir,
si os váis agora a casar?
ASTOL. Con el cura pienso hablar
y hacer que tarde en venir,
mientras le buscáis.
D. GAR. Adiós,
que quiero buscarle presto.
ASTOL. Mirad que consiste en esto
el remedio de los dos.

(*Vanse.*)

(*Salen* LABINIA *y su* PADRE.)

PADRE. ¿Labinia?
LABIN. ¿Señor?
PADRE. ¿Dó vas,
que habiendo de desposarte
no quieres aderezarte?
¿Pésate dello?
LABIN. Sabrás
que, como entre mal y bien
quiere la muerte acabarme,
yo muero por no casarme,
y por casarme también.
¡Mira el tormento que tiene
mi dudoso pensamiento!
PADRE. No tratemos de tormento
agora que Astolfo viene.

(*Sale* ASTOLFO.)

ASTOL. ¡O[h], señor suegro!
PADRE. A[h], señor,
mucho ya Labinia os quiere,
porque me ha dicho que muere
por casarse.
ASTOL. De mi amor
nunca menos esperé;
pero ¿habéis hecho notorio
a nadie este desposorio?
PADRE. ¿Por qué lo decís?
ASTOL. ¿Por qué?
Porque viene gente agora.
PADRE. Por mi parte, yo os prometo
que nadie sabe el secreto.
ASTOL. Sin falta alguna es Lidora,
que viene a buena ocasión
con Loaisa, el escudero.

(*Salen* LOAISA *y* LIDORA.)

LOAISA. ¿Dónde vas, señora?
LIDORA. Quiero
estorbar su pretensión.
LOAISA. Y eso ¿podrá ser?
LIDORA. Muy bien;
porque este falso, alevoso,
primero ha sido mi esposo
que de Labinia.
LOAISA. Y ¿con quién
podrás probar la verdad?
LIDORA. Tú vales por mil testigos.

(*Salen* DON GARCÍA *y los criados, que traen a* BELISARIO *asido, y uno de ellos tiene un cordel en la mano.*)

BELIS. No me traigáis, enemigos,
a ver tan gran crueldad.
Pues tanta gloria he perdido,
dejadme, dejadme estar;

mas si me queréis matar,
bien es haberme traido,
porque muera poco a poco
a vista de mi contrario.

D. Gar. ¿Eres loco, Belisario?

Belis. Yo me holgara de ser loco.

Astol. ¡O[h], mi señor don García!

D. Gar. Belisario viene aquí.

Astol. ¿Por qué le traéis ansí?

D. Gar. Porque matarse quería;
que porque algún embarazo
no le hiciese al pensamiento
deste vuestro casamiento
el firme y estrecho lazo,
un lazo al cuello se echó
con tan grande desconcierto,
que luego quedara muerto
si no le valiera yo.

Astol. Bien es, señor dõn García,
que; pues vos habéis guardado
la palabra que habéis dado,
guarde yo también la mía.
Yo ofrecí de no tomar
a Labinia por mujer
si a Belisario traer
pudieses a este lugar;
y pues ya ninguna cosa
queda en esto por cumplir,
no la puedo recebir
ni querella por esposa.
Y no tengo libertad,
porque es mi esposa Lidora.—
¿Esto no es verdad, señora?

Lidora. Sí, señor; decís verdad.

Labin. Pésame, fiero enemigo,
de no hacer el casamiento,
porque de tu loco intento
quisiera darte castigo;
que si quise, como ves,
conmigo, Astolfo, casarte,
sólo ha sido por matarte
y por matarme después,
como lo dirá esta daga
que apercebida he traido.

Belis. No hay contento más subido.

D. Gar. No hay bien que más satisfaga.

Astol. Pues sabrás, Labinia hermosa,
que si con tanto cuidado
hasta agora he procurado
recebirte por esposa
que fué porque no llegases
al poder de don García,
y porque en esta porfía
con Belisario quedases.

D. Gar. ¿Cómo es posible que tal
oigo en la presencia mía?
Mal [h]aya el hombre que fía
del hombre que no es su igual.

Astol. Y ansí, aquí le restituyo,
por no perderle el decoro,
todo mi grande tesoro,
que no es mío sino suyo.
Y confieso desde agora
que el tesoro que he tenido
sólo encomendado ha sido.

Lidora ¿Que no es tuyo?

Astol. No, señora,
que de Belisario es.

Lidora. ¡Maldigo la suerte mía!

Padre. ¡Grande bien!

Labin. ¡Grande alegría!

Belis. Amigo, dame tus pies;
y si no, las manos tuyas;
y si no dame tu pecho,
adonde con un estrecho
abrazo me restituyas;
porque dél hurtado he sido
con la fuerza del dolor.

Astol. Belisario, a tu valor
quedo obligado y rendido.

Padre. Quiero darte el parabién
de la hacienda que has cobrado,
Belisario.

Belis. Y de casado
me le puedes dar también;
porque de tu hija hermosa
probé el amor verdadero,
y con tu licencia, quiero
recebilla por esposa.

Padre. Para mí no hay bien mayor.

Labin. Ni para mí más contento,
aunque enojada me siento

de que probases mi amor.

BELIS. No tienes de qué enojarte
si probar te he pretendido,
pues casi, casi he venido
a perderte por probarte.—
Y tú, que en esta ocasión
la hacienda me has entregado
y con la hacienda me has dado
la gloria a mi corazón,
entiende que por mi gusto
tanta parte de mi hacienda
te daré, que el mundo entienda
que te pago lo ques justo.

ASTOL. Para mí no es menester
esa nobleza extremada,
pues cuando no me des nada,
te quedaré yo a deber.

D. GAR. No imagines que estoy triste
porque, Astolfo, me engañaste,
pues bien mirado, guardaste
la fe y palabra que diste;
triste estoy por el favor
que Belisario ha gozado;
mas yo triste y él casado,
no sé cuál queda peor.
Ya no quiero ser más loco
en sufrir y padecer,
antes imagino ser
un desamorado tronco (1).
No quiero ver ojos bellos
para tantos desvaríos;
que, a trueque de abrir los míos,
huelgo de llorar con ellos.
Y con esto se remedia
la fuerza de mi desdén,
y con aquesto también
se da fin a la comedia.

(*Entranse todos, y se da fin a la comedia del* MERCADER AMANTE.)

---

(1) Obsérvese la rima.

COMEDIA FAMOSA

DE

LA FUERZA DEL INTERES

POR

GASPAR AGUILAR

[POETA VALENCIANO]

LOS QUE HABLAN EN ELLA

EMILIA, *dama.*	MARCELA, *hermana de* LUDOVICO.	*Un* PAJE.
Una DUEÑA.	MAURICIO, *padre de* EMILIA.	*Un* ALGUACIL.
El MARQUÉS LUDOVICO.	*El* CONDE URBANO.	*Un* CORCHETE.
CRISANTO, *criado.*	*Un* JOYERO.	[*Criados del* JOYERO.]

L O A

Sale una famosa armada
del alegre y dulce puerto
tirando, a la despedida,
mil culebrinas y versos;
navega un alegre día
con próspero y feliz tiempo,
ayudada de las aguas
y ayudada de los vientos.
Llega la noche enemiga
tendiendo su manto negro,
volviendo del mar en sombras
los hermosos azulejos;
los callados vientos braman,
enójase y grita el cielo,
arrojando por sus ojos
mil relámpagos de fuego;
las naves juntas se esparcen
temerosas del estruendo;
unas hasta el cielo suben,
y otras bajan al infierno.
Viéndose en tan gran peligro,
procurando el grave miedo,
confusos y alborotados
dan gritos los marineros:
¡Que me anego,
echá lanchas a priesa.
arrojá hierro;
piedad, supremo Dios,
favor, Santelmo!
Escapóse el gran troyano
de aquel repentino incendio,
que fué en la soberbia Troya

puesto por manos de griegos.
Sale ofendiendo las olas
y ofendiendo el mar soberbio;
convierte ligeras naves
en que navegan contentos;
pero como están las aguas
en su soberano imperio,
y tienen de sus distritos
el mando, tridente y cetro,
comiénzase a embravecer,
y a rajar sus altos cerros,
levantando sus escamas
hasta la región del fuego.
Aquí representa Bóreas
su ferocísimo aspecto,
y el embravecido rostro
allí le enseña muy fiero;
rompe elevadas naves;
ocupa el agua sus senos;
unos se escapan nadando,
y otros dicen, medio muertos:
¡Que me anego,
echá lanchas apriesa,
arrojá hierro;
piedad, supremo Dios,
favor, Santelmo!
Pone Xerxes a las aguas
dorados grillos de hierro,
desde las del Lesto claras
a las turbias del Cebero.
También sacude su piedad (1)
aunque se vale en su centro,
que es donde más se verán
los huídos elementos;
pero descuidóse Xerxes,
y ellas, con furor inmenso,
quieren del pesado jugo
sacudir sus libres cuellos.
Como veen que les importa
salir de su cautiverio,
de las naves despedazan
sus escuadrones espesos,
quieren volver sobre sí,
y hallan su poder deshecho,
medio anegadas las naves,
y él, de las olas cubierto,
vee los soldados turbados,
vee los pilotos suspensos;
y así dice a voces altas,
viéndose en tan grande aprieto:
¡Que me anego,
echá lanchas apriesa,
arrojá hierro;
piedad, supremo Dios,
favor, Santelmo!
Codicioso el gran Colón
de conquistar muchos Reinos
frecuentados de elefantes,
y [h]abitados de camellos,
navegó mil anchos golfos,
buscó mil mares entre ellos,
rompió mil inciertos siles,
y mil alides inciertos;
pasaron muchos estíos,
pasaron muchos inviernos,
que del puerto no alcanzaron
el sabroso refrigerio,
hasta que una tarde sorda,
que el mar guardaba silencio,
del nuevo Reino Galiages
las riberas descubrieron;
pero estándolos mirando
quiso embravecerse Alesto,
y un Bragan se levantó
peleando con un Céfiro,
que dió temor a las naves,
y a los soldados dió miedo;
uno llorando callaban,
y otros gritaban, diciendo:
¡Que me anego,
echá lanchas apriesa,
arrojá hierro;
piedad, supremo Dios,
favor, Santelmo!
Yo, pues, con la chica nave
de mi corto entendimiento,
salgo imitando al troyano,
y luego imitando al griego;
a Xerxes con poder grande,
a Colón con el pequeño;

(1) Verso largo.

do por el mar de dar gustos
entre naufragios navego
a Caino, el franco monte
de los deseados reinos,
mostrándose el mar en calma,
manso, apacible y quieto;
hállome en aqueste golfo,
y en tantos buenos ingenios,
casi a pique de anegarme
entre las olas del miedo,
que importa decir a gritos
si no quiero verme muerto
entre el callar de los sabios
y entre el hablar de los necios:
¡Que me anego,
echá lanchas apriesa,
arrojá hierro;
piedad, supremo Dios,
favor, Santelmo!

FIN DE LA LOA.

JORNADA PRIMERA

(*Salen* EMILIA, *dama, y una* DUEÑA.)

DUEÑA. ¿No le olvidas?
EMIL. No le olvido.
DUEÑA. ¿Eso me quieres negar?
EMIL. Sí.
DUEÑA. ¿Cómo?
EMIL. ¿No está sabido
que no se puede olvidar
sino lo que fué querido?
Si no le tengo afición,
¿de qué manera le puedo
borrar de mi corazón?
DUEÑA. Esa razón te concedo,
pero escucha una razón.
Grisanto es noble y leal,
y debes con rostro afable
querelle bien y no mal,
que la virtud es amable
de su proprio natural,
pues si es deuda conocida
sin ser querida querer,
cuánto más lo vendrá a ser
el querer, siendo querida,
que es ley de buen proceder.
Que le quieras te suplico,
siquiera por tu interés.
EMIL. Pues si el marqués Ludovico
amo de Grisanto es,
y le excede en noble y rico,
y éste de mí enamorado
me ha entregado el corazón,
¿podráme ser bien contado
que deje por tu ocasión
el amo por el criado?
Criado es, aunque valido,
y, por serlo tú, te agrada
el defender su partido.
DUEÑA. Es verdad que soy criada,
pero tú jamás lo has sido,
porque no puedes tener
el ser que ofendiendo estás;
y dicen los que el saber
profesan, que vale más
ser demonio, que no ser.
Y aunque me quieras probar
que el ser tienes que conviene,
yo te lo quiero negar;
pues claro está que no tiene
ser quien no lo sabe dar.
EMIL. ¿Dar?
DUEÑA. Sí.
EMIL. ¿A quién?
DUEÑA. A Grisanto.
EMIL. Ya de hablarte me retiro
por ver que me enfadas tanto.
DUEÑA. De tu condición me admiro.
EMIL. De mi paciencia me espanto.
Atrevida, necia, loca,
¿en ofensa de mi honor
tomas su nombre en la boca?
DUEÑA. Bien parece que de amor
tienes experiencia poca.
EMIL. Menos quisiera tener
para ser en más tenida;
que la discreta mujer
nunca quiere ser querida

por no obligarse a querer;
y así no te cause espanto
si a querelle no me ofrezco,
porque le aborrezco tanto,
que hasta el Marqués aborrezco
porque es amo de Grisanto.

DUEÑA. Mira, escucha.

EMIL. No hay lugar
de poderme persuadir
con ver ni con escuchar,
porque el ver es desear,
y el escuchar, consentir.

DUEÑA. A mujeres no hay poder
negar, que es, con rostro bello,
monstruo cualquiera mujer,
pues ninguna puede haber
perfeta, sino en no sello;
y ansí en daño tan igual
por más que buenas seamos,
todas parecemos mal:
porque siendo buenas, vamos
contra el orden natural.
La que más se desordena
es Emilia, mi señora,
que a ser buena se condena;
que si es buena, desde agora
que no sabe por qué es buena.

(*Sale* GRISANTO *solo.*)

GRIS. Como el que por mala suerte,
deseando que se acabe
su prisión terrible y fuerte
sentencia espera, y no sabe
si es de vida o si es de muerte,
ansí vengo a ver agora
mi bien o mi mal.

DUEÑA. Grisanto
es él que viene.

GRIS. ¡O[h], señora!
¡O[h], archivo del cielo santo
que mis bienes atesora!
¡O[h], cristalino lucero
del día por quien suspiro!
¡O[h], mi amparo verdadero!
¡O[h], extremo del bien que miro!
¡O[h], medio del bien que espero!
¿Qué dice Emilia?

DUEÑA. Grisanto,
no me hables de esa cruel,
de esa que te ofende tanto,
de ese ardiente Mongibel,
de esa furia, de ese espanto,
de ese duro pedernal,
de ese león bravo y fiero.

GRIS. Basta, no me digas tal;
que aunque me ofende, no quiero
sufrir que la trates mal.

DUEÑA. Tan amorosos deseos
no vi en mi vida jamás.

GRIS. ¿Qué dice de mis empleos?

DUEÑA. Que no los quiere.

GRIS. ¿Y qué más?

DUEÑA. Nada.

GRIS. Pues sin más rodeos,
me derribas de la cumbre
donde por amor [h]abito
mirando su eterna lumbre.

DUEÑA. Los rodeos que te quito
te ahorro de pesadumbre.
Y adiós, que Emilia podrá
ver que estoy contigo aquí.

(*Vase.*)

GRIS. Tan cruel Emilia está
conmigo, que no os verá
sólo por no verme a mí.
Bien sé, Emilia embravecida,
que en el daño que se ofrece
de ti estás aborrecida;
que a sí misma se aborrece
quien no quiere ser querida.
Bien sé, cruel, que porfías
en ser causa de mis daños,
turbando mis alegrías,
tantas horas, tantos días,
tantos meses, tantos años.
Bien sé que con furor ciego,
fiera Emilia, me condenas
a eterno desasosiego,
a congojas, ansias, penas,
muerte, infierno, llanto, fuego.

(Sale el MARQUÉS LUDOVICO.)

MARQ. ¿Qué es lo que Grisanto tiene,
que da voces?
GRIS. ¡Ay de mí!
Ludovico es el que viene.
MARQ. Grisanto ¿qué haces aquí?
GRIS. Disimular me conviene.
MARQ. ¿Qué haces aquí parado?
GRIS. Como es tan grande el calor,
en esta casa, señor,
pedí agua.
MARQ. Y ¿hanla dado?
GRIS. Sí, y con ella un gran dolor.
MARQ. Sepamos, por vida mía;
¿quién te la dió?
GRIS. Una criada.
MARQ. Fría, sin duda, sería.
GRIS. Y tanto que, de muy fría,
me dejó el alma abrasada.
MARQ. Del agua no creo yo,
siendo fría, efeto ardiente.
GRIS. Fué tan fría, que pasó
al extremo de caliente,
y así el alma me abrasó.
MARQ. No te espantes si te abrasa
el cuerpo y alma también;
porque el agua desta casa
participa del desdén
de Emilia, por donde pasa.
Mas ¿quieres saber cuál es
para mí?
GRIS. Sí.
MARQ. Pues no dudes
que es de tan gran interés,
que me holgaré que la sudes
por bebella yo después,
y luego, porque la palma
lleve amor de los enojos
que me tienen puesto en calma,
la sudaré por los ojos,
que son los poros del alma;
porque para mi dolor
no hay cosa que más le cuadre
de los remedios de amor;
pero dime, ¿viste al padre
de esa dama?
GRIS. Sí, señor.
¿Débete alguna amistad?
MARQ. Los dos me deben, sin prenda,
diferente cantidad.
GRIS. ¿Qué te debe el padre?
MARQ. Hacienda.
GRIS. ¿Y la hija?
MARQ. Voluntad.
GRIS. Ejecútale al instante,
si es mucho lo que te debe.
MARQ. Negocio es algo importante,
pero no es razón que lleve
la ejecución adelante,
pues dél no es justo cobrar,
cuando pagarme pudiera.
GRIS. Pues me da el amor lugar,
[*Aparte.*]
con esto quiero obligar
al padre de aquesta fiera,
porque interceda por mí.
MARQ. ¿Qué te parece?
GRIS. Que es justo
cobrar luego.
MARQ. ¿Cómo así?
GRIS. Porque en ello está tu gusto.
MARQ. ¿De qué suerte?
GRIS. Escucha.
GRIS. Dí.
GRIS. ¿Qué te debe?
MARQ. Mil ducados.
CRIS. ¿De qué?
MARQ. De una obligación
que hizo en años pasados.
GRIS. Esta te dará ocasión
de remediar tus cuidados.
Con ella puedes gozar
del bien que amor te concede,
porque no puede pagar;
y aunque es hombre honrado,
preso por deudas estar. [puede
Haz luego que a instancia tuya
le prendan, y cobrarás
sin que nadie se destruya;
pues al momento saldrás
de tu prisión con la suya,
que estando el padre en prisión

estará sola su hija,
y tú tendrás ocasión
de entrar.

MARQ. No se regocija
con esto mi corazón.

GRIS. ¿La soledad no te agrada?

MARQ. No, que donde Emilia está,
no podrá servir de nada;
que, aunque esté sola, estará
de crueldad acompañada.

GRIS. La soledad que desdeñas
es ciego con ojos bellos,
es eco que está entre peñas,
es ocasión con cabellos,
es mudo que habla por señas;
es reloj de despertar,
es contemplativo espejo,
y es un bien tan singular,
que unas veces da consejo
y otras veces da lugar.
Por eso, señor, no dudes
de dar con la soledad
remedio a tu enfermedad.

MARQ. Menester es que me ayudes
con tu grande [h]abilidad.

GRIS. Podrá mi ingenio subtil
darte por cada ducado
de los que te debe, mil
favores.

MARQ. Pues con cuidado
ve a llamar un alguacil,
que yo tengo el mandamiento
muchos días ha conmigo.

GRIS. Voy, llamaréle al momento.
¿Dónde, para lo que digo,
me esperas?

MARQ. En mi aposento.

GRIS. Bien puedes ir sin cuidado,
pues yo de por medio estoy.

MARQ. Tan loco y enamorado
del consejo que me has dado
como de mi dama voy.

(*Vase.*)

GRIS. También yo quedarlo espero
con aquesto que se trata,
pues con ello obligar quiero
al padre de aquesta ingrata
por quien vivo y por quien mue-
y sin duda que le obligo [ro;
si los mil ducados pago,
con el amparo y abrigo
de Marcela, con quien hago
lo que Emilia hace conmigo:
que ella en su fuego me enfría
siendo hermana del Marqués,
y aunque es verdad que me invía
mil regalos cada día,
la veo de mes a mes;
mas aunque en esta ocasión
con diferente amor lucho,
me vence la obligación:
que en un hombre de razón
la obligación puede mucho.
Quiero ir a vella, y hacer
que su mano generosa
me valga con su poder;
que al fin en cualquiera cosa,
quien vale, sabe valer.

(*Vase.*)

(*Salen* MARCELA *y el* CONDE URBANO.)

MARC. No, que no es bien que me
[veas,
pues que siendo, conde Urbano,
tan amigo de mi hermano,
de ti mismo no lo seas;
pues claro está que traspasa
la ley de amistad que digo
el que visita un amigo
que sabe que no está en casa.
Vete luego, no repliques,
que podrá costarte mucho.

CONDE. Escúchame.

MARC. No te escucho.

CONDE. Suplícote.

MARC. No supliques;
que como sois lisonjeros
en publicar los dolores,
sois todos los amadores
grandes suplicacioneros.
Vete, Urbano, vete luego,

que me acabas la paciencia.
CONDE. Porque veas la diferencia
que hay de tu nieve a mi fuego,
quiero, partiendo de aquí,
fiera ingrata, contentarte,
y darte gusto, por darte
lo que no me das a mí.
Sólo un gozo al pensamiento
darle consuelo procura,
y es saber que la ventura
huye del merecimiento;
y así a merecer me ofrezco
lo que negado me ha sido;
que en ver que no lo he tenido
confieso que lo merezco.
No me espanto que me arrojes
con desdén tan importuno,
que, pues desechas a uno,
a otro sin duda escoges.
A otro debes de querer
para que en tu gracia quede,
que, en amor, ninguno puede
desechar sin escoger;
mas si por ventura llego
a saber quien esto alcanza,
yo abrasaré su esperanza
con las llamas de mi fuego.
(*Vase.*)

MARC. Deste que se va de aquí
a tener lástima vengo;
y es porque si dél la tengo,
la tengo también de mí;
pues si en males tan crecidos
me dan penosos cuidados,
es porque en ser desamados
somos los dos parecidos;
pero... aquel que me aborrece
viene a burlarse de mí.

(*Sale* GRISANTO.)

GRIS. A Marcela veo aquí;
buena ocasión se me ofrece.
MARC. Triste está.
GRIS. Quiero mostrar
que tengo melancolía.
MARC. ¿Grisanto?
GRIS. ¿Señora mía?
MARC. ¿Qué tienes?
GRIS. Déjame estar.
MARC. No estés de aquesa manera,
que parece que estás loco;
dime, ¿qué tienes?
GRIS. Un poco
de trabajo.
MARC. Más que fuera;
que fuera un bien sin segundo
para mi pecho afligido
verte siempre circuído
de los trabajos del mundo.
GRIS. Y ese, dime, ¿es buen deseo?
MARC. Para mí el más conveniente.
GRIS. ¿Por qué?
MARC. Porque solamente
por los trabajos te veo;
y así deseo que estés
con ellos, porque me veas.
GRIS. ¿Con ellos verme deseas?
MARC. Sí.
GRIS. Pues con ellos me ves;
que en mi alma se ha caído
la fuerza que el amor labra,
porque sobre mi palabra
mil ducados he perdido.
Estos no podré jamás
pagar, pues no tengo bienes,
si tú, que en las manos tienes
los del Marqués, no los das.
Paga, señora, por mí;
haz porque el mundo se asombre,
que, pues por ti he sido hombre,
vuelva yo a serlo por ti;
porque no tengo sosiego
hasta ver que haya pagado.
MAR. Sepamos; ¿quién te ha ganado
sobre tu palabra?
GRIS. Un ciego.
MARC. ¿Cómo ganarte podía
un hombre que nada ve?
GRIS. No ves que con él jugué
a quien menos se vería?
MARC. ¿Al fin, perdiste?

GRIS. Perdí
con ventaja desigual.
MARC. Pues si te ha ganado mal,
¿por qué pagas?
GRIS. ¡Ay de mí!
que pago por enseñar
a pagar una persona,
que ningún deudor perdona
y ella no sabe pagar.
MARC. ¿Ejecuta?
GRIS. Ya han pasado
todas las ejecuciones.
MARC. ¿Y pagóte con razones?
GRIS. Aun aquesas me ha negado.
MARC. Pues como la deuda niegue,
no querrá jamás pagar.
GRIS. Agora pienso buscar
un hombre que se lo ruegue;
quizá por este camino
saldré de la obligación.
MARC. Grisanto, mi corazón
es en mi daño adivino,
pues de no venirme a ver
si no es para demandarme,
viene una sospecha a darme
que otro amor debes tener,
y que a ser luna te aplicas,
que coges el resplandor
del bello sol de mi amor
y a otra lo comunicas;
mas si esto de que te arguyo
entendiese el alma mía,
su amor escurecería
por escurecer el tuyo,
porque tú amor no concibes,
pues que a quererte prefieres;
y tú alguna mujer quieres
con el que de mí recibes.
Perdóname si te aflijo
con el nombre que te doy
de luna, porque yo soy
loca, pues por ti me rijo.
GRIS. Yo debo de ser el loco,
pues no lo soy de placer;
pero pésame de ver
que te tengas en tan poco,
que piensas, Marcela hermosa,
que yo te pienso olvidar.
MARC. Tenerme en mucho es pensar
que no puedo ser dichosa;
mas porque puedas de veras,
Grisanto, satisfacerte,
que te quiero por quererte,
y no porque tú me quieras,
darte luego los ducados
que me pides es razón,
pues te he dado el corazón
con que suelen ser amados,
digo de esotras mujeres,
que de mí jamás lo has sido.
GRIS. Los pies, señora, te pido
por el bien que hacer me quie-
MARC. Levanta y júrame luego [res.
que siempre me has de querer.
GRIS. Juro por el gran poder
del Dios que le pintan ciego,
por la morada suprema
que revolverse acostumbra,
por el sol que nos alumbra,
por el fuego que nos quema,
por el agua que nos baña,
por el aire que nos templa,
por la tierra que contempla
toda esta máquina extraña,
por el tiempo arrebatado
que me niega la ocasión,
y por ti, que en discreción
eres un mundo abreviado,
que jamás me olvidaré
del amor que está en mi pecho.
MARC. ¿Eso basta?
GRIS. Satisfecho
estoy de mi grande fe.
MARC. Vamos luego, porque lleves
esos dineros agora.
GRIS. Con eso pagas, señora,
lo que a ti misma te debes.

(*Vanse, y salen* EMILIA *y* MAURICIO.)

MAUR. ¿Y que el marqués Ludovico
en ser tu galán se emplea?
EMIL. ¿Y pues?

MAUR. Pésame que sea
tan poderoso y tan rico. [danza,
que aunque en ti no haya mu-
con la presencia te ofende:
que un príncipe que pretende
se presupone que alcanza.
Todas las honras limitan
los príncipes, y a ser vienen
muy honrados, porque tienen
las honras que a todos quitan.
EMIL. Pues mi alma le aborrece;
deso, señor, no te asombres.
MAUR. ¿No ves que juzgan los hombres
lo que es por lo que parece?
Si esto no parece bien,
por malo lo han de juzgar.
EMIL. Pues ¿qué puedo hacer?
MAUR. Quitar
la ocasión con un desdén;
que las mujeres podéis
dar vida y hacer morir,
pues todas sabéis fingir
que amáis y que aborrecéis;
aunque es la afición igual,
nada os viene tan a cuento
como el aborrecimiento,
porque os es más natural:
ansí es bien que fingir quieras
que de ti es aborrecido.
EMIL. No conviene hacer fingido
lo que puedo hacer de veras,
pues siempre le aborrecí,
por ser pesado y molesto.
¿Estás libre con aquesto
de tus pensamientos?
MAUR. Sí.
EMIL. ¿Hay en qué servirte pueda?
MAUR. No.
EMIL. Pues si mandas, señor,
volver quiero a mi labor.
MAUR. Dios te guíe.
EMIL. En paz te queda.
MAUR. ¡Qué nobleza, qué bondad
que en esta mujer contemplo!
Sin duda alguna es ejemplo
de virtud y honestidad.

(*Salen* CRISANTO *y un* ALGUACIL.)

GRIS. Pues tenéis el mandamiento,
haced luego vuestro oficio.
MAUR. ¿Qué es esto?
ALG. Señor Mauricio,
mande pagar al momento
los mil ducados que debe
a Ludovico, si no
deme licencia que yo
preso a la cárcel lo lleve.
MAUR. ¿Cómo?
ALG. El mandamiento vea
del señor Gobernador.
MAUR. ¿Y dice a mí?
ALG. Sí, señor;
¿no es Mauricio?
MAUR. Sí.
ALG. Pues, ea,
pague o venga a la prisión.
MAUR. ¿Posible es que Ludovico,
siendo un Príncipe tan rico
procure mi perdición?
¿Posible es que quiera tal,
siendo negocio sabido
que en ningún tiempo ha querido
a mí ni a mis cosas mal?
¿Qué daño; qué mal le hice?
GRIS. Digo que tiene el Marqués
razón de hacer que le des
los mil ducados que dice.
MAUR. No tiene el Marqués razón.
GRIS. No tiene una, sino muchas.—
(*Ap.* [*entre los dos.*])
y, si al oído me escuchas,
podrás saber cuántas son.
MAUR. Soy contento, dilas luego.
GRIS. Yo muero, Mauricio amigo,
por tu hija; muero, digo,
en casto amoroso fuego,
y como tú, por valerme,
hacer de tu parte quieras,
no que me quiera de veras,
sino que finja quererme,
yo haré que de aqueste abis-
y confusión libre quedes [mo
sin pagar blanca.

MAUR. Bien puedes
ofrecértelo a ti mismo.
GRIS. El secreto te aseguro,
y ha de ser con presupuesto
que no sepa nada de esto
Emilia.
MAUR. Yo te lo juro.
GRIS. Pues toma luego el dinero
y finge que lo has traído
para aquesto apercebido. [ro.
MAUR. De hoy más ser tu esclavo quie-
GRIS. ¿No tiene el Marqués razón?
(*Alto.*)
MAUR. Digo, señor, que la tiene,
y por eso hacer conviene
lo que tengo obligación.
Al punto quiero pagar;
que como por cierta vía
supiese que me quería
el Marqués ejecutar,
truje el dinero, y lo pago
a los dos por el Marqués.
ALG. El hizo como quien es.
MAUR. Denme la carta de pago.
GRIS. ¿No te fías de los dos?
MAUR. Fiar el alma quisiera.
GRIS. Pues vamos, que nos espera
Ludovico.
MAUR. Andad con Dios.

(*Vanse.*)

A quien volvió por mi honor
he de valer como honrado,
que por pagar con valor
una deuda, me ha dejado
con otra deuda mayor,
pues sin perderme el decoro
adora los ojos bellos
de una hija a quien adoro,
y sus dorados cabellos
quiere conquistar con oro;
y su honrado proceder
tuvo conmigo tal fuerza,
y el oro tanto poder,
que he de combatir la fuerza
que había de defender.
Tercero seré, pues es
Grisanto tan comedido,
que cubre, con ser cortés,
la infamia que hubiera sido
serville por interés.

(*Sale* EMILIA.)

EMIL. ¿Qué es esto, señor? ¿No cabe,
si lo miras en razón,
hacer que el pesar acabe
a quien supo tu prisión
y tu libertad no sabe?
Si el daño de tus porfías,
ocasión de tus querellas,
fué por algo que debías,
aquí están las prendas mías,
y yo, si no bastan ellas,
que por ti me venderé,
pues vine al mundo por ti.
MAUR. No digas más, que ya sé
que te venderás por mí,
pues para mí te engendré;
y así en aquesta ocasión
entiendo que no sintiera
la pena de la prisión
sino porque no pudiera
escucharte esa razón.
Mas por decirte verdad,
querría, para pagarte
esa grande voluntad,
que della en alguna parte
empleases la mitad;
y porque avisada estés,
decirte la parte quiero,
que es importante.
EMIL. ¿Cuál es?
MAUR. Es Grisanto, un caballero
que es criado del Marqués;
pues te prometo que es tal
lo que dél he conocido,
que ninguno le es igual;
porque es rico, bien nacido,
gentil hombre y liberal.
Y lo que digo verás
si estás desapasionada.
Pero ¡ay, Dios, turbada estás!

EMIL. ¿No quieres que esté turbada
con la ocasión que me das?
¿Qué es esto, padre, qué dices?
¿Quién creyera de tí aquesto?
¿Tanto de tu ser desdices,
que eso me mandas?
MAUR. Tan presto
no es bien que te escandalices,
que a ser bien considerada
no te fuera yo importuno.
EMIL. Cosa es, por cierto, excusada
decir que quiera a ninguno,
siendo como soy honrada.
MAUR. Deja esa loca porfía,
que ya la honra se vende
por dineros cada día;
cuanto y más que te pretende
Grisanto por otra vía,
porque en todo es hombre
[honrado.
EMIL. Sepamos de qué manera,
siendo tú el que me has manda-
que a Ludovico no quiera, [do
mandas que quiera al criado.
Porque obedecerte pueda
deja tan mal pensamiento;
que aunque he de seguir tu in-
[tento,
no has de querer que preceda
el querer al casamiento,
pues de lo justo traspasa;
porque la mujer honrada
que por casarse se abrasa,
quiere por estar casada,
mas no por querer se casa.
Mi soberbio responder
perdona, pues lo mereces;
que agora, a mi parecer,
es honra lo que en otras veces
libertad pudiera ser,
y no trates dello más,
que no pienso obedecerte.
MAUR. Quejosa de mí estarás;
pero la ocasión advierte.
Escucha, espera, ¿a dó vas?
EMIL. Voy a huír de tu quimera;
que, si siguiera tu intento,
a cualquier yerro que hiciera,
el ser por tu mandamiento
para mí disculpa fuera,
y quiero, por no enojarte,
huir de las ocasiones
en qué podría culparte.
MAUR. Poco pueden mis razones
contigo.
EMIL. No han de ser parte
para que jamás consienta
en lo que me afrenta a mí.
MAUR. Si de amor estás exenta,
¿por qué le llamas ansí?,
que el querer bien no es afrenta,
si es con recato.
EMIL. Señor,
la mujer que fuere honrada
no quiera, porque en amor,
quien gana no gana nada,
y quien pierde pierde honor.

(*Vase.*)

MAUR. Sin duda no puede haber,
aunque con su edad no cuadre,
tanto valor en mujer;
que ella se quiso ser padre,
pues yo lo dejé de ser.

(*Vase y sale el* MARQUÉS LUDOVICO.)

MARQ. Hace tan notable mella
en mi pecho la tardanza
de remediar mi querella,
que me ofende la esperanza,
por no estar hecho a tenella.
Yo espero un bien, y decir
puedo que no es diferente
del mal que me hace morir,
pues difieren solamente
en venir o en no venir;
que aunque es verdad que el
[bien tiene
de su parte la fortuna,
del bien al mal no conviene
hacer diferencia alguna,
si el bien tarda y el mal viene.

Mas, pues Grisanto ha venido,
mi alma se regocija.

(*Sale* GRISANTO.)

GRIS. En este punto he sabido
de Mauricio que su hija
dalle gusto no ha querido.—
Otro engaño pienso hacer.
(*Aparte.*)

MARQ. ¿Grisanto?

GRIS. ¡Señor!

MARQ. ¿Qué has hecho
de aquel hombre?

GRIS. En mi poder
ha quedado.

MARQ. Yo sospecho
que le debiste prender.

GRIS. El dinero digo yo
que en mi poder ha quedado.

MARQ. ¿Luego Mauricio pagó?

GRIS. ¿Y cómo que te ha pagado?

MARQ. ¿El tiene hacienda?

GRIS. ¡Pues no!
Muy rico debe de estar,
pues, como hombre de valor,
no se dejó ejecutar.

MARQ. No me pagó de su honor,
pues me ha podido pagar;
porque dél he imaginado
que para que no me aflija
la deuda que me ha pagado,
algún censo habrá cargado
sobre el honor de su hija.
Padre cruel, ¿qué hiciste
de la riqueza que adoro?
¿A quién, dime, la vendiste?
¿Qué pobre con el tesoro
de mi alma enriqueciste?
Ya que querías vendella,
pudiera comprarla yo;
porque con tu hija bella
me hubieras pagado, y no
con lo que sacaste della.
No eres águila que ofreces
los hijuelos a la luz
del sol, que ver no mereces;
eres infame avestruz
que tus hijos aborreces.
Eres cruel, fiero, inico,
hambriento, inconsiderado;
y tras esto que publico,
eres hombre que ha llegado
súbitamente a ser rico:
que esto basta para ver
que es engañoso tu oficio.

GRIS. Pues, señor, has de saber
que, a mi parecer, Mauricio
muy honrado debe ser.

MARQ. ¿Cómo ansí?

GRIS. Porque de suerte
todos los bienes pasados
determina agradecerte,
que te paga mil ducados
y otros mil queda a deberte.
Toma, señor, el dinero.

MARQ. Grisanto, déjame estar.

GRIS. ¿No lo quieres?

MARQ. No lo quiero,
que otros mueren por cobrar;
yo, porque he cobrado, muero.
No quiero cosa que ha sido
precio de sangre comprada;
el dinero que has traído
para mí no vale nada,
pues pierdo lo que ha valido.

GRIS. Luego ¿es mío?

MARQ. Tuyo es;
y si agradarme pretendes,
Grisanto, no me lo des.

GRIS. Bien parece que no entiendes
la fuerza del interés;
pues has de saber, señor,
que con él se hace la guerra,
con él se gana el honor,
con él saca de la tierra
los frutos el labrador,
por él navegan los mares
los hombres, con él se cobran
los amigos a millares,
con él los placeres sobran,
con él saltan los pesares,
con él se tuerce de un río

el camino acostumbrado;
con él, por tener tal brío,
se fuerza el libre albedrío,
que nunca Dios ha forzado;
con él se pueblan ciudades
de tráfago y de tropel,
con él hacen amistades
los enemigos, con él
se saben muchas verdades,
con él en cosas de amores
los que merecen ningunos
alcanzan muchos favores,
con él engañan algunos
criados a sus señores,
con él se hace el invierno
verano, con él los jueces
tuercen su mano y gobierno,
con él se gana el infierno
y aun el cielo algunas veces,
y con él podrás ganar
la que es tu infierno y tu cielo,
si la quieres conquistar.

MARQ. ¿Yo puedo ablandar su yelo?

GRIS. Sí, que es fácil de ablandar.

MARQ. Creo que tienes razón,
pues si hubieras reparado
en esa imaginación,
hoy pudiera haber gozado
de una sabrosa ocasión.

GRIS. ¿Y es?

MARQ. Que ayer tarde vi yo
a mi bella hermosa prenda,
que disfrazada salió
con su dueña, y en la tienda
de un joyero se paró;
comenzó luego a comprar
cierta cosa, y en el precio
se vino a desconcertar.

GRIS. ¿Qué compraba?

MARQ. Fuí tan necio
que no llegué a preguntar,
cuando se fué aquella dama,
qué querría

GRIS. Pues, señor,
ya que tu suerte te llama
y de perfeto amador
te ofrece renombre y fama,
haz que todo el mundo entienda
que tu amor es verdadero;
toma luego de tu hacienda
una parte, y al joyero
le compra toda la tienda,
y a tu dama se la envía
diciendo con un recado
que, como no has acertado
lo que ella comprar quería
toda la tienda has comprado.
Si la quiere recibir
ya no tienes más que hacer;
que entre el hombre y la mujer
el dar suele ser pedir
y el recebir prometer.

MARQ. No pases más adelante,
que yo quiero que la tienda
la lleves.

GRIS. ¿Cuándo?

MARQ. Al instan[te]
para que mi dama entienda
que soy verdadero amante.
Mira que tu esclavo soy
si haces que Emilia bella
me libre de la querella
con que vivo.

GRIS. Yo te doy
mi fe de librarte della.—
De mi dama, decir quiero.
(*Aparte.*)

MARQ. Pues, amigo, ¿cuándo irás?

GRIS. Ya por ser de vuelta muero.

MARQ. Vamos luego, y llevarás
grande suma de dinero,
para que me desenredes
de la pena con quien lucho.

GRIS. Mira que corto no quedes
en el dar, que puedes mucho
si amas tanto como puedes.

(*Vanse, y salen* EMILIA *y la* DUEÑA.)

DUEÑA. ¿Qué dice el viejo?

EMIL. No hay quien
lo sufra.

DUEÑA. ¿Cómo?

EMIL. A Grisanto
quiere que quiera.
DUEÑA. Otro tanto
quiero, señora, también.
EMIL. Deso no me trates más,
pues ves que tan mal me sabe,
que donde la honra cabe
no cabe el amor jamás.
DUEÑA. En eso no has acertado,
señora, a mi parecer;
que si es deshonra el querer,
todo el mundo es deshonrado,
pues todos en general
rinden al amor el cuello,
desde el animal más bello
hasta el más feo animal.
EMIL. Yo, de mi naturaleza,
tengo fuerte el corazón.
DUEÑA. ¿No ves que es obstinación
lo que llaman fortaleza,
y que, cuando seas fuerte,
monstruosidad viene a ser,
pues una fuerte mujer
el orden común pervierte?
Que ella en vez de combatir
sólo ha de ser amorosa;
que Dios crió cada cosa
para lo que ha de servir,
y así, pues tal fortaleza
las Amazonas tuvieron,
sin duda alguna que fueron
monstruos de naturaleza.
EMIL. ¿Historias sabes?
DUEÑA. Y llenas
de muchos triunfos y glorias.
EMIL. Creo que sabes historias
por saber vidas ajenas.
A ti será menester
acudir con brevedad
cuando alguna facultad
quiera dejar de aprender.
DUEÑA. Pues a fe que...
EMIL. No te alabes,
que aunque seas bachillera,
por lo que ignoras te diera,
en albricias, lo que sabes.
DUEÑA. Luego ¿digo mal?
EMIL. Muy bueno
es querer darme a entender
que de un hombre una mujer
se agrade por gusto ajeno.

(*Entra un* PAJE.)

PAJE. Licencia de entrar, señora,
un joyero ha demandado.
EMIL. ¿Viene solo?
PAJE. Acompañado
viene.
EMIL. Pues entre en buen hora.
DUEÑA. Debe de traerte aquí
los guantes.
EMIL. Aunque son buenos,
agora le daré menos
de lo que entonces le di.

(*Entra un* JOYERO *con criados, con tienda.*)

JOYER. ¡O[h], mi señora!
EMIL. ¿A qué vienes
con tantos hombres cargados
de arquillas?
JOYER. Son mis criados
que traen todos mis bienes.
Con ellos a verte vengo,
y traigo por contentarte,
no a venderte, sino a darte
toda la hacienda que tengo.
EMIL. ¿No puedo saber tu intento?
JOYER. Después lo podrás saber,
pero primero has de ver
los bienes que te presento.
Aquí hay tres piezas que juro
que vinieron de la China,
porque son de seda fina
con los fondos de oro puro.
Aquí podrás ver de Italia
telillas de otra manera,
y en plomo, vidrio y madera,
ámbar, almizque y algalia.
Aquí muchos dijes vienen
con riquísimos remates.
Aquí hay perlas y granates
que supremo valor tienen.

Aquí hay ramos de corales
con guarniciones costosas,
y porcelanas preciosas
de las Indias Orientales.
Aquí hay de flores distintas
muchos colores, y guantes,
y aquí hay de solos diamantes
tres collares y tres cintas.
Recibe toda esta tienda,
porque tiene más valor
que la hacienda de un señor
aunque tenga mucha hacienda.

EMIL. Tanta cosa, ¿quién la invía?
JOYER. Un caballero que muere
por tu ocasión.
EMIL. Y ¿qué quiere?
JOYER. Dar muestras de su hidalguía,
que en mi casa te vió entrar
para comprar no sé qué,
y por no saber qué fué
lo que veniste a comprar,
me compró la tienda junta,
y te la da, como ves.
EMIL. Amigo, dime quién es.
JOYER. A sus obras lo pregunta.
EMIL. Ya de vello desconfío,
que puede tan raro hecho
engendrar esto en un pecho
tan estéril como el mío.
¿Qué haré, triste de mí,
que ya por hablarle muero?
Amigo, ese caballero,
¿dónde está?
JOYER. Cerca de aquí.
EMIL. No siente de amor el fuego,
pues huye de mi presencia.
JOYER. Como no tiene licencia,
no viene.
EMIL. Pues venga luego.
JOYER. Al momento será aquí.

(*Vase.*)

EMIL. Ya la tardanza me enfada.
¡O[h], enfermedad deseada!
¡O[h], admitido frenesí!
¡O[h], interés; o[h], furia [fuerte!
¡O[h], rabia no conocida!
¡O[h], muerte de nuestra vida!
¡O[h], vida de nuestra muerte!
Al fin, tú echaste raíces
donde no he podido yo;
este sí que es hombre, y no
ese Grisanto que dices.

(*Salen* GRISANTO *y el* JOYERO.)

¡Grisanto!
¡Señora!
EMIL. ¡Ay, triste!
¿Aquí entraste?
GRIS. Sí, señora,
que este hombre me dijo agora
que tu licencia me diste.
GRIS. ¿Luego tú me has enviado
el tesoro con que quedo?
GRIS. Sí, señora.
EMIL. Ya no puedo
quitarte lo que te he dado.
Ya, Grisanto, no me ofendes,
que puede mucho el valor
que me das, aunque mejor
será decir que me vendes,
pues de balde no me diste
tanta riqueza y caudal;
que si fuiste liberal,
de mi corazón lo fuiste.
Mas ¿dónde tantos despojos
y riquezas has ganado?
GRIS. Soy mercader que he tratado
en las Indias de tus ojos.
En ellas gané el tesoro,
y el servicio que te hago
es alcabala que pago
al rey que sirvo y adoro.
EMIL. Mucho, Grisanto, mereces,
y así puedes, como amante,
servirte de aquí adelante
desta casa que enriqueces.
Mayor la quisiera hacer
en pago de lo que has hecho,
que el que tiene grande pecho
grande casa ha menester.
GRIS. Pues grande es mi pecho fiel,

bien es que el tuyo se ablande,
que amor es quien le hace grande
porque tú quepas con él.
EMIL. Tú, ¿cómo en esta ocasión
por Grisanto no has rogado?
DUEÑA. Como mudó de abogado,
mudé de imaginación.
EMIL. Ya no es menester agora.
GRIS. Dichoso quien tal ha oído.
EMIL. En casa siento ruído;
vámonos luego.
GRIS. Señora,
mira que pueda por ti
dar a mis males remedios.
DUEÑA. Quien tiene tan buenos medios
no me ha menester a mí.

(Entranse y dase fin a la primera jornada.

JORNADA SEGUNDA

(Salen el MARQUÉS LUDOVICO *y el* CONDE URBANO.)

MARQ. Aquesto importa.
CONDE. ¿Por qué?
MARQ. Porque con cierto recado
a una dama le invié,
y sospecho que le ha dado
por suyo.
CONDE. ¿Es traidor?
MARQ. No sé.
CONDE. ¿Confías dél?
MARQ. Sí, que tiene
conmigo amistad estrecha.
CONDE. Pues sospechar no conviene
si confías.
MARQ. La sospecha
de la confianza viene,
porque el recado ha traído
y vino desacordado
en dos veces.
CONDE. Y ¿qué ha sido?
MARQ. Una vez que soy querido,
y otra que soy olvidado.
CONDE. No hay quien te pueda entender.
Conforme tú lo encareces
sospecha puedes tener,
que respuesta en muchas veces
ninguna se ha de creer.
MARQ. Sin duda que es desvarío
de Grisanto.
CONDE. Pues ¿qué quieres?
MARQ. Que pues de ti me confío
y en todas mis cosas eres
tan amigo y señor mío,
procures que esto se entienda.
CONDE. En todo servirte quiero.
MARQ. ¿No conoces un joyero
que en junto vendió su tienda
por gran suma de dinero?
CONDE. Grisanto se la compró,
según sospechó la gente.
MARQ. Sí, pero paguélo yo,
y el joyero juntamente
con Grisanto la llevó
a la dama con quien digo
que mi pretensión contrasta.
CONDE. Descansa, que yo me obligo
a sabello.
MARQ. ¿Cómo?
CONDE. Basta.
MARQ. ¿Es el joyero tu amigo?
CONDE. Yo me buscaré ocasión
para hacer lo que conviene;
mitiga del corazón
la pena.
MARQ. Grisanto viene,
muda de conversación.

(*Sale* GRISANTO.)

CONDE. No es muy lindo este joyero,
que porque tiene riqueza
pretende ser caballero.
MARQ. Pocas veces la nobleza
se compra con el dinero.
Sea mucha o sea poca,
la boca es la que la da;
pero la gente, que es loca,
con lo que la boca da
compra lo que está en la boca.
CONDE. Pues mayor culpa le doy,

porque éste, por sus pecados,
ayer tuvo tienda, y hoy
tiene caballo y criados.

GRIS. En gran confusión estoy,
porque de mi amigo fiel
la murmuración se ofrece.

MARQ. Lindas cosas dicen dél.

CONDE. Pues, Grisanto, ¿qué os parece
del caballero novel?

GRIS. Yo a defendelle me obligo,
porque tú le das, señor,
en cierto modo, valor.

CONDE. ¿Cómo así?

GRIS. Porque es amigo
de quien es tu servidor;
que si otros hombres hablaran
desta manera, y las menguas
de mi amigo publicaran,
yo les cortara las lenguas,
o la vida me quitaran.

MARQ. Paso, no estés tan cruel,
repórtate, vuelve en ti.

GRIS. Soy en todo amigo fiel.

CONDE. Al fin, ¿es tu amigo?

GRIS. Sí.

CONDE. ¿Qué tiene, que hablas por él?
¿Es valiente?

GRIS. No, señor.

CONDE. ¿Es discreto?

GRIS. No es discreto.

CONDE. ¿Es tierno?

GRIS. No tiene amor.

CONDE. ¿Tiene algún primor secreto?

GRIS. No tiene ningún primor.

CONDE. Y ¿es de linaje muy claro?

GRIS. No es de sangre principal.

CONDE. ¿Es de entendimiento raro?

GRIS. No, señor.

CONDE. ¿Es liberal?

GRIS. Antes pienso que es avaro.

CONDE. ¿Es músico?

GRIS. No lo es.

CONDE. Pues dime: ¿qué tiene?

GRIS. Es rico,
y ansí culpa no me des
si a querelle bien me aplico
por causa del interés.
Pues sigo las condiciones
de nuestra naturaleza;
porque los ricos varones,
como si fueran riqueza,
nos roban los corazones;
y a tanto viene a llegar
la fuerza del interese,
que al rico en cualquier lugar,
sólo porque puede dar,
le adoran como si diese;
que el dinero es un [h]echizo
que aunque da muerte, regala.

CONDE. Cierto, la razón que hizo
fué buena.

GRIS. No fué muy mala,
pues a mí me satisfizo.

CONDE. Desta amistad se colige
la sospecha que tenemos.

MARQ. Eso es lo que más me aflige;
vamos.

CONDE. Luego trataremos
de aquel negocio que os dije.

(*Vanse y queda solo* GRISANTO.)

GRIS. Al fin soy amigo ausente,
que es la mayor calidad;
mas la razón me desmiente,
porque tengo su amistad
en la boca solamente;
que en las obras no he mos-
tra[do
la que le debo guardar,
pero el amor lo ha causado,
si es lícito confesar
la culpa con el pecado.
Con todo, lo hago muy bien
con él, pues porque no pene
por la fuerza del desdén,
le digo que Emilia tiene
amor y no digo a quién.
Deste modo he procurado
engañarle, a mi pesar;
aunque es negocio probado
que en un hombre que es honrado
no es muy bueno el engañar.

(*Sale* MARCELA.)

MARC. ¿De quien la vida te dió
te vas, enemigo, huyendo?
Grisanto, ¿a quién digo yo?
GRIS. Yo por Grisanto me entiendo,
y por enemigo no.
MARC. Escucha.
GRIS. ¿Qué es menester?
MARC. Fementido, ¿de qué suerte
contigo me he de valer,
pues por fuerza para verte
has de jugar y perder?
Tú perdiste y yo pagué;
yo, que por engrandecerme
mil escudos te entregué;
que aun uno no me guardé
para de ti defenderme.
No imagines que he de ser
tan humilde como piensas
en sufrir y padecer,
que tus continuas ofensas
me enseñaron a ofender.
De tu agravio me sustenta
en mí una víbora brava,
y de suerte lo frecuenta,
que ni el agravio se acaba
ni la víbora se aumenta.
Un infierno hay dentro en mí
lleno de tormento eterno.
GRIS. ¿Luego eres infierno?
MARQ. Sí,
que me importa ser infierno
para vengarme de ti,
que en él habrás de parar
por tu culpa y desconcierto.
GRIS. Déjate de predicar.
MARC. Porque ha de ser en desierto
lo quiero, ingrato, dejar;
mas ten, villano, esperanza,
que al punto que muestras das
de tu súbita mudanza,
el relámpago verás
y el rayo de mi venganza.
Y pues muestras de tu amor
la mudanza desdichada,
yo, por vengarme, traidor,
soy culebra, que pisada
fuí del tosco labrador.
Soy tigre que acometer
suele cuando está parida;
soy leona y soy mujer,
y soy mujer ofendida,
que es lo más que puede ser.

(*Hase de querer ir* MARCELA *y detiénela* GRISANTO.)

GRIS. ¿Dó vas, Marcela?
MARC. Malvado,
déjame, que cobrar quiero
el corazón que te he dado,
y juntamente el dinero
de que te has aprovechado.
GRIS. Oye la verdad.
MARC. Reniego
de tu verdad, enemigo.
GRIS. Repórtate, ten sosiego.
MARC. Guarte, que hablando contigo
hablo palabras de fuego.
Fuego arrojo por la boca,
que mi pecho endurecido
como piedra siempre ha sido;
fuego enciende cuando toca
en el yerro de tu olvido.

(*Vase.*)

GRIS. Esta mujer va indignada;
mi vida está peligrosa,
que no hay cosa tan airada
como una mujer celosa
cuando está determinada.
Con todo, quiero volver
a gozar mi paraíso,
probando aquella mujer
que por interés me quiso,
y por él vino a caer.

(*Vase.*)

(*Salen* MAURICIO *y* EMILIA.)

MAUR. Todo quiero que se rija
como a tu gusto le cuadre,
ya que soy el primer padre
que le ha dado ser su hija.
Nada quedas a deber,
y pues me das el dinero,

yo te he dado el ser primero
y tú a mí el segundo ser;
mas por guardar el decoro
a la honra y a la hacienda,
mira que ninguno entienda
que tienes tanto tesoro;
pues una pobre mujer
a quien el cielo concede
tanta hermosura, no puede
sin sospecha enriquecer;
que en esta vida mortal
como todo es confusión,
hay muchas cosas que son
buenas y parecen mal.
Y en lo que toca al entrar
en casa Grisanto, advierte
que vaya y venga de suerte
que no dé que sospechar,
porque todo puede hacerse
sin que ninguno lo sienta,
que el hacerse no es afrenta,
sino el venir a saberse,
cuanto y más que del amor
de Grisanto he colegido
que no te pondrá en olvido
por conocer tu valor.

EMIL. No me hables de ese cruel,
que pues no ha venido a verme,
ya debe de aborrecerme.

MAUR. Luego ya mueres por él.

EMIL. No sé si vivo o si muero.

(*Sale la* DUEÑA.)

DUEÑA. ¡Señora, señora, albricias!
Ya tienes lo que cudicias,
Grisanto viene.

MAUR. Irme quiero,
porque a mi honor no conviene
que aquí en su presencia esté.

(*Vase.*)

EMIL. ¿Que ya viene, por tu fe?

DUEÑA. Antes por la tuya viene.
¡Gran bien mi vista te ofrece,
pues me tratas como sol!

EMIL. Sí, que eres el arrebol
del claro sol que amanece.

GRIS. No sé si podré fingir [*Ap.*]
lo que no tengo en el pecho.

EMIL. Grisanto mío, ¿qué has hecho,
que tardas tanto en venir?
¡Tan presto en olvido pones
el árbol tuyo, que dices
que se plantó con raíces
de tantas obligaciones!
Es imposible, Grisanto,
que te traiga el amor loco
a que tengas en tan poco
cosa que te cuesta tanto.
En balde me quieres dar
riqueza por tantos modos,
pues por alcanzar dan todos,
tú, por dejar de alcanzar.
¿Quién nunca tal cosa vió?

GRIS. Señora ¿de qué te alteras?
¿Pídote yo que me quieras?

EMIL. Y aun deso reniego yo.

GRIS. ¿Reniegas? Creello quiero,
pues cuando me despreciabas,
de la fe que profesabas
renegaste por dinero;
que eres gran renegadora
de tu fe, y podrás después
renegar por interés
de la que tienes agora,
y así no es justo que espere
de ti mejor proceder,
ni que muera por mujer
que por interés se muere.
Bien puedes con lo pagado
quedarte y enriquecerte,
que a trueco de conocerte
huelgo de habértelo dado.

EMIL. Grisanto, ¿estás loco, di,
que en tales extremos das?
¡Más, sin duda, sí lo estás,
que lo aprendiste de mí!
Loca he sido, pues tan presto
permití que me burlases.
y con dinero comprases
el poderme decir esto;
pero razón es que aquí

tomen llorando mis ojos
venganza de estos enojos.
GRIS. Ella se muere por mí. [*Ap.*]
¡O[h], qué linda operación
hizo aquel oro potable
que le di a beber!
EMIL. ¡Mudable!
¡Sin fe, sin ley, sin razón!
¡Falso, engañoso, hechicero!
GRIS. Por estas ofensas vivo.
EMIL. ¡Ingrato, soberbio, esquivo!
GRIS. Por estos agravios muero.
DUEÑA. Grande ha sido la mudanza
[*Aparte.*]
de este hombre y desta mujer.
EMIL. Pues en mí no puede haber
apetito de venganza,
y para llorar pesares
son fuentes los ojos míos...
Mas ¿qué digo fuentes?, ríos;
mas ¿qué digo ríos?, mares.
Razón es que acabe yo
la vida desta manera,
porque aborrecida muera
lo que tanto aborreció.
Mi honor habrá de perderse
donde nunca pueda [h]allarse,
pues tardará en apagarse
lo que tardó en encenderse;
que en mí se vuelve carbón
toda la plata y el oro,
pues he imitado el tesoro
del duende de tu afición.
Y tú, ingrato al pensamiento
con que tanto bien te hice,
entra en mi casa, infelice;
cobra tu hacienda al momento;
cobra tu fingido bien;
aunque si cobras, malvado,
todo aquello que me has dado,
pena cobrarás también.
GRIS. ¡Mi bien, mi luz!
EMIL. Enemigo,
déjame, que a morir voy.
GRIS. Luego ¿no ves que me estoy
burlando agora contigo?
Templa esos fieros enojos,
que esto ha sido por probarte.
EMIL. No quiero verte ni hablarte.
GRIS. Serena esos bellos ojos;
recoge esas perlas tuyas,
no las quieras derramar,
que se las quitas al mar
de las Indias, que son suyas,
EMIL. ¿Posible es, dulce homicida?
que esta fué prueba que hiciste?
GRIS. Sí, mi alma.
EMIL. Tú pudiste
darme muerte y darme vida.
Con esto he resucitado
de la muerte que pasé.
GRIS. Antes yo resucité,
pues tu firmeza he probado.
Dame esas manos, coluna
donde amor puede estribar.
EMIL. No las demandes, pilar
donde estriba mi fortuna,
pues tienes mi voluntad.
DUEÑA. Basta que quedan los dos [*Ap.*]
conformes; gracias a Dios
que pasó la tempestad;
mas ¿vióse cosa mejor,
que sin hablarse se miran,
y a un mismo tiempo suspiran?
¡Grande firmeza de amor!
Deshacer quiero el concierto.—
Señores contemplativos [*Alto.*]
¿están muertos, o están vivos?
GRIS. Yo, a lo menos, estoy muerto.
DUEÑA. Señora, tu padre viene;
salgamos luego a la sala.
EMIL. No quiero.
DUEÑA. Ya ves cuán mala
es la condición que tiene.
EMIL. Yo te quiero obedecer,
pues esto te importa tanto.
DUEÑA. Id con Dios, señor Grisanto,
que después podréis volver,
en la ocasión que más cuadre
para el honor de los dos.
GRIS. Alabado sea Dios,
que nunca me falta un padre.

(*Vanse y salen el* JOYERO *y un* CRIADO.)

JOYER. Di, ¿qué dijo el picador?
CRIADO. Que el caballo ha de traerte.
JOYER. Y ¿dijístele, por suerte, mi posada?
CRIADO. No, señor.
JOYER. Vuelve, y dile que demande, por las señas, mi posada.
CRIADO. Eso no sirve de nada, que es una ignorancia grande.
No hay juicio adonde quepa desde el más grande al más chi- [co,
porque la casa del rico ninguno hay que no la sepa.

(*Sale el* CONDE.)

CONDE. Este es sin duda.
JOYER. ¡Qué honor los muchos dineros dan!
CONDE. ¿Dó bueno, señor galán?
JOYER. ¡O[h], señor mío!
CONDE. ¡O[h], señor!
JOYER. ¿Qué hay en que servirte?
CONDE. Voy buscándote todo el día.
JOYER. ¿Qué manda vueseñoría?
CONDE. Cierto negocio.
JOYER. Aquí estoy.
¿Es secreto?
CONDE. Sí.
JOYER. Pues vete.
CONDE. No puedo negar, señor, que conozco en ti el valor que tu semblante promete.
Traes un no sé qué contigo de amigo muy verdadero; por eso ofrecerme quiero por tu verdadero amigo.
Mándame; verás quién soy.
JOYER. Soy, señor, esclavo tuyo por esto.
CONDE. De amigo suyo la fe y palabra le doy.
JOYER. Demasiado me obligaste con la merced que recibo; que es quererme por cautivo, y no por amigo.
CONDE. Baste.
JOYER. A servirte estoy sujeto.
CONDE. No quiere mi voluntad servicio, sino amistad.
JOYER. Las dos cosas te prometo.
Dime, señor, lo que es, y no lo dilates tanto.
CONDE. ¿No es amigo de Grisanto, un criado del Marqués?
JOYER. Sí, señor; su amigo soy.
CONDE. Pues mi amistad le prometo si me descubre un secreto.
JOYER. En gran confusión estoy; perdóneme su amistad.
CONDE. ¿Grisanto no le compró su tienda y se la llevó a cierta dama?
JOYER. Es verdad.
CONDE. ¿No fué con él al concierto?
JOYER. Sí, señor.
CONDE. Quiero saber en qué nombre la mujer la recibió.
JOYER. No sé cierto.
CONDE. ¿No estuvo presente?
JOYER. Sí.
CONDE. Luego bien lo sabe todo.
JOYER. Ellos hablaron de modo que jamás los entendí.
CONDE. Hágame aqueste regalo de decir lo que le digo, pues soy bueno para amigo, y para enemigo malo.
Con la vida compraré el ser la verdad sabida, que, pues me importa la vida, lo que me importa daré.
Reciba yo este favor por nuestra amistad jurada.
JOYER. Ya he dicho que no sé nada.
CONDE. ¿Es posible?
JOYER. Sí, señor.
CONDE. Este es villano, y no puedo averiguarme con él: [*Ap.*]
quiero fingirme cruel,

y atropellarle con miedo.—
Sin duda, loco insolente,
[*Alto.*]
pues en decillo te tardas,
que el secreto no le guardas
sino de mí solamente;
y aunque soy noble, me allano
a saberlo tan de veras,
que porque me lo dijeras
me holgara de ser villano.
Mas no importa que no abras
tu rebelde boca ya,
que tu garganta dará
sangre en lugar de palabras.
Apercíbete a decir
luego la verdad, traidor;
pues no quieres confesor,
mártir habrás de morir.

JOYER. Si no digo la verdad,
y me defiendo y peleo,
es porque morir deseo
mártir por el amistad.
Bien puedes darme la muerte
a tu gusto.

CONDE. Mete mano.

JOYER. No hayas miedo.

CONDE. ¡Al fin, villano,
que no quieres defenderte!

JOYER. Hacer puedes cuanto quieras.

CONDE. De cólera estoy temblando.
[*Aparte.*]
yo le mataba burlando,
y él me da muerte de veras.
Todo es poco, todo es nada
cuanto imaginando voy.

JOYER. ¿No me das la muerte?

CONDE. Estoy [*Ap.*]
por matarme con mi espada
y acabarme de perder;
pero primero hacer quiero
un remedio, que el postrero
y primero habrá de ser.—
Caro amigo, no te asombre
[*Alto.*]
tanta fuerza y tanta injuria;
que algunas veces la furia
no está en la mano del hombre.
Perdóname, y por mi amor
que esta cadena recibas,
y a decirme te apercibas
lo que pasó.

JOYER. ¡O[h], señor!
¿Cadena he de recibir?

CONDE. Esto te debo y aun más.

JOYER. Tanto harás y tanto harás,
que te lo habré de decir
y contar todo.

CONDE. Con sola [*Ap.*]
la cadena quedó atado,
como algún endemoniado
cuando le ponen la estola.
Agora he visto la hacienda
cuánto puede.

JOYER. Has de saber
que Grisanto a la mujer
le dió en su nombre la tienda.
Y esto es verdad.

CONDE. Tú me has puesto
con esto en obligación;
mas dime: ¿por qué razón
no me lo has dicho más presto,
y dejabas que te hiciese
el mal que hacerte quería?

JOYER. Sabrás, señor, que moría
porque la amistad viviese,
y aunque con fidelidad
estuve a morir dispuesto,
súbitamente con esto
quedó muerta el amistad;
y pues que su muerte es cierta,
bien me puedes perdonar,
que no le debo guardar
respeto después de muerta.

CONDE. De esa amistad no te acuerdes,
porque de veras te digo
que cobras en mí un amigo
harto mejor que el que pierdes,
pues más rico haré que estés,
aunque el interés te tuerza.

JOYER. Bien dices, porque no hay fuerza
que no tuerza el interés.
Y así, si en la guerra dura

pudiesen dar los soldados
en vez de golpes, ducados,
no habría cosa sigura;
que Alejandro sus grandezas
ganó con dos manos fuertes:
con la una daba muertes
y con la otra riquezas;
y pues tú las mismas dos
tuviste, dame licencia
para que de tu presencia
me vaya.

CONDE. Vete con Dios.

JOYER. El mismo contigo quede.

(*Vase.*)

CONDE. ¿Posible es que la riqueza
en nuestra mortal flaqueza
tanto vale, tanto puede,
y que un hombre que no es
de peso ni de valor
haya vencido al temor
y le venza el interés?

(*Sale el* MARQUÉS.)

MARQ. El Joyero he visto aquí
con Urbano.

CONDE. ¡O[h], señor mío!

MARQ. ¿Qué es aqueso?

CONDE. Un desafío.

MARQ. ¿Fué con aquel hombre?

CONDE. Sí;
que yo cuando tomo a cargo
alguna cosa, voy muerto
por hacella.

MARQ. ¿Has descubierto
el secreto?

CONDE. Es cuento largo.

MARQ. Dímelo presto, que yo
muchas cosas imagino.

CONDE. Vamos, que por el camino
te diré lo que pasó.

(*Vanse y sale* MARCELA.)

MARC. El amor, que me condena
a eterna tristeza y llanto,
de la culpa de Grisanto
quiere que tenga la pena;
que aunque ofenderme pretenden
con él tan unida estoy,
que soy la ofendida, y soy
la persona que me ofende.
Aunque bien considerado
el amor por interés
no es bueno, porque al fin es
amor vendido y comprado;
pero al amor le conviene
el ser comprado y vendido,
pues tal nombre ha merecido
por lo que de esclavo tiene;
que es locura y vanidad,
y deshonor del tesoro,
imaginar que con oro
no se compra voluntad.

(*Sale el* CONDE.)

CONDE. Mientras que está Ludovico
riñendo con su criado...

MARC. El Conde viene.

CONDE. ...he pensado
ver aquella que publico
por gloria de mi cuidado,
siendo un infierno amoroso.

MARC. ¿Qué pretendes, conde Urbano?

CONDE. Ver tu bello rostro hermoso.

MARC. ¿Y si lo sabe mi hermano?

CONDE. Estará dello invidioso.

MARC. Quejoso estar con razón
puede de tu fe dudosa,
que tener conversación
él ausente, es una cosa
entre amistad y traición.
Vete, por tu vida.

CONDE. Advierte
que si me voy, mi partida
matará mi buena suerte,
que yo vine por mi vida
y habré de irme por mi muerte.
Pero envíame de aquí
por la muerte que querías
darme por tu mano a mí;
que si a la muerte me invías,
también me invías a ti;
que ser mi muerte podrás

de crueldad con grande copia;
aunque tan cruel estás,
que por no darte a ti propia
la muerte no me darás.
Y pues este bien no gano
por mis engaños y dolos,
dame un favor soberano,
y es que, pues estamos solos,
te pueda besar la mano.
Dame este bien que te pido;
no le niegues a mi fe
la palma que ha merecido,
y a la ocasión deberé
lo que al amor no he debido.

MARC. ¿Mano me pides, traidor?

CONDE. Sí, que aprendo canto llano,
y para cantar mejor
quiero cantar por tu mano
las alabanzas de amor.

MARC. ¿No ves que cuando sabrás
todo el canto llano junto
contrapunto cantarás,
pues cantarás contra el punto
del honor que perderás?
¿Para qué quieres, villano,
dejar intentos tan buenos
de infamia y deshonra llenos?

CONDE. Ya que no me das la mano,
dame licencia, a lo menos,
para que la tome yo.

MARC. Si a tal la tuya se atreve
daré voces.

CONDE. ¿Quién dejó
de hacer un favor tan leve?

MARC. No lo es mucho.

CONDE. ¿Cómo no?

(*Salen el* MARQUÉS LUDOVICO *y* GRISANTO.)

GRIS. ¿Dó me llevas?

MARQ. A buscar
a quien sabe lo que digo.

MARC. Dos hombres he visto entrar.

CONDE. El Marqués viene.

MARC. Enemigo,
la vida te ha de costar.
Señor, muera este traidor
que emprendió tan gran maldad
en ofensa de tu honor.

MARQ. ¿Conde?

CONDE. ¿Marqués?

MARQ. Escuchad;
¿qué es esto?

[*Al oído a* LUDOVICO.]

CONDE. ¿No ves, señor,
que a tu hermana dije agora
lo que supe de Grisanto,
y como lo siente tanto
dice que muera?

MARQ. Señora,
de tu locura me espanto.

GRIS. Sin duda que esta mujer
me ofende.

MARQ. Para el castigo,
la verdad se ha de saber.

MARC. ¿No basta que yo lo digo?

MARQ. Otra cosa es menester.

MARC. ¿Y cuál es?

MARQ. Su confesión,
porque satisfecho quede.

MARC. ¿Tú no ves que la traición
es sin razón, y no puede
castigarse con razón?
¿Qué esperas? Mátale luego,
pues le tienes en tu casa,
que si la ocasión se pasa
no podrás.

GRIS. En vivo fuego
el corazón se me abrasa.

CONDE. ¡Qué bien me salió el enredo!
[*Aparte.*]

MARC. ¿Ya no has visto su malicia?
Dale la muerte.

MARQ. No puedo,
porque temo a la justicia.

MARC. ¿Un Príncipe tiene miedo?

MARQ. ¡[H]ola, Grisanto!

GRIS. ¡Señor!

MARQ. Ya estoy del negocio al cabo,
y sé que has sido, traidor,
la ruína y menoscabo
de mi fama y de mi honor.

Ya sé que los ojos pones
en cosas mías, villano;
ya sé que son tus traiciones
tan grandes, que con tu mano
de mi riqueza dispones;
y pues esto publicó
la que todo lo pregona,
confiesa lo que pasó,
porque lo ha dicho persona
que es tan buena como yo.
No tengas la lengua muda,
que importa mucho saber
esta verdad puesta en duda.

GRIS. ¿Posible es que esta mujer
[*Aparte.*]
de tanto amor se desnuda?

MARQ. Responde.

GRIS. Señor, no es justo
que en ello muestre desvío,
pues de mí propio confío
que he de acudir a tu gusto
primero que al honor mío.
Esa persona ¿no dice
que yo hice esa maldad?

MARQ. Sí.

GRIS. Pues soy tan infelice
que ella dice la verdad,
no hay por qué me escandalice.
Digo que traidor he sido,
y que en tus cosas he puesto
los ojos, como atrevido,
y que junto con aquesto
tu riqueza he destruído.
Si aquesto no te ha bastado,
imagina algún suceso
de tus daños fabricado,
que desde agora confieso
lo que habrás imaginado.
Todo cuanto quieras digo.

MARQ. ¿Oyes lo que confesó?

CONDE. Sí.

MARQ. Pues ven, Conde, conmigo,
que quiero acusalle yo,
y que sirvas de testigo.

MARC. ¿Cómo te vas de esa suerte?
¿No le matas?

MARC. A eso voy.

(*Vanse el* MARQUÉS *y el* CONDE.)

GRIS. ¿Tanto deseas mi muerte?

MARC. Antes deseando estoy
tu vida.

GRIS. ¡A[h], víbora fuerte;
pero no digo verdad,
que tú condición no es
víbora en la crueldad,
pues que das vida después
del parto desta maldad!
Eres mujer con pasión,
que todas, con la fiereza
de su pecho, monstruos son,
porque la naturaleza
siempre quiere hacer varón;
y pues te habré de llamar
el nombre que mereciste,
bien me podré consolar
con que me quieres quitar
la grandeza que me diste.
¡Bien te vengaste de mí,
pues le dijiste a tu hermano
que mil prendas recibí
de tu blanca hermosa mano,
por una que te ofrecí!
¡Bien la muerte me causaste;
bien a perpetuo destierro
mi corazón condenaste,
y si por dicha fué yerro,
bien en mi daño acertaste!

MARC. ¿Eres loco?

GRIS. Loco soy,
pues tú me tienes en poco.

MARC. Mi fe y palabra te doy
que lo muestras.

GRIS. Yo estoy loco
por ver que con seso estoy.

MARC. Si sospechas que a mi herma-
le dije aquello por ti, [no
la sospecha ha sido en vano,
pues fué por el conde Urbano
que se había entrado aquí;
y así con furor terrible

le dije que le matase.
GRIS. ¿Es posible?
MARC. Y tan posible,
que es verdad.
GRIS. ¡Que confesase
con engaño tan visible!
¿Posible es que tal afrenta
confesada por mí ha sido,
y sin caer en la cuenta
de mis males, he caído
en el que más me atormenta?
Huélgate, pues gusto hoy
que aquí se tope conmigo
mi enemigo; mas pues voy
en busca de mi enemigo,
¿qué mayor que el que yo soy?
Este nombre a mí me toca,
pues fuí tan poco discreto
y de prudencia tan poca,
que me ha salido el secreto,
y no el alma, por la boca.
¡O[h], quién tan dichoso fue-
que a pesar de la fortuna [ra,
de su mismo cuerpo hiciera
dos partes, porque la una
matar a la otra pudiera!
Pero pensar es mejor
que dos Grisantos he sido,
y hacer con fuerza y rigor
que Grisanto el ofendido
dé la muerte al ofensor;
y así con mi brazo fuerte
quiero...
MARC. Espera, por tu fe;
¿para qué te das la muerte?
GRIS. Bueno es pedir para qué,
viendo que estoy desta suerte.
Déjame.
MARC. No quieras darme
el tormento que me das
sólo por importunarme
que te deje, porque estás
muy enseñado a dejarme
y no te puedo dejar.
GRIS. Tu brazo de mí se aleje,
que ya no me quiero dar
la muerte.
MARC. Porque te deje,
te dejas tú de matar.

(*Salen un* ALGUACIL *y un corchete.*)

ALGUACIL.
¡Téngase al Rey!
GRISANTO.
Tenido soy.
ALGUACIL.
Las armas
deje al momento, y véngase a la cárcel.
MARCELA.
¿Por qué le prendes?
ALGUACIL.
¡O[h], señora mía,
perdona el desacato que en tu casa
hago por mandamiento de los Jueces,
que si fuera el negocio menos grave,
no sólo no prendiera yo a Grisanto,
pero aun le diera libertad sigura!
GRISANTO.
Sin duda que el Marqués ha dado queja,
[*Aparte.*]
y estoy a pique de perder la vida.
Pues sabes la verdad, que estoy sin culpa,
por tu nobleza mesma te suplico [*Alto.*]
me saques del peligro en que estoy puesto.
MARCELA.
¿No se puede saber qué daño hizo
Grisanto, que le prendes desa suerte?
ALGUACIL.
Pues ha de ser también negocio público,
bien lo puedo decir.
MARCELA.
Dilo al momento.
ALGUACIL.
Has de saber, señora, que tu hermano
estaba enamorado de una dama,
y, como en los amores no pudiese

ganar ninguna tierra o ningún cielo,
que este nombre merecen los favores,
determinó envialle con Grisanto
un infinito número de joyas
para ablandar su corazón con ellas.
Grisanto, enamorado de la dama,
le dió todas las joyas en su nombre
y se quedó con ellas, de tal modo,
que todo el mundo sabe este suceso,
porque hay muchos indicios y testigos
que a Grisanto lo oyeron de su boca.

MARC. Llevalde presto al traidor;
asilde, tenelde bien,
pues cometió tal error
contra el cielo y contra quien
me ha tenido tanto amor.
Muy bueno ha sido fingir
que te matabas, villano,
por quererme persuadir
que le dijiste a mi hermano
lo que habías de encubrir.
Tú eres, fementido, quien
no sólo me has despojado
de mi gloria y de mi bien,
mas la esperanza también
de cobralle me has quitado.
¿Cuándo pagarás, traidor,
toda esa riqueza mía
de que me quedas deudor?

ALG. Quizá pagará algún día.

MARC. Yo sé que es mal pagador;
que si él supiera pagar
lo que debe, es cosa clara
que le pudiera prestar
dineros con que pagara,
y pudiéndose librar,
deste trabajo saliera;
pero es desagradecido,
y así conviene que muera.

GRIS. Señora, un favor te pido
para pagarte siquiera,
y es que procures que yo
pueda, por alguna parte,
huír de quien me prendió,
porque al fin podré pagarte
si vivo, y si muero, no,
que la deuda es de valor,
y si el Marqués se querella,
moriré.

MARC. Eso es mejor,
porque perder tal deudor
será cobrar parte della.
Vete a morir, inhumano,
y no te me abones más,
que el pagar no está en tu mano,
pues pagar no me podrás
aunque pagues a mi hermano.
A mi hermano puede ser
que pagues con otros bienes;
pero a mí me has de deber,
ingrato, lo que no tienes,
ni jamás podrás tener.

GRIS. ¡Al fin, que prenderme mandas
tirana, cruel, perjura,
suerte, que no das ventura;
[h]ielo, que al sol no te ablandas;
cera, que al fuego estás dura!
¡Al fin me mandas prender
valiéndome yo de ti!
Agora vengo a entender
tu amor, cuando sobre mí
has tenido algún poder.
Mas con todo, nada hiciste,
que, como desta jornada,
tan limitado tuviste
el poder, no has hecho nada,
y has hecho lo que pudiste.
A la cárcel voy ufano
sólo por de ti apartarme,
donde está sabido y llano
que tu hermano ha de matarme
no más de porque es tu hermano.
Allí la gran fuerza suya,
por tu hermosura regida,
deseo que me destruya;
por quitarte aquella vida
que está en posesión de tuya;
por quitarte de los ojos
aquel que les ha causado
tantas tristezas y enojos;
por quitarte el que te ha dado

tantos triunfos y despojos;
por quitarte alguna parte
de aquesas entrañas frías:
que si yo pudiera darte
lo que deseo quitarte,
reina del mundo serías.

MARC. A todo lo que me dices
respondo desta manera.

(*Vase.*)

ALG. Cierto que se entra ligera;
mal lo ha hecho.

GRIS. No me atices
el fuego, deja que muera.
Vamos luego, y no te duela
la pena que yo cudicio.

ALG. Como el pensamiento vuela.

GRIS. Bien puedes hacer tu oficio,
pues el suyo hizo Marcela.

(*Vanse y sale* EMILIA *a una ventana.*)

EMIL. Las quejas de amor un tiempo
me ofendían las orejas,
y agora tengo sus quejas
por deleite y pasatiempo;
que aunque entonces el oíllas
me acababa la paciencia,
confieso que hay diferencia
de escuchallas a sufrillas.
Dígolo, porque Grisanto
se quejó de mi afición,
y agora me da ocasión
de hacer con él otro tanto,
y así he subido a quejarme
en el más alto lugar,
porque cerca pueda estar
del cielo que ha de escucharme.

(*Sale* GRISANTO *preso, con el* ALGUACIL.)

GRIS. Llevándome a la prisión
¿por esta calle me pasas?

ALG. ¿Por qué no?

GRIS. Porque traspasas,
con esto, mi corazón.

EMIL. De gente suena un tropel.

ALG. ¿Qué es lo que tienes aquí?

EMIL. ¡Ay, desdichada de mí,
Grisanto parece aquél!
Grisanto, escucha siquiera;
¿preso te llevan?

GRIS. Señora,
preso me llevan agora
como si no lo estuviera.
Mira qué gran desconcierto
se ha hecho contra tu nombre.

EMIL. ¿Has muerto, a dicha, algún [hombre?

GRIS. Antes voy porque me han muer-

EMIL. ¿Quién te ha muerto? [to.

GRIS. Aquesos ojos,
esa boca, esos cabellos.

EMIL. ¿Es posible que son ellos
la ocasión de tus enojos?
¿Posible es que cabe en mí
tan rigurosa inclemencia?

GRIS. Emilia, con tu licencia,
quiero decirte que sí;
porque has de saber, señora,
que el que a muerte me convida
te adora toda su vida,
si tiene vida el que adora,
y queriendo conquistarte
con la fuerza de su hacienda,
me mandó que aquella tienda
te trujese de su parte.
Yo, viendo que no podía
merecer tu gentileza,
te entregué aquella riqueza,
siendo del Marqués, por mía.
Al punto supo el Marqués
que contigo pude alzarme,
y así procura llevarme
a la prisión, como ves.

EMIL. Grisanto, yo no estoy viva.
¿Qué te [h]iela; qué te abrasa?
Venga el Marqués a mi casa,
y su dinero reciba.
No quiero riquezas más,
que antes de tenerte amor
te daba el oro valor
y agora tú se lo das.

GRIS. En todo tienes razón,

mas tanto el Marqués me abrasa,
que por no velle en tu casa
huelgo de ir a la prisión
y escoger lo menos malo.

EMIL. Dejémonos de eso agora;
¿señor Alguacil?

ALG. ¿Señora?

EMIL. ¿Gusta de hacerme un regalo?

ALG. Como no sea pedir
que deje libre a Grisanto,
yo lo haré.

EMIL. De ti me espanto
que eso me puedas decir,
pues no soy tan ignorante
que tal pida.

ALG. ¿Qué he de hacer?

EMIL. Que vayas por mí a saber
lo que vale este diamante,
con que no lleves contigo
ningún hombre a lo que vas,
que importa.

ALG. No digas más,
que yo a sabello me obligo.—
Pues supo disimular, [*Ap.*]
luego me quiero partir
y de Grisanto decir
que no lo he podido hallar,
pues sólo hizo prender
una mujer a Grisanto,
y para esto vale tanto
como nada una mujer.

(*Vase.*)

EMIL. ¿No ves, Grisanto, no ves
que esta tu esclava rendida,
con el interés vencida,
vence con el interés?
¡Bien tus hechos amorosos
he procurado imitar!

GRIS. ¿Quieres que suba a besar
aquesos pies venturosos? [rrido,
Mas ¡ay, Dios!, que estoy co-
porque el lugar de tus pies
el cielo, señora, es,
y así un imposible pido.

EMIL. Entra, que el alma se abrasa
por darte mejor lugar.

GRIS. Al fin entraré a besar
los ladrillos de tu casa,
que no en libertad me pones
con este grande favor,
que antes me prendes mejor
con hierros de obligaciones.

(*Vanse, y dase fin a la segunda jornada.*)

JORNADA TERCERA

(*Salen el* MARQUÉS LUDOVICO *y el* CONDE URBANO.)

MARQ. Digo, señor, que me espanto.

CONDE. ¿De qué?

MARQ. Del gran desvarío
de esta mujer, que ama tanto,
que me ha vuelto lo que es mío
porque le deje a Grisanto.

CONDE. ¿De qué suerte?

MARQ. Me invió,
sin quedárseme con nada,
toda la tienda que yo
llevar hice a su posada.

CONDE. ¿Y cobrástela?

MARQ. Pues no,
si ella cortó las raíces
al árbol de mi esperanza.

CONDE. Bien está, no lo autorices,
que si no fuera venganza
fuera cortedad.

MARQ. Bien dices;
pero aunque en esta contienda
mi fuego no se resuelve,
justo será que se entienda
que yo vuelvo por mi hacienda,
pues ella por mí no vuelve:
que pues yo no puedo hacer
que me quiera esta inhumana,
por ella quiero volver,
y hacer también que mi hermana
deje de echarla a perder,
porque sé que por su parte
la gasta y la echa mal.

CONDE. No por eso has de quejarte,
que en ser franca y liberal
tu hermana quiere imitarte.
MARQ. Voime, que siento ruído
en casa desta mujer.
CONDE. ¿Por qué te vas?
MARQ. Por no ver
mi daño.
CONDE. ¿Si habrá reñido?
MARQ. Aqueso debe de ser.

(*Vase el* MARQUÉS.)

(*Salen* MAURICIO, GRISANTO *y* EMILIA.)

MAUR. Pues llegó, Grisanto, el día
que fué noche para mí,
desta casa te desvía,
desta casa que por ti
ha dejado de ser mía.
GRIS. Que me perdones te ruego;
deja de inventar quimeras.
CONDE. Con la pérdida está ciego. [*Ap.*]
EMIL. Espera un poco.
MAUR. ¿Qué esperas?
EMIL. No te vayas.
MAUR. Vete luego.
EMIL. Quédate en casa, centella
de amor.
MAUR. Vete, ardiente brasa.
EMIL. Queda, a pesar de mi estrella.
MAUR. Salte luego de mi casa.
EMIL. No quiero que salgas della.
MAUR. ¿Qué es esto, hija?
EMIL. ¿Qué es esto,
padre?
MAUR. Así tu furia crece.
GRIS. Entre los dos estoy puesto,
divididme si (h)os parece,
que a morir estoy dispuesto.
Deshágame quien me ha he-
y cada cual su porción [cho,
lleve conforme a derecho,
y el amor que está en mi pecho
juzgue como Salomón. [quiero,
Que me hagáis dos partes
que el amor que (h)os he tenido
como espejo verdadero
podrá verse, aunque partido,
en cualquier dellas entero.
MAUR. Nada de eso te pregunto,
que aunque la razón te sobre
estás en tan fuerte punto,
que eres necio, loco y pobre,
que es decillo todo junto.
Vete luego.
EMIL. También yo
con él habré de ausentarme.
MAUR. Traidora ¿quién tal pensó?
EMIL. De ti bien puedo apartarme,
pero de Grisanto, no.
MAUR. Entrate en casa.
EMIL. No quiero.
MAUR. Aunque más con él te abraces
EMIL. ¡O[h], padre terrible y fiero!
¡Grisanto!
GRIS. ¡Emilia!
EMIL. ¿Qué haces?
MAUR. Quiero morirme.
EMIL. Yo muero.
MAUR. Con esto tendremos paces.

(*Queda el* CONDE *retirado a una parte y* GRISANTO *a otra.*)

GRIS. Yo muero porque te vi,
rabio porque no te veo,
lloro este bien que perdí,
combato con mi deseo,
y al fin fin muero sin ti;
pero, pues tengo tal suerte
que tu vista he de perder,
conviene darme la muerte,
porque si te vuelvo a ver
no habré sentido el no verte.
CONDE. Gran lástima tengo dél.
GRIS. ¿No será bueno matarme
con esta espada cruel,
o, para más lastimarme,
ponerme al cuello un cordel?
Pero estos medios dejar
importa, pues tengo uno,
que es en mis males pensar,
pues es medio que estorbar

no me le puede ninguno.

(*Llega el* CONDE *a hablar a* GRISANTO.)

CONDE. Cierto, tu pena es terrible.
GRIS. ¡O[h], señor!
CONDE. O[h], amigo fiel.
GRIS. ¿Viste mi dolor cruel?
CONDE. No el dolor, que es invisible,
pero sí la causa dél.
GRIS. Pues ¿qué te parece della?
CONDE. Que tienes, Grisanto, el gusto
harto mejor que la estrella.
GRIS. ¿No te parece que es justo
morir por Emilia bella?
CONDE. Sí, por cierto; mas ¿por qué
su padre tu amor contrasta?
GRIS. Porque tengo mucha fe,
y poco dinero.
CONDE. Basta.
GRIS. ¿Sabes mi mal?
CONDE. Ya lo sé.
CRIS. ¿Quién te lo dijo?
CONDE. El marqués
Ludovico.
GRIS. El ha causado
esta fortuna que ves.
CONDE. ¿Cómo es posible?
GRIS. El ha dado
con mis gustos al través.
CONDE. Pues ¿qué te ha hecho?
GRIS. Ha querido
cobrar lo que a Emilia di,
y su padre lo ha sabido.
CONDE. ¿No había de cobrar?
GRIS. Sí,
pero con menos ruído;
que las culpas amorosas
no se han de llamar errores,
pues son suertes más dichosas
errar con cosas de amores
que acertar en otras cosas;
y demás de la opinión
que por su causa he perdido,
condenando mi traición,
de casa me han despedido;
mira si tengo razón
de decir que lo ha hecho mal,
pues en su casa, señor,
siempre he sido muy leal.
CONDE. Es difícil ser traidor
en casa tan principal.
GRIS. No es tan difícil, que si...
CONDE. ¿Qué dices?
GRIS. Que si el secreto
me guardas, sabrás de mí
cierta cosa.
CONDE. Yo prometo
guardalle.
GRIS. Pues oye.
CONDE. Di.
GRIS. Es, pues, el cuento, señor,
que Marcela se desvela
en menospreciar tu honor,
y en quererme.
CONDE. ¿Quién?
GRIS. Marcela.
CONDE. ¿Marcela te tiene amor?
GRIS. Y della favorecido
tanto he venido a valer,
que si fuera mal nacido
y traidor, pudiera ser
lo que imaginan que he sido.
CONDE. ¡O[h], mujeres! ¡O[h], cria-
GRIS. Bien sus maldades castigo. [dos!
CONDE. ¿Qué dices?
GRIS. Que con ducados
suele regalarme
CONDE. Amigo,
los que se precian de honrado[s],
en ofender las mujeres
no ocupan su pensamiento,
y pues tan honrado eres,
muéstralo aquí.
GRIS. Si lo cuento
es porque sabello quieres,
y también porque [yo] sé
que no lo has de publicar,
y también, señor, porque
me lo ayudes a callar,
que yo sólo no podré.
CONDE. Tú solo lo callarás,
pues un hombre eres discreto,

y aun quizá te volverás
menos que uno, que el secreto
los menos le guardan más,
y más éste, que te doy
palabra que es de gran peso.

GRIS. Pues a guardalle me voy.

CONDE. Bien puedes.

GRIS. Tus manos beso.

CONDE. En gran confusión estoy
con lo que éste me ha contado;
sin duda que esta maldita
me deja por un criado:
¡por un criado me quita
la vida que no me ha dado!
Quien de criado se fía
todo le saldrá al revés,
porque el que criado es
es un hombre que se cría
para enemigo después.
Es un perro comedor
que no hay cosa que no empren-
pues tras comerse el traidor [da,
la carne, que es el hacienda,
roe el hueso del honor;
y por eso no me espanto
que el Marqués haya querido
decir que le gasta tanto
su hermana, porque habrá sido
para dárselo a Grisanto.
Voy a triunfar de su gloria
con la industria manifiesta
de una obligación notoria,
que la vitoria que cuesta
no deja de ser vitoria.

(*Vase y sale* MARCELA.)

MARC. Ya dicen que mi enemigo
de su dama está apartado,
y pues della está privado,
bien puede privar conmigo;
aunque no puede el que adoro
ser ya de mí regalado,
pues mi hermano me ha quitado
las llaves de su tesoro.

(*Sale* GRISANTO.)

GRIS. Dios sabe con qué temor
vengo a ver esta cruel.

MARC. Grisanto parece aquél;
sin duda me tiene amor,
pues viene a verme después
de los disgustos pasados.

GRIS. Como tengo granjeados
los criados del Marqués,
de entrar aquí no reparo
por sacar algún provecho,
para granjear el pecho
de aquel viejo tan avaro
que me quita de las manos
el bien que el cielo me invía.

MARC. ¿Grisanto?

GRIS. ¿Señora mía?...
No son mis intentos vanos. (*Ap.*)

MARC. Tan presto a verme te ofrece
quien en tal trance me ha pues- [to.]

GIRS. A ti te parece presto,
y a mí un siglo me parece
porque al fin te debo amor,
y ya que tan mal lo hago
que lo que debo no pago,
confieso que soy deudor.
Perdona, Marcela hermosa,
si en mí he sentido otro fuego;
que como mi fin es ciego,
tropezó en cualquiera cosa.
Templa, señora, el castigo
que amor me da con tu mano,
y entre tanto que tu hermano
está indignado conmigo,
líbrame con tu poder
de la hambre con que vengo.

MARC. ¿Hambre tienes?

GRIS. Hambre tengo.

MARC. Busca luego de comer.

GRIS. Ya, señora, está buscado.

MARC. Cómpralo.

GRIS. Falta el dinero
para comprar lo que quiero.

MARC. Pues ¿tan presto te ha faltado
la comida?

GRIS. Sí, señora,
porque una vez la compré,
y aquel a quien la pagué

no la quiere dar agora
sin que se la pague bien,
porque en este tiempo bueno
no sólo cuesta lo ajeno,
pero lo proprio también.

MARC. Grisanto mío, Dios sabe
con cuánta tristeza quedo,
sólo por ver que no puedo
remediar tu pena grave;
pues del gasto que tenía
de ser liberal contigo,
mi hermano, que es mi enemigo,
me ha privado en este día.
Mas si tanto has menester
comer, yo me quiero entrar,
y a mis criados mandar
que te saquen de comer.

GRIS. En tu casa no me agrada
que la comida me des.

MARC. Pues ¿no es buena?

GRIS. Buena es,
pero no está bien guisada.

MARC. No es hambre sino regalo,
todo aqueso.

GRIS. Estoy hambriento
de gusto y no de sustento.

MARC. Si es bueno el gusto, no es malo.
Gente viene; yo me voy;
espera un poco.

GRIS. ¡Ay de mí!
posible es que vivo aquí,
donde vivo y muerto estoy,
pues para que esté perdida
mi gloria de cualquier modo,
permite el cielo que todo
me falte, sino la vida.
Todo me falta; no hay quien
me dé la gloria que espero,
pues por faltarme el dinero,
me falta Emilia también.

(*Sale el* CONDE.)

CONDE. Siempre me ha de perseguir
Grisanto.

GRIS. ¿Señor?

CONDE. ¿Qué es esto?
¿Cómo has venido tan presto?

GRIS. Mejor fuera no venir.

CONDE. Por tu vida, ¿qué has pasado
con aquesta mi homicida?

GRIS. Yo lo diré por la vida
que Marcela me ha quitado.
Sabrás, señor, que después
que tuve tan mala suerte,
con la que, siendo mi muerte,
parte de mi vida es,
buscando dineros fuí;
mas como tiene el dinero
un nombre que acaba en nero,
es muy cruel para mí.
Al fin no le pude hallar
donde pensé restaurarme,
que sólo para anegarme
suele tener agua el mar;
pues Marcela, que solía
darme lo que busco yo,
no puede, porque perdió
la libertad que tenía.

CONDE. ¿Cómo un hombre de tus prendas
dice tan gran desconcierto? [dice
Ten esperanza.

GRIS. Por cierto,
a buen Santo me encomiendas.
Ella es tal, que si se alcanza
por su medio el bien que espero,
desde agora no le quiero
por no tener esperanza;
que como la vida acorta,
causa tormento doblado,
porque el cuchillo embotado
tarda en cortar, y al fin corta.
Pero voime en busca della,
porque me acorte el vivir.

CONDE. ¿Dó vas, Grisanto?

GRIS. A morir;
digo, a vivir sin la estrella
que en la noche tenebrosa
de la ausencia me acompaña.

(*Vase.*)

CONDE. Paréceme cosa extraña
ver que en el mundo no hay cosa

que enfrene al hombre que es [bueno
tras de su propio cuidado,
que al caballo desbocado
la espuela sirve de freno.

(*Sale* MARCELA.)

MARC. ¿Grisanto?
CONDE. Agora se va
en este punto de aquí.
MARC. Sin duda no estoy en mí;
¿pues dónde fué? ¿Dónde está?
CONDE. ¡O[h], más que una tigre fie- [ra!
¡O[h], más que una peña esquiva!
¿Que al fin no quieres que viva?
¿Que al fin permites que muera?
Ya sé, cruel, que a Grisanto
más que a tu vida le quieres,
ya lo sé, y de ser quién eres
vengo a formar nuevo espanto.
Tu condición singular
lobo y loba viene a ser;
digo loba, en escoger;
digo lobo, en devorar;
porque a mí con cruda guerra
me has muerto, y has escogido
uno que criado ha sido
y del polvo de la tierra.
Poco al cielo has imitado,
por quien yo tenerte debo,
pues por no criar de nuevo
buscas un hombre criado.
Mejor es, porque se vea
tu potencia milagrosa,
que críes en mí una cosa
que a tu semejanza sea.
Estímala si ha salido
capaz de tu vivo fuego,
y si no arrójala luego
al infierno de tu olvido.
MARC. Agora responderé
a todo lo que has propuesto.
CONDE. No me respondas a esto,
y corresponde a mi fe.
MARC. ¿Cómo sabré que es verdad
eso que me has referido?
CONDE. De que verdad no haya sido
tengo más necesidad;
pero ¿cómo negar puedes
que no quieres a Grisanto,
pues tras de querelle tanto
le has hecho tantas mercedes?
Ya, ingrata, ya me han conta- [do
que de escondido le das
muchas riquezas, demás
del corazón que le has dado;
y así, pues tanto le alabas,
mucho a pagar te prefieres
lo que dél recebir quieres,
pues lo que le das le pagas.
El te vino a demandar
parte agora de esos bienes,
y sé que tú no los tienes
para podérselos dar;
mas porque tengas, cruel,
verdadera inteligencia,
de saber que hay diferencia
de ti a mí y de mí a él,
quiero darte, aunque es injusto,
con que le puedas valer,
que quiero, Marcela, ser
instrumento de tu gusto.
Porque con esto acreciento
el gusto de mi contrario,
que es archivo y relicario
donde está tu pensamiento,
que al fin ya le tengo amor
como a ti misma.
MARC. ¿Por qué?
CONDE. Porque como me dejé
perder por solo un favor,
por donde quiera que vas
busco en ti lo que perdí,
y como no estás en ti,
paso al lugar donde estás,
que es Grisanto, a quien adoro
de la suerte que conoces,
y a quien deseo que goces
por medio de mi tesoro.
Toma el dinero, señora,

y envía luego por él;
toma, y no seas cruel
conmigo y con él agora,
que aunque con su amor me [alteras,
no puede causarme espanto
ver que quieras a Grisanto,
como de saber que quieras.

MARC. ¿Qué imaginas, qué pretendes?

CONDE. Mi hacienda pretendo darte.

MARC. Sin duda debes burlarte.

CONDE. Más con aqueso me ofendes;
alarga esa mano blanca,
y la verdad probarás.

MARC. ¿Quién vió persona jamás
tan liberal y tan franca, [*Ap.*]
que al contrario haya querido
favorecer con diñero?
Sin duda que es verdadero
el amor que me ha tenido,
y en parte me causa pena
su voluntad admitida,
que en ser poco conocida
se echa de ver que era buena.

CONDE. Toma luego, que me ofendes
con las dilaciones más.

MARC. No recibo lo que das,
sino lo que dar pretendes.

CONDE. Tú sabes mi pretensión?

MARC. Sí.

CONDE. ¿Cuál es?

MARC. Darme un tesoro
que excede en valor al oro.

CONDE. ¿Dónde está?

MARC. En tu corazón.

CONDE. Luego ¿por tuyo le cobras?

MARC. Y con amor infinito.

CONDE. ¿Cómo así?

MARC. Porque está escrito
con letras de buenas obras.

(*Vase* MARCELA *y sale el* MARQUÉS.)

MARQ. El más fuerte corazón,
el más noble, el más prudente,
de ordinario se arrepiente
de lo que hace con pasión.

CONDE. Dime, ¿qué tienes?

MARQ. Hermano,
por Emilia pierdo el seso.

CONDE. ¿Agora vienes con eso?

MARQ. Luego ¿es tarde?

CONDE. No es temprano,
porque te acuerdas después
que le quitaste tu hacienda.

MARQ. Bien se puede haber la enmienda
con otro tanto interés.

CONDE. Determina qué se haga.

MARQ. Eso el corazón cudicia.

CONDE. Pues vamos, que por justicia
pide un favor quien le paga.

(*Vanse.*)

(*Sale el* JOYERO *sin espada.*)

JOYER. ¡Pobre Grisanto! ¡Qué pena
por mi codicia le doy,
y ansí tan corrido voy
con esta infame cadena,
que por arrojarla estoy!
¡Mal haya la libertad
deste mundo y su tesoro,
pues fué tanta su maldad,
que volvió en cadena de oro
la que lo fué de amistad!

(*Sale* GRISANTO.)

GRIS. ¿De qué suerte podré hallar
riqueza que importe tanto?
Será bueno saltear
los caminos.

JOYER. De Grisanto
me quiero agora apartar,
que tengo lástima dél
y culpa de velle ansí.

GRIS. Aquí está mi amigo fiel;
mas ¿qué es esto, que de mi
se aparta como cruel?
Bien parece que mi amigo
no me ve como solía.

JOYER. ¡O[h], señor Grisanto!

GRIS. Digo
que es grande bellaquería
ésta que has hecho conmigo.

Digo que maldad ha sido,
digo que ha sido traición.
JOYER. Sin duda que lo ha sabido.
[*Aparte.*]
Hermano, tienes razón;
pero culpa no he tenido,
[*Alto.*]
que el interés lo ha causado.
GRIS. Di qué ha sido, porque yo
no sé nada.
JOYER. ¡Ay, desdichado!
¿Que no sabes nada?
GRIS. No.
JOYER. Pues ¿por qué me has afrentado
diciendo que era maldad
lo que agora cometí?
GRIS. Porque fué poca amistad
dejar de hablarme.
JOYER. ¡Ay de mí!
GRIS. Dime luego la verdad,
que me abraso en vivo fuego;
acaba.
JOYER. Sabrás, señor...
GRIS. No te turbes, dilo luego,
que sin duda eres traidor,
pues te turbas.
JOYER. No lo niego.
Sabrás, querido Grisanto,
que del venturoso punto
que nuestras manos se dieron
el inseparable ñudo,
mi pecho con tu amistad
quedó tan fuerte y robusto,
que emprendiera cualquier cosa
sin defensa y sin escudo;
pero vino el conde Urbano,
que es grande enemigo tuyo,
todo armado de cautelas,
como de valor desnudo;
entró conmigo en batalla,
porque le importaba mucho
participar del secreto
que entre los dos sólo cupo;
hizo en mi pecho su lanza
lo que un flaco y débil junco
puede hacer en las paredes
de un alto y soberbio muro,
y perdiendo la esperanza
de tener rastro ninguno,
me dió el encuentro mayor
que a nadie se dió en el mundo:
con esta cadena de oro,
con este traidor oculto,
con este sol que nos ciega
con su rayo ardiente y puro,
con este metal que es blando,
y ablandar suele al más duro,
con este fuego, que todo
suele convertirse en humo,
con ella al fin lo ha sabido,
que, como su pecho injusto,
me dió más de lo que quise,
más lo que quiso supo.
GRIS. Infame, traidor, villano;
¿es posible que el secreto
le dijiste al conde Urbano?
¡No fué de ningún efeto
darme de amigo la mano!
Quiero vengarme de ti,
pues preciaste el interés
más que el amigo, y de mí
me quiero vengar después,
pues tal amigo escogí.
Luego te quiero matar,
y el puñal con furia brava
en tu pecho sepultar,
para que ocupe el lugar
adonde el secreto estaba.
JOYER. ¿Así la muerte me das?
GRIS. Sí, traidor; así te mato.
JOYER. Pues cómo: ¿no mirarás
que amigos somos?
GRIS. Ingrato,
con eso me ofendes más,
pues mirar no lo quisiste
cuando aquesto publicaste.
JOYER. Yo seré tu esclavo.
GRIS. Baste
que el secreto prometiste
guardar y no lo guardaste.
Apercíbete a morir,
pues tu pecado lo ordena.

JOYER. Oye.
GRIS. ¿Qué quieres decir?
JOYER. Que te daré la cadena,
porque me dejes vivir.
Tómala, señor, y advierte
que en aquesta instable rueda
no hay pecho de hombre tan fuerte
que del interés se pueda [librar de ninguna suerte.
GRIS. Basta que tú me la des;
no lo alabes si te place,
pues tanta su fuerza es,
que hasta los agravios hace
perdonar el interés.
Yo te perdono.
JOYER. ¡O[h], señor,
a ser tu esclavo me obligo
por tu nobleza y valor.
GRIS. Que lo agradezcas, amigo,
a la cadena es mejor,
pues ella me satisfizo
lo que por ella ha faltado,
que en parte abona el pecado
imaginar que se hizo
por lo que fué perdonado;
y pues tan grande sosiego
la cadena me promete,
levántate y vete luego.
JOYER. Que me perdones te ruego.
(*Vase.*)
GRIS. Ya estás perdonado, vete.
Ya que me fué tan propicio
este metal hechicero,
tocalle luego cudicio
en el toque verdadero
del corazón de Mauricio.
Luego se la voy a dar,
porque mi sol eclipsado
me deje un punto mirar,
que un amante desdichado
hasta el ver suele pagar.
(*Vase.*)

(*Salen el* CONDE *y* MAURICIO.)

CONDE. Y no repares, señor,
en la honra impertinente,
pues la hacienda es un licor
que las manchas fácilmente
saca de cualquier honor.
El Marqués os ha enviado
lo que recebido habéis;
mirad, pues sois hombre honrado,
la obligación que tenéis
en ley de habello tomado.
MAUR. Eso no pudiera hacerse
sin que lo supiera yo,
porque si viene a saberse
que lo que quiso alcanzó,
mi honra vendrá a perderse.
CONDE. Sí, mas no lo quiere oír
Emilia, que está furiosa.
MAUR. ¿Tal cosa he de consentir?
¿Es posible que tal cosa
se me pueda a mí decir?
Sin duda es de amor exceso
que Emilia, con su desdén,
al Marqués le tenga preso
siendo hija de hombre a quien
se le pueda decir eso,
y a mí es bien que se me pida
lo que a mi honor no conviene.
CONDE. Reportaos, por vuestra vida,
que yo sé que el Marqués tiene
la voluntad comedida.
Con su vista soberana
quiere que su mal se aplaque,
y el hacello es cosa llana,
porque será con achaque
de visitar a su hermana.
Vos se la podéis llevar,
donde delante de vos
la pretende sólo hablar,
de suerte que sólo Dios
lo sepa en este lugar;
y pues que su pretensión
es hablar, ¿en qué os ofende
publicando su pasión?
MAUR. Pues hablar sólo pretende,
digo que tiene razón.
A llevarla quiero ir
de la suerte que ordenáis.
CONDE. Será imposible decir

el bien que con eso dais
y el que habéis de recibir.

MAUR. Luego iré.

CONDE. Pues de esa suerte
voy a ganar las albricias.

(*Vase.*)

MAUR. ¡O[h] interés terrible y fuerte
que daño hacerme cudicias,
pues ya me has dado la muerte!
Ya resistirte no puede
el seso que Dios me dió,
pues porque contento quede
el Conde me engaña, y yo
me dejo engañar adrede.
A ti te quiero dejar
que me engañes, porque el daño
se pueda disimular;
aunque no hay tan grande engaño
como dejarse engañar.

(*Sale* EMILIA.)

EMIL. ¿Qué es esto, señor? ¿Qué tienes
que ansí estás?

MAUR. Melancolía.

EMIL. Debe ser porque los bienes
nos han faltado.

MAUR. Hija mía,
¿qué puede faltar, pues vienes?
¿Quieres hacerme un placer?

EMIL. Mándame, y no digas tal.

MAUR. Que vayas conmigo a ver
una mujer principal
que te quiere conocer.

EMIL. ¿Quién es?

MAUR. Marcela, la hermana
de Ludovico, el Marqués.

EMIL. No iré de muy buena gana;
pero, pues tu gusto es,
quiero ir.

MAUR. ¿Cuando?

EMIL. Mañana.

MAUR. No, hija; luego es mejor,
porque quiere conocerte
y hacerte mucho favor.

EMIL. Quiero, pues, obedecerte.

MAUR. ¿No irás luego?

EMIL. Si, señor.
¿Julia?

DUEÑA. ¿Señora?

EMIL. Sacad
los mantos.

DUEÑA. ¿Los dos?

EMIL. Los dos,
que como sois mi mitad
no puedo salir sin vos.

(*Vanse* EMILIA *y la* DUEÑA.)

MAUR. ¡Qué hermosura, qué bondad!
¡Mal haya quien tal ofende!
Mas no es bien que el bien le sobre,
pues ninguno se defiende
del interés, si le emprende
en la ocasión que está pobre.

(*Vase y sale* GRISANTO.)

GRIS. Si tan notable ventura
esta cadena tuviese
que ver con ella pudiese
del bello sol la luz pura,
al punto la colgaría
en el templo que consagro
a mi fe, como milagro
de la triste ausencia mía.
Con ésta pienso prender
al que idolatra el tesoro;
que en ser cadena y ser oro
dos prisiones viene a ser.

(*Salen la* DUEÑA, EMILIA *y* MAURICIO.)

MAUR. Bien ves esto.

GRIS. El corazón
de placer saltos me ha dado.

MAUR. Ya estaba maravillado
que no hallaba un tropezón.

EMIL. ¡Grisanto es éste!

GRIS. ¡Ay de mí,
que he visto aquella que adoro!
Si con la cadena de oro
conquistalla puedo aquí,
mía será la vitoria.

MAUR. Disimular es mejor. [*Ap.*]

GRIS. Si quieres darme, señor,
licencia de ver mi gloria,
demás de mi corazón
esta cadena os daré
por ello, y me quedaré
con otra de obligación.
Dejadme mirar el bien
que me ofrece el cielo santo;
basta que le encubre el manto,
no le encubráis vos también;
y perdonadme si aquí
este gusto he procurado.

MAUR. Loquillo, inconsiderado,
¿cadena me dais a mí?
Volvelda si la traéis
de alguna persona hurtada.

GRIS. Recibilda si os agrada,
que esta cadena que veis
no mejora de lugar,
aunque es de grande valor,
pues del cuello de un traidor
al vuestro se ha de pasar;
que ella por echar el sello
a su queja y a la mía,
si supiese hablar, diría
lo que va de cuello a cuello.
¡O[h] avaro, o[h] cruel, o[h] ciego!
Por tomar venganza rabio;
pero si de aqueste agravio
dejo de tomarla luego,
agradecello podéis
al firme amor que sustento
y al mesmo agradecimiento,
que es la hija que tenéis.

MAUR. Todo aquesto es desvarío
de un loco desatinado;
vamos luego.

GRIS. ¡Ay, desdichado!

EMIL. Perdona, Grisanto mío,
que no puedo hablarte aquí,
que tengo a mi padre miedo.

GRIS. ¿No puedes?

EMIL. No.

GRIS. Pues yo puedo
morir, Emilia, por ti,
(*Quédase solo.*)
y dar fin a mis antojos
con el diluvio del llanto...
Pero ¿qué es esto, Grisanto?
¿Qué es lo que han visto tus ojos?
Todos los tres se han metido
en la casa del Marqués;
sin duda por interés
debe de habella vendido.
¿Quién puede tener paciencia
para el mal que así le ofende,
o quién remedio pretende
para tan grande dolencia?
¿En qué pena, en qué cuidado
el viejo cruel me ha puesto,
pues con ardid manifiesto
la cadena no ha tomado?
Mejor es morir, mejor
es dar fin a la esperanza,
y tomar luego venganza
de aqueste viejo traidor.
Ir quiero a la casa luego
del que me da este pesar,
y las puertas abrasar
con las llamas de mi fuego.

(*Vase* GRISANTO, *y salen* MARCELA, EMILIA, MAURICIO *y la* DUEÑA.)

MARC. Como el valor que tenéis
sólo a vos, señora, imita.
me pesa que en la visita
por la mano me ganéis;
porque primero quisiera
gozar un bien tan subido;
pero en esto habéis querido,
como en todo, ser primera.

EMIL. Ya que me queréis decir
estas lisonjas que siento,
dadme algún merecimiento
con que las pueda admitir
sin caer en vanagloria.

MARC. Comenzaos luego a sentar,
que de asiento he de gozar
desta soberana gloria,

y culpar viéndola a quien
no da de querella indicio; (1)
siéntese, señor Mauricio.
MAUR. Así, señora, estoy bien.

(*Salen* URBANO *y* LUDOVICO.)

URBAN. ¿Está advertida su hermana?
LUD. Muy bien advertida está.
URBAN. Según esto, ¿bien sabrá
lo que ha de hacer?
LUD. Cosa es llana.
¿Qué es esto, señor Mauricio?
¿En mi casa?
MAUR. Sí, señor.
LUD. Por cierto que es gran favor.
MAUR. Antes pequeño servicio.
LUD. ¿Qué se ofrece?
MAUR. Visitar
quiere a tu hermana mi hija.
LUD. Mi casa se regocija
con merced tan singular.
Pues tal bien, Marcela, os vie-
con vos a gozalle vengo. [ne,
MARC. Algún invidioso tengo.
URBAN. También Emilia le tiene.
MARC. ¿Qué sabéis de amor?
EMIL. Señor,
no sé nada; sólo sé
que guardo y me guardan fe.
MARC. Una estoy probando agora,
y aunque no parece mucha,
al fin la habré de admitir.
LUD. Por mí lo debe decir.
CONDE. Dichoso quien tal escucha;
y aunque a oír tal gloria ven-
estorbos me dan la muerte. [go,
LUD. Mi enfermedad es más fuerte,
que celos y estorbos tengo.

(*Sale* GRISANTO.)

GRIS. No os espantéis si he venido
a echar a mi mal el sello,
que colgado de un cabello
mis sospechas me han traído
y en este lugar me han puesto.
LUD. ¡Traidor Grisanto!
GRIS. Señor,
ni Grisanto ni traidor
puedes llamarme.
LUD. ¿Qué es esto?
¿Conmigo te atreves tanto,
que vienes donde yo estoy
siendo Grisanto?
GRIS. No soy
sino aquel que fuí Grisanto;
mas tal desdicha he tenido,
que, pues por faltarme el ser
a nadie puedo ofender,
ofendo con lo que he sido.
LUD. Tú pagarás con la muerte
ese atrevimiento loco.
EMIL. Señor Marqués, poco a poco;
no me ofendáis de esa suerte.
LUD. ¿Yo te ofendo?
EMIL. Señor, sí.
LUD. ¿De qué manera?
EMIL. ¿No entiendes
que si a mis ojos ofendes,
vienes a ofenderme a mí?
Pues si tu boca escupió
al cielo tantos enojos,
se volverán a tus ojos,
que, según dices, soy yo.
Mira, señor, que Grisanto
es la lumbre de estos míos,
que están agora hechos ríos
con la abundancia del llanto;
no apartes con la venganza
que pide tu corazón
del muro de mi afición
la yedra de mi esperanza;
que yo de ninguna suerte
seré desagradecida,
pues viviré con su vida
y moriré con su muerte.
LUD. Di, ¿por qué le quieres tanto?
EMIL. Porque no sabe olvidar.
LUD. ¿Y si te olvida?
EMIL. Es pensar
un imposible en Grisanto.

(1) En el texto, *indicio, indicio.*

LUD. Experimentallo es bien;
¡[h]ola, Grisanto!
GRIS. ¡Señor!
LUD. Esta es gran prueba de amor.
CONDE. Y aun de desamor también.
LUD. ¿Bien ves que pierdo la vida
por amor de esta mujer?
GRIS. Harto bien se echa de ver.
LUD. ¿También sabes que me olvida?
GRIS. También lo sé.
LUD. Pues, amigo,
aunque es verdad que hiciste
tan grande ofensa, que fuiste
digno de cualquier castigo,
yo te perdono de suerte,
que en el perdón general
te pido perdón del mal
que determinaba hacerte:
solamente que me dejes
este regalo que amor
me da y me quita.
GRIS. Señor,
aunque más de mí te quejes,
aunque me perdones más
y aunque más quieras culparme,
de ningún modo apartarme
de mi pretensión podrás.
LUD. ¿Y si a mi casa te vuelvo
con la privanza y favor
que antes tuviste?
GRIS. Señor,
en no hacello me resuelvo.
LUD. ¿Mi privanza no es de suerte
que muchos bienes alcanza?
GRIS. Sí, señor; pero es privanza
que en privación se convierte.
Yo habré de quedar perdido
porque tú puedas ganar.
LUD. A[h]ora bien, yo quiero dar
otro tanto como pido.
GRIS. Mucho es eso.
LUD. Has de saber
que si haces lo que digo
daréte, Grisanto amigo,
a mi hermana por mujer.
Considera bien que es justo
hacer lo que digo aquí,
que pues doy a mí por mí,
con el honor pago el gusto.
GRIS. Perdona, que es por demás
pensar que he de contentarme.
MARC. A ti quiero perdonarte,
mas no al dolor que me das;
que con el dolor esquivo
quedo, por mi desconcierto,
cuantò a la esperanza, muerto,
y cuanto al tormento, vivo.
¡Ay, desdichado!
CONDE. Señor,
¿qué tienes desta mujer?
MARQ. Urbano, ¿qué he de tener
sin ella, sino dolor,
pues a Grisanto he pedido
que olvide su rostro bello,
mas no puede, pues por ello
mil cosas he prometido,
y es todo, al fin, por demás?
CONDE. ¿No ha querido este cruel?
MARQ. No.
CONDE. Pues déjame con él
y lo que puedo verás.
MARQ. Si tú me libras, Urbano,
del mal que conmigo lucha,
yo seré tu esclavo.
CONDE. Escucha,
y por cuñado te gano,
que ha mil años que padezco,
por tu hermana, muchos males.
MARQ. Si con esta empresa sales,
desde agora te la ofrezco.
CONDE. Grisanto, yo quiero hablarte.
GRIS. ¿Qué mandas?
CONDE. Pedirte quiero
cierta cosa; mas primero
de pedirte, quiero darte,
y ansí te prometo dar
gran parte de mi tesoro:
diez mil ducados en oro
y una casa y un lugar,
y hacer que tú salgas rico
desta amorosa contienda,
si con su querida prenda

queda el marqués Ludovico.
Deja luego esa mujer,
que el gusto de su belleza
le hallarás en la riqueza
sin trabajo de querer.
Apagar luego es mejor
en ti la amorosa llama
que el dinero es una dama
que siempre te hará favor.

GRIS. Que al fin, señor, ¿seré rico
si olvido aquesta mujer?

CONDE. Digo que rico has de ser
si das gusto a Ludovico.

GRIS. ¿Seré señor de vasallos?

CONDE. Sin duda que lo serás,
y demás desto tendrás
ropas, dineros, caballos.

GRIS. ¿Dónde están?

CONDE. Testigos tienes
que pueden dar de tu parte
de como prometo darte
todo aquesto de mis bienes,
si olvidas aquesta dama.

GRIS. Pues desde agora la olvido.

CONDE. Grisanto queda vencido.

MARQ. Vitoria ha sido de fama.

CONDE. Cumple tu palabra luego.

EMIL. ¡Ingrato, amor te destruya!

MARQ. Urbano, Marcela es tuya;
desde agora te la entrego.

CONDE. Dadme, señora, la mano
y tomad por ella el alma.

MARQ. Yo quiero daros la palma
de la vitoria que gano.

EMIL. Traidor, pues quieres vender-
y por interés trocarme, [me
tan posible es olvidarme,
como imposible quererme.
No me espanto, fementido,
que quede olvidada yo,
porque tu amor se crió
a los pechos de mi olvido.
Yo un tiempo no te quería,
y agora tú me olvidaste;
¡bien, villano, te vengaste
de aquella flaqueza mía!,
y así afligirme no quiero
de ver que me ha de querer
el Marqués, sino de ver
que me olvidas por dinero.

GRIS. Señora, en lo sucedido
hago lo mismo que hiciste:
tú por interés quisiste,
yo por interés olvido;
y pues por él te he dejado,
poca tu pena será,
porque él te consolará
como a mí me ha consolado.

CONDE. Ya, Grisanto, no hay más flan-
que das gusto a Ludovico. [des

GRIS. Sí, que olvidar y ser rico
son dos regalos muy grandes.

MARQ. Mayor mi regalo es,
pues la gloria que esperaba
comenzando deseaba
la fuerza del interés.

(*Entranse todos, dándose fin con esto a la comedia.* LAUS DEO.)

FAMOSA COMEDIA

DE

LA SUERTE SIN ESPERANZA

POR

GASPAR AGUILAR

POETA VALENCIANO

LOS QUE HABLAN EN ELLA:

El Rey don Fernando el Católico.
Gobernador.
Mauricio.
Leonarda.
Lamberto.
Olfos, *su criado.*
Teobaldo.
Padre *de* Lavinia.
Lavinia, *su hija.*
Ascanio.

Lauso y Menalio. } *Pastores.*
Rosardo y Cintia. } *Pastores.*
[*Un amigo de* Teobaldo.]
[*Tres* Criados *de* Mauricio.]
[Inés.]
[*Un* Pescador.]
[*Un* Criado.]

LOA[1]

Armeni[c]os basilicos;
índicos rinocerontes;
arábigas, [h]idras fieras;
illíricos escorpiones;
las engañosas panteras,
cocodrilos y dragones;
las cíbolas venenosas,
y los grifos voladores,
los cerdosos jabalíes,
los africanos leones;
las áspides egipcianas
y los toros españoles;
los caballos, los camellos,
los rangíferos veloces;
los dromedarios ligeros
y los elefantes nobles;
voraces y agrestes lobos,
hircanas tigres feroces,
y las más ocultas tierras
de los coronados montes,
las incomparables furias
del lago de Flegetonte,
si se considera bien,
todo está sujeto al hombre.

(1) Véase *El hijo obediente.*

Burladoras atalayas,
antepechos defensores,
puertas de hierro colado,
fortísimos torreones.
Minas, cuevas, terraplenes,
fortificados bestiones,
[h]ondos fosos, altas puentes,
almenas y muros dobles;
pirámides, obeliscos,
castillos, fuerzas y torres,
pilares de jaspe y mármol;
columnas, peñas y bronces;
las urcas y galeazas
con jarcias y municiones;
las milagrosas galeras
con lámparas y faroles;
las moriscas galeotas;
los cristianos galeones.
los pequeños bergantines;
los navíos de alto borde;
los esquifes perezosos
los patajes corredores,
y las fragatas ligeras,
todo está sujeto al hombre.
Sueltan cursados neblíes
los ya diestros cazadores,
y con las plumas ligeras,
el ligero viento rompen;
la garza bajan al suelo,
los cazadores la corren:
al fin se humilla la garza,
y el soberbio cuello encoge.
A los fieros avestruces,
que pesado hierro comen,
tuvieron en prisión dura
los antiguos Faraones.
Al furioso puercoespín
que en [h]ondas huertas se es-
con lebreles irlandeses [conde,
persiguen, matan y cogen.
Al celebrado unicornio
una doncella le ponen,
a quien, benigno, se llega
donde le [h]umillan prisiones.
Las aves que el viento cría
y las fieras de los bosques,
sirven al hombre, que al fin
todo está sujeto al hombre.
La tierra produce plantas,
las plantas producen flores,
las flores producen frutos,
el hombre los frutos coge.
Si el hombre todo lo puede,
y del uno al otro Norte
no hay cosa que se le esconda,
ni animales que no dome,
¿cómo pediré silencio,
cómo podré dar un corte
para que los ingeniosos
nuestras faltas nos perdonen,
y la presente comedia
vuesas mercedes nos honren (1),
y el oro de su nobleza
nuestros hierros cubra y dore?
Nuestra comedia empezamos,
y a discretas elecciones
nos sujetamos, que al fin
todo está sujeto al hombre.

FIN DE LA LOA

JORNADA PRIMERA

(*Suenan dentro cascabeles, como cuando corren caballos, y hágase grande alboroto, y dígase dentro:*)

1. Gallardo sale el overo.
2. Parece ques un centauro
el caballo y caballero.
3. Al rucio se debe el lauro
de brioso y de ligero.
1. ¡Bella crin!
2. ¡Hermosa piel!
3. Todo el mundo está suspenso
de ver su brío y tropel.
1. Al aire imita.
3. Antes pienso
que el aire le imita a él.
2. Con gran furia parte el bayo.
1. De la esfera celestial

(1) En el texto: *vuesas mestedes.*

parece que sale un rayo.
2. ¡Jesús, Jesús!
3. Grande mal.
1. Por no matar a un lacayo
torció al caballo la rienda,
y en una esquina chocó.

(*Salen* MAURICIO *y* LEONARDA.)

MAUR. No hay, hermana, quien entienda
tu condición.
LEON. ¿Cómo no?
[1] A Dios, señor, te encomienda.

(*Dentro.*)

MAUR. En nuestra calle hay carrera,
y ¿no la sales a ver?
LEON. Soy muy poco ventanera.
[2] ¿Dónde le queréis meter?

(*Dentro.*)

3. En esta casa primera.

(*Sácanle.*)

MAUR. ¡O[h], hermanos! ¿Qué ha sucedido?
1. Entramos aquí a Lamberto
que en este punto ha caído
de un caballo.
MAUR. ¿Viene muerto?
3. Sino es que viene dormido,
muerto viene.
LEON. ¡Gran dolor!
3. A nadie jamás responde.

(*Sale* OLFOS.)

OLF. ¿Adónde está mi señor Lamberto?
MAUR. Detente.
MAUR. ¿Adónde
está del mundo el valor?
¿Adónde está la nobleza,
la honra, la cortesía,
el brío, la fortaleza,
la discreción, la hidalguía,
el ingenio, la agudeza?
MAUR. ¿Qué quieres?
OLF. Nadie me impida
el ver su hidalga persona,
aunque a la muerte rendida,
que quiero, como Leona,
darle con mi aliento vida.
MAUR. Loco viene.
1. Este suceso
le ha privado la razón.
OLF. Que decís verdad confieso,
pero en aquesta ocasión
es locura tener seso.
MAUR. ¿No ves que está fatigado?
¿De qué sirve atormentarle?
OLF. ¿Qué importa?
MAUR. Poner cuidado
en curarle o sepultarle
será lo más acertado.
Yo desde agora recibo
dentro en mi casa a Lamberto,
donde a darle me apercibo
sepultura, si está muerto,
y remedio, si está vivo. [mento,
Tú, hermana, aguija al mo-
y porque a cobrar empiece
nuevo brío y nuevo aliento,
manda que se le aderece
en mi cuarto un aposento,
que yo voy por un doctor.
OLF. Eres, al fin, principal.
1. ¡Gran nobleza!
2. ¡Gran valor!
LEON. La lástima de su mal
se ha convertido en amor;
pues aunque jamás le di
el alma ni el corazón,
por lo que en él conocí,
secreta disposición
de quererle siento en mí;
que este pecho de diamante
labra con rara virtud.

(*Vase.*)

MAUR. Llévenle a casa al instante,
que allí para su salud
se le dará lo importante;
y yo, con la brevedad

que requiere un mal tan fuerte,
buscaré por la ciudad
médicos que tengan suerte,
junto con [h]abilidad.
Juntaré de cirugía
la gente más docta y sabia;
y traeré a costa mía,
con los perfumes de Arabia,
las drogas de Alejandría.
¡Toda esta grande fineza
no es pompa, no es gravedad;
que remediar con presteza
cualquiera necesidad
es pensión de la nobleza.

(*Vase.*)

(*Salen* TEOBALDO *y un* AMIGO *suyo.*)

TEOB. ¿Con qué título engrandeces
mi renombre y apellido,
viéndome infinitas veces
más triste y más afligido
que Edipo?

AMIG. Bien lo encareces.

TEOB. Un Tántalo desdichado
en mí mismo represento;
pues a tal punto he llegado,
que quedo ahito (1) y hambrien-
muerto de sed y anegado. [to,
Todo en mí se vuelve atrás
cuando importa que me sobre;
mira bien esto y verás
que soy el rico más pobre
que nadie ha visto jamás.

AMIG. ¿De qué gimes? ¿De qué llo-
¿No te vienes a casar [ras?
con la que quieres y adoras
y a ceñir y coronar
esas sienes vencedoras?
¿De qué sirve atormentarte
con rigor tan inhumano?

TEOB. ¿Yo a casarme?

AMIG. Tú a casarte,
y a recebir en tu mano
el vitorioso estandarte.

TEOB. Pues, porque veas mi suerte,
pues porque entiendas mi enga-
[ño,
pues porque llores mi muerte,
pues porque gimas mi daño,
oye, atiende, escucha, advierte.
De Barcelona la rica
vine a la noble Valencia,
ciudad insigne y famosa
en majestad y en grandeza,
y tan verdadera madre
de los que en ella se albergan,
que a todos da de ordinario
el pecho de su nobleza.
En ella ocupé los años
de mi edad florida y tierna
en acabar, como noble,
altas, heroicas empresas:
no hubo justas ni torneos,
ni otras militares fiestas,
donde con armas lucidas
no hiciese mi fama eterna.
Muchas veces me vi armado
con espaldar, peto y grebas,
sacando, entre muchas plumas,
garzotas blancas y negras;
y después que vi los soles
que esta ciudad hermosean,
y de sus rayos divinos
arrojan vivas centellas,
los ojos puse en Lavinia,
que en discreción y en belleza
todas las damas le ofrecen
la corona y la diadema.
Quísela, améla, servíla,
de amor con grande fineza,
y por ser pobre, en efeto,
no me atreví a pretenderla;
enfrené mi corazón,
porque ya que la pobreza
no da bríos ni osadía,
da discreción y prudencia;
pero su padre, que busca
un yerno que tenga hacienda,
en Zaragoza la casa:

(1) En el texto: *ohito.*

¡grande mal, desdicha inmensa!
Aunque la mayor ha sido
casar a Lavinia bella
con un Lamberto que tiene
comigo amistad estrecha,
el cual me envía poderes
de su mano y de su letra,
y quiere que en su lugar
me despose (1) yo con ella.
Si esto es favor y ventura,
si esto es descanso y riqueza,
¿qué será agravio y desdicha?
¿Qué será enojo y miseria?
Pero ¿qué es esto que digo?
¿Quién me agravia, quién me afrenta?
¿Quién de Lavinia me aparta?
¿Quién de Lavinia me aleja?
¿En tan poco he de tener
el amor que puse en ella,
que yo con mi mano propia
le he de ofrecer alma ajena?
¿Tan loca ha de ser mi mano,
tan cruel y tan sangrienta,
que ha de ser traidora al alma
que la rige y la gobierna?
¿Es posible, cielo santo,
que he de dar la mano en prenda
del agravio que se hace
de mi fe pura y sincera?
Quitármela determino,
porque mientras yo la tenga,
no podré tener excusa
para dejar de ofrecella;
que en el juego que conmigo
la instable fortuna juega,
sospecho que por la mano
he de perder la paciencia,
y así luego será justo
cortármela.

AMIG. Aguarda, espera,
que sale gente.

TEOB. ¿Qué importa?

AMIG. Condenarán tu imprudencia.

(1) En el texto: *ecspose*.

(*Salen* LAVINIA *y su* PADRE.)

PADRE. Pues tiene hacienda y valor,
no lo vamos dilatando.
¿Que está esperando el señor
Teobaldo?

TEOB. Desesperando
hubieras dicho mejor.

LAVIN. No lo puedo dilatar
siendo gusto de Lamberto.

TEOB. ¿Tal he venido a escuchar?

PADRE. ¡O[h], señor Teobaldo!

TEOB. Muerto
quedo agora de pesar.

LAVIN. Esta merced recibida,
Teobaldo, se os debe a vos,
y así es deuda conocida
serviros.

TEOB. Líbreme Dios [*Ap.*]
desta ingrata agradecida.—
¿Viene bastante el poder
para desposarme? [*Alto.*]

PADRE. Sí.

TEOB. ¿Pues qué falta agora?

PADRE. Hacer
el desposorio.

TEOB. ¡Ay de mí! [*Ap.*]

AMIG. Buen ánimo es menester.
[*A* TEOBALDO.]

TEOB. A mí nada me acobarda
de cuanto en el mundo está.

PADRE. Vamos, que ya el cura aguarda,
y luego se danzará
una pavana y gallarda.

TEOB. Hacer agora quisiera
un gran disparate.

AMIG. Calla.

TEOB. De muy buena gana diera
la mano, si para dalla
del brazo la dividiera;
pero, con todo, es razón
agora disimular:
quizá con esta ocasión
algún día podrá dar
alivo a mi corazón.
(*Vanse.*)

(*Salen* LAMBERTO *y* OLFOS.)

OLF. No sé qué mal te ha venido
en esta ocasión, Lamberto,
que te veo quedar muerto
después de convalecido.
Aquesta contrariedad
¿en qué, dime, está fundada?
Porque ya la luz te agrada,
ya buscas la escuridad;
ya hablas, ya quedas mudo,
ya estás triste, ya contento,
ya estás comido, ya hambriento,
ya vestido, ya desnudo.
Pasión que tanto te apura,
parece, por vida mía,
que es fin de melancolía,
y principio de locura.
Como a conocer acierta
Mauricio, tu enfermedad,
va por toda la ciudad
buscando quien te divierta.
Hasta su hermana también
en servirte se señala.

LAM. ¿Quién dices que me regala?

OLF. Su hermana Leonarda.

LAM. ¿Quién?

OLF. Leonarda, su hermana.

LAM. ¡Ay, triste;
un dolor me ha dado aquí!

OLF. Tu enfermedad conocí
por mucho que la encubriste.
El dedo malo he tocado,
y así te quejaste luego.

LAM. Si estoy en llamas de fuego
confundido y abrasado,
¿es mucho que por la boca
despida vivas centellas?

OLF. No es mucho, mas conocellas
fué [h]abilidad.

LAM. Y no poca.

OLF. Soy comadre de parir
en conocer los antojos.

LAM. Por la boca y por los ojos
he comenzado a decir,
Olfos, mi pena y dolor.

OLF. Y Leonarda ¿qué responde
a tu dolor?

LAM. Corresponde,
que es la respuesta mejor.

OLF. Luego ¿tu cruel dolencia
tendrá alivio desa suerte?

LAM. No dudo yo en ello.

OLF. Advierte
que estás casado en Valencia
por poder.

LAM. ¿Qué he de advertir?

OLF. Que te puede resultar
muy grande daño.

LAM. ¿De amar
me puede daño venir?

OLF. Tu Leonarda ¿no es doncella?

LAM. Y de notable valor.

OLF. Pues si la gozas, señor,
¿no te has de casar con ella?
Y siendo casado harás
que un obispado te den.

LAM. ¿Tú no ves que en querer bien
me fundo agora no más?

OLF. ¿Y si ella te da lugar?

LAM. Cansaréla con desvío.

OLF. ¿Y eso es bueno?

LAM. Hermano mío,
el fin de amor es amar.

OLF. ¿Luego tú, sin interés,
andas por Leonarda muerto?

LAM. ¿No está claro, no está cierto?

OLF. ¡O[h], qué amor tan portu-
[gués! (1)

LAM. Fío de la industria mía
y así a quererle me obligo.

OLF. Primero de un enemigo
que de ti mismo te fía;
porque si te fías dél,
cobrarás alguna cosa
con ejecución forzosa
o con venganza cruel;
pero si quieres fiar
de ti el gusto que no apruebas,

(1) En el texto se escribe: *interez y portugues.*

cuando a ti mismo te debas
¿quién por ti te ha de pagar?
Cuanto más que si tu amor,
Mauricio, a saber alcanza,
aunque no tome venganza
podrá llamarte traidor;
pues habiéndote hospedado,
de su hermana te enamoras.

LAM. Siempre temes, siempre lloras.

OLF. Soy prudente y soy honrado.

(*Sale* MAURICIO.)

MAUR. Por poder averiguar
una sospecha, ando muerto.

OLF. Mauricio viene.

MAUR. ¡O[h], Lamberto!

LAM. ¿Cómo te podré pagar,
Mauricio, el grande favor
con que quisiste obligarme?

MAUR. El no pensar en pagarme
será la paga mayor,
que esta gran merced de haber
mi posada ennoblecido,
después de haberla servido
te la quedaré a deber;
y así de noche y de día
voy por todo este lugar
buscando con qué alegrar
tu grande melancolía,
pues entre ramos y flores
procuro alivio a tus males
con fuentes artificiales
llenas de mil surtidores.

LAM. No estés deso cuidadoso,
que la pena con que lucho
me sustenta.

MAUR. Antes de mucho
vendrá un baile muy curioso,
con músicos de opinión,
para que gusto te den.

LAM. ¿Cantan los músicos bien?

MAUR. Los de la Comedia son.

LAM. Buenos serán.

OLF. Ven, Lamberto,
que será cosa de risa.

LAM. ¿De qué tienes tanta prisa?

OLF. Ando por los bailes muerto.
¿Quieres el brazo?

LAM. ¡Pues no!

OLF. Bien te puedes afirmar.

LAM. Palo fuera bien llevar.

OLF. ¿Qué mejor palo que yo?

(*Vanse.*)

(*Queda* MAURICIO *solo.*)

MAUR. No hay en el mundo persona
que no juzgue a desconcierto
sospechar yo que Lamberto
a mi hermana se aficiona;
mas pues llegué a sospechar,
quiero hacer como hombre sabio;
que la sospecha es agravio
dejada de averiguar,
y así pienso que le debe
comunicar sus enojos,
quien hablarle con los ojos
en mi presencia se atreve.
Y como esto se remedia
con traza y con invención,
le traigo en esta ocasión
el baile de la Comedia.
De máscara he concertado
que vengan, para poder,
metido entre ellos, saber
si está della enamorado;
y si, como yo sospecho,
le tiene el alma ofrecida,
aunque me cueste la vida
he de quedar satisfecho.

(*Vase.*)

(*Sale* LEONARDA.)

LEON. Aunque el tiempo y la ocasión
me lo vayan estorbando,
como aguja voy mirando
el norte de mi afición.
De mí misma me perdí
siguiendo este desconcierto;
por eso busco a Lamberto
sólo por hallarme a mí;

mas pues es razón fundada
en amor puro y constante
que de ordinario el amante
está con la cosa amada,
en vano el alma buscó
al que la vida le da,
que yo estoy donde él está
y él está donde estoy yo.

(*Salen* OLFOS *y* LAMBERTO.)

OLF. Aquí podemos, señor,
esperar el baile agora.
LEON. Lamberto viene.
LAM. ¡O[h], señora,
en mucho estimo el favor
que por sólo hacerme bien
me has hecho en haber venido!
LEON. Sólo a ti que me has traído
se debe.
LAM. ¿A mí?
LEON. ¿Pues a quién?
LAM. Agora sí que me ha dado
esta enfermedad la vida.
LEON. ¿Cómo estás de la caída?
LAM. Hasta el cielo levantado,
porque me dió tal virtud
la píctima que me diste
cuando a curarme veniste,
que estoy muerto de salud;
aunque, diciendo verdad,
enfermo siempre he quedado,
que solamente he pasado
de una a otra enfermedad.
Del mal que no me guardé
enfermo vine a tu casa,
y del fuego que me abrasa
enfermo della saldré.
LEON. Esa calentura fiera
que te tiene agora tal,
dime, Lamberto, ¿es mortal?
LAM. Pluguiera a Dios que lo fuera,
pero no muere jamás
este mal terrible y fuerte,
porque comienza por muerte,
que es el fin de los demás.
LEON. Fiero mal, bravo accidente,
gran pena, grave dolor;
mas la enfermedad de amor
que se dice no se siente,
y del mal que amor causó
en el corazón felice,
tiene fin lo que se dice
y lo que se siente, no.
Por eso de tu dolencia
no imagines quedar muerto
de ningún modo.
OLF. Lamberto,
acuérdate de Valencia.
LEON. ¿Por qué quieres que se acuerde
della tu señor agora? [de
OLF. Porque es un pueblo, señora,
más que abril florido y verde,
y demás de los jazmines
que esmaltan sus arboledas,
tiene limones y sedas,
confituras y chapines;
tiene pastillas, pebetes,
perfumes y cazoletas,
cantimploras y limetas,
regañadas y congretes;
y aunque Pallas y Minerva
en ella tienen su estado,
el trono más levantado
para Venus se reserva;
por eso digo, señora,
que se acuerde de Valencia
para amar.
DENTRO. Si dan licencia
podrán ver el baile agora.
LEON. El baile viene.
OLF. ¿Abriré
la puerta?
LEON. Abre al momento.
LAM. Cualquiera divertimiento
es agravio de mi fe.

(*Salen los del baile con máscaras,* MAURICIO *entre ellos, y bailan.*)

LAM. El mejor baile es que vi.
LEON. La palma es razón que lleve.
LEON. ¿Tú no ves que se me debe
si es la de tu mano a mí?

MAUR. ¿Hay desvergüenza mayor? [*Aparte.*]
¡La mano agora le toca!
¡O[h], inconsiderada; o[h], lo-[ca!...
¡O[h], fementido; o[h], trai-[dor!

LAM. Dales luego cien reales
por el gusto que me han dado.

OLF. Norabuena.

MAUR. Ya he pensado [*Ap.*]
el remedio de mis males.
Volver quiero luego aquí.

(*Vanse todos y quedan* LAMBERTO *y* LEONARDA *solos.*)

LEON. Buen baile.

LAM. El haberse ido
es lo mejor que ha tenido.

LEON. ¿Que no te agrada?

LAM. Antes sí,
que el estorbo que me hacía
sólo me causó pesar.

LEON. ¿Qué te estorbaba?

LAM. El gozar
del cielo de mi alegría;
que aunque estando ellos de-
de tu cielo contemplaba [lante
el resplandor, no te hablaba,
que era lo más importante.

LEON. Peor hiciste.

LAM. ¿Yo?

LEON. Sí.

LAM. ¿Tal piensas de un pecho noble?

LEON. ¿No ha sido peor al doble
tocarme la mano a mí
en la presencia de aquellos
que estaban bailando agora?

LAM. La culpa tiene, señora,
el sol de tus ojos bellos;
porque los rayos que envía
con tanta hermosura vienen,
que en lugar de átomos tienen
bella y rica argentería.
Deslumbróme su luz pura
con su hermoso resplandor,
y olvidéme de tu honor
por contemplar tu hermosura.
Perdóname.

LEON. ¡Ay, Dios!

LAM. Leonarda,
¿quién te ha robado el color?

LEON. Viene mi hermano, señor,
con mucha gente de guarda.
Saltos me da el corazón.

LAM. Bien te puedes sosegar.

(*Sale* MAURICIO *con tres* CRIADOS *con escopetas.*)

LEON. ¿Do vas, hermano?

MAUR. A tomar
venganza de una traición.

LEON. ¿Quién pudo ofenderte aquí
con traición tan manifiesta?

MAUR. Tú y Lamberto.

LAM. La respuesta
me toca, Leonarda, a mí.

MAUR. Amigo falso, engañoso
con el amigo más fiel,
víbora ingrata y cruel,
cocodrilo cauteloso,
hiena con voz fingida,
tigre bañada en fiereza,
caballero con nobleza
heredada y no adquirida;
¿qué tienes que responder
habiendo sido traidor
con el que, por darte honor,
el suyo quiso perder?
Yo en mi casa te hospedé,
villano, cuando caíste,
y tú, por amor, rompiste,
al hospedaje la fe,
pues de amor el alma ardiente
a mi hermana le entregaste,
y la mano le tocaste.

LAM. ¿La mano?

MAUR. Y públicamente.
No preguntes cuándo y cómo,
que responderemos luego
con estas bocas de fuego

que hablan palabras de plomo.
LAM. Hablas con ventaja.
MAUR. Advierte
que si vergarme quisiera,
contigo al campo saliera
y allí te diera la muerte,
sin que se me diera nada
de tu fuerza y tu valor,
que la espada de un traidor
de ordinario está embotada;
pero vengo a castigarte
con mi fuerza y con mi mano,
y así no es justo, villano,
a mi persona igualarte.
Al momento has de morir
con esa atrevida loca.
LEON. Hermano.
MAUR. Cierra esa boca.
LEON. Déjame al menos decir
que del mal que ha sucedido
a mí la culpa me doy.
LAM. ¿Sabes, Mauricio, quién soy?
MAUR. Días ha que lo he sabido.
LAM. ¿Pues por qué tan arrogante
me das nombre de villano?
¿Erré en tocarle la mano
como noble o como amante?
Como noble, cosa es llana
que no la tuviera en poco,
sólo como amante loco
pude ofender a tu hermana.
Pues si la ofendió mi amor
con su ordinaria flaqueza,
¿por qué ofendes mi nobleza?
¿Por qué maltratas mi honor?
No me trates mal, pues eres
persona tan principal;
mira que en tratarme mal
nombre de villano adquieres.
Procura honrarme y matarme
con tu mano ennoblecida:
será un punto darme vida
para tener que quitarme;
y ya que la suerte ingrata
por su providencia quiere
que sea noble el que muere,
sea noble el que le mata.
MAUR. Sin duda la ardiente furia
se borrará de mi pecho
si quedo aquí satisfecho
deste agravio, desta injuria.
1. Ya el enojo se le pasa.
2. Ya no hay furia.
3. Ya no hay fuego.
MAUR. A[h]ora bien; cásense luego
y sálganse de mi casa,
que en ella no puede estar
quien me ha quitado el honor.
LEON. Por tanta gloria, señor,
los pies te quiero besar.
LAM. Conforme este loco está [*Ap.*]
de su honra enamorado,
si digo que estoy casado
sin duda me matará.
Disimularlo es mejor,
y, para no peligrar,
desposarme, y procurar
vengarme deste traidor.—
La mano, mi bien, te pido.
LEON. Yo soy tuya. [*Alto.*]
LAM. Tuyo soy.
MAUR. Ya que satisfecho estoy
del agravio recibido,
salgan de casa en un vuelo
los que ofendieron mi honor.
1. Manda que les den, señor,
un manto y un ferrehuelo.
MAUR. Como quiera pueden ir.
LEON. Buenos, Lamberto, quedamos.

(*Vase* MAURICIO *y los* CRIADOS.)

LAM. Ya, Leonarda, comenzamos
a padecer y a morir,
que este gozo, este contento
con que mis penas atajo,
en comenzar por trabajo,
conozco ques casamiento;
y así los daños y males
nacidos desta ocasión,
nos matarán, porque son,
sin ser pecados, mortales.

Razón será que busquemos
de paciencia dos escudos,
que en quedar medio desnudos
Eva y Adán parecemos; [sa
pues tu hermano, que se abra-
por darnos muerte a los dos,
nos ha echado, sin ser Dios,
del Paraíso de su casa.

(*Sale* Olfos.)

Olf. Ya a los del baile, Lamberto,
he dado los cien reales.
Lam. ¿Agora con esc sales?
Olf. ¿Cómo, qué ha sido?
Lam. Estoy muerto.
Leon. No le aumentes el dolor.
Olf. ¿Qué es esto, Leonarda hermo-
¿Tú también estás llorosa? [sa?
Leon. Muerta dijeras mejor.
Olf. Dime luego la ocasión
porque el uno y otro llora,
y no me quieras, señora,
matar con la suspensión.
Leon. Sepamos, ¿qué has de sacar
de saber cuán triste voy?
Olf. ¿No ves, Leonarda, que estoy
preñado y puedo abortar?
Mira que no puede haber
bajo el cielo poderoso
preñado más peligroso
que el deseo de saber.
Dime lo que ha sido.
Lam. Basta;
después lo podrá decir,
que habiéndonos de partir,
en vano el tiempo se gasta.
Vete y búscame un sillón
con dos mulas de camino.
Olf. ¿Qué pretendes?
Lam. Determino
partirme en esta ocasión
a conseguir cierto intento.
Olf. ¿No iremos a descansar
a casa?
Lam. No he de parar
en Zaragoza un momento,
que aunque de noble y honrado
me dan título y renombre,
todos dirán que soy hombre
que dos veces me he casado.
A Valencia determino
partir como rayo ardiente,
y matar, aunque inocente,
a Leonarda en el camino.
No sin causa emprendo un he-
tan fiero y tan inhumano, [cho
que la crueldad de su hermano
me borró el amor del pecho.

(*Vanse y salen* Lauso *y* Menalio, *pastores.*)

Laus. El ha de morir.
Men. Advierte
que aunque estés, Lauso, ofendi-
no es justo darle la muerte; [do,
porque en su amor ha tenido
más ventura y mayor suerte;
que ese tu competidor
a quien quieres ofender,
tuvo tal suerte en amor,
que el dejarla de tener
fuera la suerte mayor.
Laus. ¿Qué dices?
Men. ¿No se ha casado
con Cintia?
Laus. Sin ser mi igual,
con ella se ha desposado.
Men. Pues no le des mayor mal
del que él mismo se ha buscado.
Ya que a todos favoreces,
deja de ofenderle ya:
que si la muerte le ofreces,
después que casado está,
será matarle dos veces.
Laus. ¿No ves que el hombre casado
que ama y quiere a su mujer
goza de un felice estado?
Men. Este nombre de querer
me parece afeminado.
Laus. Menalio, no digas tal,
si ser bárbaro no quieres.
Men. Por darte gusto, Sagal,

confieso que las mujeres
se han de querer, pero mal.
Aunque si se considera
lo poco que amor se estima,
no hay hombre alguno que quie- [ra,
ni que llore, ni que gima,
ni que pene, ni que muera;
que el agravio, la venganza,
el sentimiento, el dolor,
la fe, la desconfianza
no son, en efecto, amor.

LAUS. ¿Sino qué?

MEN. Mala crianza.
De quererse contentar
así el hombre, nace todo.

LAUS. A[h]ora bien; déjalo estar,
y tratemos de qué modo
me puedo agora vengar
deste atrevido pastor
que oponérseme ha querido.

MEN. Paréceme que mejor
es dejarlo.

LAUS. No te pido
consejo, sino favor,
para lo que hacer espero.

MEN. Hasta aquí te aconsejé
como amigo verdadero,
agora te guardaré
las espaldas.

LAUS. Eso quiero.

MEN. Fía de mi pecho fiel.

LAUS. Pasos agora he sentido.

MEN. ¿Adónde?

MEN. Junto al laurel.

MEN. Rosardo me ha parecido.

LAUS. Y Cintia viene con él.

(*Retíranse.*)

(*Salen* ROSARDO *y* CINTIA.)

ROSARDO.

Humíllense a tu frente,
hermosa Cintia, los cristales puros
de la sagrada fuente
que riegan los laureles verde escuros
y los peñascos duros
que establecen sus fueros y sus leyes
en coronar los montes como reyes.
Bese tu pie dichoso,
de negro luto el aciprés vestido,
el alto cedro hermoso,
la parra loca, el álamo atrevido,
y el olivo florido
acuda con el olmo y el manzano,
aunque es gigante el uno, el otro enano.
Deje la palma ingrata
de ver tu hermoso resplandor sagrado,
sólo porque no trata
de dar el fruto a quien el ser le ha dado;
pues está averiguado
que tus dádivas propias agradeces,
y el ser y el fruto juntamente ofreces.

CINTIA.

Después que llegó el día
que, imitando a la tórtola amorosa,
busqué tu compañía,
tan tierna y apacible como honrosa,
el alma venturosa
quedó alegre y risueña como el alba,
cuando todas las nubes le hacen salva.
Ese brío gallardo
de amor crió en mi pecho la centella.

LAUSO.

Muera el traidor de Rosardo.

MENALIO.

No le valdrá venir con Cintia bella.
Pues el daño es por ella,
ella también se ha de tener en poco.

CINTIA.

Grande traición es ésta.

ROSARDO.

¡O[h], Lauso loco!

LAUSO.

De tu esfuerzo me río.

ROSARDO.

Pues dos habéis venido, por dos vuelvo.

CINTIA.

Ten ánimo, ten brío,
ya que yo a defenderte me resuelvo;
que así como revuelvo
esta honra cruel, fiera, importuna,
la rueda volveré de tu fortuna.

(*Dicen dentro.*)

LAM. Ruído en el bosque siento.
LAUS. Bien tu brío es menester.
LAM. Vamos, Leonarda, al momento,
a ver lo que puede ser.
ROS. Ya el bosque tienes sangriento.

(*Salen* LAMBERTO, LEONARDA *y* OLFOS.)

LAM. Pastores sin duda son.
¡Fuera, fuera!
CIN. Señor mío,
líbrenos de la traición
que nos hacen.
LAM. Yo confío
cumplir con mi obligación.
OLF. Ya se han ido.
LAM. Maravilla
ver el ánimo impaciente
desta hermosa pastorcilla.
CIN. Con amor, siempre es valiente
la más simple pajarilla.
Salieron a dar la muerte
a mi esposo, y tú valor
me volvió animosa y fuerte.
LAM. En mucho estimo el favor.
ROS. ¡Gran dicha!
OLF. Notable suerte.
LEON. Gallarda en extremo es.
LAM. Soberbiamente has reñido.
OLF. Agradézcanlo a sus pies,
que si no...
LAM. ¿Qué hubiera sido?
OLF. Déjalo para después,
que no quiero blasonar
pasada ya la pendencia.
ROS. Volver a nuestro lugar
queremos, con tu licencia.
LAM. Yo os quisiera acompañar,
pero, pues no puede ser,
Olfos irá, y de camino
refresco podrá traer.
OLF. ¿Yo con ellos?
LAM. Sí.
OLF. Imagino
que debes, Lamberto, hacer
burla dellos y de mí.
LAM. ¿Qué dices?
OLF. Los que se van
huyendo agora de aquí,
¿por lo menos no saldrán
a tomar venganza?
LAM. Sí.
OLF. ¿Pues, no será desvarío
morir con ellos, señor?
LAM. Antes con ellos te envío
para que causes temor
con tu esfuerzo y con tu brío.
OLF. Si como siempre temió
el mundo la valentía
que en tantos Príncipes vió,
temiera la cobardía,
¡qué temido fuera yo!
LAM. ¿Atréveste?
OLF. Señor, sí.
LAM De allá nos puedes traer
algún refresco, que aquí
lo habremos bien menester.
ROS. Vamos.
OLF. Ruega a Dios por mí.

(*Vase* OLFOS *con los dos* PASTORES.)

LAM. Solos, Leonarda, quedamos;
¡notable felicidad!
LEON. Siempre, Lamberto, lo estamos,
aunque de la soledad
muy poco o nada gozamos.
LAM. Dios sabe (1), hermosa Leo-
si la he procurado agora [narda,
para decirte...
LEON. ¿Qué?
LAM. Aguarda,
que el corazón que te adora
ya se [h]iela y acobarda.

(1) En el texto: *sobe.*

LEON. Dilo.
LAM. Será lastimarte
mucho más de lo que estás,
y así lo que pienso hablarte
adrede se vuelve atrás,
por no matarme o matarte.
LEON. Ya, Lamberto, es ezcusado
el dejarlo de decir, . .
pues será más acertado
matarme que permitir
que me mate mi cuidado;
y así, por más que tu mano
rompa la fe que le di,
por más que alegre y ufano
pretendas vengarte en mí
de lo que hizo mi hermano,
por más que la voluntad
de tu corazón se borre,
si tienes fidelidad,
descubre tu pecho, corre
la cortina a la verdad,
aunque ya se sabe.
LAM. ¡Ay, triste!
¿Cuándo a saberlo alcanzaste?
LEON. Cuando conmigo veniste
y hasta aquí siempre callaste,
entonces me lo dijiste;
que no hay cosa tan parlera
como el callar con extremo.
LAM. Ya el corazón se me altera.
LEON. Alguna desgracia temo.
LAM. Sabe el cielo si quisiera,
para mi satisfacción,
morir primero que hablar;
pero en aquesta ocasión
por fuerza habré de ex[h]alar
lo que está en el corazón.
Si a escucharlo te dispones,
que te desvíes te ruego,
que si delante te pones,
podrá consumirte el fuego
que irá envuelto en las razones.
Mas esto es razón que intente
para quedar satisfecho,
viendo que del fuego ardiente
que un tiempo tuve en el pecho
queda el rescoldo caliente.
No lo acabé de olvidar
por ser el fuego excesivo,
y ya la quiero matar;
¿qué es esto?
LEON. Ya me apercibo,
Lamberto, para escuchar.
Dilo, que a morir me obligo.
LAM. Digo, Leonarda, que estoy...
LEON. ¿Qué estás?
LAM. Casado.
LEON. Testigo
de lo que publicas soy,
pues te casaste conmigo.
LAM. Digo que estaba casado
en Valencia, por poder,
cuando tu hermano, indignado,
hizo casarme.
LEON. ¿Hay mujer
de más infelice estado?
¿Casado, Lamberto, estás?
LAM. Bien mi pena lo confirma.
LEON. Basta, no me digas más,
que ya lo dice y afirma
el ver que a Valencia vas;
y pues mi infelice suerte
es tan corta y tan medida
que no he de hablarte ni verte,
dame, esposo de mi vida,
por despedida, la muerte;
que aunque es rigor inhumano
pretender agora tal,
tendré por bien soberano
que no haya más de un puñal
entre mi cuello y tu mano.
Mátame, saca una fuente
de mi cuello venturoso,
porque su infausta corriente
las [h]ierbas del bosque umbro-
riegue con sangre inocente. [so
Pero si desta sentencia
puedo, por dicha, apellarme,
llévame luego a Valencia,
que de matarme a llevarme
no habrá mucha diferencia.
Allá los celos podrán

darme pena horrible y brava,
y si quién soy pedirán,
dirás que soy una esclava
que te han traído de Orán.
Preséntame a tu mujer,
que aunque ella lo estimará,
me dará la muerte el ver
las fiestas que ella te hará
y las que tú le has de hacer.
Yo la pretendo servir
con amor, lealtad y fe,
y aunque pena he de sentir,
por ser tuyos criaré
los hijos que ha de parir;
y pues con alegres bríos
divertillos mi alma espera
por huertas, campos y ríos,
mira, Lamberto, qué hiciera
si fueran tuyos y míos.
Con suspiros barreré
la tierra que has de pisar,
y luego la regaré
con lágrimas, por mostrar
mi gran amor, mi gran fe.
Daré con furia no poca
con mi nobleza al través,
y, como estoy de amor loca,
en las huellas de tus pies
iré estampando mi boca.

LAM. Basta, no me aflijas más,
que estoy mudo, que estoy loco
con lo que diciendo estás,
y la muerte poco a poco
con tus palabras me das;
que esas tus palabras, llenas
del celo amoroso y pío
con que me oprimes y enfrenas,
un temor helado y frío
me esparcieron por las venas;
y así, pues tú te adelantas
a servir y obedecer,
y como Circe me encantas,
sin duda se habrá de hacer
tu gusto.

LEON. Dame tus planta[s],
que si las beso y las riego,
es porque mi mal se acaba.

LAM. Lo que, Leonarda, te ruego
es que te finjas esclava.

LEON. Señala mi rostro luego.

LAM. Con el enojo y pesar
que me anima y me acobarda,
pienso en tu rostro pintar
unas señales, Leonarda,
muy fáciles de quitar,
porque si el tiempo se muda
puedan quitártelas luego.

LEON. Tu esclava seré, sin duda,
por tal bien.

LAM. Lo que te ruego
es que seas también muda
en guardar este secreto
tan peligroso y tan grave.

LEON. Yo lo juro y lo prometo.

LAM. Advierte que si se sabe
me pondrás en grande aprieto.

(*Sale* OLFOS.)

OLF. A cuenta, señor, nos vino
este felice suceso.

LAM. ¿Qué te han dado?

OLF. Pan y vino,
y media pieza de queso,
que es el faisán de camino.
Veníos luego tras de mí,
comeréis lo que he traído,
que aunque me digáis que sí,
yo sé que no habéis comido
desde Zaragoza aquí.

LAM. Ya habemos comido.

OLF. ¿Cuándo?

LEON. Gran preguntador estás.

LAM. Tú pon los frenos volando.

OLF. ¿Cuándo comeré?

LAM. Podrás
ir comiendo y caminando.

OLF. Yo estoy pronto para hacer,
Lamberto, lo que me toca;
mas para andar y comer,
llevar colgado en la boca
un pesebre es menester.
Llevarle agora pretendo

para andar de buena gana,
y en ir andando y comiendo,
acémila catalana
sin duda iré pareciendo.

(*Vanse, dando fin a la primera jornada.*)

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* TEOBALDO *y* ASCANIO.)

TEOB. Al punto que vi a Lamberto
me dió el dolor más terrible
que nadie tuvo.
ASC. ¿Es posible?
TEOB. Me ha destruído, me ha muerto.
ASC. ¿Tanto el corazón altera
el temor del enemigo?
TEOB. ¿Temor dices?
ASC. Temor digo.
TEOB. Pluguiera a Dios que lo fuera,
que a serlo no hubiera sido
mi congoja tan mortal,
que cuando se teme un mal
es señal que no ha venido,
y cuando el temor se va
es que ya viene el dolor,
porque jamás el temor
con lo que se teme está.
Tristes celosos cuidados
temí siempre en mis amores,
y los dudosos temores
son ya celos declarados
después que vino Lamberto.
ASC. Pues traelle hoy a comer
al Grao con tanto placer,
¿no es locura y desconcierto,
viendo que Lavinia bella
con su esposo ha de venir,
y de nuevo has de sentir
celos de verle con ella?
TEOB. ¿Viste a dicha un picador
sobre un caballo ligero,
que con ser soberbio y fiero
tiene a su sombra temor,
y en viéndole reparado
a su disgusto y pesar,
le hace mirar y adorar
la sombra que le ha turbado?
Así con riguridad
rindo agora y avasallo
el indomable caballo
de mi propria voluntad,
y para no velle muerto
con recelos y temores,
le traigo a ver los favores
que hará Lavinia a Lamberto.
ASC. Siempre, señor, entendí,
que tú te hubieras valido
de la esclava que ha traído
Lamberto.
TEOB. ¿Es discreta?
ASC. Sí.
La hacienda, vida y honor
su dueño della confía.
TEOB. ¿Cómo se llama?
ASC. María.
TEOB. Yo quiero hacelle el amor,
por ver si se determina
de ablandar esta mujer.
ASC. ¿Eso no ves que es poner
veneno en la medicina?
TEOB. Ella podrá darme entrada
si se duele de mi pena.
ASC. Favores por mano ajena
son moneda cercenada,
cuanto más que si a sentir
viene el mal de que te afliges,
lo que tú por medio eliges
de estorbo te ha de servir.
TEOB. Cuando no quiera el amor
que yo salga con mi intento,
servirá este pensamiento
de divertir el humor.
Lo que me conviene al fin,
si darme gusto deseas,
es que al punto que nos veas
en la bulla y el festín,
con una linda invención
me saques de aquí a Lamberto,
que me importa.
ASC. Ten por cierto

que saldré con mi intención.
TEOB. Ya veo, Ascanio, venir
el coche.
ASC. Gran bien te ofrece
el amor.
TEOB. Si te parece,
salgámosle a recebir.
ASC. Ya no será menester,
que cerca de aquí se apean.

(*Salen* LAVINIA, *su* PADRE, LAMBERTO, LEONARDA, OLFOS *y* INÉS.)

PADRE. Los que, Teobaldo, desean
agradar y obedecer,
porque nadie les aguarde,
que vengan temprano es justo.
TEOB. Para quien espera un gusto
no hay temprano; siempre es
[tarde.
LAM. No sé, Teobaldo, qué diga
viéndome tan obligado.
TEOB. Eso es, Lamberto, excusado,
porque quien paga, no obliga.
PADRE. Banquete, y cerca del mar,
fiesta ha de ser muy cumplida,
que si Teobaldo convida,
también convida el lugar.
LAM. Aunque es de todos el bien,
yo como proprio le estimo.
LEON. Yo en el corazón le imprimo.
INÉS. Yo en el alma.
OLF. Y yo también.
LAM. ¡Mal [h]aya quien te parió!
¿Quién, dime, en eso te mete?
OLF. En materia de banquete,
¿no puedo meterme yo?
Si en él no puedo meterme,
métase el banquete en mí,
y sin moverme de aquí
vendrán todos a comerme.
TEOB. Bella esclava.
LAM. Hermosa vista
es ver el agua espumosa.
LAM. A veces, Lavinia hermosa,
con los vientos se enemista.
LAVIN. Mucho me alegra, Lamberto,
la hermosa playa serena.
LAM. Siempre está de naves llena,
como si fuera algún puerto.
PADRE. De ver su gran majestad
me espanto y me maravillo;
cada nave es un castillo,
y juntas, una ciudad.

(*Sale un* PESCADOR.)

PESC. ¡A[h], nos amo!
TEOB. ¿Qué se ofrece?
PESC. Que la ensalada se enfría.
TEOB. ¿Está con mucha alegría
la mesa?
PESC. Un mayo parece.
Aquí junto a las barracas
habemos hecho un jardín
rodeado de jazmín
y macetas de albahacas,
donde, entre flores muy lindas,
hay principios de orejones,
limas, natas, salc[h]ichones,
ciruelas, manzanas, guindas;
hay el capón, el faisán,
el francolín, aunque es bobo;
hay la ternera en adobo,
el conejo puesto en pan;
hay pichones y perdices,
hay presutos y cecinas,
gallipavos y gallinas,
ánades y codornices;
y sobre todo, un pastel
donde cabe, señor, tanto,
que el arca de Noé santo
está figurada en él.
OLF. ¡Que me ahogo!
LAM. ¿Qué te ha dado?
¿Estás furioso, estás loco?
OLF. Dile que hable poco a poco,
que se me paró el bocado.
Mas bien puede proseguir
agora su relación,
que con la imaginación
podré mascar y engullir.
LAM. Eres caimán.
PADRE. ¿Qué esperamos,

que no entramos a comer?
TEOB. Entrar luego es menester,
que ya es tarde.
PADRE. Vamos.
LAM. Vamos.
ASC. Acuérdate, Inés, de mí.
INÉS. ¿De qué puedo yo acordarme?
ASC. Que hay aquí ocasión de hablar-
INÉS. También hay estorbo aquí. [me.

(*Vanse todos y quedan* OLFOS *y* LEONARDA.)

OLF. Breve y compendiosa ha sido
esta plática amorosa.
LEON. No por breve y compendiosa
imagines que ha perdido
su calidad.
OLF. ¿Cómo estás
de tus penas y dolores?
LEON. Con no poder ser mayores,
de ordinario crecen más.
OLF. ¿Es posible?
LEON. Has de saber
que me consume Lamberto,
porque sin duda está muerto
de amores de su mujer;
y para más ofenderme,
en mi presencia la adora.
OLF. Debe de querer, señora,
no despertar a quien duerme.
Lavinia está descuidada,
y si ve que no la quiere,
sospechará que se muere
por ti.
LEON. De vella preñada
se me aflige el corazón.
OLF. No pienses en ello.
LEON. ¿Quién
pondrá en el mal o en el bien
freno a la imaginación?
OLF. Bien ser esclava fingiste.
LEON. No lo finjo, pues lo soy.
OLF. Triste y afligido estoy
por verte afligida y triste.
Consuélate, por tu vida.
LEON. Mi muerte sólo podrá.
OLF. Vamos luego, que ya va
adelante la comida,
y no conviene dejar
en tal fiesta de comer,
ni ser oveja en perder
el bocado por balar.

(*Vanse.*)

(*Salen* LAMBERTO *y* ASCANIO.)

LAM. ¿Es posible?
ASC. Sí, señor;
y cuando lo preguntaba
vi que alborotado estaba
y demudado el color.
LAM. ¿Caballero aragonés
aquí a buscarme ha venido?
ASC. Señor, sí.
LAM. ¿Por dónde ha ido?
ASC. Por esta senda que ves,
y de que en ella te aguarda
fué dando, señor, indicio.
LAM. Sin duda alguna es Mauricio,
el hermano de Leonarda, [*Ap.*]
que me ha venido a matar
porque la he menospreciado;
pero, pues él me ha buscado,
irle quiero yo a buscar.

(*Vase.*)

ASC. ¡O[h], qué furioso camina!
Sin duda se lo ha creído,
y sin mascar ha podido
tragarse la berlandina.

(*Sale* OLFOS.)

OLF. A la parte, gentil hombre,
de los relieves.
ASC. Hermano,
a cuanto queráis me allano.
OLF. ¿No me diréis vuestro nombre?
ASC. El vuestro saber deseo
después que me habéis hablado.
OLF. Olfos es mi nombre, honrado
por mi blasón y trofeo;
con él me alegro y ensancho;
si os llamáis Vellido vos,

seremos entre los dos
el que mató al rey don Sancho.
ASC. No me llamo así.
OLF. Pues ¿cómo?
ASC. Ascanio.
OLF. A ser vuestro amigo
toda la vida me obligo.
ASC. Lo mismo a mi cargo tomo.
Júrese nuestra amistad
como la de Catilina,
y demos en la cocina
saco de conformidad.

(*Salen* LAVINIA *y su* PADRE.)

LAVIN. ¿Visteis a Lamberto?
ASC. Sí.
PADRE. ¿Dónde se fué tan ligero?
ASC. Fué siguiendo un caballero
que vino a buscarle aquí.
LAVIN. Desafío debe ser.
PADRE. Yo le voy, hija, a buscar.

(*Vase.*)

(*Salen* TEOBALDO, LEONARDA *y* INÉS.)

LAVIN. Muerta soy.
TEOB. Siempre el pesar
se mezcla con el placer.
LEON. ¿Qué supiste de tu esposo,
señora?
LAVIN. Que me ha dejado.
LEON. No esté por esto eclipsado
el sol de tu rostro hermoso,
que él volverá.
LAVIN. No querría
que fuese algún desafío.
LEÓN. Pon luego a tu mal desvío.
TEOB. Bien te aconseja María,
pues no sólo volverá
el que te quiere y adora;
mas si lo adviertes, señora,
aquí en tu presencia está.
Delante esos bellos ojos
está, Lavinia, tu amante,
que en fe de su amor constante
te da el alma por despojos.
LAVIN. ¿Dónde está?
TEOB. Por ser testigo
del sentimiento que has hecho,
se quedó dentro del pecho
de su verdadero amigo,
que soy yo.
LAVIN. ¡Grande amistad!
TEOB. Mal he sabido fingir [*Ap.*]
lo que le quise decir.
LAVIN. Irme quiero a la ciudad.
TEOB. ¿Por qué, señora, te vas?
Pues ningún mal sucedió,
vuelve a la mesa.
LAVIN. Eso no;
ni al Grao volveré jamás.
Vamos.
TEOB. Si me das licencia,
darte algún alivio espero.
LAVIN. Vengan los coches, que quiero
partirme luego a Valencia.
TEOB. No hay víbora, no hay arpía
tan furiosa ni tan brava.

(*Vanse todos y queda* OLFOS *solo.*)

OLF. Ya yo me maravillaba
que comía bien un día;
mas siempre mi corazón,
que a ser pronóstico viene,
con estos banquetes tiene
contrariedad y aversión,
porque cuando suele haber
en ellos algún pesar,
siempre se suelen quedar
los criados sin comer.

(*Vase y sale* LAMBERTO *solo.*)

LAM. No hay tronco de árbol adonde
no haya hasta agora buscado
el que de verme se esconde,
y al que, con ser tan honrado,
a su honor no corresponde.
Ya no imagino lugar
en toda esta vega hermosa
que me quede por buscar,
y dél no hallo otra cosa

sino el no poderle hallar.
¿Si es por dicha algún picón
que alguno darme ha querido,
por verme en esta ocasión
ocupado y divertido
en gusto y conversación,
o si alguno que se guarda
de ofender mi pensamiento,
con esta industria gallarda
quiso decir su tormento
a Lavinia o a Leonarda?
Con Ascanio quiero hablar
y saber la verdad pura;
pero mejor es callar,
porque hay cosas que es cordura
dejarlas de averiguar.

(*Sale el* PADRE *de* LAVINIA.)

PADRE. ¿Dó vas, Lamberto?
LAM. Señor,
aunque me ves ir volando,
decir que voy es error,
pues me lleva remolcando
la galera de mi honor.
A buscar me vino un hombre,
y a buscalle voy también,
sólo por no cobrar nombre
de temeroso.
PADRE. No hay quien
de sabello no se asombre.
LAM. ¿Cómo?
PADRE. Estando tu mujer
comiendo agora en el mar
con tanto gusto y placer,
¿te la dejas, por buscar
lo que hallar no es menester?
Si buscando tu honra vas,
Lamberto, con tantas veras,
repórtate, vuelve atrás,
que si bien lo consideras,
en tu mujer la hallarás.
Vuelve a comer con tu esposa,
que por tu ausencia ha queda-
tan tierna y tan amorosa, [do
que habiéndola tú enojado
de sí misma está quejosa.
No permitas que un momento
pruebe la ausencia maldita;
que es tal, que ser su tormento
corto o largo no le quita
ni le añade sentimiento,
que como a fuego infernal
los corazones condena:
sólo un instante de mal
le da al alma tanta pena
como si fuera inmortal.
LAM. Gran filósofo has venido.
PADRE. Todo ha sido menester
para decirte que has sido
muy fácil.
LAM. ¿En qué?
PADRE. En creer.
LAM. Disculpa en eso he tenido.
PADRE. ¿Disculpa?
LAM. Y grande.
PADRE. No hay quien
te tenga en esto por sabio.
LAM. ¿No ves que el hombre de bien
que tarda en creer su agravio,
tarda en vengalle también?
Que cuando viene a contarse
al que está de furia lleno,
debe el agravio igualarse
al relámpago y al trueno
en crecerse y en vengarse.

(*Sale* OLFOS.)

OLF. Todo el campo os he buscado.
PADRE. ¿Todo el campo?
OLF. Sí, por Dios.
LAM. Según esto, habrás quedado
de buscarnos a los dos
cansado.
OLF. Y más que cansado.
PADRE. Pues ¿qué ha sido la ocasión?
OLF. Deciros que mi señora,
vencida de su pasión,
se volvió a Valencia agora.
LAM. ¡Brava determinación!
OLF. Mayor daño se ha causado.
PADRE. ¿Qué?
OLF. Que el parto venturoso

en el camino le ha dado.
PADRE. Efeto maravilloso
del enojo que ha tomado.
LAM. Vamos.
OLF. Ya tiene dolores,
que así como aguija más,
se van haciendo mayores.
PADRE. Tú por la comadre irás,
nosotros por los Dotores.
LAM. Aguija.
PSDR. Sólo de ti
lo pudiéramos fiar.
OLF. No es bueno que siempre vi
que me había de tocar
ir por la comadre a mí.

(*Vanse, y sale* MAURICIO *solo.*)

MAURICIO.

Sacro Hibero famoso,
que el Tajo, el Nilo, el Gange, la Garona
y el Betis caudaloso
adoran tu persona,
gloria de España, de Aragón corona;
de ordinario te veo
tendido sobre alfombras cristalinas,
y por mayor trofeo
tu cabeza reclinas
sobre almohadas de esmeraldas finas.
Apolo, sin segundo,
contigo puede hacer pruebas y ensayos
de dar a todo el mundo
mil abriles y mayos;
si él se mira en tus aguas, tú en sus ra-
y así por más ufano [yos;
sacudas en el aire tus cabellos,
y tu divina mano
por más engrandecellos
saque un río caudal de cualquier de ellos,
por más que se haya honrado
con sangres peregrinas y extranjeras
tu curso consagrado:
por más que tus riberas
hayan visto de César las banderas,
pues me ves en aprieto,
testigo podrás ser como desnudo
de coraza o coleto,
de rodela o escudo,
a tu presencia venerable acudo.
Aquí me desafía
un inconsiderado, un arrogante,
porque la lengua mía,
soberbia y arrogante,
le dijo una palabra mal sonante;
mas ya al puesto ha llegado
el que con mi persona se engrandece,
aunque poco ha mirado
lo que quien soy merece,
pues un criado en su lugar me ofrece.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIAD. ¡O[h], Mauricio!
MAUR. Di, loco,
¿está preso tu amo?
CRIAD. No está preso.
MAUR. ¿Está muerto?
CRIAD. Tampoco.
MAUR. ¿Hale faltado el seso?
CRIAD. Que le tiene muy bueno te con-
[fieso.
MAUR. Pues ¿cómo osó enviarte?
CRIAD. Yo no vengo a reñir, sino a
un papel de su parte. [traerte
Recíbele.
MAUR. Gran suerte,
quizá me envía en el papel la
[muerte.

(*Lee el papel.*)

Después que te llamé, Muricio al cam-
[po
supe que eres un hombre tan infame,
que sufres que tu hermana esté en Va-
[lencia
con título de esclava de Lamberto,
siendo, como es, su verdadera esposa;
y así, pues por hallarte tú sin honra
no me puedes volver la que me tienes,
supender determino la venganza
hasta tanto que quedes satisfecho
desta infamia notable.—*Don Alonso.*

Yo pagara a tu señor
el cuidado que me dice
ha tenido de mi honor,

si de su vida infelice
no le tuviera mayor;
y aunque estar mi honra perdi-
de lo que escribe se infiere [da
volverá a ser defendida,
no más que porque él la quiere
para pavés de su vida.
Con todo, quisiera yo
que él saliera y se vengara
de las palabras que oyó,
y que en muerte se trocara
el aviso que me dió;
pues cuando a quedar vencido
por mi desdicha viniera,
no hubiera dolor sentido,
porque a lo menos muriera
sin saber lo que he sabido.
Yo por ser hidalgo y fiel
le esperaba descuidado,
y él ha sido tan cruel
que la muerte me ha enviado
escrita en este papel.
Si no he respondido luego
a su fiereza inhumana,
si de la cólera ciego
a Lamberto y a mi hermana
no he llevado a sangre y fuego,
si con mi fuerza y poder
luego no me satisfice,
sólo ha sido por saber
que la afrenta el que la dice
es el que la suele hacer.
Vete luego.

CRIAD. ¿Qué recado
le puedo, Mauricio, dar,
que al fin es noble y honrado?

MAUR. No le quiero amenazar,
por dalle mayor cuidado.

CRIAD. Mira que dirá de ti
que eres avaro y esquivo.

MAUR. Véteme luego de aquí,
que en pensar tú hallarle vivo
me haces grande ofensa a mí.

(*Vase* [*el* CRIADO].)

¿Es posible que mi afrenta
le ha sido tan agradable
que la tragedia sangrienta
de mi estado miserable
a mis ojos representa?
Grande atrevimiento ha sido,
y así no fuera mal trato
que, sobre estar ofendido,
me pagara el desacato
que en escribirme ha tenido;
pero no será razón
que repare agora en esto,
hasta que mi corazón
de la duda en que está puesto
tenga la satisfación.
Quiero, pues, con gran preste-
partir a Valencia luego [za,
a mostrar mi fortaleza,
que el agravio, como es fuego,
causa grande ligereza.
Causará espanto y horror
mi semblante fiero airado,
que mi fiereza y rigor
es tigre que le han quitado
los hijuelos de su honor.

(*Vase.*)

(*Sale* LEONARDA *con un niño en brazos.*)

LEON. Sol resplandeciente
que a mis ojos naces
con más bellos rayos
que el que sigue a Daphne,
si la vez que lloras
en tu rostro esparces,
como aurora blanca,
perlas y diamantes,
cuando estés alegre
¡qué gozo tan grande
se verá en tu rostro,
que es del cielo imagen!
Cuando atentamente
miro tu semblante,
en tu gran belleza
considero un ángel;
pues todas las veces
que los ojos abres

siembras alegría
sobre los mortales;
y así voy contigo
por todas las calles
hecha de tu cielo
venturoso Atlante.
Llevas para adorno
de tu cuerpo amable
dijes de oro y plata,
sartas de corales,
y para que de ojo
no te tome nadie,
llevas una higa
hecha de azabache.
Bendígate el cielo,
fortuna te guarde,
lógreste mil años,
vivas mil edades,
y si amores tratas
cuando seas grande,
no seas ingrato
como lo es tu padre.

(*Salen* LAVINIA *y* LAMBERTO.)

LAVIN. Por el hijo que parí,
bello, regalado, hermoso,
me has puesto en olvido a mí.
LAM. ¿Búrlaste, mi bien?
LEON. Mi esposo [*Ap.*]
viene con Lavinia aquí.
LAM. ¿No ves que no he de poder
olvidarte?
LEON. Retirarme
(*Háblalo todo aparte.*)
aquí será menester.
LAVIN. Al no poder olvidarme
se lo debo agradecer;
que a poder ser olvidada,
corta fuera mi ventura.
LAM. ¡Rica esmeralda!
LAVIN. ¡Extremada!
LAM. Mucho saca la blancura
de la mano.
LEON. ¡Ay, desdichada!
Como si fuera su amante,
la mano el traidor le toca.
LAVIN. Puesta al lado del diamante
tiene calidad muy poca.
LEON. ¿Hay locura semejante?
Sin duda me hacen morir
viendo que se quieren tanto.
LAM. Bien la puedes admitir.
LEON. Como soy río en el llanto,
de madre quiero salir.

[*Saliendo de su escondite.*]

¡O[h], mi señora.
LAVIN. ¡O[h], María!
¿De dónde vienes agora?
LEON. Paseando voy todo el día
este ángel tuyo.
LAM. Señora.
con gran cuidado le cría.
LEON. No sólo tengo cuidado,
mas cuidados tengo yo.
LAVIN. Cuando la esclava ha llegado
de la mano me dejó, (*Ap.*)
y luego se ha mesurado.
Misterio debe de haber,
porque en cualquiera ocasión
esto mismo suele hacer.
LAM. En alguna confusión [*Ap.*]
Leonarda me ha de poner,
pues por no dalle pesar
a mi esposa, en su presencia,
me abstengo de regalar.
LEON. ¡Ay de mí!
LAVIN. Con tu licencia
me quiero, señor, entrar.
Ven, María.
LAM. ¿Dónde?
LAVIN. Gusto
de dar a mi hijo el pecho,
si mandas.
LAM. Digo que es justo.
LAVIN. Que te da pena sospecho.
(*Vanse.*)
LAM. Antes me da mucho gusto.
Desnúdese el corazón
de sus gustos y placeres,

pues en aquesta ocasión
ha de sufrir dos mujeres,
y que tan mujeres son.
Las dos por los aires vuelan
tras las sospechas que adquieren;
las dos miran, las dos velan,
las dos matan, las dos mueren,
las dos riñen, las dos celan,
y en quien las ha de llevar
no hay paciencia para media.

(*Sale* OLFOS.)

OLF. ¡O[h], señor!
LAM. Déjame estar.
OLF. Si es daño, no se remedia
con eso.
LAM. Dame lugar.
Haré alarde del dolor
que el alma afligida siente.
OLF. ¿Alarde?
LAM. Sí.
OLF. Pues, señor,
¿quién para ordenar la gente
será sargento mayor?
LAM. Jamás hablas a concierto.
OLF. ¿Soy canto de órgano yo?
LAM. Lavinia, Olfos me ha muerto.
OLF. ¿Cómo?
LAM. Adelante pasó
su locura y desconcierto.
De Leonarda está celosa.
Que la ofenderá sospecho.
OLF. No es mucho esté recelosa,
que está encendida en su pecho
la ardiente llama amorosa.
Mas con todo lo que a mí
me consume y aniquila
la paciencia, es verte a ti
puesto entre Caribdi y Syla.
LAM. ¿Quién me ha puesto?
OLF. Tú.
LAM. ¿Yo?
OLF. Sí.
Tú ¿no te casaste?
LAM. No
que fué negocio forzado,
y cuando aquello pasó,
días ha que desposado
con Lavinia estaba yo.
OLF. Con todo, locura ha sido
encargarte, señor, della,
no siendo tú su marido.
LAM. Si fué locura traella,
dejalla, ¿qué hubiera sido,
pues peligrara por mí,
dejándola en Zaragoza,
su honor?
OLF. ¿Que es doncella?
LAM. Sí.
OLF. Pues siendo tan bella moza,
¿no la gozaste?
LAM. Advertí
que no era bien consumar
matrimonio que es forzado.

(*Sale* TEOBALDO.)

OLF. Bien te podemos cortar
la ropa.
TEOB. A mejor estado
me quiere amor levantar,
pues me ha rendido a María.
LAM. ¿Quién viene?
OLF. Teobaldo viene.
LAM. No ver a nadie querría.
OLF. Teobaldo, señor, no tiene
culpa en tu melancolía.
TEOB. ¡O[h], señor mío!
LAM. ¡O[h], señor,
¿qué se ofrece?
TEOB. Vengo a verte.
LAM. En mucho estimo el favor.
TEOB. De nuevo quiero ofrecerte
un puro y perfeto amor;
mas por vida tuya y mía
que me digas cómo estás.
LAM. ¿Cómo he de estar?
TEOB. Todo el día
me ha parecido que vas
con grande melancolía.
LAM. Poco o nada debe ser.
TEOB. Si decillo no conviene,
no lo quiero yo saber.

LAM. Un disgustillo es que tiene
con mi esclava mi mujer,
y como en la condición
son terribles, me han causado
enfado en esta ocasión;
al fin fin, Teobaldo, amado,
disgustos caseros son.
TEOB. Pues un hombre tan discreto,
por cosas de niñería
¿pierde a sí mismo el respeto
y está a la melancolía
tan rendido y tan sujeto?
Si te conviene apartar
la esclava de tu mujer,
en mi casa puede estar;
y si la quieres vender,
yo te la podré comprar.
LAM. No la vendo.
TEOB. No lo dejes
por paga o satisfación,
que yo haré que no te quejes,
como de lo que es razón
no te apartes ni te alejes.
LAM. No la vendo.
TEOB. Por mi fe,
que por adquirir tal prenda,
no sólo te entregaré,
Lamberto, toda mi hacienda,
mas también me empeñaré;
que sólo con gusto quedes,
honra y vida te concedo.
LAM. Aunque unas Indias heredes,
ni yo vendértela puedo,
ni tú comprármela puedes.

(*Vase.*)

TEOB. Parece que va enojado;
no sé yo de qué se ofende.
OLF. Tú, Teobaldo, lo has causado,
pues la esclava que no vende
comprarle has determinado.
TEOB. Sin duda debe de ser
buena esclava.
OLF. La peor
que en el mundo puede haber.
TEOB. ¿Cómo?
OLF. No sabe, señor,
lavar, fregar ni barrer.
Sólo está sabido y llano
que muy erguida y muy grave
vive al uso cortesano,
y que solamente sabe
tomar la aguja en la mano.

(*Vanse.*)

(*Salen* LAVINIA *y* LEONARDA.)

LAVIN. Perra esclava, mal nacida,
loca, atrevida, malvada,
por poco precio comprada
y no sin causa vendida;
con justa ocasión me ofrecés
este tormento cruel,
que pocas veces es fiel
quien fué traidora dos veces.
Dos veces lo fuiste, dos;
pues dejando de ser mora
fuiste a tu secta traidora,
y agora a la ley de Dios,
que aunque hay tan grandes
[pecados
en nuestra ley, como ves,
uno de los grandes es
el descasar los casados.
Vesme, loca; vesme, infame,
con aquel que adoro y quiero,
y entras tú sin que primero
una y mil veces te llame.
Que le quieres es señal,
y que te quiere mi esposo,
que sin el fuego amoroso
no se puede emprender tal.
LEON. ¡Señora!
LAVIN. No me repliques,
que me matan tus razones,
por mucho que a mis traiciones
con voz airada publiques.
LEON. Que te reportes te pido;
podrás conocer agora
que si yo he sido traidora,
sólo contra mí lo he sido;
y así en vano pretendiste

decir que a mi señor quiero,
porque mi amor verdadero
es el niño que pariste;
el cual, según los despojos
del corazón le ofrecí,
ya no es niño para mí,
sino niña de mis ojos;
y como le quiero tanto
en mi afición verdadera,
es invierno o primavera
lo que en él es risa o llanto.
Por eso no me atribuyas
nombre de infame y malvada;
que no he de ser castigada
por adorar prendas tuyas.
Ni el haber entrado yo
llames quimeras y antojos,
que el resplandor de los ojos
de tu hijo me cegó.
Y como entonces me vi
ciega de luz clara y pura,
tropecé en mi desventura
y en tu desgracia caí.

LAVIN. Bien lo cubres, bien lo doras
con el amor de mi hijo;
mas de esto mismo colijo
que al padre en el hijo adoras,
y en parte tienes razón,
porque él te quiere de veras.

LEON. Fantasías y quimeras
cree, señora, que son;
que mi señor es discreto,
y así jamás ha quedado
a mi fealdad inclinado
ni a mi sujeción sujeto.

LAVIN. Yo quería por mi mano
castigarte con rigor,
mas la furia del amor
es tempestad de verano,
que pasa presto.

LEON. Aquí estoy;
que me perdones te ruego.

LAVIN. Toma el niño, y vete luego
a pasealle.

LEON. Yo voy.

LAVIN. Pues tienes talle de honrada,
guárdame lealtad y fe;
mira que te venderé,
después de bien castigada,
si me enojas.

LEON. De mí fía.

(*Vase.*)

LAVIN. Si no fuese por Lamberto,
que por María anda muerto,
querría bien a María,
que su buena condición
rinde cualquier pecho honrado.

(*Sale* LAMBERTO.)

LAM. Pues, Lavinia, ¿has ya cobrado
el seso y la discreción?

LAVIN. Ya no está aquí, ya se ha ido
con el orden que le dí.

LAM. ¿Quién dices que no está aquí?

LAVIN. La que a buscar has venido;
María.

LAM. Qué necia estás.
¿En eso siempre porfías?

LAVIN. Necedades son las mías.

LAM. Después lo conocerás.

LAVIN. Ya lo conozco muy bien.

LAM. Por solo apartarme della
estoy casi por vendella
por un real.

LAVIN. ¿Tú?

LAM. ¿Pues quién?
Teobaldo me la compraba.

LAVIN. Pues ¿cómo no la compró?

LAM. Porque hacienda le faltó
para pagarme la esclava.

LAVIN. ¿Tanto vale?

LAM. Al Potosí
en valor rinde y sujeta.

LAVIN. ¿Es hermosa?

LAM. No.

LAVIN. ¿Es discreta?

LAM. No me lo parece a mí.

LAVIN. Pues sin ser discreta y bella,
¿quién tanto la ha mejorado?

LAM. El valor que tú le has dado
con estar celosa della.

LAVIN. Gran lisonja.
LAM. Gran verdad.
LAVIN. Poco crédito le doy.
LAM. Con tu licencia, me voy.
LAVIN. ¿Dónde?
LAM. Fuera la ciudad.
LAVIN. ¿Es lejos?
LAM. A una alquería.
LAVIN. ¿Con quién?
LAM. Con un caballero.
LAVIN. Pues adiós.
LAM. Adiós.
LAVIN. Yo quiero
saber si habla con María.

(*Vanse.*)

(*Sale* LEONARDA *con el niño en brazos.*)

LEON. Angel hermoso, hijo bello
de aquella tigre parida,
que me provoca y convida
a ponerte un lazo al cuello;
perdóname si yo aquí
deseo agora matarte,
sólo por matar la parte
que Lavinia tiene en ti;
que por la parte que tienes
de ser hijo del que adoro,
con rica corona de oro
quisiera adornar tus sienes.
Mas querellas adornar
de oro fino y pedrería,
sin duda alguna sería
tus cabellos afrentar.

(*Sale* LAMBERTO.)

LAM. ¿Dó vas, Leonarda?
LEON. Lamberto.
no te llegues junto a mí,
que conviene.
LAM. Jamás vi
tal locura y desconcierto.
LEON. ¿No ves que temo el rigor
de Lavinia?
LAM. Son antojos.
LEON. Bien sabes que toda es ojos.
LAM. También yo soy todo amor.
En su aposento la vi
que se entraba.
LEON. ¿Cuándo?
LAM. Agora.
LEON. Según es encantadora,
podrá estar allá y aquí.
LAM. ¿Cómo estás de tu dolencia?
LEON. La fe y palabra te doy
que ya sin paciencia estoy.
LAM. Antes te sobra paciencia,
pues sufres esta mujer
loca, intratable, furiosa.
LEON. Está, como yo, celosa;
disculpa puede tener.
LAM. Por evitar el dolor
que resulta de su fuego,
volverte, Leonarda, luego
a Zaragoza es mejor.
Fingiré que te vendí
a un mercader de Aragón,
y así con esta ocasión
volveré por ti y por mí.
LEON. Aunque por dorallo mueres,
ya entiendo tu fraude y dolo.
LAM. ¿Cómo?
LEON. Por quedarte solo
con Lavinia, echarme quieres;
pero de ninguna suerte
obedezco esa sentencia;
que sobre celos ausencia,
es infierno sobre muerte.
LAM. ¿Tú no ves que has de morir
si aquí estás?
LEON. Digo que quiero
morir mil veces, primero
que desta casa salir.
LAM. Gente parece que viene.
LEON. Lavinia debe de ser.

(*Sale* LAVINIA.)

LAM. Porque no me eche de ver
me quiero ir.

(*Vase.*)

LAVIN. No conviene,

María, encubrir el juego.
LEON. Yo ningún juego encubrí.
LAVIN. Aquí donde estás, aquí
te abrasaré en vivo fuego,
y tu persona traidora
quedará en humo esparcida.
LEON. Loca, infame, mal nacida;
si te he sufrido hasta agora,
ya da con todo al través
el peso de mis cuidados.
LAVIN. ¡[H]ola, criados, criados!

(*Salen* OLFOS *y* INÉS.)

OLF. Señora.
LAVIN. Olfos, Inés,
prended, matad esa perra,
que me ha perdido el respeto.
OLF. Morirá con todo efeto,
aunque la tenga la tierra
en sus entrañas metida.
INÉS. Yo la voy luego a buscar,
que en casa debe de estar,
sin falta alguna, escondida.
LAVIN. Caminad, que si me aflijo
por tener della la palma,
es porque me lleva el alma,
es porque me lleva el hijo,
y temo, por ser infiel
su pecho indomable y fiero,
que del mal que hacerle quiero
tomará venganza en él.

(*Asómase* LEONARDA *a una ventana.*)

LEON. Enfrena, Lavinia, el curso
de tu sangriento apetito,
que sale agora de madre
con mayor furia que el Nilo.
Que si el mal que te causé
a pagarte aquí me obligo,
el mal que tú me has causado
me le pagará tu hijo;
y así no pienses con gente
librarle de este peligro,
porque al primero que venga
dejaré caer el niño.
LAVIN. María.
LEON. Ya no hay María.
LAVIN. ¿Cómo?
LEON. Otro nombre es el mío,
por otro rumbo navego,
por otro norte me rijo.
Leonarda soy, y por serlo,
soy hermana de Mauricio,
caballero aragonés,
de linaje noble antiguo.
Nací en la gran Zaragoza,
cuyos altos edificios
junto al Ebro caudaloso
fundó César, siempre invicto.
Allí tu esposo Lamberto
dió a mis desdichas principio,
porque, corriendo un caballo,
cayó en tierra mal herido.
Como fué junto a mi casa,
mi hermano, que era su amigo,
recibirle quiso en ella
con rostro alegre y propicio,
y después que en breves días
cobró esfuerzo y tuvo alivio,
deshechos en tierno llanto
sus ojos puso en los míos.
Quísome, y quísele bien,
y aunque quedábamos vivos,
nos prestábamos las almas
mil veces con los suspiros,
y al instante que mi hermano
de nuestro amor tuvo indicio,
buscó ocasión, y por fuerza
le quiso casar conmigo.
Trájome luego a Valencia
Lamberto, y por el camino
que estaba en ella casado
con gran lástima me dijo.
Pedíle que me tuviese
bajo su amparo y abrigo,
por sólo acabar la vida
como esclava en su servicio.
Al fin me trujo, cuitada,
donde los celos malditos
en mí han formado de Creta
el confuso laberinto.

Esta es, Lavinia, mi historia.
En ella remato y cifro
la desventura mayor
que jamás el mundo ha visto.
No pretendo que te duelas
de mi dolor fiero, inicuo,
ni con pecho hidalgo y franco
perdones mi gran delicto,
sino que, pues eres noble
y tienes tan grande aviso,
mires con cuánta ocasión
me arrojo y me precipito;
y que hecha polvo me entregues
a los aires fugitivos,
porque no quede de mí
jamás rastro ni vestigio.

LAVIN. Leonarda.

LEON. Déjame.

LAVIN. Espera.

LEON. No me impidas mis designios.

LAVIN. No te los quiero impedir,
pero escucha lo que digo.
¿De qué sirve hacer de ti
holocausto y sacrificio,
pues de ningún modo puedes
merecer con el martirio?

LEON. ¿Agora vienes con eso?

LAVIN. ¿No es más justo, no es más
fiar del tiempo veloz [pío,
que suele trocar los siglos,
que suele domar las fieras,
que suele mudar los ríos,
que suele ablandar los montes,
que suele humillar los riscos?
Fía del tiempo, Leonarda,
que puede hacer lo que digo,
y si no fía, señora,
deste pecho hidalgo mío,
que no sólo te perdono
con amor puro y sencillo,
pero te pido perdón
del hierro que has cometido.
Si quieres como avecilla
volver a tu patrio nido,
sembraré en tu cuerpo hermoso
plumas de diamantes ricos.
No culpes, pues eres sabia,
mi locura y desvarío,
que es una mujer con celos
una furia del abismo.
Si por dicha no te ablandan
mis lágrimas y suspiros,
y mis querellas que suben
hasta el alto cielo impíreo,
mira ese ángel que en tus brazos
agora contemplo y miro,
que con mansedumbre espera,
cual víctima, el sacrificio.
Y si por mi mal no quieres
tener lástima del niño,
ten lástima de su padre,
a quien tú tanto has querido.

(*Asómanse también a la ventana* OLFOS *y* INÉS.)

OLF. Ya, Leonarda, ya es razón
templar tu rigor esquivo,
que si quieren ofenderte,
yo a defenderte me obligo.

INÉS. Lo mismo también, señora,
de mi parte te suplico,
procura, pues eres noble,
dar de quien eres indicio.

OLF. Gran bien.

INÉS. Gran suerte.

LEON. Lavinia,
darte gusto determino,
no por excusar la muerte,
que antes yo la muerte elijo,
sino sólo porque entiendas
que también me postro y rindo
a la razón, aunque estoy
más fiera que un basilisco.
En poder de tu criada
dejo, señora, tu hijo,
que quiero irme de aquí
huyendo de tu marido,
que si él, por ventura viene,
y sabe lo que te he dicho,
tomará de mí venganza
como el mayor enemigo.

(*Entranse de la ventana* LEONARDA *y los demás.*)

LAVIN. De la Virgen del Remedio
esta gran merced recibo,
y así, a su altar soberano,
la consagro y la dedico.

(*Sale* LAMBERTO.)

LAM. ¿De qué estás alborotada,
Lavinia?
LAVIN. ¡O[h], mal hombre!
LAM. ¿Quién
te tiene, dime, enojada?
LAVIN. Tu traición.
LAM. ¡Trátame bien.
LAVIN. Siendo yo tan mal tratada
¿he de honrar a mi enemigo?
LAM. Dime, señora, lo que es,
que yo a vengarte me obligo.
LAVIN. Que he sabido que después
que te casaste conmigo,
con Leonarda te casaste.
LAM. ¡Ay, Dios! ¿De quién lo supis-
LAVIN. Ella me lo ha dicho. [te?
LAM. Baste.
LAVIN. Casi con eso pusiste
en peligro al que engendraste,
porque se quiso arrojar
de una ventana con él.
¿Dónde vas?
LAM. Voime a vengar
de esa enemiga cruel.
LAVIN. Espera.
LAM. No hay que esperar.

(*Vanse, y sale* MAURICIO.)

MAUR. Valencia, ciudad famosa,
de altos muros coronada,
en cuya vega dichosa
está siempre reclinada
la primavera espaciosa.
Pues favoreces a quien
madre y amparo te nombra,
hónrame y trátame bien,
que debajo de tu sombra
quiero albergarme también,
ya que en ti están albergados
tantos que fundan blasón
en ser valientes y honrados:
siquiera porque lo son,
favorece mis cuidados.
En ti determino yo,
aunque es hecho temerario,
saber si es verdad o no
aquello que mi contrario
en el papel me escribió.
Uno y otro puede honrarme:
si es verdad, aquí podré
con la venganza alegrarme;
si es mentira, volveré
a Zaragoza a vengarme.

(*Dicen dentro.*)

LEON. ¡Reina del cielo!
LAM. Traidora,
por más que vayas corriendo
he de alcanzarte.
LEON. Señora,
en tus manos me encomiendo.
MAUR. Voces siento.
LAM. El cielo agora
no quiere ser en tu ayuda,
aunque lo has bien menester.

(*Sale* LEONARDA *huyendo de* LAMBERTO.)

MAUR. Lamberto es éste, sin duda.
LEON. ¡Ay, Dios!
MAUR. Contra una mujer
lleva la daga desnuda,
y aun le da muerte.
LEON. ¡Ay, Lamberto!
¿Por qué me has muerto?
MAUR. Leonarda
es, sin duda, la que ha muerto.
¡Aguarda, traidor, aguarda;
pagarás tu desconcierto!
Para vengarme de ti
en dos partes me quisiera
dividir, villano, a mí;
la una mitad te siguiera,
la otra quedara aquí.
Pero pues en tal porfía,

por más que vuelve ligero,
será vana mi osadía,
quedar con Leonarda quiero,
que al fin es hermana mía.
¡Leonarda!

LEON. ¿Quién es?

MAUR. Tu hermano,
que a ver el fin de tu vida
quiere el cielo soberano
que venga.

LEON. Por despedida
quiero besarte la mano.
La mano quiero besarte,
por mi consuelo.

MAUR. ¡Ay de mí
que el corazón se me parte!
¡Vine a vengarme de ti
y agora habré de vengarte!
Por ver en tu rostro escrito
ese afrentoso arancel,
aunque volaba infinito,
tras la venganza cruel
vino el agravio maldito,
y ya que tuvo esperanza
de dar a su mal remedio,
cuando vibraba la lanza,
la piedad se puso en medio
del agravio y la venganza.
Ya el ser piadoso me aplace
en la ocasión que se ofrece,
que aunque de cólera nace,
el corazón me enternece
y en lágrimas le deshace;
y así, pues quiere la suerte
que yo lo venga a sentir,
primero con pecho fuerte
quiero ayudarte a morir
y después vengar tu muerte.
¿Cómo estás?

LEON. Aunque la herida
me aflige y me duele tanto,
no puedo acabar la vida
porque, Mauricio, tu llanto
tiene el alma entretenida.

MAUR. ¿Podrás un poco ayudarte?

LEON. Sospecho, hermano, que sí.

MAUR. Pues ven, que quiero llevarte
a mi posada, y allí
con gran secreto curarte;
y así será menester
de tu cuerpo los despojos
sobre estos brazos poner,
que bañados de mis ojos
brazos de mar deben ser.
A llevarte me acomodo,
aunque no puedo sufrir
el peso de ningún modo,
que tú vas para morir
y yo voy muerto del todo.

(*Vanse, y se da fin a la segunda jornada.*)

JORNADA TERCERA

(*Salen* TEOBALDO *y* OLFOS.)

OLF. Y hay quien la herida mortal
le ha visto dar, y correr
ensangrentado el puñal.

TEOB. ¡Que haya muerto una mujer
tan noble y tan principal,
después que ella le sirvió
con el rostro señalado,
y, a lo que imagino yo,
después de haberla gozado!

OLF. No lo creas.

TEOB. ¿Cómo no?

OLF. Porque con ellos salí
cuando los echó su hermano,
y con ellos vine aquí,
y tocarla de la mano
de ninguna suerte vi.
Quise saber el intento
porque dello se abstenían
con tan grande encogimiento,
y dijo que no quería
consumar el casamiento,
ya que no lo había sido.

TEOB. En eso solo Lamberto
caballero ha parecido.

OLF. ¿Y en lo demás?

TEOB. No, por cierto,
sino infame y mal nacido.

Mas ya está Olfos aquí,
quien le quitará la vida
por su loco frenesí.

OLF. ¿Díceslo por la venida
del rey don Fernando?

TEOB. Sí.

OLF. Si le han dado ya sentencia
de muerte, aunque venga el Rey,
¿qué mal le hará?

TEOB. Su presencia
hará ejecutar la ley
con presteza y diligencia.

OLF. ¿Parece que das señal
de querer mal a Lamberto?

TEOB. Quiérole en extremo mal
después que a Leonarda ha

OLF. Teobaldo, nó digas tal. [muerto.

TEOB. Como lo siento lo digo.

OLF. Mal pagas su voluntad.

TEOB. No sólo no soy su amigo,
mas tengo estrecha amistad
con Mauricio, su enemigo.

OLF. A un hombre preso, señor,
en tanto peligro puesto
¿olvidas?

TEOB. Que fué traidor
está claro y manifiesto.

OLF. No tratar dello es mejor.
Pongamos, si te parece,
los ojos en la ciudad,
y pues ocasión se ofrece,
veremos la majestad
con que su fama engrandece.

TEOB. Eso será lo mejor.

OLF. ¿Dónde iremos?

TEOB. Pues nos vemos
junto a la iglesia mayor,
de aquí la entrada veremos
del Rey.

OLF. Del mundo la flor
al gran Fernando acompaña.

TEOB. Las estrellas de Aragón
salen con el sol de España.

OLF. Su semblante y discreción
prometen cualquier hazaña.
¿Quién son estos que en los trajes,
para mayor excelencia,
cubren con ricos plumajes?

TEOB. Deste Reino de Valencia
los más antiguos linajes.

OLF. [H]oy muestra su majestad
Valencia con tal grandeza.

TEOB. Todos dicen, y es verdad,
que sólo con la nobleza
poblar puede otra ciudad.

OLF. La vista humana recrea
ver tan hermosos colores,
tanto oro, tanta librea.

TEOB. El valor de los señores
en los criados campea.

OLF. ¿Y éstos?

TEOB. Los príncipes son,
honra y luz de todo el orbe.

OLF. ¿Y aquel insigne varón?

TEOB. El gran Duque de Segorbe,
Condestable de Aragón.

OLF. ¿Y éste?

TEOB. El Duque de Gandía,
que da a su estirpe famosa
mayor luz que el Sol al día.

OLF. ¿Y aquél?

TEOB. El de Villahermosa,
de Aragón amparo y guía.

OLF. ¿Y este joven principal
que mira toda la gente
por su valor inmortal?

TEOB. El de Denia, descendiente
de Rojas y Sandoval.

OLF. Hermosa vista.

TEOB. Gallarda;
pero vámonos llegando,
que pues ya los de la guarda
la gente van apartando
cada cual con su alabarda,
el Rey viene.

OLF. Un buen lugar
fuera bien buscar de espacio.

TEOB. Pues en la iglesia ha de entrar
primero que en su palacio;
ven, verémosle apear.

(*Vanse.*)

(*Sale* LEONARDA *sola.*)

LEON. Soledad santa y sagrada,
aunque tu favor me das,
no es razón que seas llamada
soledad, pues de mí estás
de ordinario acompañada.
En ti vivo y tengo en ti
el alma siempre despierta,
y por eso quedo aquí
para el mundo, más que muerta;
más que viva, para mí.
Un dolor terrible y fuerte
con el sentido me priva,
por ver que mi infausta suerte
quiere que, estando yo viva,
se haya de vengar mi muerte.
Trazas diferentes doy
para poderlo estorbar,
porque, como sola estoy,
dando bordes por el mar
de mis pensamientos voy:
y así, pues es desconcierto
que por mi muerte fingida
quede mi enemigo muerto,
aunque me cueste la vida
he de valer a Lamberto.

(*Sale* MAURICIO.)

MAUR. ¡O[h], mi Leonarda!
LEON. ¡O[h], Mauricio!
¿Dónde con tal prisa vas?
MAUR. Vuelvo al dichoso ejercicio
de servirte.
LEON. En eso das
de tu valor claro indicio.
MAUR. Lindamente se han quitado
de tu rostro las señales.
LEON. El tiempo las ha borrado,
juntamente con los males
que el tenerlas ha causado,
que fueron muchos.
MAUR. Advierte
que todos piensan que estás
muerta.
LEON. ¿Sintese mi muerte?
MAUR. Teobaldo la siente más
que todos.
LEON. ¿Cómo?
MAUR. Es de suerte
que siempre a Lamberto ofen-
furioso y embravecido, [de
porque imagina y pretende
que te ha muerto.
LEON. Amante ha sido.
MAUR. Que es muy buen amigo entien-
[de,
pues vida, hacienda y honor,
hermana, quiso ofrecerme.
LEON. Grande fineza de amor,
después de muerta, quererme.
MAUR. Es persona de valor,
y así, en muriendo Lamberto,
con él te pienso casar.
LEON. ¿Díceslo de veras?
MAUR. Cierto
que de esposa le has de dar
la mano en viéndole muerto.
LEON. Sin que muera puede ser.
MAUR. Ya lo veo; pero es justo
que muera, para poder,
con más gloria y con más gusto,
este casamiento hacer.
LEON. ¿Lamberto es justo que mue-
MAUR. ¿Pues no? [ra?
LEON. ¿Qué mal te ha causado?
MAUR. Que fué traidor considera,
pues la muerte ha procurado
darte por su mano.
LEON. Espera,
que él la muerte no me dió,
aunque a vengarla te obligues.
MAUR. Basta que lo procuró
para que tú lo castigues.
LEON. ¿Soy, por dicha, el cielo yo
que en castigar su malicia
he de emplear mi poder?
Si tu corazón cudicia
vengarte dél, no ha de ser
por mano de la justicia.
Ya que la sangre te obliga
a vengarte, por tu mano
vierte la suya enemiga,

porque la justicia, hermano,
no venga, sino castiga;
y lo que te importa a ti
es mostrar tu orgullo y brío.

MAUR. Bien me parece; mas dí,
¿cómo se hará el desafío?

LEON. ¿No está el rey Fernando aquí?
Cuéntale lo que ha pasado,
y dile que, por justicia,
no se venga un hombre honrado,
que el Rey, ques a la milicia
desde pequeño inclinado,
campo te concederá
para matarte con él.

MAUR. ¿Y si él la muerte me da?

LEON. La condición del cartel
sin duda lo estorbará.

MAUR. Algo, Leonarda, has pensado.

LEON. Fía, Mauricio, que en todo
remediaré tu cuidado.

MAUR. ¡O[h], gran mujer.

LEON. Deste modo
pienso llevarle engañado. [*Ap.*]

MAUR. A tu industria lo remito.

LEON. Fiado es razón que estés
de mi amor, ques infinito.

MAUR. Ven, que quiero que me des
una instrucción por escrito.

(*Vanse, y salén el* REY *y el* GOBERNADOR.)

REY. Esta la ocasión ha sido
de venir a esta ciudad.

GOB. Honrar Vuestra Majestad
su blasón y su apellido,
es debido a su grandeza.

REY. En esto resuelto estoy,
que si yo en persona voy
irá toda la nobleza
de mi imperio y señorío
con su fuerza y su poder.

GOB. Que en tu mesa has de poner
esa Granada, confío.

REY. A Granada me aficiona
mi amor, mi gusto y mi ley,
porque, como yo soy Rey,
quiero el fruto con corona,
y así conquistarla quiero.

(*Salen* MAURICIO *y* TEOBALDO.)

MAUR. Para hablar pido, señor,
licencia.

REY. Gobernador,
¿quién es este caballero?

GOB. Mauricio, señor, se llama,
caballero aragonés.

REY. Hable, que ya sé quién es
por el nombre y por la fama.

MAUR. Póstrense, ¡o[h] monarca in-
a tu Majestad suprema [victo,
los laureles y las plantas.
las coronas y diademas.
Humille su frente altiva
el gran Hércules de Tebas,
rinda su valor Pompeyo,
postre su fortuna César,
ofrezca su seda el chino (1),
su inmenso tesoro el persa,
el turco sus fuertes armas,
el indio sus blancas perlas,
y al fin, el Magno Alexandre,
a quien el mundo celebra,
humille a tus pies, Fernando,
su no vencida cabeza.
Adoren ellos por mí
tu majestad y grandeza,
que en mí no hay suerte, señor,
para tan divina empresa.
Lo que vengo a suplicarte
es que por tu gran clemencia
no permitas que le corten
a Lamberto la cabeza,
que aunque él ha muerto a mi
[hermana,
lleno de furia sangrienta,
después de haberse casado,
siendo casado con ella,
no pretende por ser noble
venganza por mano ajena,
cuanti más que la justicia

(1). En el texto: *el China.*

castiga, pero no venga;
y así te suplico humilde
revoques esta sentencia,
pues con ser el ofendido
me aparto de la querella,
y después de revocada
nos otorgues y concedas
un desafío campal
ante tu real presencia,
donde, si él me mata a mí,
quedará absuelto de pena
y si yo le mato a él
quedaré libre de afrenta.
Teobaldo saldrá conmigo;
nombre él otro en su defensa;
dos a dos nos mataremos
con implacable fiereza;
mas si alguno de los cuatro,
por temor o por flaqueza,
por muerte o enfermedad,
o por ocasión cualquiera
deja de salir al campo
a eternizar su nobleza,
con los dos se ha de matar
el que a quedar solo venga
Esto lo dirá mejor
este cartel, que a las puertas
de tu Palacio Real
se pondrá con tu licencia,
pues de la suerte que el sol
da su luz a las estrellas,
das a tus vasallos honra
para que más resplandezcan.
Influye honra en mi pecho
con una viva centella,
subirá al cielo mi nombre,
quedará mi fama eterna.
Por ella dejé mi patria;
por ella vine a Valencia;
por ella a tus pies me postro,
y en peligro estoy por ella,
y porque entiendas lo mucho
que el alma la estima y precia,
la sangre doy de mi hermana
por solo un adarme della.

REY. ¿Es, dime, verdad, aquesto
que Mauricio representa?

GOB. Que en todo, señor, la dice
Vuestra Majestad entienda.

REY. Pues tanto la honra estimas,
bien es que ella te agradezca
la gran fe que en ella tienes
y el gran amor que le muestras;
y así, aunque fuera mejor
ejecutar la sentencia,
porque, en efeto, el castigo
desobliga, si no venga,
porque el fuego de tu pecho
en humo no se resuelva,
y tan alta heroica hazaña
el tiempo no la escurezca,
para que le desafíes
te doy, Mauricio, licencia,
y mando que se haga luego
una estacada o palestra
do asistirá mi persona
por autorizar las vuestras,
que un Rey sólo ha de ser juez
de tan honrada contienda.

MAUR. Dame, gran señor, los pies.

REY. Levanta.

MAUR. Humillarme deja,
ya que tú me has levantado
hasta la celeste esfera.

TEOB. Por la parte que me toca
beso, invicto Rey, la tierra
que pisan tus pies.

REY. Llevad,
Gobernador, estas nuevas
a Lamberto, que está preso,
y si el desafío acepta
con todas las condiciones
que en el cartel verá puestas.
Cuanto a lo primero, haced
que nombre en vuestra presencia
el que ha de salir con él
a la batalla propuesta,
y mañana por la tarde
traed su persona presa,
que presa quiero que esté
hasta que a Mauricio venza.

GOB. Ya sabes que el pecho mío

sólo en servirte se emplea
REY. Si el desafío ha de ser,
traed luego la respuesta.

(*Vanse el* REY *y el* GOBERNADOR, *cada cual por su parte.*)

MAUR. Según el alma con esto
se regocija y se alegra,
me tendré por vencedor
aunque Lamberto me venza.

(*Vanse, y salen* LAMBERTO *y* LAVINIA.)

LAM. Déjame.
LAVIN. ¿Estás loco?
LAM. He dado
muestra, al menos, que lo he si-
pues que me dejes te pido [do,
después que tú me has dejado.
LAVIN. ¿Yo te dejé?
LAM. ¿De querer
agora no me dejaste?
LAVIN. ¿Cuando?
LAM. Cuando procuraste
echarme, ingrata, a perder,
diciendo que mis enojos
al Rey contarle querías,
y quizá le ablandarías
con lágrimas de tus ojos.
¿En ti, cruel, pudo haber
un pensamiento tan bajo?
¿Hombre soy que de trabajo
me ha de sacar mi mujer?
Pues cuando Fernando quiera
escuchar mi desventura,
no tu pena, tu hermosura
habrá de ser medianera;
y la gente maliciosa,
en viéndome perdonado,
jurará que lo ha causado
el tener mujer hermosa.
No, Lavinia, no es razón
que yo en mi daño consienta,
que será cierta la afrenta
y estará en duda el perdón.
LAVIN. Pues te tienes en tan poco
que no sabes guardar ley
a tu esposa ni a tu Rey,
bien dije si estabas loco.
Por mí no quiero volver,
que tú por mí volverás;
por Fernando, a quien estás
obligado a defender,
quiero volver, pues es hombre
a todos tan preferido,
que en él mundo ha merecido
de Católico renombre.
Bajo el cielo soberano
no hay valor tan peregrino.
LAM. ¿No es hombre?
LAVIN. Si no es divino,
es, sin duda, más que humano.
LAM. Pues considerar procura
que él es la misma flaqueza,
tú la misma ligereza,
yo la misma desventura.

(*Sale* OLFOS.)

OLF. Ya viene el Gobernador.
LAVIN. ¿Qué podrá querer?
LAM. Mandar
la sentencia ejecutar.

(*Sale el* GOBERNADOR.)

GOB. ¡O[h], Lamberto!
LAM. ¡O[h], mi señor!
GOB. Dadme albricias.
LAM. Yo las mando.
LAVIN. Y yo a pagallas me obligo.
GOB. Sabed que vuestro enemigo
le suplicó al rey Fernando
que os perdone luego a vos,
y porque él vengarse pueda,
un desafío os conceda
en su presencia a los dos.
LAM. Y el Rey, ¿qué dijo?
GOB. Primero,
en ello dificultó,
y luego se lo otorgó.
LAM. Daros por albricias quiero
el corazón.
LAVIN. Vuestra esclava
he de ser toda mi vida

por la merced recebida.
GOB. Con razón el mundo alaba
vuestros nobles corazones.
LAVIN. ¡Gran ventura!
OLF. ¡Gran favor!
GOB. Leed primero, señor,
del cartel las condiciones.

CARTEL

Para probar que fué traidor Lamberto,
dando a Leonarda sin razón la muerte,
Mauricio por su honor le desafía
en la Real presencia de Fernando,
do con las armas que escogiere él mismo,
después que haya elegido un compañero,
él y Teobaldo, que en el campo esperan,
le probarán que fué traidor en todo.
Pero si alguno de los cuatro deja
de acudir al concierto señalado,
por miedo, enojo, enfermedad o muerte
o por cualquier suceso extraordinario,
el que quedare solo esté sujeto
a reñir con los dos con todo efeto.

LAM. Digo que adoro el cartel
con amor sincero y puro,
y que acepto, firmo y juro
cuanto viene escrito en él.—
Olfos.
OLF. ¡Señor!
LAM. Al instante
di a mi primo Federico
mi suerte, y que le suplico
en valerme se adelante.

(*Vase* OLFOS.)

GOB. ¿Es Federico el nombrado?
LAM. Sí, señor.
GOB. Gran caballero.
LAM. Que me ha de valer espero,
por ser valiente y honrado.
GOB. Para acabar esta hazaña,
escoger es menester
las armas.
LAM. ¿Qué he de escoger
sino las armas de España?
Una espada y daga elijo
para salir al combate.
GOB. De tu valor el quilate
de aquesto también colijo.
LAM. Bien podrá de sus querellas
con estas armas salir;
mas si quiere combatir
él con armas, yo sin ellas,
al campo saldré también
confiado en las de Dios.
GOB. Yo sé, señor, que los dos
habéis de reñir muy bien.
LAM. Bien habremos menester
las espadas empuñar,
que si él riñe por cobrar,
yo riño por no perder.
GOB. Adiós.

(*Vase.*)

LAM. El vaya contigo.
LAVIN. Gran gozo, gran alegría.
LAM. Basta que Dios nos envía
por mano del enemigo
los regalos y favores
que el uno y el otro espera.
LAVIN. Es porque desta manera
nos parecerán mayores.

(*Sale el* PADRE *de* LAVINIA.)

PADRE. ¡Hijos!
LAM. ¿Señor?
PADRE. Ya he sabido
que tienes lo que codicias.
Dame un abrazo.
LAM. En albricias
las manos y pies te pido.
PADRE. No cabe en mi corazón
tanta gloria y tanta suerte.

(*Vuelve* OLFOS.)

OLF. No quiere, señor, valerte
tu primo.
LAM. ¿Con qué ocasión?
OLF. Dice que sin falta alguna
es injusta tu querella,
y que valerte con ella
es querer que la fortuna

no os dé su amparo y favor.

LAM. Pues habla con mi sobrino.

OLF. Ya le he hablado de camino.

LAM. ¿Qué ha respondido?

OLF. Peor.

LAM. Pues ¿qué haremos, que no es hacer falta en el concierto? [bien

OLF. Toda la ciudad, Lamberto, dice lo mismo también. Por la sangre de Leonarda dejan todos de salir.

LAM. Pues saldré solo a morir, que a mí nada me acobarda.

LAVIN. ¿Solo?

LAM. Que no es desconcierto confío, señora, en Dios.

LAVIN. No hay Hércules contra dos, y más con razón, Lamberto.

LAM. Vamos, que aunque salgan mil de razón acompañados, quedarán luego postrados a mi pecho varonil.

PADRE. La razón es cosa fuerte, y así a todos causa espanto.

LAM. No hay cosa que riña tanto como el temor de la muerte, y así en aquesta ocasión podremos muy bien reñir yo y el temor de morir con mil que tengan razón.

(*Vanse.*)

(*Tocan las cajas y sale el* GOBERNADOR, *que es el Maestro de Campo, y delante un criado con una rodela, y en ella fijado el cartel de desafío; después de habella puesto en su lugar publícase este bando*:)

BANDO

Manda su Majestad que a la estacada
nadie se llegue de cincuenta pasos,
ni dé favor en público o secreto,
con armas, con palabras o con señas,
a los que en ella se verán armados,
so pena de la vida, pues a todos
Su Majestad les asegura el campo
para que el desafío se remate
sin conocer ventaja en el combate.

(*Vanse, y queda el* GOBERNADOR *solo; tañe la música y aparece el* REY *en su trono.*)

REY. Los bélicos instrumentos
pueden ya ser escuchados,
que sus primeros acentos
volando vienen, mezclados
con los soplos de los vientos.
Hoy el cielo representa
a esta tierra ennoblecida
una tragedia sangrienta
de dos que libran su vida
y dos que vengan su afrenta.
Cual relámpagos y truenos
les veo agora venir
de enojo y cólera llenos,
y en comenzando a reñir
les daré a todos por buenos,
que aunque yo les doy licencia
para que al campo se llame,
desdice de mi clemencia
dar lugar a que derramen
tanta sangre en mi presencia.

(*Tocan las cajas y salen* MAURICIO *y* TEOBALDO, *y* ASCANIO.)

MAUR. Para dar fin y remate,
señor, a mi pretensión,
salgo primero al combate,
que el oro del corazón
muestra en esto su quilate.
Y aunque tan pronto y ligero
salgo a la batalla fiera,
creer de Lamberto quiero
que si preso no estuviera
hubiera sido primero.
Lo que suplico, señor,
es que Vuestra Majestad
se apiade de mi honor,
y el de Teobaldo.

REY. Fiad
de mi pecho y de mi amor.

(*Vuelven a tocar las cajas y sale* LAMBERTO *con alabarderos que le traigan como preso.*)

LAM. Pues con tu Real presencia,
gran Fernando, me enriqueces,
confiado en tu clemencia,
beso la tierra mil veces
con respeto y reverencia,
por esta felicidad
que en ver tu rostro conquisto,
pues cuando por mi crueldad
venga a morir, habré visto
tu grandeza y Majestad.
GOB. Lamberto solo ha venido.
REY. ¿Y el que ha nombrado?
LAM. Señor,
nadie valerme ha querido.
REY. Sin duda ha sido temor.
LAM. Antes mi desdicha ha sido,
que nace de mi pecado.
REY. A obedecer el cartel
estás, Lamberto, obligado,
pues viste lo que hay en él.
LAM. Yo vengo determinado
a pasar por el concierto.

(*Salen* LAVINIA, *su* PADRE, OLFOS *y* INÉS.)

LAVIN. Aunque parezca mi amor
desvarío y desconcierto...
REY. ¿Qué gente es ésta?
LAM. Señor,
padre y mujer de Lamberto.
LAVIN. Con grande humildad te pido
que en esta necesidad
acompañe a mi marido
mi padre, que aunque su edad
le tiene desto eximido,
morirá.
PADRE. Yo moriré,
Príncipe invicto, a su lado
por mi lealtad y mi fe.
MAUR. Señor, aunques hombre honrado,
no nos conviene.
REY. ¿Por qué?
MAUR. Es viejo, y han de decir
que falta valor en él
para poder combatir.
REY. Pues riña solo.
TEOB. El cartel
por fuerza se ha de cumplir.
LAM. Muy alegre y satisfecho
te apartas de mi amistad.
TEOB. Halléme mal en el pecho
donde estaba la crueldad
que tú con Leonarda has hecho.
REY. Medildes, Gobernador,
las armas por su interese.
LAVIN. De cajas siento rumor.
OLF. ¿Qué tal sería que fuese,
señora, algún valedor?
LAVIN. Pagar esa nueva quiero
con una joya estimada.
REY. Cajas siento.
GOB. Un caballero
pasea por la estacada
brioso, gallardo y fiero.

(*Sale* LEONARDA *en hábito de hombre, con un tafetán en el rostro.*)

REY. ¿Quién será?
GOB. Viene cubierto,
y así verlo es excusado.
LAVIN. ¡Gran ventura!
GOB. Sólo advierto
que, pues se pone a su lado,
que es valedor de Lamberto.
LAVIN. Hombre es de grande valor.
¿Si es por dicha Federico?
REY. Descúbrase.
LEON. Gran señor,
que no mandes te suplico
tal cosa.
REY. Gobernador,
hágase con brevedad
lo que ordeno y mando yo.
LEON. Pues sepa Su Majestad
que en descubriéndome yo
se descubre la verdad.
Yo soy Leonarda, por quien
se ha movido esta porfía.
LAVIN. ¡Grande gozo!
INÉS. ¡Grande bien!
PADRE. Por esta ventura mía
gracias al cielo se den.
REY. ¿No dicen que te dió muerte

Lamberto?

LEON. Dióme una herida,
y aunque rigurosa y fuerte
pude escapar con la vida.

REY. ¡Grande gloria, grande suerte!

LEON. No salgo al campo, señor,
por dar la muerte a mi hermano,
ni por librar de la muerte
a Lamberto, mi contrario,
sino por probar al mundo
con mi espada y con mi brazo
que el uno y el otro han sido
en esta ocasión honrados:
mi hermano lo fué primero,
vengándose del agravio
que recibió de Lamberto
cuando me tocó la mano,
pues vino con gente armada
y hallándole descuidado,
le hizo casar conmigo
por reparar aquel daño;
Lamberto lo fué también,
que deshecho en tierno llanto
me dijo después que estaba
por poderes desposado.
Trújome al punto a Valencia,
y como estaba a su cargo
mi honra, determinó
ser mi protección y amparo.
Por poder tenerme en casa,
la fingida S y clavo
puso en mi rostro, y así
fuí su esclava algunos años,
hasta que quiso matarme
porque yo, por cierto enfado,
de la verdad, que es el sol,
descubrir quise los rayos.
Entrambos han sido en esto
nobles, valientes y hidalgos,
más que el mundo y yo lo fuí,
más que el mundo y más que en-
[trambos,
pues aunque haya padecido
mi bajel tantos naufragios,
la brújula de mi honra
siempre quedó puesta en salvo;
y así, si hay quien diga o piense
que se ha escurecido en algo
el espejo de mi vida
más que el cristal puro y claro,
salga a matarse conmigo,
que yo le espero en el campo,
donde probarle pretendo
que miente como villano,
y que fué mi pensamiento
más honesto, noble y casto
que cuantos adora el mundo
con estatuas de alabastro,
y que al honor que profeso
no excedieron ni igualaron
la esposa de Colatino,
ni la mujer de Obdenato,
ni aun la misma honra a quien,
en tiempo de los romanos,
hizo la gentilidad
altares y simulacros.

REY. ¡Gallarda mujer!

GOB. ¡Gallarda!

TEOB. Grande gloria me ha causado
lo que escuché de su boca.

REY. Mucho su nobleza alabo.

LAM. Digna es de grande alabanza
tan noble fidelidad.

REY. Gran bien esta suerte alcanza,
porque le da calidad
ser suerte sin esperanza;
que la suerte no esperada
tanto alegra y alboroza,
que debe ser estimada
más que aquella que se goza
después de muy procurada.

TEOB. Turbado quedo y suspenso
de estarla considerando.

LAM. Cuando en esta suerte pienso,
parece que estoy soñando.

REY. A mí me da gozo inmenso.

MAUR. Aunque, señor, el que siento
en mí como el alma vive,
se me doblará el contento
si Teobaldo aquí recibe
a mi hermana en casamiento;
que pues queda averiguado

por los que lo han definido
que el casamiento pasado
de Lamberto no lo ha sido
por ser segundo y forzado,
éste agora pienso hacer
si a tu gusto se acomoda.

REY. Por sólo hacerte placer
el padrino de la boda
quiero yo, Mauricio, ser,
y aun imagino que gano
si padrino della soy.

MAUR. Eres, al fin, soberano.

TEOB. La fe y palabra te doy.

LEON. Yo la fe, palabra y mano.

LAVIN. Aunque tú no lo pediste
quiero agora hacer la prueba
del valor que en ti consiste.

OLF. ¿En qué?

LAVIN. En pagarte la nueva
que en denante me trujiste.

OLF. ¿Pagar?

LAVIN. Sí.

OLF. ¿Con qué interés?

LAVIN. En ofrecerte yo agora
por esposa....

OLF. ¿A quién?

LAVIN. A Inés.

OLF. Por esa merced, señora,
te beso humilde los pies,
que el dote que me has de dar
con aquesta mi señora
servirá para comprar
una soga, con que agora
se pueda Ascanio colgar,
que este bien se le reparte.

ASC. Por el mal que te causó
tu desventura en casarte,
¿quieres que me ahorque yo?

INÉS. Las manos quiero besarte.
Tu esclava, señora, soy
por merced tan generosa.

OLF. La fe de esposo te doy.

INÉS. Yo te doy la fe de esposa.

OLF. Con eso contento estoy.

REY. Mi grandeza y mi poder
se aumenta en esta jornada,
pues sólo a mi parecer
el conquistar a Granada
me diera mayor placer.
Y pues tanta gloria alcanza
este suceso tan grave
y tan digno de alabanza,
razón será que se acabe
la *Suerte sin Esperanza.*

(*Entranse, con lo que se da fin a la comedia de la* SUERTE SIN ESPERANZA.)

ALABADO SEA DIOS.

COMEDIA FAMOSA

DE

EL GRAN PATRIARCHA DON JUAN DE RIBERA,

ARZOBISPO QUE FUE DESTA INSIGNE CIUDAD DE VALENCIA

POR

GASPAR AGUILAR

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS QUE SE SIGUEN:

ROBERTO.
LEONORA.
Un CORREO.
LEONCIO. }
MACHADO. }
BERRUGA. } *Jornaleros.*
VERMEJO. }
POLIDO. }
Dos LABRADORES.
Un JOYERO.
Su CRIADO.
DON JUAN DE RIBERA.
SAN LUIS BERTRÁN.
Su COMPAÑERO.
PADRE DOMINGO ANADÓN.
El HERMANO FRANCISCO.

Una BEATA.
Un ANGEL.
CRIADO *del Obispo.*
CAMARERO [*del Arzobispo*].
Tres CABALLEROS *de Valencia.*
Dos CIUDADANOS *de Valencia.*
Un CABALLERO *de Badajoz.*
Un CIUDADANO.
CORREGIDOR.
Dos REGIDORES.
Un NIÑO.
Su PADRE.
CLENARDO. }
CRIONTE. } *Bandoleros.*
SELEUCO. }

JACINTA.
ELISA.
ROSARDA.
Dos HIJOS *del Justicia de Algemesí.*
ALGUACIL *de moriscos.*
RONQUILLO. }
PEÓN. }
BOAMIT. }
FARACHINO. } *Moriscos todos.*
EL ALAMÍ, *y* }
Su HIJO. }
ALBORAYA, *y* }
ALIMA. }
[*Gente del pueblo.*]

LOA

El león y el gallo tienen
enemistad declarada,
antipatía que engendra
entre ellos inmortal saña;
aborrece el tiburón
al lobo marino, y hallan
que el mismo lobo aborrece
al tiburón que le amansa;
el esmerejón que trepa
la región del aire vana
a la abubilla atropella,
y ella dél huye y se aparta;
y aun a todos nos sucede
en tierra propia o extraña,
de que a un hombre nunca visto
le daremos vida y alma,

como aborrecer al otro,
a quien sin ninguna causa
por opósitos influjos
deseamos mil desgracias.
Mas estas contrariedades
sólo el secreto las guarda,
porque es como el del abeja
que ningún saber le alcanza,
puesto que diga el discreto,
que de sangre confrontada,
o de no lo ser, nació
destos efectos la causa;
o que por haber nacido
de un mismo clima en la casa,
o en opósito ascendente
déste se huye y éste se ama,
pues en el trato moral
andan la invidia y cizaña
con estas antipatías,
no sin malicia trabadas,
porque el escultor desdeña
lo que Alchimedón entalla,
y también de Apelles ríe
el pintor de menos fama;
otrosí, el poeta burla
del otro a quien no se iguala,
mas entre dos de un oficio
¿quién vió paz o tregua honrada?
Yo fuí en un tiempo poeta,
y mi musa fué invidiada
sin causa, porque la invidia
robres hiere, que no gramas;
pero pues ello es ansí,
aquí de Dios, que la espada
de mi venganza da filos
en los fuertes de otras faltas.
Dígame el señor Ovidio
Nasón, por su nariz larga,
que a no ser de las hebreas
ha de ser la de la bada,
¿qué diabólica quimera
le hizo creer que Diana
fué tan hermosa, si él mismo
tropieza en su misma falta,
pues una mujer nos pinta
salvaje entre las montañas,
curtida del sol ardiente,
la tez del rostro abrasada,
y del continuo ejercicio
muy cargadas las espaldas,
que allí cargan y echan todas
los cuidados que nos cansan?
Pues no vió el pobrete a Venus,
que a vella no la loara,
porque tenía colmillos
por menudas dientes blancas:
no hay jabalí tan feroz
en los jarales de Arcadia
que compitiera con ellos;
ved el necio en lo que daba.
En Atenas, en el templo
de su sacra diosa Palas,
tienen por grande reliquia
un zapato y una calza,
por donde se echa de ver
que veinte puntos calzaba,
y que tenía las piernas
no de Palas, más de pajas.
Pretendió Juno que Paris
la entregase la manzana,
con tener un ojo menos,
y llena de ojos la cara,
tanto que por un retrato
suyo, cualquiera juzgara
que la pintaron durmiendo
sobre una cota de malla.
También cuentan que Narciso
fué hermosísimo de cara,
y tengo textos, testigos
que prueban que fué tan mala,
que de los montes el eco
tuvo miedo de miralla,
y así en las quiebras de valles
los oídos pone y llama.
Agora sí, mis señores,
que hay Narcisos y hay Dianas;
fué fábula lo de entonces,
lo de agora, verdad llama.
Veréis Menandras divinas
y veréis Chomas gallardas;
que compite con lo más
lo menos que en ellas se halla.

Alzad los ojos, veréis
en su asiento aquellas damas,
de cuyos ojos el sol
toma la luz que derrama,
llenos de oro los cabellos,
con espadicas doradas,
que de su hermoso jardín
impiden la dulce entrada.
Mirad también los narcisos
con las caras afeitadas,
con enrizados copetes
y con vírgines espadas;
que como agora en el mundo
no hay mujeres con tal gracia,
por excederlas en esto
tienen por honra imitallas.
Gran Senado, si esta loa
a quien le toca no agrada,
agrádele la verdad
a quien los cielos abrazan,
y por las otras la suya
podrá ver tan apurada,
que mirándola, le obligue
a callar, y eso me basta.

FIN DE LA LOA

JORNADA PRIMERA

(*Salen* ROBERTO *y* LEONORA.)

LEON. Desvíate.
ROB. ¿Luego a mí
me tratas con tal martelo?
Ya, ingrata, ya conocí
que despides de tu cielo
el alma que te ofrecí.
LEON. ¿He de pagar tu tormento?
ROB. ¿Por qué al menos no agradeces
la pena y dolor que siento?
LEON. Porque amor muy pocas veces
nace de agradecimiento;
que amor cuando se agradece
siempre es con pena fingida,
y alguna vez acontece
ser con extremo querida
la persona que aborrece.
ROB. ¿Qué es amor?
LEON. Una excelencia
que sí todo el ser mantiene
sin ninguna resistencia;
que como es dios, sólo tiene
de sí mismo dependencia;
y así el que mi alma adora
no eres tú, ni lo serás
en ningún tiempo.
ROB. Leonora,
cansada mujer estás.
LEON. Mejor dirás cansadora,
pues no mitigo el ardor
de ese tu amoroso fuego.
ROB. Bien conozco que el amor
es acto libero.
LOEN. Luego
lo conocerás mejor,
viendo que huyo de ti,
de quien siempre soy querida,
y sigo...
ROB. ¿A quién?
LEON. Baste.
ROB. Di,
¿a quién sigues, por tu vida?
LEON. ¿Deseas sabello?
ROB. Sí.
LEON. ¿Causarte ha celos?
ROB. Sí y no,
porque sabello deseo.
LEON. Pues sabes que adoro yo
al Obispo.
ROB. ¿A quién?
LEON. Ya veo
que es antojo que me dió.
ROB. ¡Jesús! ¡Jesús!
LEON. ¿De qué estás
tan admirado, Roberto?
ROB. De ver, Leonora, que das
en el mayor desconcierto
que nadie ha visto jamás.
¿Pues a don Juan de Ribera
quieres bien?
LEON. ¿No es hombre?
ROB. Sí;
pero es hombre de manera

que después que llegó aquí
todo el mundo le venera
por santo, y esta ciudad
adonde él pone la planta
besa con grande humildad,
pues su santidad es tanta,
que admira a Su Santidad.

LEON. Has de saber que postrada
me tiene amor semejante.

ROB. ¿En qué, dime, estás fundada?

LEON. En cosa muy importante.

ROB. ¿En qué, por tu vida?

LEON. En nada.

ROB. Milagroso fundamento,
pero...

LEON. ¿En qué piensas agora?

ROB. Como vuela el pensamiento,
voy procurando, Leonora,
dar alivio a tu tormento
y apurar la santidad
del Obispo.

LEON. Siempre estoy
sujeta a tu voluntad.

(*Sale un* CORREO.)

COR. Toda la mañana voy
buscando por la ciudad
y no le he podido hallar.

ROB. ¿Dó vais, hermano?

COR. ¡O[h], señores!
Cansado estoy de buscar
al Obispo.

LEON. Sus favores
a nadie suelen cansar.

ROB. ¿Sois Correo?

COR. Señor, sí.

ROB. ¿De dónde venís agora?

COR. De Nápoles vengo aquí
despachado.

ROB. Ya, Leonora, [*Al oído.*]
tengo lo que pretendí.
Este hombre debe traer
cartas de su Padre; luego
regalalle es menester,
entre tanto que en el pliego
puedo una carta meter;
que quien tiene [h]abilidad
en nada ha de ser cobarde.

COR. Ea, señores, acabad
de encaminarme, que es tarde
para llegar.

ROB. Perdonad
si acaso me divertí,
que no he acabado hasta agora
de conoceros.

COR. ¿A mí
me ha visto?

ROB. Sí.

COR. ¿Es de Zamora?

ROB. En ella, hermano, nací.
Yo os he visto veces varias
junto al postigo por donde
salió al combate don Arias.

COR. A la verdad corresponde
con señas tan ordinarias,
sin duda que es zamorano.

ROB. Con esto enseñarle espero. [*Ap.*]
¿Habéis almorzado, hermano?
[*Alto.*]

COR. Ya ha buen rato.

ROB. Pues yo quie[ro]
regalaros por mi mano.

COR. No, no, señor.

ROB. Ha de ser,
aunque vais apresurado.

COR. Eso es echarme a perder.

ROB. Comer de paso un bocado
¿en qué os puede detener?
Una lonja de tocino
mandaré luego que os den
con un trago de buen vino.

LEON. Notable ingenio.

COR. A[h]ora bien,
daros gusto determino.

LEON. Vamos luego.

ROB. Por tu vida
que le regales.

LEON. Sí haré.

ROB. Y estarás apercibida [*Al oído.*]
para lo que te diré.

LEON. A tu gusto estoy rendida.

COR. Mirad que hacerme aguardar

será amistad muy pesada.
ROB. Seguro puede estar,
que no se pierde jornada
por oír Misa ó almorzar.

(*Vanse, y salen el* CAMARERO *del Obispo y un* CABALLERO.)

CAM. Ya ha buen rato que ha sali-
CAB. ¿Qué ha podido suceder [do.
en Badajoz?
CAM. Habrá ido
por la mañanita a ver
algún enfermo afligido,
pues al que padece más
visita con más amor.
CAB. ¿Tanto madruga?
CAM. Sabrás
que no madruga, señor,
pues no se acuesta jamás.
CAB. Dichosa ciudad que tiene
tal Perlado que la rija
y la regale.
CAM. Ya viene,
y para que no se aflija
hablar desto no conviene.

(*Sale* DON JUAN DE RIBERA.)

CAB. Las manos, señor, me dé
Vueseñoría.
D. JU. ¡O[h], señor,
no esté así vuesa mercé!
Levántese.
CAB. Mi valor
así levantar podré.
D. JU. Si no se levanta agora
de donde está arrodillado,
no me ha de hablar.
CAB. En buen hora.
D. JU. Y cúbrase.
CAB. ¡O[h], gran Perlado,
no en balde el mundo te adora.
D. JU. ¿Hay salud en su posada?
CAB. Creer, monseñor, conviene
que la tiene aventajada,
pues tu grandeza la tiene
defendida y amparada.
D. JU. ¿Los niños?
CAB. Todos, señor,
piden al Cielo que vivas
cien mil años.
D. JU. ¿Y el mayor?
CAB. Suplica que le recibas
por paje.
D. JU. Muestra valor.
Venga y saldrá con la empresa.
CAB. Las manos por mí y por él
te beso por tal promesa.
D. JU. ¡[H]ola!
CAM. ¿Señor?
D. JU. Un papel
que está sobre mi arquimesa
sacad.

(*Vase el* CAMARERO.)

CAB. De verme tratado
con tan gran honor me corro.
D. JU. Antes que vuelva el criado,
tome, señor, el socorro
que dalle he determinado
cada mes.
CAB. Con eso gano
más bien que decir podré;
y aunque es un bien soberano,
por reliquia le tendré
por venir de aquesa mano.
Por tu esclavo ha de quedar
el corazón que te adora,
que Dios sólo ha de pagar
esto que me das agora:
yo la manera del dar.

(*Vuelve el* CAMARERO *y el* CORREO *con él.*)

CAM. Aquí está el papel.
D. JU. Conviene
guardalle para un empleo
que mi corazón previene.
¿Quién es ese hombre?
CAB. Un Correo
que aquí de Nápoles viene.
D. JU. De mi Padre debe ser;
sed mil veces bien llegado;

regalalle es menester
después de habelle pagado.

CAM. Uno y otro pienso hacer.
¿Dó está el pliego?

COR. Yo en su mano
le quiero poner, señor,
por besársela, pues gano
un regalo y un favor
tan divino y soberano.

CAM. Conmigo os podéis entrar.

(*Entranse el* CAMARERO *y el* CORREO.)

D. JU. Con gran gusto y regocijo
quiero las cartas besar.

(*Lee la carta.*)

CAB. Hijo a padre, y padre a hijo
se pueden bien adorar.
Gusto con las cartas tiene
pues muestra tanta alegría,
y así, sin que mucho pene,
viéndole el rostro podría
leer lo que en ellas viene;
que aquella luz verdadera
que en las cartas se le ofrece
sale dellas de manera,
que en su rostro resplandece
y en mis ojos reverbera.

(*Sale* LEONORA *vestida en hábito de hombre.*)

LEON. A muy buen tiempo he llegado.

CAB. Venturoso yo que aspiro
a verme tan sublimado,
que, sin ser águila, miro
los rayos del sol dorado.

LEON. Ya mi don Juan, ya la suerte
[*Ap.*]
da lugar a mis quimeras
y disparates.—Advierte
que no pido que me quieras,
sino que dejes quererte.
Dichosa me he de llamar
si, mudando traje y nombre,
tanto bien puedo alcanzar.

D. JU. ¿Qué se ofrece, gentil hombre?

LEON. Las manos vengo a besar
a vueseñoría.

D. JU. ¿Puedo
saber quién es?

LEON. Sí, señor;
soy don Luis de Acevedo,
que he procurado el favor
de don Pedro de Toledo
para ser, señor, criado
de vueseñoría, y vengo
a saber si han ya llegado
las cartas.

D. JU. Aquí las tengo,
y estoy ya determinado
que en casa os podéis quedar,
pues traéis tal norte y guía.

LEON. Primero quiero besar
los pies a vueseñoría
por merced tan singular.

D. JU. Procurad servir a Dios,
que ese es el mejor camino
para agradarme.

LEON. A los dos
servir, señor, determino.

D. JU. Yo me acordaré de vos.

LEON. Por sólo verme, señor,
en su memoria, procuro
rendille con tanto amor.

D. JU. De mi parte os aseguro
que os haré siempre favor.

LEON. ¿Y eso más?

D. JU. Basta decir
que yo a mi cargo lo tomo.

LEON. Con el alma he de servir.

D. JU. Acudid al mayordomo,
que él os hará de vestir.

(*Vanse.*)

(*Salen* ROBERTO *y un* CIUDADANO.)

CIUD. Tú lo has de decir, Roberto,
o te has de matar conmigo.

ROB. ¿Quién eres tú?

CIUD. Soy su amigo.

ROB. Su enemigo es lo más cierto.

CIUD. Dime dónde está Leonora,

o mete mano a la espada.

ROB. ¿Dejástemela encargada?

CIUD. No.

ROB. Pues ¿qué pides agora?

CIUD. Sé que ella te quiere a ti
con amistad verdadera.

ROB. Pues si ella a mí me quisiera,
¿apartárase de mi?

CIUD. Como de verme se asconde,
de los dos se habrá apartado.

ROB. ¡Cómo vives engañado!

CIUD. Mal a mi amor corresponde;
mal corresponde a mi amor,
pues después que yo la quiero,
he consumido el dinero,
la vida, el alma, el honor;
no hay pérdida que se iguale
a la que es tan manifiesta.

ROB. En lo mucho que te cuesta
conozco cuán poco vale.

CIUD. Dejémonos de eso agora,
que pienso darte la muerte
si no lo dices.

ROB. Advierte,
que aunque sé dó está Leonora,
sólo en secreto y no puedo
decir la verdad desnuda.

CIUD. La lengua más torpe y muda
suele hacer hablar el miedo,
y así lo habrás de decir,
sin que el amor te lo impida.
por la boca de la herida
que en tu pecho pienso abrir.
Riñe luego.

ROB. Pues te agradas
de descubrir nuestras menguas,
tengamos mudas las lenguas
mientras hablan las espadas.

(*Echan mano a las espadas y riñen.*)

CIUD. Soy contento.

ROB. También yo.

CIUD. Detén la espada, Roberto.

ROB. ¿Que estás herido?

CIUD. Estoy muerto.

ROB. Tu locura te mató.

CIUD. Así confesarlo quiero.

ROB. Ponerme en cobro es razón.

(*Vase huyendo* ROBERTO.)

CIUD. ¡Jesús, Jesús, confesión,
que me muero, que me muero!

(*Dicen de adentro.*)

D. JU. Parece que siento voces.

CAM. ¿Así a la calle te sales?

(*Salen* DON JUAN DE RIBERA, *el* CAMARERO, *y* LEONORA.)

D. JU. Para remediar los males
han de ser los pies veloces.

CIUD. ¡Válgame Dios!

D. JU. Hijo mío,
¿qué tenéis?

CIUD. Tengo pasado
el pecho.

D. JU. ¿Quién lo ha causado?

CIUD. Mi locura y desvarío.

LEON. ¡Estoy ciega, estoy turbada!
Este, sin duda, es aquél [*Ap.*]
que por ser mi amante fiel
me tenía regalada.
Pero pues falta afición,
la pena es justo se ablande.

D. JU. ¿Tenéis dolor?

CIUD. Por ser grande
me traspasa el corazón.

D. JU. Pues tened por cosa clara
que os causara otro dolor
si la flecha del amor
divino le traspasara.

CAM. En ocasión tan urgente
quiero confesarle yo,
con tu licencia.

D. JU. Eso no.

CAM. ¿Cómo?

D. JU. Estando yo presente
no hay cura ni confesor;
que yo en esta coyuntura
soy confesor y soy cura,
soy perlado y soy pastor;

y así, lleno de afición,
de abrasarme con él gusto,
por llevarle donde es justo
oírle de confesión.
Con él me quiero abrasar
con firme amor verdadero.

CAM. Señor.

D. JU. Dejadme, que quiero
al gran Pastor imitar;
y para poder hacer
lo que su amor me aconseja,
cargada al hombro la oveja
perdida, pienso volver.

CAM. Unos puños al momento
es menester prevenir.

LEON. ¿Cómo?

CAM. Porque ha de venir
Monseñor todo sangriento.

LEON. Yo voy volando a dar muestra
de mi diligencia.

(*Vase* LEONORA.)

D. JU. Hermano,
dadme, si podéis, la mano.

CIUD. Será por besar la vuestra.

D. JU. Por vos podrá ver la luz
del sol, que en mirar me asom-
[bro,
quien verá que sobre el hombro
os llevo en lugar de Cruz.
Venid en los hombros míos,
que vos mismo os llevaréis,
pues por ser Cruz, me daréis
nuevos alientos y bríos.
Que sois Cruz claro se ha vis-
porque si Cruz llevan todos [to,
de trabajos, por mil modos
el hombre es la Cruz de Cristo;
y así, aunque él no tuviera
la Cruz que el pueblo le dió,
el mismo por quien murió
serville de Cruz pudiera.

(*Vanse, y queda el* CAMARERO *solo.*)

CAM. No hay soberbio monte esqui-
que cual cera no se ablande [vo
viendo claridad tan grande,
viendo amor tan excesivo;
y así, pues tal perfición
hallo en tanta juventud,
las Indias de su virtud
descubro, como Colón.

(*Sale* LEONORA *con unos puños en una salva.*)

LEON. No hay en el mundo alegría
que en nada igualarse pueda
con la que hoy del Cielo hereda
el alma dichosa mía.
Jamás la noche ha podido
causarme penas y enojos:
siempre el sol sale a mis ojos
de rayos de luz vestido,
después que el cielo me ofrece
tan grande gloria y favor.

CAM. ¡O[h], señor mío!

LEON. ¡O[h], señor;
ya vuelvo.

CAM. ¿Qué le parece
de Monseñor?

LEON. Que es divino
en fe, en santidad y en celo,
y es otro Juan, que del Cielo
a dar luz de la luz vino;
y pues en su juventud
es tan santo, justo y fiel,
la virtud nació con él
y él nació con la virtud.
Sin duda el Cielo le invía
de virgen la estola blanca.

CAM. Yo le he visto en Salamanca
estudiar.

LEON. ¡Qué tal sería!

CAM. Entre los estudiantes
aprendió todas las ciencias
con ayunos y abstinencias.

LEON. Son maestros importantes.—
Con todo, si hay ocasión,
derriballe determino. (*Ap.*)

CAM. ¡Con qué fervor tan divino
se ocupa en la confesión!
Ya sale en fuego abrasado.

(*Sale* DON JUAN DE RIBERA.)

D. Ju. Dios ha querido llevarse
al que sólo ha de llamarse
dichoso y no desdichado.
Ya aquel buen hombre rindió
el alma en este lugar.

CAM. Dichoso fué en acabar
en tus manos.

D. Ju. Antes yo
soy el que tengo ventura
en abrasarme en tal fuego.

CAM. Grande fervor.

D. Ju. Denle luego
una honrada sepultura
a mi costa.

CAM. Monseñor,
luego voy a obedecerte.

D. Ju. ¿Qué buscáis?

LEON. Vengo a traerte
puños limpios.

D. Ju. ¿No es mejor
que los lleve deste modo?

LEON. Están en sangre teñidos.

D. Ju. Señal que dejo vencidos
mis enemigos.

LEON. Con todo,
no desdice la limpieza
jamás de la santidad.

D. Ju. Bien habéis dicho, mostrad.

(*Vase.*)

LEON. ¡Qué blancura, que belleza!
(*Aparte.*)
Tan amedrentada estoy
con lo que están contemplando
mis ojos, que tropezando
con mi propia sombra voy.
No hay cosa que no me ofenda; todo mi estado empeora.

(*Sale* ROBERTO.)

ROB. Buscando voy a Leonora,
porque mi desdicha entienda;
pero aquí viene.

LEON. Roberto,
¿dónde estabas escondido?

ROB. Déjame.

LEON. ¿Cómo?

ROB. He reñido
con un hombre.

LEON. ¿Y pues?

ROB. Le he muerto.

LEON. Presto la verdad se apura
por mucho que esté encubierta.

ROB. Que lo piensa es cosa cierta.
(*Aparte.*)

LEON. ¿Puedo saber por ventura
quién es el hombre?

ROB. Después
te diré lo que ha pasado.
Sepamos; ¿has derribado
a nuestro Obispo?

LEON. Al través
dió con toda la invención;
es un santo.

ROB. Decir puedo
lo mismo.

LEON. Notable miedo
le cobra mi corazón;
y así, por mostrar prudencia,
a no verle más me obligo.

ROB. ¿Quieres venirte conmigo?

LEON. ¿Dónde?

ROB. A mi patria, Valencia.
Allí con tu voluntad,
Leonora, nos casaremos.

LEON. ¿Cómo caminar podremos?

ROB. De noche por la hermandad.
Vamos.

LEON. Los grandes cuidados
no me dejan caminar.

ROB. Guardémonos de quedar
en Peralvillo emplumados.

(*Vanse.*)

(*Sale* LEONCIO, *jornalero.*)

LEONC. Desde aquí el alma te entrego,
divino trabajo mío,
como timón del navío
con que por el mar navego.
Tú eres el rico tesoro
que alegra mi corazón,

pues sólo por tu ocasión
conozco a Dios y le adoro.
Contigo el alma ligera
puede levantar el vuelo,
y para subir al cielo
tú le sirves de escalera.
Seis hijos y una mujer
me dió el cielo justo y pío,
y con el trabajo mío
los tengo de mantener;
bien que no les puedo yo
con mi sudor sustentar,
que aun humor para sudar
muchas veces me faltó,
y así, aunque siento faltarme
ya la fuerza y el poder,
salgo a la Plaza, por ver
si habrá quien quiera alquilarme.
Ya sé que no me darán
cosa de mucho momento;
mas yo quedaré contento
con que pueda comprar pan.

(*Salen* Machado, Berruga, Polido y Vermejo, *cada cual por su parte, y con una azada.*)

Vermejo.

No hay quien pueda vivir con estos [hombres;
cada día me alquilan por tres blancas
y después que trabajo todo el día
a la noche me pagan en tres pagas;
¡cuántas veces mi hijos no tuvieran
un pan para cenar si nuestro Obispo,
que Dios prospere y guarde muchos años,
no le mandara dar de su despensa!

Berruga.

Confiados están los labradores
en que los jornaleros son tan bobos,
que les llevan baratos y aun de balde.

Machado.

Nadie me ha de llevar por dos y medio,
por vida de Quiteria, aunque dos años
esté sin trabajar.

Polido.

Muy bueno es eso:
cogen el trigo y las demás semillas
con sudor y trabajo de los pobres,
y después, al pagalles, Dios nos libre.

Berruga.

Buenos días, Machado.

Machado.

Norabuena
vengáis, Berruga amigo.

Berruga.

¿Tan temprano
os habéis levantado?

Machado.

El día agora
es tan grande, que pienso que no hay [noche.

Berruga.

Ya veis que cada día nos engañan
los que son sanguijuelas, que se beben
la sangre de los pobres.

Machado.

Pues ¿qué importa?

Berruga.

Para que no se burlen de nosotros,
hagamos entre todos un concierto.

Polido.

¿Qué os parece que sea?

Berruga.

Que ninguno
menos de tres reales vaya al campo,
so pena de...

Machado.

¡Qué pena o qué vinagre!
Yo iré por dos y medio, y si esto es mu-[cho
iré por dos reales solamente,
y si esto es mucho, iré por uno y medio,
y si me pareciere iré de balde,
y si de balde les parezo caro,
yo pagaré también porque me lleven.

VERMEJO.

Mucha arrogancia es esa, Antón Macha [do.

MACHADO.

Puédola yo tener, Pascual Vermejo.

VERMEJO.

También yo puedo...

MACHADO.

¿Qué podéis?

BERRUGA.

Hermanos, dejémonos de voces y alboroto.

POLIDO.

Ea, dense las manos.

BERRUGA.

Sean amigos.

POLIDO.

No se trate más dello.

VERMEJO.

Norabuena.

(*Tocan dentro una campanilla.*)

LEONCIO.

A misa tocan.

POLIDO.

Lo que importa agora es sacalles las muelas a estos hombres.

BERRUGA.

Muy bien habla Polido.

MACHADO.

Muy bien dice.

LEONCIO.

Pues tantos jornaleros han salido, antes que todos alquilarse puedan quiero oír una misa y entre tanto saldrán los labradores a la Plaza, que no ha de ser tan grande mi desdicha que mientras veo a Dios se alquilen to- [dos, y me dejen a mí: Dios me encamine.

(*Vase.*)

BERRUGA.

Ya parece que tardan estos hombres.

VERMEJO.

Yo os prometo, Berruga, que no tarden, pues todos son tan míseros y avaros, que quieren que el jornal comience al al- [ba, y se acabe de noche.

BERRUGA.

Gente viene.

(*Salen* DOS LABRADORES.)

LABRADOR 1.º

Hoy baratos valdrán los jornaleros.

LABRADOR 2.º

¿En qué lo conocéis?

LABRADOR 1.º

Hay infinitos.

LABRADOR 2.º

Comencemos a hablalles de uno en uno.

LABRADOR 1.º

¿Queréis, hermano, trabajar conmigo?

BERRUGA.

Eso estoy esperando.

LABRADOR 1.º

¿Qué he de daros por cavar en mi campo todo el día?

BERRUGA.

Tres reales, y el grano de mostaza.

LABRADOR 1.º

Y ¿qué es el grano de mostaza?

BERRUGA.

El vino.

LABRADOR 1.º

¿No iréis por dos y medio?

BERRUGA.

Es imposible,
aunque me deis agora dos reales
con treinta y tres maravedís en somo.

LABRADOR 2.º

Y vos, ¿por cuánto iréis?

MACHADO.

Todo es un precio.

LABRADOR 2.º

¿Y vos?

POLIDO.

Si tres reales no me ofrece
no hay para qué tratemos de concierto.

LABRADOR 1.º

¿Vos, qué hacéis cuenta de llevar?

VERMEJO.

Lo mismo;
¿soy menos que los otros por ventura?

LABRADOR 1.º

Basta, que todos vienen concertados.

LABRADOR 2.º

Pues ¿qué os parece?

LABRADOR 1.º

Que les demos gusto
ya que habemos salido, que otro día
ellos nos le darán a costa suya.

LABRADOR 2.º

Ea, vengan volando dos conmigo,
que yo les pagaré lo que ellos quieren.

LABRADOR 1.º

Y conmigo otros dos.

BERRUGA.

Contentos somos.

MACHADO.

Todos les seguiremos al momento.

POLIDO.

Aire pretendo ser.

VERMEJO.

Yo pensamiento.

(*Vanse.*)

(*Sale* LEONCIO.)

LEONC. Después que Dios permitió
que oyese misa, he quedado
más valiente y esforzado
que si fuera un joven yo;
que la misa sacrosanta,
oída con devoción,
da bríos al corazón
y el espiritu lavanta.
Pero ¿qué es esto? ¡Ay de mí!
¿Dónde están los jornaleros?
¿Posible es que tan ligeros
se han ido luego de aquí?
En todo cuanto se ve
rastro de ellos no ha quedado.
Sin duda se han alquilado
mientras en la iglesia entré.
Mis hijos hoy no tendrán
bocado de pan, mi Dios,
habiéndoos yo visto a vos
bajo la especie de pan.
Ya corre por vuestra cuenta
esta desventura mía;
baje del cielo este día
el pan que el alma sustenta.
Tened compasión, Señor,
de mis hijos y mujer,
que hoy habrán de perecer
si les falta vuestro amor;
que vos siempre os acordáis
del hombre que está penando,
cuando más padece y cuando
parece que le olvidáis:
y es que no debéis gustar
de verle rico y medrado,
sino de verle afanado
y de sentirle llorar;
quel trabajo y desconsuelo
que padece el corazón,
dulces confituras son
de la alacena del Cielo.

(*Sale un* JOYERO.)

JOYER. Desde mi tienda he sentido
que espar[c]éis al aire vano
mil quejas.

LEONC. Déjeme, hermano,
que estoy un poco afligido.

JOYER. Decid, ¿qué pena tenéis,
buen viejo, en esta ocasión,
quel alma y el corazón
con ella me enternecéis?

LEONC. ¿No es harta haber menester
qué me den que trabajar
para haber de sustentar
mis hijos y mi mujer?

JOYER. ¿Faltado os han labradores?

LEONC. Esta mañana salí
y la Plaza, señor, vi
llena de trabajadores;
tocaron a misa, y viendo
que entre tanto que la oía
el pueblo se juntaría,
entréme a misa corriendo,
y no hallé cuando salí
quien alquilarme quisiese.

JOYER. ¡Grande pena!

LEONC. ¡Aun si supiese
la que ha de pasar por mí
cuando llegue a verme asido
de mis hijos y mujer
sin traelles de comer!...

JOYER. El corazón me ha movido.

LEONC. ¿Mándame algo?

JOYER. Padre honrado,
dígame, así Dios le guarde,
¿qué ganara hasta la tarde
si le hubieran alquilado?

LEONC. Dos reales, pienso yo,
ganara.

JOYER. ¿Pues quiere ir
luego a la iglesia y oír
por mí otra misa?

LEONC. Pues no;
al momento voy allá
con devoción de amor rara.

JOYER. Pues, como si trabajara,
dos reales ganará.

LEONC. Parece que Dios aquí
me ha querido remediar.

JOYER. Advierta, que ha de rogar
por mí a Dios.

LEONC. Fíe de mí,
que aunque con El puedo poco,
conocerá mi amistad.

(*Vase.*)

JOYER. De ver tan grande bondad
estoy pasmado, estoy loco.
A gran terneza convida
ver a Dios enamorado
desta simpleza de estado,
desta pureza de vida.
La fe, el amor, la oración
vuelven cualquier alma santa;
pero a todo se adelanta
la humildad de corazón.

(*Sale un* CRIADO.)

¡[H]ola!

CRIAD. ¿Señor?

JOYER. Ya es muy tarde.
¿Cómo colgando esta tienda
no hacéis muestra de mi hacien-
y de mis joyas alarde? [da,

CRIAD. ¿En qué parte se pondrán
las porcelanas?

JOYER. Aquí.

CRIAD. ¿Y los búcaros?

JOYER. Allí.

CRIAD. ¿Y las telas de Milán?

JOYER. Porque brillen desde lejos
estarán en la portada.

CRIAD. Para que quede adornada
la tienda con los espejos,
pienso que estarán mejor
aquí en la puerta colgados.

JOYER. ¿Cobrasteis los cien ducados
que debe el Corregidor?

CRIAD. Téngole ya tan molido,
que no me atrevo a ir allá
por ellos.

JOYER. El pagará,

que es noble y es bien nacido.
¿Doña Inés pagó la tela
del vestido que sacó?
CRIAD. La mitad sola pagó.
JOYER. Será quitalle una muela
pedilla la otra mitad.
CRIAD. Págase mal un vestido,
si después que se a traído
se ha de pagar.
JOYER. Es verdad.
¿Qué remedio puede haber
seguro para cobrar?
CRIAD. El mejor es no fiar.
JOYER. No fiar es no vender,
y eso es no apagar la sed
que de ganar tengo yo.

(*Sale* LEONCIO.)

LEONC. Ya la misa se acabó.
¿Qué manda vuesa merced?
JOYER. ¡O[h], padre mío!
LEONC. Querría
volverme luego a mi casa.
JOYER. Tome.
LEONC. El alma se me abrasa
de contento y alegría.
Cuatro reales que me ha dado
será mi restauración.
JOYER. Adiós, padre.
LEONC. El corazón
llevo todo alborotado.

(*Vanse el* JOYERO *y el* CRIADO.)

No hay diamantes, plata, ni
como esta pieza que llevo; [oro,
con ella a comprar me atrevo
del mundo el mayor tesoro.
Ella es mi sol, es mi luz
en tan felice suceso;
y así, aunque beso, no beso
la plata, sino la Cruz.
A mi casa es menester
con grande prisa volverme,
porque se alegren de verme
mis hijos y mi mujer.
Gozaré lo que me envía
el Cielo por su grandeza,
y en un siglo de tristeza
tendré un punto de alegría.

(*Sale* DON JUAN DE RIBERA.)

D. JU. ¿Leoncio?
LEONC. ¿Señor?
D. JU. ¿Adónde
vais con tal prisa?
LEONC. Señor,
a mi casa.
D. JU. Vuestro amor
poco al mío corresponde.
¿Cómo no queréis decirme
vuestros trabajos? ¿No veis,
Leoncio, que me debéis
lo que dejáis de pedirme?
Que el hombre viejo y honra-
con hijos y con mujer, [do,
cuando pobre llega a ser
es afrenta del Prelado.
¿Por qué queréis afrentarme?
LEONC. Soy en eso vergonzoso.
D. JU. Pues no lo seáis.
LEONC. No oso,
señor mío, aventurarme,
porque, aunque yo no soy na-
tengo del alma la puerta [da,
para recebir abierta
y para pedir cerrada;
que si la lengua se atreve
a pedir, se hiela luego;
que el corazón, que es de fuego,
suele volvella de nieve;
y ansí, aunque la hambre me
no puedo, señor, pedir, [venza,
porque lo mismo es morir
de hambre que de vergüenza.
D. JU. Yo os daré sin que pidáis.
LEONC. Pague el Cielo su intención.
D. JU. ¿No me diréis la ocasión
porqué a vuestra casa vais
tan alegre y tan contento?
LEONC. Efeto es de grande amor,
porque con esto, señor,
llevo a mi casa el sustento.

D. Ju. ¿Quién os lo dió?
Leonc. Un mercader
que Enrico tiene por nombre.
D. Ju. Muy bien le conozco.
Leonc. Es hombre
honrado, a mi parecer,
pues como triste me viese
por no hallar quien me alquilase,
quiso que en la Iglesia entrase,
y por su respeto oyese
una Misa.
D. Ju. Gran valor.
Leonc. Muy bien, señor, me ha pagado
el haber por él rogado,
aunque indigno pecador.
D. Ju. ¿Qué os dió?
Leonc. Los cuatro rea[les]
que en denantes le mostré.
D. Ju. ¿No más?
Leonc. Con ellos podré
dar hoy remedio a mis males.
D. Ju. Leoncio, inconsiderado,
templad el gozo y placer,
y volvelde al mercader
la miseria que os ha dado.
Leonc. Señor mío.
D. Ju. Id en un vuelo
y volvelde lo que os dió;
porque lo que él recibió
vale más que tierra y Cielo.
Vos por él habéis rogado
con gran devoción, y Dios
le ha otorgado ya por vos
algún tesoro sagrado.
Que le otorgó bien se infiere
de rogárselo vos tanto,
porque jamás ruega un santo
sino aquello que Dios quiere.
Todos sabemos que Enrico
deste bien necesitó,
porque es hombre que llegó
súbitamente a ser rico,
señal de mala conciencia.
Leonc. Pues, señor, ¿qué puedo hacer
en esto?
D. Ju. Volvelle a ver
con presteza y diligencia,
y entregalde su dinero.
Leonc. ¿Daréle alguna razón?
D. Ju. Decilde que una visión
con rostro espantable y fiero,
causándoos miedo y espanto,
os llamó grosero y loco;
pues le disteis por tan poco
cosa que se estima en tanto.
Leonc. Al momento quiero ir,
Monseñor, a obedecerte.
D. Ju. Veamos si desta suerte
le podremos convertir;
que es, Leoncio, el pecador
cuando llora su pecado,
el plato más regalado
de la mesa del Señor.

(*Vase.*)

Leonc. Como Dios anda celoso
del pecador por quien muere,
en ninguna cosa quiere
que halle gusto ni reposo.
Yo iba a dar de comer
a mi casa, como es justo,
y aun ese pequeño gusto
no me deja Dios tener.
Volver a serville quiero
con amor puro y divino,
y volveré de camino
al mercader el dinero;
que un hombre debe admitir
los celestiales consejos:
pero él me vió desde lejos,
y me sale a recibir.

(*Sale el* Joyero.)

Joyer. ¿Padre?
Leonc. El cielo me mandó
que el dinero no reciba:
tome.
Joyer. ¿Quién dello le priva?
Leonc. Agora me apareció
una visión celestial
que inconsiderado y loco
me llamó, pues por tan poco

he dado una joya tal.
No sé lo que decir quiere
con este enigma.

JOYER. Yo sí,
que soy el que recebí
esa joya que refiere,
pues desde el punto que oyó
por mi la misa segunda,
y con humildad profunda
por mis pecados rogó,
Dios me llamó al mismo inspor medio de su oración, [tante
y me llenó el corazón
con el tesoro importante
de la gracia.

LEONC. Rica prenda
esa se puede decir.

JOYER. Y así quiero repartir
entre los pobres mi hacienda
después que la mal ganada
a cuyo es la restituya.

LEONC. A Dios es bien se atribuya
hazaña tan señalada.

JOYER. Las cosas más escogidas
serán, Padre, para vos.

LEONC. Con lo que me diere Dios
seré Creso, seré Midas.
Lo que más importa es dar
aviso desta ventura
al Obispo, que él procura
su conversión alentar.

JOYER. ¿Cómo?

LEONC. La visión que vi,
el Obispo, hermano, ha sido,
que convertille ha querido.

JOYER. ¿Es posible?

LEONC. Hermano, sí.

JOYER. ¡Gran hombre!

LEONC. Su conversión
él la debió procurar.

JOYER. Aqueso, padre, es menguar
la fuerza de su oración.
Vamos, que quiero que entienque de servir a Dios gusto, [da
y que sea, como es justo,
repartidor de mi hacienda.

LEONC. Vamos, que este gran milagro
que hace el Cielo poderoso,
a su nombre milagroso
le dedico y le consagro.

(*Vanse.*)

(*Sale* DON JUAN DE RIBERA, *con el* CORREGIDOR *y dos* REGIDORES.)

D. JU. Una vez he replicado,
y al fin mi Padre ha querido
que lo acepte.

CORREG. En eso ha sido
este lugar desdichado.

D. JU. Arzobispo de Valencia
me nombra Su Majestad,
y aunque no es mi voluntad,
habré de tener paciencia.
El Pontífice también
Patriarcha me ha nombrado.

[R.] 1.º ¿Nombre de Padre te ha dado?
Conocido te ha muy bien.

D. JU. Quien de mí algún bien le dijo
me hizo poca amistad,
porque será impropiedad
que sea Padre quien no es hijo.

CORREG. Dichosa Valencia.

D. JU. Si algo
me lleva a gozar sus flores,
no es ver que sus moradores
tienen pecho noble hidalgo,
sino el ver que son devotos.

[R.] 1.º Gran devoción les inflama.

[R.] 2.º De su devoción la fama
llega a los indios remotos.

D. JU. Si permanezco de asiento
por dicha en aquel lugar,
una capilla fundar
en honor del Sacramento
determino.

CORREG. Será hazaña
de tu corazón divino.

D. JU. Que ha de causar, imagino,
devoción a toda España.

(*Salen* LEONCIO *y el* JOYERO.)

LEONC. A tus pies están, señor,

dos pobres hombres honrados,
rendidos y aficionados
a tu nobleza y valor,
y tendrán por gran ventura
que te sirvas de los dos.

D. Ju. Muy bien os conozco a vos,
Leoncio.

Leonc. Yo soy tu hechura.

D. Ju. ¿Quién es éste?

Leonc. Un mercader
que tiene una rica tienda,
y hoy quiere toda su hacienda
a los pobres ofrecer,
y tendrá por gran blasón
que la reparta tu mano.

D. Ju. Eso hace Dios, hermano,
cuando entra en un corazón.
Su Divina Majestad,
que más que el sol resplandece,
dondequiera que amanece
destierra la escuridad.

Joyer. Por eso he quedado ciego.

D. Ju. Pues, señor Corregidor,
vuesa merced es mejor
que vaya en mi nombre luego,
y entre los pobres reparta
la hacienda que este hombre di-
ya que con tal regocijo [jo,
quiere el Cielo que me parta.

Leonc. ¿Al fin, que te vas, señor?

D. Ju. Dios lo quiere desta suerte.

[R.] 1.º Fiero mal.

[R.] 2.º Tormento fuerte.

Correg. Gran desdicha.

Joyer. Gran dolor.

(*Sale el* Camarero *vestido de camino.*)

Cam. Ya está todo apercebido,
bien puedes, señor, partir.

Correg. ¿Cómo podremos sufrir
que nos pongas en olvido,
como si fueras contrario?

D. Ju. Hijos míos, no me voy,
que con vosotros estoy,
como Padre, de ordinario,
por más que el tiempo impor-
sea mudable y ligero. [tuno

Leonc. Ya no hay sufrimiento...

D. Ju. Quiero
abrazaros de uno en uno;
y pues no es mi corazón
de sufrimiento capaz,
yo me voy, quedaos en paz;
Dios os dé su bendición.

(*Vase.*)

Correg. Aunque de mí salga un mar
no templará mis enojos,
así pienso por los ojos
de todo el pueblo llorar.

(*Vase.*)

[R.] 1.º Viendo pérdida tan grande
como aquesta ciudad tiene,
no hay furia que no se enfrene,
no hay peña que no se ablande.

(*Vase.*)

[R.] 2.º Jamás tenga el rostro enjuto
Ciudad que tal gloria pierde,
y su campaña, aunque verde,
se vista de negro luto.

(*Vase.*)

Joyer. En prueba de que este bien
es divino y verdadero,
cualquiera le pierde entero,
y todos juntos también.

(*Vase.*)

Leonc. Aunque queda este lugar
triste, afligido y lloroso,
dichoso, y más que dichoso,
sin duda se ha de llamar;
que aunque el Pastor le ha de-
[jado
sin bien, sin gozo y sin gloria,
no perderá la memoria
de haber sido su ganado.

(*Vase.*)

(*Dase fin con esto a la primera jornada.*)

JORNADA SEGUNDA

(*Salen el* CAMARERO *de* DON JUAN DE RIBERA *y el* COMPAÑERO *del padre* FRAY LUIS BERTRÁN.)

CAM. ¿Qué se ofrece, padre?
COM. Espero
al padre Luis Bertrán.
CAM. ¿Por dicha es su compañero?
COM. Sí, señor.
CAM. Como el imán
suele atraer el acero,
me atrae su religión.
COM. Digno es de fama y renombre.
CAM. Ya sé que no es perfición
dejarse llevar el hombre
de su propia inclinación;
pero es suerte, cuando buena
la puede el mundo llamar.
COM. Suerte más colmada y llena
de glorias debe gozar
quien la luz clara y serena
contempla del sol dorado.
CAM. ¿Quién tanto levanta el vuelo?
COM. Quien merece ser criado
de monseñor.
CAM. Hasta el cielo,
padre, nos ha levantado.
COM. Allí viven, allí están
abrasados con su esfera;
que como el señor don Juan
es el águila altanera,
siempre siguiéndole van
como hijuelos sus criados,
y de allí, señor, les viene
ser queridos y estimados.
CAM. Digo padre, que nos tiene
con grande extremo obligados.
Bien es verdad que merece
el Patriarcha, mi señor,
esta honra que le ofrece,
y el infinito favor
con que el cielo le enriquece,
porque es su vida inculpable,
y aunque parece algo mozo,
es santo, es justo, es amable,
y siembra en las almas gozo
con su aspecto venerable.
Y según claro se ve
en su santo y justo celo,
sin duda cortado fué
de la gran mina del cielo
para pilar de la fe.
COM. ¿Para pilar?
CAM. Sí.
COM. Aunque espera
mi alma que lo será,
saber la ocasión quisiera.
CAM. El gran Duque de Alcalá,
don Perafán de Ribera,
cuya fama y santidad,
por haber sido exquisita,
hasta la postrera edad
del mundo quedará escrita
con letras de eternidad,
fué su padre, y por hallar
un maestro que supiese
esta planta cultivar
del mundo, que se pudiese
hasta el cielo levantar,
tres muy sabios y letrados
le trujeron, y los tres,
apóstatas confirmados,
tanto que fueron después
por herejes castigados,
que como Dios prevenía
el remedio de sus daños,
así como se ofrecía
uno dellos, por extraños
caminos se lo impedía;
y pues por milagro fué
desde niño reservado
de herejías, bien se ve
que Dios le tuvo guardado
para pilar de la fe.
COM. Creciendo por puntos va
el grande amor que le tengo.

(*Sale un* PADRE *con un* NIÑO *que tiene lamparones.*)

PADRE. Aquí me han dicho que está.
NIÑO. Confiado, padre, vengo.

CAM. ¿Dónde bueno por acá?
PADRE. Traigo al padre fray Luis
este niño.
COM. ¿Qué mal tiene?
PADRE. Lamparones.
CAM. A París
llevarle, hermano, conviene,
que el Rey de la flor de lis
cura desta enfermedad
por la virtud de su estrella.
PADRE. Señor, en esta ciudad
está el rey, después que en ella
está su paternidad.
COM. El padre fray Luis Bertrán
con monseñor sale agora.
CAM. Juntos aquí se verán
los soles que el mundo adora
por la gran luz que le dan.

(*Salen don* JUAN DE RIBERA, *y el padre* FRAY LUIS BERTRÁN.)

F. LUIS. Su Ilustrísima me dé
las manos.
D. JU. Primero yo
las suyas besar podré;
démelas, padre, o si no
a sus pies me arrojaré.
F. LUIS. ¡Señor, señor!
D. JU. Padre mío,
las manos he de besar,
sin que pueda hacer desvío.
F. LUIS. Mire que han de condenar
mi locura y desvarío.
D. JU. Ea, los brazos le doy,
porque no se aflija tanto.
F. LUIS. Con eso contento estoy.
D. JU. Pues abrazo al cielo santo,
Zodíaco, padre, soy.
CAM. ¡Qué dos grandes maravillas!
D. JU. Ya que nos vemos aquí,
ocupemos estas sillas.
F. LUIS. Bien está, aunque para mí
bastaba estar de rodillas.
D. JU. Pues, padre, ¿cómo se siente
de su mal?
F. LUIS. La hidropesía
es, señor, un accidente
que se hace de cada día
más furioso y más ardiente,
y así como es cosa cierta
que el agua me es tan dañosa,
me mata la sed.
D. JU. Advierta
que la sed es una cosa
que mata después de muerta.
No beba, que es acabar
la amistad de entre los dos;
pero ha de considerar
que si es sed de ver a Dios
bebiendo se ha de curar.
Beba, Padre.
F. LUIS. Soy tizón
del infierno.
CAM. Gran virtud
se encierra en su corazón.
PADRE. Hijo, de cobrar salud
tienes muy buena ocasión,
pues ves que juntos están
el Patriarcha, mi señor,
y el padre fray Luis Bertrán.
NIÑO. ¿Ellos salud me darán?
PADRE. Hijo, sí, con el favor
de la divina clemencia.
NIÑO. Confío en su grande amor.
D. JU. Pena me da su dolencia
muy grande.
F. LUIS. Estimo el favor.
D. JU. Envíe a pedir licencia
para poderse curar
en mi casa y por mi mano.
F. LUIS. De merced tan singular,
me hallo indigno.
D. JU. Yo ufano
de podelle regalar.
Venga, padre.
COM. ¡Qué bondad!
CAM. ¡Qué hidalga naturaleza!
COM. ¡Qué buen pecho!
CAM. ¡Qué amistad!
F. LUIS. ¡Cuán bien sobre la nobleza
campea la santidad!
(*Vanse.*)

(*Salen* ROBERTO *y* CLENARDO.)

ROB. Aguija.
CLEN. No sé a qué fin
de donde estaba escondido
me has sacado y me has traído
tan cerca de Algemesín.
ROB. Robar quiero una mujer.
CLEN. ¿Qué dices?
ROB. Que robar quiero
una mujer.
CLEN. Considero
que loco debes de ser,
y así no me enojo.
ROB. Di,
¿en qué te parezco loco?
CLEN. En tener, Roberto, en poco
a la Justicia.
ROB. ¿Yo?
CLEN. Sí.
ROB. ¿Cómo?
CLEN Desde el punto triste
que de Granada llegaste,
y mil sangres derramaste
por la mujer que trujiste,
¿no vas siempre forajido?
ROB. Sí.
CLEN. ¿Pues no basta, Roberto,
haber hecho un desconcierto?
ROB. Mal mi intento has conocido.
Di, cuando mi pecho fuerte
a tal desdicha se ofrezca,
que muchas muertes merezca,
¿pagará con una muerte?
CLEN. Sola una ha de poder
pagar tu mala fortuna.
ROB. Pues si he de pagar con una,
muchas quiero merecer.
CLEN. Que lo mirarás mejor,
con todo, Roberto, aguardo.
ROB. Yo no te pido, Clenardo,
consejo.
CLEN. ¿Pues qué?
ROB. Favor.
CLEN. Pues guía delante.
ROB. Aquí,
por ser noche de San Juan
muchas doncellas vendrán,
y entre ellas...
CLEN. ¿Quién?
ROB. ¡Ay de mí,
que cuando a nombralla voy
se [h]iela el alma al instante!
CLEN. ¿No eres hombre?
ROB. En ser amante
más y menos que hombre soy;
mas ya viene el sacro coro
destas hermosas doncellas,
y como Diana, entre ellas,
la bella Elisa que adoro.

(*Salen* JACINTA, ELISA, ROSARDA, *y las más que pudieren, con adufes, sonajas y otra música.*)

Con el aljófar blanco
de sus riberas
se componen de Júcar
las Ninfas bellas.
La mañana alegre
del que al mundo enseña,
el Cordero hermoso
con la piel bermeja.
Las Ninfas de Júcar
sus alcobas dejan,
hechas de esmeralda
por mayor riqueza.
Sacan de las ondas
las rubias cabezas
que con ojos de oro
Apollo contempla;
y cuando sacuden
las doradas trenzas,
en la arena esparcen
diluvios de perlas.
Con el aljófar blanco, etc.
ELISA. Todas coronadas salen
de flores y de arrayán.
JACIN. Con la noche de San Juan
no hay auroras que se igualen;
y aunque el más alegre día
tiene en sí tal majestad
que le excede en claridad,

no le iguala en alegría.
En ella rinden tributo
las plantas de su hermosura,
pues en tanto que ella dura
dan la hoja, flor y fruto.

ROSAR. Hermosa noche.

JACIN. Rosarda,
unos bultos veo allí.

ELISA. Muerta soy.

JACIN. ¿Cómo?

ELISA. ¡Ay de mí!
Un gran temor me acobarda.
Roberto es, sin duda alguna,
que de mí se enamoró.
Huyamos luego.

ROB. Eso no.

ELISA. ¡Traición, traición!

ROB. La fortuna
da favor siempre al osado.

(*Huyen todas, dejando a* ELISA *sola.*)

ELISA. Huíd, hermanas, huíd,
y a todo el pueblo decid
que Roberto me ha robado.
Toquen a rebato luego,
pues tal desdicha se ofrece.

ROB. Mejor es, si te parece,
que toquen, Elisa, a fuego,
que amor me abrasa.

ELISA. Traidor,
¿es posible que has cubierto
tu locura y desconcierto
con la capa del amor?
Si amor en los nobles vive,
¿cómo entró en tu corazón?
¿Es por dicha camaleón
que cualquier color recibe?

(*Tocan una campana.*)

CLEN. Perdidos somos, Roberto,
que ya tocan a rebato.

ELISA. Hoy, fementido; hoy ingrato,
pagarás tu desconcierto.

ROB. ¿Qué haremos?

(*Sale* LEONORA *en hábito de bandolero.*)

LEON. ¿Qué ha sucedido,
que la campana han tocado?

ROB. Si sabe lo que ha pasado (*Ap.*)
fe dará.

LEON. Di lo que ha sido,
mi Roberto.

ROB. Has de saber...

LEON. Que me lo digas aguardo.

ROB. Que ciego de amor, Clenardo
ha robado esa mujer.

LEON. Guarde, pues, como valiente
lo que robó como amante,
que ya con furia arrogante
sale del pueblo la gente.

(*Sale la gente del pueblo.*)

[V.] 1.º ¡Mueran, matadles!

ROB. Villanos,
yo me vengaré después.

[V.] 2.º No os han de valer los pies.

CLEN. Es porque tenemos manos.

(*Entranse retirando los bandoleros, y el pueblo tras ellos, y salen* DON JUAN DE RIBERA *y el* CAMARERO.)

D. JU. ¿Los médicos no le dan
esperanza de salud?

CAM. Como él está sin virtud,
faltos de esperanza están.
La sed dice que le abrasa
y la paciencia le apura.

D. JU. Pues ha de morir, ventura
será que muera en mi casa,
pues sin duda le darán
nueva dicha y nueva suerte
los ángeles que, a su muerte,
desde el cielo acudirán,
que es un perfeto varón.

CAM. Honralle, señor, es justo.

D. JU. De dalle agua a su gusto
tengo determinación.
Esa cortina corred.

(*Parece el padre* FRAY LUIS *en una cama.*)

F. LUIS. ¡O[h], monseñor!

D. JU. Padre mío,
¿cómo está?

F. Luis. Sanar confío
con esa grande merced;
que aunque mi cruel dolencia
me causa tanto dolor,
sería ofender, señor,
su más que humana presencia
si dijese que estoy malo,
y que por puntos me muero.
D. Ju. A[h]ora bien, padre, yo quiero
hacelle un grande regalo.
¿Tiene sed?
F. Luis. Tengo una fragua
dentro en el pecho encendida.
D. Ju. Para restaurar la vida,
¿tomará un vasillo de agua?
F. Luis. A tomar, señor, me obligo
otra tanta como aquella
que por templar su querella
pidió el avaro al mendigo.
D. Ju. ¿Una gota?
F. Luis. Es mandamiento
del dotor que me visita.
D. Ju. Eso a mayor sed se incita.
¡[H]ola!

(*Salga un* Criado.)

Criad. ¿Señor?
D. Ju. Al momento
esos vasillos romped,
que son, aunque son tan bellos,
tan pequeños, que con ellos
no se bebe sino sed.
F. Luis. Basta que vueseñoría,
monseñor, lo quiera y mande.
D. Ju. Traed un vaso muy grande
y muy lleno de agua fría.
Criad. ¿Con nieve?
D. Ju. Y si puede ser,
con carámbanos helados.
Cam. Hoy quedarán afrentados
los médicos.
D. Ju. Quiero ver
si cobrará la salud
mudando de medicina.
Cam. Que es inspiración divina
sospecho.
F. Luis. Tendrá virtud,
monseñor, su grande fe.
D. Ju. Bien podrá alegre y ufano
beber, que yo, por mi mano,
padre, el agua le daré.
Confíe en Dios, padre mío,
como el monte de Sión,
que él mismo en esta ocasión
le dará su aliento y brío;
que si con esta bebida
cobra la salud que espera,
no será la vez primera
que el beber le da la vida;
pues ya sabe que bebió
en la India Occidental
un veneno con el cual
todo el mundo enriqueció.

(*Sale el* Criado *con un vaso de agua.*)

Criad. Ya monseñor, ha venido
el agua.
D. Ju. Bébala luego.
F. Luis. Es posible que el gran fuego
que está en mi pecho encendido
se apagará en este día
sin que un punto más me ofenda.

(*Bebe el vaso de agua.*)

D. Ju. No hay sed que no se suspenda
con un vaso de agua fría.
Y porque con más consuelo
la beba en esta ocasión,
yo le doy la bendición
que Dios le invía del cielo.
F. Luis. Ya siento que por las venas
se me esparce la frialdad,
y que están de suavidad
en solo un instante llenas.
D. Ju. ¿Cómo está?
F. Luis. Bueno me siento.
D. Ju. ¿Posible es tanta alegría?
F. Luis. Si manda vueseñoría,
quiero vestirme al momento.
D. Ju. ¿Vestirse?
F. Luis. Ya ningún mal
me aflige ni me molesta.

CAM. Grande maravilla es ésta.
CRIAD Cosa es sobrenatural.
F. LUIS. Siempre, señor, esperé
de esas manos la salud.
D. JU. Ellas no tienen virtud.
F. LUIS. ¿Pues quién la tiene?
D. JU. Su fe,
que es lo que merece tanto.
F. LUIS. ¡Gran bien!
D. JU. ¿Qué es esto, señor?
¿Por medio de un pecador
queréis dar salud a un santo?
¿Yo, yo, señor, yo virtud?
¿Yo muestras de santidad?
¿Yo que soy la enfermedad
puedo a nadie dar salud?
Pues tal bien se me concede,
bien es que por mí os alabe
el cielo santo que sabe,
el cielo santo que puede.
F. LUIS. Vuestra Ilustrísima mande
darme, monseñor, lugar
que le pueda yo besar
los pies por merced tan grande.
D. JU. Mejor será que los dos,
pues obligados estamos,
con grande humildad nos vamos.
F. LUIS. ¿Dónde?
D. JU. A dar gracias a Dios,
y que acerca del blasón
que tanto a los dos nos toca,
no hablemos más con la boca,
sino con el corazón.

(*Vanse.*)

(*Salen* ROBERTO *y* CLENARDO.)

ROB. Ni en su ribera atrevida
puede haber hombre, Clenardo,
tan brioso y tan gallardo,
que no me ofrezca la vida.
Hasta sus árboles bellos
haré con mi mano astillas;
morirán las avecillas
que tienen su nido en ellos;
azote me han de llamar
de Júcar.
CLEN. Templa tu brío,
que no has de azotar el río
como Artajerjes el mar.
Flojedad en buen romance
ha sido no defender
la una y otra mujer
que nos quitó en el alcance
la gente que nos siguió.
ROB. Si no me quieres matar,
no me hagas acordar
de eso agora.
CLEN. ¿Cómo no?
Antes es razón que trate
de nuestro gran desconcierto,
que mis palabras, Roberto,
te incitarán al combate,
como Alejandro valiente
que emprendía la batalla
oyendo música.
ROB. Calla,
que pienso que viene gente.
CLEN. Desviémonos a un lado,
por si es algún enemigo.

(*Salen dos* HIJOS *del Justicia de Algemesí con una carta de provisión.*)

[H.] 1.º ¿No había de dar buen trigo
si estaba bien cultivado?
[H.] 2.º Muchos, hermano, lo están,
y a dar buen fruto no vienen.
[H.] 1.º Eso será porque tienen
agua, hermano, por San Juan.
ROB. ¿Dónde bueno van, señores?
[H.] 2.º A un cortijo que tenemos.
CLEN. ¿Y a qué van allá?
[H.] 2.º Traemos
almuerzo a los segadores.
ROB. ¿Quién son?
[H.] 1.º Hijos del Justicia
de Algemesí.
ROB. ¿Hijos son
del Justicia?
[H.] 2.º Sí.
ROB. Razón
es castigar su malicia.

Ea, encomiéndense a Dios
y apercíbanse a morir.
[H.] 1.º Señores.
CLEN. No hay qué decir.
[H.] 2.º ¿Qué habemos hecho los dos?
CLEN. Los hijos han de pagar
lo que los padres han hecho.
Atémosles.
ROB. Sin provecho
será querelles matar,
que ya en otro se resuelve
mi imaginación.
CLEN. ¿En qué?
ROB. En que a los dos libraré
si a la villa el uno vuelve,
y por vía de partido
hace que al menos me den
a mi Leonora, por quien
ando siempre forajido;
que aunque Elisa es muy que-
es Leonora mi respeto. [rida,
[H.] 1.º Dello encargarme prometo
como aseguren la vida
de mi hermano, que es los ojos
de mi padre viejo anciano.
ROB. Pues yo a dártele me allano
libre de penas y enojos,
si tú me traes de allá
la que yo a querer me aplico.
[H.] 1.º Por mi padre les suplico
no le hagan mal.
CLEN. Bien está.
[H.] 1.º Miren que es su Benjamín.
ROB. Vete con Dios, Zabulón,
que aunque sea Simeón,
Rubén, Gad o Neftalín,
no le haremos mal.
CLEN. Advierte
que si sale en nuestro alcance
la villa, del primer lance
le habremos de dar la muerte.
[H.] 1.º Claro está.
[H.] 2.º Prudencia grande
será, hermano, menester
para sacar la mujer. [ablande
[H.] 1.º ¿Qué pecho hay que no se
por sacarte de prisión?
[H.] 2.º En mi inocencia confío.
[H.] 1.º De dolor, hermano mío,
se me arranca el corazón.
[H.] 2.º Baste.
[H.] 1.º Tan turbado estoy,
que moverme apenas puedo.
[H.] 2.º Considera cómo quedo.
[H.] 1.º Considera cómo voy.

(*Vase.*)

ROB. No llores, niño.
[H.] 2.º Ocasión
hay de sentir los enojos,
y de ex[h]alar por los ojos
centellas del corazón.

(*Salen* CREONTE *y* SELEUCO, *bandoleros.*)

CREON. No hay en todo este [h]ori-
[zonte
lugar que no haya buscado.
SEL. Aquí están.
CREON. Roberto amado.
ROB. Seleuco amigo, Creonte,
seáis muy bien venidos.
CREON. Dí,
¿qué haces solo con Clenardo?
ROB. Cobrar a Leonora aguardo.
CREON. ¿Es posible?
ROB. Amigo, sí.
CREON. ¿Qué niño es éste, Roberto,
que aquí llora?
ROB. Hasta traer
de ese pueblo la mujer
me le han dado por concierto.
CREON. Vitorioso estás.
SEL. Conviene
besarte la mano ya.
ROB. ¿Qué hazaña no emprenderá
quien tales amigos tiene?
CREON. No está mi fama secreta,
que ayer tarde en Carcagente
maté un hombre solamente
por probar una escopeta.
CLEN. Otro una vez maté yo
porque le vi muy galán.

SEL. Yo maté otro en Poliñán
sólo porque me miró.
ROB. Aquesto sí, pesia tal,
no como algún necio grave
que enfurecerse no sabe
sino cuando le hacen mal;
que el que aspira a ser león,
se emplea con muchas veras
en matar, como las fieras,
los hombres sin ocasión;
que si acaso está ofendido
hará un hecho señalado
cualquiera niño, ayudado
del agravio recibido.
CLEN. El joven vuelve.
ROB. Sospecho
que alguna desgracia tiene.
CLEN. Antes parece que viene
muy alegre y satisfecho.

(*Sale el* HIJO *del Justicia.*)

HIJO. Ya, forajidos valientes,
la fortuna instable y varia,
que os levantó de su rueda
hasta la cumbre más alta,
os derriba hasta el abismo
de la fortuna y desgracia,
donde con castigo eterno
tomará justa venganza.
ROB. ¿Qué dices, hombre?
HIJO. Señores,
que Filipo, Rey de España,
cuya mano poderosa
el globo del mundo abarca,
para Virrey deste Reino,
que es el blasón de sus armas,
nombró a don Juan de Ribera
Arzobispo y Patriarcha,
el cual, viendo que está enferma
esta tierra desdichada,
para curalla mejor
de malhechores la sangra;
y viendo que en la ribera
deste río se derrama
tanta sangre, que mil veces
lleva sangrientas las aguas,
y viendo que no aprovechan
los castigos y amenazas
con que los otros Virreyes
han querido sujetarla,
y viendo que el mayor daño
los de estas villas le causan,
que dan a los bandoleros
franco hospedaje en sus casas,
ha publicado un pregón,
en el cual ordena y manda
que so pena de la vida
luego del Reino se salgan,
padres, madres, hijos, nietos,
y los demás deudos, hasta
la cuarta generación
desta gente fiera y brava;
y así ya todos se salen
desterrados de su patria,
bañando con llanto eterno
la tierra por donde pasan.
Allá va un viejo arrimado
a una flaca y débil caña,
y alguna vez con los hombros
de un nieto suyo descansa;
aquí va un niño llorando,
allá una mujer preñada,
que sobre sus brazos lleva
sus miserables al[h]ajas:
toda esta tierra es teatro
donde la primera causa
representa a los mortales
esta tragedia infausta.
Por otra parte, también
ha mandado que se vayan
todas las mujeres libres,
ponzoña de cuerpo y alma;
por eso, por no caer
esta villa en su desgracia,
a Leonora le envió
con alguaciles de guarda.
Yo emprendí traella, y Dios
no permite que la traiga,
porque pague con la vida
esta empresa temeraria.
Aquí estamos yo y mi hermano;
sacad, sacad las espadas,

y traspasad nuestros pechos,
o segad nuestras gargantas,
que si doquiera que vais
las lleváis ensangrentadas,
probarán que es inocente
la postrer sangre que sacan.

CREON. Pasmado estoy.

SEL. Yo suspenso.

CLEN. ¿Qué dices, Roberto?

ROB. Nada.

CLEN. ¿Qué haremos destos?

ROB. Decildes
que se vuelvan a su casa,
que en otra parte conviene
desfogar mi enojo y rabia;
que siempre el rayo furioso
[h]iere en las cumbres más al-

CREON. ¿Es cualquiera de nosotros [tas.
sierpe de la Scitia [h]elada?
¿Es alarbe? ¿Es troglodita?
¿Es cíclope? ¿Es Garamanta
que permite que sus hijos
vayan por tierras extrañas
perdidos por culpa suya?

SEL. Nuestra fiereza me espanta.

CLEN. Paréceme que conviene
reducirnos.

CREON. Bien me agrada
el parecer de Clenardo.

SEL. Digno es de renombre y fama.

CLEN. Haremos que la Justicia
con nuestros contrarios haga
las paces y que unas muertes
por otras muertes se vayan.
Daremos fin a los bandos
desta tierra.

SEL. Tus palabras
para mover nuestros pechos
tienen notable eficacia.

CREON. Tú, ¿qué respondes?

ROB. Mi voto
es de muy poca importancia.

SEL. Pues ¿qué imaginas?

ROB. Hacer
pretendo una gran hazaña.

CREON. ¿Qué hazaña?

ROB. Matar.

CLEN. ¿A quién?

ROB. Yo me entiendo.

SEL. Dilo, acaba.

ROB. Al Patriarcha mataré,
por vida de...

SEL. Loco, calla.

ROB. La vida le he de quitar,
pues él me ha quitado el alma,
que es Leonora.

CLEN. ¿Estás en ti?

ROB. Dejadme.

CLEN. El rigor amaina.

ROB. Piensa este loco imprudente
que ha de subir a ser Papa
por escala de locuras,
de soberbias, de arrogancias,
o imagina que es Trajano,
que en ser justo se adelanta;
pues yo haré justicia dél
bien terrible.

CLEN. ¿Y si te matan?

ROB. Moriré como Sansón,
postrando con furia brava
este templo de locuras
que todo el mundo idolatra.

(*Vase.*)

CLEN. ¿Dónde vas? Escucha, advierte.

CREON. Aguarda, Roberto, aguarda.

SEL. Sigámosle, y procuremos
mitigar su enojo y saña.

(*Vanse.*)

(*Salen* DON JUAN DE RIBERA *y su* CAMARERO.)

DON JUAN.

Después que el gran Filipo,
que por ser su opinión clara y notoria,
en todo le anticipo
a cuantos eternizan la memoria,
por darme nueva gloria
empleó mi persona en su servicio,
de su grandeza y majestad indicio,
no duermo ni reposo,
y aun pienso que no hago lo que debo,

pues cuando presuroso
la cabeza levanto y los pies muevo,
con evidencia pruebo
que para tanta carga hay pocos bríos
en estos hombros miserables míos.
Mi pecho no desdora
el gusto, el vicio, la blandura, el ocio,
pues juntamente agora
rijo el pueblo común y el sacerdocio;
y así tanto negocio,
y administrar justicia a tanta gente,
me cansa y me descansa juntamente.
Vos, mi Dios soberano,
que valiente volveréis al más cobarde,
para que pueda ufano
del uno y otro pueblo hacer alarde,
procurad que me guarde,
si a dicha he de pasar algún estrecho,
las espaldas Moisén, Harón el pecho.
¿Dónde están los papeles?

CAMARERO.

Aquí vienen.

DON JUAN.

Veamos si hay algunos importantes.

CAMARERO.

Este memorial es de Tancredo.

DON JUAN.

¿Qué dices?

CAMARERO.

Que está a muerte condenado
porque mató a Fulgencio.

DON JUAN.

Pues ¿qué quiere?

CAMARERO.

Como no tiene parte que le ofenda,
suplica a Vueselencia le comute
la sentencia de muerte.

DON JUAN.

¿En qué?

CAMARERO.

En galeras;
o en lo que Vueselencia se sirviere,
atento que es muy pobre y tiene hijos,
y una mujer muy joven.

DON JUAN.

¿Es posible
que no se le acordó cuando hizo el daño
que tiene hijos y mujer y es pobre,
y después que le hizo se le acuerda?
¡Suceso, al fin, del mundo miserable!

CAMARERO.

¿Qué mandas que le diga?

DON JUAN.

Que yo gusto
que vaya desterrado por diez años.

CAMARERO.

Mil siglos vivas por tan gran clemencia.

DON JUAN.

Mira, mira, Valencia no conoce
el celo que yo tengo en el castigo.
Yo, si fuese posible, no querría
jamás ahorcar a nadie; lo que quiero
es quitar la ocasión de que se ahorque.

CAMARERO.

Agora me han traído de la carcel
este memorial.

DON JUAN.

¿Cúyo es?

CAMARERO.

De aquellas
que cantan las terceras de ordinario
en los motetes que el amor compone.

DON JUAN.

Ya sé lo que decís.

CAMARERO.

Esta mañana
les han dado sentencia, y casi todas
se quieren retirar en San Gregorio,
si dellas Vueselencia se apiada.

DON JUAN.

¿Pues yo he de permitir que entre las buenas habiten las peores de las malas? [blo,
¿Tan poco he de estimar el bien del pue-
que no le he de purgar destas mujeres?
Ejecútese luego la sentencia;
sálgales la vergüenza a las espaldas,
ya que jamás les ha salido al rostro.

CAMARERO.

Dos pobres en la cárcel están presos
porque les han hallado sin linterna
tocada ya la queda.

DON JUAN.

Si son pobres,
mi despensero pagará por ellos,
que no he de permitir que nadie deje
de pagar esta pena, porque nadie
vaya por la ciudad sin luz de noche,
y así a los alguaciles he mandado
que ejecuten a todos cuantos hallen,
y si me hallan a mí, que me ejecuten.

CAMARERO.

Unas mujeres libres están presas
porque les han mandado que se vayan,
y no han obedecido al mandamiento;
suplican...

DON JUAN.

¿Qué suplican?

CAMARERO.

Que las mande
sacar vuestra excelencia de la cárcel,
que perecen de hambre.

DON JUAN.

¿Que son pobres?

CAMARERO.

Quizá si no lo fueran no pecaran.

DON JUAN.

No aprovecha la excusa.

CAMARERO.

¿Cómo?

DON JUAN.

Hermano,
el que hace un pecado porque es pobre
también le hiciera cuando fuera rico.

CAMARERO.

Dicho de gran filósofo.

DON JUAN.

¿Qué dice
de mí toda la gente deste reino?

CAMARERO.

Callando alaba tu valor inmenso.

DON JUAN.

¿Y esa es grande alabanza?

CAMARERO.

Es infinita;
¿la escritura no dice que la tierra
enmudeció en presencia de Alejandro?
Pues lo mismo a Valencia le sucede,
que viendo tu grandeza soberana
celebra tu alabanza con silencio.

DON JUAN.

¿Hay otros memoriales?

CAMARERO.

Los que importan,
están comunicados.

DON JUAN.

Pues dejadme,
que quiero entre las flores desta huerta
rezar un poco agora.

CAMARERO.

Tus pies beso.
(*Vase.*)

DON JUAN.

¡Como está hermoso el arrayán florido!
¡Cuán bien parece la mosqueta blanca,
y el nevado jazmín cómo campea
entre las azucenas y alelíes!
Hacer un ramillete determino,
y por mi propia venturosa mano
llevarle a mi Colegio soberano.
Este jardín, Señor, es un traslado
del divino Jardín del Sacramento,

do con la fe a mis ojos represento
tu gran pureza en el jazmín nevado.
Tus manos y tus pies y tu costado
pondero en el clavel rojo y sangriento,
y tu rostro divino macilento
en el color del alhelí morado.
Junto las flores, y por más ganancia
un ramillete hermoso quiero hacerte,
pues hay dellas, mi Dios, tanta abundan-
[cia,
y será para el alma grande suerte,
porque en lugar de olor y de fragancia
le darán la memoria de tu muerte.

(*Sale* ROBERTO.)

ROB. Que soy el caballo yo
de Troya, es cosa muy cierta,
pues al punto que me vió
la pared de aquesta huerta,
si no se abrió, se humilló.
Gran suerte el cielo me da.
D. JU. Si no me engañan mis ojos,
un hombre viene.
ROB. Aquí esta
la ocasión de mis enojos.
D. JU. ¿Dónde bueno por acá,
hermano?
ROB. Busco un traidor
que la vida me ha quitado.
D. JU. ¿Cómo habláis?
ROB. Con el dolor
que en el alma me ha dejado,
cuento mis males mejor.
D. JU. ¡Válgame Dios!
ROB. Al momento
he de quitalle la vida
con este puñal sangriento.
D. JU. ¿Qué os ha hecho?
ROB. Fué homicida
de mi gloria y mi contento.
Una mujer me ha quitado
con que amor me satisfizo,
y a su tierra la ha enviado.
D. JU. ¿Mataréis a quien lo hizo,
o a quien el daño ha causado?
Porque satisfecho estéis,
decidme: ¿a cuál de los dos
matar agora queréis?
ROB. A quien lo ha causado.
D. JU. A Dios,
según eso, mataréis.
ROB. Ya que no he de ser tan vil
que a Dios la muerte le dé,
con mi brazo varonil
a quien lo hizo mataré.
D. JU. Pues dad muerte al alguacil,
que él se llevó la mujer,
y la puso en un lugar
donde no la podéis ver.
ROB. Eso es decir que matar
a ninguno he de poder,
y así a falta de los dos,
mataros al punto quiero,
padre, a vos.
D. JU. ¿A quién?
ROB. A vos
que fuisteis el medianero
entre el alguacil y Dios;
vos, que sin ser justo y bueno
por bueno y justo os vendéis;
vos que estáis de ambición lleno;
vos que ser santo queréis
a costa de gusto ajeno.
Por eso el cielo permite,
vuestra maldad conocida,
que yo a cólera me incite
y que, quitándoos la vida,
el daño del mundo quite;
y no será poca suerte
que os traspase el corazón
mi brazo (1) invencible y fuerte
D. JU. ¿Queréis ver cuánta razón
tenéis de darme la muerte?
Considerad el estado
en que el demonio os tenía:
pobre, triste, amancebado,
y de celos cada día
perseguido y acosado;
tuve lástima de vos
con celo santo y divino,

(1) En el texto: *brauo*.

y para bien de los dos
os desocupé el camino
para conocer a Dios.
Aparté de vuestros ojos
lo que os solía causar
tantos pesares y enojos,
y estáis ya para gozar
los celestiales despojos;
y aun tenéis tanto favor,
que ya estoy de aquí mirando
el regocijo mayor
que se hace en el cielo cuando
se convierte un pecador.
Por vos los ángeles bellos
con alas en las espaldas,
con estolas en los cuellos,
se están poniendo guirnaldas
sobre los rubios cabellos.
Los mártires consagrados,
más que el mismo sol contentos,
salen todos abrazados
con los ricos instrumentos
de sus martirios sagrados.
La vírgenes con las flores
que adornan sus nobles pechos;
los prudentes confesores
con sus dichos, con sus hechos,
con sus borlas los dotores;
los Apóstoles, con quien
hizo Dios al mundo guerra,
se alegran con este bien;
la Reina del cielo y tierra
está presente también.
Aquella que luce tanto
que no le iguala ninguna,
porque le dió el cielo santo
para chapines la luna
y el claro sol para manto.
Hasta Dios está dispuesto
para que os regocijéis
con placer tan manifiesto.
Esto, hermano, me debéis;
dadme la muerte por esto.

ROB. Señor.

D. JU. Matadme.

ROB. Postrado
quedo ya, señor, en tierra,
corrido de mi pecado.

D. JU. Ya que morir en la guerra
es el blasón del soldado,
matadme, que por mi fe
y por mi Dios soberano,
mil muertes padeceré.

ROB. Mal [h]aya mi suerte.

D. JU. Hermano,
no digáis eso.

ROB. ¿Por qué?

D. JU. Porque es peregrina y rara
vuestra suerte.

ROB. A Dios plu[g]uiera
que la tierra me tragara
primero que yo emprendiera
esta maldad.

D. JU. Cosa es clara
que vuestras lágrimas tristes
esta culpa habrán borrado,
que pues os arrepentistes
de haber hecho este pecado,
cierto está que no lo hicistes;
porque el arrepentimiento
tiene virtud celestial
para esto.

ROB. Si el pensamiento
fuera cosa corporal,
me le quitara al momento
porque con él emprendí
tal locura y desvarío.

D. JU. De lo que ha pasado aquí
¿no queréis, hermano mío,
confesaros?

ROB. Señor, sí;
y pues el cielo me trujo
a sentir de amor el fuego,
para mostrar un dibujo
de mi dolor, seré luego
camaldulense o cartujo,
o acabaré en una ermita
mi corta vida.

D. JU. El Señor
por su bondad infinita
os dará esfuerzo.

ROB. El amor

cualquier cosa facilita.
D. Ju. Vamos.
Rob. ¡Ay, triste!
D. Ju. Decid:
¿no rogaréis por mí a Dios,
pues ocasión desto fuí?
Rob. A Dios rogaré por vos,
y a vos rogaré por mí.

(*Entrase, dando fin con esto a la segunda jornada.*)

JORNADA TERCERA

(*Sale un* Alguacil *de morisco, y luego tras dél, de uno en uno,* Peón, Ronquillo, Boamit, Forachino, *el* Alamín *con su* Hijo *de la mano,* Alboraya *y* Alima, *moriscos todos.*)

Alg. Cualquiera que entre en la iglesia sin tomar agua bendita
y santiguarse en la frente,
pagará un par de gallinas.
Peón. Mal [h]aya quien tal pagare.
Rono. Mahoma, amén, le maldiga.
Boam. ¿Farachino?
Far. ¿Qué hay, Boamit?
Boam. ¿Tú, en qué parte te santiguas?
Far. Yo, en el cogote.
Boam. ¿Por qué?
Far. Como la nación morisca
es siempre hecha al revés,
aquesta es la frente mía.
Alam. Guarda, hijo, no te pierdas.
Hijo. No haré.
Albor. ¿Dónde vas, Alima?
Alima. Yo no voy, porque me llevan
tan forzada como a misa.
Alg. Haced reverencia a Dios.
Far. No sabemos.
Alg. Las rodillas
poned en tierra, malvados.
Rono. [H]aya, señor, por su vida,
no tome enojo.
Alg. Ya veis
que hoy os ex[h]orta y predica
el Patriarcha, mi señor,
para que, pues tenéis crisma,
sepáis de memoria aquello
a que la ley os obliga.
Mirad que estéis muy devotos
escuchando su dotrina,
no me hagáis perder el seso
como soléis cada día.
Rono. Vuesa merced lo veréis
cómo hacemos maravillas.
Alg. En su compañía vienen
dos hombres de grande estima.
Peón. ¿Quién son?
Alg. El padre Anadón,
luz de la Orden Dominica,
con el hermano Francisco,
joya santa, hermosa y rica,
con que su Orden ennoblecen
los Descalzos Carmelitas.
Al punto vengo con ellos;
ninguno se vaya.
Alam. Aguija,
que todos esperaremos
dentro de la iglesia misma.

(*Vase el* Alguacil, *y después, de uno en uno, todos los moriscos.*)

Peón. Luego vuelvo.
Alam. ¿Dónde vas?
Peón. Como antes viene de prisa,
no me acordé de llevar
a la fuente la pollina.
Boam. Luego vuelvo yo también,
que me he dejado en la viña
la azada.
Rono. Voy a traer
una talega de harina.
Albor. A la puerta de mi casa
me he dejado una camisa.
Alima. De aquí siento que en la cuna
está llorando mi niña.
Alam. ¿Dónde dejaste las vacas?
Hijo. En la fuente de la Encina.
Alam. Si tras dellas no aguijamos
quedarán luego perdidas.
Far. Voy a casa del señor,

que ha de darme una botija
de agua de cepas, que es buena
para el dolor de barriga.

(*Vanse.*)

(*Salen* DON JUAN DE RIBERA, *el* PADRE ANADÓN, *el* HERMANO FRANCISCO *y el* ALGUACIL.)

D. JU. ¿Cómo estos hombres no vie-
ALG. Aquí, señor, los dejé. [nen?
D. JU. Como ellos no tienen fe,
no guardan lo que no tienen.
ALG. Yo haré que vengan, señor,
a bofetones y a palos.
D. JU. Advertid que aunque son malos
se han de tratar con amor;
que cuando a llamar empieza
Dios al que es predestinado,
le tira del más delgado
cabello de su cabeza,
que en lo que es libre albedrío
siempre va su mano blanda.
ALG. Como vueselencia manda
los traeré.

(*Vase el* ALGUACIL.)

D. JU. Así lo confío.
¡Cuán malos, padre Anadón,
son los que enseñar deseo!
P. AN. Tan malos que, según veo,
la misma malicia son.
H. FR. Mala gente.
D. JU. Y el hermano,
¿qué dice destos malditos?
H. FR. Que están, monseñor, precitos.
D. JU. Según eso, será en vano
predicalles.
H. FR. Creo que sí.
D. JU. Con todo, estoy obligado,
como Pastor y Prelado,
a enseñarles.
P. AN. Para mí,
es batir en hierro frío.
D. JU. El padre Bertrán decía
lo mismo, cuando vivía.
P. AN. Fué padre y maestro mío,
H. FR. Yo querría, señor, ver
qué fruto se ha de sacar
de venirles a enseñar
lo que no quieren saber.
D. JU. ¿Qué fruto? El haber venido
faltos de toda esperanza
es el fruto.
P. ANA. Quien le alcanza,
dichoso en extremo ha sido.

(*Sale el* ALGUACIL, *y con él* FARACHINO, BOAMIT, RONQUILLO, PEÓN, *el* ALAMÍN *y su* HIJO, ALIMA *y* ALBORAYA.)

ALG. Pasen todos de uno en uno.
FAR. Diga, alguacil de la muerte,
¿somos nosotros, por suerte,
algún ganado ovejuno,
que así habemos de pasar?
ALG. Que tengáis crianza os pido.
RONQ. Oyete, mono vestido.
ALG. La pena os haré pagar.
BOAM. Mala Pascua y mal San Juan.
ALG. Siéntense luego.
D. JU. Decí,
¿están ya todos aquí?
ALG. Sí, señor; todos están.
D. JU. Hijos, como Dios desea
salvar al mundo, procura
que con regalo y dulzura
su ley admitida sea,
y así andamos cuidadosos
por enseñarla mejor,
que como Dios es amor,
busca medios amorosos;
y El, por cobrar de amor nom-
se encarnó, nació y murió, [bre,
y después resucitó,
todo por amor del hombre.
Vosotros, pues no estáis he-
a comer tales bocados, [chos
habreis de estar abrazados
de la fe a los dulces pechos.
Ella será bien que os de
por daros fuerzas y bríos,
leche, que un tiempo, hijos míos,
sangre de mártires fué.

¿No sabéis los Mandamientos
de la Ley? ¿Qué respondéis?
Sin duda no los sabéis,
pues estáis tan macilentos.
¿Vos sabéis la Ave María,
y el Padrenuestro?

FAR. Señor
no me lo enseña el Retor.

D. JU. ¿Es posible?

ALG. Cada día,
señor, les está enseñando,
y ninguno sale diestro.

D. JU. ¿Vos sabéis el Padrenuestro?

RONQ. Yo le sabré, señor.

D. JU. ¿Cuando?

RONQ. De aquí a diez años o doce,
que soy falto de memoria.

P. AN. Su desvergüenza es notoria.

H. FR. Hasta él mismo la conoce.

D. JU. ¿Y vos?

BOAM. Yo muy bien lo sé.

D. JU. Pues decid por vida mía,
siquiera el Ave María.

BOAM. Decilda vuesa mercé;
yo después la iré diciendo.

P. AN. ¿Hay desatino mayor?

H. FR. Burlándose están, señor,
de los tres.

D. JU. Así lo entiendo.

P. AN. Tú, niño, ¿no te santiguas?

HIJO. Jamás, señor, he podido,
que tengo el brazo tullido.

D. JU. Bien tu maldad averiguas.

P. AN. Furias, demonios, serpientes,
bárbaros, locos, soberbios,
pobres, infieles, malditos,
fieros, perjuros, blasfemos,
malnacidos, viles, bajos,
precitos, impíos, protervos;
y al fin, por decillo todo,
hombres de razón ajenos;
pues habéis perdido en todo
a monesñor el respeto,
pues no admitís las razones
de tantos hombres de ingenio;
pues viendo más que unos linces
estáis con los ojos ciegos;
pues confesáis que sois moros
con ese hablador silencio;
en prueba, en honra, en abono
del Sacrosanto Evangelio,
de cuya excelsa doctrina
hacéis tan gran menosprecio,
yo, con ser el más humilde,
el más pobre, el más pequeño
de cuantos sirven a Dios
en su casa, que es su templo,
haré que en vuestra presencia
resucite luego un muerto,
aunque haya más de cien años
que esté su alma en el Infierno.
Por eso, pídame alguno
padre, agüelo o bisagüelo,
que yo, en nombre del Señor,
haré que venga aquí luego.

D. JU. ¿Qué dice, padre Anadón?

P. AN. Déjeme, que yo me entiendo.

H. FR. El lo hará, pues él lo dice.

D. JU. Pasmado y confuso quedo.

P. AN. ¿Posible es que no queráis
ver uno de vuestros deudos,
que por la boca y los ojos
lance centellas de fuego?
Mirad si queréis; después
no digáis que no me atrevo;
que yo con la grande fe
a más me animo y esfuerzo,
y más sabiendo que es Dios
tan amigo de sus siervos,
que Moisén hizo en su nombre
calles en el mar bermejo;
y Josué tirando un día
de los espumosos frenos
detuvo del sol hermoso
el carro de oro en el cielo.
¿Todos calláis? ¿Nadie quiere
pasar por este concierto?
Pues todos calláis, de todos
vencedor triunfante quedo.

D. JU. Como si viera el milagro
confieso que estoy suspenso.

H. FR. Sí, sí que lo hará.

D. Ju. Sacad
esos hombres de aquí luego,
y traed para la tarde
los de los vecinos pueblos;
que quiero dar fin a todo
con el último remedio.
P. An. ¿Qué le ha parecido?
D. Ju. Padre,
aunque lo que dijo apruebo,
y sé que Dios a los suyos
suele honrar con grande extre-
si va a decir la verdad, [mo,
me ha parecido...
P. An. ¿Qué?
D. Ju. Ex[c]eso;
porque esto ha sido poner
la honra de Dios en riesgo.
Dígame, ¿qué le ha movido?
H. Fr. ¿Qué le ha de mover? El celo
de ver que esta mala gente
profana los Sacramentos,
que son hechos de la sangre
del inocente Cordero
que se dió en el sacrificio
por víctima al Padre Eterno.
D. Ju. Admirado estoy de ver
que Dios me haya puesto en me-
de tanta fe y de tan poca [dio
como en unos y otros veo.
Vamos, padres, que ya es tarde,
y he de volver, en comiendo,
a dar fin a este negocio.
P. An. Que será próspero espero.

(*Vanse.*)

(*Salen* Peón *y* Alboraya.)

Peón. Pues dices, bella Alboraya,
que vaya luego a morirme,
también es justo decirme
adónde quieres que vaya;
que como yo siempre estoy
en el lugar donde estás,
la vez que camino más
de ti salgo y a ti voy.
Y así, pues a ti me invías,
sin duda seré inmortal.
Albor. Déjame.
Peón. ¿En tratarme mal
siempre, enemiga, porfías?
No sé como puedo verte.
Albor. Di, ¿no tienen cuantos son
natural obligación
de librarse de la muerte?
Peón. Sí.
Albor. Pues ¿no es muerte espantosa
la importunación pesada?
Peón. Luego el ser importunada
te hace ser desdeñosa?
Albor. Claro está.
Peón. Como eres peña,
como eres bronce en querer,
pretendes que la mujer
importunada desdeña;
pero es al revés.
Albor. ¡Ay, Dios;
Ronquillo aquí me persigue!
Peón. Tú te quejas y el te sigue...
sin duda os queréis los dos.

(*Sale* Ronquillo.)

Rono. ¿En la iglesia habéis entrado
a tener conversación?
Peón. Pues ¿qué quieres tú?
Rono. Peón,
quien se recoge a sagrado
malhechor debe de ser.
Peón. Tú serás el malhechor,
pues nos sigues.
Rono. ¿Yo?
Peón. ¡Traidor!
¿Tú sigues esta mujer
siendo mía?
Rono. ¿Tuya?
Peón. Sí
Rono. Mientes.
Peón. ¡O[h], villano, loco!
¿A mí me tienes en poco?
Albor. Peón, por amor de mí,
detente.
Peón. No quiero.
Rono. Muera

el atrevido villano.

(*Salen* BOAMIT, FARACHINO, *el* ALAMÍN *y su* HIJO *y* ALAMÍN.)

BOAM. Detente, Ronquillo hermano,
no haya más.
FAR. Afuera.
ALAM. Afuera.
RONQ. En mi pecho varonil
no hay temor de ningún modo.
BOAM. Ea, sosiéguese todo,
que ya viene el Alguacil.

(*Sale el* ALGUACIL.)

ALG. ¿Adónde están los puñales?
RONQ. ¿Qué puñales?
ALG. Los que vi
desde la puerta.
PEÓN. ¿Tú?
ALG. Sí.
FAR. ¿Agora con eso sales?
ALG. ¿No queréis que lo deslinde,
pues lo he visto por mis ojos?
BOAM. No, que miras con antojos.
ALG. ¿Pues qué importa?
BOAM. Son de alinde,
que de lo poco hacen mucho.
ALG. Mas no hacen algo de nada.
FAR. Tu vejez está cansada.
ALG. Más me cansa lo que escucho.
Yo quiero reconoceros.
BOAM. Norabuena.
PEÓN. Busca.
RONQ. Mira.

(*Reconócelos y no halla nada.*)

ALG. La verdad hacéis mentira,
embaidores, hechiceros.
En la Iglesia, donde están
furiosos y alborotados,
es bien que queden cerrados;
porque si una vez se van,
cuando vuelva monseñor
será hallarles cosa incierta;
por eso cerrar la puerta
con llave será mejor.
FAR. ¿Adónde vas?
ALG. No me alejo.
BOAM. Algún engaño ha pensado.
ALAM. Por Dios que nos ha cerrado
con llave.
RONQ. ¡O[h], bellaco viejo!
BOAM. Abre luego, rana en pie,
que mi furia se despierta.
FAR. Matachín, abre la puerta,
si no a coces la abriré.
PEÓN. Abre la puerta, enemigo,
que enfureciéndome voy.
FAR. De ver que en la iglesia estoy
me congojo y me fatigo.
RONQ. No quieras, viejo traidor,
que tu atrevimiento enfrene.

(*Salen don* JUAN DE RIBERA *y el* ALGUACIL.)

ALG. Sosiéguense, que ya viene
el Patriarcha, mi señor.
D. JU. Muchas veces me dispongo,
hijos, a escribir al Rey,
que menospreciáis la ley
que yo en su nombre os propon-
y aunque deseo escribir [go;
jamás lo pongo en efeto;
porque siempre me prometo
que la habéis de recebir.
Yo quedaré satisfecho
de vuestro término y trato
si me prestáis por un rato
la llave de vuestro pecho.
Haced que él me comunique
su frialdad o su tibieza;
y decidme con llaneza
si queréis que se os predique;
que para que sin testigos
podáis responder a Dios,
vengo sin aquellos dos
padres, hermanos y amigos.
Dad todos en general
la respuesta que se os pide;
pero si acaso os lo impide
la vergüenza natural,
que lo votéis en secreto

será lo más acertado,
porque nadie esté obligado
a guardarme a mí respeto:
y si alguno gustará
de aprender a ser cristiano,
una piedra por su mano
en un sombrero echará.
Y quien de la religión
cristiana no esté contento,
con no echarla queda exento
de cualquiera obligación.
¿Será importante el consejo?

TODOS. Sí, señor.

D. JU. Si es importante,
tome un sombrero al instante
el Alamín, que es más viejo,
y reciba de uno en uno
los votos.

ALAM. Para votar
piedras se haurán de buscar.

D. JU. No le faltará a ninguno,
y el que alegre y satisfecho
de ver que su mal se aplaque,
le falta una piedra, saque
la dureza de su pecho,
y en el sombrero la ponga,
que de piedra servirá.

(*Va el* ALAMÍN *con el sombrero en la mano de uno en uno.*)

ALAM. Muchas piedras se hallan ya.

D. JU. Cualquiera, pues, se disponga
a cumplir su obligación
en aquesta coyuntura.

ALG. Así tengan la ventura
como tienen la intención.

ALAM. Ya vienen en el sombrero
los votos para dar fin,
señor, a todo.

D. JU. Alamín,
¿parece que está ligero?

ALAM. Pequeñas las piedras son.

D. JU. Contémoslas.

ALAM. En el suelo
las pongo.

D. JU. ¡Válgame el cielo!

(*Vacía el sombrero y no halla ninguna piedra.*)

ALG. ¿Hay tan notable traición?

D. JU. El corazón se me abrasa
de cólera dentro el pecho.

ALG. Parece, señor, que han hecho
el juego de pasa, pasa.

D. JU. Gente vil, infame, loca,
soberbia, inconsiderada,
indigna que para en nada
os tome nadie en la boca;
a mis canas, a mis ojos
¿dais castigos tan injustos?
A mí, que os he dado gustos,
¿dais pesadumbres y enojos?
¿Pues una piedra siquiera
no hallará en esta ocasión,
para que mi corazón
algún alivio tuviera?
Con una piedra no más
quedara alegre y ufano,
porque pudiera mi mano
tirársela a Satanás:
mas yo, enemigos, yo haré
que él mismo agora os convenza,
ya que tenéis la vergüenza
a medida de la fe.
Yo, por mi caduca mano,
he de arrancar esta planta,
que en la tierra se levanta
contra el cielo soberano. [pío
Yo haré que el Rey santo y
con la espada y con la lanza
tome luego la venganza
deste agravio suyo y mío.
No veréis de aquí adelante
mi rostro, y en lugar dél
veréis la muerte cruel,
soberbia, fiera, arrogante;
aunque no será temida
su guadaña horrible y fuerte,
por lo mucho que la muerte
se parece a vuestra vida.

(*Vanse* DON JUAN DE RIBERA *y el* ALGUACIL.)

PEÓN. En la boca tengo [h]elada
la lengua.
FAR. Pasmado estoy.
ALAM. Hoy somos perdidos, hoy
nuestra honra está eclipsada.
Ya nuestra luna arrogante
quiere el cielo omnipotente
que en medio de su creciente
se haya de volver menguante.
BOAM. ¿Qué temes?
ALAM. Mi geomancía
me hace, hermanos, temer.
RONQ. ¿Perdiste el juïcio?
ALAM. Ayer
hice cierta prueba mía,
y supe que todos juntos
deste reino de Valencia
saldremos.
RONQ. No creas en ciencia
que toda consiste en puntos.
ALBOR. Triste, con todo, he quedado.
ALIMA. Yo, más que triste, medrosa.
HIJO. ¿Qué haremos?
ALAM. Hijo, reposa,
que aún el tiempo no ha llegado.
BOAM. Ni llegará desta vez,
aunque tu padre le aguarde.
RONQ. Vamos, que siempre es cobarde
y medrosa la vejez.

(*Vanse.*)

(*Sale una* BEATA.)

BEATA.

Tiende sus rayos bellos
la flor que adora al cielo omnipotente,
y mezcla los cabellos
de su serena frente
con los rayos de sol resplandeciente.
Contempla la luz pura
de su gran resplandor, aunque de lejos,
y el sol en su hermosura
infunde sus reflejos,
y así el uno del otro son espejos.
Y cuando al mundo quita
el sol los rayos de su luz vestidos,
ella también marchita
sus cabellos lucidos,
a los del sol triunfante parecidos.
Desta suerte he vivido
ausente, ¡ay, triste!, de mi sol dorado,
de mi padre querido,
de mi pastor amado,
de mi bien, de mi luz, de mi Perlado.
En esta noche negra
todo me da tristeza y agonía;
solamente se alegra
el alma triste mía
con entender que es víspera del día.

(*Sale el* CAMARERO.)

CAMARERO.

Albricias, madre.

BEATA.

Hijo,
yo las ofrezco y mando desde agora
con gusto y regocijo,
si ha venido el aurora
del día alegre que mi alma adora.
¿Para cuándo se espera
nuestro gran Patriarcha?

CAMARERO.

Ya ha llegado.

BEATA.

Si permitido fuera,
fuera por mí entonado
de Simeón el cántico sagrado.
¿Dónde apearse quiso?

CAMARERO.

En el Colegio donde estás se apea,
que este es el Paraíso (1)
donde más se recrea.

BEATA.

Bien será que le adore y que le vea.
Salgamos a la puerta.

(*Sale* DON JUAN DE RIBERA.)

DON JUAN.

Seáis, hija, mil veces bien hallada;

(1) En el texto: *Parryso*.

tened por cosa cierta
que ha sido mi llegada
por veros solamente apresurada.
¿No me habláis?

BEATA.

Señor mío,
está el alma ocupada en sus acciones,
después pagar confío
estas obligaciones
en que, olvidado de quien soy, me pones.

DON JUAN.

Decilde al Secretario
que luego tinta y pluma me aperciba,
que con este Ordinario
es bien que al Rey escriba
la crueldad de los moros excesiva.

(*Vase el* CAMARERO.)

Tomar dellos venganza
sólo puede de Dios el brazo fuerte.
Vos, que sois su privanza,
rogádselo de suerte
que a ser en todo su castigo acierte.

BEATA.

Aunque humilde, me ofrezco
a emprender oración tan importante.

DON JUAN.

Yo, hija, os lo agradezco,
y me parto al instante.
Dios al cielo mi espíritu levante.

(*Vase el* PATRIARCHA *y ella se arrodilla.*)

BEATA. Señuelo divino,
que te guarda el cielo
con escuadras fuertes
de arcángeles bellos,
y ellos divididos
en redondos cercos,
como centro tienen
tu grandeza en medio;
en llanto deshecha
mi oración te ofrezco,
que gallarda imita
al sacre en el vuelo.
Por ella te pido,
por ella te ruego,
que en todo encamines
el Perlado nuestro,
y que los moriscos
humillen sus cuellos
a la servidumbre,
que es el yugo eterno.
Y para que suban
a tu Trono excelso,
estas mis palabras
con merecimiento,
te ofrezco la sangre
del manso Cordero,
que dió vida al hombre
cuando estaba muerto.
Mira que los moros
hacen menosprecio
de la virtud santa,
de los Sacramentos.
Vuelve por tu honra,
pues sabes que en ellos
dejaste cifrados
tan altos misterios.
Y si determinas
castigar su yerro,
saca de la vaina
tu espada de fuego.

(*Vase.*)

(*Sale* ROBERTO *en hábito de ermitaño.*)

ROB. Al pie desta gran montaña,
que una fuente clara y fría
con sordas corrientes baña,
do en lugar de compañía
la soledad me acompaña,
permite el cielo que cante
con los dulces ruiseñores,
y, porque mi mal espante,
que a llevarle los tenores
mi espíritu se levante.
Todas las aves conmigo
hacen invierno y verano,
y, como yo las bendigo,

en la palma de mi mano
comen la adaza y el trigo.
Como de ordinario voy
por todas estas riberas,
con sólo un silbo que doy
hago que todas las fieras
acudan donde yo estoy.
Cualquier dellas deste modo
notable afición le cobra,
porque yo las acomodo
con el pan que a mí me sobra,
que muchas veces es todo.
Esta vida verdadera,
que jamás invierno fué,
sino alegre primavera,
la debo y la deberé
al gran don Juan de Ribera,
en cuyo jardín sagrado
floreció mi juventud;
por eso tengo cuidado
de saber de la salud
de quien la vida me ha dado.
Volver quiero a la ciudad,
para ver resplandeciente
el sol de su santidad,
aunque está en el Occidente
de su más que anciana edad;
y si por ser él quien es
se me niega tal corona,
besaré por mi interés
la tierra que su persona
ennoblece con los pies.

(*Vase* ROBERTO.)

(*Salen* DON JUAN DE RIBERA *y el* CAMARERO.)

DON JUAN.

Canten vuestra alabanza, Señor mío,
esos ángeles puros, esos santos,
que con divina vista penetrante
contemplan ese Trono inaccesible [do,
donde estáis de ordinario viendo el mun-
por la grande merced que le habéis he-[cho
en librar nuestra España de los moros,
y más el Reino de Valencia antiguo,
que sufrió tanto tiempo sus maldades.
Por tal gloria, mi Dios, por tal regalo,
por tan grande merced, por tanto gozo,
si fuera mozo yo, aunque soy Perlado,
cantara por las calles y bailara
por mostrar la alegría de mi pecho;
mas, pues no puede ser, ya he dado or-[den
que se hagan grandes fiestas y alegrías
por la vitoria que ganó la gente
que fué a sacar los moros de los montes,
el día de la Virgen soberana,
y así, todos los años este día
se ha de hacer en la iglesia de Valencia
una solemne procesión de gracias
como esta que hoy se hace.

CAMARERO.

Aunque conviene,
señor, que vaya en ella tu persona
para dalle más fama, considera
que tienes mucha edad y fuerzas pocas
y es de la procesión larga la vuelta.

DON JUAN.

¿Eso decís?

CAMARERO.

¿Pues no?

DON JUAN.

Muy bueno es eso.
Tengo yo para fiesta semejante
una capa de Coro apercebida,
¿y no queréis que salga? Saldré, digo,
aunque me quede muerto por las calles.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO.

Para la procesión están ya juntos
los oficios y clérigos y frailes,
y sólo a Vueselencia esperan todos.

DON JUAN.

¿Han venido el Virrey y los Jurados?

CRIADO.

En este punto apean.

DON JUAN.

Decid luego
que los Pontificales me aperciban,
que en ir con grande prisa y regocijo
a gozar de la gloria que se espera
no ha de ser mi persona la postrera.

(*Vanse.*)

(*Salen dos* CIUDADANOS.)

CIUDADANO 1.º

No hay quien llegue a la puerta del Colegio
de gente.

CIUDADANO 2.º

No me espanto, porque todos
hoy vienen a ganar el Jubileo.

CIUDADANO 1.º

Mucho debe esta tierra al Patriarcha,
pues con habelle sido tanto tiempo
Pastor y padre, protector y amparo,
le ha traído de Roma por bien suyo
seis grandes Jubileos, que se ganan
en seis fiestas del año diferentes

CIUDADANO 2.º

Ese es grande provecho para el alma,
no se puede negar.

CIUDADANO 1.º

Pues la indulgencia
de los cien días de perdón que trujo
para cualquier persona que, en oyendo
nombrar el Sacramento milagroso,
le haga exteriormente reverencia,
¿no es joya de gran precio?

CIUDADANO 2.º

Inestimable.

CIUDADANO 1.º

La devoción (1) que tiene al Sacramento
es sobrenatural.

CIUDADANO 2.º

Un sacerdote
de los que él tiene en su Colegio santo
volvía del altar de decir misa
con la gran majestad que suelen todos,
y como acaso el Patriarcha entonces
se hallase en el lugar por donde iba,
haciéndole una grande reverencia
casi puso en el suelo la rodilla.
Cuando vió el sacerdote que su amo
le hacía reverencia, algo corrido
se le quitó el bonete, y el buen viejo
le dijo en alta voz: cúbrase, padre.
Después, cuando le vió, le dijo: hermano,
cuando otra vez volváis de decir misa,
aunque os saluden príncipes ni reyes
no os quitéis el bonete, porque entonces,
como habéis recibido el Sacramento,
y no están consumidas las especies,
sois de Cristo morada y relicario,
y en aquella ocasión hasta los ángeles
se deben humillar a vuestras plantas.

(*Sale* ROBERTO.)

ROBERTO.

Sin duda el cielo me ha traído agora
donde pueda ganar el Jubileo
que en este gran Colegio ganan todos.

CIUDADANO 1.º

No se ha visto jamás devoción tanta.

CIUDADANO 2.º

A él, después de Dios, debe esta tierra
la devoción que tiene al Sacramento.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO.

¡Gran desdicha!

CIUDADANO 1.º

¿Qué es eso?

CRIADO.

Gran desgra[cia],
al Patriarcha, mi señor, le ha dado
agora un grande mal.

CIUDADANO 2.º

¿Qué tiene?

(1) En el texto: *devoción.*

CRIADO.

Agora los médicos acuden al Colegio. Rueguen a Dios por él.

CIUDADANO 1.º

Vamos al punto, que esto y más se le debe.

CIUDADANO 2.º

Vamos.

CIUDADANO 1.º

Vamos.

ROBERTO.

¿Hay desdicha mayor? ¿Qué tal sería que me hubiese traído el cielo eterno a ser testigo de su muerte santa? Quiero, aunque indigno, en oración ponerme, y a Dios rogar por su salud, en pago de aquel gran bien que por su causa tengo.

(*Vase y salen tres* CABALLEROS.)

CABALLERO 1.º

Si el Patriarcha falta, bien podemos salirnos desta tierra, porque él sólo la puede restaurar.

CABALLERO 2.º

Un hombre agora me ha dicho que los médicos no tienen de su vida esperanza.

CABALLERO 3.º

¡Gran desdicha!

CABALLERO 1.º

Como sabe la gente que está enfermo el padre de los pobres, el amparo de los necesitados, el refugio de los desconsolados y afligidos, todos acuden al Colegio.

CABALLERO 2.º

Y todos con muestras de dolor y sentimiento.

(*Salen los dos* CIUDADANOS *y* ROBERTO.)

CIUDADANO 1.º

Son tan grandes las hondas de la gente que nos llevan en peso.

CIUDADANO 2.º

No me espanto que se alborote la ciudad, pues pierde a don Juan de Ribera.

ROBERTO.

Pues el cielo me trujo a ser testigo de su muerte, conviene, en tiernas lágrimas deshecho, ver este triste y lamentable caso.

CABALLERO 1.º

Ya tocan las campanas.

CABALLERO 2.º

El es muerto.

CABALLERO 3.º

Y con él la grandeza desta tierra.

(*Sale el* CAMARERO.)

CAMARERO.

Ya, ilustres valencianos...

CIUDADANO 1.º

De tristeza no puede pronunciar lo que nos dice.

CAMARERO.

...ya el Patriarcha, mi señor, levanta su espíritu más alto que los cielos.

CABALLERO 1.º

Suerte infelice.

CABALLERO 2.º

Daño intolerable.

CABALLERO 3.º

Dolor extraño.

CIUDADANO 1.º

Inmensa desventura.

CABALLERO 2.º

Pena cruel, infausta, horrible y dura.

ROB. Llorad, llorad, valencianos
este bien que habéis perdido,
que siendo infinito, es justo
que le lloren infinitos.
De que don Juan de Ribera
fué este gran bien son testigos
los santos heroicos hechos
de su noble pecho altivo;
aquella ventura inmensa
de haber sido desde niño
virgen en cuerpo y en alma,
puro, casto, honesto y limpio;
el haber seguido en todo
las pisadas y vestigios
de Nicolás, de Martín,
de Julián y de Antonino;
ser premiador de virtudes;
ser perseguidor de vicios;
ser perdonador de pobres;
ser castigador de ricos;
hacer limosnas secretas,
que es el mayor beneficio;
fundar conventos, y entre ellos
los descalzos capuchinos;
haber sido en sus acciones
tan piadoso y tan benigno,
que llevaba el Sacramento
a los enfermos él mismo,
y, al fin, haber arbolado,
el estandarte de Cristo,
de nuestra España dichosa
expeliendo los moriscos.
Si esos testigos no bastan
para probar lo que digo,
hable deste gran Colegio
el bello hermoso edificio,
cuyos chapiteles altos
llegan hasta el cielo impíreo,
ceñidos y coronados
de pirámides de Egipto.
El claustro hermoso, labrado
de mármol terso y bruñido,
con columnas y con arcos,
con ménsulas y obeliscos,
y el Templo sagrado adonde
los sacerdotes divinos
están alabando a Dios
con cánticos y con himnos.
En cuyas cumbres campean
los sagrados Paraninfos,
que a los pies de Dios humillan
las melenas y los rizos.
Uno tiene panes blancos,
otro manojos de trigo,
y otro en una taza está
estrujando unos racimos
con motes en alabanza
de aquel pan y de aquel vino,
que son la Carne y la Sangre
del Cordero de Dios vivo.
Los ornamentos famosos
desta iglesia son tan ricos,
que solamente hay en ellos
plata pura y oro fino;
el orden y majestad
de celebrar los Oficios
tienen la mayor grandeza
que jamás el mundo ha visto.
Encarecer sus reliquias
será progreso infinito,
pues no hay en el cielo santo
que no haya ennoblecido.
Hasta la Reina del Cielo
le dió sus cabellos mismos,
para que en ellos contemple
el sol sus rayos divinos.
Mauro, el valiente romano
de quien todo el mundo ha dicho
que antes murió que vivió,
pues fué mártir siendo niño,
hizo la salva a la vida,
y en probándola, no quiso
beber della sino un trago,
y ese fué el de su martirio.
Este niño valeroso,
siempre augusto, siempre invicto,
honrar con su cuerpo entero
este Colegio ha querido.
Tú, pues, Patriarcha famoso,

por tantas grandezas digno
de que tu nombre en el cielo
quede para siempre escrito;
pues mueres como Jacob,
cercado de tantos hijos
que están llorando tu muerte
con espantable alarido,
invíales mil favores,
procúrales mil auxilios,
serás su Padre en el cielo
como lo fuiste en el siglo.
Mas ya tu cuerpo parece
más que abril hermoso y lindo,
cubierto de varias flores,
rosas, claveles y lirios.

(*Parece el cuerpo del* PATRIARCHA *en un túmulo alto, vestido de Pontifical, rodeado de luces y cubierto de flores.*)

[C.] 1.º ¡O[h], santo varón, de gloria y de fama eterna digno!

[C.] 2.º ¡O[h], invidia de los presentes!

[C.] 3.º ¡O[h], asombro de los antiguos!

[C.] 1.º De habelle visto, aunque muer- [to,
notable gusto recibo.

[C.] 2.º Yo iré contento y alegre,
pues aunque muerto, le he visto.

(*Cúbrese el cuerpo.*)

ROB. Estas son la vida y muerte,
claro espejo cristalino,
de los Príncipes del mundo
que en él mirarse han querido,
del gran don Juan de Ribera,
varón santo, justo y pío,
de Antioquía y de Valencia
Patriarcha y Arzobispo.

(*Entranse todos, dando con esto fin a la comedia del* GRAN PATRIARCHA DON JUAN DE RIBERA, *arzobispo de Valencia.*)

FAMOSA COMEDIA

DE LA

VIDA Y MUERTE DEL SANTO FRAY LUIS BERTRÁN

[POR

GASPAR AGUILAR]

POETA VALENCIANO

LOS QUE INTERVIENEN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES:

Tres Hombres.
San Luis Bertrán.
Su Padre.
Fray Reginaldo.
Fray Pedro, *lego.*
Prior de Albaida.
Marcela.
Loaísa, *su escudero.*
Un Vecino *de Albaida.*
Un Mensajero.
Tres Jurados de Albaida.
Dos Hombres.
Dos Labradores.
Un Pastor.
Gente.

Teolinda, *reina india.*
Soldados *indios.*
Laupí, *cacique.*
Leucotón, Ardán, *monteros.*
Un Indio.
Músicos.
Angeles.
Lepomán.
Tegualda.
Santa Madalena.
Santa Catarina.
Indios.
Un Criado.
Fray Huberto.

Fray Nicolás Factor.
Un Hombre.
Un Niño *enfermo.*
Demonio.
Un Cojo.
Un Loco.
Dos Hombres *que huyen del loco.*
Un Portero.
Dos Pajes.
Santo Domingo, San Vicente, *No hablan.*
Príncipe de Sabiaca.
Tres Alabarderos.
La Fama.

LOA

(Sale la Fama *con muchas alas, ojos y lenguas, puesta en un carro triunfal y rodeada de mucha gente.)*

Fama.

Sola con tantos amigos,
sorda con tantas orejas,
sin vista con tantos ojos
y muda con tantas lenguas,
salgo, o[h] gran Valencia, a verte
sola, muda, sorda y ciega;
efetos de haber subido
al cielo de tus grandezas.
La Fama soy, que tus hijos
como vapores me engendran
del calor de sus hazañas,
que como yo son eternas;
y así, cuando considero
que soy engendrada y hecha
como vapor, les doy lluvias
de gracias y de riquezas.

Entre todos los del mundo
sólo tus hijos me alegran,
porque siguen de ordinario
unos armas, otros letras.
Dejemos aquellos santos
que en el cielo eterno huellan,
en lugar de piedras, sinos,
y en lugar de polvo, estrellas,
y hablemos de estos que ves
que conmigo se pasean,
con laureles, con blasones,
con guirnaldas, con diademas.
Ausias March es uno dellos,
príncipe de los poetas,
y espejo donde el Petrarca (1)
siempre se mira y contempla.
Jaime Roig está a su lado,
que a las mujeres celebra;
Luis Vives (2), Ferruz, Falcón,
el Maestre de Montesa;
Muñoz, único en saber
el curso de los planetas;
Juannes, que en pintar al vivo
excede a naturaleza.
Médicos, Collado y Plaza;
Núñez, un pozo de ciencias;
Navarro, Sala y a Burgos,
y otros mil de fama eterna.
Pues a los héroes invictos
que enfrenaron la soberbia
del turco y del alemán,
¿quién [h]ay que los engrandezca?
Ellos han postrado muros,
han levantado banderas,
han escalado murallas,
han reconocido fuerzas,
y muchos algunas veces,
de Moisén en competencia,
volvieron bermejo el mar
con su sangre y con la ajena.
Aquí [h]ay Moncadas, [h]ay Mazas,
Cardonas, Borjas, Centellas,
que en los combates y asaltos
hicieron temblar la tierra.
[H]ay Villaragudes fuertes;
[h]ay Carrozas, [h]ay Corellas,
[h]ay Pardos, [h]ay Villanovas,
[h]ay gallardos Zanogueras;
[h]ay Mercaderes invictos,
[h]ay Pallaces, [h]ay Ribellas,
[h]ay Catalanes, [h]ay Díjares
de real sangre y nobleza;
[h]ay Pertusas, [h]ay Cruillas,
que su antiguo valor muestran;
[h]ay Ferreres, [h]ay Lansoles
que el de los suyos heredan;
[h]ay Viques y Castellvines,
honra de la patria nuestra;
[h]ay Villarasas y Arteses,
invidia de las ajenas;
y al fin [h]ay tantos, que dudo
poder nombrallos mi lengua
sin hacer a unos y otros
una general ofensa:
a los que de nombrar dejo,
en no nombrallos siquiera,
y a los que nombro, en nombrallos
con tan poca reverencia.
O[h] illustre ciudad antigua,
escuela de armas y letras,
hija de un hijo de Roma
más famosa que tu agüela;
cuán alegre estás y ufana,
por ver que [h]oy se representan
de un hijo querido tuyo
las hazañas y proezas.
Desde mi alcázar dorado
vengo solamente a vellas,
y a escribillas en los bronces
de mis láminas eternas.
Oyamos con atención
esta maravilla nueva,
que el cielo, para escucharla,
su curso ligero enfrena.
Todo está mudo y suspenso:
estrellas, signos, planetas,
aves, peces, animales,
aire, fuego, mar y tierra;
y aun yo lo que decir quiero

(1) En el texto: *Patrarca.*
(2) En el texto: *Vivas.*

acerca desta materia
lo dejo para después
que se acabe la comedia.

ACTO PRIMERO

(*Dicen dentro*:)

Salga gente de la guarda,
y el pecho al león traspase
con una y otra alabarda,
para que por donde pase
lleve roja la piel parda.

(*Salen tres* HOMBRES *huyendo.*)

[H.] 1.º Muerto soy.
[H.] 2.º Triste de mí,
apenas moverme puedo.
[H.] 3.º ¿Tú le viste?
[H.] 1.º Yo le vi,
y si no me engaña el miedo,
aún le veo.
[H.] 2.º ¿Dónde?
[H.] 1.º Allí.
[H.] 2.º Huyamos.
[H.] 3.º No puede ser.
[H.] 1.º Si los tres le acometemos,
¿qué daño nos puede hacer?
[H.] 3.º Pruébalo tú.
[H.] 1.º Pues ¿qué haremos?
[H.] 3.º Ni esperar, ni acometer.
[H.] 1.º Hagamos un escuadrón
de los tres.
[H.] 2.º Bien has pensado.

(*Sale el león por una puerta y éntrase por otra.*)

[H.] 3.º Soberbio pasa el león.
[H.] 2.º De velle tan alterado
saltos me da el corazón.

(*Sale* LUIS.)

LUIS. ¡O[h], bestia espantable y fie-
[ra!
¿quién [h]ay que tu furia igua-
[le?
[H.] 1.º Huye, Luis.
LUIS. ¿Desta manera
tembláis de un león que sale
huyendo de la leonera?
Volved, volved a envainar
esas espadas, que en vano
habéis querido sacar,
que en el árbol de la mano
la hoja no ha de temblar;
cuantimás que si teméis
a un león que al mundo espanta,
¿cómo temor no tenéis
de aquél en cuya garganta
hecho pedazos os veis,
que es Luzbel, que nunca para
de dar penas y dolores?
[H.] 2.º Bien predica.
[H.] 3.º Es cosa clara,
que es luz de predicadores.
LUIS. Ser sombra suya me holgara.
[H.] 2.º Mucho sabe.
LUIS. ¿Al animal
que con la muerte remata
esta vida temporal,
tenéis miedo, y no al que mata
el alma que es inmortal?
Temed, temed a Luzbel,
que os ha puesto el yugo al cue-
[llo;
que el león, aunque es cruel,
es vencido con aquello
que nos diferencia dél,
que es la luz de la razón,
sin la cual el ser humano
no tendría estimación;
y así, el que la tiene, es llano
que ha de vencer al león.
Tiene el hombre entre morta-
cuerpo y alma, que son dos [les
grandezas bien principales,
y aunque es animal de Dios,
es Dios de los animales,
y tanta virtud alcanza,
que el animal de más nombre,
puesto en la mayor matanza,
teme a Dios, mirando al hom-
[bre,
que es su propia semejanza.

[H.] 1.º Sólo con este argumento
medio corrido me voy.
[H.] 2.º Yo voy alegre y contento.
LUIS. Oye tú.
[H.] 3.º Digo que soy
cobarde, gallina, y miento.
Déjame, que estoy confuso
de ver que de mí me saca
el temor que en mí se puso.
LUIS. ¿Dónde vas?
[H.] 3.º Por la triaca
que Mitridates compuso,
que tengo el alma en los dien-
de temor y de recelo. [tes
LUIS. ¡Qué soldados tan valientes
para subir hasta el cielo
por montes de inconvenientes!

(*Sale el* PADRE *de* SAN LUIS.)

PADRE. ¿Hijo?
LUIS. ¡Padre!
PADRE. ¿Dónde has ido,
que tan grande alteración
por tu causa he recebido?
LUIS. ¿Cómo?
PADRE. Supe que un león
de la leonera ha salido,
y tuve miedo.
LUIS. Señor,
dejar agora no puedo
de estimar ese favor, [do
que donde [h]ay juncos de mie-
suele [h]aber agua de amor.
Sosiega el pecho alterado,
pues no ha sucedido mal.
PADRE. No puede estar sosegado
hasta que el original
se junte con su traslado.
Abrázame, hijo querido,
que yo sé que tu bondad
es el enjerto escogido
que en el tronco de mi edad
poner el cielo ha querido.
Un Narciso quedas hecho
de amor en tan grande abismo,
pues con este lazo estrecho
te abrazarás a ti mismo
en la fuente de mi pecho.
Ser de agua y fuego, es ver-
que ambas cosas al amor [dad,
le ofrecen su calidad:
el fuego le da el calor,
y el agua, la claridad.
LUIS. Padre, a gloria tan colmada
el nombrarte me provoca,
que el alma regocijada
se me sale por la boca
con este nombre abrasada.
Y aunque el ser tuyo debiera
hacer este efeto en mí,
mi corazón le venera,
por pensar que a Dios y a tí
os llamo de una manera.
Dame los pies.
PADRE. Hijo amado,
deja de hacer tales pruebas.
LUIS. Por el favor que me has dado
quiero darte...
PADRE. ¿Qué?
LUIS. Unas nuevas.
PADRE. ¿Y qué son?
LUIS. Que estoy casado.
PADRE. ¿Casado?
LUIS. Sí.
PADRE. No es razón
sin consentimiento mío.
LUIS. El padre fray Juan Micón
lo hace.
PADRE. Tanto confío
de su santa inspiración,
que ya tengo por divina
cualquiera cosa que intente.
LUIS. Es la que darme imagina
hija de un Guzmán, pariente
del gran Duque de Medina.
PADRE. ¿Viven en esta ciudad?
LUIS. Sí, señor.
PADRE. ¿Tienen hacienda?
LUIS. Demás de la calidad,
que es una muy rica prenda,
tiene el padre una heredad
toda llena de frutales,

a quien el cielo honrar quiso
con frutos tan principales,
que aquellos del paraíso
nunca le fueron iguales.

PADRE. Véote tan apartado
de tratar eso conmigo,
que pienso que me has burlado.

LUIS. Eso no.

PADRE. ¿Es posible?

LUIS. Digo
que está, señor, concertado
mi casamiento.

PADRE. Hablar quiero
con el padre fray Micón,
que ya por sabello muero.

LUIS. Bueno va.

PADRE. Que no es razón
(*Aparte.*)
que yo lo sepa el postrero.—
Ven hijo, que quiero hacer
[*Alto.*]
el gasto yo por mi parte;
para que se eche de ver
que me huelgo de casarte
con tal principal mujer.
Compraré piezas enteras
de raso y de tafetán,
tejido de mil maneras,
telas de oro de Milán,
de la China primaveras.

LUIS. Para mi esposa no pido
que en galas te muestres franco,
porque las pone en olvido.

PADRE. ¿Pues qué trae?

LUIS. Negro y blanco,
que es su ordinario vestido.

(*Vanse y salen* FRAY REGINALDO *y* FRAY PEDRO, *lego.*)

F. REG. ¿Dónde va?

F. PED. Vuélvome loco,
padre, de pesar, de ver...

F. REG. Deo gracias.

F. PED. ¿Qué?

F. REG. Poco a poco.

F. PED. [H]abré de echarme a perder,
si a cólera me provoco.

F. REG. Calle, que es mucha imprudencia
tener tan poca cordura.

F. PED. ¿Sabe vuestra reverencia
mi llaga?

F. REG. Sé que se cura
con ungüento de paciencia.

F. PED. ¿De paciencia?

F. REG. Y es contento
saber que esto se le aplica.

F. PED. Voy ligero como el viento
a comprar de una botica
dos dineros de ese ungüento.

F. REG. No le hallará.

F. PED. ¿Cómo?

F. REG. Hermano,
eso sólo Dios lo da.

F. PED. Según eso, será en vano
sanar con lo que no está
de ningún modo en mi mano.

F. REG. Cosa es clara.

F. PED. El Provincial
desterrarme agora quiso,
estando esta casa tal,
que el día que yo no guiso
comen las ollas sin sal.

F. REG. ¿Es posible?

F. PED. Y no respeta
lo que a esta casa conviene,
pues en ella, aunque es perfeta,
[h]ay cocinero que tiene
el paladar de baqueta.

F. REG. ¡O[h], invidia; ya no estarás
entre príncipes de espacio,
que como cansada estás
de habitar en el palacio,
a la cocina te vas!
Después que con tus pasiones
al mundo dejaste ciego,
en la cocina te pones,
que, como toda eres fuego,
te dan gusto los tizones.

(*Sale el* PRIOR.)

PRIOR. Deo gracias.

F. REG. ¡O[h], padre mío!

PRIOR. ¿Qué [h]ay de nuevo por aquí?
F. REG. He salido a un desafío
con fray Pedro.
PRIOR. ¿Cómo así?
F. REG. Da en un loco desvarío,
porque el padre Provincial
quiere que en Albaida viva.
F. PED. ¿Qué le parece?
PRIOR. Señal
que en eso su bien estriba.
F. PED. Antes estriba su mal.

(*Sale el* PADRE *de* SAN LUIS.)

PADRE. ¿Dónde está el padre Prior?
F. REG. Aquí está.
PRIOR. ¿Quién quiere hablarme?
PADRE. ¡O[h], padre mío!
PRIOR. ¡O[h], señor!
PADRE. Déme su mano.
PRIOR. Antes darme
la suya será mejor.
PADRE. Luis, padre, me ha contado
que vuestra paternidad
quiere ponelle en estado,
y así le casa.
PRIOR. Es verdad;
de mi mano le he casado
agora.
PADRE. Dichoso soy.
PRIOR. Aunque es principal su esposa,
con él, nuevo ser le doy.
Oya, padre.
PADRE. Cualquier cosa
será muy santa.
F. REG. Yo voy.

(*Háblale al oído y vase.*)

PRIOR. En nuestra grande amistad
confiado, me atreví.
PADRE. Si vuestra paternidad
de cuanto [h]ay en él y en mí
no hace a su voluntad,
nos ofende.
F. PED. ¡Que no acaba
este hombre de conocer
que le engañan...! (*Ap.*)
PADRE. Yo le daba
por esposa una mujer
que aficionada le estaba;
pero, pues ya está casado,
desconcertar me conviene
lo que estaba concertado.
PRIOR. Bueno el desposado viene.
PADRE. ¿Este es, padre, el desposado?

(*Sale* SAN LUIS *con un cántaro en la una mano y en la otra una escoba.*)

LUIS. Muerto soy.
PRIOR. Señor Bertrán,
¿de qué son tantos enojos?
¿Cómo con agua no van?
¿Que se desmaya?
PADRE. Mis ojos,
padre mío, la darán.

(*Desmáyase.*)

Aunque ya no es menester
dármela, que en un instante
he venido a conocer
este bien tan importante
que Dios me ha querido hacer.
F. REG. Parece que ya quería
dar a la muerte la palma.
PADRE. La pena que yo sentía
sólo fué mientras el alma
del cuerpo se dividía;
que pues desta Religión
al cielo quiso subir
el alma en esta ocasión,
por fuerza hubo de sentir
el cuerpo la división.
LUIS. Pues, ya, padre, se ha pasado
del dolor que has recebido
la tempestad y el nublado,
y entre las nubes tendido
aparece el sol dorado,
razón será que por mí
tengas algún regocijo
viéndome venir así
en tu presencia.
PADRE. Pues, hijo,
¿cántaro y escoba?

LUIS. Sí.
Y si éstos me han de faltar,
para lo que pienso hacer,
pretendo en este lugar
con los suspiros barrer
y con el llanto regar.
No creas que son antojos
el hablar desta manera,
que si, por causarme enojos
faltara escoba, barriera
con la boca y con los ojos.
Ser mayordomo mayor
del Rey cualquiera apetece,
y en la casa del Señor
ningún príncipe merece
ser barrendero menor.
Yo sólo a serlo he venido,
con ser de poco provecho.

PADRE. Estoy tan enternecido
que no puedo hablar.

PRIOR. Sospecho
que de mí mismo he salido.

PADRE. Voime.

PRIOR. Mucha cobardía
es no mostrar fortaleza
en esta grande porfía.

PADRE. Como otros a la tristeza,
tengo miedo a la alegría.

(*Vase.*)

F. REG. ¡Grande valor!

F. PED. ¡Grande pecho
ha mostrado agora el hombre!

PRIOR. ¡Pues el novicio!

F. PED. Sospecho
que ha de levantar su nombre
hasta el estrellado techo.

LUIS. Pues tal ocasión se ofrece,
quiero, venciéndome a mí,
barrer el claustro.

PRIOR. Parece,
según se sujeta a sí,
que manda cuando obedece.

F. REG. ¿A mandar ha de poder
el que obedece llegar,
sin trocar en nada el ser?

PRIOR. Sí.

F. REG. ¿Por qué?

PRIOR. Porque es mandar
a sí mismo obedecer.
Dejarle solo conviene,
para que se mortifique,
cuando a ser novicio viene.

F. REG. Y para que se publique
la grande humildad que tiene.

LUIS. Ya que llego a tal estado,
que en mí las grandezas muestro
del Dios que me ha levantado,
quiero hacer lo que el maestro
de novicios ha mandado.
Mientras barro es menester
pensar que me he de morir,
porque es, a mi parecer,
un modo de descubrir
la sepultura al barrer.

(*Salen* MARCELA *y* LOAÍSA, *su escudero.*)

LOAÍSA. ¿Dónde me llevas?

MARC. Querría
ver a mi Bertrán agora;
que dicen que en este día
tomó el hábito.

LOAÍSA. Señora,
no haré tal, por vida mía.

MARC. ¿Siempre [h]abéis de ser gro-
Loaísa, en todo? [sero,

LOAÍSA. Quedar
descomulgado no quiero.

MARC. Un fraile en este lugar
he visto.

LOAÍSA. ¿Si es el portero?

LUIS. Marcela viene. ¡O[h], Señor.
ya el enemigo desnuda
la espada de su rigor.

MARC. Bertrán es.

LOAÍSA. Es, sin duda. (1)

MARC. Hablalle será mejor.

LUIS. Convertilda, Señor mío,
por vuestra pasión sagrada.

MARC. Parece que pierdo el brío

(1) Verso corto. ¿Diría: *Eslo sin duda?*

cuando más determinada
voy a hablalle.
LUIS. En vos confío.
MARC. Pero ¿tan mala he de ser,
que un pensamiento divino
he de procurar torcer?
LUIS. Al fin vencéis.
MARC. Del camino
me quiero luego volver.
Perdona, santo, si he dado
muestra de mi amor dichoso,
que pues agora he dejado
de tenerte por esposo,
te quiero por abogado.
No sin ocasión mi intento
es volverme desde aquí
sin decirte mi tormento,
que después que estuvo en ti,
es santo mi pensamiento.
Como en barrer te adelantas
al pecho más generoso,
tengo mil invidias santas
de ese polvo venturoso
que con la escoba levantas,
y hasta el hombre que postra-
está con el lazo al cuello [do
barriendo le has levantado,
porque levantas aquello
de que el hombre fué formado.
De diamantes y esmeraldas
Dios te apercibe en la gloria
mil coronas y guirnaldas.
LUIS. Sólo gana la vitoria
el que vuelve las espaldas;
que el temor, como difuntas
mira sus glorias, y cae
en tantas desgracias juntas,
vence huyendo porque trae
una lanza con dos puntas.
Sólo por vencer me voy.
LOAÍSA. Ya se ha ido: ¿qué esperamos?
MARC. En grande peligro estoy
en el mundo.
LOAÍSA. ¿En esto damos?
Muy bueno, a fe de quien soy.
MARC. Por dejar el mundo muero.
LOAÍSA. Eso me parece bien.
MARC. Tomar un hábito quiero.
LOAÍSA. ¿De monja?
MARC. De monja.
LOAÍSA. ¿Y quién
ha de ser su mandadero,
siendo tan terrible y fuerte?
MARC. Perdonad, Loaísa amigo.
LOAÍSA. Pues me hablas desa suerte,
siendo tan terrible, digo
que de veras se convierte.
MARC. Humilde mi pecho está;
hablad de cualquier manera;
reñidme, ofendedme ya,
que escucharos la primera
mortificación será.

(*Vanse y sale el* PRIOR *y* FRAY REGINALDO.)

F. REG. Es sobrada su abstinencia.
PRIOR. Con todo, padre, la invidio.
F. REG. Pues entienda vuesa[l]encia
que si no llega a homicidio,
que pasa de penitencia.
No tiene jamás reposo.
PRIOR. Dichoso yo que le di
el hábito venturoso.
F. REG. Yo que verlo merecí,
¿qué seré?
PRIOR. Más que dichoso.

(*Sale* SAN LUIS.)

F. REG. El viene.
LUIS. Basta, mi Dios,
que no queréis permitir
que muera mártir por vos.
PRIOR. Quiérole un poco reñir;
déjenos, padre, a los dos.

(*Escóndese* FRAY REGINALDO *tras de una cortina.*)

LUIS. ¡O[h], padre!
PRIOR. No estéis postrado.
LUIS. ¿Qué más bien puedo tener?
PRIOR. Levantaos.
LUIS. Es escusado.

PRIOR. Por ser humilde, de ser
obediente [h]abéis dejado.
¿Mándoos yo que os levantéis,
y tardáis?
LUIS. Padre Prior,
perdóneme.
PRIOR. Cuanto hacéis
es de muy poco valor,
hijo, si no obedecéis.
La obediencia es el blasón
de la humildad más subida,
que aunque digan cuantos son
que sin religión no hay vida,
sin ella no hay religión,
y mirando el buen ejemplo
que a todos nos queréis dar,
en vos un Sansón contemplo,
que pretendéis derribar
de vuestra persona el templo.
De que lo habéis procurado,
¿qué más prueba y argumento
que estar de hierros cargado,
orar siempre, andar sangriento,
no comer jamás bocado?
Y aunque esto es bien singular,
es de muy poco interés;
que quien quiere caminar
mucho al principio, después
cansado viene a quedar;
que el hombre, aunque sale ar-
[mado
a ganar el triunfo y palma,
vencer no puede al pecado
cuando el caballo del alma,
que es el cuerpo, está cansado;
y así en mortificación,
en disciplina sobrada,
en ayuno, en oración,
no [h]abéis de exceder en nada
de lo que es la religión,
que no es poco.
LUIS. Yo querría
seguir.
PRIOR. En vano os cansáis.
LUIS. Pues, padre...
PRIOR. Una Ave María
os mando que no digáis
sin tener licencia mía,
que quien con sus alas vuela,
está de peligros lleno.
LUIS. Mire que me desconsuela,
padre, poniéndome freno,
viendo que me falta espuela.
PRIOR. Esos son vanos antojos,
haced lo que os mando yo.
LUIS. Y si lloro mis enojos,
¿incurro en pena?
PRIOR. ¿Pues no?
LUIS. ¿Soy yo señor de mis ojos?
PRIOR. Habéislo de ser adrede.
LUIS Si el alma quiere llorar,
aunque yo más se lo vede,
las lágrimas derramar
por otra parte no puede.
PRIOR. Pues porque estando ocupado
dejaréis de tratar mal
este cuerpo delicado,
diré al padre Provincial
que os haga luego Perlado.
Voime.
LUIS. ¡O[h], padre!
PRIOR. No imagino
que me ha de ablandar el llanto.
LUIS. Como sombra determino
seguir ese cuerpo santo,
que aunque es humano, es di-
[vino.

(*Vanse y sale de la cortina* FRAY REGINALDO.)

F. REG. ¡Bravo valor; bravo pecho
ha mostrado tener hoy
Luis en tan grande estrecho!
De [h]aberlo escuchado estoy
casi en lágrimas deshecho.
Yo causé la tempestad,
por ver que se maltrataba
con tanta riguridad,
y con su muerte eclipsaba
el valor de esta ciudad;
y así pedille perdón
será lo más acertado,

pues según su condición,
del bien que le he procurado
le quedo en restitución.

(*Sale por una puerta del vestuario un* VECINO *de Albaida y por otra* FRAY PEDRO *con un plato de limosna.*)

F. PED. ¿Da limosna?
VEC. Padre, sí,
y ayer se la di también,
cuando en la plaza le vi.
F. PED. Dios se lo perdone a quien
me mandó venir aquí.
VEC. ¿Qué daño le sucedió
de [h]aber venido?
F. PED. Ninguno,
que sólo me le causó
aquel que a ser importuno
venir aquí me mandó.
VEC. ¿Cómo?
F. PED. Soy tan impaciente,
que me congojo y fatigo
de verme puesto entre gente
pidiendo limosna.
VEC. Digo
que tiene humor excelente.
F. PED. Dicen que Job fué sufrido,
mas de ninguna manera
limosna a nadie ha pedido,
que si limosna pidiera,
quizá no lo hubiera sido.
Muchos por la iglesia van
como yo, llenos de enojos,
y con grande furia dan
con los platos por los ojos
de los que rezando están;
y cuando alguno da muestra
de tocarse la nariz,
con la misma astucia diestra
que delante la perdiz
se para el perro de muestra,
se paran por ver si es pía
la muestra que en él se ve,
y él dice con osadía:
"Otro día le daré": -
nunca Dios le dé otro día.
VEC. ¿Padre?
F. PED. Apenas puedo hablar
de enojo.
VEC. ¿Un hombre de bien
maldiciones ha de echar?
F. PED. Esto va a cargo de quien
tal cargo me quiso dar.

(*Sale un* MENSAJERO.)

MENS. Deo gracias.
F. PED. Venga en buen hora.
VEC. ¿Qué hay de nuevo?
MENS. Que a esta villa
viene por Prior agora
un fraile, que es maravilla
como el mundo no le adora;
mas luego le adorarán
por su valor manifiesto.
VEC. ¿Y llámase?
MENS. Fray Bertrán.
F. PED. ¿Es posible?
MENS. Sí.
F. PED. ¿Tan presto
cargo de Prior le dan?
MENS. Es en las fuerzas David,
Héctor en la valentía
y Ulises en el ardid.
VEC. ¿Sabéis algo dél?
MENS. Querría
saber mucho, mas oíd.
En aquella gran ciudad,
para cuyos edificios
dicen que ofreció Sagunto
sus mármoles y obeliscos;
en aquella antigua Roma,
donde hay Césares invictos,
Scillas, Marios, Claudios, Brutos,
Cayos, Scévolas, Pompilios;
en aquella sabia Atenas,
que tiene siempre por hijos
mil Sócrates, mil Platones,
mil Homeros, mil Virgilios;
en aquella Delfos santa,
lugar sagrado y divino,
donde es adorado Apollo

con cánticos y con himnos;
en aquella que es por grande
Zodíaco de los signos,
y de cualquiera planeta
el remontado epiciclo,
y al fin en la gran Valencia,
que a pesar del tiempo inico.
de Roma, Atenas y Delfos
será un espanto y prodigio,
nació el santo fray Luis,
que santo otra vez le digo,
pues su santidad nació
abrazada con él mismo.
Bertrán fué su padre, un [hombre
ni muy pobre, ni muy rico,
que siempre la medianía
es de importancia en el siglo.
Fué tan santo, que las veces
que lloraba siendo niño,
viendo los santos, quedaba
lleno de gozo infinito.
No se fué desde pequeño
a vivir entre los riscos,
imitando la aspereza
del gran Precursor de Cristo,
que en sí mismo retirado
hacer de su pecho quiso
un yermo, donde está siempre
de Pablo el retrato vivo,
y una vez que estuvo ham-
de vencer al enemigo, [briento
emprendió esta grande hazaña
con la espada de Domi[n]go,
del cual sospechar se puede
que, pues está de contino
con un perrillo a los pies,
que es espada del perrillo.
Vistióse su hábito santo,
por arnés tomó un cilicio,
que muchas veces estuvo
en su propia sangre tinto.
Hizo tantas maravillas,
que dió a los hombres indicio
que Dios estaba en su pecho
disfrazado y escondido;
y ansí la casa en que habita
es un cielo, un paraíso,
por ser de aquel serafín
un relicario, un archivo.
El coro, de que esté en él,
tiene grande regocijo;
de que Bertrán lea en ellos
le tienen también los libros;
los claustros, que los pasee;
que les hable, los novicios;
las paredes, que las mire;
que los pise, los ladrillos.
En su celda venturosa
divinas luces han visto
los que alguna vez gustaron
de acechar por los resquicios.
Sirve en su jardín de parra,
Dios, con los brazos tendidos,
y de ángeles [h]ay en ella
mil apiñados racimos.
¡Dichosa madre, dichoso
padre, que te hicieron digno
de ofrecer a Dios un fruto
tan sazonado y tan lindo;
dichosa patria, que tienes
con él descanso y alivio;
dichoso siglo dorado
con oro que fué tan fino;
dichoso sol, que das luz
en un tiempo tan propicio;
dichoso cielo, que guías
tan admirables principios,
y más que todos dichoso
yo, que indignamente sirvo
de traer esta embajada
como santo paraninfo!

VEC. ¡Gran cosa!

F. PED. Cierto, señor,
que nos [h]abéis consolado
con eso.

MENS. ¿Al padre Prior
puedo dalle este recado?

F. PED. Sí, que es hombre de valor,
y por eso ha de mostrar
muy particular consuelo
de ver que entre en su lugar

quien en la gloria del cielo
tan alto le ha de alcanzar.

MENS. Vamos luego, que conviene
hacelle al Prior saber
como el padre Bertrán viene.

VEC. Y aun la villa es menester
que conozca el bien que tiene.
Decir quiero a los Jurados
como viene fray Bertrán,
que es santo, y de los pecados
con su persona estarán
defendidos y guardados.

(*Vanse y sale* SAN LUIS.)

LUIS. Aunque yo no he de saber
de ningún modo regir,
sabré al menos conocer,
que quien me manda venir
me dirá lo que he de hacer;
que para prueba evidente
de su poder infinito,
de la lengua balbuciente
de Moisén hizo en Egipto
un Cicerón elocuente;
y así haciéndome Perlado,
quiere que esta ley se guarde,
pues de inviar ha gustado,
para caudillo un cobarde,
para guarda un descuidado.

(*Salen tres* JURADOS *de Albaida.*)

[J.] 1.º La villa, padre Prior,
de Albaida, sale a besar
sus manos.

LUIS. ¿Con tanto honor
quiere la villa hospedar
un tan grande pecador?

[J.] 2.º Las manos le besaremos,
aunque más haga desvíos.

LUIS. Levántense.

[J.] 3.º No podemos.

LUIS. Adviertan, señores míos,
que no es justo hacer estremos,
que yo un pobre fraile soy.

[J.] 1.º Por eso habemos salido.

LUIS. Mil gracias, señor, te doy,
pues fuerte, aunque combatido
de la vanidad, estoy.

(*Sale el* PRIOR *de Albaida y* FRAY PEDRO.)

PRIOR. Sea mil veces bien llegado,
padre mío.

LUIS. ¡O[h], padre nuestro!

PRIOR. ¿Cómo viene?

LUIS. A su mandado.
¿Vos fray Pedro?

F. PED. Aunque no muestro
placer ni pesar sobrado,
un gozo tengo infinito,
padre, de velle.

LUIS. ¿Por qué?

F. PED. Porque es del lugar bendito
donde unas ollas guisé
mejores que las de Egipto;
ya por más reputación
soy filósofo en el trato,
que cuando en la religión
me encomendaron un plato,
tomé por nombre Platón.

LUIS. ¿Qué es demanda?

F. PED. Padre, sí.

PRIOR Entremos, padre Prior,
a descansar.

LUIS. Para mí
ningún descanso [h]ay mayor
que servir a Dios aquí.
Con vuesa merced tratar
un cierto negocio quiero,
señor, en este lugar,
que sin cansarse primero
nadie puede descansar.

[J.] 1.º ¿A mí dices?

LUIS. Sí.

[J.] 1.º Pues, ea,
déjennos aquí a los dos.

(*Vanse todos.*)

LUIS. ¿Posible es que no desea
salvarse, viendo que Dios
en procurallo se emplea?

[J.] 1.º ¿Cómo?

LUIS. Un hombre tan honrado

y tan sabio, que aconseja
mejor que el mejor letrado,
ha tanto tiempo que deja
de confesar un pecado,
y recibe indignamente
aquel pan tan importante
para sustentar la gente?

[J.] 1.º ¡O[h], padre mío!

LUIS. Levante
cuerpo y alma juntamente,
que Dios quiere que le den
los pecadores abrazos,
pues tiene por nuestro bien,
no sólo abiertos los brazos,
pero las manos también.
Ríndase, hermano, al momento,
y deshecho en tierno llanto,
dé muestras de sentimiento.

[J.] 1.º Este hombre sin duda es santo, [*Aparte.*]
pues sabe mi pensamiento.

LUIS. Confiésese.

[J.] 1.º Mi traición,
perdonar el Señor quiere.

LUIS. ¿Pésale de corazón?

[J.] 1.º Sí, padre.

LUIS. Pues considere,
que el pesar trae al perdón.
Vamos, que ya se pagó
entre los dos la amistad;
porque si él me recibió
en la villa, en la ciudad
de Dios le recibo yo.

(*Vanse y sale* FRAY PEDRO.)

F. PED. Hoy todo el pueblo me ha dalimosna con grande amor, [do
y sin duda lo ha causado
saber que el nuevo Prior
en este punto ha llegado.
Disimular me conviene,
y esconder cuatro reales
para la cuenta que viene,
porque jamás son iguales
las que un limosnero tiene.
Entonces yo los pondré
entre los otros con arte,
y la falta supliré.
¡Válame Dios! ¿En qué parte
del hábito los pondré?
En la manga... sonarán,
que en efeto son dineros;
pero en el zapato irán,
y reales zapateros
como aceitunas serán.
Descalzarme quiero, pues,
porque al mundo decir pueda
que tampoco el interés
me mueve, que la moneda
traigo debajo los pies.
La caña de Midas ser
pudiera en contar sus quejas
mi zapato al parecer,
si así como tiene orejas
lenguas pudiera tener.
El Prior sale, callar
quiero como astuto y diestro.

(*Sale* SAN LUIS.)

LUIS. Bien se supo confesar
aquel hombre.

F. PED. ¡O[h], padre nuestro!

LUIS. ¿Dónde vais, Pedro?

F. PED. A contar.

LUIS. Venga el plato.

F. PED. Tome.

LUIS. ¿Tanta
limosna [h]ay en esta villa?

F. PED. ¿Pues deso, padre, se espanta?

LUIS. Ya sé que no es maravilla
siendo la gente tan santa;
pero es grande caridad.

F. PED. No lo puede echar de ver. (*Aparte.*)

LUIS. Fray Pedro, amigo, mirad
que es mala cosa tener
pecados de propriedad.

F. PED. Pues ¿qué quiere?

LUIS. Que saqueis
cuatro reales que del plato
agora tomado [h]abéis;
sacaldos, que en el zapato

del pie izquierdo los tenéis.
F. PED. ¡Vive Dios!
LUIS. Parece mal
tener tan poca paciencia.
F. PED. Digo, padre, que no [h]ay tal.
LUIS. Ya sé que ha sido licencia.
F. PED. ¿Poética?
LUIS. No.
F. PED. ¿Pues, cuál?
LUIS. Crecer la limosna pía
cuando no os den otro tanto
como os dieron este día.
F. PED. Bien sabía que era santo;
mas za[h]orí no lo sabía.
LUIS. Descalzaos luego.
F. PED. ¡O[h], mal[h]aya
mi desdicha y mi pecado!
¿Con un pie quiere que vaya
descalzo y otro calzado,
como Rey que entra en Vizcaya?
LUIS. Después os podéis calzar
cuando tengáis ocasión.
F. PED. Quiero, padre, confesar
mi pecado.
LUIS. Sin razón
le queréis tal nombre dar,
que antes fué curiosidad.
F. PED. Desde aquí se los entrego.

(*Tocan unas campanas a fuego.*)

LUIS. ¿Si tocan a tempestad?
F. PED. Antes me parece a fuego.
LUIS. Sin duda dices verdad.

(*Salen dos* HOMBRES.)

[H.] 1.º ¿Dónde está el Prior?
[H.] 2.º ¿Adónde
está el sol que en esta casa
sus bellos rayos asconde?
LUIS. ¿Qué [h]ay, hermanos?
[H.] 2.º Que se abrasa
todo el estado del Conde.
[H.] 1.º Venga, padre, venga luego,
que está la tierra hecha fragua:
que si por el mucho riego
antes se perdió por agua,
se pierde agora por fuego.
LUIS. Vamos, fray Pedro.
[H.] 1.º Infinita
es su caridad.
[H.] 2.º Es prueba
de la fe que en él habita.
F. PED. ¿Soy yo hisopo, que me lleva
para echar agua bendita?

(*Vanse y salen dos* LABRADORES.)

LAB. 1.º Parece que el cielo eterno
deja, por verse ofendido
de los hombres, el gobierno;
y que de madre ha salido
el gran río del infierno.
LAB. 2.º No sé lo que me presuma
de ver que del monte caen,
porque el llano se consuma,
olas de fuego, que traen
ceniza en lugar de espuma.
Muerto soy.
LAB. 1.º Hasta el arado,
y lo demás que llevaba,
hecho ceniza ha quedado.
LAB. 2.º De dos bueyes con que araba,
el uno se me ha quemado.

(*Sale un* PASTOR.)

PAST. Quemarse, pobre de mí,
el ganado en la montaña,
desde la cabaña vi,
y agora hasta la cabaña
veo quemarse desde aquí.
[H.] 1.º Hombres vienen.
[H.] 2.º ¿Quién serán?
[H.] 1.º Que son los frailes sospecho.
[H.] 2.º Si a Dios no sacan, ¿qué harán?
[H.] 1.º Ya le sacan en el pecho
del bendito fray Bertrán.

(*Sale* SAN LUIS *con los* JURADOS *y otra gente.*)

JUR. 1.º De vuestra paternidad
huirá el fuego cruel.
LUIS. ¿Confiáis?
JUR. 2.º Sí.

LUIS. Confiad,
hermanos míos, de aquel
que es la misma santidad.
JUR. 2.º Que venza, padre, le ruego,
por Dios, el fuego infernal.
LUIS. En su nombre mando al fuego
que en virtud desta señal
enfrene su furia luego.

(*Hace la señal de la cruz al monte.*)

JUR. 1.º Gran cosa.
JUR. 2.º Gran maravilla.
JUR. 3.º Besemos los pies y manos
al redentor de esta villa.
LAB. 1.º Milagro.
PAST. Milagro.
LUIS. Hermanos.
JUR. 1.º En vano, padre, se humilla,
después que tan grande bien
con su presencia causó.
LUIS. A Dios las gracias se den.
JUR. 2.º Y a quien de Dios lo alcanzó
es justo dallas también.
F. PED. ¡No me espanto que supiese
dónde estaban los reales!
PAST. ¡Que el fuego apagar pudiese!
LAB. 2.º Con merecimientos tales
no es mucho que lo emprendiese.
JUR. 1.º Yo vi cómo se apagó
del fuego el furor violento
al instante que llegó
a las llamas el acento
de las palabras que habló;
y [h]ay planta en este lugar
que al momento que fué echada
la bendición singular,
quedó la mitad quemada
y la mitad por quemar.
JUR. 3.º Hagamos luego alegrías
por este gran regocijo
con mil devociones pías.
LUIS. Han de saber que me aflijo
de oír alabanzas mías.
JUR. 1.º Vamos, para que el Retor
el *Te Deum laudamus* cante.

(*Vanse todos y quedan* FRAY PEDRO *y* SAN LUIS.)

LUIS. ¡O[h], Señor mío: o[h], Senor,
bien es que el fuego se espante
de tu grandeza y valor!
Para más engrandecer
esa majestad que adoro,
mi Dios, fuera menester
dentro de mi pecho un coro
de serafines tener;
porque cuando en él se vieran
libres, ligeros y sueltos,
tanto alabarte quisieran,
que a borbollones envueltos
con las palabras salieran.
F. PED. Milagro fué sin segundo (*Ap.*)
el que hoy pudo hacer su fe.
LUIS. Fray Pedro.
F. PED. Padre.
LUIS. Un profundo
deseo tengo.
F. PED. ¿De qué?
LUIS. De irme luego al nuevo mundo.
F. PED. ¿No ve que es cosa indecente
desear morir?
LUIS. No creo
penetráis mi pecho ardiente,
que si yo morir deseo
es por la fe solamente.
No digo sino pasar
a las Indias.
F. PED. Bien, por cierto.
Y ¿a qué, padre?
LUIS. A predicar.
F. PED. ¿No ve que será en desierto,
y que no ha de aprovechar
aunque predique por dos?
¿Para qué pone la mira
en ello?
LUIS. ¿No sabeis vos
que el espíritu de Dios
adonde quiere respira?
F. PED. Muy bien lo voy penetrando,
que yo en el entendimiento
tengo mucho de Durando.

LUIS. Sin duda es hablar al viento
[*Aparte.*]
estar con él conversando.—
[*Alto.*]
Digo, pues, que mi intención
es a las Indias pasar,
y con mi predicación
nuevas gentes conquistar
como un segundo Colón.
Para mí y un compañero
tengo licencia, y así
llevaros conmigo quiero,
si queréis venir.

F. PED. ¿A mí,
quién me ha hecho marinero?
Yo en mi vida he visto el
[Grao,
ni sé qué cosa es la mar.
Pues si da al través la nao,
¿piensa que sabré nadar
como el peje Nicolao?

LUIS. A Dios llevamos por guía;
no os queráis, Pedro, afligir,
que es mucha melancolía;
venid conmigo.

F. PED. Por ir
en tan buena compañía
aún iré.

LUIS. Mi fiel Acates,
hoy por ti salir confío
vencedor en los combates;
hoy descubres, hijo mío,
de tu valor los quilates.
Dame un abrazo.

F. PED. Sospecho
que me ha querido matar
con abrazo tan estrecho.

LUIS. No quise sino mostrar
lo que está dentro en mi pecho.

F. PED. Muy bien se puede inferir
de las obras.

LUIS. Determino
que tú y yo para partir
nos pongamos de camino.

F. PED. ¿Hay algo que apercebir?

LUIS. Porque no causemos nota,
prevéngase lo ordinario
para región tan remota,
que es no más de Breviario,
sombrero y túnica.

F. PED. ¿Y bota?

LUIS. ¿No es locura y desvarío
que en eso pensando estés?

F. PED. Ir sin ella no confío,
porque es caminar sin pies
y navegar sin navío.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA.

ACTO SEGUNDO

(*Salen* TEOLINDA, *reina india, y* SOLDADOS *indios.*)

TEOLINDA.

¿Dónde están mis monteros?

SOLDADO 1.º

Tras de un oso
aguijan los más pláticos y expertos,
porque saliendo deste bosque umbroso
subir no pueda a los peñascos yertos.

TEOLINDA.

No se puede tener por venturoso
sino sólo el que habita en los desiertos,
y procura en entrambas primaveras
coger las flores, perseguir las fieras.
En estos campos fértiles sombríos
doy a la vida el natural tributo,
los árboles se precian de ser míos
y así se inclinan para darme el fruto.
Hasta los claros cristalinos ríos,
que los paso mil veces a pie enjuto,
por reina me engrandecen y me alaban,
y me besan los pies cuando los lavan.
Allí busco las liebres noche y día,
aquí el venado temeroso aguardo,
que de la mano venturosa mía
humilde viene a recebir el dardo;
el cual queda temblando de alegría
de [h]aber pasado un pecho tan gallardo,
y aunque no puede ser, tengo por cierto

que tiembla el dardo, del venado muerto.
Adorna el sol mi alcázar soberano
con su divina luz resplandeciente,
doy pocas veces a besar la mano
por ser más respetada entre mi gente;
al fin en este reino comarcano
no [h]ay cosa que me aflija ni atormente.
porque tiene esta tierra que yo adoro
buenas entrañas, pues las tiene de oro.
Mías son estas tierras, donde moran
los que por mí de libertad se privan,
las minas que amartelan y enamoran,
las piedras que aficionan y cautivan;
señora soy de aquellos que me adoran,
sin que con esperanza un punto vivan,
y aun a mí me sujeto de tal modo,
que soy señora de quien lo es de todo.

(*Sale* Laupí, *cacique.*)

Laup. Sin duda inmortales son
los que en esta piedra dura
ponen su imaginación,
pues da vida su hermosura
y muerte su condición.
Sólo en mí queda torcida
esta ley terrible y fuerte,
pues mi Teolinda querida
me da una vida que es muerte,
y una muerte que no es vida.
Mal haya el alma que espera
el peligro manifiesto,
y apenas le considera.
Teol. ¿Laupí?
Laup. ¡Señora!
Teol. ¿Qué es esto?
¿Dónde vas?
Laup. Busco una fiera.
Teol. ¿Por dónde va?
Laup. Por aquí.
Teol. Sigámosla.
Laup. No es razón,
que ella no huye de ti,
sino de mi corazón
que la adora.
Teol. Pues, Laupí,
corre tras della.
Laup. No sé.
Teol. Tírale un dardo
Laup. Es muy fuerte.
Teol. Persíguela.
Laup. No osaré.
Teol. Déjala.
Laup. No tengo suerte
aun de dejarla.
Teol. ¿Por qué?
Laup. Porque mata con los ojos
como basilisco fiero.
Teol. Si me cuenta sus enojos (*Ap.*)
morirá.
Laup. Ofrecelle quiero
del corazón los despojos.
Teol. Que me burlas imagino.
pues no [h]ay rastro en la espe-
de animal tan peregrino. [sura
Laup. ¿No es fiera, di, la hermosura
de ese tu rostro divino?
Esa belleza que adoro
¿no es monstruo, cuyo rigor
me condena a eterno lloro?
Teol. ¿Así me pierdes, traidor,
el respeto y el decoro?
Prendedle.
Laup. ¿Es posible?
Teol. Sí.
Laup. ¿Otra vez quieres agora
prenderme?
Teol. Ingrato Laupí,
no soy tu reina y señora?
Laup. Con eso vuelves por mí;
pues aunque con tiranía
de atormentarme no cesas,
diciendo en esta porfía
que eres mi reina, confiesas
que tienes algo de mía.
Teol. Matadle.
Laup. Sólo un favor
te pido por amistad,
y es que del fuego de amor
te sobre la claridad,
ya que te falta el calor.
Considera que este ha sido
yerro de amor, y el primero

que en mi vida he cometido.
TEOL. Sólo traidor considero
que fuiste, loco atrevido.
Muera.
SOL. 1.º Bien puedes, señora,
que está ya muerto decir,
pues ha de morir agora.
LAUP. ¿Posible es que ha de morir
quien te sirve y quien te adora?
TEOL. ¿Qué es esto? ¿En qué os [detenéis?
Matadle luego.
LAUP. Acabad;
¿cómo no la obedecéis
siendo la reina?
TEOL. Esperad.
SOL. 2.º ¿Qué mandas?
TEOL. No le matéis.
SOL. 2.º ¿Cómo así?
TEOL. No quiero ser
tan áspera y tan terrible
con quien me supo querer,
que aunque es verdad infalible
que soy reina, soy mujer.
Dentro una misma persona
reina y mujer se han juntado,
y éste, a quien el cielo abona.
la reina le ha sentenciado
y la mujer le perdona.
Levántate.
LAUP. No [h]ayas miedo
que sea otra vez traidor.

(*Salen* LEUCOTÓN *y* ARDÁN, *monteros, y sacan asido a* SAN LUIS.)

LEUC. Apenas miralle puedo
con el grande resplandor.
ARD. Confuso y medroso quedo.
TEOL. ¿Qué ha sucedido?
LEUC. Un bajel
ha dado al través agora
en la playa, y salió dél
este hombre.
TEOL. ¿Es monstruo?
LEUC. Señora,
parece monstruo cruel,
mas por humano es tenido.
ARD. Con él salió un compañero
y Lautaro le ha querido.
LUIS. Divino manso cordero,
por mí comprado y vendido,
destruya al ídolo vano
vuestro gran poder oculto.
TEOL. ¿Qué resplandor soberano
es éste?
LEUC. Sale del bulto
que el hombre lleva en la mano.
TEOL. ¿Sabéis qué es el bulto?
ARD. Un hombre
que está puesto en un madero.
LAUP. Ninguno [h]ay que no se asom- [bre
de miralle.
LUIS. Un bando quiero
publicar en vuestro nombre.
TEOL. Según le vemos lucido,
sin duda que el sol le invía.
LEUC. Si el hombre hubiese venido
de parte del sol, vendría
de rayos de oro vestido.
Hechicero es.
ARD. Tú adivinas.
TEOL. ¿Hombre?
LUIS. Señora.
TEOL. ¿Quién eres?
¿Dónde vas? ¿Dónde caminas?
¿De dónde sales? ¿Qué quieres?
¿Qué pretendes? ¿Qué imagi- [nas?
LUIS. Dios, que es un ser infinito,
da ser a todas las cosas,
y es tan soberano el suyo,
que de ninguno le toma. [lo
Sólo es un Dios, y aunque es so-
se distingue entre personas:
la una es Padre, la otra es Hijo,
y el Espíritu es la otra;
y aunque en poder y en valor
majestad, grandeza y honra,
es Dios cualquier de los tres,
la divinidad es sola.
Crió Dios de nada al mundo,
y dél la más rica joya,
que fué al hombre, le crió

a su semejanza propia.
Luego el hombre como ingrato,
hizo a Dios tan malas obras,
que con ser Dios, en efeto,
a venganza le provoca:
manda echarle de su casa
y que a las puertas se ponga
un serafín con la espada
de fuego, y de sangre roja;
mas como hacer las paces
al hijo de Dios le toca,
por aplacar a su padre,
a cargo el negocio toma.
De la humanidad se viste
la rica triunfante ropa,
que de [h]aber servido mucho
quedó agujerada y rota;
sale como capitán,
y para hacer gente, arbola
la bandera de la cruz,
con que al enemigo asombra.
Por gola el caudillo fuerte
se pone al cuello una soga;
por grebas, unos azotes
y unas llagas por manoplas;
una lanzada por peto;
por celada, una corona,
cubierta, por ser de espinas,
de muchas piedras preciosas.
Con estas armas, que a prueba
son de sufrimiento todas,
las del contrario soberbio
hiere, abate, rompe, abolla;
da como romano invicto
la vida por la victoria;
pero dala de tal suerte,
que al tercer día la cobra.
Esta es la imagen de aquel
a cuyas plantas se postran
los serafines más altos
como tapetes y alfombras;
este es, hermanos, el Cristo,
por quien cristianos se nombran
los venturosos que habitan
en las provincias de Europa.
Mirad, mirad su bandera;
seguid, seguid su derrota,
que esta mi lengua es sin duda
caja y pífano (1) que toca.
Yo vengo a echar este bando
de regiones tan remotas,
y a decir que es el bautismo
el camino de la gloria.
Abrid los ojos del alma,
y si el sol os enamora,
mirad la luz de aquel sol,
de quien vuestro sol la toma.

LEUC. ¡Blasfemia!

ARD. ¡Blasfemia!

SOL. 1.º ¡O[h], loco!
Sin más consideración,
¿nuestro Dios tienes en poco?

SOL. 2.º Sacaréle el corazón,
si a cólera me provoco.

LAUP. No me desagrada el hombre
con esto que ha predicado.
(*Aparte.*)

TEOL. ¿Posible es que no te asombre
ver mi majestad y estado,
ver mi grandeza y renombre?
¿Que en mi presencia real
blasfemaste?

LUIS. ¿Cuándo?

TEOL. ¿Agora
no acabas de decir mal
del Dios supremo?

LUIS. Señora,
nunca Dios permita tal,
que yo sólo he murmurado
del sol, pues según se ve,
no es criador, sino criado,
y aunque el más hermoso fué,
no fué el más aventajado;
que aunque le tenéis respeto
por el resplandor que encierra,
que es, gran Reina, te prometo,
un gusano de la tierra,
en cuanto al ser más perfeto.
No imagines que es fingida
esta razón ni aparente,

(1) En el texto: *pífaro*.

que el gusano tiene vida,
pero el sol es solamente
una lámpara encendida.

(*Sale un* INDIO *con un niño recién nacido en los brazos.*)

INDIO. Varón santo, en este punto
este hijo recién nacido
que darme el cielo ha querido
me nace y se muere junto;
y pues su edad ofendida
trata el mundo de tal suerte
que en la vida le da muerte,
dale tú en la muerte vida.
De tu santidad extraña
darme noticia ha querido
tu compañero afligido,
que está preso en mi cabaña;
díjome que es tu virtud
de tan grande autoridad,
que a cualquiera enfermedad
con agua le das salud.
Con ella, padre, le toca,
y más blanco que un armiño
quedará; mira que el niño
te la pide por la boca.

LUIS. ¿Tú quieres que le bautice?

INDIO. Sí, padre.

LUIS. Grande es su suerte,
pues tendrá vida en la muerte.

ARD. ¿Qué dices, hombre infelice?
¿Así quieres bautizar
a tu hijo?

INDIO. Tengo fe
que la vida le ha de dar.

LUIS. Bautizalle quiero ya
con tu licencia, señora.

TEOL. Pues él lo quiere, en buen [h]o-

LUIS. Y bien buena que será. [ra.
Aquí cerca está una fuente:
ven luego.
[*Vase.*]

LEUC. ¡Cómo es verdad
que tras de la novedad
se va en el mundo la gente!
Que este deseo profundo
de ver una cosa nueva,
es una red que se lleva
todas las noches del mundo;
imán que noches y días
atrae las voluntades;
señuelo de novedades,
anzuelo de idolatrías.

(*Tañe la música y suben ángeles al cielo el alma del niño.*)

TEOL. ¿Qué visión es ésta?

LAUP. El alma
de aquel recién bautizado,
que sube al cielo estrellado
con tan grande triunfo y palma.

ARD. Yo vi cómo de la boca
le salió alegre y compuesta.

LAUP. ¡Gran milagro!

LEUC. Cosa es ésta
que a devoción me provoca.

TEOL. De [h]abello visto me espanto.

LAUP. Ven, pidámosle perdón,
que es sin duda este varón
bueno.

ARD. Humilde.

LEUC. Justo.

SOL. 1.º Santo.

(*Vanse y salen* FRAY PEDRO *y* LAUTARO.)

F. PED. Hombre, déjame buscar
a mi padre.

LAUT. ¿Dónde?

F. PED. Aquí.

LAUT. ¿Imaginas que de mi
te has de poder escapar?
Entra en casa, si no gustas
de ofenderme y provocarme.

F. PED. Pues, ¿qué pretendes?

LAUT. Hartarme
de esas tus carnes robustas.

F. PED. ¿De mis carnes?

LAUT. Si das gritos
te romperé el corazón.

F. PED. Luego ¿los de tu nación
comen hombres?

LAUT. Infinitos.

F. PED. Yo juro a Dios y a esta cruz

que me huelgo que lo asomes.
LAUT. ¿Por qué?
F. PED. Porque si me comes,
te volverás avestruz,
y en mí, que quise elegir
tan voluntario destierro,
podrás digerir el yerro
que he cometido en venir,
cuantimás que te condenas
con el gusto que pregonas,
que mis carnes ovachonas
ni aun para cuervos son buenas.
LAUT. Beber tu sangre imagino.
F. PED. También te emborracharás,
pues con ella beberás
la quinta esencia del vino.
Pero di, ¿piensas matarme
de veras?
LAUT. De veras digo
que a darte muerte me obligo.
F. PED. ¿No ves que puedo gastarme,
que hace calor?
LAUT. En señal
de que pienso complacerte,
quiero matarte y ponerte,
porque no hiedas, en sal.
F. PED. Esto es hecho, no daría
por mi vida un alfiler.
LAUT. Un cuchillo he menester
para hacer anotomía.
Lepomán.

(*Sale* LEPOMÁN.)

LEPOM. Lautaro.
LAUT. Saca
ese cuchillo.
LEPOM. Ya voy.
F. PED. En grande peligro estoy
si éste la furia no aplaca.

(*Saca* LEPOMÁN *el cuchillo.*)

LEPOM. El cuchillo está afilado.
F. PED. ¡O[h], Bertrán! ¿Adónde estás?
LAUT. Arrodíllate.
F. PED. ¿Eso más?
¿Que he de ser sacrificado?

(*Sale* SAN LUIS.)

LUIS. Buscando a fray Pedro voy,
que ya entiendo que se aflige.
F. PED. ¡Padre Bertrán!
LUIS. ¿Pedro?
F. PED. Aguije;
mire el peligro en que estoy.
LUIS. Ya te faltaba la fe.
F. PED. Pardiez, padre, si tardara
un solo punto, me hallara
hecho un San Bartolomé.
Matarme este hombre quería.
LAUT. Burlábame.
F. PED. ¿Tú?
LAUT. ¿Pues no?
F. PED. ¿Aún niegas?
LAUT. Digo que yo
me burlaba en cuanto hacía.
Sabrás, padre, que por ver
su imprudencia loca y vana,
que comemos carne humana
le quise dar a entender,
y él se lo bebió.
F. PED. Más siento
esa burla que la muerte
que me dabas.
LUIS. Pedro, advierte
que es gran joya el sufrimiento.

(*Sale* LAUPÍ.)

LAUP. ¡O[h], santo varón!
LUIS. ¿Qué dices,
fuerte cacique Laupí?
LAUP. Que [h]ay muchos hombres aquí
pidiendo que les bautices.
LUIS. Calor tienen en el pecho.
F. PED. A servirte, padre, voy.
LUIS. Mil gracias, Señor, te doy
por la merced que me has he-
pero no soy comedido; [cho:
primero te serviré,
mi Dios, y después te haré
gracias de haberte servido.
Vamos luego.
F. PED. Padre mío,
¿tiene vaso para echar

el agua?
LUIS. No ha de importar,
pues está tan cerca el río.
F. PED. Si tan cerca le tenemos,
un buen remedio daré.
LUIS. Y ¿qué es el remedio?
F. PED. ¿Qué?
Que en el río los echemos.

(*Vase.*)

LAUT. Vamos nosotros también
a ver un bien tan subido.
LAUP. De grande provecho ha sido
ver de Teolinda el desdén,
que no [h]ay remedio mayor
para un pecho enamorado
que en aquello que es amado
considerar poco amor.

(*Sale* TEOLINDA.)

TEOL. Ya busco a quien me buscaba.
¡Bien conmigo corresponde
amor!
LAUP. ¡O[h], Teolinda!
TEOL. ¿Adónde
se fué el fraile que aquí estaba?
LAUP. A bautizar ciertas gentes
se ha partido.
TEOL. ¿Cuándo?
LAUP. Agora.
TEOL. ¿Dónde vas?
LAUP. Quiero, señora,
evitar inconvenientes;
y no pienses que me voy
con intento de esconderme,
que ya no puedo ponerme
en peligro.
TEOL. ¿Cómo?
LAUP. Estoy...
TEOL. ¿Cómo estás?
LAUP. Estoy resuelto
de no tratar más de amor.
TEOL. ¿Que me ha dejado el traidor
y a mirarme no se ha vuelto?
Ya por velle tan escaso
de mí misma voy saliendo;
ya me enojo, ya me enciendo,
ya me quemo, ya me abraso,
ya me consumo, ya soy
ceniza, ya el ser perdí,
y ya, ¡cuitada de mí!,
cobrando otra vez le voy.
No hay por mi desdicha quien
pueda socorrerme luego,
que amor ha encendido el fuego
con el soplo del desdén.
Por tomar venganza rabio,
que en el pecho de amor lleno
derrama el alma veneno
por la boca del agravio.
Matáronme los desdenes
de un ingrato corazón.

(*Sale* LEUCOTÓN.)

LEUC. ¡O[h], señora!
TEOL. ¡O[h], Leucotón,
huelgo de verte!
LEUC. ¿Qué tienes?
TEOL. Pues con tan grande dolencia
el alma tengo difunta,
lo que no tengo pregunta:
responderé que paciencia.
Lo demás todo lo tengo,
que es tristeza y agonía.
LEUC. Pues sabes, señora mía,
que sólo a servirte vengo,
mándame algo.
TEOL. Leucotón,
bien puedes estar ufano,
pues hoy tendrá por tu mano
venganza mi corazón.
LEUC. ¿Quién, señora, te ha ofendi-[do?
TEOL. Laupí.
LEUC. ¿Otra vez te enojó?
TEOL. Antes se descomidió.
y agora se ha comedido.
Por entrambas cosas quiero
vengarme dél.
LEUC. Oye un poco;
mira que le tiene loco
aquel cristiano hechicero;
tanto, que tengo por llano

que no debe estar en sí.
porque yo sé que Laupí
trata de hacerse cristiano.

TEOL. ¿Es posible?

LEUC. Sí, señora.

TEOL. Si ese pensamiento tiene,
estorbárselo conviene.
Mata al fraile.

LEUC. ¿Cuándo?

TEOL. Agora.

LEUC. Será, Teolinda, razón,
por no alborotar la gente,
que alguna razón se invente.

TEOL. Dile mal de su opinión,
que él te la dará bastaute
para sujetar su brío.

LEUC. Voy luego.

TEOL. Pues yõ te invío,
ningún peligro te espante.

(*Vanse y salen* SAN LUIS *y* FRAY PEDRO.)

LUIS. Loco de placer estoy,
fray Pedro amigo, de ver
las almas que a Dios le doy;
trescientas fueron ayer
y más de quinientas hoy.
Mas ¿cómo tan de tropel
de Dios entró en el abismo
que en darle yo tanto infiel,
él mismo se da a sí mismo,
pues todo procede dél?
Alábente las criaturas,
Dios mío.

F. PED. ¡Padre!

LUIS. ¿Qué quieres?

F. PED. ¿Cómo comer no procuras?

LUIS. Tú por las almas no mueres.

F. PED. Son como unas piedras duras.

LUIS. ¿Duras?

F. PED. Sí.

LUIS. ¿Por qué razón?

F. PED. Por su loco desvarío;
tanto, que soy de opinión
que estas almas, padre mío,
son de mala digestión.
Lo que importa es pedir pan
y lo demás que te cuadre,
pues sabes que lo darán,
que almas y más almas, padre,
mal estómago te harán.

(*Sale* LEUCOTÓN.)

LEUC. Pues hay tan buena ocasión,
bien es que mi mano enfrene
deste loco la hinchazón.

F. PED. ¿No ve, padre, cómo viene
arrogante Leucotón?

LUIS. ¿Tú no sabes que las plumas
significan arrogancias?

LEUC. Por más, Bertrán, que presumas,
y todas nuestras ganancias
aniquiles y consumas;
por más que del sol blasfemas,
causando horrores y espantos;
por más, cobarde, que temas
al Dios que adorna sus santos
con tiaras y diademas;
por más hombres que bautices
y por más que ellos te alaben,
y tú les llames felices,
mucho más que porque saben,
porque creen lo que dices,
habrá soldados feroces
que sólo porque te vayas,
a puntillazos y coces
te arrojarán destas playas,
que por tu daño conoces.

LUIS. Hermano, yo te asiguro
que no te ofende mi trato.

F. PED. ¡O[h], loco, infame, perjuro,
por la oreja del zapato
de Santo Domingo, juro...

LUIS. ¡Calla!

F. PED. No quiero callar.

LUIS. Leucotón, sosiega el pecho.

(*Así como le va a dar se pone en medio la rama de un árbol y descarga en ella el golpe y hace la espada pedazos.*)

LEUC. Antes quiero traspasar
el tuyo.

LUIS. ¿Qué mal te ha hecho
el árbol?

LEUC. ¿Que vine a dar
donde no pensé?
LUIS. ¿Qué daño
del árbol has recebido,
que con rigor tan extraño
cortar su tronco has querido?
LEUC. Conozco, padre, mi engaño.

(*Arrodíllase* LEUCOTÓN.)

LUIS. Vuelve, vuelve, Leucotón,
y con tu espada cruel
traspasa mi corazón,
pues [h]ay en el mundo dél
tan poca satisfación.
Deja el árbol, que en el prado
al cielo pueda alabar,
de flor y fruto adornado;
y, si árbol has de cortar,
corta el que fruto no ha dado.
A cortalle luego ven
con tu espada rigurosa;
no me niegues este bien,
así en tu mano dichosa
todos los del mundo estén.
Pésame ver que me ampara
el árbol desta manera,
y tanto, que es cosa clara
que, si ingratitud no fuera,
sin duda yo le cortara;
que los árboles do habita
la virtud que el mundo adora,
por ser en todo exquisita,
dan guirnaldas, y éste agora
la del martirio me quita.
LEUC. Dame tus pies.
LUIS. Deja, amigo,
de hacer humildades tantas.
LEUC. A besar, padre, me obligo
lo que pisaren tus plantas.
LUIS. Dios, sin duda, está contigo.
Perdóname.
LEUC. ¡O[h], gran varón,
yo fuí el loco atrevido
y ¿tú me pides perdón?
LUIS. Quitarme lo que yo he sido
no es buena imaginación:
mío es el atrevimiento;
tuyo el ser que le contrasta.
LEUC. Padre, ¿si yo me arrepiento
puedo salvarme?
LUIS. No basta
sólo el arrepentimiento.
LEUC. ¿Pues qué?
LUIS. Será menester
bautizarte.
LEUC. Desde luego
cristiano me quiero hacer;
dame el agua.
LUIS. Grande fuego
en tu pecho debe arder;
vamos.
F. PED. Las manos me muerdo,
de ver tan grande clemencia.
LUIS. ¿No eres más prudente y cuer-[do?
F. PED. Yo tengo poca paciencia,
y aquí del todo la pierdo.

(*Vanse y salen* TEOLINDA *y* ARDÁN.)

TEOL. Ya que estar sola me impides,
¿qué quieres?
ARD. Que pues te huelgas
de la caza, no la olvides.
TEOL. ¿Cómo los perros no cuelgas
y las aves no despides?
¿Ves que rabio; ves que mue-[ro,
y pónesteme delante
con término tan grosero?
ARD. Perdón te pido.
TEOL. Al instante
volverme a la ciudad quiero.
ARD. ¿La soledad no es contento?
TEOL. Sí.
ARD. Pues ¿cómo a la ciudad
quieres volverte al momento?
TEOL. Huyo de la soledad
que tiene divertimiento.
Bien sé que es cosa sagrada,
mas no la pienso buscar
en el monte donde agrada,
porque la pretendo hallar
en mí misma retirada.

(*Sale* LAUTARO.)

LAUT. Sin duda es grande traición.
TEOL. ¡O[h], Lautaro!
LAUT. ¡O[h], mi señora!
Cosas nuevas.
TEOL. Y ¿qué son?
LAUT. Que se ha bautizado agora
un indio.
TEOL. ¿Quién?
LAUT. Leucotón.
ARD. ¿Es posible?
LAUT. Sí.
TEOL. Imagino
que de cobarde lo ha hecho.
LAUT. Después que este fraile vino
hay grande mal.
ARD. Que es, sospecho,
encantador y adiviño.
TEOL. En este punto quería
dalle la muerte, incitada
de un estorbo que me hacía,
y de Leucotón la espada
en mi nombre lo emprendía,
y luego se ha convertido.
LAUT. Estando vivo Lautaro
¿confiar de otro has querido
tu pensamiento?
TEOL. Bien caro
el negocio me ha salido,
pues pierdo un hombre.
LAUT. No, dudo
de volver al español
más pequeño y más menudo
que los átomos del sol,
contra quien volver se pudo;
aunque si me das licencia,
con cierta invención prometo
dalle la muerte en pesencia
de todo el mundo.
TEOL. Un discreto
tiene grande providencia:
mas temo...
LAUT. ¿Qué temes?
TEOL. ¿Qué?
Que sucederte podría
lo que al otro.
LAUT. Agravio fué
poner duda en la fe mía.
TEOL. Yo no la pongo en tu fe,
sino sólo en mi esperanza.
LAUT. Fía, pues, que por mi mano
te dará el cielo venganza
de ese infiel, de ese cristiano
que tanta virtud alcanza.
Si supiera tu deseo
antes de agora, está claro
que ganara este trofeo.
TEOL. Mira que emprendes, Lautaro,
grande hazaña.
LAUT. Ya lo veo;
pero el servirte me anima.
(*Vase.*)
ARD. Sin duda es hombre de bríos
este soldado.
TEOL. Es la prima,
y entre los vasallos míos
el de más valor y estima.
ARD. Con todo, será razón,
por si se vuelve cristiano,
prevenir cierta invención
con que deste fraile vano
sujetes el corazón;
que no hay tan grande cruel-
como hacer que le condenes, [dad
por falsa, su santidad.
TEOL. Yo confieso, Ardán, que tienes
prudencia y sagacidad.
ARD. Cuando te quieres partir
a la ciudad a matarte,
¿qué bien se puede inferir
de tu humor?
TEOL. ¿Qué quieres?
ARD. Darte
litera en que puedas ir.
TEOL. Aunque el corazón adora
todo lo que, Ardán, es muerte,
suspéndelo por agora,
hasta saber si mi suerte
es vencida o vencedora.

(*Vanse y salen* SAN LUIS *y* FRAY PEDRO, LAUPÍ *y* LEUCOTÓN.)

LUIS. ¿Cuál tomas?

LAUP. Lorenzo.
LUIS. Honrado
nombre quieres que te den,
pues con él dices también
que estás en fuego abrasado.
Fué Lorenzo español fuerte,
de una condición tan brava,
que al punto que le mataba
le tuvo miedo la muerte.
Sobre las brasas tendido
el fuego vino a temerle,
y, de vergüenza de verle,
estuvo más encendido,
y él dijo como el que a Roma
libró, en el fuego arrojado:
"Ya estoy de esa parte asado,
vuélvame el tirano y coma."
Hazaña fué de español
guardar del alma el tesoro
y apurarla como el oro
de su cuerpo en el crisol.
¿Tú qué nombre tomarás,
Laupí, cuando te bautice?
LAUP. Matías.
LUIS. Del más felice
hombre que se vió jamás,
pues le dió Dios posesión
de la silla de un perdido,
y aunque suerte ha parecido,
fué en cierto modo elección,
que sin duda más que Augusto
pecho y valor ha mostrado
quien ganó el apostolado
en competencia de un justo.

(*Sale* LAUTARO *y* DOS INDIOS. LAUTARO *saca el veneno en una taza.*)

LAUT. Agora saber podemos
si tiene aceros y bríos.
LUIS. ¿Qué buscáis, hermanos míos?
LAUT. Hablarte, padre, queremos.
LUIS. ¿Es bautismo?
LAUT. Antes de parte
de todas estas riberas,
como tú escucharle quieras,
un recado vengo a darte.
LUIS. Dí, pues.
LAUT. Sabrás que alborotas
todo este pueblo afligido
con esa ley que has traído
de provincias tan remotas.
Todos padeciendo están
una grande confusión,
por saber qué religión
de las dos escogerán:
quién dice que se adelanta
nuestra ley en prendas ricas,
y quién que la que publicas
es la más divina y santa;
y así, como tú te bebas
este veneno cruel
y quedes vivo con él,
tu ley abonas y apruebas.
El temor enfrena y doma,
que si lo emprendes, Bertrán,
luego se bautizarán
todos juntos.
LUIS. Muestra.
LAUT. Toma
LUIS. Al punto le beberé.
LAUT. ¿Dudas en alguna cosa?
LUIS. No, porque la fe dudosa
viene a dejar de ser fe.
Sé que bebiendo este trago
lleno de tanta virtud,
un brindis a la salud
de todo este reino os hago;
y aunque dél no beberéis,
hijos, en esta ocasión,
yo sé que haréis la razón
cuando la conoceréis.
LAUP. Padre, ¿así quieres morir
por dar gusto a sus quimeras?
LUIS. Antes, si lo consideras,
quiero beber por vivir.

(*Se toma la taza y pone los ojos en el cielo.*)

Supremo Rey, en señal
de que tu saber profundo
es el que gobierna el mundo
desde el trono celestial,

pido la vida me des,
después que beba esta muerte,
pues está en tu mano fuerte
el quitármela después.
No la pido por temor
de la muerte aborrecida,
sino porque de mi vida
está pendiente tu honor.
En tu defensa pretendo
confundir estos tiranos,
y así, mi Dios, en tus manos
poderosas me encomiendo.

(*Hace la señal de la cruz y bebe.*)

LAUT. Del vaso descubre el suelo.
[IN.] 1.º Morirá, sin duda, aquí.
LUIS. Este suelo descubrí
por descubriros el cielo;
no atribuyáis a locura
este suceso dichoso,
que es efeto fervoroso
de una fe constante y pura.
LAUP. Y de peregrino amor.

(*Abre la boca* SAN LUIS *y saca* LAUPÍ *della una serpiente.*)

LUIS. Hijo, pon aquí la mano:
¿qué descubres?
LAUP. Un gusano.
LUIS. Serpiente, dirás mejor.
LAUP. ¿Un animal tan temido
halló acogida en tu seno?
LUIS. Sin duda que es el veneno
que en sierpe se ha convertido.
Que no he de morir sospecho,
hijos, en esta ocasión,
que ya tengo el corazón
muy sosegado en el pecho.
Mitrídates inmortal
vengo en esto a parecer,
por estar hecho a comer
la triaca celestial;
y pues el veneno saca
Dios del corazón dispuesto,
conoced, hombres, en esto
que es de los males triaca.
Este ejemplo os aproveche
imitando en el sentido
a la sierpe, que ha venido
a su doctrina, que es leche.
LAUT. A tus pies, padre, me arrojo;
tenme desde hoy más por hijo.
[IN.] 1.º Por abogado te elijo.
[IN.] 2.º Por mi padrino te escojo.
LAUT. Bien es que a tus pies me rinda
con humilde corazón
y te pida...
LUIS. ¿Qué? ¿Perdón
por la traición de Tecinda?
LAUT. ¿Ya lo sabes?
LUIS. Dios me ha hecho
merced de avisarme ya.
LAUT. Claro está que lo dirá
quien está siempre en tu pecho.

(*Esto dice* LAUTARIO *a voces.*)

Dos milagros juntos.
LAUP. Dos
son pocos para su fe.
LAUT. ¡O[h], padre nuestro!
LUS. Yo haré,
hijos, que os perdone Dios
si recibís el bautismo.
LAUT. Norabuena.
LUIS. Pues venid,
y esta gloria recebid.
[IN.] 2.º Es de amor un grande abismo.
LAUT. Agua es menester buscar.
LUIS. Bien la dará el cielo santo.
LAUT. Yo la diera, si con llanto
se pudiera bautizar.

(*Vanse y quedan* FRAY PEDRO, LAUPÍ *y* LEUCOTÓN.)

LEUC. Pasmado estoy.
LAUP. Yo confuso
de ver tan notable fe.
F. PED. Y yo medroso.
LAUP. ¿De qué?
F. PED. Del peligro en que se puso
con el veneno cruel
que aquí tomó por su mano.

LUIS. ¿No veis que Bertrán, hermano,
está en Dios y Dios en él?
Ellos se entienden.
LEUC. Felice
es este siglo dorado,
pues apenas ha quedado
hombre que no se bautice;
tanto que en esta ocasión
serán pensamientos vanos,
poder contar los cristianos,
sino los que no lo son.

(*Vanse y salen* TEGUALDA *y* ARDÁN.)

TEG. Bástame una vez decir
tus cautelas engañosas,
que el advertir muchas cosas
suele a veces divertir.
¿No es este el lugar adonde
duerme Bertrán?
ARD. Sí.
TEG. Pues fía
de la diligencia mía.
ARD. Tras de la puerta te esconde;
y cuando venga, haz alarde
de tu loco frenesí.
TEG. ¿Estoy bien, Ardán, aquí?
ARD. Sí, Tegualda.
TEG. Pues ya es tarde;
vete.
ARD. Voime.
TEG. Dios te guíe.
Con sola una tentación
haré que su corazón
de la virtud se desvíe;
que a los más fuertes varones
sujeta una voluntad,
cuando no es la santidad
a prueba de tentaciones.

(*Sale* SAN LUIS.)

LUIS. Mi triste cuerpo doliente
descansar quiere por puntos
y el cuerpo no lo consiente,
porque aunque se cansan juntos,
no descansan juntamente.
Cualquier trabajo y pesar
los dos le suelen sentir;
pero si han de reposar,
el cuerpo quiere dormir
y el alma quiere velar.
TEG. El viene.
LUIS. Desta pelea
nadie merece la palma,
pues cuando el cuerpo desea
recrearse, crea el alma
que sólo en Dios se recrea.
TEG. ¿Padre?
LUIS. ¿Qué visión extraña
es la que han visto mis ojos?
TEG. ¿Solo estás en la cabaña?
¿Qué es esto?
LUIS. Si son antojos...
TEG. ¿Quién, sepamos, te acompaña?
LUIS. Sólo Dios.
TEG. Si es menester
que yo te sirva en secreto,
en mucho lo has de tener,
porque al hombre más perfeto
le dió Dios una mujer;
aunque si ella es la mitad
del hombre, y gusta de sello,
no será curiosidad
llamar compañía aquello
que es propiamente unidad.
LUIS. Bien será disimular.
¡O[h], señora!
TEG. ¡O[h], padre mío!
LUIS. En mucho debo estimar
esta merced.
TEG. Yo confío
que te sabré regalar.
LUIS. En la cabaña primero
con tu licencia entraré,
donde recebirte quiero.

[*Vase.*]

TEG. Sin duda le venceré,
aunque se vista de acero.
De mí será regalado
sin límite ni compás,
que el hombre más remirado

es el que se rinde más
cuando piensa que es amado.

(*Suena adentro un ruido, con el cual se echa de ver que* SAN LUIS *se está di[s]ciplinando*)

Mas... ¡triste, qué gemidos!
¿Qué golpes, qué sollozos, qué lamentos
llegan a mis oidos,
envueltos en los soplos de los vientos,
que con tristes acentos
salen de la cabaña oscura, adonde
Bertrán esquivo su persona esconde?
¿Si aflige por ventura
su triste cuerpo en lágrimas deshecho,
por la desenvoltura
con que he venido a combatir su pecho?
Mas no tendrá, sospecho,
de fe y amor tan levantados bríos,
que él se castigue por pecados míos.
Cada vez que repite
aquel fiero gemido acelerado,
quizá porque le imite,
pues he querido aniquilar su estado,
un temor frío [h]elado
se me esparce, cuitada, por las venas,
de horror y espanto en vez de sangre lle[nas.

(*Suena música y ábrese la cabaña y aparece* SAN LUIS *tendido en el suelo ensangrentado y bajan del cielo por diferentes partes en dos nubes* SANTA MADALENA *y con una corona de laurel y* SANTA CATARINA, *mártir, con una palma.*)

SANTA MA[G]DALENA.

Penitente divino,
deja el azote riguroso y fuerte,
que a darte por Dios vino
tantas heridas, la menor de muerte;
ya que tienes tal suerte,
que Dios, vencido de tu amor, permite
que en mí la Penitencia te visite.

SANTA CATARINA.

Sansón fortalecido
con el divino celestial ejemplo,
tanto que has merecido
del amor propio derribar el templo,
a Dios en ti contemplo,
que es el que quiere por mayor grandeza
que te visite en mí la Fortaleza.

LUIS.

Mucho en esta porfía,
¡o[h] mártir Catarina!, ¡o[h] Magdale[na!,
debo a la sangre mía,
digo a la que por medio de la pena
derramo en el arena,
pues sirve, por ser roja, de señuelo,
que como aves os baja desde el cielo.

SANTA MA[G]DALENA.

Pues cercado te viste
de llantos, de aflicciones, de congojas,
y volver mereciste
las verdes yerbas con tu sangre rojas,
ennoblece con hojas
de honroso lauro las triunfantes sienes,
por la esperanza que de gloria tienes.

SANTA CATARINA.

Recibe aquella palma
de la mano de Dios, fuerte, invencible,
por mártir en el alma,
ya que en el cuerpo no ha de ser posible:
que martirio es terrible
saber un corazón de Dios amado
que no ha de ser por él martirizado.

TEG. ¡Válame Dios! ¿Qué centellas
me han venido a deslumbar?
¿Qué mujeres son aquellas
que por hacelles lugar
se amontonan las estrellas?
Que son diosas imagino
del cielo, que abierto vi,
que por extraño camino
las trae aquel que por mí
a diciplinarse vino.
Su buen ejemplo me inclina
a que luego me bautice.

(*Salen* TEOLINDA, ARDÁN *y otros Indios.*)

TEOL. ¿Aquí está?
ARD. Sí.

TEOL. Pues camina.
ARD. ¡O[h], mi Tegualda!
TEG. Ya hice la prueba.
ARD. ¿Es buena?
TEG. Divina.
TEOL. ¿Cómo?
TEG. El más santo varón es del mundo.
TEOL. ¿De qué suerte?
TEG. Díjele mi pretensión,
sin ver en su pecho fuerte
señales de turbación;
pero luego, en su cabaña,
tanto se diciplinó,
que con sangre el suelo baña,
y en el aire apareció
una visión muy extraña
de dos mujeres del cielo,
que vinieron, según vi,
a dalle alivio y consuelo.
ARD. Santo es, sin duda.
TEOL. ¡Ay de mí!
Que he de perderme recelo,
pues, siendo santo, he querido
matalle sin ocasión.
TEG. El sale.
TEOL. Yo me despido.
TEG. ¿Dónde vas?
TEOL. El corazón
tengo, de velle, afligido.
TEG. Fía de su santidad,
que por ser tan peregrina,
procurará tu amistad.

(*Sale* SAN LUIS.)

LUIS. Por tener tal medicina,
buscaré la enfermedad.
¿Por una gota, Señor,
de sangre, tal bien me hiciste?
TEG. Hablalle será mejor.
TEOL. No puedo.
LUIS. Teolinda.
TEOL. ¡Ay, triste!
¡Temblando estoy de temor!

(*Así como se va la ataja* SAN LUIS.)

LUIS. ¿Dónde vas? Escucha, espera,
que tu estado se mejora.
TEOL. Morir mil veces quisiera
antes de verte.
LUIS. Señora,
no huyas de esa manera. [cías,
Si es por el mal que me ha-
no es bien, Teolinda, que ceses
de gozar tus alegrías,
que antes que tú me ofendieses
supe yo que me ofendías.
Antes de hacer el pecado
noticia dél he tenido,
y por lo que me ha tocado,
antes de ser cometido,
fué, sin duda, perdonado.
TEOL. ¡O[h], varón santo, perdona!
LUIS. Levanta.
TEOL. Esta maravilla
con la humildad se pregona.

(*Póstrase* TEOLINDA.)

LUIS. Sólo a Dios, Reina, se humilla,
cabeza donde hay corona.
TEOL. A Dios la quiero entregar,
para que más pueda y valga.
LUIS. Sí, que serville es reinar.

(*Salen* FRAY PEDRO, LAUPÍ, LEUCOTÓN *y* LAUTARO.)

F. PED. Espántame que no salga,
porque suele madrugar.
TEOL. Bien es, Bertrán, ofrecerme
a Dios luego y bautizarme.
LUIS. ¡O[h], Teolinda!
LAUP. Ya no duerme.
LUIS. A tus pies quiero postrarme,
pues tal bien quieres hacerme.
LAUT. Con la Reina está.
LUIS. Tu mano
levanta, bella Teolinda,
el estandarte cristiano,
para que se postre y rinda
del mundo el mayor tirano.
LEUC. ¡O[h], padre!
LUIS. Alegre y contento,

hermanos, quiero ejercer
uno y otro sacramento.
LAUP. ¿Dos?
LUIS. Sí.
LAUP. ¿Cómo?
LUIS. Quiero hacer
un bautismo y casamiento.
TEOL. Quién serán los bautizados?
LUIS. Todos los que están aquí
desta ventura privados.
TEOL. ¿Los casados?
LUIS. Tú y Laupí,
seréis, Reina, los casados,
que sé que os tenéis amor.
TEOL. Basta, padre, que lo quieras.
LAUT. En mucho estimo el favor.
LUIS. Con esto destas riberas
me parto.
TEOL. ¡O[h], padre!
LAUP. ¡O[h], señor!
LUIS. Dios lo manda.
LEUC. ¿Así maltratas
a los que admiten la fe?
LAUT. Mira, padre, que nos matas.
F. PED. Huélgome, que dejaré
de comer ñame y patatas.
LUIS. Hijos de mi corazón,
harto el dolor me acompaña;
dadme licencia y perdón,
pues para volver a España
hay agora embarcación;
que bien os puedo dejar
[h]abiendo aquí quien os pueda
la ley de Dios enseñar.
LAUT. Haz cuenta, padre, que queda
sin lucero este lugar.
TEOL. Pues pasó la tempestad,
Laupí...
LAUT. Señora.
TEOL. ...al momento
volvamos a la ciudad,
donde se hará el casamiento
con gran pompa y majestad.
Hagan todos cuantos son
mil regocijos, de modo
que alegren mi corazón,
y una danza, sobre todo,
de muy gallarda invención.
LUIS. Aunque es, señora, la danza
cosa apacible y honesta,
quien la fe de Dios alcanza
yerra en buscar una fiesta
que toda estriba en mudanza;
mas la vuestra es de manera
que, sin duda, es un trasunto
de la fe más verdadera.
ARD. ¡[H]ola!

[*Sale un* CRIADO.]

CRIAD. ¿Qué mandas?
ARD. Al punto
aperciban la litera.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

ACTO TERCERO

(*Salen* FRAY REGINALDO *y* FRAY HUBERTO.)

F. REG. Que han de hacer, padre, ima-
Prior al padre Bertrán, [gino.
según es santo y divino
su pecho.
F. HUB. ¿No advertirán
que ha llegado de camino?
F. REG. Si advertir en esto quieren,
harán que por varios modos
todos los frailes se alteren,
pues al provecho de todos
el particular prefieren;
aunque de Bertrán no dudo
que a su bien nunca aspiró,
pues cuando vestirse pudo
del amor de Dios, quedó
del amor proprio desnudo,
del cual vestirse ha podido
el que su bien apetece,
mas, por más que esté ascondido,
como aforro se parece
por lo roto del vestido.

(*Sale* FRAY PEDRO.)

F. PED. Mil gracias a Dios se den

por tan felice suceso.
Prior tenemos.

F. Hub. ¿A quién?

F. Ped. Preguntarme, padre, eso,
viviendo Bertrán, no es bien;
porque en diciendo el perlado,
el santo, el justo, el honesto,
el fuerte, el aventajado,
el comedido, el compuesto,
el humilde, el retirado,
el de mayor penitencia,
y el que esta casa defiende
con extraña providencia,
sin decir quién es, se entiende
que es Bertrán por excelencia.

F. Hub. Esto se puede inferir
de [h]aber venido los dos
cansados de convertir.

F. Ped. Yo, por la gracia de Dios,
muy bien lo puedo decir;
que aunque, por vario camino,
Bertrán y yo, como a hermanos,
convertimos de contino
él los indios en cristianos,
y yo en sangre el pan y el vino.

F. Reg. Esa conversión [h]abrá
hecho alguna maravilla.

F. Hub. En las Indias se sabrá.

F. Ped. Bertrán viene.

F. Reg. A la capilla
de San Vicente vendrá,
que es la celda donde el santo
estuvo.

F. Reg. Hasta que se vaya
no me iré.

(*Sale* San Luis *y póstrase a San Vicente.*)

Luis. Mucho me espanto,
gran Vincente, que no os haya
enternecido mi llanto.

F. Hub. Todos quedamos también.
(*Aparte.*)

Luis. Padre de mi corazón,
¿paréceos que será bien
que por vuestra intercesión
cargo de Prior me den?
¿No fuera, padre, mejor
otro sujeto escoger?
¿Yo Perlado? ¿Yo Prior?
¿Un lobo queréis hacer
de las ovejas pastor?
Una ensangrentada fiera,
una víbora enroscada,
¿ser Perlado, padre, espera
de casa que está adornada
de arcángeles dentro y fuera?
Mas pues vos [h]abéis querido
escogerme, porque es justo
que Dios sea obedecido,
no os ha de causar disgusto
que os escoja un escogido;
y ansí, bendito Vincente,
vos [h]abéis de ser Prior
desta casa, diligente;
yo seré, por vuestro amor,
sustituto solamente.
Aquesos pies se me den
para besar; mas, ¡ay, Dios!,

(*Abrázale San Vicente.*)

¿tanta merced, tanto bien,
que os pido los pies y vos
me dais los brazos también?
De cautivo han puesto el sello
en mi alma esos abrazos,
y es muy grande gloria el sello,
porque fueron vuestros brazos
cadena para mi cuello.

F. Reg. ¡Extraña cosa!

F. Hub. A contar
este milagro me voy.

F. Ped. Yo le voy a pregonar.

Luis. Mil gracias, Señor, te doy
por merced tan singular.

(*Sale el* padre fray Nicolás Factor.)

Nic. Vengo por la bendición
de mi Bertrán, que ha venido
de las Indias y ha traído
más que Cortés ni Colón.

Luis. ¡Mi Nicolás!

Nic. ¡Mi Luis!

LUIS. ¿Sois vos? Abrazadme luego.
NIC. Sin duda que venís ciego,
como del altar venís.
Mas ceñid con esos brazos
mi triste cuerpo afligido.
LUIS. Profetizados han sido,
Nicolás, estos abrazos.
Dad, si queréis, otros tantos,
que el cuello que abrazáis vos
pienso que le hizo Dios
para que le abracen santos.
NIC. Mi Bertrán, ¿cómo venís?
LUIS. Enfermo.
NIC. No os ha faltado
esfuerzo.
LUIS. Dios me le ha dado
porque vos se lo pedís;
que Dios, porque el mundo
[espere
en un santo y no le olvide,
hace lo que el santo pide,
y él pide lo que Dios quiere.
NIC. Aunque por mí no merezco
que ese renombre me cuadre,
en sola una cosa, padre,
me sublimo y engrandezco,
y es en saber ponderar
de vuestra virtud el peso,
pues sois tal, que me confieso
cada vez que os he de hablar.
Pienso que vuestros antojos
traspasan el corazón,
o que los pecados son
objeto de vuestros ojos.
LUIS. Dejemos esa memoria,
y sabed, padre, que Dios
me quiere apartar de vos,
para llevarme a su gloria.
En una revelación
que sólo a vos la revelo,
supe, Nicolás, que el cielo
tiene de mí compasión,
y como tiene mancilla
de mis aficiones tantas,
Dios entre las almas [santas]
me señala eterna silla;
y que este inmenso placer
y gusto maravilloso,
en el día venturoso
de San Dionís ha de ser,
que es cuando en esta ciudad
entró a tomar posesión
don Jaime, rey de Aragón,
con gran pompa y majestad.
NIC. Pues dadme, por vuestra vida,
padre, de esa silla muestra,
cuando goce el alma vuestra
de la gloria esclarecida.
Sepa yo el grado de gloria
que Dios os da para el alma,
y qué grandeza de palma
merece tan gran vitoria.
LUIS. Yo a Dios se lo rogaré
porque vuestros ojos abra.
NIC. ¿Padre, daisme la palabra?
LUIS. Yo os la doy palabra y fe.
NIC. Para ver tan bellas cosas
al lince quiero imitar,
y del cielo traspasar
las paredes luminosas.
LUIS. Vamos, padre, y bien podéis
rogar por mi alma a Dios.
NIC. Sí, padre; y también a vos
para que por mí roguéis,
que sois santo, y de tal suerte,
que, si el mundo no os pregona,
es por daros la corona
con las manos de la muerte;
que aunque en esta vida está
vuestro gran nombre cubierto,
santo sois, porque estáis muerto
para las cosa de acá;
y perdonad, que me atrevo
por ver que solos estamos.
LUIS. Primero que nos partamos
quiero pagar lo que debo,
y así, llamaros Factor
Nicolás, fué menester,
pues lo sois de un mercader
que trata en cosas de amor.
No tiene cual vos ninguno,
porque el de mejor talento

le gana ciento por ciento,
vos, Factor, ciento por uno.
NIC. Presto pagáis.
LUIS. Nicolás,
no os quiero deber a vos.
NIC. Vamos, que en cosas de Dios
quien más paga debe más.

(*Vanse y sale un* HOMBRE *con un* NIÑO *enfermo de lamparones.*)

HOM. Ven, hijo, al padre Bertrán,
donde mil glorias florecen.
NIC. Ya casi salud me ofrecen
las nuevas que dél me dan.

(*Sale el* DEMONIO *en figura de hombre con un palo en la mano para fingirse ciego.*)

DEM. Nadie sabe a lo que vengo;
que sepan que del abismo
vengo, formando yo mismo
el cuerpo humano que tengo.
Luzbel soy, de las tinieblas
el príncipe sublimado,
que tengo mi sol dorado
cubierto de espesas nieblas.
Tomar quise cuerpo de hombre
siendo el príncipe Luzbel,
para vengarme de aquel
que Bertrán tiene por nombre,
que allá en el mundo remoto
hizo tan grandes insultos,
que rompió los sacros bultos
de mi oráculo devoto;
y pues con esto me vengo,
quiero en ciego transformarme
para que salga a curarme
la enfermedad que no tengo
y pueda burlarme dél
agora públicamente.
NIÑO. Mucho tarda.
DEM. Aquí hay de gente
grande alboroto y tropel.
El pueblo viene a pedir
a mi enemigo salud.
HOM. Es hombre de gran virtud.
DEM. Ciego me quiero fingir
y hacer el engaño luego.

(*Sale un* COJO.)

COJO. Gran fama este santo tiene;
pedille salud conviene.
HOM. ¿No ves un cojo y un ciego?
NIÑO. Sin duda, a lo que venís,
vienen a predicadores.
DEM. ¿Quieren mostrarme, señores,
a mi padre fray Luis,
en cuyo pecho la ley
de la santidad se encierra?
HOM. ¿De dónde sois?
DEM. De la tierra
de los ciegos, do soy rey.
COJO. De nosotros se burló.
NIÑO. Buena flor de ciego trae.
HOM. Esa gente ¿adónde cae?
DEM. No cae, que ya cayó.
COJO. Sin duda el ciego está loco.
DEM. Señores, llámenme acá
a mi padre.
HOM. Bien está;
esperaos, hermano, un poco.
DEM. Si en mí cupiera esperanza,
grande bien cupiera en mí.
COJO. Tratemos un poco aquí
deste padre la alabanza.
¿No es gran santo?
DEM. Sí, por cierto;
pero mucho dél me espanto,
que siendo tan grande santo
tenga un pecado encubierto,
pues rindió su santidad
a la vanidad la palma,
que por los poros del alma
se mete la vanidad.
HOM. No tendréis jamás salud
si no tenéis fe en su nombre.
DEM. La virtud no está en el hombre,
que en Dios está la virtud,
que los hombres no la dan
sino por intercesión.
COJO. Cese la conversación,
que sale el padre Bertrán.

(*Sale* San Luis.)

Luis. *Domine hic non parcas ut in [aeternam parcas.*
Mirad, hermanos, mirad
cuán pobre estoy de virtud,
veréis que pedís salud
a la misma enfermedad;
pero en tales ocasiones
pedírsela a Dios conviene.
Hom. ¡O[h], padre mío!
Luis. ¿Qué tiene
este niño?
Hom. Lamparones.
Luis. ¿Y vos?
Cojo. Abrasado en fuego
el pie.
Luis. Loado sea Cristo.
¿Y tú, qué tienes?
Dem. ¿No ha visto,
padre mío, que estoy ciego?
Luis. Por tu vida rogar quiero
al sumo Dios que ofendiste
primero, pues la perdiste
por quererte hacer primero.
Di, ¿ha mucho que te ha fal-
Dem. De mi nacimiento fué. [tado?
Luis. Es mentira, que yo sé
que con ella te han criado
y que fuiste la criatura
más bella y resplandeciente,
y que te viste en la fuente
de la luz ardiente y pura,
cuyo infinito poder
más que a todos te ha cegado,
porque sin ver te ha dejado
y sin deseo de ver.
Dem. Pues soy ciego, quiero dar
en aprender oraciones.
Luis. En gran confusión te pones,
porque no sabes rogar;
que si tú rogar supieras,
o la caída evitaras,
o al menos te levantaras
al instante que cayeras.
Vete, Luzbel, al abismo,
lleno de pena y dolor,
donde tú mismo, traidor,
te atormentes a ti mismo.
Vete al reino del espanto,
do estés tan lejos de mí,
como yo lo estoy de ti.
Dem. ¡O[h], Bertrán divino y san-
razón es que me inviéis [to,
do esté apartado de vos,
poco menos que de Dios,
pues cerca dél estaréis!

(*Vase.*)

Cojo. ¡Gran milagro!
Hom. ¡Caso extraño!
Niño. El demonio fué, sin duda.
Luis. Como Dios, hijos, me ayuda,
no ha podido hacerme daño.
Cojo. No en balde se quiso hacer
fiscal de tu vida entera.
Luis. Cuando en él virtud cupiera,
esa lo pudiera ser,
porque es muy bueno un fiscal.
Niño. ¿Quiere tocar con las manos,
padre, nuestro mal?
Luis. Hermanos,
quiero adorar vuestro mal.
La boca y ojos pondré
en las llagas que mostráis,
pero importa que pongáis
de vuestra parte la fe.
Sobre tu rara virtud,
Dios mío, estas cosas fundo:
pues eres salud del mundo,
dales entera salud.

(*Hace la señal de la cruz.*)

Cojo. Padre, así como se saca
un clavo con otro clavo,
a mi fuego ardiente y bravo
el de tu oración le aplaca.
Beso la tierra do pones
el pie, de virtudes lleno.
Hom. ¿Y tú, hijo?
Niño. Ya estoy bueno,
padre, de los lamparones.

HOM. ¡Milagro, milagro es!
LUIS. Levantaos del suelo, hermanos.
COJO. Danos tus pies y tus manos.
LUIS. Dejad mis manos y pies.

(*Cuando se abajan a besarle los pies, el* COJO *finge cortarle un pedazo del hábito.*)

Dios sólo es el adorado,
que yo sólo un hombre soy,
y con esto, adiós, que estoy
de mis males fatigado.
Domine hic non parcas ut in [aeternum parcas.
NIÑO. Entróse el sol.
HOM. ¡Ay de mí!,
que su valor sin segundo,
si no le conoce el mundo,
es porque le tiene en sí.
COJO. El pájaro se me fué
y una pluma me dejó.
HOM. ¿Qué pluma?
COJO. ¿No veis que yo
del hábito le corté,
que desto jamás se escapa
el santo que está en el suelo?
HOM. Venturoso vos, que el cielo
os dió un jirón de su capa.
COJO. Porque deste bien se crea
que es cumplido el interés,
le falta una cosa.
HOM. ¿Y es?
COJO. Que comunicable sea.
Daros quiero un poco.
HOM. Hermano,
nunca desto se da poco.

(*Sale un* LOCO *y dos* HOMBRES *que huyen dél.*)

[H.] 1.º Guarda el loco.
[H.] 2.º Guarda el loco.
LOCO. ¡O[h], pueblo infame, villano!
COJO. Después podemos partir
esta prenda celestial.
LOCO. Huíd, que el río caudal
de madre quiere salir.
La gente a subir se anime
de valor y ánimo falta,
sobre la cima más alta
del álamo más sublime.
Huíd.
HOM. No daré una blanca
por mis ojos y narices.
LOCO. Huíd, que hasta las raíces
de los árboles arranca.
Ríese del dolor mío
con tan loco frenesí,
que por reirse de mí
dice que se llama río.
Pero éstos me han de pagar
su locura y desconcierto.

(*Dales.*)

[H.] 1.º ¿Estás herido?
[H.] 2.º Estoy muerto;
llévame luego a curar.
HOM. Furioso está.
COJO. Pone espanto.
LOCO. Quiero matar a estos dos
que aquí están.
HOM. ¡Válame Dios!
COJO. Ayúdeme el cielo santo.

(*Así como huye el* COJO *del* LOCO *le pone impensadamente el pedazo del hábito en la mano y vuelve en sí.*)

LOCO. Oye, hermano; escucha, ad-
[vierte;
¿quién deste modo me ha pues-
HOM. Notable cosa. [to?
LOCO. ¿Qués esto?
¿Quién me puso desta suerte?
¿Es quimera, es ilusión,
es locura, es desvarío?
Sacadme luego, Dios mío,
desta grande confusión.

(*Esto dice temblando.*)

Hermanos.
HOM. Según yo vi,
de reportado da muestras.
LOCO. Decidme, por vida vuestra,
si sabéis algo de mí.

COJO. Lo que decirte podremos
de tu furiosa dolencia
es que andabas por Valencia
como loco haciendo extremos.
Tras de mí fuiste corriendo
con un rigor tan extraño,
que este pedazo de paño
te dejé en la mano huyendo,
como el hombre que se escapa
de algún toro enbravecido.
LOCO. Y este paño ¿de qué ha sido?
COJO. De un pedazo de la capa
de un santo, cuya virtud
todos alabando están.
LOCO. ¿Cómo se llama?
COJO. Bertrán.
LOCO. Ese me dió la salud.
HOM. El mayor milagro ha sido
que el mundo ha visto jamás.
COJO. Vamos, hermano, y podrás
contar lo que ha sucedido,
siquiera para que des
muestra de un hidalgo pecho.
LOCO. Por la merced que me has hecho
voy a besalle los pies.
Iré haciendo mil pregones
de su nombre y fama eterna.
COJO. A mí me curó esta pierna.
NIÑO. Y a mí de los lamparones.
COJO. Vamos luego, hermano mío,
por las calles dando voces.
LOCO. [H]inchir los aires veloces,
de su alabanza confío,
que falto de sentimiento
imagino que seré,
si el juicio que cobré
no le pierdo de contento.

(*Vanse y salen dos* HOMBRES *que van huyendo del* Loco.)

[H.] 2.º No puedo.
[H.] 1.º ¿Cómo?
[H.] 2.º La vida
va dando casi tropiezos,
y sale el alma afligida
con los últimos bostezos
por la boca de la herida.
[H.] 1.º Junto de Predicadores
estás.
[H.] 2.º ¡O[h], bien celestial.
[H.] 1.º Razón será que mejores
tu esperanza, y que el umbral
de la portería adores,
que es donde las plantas pone
Bertrán, cuya gran virtud
es digna que se pregone.
[H.] 2.º A pedille la salud
mi corazón se dispone.
[H.] 1.º Llamarle quiero.
[H.] 2.º Su fama
en el mundo a penas cabe.

(*Toca la campanilla y sale el* PORTERO.)

[H.] 1.º Deo gracias, padre.
PORT. ¿A quién llama?
[H.] 1.º Al padre Bertrán.
PORT. ¿No sabe
como está enfermo en la cama,
y muy enfermo?
[H.] 2.º ¡Ay de mí,
muerto soy!
[H.] 1.º En Dios confía.

(*Sale* FRAY REGINALDO *con el rosario del Santo.*)

F. REG. ¿Es él el herido?
[H.] 2.º Sí.
F. REG. Ha de saber que me envía
el padre Bertrán aquí.
Revelóle Dios la herida
que de sí la tiene ajeno,
y aunque está ya de partida
para la gloria, es tan bueno,
que ruega a Dios por su vida;
que aunque para el cielo ad-
innumerables talentos, [quiere
con tanta cudicia muere
de llevar merecimientos,
que uno más llevarse quiere.
Mandóme que le pusiese
este rosario en la mano.
[H.] 2.º Gran bien.

F. Heg. Y que le dijese
que deste bien soberano
reconozca el interese.
Yo el [h]abérselo enviado
a grande amor lo atribuyo,
que este rosario sagrado,
por ser rosario y ser suyo,
muertos ha resucitado.
[H.] 2.º Padre, ¿yo mereceré
por su medio la salud?
F. Reg. Eso y más puede la fe.

(*Pónele el rosario al cuello.*)

[H.] 2.º ¡O[h], milagrosa virtud:
ya puedo tenerme en pie!

(*Levántase.*)

F. Reg. ¡Bien ha mostrado el profundo
amor que al prójimo tiene!
[H.] 2.º Milagro fué sin segundo.
[H.] 1.º Al fin, es santo.
[H.] 2.º Conviene
publicalle por el mundo.
Quiero otra vez adorar,
padre, estas cuentas divinas,
sólo por poder probar
que son rosas, pues espinas
las quieren acompañar.
Adorar quiero el rosario,
que es la espada fiera y brava
con que Bertrán de ordinario
solía, cuando rezaba,
dar la muerte a su contrario;
y así, pues con tanto ardid
ganó infinitos despojos
a su contrario en la lid,
pondré la boca en los ojos
desta honda de David.

(*Sale* fray Huberto.)

F. Hub. Padre Reginaldo, acuda,
que [h]ay grande mudanza en [todo:
nuestro padre está, sin duda,
casi muerto.
F. Reg. ¿De qué modo?
F. Hub. Está con la lengua muda.
F. Reg. ¿Y el pulso?
F. Hub. Algo sosegado.
F. Reg. Pues mientras dél no carece
no está de vida privado.
F. Hub. No está muerto, me parece
que está de sí enajenado.
Venga luego.
F. Reg. Adiós, señores.

(*Vase.*)

[H.] 1.º Dichoso fuiste en pasar
por junto a Predicadores.
[H.] 2.º Como es jardín, suele dar
sombras, hojas, frutos, flores.
[H.] 1.º Son sus frailes muy queridos.
[H.] 2.º No me espanto que haya tantos,
y que estén tan admitidos,
que es seminario de santos
y collegio de escogidos.
Por la merced recebida
gracias a Dios voy a dar.
[H.] 1.º Pues te curó de la herida,
¿con qué le piensas pagar?
[H.] 2.º Con la e[n]mienda de mi vida.

(*Vanse y sale un* Paje del Príncipe de Sabiaca.)

[P.] 1.º Por más que el hombre se afa-[na,
y sus cosas encamina
por senda segura y llana,
contra voluntad divina
no [h]ay contradición humana.
El Príncipe, mi señor,
va por el mundo a mostrar
su grandeza y su valor,
y el mundo le ha de faltar
de su edad en lo mejor.
Ya sin duda no está en sí.

(*Sale otro* Paje.)

[P.] 2.º ¡[H]ola!
[P.] 1.º ¿Qué [h]ay de nuevo?
[P.] 2.º ¿Viste
al Príncipe por aquí?
[P.] 1.º ¿No está en la cama?
[P.] 2.º No.
[P.] 1.º ¡Ay, triste,

si le dió algún frenesí!,
que si yo no le levanto,
no se mueve en todo el día.

[P.] 2.º De ver tal cosa me espanto; vamos.

[P.] 1.º No sé que diría
si no supiese que es santo.

(*Descúbrese una cortina y parece en la cama* San Luis, *y junto a él* fray Reginaldo *y* fray Huberto, *arrodillados.*)

F. Reg. Todos con amor profundo
desean tu vida aquí,
porque es un bien sin segundo.

Luis. Dios es mi vida, y así
la desea todo el mundo.
Nuestra vida temporal
está a la muerte rendida;
mas Dios es vida inmortal,
y así, desear esta vida
es deseo natural.

(*Suena la música y* Santo Domingo *y* San Vicente Ferrer *traen por el aire al* Príncipe de Sabiaca *con ropa de levantar y tocado de suerte que parezca que le arrebataron de la cama.*)

Prín. A tus pies, santo varón,
sin [h]aberte conocido
sino por revelación,
estos santos me han traido,
que mis abogados son.
Quiero adorarte y pedir
que por mí ruegues a Dios,
pues estoy para morir.

Luis. Príncipe amigo, los dos
podremos juntos partir.
Conmigo partir podéis,
aunque Dios, como en ser fuerte,
adelantado os habéis
tanto en la vida, en la muerte
quiere que os adelantéis.
Un día antes os invía
a llamar; partid triunfante
al reino de la alegría,
pues tendréis, por ir delante,
más que yo de gloria un día;
y aunque es mucho este favor,
que es doblado el mío enseño,
pues quiere dar el Señor
a un hombre que es tan pequeño
tan grande aposentador.
Todo lo debo a mis santos
Domingo y Vincente, a quien
consagro favores tantos.

(*Desaparece todo.*)

F. Reg. Todos se han ido.

F. Hub. Y también
las músicas y los cantos.

Luis. Cerrad, que la confusión
del pueblo que ha de venir
podrá causar turbación.

(*Sale el santo* fray Nicolás.)

F. Nic. La mitad se ha de morir
de mi proprio corazón,
¿y vivo yo en esta edad?
Mal nombre mi pecho adquiere,
que en ley de buena hermandad,
cuando una mitad se muere,
se muere la otra mitad.
Si acaso me dejarán
velle.

(*Sale* fray Huberto.)

F. Hub. Ya, padre, ha llegado
tarde.

F. Nic. ¿Cómo?

F. Hub. Ya Bertrán...

F. Nic. ¿Ya mi amigo me ha dejado?

F. Hub. Las campanas lo dirán.

(*Tocan las campanas.*)

F. Nic. Padre, en la muerte de un
que yo adoré y conocí, [santo
aunque me enternezco tanto,
formo un sentimiento en mí,
que no es tristeza ni es llanto;
que para que no disuene
la pena junto al consuelo,
tener invidia conviene;
a él, porque está en el cielo;
y el cielo, porque le tiene.

FRAY HUBERTO.

Bien se han visto señales, bien se han [visto
claras vislumbres de la gloria inmensa
que el cielo santo le apercibe y guarda.

FRAY NICOLÁS.

¿De qué manera?

FRAY HUBERTO.

Cuando el punto vino
que el alma santa, de virtudes llena,
salió del cuerpo de Bertrán dichoso,
vieron los que allí estaban, que eran mu- [chos,
una divina luz resplandeciente
que por la celda repartió sus rayos,
como cuando un relámpago sin trueno,
de la región del aire despedido,
por un pequeño limitado punto
suele volver en día alegre y claro
la noche oscura, tenebrosa y triste;
y aquel divino cuerpo venturoso
que unido con el alma, estaba lleno
de enfermedades, males y miserias,
quedó tan puro, claro y transparente
como la blanca plateada luna,
que pasado el eclipse temeroso
su bella faz enseña a los mortales;
y cuádrale muy bien esta metáfora,
porque toda su vida fué un eclipsi,
pues su divino sol, que fué su alma,
como la tierra estaba de por medio,
digo la tierra, nuestra humana vida,
que así se llama porque pesa tanto,
no le comunicaba su luz pura,
y así no es maravilla que se muestre
con el notable resplandor que digo.

FRAY NICOLÁS.

¡Grandes cosas, por cierto!

FRAY HUBERTO.

Fueron tantas,
padre, las que se han visto, que parecen
la mayor parte dellas imposibles.
Como el [h]aber venido a visitalle
desde Torrente, donde estaba enfermo,
el Príncipe famoso de Sabiaca,
que se llama don Pedro Cernovichio,
a quien Santo Domingo y San Vincente
arrebataron de su cama propria
con tan grande presteza, que se ha visto
faltar allá y estar aquí en un punto.

(*Dan voces.*)

PUEBLO.

Abran las puertas, que se ahoga el [pueblo.

FRAY NICOLÁS.

¿Qué es aquello?

FRAY HUBERTO.

La gente alborotada,
que muere por besar los pies al Santo.

FRAY NICOLÁS.

Vamos, haré una plática a la gente
para que se mitigue.

FRAY HUBERTO.

Vamos, padre.

(*Vanse, y salen dos* ALABARDEROS.)

[ALABARDERO] 1.º

Rendido estoy.

[ALABARDERO] 2.º

¿Qué dices?

[ALABARDERO] 1.º

Que siquiera
no quede en la ciudad grande ni chico
que no entre en el convento.

[ALABARDERO] 2.º

¿De qué sirve
poner alabarderos a las puertas,
si la iglesia, los claustros, las capillas,
huertas, enfermerías, dormitorios
y las devotas celdas de los frailes
están llenas de Condes, de Marqueses,
de varones illustres, de plebeyos,
y de padres también de la república,
que con igual tristeza y alegría

concurren a besar los pies dichosos
deste santo varón?

[ALABARDERO] 2.º

Jamás he visto
venir el pueblo con fervor tan grande.

[ALABARDERO] 1.º

Toda la plaza está cuajada de hombres,
tan llenos de alboroto, que parece
que acá y allá se mueven y fluctúan,
como del mar las plateadas ondas,
y a la vez que rompiendo su corriente
por una de las puertas entra el pueblo,
tan ciegos van, que pisan y atropellan
las puntas penetrantes, relucientes,
de nuestras alabardas afiladas.

[ALABARDERO] 2.º

Extraña devoción.

[ALABARDERO] 1.º

Yo soy testigo
de cómo se llevó el cuerpo del santo
desde la enfermería hasta la iglesia.

[ALABARDERO] 2.º

¿Quién le llevaba?

[ALABARDERO] 1.º

Príncipes.

[ALABARDERO] 2.º

¿Quién eran?

[ALABARDERO] 1.º

Con el grande alboroto sólo pude
ver al comendador don Juan de Borja,
que es hijo del Maestre de Montesa;
y al Duque de Veraguas, almirante
de la corona de Aragón famosa,
con otros infinitos caballeros.

[ALABARDERO] 2.º

¿Ha sucedido alguna cosa?

[ALABARDERO] 1.º

Muchas.

[ALABARDERO] 2.º

Decid alguna.

[ALABARDERO] 1.º

No, que sale el padre
fray Nicolás.

[ALABARDERO] 2.º

¿Qué quiere?

[ALABARDERO] 1.º

Según pienso,
hacer quiere un sermón de las grandezas
deste santo varón.

[ALABARDERO] 2.º

La mucha gente
prueba lo que decís.

[ALABARDERO] 1.º

Muchos asoman;
tomemos el lugar que todos toman.

(*Sale el* PADRE FRAY NICOLÁS *y toda la más gente que pudiere, y predica.*)

FRAY NICOLÁS.

De fuego envuelto en una y otra nube,
más claro y más ligero que un cometa,
un carro ardiente por los aires sube;
rígele el santo Elías, un profeta
que por tener de amor tantos despojos,
el fuego le obedece y le respeta.
Cuatro caballos encendidos, rojos,
le tiran, despidiendo llamas puras
por bocas, por narices y por ojos;
y aun con las relucientes herraduras
engendran en el aire más centellas
que cuando hieren en las piedras duras.
No por verse de luces claras, bellas,
cercado al derredor, se olvida el Santo
de escuchar de los hombres las querellas,
antes, le ablandan y enternecen tanto,
que del carro de fuego en que subía
deja caer el milagroso manto;
no de otra suerte, hermanos, nos invía
el manto de su cuerpo soberano,
el día de su triunfo y alegría,
Bertrán, que como Elías sube ufano
a gozar de un lugar que en todo excede
al alto, eterno, pensamiento humano.

Su cuerpo es bien que entre nosotros
[quede
con la triunfante merecida palma
que ya el cuerpo devoto le concede,
y aunque por ser de tierra queda en
[calma,
Dios nos deja este cuerpo venturoso
porque para nosotros sirva de alma;
pues como vaso de licor precioso,
aunque de su licor está vacío,
queda por todas partes oloroso;
mas ya es razón que el pensamiento
[mío
del cielo suba al más sublime asiento,
desde el bajo lugar donde le crío;
y allí, libre de pena y de tormento,
¡o[h], mi Bertrán!, con ojos penetrantes
contemple tu alegría y tu contento.
Ya veo que los ángeles triunfantes,
en tu subida, encogen y retiran
sus alas voladoras resonantes.
Todos salen de sí, todos se admiran
de ver que subes al lugar felice,
donde muy pocos a subir aspiran.
No es mucho, pues, que el cielo te
[autorice,
si el justo, el santo, el poderoso, el alto,
"ascende super Cherubin", te dice.
Así subes, Bertrán, de temor falto,
de la muerte a la vida! ¡O[h], grande
[gloria!
¡De la tierra hasta el cielo! ¡O[h], gran-
[de salto!
¡De ignorar a saber! ¡O[h], gran me-
[moria!
¡De lo que es nada al todo! ¡O[h], gran
[riqueza!
¡Del cautiverio al triunfo! ¡O[h], gran
[vitoria!
[H]oy te contemplo en la mayor al-
[teza
que puede imaginar, no solamente
nuestra flaca mortal naturaleza,
pero esa noble cortesana gente
que en Dios adora con eterno canto
la inmensa majestad omnipotente.

Ya, mi amigo Luis, como eres santo,
estás risueño, alegre, hermoso, afable,
ajeno de pesar, libre de llanto.
¿Dó está la vida triste, lamentable,
que con tanto dolor, pena y sollozo
pasabas en el mundo miserable?
Ya todo se acabó, ya todo es gozo,
y todo se ha trocado con la muerte
en nuevo regocijo y alborozo.
Quiero de nuevo contemplar tu suerte,
y reparar, amigo, muy de espacio
en la honra que el cielo quiso hacerte;
la silla quiero ver que en su palacio
la sabia mano del Criador te labra,
del rubí, del diamante, del topacio;
mas pues conviene que los ojos abra,
agora que me acuerdo de tu gloria,
acuérdate, Bertrán, de tu palabra,
y aunque estás en el cielo, ten memo-
[ria
que un día me dijiste que la palma
de tu triunfante celestial vitoria
la [h]abía yo de ver en cuerpo y alma.

(Elévase y descúbrese un trono cubierto de serafines, y en él San Luis *con el hábito lleno de estrellas y un Cristo en una mano y un cáliz en la otra.)*

[Alabardero] 1.º
Sin duda está elevado.

[Alabardero] 2.º
Cosa extraña.

[Alabardero] 3.º
Yo le he visto mil veces desta suerte.

[Alabardero] 1.º
¡O[h], dichoso varón, que con el alma
por el cielo estrellado te paseas;
donde como otro Pablo arrebatado,
gustas de sus regalos y favores.

[Alabardero] 2.º
¿Qué será bien hacer?

[Alabardero] 3.º
Que nos llevemos

el cuerpo deste Santo y le pongamos
en una celda.

[ALABARDERO] 1.º

Bien has dicho, vamos.

(*Sale la* FAMA.)

FAMA. Estas son, Valencia insigne,
de Bertrán la vida y muerte,
que en la memoria del tiempo
quedar eternas merecen;
yo, para que se publiquen,
quiero que mi trompa suene
desde el Norte al Mediodía,
desde Levante a Poniente.
Del Pontífice Romano
a los pies voy a ponerme,
porque de canonizalle
antes de mucho se acuerde.
Tú, pues eres tan felice,
ciudad famosa, bien puedes
coronar tu frente altiva
con verdinegros laureles,
que yo, como tu devota,
adorar prometo siempre
tus anchas plazas, tus calles,
tus balcones, tus paredes,
tus altos muros, tus huertas,
tus torres, tus chapiteles,
de tu río los cristales,
los mármoles de tus puentes,
tu santidad, tus costumbres,
tus estatutos, tus leyes,
que a quien es madre de santos,
esto y mucho más se debe.

FIN DE LA COMEDIA.

FAMOSA COMEDIA

DE

LA VENGANZA HONROSA

POR

GASPAR AGUILAR

Secretario del duque de Gandía,

POETA VALENCIANO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Astolfo.	*Tres* Pobres.	*Dos* Albañiles.
Ricardo.	Otavio.	Soldados.
Un Criado *de* Astolfo.	Horacio.	Verdugo.
Norandino.	Claudio.	*Un* Criado *de* Norandino.
Porcia.	Tulio.	*Gente.*
Duque de Mantua.	*El* Gobernador.	*Un* Soldado.
Fabricio.	*Un* Escribano.	*Un* Portero.
Mayordomo.	Emilia.	

LOA FAMOSA DE LA LENGUA

El retintín de las aves
resonaba por los montes,
y con las arpadas lenguas
formaban sonoras voces;
meneábanse las plantas,
a cuyos ramos y flores,
con la venida del día,
volvió su color la noche,
y al agradable ruído
de selvas, valles y montes,
despertó mi pensamiento,
y en despertando, llamóme.
Como es mío, respondíle,
y reconociendo entonces
las maravillas del cielo,
a mirarlas obligóme;
con admiración mirélas,
y vi que entre las mayores
es admirable la lengua
en aves, fie[r]as y hombres.
Levántase el pajarillo
lleno de celos y amores,
y a su enamorada dulce
manifiesta sus pasiones;
grandes ternezas le dice,
y aficionado la rompe

su amante a poder de quejas,
el aire dando mil voces,
y como el mal que se llora
es notorio que se apoque,
llora el ruiseñor sus celos,
y con llorar alivióse.
Brama el león viendo ausente
su bruta prenda del monte,
y buscándola, rodea
laureles, palmas y robles,
y la amorosa leona,
que de donde está le oye,
por la voz brava le busca,
y juntos se reconocen.
Pasa lozano el caballo,
leal sirviente del hombre,
tan ligero en la carrera,
que apenas las yerbas rompe,
y pasándola mil veces,
con un relincho responde
al dueño que le pasea,
que no se cansa aunque corre.
Pero dejando estas cosas,
y viniendo a las mayores,
que bien la naturaleza
nos da la lengua conforme,
pide Salomón al cielo
ciencia infusa; el cielo oyóle,
y acudiendo a sus deseos,
de prudencia enriquecióle,
y para hacerse famoso
de la lengua aprovechóse,
sólo pidiendo un puñal
para dividir un hombre.
Enferma el rey Ezequías,
y cuando no le socorren
las humanas medicinas,
a la fiel lenguna se acoge;
pídele a Dios nueva vida,
y Dios, que es piadoso, oyóle,
y quince años le concede;
que a no hablar, muriera entonces.
Peca David contra el cielo,
pero luego reconoce
la gravedad de su culpa,
y sus vestiduras rompe;
dase David la sentencia,
y temiendo el cruel azote
de la lengua se aprovecha,
y el *miserere* compone.
Sale de Canam gritando
una mujercilla pobre
pidiendo a Cristo remedio,
pero Cristo no le oye.
El huye y ella porfía.
El despide, ella responde,
y viéndose importunado,
en sus entrañas la acoge.
Llega la Samaritana,
que sólo el vicio conoce,
y en el pozo de Jacob
halla sentado a Dios-Hombre;
pasan entre Dios y ella
muchas y graves razones,
y al fin la lengua desata
y hablando ella remedióse;
cúrala Dios, ella sana,
y predicando sermones
en graves púlpitos, vence
famosos predicadores.
Llora enfermo en la piscina,
tendido en su lecho, un hombre
mientras treinta y ocho veces
dió vuelta el sol por el orbe;
llega el encarnado Verbo,
miróle y compadecióse;
pregunta: "¿Quieres ser sano?"
Y él replica: "No tengo hombre."
Arenga fué poderosa,
aunque con breves razones,
por quien en virtud de Cristo
con su lecho a cuestas corre.
Baja a Nazarén el ángel,
y en el retraimiento entróse
de la soberana Virgen,
a quien Dios por madre escoge;
hace humilde reverencia,
dióle su embajada, oyóle,
alega su integridad
ella, y él refiere el orden;
mueve la Virgen la lengua,
estando suspenso entonces

el grave negocio nuestro,
y hablando ella, efetuóse.
¿Qué mayores alabanzas,
qué privilegios mayores
podré decir de la lengua,
tiniéndola yo tan torpe?
Por ella se comunican
los humanos corazones,
revélanse los secretos
que en las entrañas se absconden;
por ella en cátedras (1) leen
quién es Dios, su ser y nombre,
y todos sus atributos
se rastrean y conocen;
por ella se canta misa,
y por ella en fascitores
oye el Hacedor del cielo
alabanzas y loores;
por ella en estos teatros
os recitamos conformes
famosos y heroicos hechos
de celebrados varones;
canta el pájaro sus celos,
dice el león sus amores,
su lozanía el caballo,
relinchando cuando corre;
Salomón pide prudencia,
canta David y compone;
alcanza vida Ezequías,
pues él habla y Dios le oye;
remedia la Cananea
su hija, enferma hasta entonces;
goza la Samaritana
en fruto de sus razones;
sana el hombre en la piscina
con decir: "No tengo hombre,"
y con un *fiat* la Virgen
nuestra enemistad compone.
Efetos son de la lengua;
y pues Dios la hizo tan noble,
¿por qué ha de esperarse della
infames murmuraciones,
y más en un auditorio
donde en círculo nos oyen
tanta discreción humana
y tantos claros varones?
No quiero pedir silencio,
pues pedirle es cosa torpe;
que quien ha venido a oírnos
será razón que nos honre;
sólo perdón de las faltas
pediré se nos otorgue,
y granjearéis voluntades
para servicios mayores.

(1) En el texto: *catrodas*.

ACTO PRIMERO

(*Sale* ASTOLFO, *duque, y* RICARDO, *galán.*)

ASTOL. Déjame morir.
RICAR. Señor,
¿cómo vienes de esa suerte?
ASTOL. Traigo, Ricardo, un dolor,
el mayor del mundo.
RICAR. ¿Es muerte?
ASTOL. Mayor.
RICAR. ¿Es rabia?
ASTOL. Mayor.
RICAR. ¿Es ira?
ASTOL. Mayor.
RICAR. ¿Es fuego?
ASTOL. Mayor.
RICAR. ¿Es celosa furia?
ASTOL. Mayor.
RICAR. ¿Es desasosiego?
ASTOL. Mayor.
RICAR. ¿Es alguna injuria
del tirano niño ciego?
ASTOL. Mayor mal que ese recibo.
RICAR. ¿Cuál es el que te atropella?
ASTOL. Es el menosprecio esquivo
de aquella ingrata, de aquella
por quien muero y por quien vi-
[vo;
de aquella que se ha casado
con el Duque de Milán,
por quien a mí me ha dejado,
después que en ser su galán
toda mi vida he gastado;
de aquella que cera fué

cuando [h]abía de ser piedra;
de aquella que imaginé
que coronara con [h]iedra
las murallas de mi fe,
y en fin, aquella a quien di
lo que me ha quitado el cielo.

RICAR. Si le recibes de mí,
quiero darte algún consuelo.

ASTOL. ¿Tienes dama?

RICAR. Señor, sí,

ASTOL. ¿Menospreció tu valor?
¿Casóse tu dama ingrata,
por ventura?

RICAR. No, señor;
que en la que puse mi amor
con más recato me trata.

ASTOL. Deja, pues, de dar, infiel,
ese consejo mortal;
que en cierto modo es cruel
el que consuela de un mal
que no ha pasado por él;
deja esa vana locura,
por quien me deshago en llanto,
y no consolar procura
menosprecios hasta tanto
que gustes de su amargura;
deja que muera, y permite
que mi alma morir pueda
sin que nadie se lo quite,
y al gusano de la seda
muriendo encerrado imite.
Tendrá el alma, que no es mía,
sepulcro en el pecho mío,
donde el invierno es estío,
y donde siempre se cría
[h]ielo ardiente y fuego frío.

RICAR. Escucha.

ASTOL. Inconsiderado,
pues tu amistad es dañosa,
déjame con mi cuidado;
será la postrera cosa
que en el mundo me ha dejado;
que ya todo me dejó,
y aun la gracia que perdí
tanto de mí se apartó,
que ya no [h]ay cosa de mí
más apartada que yo.
Mas di, ¿por qué liviandad
me haces venir encubierto,
estando yo en mi ciudad,
como la nave en el puerto
pasada la tempestad,
pues me escribistes que luego
a Mantua viene?

RICAR. Al fin
estás de cólera ciego,
que como el amor es fuego,
el amante es polvorín.
Yo te perdono, señor,
el rigor áspero y fiero,
y por templar tu calor,
quiero decirte primero
que Porcia te tiene amor.

ASTOL. ¿Porcia?

RICAR. Sí.

ASTOL. ¿Qué dices?

RICAR. Digo
que te quiere más que a sí,
aunque está casada.

ASTOL. Amigo,
si de lo que dije aquí
me quieres dar el castigo,
no ha de ser tan riguroso.

RICAR. Digo que te quiere bien,
y que no quiere a su esposo
por pesado y por celoso,
y por marido también,
tanto que queda eclipsado
su bello sol sin segundo,
pues después que se ha casado
contra su gusto, ha dejado
de amanecer en el mundo;
y esta falta de alegría
que en su rostro conocí,
ella me lo dijo un día
que en su palacio la vi,
por tu ventura y la mía.
Dijo que en su casamiento
su padre quiso hacer tiro
a su altivo pensamiento,
y después de algún suspiro,
que se lo llevaba el viento,

me dijo que te escribiese
de su parte y el pasado
tormento te agradeciese,
y que perdón del pecado
que no ha hecho te pidiese,
y que, como pobre, a vella
vinieses a este lugar,
porque desta suerte hablar
te podría mejor, pues ella
la limosna te ha de dar.

ASTOL. Ten luego esa lengua muda
y la lengua encubre y calla,
pues viene tan en mi ayuda,
que para poder gozalla
la habré de poner en duda;
que aunque esta nueva me en-
el amor por mi provecho, [vía
es tal la tristeza mía,
que habré de hacer en mi pecho
lugar para el alegría.
Dame un abrazo al momento;
que pues, como hombre infelice,
no abrazo, alegre y contento,
las palabras, que son viento,
abrazaré a quien las dice.

RICAR. Brazos son estos que, atados,
de esclavos te servirán.

ASTOL. Posible es que mis criados
fenezcan?

RICAR. Antes están
fenecidos y acabados,
pues la Duquesa te adora.

ASTOL. No puede ser.

RICAR. Bueno es eso
para quien por verte llora.

ASTOL. De contento pierdo el seso.

RICAR. Tú lo cobrarás agora;
que tengo en cierto lugar
un criado que con priesa
nos vendrá luego a llamar,
en viendo que la Duquesa
la limosna sale a dar;
porque yendo disfrazado
de la manera que digo,
podrás ver de tu cuidado
el merecimiento.

ASTOL. Amigo,
siéntome tan obligado,
que quisiera, porque hallara
tu servicio sin segundo
galardón que le igualara,
ser señor de todo el mundo,
como lo soy de Ferrara;
mas dello y de mí dispón
a tu gusto y tu provecho.

RICAR. Aunque ningún galardón
merece el hombre que ha hecho
lo que tiene obligación,
te pido...

ASTOL. No es menester
que en pedirme te comidas,
que aunque grande puede ser,
primero que me la pidas
te la puedes ofrecer.

RICAR. Pues a tu hermana, señor,
te demando por esposa,
porque sólo por su amor
te sirvo.

ASTOL. Di, ¿Porcia hermosa
me promete algún favor?
Aunque no somos iguales,
haré que a mi hermana cobres
por remedio de tus males.

(*Sale un* CRIADO *de* ASTOLFO.)

CRIAD. ¿Señor?

ASTOL. ¿Qué quieres?

CRIAD. Que de pobres
están llenos los umbrales,
y Porcia quiere salir
a darles la caridad.

ASTOL. ¿Qué dices?

RICAR. ¿Qué ha de decir,
sino que con brevedad
te vayas luego a vestir?
Y por lo que me has mandado
me des los pies.

ASTOL. ¡Caro amigo!
Dame un abrazo apretado,
y vamos, que yo me obligo
a salir disimulado.

RICAR. Con pobres puedes hacer

que el bien que perdiste cobres.
ASTOL. A mí me quiere traer
a tal estado, que pobres
me vengan a enriquecer.

(*Vanse. Sale un* POBRE.)

POB. 1.º No [h]ay quien la costumbre [ordene
deste mundo fiero, inicuo,
pues tanta sinrazón tiene,
que el rico viene a más rico
y el pobre a más pobre viene.
Los dos la carga pesada
del vivir llevan de un modo,
pero es con suerte trocada,
que el pobre lo lleva todo
y el rico no lleva nada.

(*Sale otro* POBRE.)

POB. 2.º Por no pedir voy muriendo
con tan miserable fin,
porque si el andar pidiendo
y recibiendo es tan ruin,
¿qué será no recibiendo?
Yo me quiero aventurar
a pedir a la Duquesa,
que suele en este lugar
dar limosna.

(*Sale el tercer* POBRE.)

POB. 3.º Ya me pesa.
de venir a demandar
a quien durmiéndose está
y a dar limosna no sale,
porque yo la compro ya
con la tardanza, que vale
más que lo que ella me da.
Valga el diablo la mujer
y a su poca diligencia.
POB. 1.º Más paciencia es menester.
POB. 3.º Tan pobre estoy, que aun pa-
no sé si puedo tener. [ciencia
POB. 2.º Pues sois pobre, sed paciente
con las mujeres.
POB. 3.º Apenas
puedo ver tan mala gente;
que muchas dellas son buenas
por vanidad solamente.
¿Quién la mete esa mujer
en dar limosna?
POB. 1.º En la cumbre
por eso la han de poner.
POB. 2.º Lo más cierto es que costumbre
desta tierra suele ser.
POB. 3.º Yo la llamo vanidad
dar limosna de su mano.
POB. 1.º Ruido siento, escuchad.

(*Sale un* SOLDADO *a pedir limosna.*)

SOLD. ¿Pobre me llamáis, villano?
Mentís y decís verdad.
POB. 1.º Amigo, ¿con quién reñís?
SOLD. ¿Yo? Con nadie.
POB. 1.º No me agrada
el color con que venís.
¿Qué ha sido?
SOLD. He dicho un mentís.
POB. 2.º Como quien no dice nada.
POB. 3.º ¿Por qué ha sido?
SOLD. No os asombre;
díjome uno por afrenta
pobre.
POB. 1.º ¿Posible es que un hombre
a otro, cual vos, desmienta
porque le llame su nombre?
Cierto, no tenéis razón.
SOLD. Antes sí.
POB. 1.º ¿Cómo?
SOLD. Escuchá:
El de humilde condición,
por no ser pobre, será
traidor, infame y ladrón,
y aunque pobreza le sobre
y a su infamia ponga el sello,
no es bien que este nombre co- [bre,
que es llamarle todo aquello
que será por no ser pobre.
POB. 1.º Bien ha dicho.
POB. 2.º Bien, por cierto.
POB. 3.º Digo que sabe infinito.

(*Sale* ASTOLFO, *de pobre.*)

ASTOL. No sé si vengo encubierto;
a las obras me remito.
POB. 3.º Mucho sabéis.
SOLD. Más que un muerto.

(*Sale* PORCIA *y un* MAYORDOMO.)

PORC. No [h]ay más.
MAYOR. En tu pecho fiel
está el amor tan profundo,
que no los [h]abrá (1) en el [mundo
mientras tú vivas en él.
PORC. [H]ay pobres de corazón.
MAYOR. Pobres de espíritu vienen
algunos.
PORC. Tenéis razón;
como espíritu no tienen,
pobres de espíritu son;
pero si a mi pecho fiel
engañarle amor no quiso.
Astolfo parece aquél;
prevenir quiero el aviso
y disimular con él.
ASTOL. Ya los ojos soberanos
de Porcia dan esperanza
de próspero fin.
PORC. Hermanos,
perdonadme la tardanza.
POB. 1.º Danos, señora, las manos.
PORC. Yo sé que algunas querellas
se han hecho contra mi gusto
POB. 2.º Danos esas manos bellas.
PORC. Las manos no será justo,
sino lo que traigo en ellas.
Vos, que sois de más edad,
tomad limosna primero,
que vuestra necesidad
me parece mucha.
POB. 1.º Muero
de una grave enfermedad,
que, con la vejez unida,
es la enfermedad de muerte.
PORC. Con eso cobraréis vida.
POB. 1.º Y vos de la misma suerte.

(1) En el texto: *lo sabrá.*

POB. 2.º Fortuna de mí se olvida.
PORC. ¿Qué tenéis?
POB. 2.º ¿Qué he de tener?
¿No basta tener muriendo
en mi casa una mujer
con seis hijos, que pidiendo
me están siempre de comer?
PORC. No [h]ay desventura mayor;
tomad.
POB. 2.º Tu mano bendigo.
PORC. Tú, ¿qué tienes?
POB. 3.º Un dolor.
PORC. ¿Cómo te llamas, amigo?
POB. 3.º Yo, señora, el Contador.
PORC. ¿Es nombre que en el bau-
[tismo
dieron en tu edad tierna?
POB. 3.º Antes le tomo yo mismo,
porque, cruzando esta pierna,
hago un cuatro de guarismo.
PORC. Cierto el hombre es singular,
yo quiero darte dinero
porque tengas que gastar.
POB. 3.º En tus alabanzas quiero,
señora, el nombre ocupar.
PORC. Vos, ¿quién sois?
SOLD. Soy un soldado,
por mala paga perdido.
PORC. Según venís desgarrado,
cierto que habéis parecido
más rompido que soldado.
Mas tomad, y la esperanza
no perdáis.
SOLD. Bien merecéis
por todo el mundo alabanza.
PORC. Vos ¿qué pedís?
ASTOL. Que me deis
de limosna una venganza.
PORC. ¿No sois pobre?
ASTOL. No me aplico
a que tal renombre cobre;
la merced dicha suplico.
PORC. Pues ¿qué sois?
ASTOL. He sido rico,
que es mayor mal que ser pobre.
PORC. ¿Rico [h]abéis sido?

ASTOL. No fundo
la riqueza en poseella,
pues tuvo mi amor profundo
en más su esperanza della
que la posesión del mundo.
PORC. ¿Y es muy grande ese caudal?
ASTOL. Demás de ser grande y bello,
es un bulto de cristal,
con oro en vez de cabello,
y en vez de boca, coral.
Por mejillas tiene ardientes
rubíes, esmeraldas ricas
por ojos resplandecientes,
y perlas menudas chicas
por chicos menudos dientes.
PORC. ¿Será de mucho valor
para la ventura mía?
ASTOL. Eso ha sido lo peor.
PORC. ¿Por qué?
ASTOL. Porque merecía
otro sujeto mayor.
Con todo, su dueño ha sido
quien su luz hermosa y bella
puso en tinieblas de olvido;
quien la tiene en menos quella,
y en dársela se ha tenido;
quien perturbó su alegría
y de todos cuantos son
quien menos la merecía,
aunque por esta ocasión
también pudiera ser mía.
MAYOR. En mi vida he visto hablar
pobre con más buena prosa.
PORC. Bien os podéis reposar,
que sola la vida es cosa
que no se puede cobrar;
mirad si yo puedo hacer
que se os vuelva.
ASTOL. Es excusado;
porque el que me la quitó
podrá volverme, mas no
el [h]abérmela (1) quitado.
Esta pérdida que siento
me hace loco, y deste mal
me huelgo, porque es señal
que tenía entendimiento
cuando perdí este caudal;
y así, el dolor es de verte,
que el alma no le resiste
con ser tan sabia y tan fuerte.
PORC. Luego ¿no [h]ay remedio?
ASTOL. ¡Ay, triste!,
mi remedio está en la muerte.
PORC. Pues tomad aqueste real
envuelto en este papel,
que si no le empleáis mal,
yo sé, amigo, que con él
cobraréis vuestro caudal.
ASTOL. Con aquesto me ponéis
una cadena en el cuello,
pues darme un mundo queréis,
dándome, señora, aquello
que en vuestra mano tenéis;
que lo que aqueste real tiene
a ninguno [h]ay que no asom-
[bre;
y así, el nombre le conviene
de real, pues toma el nombre
del lugar de adonde viene.
PORC. Al doble daros quisiera.
MAYOR. Siempre les darás al doble,
si les das desa manera.
POB. 1.º ¡Qué afable mujer!
POB. 2.º ¡Qué noble!
POB. 3.º ¡Qué honrada!
SOLD. ¡Qué limosnera!
MAYOR. En casa te esperarán,
y [h]abrá por tu causa enojos,
aunque estás en el zaguán.
PORC. Pues vamos luego.
MAYOR. Los ojos
tras los pobres se le van.

(*Vase* PORCIA *y el* MAYORDOMO.)

POB. 1.º Ya se ha ido; yo me voy.

(*Vase.*)

POB. 2.º Yo también.

(*Vase.*)

(1) En el texto: *auermelo.*

POB. 3.º Yo quiero hacer
otras estaciones hoy.

(*Vase.*)

SOLD. Mañana me pienso ver
en el lugar donde estoy.

(*Vase.*)

ASTOL. Pues la limosna que adoro
he venido a descubrir,
quiero, con mucho decoro,
ser Colón en descubrir
las Indias de mi tesoro,
por poder ver el quilate,
tan levantado y subido,
que mis desdichas abate,
de aqueste real, que ha sido
el precio de mi rescate,
y conocer el valor
de aquella que dar le agrada
a un pobre merecedor,
de la corona de amor
la limosna coronada.

(*Desenvuelve el real.*)

Mas, triste, ¿por qué me afa-
que este sin duda es billete; [no?
y billete de su mano,
claro está que me promete
algún favor de su mano.

(*Carta.*)

"Pues no se pueden remediar, Astolfo,
"las quejas que haces de mi casamiento,
"ni las que yo hago de ti, de la condi-
"ción del marido que contra mi gusto he
"tomado, sino en cerrar los ojos a mi
"honra y ausentarme de su poder; y por
"tanto, te suplico que al mismo punto
"que le veas salir a caza, como suele
"de ordinario, estés apercebido de ca-
"ballos, y me esperes a la puerta del jar-
"dín, por donde pienso irme, y gozar
"en tu compañía esta vida de mis tier-
"nos años, ofrecida a tu gusto.—*Porcia.*"

¿Dónde está de la memoria
la bien fundada querella?
Pero ya es cosa notoria
que para alcanzar la gloria
importa el no merecella.
Y esto en mí se cumple, pues
todo este mundo que veo,
menos en ley de interés
de lo que deseo es,
y alcanzo más que deseo.
¿Quién vió en el mundo jamás
tan milagroso suceso?

(*Sale* RICARDO.)

RICAR. ¡O[h], mi señor! ¿Acá estás?
ASTOL. Sí. ¿Qué tienes?
RICAR. Sin aqueso,
tengo todo lo demás.

(*Dale el billete.*)

¿Cómo? ¿Qué te ha sucedido?
ASTOL. Que la causa de mis males
mil bienes me [h]a prometido.
RICAR. ¿Cómo ansí?
ASTOL. Mientras me vales
te contaré lo que ha sido.
RICAR. Si yo te puedo ayudar,
mándame.
ASTOL. Ansí lo confío.
RICAR. Bien lo puedes confiar.
ASTOLF. Vamos, que te quiero dar
parte del contento mío;
que pues me causó contento
el contento con quien lucho,
quiero sangrarme al momento
de la vena del contento,
no me ahogue por ser mucho.

(*Vanse, y salen* NORANDINO *y un* CRIADO.)

NORAN. ¿Dónde está?
CRIAD. Debe de hacer
limosna.
NORAN. No [h]ay quien entienda
el gusto desta mujer,
pues a costa de mi hacienda
da limosna.
CRIAD. Has de saber

que ella no se toma nada.

NORAN. Más errada en eso va;
porque la limosna honrada,
para ser bien ordenada,
comienza por quien la da;
y ansí, la fuera mejor
que la diera a su ventura,
no linaje, no valor,
no riqueza, no hermosura,
sino solamente amor;
que esto para mí la infama,
porque es negocio increíble
pensar que sin muestras ama:
que amor sin muestras es llama
sin humo, que es imposible.
Y este daño que sospecho,
aunque dél no me asiguro,
se le trasluce en el pecho;
que pues es claro y es duro,
de mármol sin duda es hecho.
Por eso es justo que calle,
como afrentado y corrido;
que la mujer de buen talle
que no quiere a su marido
está cerca de afrentalle.

CRIAD. ¿Qué dices, señor?

NORAN. Que tiene
el pecho más que de cera
con los pobres.

CRIAD. Ella viene
hecha una gran limosnera,
con la caridad que tiene.

(*Sale* PORCIA.)

NORAN. ¡Porcia mía!

PORC. Ya me enfada (*Ap.*)
tu vista.

NORAN. ¿De dónde vienes?
Di, ¿de quien eres amada
vas huyendo?

PORC. Aquí me tienes,
como no me digas nada.

NORAN. Yo soy contento; mas di:
¿de dónde vienes agora?

PORC. De los pobres, a quien di
lo que tú sabes.

NORAN. Señora,
no lo creo.

PORC. ¿Cómo así?
¿Por mentirosa me tienes?

NORAN. Bien es que este nombre cobres,
que ya las obras mantienes;
que no puedes de los pobres
venir, pues de mí no vienes;
porque yo soy el mayor
y el que tiene menos brío,
pues indigno de tu amor,
soy Tántalo del favor
que no alcanzo, siendo mío.

PORC. Jamás mi pecho se olvida
de los pobres, pues los quiero
con amistad tan crecida,
que hoy he dado a un forastero
con la limosna la vida.

NORAN. ¿Forastero?

PORC. Y tan honrado,
que sin duda es principal.

NORAN. Pues sepamos qué le has dado.

PORC. Como le he dado un real
quisiera darle un ducado;
porque es, señor, de manera
la nobleza que en él vi,
que sin duda se la diera
y te la quitara a ti,
si quitártela pudiera.

NORAN. Un ducado y mil, señora,
de mi hacienda puedes dar
a cualquiera, y dispensar
del corazón que te adora.

PORC. Con esto me quiero entrar.

NORAN. Di, ¿por qué te quieres ir,
y tu sol hermoso y bello
de mis ojos despedir?

PORC. Porque me dijiste aquello
que ofreciste no decir.

NORAN. ¿Qué dije?

PORC. 'Ternezas tantas,
que me das melancolía.

NORAN. ¡Ah, Porcia Porcia!; querría
que esas nubes que levantas
no eclipsasen mi alegría;
pero entiende que, a pesar

del olvido, con quien luchas,
podrás en este lugar,
pues mis ternezas no escuchas,
tus durezas escuchar.
Bien sabes, Porcia, que he sido
quien tu mala condición
como galán he sufrido,
tanto, que en esta ocasión
las sufro como marido.
Tú, siendo mujer, también
como dama tienes furia;
pero en no quererme bien,
siendo dama, fué desdén,
y siendo mujer, injuria;
y si no, mira el rigor
con que siempre me has tratado,
para que quede mejor
probado y aun reprobado
que no me tienes amor.
Pues si sé, Porcia, de ti
que has de emplear tu querer,
¿cuál puede tenerme, di,
no sospechar, mas saber
que no le empleas en mí?
Y así, es cuento verdadero
que otra planta echó raíces
en tu corazón primero.

PORC. ¿Quién dice que no te quiero?

NORAN. Tú, callando, me lo dices.

PORC. De verme ansí no te espantes,
porque no puedo sufrir,
Norandino, los amantes
que no hacen si[no] pedir
rubíes, perlas, diamantes,
puro crisol, mármol puro, (1)
jaspe, coral, rosicler,
y convierten de ordinario
el rostro de una mujer
en tienda de lapidario;
cuanto y más que los maridos
nunca han de ser regalados
por mucho que sean queridos.

NORAN. Esos son los desdichados
y como yo aborrecidos;
que los que se quieren bien,
con recíproca afición,
sin género de vaivén (1)
siempre idolatran, y son
idolatrados también;
siempre gozan los despojos
de su corazón, sin miedo
de pesadumbres y enojos;
no como yo, que no puedo
dar un alcance a tus ojos.
¡Ay, desdichado! ¿Qué haré?,
que aunque me sirves de espejo
me trae ya tu poca fe
a término que me quejo
de ti, sin saber de qué;
pero ya sé que el rigor
de este pensamiento loco
es con mengua de mi honor,
porque al fin tenerme en poco
es tenerme poco amor;
y así, de cólera ciego,
no es mucho, Porcia, si arrojo
por esta garganta luego
fuego vuelto con enojo,
y enojo vuelto con fuego.
Pero ¿por qué me atormento
en juntar dos corazones
de tan varias condiciones?
¿[H]ola?

CRIAD. Señor.

NORAN. Al momento
apercibe los [h]alcones,
y ven, que quiero cazar
en el monte que apartado
está más deste lugar,
que quiero desenfadar
a quien con mi vista enfado.

CRIAD. ¿Qué llevaré?

NORAN. Llevarás
esas aves que los vientos
volando dejan atrás,
para ver quién vuela más,
ellas o mis pensamientos.

(1) *Puro*, no rima con *ordinario* ni *lapidario*.

(1) En el texto: *perder*.

(*Vanse* NORANDINO *y el* CRIADO.)

PORC. ¡O[h], fiero perseguidor
del que mis glorias promete!
Vete con todo rigor
de tus pensamientos, vete
con los castigos de amor,
vete con la pena mía,
vete con todo el abismo
do tu aspereza se cría,
y vete contigo mismo,
que es la mejor compañía;
pero ¿quién me aconsejó
que diga vete?, ¡ay, cruel!
¿No será cosa mas fiel
que ponga por obra yo
lo que le aconsejo a él?
Pues Astolfo, a quien adoro,
me está esperando, des[h]echo
en tierno apacible lloro,
mejor será...; mas sospecho
que pierdo de mi decoro,
y que es mengua de mi honor
seguir la suerte amorosa;
pero seguirla es mejor,
cuando no por otra cosa,
por no vivir con dolor.
¿Con quién me canso, con quién
tanto pretendo, que pene
con la furia del desdén,
que hasta el amor que me tiene
me viene a cansar también?
Yo me voy; mas ¿quién me ha puesto
en olvidar lo que he sido?

(*Sale* RICARDO.)

RICAR. ¿Señora mía?
PORC. ¿Qués es[t]o, Ricardo?
RICAR. Ya tu marido
salió fuera. Vamos presto;
que Astolfo, con la tardanza,
tiene, demás de la vida,
rematada la esperanza.
PORC. Vamos, aunque la partida
me ha puesto en igual balanza
el ser cuerda y el ser loca;
y el del uno al otro ser,
la diferencia es tan poca,
que el peso vino a caer
con el aire de tu boca.

(*Vanse.*)

(*Sale el* DUQUE DE MANTUA *y* FABRICIO.)

DUQUE. No ha mucho que se ha partido
a caza.
FABR. Tengo temor
que algún descuido he tenido.
DUQUE. ¿Quién sois?
FABR. Un embajador
que de Milán he venido.
DUQUE. ¿Qué hacen los suyos?
FABR. Están
en muy grande diferencia,
y todos se perderán
si allá no va la presencia
del gran Duque de Milán;
por eso envían que al momento
dé una vuelta por su estado.
DUQUE. ¿Vos no veis que el casamiento
con mi hija, concertado
tan a su gusto y contento,
es guerra, y no ha de poder
acudir a esotra guerra,
y ¿qué menos [h]ay que hacer
en gobernar una tierra
que en celos de una mujer?
¿Por qué queréis que la espada
desnude de su rigor?
FABR. Aunque no sirva de nada,
con tu licencia, señor,
le quiero dar la embajada.

(*Sale el* MAYORDOMO.)

MAYOR. Aguija, señor, aguija,
y haz que para darte ayuda
toda la tierra se aflija,
porque yo sé que sin duda
falta en casa...

DUQUE. ¿Quién?
MAYOR. Tu hija.
Ordena que en la ciudad
luego a rebato se toque,
y muestra con brevedad
tan desnudo de piedad
como de vaina el estoque.
DUQUE. ¿Porcia se fué?
MAYOR. En el lugar
ya no está de ningún modo;
que yo la he visto llevar
en un caballo que todo
lo tiene, sino el parar.
DUQUE. ¿Quién la lleva?
MAYOR. El de Ferrara,
que siempre la tuvo amor.
DUQUE ¿Posible es, fortuna avara,
que en esto paró el amor,
siendo una prenda tan cara?
Pero ¿qué puedo decir
con estas impertinencias?
Que en semejantes dolencias
lo mejor es convertir
las quejas en diligencias.
Seguidme, que el corazón
le quitaré con la espada,
en pago de su traición.
FABR. Por cierto que en mi embajada
vino a muy buena ocasión.

(*Vanse todos, y salen* NORANDINO *y el* CRIADO.)

NORAN. ¿Posible es que no volvieron
los monteros?
CRIAD. No, señor.
NORAN. ¿No sabéis dónde se fueron?
CRIAD. Fueron buscando el azor
que en tu presencia perdieron.
NORAN. Buenos [h]abemos quedado,
solos y en este lugar,
aunque para mi cuidado
no puedo en el mundo hallar
lugar más acomodado.
Aquí de mi pensamiento
haré una fuerza, y querría
que fuese sin fundamento,
porque siendo fuerza mía,
pueda llevársela el viento;
y ya que no puedo hacer
contra el pecho airado y fiero
desta invencible mujer,
que con poder lo que quiero,
me ha quitado mi poder;
y pues en quererme tarda,
desfogar quiero mi enojo;
mas, ¡ay! que el amor le guarda,
y las veces que me enojo
el corazón me acobarda;
no sé qué será de mí,
pues mis fuerzas desfallecen.
CRIAD. Señor, gente viene aquí.
NORAN. ¿Son ellos?
CRIAD. No lo parecen.
NORAN. ¿Vienen cerca?
CRIAD. Señor, sí.

(*Sale el* DUQUE DE MANTUA *y el* MAYORDOMO *y otra gente de acompañamiento.*)

DUQUE. Si no me engaña el dolor,
por el rastro de la gente
que va en busca del traidor
le pretendo hallar.
NORAN. Señor,
aguarda, espera, detente.
DUQUE. Detén el curso ligero
de tu gusto, y no detengas
a quien vuela con las alas
de su infamia y de su afrenta,
en seguimiento del Duque
de Ferrara, que la lleva
la enemiga de su sangre,
aunque tiene parte en ella:
la víbora emponzoñada, [dra,
que da muerte a quien la engen-
la [h]idra, que se ha cortado
ella misma la cabeza,
y della le nacen tantas
como [h]ay en el cielo estrellas;
la fénix de las maldades,
que en fuego de amor se quema,
y fué sin duda engendrada
de las cenizas de Elena;

y al fin, para declarar
todos los renombres della,
la hija que quise tanto
como es justo que aborrezca;
esta, pues, lleva el traidor,
y para que no la prendan
algunos vasallos míos,
va derramando moneda,
porque mientras la recogen
salve la vida y la presa;
la cual [h]a valido tanto,
que los que más valor muestran
son leones que delante
de la luz del oro tiemblan.
Déjame, pues, Norandino,
que vengar tu agravio pueda,
pues soy la raíz de donde
salió el árbol de tu afrenta;
deja que llegue a Ferrara
y derribe sus almenas,
porque echadas por el suelo
en brazos del tiempo duerman;
deja que sus moradores
a mis propias manos mueran,
y que a tal estremo lleguen,
que al bramido de sus quejas
suba al cielo por montañas,
de sus tristes gentes muertas;
déjame, que aunque es verdad
que es mi edad cansada y vieja,
en el fuego de mi agravio
hierve el agravio en las venas.

NORAN. ¿A Porcia buscando vas?
¿Cómo? ¿No soy vivo yo?
¿No ves que me ofenderás
tú en seguirla mucho más
que ella en irse me ofendió?
Que el ir tú en su seguimiento,
sobrándome a mí el valor,
es decir que yo consiento
en ello, y el deshonor
nace del consentimiento.
Vuélvete, que no [h]ay lugar.

DUQUE. No [h]ayas miedo que me vaya.

MAYOR. Déjanos, señor, pasar.

(*Saca* NORANDINO *la espada y hace con ella una raya en el suelo.*)

NORAN. Quien pasare desta raya,
conmigo se ha de matar.

DUQUE. No sientes tú mi tormento,
pues no haces quejas algunas.

NORAN. Antes al doble lo siento;
que las quejas importunas
alivian el sentimiento;
que el que se quiere quejar
suele a veces por la lengua
la cólera refrenar (1),
y la cólera no es mengua
que a un hombre ha de dejar;
porque si miro la fe
desa mujercilla loca,
en fuego me encenderé,
y hasta el alma echaré,
hecha carbón, por la boca.
Pero dejarlo es mejor
hasta tanto que mi oficio
pueda ejecutar.

(*Sale* FABRICIO.)

FABR. Señor,
dame las manos.

NORAN. Fabricio,
¿qué [h]ay de nuevo?

FABR. Tu dolor.

NORAN. Sepamos a qué veniste.

FABR. A traerte una embajada,
que no doy por verte triste.

NORAN. Pues yo sé que en tu llegada
mi buena dicha consiste.

FABR. ¿Cómo?

NORAN. Luego lo sabrás.

DUQUE. Pues, Norandino, ¿qué hare-
[mos?

NORAN. Que os volváis todos atrás;
que yo y Fabricio queremos
emprender esto, y no más.

FABR. Yo soy tu vasallo fiel,
de mí a tu gusto dispensa.

DUQUE. Siendo la traición inmensa,

(1) En el texto: *de flemar.*

¿quién la ha de vengar?
NORAN. Aquel
a quien se hizo la ofensa;
y ansí sólo yo he de ser
quien mi mujer matar pueda;
que el hombre que ha menester
que otro se la mate, queda
con agravio y sin mujer;
por eso es bien que me des
licencia.
DUQUE. Saber querría
por qué secreto interés
vas solo.
NORAN. ¿No es compañía
la de Fabricio?
DUQUE. Sí es;
mas parece soledad,
según es poca.
NORAN. Mal sabes
la fuerza de una amistad,
y porque saber acabes
de saber mi voluntad,
yo parto a acabar mi honor,
y antes de partir querría
que quedases, por mi amor,
hecho absoluto señor
de tu gente y de la mía.
Toma este cargo por mí.
DUQUE. Hijo, por quererte bien,
yo recibo el cargo aquí
de mandallos, y también
de rogar a Dios por ti.
Es mi amor tan singular,
que si tú, como hombre honrado
puedes a Porcia matar,
te quiero hacer de mi estado
heredero, en su lugar.
NORAN. Por el favor que me has hecho
prometo de darla muerte.
DUQUE. Pues dame un abrazo fuerte.
NORAN. ¿Qué tan estrecho?
DUQUE. De suerte
que te ascondas en mi pecho;
que aunque yo tan poco valgo,
bien puedes; que el pecho mío
ya desea tener algo,
porque el pecho que es hidalgo
muere por no estar vacío.
Parte, pues, con alegría;
y si ves que alguna parte
de tu sangre [h]elada y fría
faltare para vengarte,
ven a tomar de la mía;
que parte y verdugo soy,
que sabré poner por obra
lo que prometiendo estoy.
NORAN. No trates deso, que sobra
el dolor con que me voy.
DUQUE. Porque no tengamos miedo
que el dolor no vuelva atrás,
será lo que importa más,
tú considerar cuál quedo,
yo considerar cuál vas.
MAYOR. Cierto que es gran sentimiento
ver aquesta despedida.
NORAN. Ven, Fabricio.
FABR. Soy contento.
DUQUE. Oye, hijo, por tu vida,
una palabra al momento.
NORAN. Detenerme es excusado,
pues voy, a mi parecer,
de una cosa consolado,
y es que jamás me has de ver,
o que has de verme vengado.

(*Vanse* NORANDINO *y* FABRICIO.)

DUQUE.

Suele ser la paciencia en los trabajos
la virtud más subida y levantada;
pero en aquéste la paciencia es vicio,
pues acobarda los robustos pechos
de nuestros invencibles corazones,
que la venganza piden a sí mismos,
no a los altos soberanos cielos;
por eso, amigos, la venganza es justa
que cada cual procure por su parte,
y que en llegando a la ciudad se arbolen
vitoriosas banderas en los muros,
llamando al son de pífanos y cajas
la gente que os parezca necesaria
de nuestras gentes orgullosas fieras,
para postrar los arrogantes cuellos

de los soberbios muros de Ferrara
y degollar los moradores della;
que si un poco me ayuda la fortuna,
pienso tomar venganza de los hombres
quitándoles las vidas, de los muros
echándoles por tierra, de los campos
arrancando los árboles, de modo
que allí no quede piedra sobre piedra.

MAYORDOMO.

De mi parte, señor, juro y prometo
que siempre he de seguirte.

CRIADO.

Y de la mía
puedes estar seguro de lo mismo,
que ansí te lo prometo.

DUQUE.

Pues en todos
tan grande muestra de valor se encierra,
¡Armas, armas, amigos; guerra, guerra!

ACTO SEGUNDO

de LA VENGANZA HONROSA.

(*Salen* NORANDINO *y* FABRICIO, *solos.*)

NORAN. No tengas por cosa nueva
que la siga hasta su estado;
que aunque este agravio me deba,
voy, Fabricio, enamorado
ya del honor que me lleva.
Siendo honrado me conviene
cobrarlo.

FABR. No hay que dudar
que esa regla lo mantiene.

NORAN. Pues sólo se ha de cobrar
de mano del que le tiene,
Porcia me tiene el honor,
y a Porcia voy dando guerra.

FABR. Haces bien; pero, señor,
mira que pisas la tierra
que es de Astolfo, ese traidor;
y allá dice en su renombre
que gusta de parecer
a señor ques tan mal hombre,
porque en Ferrara ha de [h]aber
Ferrara como en el nombre;
que casi estamos en medio
del ducado.

NORAN. Mi caudal
con esto cobro y remedio;
que quien más se acerca al mal,
trata más de su remedio.

FABR. Hermosa es esta espesura.

NORAN. A no ser de Astolfo, fuera
apacible su frescura.

FABR. ¿Qué te dice esta ribera?

NORAN. Cánsame el ver su verdura;
porque viéndola el antojo
por quien me pierdo y me pier-
siento con mortal enojo [des,
que queden árboles verdes
delante el fuego que arrojo.
Mas ya su amparo me obliga;
crezcan; que ansí me conviene
hagan sombra a mi fatiga,
porque todo agravio tiene
a la sombra por su amiga.
Fabricio, ¿[h]abrán ya comido
los caballos?

FABR. Sí, señor.

NORAN. Oye, que siento rumor.

(*Sale* OTAVIO *riñendo con* [H]ORACIO, *y* CLAUDIO *y* TULIO.)

OTAV. De tres hacéis un traidor,
y no haréis de mí un rendido.

[H]OR. Muere y calla.

OTAV. ¿Tú no ves
que en tierra tan despoblada
no es bien que muerte me des;
que no es por nadie quitada
vida quitada por tres?

CLAUD. ¡O[h], qué bien!

TULIO. Muy bien por cierto.
¿Argumentos a tal hora?

[H]OR. Esta va sobre concierto,
y si tú mueres agora,
¿quién dirá que tres te han [muerto?

OTAV. Estas plantas.

[H]OR. ¿Cosa viva

ha de contar nuestras menguas?
OTAV. Dios, que sus ramas aviva,
hará que truequen en lenguas
sus hojas.
[H]OR. ¿En eso estriba?
OTAV. Y dirán cuán malo eres.
[H]OR. Otavio, ¿dónde aprendiste,
que tan retórico mueres?
OTAV. En la ofensa que me hiciste,
traidor, ladrón de mujeres.
¿Sobre quererme robar
a mi esposa me das muerte?

(*Salen de donde estaban escondidos* NORANDINO *y* FABRICIO.)

NORAN. Aquí no [h]ay más que esperar;
haz, Fabricio, como fuerte.
FABR. ¿Cómo?
NORAN. Quiérolos matar;
¿no has oído que han robado
una mujer los traidores?
FABR. Verdad.
NORAN. Pues ponte a mi lado,
porque en estos malhechores
mato del Duque el pecado.—
¡Afuera, que una traición
no ha de sufrirse, enemigos!

(*Echan mano* NORANDINO *y* FABRICIO.)

[H]OR. ¿Eres tigre? ¿Eres león?
Huyamos (1). Seguidme, amigos.
NORAN. No, que os sigue mi razón.
FABR. Templa, señor, los aceros;
no los sigas.
NORAN. Mis rigores
piden estos desafueros,
porque pulgas y traidores
reviven quedando enteros.
Sigue aquése, que yo voy
tras estos dos.
FABR. En buen hora.

(*Vanse, y queda* OCTAVIO *solo.*)

OTAV. ¡Qué venturoso que soy!
Muerto me he visto, y agora
vivo, aunque obligado estoy.
Mas no estoy vivo, aunque he
ayudado en tiempo breve; [sido
que el honrado y bien nacido
que a otro la vida debe,
ya para sí la ha perdido.
Mas ¿cómo sabrá el valor
satisfacer y mostrar
deudas debidas y honor,
si del que quiero pagar
huye apriesa el acreedor?
Varón del cielo bajado,
si de allá bajan varones,
que por dejarme cargado
y dejando obligaciones
me dejas desalentado;
no te sigo, que mi pecho,
sobre tu grande rigor,
correrá muy sin provecho
con el peso del favor
que en tu socorro me has hecho.
Aquí muy siguro atiendo,
de tus golpes confiando;
tuve vida, pues entiendo
que haces huír peleando
y sabrás matar hiriendo.

(*Sale* FABRICIO *con la espada desnuda.*)

FABR. Destos que daño te han hecho
uno queda ya sin luz,
pues mirando a su provecho,
por no matarlos sin cruz
esta le metí en el pecho.
OTAV. Besarla quiero, que es prenda
de tu abono y tu valor.
FABR. Es hábito sin hacienda;
y ansí, en un pecho traidor
la he dejado en encomienda.
OTAV. Gusto me dan tus razones,
después que el vivir me ofrecen.
FABR. Al revés de otros blasones,
los que aquesta cruz merecen
pueblan cuartos de ladrones.
OTAV. De honor lo quisieran ser
estos tres.

(1) En el texto: *huygamos.*

FABR. ¿Cómo?
OTAV. Han querido
saltearme a mi mujer,
con ser algo bien nacido
y tener algún poder.
Mi padre es gobernador
de aquesta ciudad cercana,
y un [H]oracio, cuyo honor
sigue, como es cosa llana,
los aires de su señor,
sabiendo que al de Milán
robó el Duque a la Duquesa,
quiso, como buen galán,
dar a su gusto la empresa
que estas campañas le dan.
En ellas vivo, y quería
de la soledad movido,
robarme mi compañía.
FABR. ¡Ay, quién [h]oy fuera marido
por quedar viudo un día!
OTAV. ¿Por qué lo dices?
FABR. ¿No quieres,
señor, que llore mi daño,
si he de ser lo que tú eres,
por no ser casado en año
que dan en robar mujeres?
OTAV. No sabes lo que en Milán
esta pérdida se siente.
Pero donaires serán; [liente,
que un hombre que es tan va-
de fuerza ha de ser galán.—
¿Quién eres?
FABR. Un extranjero,
y por agora sin nombre.
OTAV. Y ¿quién es tu compañero?
FABR. Sólo sé dél que es un hombre
que hierros hace de acero;
no te puedo decir más,
porque somos tan de aliende,
que no nos conocerás.
OTAV. Quien me obliga y me suspende,
déjame honor muy atrás;
mas, pues os queréis celar
.....
de no pedir ni cansar;
pero conoced que pago
en no quereros pagar.
Soy Otavio, y obligado
con hacienda y con honor;
no digo más.
FABR. Sois honrado,
y el buen amigo, señor,
es de los hombres traslado;
dadme licencia que siga
al amigo.
OTAV. Iré con vos.
pues el socorro me obliga.
FABR. Somos dos, y siendo dos,
saldremos de una fatiga.
No vengáis, id a sacar
de cuidado a vuestra esposa.
OTAV. Al menos podréis tomar
esta cadena curiosa.
FABR. Esa no puedo llevar,
porque profeso pobreza.
OTAV. Yo me voy, porque me deja
más corto vuestra nobleza
y quejoso.
FABR. Vuestra queja
es blasón de mi firmeza;
como deben los señores
vivir bien, porque su vida
espejo es de valedores,
y al grande que a mal convida
le dan grandes sinsabores,
la humilde queja le ampara,
y pues él es su consejo,
mal formará limpia cara
si está manchado el espejo
.....
Siguen de Astolfo el camino
los suyos, porque no vellos
puede su gran desatino;
y también sigue tras ellos
su venganza Norandino.
Yo he de seguir su pasar,
y quiero alcanzarle agora;
que he sabido, a mi pesar,
que el Duque y Porcia traidora
están en este lugar.

(*Vanse* FABRICIO y OTAVIO, *y sale* ASTOLFO *de casa, y* [H]ORACIO *y* TULIO.)

ASTOL. ¿Que en esta tierra hay la-
[drones?
[H]OR. Sí, señor, y muy osados,
pues en estas ocasiones
a vista destos poblados
ejecutan sus traiciones.
ASTOL. ¿Cuántos son?
[H]OR. Dos me han seguido,
y el uno era cuadrillero,
que me dejó mal herido.
TULIO. ¿Qué dices, [H]oracio?
[H]OR. Quiero
vengarme deste atrevido;
di lo propio.
TULIO. Yo diré
lo que gustas por valerte.
ASTOL. Ya yo a mis gentes mandé
que los sigan.
[H]OR. Desta suerte,
villano, me vengaré;
la sangre me habéis sacado,
el alma os he de sacar.
TULIO. También yo estoy mal llagado,
y escapé por aguijar
más ligero que un venado.
ASTOL. ¿Huyendo os hirió?
[H]OR. Destruye
con su estoque temerario,
y esto mi corrida arguye;
que la espada del contrario
sirve de espuela al que huye.
ASTOL. No se pueden escapar,
que los sigue mucha gente.

(*Sale* RICARDO *y estáse quedo* [H]ORACIO.)

RICAR. Albricias me puedes dar,
que hoy te quiero presentar
un muy famoso presente.
ASTOL. ¿Qué presente?
RICAR. Tu enemigo,
ASTOL. ¿Mi enemigo? Calla, loco.
RICAR. Y es el ladrón a quien sigo;
pero repórtate un poco,
verás si verdad te digo.
ASTOL. Y ¿eso es cierto?
RICAR. ¿No ha de ser?

(*Vase.*)

ASTOL. Calla, pues que he de fingir
que no le conozco, y ver
lo que me quiere decir,
pues le tengo en mi poder.

(*Saca* RICARDO *a* NORANDINO *atadas las manos.*)

RICAR. Aquí está el ladrón.
ASTOL. ¿Qué afán
os mueve a tal destino?
¿En camino hurtáis, galán?
NORAN. ¿Quién no hurta en un camino,
si en Mantua hurtando están?
ASTOL. Pues ¿en Mantua [h]ay atre-
que tal haga? [vido
NORAN. Y con disculpa.
ASTOL. ¿Quién la da?
NORAN. Su buen partido.
ASTOL. Debe de tener la culpa
su Duque, que es mal regido.
NORAN. Esa fuera su querella,
a no ser su adversidad
nacida de una centella.
ASTOL. Sepa guardar su ciudad,
y no robarán en ella;
gobierne bien sus partidos,
sepa regir y mandar,
conozca en tratos fingidos.
NORAN. Pocos se saben guardar
de ladrones acogidos.
ASTOL. Vayan con ellos.
NORAN. Señor,
son ladrones muy sutiles.
ASTOL. Pongan guardas, que es mejor.
NORAN. ¡A[h], Duque! no [h]ay algua-
contra ladrones de amor. [ciles
ASTOL. Pues yo los tengo en Ferrara;
y ansí, ninguno pretenda
robarme mi prenda cara.
NORAN. Si es prenda cara, no es prenda
que se vendiera o comprara.
ASTOL. Todo el mundo es opinión.

NORAN. Y todo el mundo mentiras.
ASTOL. Mudemos conversación.—
¡Ricardo!
RICAR. Señor.
ASTOL. ¿No miras
qué buen talle de ladrón?
NORAN. ¿Tengo buen talle?
RICAR. Estremado.
NORAN. Mejor lo debe tener
otro por quien me han dejado.
ASTOL. ¿Quién te dejó?
NORAN. Una mujer.
ASTOL. ¿Es ladrón enamorado?
NORAN. Más tú lo debes de ser.
ASTOL. No son buenas condiciones
para hombre honrado importan-
[tes.
NORAN. No se espanten sus varones
si [h]ay ladrones caminantes,
pues [h]ay ya duques ladrones.
RICAR. Este ladrón te da motes.
ASTOL. Debe de ser de Milán.
NORAN. No lo soy, no te alborotes.
[H]OR. Señor, mis llagas están
clamando porque le azotes.
Haz que vaya a la ciudad.
ASTOL. Seguid con él.
NORAN. ¿Puede ser,
mundo, mayor crueldad?
ASTOL. Con esto en Porcia he de ver
qué tengo en su voluntad.

(*Vanse, y sale* PORCIA *sola.*)

PORC. Pues el que se muere, [al-
[canza]
nuevo estado y nueva suerte,
con gran razón es bonanza
para mil sabios la muerte,
siquiera por ser mudanza.
Lo que hice he de gozar,
de Norandino apartada,
pues viviendo me ha de dar
ocasión, por ser casada,
de no tornarme a casar.
De Astolfo y sus prendas
[gusto,
y más estando impedido
de ser mi esposo; que es justo
que un galán en ser marido
valga menos para el gusto.
Con toda mi voluntad
me ha inclinado al casamiento
de ser libre; que es verdad
que son lazos de un contento
prisiones de libertad.
Que no es como aquel duende
lleno de necia cautela,
que juraré que no entiende;
que el que del aire recela,
el aire sólo le ofende.
Lloré lo que fué imprudente,
pues en cuantos males son,
hace el mísero doliente
curso la imaginación,
y en ellos principalmente.

(*Sale el* GOBERNADOR.)

GOBER. Ya vino Astolfo de caza.
PORC. Y ¿qué ha cazado?
GOBER. Una fiera
que en el monte haciendas caza,
y ha de estar en la leonera,
que tantas fieras abraza.
PORC. ¿Qué fiera es esa?
GOBER. Un ladrón,
que quiere que tú le des
sentencia a tu discreción.
PORC. ¿No ve el Duque, y tú no ves,
que ese caso es de varón?
¿La mujer ha de juzgar?
GOBER. La libertad o la muerte
con tu voto le has de dar.
PORC. Venga, pues de aquesa suerte
me quiere Astolfo probar;
hazlo entrar, Gobernador,
con testigos y escribano.

(*Traen preso* RICARDO *y* [H]ORACIO *a* NORANDINO, *y salgan con él* TULIO *y un* ESCRIBANO.)

RICAR. Aquí está el preso.
PORC. ¡Ay, honor!

[*Todo aparte.*]

NORAN. ¡Ay, tiempo ingrato, inhumano!
¿Conmigo tanto rigor?
PORC. ¿Qué tengo? ¿De qué me al-
[tero?
¿No es mi esposo? Sí. Pues
[muera.
Tenga un pecho que es ligero,
que tuvo entrañas de cera
para el mal rostro de acero (1).
Astolfo quiso, sin duda,
probar mi fee.
NORAN. Mi enemiga
me mira y no se demuda.
PORC. Mi venganza es bien que siga,
pues mi fortuna me ayuda.
NORAN. ¿Que es posible que en su da-
me conozca y no se altere? [ño
RICAR. ¿Han de hablar éstos hogaño?
PORC. Juzgaré según oyere,
y tratarle he como a estraño.—
¿Quién os acusa, hombre hon-
[rado? [*Alto.*]
RICAR. Es ladrón, no digas tal.
PORC. ¿Ladrón y tan bien tratado?
NORAN. Antes, por tratarme mal,
a tus manos he llegado.
PORC. ¿Quién te trató mal?
NORAN. La suerte.
PORC. Y ¿por qué?
NORAN. Porque es mujer.
PORC. ¿Conócesme?
NORAN. A conocerte,
no viniera a tu poder.
PORC. ¿Temes mi mal?
NORAN. Eres fuerte.
PORC. ¿Sabes que sé castigar?
NORAN. Ya yo sé que tú castigas.
PORC. ¿Sabes que puedo trocar
en placeres tus fatigas?
NORAN. Ya sé que sabes cambiar.
PORC. ¿Qué monedas he cambiado?
NORAN. Muchas con mucha ventura,
y en tus cambios he notado
que son, por ser sin usura,
de ducado por ducado.
PORC. Y ¿eso es malo?
NORAN. Los muy llanos
tratan con mucho decoro
de los ducados los granos,
porque pierde mucho el oro
que pasa por muchas manos.
PORC. Mucho sabes de ganar.
NORAN. Más sé de mi perdición.
PORC. No lo dice tu razón.
NORAN. Antes sí, que soy ladrón
que nunca supe guardar;
porque si guardar supiera,
sin duda que no robara.
PORC. Dices bien; mas ¿quién dijera
que tal ingenio y tal cara
a tal oficio viniera?
¿No [h]ay mil oficios que son
muy buenos para aprender?
NORAN. Duquesa, tienes razón,
pero en esta casa el ser
está puesto en ser ladrón.
Con todo, yo no lo he sido,
que hasta agora no he robado.
RICAR. Dos testigos he traído
que dirán lo que ha pasado.
NORAN. Y otros dos sé que han mentido.
RICAR. ¿No sabes que el mismo Dios
en dos puso la verdad,
o en tres?
NORAN. También sabéis vos
que la mentira y maldad,
por a[h]ora está entre dos.
PORC. Digan sus dispusiciones
los testigos.
RICAR. Ya han jurado.
PORC. Diga [H]oracio.
[H]OR. Mis razones
son las llagas que me han dado;
por seguir sus intenciones,
al camino me han salido
por robarme.
PORC. Escriban esto.
RICAR. Ya está escrito.
[H]OR. Y mal herido

(1) En el texto: *hacello.*

me han dejado.
TULIO. Al mesmo puesto
los dos [h]abemos corrido.
PORC. ¿Robó joyas o dinero?
[H]OR. No robó; que nuestras cosas
defendimos como arteros,
porque a manos codiciosas
sólo valen pies ligeros.
PORC. Siendo dos y tan constantes,
¿uno solo os ha corrido?
TULIO. Somos flacos.
NORAN. No te espantes;
que algún tiempo me han huído
otros dos más importantes.
PORC. ¿Y alcanzástelos?
NORAN. Quisiera,
pero fué la suerte avara.
PORC. ¿Muy mucho?
NORAN. Fué de manera
que si aquellos alcanzara,
aquestos dos no siguiera.
PORC. Dejadme con él un rato;
que le quiero examinar.
RICAR. Porcia, mira con recato
lo que haces.
PORC. No ha de dar
muestra mi pecho de ingrato.
RICAR. En buen hora.

(*Vanse, y quedan* PORCIA *y* NORANDINO *solos.*)

PORC. Mi valor,
Norandino, bien te diera
en este trance favor;
pero estás tú de manera
que no mereces honor;
porque estoy algo afligida
de tu pasada deshonra,
y por esto agradecida,
donde te quité la honra
quisiera darte la vida.
Pero no puedo valerte,
porque estás muy infamado,
que aunque para socorrerte
miro lo que eres honrado,
sé lo que puede la suerte,
y hago esta consecuencia
en ti, que te considero,
con los celos, sin prudencia,
en lo que es guardar severo,
y largo en propia licencia;
ganoso por tu provecho,
ciego por cualquier camino,
de invidias ajeno hecho;
y estas cosas, Norandino,
arguyen ánimo estrecho.
Y así, [si] los celos son
una gana de usurpar
toda ajena estimación,
quien es celoso ha de dar,
sin resistencia, en ladrón.
Esto, amigo, te condena;
Dios te deje hallar camino
por do salgas desta pena.
NORAN. ¿Cómo ha de ser Norandino
libre, si Porcia no es buena?
Ingrata enemiga esenta,
que sobre [h]aberme afrentado
me procuras nueva afrenta;
el cielo que te ha librado,
la tierra que te sustenta;
el fuego de tus traiciones,
el aire, que es mensajero
de esas villanas razones;
el agua misma, en que muero,
anegada en mis pasiones,
un caos forman para sí,
que en su confusión me vence;
que quiere el bien que perdí
que otro mundo en mí comience
do se acabó para mí.
Culparé tu aleve pecho,
aunque no te escandalices;
o mirando mi provecho,
castigaré lo que dices,
o vengaré lo que has hecho.
Por muy seguras razones
de mi crédito resbalas;
sus celos y sus pasiones,
si engendran mujeres malas,
no paren duques ladrones.
Y si las deudas ajenas

son la furia de su brasa
y ausente causan sus penas,
para hurtarla para casa
mira tú como son buenas.
Si gusté de retirarme,
fué la ocasión de tenerte;
y en el mismo recatarme,
¿qué hice, sino quererte,
y tú qué, sino afrentarme?
La libertad que pedías,
¿conmigo no te sobraba?
Pero no la conocías,
y en mi alma te la daba
y en tu cuerpo la querías;
que las hembras sin provecho,
todo cuanto es defender
os parece imperio estrecho;
que vidriera queréis ser,
porque sois vidrio en el pecho.
Bien lo dice en los despojos,
de ese ingrato por quien peno,
que hace en ti, por darme enojos,
vasos para mi veneno,
y lunas para mis ojos.
Yo sé que gustas de ver
cómo triunfa de tu gloria,
traidora a mi parecer,
y que tienes por vitoria
el tenerme en tu poder;
y pues me llamas ladrón,
tengo por cosa sabida
que no es darme en tal sazón
esperanzas de mi vida,
tenerme en tal posesión.
Matarme, enemiga, puedes;
y pues a la muerte voy,
ya que por tus pareceres
no muero como quien soy,
moriré como quien eres.
Este lienzo me ha quedado,
porque en él deje tu muerte
la estampa de tu pecado;
será tu verdugo fuerte,
por no ser tu condenado.

(Saca un lienzo y quiérela ahogar con él.)

Paga tus culpas, ingrata,
primero que ese señor,
que por más que se recata,
morirá.

PORC. ¡Gobernador,
socorredme, que me mata!

(*Sale el* GOBERNADOR.)

GOBER. ¿Qué es esto? ¿Qué atrevi-
[miento,
traidor, tu orgullo levanta?

NORAN. Cierro por un escarmiento
unos pasos de garganta,
que los hunde mi tormento.

PORC. Porque le quería matar,
me mata.

NORAN. Tienes razón.

GOBER. ¿Qué piensas más aguardar,
pues te ha vendado el ladrón
con lo que él suele acabar?

NORAN. Tu socorro ha descompuesto,
Duquesa, mi voluntad;
la vida debes al puesto,
pero siempre la maldad
tiene el socorro muy presto.
Esperanza me maltrate,
que conviene a tu interés
de mis días el remate.
Mátame; pero después
no faltará quien te mate.

PORC. Yo lo haré.—Denle garrote
por salteador de caminos.

NORAN. Bien es, ¡o[h], Porcia, que note
tu estado, tus desatinos,
y que yo no me alborote;
porque señalas con esto
y con las obras ingratas
que, aunque un pueblo has des-
[compuesto,
que así como presto matas,
también afrentas de presto.
Grande sentencia me has dado,
y pues con tantas razones,
con aplauso de tu estado,
das garrote a los ladrones,
no viva quien te ha robado;

pero al fin eres mujer,
y en tus antojos y en ti
y en tu loco proceder,
donde [h]ay soga para mí,
[h]ay cuerda para un querer;
mas no faltará un galán
con fe nueva y nueva cara
por cuyo nuevo ademán,
quites, ingrata, a Ferrara,
lo que quitas a Milán.

PORC. Seguidme; que en su proveeres mi partir y callar. [cho

GOBER. Gran valor reina en tu pecho.

NORAN. Yo sé quién ha de estimar
este favor que le has hecho.

PORC. Ejecutad mi sentencia.

GOBER. Yo lo haré.

PORC. Dentro de un hora
ha de ser.

(*Vase.*)

GOBER. Tened paciencia;
que quien pierde, en vano llora.
.....
Ya sabéis que soy mandado,
y este es mi oficio y mi suerte;
tened por averiguado
que me pesa vuestra muerte,
porque parecéis honrado.
Aquí en la cárcel podéis
confesaros con dolor
de las culpas que tenéis,
y dad cuenta al confesor
antes que a Dios se la deis.
Vuestras obras satisfagan,
si algún agravio sustentan,
y en gemidos se deshagan;
que en este mundo se cuentan,
y allá en el otro se pagan.—
Y llevaldo a su lugar.

NORAN. ¿Que a manos de una atrevida
muera con tanto pesar?

GOBER. Yo quisiera daros vida,
y no os la puedo alargar,
pues sois bueno, a mi opinión,
y esta muerte se concierta
con siniestra información.

NORAN. Pues tened por cosa cierta
que no muero por ladrón.

GOBER. Ese [l]oracio es tan malvado,
que mil testigos levanta.

NORAN. La Duquesa lo ha causado,
que sabe que en mi garganta
ahorca todo un estado;
que es mala y ha de seguir
su traición y su querella,
su afrentar y su fingir.

GOBER. Hijo, no digáis mal della;
mirad que vais a morir.

NORAN. Estas cosas no la afrentan,
porque son sus alabanzas,
y sin pecado se encuentran.

GOBER. Venid, y olvidad venganzas.

NORAN. El mundo hará que se sientan.

GOBER. La flor de su juventud
siente con razón su muerte
en medio de su virtud;
que sin duda es cosa fuerte
verse morir en salud.
El imperio universal
subió por fuerza a su cumbre
la potestad criminal,
porque es toda servidumbre
contra la luz natural.
Este muere condenado;
que siempre con dos testigos
es un juez poco letrado.

(*Sale* OTAVIO.)

OTAV. Padre, si son los amigos
vida de un hombre obligado,
si tienes tu voluntad
con la que tengo medida,
considera que es verdad
que me quitas una vida
quitándome una amistad.

GOBER. ¿Qué has, hijo?

OTAV. Este varón
que está a muerte condenado
es de mi vida ocasión,
pues que con obras de honrado
nombre adquirió de ladrón.

Bien será, padre, que apruebes
su castigo y su deshonra;
bien es que a morir le lleves,
que si mi honra es tu honra,
la honra tuya le debes.

GOBER. Dice [H]oracio que robaba.

OTAV. Y tiene mucha razón,
pues cuando más le trocaba
le ha quitado una ocasión
con que el honor le quitaba.
Si es robar robar afrentas,
muera, señor, que es muy justo;
y si no, no lo consientas.
¿Con testigo tan injusto
como [H]oracio te contentas?
¿No sabes que solicita
sin respeto los amores
de mi esposa Margarita,
y por no alcanzar favores
por la armas se desquita?
Pues sabrás que ha procurado
darme muerte, y que muriera,
si este varón esforzado,
que a muerte tú has condenado,
mi vida no defendiera.
Eso quiso su rigor,
y por ver que erró la cuenta
se ha perjurado el traidor,
y quien cae en una afrenta
levanta rabias de honor.
Padre, no consentiré
que por haberme guardado
muerte mi sangre le dé.

GOBER. ¿Qué he de hacer si soy man-
[dado?

OTAV. Más que un rey manda una fe;
dale al preso libertad,
perdamos nuestras haciendas,
huyamos (1) desta ciudad.

GOBER. Que son raíces mis prendas
y ramas tu mocedad.
Calla, loco.

OTAV. Yo te digo
que me mataré primero
que mates a un tal amigo.

GOBER. Vamos, que pensarlo quiero.

OTAV. No hay pensar.

GOBER. Vente conmigo.

OTAV. No es amistad alargar
el darle socorro.

GOBER. Yo
sé valer y castigar.

OTAV. Pues sin pensar me ayudó,
dale vida sin pensar.

GOBER. También querrás que me
[acuerde
de no perder mis venturas.

OTAV. Quien las guarda, mal las pierde.

GOBER. Vamos; que en cosas maduras
tienes el seso muy verde.

(*Vanse, y salen* ASTOLFO, RICARDO *y* PORCIA.)

ASTOL. Y aparejad la partida,
que he de partir a Ferrara
luego que pierda la vida.

RICAR. Ansí se hará.

ASTOL. ¡Quién pensara
teneros tan adquirida,
Porcia de mi corazón,
que estéis sin rastro en el pecho
de la pasada afición!

PORC. Quien hace por su provecho
no merece galardón.
Lo que hice, Astolfo, es jus-
[to,
pues fué atacar pensamientos
que os han de causar disgusto,
que es rogar impedimentos
y abrir carrera a tu gusto;
y ansí, por daros placer,
pues ya le mandas sacar,
su misma muerte ha de ver,
y comience vuestro amar
del fin de su aborrecer.

ASTOL. Pues quiere mi voluntad
seguiros de toda suerte,
quiero verlo, y no es crueldad;
que yo no miro la muerte,
sino mi seguridad.
¿Y es posible que ha callado

(1) En el texto: *huigamos*.

que es señor?
PORC. Aunque se abona,
procediendo como honrado,
quiere afrentar su persona
por no afrentar a su estado.
ASTOL. Sí; que lo de [H]oracio es
[viento.
PORC. Alabemos su mentira,
que es madre de tu contento.
ASTOL. Ya el pueblo a la cárcel mira,
que ya la trompeta siento.
PORC. Si se quiere publicar
Norandino, ¿qué he de hacer?
ASTOL. Pues no [h]ay en este lugar
quien le pueda conocer,
desmentirle y porfiar.

(*Sale* NORANDINO *y el* GOBERNADOR, *y* NORANDINO *sacará una soga al cuello y un verdugo* [*irá*] *tirando, y otra gente le ayude a bien morir.*)

GOBER. Amigo, tened consuelo,
y pues os quiere ayudar,
pasad con menos recelo
el salto que habéis de dar
desta tierra a vuestro cielo.
¿No tenéis más que pedir,
ni pretender más favor?
PORC. Esto me da que reír;
mirad al Gobernador
que le ayuda a bien morir.
ASTOL. No viene muy alterado.
RICAR. Piensa espantar a la muerte
haciendo del enojado.
PORC. Aquí venimos a verte,
por ver morir a un honrado.
NORAN. Son esos tus pasos ciertos;
que los gustos mas esquivos,
ansí por sus desconciertos,
quieren ver los malos vivos
como los honrados muertos.
Pero di, ¿no me dirás
de mi muerte la ocasión?
ASTOL. En gentil locura das;
¿no te matan por ladrón?
NORAN. Tú lo debes de ser más.
ASTOL. ¿Yo ladrón? ¿De qué mane-
NORAN. Dígalo toda Ferrara. [ra?
ASTOL. ¿Qué robé, que ansí te altera?
NORAN. Lo que si yo te robara,
por ventura no te viera.
PORC. Por eso sólo te ofrezco
a tan mísera (1) fortuna.
NORAN. Ya yo entiendo que padezco,
porque soy de un sol y luna
tierra, que los escurezco.
PORC. Eclipse quiere formar
en su muerte; no es muy bueno.
NORAN. ¿Queréislo ver?
ASTOL. Sí.
NORAN. El estar
el sol de tinieblas lleno
hace a su tierra llorar.
La luna mira a su cumbre,
porque yo [que] se la impido
con tierra, con pesadumbre,
no regala el sol querido,
como tiene de costumbre.
Muere por darle un abrazo,
y los dos que en esta guerra
los tenéis en el regazo,
hacéis enterrar la tierra
por quitarle el embarazo.
PORC. ¡Qué astrólogo pensamiento!
NORAN. En las esferas me fundo,
pues voy a su acogimiento.
PORC. Yo os enviaré al otro mundo
a tener conocimiento.
No estará allá mi marido,
ni ha de estar: parte, comienza
la posta que has emprendido.
NORAN. Escribid a la vergüenza,
que al cielo se os ha subido.
PORC. Este loco se divierte;
dalde el garrote, acabad.
NORAN. Bien vuestra fe me convierte,
pues con tal felicidad,
Duquesa, tragáis la muerte.
Porcia sois, pero no fiel;
pues con tan notable indicio

(1) En el texto: *miserable*.

de rabiosa y de cruel
os tragáis mi sacrificio,
pero no las brasas dél.

PORC. Dalde la vuelta, acabad.

NORAN. Dios mío, que la verdad
sabéis, pues voy a morir,
ruégoos queráis descubrir
vuestra infinitá bondad.
No pido, mi Dios, la vida,
sino la de esta alma vuestra
sea por vos socorrida,
y sea de vuestra diestra,
como vuestra, guarecida.

(*Pónenle el cordel y danle garrote; cáese muerto, diciendo.*)

Pues, Dios mío y mi Señor,
en tus manos me encomiendo.

PORC. Contigo muere el temor
con que he vivido, muriendo
a manos de mi dolor.

ASTOL. Ya no espero más ventura,
ni prueba de mayor fe.

PORC. Amor, pues ya voy sigura,
el Gobernador le dé
al difunto sepultura.
Segaréisle la garganta
antes de eso, que recelo
que su locura me espanta,
porque temo que en el suelo
ha de brotar como planta

GOBER. En gentil cosa repara
la Duquesa, mi señora.

PORC. La vida es prenda muy cara.

ASTOL. Dénos carroza, y agora
partamos para Ferrara.

(*Vanse, y sale* FABRICIO.)

FABR. Pues no me acaba el pesar
solamente con oír
nuevas que me han de acabar;
sin duda llego a morir,
pues aquí pude llegar.
¿Qués del muerto, en quien
de la honra los despojos [están
que, muerto, con él se irán?
¿Qué es de la honra los ojos?
¿Qué es del valor de Milán?
¡A[h], señor!, ¿que os he de
muerto de aquesa manera, [ver
y a manos de una mujer?
Seguiré vuestra carrera,
pues no la puedo torcer.
Vos, mi espada, en tal sazón
traspasad mi pecho fuerte,
y dad, que es justa razón,
las nuevas de aquesta muerte
a mi triste corazón.
Entrad y hacèd por los dos
un debido y justo hecho,
antes que permita Dios
que él mismo salga del pecho
solo a traspasarse en vos.
Y tú, morada sigura
del valor y del querer,
recibe por su fe pura
este cuerpo, que ha de ser
piedra de su sepultura.
Por la injuria representas
que en tu muerte no se ataja,
justo será que consientas
a Fabricio por mortaja
para cubrir tus afrentas.
Adiós, Milán; adiós, vida.

(*Desnuda* FABRICIO *su espada y vase a arrojar sobre ella, y sale el* GOBERNADOR.)

GOBER. Hombre, ¿qué quieres hacer?
¿Quién de tu seso te olvida?

FABR. La vida quiero ofrecer
a quien me ha dado la vida:
al buen Duque de Milán
que está muerto.

GOBER. ¿Qué me dices?

FABR. Lo que las piedras dirán.

GOBER. Oye, no te escandalices,
que no es tan grande tu afán.
¿[H]ay gente?

FABR. Nadie ha quedado,
pues no ha quedado en la tierra,
porque el pueblo amotinado
con la noche, que ya cierra,

en sus casas se han cerrado.
GOBER. Llama, pues, a tu señor.
FABR. A ser santo, yo lo hiciera.
GOBER. Pues, Lázaro de tu honor,
sal de tu sepulcro afuera.

(*Revive* NORANDINO.)

NORAN. Amigo Gobernador,
¿cómo te podré pagar
una merced tan crecida?
GOBER. A Fabricio has de abrazar;
que harto más que en darte vida
hizo en quererse matar.
NORAN. Sus obras con tu deseo
compiten con igualdad.—
Dame un abrazo.
FABR. Yo creo
que es tuya aquesta verdad
y este milagro que veo.
¿Cómo el cielo te ha escapa-
mi señor, de tanta ofensa? [do,
GOBER. Porque procedió de honrado
le he librado en recompensa
de un hijo que me ha librado.
Puedo mucho en la ciudad,
pues no [h]ay cosa que no vede,
y es muy bueno hacer bondad;
que aun hasta el verdugo puede
hacer a un hombre amistad.
De su valor me he valido,
y hallo en ley de hombre llano
un Duque favorecido.
FABR. Lo que debéis a su mano
de Otavio lo [h]abréis sabido.
GOBER. Ya lo sé; vamos a dar
ocasión a que destierre
mi casa vuestro pesar,
porque es justo que se entierre
un muerto en vuestro lugar,
que le tiene aparejado
Otavio.
NORAN. Padre tan bueno
tiene un hijo tan honrado.
GOBER. De mil contentos voy lleno.
NORAN. Yo de mil gracias cargado.
GOBER. Sólo en mirar vuestra cara
pagáis.
NORAN. En más pagaré,
si la suerte, ya no avara,
quiere que la vuelta dé,
con victoria, de Ferrara.
GOBER. ¿Vais allá?
NORAN. Tras mi venganza;
que con vos tratalla puedo,
pues sois toda mi privanza.
GOBER. Astolfo partió con miedo,
temiendo vuestra pujanza;
que ha sabido que en Milán
levanta, para batillo,
mucho soldado galán,
y quiere hacer un castillo
fuerte, temiendo su afán,
donde piensa recoger
lo mejor de su nación,
con su hacienda y su mujer.
NORAN. Este castillo ocasión
de mi venganza ha de ser.
¿Tú, Fabricio, no serás
para emprender esta obra
como artífice?
FABR. Si das
en ver si el valor me sobra,
digo que haré por ti más.
NORAN. De eso pende mi ventura.
FABR. Pues la obra emprenderé,
y la pienso hacer sigura (1);
que de las escuelas sé
un poco de arquitectura.
NORAN. De suerte ha de ser, que pue-
cubrir el pecho mi brasa, [da
y el traidor que me lo veda
muera en acabar su casa
como gusano de seda.
¿La obra no se ha de dar
al que por menos la hiciere?
GOBER. Así se ha de edificar. [re],
NORAN. Pues, Fabricio, [la obra adquie-
que a mi costa has de pagar;
que pues yo estoy muerto,
fingiendo pobre caudal, [quiero,

(1) En el texto: *figura*.

servirte de jornalero
hasta que acabe el jornal
de la venganza que espero.

GOBER. Todo va muy bien trazado;
vamos, antes que la gente
nos sienta.

NORAN. Sois tan honrado,
que por el favor presente
olvido el daño pasado.

GOBER. Bien será que no rehuya
una merced tan crecida,
aunque mi oficio me arguya,
pues ya el conservar mi vida
consiste en quedar la tuya.
Mi honra, hacienda y caudal
es tuyo, pues por ti quiero [(1)
romper mi fidelidad.

NORAN. Sólo, amigo verdadero,
quiero eso de tu amistad.

(*Vanse todos, y salen* ASTOLFO, PORCIA, EMILIA, *dama, y* RICARDO.)

PORC. Ya Ferrara no es ciudad.

ASTOL. Dila cielo, pues encierra
mi ventura y tu beldad.

PORC. ¡Ay, amigo; que esta guerra
turba mi seguridad!
Bien será que cercenemos
los favores que gozamos,
querido esposo, pues vemos
que a son de cajas danzamos;
mira qué bodas tendremos.
Ansiosa y sobresaltada,
con tus plumas me recreo,
pues me enseñan, alterada,
las que en tu sombrero veo
que las veo en la celada.
Y las músicas, que dan
más donaire a mis jardines,
me acuerdan un grande afán,
el rumor de los clarines,
que llaman gente en Milán,
que con todo su poder
me dicen que vendrá presto.

ASTOL. La fuerza que se ha de hacer
contra el campo y contra el resto
del mundo os ha de valer.
Consolalda, Emilia hermosa.

EMIL. Por daros gusto lo haré.

RICAR. Pues en paz, aunque dudosa,
gozas la conjugal fe
de tu amada y bella esposa,
ya, señor, será razón
que de tu hermana te pida
la esperada posesión.

ASTOL. Deuda es esa tan debida,
que es promesa y galardón.
Dalde a Ricardo la mano,
Emilia, pues la merece.

RICAR Muchos meses ha que gano
esta merced, que parece
que aun agora espero en vano.
De este medio me he valido,
Emilia, contra el rigor
que en tu gusto he conocido;
porque un galán sin favor
ha de alcanzarle marido.

ASTOL. No te enojes, que es muy jus- [to
premio debido a su afán.

EMIL. De tu acuerdo me disgusto;
¿hombre que ofendió galán,
marido piensa dar gusto?
¡Qué! ¿No alcanza tu primor
que ha de tener por marido
mas partes?

RICAR. Si tu rigor
para allá no me ha valido,
para acá me da favor.

ASTOL. Mi palabra y voluntad
se empeñaron, y no puedes
hacer menos.

PORC. Es verdad.

EMIL. ¿Quién hace, hermano, mercedes
con ajena voluntad?

ASTOL. Yo, que pretendo tener
la de tu gusto en mi mano.

EMIL. Aunque te he de obedecer
porque soy mujer, hermano,
no quisiera ser mujer.

PORC. Gallardas son tus razones.

(1) Obsérvese la rima.

EMIL. Tienen, cuñada, tus veces;
pero mira, aunque perdones,
que es el ser mujer dos veces
tener dos imperfecciones;
y ansí, no quiero tomar
este estado por agora.
PORC. Piénsalo con más lugar.
EMIL. Donde hay acuerdo, señora,
todo es engaño el pensar.
ASTOL. Pues mira qué se ha de hacer.
PORC. No la apremies, que es infierno.

.....

(*Sale un* PORTERO *y* FABRICIO.)

PORT. Señor, los del tu gobierno
por mí te hacen saber
que en este grande oficial
el castillo han rematado,
porque con menos caudal
y en tiempo más limitado
ha de hacer tu obra real.
Da mil trazas y razones,
que publican sus estremos.
ASTOL. Pues lo quieren mis varones,
vamos, Porcia, y trataremos
del tiempo y las condiciones.—
¿De qué tierra sois?
FABR. De Amberes.
ASTOL. Talle tenéis de acertar.
PORC. ¿Qué sabéis?
FABR. Cuanto quisieres.
ASTOL. Amigo, ¿sabéis trazar?
FABR. Máquinas contra mujeres;
en eso entiendo y veréis
una que os ha de dar gusto.
ASTOL. Y con mi hermana podréis
hacer que quiera lo justo.
PORC. Astolfo, no la enojéis;
vámonos.
ASTOL. Enhorabuena.

(*Vanse* ASTOLFO, PORCIA *y* FABRICIO, *y quedan* RICARDO *y* EMILIA *solos.*)

RICAR. Más terrible es mi batalla
que la guerra que se ordena;
oye, Emilia ingrata.
EMIL. Calla;
que es cansarte y darme pena.
RICAR. ¿No me quieres?
EMIL. No te quiero.
RICAR. ¿No me has querido?
EMIL. Tampoco.
RICAR. Tienes el pecho de acero.
EMIL. Tengo al menos con un loco
poca fe, pues no le quiero.
RICAR. Oye.
EMIL. Calla.
(*Vase.*)
RICAR. Tu aspereza
en vano sigo y procuro;
no haga el Duque fortaleza,
pues puede por más seguro
encerrarse en tu dureza.

ACTO TERCERO

de LA VENGANZA HONROSA.

(*Salen* FABRICIO, *de albañil, y* NORANDINO *con él, y otros dos* CRIADOS *en el mismo traje.*)

FABR. Ya que conmigo emprendéis
lo que ninguno emprendió,
como un poco trabajéis
saldréis de laceria, y yo
del cuidado en que me veis;
porque queriéndolo hacer
con la destreza que os sobra,
la obra buena ha de ser,
si no me hacéis mala obra
en quereros detener.
NORAN. La fe y palabra te doy
de acabarla en un momento.
FABR. Vos quiero que llevéis [h]oy
las espuertas.
CR. 1.º Soy contento.
FABR. Vos la cal.
CR. 2.º Contento soy.
FABR. Vos el agua.
NORAN. ¿El agua?
FABR. Sí,
pues sois de los diligentes

que en toda mi vida vi.
NORAN. No haré mucho, que las fuentes
no están muy lejos de mí.
FABR. Este cargo se os reparte
porque trabajéis muy bien.
NORAN. Maestro, por agradarte,
trabajaré por mi parte,
y haré trabajar también.
FABR. Pues vaya con brevedad
cada cual a lo que digo.
CR. 2.º Vamos, que [h]ay necesidad
de trabajar.
FABR. Vos, amigo,
una palabra escuchad.
CR. 2.º No detenerlo es mejor.
FABR. Hermanos, no tengáis pena,
que yo salgo por fiador
de los daños.
CRIADS. Norabuena.

(*Vanse los dos* CRIADOS.)

NORAN. Fabricio amigo.
FABR. Señor.
NORAN. Por tu vida, que no [h]ay
con mi gusto así se muda. [quien
FABR. Mira que no juras bien,
porque jurando mi vida,
juras la tuya también.
Y juras con el efeto
la causa que es principal.
NORAN. En todo has sido discreto.
FABR. Discreto no, mas leal
que lo he sido te prometo.
Pero la invención sutil
¿no es muy linda?
NORAN. Por mi fe
que, con ser oficio vil,
pienso que me quedaré
convertido en albañil.
FABR. Mira que sepas, señor,
por tu honor disimular,
que aunque todo es por mejor,
será muy caro comprar
honor a costa de honor;
porque si el negocio erramos,
en gran peligro estás puesto.

(*Sale* EMILIA *a una ventana.*)

EMIL. Válgame Dios, ¿qués aquesto?
NORAN. Fía de mi industria.
FABR. Vamos
a trabajar.
EMIL. ¡A[h], maestro! (1)
FABR. Escuchad, ¿quién me ha llama-
sin duda oído nos han; [do?
vos mancebo descuidado,
¿no veis que os aguardarán?
¿Qué os estáis aquí parado?
Id volando a trabajar.
EMIL. Imaginad que es en vano
conmigo el disimular.
NORAN. Nadie disimula.
EMIL. Hermano,
escuchad.
FABR. No [h]abrá lugar,
que ha de abrir el fundamento.
EMIL. El irá luego. (*Ap.*)
NORAN. ¡Ay de mí!
Perdido soy.
EMIL. Al momento
salíos, maestro, de aquí.
FABR. Yo haré tu mandamiento.

(*Vase.*)

EMIL. Si no miente la señal
que con aquel hombre has hecho,
tú eres hombre principal,
y el encubrirte sospecho
que es para hacer algún mal.
Por eso dime quién eres,
y por qué estás disfrazado
en mi casa, si no quieres
que te acuse.
NORAN. Ya he pensado (*Ap.*)
cierta cosa.
EMIL. No te alteres;
dime la verdad, responde.
NORAN. Pues la verdad es un sol
que pocas veces se esconde,
sabrás que soy español.
EMIL. Pasa adelante.

(1) Obsérvese la rima.

NORAN. Y soy conde.
EMIL. ¿Conde?
NORAN. Sí.
EMIL. Pues ¿por qué vía
a Ferrara eres llegado?
NORAN. Iba a cierta romería.
EMIL. Pues ¿para qué te has parado
en mi casa?
NORAN. No querría
descubrirte la verdad,
ya que remedio no espero.
EMIL. Fíate de mi amistad.
NORAN. Pues sabrás que lo primero
que vi en aquesta ciudad
fué tu bello rostro hermoso,
el cual, con justa razón,
al cielo tuvo invidioso,
y encendió en mi corazón
ardiente fuego amoroso.
Viendo, pues, que era mi esta-
indigno de tu belleza, [do
di en levantar mi cuidado
junto con la fortaleza
que tu hermano ha levantado;
y ansí, por poderte ver
cada y cuando que quisiese,
albañil me quise hacer,
y que mi criado hiciese
la obra con mi poder.
Perdón, señora, te pido,
si en caso tan importante
atreverme yo he querido,
y por parecer amante
huelgo de ser atrevido.
EMIL. Por cierto, español honrado,
que he quedado satisfecha,
mas no libre de cuidado;
porque pierdo una sospecha
y otra mayor he cobrado.
NORAN. ¿Qué sospecha?
EMIL. Imaginar
que la más ardiente llama
la vemos luego apagar.

(*Sale* FABRICIO *solo.*)

FABR. ¡[H]ola, hermano!
NORAN. ¿Quién me llama?
FABR. ¿No venís a trabajar?
Poco mi dinero os cuesta.
NORAN. ¿No veis que tengo qué hacer?
FABR. Venid, que [h]abéis de poner
agua en la cal.
NORAN. Ya está puesta
toda la que es menester.
FABR. Mirad que el tiempo se gasta.
NORAN. No temáis que os haga injuria,
pues mi mano la contrasta.
FABR. Luego ¿ya perdió la furia?
NORAN. ¿No lo veis?
FABR. Aquesto basta.
EMIL. El criado que mantienes
codicioso es.
NORAN. Aprovecha
para conservar los bienes;
mas violento a la sospecha
que de mi firmeza tienes,
digo que no es menester
mi firmeza asigurar,
porque más puedes hacer
tú en dejarte querer
que otra mujer en amar.
Y si quieres de mi amor
ver el sol que al [h]orizonte
ciega con tu resplandor,
pon los ojos en el monte
de tu encumbrado valor;
que allí sus rayos ofrece,
primero que el mundo falto
de la luz que no merece,
que, como el sol que amanece,
siempre [h]iere a lo más alto.
EMIL. Basta; que yo me entretengo
con esta conversación.
NORAN. Las razones que prevengo
son hijas de la razón
que para decillas tengo,
y por eso, si las digo,
con tu licencia ha de ser.
EMIL. ¿Cómo te llamas?
NORAN. Rodrigo.
EMIL. Pues, Rodrigo, has de saber
que gusto de hablar contigo.

NORAN. Dame, señora, esos pies.
EMIL. Mucho más puedes pedirme.
NORAN. Pues suplícote me des
licencia para partirme
y para volver después,
porque no dé qué decir.
EMIL. Mucho me holgaré de ver
que me supieras pedir
la licencia del volver,
pero no la de partir;
mas aunque no [lo] supiste,
desde agora yo te doy
la licencia que pediste.
NORAN. Tu esclavo, señora, soy
por la merced que me hiciste.

(*Vase* NORANDINO *y sale* RICARDO.)

RICAR. Por cierto que yo he llegado
a venturosa ocasión.
EMIL. Parece que la intención
deste, que se ha disfrazado
por decirme su pasión,
me obliga...
RICAR. ¡Que se consienta
que ésta la gloria me quite!
No es bien que escuche mi afrenta [ta
la tierra que la sustenta
ni el cielo que la permite.
Escúchela quien alcanza
dellos el contrario intento,
y quien es, por su mudanza,
tierra de mi sufrimiento
y cielo de mi venganza.
Por eso, Emilia, es razón
que mi afrenta escuche agora.
EMIL. ¡O[h], Ricardo!
RICAR. ¡O[h], mi señora!
EMIL. ¿Qué buscas?
RICAR. Una ocasión.
EMIL. ¿De qué?
RICAR. De saber de ti
de qué gustas.
EMIL. Ya he perdido
el gusto.
RICAR. ¿Cómo ansí?
EMIL. Téngole ya muy caído.
RICAR. ¿Dónde?
EMIL. En tierra.
RICAR. ¿En tierra?
EMIL. Sí.
RICAR. Deja de dalle ese nombre,
que el gusto que te atropella
no le derribó tu estrella
en tierra, sino en un hombre
que anda siempre envuelta en [ella;
y así, para levantar
de tu gusto el edificio,
quieres, Emilia, buscar
un hombre que por su oficio
le pueda reedificar.
Pésame que en la eleción
has tenido el gusto vil;
tanto, que en esta ocasión
con un peón de albañil
me das mate de peón.
Tú podrás ser el jüez,
pues lo que pude escuchar
fué cosa de tal jaez
que no lo quiero contar
por no escuchallo otra vez.
Mal gusto tienes, ingrata,
pues no me guarda el amor
del desdén que me maltrata;
no me guarda del dolor
de los celos, que me mata;
no me guarde del disgusto
de sufrir tu engaño y dolo,
y no me guarde del justo
desengaño, sino sólo
de una mujer de mal gusto.
EMIL. ¿Piensas que soy tu mujer,
que me riñes?
RICAR. No te asombre
mi modo de proceder,
pues te riño con el nombre
de lo que [h]abías de ser.
Y ruego a Dios que no goces,
ingrata, de aquestos bienes
que me quitas.
EMIL. No des voces;
que pues en algo te tienes,
sin duda no te conoces.

¿Quién eres tú?
RICAR. ¿No está llano
que soy, he de ser y he sido
un criado de tu hermano?
EMIL. Al fin, ¿dices que has servido?
RICAR. Y por ello estoy ufano.
EMIL. Pues aquel de quien estás
con queja tan conocida,
es hombre de tal compás,
que no ha servido en su vida
sino a las damas no más.
RICAR. Siendo albañil, ¿no es villano?
EMIL. No entremos en ese abismo,
porque está sabido y llano
que tú sirves a mi hermano,
y el albañil a sí mismo:
que en género de valor,
es el tuyo más ruín,
aunque sirve a buen señor.
RICAR. Al fin ¿le tienes amor?
EMIL. Yo no tengo amor al fin.
RICAR. Luego ¿al principio te agrada?
EMIL. No sé.
RICAR. Pues me vuelves loco,
mira, pues eres honrada,
que a mí me dejas por poco
y a ese otro escoges por nada.
Mas ¿qué digo? No lo advier- [tas.
ofrécele tu valor,
cierra a (1) Trajano las puertas,
que en la guerra de mi amor
siempre estuvieron abiertas;
que pues lo quieres, me iré
a morir desesperado,
y a los hombres pediré
albricias de [h]aber hallado
la mujer de menos fe.

(*Vase.*)

EMIL. Ya te [h]abías de [h]aber ido
donde jamás parecieras;
que sin duda hubieras sido
venturoso si te fueras
antes que hubieras venido.

Pero dejando el desdén
con que atormentarle quiero,
verás, mi español, el bien;
que ya por hablarle muero,
y por no hablarle también.

(*Quítase de la ventana, y sale* ASTOLFO *y* FABRICIO.)

ASTOL. Mucho más que la bondad
la brevedad advertí.
FABR. No tienes necesidad
de decirlo, porque a mí
me importa la brevedad.
ASTOL. [H]oy he sabido que tienen
los de Mantua y de Milán
pesar porque se detienen.
FABR. ¿Has sabido cuántos van?
ASTOL. Mejor dirás cuántos vienen;
y ansí, porque yo sospecho
que no están muy lejos, digo
que aunque se pierda el pertre- [cho,
en viniendo el enemigo,
derribes lo que está hecho.
Que este muro, que me cierra
muy mejor que deste modo,
estará para la guerra,
o levantado del todo,
o puesto todo por tierra;
porque el fuerte comenzado,
será, conforme se espera,
defensa estando acabado,
y si no, será escalera
para cualquiera soldado.
FABR. Eso, señor, no te espante;
que yo, en viéndole llegar,
le derribaré al instante,
porque lo más importante
de mi oficio es derribar.
Con esto, me da, señor,
licencia, y ten esperanza
de que saldré con mi honor.
ASTOL. Basta.
FABR. Sí; que lo peor
que hay en esto es la tardanza.

(*Vase.*)

(1) En el texto: *ciérrale.*

ASTOL. Pues sé que todo el estado
de mi enemigo cruel
contra mi se ha conjurado,
y esto lo sé como aquel
que sé lo que le he quitado,
sólo defender querría
la vida de Porcia hermosa.

(*Sale* PORCIA.)

PORC. ¿Astolfo?
ASTOL. ¿Señora mía?
PORC. Quiero contarte una cosa
que parece niñería.
ASTOL. Mejor lo podéis contar,
mi Porcia, cuando lo sea.
PORC. Sabrás que salí a mirar
la gente que en levantar
esa muralla se emplea,
y entre ellos vi un hombre,
una imagen natural [digo,
del hombre que, por su mal,
fué mi esposo y tu enemigo.
ASTOL. Señora, no digáis tal;
que vuestro esposo murió,
y vos lo sabéis de cierto.
PORC. De modo me pareció,
que a no saber yo ques muerto,
muriera en viéndole yo.
ASTOL. Reportaos; no estéis turbada,
que ese miedo que [h]ay en vos
formó la ilusión pasada,
porque el miedo, sin ser Dios,
suele hacer algo de nada;
y nada, estando conmigo,
os ha de causar espanto.
PORC. Porque creas lo que digo,
ya viene el hombre que tanto
le parece a mi enemigo.
ASTOL. Huélgome en verdad que vie-
¿cuál es? [ne;
PORC. El que viene allí.
ASTOL. Digo, señora, que tiene
el mismo rostro.

(*Sale* NORANDINO.)

NORAN. ¡Ay de mi! (*Ap.*)
Disimular me conviene.
PORC. Mira si tendré temor,
viendo casi a mi enemigo.
ASTOL. Llamarle será mejor.—
¡Hermano, hermano! ¿A quién
¿No me respondéis? [digo?
NORAN. Señor,
no tengo hermano ninguno.
ASTOL. ¿No somos los dos al fin
hijos de Adán?
NORAN. ¿Luego el uno
de los dos será Caín?
.....
ASTOL. ¿Quién lo será?
NORAN. No lo sé.
ASTOL. Bachiller me has parecido.
NORAN. Tú licenciado.
ASTOL. ¿Por qué?
NORAN. Porque licencia has tenido.
PORC. ¿No le parece?
ASTOL. Sí, a fe.
NORAN. ¿De qué os espantáis?
ASTOL. De ti,
que nos pareces a un muerto.
NORAN. No lo creáis.
ASTOL. ¿Cómo ansí?
NORAN. Porque, señor, lo más cierto
es que me parezco a mí.
ASTOL. ¿Cómo te llamas?
NORAN. Rodrigo.
ASTOL. ¿Quién eres?
NORAN. Un albañil.
ASTOL. Pues ¿por qué ocasión, amigo,
sigues oficio tan vil?
NORAN. Por parecerme a quien sigo.
ASTOL. ¿A quién sigues?
NORAN. A mi suerte.
ASTOL. ¿En qué parece a tu oficio?
NORAN. En ser temeraria y fuerte,
pues levantó un edificio
que ha de parar con la muerte.
ASTOL. Y tu oficio ¿es temerario?
NORAN. Sí; pues el que en él se cría
suele caer de ordinario.
ASTOL. Tú, ¿caíste nunca?
NORAN. Un día.

ASTOL. ¿De dónde?
NORAN. De un campanario.
ASTOL. ¿Fué alto?
NORAN. Ansí como yo.
ASTOL. No fué caída cruel.
NORAN. Antes ningún hombre dió
mayor caída que aquel
que de sí mismo cayó.
ASTOL. Digo que es pieza extremada.
PORC. Sin duda parece loco.
NORAN. ¿Qué decís?
ASTOL. No dice nada,
sino que hablemos un poco
de la obra comenzada.
NORAN. No me detengáis, señor,
que están haciendo el pertrecho,
y fáltales lo mejor,
que es el agua.
ASTOL. Yo sospecho
que no admites mi favor.
NORAN. Sí admito.
ASTOL. Si no te vas,
me darás mucha alegría.
PORC. ¿Qué quieres hacer?
ASTOL. Sabrás
que deseo, Porcia mía,
abrazarte donde estás;
que pues con lo que te pido
ya no puedo, Porcia hermosa,
ofender a tu marido,
quiero ofender una cosa
que tanto le ha parecido.
Pues como presente esté
un hombre tan semejante
a tu marido, podré
decir, mi bien, que delante,
delante dél te abracé,
y será grande trofeo
abrazarme.
PORC. A mi medida
es cortado ese deseo.

(*Abrázanse.*)

NORAN. ¡Que sin quitarles la vida [*Ap.*]
es posible que tal veo!
Gente mal nacida, infame,
[*Alto.*]
digna de cualquier injuria,
¿queréis que luego se inflame
mi pecho en ardiente furia
y vuestra sangre derrame?
¿Imagináis que no escucho
lo que vuestro pecho intenta
por ponerme a mí en afrenta?
Pues a fe que antes de mucho
venga el día de la cuenta,
donde pagaréis, traidores,
el pensamiento inhumano
de vuestras culpas y errores.
ASTOL. ¿Por quién lo dices, villano?
NORAN. Por estos trabajadores,
que por verme divertido,
desde aquí he visto que están
luchando a brazo partido;
mira, señor, cómo harán
aquello que han emprendido
si están abrazados.
ASTOL. Di:
¿qué importa su desvarío
para que salgas de ti?
NORAN. Porque es, señor, daño mío
el estar ellos ansí.
ASTOL. ¿Eres tú el maestro?
NORAN. No;
pero es tan claro y sabido
que este oficio me encargó;
porque maestro no he sido,
sino de mis males, yo.
ASTOL. ¿Cómo va la obra? ¿Crece?
NORAN. Es la confusión (1) tan brava,
señor, que en ella se ofrece,
que a la torre me parece
que Nembrot edificaba;
pues todo en ella se yerra,
porque le causa la fragua
de la confusión tal guerra,
que, por dar tierra, dan agua;
y por dar agua, dan tierra.
ASTOL. Dime, Rodrigo, aunque veo
la diligencia ruín,

(1) En el texto: *confesión.*

que conforme dices creo,
aun no podré ver el fin
de la obra que deseo.

NORAN. Descuídate tú y verás
el fin que ver pretendiste
de lo que esperando estás,
porque el fin dello consiste
en descuidarte, y no más.

ASTOL. ¿En descuidarme?

NORAN. Sí.

ASTOL. Errado
vas en aqueso, Rodrigo;
que nunca el descuido [h]a dado
cosa buena.

NORAN. De mí digo
que me estorba tu cuidado.

ASTOL. Pues quiérome descuidar.

NORAN. Yo no, señor, de traer
el agua que es menester
para el pertrecho.

ASTOL. Lugar
para todo has de hacer.
Vete con Dios.

(*Vase* NORANDINO.)

PORC. No querría
mirar al que ver no puedo.

ASTOL. ¿Qué es aquesto, Porcia mía?
¿Todavía tenéis miedo?

PORC. Miedo tengo todavía.

(*Sale* RICARDO.)

RICAR. Quiero que mi pecho fiel
de una infiel tome venganza.

ASTOL. ¿De quién le tienes?

RICAR. De aquel
que es retrato y semejanza
de tu enemigo cruel.

ASTOL. Déjate deso.

RICAR. Señor,
contarte, si mandas, quiero
cierta cosa.

ASTOL. ¿Qué color
es aquese que traes?

RICAR. Muero.

ASTOL. ¿De qué mueres?

RICAR. De dolor.

ASTOL. ¿De qué?

RICAR. De haber visto...

ASTOL. ¿A quién?

RICAR. A tu honor puesto en aprieto,
y a mi ventura también.

ASTOL. Dime, Ricardo, en secreto,
lo que ha pasado.

RICAR. Pues ven.

ASTOL. Dame licencia.

PORC. Pues mides
mi fe con la que te quiero,
de pedirla no te olvides.

(*Vase* ASTOLFO *y* RICARDO.)

A ti, que en el alma infiero
de persona a quien la pides;
pero es tal mi condición,
que sólo por el desvío,
a encubrirme esta pasión
engendró en el pecho mío
su hijo la privación.
Este es un monstruo maldito,
que es de la gente [h]omicida,
con el nombre de apetito.

(*Sale* NORANDINO.)

NORAN. Yo me quitaré la vida,
si agora no se la quito;
que ya [no] la puedo hallar
sola, a pesar de mi estrella;
tan sola en este lugar
haré que quede, que aun ella
con ella no ha de quedar.
¡Vive Dios, que ha de morir,
pues por su gusto malvado
me ha querido destruír!

PORC. ¿No es bueno que a este hom-
[bre ha dado
en venirme a perseguir?

NORAN. Dadme, o[h] cielos soberanos,
venganza de tantos duelos;
mas son pensamientos vanos
estar pidiendo a los cielos
lo que pueden dar mis manos.
¡Muera la infame!

(*Va a dar* NORANDINO *con una daga a* PORCIA *y sale* EMILIA.)

EMIL. Rodrigo,
¿dónde vas?
NORAN. Déjame agora;
¿qué quieres?
EMIL. Hablar contigo.
NORAN. Maldigo tu amor, señora,
y tu venida maldigo.
PORC. No quiero verme en contienda
con quien mi gusto contrasta.

(*Vase.*)

EMIL. ¿Posible es que yo te ofenda
con mi venida?
NORAN. ¿No basta
que me estorbes de mi hacienda?
EMIL. Si es hacienda estar parado,
tú tienes culpa también.
NORAN. Mal conoces mi cuidado.
EMIL. No puedo conocer bien
a quien tan mal me ha tratado;
que este cuidado violento,
el cual engañó la entrada
de mi altivo pensamiento,
tanto, que ser engañada
más que aborrecida siento.
Por eso quiero decir,
viendo tu maldad extraña,
que debes de presumir,
Rodrigo, que soy España,
que me quieres destruír.
Y ansí, por tener lugar
de emplear tu furia brava,
has querido fabricar,
como albañil, una cava,
do me puedas sepultar.
NORAN. Señora...
EMIL. No es menester
que te encubras ni disfraces,
pues sin duda esta mujer
es la causa por quien haces
la obra con tu poder.
NORAN. Dios sabe si puedo vella
mas que al demonio.
EMIL. Pues di,
¿no estabas solo con ella,
y por verme entrar a mí
de mí formaste querella?
NORAN. ¿Sospechas quieres tener?
EMIL. Antes no; que el verte estar
solo con esta mujer
tanto ha dado que creer,
que no hallo que sospechar.
Vuelve a llamarla, Rodrigo;
que yo me obligo, si quiere,
a dejarla aquí contigo,
y aun a callar lo que oyere,
que es lo que importa, me obligo.
Con tu prenda regalada
goza la ocasión presente;
mira que se va enojada,
y es mujer que está enseñada
a irse ordinariamente.
NORAN. Aunque de mí te has quejado,
favorecido me dejas,
pues este favor me dejas,
como en diamante, engastado
en el metal de tus quejas;
que las quejas, cuando son
desta manera, regalan
con su efeto el corazón,
y como norte señalan
las Indias del afición;
y así, desde agora digo
que he sido inconsiderado
en hacer esto.
EMIL. Rodrigo,
no confieses el pecado,
aunque mereces castigo.
No confieses la traición
a la persona ofendida,
y si a dicha tu afición
ha de morir por tu vida,
no muera sin confesión.
Solo este favor te pido
por las muestras que en mi pecho
de afición has conocido.
NORAN. Es el favor que me has hecho
tan levantado y subido,
que hasta el alma te daré
por un bien tan soberano.

EMIL. Si me le das con la mano,
de esposa la tomaré,
aunque no quiera mi hermano.
NORAN. En gran confusión me has
con lo que pides. [puesto
EMIL. Rodrigo.
¿no me respondes a esto?
NORAN. Digo que a dalla me obligo,
pero no ha de ser tan presto,
porque un negocio tan grave
no se puede hacer volando.
EMIL. ¿Cuándo será?
NORAN Cuando acabe
lo que estoy haciendo.
EMIL. Y ¿cuándo
lo acabarás?
NORAN. Dios lo sabe.
EMIL. Pues, Rodrigo, yo me voy,
porque puedas acabar.
NORAN. Sigura puedes estar
de la palabra que doy.
EMIL. Con ésta me quiero entrar.

(*Vase.*)

NORAN. ¡Ventura [h]a sido tener
fuerzas contra su opinión,
pues tiene tanto poder
con celos una mujer,
como un hombre con razón!
Y aunque ventura he tenido,
medio corrido me voy,
porque matar no he podido
aquella por quien estoy
tan afrentado y corrido.

(*Vase* NORANDINO, *y salen* ASTOLFO *y* FABRICIO.)

ASTOL. Maestro, a mí me conviene
que muera luego.
FABR. Señor,
sepamos qué culpa tiene.
ASTOL. Rodrigo ha sido traidor,
y así, es bien que le condene.
FABR. Tiempla, señor, tus enojos,
y dime lo que ha pasado.
ASTOL. Puso en mi hermana los ojos,
de suerte que ella le ha dado
del corazón los despojos.
FABR. ¿Quién te ha dicho que él se
[abrasa?
ASTOL. Uno que por mil testigos
vale en contar lo que pasa.
FABR. Mira, señor, que en tu casa
tienes grandes enemigos,
y que el mozo es hombre hon-
y trabaja bien. [rado
ASTOL. Maestro,
excusalle es excusado.
FABR. Considera que es muy diestro.
ASTOL. Poco en esto lo ha mostrado;
al momento ha de morir;
llámale luego.
FABR. Señor,
sólo te quiero advertir
que para todo es mejor
esa muerte diferir.
ASTOL. ¿Para qué es mejor?
FABR Sabrás
que te labra por su parte,
por ser él por quien sabrás (1)
la ocasión por que librarte
de tu enemigo podrás;
que aquesta mina que intento,
sin que nadie pueda vella,
la cual rompe el fundamento
de una pared, y por ella
sube a dar a tu aposento,
es secreto de manera,
que podrás, estando preso,
sin verte los de allá fuera,
bajar, porque está en lo grueso
de la pared la escalera.
Y esta noche ha de ser hecho,
según del hombre confío.
ASTOL. De dejarte satisfecho
no trato, porque del mío
ha de nacer tu provecho.
De lo que quiero tratar
es de que muera el traidor
en acabando de obrar,

(1) Obsérvese la repetición.

porque si muere, mejor
podrá el secreto guardar;
y no nos pondrá en aprieto,
queriéndolo descubrir.

FABR. Pues, señor, yo te prometo
que el traidor ha de morir
en acabando el secreto.

ASTOL. Eso es lo que determino,
y prometo agradecerte.
Adiós.

(*Vase.*)

FABR. Por tu desatino
harás la salva a la muerte
que debes a Norandino,
cuya nobleza y valor
escurece la memoria.

(*Sale* NORANDINO.)

NORAN. ¡O[h], Fabricio!

FABR. ¡O[h], mi señor!
a pesar deste traidor,
alcanzarás la vitoria.

NORAN. Sepamos por qué razón
dices esto.

FABR. El alma mía
te vió en la imaginación
muerto, como el otro día,
aunque por otra ocasión.

NORAN. ¿Muerto dices?

FABR. Muerto digo;
que dos muertes semejantes
te quiso dar tu enemigo,
como a Norandino antes,
y agora como a Rodrigo.

NORAN. ¿Por qué me daba la muerte?

FABR. Por pensar que pretendiste
a su hermana.

NORAN. ¿De qué suerte
librarme deso pudiste,
siendo el contrario tan fuerte?

FABR. Díjele, señor, que estabas
ocupado en un secreto
que para su bien labrabas;
y ansí, te tiene respeto
entre tanto que le acabas.

NORAN. Y después ¿cómo lo haremos,
Fabricio?

FABR. De eso te olvida;
que esta noche acabaremos
este secreto que hacemos
para quitarle la vida;
que el castigo concertado
esta noche le vendrá,
y vendrá disimulado
de noche, porque será
de la color del pecado.
Ten buen ánimo, señor,
pues a un hombre bien nacido
sabes que le está mejor
cobrar el honor perdido
que cobrar de nuevo honor.
Ven luego, que es menester
que la vil sangre derrames
de Astolfo y de su mujer,
y mira si como infames
no los pongo en tu poder.

NORAN. ¡O[h], caro amigo! No siento
con qué poderte pagar.

FABR. Yo sí.

NORAN. Pues dilo al momento.
¿Con qué podré?

FABR. Con callar
y seguirme.

NORAN. Soy contento.

(*Vanse, y sale el* DUQUE DE MANTUA *y el* MAYORDOMO, *y algunos soldados.*)

DUQUE. Pues por vengar la traición
vengo de cólera ciego
volando por la región,
no del aire, mas del fuego,
que me abrasa el corazón,
bien es, soldados valientes,
que en semejantes aprietos
quitéis vidas, prendáis gentes,
tulláis brazos, cortéis petos,
postréis muros, rompáis puentes.
Cielos, pues veis mis tormen-[tos,
porque mi venganza vea
juntamente mis contentos,
haced que mi cuerpo sea

de solos dos elementos;
y ansí podre desfogar
mi cólera arrebatada,
que no quiere el alma osada
agua, pues no ha de llorar,
ni tierra, por ser pisada.
Consúmanse los dos luego,
y porque pueda acaballos,
dejad en mi cuerpo ciego
el viento para alcanzallos,
y para abrasallos fuego.
Y aunque de noche lleguemos
a cercar esta ciudad,
yo sé que la cercaremos
con muy buena claridad
que la razón que tenemos;
que pues murió Norandino,
todo este pueblo asolar
por vengarme determino.

MAYOR. Con gana de pelear
todo el campo, señor, vino;
mira si mandas que luego
se dé el asalto.

DUQUE. Sí, amigo;
y pues de enojo (1) estoy ciego,
.....
armas.

TODOS. ¡Armas, fuego, fuego!

(*Vanse.*)

(*Salen* RICARDO *y* EMILIA.)

EMIL. ¿Quién es el que alborotó
con este asalto la tierra
que a los demás sujetó?

RICAR. ¿Tú tienes miedo a la guerra?

EMIL. ¿Quién no le tiene?

RICAR. Yo.

EMIL. ¡Yo!
¿Eso dices?

RICAR. Y no en vano;
pues de aquella que me ofende
no tienes temor.

EMIL. Tirano,
déjate deso, y entiende
en despertar a mi hermano,
porque llamándole están
los que han menester su ayuda
para remediar su afán.

RICAR. Pues yo voy luego.

(*Vase.*)

EMIL. Sin duda
que es el campo de Milán,
que por subir las banderas
del gran Dios de las batallas,
arriman sus gentes fieras
a las soberbias murallas,
codiciosas de escaleras;
y podrán subir contentos,
pues sus vasallos feroces
tanto mudan sus intentos,
que levantando las voces,
humillan los pensamientos.

(*Sale* RICARDO *alborotado.*)

RICAR. ¡O[h], bella Emilia! No
[acierto
a decirte que tu hermano
está durmiendo y despierto,
y por hablarte más llano,
a decirte que está muerto.

EMIL. ¿Qué dices?

RICAR. De su aposento
he salido en este punto,
y vi su cuerpo sangriento
con el de Porcia difunto.
Sególes la muerte esquiva
las cabezas de los cuellos,
y de tal suerte los priva
del vivir, que no [h]ay en ellos,
si no es sangre, cosa viva.
Sospecho, si no me engaño,
que Milán el invencible
causó este dolor extraño.

EMIL. Aunque parece imposible,
lo creo por ser mi daño;
que la fortuna cruel
siempre ofenderme profesa
más que a nadie.

RICAR. Este papel

(1) En el texto: *enojos.*

estaba sobre la mesa.

EMIL. Mira pues lo que [h]ay en él.

(*Lee* RICARDO *el billete.*)

"No busquen quien ha hecho esta "venganza, porque Norandino, duque de "Milán, por cobrar el honor que As"tolfo y su mujer le [h]abían quitado, "después de trabajar en esta obra con el "nombre de Rodrigo, les cortó las ca"bezas; y por si alguno pretende que "lo que hice no fué de caballero, deter"mine de presentarse en el campo del "duque de Mantua, que tiene cercada "esta ciudad, donde defenderá lo contra"rio con la espada en la mano.—*No*"*randino.*"

EMIL. ¿Es posible que Rodrigo [*Ap.*]
fué Norandino el traidor?
Vayan a darle el castigo.
Muera; mas si muera digo,
digo que muera de amor;
que agora le quiero más
por su esfuerzo, talle y brío.—
Tú, Ricardo, ¿no saldrás
[*Alto*]
al campo, y un desafío
con el Duque emprenderás,
probándole que es traición
lo que hizo?

RICAR. Como fiel,
vengaré tu corazón.

EMIL. Todo es buscar ocasión (*Ap.*)
de poder hablar con él,
para poderle pedir
la palabra que me ha dado.

RICAR. Al punto quiero partir,
si a ti te place.

EMIL. A tu lado
quiero, Ricardo, salir,
por verlo todo.

RICAR. Señora,
vamos; pero has de saber
que no será menester
partirnos del sol agora,
si tus ojos lo han de ver.
(*Vanse.*)

(*Entra el* DUQUE DE MANTUA *y el* MAYORDOMO.)

DUQUE. Pues se ríe el alba bella
y nos quiere hacer la salva,
siendo tan hermosa estrella,
riámonos con el alba
y alegrémonos con ella,
ya que tienen que llorar
los que se han visto a la clara
sus murallas escalar.

MAYOR. Dos vecinos de Ferrara,
señor, te quieren hablar.

DUQUE. ¿Son hombres de calidad?

MAYOR. Antes son humilde gente.

DUQUE. ¿Supiste su voluntad?

MAYOR. Tráente, señor, un presente
de parte de la ciudad.

DUQUE. Si es presente, venga luego.

(*Salen* NORANDINO *y* FABRICIO *con las cabezas de* ASTOLFO *y* PORCIA, *en una fuente cubierta con un tafetán.*)

NORAN. Dame tus pies.

DUQUE. ¡Norandino!

NORAN. Que me des tus pies te ruego
antes de hablarte.

DUQUE. Imagino
que estoy de contento ciego.
¿Eres Norandino?

NORAN. Sí.

DUQUE. ¿No fuiste muerto?

NORAN. Señor,
fué esa muerte para mí,
en cierto modo, mejor
que la vida.

DUQUE. ¿Cómo así?

NORAN. Porque por ella he cobrado
el honor con que me tratas.

DUQUE. Luego ¿ya vienes vengado?

NORAN. Estas cabezas ingratas
te dirán lo que ha pasado.
(*Descubre las cabezas.*)
En ellas verás que sé

vengarme, como hombre sabio,
de quien me hace por qué,
pues del libro del agravio
son dos hojas que rasgué.

DUQUE. La sangre que derramar
de unas dellas estoy viendo
con muestras de algún pesar,
aunque muerta, está muriendo
por volverse a su lugar.
¡Ay, sangre! ¿por qué has [querido
que el nombre de río te cuadre?
pues poco le has parecido;
que el río salió de madre,
y tú de padre has salido.
De tu padre, a su despecho,
saliste, después de dar
fin a los males que has hecho,
y vuelves, como río, al mar
de las penas, que es mi pecho.
Muchas penas me has causado,
hija mía, y no te asombre
este nombre que te he dado,
que pues pagaste el pecado,
bien puedes cobrar tu nombre.

NORAN. Consuélate, si es posible.

DUQUE. Antes yo curarme intento
de una herida muy terrible,
que ha de causar sentimiento
un pecho que fué movible.

FABR. Rompido me ha el corazón.

MAYOR. Y a mí los ojos en llanto.

NORAN. De tu lástima me espanto.

DUQUE. ¿Quién no llora con razón?

NORAN. Sí, señor; pero no tanto.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIAD. Una dama quiere entrar
y un caballero con ella.

DUQUE. Bien puedes dalles lugar.

CRIAD. La dama es, señor, tan bella
que no [h]ay más que desear.

(*Salen* RICARDO *y* EMILIA.)

RICAR. ¿Quién es Norandino aquí?

NORAN. Es uno que sabrá bien
dar buena cuenta de sí;
pero sepamos a quién
ha de responder.

RICAR. A mí.

NORAN. ¿Quién eres tú?

RICAR. Soy hechura
del Duque muerto.

NORAN. Por cierto
que hechura de un hombre
pide mucho. [muerto

RICAR. Hablar procura
con más orden y concierto,
y dime si eres aquel
que voy buscando.

NORAN. Yo soy.

RICAR. Pues yo buscándote voy
por lo que en aquel papel
dejaste escrito.

NORAN. Aquí estoy.
¿Qué quieres?

RICAR. Decirte quiero
que aquella venganza fiera
no ha sido de caballero.

NORAN. Luego lo verás.

EMIL. Espera.

NORAN. En esta ocasión no espero.

EMIL. Aunque, señor, no te enfrene
el furor que te atropella,
peligro tu vida tiene,
pues para reñir conviene
tener muy buena querella.
Y pues sé que ha de venir
en tal peligro tu vida,
razón será que te pida
que te acuerdes de cumplir
la palabra prometida;
no mueras sin confesión
y me dejes sin ventura.

NORAN. Cuando no fuera razón
lo que pide tu hermosura,
me pone en obligación;
y ansí, te quiero entregar
fe y palabra de marido.

RICAR. Si tú te quieres casar
yo no quiero pelear,
sino darme por vencido.

EMIL. No perderás la ocasión;
date norabuena.
RICAR. ¡Ay, triste!
¿A ver eso me trajiste?
¿Aqueste es el galardón,
señora, que me ofreciste?
NORAN. Aunque me has alborotado,
repórtate, no te aflijas;
que yo te doy por honrado,
y de Ferrara el estado
quiero que en mi nombre rijas
que, pues es de mi mujer,
claro está que será mío.
EMIL. De todo puedes hacer
a tu gusto.
RICAR. No confío
menos de tu gran poder.
DUQUE. Saber, Norandino, quiero
con quién os habéis casado,
pues tenemos concertado
que [h]abéis de ser heredero
universal de mi estado.
NORAN. ¿No ves que la hermana es
del que nos puso en afrenta?
DUQUE. Quiero, pues, por mi interés,
abrazalla.
EMIL. Soy contenta,
como las manos me des.
NORAN. Tú, Fabricio, que mi honor
pudiste librar de afán,
quiero, por tanto valor,
hacerte gobernador
de mi estado de Milán.
FABR. De modo estoy satisfecho,
señor, que quedo obligado.
DUQUE. Hijo, tan bien lo [h]abéis he-
[cho,
que el gozo [h]abéis despertado,
que estaba muerto en mi pecho,
pues con tal hija y tal hijo,
tan discreta como hermosa,
tendrá mi alma dichosa
principio este regocijo
y fin *La venganza honrosa.*

(*Vanse todos, con que se da fin a la famosa comedia de* LA VENGANZA HONROSA.)

LA FAMOSA COMEDIA

DE

EL HIJO OBEDIENTE[1]

COMPUESTA POR

MIGUEL BENEYTO

POETA VALENCIANO

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES:

EMPERADOR.
LEÓN, *príncipe.*
ROSAURA, *dama.*
IRENE, *dama.*
ROSAURO, *general.*
MAURICIO, *traidor.*
Un CAPITÁN.
DALMACIO, *soldado.*
SULPICIO, *soldado.*
Dos SOLDADOS.
Dos CRIADOS.
Tres de acompañamiento.
[SOLDADOS.]

LOA

Arménicos basiliscos,
índicos rinocerontes,
arábigas hidras fieras,
ilíricos escorpiones,
las engañosas panteras,
cocodrilos y dragones,
las cítalas venenosas
y los grifos voladores;
los cerdosos jabalíes,
los africanos leones,
los áspides egipcianos
y los toros españoles;
los caballos, los camellos,
los rangíferos veloces,
los dromedarios ligeros
y las más ocultas tierras
voraces y agrestes lobos,
hircanas tigres feroces
y las más ocultas tierras
de los coronados montes;
las incomparables furias
del lago de Flegetonte,
si se considera bien,
todo está sujeto al hombre.
Veladoras atalayas,
antepechos defensores,

---

(1) La *Loa* que precede a esta comedia es la misma puesta al frente de *La suerte sin esperanza*, con ampliaciones y variantes. Véanse en el tomo I las *Observaciones preliminares*

puertas de hierro colado.
fortificados torreones.
Minas, cuevas, terraplenos,
fortificados bestiones,
hondos fosos, altas puentes,
almenas y muros dobles.
Pirámides, obeliscos,
castillos, fuerzas y torres,
pilares de jaspe y mármol,
columnas, peñas y bronce;
las urcas y galeazas,
las jarcias y moniciones,
las milagrosas galeras
con lámparas y faroles,
las moriscas galeotas,
los cristianos galeones,
los pequeños bergantines,
los navíos de alto borde,
los esquifes perezosos,
los patajes corredores,
y las fragatas ligeras,
todo está sujeto al hombre.
La fuerte y gallarda Troya
que edificaron los dioses,
los griegos la destruyeron
y en guerra fuerte acabóse;
tuvo la ilustre Cartago
Aníbales vencedores,
mas tuvo Cipiones Roma
y asolaron los Cipiones;
nuestra vencedora España,
por la traición de un Conde,
a bárbaros e infieles
como vencida entregóse;
fué la celebrada Roma
cabeza de todo el orbe;
pero a Atila, Rey Godo,
y a Breno Francés rindióse.
En Nínive la espaciosa
murieron los valedores,
Arbayes la destruyó,
Sardanápalo matóse.
Troya, Cartago y España,
Roma, Nínive, señores,
rindieron hombres, que al fin
todo está sujeto al hombre.

El Patriarca Noé,
por sacro y celeste orden
hizo un arca, en cuyos senos
del gran diluvio libróse.
Sacrificar quiso Elías
sin fuego, y el cielo dióle
fuego que bajó del cielo,
y el Rey Acab convirtióse.
Entró Sansón en el templo,
y con las fuerzas diformes,
por dar muerte a sus contrarios,
aunque murió, derribóle.
Venció David al Gigante,
casó con Micol, ungióse,
ganó diversas provincias,
rindió bárbaras naciones.
Lidiando el gran Josué
contra infieles gabaones,
temió que el sol se pasase
y que llegase la noche;
al sol mandó que parase,
el gran planeta paróse,
que si el hombre es justo y bueno,
todo está sujeto al hombre.
Los movimientos del cielo
en la tierra se conocen,
y se ve que un orbe mueve
a todos los demás orbes;
y puestos diametralmente,
luna, sol, cuando más corre,
es ocasión que la luna
los rayos del sol no goce.
Eclípsase el claro sol,
y la luna se le opone,
y en Dragón más feroz
es en todas las regiones.
Sabe el hombre que [h]ay menguantes,
crecientes y conjunciones,
que son los Planetas siete,
y que los signos son doce;
que Júpiter es benigno
Marte fiero, Apolo noble,
que Venus engendra amor,
y Mercurio salteadores;
de Saturno la pereza
y de la diosa Triforme,

del velocísimo curso,
todo está sujeto al hombre.
Sueltan cursados neblíes
los discretos cazadores,
y con las plumas ligeras
el ligero viento rompen;
la garza bajan al suelo,
los cazadores la corren,
y al fin se humilla la garza,
y el soberbio cuello encoge;
a los fieros avestruces,
que pesados hierros comen,
después de [h]aberlos cogido
los encierran en prisiones;
el furioso puercoespín,
que en hondos riscos se esconde,
con lebreles irlandeses
persiguen, matan y cogen;
al celebrado Unicornio
una doncella le ponen,
a quien humilde se allega,
donde le fuerzan prisiones;
las aves que el cielo cría,
y las fieras de los bosques
sirven al hombre, que al fin
todo está sujeto al hombre.
La tierra produce plantas,
las plantas producen flores,
las flores producen frutos,
el hombre los frutos coge;
todas las cosas criadas
por señor le reconocen,
alúmbrale el sol de día,
la clara luna de noche;
si el hombre todo lo puede
desde el uno al otro Norte,
no [h]ay cosa que se le esconda,
ni animales que no dome.
¿Cómo pediré silencio?
¿Cómo podré dar un corte,
para que los ingeniosos
nuestras faltas nos perdonen?
En la presente comedia
vuesas mercedes nos honren,
y el oro de su nobleza
nuestros yerros cubra y dote.
Ya la comedia empezamos,
y a discretas sujeciones
nos sujetamos, que al fin
todo está sujeto al hombre.

FIN DE LA LOA.

JORNADA PRIMERA

(*Salen* MAURICIO *y* IRENE.)

MAUR. Yo te adoro.
IRENE. ¿Tú me adoras?
¿Tú me hechizas; tú me encan-[tas?
¿Tú, que con muestras traidoras,
como cocodrilo lloras,
y como sirena cantas?
¿Tú, que con falsos antojos
mis ojos quieres cegar?
¿Tú, que causas mis enojos?
MAUR. Bella Irene de mis ojos,
escucha.
IRENE. ¿Qué he de escuchar,
siendo tú quien libremente
osas con pecho seguro
estar a mi ruego ardiente
más sordo que la serpiente
a las voces del conjuro;
y siendo yo, la que fuí
tan loca, en guardarte fe,
que jamás he visto en ti;
que un Imperio despreció
por el que tienes en mí?
Yo soy quien por ti he guar-[dado
el alcázar de mi honor,
que jamás le han derribado
los combates que le ha dado
el rendido Emperador.
No me derribó interés
de su riqueza y persona,
aunque pude, como ves,
tropezar en la corona
que él puso bajo mis pies;
y ésta fuí, y es por demás
nuestros yerros cubra y dore.

MAUR. Si te he dejado decir,
fué, que por sentirlo más,
quise mis culpas oír;
y mira bien cómo siento
tu queja, pues me provoca
a tan cierto sentimiento,
que palabras de tu boca
me pudieran dar tormento.
Ya soy otro del que fuí;
ya triunfas de mis despojos.
IRENE. ¿Eso me dices a mí?
MAUR. Mira bien de los mis ojos
las niñas con que te vi,
y ellas mismas te autoricen
tu verdad y opinión,
pero no te escandalicen,
porque es tanta su razón,
que hasta las niñas lo dicen.
IRENE. ¿Que niñas lo han de decir?
MAUR. Sí. porque digan verdad.
IRENE. ¡Ay, cómo sabes fingir!
MAUR. Pon duda en mi voluntad
si quieres verme morir.
Creerme puedes.
IRENE. Podré,
por el extremo en que vengo,
que pues el creer es fe,
yo que más que todas tengo,
más que todos creeré.
Al fin te creo, movida
del fuego que me deshace.
MAUR. Pues muéstrate agradecida,
y al amor que a[h]ora nace,
dale en tu pecho acogida.
Que si quieres ver crecido
este amor, que satisfecho
tiene tu pecho rendido,
es bien que le des el pecho
a un amor recién nacido.
IRENE. Soy muy contenta, que fío
que yo le daré valor.
MAUR. De ti lo fío.
IRENE. Y yo fío
que será firme tu amor,
si yo en mi pecho le crío.
MAUR. Críale, pero ha de ser
tan secreto, y de tal suerte,
que nadie lo pueda ver,
porque no me dé la muerte
el que lo desea ser,
que es amante y es esquivo,
y guardarme bien querría,
pues soy, por tu causa vivo,
no la vida que tenía,
mas la que a[h]ora recibo.
Fìnge con él de manera
que le engañes.
IRENE. No sabré,
porque si fingir supiera,
cuando fué falsa tu fe,
que te aborrecí fingiera.
MAUR. Bien sabrás.
IRENE. De tus intentos
podré ensayada saber.
MAUR. Mal pagas mis pensamientos.
IRENE. No es maestro de querer
el que ensaya fingimientos;
pero ya yo estoy rendida,
que por tu bien lo he de hacer,
que para ser yo fingida,
por fuerza fué menester
que tú arriscases la vida.
Dios te guarde.
MAUR. ¿Ya te vas?
IRENE. Por no ser vista me voy.
MAUR. ¿Cuándo a verme volverás?
IRENE. Presto.
MAUR. Adiós.
IRENE. Tu alma soy.
MAUR. Vete, y no vuelvas jamás,
que tu presencia maldigo;
pagaré con gusto nuevo,
quedando a solas conmigo,
a Rosaura, que le debo
todo cuanto hablé contigo.
¡Ay, mi Rosaura; cuán mal
me pagas el mucho amor,
y el ser, por serte leal,
a todo el mundo traidor!

(*Sale el* EMPERADOR.)

EMP. Mauricio.

MAUR. ¡Señor!
EMP. Es tal
lo que vengo a padecer,
que [h]oy pierdo todo mi bien.
MAUR. ¿Que tu bien has de perder?
EMP. [H]oy, con perder mi mujer,
pierdo mi estado también.
[H]oy seré deposeído
deste imperio que he gozado
por ser de Irene marido,
[h]oy de un hijo que he engen-
tengo de ser preferido; [drado
[h]oy, Mauricio mío, tienes
de ver postrar mi persona;
[h]oy usurpando mis bienes
verás quitar la corona
de mis ya caducas sienes.
MAUR. Cese, señor, tu cuidado.
¿No es tu hijo? ¿Qué estás
[triste?
EMP. [H]oy, abatiendo mi estado,
de la gloria en que me viste
tienes de verme privado.
[H]oy este cierzo prolijo
de mi edad fenece.
MAUR. Mira
que es tu hijo.
EMP. No corrijo
por eso el mal, que la ira
crece más por ser mi hijo;
y así con rabia cruel
crece el coraje profundo;
pues él, con obras de infiel
al que le puso en el mundo,
le quita el imperio dél.
El, trastornando la rueda
atropella mi persona;
él me vence, pues me queda
en su mano mi corona;
él me mata, pues me hereda.
Y pues muero, con razón
mi corazón aborrece
el nombre suyo.
MAUR. Ocasión [*Ap.*]
oportuna se me ofrece
para entablar mi traición.
Quiero incitalle.—Tuviera
ese tormento prolijo
un remedio si no fuera...
EMP. ¿Qué si no fuera?
MAUR. Tu hijo.
EMP. ¿Qué remedio?
MAUR. Que muriera.
EMP. ¿Qué importa que muera?
MAUR. Advierte
que es tu sangre.
EMP. No me alteres,
dale a mi cuenta la muerte.
MAUR. ¿Verteré su sangre?
EMP. Vierte.
MAUR. Harélo, pues tú lo quieres;
que en procurar tu accidente
haré como el cirujano,
que la roja sangre ardiente
saca del cuerpo mal sano
con voluntad del doliente.
Morirá sin duda.
EMP. Entiende
que de ti mi Reino empieza.
Dale muerte a quien me ofen-
corta, amigo, la cabeza [de;]
que mi corona pretende.
MAUR. Con este brazo robusto,
como víctima reciente,
sacrificaré, aunque injusto,
ese cordero inocente
al ídolo de tu gusto,
aunque culpado es también.
EMP. Di en lo que está.
MAUR. En querer bien
a Irene.
EMP. ¿Qué es lo que siento?
¿A Irene?
MAUR. En todo le miento [*Ap.*]
Sí. [*Alto.*]
EMP. ¡Cuán grande es mi desdén!
¿Tú le has visto?
MAUR. A mi pesar,
vídelo bien claramente,
por eso en este lugar
su traición quise contar,

que en favor te es al presente,
porque viendo su traición,
tendrá la tuya en los cielos
menos culpa y más razón:
y será ambición y celos
lo que sólo fué ambición.

EMP. Pues amigo, León muera,
que yo por su nombre entiendo
que en su tierna edad primera,
su fiereza conociendo,
le dieron nombre de fiera;
y aunque tu valor y brío
le dé muerte en esta guerra,
no encierre su cuerpo frío,
porque aun un palmo de tierra
no tenga en el Reino mío.
No le fíes desa suerte,
a las aguas arrojando
su cuerpo robusto y fuerte,
porque el agua murmurando,
no murmure de su muerte;
ni por hacerme amistad,
su cuerpo pienses arder
en fuego de enemistad:
porque no vuelva a nacer
otro fénix de maldad;
antes viendo a lo que viene,
que lo esparzas por el viento
hecho piezas me conviene,
para que cada elemento
cobre dél lo que dél tiene.
Vencer con maña sus mañas,
del fiero Nerón espero
escurecer las hazañas,
con dar a este hijo fiero
sepultura en mis entrañas.
Tendrá con esto el cruel
más honra que él me procura:
pues le doy, aunque es infiel,
de mármol la sepultura,
pues yo lo soy para él;
que como lo quiero ver
honrado en la muerte sólo,
un sepulcro le he de hacer
más rico que el Mauseolo,
porque yo lo pienso ser.
¿Qué a Irene adorando está?

MAUR. Y temo que ella le quiere
con tan grande extremo ya,
que si el Príncipe no muere,
nunca Irene te querrá.

EMP. Muera el falso.

MAUR. Aunque te llame,
todo el Imperio, tirano,
su sangre es bien que derrame
tu valor.

EMP. Con esta mano
daré la muerte al infame.
Mas vamos, que ya es razón
darle el cetro, y esperemos,
para su muerte, ocasión.

MAUR. Vamos, que ocasión tendremos,
que al mal no falta ocasión.

(*Vanse y sale* LEÓN *príncipe, y* ROSAURA.)

LEÓN. No me merezco llamar
hijo del Aguila Griega,
pues tu sol puedo mirar.

ROS. Antes sí, pues no te ciega,
que así se suele probar;
pues hijo del águila es
aquel que con vista clara
mira el sol que alumbrar ves.

LEÓN. Sí, mas el sol de tu cara
se ha de probar al revés,
que quien viendo tu belleza,
al momento no ha cegado,
no es águila que ha volado
a contemplar tu grandeza.

ROS. De cuenta me has alcanzado;
tuya soy.

LEÓN. Rosaura mía.

ROS. Mi bien.

LEÓN. Mi gloria.

ROS. Mi cielo.

LEÓN. Mi regalo.

ROS. Mi alegría.

LEÓN. Tu presencia es el consuelo
que consolarme podría. [plugo,

ROS. Pues si son, porque a amor
tus consuelos mis despojos
¿cómo duran tus enojos?

si soy sol ¿cómo no enjugo
las lágrimas de tus ojos?
El pesar viene medido
con el bien que te ha faltado,
mira lo que [h]abrás sentido,
que harto es lo que has llorado,
pues una madre has perdido.

LEÓN. El pesar que yo sentí,
tú le [h]abrás sabido ya,
que mi cuerpo llora en mí,
y mi alma llora en ti,
pues que dentro el pecho está.
¿Mira si mi desconsuelo
merece ser preferido
al mayor pesar del suelo,
pues que llorar ha podido
un alma que está en tu cielo.
Mas ya con licencia tuya
me consuelo.

ROS. ¡O[h], ciego dios,
con glorias suyas destruya
tu pesar que es de los dos,
pues tú eres mío, yo tuya.

(*Sale* IRENE.)

IRENE. Príncipe.
LEÓN. Irene.
IRENE. ¿No ves
que te esperan para dar
la corona que después
con gusto ha de llevar
tu Rosaura entre los pies?
Mira que salen.
ROS. Vé luego.
LEÓN. Por no dejarte de ver,
dejaré el imperio griego.
ROS. Yo lo ruego y ha de ser.
LEÓN. Iré por cumplir tu ruego.
Iré donde amor me lleve,
pues voy a comprar la herencia
que de razón se me debe,
con el precio desta ausencia
que es tan larga y es tan breve.
Y pues me voy por honrarte,
deberán a mi persona
la corona en cualquier parte:
que bien merece corona
el martirio de dejarte.

(*Vase.*)

ROS. Dios te guarde.
IRENE. Gran fineza.
ROS. ¿Qué te parece?
IRENE. Confieso
ques extraña su firmeza,
y que le tienes bien preso
con la red de tu belleza.
ROS. Si yo reino, hermosa prima,
en privanza y en poder
has tú de tener la prima.
Espera, podrás saber
lo que el príncipe te estima.
IRENE. Nadie en quererte me iguala,
mas espera, podrás ver
a León con cuanta gala
a tus ojos vuelve a ser
coronado en esta sala.
ROS. ¿Puede [h]aber corona igual,
que me desmaya por puntos
el placer?
IRENE. No muestres tal;
esfuerza, prima.
ROS. Más juntos
están mi bien y mi mal.

(*Salen el* EMPERADOR, LEÓN *y* MAURICIO *con acompañamiento y en una fuente una corona*).

EMPERADOR.

Amado pueblo, que con brío ardiente
honraste con vencer a las naciones
que a[h]ora humillan la soberbia frente;
yo soy quien las arduas ocasiones,
sin temer los peligros, el primero
rompí por los contrarios escuadrones;
yo soy quien puse con mi nombre fiero
tanto temor al Cita y Bracamano,
que allá temblaron de mi limpio acero;
yo soy quien con las armas en la mano
amparo he sido del Imperio Griego
de tantas gentes perseguido en vano;
yo soy quien ha domado a sangre y fue-
al famoso tirano de la Etruria, [go

que con soberbia despreció mi ruego;
yo soy quien oponiéndome a su furia
al Tártaro domé, que haciendo vino
al cielo ofensas y a la tierra injuria;
yo fuí quien atajando su camino
soy del valiente [h]úngaro homicida,
como dispuso su fatal destino;
yo soy quien con mi mano embraveasiendo a los contrarios del cabello, [cida,
los traje a punto de perder la vida;
yo soy quien con mis pies la gente hue- [llo,
que presumieron, con probar la suerte,
mi blando yugo sacudir del cuello;
yo soy quien pudo dar con brazo fuerte
imitando de Alcides la pujanza,
á los tiranos del Imperio muerte;
este en efeto soy, que mi alabanza
la puede disculpar el regocijo
que de León promete la esperanza.
Y tú, León valiente, que eres hijo
de la que puebla nuevamente el cielo,
por cuya muerte con razón me aflijo;
recibe la corona sin recelo
deste famoso Imperio de Levante,
que con tu madre me entregó tu abuelo;
y vea yo con tu valor constante
ceñir tu frente al árbol del planeta
que fué de Dafne deseado amante,
y que la tierra, que con luz perfecta
el sol camina en pos de su Diana,
el cielo tenga a tu poder sujeta,
y de tu gloria inmensa y soberana
tengan mayor envidia los extraños,
que Aglauros tuvo de su bella hermana.

(*Levántese y póngale la corona.*)

Tómala, en fin, consuelo de mis años;
y todos juntos, porque amor reciba,
decid que viva mi León mil años.

DENTRO.

León viva mil años.

OTROS.

¡Viva, viva!

(*Quitados los sombreros y hincados de rodillas y levántase el* EMPERADOR *y* LEÓN.)

EMP. Dame esas manos.
LEÓN. Señor,
soy tu hijo y soy mancebo.
EMP. [H]oy eres mi Emperador.
LEÓN. Y tú mi padre, a quien debo
más respeto y más honor.
EMP. Dámela, hijo.
LEÓN. Detente,
que si llegas a besalla,
y esta mano lo consiente,
con esotra he de cortalla
porque nunca más me afrente,
si eso ha de ser.
EMP. ¿Tú no ves,
que el que es señor soberano
la tiene de dar?
LEÓN. Yo, pues,
antes de darte la mano,
quiero postrarme a tus pies.
EMP. Tu mucha humildad me es- [panta.
LEÓN. No te espantes, pues el cielo
puso en ti gravedad tanta,
y pues es justo, del suelo
tu viejo cuerpo levanta.
Vuelve al lugar que has deja- [do,
que Luzbel no quiero ser,
que presuma estar sentado
en trono más levantado,
que tú me diste el ser.
Vuelve, señor, y perdona
si he afrentado tu vejez;
tuve humilde tu persona,
y toma segunda vez
de mi mano esta corona.
EMP. Hijo ¿qué quieres hacer?
LEÓN. Este imperio que has de honrar,
quiero en tus manos volver,

(*Vuélvele la corona.*)

por no venir a mandar
a quien he de obedecer.
Y para salir con ello,
luego a darla me dispongo

sin llegar a conocello;
que si lo pruebo, me pongo
a peligro de no hacello;
y así te quiero volver,
porque seas mi heredero
el ser que vine a tener,
y ser el hijo primero
que a su padre ha dado el ser.
A ponerte vuelvo ufano
esta corona, que ha sido
tan propia tuya, que es llano
que el rato que la he tenido,
he sido della tirano;
pero debes perdonar
esta breve tiranía,
que como me quise honrar,
aguardé que fuese mía
para podértela dar.

ROS. ¡Brava gloria!

LEÓN. Nadie àquí
esta gloria me atribuya,
sino a mi padre.

EMP. ¿A mí?

LEÓN. Sí.
que yo tengo sangre tuya,
y es ella quien obra en mí.
A ti te deben honrar,
quedaré yo satisfecho,
que gusto tanto de dar
que aún no me quiero quedar
con la gloria deste hecho.
Recíbela.

EMP. ¿Tú no ves
que se debe a tu valor?

LEÓN. Tómala.

EMP. No me la des.

LEÓN. ¿No es razón que al que es se-
se obedezca? [ñor

EMP. Razón es.

LEÓN. Pues tómala, que el pesar
que en mandártelo te hago,
me lo debes perdonar,
pues con un Imperio pago
el podértelo mandar.
No la rehuses.

EMP. No tienes
de hacer tal.

IRENE. Graciosa riña.

LEÓN. Aunque tan forzado vienes,
esta corona te ciña
tus ya conocidas sienes.

(*Hasta aquí no se la da.*)

Ya la tienes; yo he salido
con mi pretensión.

EMP. Ya es mía
porque yo lo he consentido,
vencido de tu porfía,
y de tu valor vencido.
Ya he cumplido tu mandado,
y el cielo nos ha sacado
desta batalla de amor
sin corona al vencedor,
y al vencido coronado.
Vasallos nobles, valientes,
pues a cosa tan extraña
hallado os [h]abéis presentes,
haced que viva esta hazaña
con las bocas de las gentes.
Este deseo me inflama,
porque es gloria de nosotros,
[r]oy, pues el honor os llama,
preste cualquier de vosotros
alas y lengua a la fama.

[H.] 1.º Por único te señalas.

[H.] 2.º Gran pecho.

[H.] 3.º Gran maravilla.

[H.] 1.º Celébrese con mil galas.

[H.] 3.º Vuele la fama a decilla
con más lengua y con más alas.

MAUR. Todos deben celebralla
por lo mucho que [h]ay en ella,
porque el mundo debe honralla
y tu padre aborrecella,
y es justo celo premialla.
Todo el mundo espantarás
si lo supiere.

[H.] 2.º Si hará,
que pues todo un mundo das,
todo el mundo lo sabrá.

LEÓN. Amigos, baste, no más;
porque el honor que me dais,

a mi padre lo debéis:
mirad bien que me afrentáis,
si el hecho que encarecéis
con alabanzas pagáis,
que ninguna paga quiero.

EMP. Vamos, pues, despacharé
contra el bravo persa fiero;
pues deste peso ligero
segunda vez me encargué.

MAUR. ¿Qué has de hacer, pues te [presenta
tan buena ocasión la suerte?

[Entre los dos.]

EMP. Para que no se arrepienta
le pienso dar cruda muerte.

MAUR. Tu presunción me contenta,
porque esta hazaña no críe
ambición.

EMP. ¿Vienes?

[A su hijo.]

LEÓN. No puedo

MAUR. De aquí el amor te desvíe.

IRENE. ¿Vienes, prima?

ROS. Aquí me quedo.

IRENE. Quédate en paz.

ROS. Dios te guíe.

(Vanse todos.)

(Quedan LEÓN *y* ROSAURA, *tristes.)*

LEÓN. Pues estás sola, mi bien,
dame las manos.

ROS. Desvía.

LEÓN. ¿Por qué con nuevo desdén
me tratas?

ROS. Porque quería
aborrecerte también,
y a aborrecerte me ofrezco.

LEÓN. ¿Quieres que me vuelva loco?
porque tu amor desmerezco?

ROS. Porque ya veo cuán poco
imaginas que merezco.
[H]oy tu corona has dejado,
pensando que no pudiera
igualarme con tu estado
que con ella [h]abrás pensado
que yo no te mereciera:
Las balanzas del valor
quisiste igualar así,
pero subiéndome a mí,
las igualaras mejor,
que no humillándote a ti.

LEÓN. ¡A[h], mi bien!

ROS. No digas tal,
no soy tuya, yo soy mía,
que ser tuya me está mal;
porque no me des un día,
por hacer del liberal, [rido
y a un padre injusto has que-
dar el Reino injustamente:
si regirlo no has sabido
por hacer del obediente,
yo te le hubiera regido;
que bien fuera poderosa,
pues a pesar de la muerte,
quizá me hiciera la suerte
otra Zenobia famosa,
y otra Semíramis fuerte,
y no te viera en el suelo
tan pobre y tan despojado
de la tierra de tu abuelo.

LEÓN. Si tierra no me ha quedado,
hame quedado tu cielo.
Rico quedo, no me afrentes,
que bien basta para sello,
tener oro en tu cabello,
tener perlas en tus dientes,
tener marfil en tu cuello. [yas

ROS. No es bien que a ti te atribu-
mis prendas que tienen cuyo
que estas perlas no son tuyas,
ni el marfil ni el oro es tuyo.

LEÓN. ¿Pues cuyas, Rosaura?

ROS. ¿Cúyas?
De tu padre, porque vi
que tú, como hijo honrado,
le diste tu Imperio aquí:
y yo el Imperio le he dado
que tuviste sobre mí.

LEÓN. ¿Qué dices?

ROS. Mi fe te empeño

que me rija, y él me mande:
que pues tú, siendo su dueño,
le diste un mundo tan grande,
yo le doy este pequeño.

LEÓN. No lloraré mis enojos,
ingrata, porque le des
a la muerte tus despojos:
si por descuido, que ves
en las fuentes de mis ojos.
Hacia dentro lloraré,
que aunque son los ojos míos
ríos de llanto, podré
volver hacia atrás los ríos
a imitación de tu fe;
y pues que ser has querido
otra Progne, otra Medusa,
lloraré mi bien perdido
hasta quedar convertido
en fuente, como Artusa,
y será igual el suceso.

(*Sale* MAURICIO.)

MAUR. Señor.

LEÓN. Di lo que quisieres.

MAUR. Dirélo cuando estuvieres
solo.

ROS. ¡Ay, Dios!

MAUR. Vengo sin seso.

(*Hace* ROSAURA *como que se va.*)

ROS. Escuchar quiero.

LEÓN. ¿Qué quieres?

MAUR. Que vengas preso.

LEÓN. ¿Yo preso?

MAUR. El sello puedes mirar;
¿conócesle?

LEÓN. Y más confieso
que yo no he de faltar,
si a mí no me falta el seso.
Es de mi padre y será
obedecido aunque muera:
que con su sello podrá
en mí, como en blanda cera,
imprimir lo que querrá.
¡Ay, águilas respetadas
del más bárbaro y más fiero,
que en acero estáis grabadas:
y por un pecho de acero
sois a mi muerte enviadas!

ROS. ¡Ah, padre ingrato!

LEÓN. Mi suerte
estas águilas ligeras,
para trago que es tan fuerte,
las ha hecho mensajeras
de la nueva de mi muerte;
que mi padre, deseando
ver presto la muerte mía,
la nueva que estoy llorando,
con águilas me la envía,
para que venga volando.

ROS. ¡O[h], traidor!

LEÓN. Mauricio, advierte
que me pesa que no tengas
poder para darme muerte.

MAUR. No es bien que tan triste vengas,
que sólo quiero prenderte.
Tu padre sé que mostró
pensamientos muy ajenos
de darte muerte.

LEÓN. Eso no,
que no prenden para menos
a personas como yo;
pero ya que me detengo,
el por qué muero me dí,
que yo si a pensallo vengo,
no hallo otra culpa en mí,
sino el ver que no la tengo,
y ésta es grande sin dudar,
que a mi padre hago traidor,
pues doy en imaginar
que muero sin culpa.

MAUR. Amor:
es quien te puede matar,
porque yo a tu padre oí
morir por Rosaura bella,
y esta fe la sé de ti.—
En todo miento. [*Ap.*]

LEÓN. ¿Por ella
me dices que muere?

MAUR. Sí.

LEÓN. Pues ya no es razón que mue-

MAUR. ¿Por qué? [ra.

LEÓN. Porque has de saber
que me aborrece esa fiera.
MAUR. La vida que has de perder
por esas nuevas te diera (*Ap.*)
Vamos, señor. [*Alto.*]
LEÓN. Yo te pido
que la muerte se me dé,
porque vivo aborrecido;
seré mártir de un olvido,
pues no lo fuí de una fe.

(*Vanse.*)

ROS. Sospechando esta traición
desde allí los he escuchado:
y pues dura mi afición
en voz de pueblo alterado
quiero librar a León.
A Dalmacio y a Sulpicio
diré la traición, en fin;
y serán por su servicio
capitanes del motín,
contra su padre y Mauricio.

(*Vase.*)

(*Sale el* EMPERADOR *y un* CAPITÁN.)

EMP. ¿Que Rosauro venció? Em-
a relatármelo. [pieza
CAPIT. Digo,
que ya el Persa, tu enemigo,
no levantará cabeza.
EMP. Alegres nuevas me das;
¿no pides albricias?
CAPIT. No,
que las he ganado yo
sólo con verte no más;
pero el General, por mí,
en premio desa vitoria,
pide que tengas memoria
de su hermana, que está aquí.
EMP. ¿Está bueno?
CAPIT. Señor, sí.
EMP. ¿Fué muy recia la batalla?
CAPIT. Señor, sí.
EMP. ¿Quieres contalla?
CAPIT. Escúchame atento.
EMP. Di.

CAPIT. Sabrás, monarca invencible,
en cuyas fuerzas pujantes
los ejes del mundo estriban,
más que en los hombros de
que con poca resistencia [Atlante
tus gentes y capitanes
vencieron muchas batallas,
rindieron muchas ciudades.
Tres ejércitos famosos
que se opusieron en balde,
como niebla deshicieron
en tres diferentes partes;
pero, consultando el Persa
al rubio amador de Dafne,
de su respuesta engañado
junta un ejército grande,
puso sus fuerzas en él
y en mal ordenadas haces
marchó sembrando en tu tierra
daños, horror, fuego y sangre.
Más secos dejó los ríos
con su gente innumerable,
que el triste Faetón cayendo
con el carro de su padre.
Supimos de su venida
por espías vigilantes,
y alojámonos enfrente
de su ejército arrogante;
con varias escaramuzas
nos fué dilatando el trance,
hasta que salió atrevido
a dar la batalla un martes.
Ordenáronse en un punto
como si fuera un alarde
tus Griegos obedeciendo
de la ronca caja el parche.
Vieras alféreces bravos
desplegar los tafetanes,
y azotados de los vientos
tremolar los estandartes.
Sobre las armas Rosauro,
sacó un vistoso plumaje,
que después, puesto a la fama,
podrá hacer que vuele a honralle.
Acometimos furiosos,
y llenáronse al instante

de cuerpos muertos, la tierra;
de libres almas, los aires.
Peleamos presto a ciegas,
porque empezaron a alzarse
espesas nubes de polvo,
que luego lloverán sangre.
Al cielo subió la tierra,
y yo creo que a quejarse
de la opresión que le hacen
los que la tienen por madre.
De viva sangre corrió
otro Danubio, otro Ganges,
llevando los cuerpos muertos
a los más profundos valles;
anegáronse los vivos
en la misma sangre que antes
vertían y ansí morían
por sobralles y faltalles.
Tu general valeroso,
proveyendo a todas partes,
discurrió por la batalla
hecho un Argos, hecho un Marte
Resistiéronnos un poco:
mas, como tímidas aves
huyeron luego medrosos
de tus Aguilas Reales.
Alcanzamos pocos dellos,
aunque seguimos su alcance:
que, como sabes, señor,
con alas huye el cobarde,
y volviendo al campo, vimos
los difuntos miserables
enterrados por la tierra
que volvió a bajar del aire;
pero sacando entre ellos
los Griegos más principales,
en túmulos los pusimos
de bronce, pórfido y jaspe.
Por esta vitoria sola
a tu cetro y mando añades
la Mesopotamia y Siria,
ricas provincias y grandes.
Tu General queda en ellas,
y por mí, que soy su Acates,
envía a darte estas nuevas
que ilustrarán tus Anales.

EMP. Mucho he gustado de oírte;
ve a descansar.

CAPIT. Mi interese
es agradarte y servirte;
yo me voy.

(*Vase.*)

EMP. Bien puedes irte.

(*Sale* LEÓN.)

LEÓN. Aquí aguardé que se fuese;
que como sé la verdad
de lo que has de hacer conmigo
quise estar solo contigo,
porque desta crueldad
no hubiese ningún testigo.
[H]oy en mi estado sucedes:
[h]oy gozas a quien te adora;
y porque contento quedes,
me puedes matar agora:
aunque no sé como puedes.
Mátame.

EMP. Yo lo prometo.

LEÓN. Mira, pues, que soy tan fiel,
que por el vulgo indiscreto
no te tenga por cruel,
vengo a morir en secreto.
Quita en secreto la vida
a un cordero inocente:
que tendré pena crecida,
si sé que dice la gente
que tú fuiste el homicida.

EMP. Deja tus necias quimeras.

LEÓN. Antes, señor, por volver
por ti con mayores veras,
culpa quisiera tener,
porque tú no la tuvieras,
y así por darte lugar,
quiero a la muerte entregarme:
y aun no te debe espantar,
que más haces en matarme
que yo en dejarme matar.

EMP. ¿Agora con falso lloro
quieres templar mis enojos?
¿Agora guardas decoro?
¿Agora bajas los ojos

que pusiste en quien adoro?

(*Dicen dentro soldados amotinados.*)

DALM. [H]oy me vengará la espada.
¡León viva! Corred presto.
EMP. ¿Traición me tienes armada?
LEÓN. ¿Yo traición?
DENTRO. Entrad.
MAUR. ¿Qué es esto?
Aguardad, gente alterada. [mos.
DALM. No [h]ay aguardar, no pode-
MAUR. Deteneos, gentes perdidas.
DALM. Si porfías, te daremos,
traidor, tan grandes heridas,
que por sus bocas cabremos.

(*Salen* DALMACIO, MAURICIO *y* SULPICIO *y gente con las espadas desnudas y* LEÓN *se pone con la espada delante de su padre deteniéndolos.*)

Esta furia popular
no debes, señor, culparla;
que no viene a este lugar
conjurada a derramar
tu sangre, sino a guardarla.
Por cosa cierta entendimos
que dabas muerte a tu hijo
y a defenderle venimos.
LEÓN. Amigos, ¿quién tal os dijo?
DALM. Por milagro lo supimos.
Secreto sé que trataron
tu muerte, mas no pudieron,
que las paredes tuvieron
oídos que lo escucharon
y lenguas que lo dijeron.
LEÓN. Es mentira y traición;
mi bien procura mi padre.
EMP. Volveos, pues no [h]ay ocasión.
DALM. No [h]ay disculpa que le cuamuera o denos a León. [dre;
LEÓN. Basta, que estoy satisfecho;
no es bien que antojos os cieno son armas de provecho, [guen;
que antes que a mi padre lleguen
han de pasar por mi pecho.
Amigos, mirad que os ruego
que os volváis.
EMP. ¿Qué pretendéis?
SUL. Que el Imperio vuelvas luego
a tu hijo.
EMP. ¿Eso queréis?
DALM. Muere o dale.
LEÓN. ¡Ah, pueblo ciego!
Dalmacio amigo, y Sulpicio,
refrená esta gente ciega,
sin córdura y sin juïcio.
SUL. En vano el Príncipe ruega;
mueran su padre y Mauricio.
LEÓN. ¿Con mi padre esta traición?
¿Por qué me hacéis, pueblo inpatricida sin razón? [grato,
¿No veis que a mi padre mato,
si muere por mi ocasión?
Vuestra cólera es sobrada.
DALM. Entiende que es sin provecho
templar nuestra furia osada.
LEÓN. Pues si pasáis, daré el pecho
a los filos desta espada;
que si [h]abéis venido así
por librarme del poder
de mi padre que está aquí,
agora os debéis volver
por librarme a mí de mí.
DALM. ¿A quien matarte ha querido
defiendes?
LEÓN. Si un paso dais,
me arrojaré, y así os pido
que por mi vida os volváis,
si por ella [h]abéis venido.
DALM. A ser el remedio vienes
de su muerte y de su injuria,
que con el celo que tienes.
la nave de nuestra furia
como rémora detienes.
SUL. [H]oy te libra un hijo fiel
de la muerte aborrecida,
mas no le seas cruel,
porque perderás la vida
si se la quitas a él.

(*Vanse los del motín.*)

LEÓN. Solo quedo, solo estoy;

mátame.

EMP. Quiero dejarte,
aunque puedo asegurarte
que de miedo no te doy
la muerte que quise darte.
Vida te da mi temor.

LEÓN. Confuso y corrido quedo
de ver que por tu rigor
acaba contigo el miedo,
lo que no pudo el amor;
y pues lo quiere mi suerte,
la muerte quisiera darme
para poder complacerte;
pero dejo de matarme
porque no te den la muerte.
Vivir quiero, aunque muriendo,
porque muerte no te den;
mira cómo quedo bien,
que con la vida te ofendo
y con la muerte también.

EMP. Muerte merece tu yerro,
y por el delito extraño
el destierro.

MAUR. ¿Con destierro
le castigas?

EMP. A mi daño
con esto las puertas cierro.

LEÓN. Bien haces; en nada yerras,
que con coraje profundo
me matas y me destierras;
pues he de salir del mundo
para salir de tus tierras.

EMP. Altera el pueblo villano
otra vez.

LEÓN. Dame licencia
y perdóname.

EMP. Es en vano.

LEÓN. Dame la mano.

EMP. ¿La mano?
Ven, Mauricio.

MAUR. Ten paciencia.

(*Vanse el* EMPERADOR *y* MAURICIO.)

LEÓN. Cruel, desagradecido;
mas, ¡ay, Dios!, mi lengua en-
que tengo de arrepentido [frena,
de [h]aberlo dicho más pena
que él tiene de [h]aberlo sido.
Poco lloro, poco siento;
a Rosaura quiero ir
a contalle mi tormento,
porque el vérselo sentir
aumente mi sentimiento.

(*Vase* LEÓN.)

(*Salen* IRENE *y* ROSAURA.)

ROS. Ya de mi hermano he sabido.

IRENE. ¿Y qué sabes?

ROS. Que venció.

IRENE. También a mí me escribió,
y en el gusto que has tenido,
quien te acompañe tendrás,
porque yo a Rosauro estimo
por ser tu hermano y mi primo.

ROS. Y quizá por algo más,
que yo sé que al general
no trataste con desdén.

IRENE. Digo que le quise bien,
y que no le quiero mal.

ROS. ¿Qué te escribe?

IRENE. Mil favores,
que idolatra mi presencia.

ROS. ¿Que le olvidaste?

IRENE. El ausencia
hace milagros mayores.
Mas, prima, dejemos eso,
y dime, ¿qué és la ocasión
que estás triste?

ROS. De León
recelo algún mal suceso.

(*Sale* LEÓN.)

LEÓN. Ya, Rosaura, ya podrás
poner en otro la fe,
y con gusto quedarás
que presto no te veré
y presto no me verás.

ROS. ¿Qué tienes?

LEÓN. Tengo un dolor,
tengo una rabia impaciente,
tengo celos, tengo amor,
y tengo de estar ausente,

que es la desdicha mayor.
Ros. ¿Quién te destierra?
León. El desdén
de un pecho mal informado.
Ros. ¿No quieres decirme quién?
León. Mi padre me ha desterrado.
Ros. Sin duda que te está bien.
No puedes, Príncipe triste,
quejarte, pues tú lo erraste
cuando tus tierras le diste;
tú mismo te desterraste,
tú mismo el daño te hiciste.
Yo te libré de la muerte
que te fué trazando el pecho
de Mauricio.
León. ¿De qué suerte?
Ros. Con el motín.
León. ¿Tú lo has hecho?
Ros. Hícelo para valerte,
que te adoro, y lo confieso,
aunque me mostré ofendida.
León. Agora me das la vida;
sin duda quieres con eso
que sienta más la partida.
Ros. ¿Qué temes?
León. Temo perderte.
Ros. ¿Qué te quitan?
León. Tu presencia.
Ros. ¿Quién te destierra?
León. Mi suerte.
Ros. ¿Qué sientes?
León. Siento tu ausencia.
Ros. ¿Adónde vas?
León. A la muerte.
Ros. Queda conmigo.
León. No puedo.
Ros. Sigue, pues, esos extremos
de su obediencia y tu miedo;
que igual la culpa tenemos,
tú que vas y yo que quedo.
León. ¡Ay, mi bien; que he de per-
[derte!
Ros. Templa, mi bien, los enojos.
Mientras tardare la muerte
quita el lienzo de los ojos;
podrás verme y podré verte;
pues estás en mi presencia,
quítale.
León. Déjale estar;
que quiero con tu licencia
con esta venda esperar
el cuchillo desta ausencia.
Ros. ¿Tanto bien he de perder?
¡Ay, prima; que muero!
Irene. Esfuerza
el pecho.
Ros. No he de poder;
León por fuerza ha de ser
que por fuerza has de ir.
León. Por fuerza
yo luego me quiero ir,
porque mi padre desea
que acabe presto el vivir,
y en tanto que yo te vea
es imposible morir.
A morir voy.
Ros. Bien podrás,
por hacer cierto mi miedo,
que quien te siga tendrás;
que por morirme me quedo
si tú por morirte vas.
Irene. Mauricio quisiera aquí
que los viera.
León. Adiós, estrella,
por quien mis cosas regí.
Irene, mira por ella.
Ros. Príncipe, mira por ti.
León. Adiós, Rosaura querida,
que al momento quiero irme
do acabe el pesar la vida,
y curaré con partirme
el dolor de tu partida.

(*Vase.*)

Ros. ¿Que te fuiste? No lo creo.
Aguarda, espera, no des
tantas alas al deseo.
¿Fuése, prima?
Irene. ¿No lo ves?
Ros. Bien dices, que no lo veo.
Irene. Ven, y resiste a la suerte
con buen ánimo.

ROS. Contigo
pasaré trago tan fuerte,
pues él quiere.
IRENE. Ven conmigo.
ROS. Vamos y venga la muerte.

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* DALMACIO *y* LEÓN *leyendo una carta.*)

LEÓN. ¿No es harta razón?
DALM. No es harta.
LEÓN. ¿Qué dices?
DALM. Que no lo es,
y que no vayas.
LEÓN. ¿No ves
que es de mi padre la carta?
¿No ves que su hijo soy,
y que en tal peligro está
que la vida perderá
si a socorrelle no voy?
DALM. ¿Esto escribe?
LEÓN. Sí, amigo,
y que quieren dalle muerte
por mi causa.
DALM. ¿De qué suerte
supo que estabas conmigo?
LEÓN. [H]abráselo sospechado
por nuestra amistad crecida.
DALM. Pues ¿qué has de hacer?
LEÓN. Dar la vida
a quien la vida me ha dado.
Ir luego.
DALM. Muy bien harás;
corre, vuela a contentarle,
que la vida vas a darle,
pues la vida le darás.
¿Tan fácilmente has creído
a tu padre siendo tal;
que está sin duda del mal
que no hizo arrepentido,
y ciego del interés
que siempre en su pecho crece,
es avestruz que aborrece
a su hijo.
LEÓN. Pues si él lo es,
yo siempre lo quiero ser;
y dejando este destierro
podré digerir el hierro
que contra mí pudo hacer.
Ir quiero.
DALM. ¿Por qué te atreves
a emprender caso tan nuevo?
LEÓN. Quiero pagar lo que debo
a mi padre.
DALM. ¿Qué le debes?
LEÓN. Débole, amigo, el honor
que hasta aquí me ha procurado;
débole [h]aberme engendrado,
y débole mucho amor.
Debo no serle cruel,
y débole honra crecida,
débole el ser y la vida
y debo morir por él;
y es tanta, mirando bien,
esa deuda en que estoy puesto,
que hasta el poder hacer esto,
vengo a debelle también,
y ven; no nos detengamos;
porque este bien se concluya,
por tu vida.
DALM. Por la tuya
me detuve, pero vamos.

(*Vanse, y salen* MAURICIO *y* ROSAURA.)

MAUR. ¿Ausente le quieres?
ROS. Sí,
porque tengo fe al ausente.
MAUR. Tendrássela solamente
para aborrecerme a mí;
porque no pudiera ser,
si matarme no quisieras,
que con un ausente fueras
constante, siendo mujer.
Mas no pierdo la esperanza,
porque ya sé de experiencia,
que la mujer y la ausencia
son madres de la mudanza;
porque sé que amor se afrenta
de que se burlen con él,
y da castigo cruel

al amante que se ausenta;
deshace el ñudo más fuerte,
da muerte sin resistencia,
que en los procesos de ausencia
s i e m p r e [h]ay sentencia de
[muerte.
Por esto al amor le pido,
que, pues tanta ocasión tiene,
a tu Príncipe condene
a la muerte de tu olvido,
y a ti, en premio de mis males,
te pido, mi bien...

ROS. Traidor,
¿qué me pides?

MAUR. Un favor
de tus manos liberales.

ROS. ¿Yo he de darte cosa a ti,
falso, cruel, inhumano?
Mal me conoces, villano;
pues imagina[s] de mí,
que con desear matarte,
aunque yo darte pudiera
la muerte, no te la diera,
por solamente no darte;
y porque estimo tu daño,
guardo tanto esta promesa
de no darte, que me pesa
de darte este desengaño;
y vete, porque la ira
a matarme es poderosa,
si quedas.

MAUR. Rosaura hermosa,
escucha.

ROS. Déjame.

MAUR. Mira
que te adoro.

ROS. Aunque me adores
que antes que rompa esta fe,
verá el mundo, y yo veré
los imposibles mayores;
que primero los tormentos
pararán en los abismos,
y primero entre sí mismos
harán paz los elementos;
primero enojosos celos
no harán al amante guerra:
primero podrá la tierra
ceñir los mayores cielos;
primero, pues no es posible
que en ti quepa algún valor,
dejarás de ser traidor,
que es el mayor imposible,
que yo le olvide y te quiera.

MAUR. Su muerte te hará trocar.

ROS. Ni yo me puedo mudar,
ni él es posible que muera;
que aunque la malicia tuya
le saque el alma cautiva,
se volverá, porque viva
el alma que tengo suya.
Déjame.

MAUR. Quiero agradarte,
pues poco contigo valgo,
y vóime por hacer algo,
de que no puedas quejarte.

(*Vase* MAURICIO *y sale* IRENE.)

ROS. Vete, traidor, que no espero
hacer cosa que la estima
por favor mi pecho.

IRENE. Prima,
¿con quién gritas?

ROS. Con un fiero,
con un villano atrevido,
con un traidor inconstante,
con el más ingrato amante,
con el hombre más fingido,
con un falso, un lisonjero.

IRENE. Dime, ¿con quién?

ROS. Con un hombre
que por no nombrar su nombre,
encubrir su traición quiero.

IRENE. ¿Quién es, que confusa estoy?

ROS. ¡Ay, prima, ciega has vivido,
pues que no lo has conocido
por las señas que te doy!
Es Mauricio.

IRENE. Amiga, ¿quién?

ROS. Mauricio, que me pretende.

IRENE. ¿Qué me dices?

ROS. Que te ofende,
y que me adora también:

que agora de aquí se ha ido
de mi cólera arrojado.
IRENE. Por eso yo le he encontrado
tal que no me ha conocido.
¿De aquí salió el traidor?
ROS. Sí.
IRENE. ¿Qué dijo?
ROS. Que por mí muere.
IRENE. ¿Es posible que te quiere
el que me aborrece a mí?
ROS. Con muestras quiere encender
este corazón de nieve:
muestras son que de una leve
certeza no puede [h]aber:
pero tú que dudas, piensa
que es de tan poco valor,
que el no creer que es traidor,
tendré por notoria ofensa.
IRENE. Déjame dudar, seré
sin duda mi pena fiera
en el mundo la primera
que duda con tanta fe,
porque es tan grande el poder
de mi mucha lealtad,
que sé que dices verdad,
y no te acierto a creer;
y aunque su traición sospecho,
como le tengo afición,
imagino que es traición,
pensar que traición ha hecho.
ROS. Pues no me crees a mí,
toma, Irene, este papel,
que yo le recebí dél
para mostrártelo a ti.
IRENE. Muestra.
ROS. Toma, que deseo
que veas en él tu daño.
IRENE. ¡Ay, amargo desengaño!
ROS. ¿No lees, Irene?
IRENE. Ya leo.
ROS. Como queda de sí ajena,
ya de la verdad no duda.
IRENE. ¡O[h], cielos!
ROS. De color muda;
pena me causa la pena
que debe sentir.
IRENE. Cruel;
¿a Rosaura has pretendido?
ROS. El dolor la ha suspendido.
IRENE. ¡A[h], traidor!
ROS. ¿Qué has visto en él?
IRENE. He visto que no merece
lo que Irene por él llora:
he visto cómo te adora,
he visto que me aborrece;
y siento pena tan fuerte,
que mil pedazos haré
el papel, porque me dé
cada pedazo una muerte;
que quiero, pues la fortuna
hizo a Mauricio tan vil,
mil muertes: mas destas mil
a él he de dar la una,
aunque tengo el pecho fiel
tan triste, tan lastimado,
que una no hubiera dejado,
sino por dársela a él.
Mas ¿daréle muerte?
ROS. Sí,
que tú se la puedes dar.
ROS. ¿Cómo?
IRENE. Con relatar (1)
una traición.
ROS. ¿Suya?
IRENE. Si (2).
ROS. ¿Contra quién?
IRENE. Yo te confieso
que ha querido este traidor
dar muerte al Emperador
con mi ayuda.
ROS. ¿Cómo es eso?
IRENE. Sabiendo, querida prima,
el alevoso Mauricio
cuanto el cielo Emperador
adora los ojos míos,
quiso para dalle muerte
valerse del favor mío,
que después de hacerme suya,
traidora también me hizo;

(1) Verso corto.
(2) Oscura la rima.

y concierta que a la puerta
de mi retrete escondido
a hablarme venga al engaño
del amor que con él finjo,
donde le piensa matar,
porque quiere este atrevido
que al altar de su codicia
dé la muerte en sacrificio;
y como esta noche tiene
de dar la muerte a su hijo,
para cumplir de su padre
el ambicioso apetito;
el que libre de los dos
se verá, en un punto mismo
se pretende levantar
con todo el Imperio rico,
y saliera con la empresa,
a no ser traidor conmigo,
porque sus traiciones ya
fueron padres deste olvido.
Remedia, prima, este daño,
pues de mi pecho has sabido
cómo es abismo de penas
una traición de un abismo.

ROS. Suspensa quedo.
IRENE. Yo muda.
ROS. Y yo corrida, Irene,

(*Vase* IRENE.)

¿por qué te vas?
IRENE. Porque viene
el Emperador.
ROS. Sin duda,
que lo consiente esto Dios.

(*Sale el* EMPERADOR.)

EMP. ¿Rosaura?
ROS. Señor.
EMP. ¿Por qué
Irene se fué?
ROS. No sé.
EMP. Mucho os estimo a las dos.
ROS. Deja eso a[h]ora, y de mí
oye una maldad.
EMP. ¿Cúya?
ROS. De Mauricio, a quien destruya
todo el cielo.
EMP. ¿Cómo así?
ROS. Yo sé que a Irene has de ha-
esta noche, y sé, señor, [blar
que en ese puesto el traidor
... la muerte te piensa dar;
y sé que trazallo pudo
tan bien, que te hubiera muerto,
si no por mí.
EMP. ¿Que eso es cierto?
ROS. No lo dudes.
EMP. No lo dudo,
que decillo tú bastaba;
y sin ello te he creido,
porque veo que has sabido
lo que tan secreto estaba.
El tirano ha de morir,
si tan grande maldad le pruebo;
mas tú, a quien la vida debo,
mercedes puedes pedir.
Pide a tu gusto.
ROS. Yo, pues,
te pido a León rendida;
su vida pido a tus pies,
que, por ser tuya, su vida
te pido que me la des.
Rendida te pido aquí
que la vida se le dé,
para que te sirva a ti;
gozarás tú la mercé
que yo perdí para mí.
Oye mi ruego, que ha sido
tan razonable, que puedes
por mucho que me mido (1),
ofrecerme estas mercedes
en premio de lo que pido;
pero si no es de provecho
mi dolor amargo y fuerte,
y si has de matarme, advierte
que vive dentro en mi pecho;
dale en mi pecho la muerte.
Dale muerte en él, que así
quedarás de mí vengado,
pues tan mal te obedecí

(1) Verso corto.

que [h]abiéndole desterrado,
le tengo escondido aquí.
Mátame, que mi ocasión
me da ocasión escogida.

EMP. Rosaura, ¿por qué razón
llorando pides su vida?

ROS. Porque le tengo afición.

EMP. ¿Que tú le tienes amor?
¿No es Irene la que siente
penas por él?

ROS. No, señor.

EMP. En todo Mauricio miente;
sin duda que es gran traidor.
Burlando le he de ofrecer
(*Aparte.*)
su vida.—Ven, que a tu gusto
[*Alto.*]
le quiero este bien hacer,
pues me pides lo que es justo,
y lo que es razón querer.
Levanta y ven.

ROS. Por tu fe,
señor, que porque este bien
bien agradeci[d]o esté,
que lo agradezcas también
porque sola no podré.

(*Vanse.*)

(*Sale* MAURICIO *solo.*)

MAUR. Para que a mi gusto ordene
[h]oy, porque todo me cuadre,
el Príncipe a morir viene;
y yo mataré a su padre
favorecido de Irene,
que por amante y por bella
estoy della satisfecho,
y sé que por mi provecho
está mi secreto en ella
más guardado que en mi pecho;
aunque traidor le he de ser,
porque en llegando a reinar,
con mi mando y mi poder
he de dejarla, y tomar
a Rosaura por mujer.

(*Sale* IRENE.)

IRENE. ¡O[h], Mauricio!

MAUR. ¡O[h], gloria mía!
¡O[h], mi bien; o[h], mi con-
[suelo!
¡o[h], norte que al bien me
¡O[h], luz; o[h], cielo! [guía!

IRENE. Desvía.
¿Yo soy cielo?

MAUR. Tú eres cielo.

IRENE. No lo soy, y has de saber
que el ver tus maldades fieras,
tal me han venido a tener,
que, porque al cielo no fueras,
el cielo quisiera ser.
Infierno es mi pecho fiel,
infierno soy, y a despecho
de mi tormento cruel
quisiera verte en mi pecho
para atormentarte en él;
pero mejor es dejarte,
porque tal tu traición es,
que, con querer castigarte,
porque en mi pecho no estés,
dejaré de atormentarte.
Porque mi pecho es honrado,
te niego ser fuego eterno,
que es tanto lo que has errado
que te libra del infierno
la gravedad del pecado.
Vete a Rosaura, que ha sido,
traidor, quien ha descubierto
tu maldad.

MAUR. Yo soy perdido.

IRENE. Mira este papel abierto.

MAUR. Ya sabe que la he ofendido
y puédese bien vengar,
(*Aparte.*)
si dice al Emperador
que le he querido matar.
¿Qué diré? Mas, soy traidor,
y ¿no la sabré engañar?—
¡Qué buena imaginación!
[*Alto.*]
Oye mi disculpa, escucha.

IRENE. ¿Qué he de escuchar?
MAUR. Mi razón.
IRENE. ¿Pensaste alguna traición?
¿Tú tienes disculpa?
MAUR. Mucha;
que si a Rosaura escribí,
fué porque llegué a saber
que el Emperador de mí
sospechas vino a tener;
y desmentillas así.
IRENE. No me encubras ni reboces
tus traiciones de esa suerte.
Calla.
MAUR. Pues que me conoces,
para que me den la muerte,
diré nuestro amor a voces.
Venga a escucharme quien [quiera;
sepan todos como Irene
adora a Mauricio.
IRENE. Espera,
que tal el amor me tiene,
que en verte desa manera,
ya me vengo a persuadir
que maldad en ti no cabe.
MAUR. ¡Qué bueno ha sido el fingir,
porque el secreto que sabe,
no viniese a descubrir. [*Ap.*]
IRENE. ¿No me engañas?
MAUR. Tu decoro
guardas muy mal.
IRENE. Estoy loca.
MAUR. Por esos cabellos de oro,
por tu bella hermosa boca,
por ese cielo que adoro,
por el lugar que me han dado
tus favores venturosos,
por todo lo que [h]ay criado,
y por tu ojos hermosos
que alumbran lo que he jurado,
que ese papel es fingido.
IRENE. Yo lo creo, y de manera
siento el [h]aberte ofendido,
que por disculpa quisiera
que traidor hubieras sido.
MAUR. [Y] ¿por qué?
IRENE. Porque yo fuí
traidora, pues por creer
a Rosaura contra ti,
como inconstante mujer
tu secreto descubrí. [jo,
Humilde a tus pies me arro-
ya que el secreto en mi puesto
como colérico antojo,
como bocado indigesto,
le ha vomitado el enojo.
Tu secreto le conté;
pon remedio, que sé cierto
que al Emperador se fué
a contarlo.
MAUR. Yo soy muerto.
IRENE. Primero yo moriré.
Yo que he sido tu homicida,
yo que, siguiendo mi estrella,
estoy tan aborrecida,
que sólo para perdella
me huelgo de tener vida.
Yo misma te he de vengar,
yo, Mauricio he de morir:
la muerte me puedes dar;
que seré piedra en sufrir,
pues no lo he sido en callar.
Dame la muerte.
MAUR. ¿Por qué?
Antes yo vuelvo por ti,
que mi secreto yo sé
que soy quien lo descubrí,
pues de una mujer fié.
Mal crédito y nombre cobras,
pues ya sabe el alma mía
que merece estas zozobras,
quien la palabra os confía,
pues os conoce las obras.
Disculpa no has menester,
aunque el hablar te disfama
porque ya vengo a saber
que la trompa de la fama
es lengua de una mujer.
No hay en mujer que fiar,
nadie ponga en ello duda,
porque no puede negar
que la más firme se muda,
y jamás lo sabe estar.

Quien de mujer ha fiado
el secreto, es cosa cierta
que tiene de hallar hurtado;
porque es tesoro guardado
en una arca que está abierta.
No te culpo, quédate.

IRENE. ¿Dónde vas?

MAUR. Con un engaño
toda la culpa echaré
a Rosaura, mas yo sé
que no podré hacerle daño.
Adiós y dame tu ayuda.

(*Vase.*)

IRENE. Para podértela dar,
muda, mi bien, quiero estar;
procurar con esta muda
lo que gasté con hablar.

(*Sale el* EMPERADOR.)

EMP. ¿Era tiempo, hermosa Irene,
de hablarte sola algún día?

IRENE. Disimular me conviene. [*Ap.*]
¡O[h], señor. [*Alto.*]

EMP. ¡O[h], gloria mía!
¿Quién tan suspensa te tiene,
que no ves a quien te adora?

IRENE. En ti pensaba.

EMP. De raya
pasa ese favor, señora.

IRENE. Más mereces; por agora
permíteme que me vaya.

EMP. ¿Tan presto pudo cansarte?

IRENE. No, señor; que si me voy,
no me voy para dejarte.

EMP. Tal en el favor estoy,
que en todo quiero agradarte.
Vete donde estés mejor,
pues a quererme te ensayas;
vete, que es tanto mi amor,
que en albricias del favor
te permito que te vayas.
Dios vaya en tu compañía.

(*Vase.*)

IRENE. Dios te guarde.

EMP. Ya te fuiste.
Sin duda es la gloria mía
como el enfermero triste
que nace y muere en un día.
Mas vaya, que de juïcio
pudo su vista sacarme;
que quiero por mi artificio
con una traición librarme
de mi hijo y de Mauricio;
que por mi hijo he enviado
por matarle; mas ya quiero
que do estaba concertado
no le maten, que así espero
quedar de todos vengado.

(*Vase.*)

(*Salen* LEÓN *y* ROSAURA.)

ROS. Pues ¿a qué has venido?

LEÓN. A ver
la gloria que ser solía.

ROS. ¿Qué quieres, Príncipe, hacer?
¿Cómo una gloria que es mía,
en peligro osas poner?

LEÓN. Ningún recelo te den
la rabia y furor mortal
de mi padre, y su desdén;
que no puede hacerme mal
que iguale con este bien.
Seguro vengo a rendir
el alma que ya he rendido;
aquí vengo sin venir,
merece quien ha podido
estando ausente vivir.

ROS. ¿Qué te veo en mi presencia?

LEÓN. Si, pero soy tu enemigo,
que será justa sentencia
darme la muerte en castigo
de que he vivido en tu ausencia.

ROS. Al revés pienso juzgar,
que soy tan agradecida,
que antes yo quiero dar
otra vida por la vida
que has sabido conservar.
¿Esto no ves?

LEÓN. Estoy ciego,

pues yo mi vida te doy,
porque así mi bien te entrego
tu vida, pues yo lo soy.

ROS. Que no lo sea te ruego,
porque es, señor, de suerte
lo que en tu ausencia padezco
que a ser mi vida, te ofrezco
que viniera a aborrecerte,
según la vida aborrezco.

LEÓN. ¡Ay, mi bien!

ROS. Tus desvaríos
han de vencer mis enojos.
Cobra alientos, cobra bríos,
que lloras con unos ojos
que son la luz de los míos.
¿Aquí vienes a llorar?
Vuelve, mi bien; vuelve en ti.

LEÓN. Estoy tan fuera de mí,
que de muy hecho al pesar
el placer desconocí.
Mas ya le dejo no más,
que estoy, sin duda, insufrible.

ROS. ¿Es posible que aquí estás?
¿Qué te veo?

LEÓN. ¿Y es posible
que luego no me verás?
¡Ah, rigor!

ROS. ¿Qué puedo hacer?
También mi alma te adora,
y con cuerdo padecer,
por gozar lo que es agora,
olvido lo que ha de ser.
Haz tú lo mismo.

LEÓN. No puedo.

ROS. ¿Qué tienes?

LEÓN. Tengo temor
de algún peligroso enredo,
que, como es niño el amor,
no puede perder el miedo.
Temo perderme y perderte.

ROS. Pues ¿por qué has venido aquí?

LEÓN. Vine, porque desta suerte
a mi padre obedecí,
y vine también por verte;
mas ¿sabes por qué ha podido
llamarme mi padre?

ROS. Sé
que de morir ha corrido
muy gran peligro.

LEÓN. ¿Por qué?

ROS. Porque matar le ha querido
Mauricio.

LEÓN. ¿Por qué razón?

ROS. Por sólo ambición de fama.

LEÓN. Y ¿quién su mala traición
ha descubierto?

ROS. Una dama
que sabía su intención
porque le dió enojos.

LEÓN. Dí
quién es ella.

ROS. Eso, perdona.

LEÓN. ¿Secretos conmigo?

ROS. Sí,
que la culpada es persona
que me toca mucho a mí.—
No quiero culpar a Irene.
[*Aparte.*]

LEÓN. ¿Peligro tuvo?

HOS. Sí tuvo.

LEÓN. ¿Y agora?

ROS. Ya no le tiene.

LEÓN. Con todo verle conviene,
por el peligro a que estuvo;
que como mi pecho honrado
tan por los extremos va,
no sólo me da cuidado
creer que en peligro está.
mas el pensar que lo ha estado.
Bien es que el llanto aparejes,
pues me voy.

ROS. Yo me aparejo
para morir.

LEÓN. No te quejes,
que el alma, mi bien, te dejo.

ROS. No, mi bien, no me la dejes;
antes te quiero rogar
que lleves mi alma fiel;
que para osarte fiar
de un padre que es tan cruel,
dos almas has de llevar,
y menester las [h]abrás

para no quedar en calma:
llévalas, que bien podrás,
y si te sacan tu alma,
con mi alma vivirás.
¿Quieres, señor?

LEÓN. ¡Qué fineza!
¡Ay, Rosaura!

ROS. ¡Ay, dulce amigo,
no vayas!

LEÓN. Por tu nobleza
me quisiera estar contigo
adorando tu belleza;
Pero, adiós, mi bien, que es [tarde.

ROS. Adiós, mi bien, pues es fuerza
que vayas.

LEÓN. No estés cobarde.

ROS. No lo estoy, y amor me esfuer-
Dios te guíe. [za.

LEÓN. Dios te guarde.

(*Vase* LEÓN, *y sale* DALMACIO.)

ROS. ¡Cuál quedará quien te adora!

DALM. Pensando estoy qué querrá.

ROS. Dalmacio es éste.

DALM. Señora,
¿qué haces?

ROS. De aquí se va
tu amigo el Príncipe agora.

DALM. A mí para largo espacio
me llama su padre.

ROS. ¿A qué?

DALM. A que esté dentro en palacio
toda la noche.

ROS. Dalmacio,
mira por León.

DALM. Sí haré,
que yo gusto de venir,
aunque puesto en la ocasión,
a León podré servir,
si [h]ay algo contra León.

ROS. Bien haces.

DALM. Quiérome ir.

ROS. En obligación quedamos
a lo que tu amor promete.

DALM. Vamos juntos, pues lo estamos,
quedarás en tu retrete.

ROS. Pues vámonos luego.

DALM. Vamos.

(*Vanse, y salen el* EMPERADOR *y* LEÓN.)

LEÓN. Padre amado.

EMP. Hijo querido,
¿tienes salud?

LEÓN. Salud tengo.

EMP. Tú seas muy bien venido.

LEÓN. Sí lo seré, porque vengo
a ser tan bien recebido.

EMP. Cúbrete.

LEÓN. Con tu licencia,
porque a mi obediencia cuadre,
no he de cubrirme en presencia
de mi Emperador y padre.

EMP. Mucho estimo tu obediencia;
pero agora has de venir
con lo que a mi gusto importe.

LEÓN. ¿Qué dirán?

EMP. ¿Qué han de decir?
Como a grande de mi corte
te puedes, hijo, cubrir.
Cúbrete, que yo lo apruebo.

LEÓN. Tu grandeza no lo mande,
si con mi humildad te muevo;
que soy grande, y es más grande
el respeto que te debo.
Antes quiero que me des
el lugar que a mí me toca;
que porque servido estés,
quiero borrar con la boca
las estampas de tus pies.

EMP. Casi estoy para sufrir (*Ap.*)
que las borres, que yo sé
que no las querrás seguir,
aunque más humilde esté,
no se excusa de morir;
mas quiero fingir con él.

LEÓN. Dame los pies.

EMP. Tu lealtad
muestra lo que he sido infiel;
que cuanto es más tu bondad,
tanto he sido más cruel.
El corazón me atraviesa

de verte de bondad lleno,
porque [soy] en esa empresa
tan mal padre, que me pesa
de tener hijo tan bueno.
Levántate, ponte en pie.

LEÓN. Primero, si lo merezco,
quiero que me ofrezcas...

EMP. ¿Qué?

LEÓN. Las manos.

EMP. Yo las daré,
que a eso y a más me ofrezco,
pues llega a pedillas [h]oy
vasallo tan bien nacido.

LEÓN. Aunque tu vasallo soy,
como hijo te las pido.

EMP. Como padre te las doy.
Tómalas, que quiero honrarte,
y que ellas también lo estén,
porque las doy para darte
honor y gusto, también
las doy para levantarte.
Hijo, abrázame y espera,
que tu estado se mejora.

LEÓN. No creí que mereciera
abrazarte.

EMP. ¡Quién agora
darle la muerte pudiera! [*Ap.*]

LEÓN. ¿[H[ay algo de nuevo?

EMP. Hijo,
la venida de Rosauro;
que un Embajador me dijo
que viene.

LEÓN. ¿Darle has el lauro
con gran fiesta y regocijo?

EMP. Bien es honrar la vitoria
del que este Imperio restaura,
pues su nobleza es notoria,
y, como sabeś, Rosaura
es su hermana.

LEÓN. Y es mi gloria
[*Aparte.*]

EMP. Honor tendrá por honrado,
que tan ufano me tiene
la nueva que en él me han dado
que en albricias de que viene,
diera lo que ha conquistado;
mas esto es bien diferir
para su tiempo, y decirte
a qué te mandé venir.

LEÓN. Dime en qué puedo servirte
si te merezco servir,
y luego has de saber,
que si en ello pones pausa,
me quedarás a deber
el rato que por tu causa
tu gusto deje de hacer.
Luego lo puedes mandar.

EMP. No sabe lo que promete. [*Ap.*]

LEÓN. ¿Qué he de hacer?

EMP. En mi lugar,
a la puerta del retrete
de Irene tienes de estar.
Esto quiero.

LEÓN. ¿Qué más quieres?

EMP. Que allí la boca no abras,
y que si más no pudieres,
hables con pocas palabras,
que no conozcan quién eres.
¿Qué dices?

LEÓN. Que estoy dispuesto,
señor, para obedecerte.

EMP. Pues, hijo, este es el puesto;
haz lo que debes.

LEÓN. De suerte
te pienso servir en esto;
que lo que he sido, seré,
para no te ser ingrato;
obediencia mostraré
a mí mismo todo el rato
que en tu lugar estaré.

EMP. Pues vete luego.

LEÓN. Yo voy
a servirte luego.

EMP. Adiós.

(*Vase* LEÓN.)

Con esta traza que doy,
me vengaré de los dos
de quien ofendido estoy;
que Rosaura me ha contado
la ingratitud y maldad
de Mauricio, mi privado;

y, si ella dice verdad,
dél quedaré aquí vengado;
que a darme muerte vendrá,
y, pensando darme a mí,
muerte al Príncipe dará;
ya yo tengo puesto aquí
quien a él lo matará.
Quiero entrarme y acechar
lo que sucede, escondido.

(*Escóndese a un lado y sale* LEÓN.)

LEÓN. Misterio debe encerrar
aquí mi padre; ya olvido
lo que debo aquí callar.
Callar debo, por poder
ser hijo obediente aquí;
que ya me doy a entender
que por hablar entre mí
le debo de obedecer.

(*Sale* MAURICIO.)

[*Hablan los tres todo aparte.*]

MAUR. [H]oy pienso con mi artificio
a Rosaura desmentir.
LEÓN. Un hombre veo venir.
MAUR. Un hombre veo.
EMP. Mauricio
viene a matar y a morir.
MAUR. ¿Si es el Emperador? El
debe ser, sin duda. Agora
fingiré también con él,
que yo quedaré por fiel
y Rosaura por traidora;
mas yo la sabré guardar
del peligro. Llegar quiero.
EMP. Agora llega a matar.
LEÓN. ¿Cómo no llega?
MAUR. ¿Qué espero?
¿Qué tengo que recelar?
Seguir quiero mi opinión.
¿Qué temo? ¿De qué me espan-
que me da tanta ocasión [to,
la noche que tiene el manto
del dolor de mi traición?
Pues hallar ocasión pude
a mi gloria, puesta en duda
es bien que la noche ayude;
no verán si me demuda
la sangre que al rostro acude.
Ir quiero; no se recata
de verme. Sin duda tiene
gente escondida.
EMP. ¿Qué trata
consigo?
LEÓN. ¿Qué se detiene?
EMP. ¿Qué espera que no le mata?
MAUR. Quiero empezar mi maldad.
EMP. Ya llega.
LEÓN. ¿Qué intento lleva?
¿Qué querrá?
MAUR. Tu Majestad
[*Alto*]
ha de hacer agora prueba
de mi celo y su bondad;
pero primero por mí
has de absolver un traidor.
EMP. ¿Quién será? [*Ap.*]
MAUR. ¿Quiéreslo así?
LEÓN. Por fuerza he de hablar. [*Ap.*]
MAUR. Señor,
¿piensas perdonarle?
LEÓN. Sí.
MAUR. Sabe, pues, que ha muchos
que Rosaura... [días
LEÓN. Cielo santo. [*Ap.*]
MAUR. ...adora las prendas mías.
LEÓN. De mi paciencia me espanto.
[*Aparte.*]
MAUR. Y que con largas porfías
me rogó que te matase,
y que, pues tu hijo agora
morirá, me levantase
con el Imperio.
EMP. ¡Ah, traidora!
[*Aparte.*]
MAUR. Y que con ella casase,
y aquí concertado [h]abía
que te matase.
LEÓN. ¡Ah, cruel; [*Ap.*]
esto mi padre quería:
que me matasen por él!
EMP. ¡Hay tan extraña hidalguía!

MAUR. Yo se lo quise ofrecer
por decírtelo, y también
por temor que esta mujer
no lo encomendase a quien
quizá lo quisiese hacer;
mas por no manchar mi fama,
quise atropellar mi honor,
mira si mi fe te ama,
pues no me han hecho traidor
un Imperio ni una dama.
Gran castigo mereció,
mas casándola conmigo,
quedaré premiado yo,
y ella tendrá por castigo
lo que por premio esperó.
¿Qué dices?

LEÓN. Ah, villano. (1)

MAUR. Bien con la empresa he salido.

LEÓN. ¿Qué espero? [*Aparte.*]

MAUR. Todo está llano.

EMP. ¿Que Rosaura me ha mentido?
[*Aparte.*]
¡O[h], fiel Mauricio!

LEÓN. ¡O[h], tirano!
Verdad será, no lo dudo;
que ella, viéndose culpada,
negarme la dama pudo.
¿Cómo no tomo la espada?
No fuí sordo, ya estoy mudo.

MAUR. ¿Qué estás pensando?

LEÓN. Conmigo
[*Aparte.*]
la obediencia está luchando,
mas darle puedo castigo
sin romperla, pues callando
puedo matar mi enemigo.
Muera el infame, y verá
la infame traición que ha he-
aunque pesar me dará [cho;
[h]aber de pasar un pecho
adonde Rosaura está.
Pero mueran ambos.

MAUR. Tente;
¿por qué me matas?

EMP. Valer
[*Aparte.*]
te procuro. ¡Acudir, gente!
[*Saliendo.*]
Tente, ¿qué quieres hacer?
Habla, ingrato, inobediente.
Responde.

MAUR. ¡Triste de mí, [*Ap.*]
con León hablé! En aprieto
quedo puesto.

EMP. Ingrato, di,
¿ya me pierdes el respeto?
¿Esto he de esperar de ti?
Habla.

LEÓN. ¿Qué tengo de hablar?

EMP. ¿Qué haces?

LEÓN. Mato un traidor.

EMP. Yo no te puedo enfrenar;
templa tu furia.

LEÓN. Señor,
¿cómo la puedo templar?
Que es tal la traición que ha
[hecho
que no puede ser templada,
si no templo a mi despecho
el acero de mi espada
en la fragua de su pecho.
La sangre quiero verter
deste falso, deste ingrato,
por beberla, y por beber
de su Rosaura un retrato,
que hecho carbón he de ver;
que este retrato maldito
le tomo por mi provecho,
para probar si vomito
otro que tengo en el pecho,
de quien ya me siento ahito.
Déjame, señor.

EMP. No dudo
sino que debes ser loco.
¿Quién enloquecerte pudo?
¿Cómo me tienes en poco?
¿No miras que soy su escudo?

LEÓN. Con todo, castigaré
los yerros que ha cometido,

(1) Verso corto.

y como rayo seré,
que sin tocar su vestido,
quemar sus hierros podré.
No lo impidas.

EMP. Eso ¿es justo?

LEÓN. Y muy justo.

EMP. ¿Por qué quieres
darme tan grande disgusto?

(*Salen* DALMACIO *y* SULPICIO.)

DALM. Mátale, señor.

LEÓN. ¿Quién eres?

DALM. Dalmacio soy; haz tu gusto.

LEÓN. ¡Ay, amigo, muera!

EMP. Tente.
que ya sobra la locura:
¿Eres tú el sabio, el prudente?
¿Eres aquel que procura
cobrar fama de obediente?
¿Cómo te rige la ira?
¿Cómo estás de enojo ciego?
De tu intento te retira;
mira que yo te lo ruego,
y que soy tu padre mira,
si eres noble.

LEÓN. Sí lo soy.

EMP. ¿Y procúrasme estas penas?

LEÓN. Herido de envidia estoy,
y a buscar fuente en tus venas
como ciervo herido voy;
pero ya tengo paciencia;
esté su vida guardada,
pues puso su diligencia
entre el filo de mi espada
el muro de mi obediencia.
Viva, señor, y con duelos
este hijo tuyo quede;
verán la tierra y los cielos
cuánto su obediencia puede,
pues puede más que los celos.

EMP. No te acredites conmigo,
que si no fueras cruel,
perdonárasle, enemigo,
por lo que es conmigo fiel
lo que fué traidor contigo.
Tus locuras y tus obras
de mi amor te han despedido;
[h]oy un nuevo hermano cobras,
que más que tú es bien nacido,
pues es hijo de sus obras.
Mal lo miraste.

LEÓN. Yo creo
que es justo que me persiga
la cólera que en ti veo,
pero mátame, y castiga
con tus obras mi deseo.
Mátame, que con paciencia,
con estar de enojo ciego
estoy lleno de obediencia
y, si con sangre la riego,
quizá cogeré clemencia.
Quizá la cogeré.

EMP. Cierra
la boca que ha de pedilla.

SUL. ¡O[h], cuánto el Príncipe yerra
en sembrar esta semilla
en tan seca estéril tierra!

LEÓN. Escúchame.

EMP. Calla.

LEÓN. Cielos,
¿qué es esto? ¿No escucharás
mi disculpa entre mis duelos?

EMP. ¿Y qué disculpa darás?

LEÓN. No más de que tuve celos.
Celos tuve, loco anduve,
que celos me enloquecieron;
y mal digo que los tuve,
que ellos, señor, me tuvieron,
pues tan fuera de mí estuve.

EMP. Haciéndote yo llamar
muy necia disculpa das;
porque debieras dejar
de tener celos, no más
de por no darme pesar;
y la otra vez que aquí
a darme algún gusto vengas,
si quien los tiene de ti
te da celos, no los tengas
por darme disgusto a mí.
Y agora vete, que soy
tu padre y enojo tengo,
y por darte muerte estoy.

LEÓN. ¿Que a tanta desdicha vengo?
EMP. Vete luego.
LEÓN. Ya me voy,
y de mi padre a los cielos
mil quejas tengo de hacer,
pues quiere conmigo ser
tan avariento, que celos
aún no me deja tener.

(*Vase* LEÓN.)

DALM. ¡Que lástima no le den
sus pesares!
SUL. Yo por esto
me voy tras él.
DALM. Yo también.

(*Vanse* DALMACIO y SULPICIO.)

EMP. Solo dejaron el puesto.
Ven, Mauricio; amigo, ven.
MAUR. Bramando fué.
EMP. La hermosura
que en Rosaura perdió, llora.
MAUR. No te espante su locura,
que es león, y tiene agora
la celosa calentura.
EMP. Déjale, pues ha querido
guardarte el cielo de injuria;
que este hijo mal nacido
como demonio se ha ido
con él lleno de su furia.
Déjale.
MAUR. ¿No me dirás
toda esta gente qué hacía
en este punto?
EMP. Sabrás
que por traidor te tenía,
porque a Rosaura...
MAUR. No más.
¡Ah, traidora!
EMP. En conclusión,
dijo que para matarme
esperaste esta ocasión;
y yo puse por guardarme,
en mi lugar a León,
porque creí que, engañado,
le dieras muerte, y creí,
con los que tuve a mi lado,
hacértela dar a ti.
MAUR. Bien lo tuvo concertado (*Ap.*)
EMP. Di, ¿qué la pudo mover
a Rosaura? ¿Por qué a mí
tu traición me hizo saber?
MAUR. Un enojo que le di.
EMP. No me espanto, que es mujer;
mas ya conozco cuál es
la fineza de tu fe.
Rosaura es tuya.
MAUR. Los pies
a tus huellas besaré,
por tan subido interés.
EMP. No quiero verte humillado,
que pienso por varios modos
subirte a tan alto estado,
que a tu estado envidien todos
y tú no envidies mi estado.
Levántate.
MAUR. Bien estoy;
esto por premio me basta.
EMP. Alzate.
MAUR. Tu esclavo soy.
EMP. Tima, empeña, vende y gasta,
que cuanto tengo te doy.
Cobra bríos y opinión,
no dudes de recebir,
que quiero en esta ocasión
por no darte sin pedir,
pedirte, amigo, perdón.
Perdona el [h]aber creído
a Rosaura, que lo tengo
por agravio.
MAUR. Agravio ha sido,
pero la enmienda prevengo.
EMP. Eres al fin bien nacido.
Entremos, que tuya es
mi corona, pues te quedo
con la obligación que ves.
MAUR. Yo la tomaré, si puedo, (*Ap.*)
antes que tú me la des.

(*Vanse.*)

JORNADA TERCERA

(*Salen* ROSAURA *y* IRENE.)

ROS. Dices mal.
IRENE. ¿En eso das?
ROS. Pues si mi hermano te estima,
y le olvidas, ¿no verás
que tienes gran culpa?
IRENE. Prima,
en el irse tuvo más.
ROS. ¿Eso dices?
IRENE. Por tu vida,
esa culpa que le da
la gente que es entendida
más al galán que se va
que no a la dama que olvida.
Yo viéndole le he querido,
mas todo este ciego ardor
con no velle se ha perdido,
que, si el velle engendra amor,
el no velle engendra olvido.
Todo el ausencia lo enfría;
no es nuevo lo que en mí ves;
porque el amor, prima mía,
como el galápago es,
que con la vista se cría.
Ausentóse y entre tanto
corté a su amor las raíces.
Vi a Mauricio...
ROS. No me espanto.
¿A Mauricio quieres?
IRENE. Tanto,
que estoy sin seso.
ROS. Bien dices;
sin seso estás.
IRENE. ¿Por ventura,
sabes que es doble su fe?
ROS. Sé que burla tu hermosura,
sé que es gran traidor, y sé
que por mujer me procura.
[H]oy su traza he descubier-
que el Emperador cruel [to;
a ruegos suyos me ha muerto,
porque me case con él.
IRENE. ¿Qué me dices?
ROS. Lo que siento.
IRENE. ¡Ay, falso! ¡Ay, amiga, di;
¿tú querrás?
ROS. Irene mía,
bien segura estás de mí.
IRENE. ¿Segura estoy?
ROS. Yo querría
estarlo tanto de ti.
IRENE. ¿Por qué de mí?
ROS. Porque agora
me dijo el Emperador
que mi Príncipe te adora.
IRENE. Pues fía de mi valor.
ROS. Mauricio viene, señora.

(*Vase.*)

Dios te guarde.
IRENE. Hazme amistad.
Pensado tengo un engaño
en doblar mi voluntad,
para saber si en mi daño
descubro aquesta verdad.

(*Salen el* EMPERADOR *y* MAURICIO.)

EMP. He mandado que [h]oy ordene
la ciudad el triunfo y lauro.
IRENE. ¿Qué tratas?
EMP. Hermosa Irene,
de servirte, y de Rosauro
que ya vitorioso viene.
IRENE. Y tratas dél, ¿por qué así
de Rosaura por quien mueres,
tratas?
EMP. ¿Yo? Triste de mí.
¿Qué imaginas?
IRENE. Que la quieres.
EMP. ¿Yo quiero a Rosaura?
IRENE. Sí.
EMP. Búrlaste, Irene, conmigo.
IRENE Digo que la quieres.
EMP. ¿Yo?
¿Quién lo dijo?
IRENE. Quien la vió
hablar contigo gran rato (1).
EMP. Mucho estimo este favor:

(1) Redondilla entre quintilla.

pues me dicen tus recelos
que soy dichoso amador,
que pues no [h]ay amor sin ce-
no [h]abrá celos sin amor. [los.
Dichoso soy.

IRENE. Déjame.

MAUR. Bien finge.

IRENE. De aquesta suerte
saber la verdad podré. [*Ap.*]

EMP. Mauricio, mi dicha advierte,
pues no dudes de mi fe.
Bien es que segura quedes
desta sospecha importuna.
¿Cómo, Irene, cómo puedes
tener celos de ninguna,
pues a todas las excedes?
Celos pueden merecer
en tu pecho algún lugar;
pero todo puede ser,
que pues yo los puedo dar,
bien los puedes tú tener.
Mas olvida esas quimeras,
que a trueque de que no llores,
sufriré que no me quieras,

IRENE. Al rabiar llamas favores,
haces burlas de mis veras.
Déjame.

EMP. ¿Quieres matarme?
Juro por el cielo santo,
por el bien que puedes darme,
y por los ojos que en llanto
ocupas por no mirarme,
que te engañas.

IRENE. No me engaño.

EMP. Oye, escucha, Irene mía:
tú, Mauricio, eres extraño:
di la verdad.

MAUR. Este daño
ha gran rato que temía. [*Ap.*]

EMP. No te turbes; dilo.

MAUR. Digo,
que a Rosaura habló, y fué
de mi parte.

IRENE. Y dime, amigo,
¿qué trataron?

MAUR. No lo sé.

EMP. Dilo, amigo.

MAUR. Que conmigo
se casara. ¿Quieres más?

IRENE. ¿[H]ay más extraño rigor?

EMP. Ya sin celos estarás;
bien lo sabes.

IRENE. Sí, señor.

EMP. Pues que ya segura estás,
dame licencia, mi bien.

IRENE. Dios te guarde.

EMP. De tu olvido.

MAUR. ¡O[h], como has fingido bien!

IRENE. ¡Ah, traidor! [*Aparte.*]

MAUR. Yo soy perdido;
escucha.

EMP. Mauricio, ven.

(*Vanse los dos y sale* LEÓN.)

LEÓN. Si es [de] mi fuego imposible,
si de los celos, señora,
probaste el dolor terrible,
o si le pruebas a[h]ora,
que, pues vienes, no es posible
si tienes algún empleo,
si quieres, siendo mujer,
así logres tu deseo,
así no te puedas ver
de la suerte que me veo,
que me digas...

IREE. ¿Qué, señor?

LEÓN. ...si sabes, hermosa Irene,
que a Mauricio tenga amor
Rosaura.

IRENE. No se le tiene.

LEÓN. El dice que sí.

IRENE. El traidor
mintió.

LEÓN. ¿Por qué?

IRENE. Por que así
quiso encubrir su mal trato;
creer me puedes a mí,
que pues adoro a ese ingrato,
lo mismo me va que a ti.

LENÓ. ¿Es verdad?

IRENE. Pues si tuviera

de tu Rosaura recelos,
no es cierto que te dijera
lo que preguntas, por celos,
cuando por otro no fuera.

LEÓN. Dices muy bien.

IRENE. Pues conmigo
te avienes, yo he de poner
a tu Rosaura contigo,
por servirte, y por hacer
que la olvide ese enemigo.
Será buena traza.

LEÓN. Buena.

IRENE. Al cielo ruega que acierte.

LEÓN. Irene, tu gusto ordena,
que eres gloria de mi pena,
y eres vida de mi muerte.
Eres...

IRENE. Príncipe, ¿en qué das?
¿No ves que por mí la hago?
¿En qué obligación estás,
pues que yo misma me pago?

LEÓN. En eso me obligas más.
No me obliga, Irene, a mí
el ver un pecho tan nuevo,
pues para pagar por ti
la vida que yo te debo,
te pagas tú misma a ti.
En más deuda me has metido,
más te debo en conclusión,
porque estima el bien nacido
el pagar la obligación
más que el bien que ha recebido;
y este bien que me has de dar,
me va de suerte obligando,
que sólo puedo llegar
a pagarte, confesando
que no te puedo pagar.
Y para que en algo estés
pagada de lo que escucho,
te suplico que me des
las manos; mas esto es mucho:
dame, señora, los pies.

IRENE. ¿Qué haces?

LEÓK. Estoy corrido

(*Salen* ROSAURA, DALMACIO, *estando* LEÓN *de rodillas.*)

ROS. Y, pues, Dalmacio, ha venido
el Príncipe... Mas ¿qué veo?
¿Para ver esto he salido?
¿Qué miro?

IRENE. Rosaura llega,
y celosa.

LEÓN. Un desengaño
me lleva al puerto y me anega.

ROS. ¿Que a tanto llega el engaño,
y me lleva estando ciega?
Mas no es mucho que los cie-
me dejen ver mis enojos, [los
que al que ciega amor los ojos,
los antojos de los celos
les suelen servir de antojos.
Por ellos miro el dolor
que siempre en mí ha de crecer,
y por ellos el amor
mayor le ha de parecer,
con no poder ser mayor.
¿Qué calláis, qué enmudecéis?
Hablad, que es bien animaros:
porque al amor que os tenéis
hacéis agravio en miraros
corridos de lo que hacéis.
No estés, Príncipe, corrido,
ni tú, prima, que no es tanta
la culpa que [h]abéis tenido;
hazle favores, levanta
ese Príncipe caído.
No esperes que yo esté ausen-
que para ninguno es bueno: [te,
porque estando aquí presente,
podré beber más veneno,
y morir más fácilmente.
Mas, voime, que no querrás
hacerme a mí bien.

DALM. ¡Señora!

ROS. ¿Qué haces?

IRENE. ¿Adónde vas?
Que tu Príncipe te adora.

LEÓN. No más, Rosaura; no más.

IRENE. ¡Señora!

ROS. ¿Tú me detienes?

IRENE. Aguarda.
ROS. ¿No estás vengada?
LEÓN. Oye, mi bien.
ROS. ¿A qué vienes?
LEÓN. A tenerte.
ROS. Ya me tienes;
pero tiénesme engañada.
LEÓN. Escucha, que estoy corrido.
ROS. Suelta el vestido.
LEÓN. No es justo
que te suelte.
ROS. Fementido,
pues me desnudas de gusto,
desnúdame de vestido.
Viste con él la belleza
donde tienes la esperanza,
podrás tener con destreza
al árbol de la mudanza
un enjerto de firmeza.
LEÓN. Escucha y mátame.
ROS. Di.
LEÓN. Pues que te digo verdad,
que sólo he venido aquí
para probar la maldad
de Mauricio.
ROS. ¿Esto es así?
IRENE. Muy bien le puedes creer,
que lo que a ofrecelle vengo
más claro lo puedes ver.
ROS. Y ¿qué le ofreces?
IRENE. Que tengo
de ponerle en tu poder.
ROS. ¿Y eso ofreces?
IRENE. Y eso haré:
tú busca, pues te soy fiel,
al Emperador, porque
hallarte hablando con él
importa mucho.
ROS. Sí haré.
IRENE. Ven tú, Dalmacio, también,
y a buscarme, amigo, ven.
LEÓN. Camina, ejemplo de fieles,
a la fuente de laureles,
pues cumplo para mi bien.
ROS. Perdona, Irene.
IRENE. Ocasión
has tenido; ven conmigo.

(*Vase.*)

Dalmacio.
DALM. Adiós.
LEÓN. ¿Qué afición
me tiene la que contigo
me deja?
ROS. Tienes razón.
LEÓN. Advierte, mi bien, si en mí
[h]ay de servirte deseo,
pues no creo lo que oí.
ROS. Ni yo lo que he visto creo;
mira si hago más por ti
LEÓN. Estoy de suerte corrido
de los celos que he mostrado,
que te juro que he sentido
más los celos que te he dado
que no el [h]aberlos creído.
ROS. Con todo, mi bien, murió
en ti la fe, que yo sé
que Mauricio la mató.
LEÓN. Antes, Rosaura, mi fe
tuvo más vida que yo.
Vida tuvo, y no tuvieras
de mí sospecha ruín,
si ver mi pena pudieras,
si vieras mi alma al fin,
el mar de mi llanto vieras;
que en él, como en cosa cierta,
vieras que no pudo tanto
la sospecha que era incierta,
porque en el mar de mi llanto
no pudo [h]aber cosa muerta.
ROS. Pues ¿por qué has gustado [aquí
demostrarnos sentimiento?
LEÓN. Porque tu amor conocí,
y porque así mi tormento
por bien empleado di;
tanto, que en verte llorar
tal gusto vine a tener,
que casi pudo llegar
a darme muerte el placer
de [h]aber tenido pesar;
porque en ver prueba tan bue-
idolatré los enojos [na,

de que tuve el alma llena,
y en la fuente de tus ojos
fuí Narciso de mi pena.
Esto ha sido tu desdén;
si fué otro, me destruya.

ROS. Y a mí me falte este bien
si siempre no he sido tuya.

LEÓN. Yo lo creo.

ROS. Y yo también.
Mi regalo.

LEÓN. Mi sosiego;
brava estuviste.

ROS. Hecha estuve
toda nieve y toda fuego.
¿Y tú, mi bien?

LEÓN. Loco estuve.

(*Sale* MAURICIO.)

MAUR. Desta plática reniego.

ROS. Tuya soy.

MAUR. ¡O[h], amor tirano.
[*Aparte.*]

LEÓN. Dame la mano.

ROS. Y el alma
te quiero dar.

LEÓN. Mucho gano
en que me des esa palma
en vez de la de tu mano.

ROS. ¡Ay, mi bien!

MAUR. Quiero estorbar
su gusto. [*Ap.*]

LEÓN. ¿Quién es?

MAUR. ¡Señor!
[H]oy te vuelve a desterrar
tu padre el Emperador.

LEÓN. Pues luego le voy a dar
ese gusto.

ROS. Luego irás;
mas tú, ejemplo de tiranos,
mira bien, pues aquí estás,
el lazo destas dos manos
que deshacer no podrás.
No procures deshacello
que no vale tu porfía,
aunque pones para ello
tantos lazos, que algún día
llegará alguno a tu cuello.
¿Yo, traidor, te tuve fe?
Yo me voy, mi bien.

LEÓN. ¿Por qué?

ROS. Por no ver a ese atrevido.
Adiós.

MAUR. Ya yo soy perdido. [*Ap.*]

LEÓN. Haz lo que sabes.

ROS. Sí haré.

(*Vase.*)

LEÓN. Adiós, mi bien verdadero,
que luego me voy también.

MAUR. ¡Ah, cielos!

LEÓN. Adiós, que muero.

MAUR. ¿Quieres algo?

LEÓN. Sólo quiero
que a mi padre sirvas bien.

(*Vase.*)

MAUR. Tan bien le pienso servir,
que en la caza adonde va
esta tarde ha de morir,
según que trazado está.
Tú su muerte has de seguir.
A los dos [os] haré dar
un mismo modo de muerte,
por vivir y por reinar.

(*Sale el* EMPERADOR.)

EMP. Mauricio, ¿qué te divierte?
¿Puedo salir a cazar?

MAUR. Sí, señor; ven y disponte
a la carrera y al vuelo;
por que en todo este horizonte
ni dejes ave en el cielo
ni dejes fiera en el monte.

EMP. Una, otra fiera querría
procurar que no me huya,
que es Irene.

MAUR. Ella porfía
diciendo que será tuya
en siendo Rosaura mía.

EMP. Terrible medio.

MAUR. Terrible.

Yo me voy porque se ordene
tu salida. Haz lo posible.

(*Vase.*)

EMP. Es poco, que por Irene
no es mucho hacer lo imposible.

(*Sale* ROSAURA.)

ROS. Tú que tienes por oficio
premiar con pródiga mano
cualquier pequeño servicio,
¿por qué pagas a mi hermano
con entregarme a Mauricio?
Dame muerte, no me entregues
a sus manos.

EMP. ¿Que no es hombre
que te merece?

ROS. No ruegues
por un traidor, que hasta el nom-
aborrezco [bre

EMP. No te ciegues,
que si agora te importuna
su nombre, puede su intento
mudarse con su fortuna;
porque suele el casamiento
hacer de dos almas una.

ROS. Bien dices y bien podría,
porque dejándome en calma,
en siendo muerta tendría
de dos almas hecha una alma,
pues mi alma faltaría,
y no es bien.

EMP. Templa el rigor,
pues sabes que a Irene adoro,
que, si alcanzo este favor,
podrás sobre montes de oro
hacer guerra al dios de amor.
Esto te prometo y más,
si más prometerte puedo.

ROS. Déjame.

EMP. Terrible estás.
Mira que obligado quedo
si el consentimiento das.
¿Quieres?

ROS. ¿Cómo he de querer?
¿No ves que el consentimiento
puede por mí responder
con el eco el casamiento
que después he de tener?

(*Sale* IRENE.)

IRENE. Dalmacio espera.

ROS. A tus pies
pedir, si merezco, espero
otro género me des

(*De rodillas.*)

de muerte.

EMP. Antes quiero (1)
dar vida.

IRENE. Dásela, pues.

EMP. Mi gloria.

IRENE. Mira que incitas
de tu Rosaura el desdén.

EMP. ¿Por qué mi gloria limitas?

IRENE. Dale tu vida, y también
la vida que a mí me quitas.

EMP. ¿Yo te la quito?

IRENE. ¿Pues no?
Y por vengarme codicio,
pues él de ti se fió
que a mí me quiera Mauricio.

DALM. Yo lo creo.

ROS. Y también yo.

EMP. ¿Qué tienes?

IRENE. Pena forzosa.

EMP. ¿Date celos por ventura
Rosaura?

IRENE. ¿No es poderosa
para darlos, su hermosura?

EMP. Yo confieso que es hermosa
y que llegara a ser antes
de mi alma los despojos
porque a nacer son bastantes
de las niñas de los ojos
mil pensamientos gigantes;
mas yo en tu favor me quemo.

IRENE. Déjame, traidor, no dores
esta mudanza que temo.
Déjame morir.

---

(1) Verso corto.

EMP. No llores.
DALM. ¡Qué bien finge! [*Ap.*]
ROS. Por extremo.
IRENE. Si alegre me quieres ver,
de Palacio ha de salir
Rosaura.
EMP. No puede ser.
¿Qué dirán?
IRENE. ¿Qué han de decir?
Tú la debes de querer.
De tu falso amor reniego.
EMP. Que me quieres bien presumo,
que puesto que amor es ciego
por los celos que son humo,
he descubierto tu fuego;
y por pagar tu amistad
enjugar tu llanto quiero
con el sol de la verdad.
IRENE. No pienses que el llanto fiero
procede de voluntad.
Ni pienses que amor ha sido
el que estos milagros hace,
que los celos que he tenido
son como el humo que nace
del fuego que no ha nacido.
Quédate, Príncipe injusto,
con quien adoras.
EMP. Yo muero.
DALM. No te vayas, que no es justo.
EMP. Detente, espera.
IRENE. Ya espero;
¿qué quieres?
EMP. Hacer tu gusto.
ROS. Bien sucede.
EMP. Mi contento;
tan lejos de serte injusto
estoy siempre, que me afrento
de sólo pensar que justo
no he sido a tu pensamiento.
Dalmacio, donde quisieres
lleva a Rosaura. De juicio
me saca amor.
ROS. De quien eres
me das muestra.
EMP. Y a mí indicio
de lo mucho que me quieres.
ROS. ¿Iremos luego?
EMP. Partir
(*Vanse.*)
podéis luego; y el pesar
puedes muy bien despedir.
IRENE. ¿Saldremos luego a cazar?
EMP. Tu gusto pienso seguir.
Por ti voy.
IRENE. Mauricio viene.
(*Sale* MAURICIO.)
EMP. Pues voy a mudarme.
IRENE. El cielo
te guarde. ¡Cómo le tiene
(*Vase.*)
ciego amor!
MAUR. ¡O[h], mi consuelo!
IRENE. ¡O[h], Mauricio!
MAUR. Bella Irene;
pues esta caza has pedido,
para cumplir mi concierto,
a su Príncipe rendido
verás por mis manos muerto.
IRENE. ¿Qué en tu traición ha cabido?
Medrosa estoy.
MAUR. Sin razón,
¿qué temes?
IRENE. Temo el afrenta,
que si a todos cuantos son
les contenta la traición,
el traidor no les contenta.
De tal manera el amor
a mí me tiene trocada,
que por amarte y honrada
me agrada mucho el traidor,
y la traición no me agrada.
MAUR. ¿Y por qué?
IRENE. Porque he sabido
que a mí no me guardas fe.
MAUR. ¿Es maldad?
IRENE. Calla, fingido
que ya tus maldades sé.
(*Sale el* EMPERADOR.)
EMP. ¿Quién grita?

MAUR. Yo soy perdido.
EMP. No me encubras el sol rojo
que comprime mi arrebol;
deja el colérico antojo,
no me escurezcas tu sol
con la nube dese enojo;
habla, descubre el enredo,
que si es su arrogancia loca
quien te escurece sin miedo,
con el viento de la boca
esparcir la nieve puedo.
La muerte daré al traidor
que toma tanta licencia.
MAUR. Temiendo estoy su rigor. [*Ap.*]
IRENE. Hacer quiero una experiencia.
[*Aparte.*]
EMP. ¿Qué callas?
IRENE. Sabe, señor,
que riñe porque yo fuí
ocasión de que se fuese
Rosaura.
MAUR. Triste de mí;
que [h]oy este mal no supiese.
EMP. Esto, Mauricio, ¿es ansí?
[*Aparte.*]
MAUR. Conceder quiero.—Así es,
[*Alto.*]
mas volverla a cobrar creo
como licencia me des.
Las alas de mi deseo
quiero ponerme en los pies;
dame licencia, que muero.
IRENE. Este gusto he de quitalle [*Ap.*]
No se la des, porque espero
[*Entre los dos.*]
que me vengas con no dalle
licencia.
EMP. Servirte quiero.—
No vayas. [*Alto.*]
MAUR. Irene bella,
¿quieres hacerme morir?
EMP. Deja que siga su estrella.
IRENE. Si se la dejas seguir,
pensaré que quieres vella.
MAUR. El no dejar que la siga
una vida ha de costar.
IRENE. ¿Tu traición quieres que diga?
[*Entre los dos.*]
MAUR. Calla.
IRENE. Yo quiero callar,
para ver si esto te obliga,
como tú vengas.
MAUR. Iré
porque calles.
IRENE. Yo también,
porque vengas, callaré—
El vendrá a quererme bien,
[*Aparte.*]
pues sin Rosaura se ve.
EMP. Vamos luego.
MAUR. [Ya] reniego
[*Entre los dos.*]
de tu amor.
IRENE. ¡Ah, fementido;
qué mal encubres tu fuego!
MAUR. Déjame, que estoy perdido.
Vamos, señor.
EMP. Vamos luego.
(*Vanse y sale* LEÓN.)
LEÓN. De un gran amigo he fiado
la que aguardo por esposa;
y con temor he quedado,
que él es hombre y ella hermosa,
y yo soy muy desdichado;
pero es tanta su hidalguía,
que ser traidor no podrá,
y por la sospecha mía
que pienso que él lo será,
creo que yo lo sería.
¡Ay, amor!, tú me atropellas,
que la traición de que viene
mi alma al formar querellas,
dos partes iguales tiene,
y el pensarla es una dellas;
y pues yo tan sin razón
he tenido esta sospecha,
ya tengo en esta ocasión,
con imaginarla, hecha
la metad de la traición.
Mas ¿qué es esto, cielo amigo?

(*Salen* DALMACIO *y* ROSAURA.)

DALM. Ya tu gloria viene aquí.
LEÓN. ¿Que mi bien viene contigo?
DALM. Yo le traigo,
ROS. Amigo, di
que él mismo se viene.
DALM. Digo
que desa manera es,
que ella misma se ha venido.
DALM. Déjame besar los pies,
que a mis manos te ha traído.
ROS. ¿Qué haces?
LEÓN. Mi bien ¿no ves
que agradezco agora así
el traerte a mi poder
a Dalmacio; porque a ti
no te puedo agradecer
el haber venido aquí?
No huyas.
DALM. Baste el favor.
Guarda el bien que vas gozando
y mira que va, señor,
por esos montes cazando
tu padre el Emperador.
Guarda, que te hará morir
tu padre, y si aquí te aguardas;
todo el tiempo que en decir
lo que te he servido tardas;
ponle, señor, en huír.
Mira no te llegue a ver,
si dél te quieres librar;
huye y calla, que a mi ver
hasta el viento del hablar
para huír has menester.
Adiós

(*Vase.*)

LEÓN. [A]diós.
ROS. Gran exceso
de amistad.
LEÓN. Y de ventura
la mía.
ROS. Yo te confieso
que tengo poca cordura,
pues que no he perdido el seso.

(*Suena ruido en una peña y aparece en ella el* EMPERADOR *y* MAURICIO, *que le quiere matar.*)

LEÓN. Ven, mi gloria.
EMP. Ingrato.
LEÓN. Espera;
¿qué voces oigo?
EMP. ¡Ah, villano!
LEÓN. El corazón se me altera.
EMP. Siendo hechura de mi mano,
¿quieres que a las tuyas muera?
LEÓN. Algún gran daño recelo.
EMP. ¿Qué haces?
MAUR. De ti me admiro;
doite la muerte.
EMP. ¿En el suelo
me quieres matar?
LEÓN. ¿Qué miro?
ROS. Tu padre es aquél.
LEÓN. ¡Ay, cielo!
EMP. Escúchame.
MAUR. Muere.
LEÓN. Advierte
que yo te miro.
MAUR. ¡O[h], León,
poco te vale el ser fuerte!
EMP. Hijo de mi corazón,
presente estás a mi muerte.
LEÓN. Yo la tengo de estorbar.
MAUR. No podrás.
LEÓN. Pues ¿cómo no?
¿Por qué le quieres matar?
MAUR. Por reinar.
LEÓN. ¿Viviendo yo?
MAUR. Harto harás tú en escapar
de mis manos.
LEÓN. De un infiel
te fiaste?
EMP. Irene ha sido
quien me ha engañado.
LEÓN. ¡Ah, cruel!
MAUR. Muere y calla.
LEÓN. Oye, atrevido,
que quiero darte por él
el Imperio.
MAUR. ¿Tú no ves

que es ya mío? Pero haré
un trueco contigo.
LEÓN. ¿Y es?
MAUR. Que a tu padre te daré,
como a Rosaura me des.
ROS. ¿Que escuch?
LEÓN. ¿Con tu apetito
el árbol de mi fe quieres
dejar, ingrato, marchito?
¿Matarme quieres?
EMP. Tú mueres
con lo que yo resucito.
¿Qué piensas?
LEÓN. Que al alma mía
se le aumenta un dolor fuerte,
porque antes yo no tenía
ninguna culpa en tu muerte,
pues valerte no podía;
y agora veo que quedo
con la culpa y el pesar,
porque tengo, señor, miedo
que no he de quererte dar
el favor que darte puedo.
Con estos pesares lucha
mi corazón.
EMP. No te ciegues.
LEÓN. A valerte subo.
EMP. Escucha.
que soy muerto antes que llegues,
porque la distancia es mucha.
Sin volar es excusado
estorbar que antes no muera.
LEÓN. Bien pudiera [h]aber volado
a valerte, si tuviera
las alas que me has quitado.
ROS. Con recelo estoy.
LEÓN. Traidor,
mi vida tienes aquí
por la suya.
ROS Extraño amor.
EMP. ¿Tu vida darás por mí?
LEÓN. ¿Eso preguntas, señor?
Di que la tome.
MAUR. ¿No ves
que es poco si [h]as de igualarle
con la prenda, el interés:
y puedes tu vida darle
a la que tu vida es?
EMP. No pierdas tiempo en quejarte,
acude luego a librarme,
mira, Príncipe, que en parte
es el no determinarte
determinar de matarme.
MAUR. Acaba de darla.
LEÓN. Espera,
déjame un rato pensar,
que si una prenda te diera
que no me hiciera dudar,
muy poco en dártela hiciera.
ROS. Mira que tu esclava soy.
EMP. Yo tu padre.
LEÓN. ¡O[h], trago amar-
déjame estar como estoy, [go
pues con la duda te alargo
la vida que no te doy.
MAUR. No pienses entretenerme,
resuélvete, que entre tanto
pueden venir a ofenderme.
LEÓN. Resolver mi vida en llanto
quisiera, y no resolverme.
EMP. ¡Ay, amargo desconsuelo!
ROS. ¡Ay, fiera, inconstante estrella!
LEÓN. Amigo, por todo el cielo,
que tomes en lugar della
el Imperio deste suelo,
y mi corona.
MAUR. Perdona,
que eso es perder el decoro
al valor de su persona:
que si la corona es oro,
ya su cabello es corona.
¿Estoy de riqueza falto?
LEÓN. Hacerme puedes injuria,
porque estás sin sobresalto,
para el toro de mi furia
en el tablado más alto. [tierra;
¡Ah, cielo estrellado! ¡Ah,
que sois de mí mal jüez!
¡O[h], monte fragoso: o[h], sie-
que por ser alto otra vez [rra
haces a los dioses guerra!

[H]oy tu monte y espesura,
ayudados del rigor
de mi mucha desventura,
haces guerra al dios de amor,
y al cielo de la hermosura;
y buscar no es menester
gente que así se desmande
contra el cielo y su poder;
que mi desdicha es tan grande,
que gigante viene a ser.
Mas un rayo ha de bajar
que el traidor abrasará.

EMP. ¿Milagros he de esperar?

LEÓN. Sí, pues también lo será
el podérsela yo dar.

EMP. Pues ha sido piedra [h]elada,
que viéndome en tanto estrecho,
no está del dolor labrada
en la piedra dese pecho
pueda afilarse esta espada.
Presto mi muerte verás,
pero a la luz de mi llama
puedes mirarte y verás
que hallar puedes otra dama,
y otro padre no hallarás.
Prendas son, hijo, livianas,
todos sus despojos bellos;
trueca, pues en ello ganas,
el oro de sus cabellos
por la plata de mis canas.
Tu padre, es tu padre ya,
y tu dama que está ufana,
no es tu mujer: y quizá,
aunque [h]oy es tuya, podrá
dejar de serlo mañana.
Admite mi ruego ardiente,
o saldrán [h]oy desta guerra
tan pobre de tierra y gente,
que te quedará la tierra
de mi cuerpo solamente.
Resucítame este día,
ganarás eterna palma.

LEÓN. ¡Ay, padre del alma (1) mía!
¡Ay, Rosaura de mi alma,
darte y no darte querría!

EMP. ¿Que no te mueve mi lloro?

ROS. ¿Que a mi llanto no te mueves?

EMP. Mal me pagas el decoro.

ROS. Mal pagas lo que me debes.

EMP. Yo te quiero.

ROS. Yo te adoro.

MAUR. ¿No te resuelves, León?

LEÓN. Pues el trago es tan cruel,
ser quiero en esta ocasión
de aquesta balanza el fiel,
y pesar mi obligación.
Mi padre la muerte espera
si con Rosaura me voy
y no le doy esta fiera;
yo muero, si se la doy,
pues mejor es que yo muera.
¿Podréla dar? Bien podré.
Viva mi padre; mas yo
sin mi Rosaura ¿qué haré?
Mi padre muera, mas no,
mejor será que la dé.
Al fin la doy.

MAUR. Que la das.

EMP. Ya recibe mi esperanza.

ROS. ¿Que en eso resuelto estás?

LEÓN. Perdona, que la balanza
de mi padre pesó más.

ROS. No lo has menester decir,
que ya entre gustos ajenos
puedes, señor, advertir
que [h]abía de pesar menos
quien fué ligera en venir.

EMP. Ya es hecho.

LEÓN. Por tu provecho
milagrosamente di
mi gloria.

EMP. Según has hecho,
por la fe que puse en ti
este milagro se ha hecho.

MAUR. Más resta.

EMP. ¿Qué resta, infiel?

MAUR. Que tienes, señor, de atalla
al tronco dese laurel,
porque no se vaya.

LEÓN. Calla,

(1) En el texto: almia.

aleve, ingrato, cruel.
EMP. Atala.
ROS. No es menester;
no tengas, Mauricio, miedo,
que de verme aborrecer
tan ajena de mí quedo,
que no me podré mover.
MAUR. Con todo, he de asegurarme.
EMP. Hijo, acaba.
ROS. ¿Deste modo
me tratas? ¿Quieres matarme?
LEÓN. ¿Que yo puedo atarte?
ROS. Todo
lo podrá quien pudo darme.
¿Que darme pudiste, fiero?
LEÓN. ¿No te he dado a quien te ado-
Adiós, que la muerte espero. [ra?
Atada quedas, señora;
vive ufana, que yo muero.
ROS. No me pienses consolar,
huye, y teme mi desdén;
que a Mauricio quiero amar,
pues sólo en quererle bien,
me puedo de ti vengar.
LEÓN. Adiós, que parto difunto.
EMP. Por aquí me bajo.
LEÓN. Ven.
MAUR. Y yo por allí también,
y llegaremos a un punto,
él al hijo, yo a mi bien.
ROS. ¿Cómo muerte no me doy?
EMP. ¿No me sigues?
LEÓN. Ya te sigo.
ROS. ¿Que te vas?
LEÓN. A morir voy.

(*Vanse todos y queda* ROSAURA *sola.*)

ROS. ¿Que me dejaste, enemigo?
¡Buena quedo, buena estoy!
Cubre los rayos de mi sol dorado
con su pardo color la noche fría,
que del vapor de la desdicha mía
en el cielo que adoro se ha engendrado;
crece la tempestad con el cuidado,
y de los rayos que la noche envía,
uno me ha de abrasar, aunque debía
tener mi pecho este laurel guardado.
Pero el laurel, a quien la vida entrego,
mudando por mi mal, naturaleza,
en más peligro y más temor me tiene;
pues no me libra de un amante ciego,
porque sin duda es rayo en fortaleza,
con que imagino que a matarme viene.

(*Sale* MAURICIO *y dos* CRIADOS.)

MAUR. Seguidme.
CRIAD. ¿No la ves?
MAUR. Sí.
ROS. Ven a matarme, cruel.
MAUR. Iré a quitarte de ahí:
porque veo que el laurel
tiembla, como yo de ti.
CRIAD. Esta Infanta sin ventura
en oírte está temblando,
porque piensa, mal segura,
que eres Apolo, mirando
los rayos de tu hermosura,
y tiene razón.
OTRO. Reniego
del amor.
MAUR. Yo del desdén.
CRIAD. ¿No la desatas?
MAUR. Es ciego
aquel ñudo.
OTRO. Y tú también,
desátala.
MAUR. Yo voy luego.
A desatar luego acudo
otro ñudo Gordiano,
y de emprenderlo no dudo:
seré otro Alejandro Magno
en desatar este ñudo.
Al fin vengo a desatarte
con mil gustos soberanos.
ROS. Y yo gusto dello en parte,
por tener, ingrato, manos
para matarme y matarte.
CRIAD. ¿Que esto León pudo dar,
y que atada la dejase?
MAUR. Debióla, amigo, atar
para que no se matase.

(*Salen el* GENERAL *y dos* SOLDADOS.)

OTRO. Aquí podrás descansar.
GEN. Bien dicés.
CRIAD. Rosauro viene; huyamos.
MAUR. Rosauro es; huír la muerte conviene.

(*Vanse y déjanla atada.*)

SOLD. ¿Quién aquí tu hermana tiene?
GEN. ¿Adónde está?
SOLD. ¿No la ves?
De dar crédito no huyas
a mi fe.
GEN. Quiero creerte,
que si su talle se advierte
todas las señas son suyas,
sino el estar desta suerte.
Sin duda el Emperador,
de quien tanto mal se cuenta,
envidiando mi valor
con la imagen de la afrenta
quiere asombrarme mi honor.
¿Quién eres?
ROS. ¿Qué hay que dudar?
Tu hermana.
GEN. ¿Eso puedo oír?
¿Quién te trajo a este lugar?
ROS. Por no dejar de morir
no me quiero disculpar.
GEN. Cuando al son de mi vitoria
la fama con mayor furia
está escribiendo mi gloria,
¿con las manchas desta injuria
quieres borrarme la historia?
Cuando saco de la guerra
el fruto de mis hazañas,
cuando mi valor la atierra
en las tierras más extrañas,
¿tú me afrentas en mi tierra?
Cuando el honor que aborreces,
con el brazo y con la espada
he conquistado, ¿te ofreces
ante mis ojos atada
al laurel que no mereces?
Mueve, fementida, el labio,
y tu suceso me cuenta,
que pues de coraje rabio,
con sangre de quien me afrenta
quiero anegar el agravio.
¿Qué hago? ¿Qué me deten-
Muera y salga deste abismo [go?
el honor que a cobrar vengo,
que yo me afrento a mí mismo
el rato que no me vengo;
y porque nadie lo alabe
mataré al que lo supiere,
que agravio de un hombre grave
no muere bien, si no muere
quien lo hace y quien lo sabe.
De dar muerte luego emprendo
a todos los que veré
que saben lo que estoy viendo,
y matándolos iré
como lo vayan sabiendo;
que este mal que voy llorando
será entre la gente loca,
peste que se va engendrando
con el viento de la boca
de aquel que lo irá contando.
Desátala.
SOLD. Yo lo haré.
ROS. Mátame.
GEN. Yo te prometo
que la muerte te daré,
mas ha de ser en secreto,
porque mi agravio lo esté;
que quiero, ingrata, aunque
matarte con mi pujanza [rabio,
en secreto, como sabio,
porque viendo la venganza
no se acuerda del agravio.
SOLD. Ya está desatada.
GEN. Amigo,
en este monte encubierto
morirá; vente conmigo.
SOLD. Perdóname.
ROS. Ten por cierto
que con gran gusto te sigo.

(*Vanse y salen* IRENE *y el* EMPERADOR.)

IRENE. No supe yo la maldad

de Mauricio.

EMP. Irene mía,
aunque más digas verdad,
ya no soy quien ser solía;
ya murió mi voluntad.

IRENE. Y mi fe, que yo te ofrezco,
que a Mauricio por traidor
desde a[h]ora lo aborrezco.

EMP. Bien haces.

(*Sale* LEÓN.)

LEÓN. Dame, señor,
tus manos, si las merezco.

EMP. ¿Qué quieres?

LEÓN. Hacer que muera
aquel villano; no huyas,
dame las manos.

EMP. Espera,
que por besarte las tuyas
no ser tu padre quisiera.
Ya cobra el esfuerzo tuyo
el amor paternal, hijo.
Toma el Imperio que es tuyo,
que con noble regocijo
te le vuelvo y restituyo.
Sigue a[h]ora ese atrevido.

(*Sale* MAURICIO.)

MAUR. Venga tu agravio y afrenta,
que tropezando he venido
para caer en la cuenta
de lo mal que te he servido.

EMP. Asilde presto.

CRIAD. Escapar
no se podrá.

MAUR. No me des
la muerte; déjame hablar:
oye una nueva y después
me puedes, señor, matar.

EMP. Dila presto.

MAUR. Has de saber
que Rosauro tiene ya
a su hermana en su poder,
y la muerte le dará
si no la van a valer.
Corre, que yo te confieso
que a morir vengo por ella,
dándome en tus manos preso
a trueco de socorrella.

LEÓN. Y yo a valerte por eso,
volando me voy.

(*Vase.*)

EMP. Traidor,
¿por qué dél huíste?

MAUR. Huí,
porque me venció el temor;
pero después vine aquí,
por no faltar en su amor,
a dar la nueva y morir.

IRENE. ¡Ah, villano!

EMP. Yo os lo entrego,
y vamos.

IRENE. ¿Dónde hemos de ir?

CRIAD. ¿Adónde vas?

EMP. A seguir
al Príncipe.

CRIAD. Vamos luego.

(*Vanse y salen el* GENERAL, ROSAURA, DALMACIO *y* SOLDADOS.)

GEN. ¿Eso tenías callado?

ROS. Estaba desesperada.

DALM. Yo con venir te he librado.

GEN. Sí, sin duda que mi espada
la muerte le hubiera dado.

(*Sale* LEÓN.)

LEÓN. ¡Qué plomo traigo en los pies!

DALM. ¿Dónde vas?

LEÓN. A mi querida
Rosaura voy.

ROS. ¿No me ves?
Por Dalmacio tengo vida.

GEN. La mano es bien que me des.

LEÓN. Darte quiero el corazón;
mi padre llega.

GEN. Aquí tienes

(*Salen* IRENE, *el* EMPERADOR *y* MAURICIO *y* CRIADOS.)

al General.

EMP. Tuyos son

estos brazos, pues que vienes
a tan dichosa ocasión.
Rosaura.

ROS. ¡Señor!

EMP. Gran gusto
nos diste.

MAUR. Yo soy perdido.

IRENE. Prima, abrázame, que es justo.

ROS. En buen hora.

EMP. Hijo querido,
castiga y premia a tu gusto.

LEÓN. Pues lo mandas de esa suerte,
Mauricio va desterrado,
que no te quiero dar muerte
por la nueva que me has dado.
Vete luego.

MAUR. ¡Ah, pena fuerte!

(*Vase.*)

LEÓN. Tú, Dalmácio, en su lugar
toma su mando y riqueza.

DALM. Bien me has querido pagar.

LEÓN. A Rosauro, una belleza
en premio le quiero dar,
que es Irene.

IRENE. Tú lo ordenas
y yo gusto.

GEN. Ufano estoy [nas.
de que [h]oy fenezcan mis pe-

LEÓN. Pues yo, por darte algo, doy
todo el estado de Atenas;
y la mano doy ufano
a Rosaura.

ROS. Por mil modos
veo lo que en esto gano.

LEÓN. Vengan luego a esperar todos
mil mercedes de mis manos
pues en mí tal gloria cabe.

EMP. Y tu nobleza es notoria.

DALM. Razón será que se alabe
tu grandeza, y que la historia
del hijo obediente acabe.

EL MARIDO ASIGURADO

COMEDIA FAMOSA

COMPUESTA POR

DON CARLOS BOIL VIVES DE CANESMA,

olim de Arenos, señor de la villa de Masamagrell y de los francos de Farnals.

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES:

SIGISMUNDO, *rey de Nápoles.*
MANFREDO, *conde.*
MENANDRA, *infanta.*
NORANDINO, *duque.*
CONRADO, *ayo de la infanta.*
FULGENCIA, *hermana de* SIGISMUNDO.
CAPITÁN DE LA GUARDIA.
GENTE *de acompañamiento.*
Otra GENTE *de mar.*
ALABARDEROS.
[H]ONORIO, *criado.*
Una CRIADA.

LOA

DE DON CARLOS BOIL, PARA SU COMEDIA DEL MARIDO ASSIGURADO, DONDE SE NOMBRAN TODAS LAS DAMAS DE VALENCIA

Apenas, famosísimo Senado,
llegué de Barcelona aquí a Valencia,
cuando salí con una amiga al lado,
por ver de Turia el prado y la excelencia;
mas, viéndole de coches ocupado,
gusté de no me dar mayor licencia
de aquella que traía, pues a solas
del agua me iba a ver el curso y olas.

Lleguéme hacia un remanso que cu-
de un álamo la sombra regalada, [bría
cuyo tronco en el agua se *rehía,*
estando el agua dél enamorada;
allí, por descansar mi fantasía,
me puse a repasar una jornada
de una comedia que por mí compuso
un amante novel, galán al uso.

El regalado puesto, deleitoso,
infundió en mi cansado pensamiento
el sueño, que entra blando y amoroso,
por puertas de marfil, a su aposento;
soñaba que en el templo milagroso
de la Hermosura entraba alegre, atento,
donde las damas de Valencia bellas
vi ser del mundo sol, del sol estrellas.

La primera entre todas vi a doña Ana
de Casalduc y Asión, preciosa joya;
también de Villanova a doña Juana,
en quien la basis de beldad se apoya;
Teodora Guardiola, soberana
más que la griega que lamenta Troya,
con la divina Borja doña Eugenia,
en beldad y en valor otra Ifigenia.

En la bella Chometa vi cabellos,
que porque fueran mi prisión muriera,
si ver los mereciera, y si con ellos
ver enlazado alguno mereciera;
y por llegar a ver sus ojos bellos,
ser eterno quisiera, y bien lo fuera
si viviera hasta ver su hermosa cara,
que su vista después me eternizara.

También vi a doña Antonia, y su ape-
que era Calatayud, cuyos despojos [llido,
pondrán a las de todos en olvido,
causando invidias y creciendo enojos;
han de tener el mundo, de rendido,
sujeto a sus privados bellos ojos,
y si no les sujeta con mirarles,
bien podrá con sus brazos sujetarles.

Bien pudo ser castísima Diana,
Artemisa, Lucrecia y Sofronisa,
Elena por sus gracias soberanas,
Porcia por brasas, por su espada Elisa;
mas la virtud y honestidad que ufana
a Lucrecia, a Diana y Artemisa,
por sus costumbres, que la fama hereda,
tan solo en Choma, como en fénix, queda.

Doña Isabel Boíl haciendo guerra,
veo que ha de ilustrar a los Boíles,
pues su hermosura y talle en esta tierra,
mayor efeto hará que mil abriles;
a doña Paula miro de Valterra,
que si llegara en tiempo de gentiles,
los que mirar su rostro merecieran,
por Diana o por Venus la tuvieran.

La deidad de la Artés, doña María,
amor al vivo por la suya saca;
Francisca de Angresola la luz cría,
que fué contra su vista la triaca;
doña Vicenta Díjar dar podría
antídoto al dolor que no me aplaca,
doña Ana de Boíl también señala
lo que a todas en todo las iguala.

Doña Angela Escribá y su bella her-
[mana.
y la de Castelví, su hermosa prima,
como cosa divina más que humana,
el cielo las pondrá en celeste estima;
tanto podrá su vista soberana,
que el morirme sin vella me lastima,
pues antes de morime tengo aviso
de que harán una casa paraíso.

En este alegre tiempo que contemplo,
miré a Francisca Ros, que es peregrina,
y siendo de las otras luz y ejemplo,
a doña Eugenia Montoliu, divina;
una merce, por hermosa, templo;
esotra, como estrella, predomina
en los pechos más libres, pues por bellas,
los entristece y los alegra el vellas.

Doña Vitoria Mercader, no dudo
que se la dé con ojos y cabellos
a ese niño gigante y dios desnudo,
las veces que querrá valerse dellos;
ha de poder lo que ninguna pudo
doña Gracia de Rojas con sus bellos
ojos, y este milagro no te asombre [bre.
porque en todo tendrá lo que en el nom-

Doña Angela Beltrán, por ser hermosa,
hará dichosa la enemiga suerte,
y dará, con su vista milagrosa,
vida a los muertos, y a los vivos muerte;
podrá con discreción maravillosa
rendir al sabio y sujetar al fuerte,
y aunque promete paz, causará guerra
otra bella, doña Angela Valterra.

De la Muñoz, doña María, invidio
el coral y las perlas de su boca;
con las flechas de amor contrasto y lidio,
si doña Sebastiana Espuig las toca;
doña Ana de Duart quita el fastidio
a que el amor con ansias me provoca,
y la Salat, doña María, alegra
al claro día y la noche negra.

Doña Ana de Belvís al mundo espanta
por linda, por hermosa y por discreta;
también doña Jerónima le encanta
dando a los Castelvís honra perfeta;
en dos hermanas Sans beldad vi tanta,
que adoralla el deseo me sujeta,
la una doña Jerónima se nombra,
doña Francisca la otra, que me asombra.

Doña María Vique, al sol divino
vi que daba la luz que yo deseo;
doña Frascisca Sanchiz, imagino
que en parangón alcanza este trofeo;
doña Isabel Muñoz, a quien me inclino,
es de toda la gala el sabio arreo,
y es doña Madalena hermosa tanto,
que a los Castros da honor, al mundo es-
[panto.

Doña Isabel de Díjar, clara estrella,
rayo de sol, que al sol ha escurecido;
doña Rafaela Rocafull, más bella
que aquella por quien tuvo fama Abido;

la gracia más que humana, que amor cela,
la deidad y el valor esclarecido,
en la Boil, doña Vicenta, miro,
de el de Maníses luz, del sol zafiro.

Contemplo en la Pallás, doña Mariana,
de Pallás el valor y la hermosura;
doña Teodora Artes es más que humana,
pues della el sol recibe su luz pura;
doña Isabel Soler vi que a Diana
excede en la beldad y en la cordura,
y puede la Boil, doña Lucrecia,
dar gloria al que de ser suyo se precia.

De doña Ana Ferrer las alabanzas
con letras de oro grabaré en diamantes;
doña Francisca Llóris esperanzas
me ha dado de lo mismo muy bastantes;
María de Pertusa estas balanzas
iguala, siendo el fiel de sus semblantes;
doña Rafaela Duart ha de ser dina
del arte de la loa más divina.

Doña Clara Colón, por más que alter-[que,
del mismo paraíso es un traslado,
a cuya gran deidad es bien que acerque
doña Laura Vidal su sol dorado;
Margarita Valero es bien que merque
la libre sujeción de un pecho honrado,
pues puede con la plata y con el oro
que en su cabello y frente siempre adoro.

Otra dama que miro milagrosa
de Valeriola ha sido doña Paula,
por quien, si no me mira rigurosa,
otro amante he de ser como el de Gaula;
doña Luisa de Tolsán, dichosa,
en la red de su amor también me enjaula,
que pude de sus ojos con la liga
hacer que tierno sus rigores siga.

Del sol divino miro la luz bella
en los hermosos ojos celestiales
de Menandra, que ha sido aquella estrella
que tanto bien me ha dado en tantos ma-
doña María de Boil con ella [les;
contemplo, que de diosa da señales,
porque en donaire, brío, talle y gala,
la que más se lo cuida no la iguala.

Doña Luisa miro Casanova,
de bello aspecto y de gallarda hechura;
doña Mencía Castelví, que roba
cuantas almas adoran su hermosura;
doña Ana Roca, que a mi amor innova
los ritos que estimar tuvo a ventura,
con la Belvís, doña María, ingrata,
en quien el cielo su beldad retrata.

La Crespín y Cruillas soberana,
doña Esperanza digo, miro agora,
a cuyo lado está doña Luciana,
que a Figuerola el nombre y ser mejora;
doña Francisca entre otras vi, que ufana,
de las Borjas, sus deudas, era aurora,
y a doña Dorotea, a quien fortuna
de Díjares hacía sol y luna.

Júpiter y Mercurio eternamente
influyen discreción, grandeza y gusto,
Piscis hermoso corazón ardiente,
y el sol riqueza sin peligro o susto;
mas lo que influyen a la humana gente
estos y otros planetas, todo al justo
lo influye Margarita, que ha tenido
de la casa de Ayerbe el apellido.

Entre la gloria que de amor se cría
miro tres damas, que merecen solas,
por su talle, donaire y gallardía,
lo que juntas las damas españolas;
mayores alabanzas dar querría
a las divinas bellas Figuerolas,
pues son las tres que exceden a Diana,
Hipólita, Raf[a]ela y Mariana.

Dos Margaritas, como el cielo hermo-
darán, si crecen, a Valencia fama; [sas,
la Boil, escogida entre las diosas,
y la Belvís, de amor ardiente llama;
dos Luisas también vi milagrosas,
la Pons y la Jofré, divina trama,
porque de dos en dos corren al templo
de la inmortal belleza que contemplo.

Doña María Fenollet, compuesta
del resplandor del sol y de la luna:
la gran Eugenia Adell, que ha sido de esta
un ser, un movimiento, una fortuna;
doña Isabel Muñoz, ligera y presta,
promete no igualársele ninguna,
aunque doña Jerónima promete
lo mismo, como altiva Fenollete.

Vi en medio de estas damas una diosa,
más linda que del sol los rubios rayos;

coronaban su frente milagrosa
más flores que dará un millón de mayos,
a la una y otra mano, bella, hermosa,
la vi dos viejos, prodigiosos ayos:
el uno con mil lenguas en la boca,
el otro sin ninguna o casi poca.

Al que estaba sin lenguas regalaba
esta dama divina con ternuras,
de aquel que las tenía se apartaba,
cansada de escucharle sus locuras;
las otras damas, viéndola que estaba
suspensa en descartar estas figuras,
como malillas del amor dichosas
llegaron a valerla rigurosas.

Cuál con palabras buenas, cuál con malas,
del viejo de las lenguas la libraron;
dejáronla contenta con las alas
del ejemplo que entonces la dejaron;
el viejo parlador huyó a otras salas,
donde con más blandura le trataron
y al otro que sin lengua a ellas se vino
le hicieron de su lado y templo dino.

Una de aquellas damas que en entrando
con más cuidado en mí puso los ojos,
me dijo: "Amiga, valga aquí a su bando,
no imagine que aquesto ha sido antojos,
que la dama divina a quien gritando
el viejo parlador causaba enojos
es su amiga querida la Comedia,
la que al vulgo entretiene y le remedia.

El viejo parlador sin duda alguna
es la murmuración, cuyo sonido
al bueno y al honrado le importuna,
y alegra y entretiene al mal nacido;
aquel que se quedó, y desde la cuna
un candado a sus labios lleva asido,
es de las damas ayo, es el silencio,
a quien cual dios adoro y reverencio".

Dijo; y al punto desperté admirada,
haciendo de mi sueño una quimera;
¡gran Senado, por vos soy respetada;
la enigma es, más que escura, verdadera;
con gente tan discreta y tan limada
silencio pido yo de esta manera,
pena de que en desgracia habréis caído
de las damas que amáis y habéis oído.

JORNADA PRIMERA

(*Salen* SIGISMUNDO, MANFREDO, [H]ONORIO *y gente de acompañamiento.*)

SIGISM. Esto, Manfredo, has de hacer.
MANFR. Aunque es, Rey, tu voluntad,
en cosas que no han de ser
dicen que es más humildad
y más ley no obedecer;
considéralo mejor.
SIGISM. Yo lo he visto.
MANFR. Pues yo callo.
SIGISM. Conde, en materias de honor
ha de ser el buen vasallo
del buen rey ejecutor;
a Norandino ha tenido
por galán Menandra bella,
y quiero, desconocido,
probar lo que tengo en ella,
pues he de ser su marido;
venir en su compañía
él a la infanta no abona;
y así, quiere mi porfía
servirla con tu persona,
y casarla con la mía;
por este medio, que fundo
en un nuevo y justo enredo,
quiero que nos llame el mundo
a Sigismundo, Manfredo,
y a Manfredo, Sigismundo;
del galán sabré el secreto,
y veré con mis poderes
del honor della el efeto.
MANFR. No sé si el probar mujeres
es de varón muy discreto.
SIGISM. Siempre guardan las honradas
su pundonor y decoro.
MANFR. Como están sobredoradas,
pierden la capa del oro,
con los tientos estregadas;
cuéntase que es apariencia
su honor y su autoridad,
y puestas en contingencia,

dejan toda su bondad
apegada en la experiencia.

SIGISM. Eso quiero ver.

MANFR. Loable
parecer, donosa treta.
Si en el mundo miserable
es buscar mujer perfecta
hacerse un hombre incasable;
cuando más, que el falso trato
no ha de valernos.

SIGISM. Aquí
la verdad será el recato.

MANFR. ¿Cómo me tendrá por ti,
si ha visto ya tu retrato?
Y si dél nace el querer
que la arroja por acá,
bien se deja conocer
que ni por rey me tendrá,
ni querrá ser mi mujer.

SIGISM. Calla, que [H]oracio, obliga-
soldará este inconveniente [do,
con lo que habemos tratado.

MANFR. ¿Quién hará para tu gente
a cada boca un candado?

SIGISM. ¿Quién? El temor de morir,
que es llave para cerrar,
no menos que para abrir.

MANFR. ¿Y todos sabrán callar?

SIGISM. Todos, si quieren vivir;
¿no sabes el bando?

MANFR. Sí.

SIGISM. Pues en Nápoles no entramos,
mayor silencio habrá aquí;
vamos al efeto.

MANFR. Vamos.

(*Consigo.*)

¡Ay, mi Fulgencia! ¡Ay de mí!

[H]ON. Tiéndanse por las riberas
esas gentes, que ya asoman
por el muelle las galeras.

(*Aquí han de parecer dos o tres galeras.*)

SIGISM. Las espumas del mar doman,
por fuertes y por ligeras.

[H]ON. ¡Qué flámulas, qué tendales,
qué chusma, qué guarnición!
¿Qué señor las tiene tales?

SIGISM. Como de mi reina son,
las tres parecen reales.

(*Toquen clarines y tiren morteretes.*)

MANFR. ¡Brava salva! ¿Qué más quie-
[res?

SIGISM. Pues Menandra desembarca,
que finjas cuanto supieres.

MANFR. ¡Qué bien guarnecida barca
de brocados y espalderes!

(*Aquí han de hacer como que desembarcan de una popa de un batel* MENANDRA, CONRADO, NORANDINO *y gente de mar.*)

MENAN. Gracias a los cielos doy,
pues me han sacado del mar,
aunque tan medrosa voy,
que en su boca pienso estar
mientras en su lengua estoy;
adiós, mudanza y braveza.

MANFR. En vez de esas, os aguardan
acá constancia y firmeza,
aunque entrambas se acobardan
mirando vuestra belleza;
déles vuestro cielo abrigo,
pues salís, rota la guerra
del mar y el viento enemigo,
a ser Santelmo en la tierra,
que a su rey os da conmigo.

MENAN. ¿Todos sois tan bien hablados
los de Nápoles?

MANFR. Sucesos
nos hacen algo limados.

MENAN. Bien mostráis tener los huesos
de Virgilio acá enterrados.
¿Qué es del Rey?

MANFR. Con vos está.

MENAN. ¿Dónde?

MANFR. En mí.

MENAN. Salga de vos,
y veréle.

MANFR. No saldrá;
que él y yo no somos dos.

MENAN. En gentil locura da.

MANFR. Yo soy rey, Menandra bella.

MENAN. Seréis dos con el que vi,
que es causa de mi querella.

MANFR. Tres reyes haré de mí,
por seguiros como estrella.
MENAN. Dejemos astrologías;
del rey de Nápoles pido.
MANFR. Yo soy ése; que estos días
es mío este mar crecido,
y estas murallas son mías;
si mi talle no os agrada,
iré por talle de rey,
si le tengo, a mi posada;
mía sois por justa ley,
conmigo venís casada;
soy Sigismundo.
MENAN. ¿Es verdad?
MANFR. Sí, pues no me contradice,
como veis, una ciudad.

(*Saque un retrato de* SIGISMUNDO.)

MENAN. Este retrato desdice
deso y de vuestra bondad;
con éste me han desposado,
no con vos; gracias al cielo,
que está aquí quien me lo ha [dado.

(*Señale a* [H]ONORIO.)

MANFR. ¿Hay tal maldad en el suelo?—
[H]onorio, ¿quién me ha enga- [ñado?
No te turbes.
[H]ON. Mi lealtad,
aunque sea contra mí,
ha de decir la verdad:
ese retrato la di
en Palermo, su ciudad.
MANFR. ¿No es de Manfredo?
[H]ON. Señor,
por el tuyo le troqué
cuando fuí tu embajador.
MANFR. ¿Qué dices?
[H]ON. Que me turbé,
que soy mal razonador;
y como acaso traía
tu retrato y el del Conde,
con la priesa que tenía,
que a mi empacho corresponde,
la entregué el que no debía;
salíme de la ciudad,
y después en las galeras
conocí mi liviandad.
MANFR. Necio, ¿no la corrigieras?
[H]ON. Eso fué otra necedad.
MANFR. ¿No sabes tú que el mudalla
es hacerla más sencilla?
[H]ON. Primero quise esforzalla,
porque tiene el corregilla
mucho del canonizalla;
pues ya casado te veo,
perdona, Rey, por pasado,
mi pasado devaneo.
MANFR. Bien está.
MENAN. Pero has tocado
arma falsa en mi deseo.
MANFR. Si en eso tu amor repara,
libre estás.
MENAN. Rey, tu valor,
aunque es mi prenda más cara,
me extraña, porque tu amor
nació en mí con otra cara;
en lo no andado tropieza
mi voluntad.
MANFR. Pues, amiga,
múdale al gusto una pieza.
MENAN. Sí, pero dame fatiga,
que es mudarle la cabeza.
SIGISM. Todo va bien para mí.

(*Consigo.*)

NORAN. Extremada coyuntura

(*Consigo.*)

de cobrar la que perdí.
CONR. ¿Dijiste sí a la figura
o al Rey?
MENAN. Al Rey dije sí.
CONR. Pues, señora, eso es lo justo;
no te cases con antojos,
que son arras del disgusto.
NORAN. También se casan los ojos,
que son las puertas del gusto.
Infanta, pocos maridos
para entrar bien al contento
entraron por los oídos;
no ha de estar el casamiento
reñido con los sentidos;
todos cinco por amigo

han de tener al casado,
cada cual guarda un postigo,
y el que se hallare enojado
dará paso al enemigo.

CONR. En sentidos no repare
tu ser, pues tienes honor,
y cuando alguno faltare,
pasa el que tenga valor
al otro que blandeare.
No tuerzas ningún camino,
que lo andado has de perder.

NORAN. No te case un desatino.

SIGISM. Este galán, sin más ver,

(*Consigo.*)

es el duque Norandino;
bien me da que sospechar,
no yerran mis opiniones.

MANFR. ¿Habéisos de concertar,
o son estas conclusiones,
o es conclusión de casar?

NORAN. Nunca fuerza quien advierte.

MENAN. Nadie sin orden me ayude.
Rey, tu favor es mi suerte;
no importa que el Duque dude,
pues yo no dudo en quererte;
desde aquí soy tu mujer,
pues me da tu calidad
ocasión de más querer.

MANFR. [H]ola, la vuelta tomad
a mi casa de place[r].

MENAN. ¿No entras en Nápoles?

MANFR. Yo,
de su vega estoy pagado.

MENAN. Parece que se enfadó,
fiel Conrado.

CONR. Un sí dudado
tiene mil cosas de un no.

MENAN. Bien dices, por vida mía.

MANFR. No hagan salva en la ciudad,
que estoy con melancolía.

(*Vase.*)

NORAN. Bien comienza tu amistad.

MENAN. Y es la ocasión tu porfía.

(*Entrese* MENANDRA, CONRADO *y la gente; quedan* SIGISMUNDO *y* NORANDINO.)

SIGISM. ¿Qué me dices de esta prueba?

NORAN. Que estoy por hacerme al mar,
y mandar tocar a leva.

SIGISM. Norandino, el no acertar
en hembras no es cosa nueva,
esta, Duque, es la ocasión
que ha de mejorar tu estado.
Yo sé tu mal galardón;
que con su boda han llegado
las nuevas de tu afición.

NORAN. ¿No eres tú Manfredo?

SIGISM. Sí.

NORAN. ¡Qué de favor por tu cara
allá en Sicilia perdí!

SIGISM. Este necio se declara,

(*Consigo.*)

y me ha de costar a mí.

NORAN. ¿Qué dices?

SIGISM. Que estoy corrido
de que sin mi voluntad
a Menandra hayas perdido;
y ¿era mucha su amistad?

NORAN. Mucha, pues lloro su olvido.

SIGISM. ¿Llegó a manos?

NORAN. No llegó.

SIGISM. ¿Y a papeles?

NORAN. Bien leía,
pero jamás escribió.

SIGISM. Muy principiante sería
el amor que te mostró.

NORAN. Bien dices que fué reciente,
porque entraba en admitir,
y en su escuela diligente
el leer y el escribir
no se aprende juntamente

SIGISM. Sí, pero bien te siguiera,
si sus liciones contigo
más veces amor la diera.

NORAN. Leía tan bien, amigo,
que a muy poquito escribiera.

SIGISM. ¡Qué debiste de gozar
de esto que llaman tener
conciertos para parlar!
¡Qué pocas saben leer,

que no sepan pronunciar!
NORAN. De noche vi sus balcones.
SIGISM. Ocasión bien regalada.
NORAN. ¿Qué aprovechan ocasiones,
si me daba la taimada
de muy lejos las liciones?
Mujer que paga en oír,
tenla, Conde, por ingrata,
que el hacer no está en decir,
y el amor de lejos mata,
mas de cerca ha de morir.
SIGISM. ¿Quién duda que algún conten-
en las razones no habría? [to
NORAN. Todas fueron cumplimiento;
las palabras me medía,
que aun es avara en dar viento;
sólo perdí el escuchar
mis penas y mis placeres.
SIGISM. Mucho tienes que llorar,
que el no quitar en mujeres
es la víspera del dar.
NORAN. Eso lloro; que es verdad
que todos los galardones
entran por la voluntad.
SIGISM. Si a quererla te dispones,
yo te haré buena amistad;
Sigismundo no la agrada,
y el pasado amor sustenta;
no te espante la jornada,
que la esposa descontenta
ya está medio conquistada.
Yo te valdré como honrado;
que en palacio estoy valido,
y el Rey me tiene enojado.
NORAN. Y ¿he yo de borrar su olvido
con mano que me ha borrado?
Por ti me olvidó, Manfredo;
mira si es bueno el valerse
de terceros que hacen miedo.
SIGISM. Ni mi rostro ha de temerse,
ni esa razón te concedo;
vióme rey, y es cosa clara
que me tuvo por hermoso,
y conde no me mirara;
¿qué rico has visto enojoso,
ni ¿qué rey con mala cara?
Esforcemos tu ventura,
que en tu nombre se ha criado,
y un tu amigo la procura;
que el tercero asigurado
hará la dama sigura.
Vamos, y déjame hacer,
que de fuerza has de ganar
donde no puedes perder.
NORAN. De ti me quiero fiar.
SIGISM. Pues yo te quiero valer.
NORAN. ¿Como amigo?
SIGISM. Como amigo.
NORAN. Pues no estoy desconfiado
si tú me vales.
SIGISM. Contigo

(*Consigo.*)

sobrada tierra he ganado,
si no la pierdo conmigo.

(*Entrense y salgan* MANFREDO *y* CONRADO.)

MANFR. ¿Que me adora?
CONR. Fácilmente
quiere la mujer honrada,
y en la voluntad pasada
pudo apoyar la presente.
MANFR. Con presteza se ha mudado;
no está muy firme.
CONR. Señor,
¿no sabes tú que el amor
nace en las almas criado?
La Reina es ya tu mujer,
y quiere y tiene recelos;
que siempre nacen los celos
del parto del bien querer;
y tiene mucha razón,
porque a vista de tus bienes
comienza en probar desdenes,
sin saber qué es afición.
MANFR. ¿Desdenes? No puede ser.
CONR. Dígalo su suspirar.
MANFR. ¿Cómo puede desdeñar
quien no comenzó a querer?
Conrado, bien excusara
que ella no viviera triste;
mas fuí a querella, cual viste,
y halléme con mala cara;
dejé de hacerlo, con miedo

de asombrarla, que es mujer;
no la quiero hasta tener
el rostro como Manfredo;
ponte, amigo, en oración
porque la pueda alcanzar;
que es muy mala de borrar
belleza del corazón;
y entre tanto no me pidas
para la Reina dulzuras.

CONR. Si no perdonas solturas,
si mocedades no olvidas,
mira, señor, a quien eres,
y harás puente a sinrazones;
que no es de cuerdos varones
castigar locas mujeres.
Quiso tu rostro fingido
y el querer en ti le muda;
en ti comenzó la duda,
y en ti mismo ha fenecido;
yo, Rey, cuanto en ella vi
fué de afición un abismo:
por ti se estaba en ti mismo,
y por ti te dejó a ti;
¿quéjaste de que te deja,
o sientes verte escogido?,
pues de olvidado y querido
puedes formar della queja.
Como quiera que ello sea,
muda, Rey, de condición,
que es hermosa, a mi opinión,
y la tratas como a fea;
la mano jamás le has dado;
dala, y mira, por tu vida,
que parece mal partida
cama que no se ha juntado.
Toda Nápoles la espera,
y tú, por darla pesar,
sordo y bravo como el mar,
la tienes en su ribera;
las esperanzas le pierdes,
los contentos le derramas,
y en vez de enseñarle damas,
le enseñas árboles verdes;
entre engañosos reclamos
quieres que el Psalterio olvide;
sombra de doseles pide,
no pide sombras de ramos.
Haz que a Fulgencia, tu hermana,
pueda ver, que la desea,
y haz que marido te vea,
pues todo en todo lo gana;
y mis vejeces perdona,
cansadas y desabridas;
que mis canas admitidas
se atreven a tu corona;
la Reina viene, repara
en todas sus pretensiones,
y responde a mis razones
con hacerle buena cara.
(*Sale* MENANDRA.)

MENAN. Esposo, ¿cómo has dormido
esta noche?

MANFR. Descansado.

MENAN. Y ¿cómo estás?

MANFR. Con enfado.

MENAN. ¿Quién te le da?

MANFR. Tu partido.

MENAN. ¿Y quién lo esfuerza?

MANFR. Tu gente.

MENAN. ¿Quéjanse?

MANFR. De mil maneras.

MENAN. ¿De quién, señor?

MANFR. De mis veras.

MENAN. Sí, que mi ayo está presente.
¡Ay, vejez!

CONR. ¡Ay, mocedad!

MENAN. ¿Por quién se quejan, señor?

MANFR. Por ti, de mi desamor.

MENAN. ¿Desamor es tu amistad?
No la mira con mis ojos
quien la trata de esa suerte;
yo nací para quererte
y he de querer tus antojos;
si me sobra el mucho bien,
quita dél la mayor parte,
porque haré para adorarte
ídolo de tu desdén.
Si el verme esposa te altera,
deja la carga penosa;
péname de ser tu esposa,
porque esclava te sirviera;
con tus desvíos me ciegas,
no te puedo querer más,
no pagues con lo que das,

pues pagas con lo que niegas;
si las obras me has negado,
no esté mi gente quejosa,
pues con el nombre de esposa
que me das, Rey, me he casado;
que me nombres es mi intento,
aunque dejes de tratarme,
porque pagas con nombrarme
la deuda del casamiento;
toda soy obligación,
todo tu gusto es mi ley.

MANFR. Camino lleva mi rey,

(*Consigo.*)

de salir con su opinión.

MENAN. No harán en mi diferencia
tus ratos buenos y malos.

MANFR. Desta mujer los regalos

(*Consigo.*)

harán celosa a Fulgencia;
pero sabrá la verdad,
mas ¿quién con celos la admite?

MENAN. Lo presente no me quite,
Sigismundo, tu amistad;
que yo viviré pagada.

MANFR. Basta, no me digas más.

CONR. ¿Aún respondido no has?

MENAN. Callo, si mi hablar te enfada.

MANFR. Calla o haz lo que quisieres.

CONR. Mira si tengo razón.

(*A ella sola, y hablen los dos.*)

MENAN. Sigamos su condición.

CONR. Maldiga Dios las mujeres.

MENAN. Nunca enojo a lo que amo.

CONR. Todas os rendís por hierro,
porque a palos, como el perro,
venís a querer al amo.
Tu ayo soy.

MENAN. A placer,
Conrado, porque he de sufrir (1)
el ayo para el vivir,
pero no para el querer.

CONR. Mira, Reina, a tu valor.

MENAN. Mira también a mis daños.

(1) Verso largo.

CONR. ¿No te riges por mis años?

MENAN. Más años tiene el amor.

CONR. Niño está.

MENAN. Y en eso fundo
su poder y su durar;
que niño agora ha de estar
si ha de vivir más que el mundo.

CONR. Huyendo de tus respuestas,
me voy.

MENAN. Mi bien facilitas;
que en los años que me quitas,
me quitas tierra de a cuestas.

CONR. Tú verás cuán mal te allanas.

(*Vase.*)

MENAN. Vete, y no me des consejo;
que es apartarse de un viejo,
quitarse otras tantas canas.

(*Sale* SIGISMUNDO.)

SIGISM. Afuera está la ciudad.

MANFR. Conde, ¿qué puede querer?

SIGISM. Negocios de calidad.

MANFR. Entretén a mi mujer,
pues te tiene voluntad.

MENAN. Yo iré contigo.

MANFR. Jornada
es ésta que es sólo mía;
bien te dejo acomodada,
pues quedas en compañía
de la cara que te agrada,
y tienes mucha razón.

MENAN. Yo sigo mejor querella;
cesen motes.

MANFR. No lo son,
casada vienes con ella.

MENAN. Mas no con esa opinión;
y así mudé parecer.

MANFR. Pocas aguas, Reina amiga,
quitan manchas del querer.

(*Vase.*)

MENAN. Quien tal siente ¿que tal diga?

(*Consigo.*)

Aquí hay mucho que temer.

SIGISM. Enojado el Rey está.

MENAN. Juégase con mis recelos.

SIGISM. No son juegos.
MENAN. Calla ya.
SIGISM. Es donaire pedir celos
delante de quien los da.
A que le ofendas te ayuda.
MENAN. Antes con mi honor se mide.
SIGISM. Con otras honras te acuda,
quien no los venga y los pide
dispensa en ellos sin duda.
MENAN. Descompuesto, osado, loco;
mucho hago, pues te escucho.
SIGISM. ¿Es porque la verdad toco?
MENAN. Conde, por tenerte en mucho,
no tengas al Rey en poco;
que te costará la vida.
SIGISM. Temple mi fe vuestra llama;
que el Rey me obliga a que os pida,
y acá en Nápoles no hay dama
que mate por ser querida.
MENAN. Yo mato.
SIGISM. ¿Con qué poder?
MENAN. Con el del Rey.
SIGISM. Con razón,
porque es grande su querer;
pues no sabéis si es varón,
no os tengáis por su mujer.
MENAN. ¿Quién en mi estancia vedada
mis sucesos considera?
SIGISM. Luce la primer jornada,
porque la plana primera
va de letra colorada.
Los maridos que regalan,
lo cuentan en las mujeres;
siempre gustos se señalan,
porque el humo y los placeres
por los resquicios se ex[h]alan.
Es reloj el casamiento,
aunque nunca da con sobra,
anda el vivo en su aposento,
y el rostro en hacer la obra
da las horas del contento.
Reina, no quieras fingir
favores por guardar ley,
porque es sin nacer, morir;
mas no culpemos al Rey,
que tiene a dónde acudir.

MENAN. ¡Ay, de mí!
SIGISM. ¿No has conocido
que está el Rey algo prendado?
Su caudal, río querido,
llega a tu mar muy sangrado:
no tienes muy buen partido.
MENAN. ¿Qué dices?
SIGISM. La verdad digo.
MENAN. El Rey ¿hinche otro lugar?
SIGISM. Sí, señora.
MENAN. ¿Y dónde, amigo?
SIGISM. En tener qué te contar
estaré mejor contigo. [tierra!
MENAN. Bien estás. ¡Ay cielo! ¡Ay
SIGISM. Poco así me satisfaces.
MENAN. Esas memorias destierra.
SIGISM. Yo reniego de las paces
que se conceden por guerra,
que son treguas.
MENAN. Tu bondad
me diga quién es la dama.
¿Es bella? ¿Es de calidad?
SIGISM. En rompiendo yo su fama,
me romperás la amistad.
MENAN. Yo te asiguro de ser
tu amiga, y de perdonarte
tu adoración y querer.
¿Quiere el Rey en buena parte?
¿Quién es ella?
SIGISM. Una mujer.
MENAN. Dime su nombre al momento.
SIGISM. Eso es mucho preguntar.
MENAN. No aflijas mi sufrimiento.
Dilo a fe.
SIGISM. Por bautizar
(*Consigo.*)
la tengo en el pensamiento.
MENAN. ¿Qué dices?
SIGISM. Que en grande aprieto
me pones.
MENAN. ¿No consideras
de mis celos el efeto?
SIGISM. Reina, de una vez no quieras
sacar de cuajo un secreto.—
(*Consigo.*)
Pensando estoy a qué nombre

me arrime.
MENAN. La color muda.
SIGISM. Ya nadie mi duda asombre;

(*Consigo.*)

que poner una honra en duda
no es de honrado.
MÁNAN. ¡A[h], Rey! ¡A[h], hombre!
¿Quién es? Acaba.
SIGISM. Es honrada,
y no la puedo nombrar.
MENAN. ¿Honrada y enamorada?
Calla, pues me quieres dar
la purga en taza penada.
SIGISM. Señora, en otra ocasión
te diré su nombre; agora,
pues sabes cuán sin razón
el Rey tus prendas desdora,
dignas de más galardón;
pues sabes que yo te quiero,
pues sabes que me enternece
tu duro pecho de acero,
pues sabes lo que merece
un amador verdadero;
pues sabes que te rendí
alma y vida estando ausente,
pues sabes que adoro en ti,
y pues sabes, finalmente,
que sé tan poco de mí,
mejora, Reina, mi estado;
pues por hacerme placer,
de tu ausencia enamorado,
para enamorar tu ver,
te dió [H]onorio mi traslado.
No fué engaño, que yo soy
causa de pruebas tan graves,
que en la tabla adonde estoy
te quise dar los jarabes
desta purga que te doy.
Estos ojos, tus espejos
fueron, señora, un gran rato;
sigue los mismos consejos,
y no agrade mi retrato
solamente por sus lejos.
Mira el Rey cuán mal se em-
que sin duda apostaría, [plea,
viendo lo que te desea,
que primero serás mía
que él tu marido se vea.
Ya te he dicho mi dolor,
ya sabes que el Rey te paga
tu querer en desamor,
líbranos en una paga
su venganza y mi favor.
Riquezas, gustos, estado
te ofrezco.—Ya se enternece,

(*Consigo.*)

mas tal combate la he dado.
MENAN. Esta respuesta merece

(*Consigo, y dígale suspirando.*)

un hombre que es tan osado.

(*Quiérese ir, y deténgala.*)

SIGISM. ¿Dónde vas?
MENAN. Calla, traidor.
SIGISM. ¿No me quieres escuchar?
MENAN. Así te pago mejor;
quel pararse a desdeñar,
a veces huele a favor.
Por vida de mi marido,
que le contaré lo que eres,
si das en serme atrevido.
SIGISM. No escucha el Rey a mujeres;
yo, Reina, seré creído.
MENAN. Dices bien; que esta maldad
nadie la podrá creer,
pero valdrá mi verdad.
SIGISM. ¿No ves que esotra mujer
le tiene la voluntad,
y que rogará por mí
en su acuerdo?
MENAN. Y ese mal
¿he de creello de ti?
SIGISM. ¿Por qué?
MENAN. Porque de fiscal,
te has hecho testigo aquí.
SIGISM. No es lo que digo fingido;
presto lo verás probado.
MENAN. No hay en procesos de olvido
pretendiente desamado
que abone favorecido.
Mas ¡ay, de mí! que el veneno

(*Consigo.*)

va labrando, sin suspiros,
secretamente en mi seno;
porque son los celos tiros
que matan con solo el trueno.
Muerta soy.

SIGISM. Dame una mano;
será achaque do el desdén
se detenga.

MENAN. Vil, villano
con el Rey y con mi bien
y con mi honra inhumano,
yo te mandaré matar.

(*Sale* MANFREDO.)

MANFR. ¿Conde? ¿Señora? ¿Qué es es-
SIGISM. Ella lo puede contar. [to?

(*Vase.*)

MANFR. Pues el Rey se va tan presto,

(*Consigo.*)

él me deja que enmendar.
Quiero saber lo que ha sido.—
Reina, ¿a quién matáis?

[*Alto.*]

MENAN. Señor,
era un enojo fingido.

MANFR. Ese se llama favor,
no va muy bien mi partido.
O decidme la verdad,
o fundaré en la mentira
faltas de vuestra bondad.

MENAN. Con el Conde estoy con ira,
y cargaré su maldad.
Pasará, Rey, el antojo,
y hablaremos.

MANFR. ¿Qué decís?
Declaráos, que ya me enojo.

MENAN. ¿Vos, que sois justo, admitís
acusador con enojo?
Suelen crecer el pecado
los agravios fácilmente.

MANFR. No os ha Manfredo enojado,
pues lo excusáis.

MENAN. Solamente
os diré que fué sobrado.

MANFR. ¿Con quién?

MENAN. Con una mujer.

MANFR. ¿Sobra y con mujer, señora?
Falta será.

MENAN. Puede ser;
pero dejémoslo agora,
que no hay falta do hay querer.

MANFR. Luego ¿por querer erró?

MENAN. Sí, señor.

MANFR. Y a quien quería
¿era a vos?

MENAN. Esposo, no;
a una dama que venía
en las galeras que yo.

MANFR. Y ¿está en palacio?

MENAN. Y conmigo,
que es mi criada.—Así creo

(*Consigo.*)

disculpar a mi enemigo.

MANFR. Ella pide, a lo que veo,
en nombre ajeno el castigo.

(*Consigo.*)

MENAN. Mandalde, Rey, desterrar;
que no es su fe muy segura,
y se debe castigar.

MANFR. Calla, Reina, que es locura.
¿Quién desterró por amar?
Creí que el Conde trataba
de quitarme los estados,
pues Menandra lo mataba.

MENAN. Mas ¿es esto para honrados?

MANFR. ¡Brava estáis!

MENAN. No estoy muy brava.

MANFR. Castigando el requebrar,
hacéis delito el amor.

MENAN. Pues ¿quién suele más errar?

MANFR. ¿Criadas celáis?

MENAN. Señor,
criadas y por criar.

MANFR. ¿Ella anduvo acaso loca?

MENAN. Antes hizo mil querellas.

MANFR. Si es ansí, reina, ¿qué os toca?
Cierren los oidos ellas,
que el hombre ha de abrir la bo-
Quieran, dejaldas vivir; [ca.
porque apretar la bondad

es reventar el sufrir,
que son mozas por la edad,
y también por el servir.
Dos maneras de locuras
tienen; si en una lo son,
sufrildas sus desventuras.

MENAN. Honrada es esa opinión.

MANFR. No queráis hembras figuras,
ni pidáis condes medidos
con damas de punto menos.
Recoged vuestros oídos,
que en palacio los más buenos
son los menos comedidos.
A Manfredo perdonad,
que yo un tiempo le sufrí
cosas de más calidad.

MENAN. Y si digo que fué a mí,
¿qué diréis de su bondad?

MANFR. ¿A vos?

MENAN. A mí me ha rogado
que le entregase la mano,
donde vos no habéis llegado.

MANFR. Será por ser hombre llano,
no le tengáis por osado.

MENAN. ¿Eso decís? Por mi vida,
que aún de burlas me enojáis.

MANFR. Callad, no estéis desabrida,
que si vos no se la dais,
no importa que él os la pida.
El tirar no es acertar.

MENAN. ¿No sobra el acometer?

MANFR. Acometer no es matar.

MENAN. ¿No está el daño en pretender?

MANFR. Pretender no es alcanzar.
Hace el hombre lo que suele,
ande la mujer medida,
y no habrá quien la recele;
porque, amiga, la comida
no la come el que la huele.

MENAN. ¿Habláis de veras, señor?

MANFR. De veras, y muy de veras.

MENAN. ¿Eso es ley? ¿Eso es amor?

MANFR. Para las burlas primeras,

(*Consigo.*)

harto pruebo su valor.

MENAN. Voyme; que no me queréis,
pues tal parecer me dais.

MANFR. Reina, mirad lo que hacéis,
que en la puerta que guardáis
está el daño que teméis.

MENAN. El consejo es muy honroso.

MANFR. A lo menos, bien pensado.

MENAN. Voyme; que decir no oso
que está sin duda ocupado
marido que no es celoso.

(*Vase.*)

(*Sale* SIGISMUNDO.)

SIGISM. ¿Conde?

MANFR. Rey, ¿no corresponde
mi grandeza con mi trato?
Háblame de conde un rato,
que rabio por verme conde.

SIGISM. ¿Por qué?

MANFR. Porque tu experiencia
mi real trato no abona,
tú me has dado una corona
empedrada de paciencia.

SIGISM. ¿Cómo?

MANFR. Por guardarte ley
a más peligros me allano
que aquel truhán del tirano
que de burlas se vió rey.
No te rías.

SIGISM. Conde, al fin
todo ha de quedar soldado.

MANFR. No puede un varón honrado
aun de burlas ser ruín.
Déjame estar.

SIGISM. ¿Tú lo has sido?

MANFR. Sí, señor.

SIGISM. ¿Por quién?

MANFR. Por ti.

SIGISM. ¿Ruín puedes ser por mí?

MANFR. Sí lo soy, pues lo he fingido.
Acábate de reír,
y acabarás de saber
los cuentos desta mujer
y mi bondad en sufrir.

SIGISM. Ya yo sé que se ha quejado
de mi pensamiento loco.

MANFR. Eso, señor, es muy poco,
que a más la burla ha llegado.
SIGISM. ¿A qué?
MANFR. A tener yo paciencia.
SIGISM. ¿Habíasme de matar?
MANFR. No, Rey, mas quise abonar,
como honrado, tu experiencia;
juréla que no importaba
que la pidieses favores,
que son obras los amores.
SIGISM. Y ¿qué respondió?
MANFR. Rabiaba.
SIGISM. ¿Y rabiando se ha salido?
MANFR. Bien la puedes conquistar,
que ya tiene para errar
licencia de su marido.
Esto es darla fácilmente
espuelas para ser loca,
que el galán ancho de boca
también es ancho de frente.
No dirás que no te he dado
ocasión para tu intento.
SIGISM. Otro más hondo cimiento
dejo en sus celos labrado.
MANFR. ¿Y es, señor?
SIGISM. Que la juré
que vives sin libertad.
MANFR. Quizá que dices verdad.

(*Consigo.*)

Y ¿a quién culpaste? [*Alto.*]
SIGISM. No sé.
MANFR. ¿No le nombraste mi dama?
SIGISM. No, Conde; que con mujer
aun de burlas ha de haber
respeto en tratar su fama;
tú te estás desesperando
por ser de burlas sufrido,
y a mujer que no lo ha sido
¿la haremos mala burlando?
MANFR. Bien dices.
SIGISM. Con todo, quiero
que me ayudes a pensar
a cuál podemos cargar
de casa, que es lo primero.
¿Qué mujer de calidad
será buena para hacer
más temor a esta mujer,
en prueba de su bondad?
Aquí he de ver sus quilates
y asigurar mis recelos,
que la que tiene con celos
no aflojará por combates.
Piénsalo y después hablemos.
MANFR. Yo lo pensaré, señor,
pero mire tu valor
que son recios tus extremos;
porque al más fuerte lugar,
sin culpa del resistir,
tanto lo pueden batir,
que se venga a derribar.
Afloja un poco la guerra
que con tiempo te apercibo.
SIGISM. Manfredo, si la derribo,
no caerá sobre mí tierra.
Amigo, déjame hacer,
que a costa de sobresaltos
le aprieto ya los asaltos
con fuerzas de mi querer.
Soy padre cuya profía,
de noche y arrebozado,
saca sangre al hijo amado,
cebado en su valentía.
MANFR. ¿Qué sabes de Norandino?
SIGISM. Ya le voy perdiendo el miedo.
MANFR. El viene.
SIGISM. Vete, Manfredo,
que he de abrir otro camino.
MANFR. Voyme, que tanta experiencia
no está sigura de enojos.
SIGISM. ¡Ay, Menandra de mis ojos!
MANFR. ¡Ay, mi querida Fulgencia!

(*Vase* MANFREDO *y sale* NORANDINO.)

NORAN. Parece que va enojado
el Rey.
SIGISM. Vive sin contento,
porque el nuevo casamiento
lo tiene desesperado.
NORAN. ¿En qué fundan sus enojos,
si ha probado sólo el ver?
SIGISM. Es comida la mujer

que empalaga por los ojos.
NORAN. ¿Será largo su enfadarse,
Conde amigo?
SIGISM. ¿Qué se yo?
parece que se casó
para sólo descasarse.
NORAN. Ni quiere entrar en ciudad,
ni acá deja venir gente.
SIGISM. Todo el cuerpo está doliente,
si lo está la voluntad.
NORAN. ¿Cómo lleva las afrentas
la Reina de su galán?
SIGISM. Las contentas no lo están,
ved qué harán las no contentas.
Llora por muchas razones.
NORAN. ¡Brava ocasión para hacer
alarde de mi querer!
SIGISM. Nunca pierdo yo ocasiones,
ni las pierden los muy cuerdos;
que son pasos muy sabidos,
sobre presentes olvidos
fundar pasados acuerdos.
De vos habemos tratado.
NORAN. Y ¿os ha querido escuchar?
SIGISM. Lloraba, y vuestro llorar
le vino sobre mojado.
Por manos del Rey sacáis
fruto de vuestra querella;
que el Rey por los ojos della
riega lo que vos sembráis.
NORAN. Luego ¿crece mi favor?
SIGISM. A brotar comienza agora,
y a escuchar vuestra señora,
puerta tenéis a su amor.
¿Estáis alegre?
NORAN. Y es justo
que lo esté, pues mi bandera
miró en la plaza primera
del homenaje del gusto.
SIGISM. Duque, los oídos son,
para las almas que penan,
bóvedas donde resuenan
los ecos de la afición; [tas;
donde hay ecos, hay respues-
y do hay respuestas, hay obras.
NORAN. Manfredo, el favor me sobra,
mis esperanzas son éstas;
proseguid en esforzar
la fe que en mi pecho reina.
SIGISM. Duque, yo sé que la Reina
os piensa galardonar,
y que os mandará muy presto
cosas de su voluntad.
NORAN. Agradezco la amistad,
y a servirla estoy dispuesto;
por vos comienzo a vivir.
SIGISM. Bien os podéis alegrar,
que comienza por mandar
la mujer para vivir;
y en el hombre es al revés,
que por mejor se mejora.
NORAN. Mándeme la Reina agora;
que ese será mi interés.
SIGISM. Mayores prendas espero.
NORAN. Para que vuele mi fama,
tengo una Reina por dama,
y un conde por mi tercero.
SIGISM. Viene justo mi ejercicio,
por hacer a toda ley
de un ganapán hasta un Rey;
que tiene alforja este oficio.
En todos hace sus piezas,
para todos tiene grados,
entra en todos los estados,
como el pan en todas mesas.
Dejadme agora y veréis
lo que os valgo.
NORAN. Conde, adiós.
SIGISM. Yo soy vuestro.
NORAN. Yo por vos
vivo agora.
SIGISM. Bien hacéis.

(*Vase* NORANDINO.)

No me faltará invención,
sin que mucho la rodee,
para hacer que ella lo emplee
y él piense que es galardón;
y entretanto habrá camino,
cuando mi amor no lo tuerza,
para batir esta fuerza
con nombre de Norandino;

que la voluntad pasada,
con el enojo presente,
harán obra fácilmente,
si no revienta de honrada:
mucho pruebo, y no se aplaca
el rigor de mi temer;
que en la esposa se han de hacer
mas pruebas que en la triaca.

(*Vase.*)

(*Salen* MENANDRA *y* FULGENCIA.)

MENAN. Con el deseo de verte,
tu venida he procurado,
para hablarte y conocerte,
pues ha de ser con tu lado
mi soledad menos fuerte.

FULG. Correspondí a tu deseo
y a tu voluntad nacida
del Rey, a quien sigo y creo
con otra afición crecida,
de que ajena no te veo;
y así, me holgué de saber
que mi hermano me traía
a esta casa de placer
a servirte, do podría
cosas de tu gusto ver.

MENAN. Aqueso he yo procurado
y con gran dificultad
de tu hermano he recabado;
que, según su cortedad,
no poca tierra he ganado;
puedo con tu hermano poco,
muy poco con él merezco,
pues a desdén le provoco
cuando a servirle me ofrezco.

FULG. No dió mi hermano de loco
tantas muestras hasta agora,
¡Qué! tu valor conociendo,
¿no te estima y no te adora?
o ¿estás el modo fingiendo
con que un galán se enamora?
Porque es cierto que las cosas
que de lejos aficionan,
de cerca, por milagrosas,
encantan, porque apasionan,
y matan por ser hermosas.

MENAN. Dígote que no me quiere.

FULG. ¡Qué! ¿Con obras de marido
no muestra que por ti muere?

MENAN. Menos que eso, amiga, pido.

FULG. ¿Cómo menos? ¿Qué se infiere
desto? ¿Qué menos pretendes?

MENAN. Buenas palabras querría;
que aun esas, si no te ofendes,
no me da.

FULG. ¿Y con osadía
en pedírselas no entiendes?
Creer, Menandra, no puedo
tanto rigor de un marido.
Bien procede mi Manfredo,

(*Consigo.*)

si esta mujer no ha mentido;
pero temo algún enredo,
y ansí, pienso que me engaña.

MENAN. Ya te he dicho que conmigo
usa del rigor y saña
que pudiera un enemigo
lleno de esquivez extraña;
ni me escucha, ni me mira,
ni cabe en mí la esperanza
de que ha de hacer en su ira
el tiempo alguna mudanza.

FULG. Y ¿le amas?

MENAN. ¿Eso te admira?
Le quiero, le adoro y le amo,
porque es tan bello a mis ojos,
que en verle toda me inflamo,
y a sus celosos antojos
favores y glorias llamo.

FULG. ¡Ay, triste, que no me agrada

(*Consigo.*)

que a ti te parezca bien!

MENAN. ¿Qué dices?

FULG. Que está cifrada
en tu amor y tu desdén
una fe que es mal pagada.
Mas dime, ¿tú no venías
de un retrato enamorada?

MENAN. Sí venía, y sus porfías
dieron al Rey libre entrada

en estas entrañas mías.

FULG. ¿No es Manfredo más hermo-
[so,
de mucho, que el Rey mi herma-

MENAN. Ni su retrato engañoso, [no?
ni su original liviano,
se han de igualar con mi esposo.

FULG. Calla agora, que me engañas,
si ya el ser rey no te ha hecho
abrir puerta a tus entrañas;
que esto sin duda en tu pecho
mostró sus fuerzas extrañas;
porque riquezas y estados
suelen en hombres hacer
lo que aceites y brocados
en mujeres.

MENAN. A tu ver,
son esos pasos contados.
No imagines que es ansí;
que a tu hermano le quisiera
por su persona y por mí,
cuando la beldad no viera
tener él cifrada en sí.

FULG. ¡Ay de mí!, que en el enredo

(*Consigo.*)

de que siempre me temí, [do.
ha puesto a entrambos Manfre-
Menandra, el Rey viene aquí,

[*Alto.*]

Véte; que si con él quedo,
yo haré que te adore y quiera.

MENAN. ¿Eso me ofreces?

FULG. Sin duda
te lo ofrezco.

MENAN. ¿De manera
que tú has de ser en mi ayuda?
Voyme.

FULG. Vete.

(*Vase la* REINA.)

FULG. Si no espera
tu dicha mayor regalo
del que yo he de procurarte,
no será mi intento malo
para poder desviarte
del bien que al mayor igualo.

(*Sale* MANFREDO.)

MANFR. ¡Oh, Fulgencia, mi alegría!
¿Mi deuda no he de llamarte
esta vez, aunque eres mía?
¿Ya comienzas a enojarte?
¿Ya te doy melancolía?
¿Qué tienes? Dime tu enojo.

FULG. En llamarme deuda has hecho
deuda mayor a tu antojo,
pues no ha de pagar tu pecho
la deuda de su despojo.
Y pues no me has de pagar,
y siempre me has de deber,
ese nombre me has de dar;
que deuda tuya he de ser,
sin poderla rematar.
En fin, ¿qué tú me has me-
en esta gran confusión? [tido
¿Así paga el que es querido?
¿Débese esto a mi afición?
¿Ansí esfuerzas mi partido,
después de haber por ti hecho,
sin respetar a mi hermano,
ni al honor que hay en mi pe-
lo que tú tienes por llano, [cho
por ser tan de tu provecho?

MANFR. Si yo casado me hubiera
no harías más sentimiento;
mi Fulgencia, considera
que de tu hermano el intento
sigo con esta quimera.
De burlas te enojarás,
pues de burlas me he casado.

FULG. Para mí casado estás
con ella o con su cuidado,
que es lo que me ofende más,
tú la tratas como esposa,
tú la debes regalar.

MANFR. ¿Yo regalar? ¡Qué quejosa
sin causa estás, por me dar
aquesta pena amorosa!
Ella lo diga o tu hermano,

si la hago los favores.
¿De qué te quejas en vano?

FULG. Si los celos son temores,
¿qué temor hallas liviano?
Tú, Manfredo, aunque fingido,
eres de Menandra bella,
de nombre al menos, marido;
con el nombre estás con ella;
celos del nombre te pido;
que aun no es bien que la re-
con solo el nombre. [gales

MANFR. Tus duelos
no son, amiga, mortales.

FULG. ¿No sabes que son los celos
quinta esencia de los males?

MANFR. Sí.

FULG. Pues siendo tan mortal
la pena de padecellos,
en un alma harán señal,
más dos gotas solas de ellos
que mil libras de otro mal.

MANFR. No pudiera sin sospecha
no obedecer al mandado
de tu hermano.

FULG. ¿Qué aprovecha
si me ofendes?

MANFR. Yo he pensado
dejarte muy satisfecha
con traerte aquí al momento,
donde viviendo conmigo,
de mi proprio pensamiento
ansí fueses el testigo
como eres el movimiento;
que si yo traidor te fuera,
ni tú vinieras aquí,
ni esos desdenes te oyera;
vuelve, mi Fulgencia, en ti,
mira mi fe verdadera.
Y mira que no he de hablalla
a Menandra, que no sea
en tu presencia, ni dalla
ocasión para que crea
que puedo sin ti escuchalla.

FULG. Esa palabra te pido.

MANFR. Yo te doy esa palabra;
que mi pecho enternecido
no es diamante que se labra
buril de otro amor fingido.
¿Pierdes el susto cruel,
celo y enojo mortal?

FULG. No pierdo lo que hay en él,
porque mientras dura el alma
siempre dura el miedo dél.

MANFR. Vamos, que a mi voluntad
ofendes con gran rigor.

FULG. Vamos, pues, con gravedad,
Rey de Nápoles, señor;
venga vuesa majestad.

MANFR. No me digas tal locura.

FULG. ¿No eres Rey?

MANFR. Soy Rey fingido;
alteza por gran ventura
soy, por haber merecido
la alteza de tu hermosura.

(*Vanse y dase fin a la primera jornada.*)

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* SIGISMUNDO *y* NORANDINO.)

NORAN. Acaba, y quita al enredo
las nieblas de los temores,
y dime, amigo Manfredo,
las nuevas de mis amores,
si míos llamarlos puedo.
Sácame ya de cuidado,
que el bien dudoso es peor
que el mal cierto y declarado.

SIGISM. Las nuevas saben mejor
cuando se han más deseado.
Y pues no se han de pagar
con otro mayor empleo,
páguelas el desear,
que es justa paga el deseo
en quien pretende alcanzar.

NORAN. Si a ti te parece bien
que desee, desde aquí
sólo el deseo es mi bien,
y aun de mi estado y de mí
haré deseo también;
que ya, Manfredo, me veo

a tu ser tan obligado,
que por darte el que poseo
te querría dar mi estado
disfrazado en mi deseo:
que al rico se ha de pagar
como paga el hombre pobre,
que es solo con desear,
pues no hay quien en darle sobre
al que tiene más que dar.
Pero dime, caro amigo,
¿habráse acaso enojado
la Reina porque la sigo?
¿Hate por dicha escuchado?
¿Tiene disgusto conmigo?

SIGISM. Y ¿cómo si me ha escuchado?
Luego ¿soy tan mal tercero,
que más no habré recabado?

NORAN. ¡Ay, amigo verdadero!
¿Cómo más? ¿Qué has negocia-

SIGISM. Pues si más no recabara, [do?
conocieras mi agonía
en mi lengua y en mi cara.

NORAN. ¡Oh, amigo del alma mía,
y della prenda muy cara!
¿Cómo la nueva que espero
podré pagarte? Si agora
no te pago, aunque lo quiero,
la esperanza que en mí mora
del recebilla primero,
con la vida he de servirte
estas nuevas que me das.

SIGISM. Luego ¿ya quieres morirte?

NORAN. Después me la prestarás,
Conde amigo, para oírte.
Tómala, Manfredo hermano,
y después al lugar suyo
la vuelve, porque es más sano
recebir un favor tuyo
con vida que es de tu mano.

SIGISM. Cesen esos cumplimientos
de quien me das tanta parte;
cesen encarecimientos,
y sabrás que en agradarte
pongo todos mis intentos.
Yo hablé a la Reina, y tu pe-
la renové en su memoria. [na
Oyóla, y dióla por buena,
sacando della la gloria
que ya cual suyo te ordena.
Halléla tierna en efeto.

NORAN. ¿Cómo tierna? ¿Que has podido,
con milagro tan perfeto,
abrir puertas a un oído
cerrado, sordo y secreto?

SIGISM. Mira, amigo Norandino,
como te vió en su presencia
llorar tu mal de contino,
tu lloro en su resistencia
halló, aunque fuerte, camino;
y como el llanto pasado
se juntó con el presente,
fué llover sobre mojado,
ablandéla fácilmente
y sembréla otro cuidado;
que el amor, como es astuto,
saca de pasadas glorias
presente y nuevo tributo,
y de marchitas memorias
memorias que rinden fruto.
En fin, que te quiso bien
en Sicilia me ha contado;
así que por cierto ten
que por callar por su estado
calló su pena también.
Ella admitió el casamiento
de este rey napolitano
por cumplir el mandamiento
de aquel su padre inhumano,
que le casó sin contento;
y desto está tan cansada,
que sin haberse casado,
como el cuyo no le agrada,
le parece haber estado
con él un siglo casada.
Y como el salir consiste
de aquesta vida enojosa
en ti, que su amante fuiste,
te pide blanda, amorosa,
corrida, llorosa y triste,
que seas su valedor,
su escudo, amparo y defensa,
mostrando en esto el valor

que tienes para la ofensa
del Rey tu competidor.
Que entretengas las galeras
te manda, en que habéis venido,
porque piensa muy de veras
dejar al Rey, su marido,
y partir donde tú quieras.

NORAN. Tierra alegre, adonde mora
un favor tan impensado,
jardín do nace el aurora,
cielo que no te has mostrado
ser tan cielo como agora;
plantas que reverdecéis
con las nuevas que escucháis,
fuentes que a oírlas corréis,
pájaros que las cantáis,
flores que las componéis,
sol bello, que te has parado
por mí, nuevo Josüé,
que sigo el alcance honrado
de mi mal que un tiempo fué
con el bien que hoy me ha lle-
[gado;
pues todos con verme ledo
os holgáis por varios modos,
pues véis que pagar no os puedo,
ayudadme a pagar todos
lo que le debo a Manfredo.—
Caro amigo, es por demás
pretender remunerarte
sin dejar el cielo atrás,
pues para poder pagarte
te he de dar lo que me das.
Con todo, te levantara
un templo con mil despojos,
como a Dios que me repara,
donde te honraran mis ojos,
do mi boca te adorara,
donde incienso te ofrecieran
las manos que has redimido,
do mis gustos te sirvieran,
y de tu voz el sonido
mis orejas solo oyeran.
Pero en aqueste momento
ojos, boca, gusto, oír,
memoria y entendimiento
me valen, por impedir
que no me mate el contento.
Perdona, amigo querido,
si ando corto en este punto,
que vida, gusto y sentido,
todo te lo daré junto
en haberme socorrido;
y deja que mi memoria
razone a solas un rato
con el huésped de mi gloria,
que no quiero serle ingrato
a él como a tu vitoria.
Suspenderme quiero un poco.
¡O[h], mi gloria! ¡Que te veo!
¡Que te espero! ¡Que te toco!

SIGISM. Este necio, a lo que creo,
(*Consigo.*)
ha dado de hereje en loco.
Con estas falsas quimeras
voy engañando su fe,
que para entablar mis veras,
me conviene que se esté
de asiento con sus galeras.
Y lo bueno es que he de hacer
que la Reina, sin sabello,
porque no le puede ver,
se lo mande, que el hacello
está solo en mi querer.
Ella viene.

(*Sale* MENANDRA.)

MENAN. Buen Manfredo,
en tu busca me venía,
llena de un celoso miedo;
mas di, ¿qué melancolía
trae a este loco tan ledo?

SIGISM. ¿Con todos eres esquiva?

MENAN. Calla, y dime qué le ha dado.

SIGISM. Porque un nuevo ser le aviva,
la vida activa ha trocado
en vida contemplativa.

MENAN. Eso, Conde, le conviene.

SIGISM. Mientras está suspendido,
sabrás, Reina, lo que tiene:
ya sabes cuán afligido
por tu causa pena.

MENAN. Pene.
SIGISM. Ya sabes que en buen romance
me escogió por su tercero.
MENAN. El echaba un rico lance.
SIGISM. Yo, que soy quien menos quiere
darle en sus gustos alcance,
de tu parte le he mandado
que te deje de querer.
MENAN. ¿Deso está regocijado?
SIGISM. Es gloria el obedecer
al que es fino enamorado.
Dice que darte contento
es todo su galardón,
y que ya con nuevo intento
ha de hacer nueva afición
deste nuevo mandamiento;
que no teniendo otro cúyo
más que el ser que tú le das,
todo ajeno y todo suyo,
tendrá por dama de hoy más
este no quererte tuyo.
MENAN. Opinión tan sabia y loca
nunca ingenio la ha trazado.
SIGISM. A tu reposo le toca,
que lo que yo le he mandado
le mandes tú de tu boca;
será dar autoridad
a tu nuevo embajador.
MENAN. Acabe su necedad,
y harélo.
SIGISM. ¡A[h], Duque! ¡A[h],
Aquí está Su Majestad, [señor!
y alegre de ver que quieras
hacer lo que te ha mandado,
digo lo de las galeras.
MENAN. Duque, gran gusto me has dado,
ansí es razón que me quieras.
Ya de Manfredo has sabido
mi gusto, seguirle has;
y pues él me ha referido
que tú aparejado estás
para esforzar mi partido,
hazlo en fe de que te estoy
por aquesto agradecida.
NORAN. Digo, señora, que soy,
y seré toda mi vida,
el mismo que he sido hasta hoy,
porque en todo he de servirte,
sin pasar de tu mandado.
MENAN. Mucho me huelgo de oirte
y de que alegre has quedado
sin muestras de arrepentirte.
NORAN. Pues ¿alegre en tu servicio
no he de estar?, y más sabiendo
que en aquesto hago mi oficio,
y tan bien me está, que entiendo
perder, de gozo, el jüicio.
MENAN. ¿Que me digas con verdad
que te está bien? ¿Que es posi-
NORAN. ¡O[h], Manfredo, la mitad [ble?
de mi alma indivisible,
ejemplo de la amistad!
Tú eres sin duda hechicero.
Mira la Reina, que aún duda
de este mi amor verdadero,
dudando de si en su ayuda
pondré la vida al tablero.
SIGISM. Quien desea, teme, amigo.
NORAN. Venturosas dudas mías.
MENAN. El necio duda consigo,
si le mando lo que há días
que con desdenes le digo.
NORAN. Tan bien a mi ser le está,
señora, lo que has mandado,
que ningún tiempo podrá
ver sin obras acabado
lo que en palabras te da.
MENAN. Eso te pido, y espero
que será como confío
de tan noble caballero.
NORAN. ¡O[h], Conde!
MENAN. ¡O[h], Manfredo mío!
SIGISM. ¡O[h], dichoso lisonjero!
NORAN. Lo que mandas te asiguro,
sin temer otros enojos,
pues en mi gusto procuro
el siguro de tus ojos,
que es de mi vida el siguro.
MENAN. Con eso en esa ocasión
asigura la balanza
del fiel de mi corazón,
la [h]iedra de tu esperanza

en el muro de afición.
Vete, pues, y con Manfredo
me deja a solas un rato.

NORAN. Voyme, señora, y me quedo
ya con el nuevo retrato
de mi gloria y de tu miedo.
Manfredo del alma mía,
mucho te debo sin duda.

(*Vase.*)

MENAN. Conde, pagarte querría
el haberme dado ayuda
contra un necio y su porfía;
que se debe la amistad
al que libraros procura
de un necio con libertad,
que es gran médico que os cura
de una grande enfermedad.
¿Con qué pagarte podré
tanto bien como me das?

SIGISM. De mi desventura sé
que pagar no me querrás,
de mucho tener con qué,
que las ricas de hermosura
sois avaras de favor.

MENAN. ¿Ya vuelves a tu locura?

SIGISM. ¿Ya vuelves a tu rigor?

MENAN. Mi fe dura.

SIGISM. Y mi mal dura.
Siempre, Reina, estoy mortal.

MENAN. No des, Conde, en enojarme.

SIGISM. ¿Hay desdén al tuyo igual?
No me quites el quejarme,
pues no me quitas el mal.

MENAN. Déjate desas razones,
no des en vanos antojos;
cierra el paso a tus pasiones,
o le cerraré a mis ojos
por no ver tus intenciones;
que si das en ofender
al honor del Rey, que es mío,
con tu ingrato proceder
habré de buscar desvío
para no te hablar ni ver.

SIGISM. Yo callaré.—Gran bondad
en aquesta mujer reina.
(*Consigo.*)
[*Alto.*]
Dime, en fe de mi amistad,
todo cuanto mandes, Reina,
pues sabes mi voluntad.

MENAN. Sabrás que como el tormento
de los celos, ¡pena esquiva!,
despierta el entendimiento,
el entendimiento aviva
el cuidado y pensamiento;
y ansí, con ellos he hallado
una verdad confirmada
del afición y cuidado,
que el Rey tiene en su posada
a la dama que has callado.

SIGISM. No miento yo.

MENAN. ¿Qué aprovecha?,
que como no sé quién es,
de todas tengo sospecha.

SIGISM. Su nombre sabrás después,
y quedarás satisfecha.

MENAN. ¿Y cuándo?

SIGISM. En otra ocasión.

MENAN. Todas las de casa pones,
mal con eso en mi opinión,
que todas son mis ladrones
hasta saber mi ladrón.
Acábala de nombrar.

SIGISM. Aún no sé quién ha de ser.

(*Consigo.*)

MENAN. ¿Siempre das en murmurar?

SIGISM. Como tú en aborrecer.

MENAN. Ya tornas a porfiar.
Voyme.

SIGISM. Espera.

MENAN. ¿Has de callar?

SIGISM. Como piedra callaré
con quien es piedra en amar.

MENAN. Pues en fe de aquesa fe,
te quiero yo preguntar
si conoces, Conde amigo,
de las damas de palacio
las letras.

SIGISM. Como le sigo
desde niño, y tan de espacio

estoy con él, y él conmigo,
no se me puede encubrir
cosa en el particular,
y a las damas sé decir
que, enseñándome a contar,
las he enseñado a escribir.
Cuanto y más que profesamos
en Nápoles gallardía,
y las letras nos mostramos
en motes, que cada día
escritos nos enviamos.
Manos, cabezas y pies
de estas forzadas doncellas
conozco.

MENAN. Rico interés.

SIGISM. Muéstrame un suspiro dellas,
y te diré cúyo es.

MENAN. Pues si te enseño un papel
de la que en celos me abrasa,
¿dirásme, Conde, por él,
quién es ella?

SIGISM. Si es de casa,
yo lo diré, como fiel.

MENAN. De casa debe de ser.

SIGISM. El pecho me has alterado.

(*Consigo.*)

MENAN. ¿Qué dices?

SIGISM. Que he de tener
al Rey por muy descuidado,
si eso has llegado tú a ver.

MENAN. Sabrás, pues, Manfredo amigo,
que, como el que fuerzas flacas
contra un enemigo tiene,
a quien en poder no iguala,
todo su modo de guerra
ha de consistir en trazas,
en espías y en cautelas,
en ardides y emboscadas;
ansí yo, que mal partido
con el Rey tengo sin causa,
he de valerme de astucias,
de quimeras y asechanzas,
con las cuales, cuando el Rey
se puso anoche en la cama,
engañé difícilmente
a un criado que le guarda
los secretos y vestidos
que son de más importancia;
de su cámara un ayuda
me dió muy libre la entrada.
Y ansí, escritorios y mesas
busqué con priesa y con ansia;
hallé en una faltriquera
de aquellas calzas de nácar,
bordadas, que ayer sacó,
con telas de azul y plata,
digo que hallé este papel. [da?

SIGISM. ¡Ay de mí! ¿Quién me acobar-

(*Consigo.*)

MENAN. Mira qué enveses que tienen
sus ropas y sus entrañas.
Tomélo, pero al tomarlo,
hicieron sangre en mi alma
sus heridas, conociendo
ser él quien mi muerte traza.
Abrí, y leílo con miedo;
que de sus dulces palabras
algún hechizo temí,
a vueltas de otras mudanzas.
De su dulzura y terneza
conocí bien que la dama
le adora y quiere en extremo,
según tierna le regala;
y así, alegre por hallar
rastro de mi muerte airada,
y triste por el suceso
de mi pena y mi desgracia,
he venido a ti, Manfredo,
para que, sin más tardanza,
con fidelidad me digas
quién es esta que me mata;
cúya, amigo, es esta letra,
y esta mano alegre y falsa,
que me da entre sus dulzuras
esta purga de retama.
Esto a mi cuenta has de hacer,
para que quede a tu causa,
mostrándome quién me hiere
mi herida medio curada.

SIGISM. ¡Ay, papel! ¡Ay, galardones

indignos deste pesar!

MENAN. ¿Dante pena mis pasiones,
o te ofende el rejalgar
de la tinta y las razones?

SIGISM. ¡O[h], traidor! Dios te des-
[truya;
¡o[h], enemiga de mi fama!
Tuya es esta letra, tuya.

MENAN. ¿Mas que fuera de su dama
y de alguna deuda suya?
¡Ah, Conde amigo!

SIGISM. ¡A[h], liviana!

(*Consigo.*)

MENAN. ¡A[h], Manfredo!

(*Consigo.*)

SIGISM. ¡A[h], villano!

(*Consigo.*)

MENAN. Este negocio se allana.

(*Consigo.*)

SIGISM. Por el cielo soberano,

(*Consigo.*)

que esta letra es de mi hermana.
¡A[h], Manfredo mal nacido,
Sinón en formar traiciones,
ya la letra he conocido,
y por ella los borrones
de mi Fulgencia he leído!
¿Que el amigo más privado,
y el de mayor confianza,
ese mi honor me ha quitado,
y en lo que puesto en balanza
vence al valor de mi estado?
¡Ay, estado peligroso,
y qué de espinas que siembras
en un pecho generoso!
¡Ay, honra en poder de hem-
[bras,
vidr[i]o en manos de un furioso!
No hay sangre, imperio, ni ser
que en bondad os aventaje,
mas la sangre, ¿qué ha de hacer,
si sois las de más linaje,
de linaje de mujer?
Yo castigaré, traidor
Manfredo, ansí tus engaños,
que se aplaque mi furor,
que el castigar tales daños
es muy proprio del señor.

MENAN. ¿Qué es esto, Manfredo fiel?
Paréceme que te han dado
veneno en este papel.

SIGISM. El Rey viene, ¡ay, desdichado,
y verá lo que hay en él!

MENAN. Cuán seguro es mi perder.

SIGISM. El papel quiero guardar.

MENAN. Ansí, Conde, habrá de ser,
pues no le puedo cobrar
sin que el Rey lo eche de ver.

(*Sale* MANFREDO.)

SIGISM. ¡O[h], Manfredo, caro amigo,
con priesa a buscarte vengo,
porque a solas, sin testigo,
por cosas graves que tengo,
he de hablar solo contigo;
y ansí, la Reina allá fuera,
se entretenga con mi hermana,
que [h]a gran rato que la espe-
[ra.

MENAN. No es novedad, cosa es llana,
echarme de esta manera.

MANFR. Ni es novedad el quejarte.
Vete, acaba, que me mueles.

MENAN. Ya me voy por no cansarte.
Manfredo, que el papel celes
sólo quiero encomendarte.

(*Vase.*)

MANFR. Lástima me hace, señor,
aquesta pobre señora;
templa, por Dios, tu rigor,
que pasa de raya agora,
y en duda pones tu honor.
Bien has probado el efeto
de su honrado proceder;
¿tantos tirós, tanto aprieto?
Mira, Rey, que no ha de ser
más bien templada que un peto.
¿Tantas experiencias malas?

¿Tantos siniestros reveses?
¿Tanto quitarle las alas?
No se venden los arneses
a prueba de tantas balas.
Saquémosla, por tu vida,
de la pena que padece,
que si esta gloria crecida
por justa no la merece,
la merece por sufrida.
¿No me respondes, señor?
El color tienes mudado;
sin duda que es el rigor
del enojo muy sobrado,
que quita a un rey el color.
¿Hate ofendido tu esposa,
a fuerza de ser rogada?
No es mi lengua mentirosa,
que el probar mujer y espada
es prueba bien peligrosa;
porque sigue un presupuesto
de las dos la condición,
y al peligro manifiesto,
como entrambas [h]ojas son,
vuelven la [h]oja muy presto.
¡A[h], señor!, no seas cruel,
cuéntame quién te enojó.

SIGISM. Traidor, alevoso, infiel,
una [h]oja me ofendió,
pero es [h]oja de papel;
[h]oja que me da tal guerra,
que, enojando mi valor,
de la vida me destierra,
y es del ramo más traidor
y más noble de esta tierra.
Pero yo le cortaré
con mi espada y con mi mano,
vil Manfredo, pues ya sé
que hace sombra al más villano
que ha conocido la fe.

MANFR. Saltos me da el corazón.

SIGISM. ¿Qué murmuras, enemigo?
¿Es confesar tu traición?

MANFR. ¿Traidor, y a tan grande amigo?

(*Consigo.*)

No es sin muy grande ocasión.
Quiero, hasta ver la verdad,
cubrir mi dudoso yerro;
que, en efeto, la maldad,
que tiene cara de hierro,
tiene cara de bondad.

SIGISM. ¿Qué dices, falso y doblado?

MANFR. Que de oírte no me aflijo,
porque estoy asigurado
que de alguna invidia es hijo
ese tu enojo sobrado;
y en tu noble proceder
porque al ser natural cuadre,
agraviando mi querer,
como es víbora la madre
ha reventado al nacer.
Pero si mi confianza
vence a mis competidores,
verás sin mucha tardanza
que son tus mismos rigores
hechuras de tu privanza.
Mueve el favor la codicia,
la codicia a la esperanza,
la esperanza a la justicia,
la justicia a la privanza,
la privanza a la malicia.
Tiene el que tiene el mandar
de envidias una gran cerca,
por esto lo han de llamar
privado, porque está cerca
del privarle del privar.
Desfoga ¡o[h], Rey! tu pa-
que yo estoy asigurado [sión,
que tienes poca razón,
y que invidias de mi estado
turban mi buena opinión.

SIGISM. No son invidias, ingrato,
ni son falsas relaciones
las que publican su trato;
testigo de tus traiciones
te he de dar en breve rato.
Mira bien este papel;
¿conoces aquesta letra?
¿Sabes de su mano infiel
el secreto que penetra
quien leyó lo que hay en él?
¿Sabes a quién se escribieron

esas razones? ¿Y sabes
que a ti por mi hermana fueron
dirigidas? Porque acabes
de entender que te entendieron:
¿desde la letra primera
no viene a ti encaminado
del pecho de aquella fiera?
¿No eres tú su regalado?
¿No dice desta manera?

(*Lee.*)

"La que no teme mudanzas, no sabe "lo que son firmezas; y así, todo cuanto "hace me hace miedo; quisiera tener más "que darte, para que con esperanza de- "llo asigurara mis dudas; pero, pues "no me dejé otra cosa en mí mas que el "poder rogarte como a dueño absoluto "de cuantas yo he tenido, te ruego que "mires siempre por mis obligaciones y "lágrimas, pues las primeras son de ho- "nor, y las segundas de celos."

Conoce, ingrato y traidor,
el fino término honrado,
que con capa del favor
en mi palacio has tratado
en ofensa de mi honor;
donde, a vista del regalo,
que engañado te ofrecía,
cuando a mí mismo te igualo,
en la mejor prenda mía
te enseñaste a ser tan malo.

MANFR. ¡Ay de mí! ¡Cuán descuidado

(*Consigo.*)

en no romper el papel
anduve! Mas ya he pensado
otro enredo, que con él
he de salir de cuidado.

SIGISM. ¿Qué estás trazando, tirano?
Si piensas darme a entender
que aqueste papel liviano
puede ser de otra mujer,
será pensamiento vano;
porque la Reina, furiosa
con estos celos fingidos,
hubo de hallar, muy curiosa,
buscando entre tus vestidos,
aquesta carta amorosa;
donde, no solo has mostrado
que eres traidor, mas también
que de serlo te has preciado,
pues llegó a manos de quien
me le dió con más cuidado.
Esa loca se rindió
a un varón secreto y fiel,
tu cuidado la pagó;
que quien no guarda un papel
no estima a quien lo escribió.
Los amantes regalados,
de infantas favorecidos,
hacen, estando obligados,
escritorios de vestidos
que andan entre sus criados.
Ingrato has sido y traidor,
con tu poca y mala cuenta,
al amor della y mi honor:
que al menospreciar la afrenta
hace la afrenta mayor.
¿De qué, con risa fingida,
demuestras alborotado?
Yo te quitaré la vida,
porque acabe mi cuidado
en ser ella fenecida.
Lave tu sangre villana
estas manchas por mi daga,
porque la boca inhumana
de tu pecho y de tu llaga
cierre a la del vulgo vana.

MANFR. Detén la mano, y advierte
que no es bien, sin escucharme,
tratarme de aquesa suerte.

SIGISM. ¿Qué disculpa puedes darme,
que te libre de la muerte?

MANFR. Cuando yo no te la dé
tal que satisfecho quedes,
bien podrás culpar mi fe;
y entonces, si tú no puedes,
yo mismo me mataré.

SIGISM. Imagino que has pensado
cómo engañarme; mas di;
que yo estoy tan lastimado,

que por ver disculpa en ti
diera parte de mi estado.
MANFR. Tan desdichado he nacido,
que te he ofendido sin duda
con lo que más te he servido;
oye, y verás que en tu ayuda
esa misma carta ha sido.
SIGISM. Y ¿eso dirás, en efeto,
que ha sido servirme, ingrato?
MANFR. Que lo ha sido te prometo.
SIGISM. ¿Cómo?
MANFR. Escucha un breve rato.
SIGISM. A escucharte me sujeto.
MANFR. ¿Bien te acuerdas que fingías
a la Reina, mi señora,
que una dama conocías
en palacio, a quien yo agora
amaba con mil porfías?
SIGISM. Sí me acuerdo.
MANFR. Y ¿que rogado
por ella, afligida y triste
con su celoso cuidado,
su nombre no le dijiste
por no tenerle pensado?
SIGISM. Verdad es.
MANFR. Y ¿me mandaste
que te ayudase a pensar
a quien con menos contraste
pudiésemos levantar
el testimonio que hallaste?
SIGISM. Todo es ansí: yo confieso
que en todo dices verdad;
mas no que para el proceso
de mi afrenta y tu maldad
de descargo sirve aquesto.
MANFR. Que sirve es cosa muy llana;
porque yo, por tu ocasión,
con buen lado y con fe sana,
quise seguir tu invención
con ayuda de tu hermana,
a quien hice que escribiese
este papel amoroso,
donde amores me dijese;
y ansí, lo dejé, gozoso,
donde la Reina lo viese;
la cual, viendo los matices
de la mano amada y fiel,
echando en su amor raíces,
ha de creer que es papel
de la dama que tú dices.
Mira con esto, señor,
si te he servido, y con gana.
SIGISM. ¿Fulgencia, Conde traidor,
a quien llamamos tu hermana,
ha de causarla temor?
MANFR. Sí causará.
SIGISM. ¿Tú no ves
que el papel de su enemiga
ha de enseñar, y después
el que menos dél le diga,
le ha de decir cuyo es?
De Fulgencia, cosa es llana
que es la letra han de decir,
pues ¿ha de creer, liviana,
que a tu hermana has de servir,
si la tiene por tu hermana?
Pesando huír tus castigos,
te paras dobles traspiés;
falsos te son tus amigos.
¡A[h], Manfredo, y cómo es
la conciencia mil testigos!
¡Cómo te alcanza el pecado
de cuenta en esta ocasión!
MANFR. Calla, que no has pentrado,
como piensas, mi intención,
y por eso me has culpado;
mi intento fué que ella viese
la letra, y que de Fulgencia
dos mil celos concibiese,
cuando por su diligencia
ser tuyo el papel supiese.
SIGISM. ¿Cómo ansí?
MANFR. ¿No es cosa llana
que en verlo se ha de poner
más celosa y menos sana,
si la haces tú creer
que no es Fulgencia mi hermana,
sino que en nombre fingido
de hermana, es mi dulce amiga,
y que has también entendido
que aunque el reino la persiga
he de ser yo su marido?

Pues si le dices aquesto,
sobre haber visto el papel,
diga la experiencia el resto;
y di tú por mí y por él
en la deuda que te he puesto.
Esto venía, señor,
solo agora a descubrirte;
mas, ya por muy gran favór,
quiero, Rey, solo pedirte,
si es que puede algo mi amor,
que con tu Menandra amada,
que es tan buena como ves,
hagas vida asigurada,
y que licencia me des
para irme a mi morada,
donde triste y sin favor,
con la soledad amiga,
viviré de hoy más, señor,
siguro de que me diga
el dueño della traidor.
Hereden, Rey, mi contento
los que pueden más en ti.
Voyme, al fin; dales mi asiento,
porque por lo menos fuí
traidor en tu pensamiento.

SIGISM. ¡O[h], mi amigo verdadero,
de mi vida la metad,
de mis gustos fiel tercero,
ejemplo de la amistad,
de mi honor escudo entero!
Perdóname el discurrir
fácil, terrero y liviano,
las sospechas y el reñir;
que no solo como hermano
en mi casa has de asistir,
pero mis veces te doy,
mis privados atropella;
dispón, Manfredo, desde hoy
de los cargos que hay en ella,
por el cargo en que te soy.
Pues tanto te debo, amigo,
como lo muestran tus obras,
de hoy más ese acuerdo sigo;
nueva opinión en mí cobras,
y ansí a seguirte me obligo;
y perdona mi dudar,
mi miedo y mi sobresalto;
que te quiero confesar
que, como volabas alto,
no te he podido alcanzar.
No me niegues el perdón.

MANFR. Yo le doy, y te suplico
me tengas en la opinión
que este servicio, aunque chico,
merece por galardón.

SIGISM. Téngote por mi gobierno,
por mi honor y por mi amparo.

MANFR. Más necio queda y más tierno;

(*Consigo.*)

mi engaño fué mi reparo.

SIGISM. Vivas, Conde, un siglo eterno,
alegre y favorecido
de mi mano y de mi estado.

MANFR. No me nieguen que no ha sido

(*Consigo.*)

al esfuerzo aventajado
el ingenio preferido.

SIGISM. Oye, la Reina y Fulgencia
vienen a buena sazón,
pues agora en su presencia
puedes cobrar la opinión
que habrás perdido en mi ausencia.
Yo con la Reina a una parte
me pondré, tú con mi hermana,
donde tierno has de mostrarte,
con muestra alegre y ufana
de querella y de adorarte,
porque mil celosas llamas
la den tus demostraciones.

MANFR. ¿Qué demostraciones llamas?

SIGISM. Decirse tiernas razones,
como es costumbre entre damas;
tal vez llegar y abrazalla,
y tal, tomando su mano,
enternecido adoralla,
pues de ti, como de hermano,
puedo sin duda fialla;
que, en fe de tu gran bondad,
para todo doy licencia.

MANFR. Señor, mi gran lealtad,
ni aun burlando, con Fulgencia
permite tal liviandad;
ni es bien, porque tú creerás
que sirvo y quiero a tu hermana,
y por galán me tendrás
de su beldad soberana,
si esa licencia me das.
SIGISM. No me motejes, amigo;
que tengo más sano el pecho.
Haz lo que agora te digo,
de la bondad satisfecho
que siempre usaste conmigo.
MANFR. ¿Que esta licencia, en efeto,
que me das he de tomar?
SIGISM. Sí, Conde; que te prometo
que gusto de hacer penar
a la Reina.
MANFR. Y yo, sujeto
a tu gusto y condición,
pienso, tomándola agora,
gozar de aquesta ocasión;
pues con esto se mejora
mi contento y tu opinión.
SIGISM. Fíngete muy regalado
de Fulgencia.
MANFR. Hacerlo pienso
si dispensas en el grado
de tu temor.
SIGISM. Yo dispenso.
MANFR. Yo quedo bien dispensado.

(*Salen* MENANDRA *y* FULGENCIA.)

MENAN. Siempre tu hermano conmigo
lleva al rigor por trofeo.
FULG. No porque yo no le digo
los agravios que usar veo
en su deshonra contigo.
MENAN. Allí con Manfredo está;
¿no le ves? Pues bien verá
lo bien que me tratará.
MANFR. ¡O[h], mi hermana! ¿dónde vas?
¿Qué te trae por acá? [vas?
FULG. Acaso, hermano, he venido
con la Reina, a quien es justo
que hables.
MENAN. Has acudido
a su desdén y a mi gusto,
porque está tan advertido,
que aún visto no me ha sin
[duda.
MANFR. Siempre estás en tus querellas
de razones, Reina muda,
porque cansa el entendellas
al que no les dará ayuda.
Y dame lugar, que quiero
hablar con mi hermana un rato,
que ha mil siglos que la espero.
MENAN. ¿Ya me despides, ingrato,
sin acogerme primero?
MANFR. Ni te despido ni digo
que te vayas.
MENAN. Pues ¿qué haré,
mientras tratas, enemigo,
con Fulgencia?
MANFR. Que se esté
el Conde un rato contigo;
él te puede entretener.
MENAN. ¿Eso mandas?
MANFR. Eso pido.
MENAN. Y ¿es de honrado proceder,
sabiendo lo que ha emprendido?
MANFR. ¿Qué importa, si es mi querer?
Conde, a la Reina entretén
mientras hablo con mi hermana.
SIGISM. Yo lo haré.
MENAN. Por cierto bien.
¿Hay condición tan villana?
¿Hay tan esquivo desdén?
SIGISM. Señora, hablar nos conviene;
que hay mucho que descubrirte.

(*Aquí se apartan* SIGISMUNDO *y* MENANDRA *a una parte, y* MANFREDO *y* FULGENCIA *a otra.*)

MANFR. Como mi alma en tí tiene
su verdad, ha de decirte
las verdades que mantiene.
Con el Rey en grande aprieto
me vi agora.
FULG. ¿De qué suerte?

MANFR. El papel que tú en secreto
me escribiste, caso fuerte,
halló la Reina en efeto;
mostrólo al Rey, y matarme
ha querido, y me matara
a no saber disculparme;
fingí con serena cara
lo que sabrás, por librarme.
MENAN. El acuerdo que has tomado
tengo en mucho, buen Manfredo.
SIGISM. Toméle como obligado
a no encubrirte, si puedo,
verdad, enredo o cuidado.
MENAN. Eso es lo que pido yo;
¿cúyo es el papel, me di,
que tu industria me tornó?
SIGISM. No está muy lejos de aquí
la mano que lo escribió.
MENAN. ¿Cómo puede aqueso ser?
SIGISM. Si Fulgencia lo escribió,
muy bien se puede creer.
MENAN. Conde, ¿el papel te enseñó
a embelecar y a vender?
SIGISM. Verdad digo.
MENAN. Cosa es nueva
tal manera de afición
entre hermanos y tal prueba;
si ya no es que hermanos son
por parte de Adán y Eva.
SIGISM. Reina, todo puede ser.
MENAN. ¿Qué dices?
SIGISM. La verdad digo,
porque muy presto has de ver
que no es del Rey, tu enemigo,
hermana aquesta mujer;
no es sangre, sino amistad
lasciva la de los dos,
fingida es esta hermandad;
toda Nápoles y Dios
saben aquesta verdad.
Su pecado, no sencillo,
a tu celoso interés
quieren, Reina, desmentillo;
que, como de carne es,
con sangre piensan cubrillo.
MENAN. ¿Eso me asiguras?
SIGISM. Sí,
porque la verdad te digo.
MENAN. ¿Que eso es posible? ¡Ay de mí!
¡Ay, Sigismundo enemigo!
SIGISM. ¿Tienes por mi hermana, di,
a Fulgencia?
MENAN. Nó, por cierto.
SIGISM. Pues más cierto es ser mi her-
[mana
que del Rey; mira el concierto,
mira su astucia inhumana,
mira su engaño encubierto;
ser esto verdad te juro
sobre la cruz desta espada.
MENAN. ¡Ay, alevoso; ay, perjuro;
ay, lasciva; ay, solapada,
traidora sobre siguro!
SIGISM. Ansí, Reina, sus amores
piensan tratar con secreto,
sin perder sus pundonores,
y lo saben, te prometo,
de palacio los señores;
mas nadie te lo dirá,
por la pena de la vida
que su rey puesto les ha.
MENAN. ¿[H]ay tal traición?
SIGISM. Si es fingida
esta verdad, se verá.
Mira qué tales están
los dos, tan ciegos y locos;
juzga agora si es galán,
mas de estos hermanos, pocos
tan unidos se verán.

(*Aquí hablan con señas* SIGISMUNDO *y* MENANDRA, *y miran a* FULGENCIA *y a* MANFREDO.)

FULG. Pues ¿cómo qué? ¿Ansí guar-
descuidado, mis papeles, [daste,
que tan poco los celaste,
que entre las manos crueles
de la Reina los hallaste?
¿Esto es decir que me quieres?
¿Ansí mis cosas estimas?
SIGISM. Oye, Reina, por quien eres,
porque en tu memoria imprimas

la maldad destas mujeres;
ya sabe que tú has leído
el papel: celos le pide.

MANFR. Tus cosas siempre he medido
con el rigor que las mide
la razón de ser querido;
mas, señora, ¿qué aprovecha,
si me engaña cada hora,
toda en sus celos deshecha?
Que son de lince, señora,
los ojos de la sospecha;
que por más que los enredes
y quieras entretenellos,
despistando cuanto puedes,
pasa la agudeza dellos
diligencias y paredes.

SIGISM. Oye lo que están hablando,
que piensan no ser oídos;
la dama lo está culpando,
y él, con descargos fingidos,
mil disculpas le está dando.

MENAN. ¿Hay tal maldad en la tierra?

MANFR. Perdona, Fulgencia mía;
del alma el rigor destierra;
quel ver tu melancolía
es pena del que te yerra.
Dejemos riñas aparte,
y pues tan discreta eres,
gusta de desenojarte,
y empleemos, si me quieres,
la licencia de abrazarte;
y agradezcámosle al mal
el bien que dél nos resulta.

FULG. ¿Que mi hermano ha dicho tal?

MANFR. Pasado está por consulta
con privilegio real.

MENAN. ¿Qué es lo que dicen agora?

SIGISM. No lo entiendo, mas parece
que ella se aplaca, señora,
¿No ves cómo se enternece,
cómo le mira y le adora?
¿Quieres agora apostar
que quedan apaciguados
y que los ves abrazar?
Que enojos de enamorados
en glorias se han de tornar.

MENAN. Por el cielo soberano,
si tal hacen, que los mate
con tu espada y con mi mano.

SIGISM. Bien merece ese remate
un hombre loco y liviano,
que te quiso publicar
de su Rey el pensamiento;
hasme ofrecido callar.
¿Y publicas ese intento?
La palabra has de guardar
que me has dado, pues no pue-
si lo sabe el Rey, vivir. [do,

MENAN. Ya la guardaré, Manfredo,
que por mí sabré sufrir;
que es más mi honor que tu
[miedo.

SIGISM. Yo te lo suplico ansí,
pues mi secreto atropello.

MENAN. Asigúrate de mí.

MANFR. Señora, a mí me va en ello
no menos que te va a tí.
Ya te he dicho, en conclusión,
que el Rey de verte abrazar
gustará en esta ocasión.

FULG. Pues si el Rey ha de gustar,
gocemos de la ocasión.

MANFR. ¡O[h], querida hermana mía!
Toma agora de mi mano
este abrazo de alegría.

(*Abrázanse.*)

que con gusto de tu hermano
te doy.

MENAN. ¿Hay tal tiranía?
¡Vive el cielo, que la abraza!

SIGISM. ¿No te lo dije, señora?
¡O[h], qué bien sigue mi traza

(*Consigo.*)

Manfredo!

MENAN. ¡O[h], falsa! ¡O[h],
[traidora!

MANFR. Ya el Rey no nos embaraza;
tórname, hermana, a abrazar.

MENAN. Otra vez se han abrazado.—
Conde, Conde, has de llegar;

desbarata apresurado
paz que guerra me ha de dar.

(*Llega* SIGISMUNDO.)

SIGISM. ¿Qué es esto, Rey, mi señor?
¿Con tu hermana y mi señora
tanta paz y tanto amor?
MANFR. Hame dado, Conde, agora
un contento a mi sabor;
un yerro (1) me ha perdonado
que la hice sin querello.
SIGISM. Señora, ¿no has escuchado?
lo del papel es aquello.
MANFR. Y ansí, con gozo extremado
no puedo no la abrazar
ante ti infinitas veces.
SIGISM. Ni yo lo puedo estorbar.
MANFR. Tú y la Reina sed jüeces,
ved si la sé regalar;
¿No hago bien?
SIGISM. Cosa es muy llana.
MENAN. ¿Ansí me ayudas? ¡Ay, ley
de falsos, falsa y tirana!
SIGISM. Reina ¿quién dirá a su rey
que no regale a su hermana?
FULG. Luego, Conde, ¿bien te agrada
que me abrace el Rey, mi hermano?
SIGISM. ¿Quién de paz tan regalada
no ha de quedar muy ufano?
MANFR. Esa respuesta es honrada.
SIGISM. Tanto me agrada, señora,
que le ruego que a mi cuenta
te abrace otra vez agora.
MENAN. ¿Quién tal mira y no revienta?
FULG. ¡O[h], Conde honrado!
MENAN. ¡O[h], traidora!
MANFR. A cuenta del buen Manfredo
me abraza, querida hermana,
pues con esto me haces ledo.
FULG. Eso haré de buena gana,
que es cuanto hacer por él puedo.

MANFR. Mira si te abrazo, amiga,

[*Al oído.*]

mandándomelo tu hermano.
FULG. Dios tus descuidos bendiga.
MENAN. ¿Qué es esto, Conde inhumano?
¿Quiéresme por enemiga?
¿Ansí se estorba mi muerte,
dándome en esta bebida
otro rejalgar más fuerte?
Pues si me cuesta la vida,
la palabra he de romperte.
Desbarata aquesta unión,
o los mataré a bocados,
publicando tu traición;
que los dientes son sobrados
cuando sobra el corazón.
SIGISM. Tu majestad soberana
a la Reina, mi señora,
que no está de buena gana,
dé licencia por agora
para irse con tu hermana.
MANFR. Hágase, pues es tu gusto,
y mire lo que me debe
la Reina con su disgusto,
pues ella a dejar me mueve
brazos de quien tanto gusto.
MENAN. Ya yo lo veo, señor.
¡Ay de mí!, que el corazón
me revienta de dolor.

(*Consigo.*)

Ven, Fulgencia; que es razón

[*Alto.*]

no apretar tanto mi honor.
FULG. Adiós, mi querido hermano.
MANFR. Adiós, mi hermana querida.
MENAN. Vamos, que un dolor tirano
ha de acabarme la vida,
si no la acaba mi hermano.

(*Entranse* MENANDRA *y* FULGENCIA.)

MANFR. ¿Que me dices del enredo?
SIGISM. Digo que es tan a mi gusto,
querido amigo Manfredo,
que del placer deste susto

(1) En el texto: *hierro.*

darle las gracias no puedo.
Eres al fin tan honrado
cuanto digno de mi honor;
déjasme muy obligado.

MANFR. Yo quedo desto, señor,
más contento y más pagado.

SIGISM. Conde, ¿no te has de cansar
deste engaño?

MANFR. Mis placeres
son servirte.

SIGISM. Honrado hablar.

MANFR. Cuantas veces tú quisieres
la pienso, Rey, abrazar.

SIGISM. Ansí pienso ver si es buena
mi Menandra.

MANFR. Es sin igual.

SIGISM. Otra prueba se le ordena,
y si no me sale mal
pienso sacarla de pena.
En fin, me descubriré.

MANFR. Déjala, señor, penar,
porque es apurar su fe
con velo de desdeñar,
como en ti claro se ve.

SIGISM. ¿Ya te parece que pene?
¿Ya mudas de parecer?

MANFR. Tan agradado me tiene
ese cuerdo proceder
que he de ser quien la condene.
De tu experiencia agradado,
esto te aconsejo y digo.

SIGISM. Como eres vasallo honrado,
sigues la opinión que sigo,
ya en mi querer trasformado.
Mucho te debo, en efeto;
tu valor es sin segundo;
Conde tan bueno y discreto
no le tiene rey del mundo
a su voluntad sujeto.

MANFR. Con más razón diré yo,
por la merced que me has hecho,
que rey de tan noble pecho
como agora aquí se vió,
nigún conde le alcanzó,
pues me da con tanta gana
su estado, su hacienda y ser,
y por una prueba vana,
por mujer a su mujer,
y por amiga a su hermana.

(Entranse, dándose fin con esto a la segunda jornada.)

JORNADA TERCERA

(Sale MENANDRA, *haciendo amagos de darse con una daga, y* SIGISMUNDO *deteniéndola.)*

MENAN. Suéltame el brazo, Manfredo,
deja que con esta daga
me mate.

SIGISM. Sufrir no puedo
tal rigor.

MENAN. Con una llaga
mil llagas curo a mi miedo.
Imite a Dido en la muerte
quien en la dicha la imita,
corra mi vida su suerte;
que si daga me la quita,
no fué su espada más fuerte.
Deja que acabe mi mal
con mi fin acelerado;
que es dar, en un trance tal,
cuerda al hombre desdichado
darle el mejor cordial.
Mira, pues, que usas conmigo
una clemencia cruel;
suéltame ya, Conde amigo.

SIGISM. Hermoso y divino fiel
del peso del bien que sigo,
¿que a tanto llega el poder
y el rigor de tus recelos?

MENAN. Si no me hiciesen perder,
ni serían ellos celos,
ni yo sería mujer.
Acábense mis enojos.

SIGISM. Espera.

MENAN. No he de esperar.

SIGISM. Mira con mejores ojos;
que el alma no ha de pagar
de tu cuerpo los antojos.

MENAN. ¡Ay, amigo!, que este mal

que me aflige y me atormenta
es de efeto tan mortal,
que es su antídoto, a mi cuenta,
mi muerte.

SIGISM. No digas tal,
que desdice tu crueldad
de la ley cristiana.

MENAN. Advierte
que castigo mi maldad,
y has de dejar darme muerte
siquiera por cristiandad.

SIGISM. Hereje estás con tus duelos.

MENAN. Antes soy cristiana fiel,
pues dando muerte a mis celos
destierro y mato al Luzbel
que ha conquistado mis cielos.

SIGISM. Mira, Reina, que has de dar
a otros cielos cuanta estrecha.

MENAN. Déjame, Conde, matar.

SIGISM. ¿Por una falsa sospecha?

MENAN. Saber cierto ¿es sospechar?

SIGISM. Pues no es mejor deshacer
aquesa secreta liga
del Rey, que da en te ofender
con esa su falsa amiga?

MENAN. Eso ¿cómo podrá ser?

SIGISM. Matando agora al que dellos
más te conviene matar.

MENAN. Pues ¿cómo podré ofendellos?

SIGISM. Si te alegras, te he de dar
traza y modo de vencellos.

MENAN. ¡Ay, amigo verdadero!
¿Qué enfermo, si está mortal,
no ablanda su dolor fiero
con ver remedio a su mal?

SIGISM. Pues que le has de ver espero.
Dime, ¿tendrás corazón
para matar a Fulgencia?

MENAN. A mi celosa pasión
¿se puede hallar resistencia
que impida hacer su intención?
¿No sabes que amor ha hecho
este corazón de celos?
Pues los celos ¿qué despecho,
aunque se ofendan los cielos,
no emprenderán en un pecho?
Dame lugar y con qué,
y verás cuán presto mato
a esa Fulgencia sin fe,
y aunque mi vida en el trato
por su amada muerte dé.

SIGISM. Pues no ha de ser desa suerte;
que matar para morir
no es venganza entera.

MENAN. Advierte
que si ella acaba el vivir
no es posible darme muerte;
pues la que me podrán dar,
justicia o rigor severo,
llegando a considerar
que es porque maté primero,
me ha de hacer resucitar.

SIGISM. Reina, que la mates quiero
con siguridad.

MENAN. Di el modo,
y por ello aquí primero
la vida me pide, y todo
cuanto bien del reino espero.

SIGISM. Voluntad sola te pido.

MENAN. Esa ya yo te la tengo.

SIGISM. Si no soy favorecido,
aunque a ser querido vengo,
¿qué me importa ser querido?

MENAN. A dar favores me obligo
con amistad sin deshonra.

SIGISM. Esa amistad no la sigo.

MENAN. Quien quiere amigo sin honra,
Manfredo, no es buen amigo.

SIGISM. Ora bien; cállese aquesto
que en mi favor atribuyo;
que pues ser tuyo he propuesto,
solo del negocio tuyo
trataré con fin honesto.
Confiado en que algún día,
siendo mujer, mudarás
tu rigor y tiranía.

MENAN. No esperes eso jamás.

SIGISM. Darte mil reinos querría.
Señora, tú has de matar
a Fulgencia con veneno.

MENAN. ¿Con veneno?

SIGISM. No hay dudar;

que yo le tengo tan bueno,
que tu mal sabrá curar.
Dentro de un hora, si bebe,
morirá.

MENAN. Divino engaño,
que adorar Menandra debe,
pues mal tan largo y extraño
repara en tiempo tan breve.

SIGISM. ¿Sabrás hallar ocasión
para dalla de beber?

MENAN. Siempre las mujeres son
inclinadas al placer.

SIGISM. No hay regla sin excepción;
que alguna sabe guardarse
de ocasiones.

MENAN. Yo te digo
que si pueden alegrarse,
pocas dejan, Conde amigo,
el comer y el afeitarse.
quede a mi cargo esa prueba.

SIGISM. Pues yo el veneno aprestado
te daré.

MENAN. Yo haré que beba,
Manfredo, sobre un bocado
que hará tenerme por Eva.

SIGISM. Pues yo, que de tu accidente
tan poco me satisfago,
aunque no soy tan prudente,
en este engaño que hago
gusto de ser la serpiente.

MENAN. ¡Ay, Manfredo, amigo honrado, sabio, apacible y discreto!
Tu proceder me ha obligado;
yo te pagara, en efeto,
si pudieras ser pagado.
Mas pagar ni agradecer,
ni sé cómo, ni lo ofrezco;
y ansí, por no lo saber,
ni te pago ni agradezco
mas de con sólo querer.

SIGISM. El servirte me es a mí
paga y agradecimiento;
mas Fulgencia viene allí;
ten agora sufrimiento,
pues te importa hacerlo ansí.
En tanto, Reina, que voy
a traer de mi aposento
el veneno que te doy,
por quien de tu sentimiento
te has de ver vengada hoy.

MENAN. Pues ve, y a mi camarera
se le da.

SIGISM. En una bujeta
se le daré, y tú acá fuera
traza, pues eres discreta,
esta bebida postrera.
Procura que beba luego.

MENAN. Ansí, Manfredo, lo haré.

(*Vase* SIGISMUNDO *y salen* MANFREDO *y* FULGENCIA.)

FULG. ¿Con qué esta paz y sosiego
al cielo pagar podré?

MANFR. Con ser piadosa a mi ruego;
con perder, pues soy honrado,
Fulgencia, por tu ocasión,
y adoro siendo adorado,
los celos que sin razón
desta Menandra has formado.
Celos injustos formaste
sin tener de qué haber celos;
hasta los cielos culpaste,
sin miedo de que a los cielos
con tus quejas enojaste;
y ansí, temo su castigo,
y perder la gloria temo;
que por ti mi gloria sigo.

FULG. Esa locura es extremo
de engañoso y falso amigo.
De los cielos estrellados
te vales para tus flores;
no es mucho, pues agraviados
son capa de pecadores,
que lo sean de pecado;
nadie con el cielo iguale
su firmeza.

MANFR. Mi interese
es que mi fe no resbale,
aunque Menandra valiese
lo que el mismo cielo vale;
porque su luna argentada,
su sol rubio, sus estrellas,

su luz más pura y guardada,
delante tus luces bellas
son sombras, si no son nada.

FULG. ¡Qué [h]ereje encarecimiento!

MANFR. Mas ¡qué desdén tan terrible!

FULG. Humana tu entendimiento.

MANFR. Mi Fulgencia, no es posible
alabarte y tener tiento.

(*Hablan aquí aparte.*)

MENAN. En su locura y sin sí
vienen tan prestos agora
que aún no me han visto, ¡ay, [de mí!
que esta Circe encantadora
goza del bien que perdí.
Celos de mí le ha pedido;
¿qué muerte, qué desengaño
el cielo aquí me ha ofrecido?

MANFR. Mil gracias doy a tu engaño.

FULG. Yo también, si engaño ha sido.

MENAN. Ora bien, esto ha de ser:
o a la muerte me condeno,
o a matar esta mujer,
que ya Manfredo el veneno
habrá traído.

MANFR. A mi ver,
ya, mi gloria, se destierra
tu disgusto.

FULG. Es pertinaz
quien porfía cuando yerra.

MENAN. Quiero turbar esta paz,
que a mí me da mortal guerra.
¡O[h], hermana! tanta her- [mandad
con el Rey, sospechas da.

FULG. ¿Aquí está tu majestad?

MENAN. ¿No lo ves? Mas ciega está

(*Consigo.*)

con su engaño y su maldad.
¡Aquí estoy.

MANFR. ¡Pobre de ti!

FULG. Tan ajena de mí voy, (1)
hermana, que no te vi.

MANFR. Reina, ¿aquí estás?

MENAN. Aquí estoy.
Mas no sé si estoy aquí.

MANFR. En gentil locura das.

MENAN. A muchas cosas obliga
un perder.

FULG. ¿Perdido has?

MENAN. Y mucho.

FULG. ¿Qué ha sido, amiga?

MENAN. El lugar donde tú estás.

MANFR. ¿A Nápoles has perdido?
Cobrémosle si conviene.

MENAN. No puede ser socorrido.

MANFR. Y ¿por qué?

MENAN. Porque le tiene
un tirano muy valido,
que está muy apoderado
de sus fuerzas.

MANFR. No te entiendo.

MENAN. Bien me entiende mi cuidado.

FULG. Con tu licencia suspendo
la guerra que has comenzado.

MENAN. No lo harás tú, de cobarde.

FULG. Déjate deso, señora,
y ansí el cielo te nos guarde,
que nos confieses agora
en qué has pasado la tarde.

MENAN. Seis alcorzas para ti
hice, y no son de provecho.

FULG. ¿Con ámbar?

MENAN. Hermana, sí.

FULG. ¿Tan dulces como tu pecho?

MENAN. Como el tuyo para mí.

MANFR. Muy bien hace en regalarte
la Reina, y tiene razón.

FULG. ¿Son doradas?

MENAN. Mucha parte

(*Consigo.*)

que como píldoras son
de la muerte que he de darte.

FULG. ¿Qué dices?

MENAN. Que estoy corrida
de haber tan mal acertado.

FULG. El regalo es bien que pida.

(1) En el texto: *estoy.*

pues dulce que tú has formado
será el néctar de la vida.
Probarlas luego querría,
que el calor deste aposento
me da sed.

MENAN. Hermana mía,
yo te las traeré al momento
con un vaso de agua fría.

FULG. ¿Dónde vas? Aguarda, espe-

MENAN. A traerte de beber. [ra.

FULG. Si reina del mundo fuera,
aún no pudiera tener
tan gran reina por copera.
Excusen esas criadas
este triunfo.

MENAN. ¿En eso topas?
Sabe que en estas jornadas
algunos triunfos de copas
suelen trocarse de espadas.

FULG. ¿Por qué lo puedes decir?

MENAN. Porque reñiré contigo
si no me dejas servir.
Dios sabe por qué lo digo.

(*Consigo.*)

FULG. No te lo quiero impedir,
gozar quiero esta ocasión,
que al cielo subirme pudo,
beberé, y con gran razón
pondré después en mi escudo
una alcorza por blasón.

(MANFREDO *a* FULGENCIA *al oído.*)

FULG. Déjala, hermana, por Dios;
váyase, porque este rato
quedemos solos los dos.

FULG. Bien dices, no lo dilato.—
Señora, si el Rey y vos
gustáis tanto de encumbrarme
con el favor que me hacéis,
dichosa puedo llamarme,
pues de reina, aquí os volvéis
camarera por honrarme.

MANFR. Tú lo mereces, y advierte
que la Reina me granjea
por este camino.

MENAN. ¡A[h], suerte!
Presto veréis si se emplea,
traidores, en daros muerte.

(*Sale* SIGISMUNDO, *y dice aparte a* MENANDRA:)

SIGISM. Ya está a punto aquel recado.

MENAN. Y la cama a punto está
para su fin desdichado.
Por la bebida voy ya.

SIGISM. ¡Oh, qué bien has negociado!

MENAN. Mueran falsos y traidores.

SIGISM. No hay cuidado al tuyo igual.

MENAN. ¿Quién reposa con dolores,
Conde amigo?

SIGISM. Para el mal
nunca faltan valedores.

MENAN. ¿Esto es mal? ¿Esto es pe-
[cado?
No atajes, Conde, mis pies,
pues mi lengua has alentado.

SIGISM. Vete; que muy al revés
te saldrá lo que has trazado.

(*Vase* MENANDRA.)

MANFR. Ya del daño la aspereza
en la Reina, mi señora,
ha hecho naturaleza,
ya las lágrimas que llora
son manjar de su flaqueza,
ya la mantiene el pesar,
ya el martirio que le aprieta
gloria la viene a causar,
cual niño que de la teta
lo crían con rejalgar.

SIGISM. Mucho, Manfredo, me agrada
el honor que en ella veo,
ya digo que es muy honrada;
pero cumple a mi deseo
no dejar por probar nada.
Aunque más de una señal
me ha dado de mi vitoria,
alegre de verla tal,
hoy quiero, por mayor gloria,
dar la batalla campal.

MANFR. Basta, señor, lo probado.

SIGISM. Y sobra; pero con todo,
por acabar mi cuidado,
quiero probar de otro modo
otro punto más delgado;
que si dejo de emprender
algo de lo que imagino,
contento no he de tener,
creyendo que está lo fino
en lo que está por hacer;
y ansí, no me alegraría
con esas pruebas pasadas,
pensando que esta podría
tener las fuerzas dobladas
contra su firme porfía.

MANFR. Siguro puedes estar.

SIGISM. Eso con esto procuro
solo, amigo, por quedar
el marido más seguro
que se pueda imaginar.
Hermano, aqueso procura;
casa con siguridad,
no te arrojes con locura,
que la hacienda y la beldad
no dan la mujer sigura.
Haz cuantas pruebas supieres,
porque yo, siendo mujer,
sin prueba de mil quereres
es imposible querer
al marido que me dieres.

SIGISM. Ese miedo que tenéis
las damas que sois celosas,
igualar no le podéis
con las penas afrentosas
que padecer nos hacéis;
porque si el hombre recibe
mayor daño por la injuria,
más miedo y pena concibe;
que celos de honor son furia
que en hombres honrados vive.

FULG. A la voluntad, señor,
se suele ese agravio hacer,
y es en la mujer mayor
cuando el hombre y la mujer
tienen recíproco amor.

SIGISM. Digo que tienes razón,
yo lo quiero conceder,
porque es más, en conclusión,
derribar a una mujer
que a un necio de su opinión.
Lo que agora me conviene
es, mi Manfredo, que hagas...

MANFR. ¿Qué, señor?

SIGISM. La Reina viene;
oye aparte.

FULG. Bien la pagas.
¡A[h], hombres!

SIGISM. Ella le tiene.

(*Aquí se apartarán a hablar, y saldrá* MENANDRA *con un platillo y con un vaso.*)

MENAN. Aunque aventuró la vida,
vengo alegre a mi venganza,
que el ser por ella perdida
más nombre de vida alcanza
en alma tan afligida.

FULG. ¡O[h], Reina y hermana mía!
No sólo por bueno en esto
da tu regalo alegría,
pero también por ser presto,
nuevo gusto al gusto envía;
porque el placer deseado
pierde mucho del contento,
puesto en duda o alargado;
que esperar con sufrimiento
es vivir desesperado;
y ansí, aquí tu majestad
con presteza desusada
quiere, en fe desta verdad,
quedar con el dar pagada
de dar con más voluntad.
¿Quién tal criada de copa
mereció jamás?

MENAN. Quien es,
por venirle todo en popa,
hermana amada, cual yes,
de un rey que es luz de la Euro-
Estas alcorzas, señora, [pa.
prima, que aunque dulces son,
como el serlo estimo agora,
temo, a fuerza de afición,
que algún rejalgar las dora.

FULG. Todo aqueso, amiga, creo;

tu rejalgar hace raya
al que en este azúcar veo.
MENAN. Plega a Dios, Fulgencia, que
todo aquel que yo deseo. [[h]aya
FULG. ¡Qué dulce tan soberano!
¿Has sido monja, señora?
Porque esto sabe a la mano
de monjas.
MENAN. Hermana, agora
me hace monja tu hermano.
SIGISM. Repara el golpe, Manfredo.
MANFR. Déjate de motejar,
y un momento que estoy ledo
enterremos el pesar.
MENAK. Yo lo enterraré, si puedo.

(*Consigo.*)

Prueba agora este licor,
[*Alto.*]
que sobre lo que has comido
te sabrá mucho mejor.
FULG. ¡Qué vaso tan escogido,
qué claridad y qué olor!
Agua es esta de los cielos.
MENAN. Mejor lo dirás al fin,
que esta agua sana mil duelos.
FULG. ¿De la fuente de Merlín
será?
MENAN. Sí, que cura celos.
MANFR. ¡Qué donoso desvarío!
MENAN. Verdad dijeras mejor,
que [h]ay en este licor mío
ámbar, y el ámbar, señor,
cura celos, que es mal frío.
SIGISM. Todo aquello es su verdad,

(*Consigo.*)

que le dice por rodeos
con máscara de amistad.
MANFR. Bien entiendo sus deseos.
SIGISM. Y yo también su bondad.
FULG. Reír me has hecho.
MENAN. Pues bebe,
que el agua te hará llorar.
FULG. ¿Por qué?
MENAN. Porque el agua mueve,
al que la bebe, a sudar,
y el que suda, o llora o llueve.
FULG. Bien dices; quiero beber.

(*Dale el vaso, y a la que va a beber llega* MANFREDO *y deténgala.*)

MANFR. Espera, hermana, no bebas.
FULG. ¿Por qué?
MANFR. Porque es menester
que examinemos las pruebas
de esta celosa mujer.
La Reina beba primero,
que mi espíritu leal
me anuncia un siniestro agüero.
Hágate salva real,
pues quiere ser tu copero,
que, de su antojo forzada,
temo que te da veneno.
FULG. ¿Qué dices?
MENAN. ¡Ay, desdichada!
MANFR. A probarle te condeno.
Parece que estás turbada;
Reina, el color has mudado.
MENAN. ¿Yo, Rey? Cuando aqueso fuera
ocasión, señor, has dado
para mudarle a quienquiera
con lo que has imaginado.
¡Ay de mí!, que el mucho
le hace dudar y temer, [amor
porque es sin duda el temor
el envés del bien querer.
¡Qué! ¿Tal pensabas, señor?
¿Tal maldad de mí creías?
MANFR. Si tan libre della estás,
y son locas fantasías,
prueba la mitad no más
del agua que la ofrecías.
Si piensas tener bondad,
no te corras.
MENAN. ¿Qué aprovecha,
si me agravia tu crueldad?
Pues viviendo la sospecha,
siempre vive la maldad.
FULG. Si della estás inocente,
bebe y saldré de cuidado.
MENAN. ¡Ay, trance amargo!

MANFR. Esta fuente
Reina, sin duda ha manado
del veneno de tu gente.
Tuyo es este desvarío.
MENAN. En la prueba lo verás.
MANFR. Bebe, pues, si tienes brío;
que en sólo un trago podrás
quitarme este trago mío;
y si no, tu gran traición
queda clara.
FULC. Ansí lo creo.
MENAN. ¡Qué terrible confusión!
Y más, que sus miedos veo
que nacen de su afición.
Esto es muerte para mí,
que el veneno no lo fuera;
pierda el vivir, pues perdí
la ocasión.

(*Dicho esto, tome el vaso y póngasele en la boca para beber; entonces* SIGISMUNDO *meta mano a la espada, y mirando al vestuario, diga:*)

MANFR. Acaba.
SIGISM. Espera.
Falsos, el Rey está aquí.
¿En la cámara real
usáis el atrevimiento? [mal.
Ven, señor; que aquí hay gran
MANFR. Dame ese vaso al momento,
mujer viva, aunque mortal.
Hermana, vente conmigo.
SIGISM. ¡A[h] de la guarda! A[h], trai- [dores!
Sígueme, Rey. Ya te sigo.
MANFR. Menandra, destos rigores
verás muy presto el castigo.

(*Entranse todos, y queda* MENANDRA *sola y dice:*)

MENANDRA.

¿Qué delicuente a muerte condenado
se ha visto al cuello el lazo riguroso,
con la fiereza que mi dulce esposo
agora me lo echaba acelerado?
Como Perilo el cielo había ordenado
que en el toro del agua cauteloso,
por mi invención, hallase aquel reposo,
de que siempre carece mi cuidado;
confieso que me he visto entre los dien- [tes
la muerte, y con sustos desiguales
entre estas fieras enemigas gentes;
y aunque a la muerte temen los morta- [les,
no la temí entre aquestos accidentes,
que no es morir morir por matar males.

(*Sale* SIGISMUNDO, *envainando la espada, y dice.*)

SIGISM. Señora, de aqueste enredo
que he fingido por salvarte,
¿qué te parece?
MENAN. Manfredo;
tengo en el mal tanta parte,
que el bien conocer no puedo.
SIGISM. ¿No te he librado de muerte
con extraña sutileza?
¿No viste que por valerte
metí mano con braveza,
temeroso de perderte?
¿No viste, en fin, que he fin- [gido
en la antecámara tuya
este impensado ruído?
MENAN. Sólo para que concluya
he visto el mal que he tenido.
Lo que el Rey quiere a su [amiga
he visto sólo; y ansí,
el mal a quejar me obliga
sólo, Manfredo, de ti.
SIGISM. ¿Quién puede [h]aber que eso [diga?
MENAN. Yo, cruel, pues me has librado
de la muere que me da
más muerte por lo callado:
que muerta yo, fuera ya
todo mi mal acabado.

(*Sale el* CAPITÁN *de la Guarda con alabarderos, y dice:*)

CAPIT. Señora, que te retires
manda el Rey a tu aposento,
donde a nadie hables ni mires.

MENAN. Cielos, ¿qué escucho?
CAPIT. Su intento;
no [h]ay para qué más te ad-
[mires.
Las puertas se han de guardar,
porque dello el Rey se agrada,
donde sólo te han de hablar
Manfredo y una criada,
la que tú querrás llevar.
SIGISM. Capitán, ¿no me dirás
por qué va la Reina presa?
CAPIT. ¿Quién eso sabrá jamás?
MENAN. Nadie, amigo, te confiesa.
CAPIT. Lo que en eso sé, no es más
de que, en saliendo de aquí
el Rey con un vaso de agua,
una prueba hacer le vi.
MENAN. Era el licor de la fragua
de la rabia que [h]ay en mí.
CAPIT. Del agua llegó a beber
la perrilla de Fulgencia
y murió; y ansí, hasta ver
de aquesta agua la experiencia
el Rey te manda prender.
MENAN. Haz, pues, amigo, tu oficio;
que el servir en eso al Rey
es hacerme a mí servicio.
SIGISM. Ella me guarda gran ley,

(*Consigo.*)

que alegre va al sacrificio.
Señora, tu desventura
[*Alto.*]
siento cuanto más la toco,
porque está muy mal sigura
en manos de un Rey tan loco,
que darte muerte procura;
y ansí, si quieres librarte
a la sazón que la noche
su alfombra negra reparte,
puedo sacarte en un coche,
do puedas luego embarcarte.
MENAN. No, Conde; que esta prisión
yo la tengo merecida;
del Rey sigo la opinión;
que me mate o me dé vida,
he de seguir su intención.
De que haya muerto la perra
tengo gran pena.
SIGISM. ¿Por qué?
MENAN. Por la lealtad que ella encierra;
que es dechado de la fe
este animal en la tierra;
y habiéndose preparado
el veneno por matar
un pecho falso y doblado,
para doblar mi pesar
el más fiel he atosigado.
CAPIT. Mirad, por Dios, si es razón

(*Al auditorio.*)

tener miedo a las mujeres,
si ellas nos dicen quién son.
MENAN. Capitán, si honrado eres,
cumple del Rey la intención.
SIGISM. Reina, el rigor no se atreva
a tanto.
MENAN. Ha de ser ansí.
SIGISM. ¿Por qué?
MENAN. Porque es mejor prueba
no querer deberte a ti,
y querer que el Rey me deba.
CAPIT. Prudente resolución.
MENAN. Capitán, bien puedes ir.
SIGISM. Yo soy dichoso varón;
hasta el miedo del morir
atropella su afición.

(*Entrese* MENANDRA *con el* CAPITÁN *y los de la guarda, y salgan* NORANDINO *y* [CONRADO] *el ayo.*)

NORAN. Conde Manfredo, ¿qué ha sido
la causa de la prisión
de mi Menandra?
SIGISM. He sabido
que le prueba con traición
aquese Rey, su marido,
que a Fulgencia quiso dar
con un veneno la muerte.
CONR. ¡Mal caso!
SIGISM. No hay que dudar, [te
y más para un Rey, que en suer-

tiene siempre el condenar.
CONR. Mas que le ha de suceder
alguna desgracia temo.
SIGISM. Aqueso vengo a temer;
que el Rey con poder supremo
pone en ello su poder.
Desde aquí sin duda alguna
está a muerte condenada.
CONR. En tan esquiva fortuna,
¿Cómo será remediada?
SIGISM. Con una traza.
CONR. ¿Con una?
SIGISM. Sí; que como Norandino
esta noche las galeras
apreste para el camino,
y espalmadas y ligeras
hagan lo que yo imagino.
y como tú, buen Conrado,
vayas a la Reina y digas
que a muerte la han condenado,
a huír luego la obligas
deste lugar desastrado;
y ansí se podrá casar
con el duque Norandino,
que es tan firme en la adorar,
que de su pecho imagino
que es noble y sabrá pagar.
CONR. Bien dices; mas della sé
que habiéndose declarado
por mujer de quien se ve,
de Norandino el estado
no podrá romper su fe.
NORAN. Yo sé que ella me querrá.
CONR. Eso dudo, porque yo
la conozco.
NORAN. Deja ya
eso que allá se enseñó.
CONR. Pues ¿ya se ha trocado acá?
NORAN. Bien ha el Conde conocido.
por mil maneras extrañas
si con ella ando valido.
SIGISM. Conozco que tú te engañas,

(*Consigo.*)

todo lo tengo entendido;
[*Alto.*]
pero aquestos agora hagamos,
que de daros traza y modo
con que libre la veamos,
quédese a mí el cargo todo.
NORAN. Esto sólo deseamos,
aunque es muy dificultoso.
SIGISM. ¿Qué dificultad halláis?
CONR. Ser un pecho valeroso.
SIGISM. Aquese agora allanáis
con darle vida y reposo.
CONR. Y ¿querrá con Norandino
seguir la Reina, señor,
este forzoso camino?
NORAN. Manfredo sabe el amor
que me tiene.
SIGISM. Es desatino;—
bien dice aqueste ignorante,
sin saber que dice bien.

(*Consigo.*)

NORAN. Yo voy, como fiel amante,
a mandar que a punto estén
las galeras.
SIGISM. Ve al instante.
NORAN. A la Reina vaya a hablar
Conrado, y tú, buen Manfredo,
vete luego a aparejar
el modo con que sin miedo
puedas la Reina sacar.
SIGISM. Ansí lo haré.
NORAN. Pues yo soy
en extremo venturoso.

(*Vase.*)

CONR. De tu confianza voy,
Norandino, temeroso.

(*Vase.*)

SIGISM. Pues yo de mí no lo estoy.

(*Vase.*)

(*Sale* MENANDRA *con una* CRIADA *que tañe, y diga la* CRIADA:)

CRIAD. Destierra el pesar, señora,
que te aflige sin pesar.
MENAN. Pesar que en el alma mora.

¿quién le podrá desterrar?
CRIAD. La razón.
MENAN. No reina agora.
CRIAD. Pues ¿quién reina?
MENAN. Mi tristeza.
CRIAD. Pues haz della resistencia
contra su misma braveza.
MENAN. ¿De qué suerte?
CRIAD. La experiencia
nos enseña esta fineza:
del escorpión el veneno
el mismo animal le cura,
y el que está de fuego lleno
su sentimiento asegura
con quemarle.
MENAN. Todo es bueno,
pero mi dolor sobrado
del perro que me ha mordido,
aun un pelo no ha alcanzado;
y ansí, rabia enfurecido
mi corazón lastimado.
Cántame, Nise, el romance
más triste que has aprendido.
CRIAD. Oye, pues.
MENAN. En este trance
el tono ha de ser corrido,
porque a mi quimera alcance.

(*Aquí le cantará este romancillo.*)

CRIAD. *Reina del mundo y del cielo,*
no olvidéis, señora, vos
en estos últimos trances
a la reina de Aragón.
"Mi marido me condena,
mi hijo es mi acusador;
traidora soy con mi esposo,
no soy traidora con Dios.
Mas ¡ay, de mí! que mi fama
se escurece con mi sol,
que al hombre le hacen sus ma-
y a la mujer su opinión. [nos,
Blanca me llaman las gentes,
y sin duda blanca soy,
porque mi suerte lo sea
del engaño y la traición.
Rey don Sancho, esposo mío,
honrado y justo señor,
aunque sin justicia muero,
vos me matáis con razón.
Hijo nuestro es el testigo:
no es mucho, pues jüez sois,
cabiendo en él tal malicia,
que quepa en vos tal rigor."
Esto dijo doña Blanca
cuando el lastimoso son,
a la guerra de la muerte,
de una trompa la llamó.

(*Sale* CONRADO, *ayo de la* REINA.)

CONR. Reina, tu entretenimiento
y tu mal van al revés.
MENAN. Muy al contrario lo siento;
que esto despedida es
de la vida y del contento.
No desdicen de mi suerte,
Conrado amigo, estos sones;
mañana muero, y advierte
que son estas las liciones
del nocturno de mi muerte.
CONR. ¿Ya sabes que has de morir?
MENAN. Sólo, mas no lo sé cierto.
CONR. Yo te lo vengo a decir,
que el secreto he descubierto;
que soy viejo en descubrir.
A muerte te han condenado,
y mañana, si hoy esperas,
morirás sobre un tablado;
mas, hija, como tú quieras,
queda tu mal reparado.
Dios te asiguró el camino,
yo te lo vengo a rogar,
es tu abono tu destino;
Manfredo te da lugar,
y galeras Norandino.
Sal, hija, de la prisión,
y a Sicilia nos partamos,
donde con fuerza y razón
verás como castigamos
deste traidor la traición.
Hoy, Reina, al anochecer
podrás salir.
MENAN. Fiel Conrado,

pues conmigo lo has de ser,
no quieras, como arrojado,
echar mi honor a perder.
Llamar mi esposo traidor
es notable desvarío;
también es falta de honor
halagar el honor mío
con muestras de nuevo amor.
Ese Manfredo atrevido,
y el Duque, loco a remate,
vuestro seso han pervertido,
viendo que el uno combate
y que el otro ha combatido.
Pues cuando quisiese Dios
que atrabancase el ser firme,
siendo tan honrado vos,
¿quieres, ayo, persuadirme
que con honra pague a dos?
Haga el Rey, su acuerdo siga;
muera, y muera de su mano.

CONR. ¿Que a tanta firmeza obliga
un tirano?

MENAN. No es tirano
quien con justicia castiga.
Quise a Fulgencia matar,
no anda injusto en darme muer-

CONR. Y ¿eso es cierto? [te.

MENAN. No hay dudar;
y pues le culpas, advierte
que le sé yo disculpar.

CONR. Dime, ¿con qué fundamento
la matabas?

MENAN. Porque sé
que impide mi casamiento;
que el Rey la tiene gran fe.

CONR. ¡Extraño acontecimiento!
Y ¿sabe el Rey la ocasión?

MENAN. Sí la sabe.

CONR. Y ¿te da muerte?

MENAN. ¿No ves que tiene razón?

CONR. Reina, que te mata advierte
por pecados de afición;
y ansí, es el Rey más injusto.

MENAN. Esa es injusta malicia;
yo moriré sin disgusto,
si es justo, por su justicia,
y si no, porque es su gusto.
Deja miedos a una parte.

CONR. ¿Qué dices?

MENAN. Lo que he de hacer;
que si el vicio se reparte,
ya he sido mala mujer,
Conrado en sólo escucharte.
A ser reina aquí me invía
mi padre amado.

CONR. Y lo yerra.

MENAN. Y más quiere mi porfía
acá siete pies de tierra
que allá leguas en la mía.
A Sigismundo me humillo;
él es mi esposo.

CONR. Y liviano.

MENAN. Y he de gozar con sufrillo,
o el regalo de su mano,
o el rigor de su cuchillo.
Esta es mi resolución,
y esos locos apartar
se pueden de su intención;
que yo no pienso tomar
sin pensar dar galardón.
No llores, que no provocan
tus ternuras mi reparo,
antes tu intención apocan,
que son aguas del Silaro
que hacen piedra lo que tocan.
Padre amigo, fiel Conrado,
no estés tan enternecido,
que este ser es ser honrado.

CONR. ¡Qué mujer para un marido
que no viviera prendado!

(*Sale el* CAPITÁN *de la Guarda.*)

CAPIT. Mi señora, aunque quisiera
morir primero que ser
quien estas nuevas te diera,
por nuestro Rey he de hacer
lo que por vivir no hiciera.
Hoy, Reina, te ha condenado,
con todos sus consejeros,
a muerte; y ansí, el tablado,
el verdugo y los aceros
en la plaza han aprestado:

porque dicen que en derecho
del daño, la voluntad
es estimada por hecho.
Doctos dicen que es verdad;
no estoy, señora, en su pecho.
Perdona, Reina, y advierte
que mañana el Rey ordena
la ejecución de tu muerte.

MENAN. Toma, amigo, esta cadena
por nuevas de tanta suerte;
y dile al Rey, mi señor,
que procede como justo,
y que tengo por favor
hacer en esto su gusto
en prueba de su valor;
y que otro dolor no siento
de mi muerte, que entender
que en mi ofensa a su contento
ha de gozar su querer
la que causó mi tormento.
Mas estos vanos recelos,
por ser celos, callarás;
que en las puertas de los cielos
los celos no entran jamás,
si no son cristianos celos,
y soy cristiana y estoy
con la muerte a la garganta.

CAPIT. Llorando, Reina, me voy;
que en mujer firmeza tanta
obliga a mil cosas hoy. [dado,
Yo haré lo que me has man-
y en fe de que otra cadena
por tal nueva no se ha dado,
al Rey contaré tu pena,
y lo que en ella he ganado.

(*Vase el* CAPITÁN.)

CONR. Agora, amiga, verás
si verdades te decía;
agora me escucharás.

MENAN. Ya primero te creía,
y agora te creo más.

CONR. Luego mudarás de acuerdo,
y querrás en tal prisión
tomar mi consejo cuerdo.

MENAN. Sin mudar el corazón,
mudar el cuerpo no acuerdo.

CONR. Mira, hija, a tu hermosura,
a tus padres y a tu edad;
válete de tu cordura.

MENAN. Mira, amigo, a mi bondad,
y no dirás tal locura.

CONR. Ten compasión deste viejo,
que, de rodillas, agora
te da este cuerdo consejo:
piénsalo bien, mi señora.

MENAN. Por caduco, en fin, te dejo.

(*Consigo.*)

Por demás es tu porfía;
[*Alto.*]
no seas, ayo, importuno;
vete ya, que no querría
que te hubiese visto alguno,
y pagases tu osadía.

CONR. Ya me voy, hija querida,
y tornaré; tú, entre tanto,
míralo bien, por tu vida.

(*Vase el ayo.*)

MENAN. De haberlo mirado tanto,
a ti te miro corrida.

(*Sale la* CRIADA, *y con ella* FULGENCIA, *tapada con un manto.*)

CRIAD. Para hablarte a solas pide
licencia aquesta embozada.

(*Vase.*)

MENAN. Salte afuera.

FULG. Pues no impide
ya ninguno mi jornada,
y el tiempo al tiempo nos mide,
quiero darme a conocer.—
¿Conócesme por ventura?

MENAN. Sí conozco, y sé entender
que no estoy yo muy segura,
pues tú me vienes a ver.

FULG. Pues alégrate; que a[h]ora
mi venida es por tu bien.

MENAN. No será poco.

FULG. Señora,

por infalible lo ten,
ya tu suerte se mejora.
Ya sé tu duda en qué va,
tu desdicha es fenecida,
y ansí, el declararte ya
el enredo de tu vida
me ha traido por acá.
La verdad de aqueste enredo
te he de contar, hasta el modo
con que dél librarte puedo.

MENAN. Si no me engañas, que en todo
me das vida te concedo.

FULG. Pues, amiga, has de saber
que el Rey sin duda te engaña.

MENAN. Eso es fácil de creer.

FULG. Oye, y olvida la saña.

MENAN. Mucho haré, siendo mujer.

FULG. Ese Manfredo fingido
es Sigismundo, mi hermano,
el que ha de ser tu marido;
que no fué el retrato vano,
que en Sicilia has conocido.
Y el Rey fingido es Manfredo,
ese que de tu afición
burla sin tiento y sin miedo;
mas esta no es ocasión
para contarte este enredo.

MENAN. Bien dices, que este lugar
para hablar desto no es bueno;
dentro podemos entrar.

FULG. Sí, que traigo el pecho lleno
de cosas que te contar.
Mi hermano, el rey Sigismun-
te idolatra, Reina hermosa, [do,
yo en él y en ti mi bien fundo,
que me [h]abéis de dar la cosa
que quiero más en el mundo.

MENAN. Llena de duda y temor
te escucho, no me suspendas;
entremos al corredor.

FULG. Vamos, que cuando lo entiendas
te sabrá el placer mejor.
Dar bebida regalada
es dar poco a poco un gusto.

MENAN. Dame apriesa tu embajada,
que tengo sed y no es justo
beber con taza penada.

(*Vanse.*)

(*Salen* NORANDINO *y el ayo* CONRADO.)

NORAN. Digo que pasa en efeto.

CONR. ¿Que el Rey con Fulgencia casa?

NORAN. Que se casa te prometo.

CONR. ¿Que es posible que eso pasa?
¿Que así le tiene sujeto?
¿Sábeslo cierto?

NORAN. Lo sé,
que a no saberlo tan cierto
no lo hablara.

CONR. Pues ¿no ve
que el Rey, su suegro, no es [muerto?

NORAN. Guarda a suegros poca fe.

CONR. No puedo hallar la ocasión
en que se funda el tirano.

NORAN. En sus locuras, que son
alas de un poder liviano,
que han de abatir su blasón.
Pero fía, buen Conrado,
que sabrá el Rey de Sicilia
destruír todo su estado,
sin dejar de su familia
memoria alguna o traslado.
Y fía de mí también.

CONR. Ya conozco tu valor.

NORAN. ¿No has visto con el desdén
que nos trata?

CONR. Sí, señor;
todo lo he visto muy bien.
He visto que no consiente
que desta casa salgamos,
ni de Nápoles la gente,
ya que no la visitamos,
nos visite solamente.
Recibiónos con enfado,
y a su desdichada esposa
mil tormentos la ha causado,
y con mano rigurosa
a muerte la ha condenado,
que es el mayor sentimiento
que destos males redunda.

NORAN. Pues ¿cómo su pensamiento

en su libertad no funda?
CONR. No viene con nuestro intento.
Antes temeraria y loca
dice que quiere morir
a manos de quien la apoca,
más que en las tuyas vivir.
NORAN. ¿Que eso ha dicho?
CONR. Y por su boca.
NORAN. Deso estoy maravillado;
porque sobre eso Manfredo
mil esperanzas me ha dado,
pero si yo hablalla puedo,
yo allanaré mi cuidado.
CONR. En eso hay dificultad,
que es riguroso el portero.
NORAN. En cosas de calidad
suelo allanar con dinero
las guardas de más bondad.

(*Sale* FULGENCIA, *atapada con su manto.*)

Mas ¿quién es esta embozada,
que de su cuarto ha salido?
¿Si es ella?
CONR. No dices nada;
es un rostro defendido
de un manto; grande emboscada.
NORAN. Vive el cielo, que ha de abrirse
esta nube a mi temor.
CONR. ¡O[h], qué enfadoso encubrirse!
NORAN. Aunque sea con rigor,
ha de hablar o descubrirse.—

(*Llega aquí a hablalla.*)

Porque no aborte un deseo
de una duda muy honrada,
que es verdad, a lo que creo,
¿podré, señora embozada,
oiros, ya que no os veo?
Y pues vive en vuestro fuego
hecho un otra salamandra,
sola una palabra os ruego
me digáis.
FULG. No soy Menandra.
NORAN. Bien, por Dios, vístome ha el [juego.
Basta, que como discreta
mi sospecha conoció.
CONR. Ella te usó linda treta.
NORAN. Y con ella me obligó
a dejalla.
CONR. Otro me aprieta,
y es que el Rey apresurado
viene acá con su Manfredo.

(*Salen* SIGISMUNDO *y* MANFREDO.)

SIGISM. Con esto acabo.
MANFR. Acabado
fuera mejor ese miedo
que te trae atormentado;
porque sobran ya, señor,
tantas pruebas y experiencias.
SIGISM. Calla, Conde, por mi amor,
que no sanan las conciencias
si no sana su temor.
Muda de plática, y mira
que están allí Norandino
y el ayo, que mi sol mira.
MANFR. Ya los he visto.
SIGISM. Imagino
que por Menandra suspira.
MANFR. Haz, Conde, que vengan lue [go
Menandra y Fulgencia acá.
SIGISM. Yo lo haré, porque del fuego
que mi sospecha me da
será Menandra el sosiego.
Gran cosa es esta que emprensi esta vez esta mujer [do,
no cae como pretendo,
es cifra del bien querer,
dudando parto y creyendo.

(*Vase.*)

MANFR. Por camino desusado
ha traído a buen camino
Fulgencia lo que ha trazado;
mucho a su ingenio divino
la estoy con esto obligado.
NORAN. ¡Señor!
MANFR. ¡Norandino amado!
NORAN. ¿Soy en algo menester
para aliviar tu cuidado?
Que, según se echa de ver,

estás muy embelesado,
y no me has visto.
MANFR. Es verdad;
aunque agora quise yo
llamaros con brevedad.
CONR. Mira si lo adivinó,
señor, nuestra voluntad.
Pues aquí los dos nos vemos,
aunque corridos de ver
lo poco que merecemos,
aquellos que a tu mujer
desde Sicilia traemos.
MANFR. Eso por Menandra ha sido.
CONR. Es desdichada, señor,
más que cuantas han nacido.
MANFR. No tratar dello es mejor.
CONR. En todo has de ser servido.
MANFR. Luego vendrá.
CONR. Condenalla
quiere el traidor.
MANFR. Y veréis
de qué suerte he de tratalla;
callad, y no me enojéis.
NORAN. Calla y mira.
CONR. Mira y calla.

(*Aquí salen* MENANDRA *de luto;* FULGENCIA, *de gala;* SIGISMUNDO, *el* CAPITÁN *de la Guarda y gente.*)

SIGISM. Aquí Menandra y Fulgencia,
como mandaste, señor,
han venido a tu presencia.
MANFR. Dios sabe si con dolor
pronunciaré la sentencia.
Menandra amiga, yo he sido
el que te hice traer,
con título de marido,
de Sicilia, por tener
la libertad que he tenido;
pero tú llegaste aquí
a tiempo que no tenía
libertad, porque la di
junto con la mano mía,
a Fulgencia, que está en mí;
la cual, como tuya, es
mi hermana, y esto ha causado
que tú atormentada estés
con los desdenes que han dado
con tu paciencia al través;
y ha sucedido también
el querella tú matar,
viendo que si con desdén
te quería maltratar,
era por quererla bien.
Fulgencia dejar no puede
de ser mi esposa querida,
pues el cielo lo concede,
ni tú de perder la vida
porque satisfecho quede.
CONR. ¡Brava cosa!
MANFR. Pero advierte
que si hacer quieres dos cosas,
te librarás de la muerte.
CONR. Si no son dificultosas,
templa el rigor de tu suerte.
MANFR. La primera, que a Manfredo
le des la mano de esposa;
la segunda, pues no puedo
darla yo a Fulgencia hermosa,
sin librarme de tu enredo,
me des libertad a mí
para casarme con ella;
mira si quieres aquí
cobrar por Fulgencia bella
la vida que te ofrecí.
Escoge, Menandra, luego
la muerte o la vida.
MENAN. Rey,
aunque el hombre que está ciego
pocas veces guarda ley,
que me la guardes te ruego.
Y aunque larga en padecer
mis pasiones amorosas,
seré breve en responder;
pues una desas dos cosas
quiero, señor, escoger.
Tú que escoja me has manda-
do
la muerte, que mil remedios
causa al corazón cuitado,
o que consienta en los medios
que agora me has señalado.
Mas porque tengo temor

que te has de volver atrás
cuando yo escoja, es mejor
que jures que pasarás
por ello con gran rigor,
sin mudar de parecer
después que yo haya escogido;
también lo ha de prometer
Manfredo, que ha merecido
gran parte de tu poder.

MANFR. Yo lo juro, como sea
lo que he dicho.

SIGISM. Yo también.—
Sin duda morir desea,

[*Consigo.*]

y si es esto grande bien,
ese acuerdo me granjea.

MANFR. Digo, Menandra, que juro
que, como escojas un medio
de los que darte procuro,
tendrá tu pena remedio.

SIGISM. De lo mismo te asiguro.

MENAN. Pues ya estoy asigurada
de que por ti mi sentencia
no podrá ser revocada,
y que la bella Fulgencia
con tanto extremo te agrada,
digo, señor, que consiento
en que la mano le des;
y porque mi pensamiento
del conde Manfredo es,
le recibo en casamiento,
que como su soberano
retrato en Sicilia vi,
nuevo bien con esto gano.
Este es mi gusto; y ansí,
quiero que le des la mano,
que la mía yo la doy
al conde Manfredo agora,
con quien ya casada estoy.

SIGISM. ¿Qué es lo que dices, señora?
¿Sabes por dicha quién soy?
Tú, que venías a ser
Reina de Nápoles, ¿quieres
entregarte por mujer
a un Conde, a quien te prefieres
en grandeza y en poder?
¿A un Conde menospreciado,
y aunque tan injustamente,
tantas veces desdeñado?

NORAN. Aquí está quien no consiente
tampoco en lo concertado;
porque si Menandra hermosa
no se casa con el Rey,
de Norandino es esposa,
pues se lo ofreció.

MENAN. Esa ley
es injusta y rigurosa.

CONR. Tampoco en ello consiento,
porque mi Rey me invió
a entregalla en casamiento
al rey Sigismundo, y no
a Manfredo.

MENAN. Estáme atento,
que yo no estoy engañada
en lo que hacer imagino.

NORAN. Es quimera imaginada
lo que dices.

MENAN. Norandino,
con el Rey estoy casada.

NORAN. ¿Con el Rey?

MENAN. Sí.

NORAN. ¿De qué suerte?

MENAN. Este Manfredo fingido
sabrá mejor responderte.

CONR. ¿Fingido?

MENAN. Sí, que ha querido
probar mi firmeza fuerte;
que su hermana la verdad
no ha mucho que me ha contado;
y pues mi fidelidad
con tanto extremo ha probado,
reciba mi voluntad.
juntamente con la mano,
que ofrecelle determino.

SIGISM. Estoy, mi bien, tan ufano
con el favor que me vino
de ese cielo soberano,
que no sé de qué manera
reciba este bien de amor,
sin que de contento muera;
pues, bien mirado, el mayor

es aquel que no se espera.
Porque tu mano me guarde,
muy bien la puedes dejar
en esta palma cobarde,
que palma se ha de llamar
en dar el fruto tan tarde.
Vos, Manfredo verdadero,
dejando el ser Sigismundo,
besad las manos primero
a vuestra reina.

MANFR. En el mundo
mayor bien ni gloria espero.

SIGISM. Y tú, Fulgencia, mi hermana,
haz lo propio por mi amor.

FULG. Harélo con mucha gana,
pues levanta mi valor
su grandeza soberana,
y ansí, la pido perdón
de los sustos que la he dado.

NORAN. Yo quiero en esta ocasión
serviros, aunque he quedado
huérfano de posesión;
posesión de una esperanza,
que, aunque fingida, lo fué.

CONR. Yo también sin más tardanza
a mi hija abrazaré.

SIGISM. Y es digno desta privanza.

CONR. El mundo para mostrar
que es de mudanzas ejemplo,
que es reina me hace dudar,
pues reina aquí la contemplo
donde la vi sentenciar.

SIGISM. Dése aviso a la ciudad;
salgan al recibimiento
con la pompa y majestad
que tan real casamiento
pide por su calidad.

MENAN. Otras bodas será bien
hacer aquí.

SIGIS. ¿Cuáles son?

MENAN. Las de Fulgencia.

SIGISM. ¿Con quién?

MENAN. Con Manfredo.

SIGISM. ¿Esto es afición?

MENAN. Haz que las manos se den.

SIGISM. Luego ¿de veras están
casados?

MENAN. Y tan de veras,
que ellos, señor, lo dirán,
como perdonarlos quieras.

SIGISM. Sin duda se burlarán.

MANFR. Este, señor, es el día
de perdonar la locura
que nació de mi osadía;
ya sabes que soy tu hechura,
de ti el enojo desvía.

SIGISM. Agora he considerado
que con el billete he sido,
con gusto mío, engañado;
pero, aunque fuiste atrevido,
yo estoy de ti tan pagado,
y a mi juramento estoy
tan atado y tan sujeto,
que desde aquí te la doy.

(*Aquí se dan las manos.*)

FULG. Ser tuya, Conde, prometo.

MANFR. Tu esclavo, señora, soy.

SIGISM. Vámonos a la ciudad,
que este desengaño aguarda
con gran pompa y majestad.

CONR. Sí, señor; porque ya tarda
Menandra.

SIGISM. Dices verdad;
pero en esto que ha tardado
mitigó la furia brava
de mi corazón cuitado.

MANFR. Justo ha sido.

SIGISM. Aquí se acaba
El marido asigurado.

FIN.

LA GRAN COMEDIA

DEL

TRIUNFANTE MARTIRIO Y GLORIOSA MUERTE DE SAN VICENTE,

HIJO DE HUESCA Y PATRON DE VALENCIA

POR

RICARDO DE TURIA

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES:

San Vicente Mártir.
San Vicente Ferrer.
Christo.
Dos Angeles.
Braulio.
Prudencio.
Tres cristianos.
Crisanto.
Eutichio.
Narciso.
Coridón. } *Pastores.*
Bato. }
Celestino, *padre de* Olimpia.
Un Mayordomo.
Daciano, *presidente o pretor.*
Lelio.
Parmeno. } *Soldados.*
Eumorfo. }
Dos Sacerdotes *gentiles.*
Tres o cuatro Soldados *gentiles.*
Olimpia, *dama.*
Agripina, *criada.*
[*Una* Difunta.
Tres Senadores.
Damas *de Zaragoza.*
Galanes *de Zaragoza.*
Gente de armas.
Músicos.]
Pajes, Danzantes *y otra gente de acompañamiento.*

LOA A SAN VICENTE MÁRTIR

En felicísima hora
y en bien observado punto
pisé este insigne teatro,
aunque con pie mal seguro,
pues exponerse al exámen
de tanto ingenio y tan culto,
si no es locura del todo,
tiene de locura mucho;
y más siendo de mi loa
el alto, divino asunto,
el valor insuperable
de un vencedor siempre augusto.
De aquel glorioso español
cuyos increíbles triunfos

a la fe cristiana dieron
lustre por eternos lustros,
cuando el dragón formidable
ciego de soberbia y humo,
colgaduras con que entolda
su horrendísimo sepulcro,
con más absoluto imperio
y con más sangriento culto
sobre gentílicas aras
presidía en vanos bultos,
dogmatizando entre aquellos
que al orbe pusieron yugo,
de la sangre bautizada
el más copioso diluvio,
diciendo quel holocausto
que era en sus ojos más puro
en la sangre consistía
de nuestro rebaño justo;
no bien el blasfemo Oráculo
dejó los presentes mudos,
cuando en las bocas tiranas
fué ley y su fuerza tuvo.
Ya como en espejo claro
se mira el edicto injusto,
jactancioso en las cuchillas
de tanto acero desnudo;
ya se extiende por el orbe
mortal imperioso susto
en los pechos palpitantes
de la nobleza y el vulgo;
ya sobre sus cuellos caen
tan apriesa aceros duros,
que el más boto cobra filos
y se embota el más agudo.
Entre los fuertes campiones
el más bizarro y robusto
que en coronada palestra
se mostró a mayor concurso,
fué el intrépido Vicente,
que a las máquinas se opuso,
que a los más confusos pechos
prestó el reino más confuso.
En la ciudad que al Ibero
tanto amó, que le compuso
blanda cama en las arenas
de cernido metal rubio,
y él de puro agradecido
guarnece de cristal puro,
no sólo sus fuertes cercas,
mas la sombra de sus muros.
En la fundación de aquél
que al mar soberbio del mundo
una calma universal
legisló por estatuto,
allí en edad floreciente
conquistar con sangre pudo
la estola de su martirio,
que fué su primero triunfo,
de donde aherrojado y pobre
sacó militar tribuno,
hecho un Sísifo del [h]ierro
con que oprime el cuerpo suyo.
Con todo, de remontarse
con arrebatado curso
hasta el celeste zafir
tiene animosos barruntos;
que a un espíritu alentado
no rinde el yerro importuno,
que alas las esposas hace
y hace los grillos coturnos.
Llegó a la tierra dichosa
en quien al cielo hacer plugo
arrogante ostentación
de poderosos influjos;
no hay nativo vegetante
ni respirante individuo
que en la carrera del año
no corra al palio del gusto.
Fabrican gozoso albergue
entre sus flores y frutos,
así Flora y Amaltea,
como Pomona y Vertuno.
Y en medio la amenidad
de que esta región construyo,
el valor y la braveza
levantan su imperio sumo.
No porque sea este suelo
del ciprio suelo trasunto
dejan de ir, como en un tiempo,
tal vez Marte y Venus juntos;
hijos tiene que aspirando
a gloriosos atributos,

penetran no arados mares,
descubren no vistos mundos.
En ella, pues, el tirano
más inexorable y duro
que han vomitado a esta luz
las tinieblas del profundo
de instrumentos que estremecen
el más horrible discurso
hizo alarde contra un joven
de armas y aun ropas desnudo.
Dejo aparte el amarralle
a un pilar, o tronco rudo,
cuya longitud midiendo
no pequeño rato estuvo,
porque valientes cordeles
en sus santos pies y puños
por descuadernar su cuerpo
dieron apretados ñudos;
dejo azotes, dejo heridas,
ques un número sin número;
hambre, desnudez y albergue,
siempre frío y siempre obscuro;
el estupendo espectáculo
que de su cuerpo hacer pudo
siendo de Cristo y Andrés
perfectísimo dibujo.
Si a Andrés retrata en el aspa,
a Cristo retratar supo
en reventar de su pecho
si no un arroyo, mil flujos;
y entremos en la batalla
que infatigable sostuvo
contra la máquina horrenda
que a su constancia se opuso.
Formaban cruzadas verjas
del metal que a Marte cupo
una cama, y sus junturas
brotaban clavos agudos.
Esta sobre ardientes llamas
afirmó el ciego tumulto
de temerosos ministros,
y de tremendos verdugos,
y recostando sobre ella
al español sin segundo,
llamas y voces al cielo
trepan por el aire puro.
No se baña en tanta risa,
en móvil blando columpio
tierno infante a quien regalan
dulces maternos arrullos,
como el heroico varón
en el abrasante Equleo,
de la gran Hierusalem
mirando al celeste muro.
Rebosaban tanta sangre
de sus venas los condutos,
que al paso que el fuego humillan
ensoberbecen el humo.
Parece que le prestaban
tendido en el lecho adusto
la Salamandria sus llamas
y sus arroyos Neptuno.
En fin, triunfante y glorioso,
aunque al parecer difunto,
de nuevo a nuevo combate
provoca el tirano injusto;
mas él rendido y turbado,
temiendo el trance futuro,
pasa de un extremo al otro
menos fiero y más confuso,
y en regalar sólo al Santo
pone el intento perjuro,
derramando este cuidado
en los pechos de los suyos.
Pide al arte los preceptos,
a la lisonja el estudio,
las caricias al amor,
y al engaño el disimulo;
y en la fábrica de un lecho
tan tierno piadoso anduvo,
que a todo un hermoso abril
robó el florido concurso.
En él reclina aquel cuerpo,
que con milagroso indulto
el alma por tantas partes
que no saliese detuvo;
mas llegando de su fin
el bien conquistado punto,
de tanto regalo en medio
rindió a la muerte el tributo.
¡O[h] siempre invicto Vicente,
pendiente acerado escudo

de la Torre Davidea
que armó pechos tan robustos!
Perdona si me atreví,
con incauto ingenio rudo,
de tu vida al esplendor,
que en vez de ilustrar ofusco.
Confieso que hoy he mostrado
pobre estilo, idioma impuro,
tosco ornato, larga arenga,
arte poco, y menos curso;
mas en esta confesión
pienso que no importa mucho
que descubra mi ignorancia,
si mi devoción descubro.
Y perdónenme, señores,
si he defraudado su gusto,
pensando que en esta loa
llevara distinto rumbo;
mas si loa había de ser,
de disculparme me excuso;
pues loores de tal Santo
fué blanco de mi discurso.

FIN DE LA LOA

ACTO PRIMERO

(*Salen* CRISANTO, EUTICHIO *y* NARCISO, *en hábito muy honesto de estudiantes.*)

NARC. Mucho cuesta.
EUT. Antes no cuesta,
si lo que se gana adviertes,
pues se oculta en estas muertes
una vida manifiesta; [zón
cuanto y más que no es ra-
que nombre de muerte demos
a la que padecer vemos
cualquier constante varón,
sino sueño, pues lo es
respeto de lo que dura
aquella vida segura
que van a gozar después.
CRIS. Dices bien, y bien se ve,
pues más seguro, más fuerte
con una y con otra muerte
queda el muro de la fe.
NARC. No es posible; antes faltando
soldados, falta defensa
contra la bárbara ofensa
deste gentílico bando;
que si en número igualara
la cristiana Religión
a la romana nación,
más la fe se dilatara.
Entonces viera el rigor
del bárbaro siempre esquivo
quedar su renombre altivo
rendido a nuestro valor;
no con tan atroces penas
y especies de muerte extrañas
rubricara sus hazañas
con sangre de nuestras venas.
CRIS. Antes ese humor vertido
haces más fuerte el cimiento.
NARC. ¿Cómo así?
CRIS. Oyeme atento,
sabrás lo que no has sabido.
Ella es máxima invencible
ex[c]eder siempre lo activo
en fuerzas a lo pasivo.
NARC. Téngolo por infalible.
CRIS. Y al instrumento, tendrás
por más fuerte en general
que la piedra o el metal
que con él labrando vas;
y al diamante es cosa clara
que le dió naturaleza
tan segura fortaleza
que toda fuerza repara,
y que ésta se labre es llano
con sangre.
NARC. Pues ¿qué es tu intento?
CRIS. Hacerte que a mi argumento
te rindas, Narciso hermano;
pue si la sangre es más fuerte
que la piedra más constante,
pues labra el duro diamante,
no es milagro que yo acierte
en decir con santo intento
que el inexpugnable muro
de la fe está más siguro,

pues es de sangre el cimiento.
EUT. El discurso es tan agudo
cuanto religioso y santo.

(*Sale* SAN VICENTE, *en hábito también de estudiante o de diácono.*)

S. VIC. Guárdeos el cielo, Crisanto,
Eutichio, Narciso.
CRIS. ¡O[h], escudo
de nuestra fe! ¿Qué es de ti,
Vicente, que no te vemos?
S. VIC. Vengo de oír los extremos
que nunca oír entendí.
Acacio de Roma vino
y en cas de Valerio estaba,
adonde cuenta le daba
de su prolijo camino,
cuando yo acerté a llegar,
y a oír, suceso notable,
en discurso lamentable
lo que os volveré a contar.
CRIS. Dínoslo, por vida tuya.
S. VIC. Sí haré, pues a eso he salido,
antes que el recién venido
vuestra antiga fe destruya.
Con razón temello puedo,
que, según viene asombrado,
huyo dél como apestado,
que es peste cruel el miedo.
Y porque su relación
no engendre miedos mayores
con retóricos colores
y viva exageración,
pienso repetir aquí
cuanto allá me ha referido:
ánimo, pueblo escogido.
NARC. Animo tenemos; di.
S. VIC. Desta ciudad partió Acacio
a la que le dió a San Pedro
suprema silla en la tierra
y más suprema en el cielo;
a la gran Roma, a quien
cuantos mira el rubio Febo
los gentiles con temor,
los cristianos con respeto,
pues ellos de sus tiranos
esperan castigos fieros,
y de nuestro vice Dios
nosotros seguros premios.
Fué a ver nuestro gran Pontífice
Marcelino, y mira atento
la más estupenda acción,
el más execreble hecho
que vió la Iglesia jamás:
nuestro Marcelino, ciego,
comprehendido del temor
de tan atroces tormentos,
ofreció incienso a los dioses.
¡Quién tan amargo suceso
con infatigable llanto
no llora siglos eternos!
Así agora remitimos
la satisfación del yerro
a ti, porque sobre ti
no hay poder en todo el suelo.
Con esto se disolvió
el Concilio, y al momento
nuestro Pontífice a Roma
se vuelve y vuelve resuelto,
con el baño del martirio,
de lavar su desconcierto.
Regar quiere con su sangre,
como hacen tantos, el suelo;
y hace bien, porque sabréis,
amigos, que si los cielos
lloviesen sangre, la tierra
no tendría mayor riego
que el que hacen estos tiranos
implacables y sedientos,
más que la mar de los ríos
de las almas los Infiernos.
Las otras persecuciones,
respecto desta, os prometo
que no merecen tal nombre,
pues ensayo desta fueron.
Décima dicen que es,
y, como es décima, es cero
que a las precedentes da
tan innumerable aumento,
pues las unidades de antes,
después que estos lobos fieros
nos persiguen, son millares;

¡qué digo millares, cuentos!
NARC. ¡Ay, triste! ¿Si aquí seguros
deste rigor estaremos?
S. VIC. ¿Qué dices?
NARC. Que ya le alcanzan
a esta ciudad, como vemos,
los temores del rigor
de Diocleciano soberbio.
S. VIC. Y en su nombre, de Daciano,
monstr[u]o en el mundo el más
con él viene desde Roma [fiero;
Acacio, su fe encubriendo,
para avisaros que huyáis
deste azote de los cielos.
CRIS. Bien dices, que azote es
de Dios, pues por instrumento
para castigar le toma
la ingratitud de su pueblo;
que según está estragado
y en sus maldades envuelto,
de aquesta persecución
ocasión fueron sus yerros.
S. VIC. Con todo, amigos, no huyamos,
pues sabéis que siempre el pre-
con el trabajo se mide. [mio
Cerrad como el hechicero
suele la sierpe el oído,
porque este Acacio que vemos
hechicero es, pues encanta
con el conjuro del miedo.
Dice que Daciano, el César,
le propone los tormentos
que el Infierno le revela,
porque es infierno su pecho.
A quién suspende de un pie
sobre humo hediondo y espeso,
y a quién mece en una tina
de aceite y de pez hirviendo;
a quién entrega a las moscas,
de miel untado y cubierto,
y a quién en oídos y ojos
plomo le está derritiendo;
a quién divide en mil partes
cortado por los artejos,
y a quién pone hecho unas bra-
sobre la cabeza un yelmo; [sas
a quién rasga los costados
con cerdas y uñas de acero,
a quién devana las tripas,
a quién vivo le da entierro...
A quién de metal con láminas
va quemando a fuego lento,
que si hallar no pudo el toro
halló láminas y fuego.
A quién con un muerto junta,
y los corrompidos miembros
aunque apriesa le inficionan,
a espacio le dejan muerto.
A éste empala, aquél engancha,
a otro en un potro tendiendo
[h]achas le aplica a los lados
y debajo púas de hierro.
En suma, en una semana
diez y siete mil rindieron,
si las almas a su Dios,
a sus crueldades los cuerpos.
Y agora a esta gran provincia
Diocleciano por prefecto
envía a esta bestia fiera,
este Daciano, este Infierno.
Esto dice; mas ¿qué importa,
si la gloria y el tormento
son balanzas, y ésta sube
según tiene esta otra el peso,
y tanto puede pesar
lo grave del sentimiento,
que os iguale con el angel
que dicen que es más perfeto?

(*Salen arriba a una ventana* OLIMPIA, *dama, y* AGRIPINA, *criada.*)

AGRIP. ¿Hoy es la entrada?
OLIM. Así dijo
mi padre cuando se fué
esta mañana.
AGRIP. Y se ve
en el común regocijo
que hay en Zaragoza.
ALIM. Extraño
dicen que es Daciano.
AGRIP. Y tanto,
que pone el mirallo espanto.

OLIM. Harto más le pone el daño
que los cristianos esperan
de su celo y religión.
AGRIP. Es tal, que por su ocasión
mucho los dioses veneran;
que no trataran de hacello
si él faltara.
OLIM. Di, Agripina,
¿no es aquél a quien se inclina
mi siempre rebelde cuello?

(*Mira [h]acia los cristianos.*)

¿No es aquél Vicente?
AGRIP. Sí.
OLIM. ¡Ay, mi adorada hermosura!
AGRIP. ¿Es posible que aún te dura,
señora, ese frenesí?
¿Es posible que a más daños
quieres, señora, arrojarte,
y que no pueden cansarte
tan visibles desengaños?
S. VIC. No, Crisanto, no haces bien,
ya que huyes, en persuadir
a tus amigos a huír,
y más a mí, que soy quien
os predica cada día
la constancia y el valor
contra el bárbaro rigor
desta cruel tiranía.
¿No sabes tú que les toca
a los perfetos cristianos
no desmentir con las manos
lo que afirman con la boca?
CRIS. No digo yo que rehuses
el martirio; pero digo
que buscar a tu enemigo
siempre que puedas excuses.
¿No ves que en perderte a ti
no sólo a ti te perdemos,
mas todo lo que podemos,
Vicente, aprender de ti?
AGRIP. ¿No has hecho ya por tu parte,
señora, lo que has podido?
¿Con él no te has atrevido
dos veces a declararte?
¿Has sacado deste necio
más que un desengaño frío?
¡Que no te ofende un desvío!
¡Que no te agravia un desprecio!
OLIM. ¿Y tú no ves que el amor
la resistencia apetece,
como quien con ella crece
y cobra fuerza y valor?
CRIS. Vicente, adiós, que ya asoma
el grande acompañamiento.
S. VIC. ¿Que así un religioso intento
el flaco temor le doma? [mas?
NARC. ¿Flaco al de la muerte lla-
S. VIC. ¿No tengo razón, Narciso?
EUT. No, por cierto, si este aviso
no admites.
S. VIC. ¡También te infamas!
Eutichio; ¿tú eres el fuerte?
EUT. Ya te seguimos los dos;
vamos, Crisanto, que Dios
no manda buscar la muerte.

(*Vanse los tres.*)

S. VIC. ¿De que huís? Mostrad valor,
fiad en quien puede dalle,
y no el bárbaro rigor
en lugar de hallaros, halle
vuestro afrentoso temor.
¿Por qué estimáis un vivir
que os impide merecer
el fin que debéis seguir,
si nacéis para morir,
y morís para nacer?
Crisanto, Eutichio, Narciso,
¿cómo no os detiene el Cielo?

(*Echa de ver a* OLIMPIA.)

Mas ¿dónde tan sin aviso
me vine a parar?
OLIM. Recelo
que le ha dado de improviso
a Vicente algún dolor,
según hace los extremos.
S. VIC. ¿Vióse confusión mayor?
AGRIP. Déjalo agora, y miremos
la entrada.
OLIM. ¡Ay, tirano amor!

(*Sale* DACIANO *con grande acompañamiento, enmedio de dos* SENADORES *o* DUMVIROS *llamado el de la mano derecha* CELESTINO, *padre de* OLIMPIA.)

(*Dice el* SANTO *mientras pasan*:)

S. VIC. Cielos, ¿qué haré? Si me que-
mirándome esta mujer, [do,
más en mi amor se ha de arder;
si me voy, qué tengo miedo
de morir han de entender
los que me han visto esperar
la entrada y me ven huír.
¿Que a tal punto he de llegar,
que no me espanta el morir
y Olimpia me hace temblar?
Mas si a defender salí
vuestra causa, inmenso Dios,
¿cuándo tan ingrato os vi
que mirando yo por vos
no miréis, Señor, por mí?

DAC. ¡Grande ciudad!

CEL. Sólo el nombre
tiene grande y el blasón,
por ser de hombre fundación
que es del Imperio renombre
y de muchos confusión. [gusto

DAC. Dices bien, que el grande Au-
de Augusta nombre le dió,
y fué el Príncipe más justo
que vió el sol, en cuanto vió
del frío clima al adusto.
Ella es muy bella, y más bella

(*Ve a* OLIMPIA *en la ventana.*)

esta mujer, este cielo,
este sol, cuya centella
pudiera a un alma de yelo
en cenizas resolvella.
¿Cúyas estas casas son?

CEL. Mías son, y tuyas fueran
si acaso, como es razón,
otras no te previnieran
de mejor habitación.

DAC. ¿Qué mejor que donde miro
tan soberana deidad?

AGRIP. Mira, señora...

OLIM. ¿Hay beldad
como por la que suspiro? [*Ap.*]

(*Mirando al* SANTO.)

AGRIP. ...lo que está haciendo Daciano
por mirarte.

OLIM. ¡Qué severo!

(*Vuelve los ojos a* DACIANO.)

AGRIP. Pues harto se muestra humano.

S. VIC. Bien se ve en su aspecto fiero
el rigor deste tirano. [*Ap.*]

DAC. ¿Es tu hija aquella dama?

CEL. Y única en mi casa.

DAC. Es bella.

CEL. Hácesle favor.

DAC. Y es llama
del amor, pues que por ella
cobra su fuego más fama. (*Ap.*)

AGRIP. Mira que te favorece
con su vista el Presidente;
mira que muy mal parece.

OLIM. ¡Déjame ya! —¡Ay, mi Vicente!
[*Aparte.*]

DAC. ¿Qué infierno es el que me ofre-
el cielo airado y cruel? [ce

(*Echa de ver* DACIANO *que está divertida mirando al* SANTO.)

Esta mujer no está en sí,
sino en aquel mozo, aquél
que si estoy a dicha en mí,
veré que es cristiano; en él
se estrenará mi furor,
si es verdad lo que sospecho.

SEN. 2.º ¿Qué le dió al Prefecto?

DAC. Amor,
¿de cuándo acá fué mi pecho
terrero de tu rigor?— [*Ap.*]
Vamos, no quiero turbar
desta fiesta el alegría. [*Alto.*]

AGRIP. Mira que vuelve a mirar.

DAC. Si porfío, ella porfía;
pues yo no me he de cansar.

(*Acábase el acompañamiento.*)

S. VIC. Aunque contra mí sangriento
imagino este tirano,

le miro con gusto, y siento
que de aquel bien soberano
ha de ser el instrumento.

(*Vase a entrar, y* OLIMPIA *le llama.*)

OLIM. ¿Vicente?
S. VIC. ¿Señora mía?
OLIM. ¿Cómo estando tan medroso
de mi amor en la porfía,
de Daciano riguroso
no teméis la tiranía?
¿Es posible que el rigor
no os espanta de juez nuevo?
S. VIC. No en la fe de mi valor
me atrevo, porque me atrevo
en quien me le da mayor.
OLIM. Gusto de escuchar, Vicente,
que al Prefeto no temáis,
porque siendo tan valiente
de mis brazos no huiréis.
S. VIC. Mal vuestra opinión lo siente.
Con vos he de ser cruel
por merecer sus guirnaldas,
pues juzga mi pecho fiel
que el volveros las espaldas
es hacelle rostro a él.
Vuestro lascivo querer
no me está bien consentir,
porque es, a mi parecer,
casi forzoso este huír
para ese otro acometer.
Vuestra locura enfrenad,
y alumbre el cielo, señora,
vuestra ciega liviandad.

(*Vase.*)

OLIM. Venus, ¿que he escuchado agora
tan resuelta libertad?
¡Se ha atrevido a mi valor!
Ya el amor que le he tenido
en ira, rabia y furor
su desprecio ha convertido.
AGRIP. Eso te estará mejor.
¿Qué paciencia no provoca
ver que aquel desatinado
te llame liviana y loca?
¡O[h], quién hubiera bajado
para quebrarle la boca!
Véngate, señora, dél.
OLIM. A tal rigor me provoco,
que han de ver en mí y en él
cuanto en un hombre tan loco
hace una mujer cruel.

(*Vanse, y salen un* MAYORDOMO *y dos* PAJES.)

MAYOR. Ea, poned el estrado,
en tanto que de comer
acaba el Adelantado.
PAJE. Pues ¿que ha de haber?
MAYOR. ¿Qué ha de haber?
El sarao que han concertado
los Decuriones.
PAJE. Costoso
convite a Daciano han hecho.
MAYOR. Si el convite es suntuoso,
el sarao será, sospecho,
más quel convite famoso.
Toda la ciudad vendrá,
que convidan las mujeres
de los Dunviros.—Acá

(*Teniendo una sola silla en las manos.*)

ha de estar.
PAJE. ¿Aquí la quieres
en medio?
MAYOR. Pues claro está;
si es por él la fiesta, y es
quien al César representa,
¿no ha de estar en medio?
PAJE. Pues,
¿digo yo que no?
PAJE. 2.º A la cuenta,
hoy tendrá un cielo a sus pies,
pues le tendrá en la belleza
de las damas que vendrán.
MAYOR. Saca los bancos que están
de respaldo en esa pieza,
y en ellos se sentarán
Dunviros y Decuriones.
Acabad; a[h]í están bien;

(*Pone cada cual su banco a los dos extremos del estrado, quedando las almohadas enmedio de la silla y cada banco.*)

arrimaldos.

PAJE. ¿Las razones
no arrimarás tú también?
Estos criados mandones
me hacen desatinar,
que aunque pobres suelen ser,
les aflige, a mi entender,
más la hambre del mandar
que la hambre del comer.

MAYOR. Ya el convite se acabó;
ya sale toda la gente.
¡[H]ola; venid!

PAJE. 2.º Vamos.

PAJE. ¿Yo?
Ve tú con él diligente
si hasta aquí no te cansó,
que como sus pasos sigas
a la noche podrá el sueño
tanto contigo, que digas
que en la cama hallas beleño,
aunque te eches sobre ortigas.

PAJE. 2.º Siempre estás de gracias. Ven.

PAJE. Pues con bien poca he nacido.

(*Vanse, y salen* DACIANO *y* CELESTINO, *y otros tres* SENADORES.)

DAC. Digo que ya el parabién
me doy por haber venido
a parte donde tan bien
al divino Diocleciano
en sus ministros respetan.

CEL. A él y a ti, gran Daciano,
estos pueblos se sujetan.

DAC. Pues premiarálos su mano,
y desto, en su nombre, doy
la fe y palabra.

SEN. Prospere
tu vida el cielo, a quien hoy
hacer Zaragoza quiere
un festín.

DAC. Dichoso soy.
Si se halla mi Olimpia en él,
no hay para mí fiesta alguna
de más gusto.—Amor cruel,
(*Aparte.*)
dame ocasión oportuna.

SEN. 2.º Verás como en un vergel
juntas las flores más bellas
que produce aqueste suelo.

DAC. Mejor dirás las estrellas
que invidia el octavo cielo,
y el sol de mi Olimpia entre ellas.
Es una sala en tal día
un celeste globo, donde
a la amante astrología
ningún astro se le asconde
de beldad o gallardía;
y como quien sabe bien
de la esfera la substancia
con el compás es con quien
ve de un astro la distancia
y la magnitud también,
así con sólo el compás
de los pies, en una danza,
lugar de saber tendrás
cuánta magnitud alcanza
la estrella que amando estás;
y si llegas a entendella,
también, pues es de importancia,
sabrás, si danzas con ella,
la mucha o poca distancia
que hay de ti a tu amada estrella.

CEL. Digo que sabes, señor,
más que consumadamente
la astrología de amor.

DAC. También de amor fuí doliente,
quien mí no es todo rigor.
Sólo contra los cristianos
como una tigre me airo
con medios tan inhumanos,
que alguno el postrer suspiro
rindió por mis propias manos.

Sale uno de los dos PAJES *que se entraron.*)

PAJE.

Ya espera, gran Daciano, tu licencia
para entrar lo mejor de Zaragoza.

DACIANO.

No sé quién, con benévola influencia,
el alma amedrantada me alboroza.
Di que entren, pues. Amor, si la sentencia

en mi favor has dado, la carroza
para ti he de quitar al rubio Apolo, [lo.
y alumbra tú, aunque ciego, a mundo so-
Tú, Celestino, aquí a mi lado asiste
para nombrarme las que van entrando.

(*Van saliendo de una en una las* DAMAS *de Zaragoza, acompañada cada cual de un* GALÁN.)

CELESTINO.

Esta quel raso columbino viste,
la guarnición y campo matizando
de memorias, es Flavia.

DACIANO.

El rostro triste
con que viene al sarao, me está avisando
que muy bien de memorias se previene
la que piensa que della no se tiene.

CELESTINO.

La que entra agora ufana y arrogante,
que pocos años dan mucha arrogancia,
y con saya de tela de levante
cubre de su persona la elegancia,
es Libia.

DACIANO.

Es bella.

CELESTINO.

Y del amor triunfante,
por hacer como hace consonancia
el alma con el cuerpo, que es discreta.

DACIANO.

La primera mujer será perfeta.
Ya de que viene Olimpia el alma avisa
al triste corazón que se desmaya;
mas no es ella.

CELESTINO.

¿No ves la que divisa
con tanta variedad la ropa y saya
de aquella tela de color pajisa,
que parece entre todas una Maya?
Es Otavia, que al propio aseo humilla.

DACIANO.

Y es su vestido octava maravilla.
¿Quién es la que a la fiesta viene agora
vertiendo risa, como suele el día,
cuando abriendo las puertas del aurora
en aljófar se baña y alegría?

CELESTINO.

Llámase Julia, y es merecedora
de un César.

DACIANO.

Y entre tanta argentería,
¿qué flor es la que borda?

CELESTINO.

Es mal me quieres.

DACIANO.

Esa flor es común en las mujeres.
Aquí viene mi Olimpia desterrando
como el sol tras el alba nubes densas,
de la noche de ausencia que llorando
al son pase de miedos y de ofensas.

CELESTINO.

Esta ya la conoces.

DACIANO.

Contemplando
el cielo de su rostro, tan inmensas
son las pasiones que mi pecho asaltan,
que aunque el ánimo sobra, fuerzas fal-

CEL. Ya me parece, señor, [tan.
que podrían comenzar
el festín, si das lugar.

DAC. Si es que me lo manda amor,
¿cómo le podré negar?

CEL. Siéntate, señor, aquí.

(*Señalando la silla que mandó poner enmedio el* MAYORDOMO.)

DAC. Pues tan buen lugar me has [dado
quiero pagártele; di
que se siente aquí a mi lado
a tu Olimpia.

CEL. Para mí
es sobrado ese favor.

DAC. Haz lo que te ruego.

CEL. Sea

como tú mandas, señor.
[S.] 1.º Mucho al Dunviro granjea;
¿si es que tiene a su hija amor?,
que para su áspero trato
es sobrada esta blandura.
[S.] 2.º Siempre compra muy barato
la privanza la hermosura.
[S.] 1.º Con todo, es grande el recato
de Celestino.
[S.] 2.º ¿Qué importa,
si a tener llega afición
Daciano?
[S.] 1.º Tienes razón,
que es su condición tan corta,
que es furia y no condición.
OLIM. La ocasión quiero emplear
por vengarme de aquel fiero.
(*Aparte.*)
DAC. Aunque fuera bien pagar
aqueste favor primero
a vuestro padre, quedar
pienso esta vez por ingrato,
por daros a vos, señora,
cuanto mi alma atesora.
OLIM. No me cuesta muy barato.
DAC. ¿Qué es lo que escuché?
OLIM. Pues llora
ya vuestra vista mi pecho,
como si cristiano fuera.
DAC. Que estoy soñando sospecho.
OLIM. Y para la vez primera
baste lo dicho.
DAC. Y lo hecho,
pues con tan grande favor
así atizaste mi fuego,
que ya es un Etna de amor.

(*Diga* CELESTINO *lo que se sigue a* LELIO, *que es el que entró acompañando a* OLIMPIA.)

CEL. Interrompe tú el sosiego,
Lelio, pues con tal primor
tal vez sueles suspender
con una y otra mudanza
los que te alcanzan a ver.
LELIO. Ya ordenamos una danza
de a cuatro, para poner
principio a lo que deseas.
CEL. ¿Y son?
LELIO. Fabricio Torcato
será el uno.
CEL. Bien te empleas.
LELIO. Marco Antonio Sinsinato
es el otro, porque veas
que escojo bien.
CEL. De las damas
¿a quién escoges?
LELIO. A Flavia
escoger pienso, y a Otavia.
CEL. Dignas de inmortales famas.
LELIO. Y, por si Olimpia se agravia,
quiero que dance después
una gallarda conmigo.
DAC. Y con razón, pues lo es,—
y aun el suelo a quien bendigo,
pues le han de pisar sus pies.
(*Aparte.*)
OLIM. Bueno tengo ya a Daciano;
[*Aparte.*]
desta vez, Vicente aleve,
me venga de ti un tirano.
DAC. ¿Quién en discurso tan breve
se vió jamás tan ufano?

(*Danzan los cuatro, y entre tanto está hablando* DACIANO *con* OLIMPIA.)

La danza ha sido extremada,
y la invención es muy nueva,
digna de ser celebrada;
desta vez digo que lleva
ventaja muy declarada
España a Italia.
CEL. Mejor,
gran Daciano, lo dirás
cuando el donaire y primor
que tiene Lelio verás.
DAC. Y el de Olimpia ¿no es mayor?

(*Ha estado arrodillado* LELIO *delante de* OLIMPIA.)

Sal, señora.
OLIM. Aunque no alcanza

mucho desto mi experiencia,
saldré, si me das licencia;
que las faltas de mi danza
atribuya a tu presencia,
cuyo respeto podría
otra más diestra turbar,
aunque yo pienso este día
cansarte con mi danzar
risa, cuando no alegría.

(*Danza* OLIMPIA *con* LELIO, *estando* DACIANO *como transportado.*)

SEN. 3.º Digo que cualquiera dió
invidia al mismo donaire.
CEL. Lo que mi Olimpia danzó
¿es aire?
SEN. 3.º Pues en el aire
el danzar bien consistió.

DACIANO.

Jamás dió paso que con él no hiriese;
a ninguno dió herida que sanase,
y ningún enfermó que desease
salud, aunque la herida mortal fuese.
A ninguno mató que no volviese
a vivir con que sólo le mirase,
ni huvo quien el morir no procurase
para obligalla a que otra vez le viese.
Cualquier mudanza un firme intento
en el pecho más libre y descuidado [cría
de servilla una edad, un siglo entero;
que mudanza que aumenta gallardía
no muda en quien la mira su cuidado,
antes confirma en el amor primero.

(*Sale un* SACERDOTE *gentil.*)

SACER. ¿Qué haces, gran Daciano, [aquí,
que ya los cristianos todos
que esta tierra viven y hacen
al cielo tantos oprobios,
convidándoles la noche
con su manto tenebroso,
se han juntado en una casa
que ellos llaman Oratorio?
Allí, sin duda, maquinan,
porque son muy cautelosos,
las trazas con que embelecan
y engañan al vulgo loco;
con milagros aparentes
que les inspira el Demonio
se armarán contra el rigor
de tu edicto riguroso;
o, cuando no, en vilipendio
de nuestros dioses de oro,
al criado entre madera
sacrificarán devotos.
Allí de mil imposibles,
que tiene su ley en todo,
les hará fácil oferta
algún ministro ingenioso,
y como tras novedades
siempre andan los hombres locos,
tus seguros premios dejan
por la duda de los otros.
Desto me vino a avisar
un ciudadano celoso
de nuestra ley, y al castigo
yo que lo soy más, te ex[h]orto.
DAC. ¿Es posible que el rigor
de tormentos espantosos
temor no pone al cristiano?
¿Qué digo temor? Asombro.
¿Es posible que en la plaza
está un indomable toro,
y al tablado no se acoge
el que en correr no es un corzo?
¿Es posible que de madre
sale un río caudaloso,
y no se ampara la gente
en los montes más remotos?
¿Es posible que a la vista
de un bravo león furioso
un caminante se ofrece
tan incauto cuanto solo?
¿Que no me teme el cristiano?
¿Que el cristiano me hace ros- [tro
cuando ve que soy más fiero
que el río, el león, el toro?
Tenga aquí fin el sarao;
los instrumentos sonoros

vuélvanse en bastardas fúnebres
que pregonen su fin pronto;
ceda el amor a la furia
con que espantable me torno:
muera esta gente fingida.

(*Vase furioso* DACIANO.)

SACER. Por la boca y por los ojos
más fuego va vomitando
que el volcán más espantoso.
LIB. Temblando de miedo estoy.
OTA. Aun tengo el acento ronco
en los oídos.
LUL. El alma
dejar quiere el cuerpo solo.
FLA. ¿Quién vió en un hombre tal fu-
en medio de tanto gozo? [ria
OTA. De lo que todos se espantan
yo soy la que ánimo cobro,
y esperanzas de vengarme
de quien me ha tenido en poco;
tanto puede en la mujer
de un menosprecio el enojo.

(*Entranse, y salen* SAN VALERIO, SAN VICENTE, CRISANTO, EUTICHIO *y* NARCISO; *ha de hablar* SAN VALERIO *muy tartajoso o impedido.*)

S. VAL. Ya que habemos recebido,
hijos míos, al Señor
que da intrépido valor
al más flaco y encogido,
y yo, aunque indigno, bajé
con sólo el blanco señuelo,
aquel Sacre que del cielo
baja siempre que le ve;
aquel Sacre soberano,
que aunque goza de tal diestra
ninguna pereza nuestra
para venir a mi mano,
razón será que tratemos
de las armas y defensas
que contra la nueva ofensa
de Daciano hacer podemos;
pero como, amigos, es
voluntad de Dios atar
mi lengua, sin caldear
mis labios como a Moisés,
de Vicente, mi hijo amado,
a quien para esto escogí,
oiréis mejor que de mí
lo que os he representado.
En Vicente, procura
sacarnos de obligación.
NARC. Ya todos en tu sermón
fundamos nuestra ventura.
CRIS. Gran Vicente, o vencedor,
que en ti viene a ser lo mismo,
descúbrenos el abismo
que hay en tu pecho de amor.
EUT. Ya estamos todos pendiendo
de tu boca, gran Vicente.
S. VIC. El auxilio conveniente,
Señor mío, te encomiendo.
porque alguno aquí se halla
de los que por tuyos armas,
que ha menester nuevas armas
para entrar en la batalla.
Ya yo subo; ánimo, amigos,
que antes que acabe el sermon
sospecho que el escuadrón
romperán los enemigos.

(*Sube en un púlpito* SAN VICENTE *para predicar.*)

Non turbetur cor vestrum, Ioannis 14, in cap.

Que no se turbe, dice el regalado
Juan, vuestro corazón, aunque oprimido
se vea por el bárbaro arrojado,
que miráis tan soberbio y engreído;
porque si alguno el pecho o el semblante
turbare, por infiel será tenido.
Dícelo Dios por Juan más adelante
en el décimoquinto, cuando alega:
"Si perseguido fuí, pueblo constante,
también lo serás tú; y así el que niega,
o en su persecución pusiere duda,
también en la de Cristo a dudar llega."
Más abajo, con voz y vista aguda,
el mismo Juan refiere: "Ya ha venido
la mano fiera, de piedad desnuda, [do."
que ni a mí ni a mi Padre ha conoci-

Esto os digo, porque en llegando el punto
os acordéis del tema referido.
Non turbetur cor vestrum, un trasumpto
de Dios, nos muestra, amigos, cuánto
[alcanza
sufriendo un cuerpo hasta quedar difunto.
Costumbre fué que no admitió mudanza
de Pablo, cuando cartas escribía
a los que en él fundaban su esperanza,
aunque en su pecho la humildad vivía,
con títulos honrarse preminentes,
que en sus cartas mil veces repetía:
ya dotor se llamaba de las gentes,
ya vaso de elección, ya Apostol santo,
nombres, por cierto, heroicos y ex[c]e-
[lentes,
a fin de dar valor, y aun dar espanto
a lo que cualquier carta contenía,
digno artificio de quien supo tanto.
Mas cuando a Filemón escribió un día
desde la cárcel donde estaba atado,
el estilo y costumbre pervertía:
no Apóstol, no escogido se ha llamado,
sino Pablo en la cárcel detenido,
con gusto por su Dios encadenado.
¿Veis como el estar preso a preferido
a los nombres y títulos honrosos
que solían dejalle esclarecido?
Que el padecer tormentos rigurosos
por mi dulce Jesús acá en el suelo,
esos sí que son títulos famosos.
Yo al menos recibiera más consuelo
en padecer por Dios que si gozara
de su visión beatífica en el cielo,
y aunque más premio que éste no al-
[canzara,
confieso que otra gloria no quisiera
más de la pena que en la pena hallara.
El [E]píritu Santo considera
altamente al amor, cuando tan fuerte
le viene a hacer como a la muerte fiera;
y no los hace iguales si se advierte
porque todo lo vencen, que a ser eso,
más puede amor, pues que venció a la
[muerte.
Conformes son los dos en el ex[c]eso
y tiranía, con que de su bando
hacen de su amistad en el progreso;
a todo aquello a que se van juntando,
la muerte los más bellos tiernos ojos
con funesto matiz los va asombrando;
las mejillas y labios, que despojos
del múrice y coral llevar quisieron,
amarillos los vuelve en vez de rojos.
En fin, todas las cosas que pudieron
pintar la vida, de la muerte fiera
fúnebres y espantosas copias fueron.
Así el amor también de su librea
los dolores adorna de tal suerte,
que sólo gloria en el dolor campea,
y suele ser aqueste amor tan fuerte,
y la pena que sufre así quilata,
que dicen que no sólo la convierte
en la gloria de acá, mas que arrebata.
tal vez la misma gloria de los cielos,
y en el mismo tormento la retrata.
Así la vió bajar bajo los velos
de aquella ciudad santa el gran Profeta,
tan rico de visiones y consuelos. [ta?
Si esto es así, ¿quién, pueblo, te inquie-
¿Quién no desea estar ya en la estacada
con obras vivas de su fe perfeta
De mí os puedo decir que si asestada...

(*Suena dentro gran ruido, como que derriban las puertas.*)

S. VAL. ¿Qué rumor es éste, amigos?
S. VIC. Ya el fuerte punto llegó
en que el cielo concedió
fuerza a nuestros enemigos.
NARC. ¿Por dónde escapar podre-
[mos?
S. VIC. No huya nadie.
EUT. El rumor crece.
S. VIC. ¿Quién agora desfallece
cuando la ocasión tenemos
que tanto hemos deseado?
CRIS. Baja, Vicente.
S. VIC. ¿Bajar?
Este es mi campo, esperar
quiero en él como soldado.
Buen consejo me dais vos;
que al enemigo esperemos

sin las armas que tenemos,
que es la palabra de Dios.
Aquí donde estoy le espero.

NARC. Ya están en tierra las puertas.

S. VIC. Si a mi gusto fuera, abiertas
las hallara el lobo fiero.

(*Salen* CELESTINO *y* GENTE *de armas.*)

CEL. Prendeldos todos; ninguno
se escape; reconoced
lo hueco de esa pared.

S. VIC. Deja el cuidado importuno
de buscarnos, que al encuentro
te salieran, a saber
que venías a prender
los que estaban acá dentro.

CEL. Y tú, Vicente atrevido,
¿cómo no bajas de a[h]í?

S. VIC. Porque jamás entendí
que al que nunca os ha impedi-
Celestino, vuestro oficio, [do,
así queráis perturbar
el suyo de predicar.

SOL. 1.º Sin duda está sin juïcio
este mozo, pues confiesa
antes de dalle tormento.

CEL. Subid por él al momento.

S. VIC. Haced, canes, haced presa
en mi inocencia.

CEL. Quebralde
la infame boca a ese loco,
que a todos nos tiene en poco,
y si hablare más, matalde,
que hoy quiero que vea Dacia-
de la manera que empleo [no
su comisión y deseo.

(*Bajan a* SAN VICENTE *ensangrentada toda la boca.*)

S. VAL. ¿Ya te pegó aquel tirano
de su rigor la fiereza?

CEL. Sí.

S. VIC. No es sangre la que vierto,
que ya mi bien es tan cierto,
que ya mi contento empieza.
Dichoso mil veces yo,
y dichosa sangre vos,
que a buscar salís a Dios
al primer toque que os dió;
y la que dentro dejáis,
¿cómo tras vos no ha salido?
Mas pienso que se ha corrido
de que primero salgáis:
y así, aunque tan encendida
ninguna sangre en mí hubiera,
de corrida ésta lo fuera,
pues antes no fué vertida.
Tierra, el dulce beneficio
de criarme os hago a vos,
si os hago altar donde a Dios
doy mi sangre en sacrificio.

CEL. No le dejéis más hablar;
llevalde ya, torpe gente.

S. VAL. ¿Qué fervor, ¡o[h] gran Vicen-
al tuyo puede igualar? [te!,

CRIS. Con un caudillo tan fuerte
¿quién temor ha de tener?

EUT. ¿Quién no osará acometer
con tal ejemplo la muerte?

NARC. ¿Que con tan clara experien-
no se atajan los tiranos? [cia

CEL. Tirad con ellos, villanos,
no me acabéis la paciencia.

SOLD. 2.º Ya vamos, señor; ¿qué quie-
[res?
¿Hemos de llevalle en brazos?

CEL. En brazos, o hechos pedazos;
acabad, pues.

S. VIC. No te alteres,
ni te apasiones con esos,
que tal gusto no has tenido,
señor, de habernos prendido,
como tenemos de ir presos.

(*Entranse todos, cada uno por su puerta, dando fin al Acto primero.*)

ACTO SEGUNDO

(*Salen* OLIMPIA, *dama, y* AGRIPINA, *criada.*)

AGRIP. Nunca, señora, creyera
que en el tierno y flaco pecho
de una mujer, tan gran hecho

como el que emprendes cupierá.
Como burlando te dije
que de aquel mancebo necio
vengases el menosprecio;
ya mi lengua se corrige;
ya te digo que si había
la venganza de costarte
de tu opinión tanta parte,
que des fin a tu porfía.

OLIM. Las vengativas querellas
nunca las suele emprender
de burlas una mujer,
que es muy propia acción en ellas.
Como poca fuerza alcanza
tiene mucha privación;
della nace en la ocasión
deseo, y es de venganza.
Esta suele ejercitar
cuando menos en la vida,
que la mujer ofendida
nunca juega a señalar,
y el por qué así se abalanza
su misma flaqueza es,
porque no tomen después
venganza de su venganza.

AGRIP. Bien estoy con eso y mal
con el medio que has tomado
de hacer tu pecho vengado
de enojo que es tan mortal.
¿En Zaragoza a Vicente
no le pudieras mandar
matar mil veces, sin dar
al mundo muestra evidente
de tan loco y ciego antojo,
como venir con Daciano
por su amiga, y a tu anciano
padre matar deste enojo?

OLIM. Razón parece que tienes
mientras no oyes mi razón;
la cólera, en conclusión,
nacida de los desdenes
de aquel fiero, no permite
venganza secreta, no,
que la mano quiero yo
que la venganza acredite.
A quien conoció llorando
hoy conocerá ofendiendo,
y al que me miró riendo
quiero yo mirar llorando;
y si con larga esperanza
se midió mi pena inmensa,
quiero que lo que la ofensa
duró, dure la venganza.
Mil muertes me dió, mil muertes me dará mi mortal rabia,
y verá cuánto la agravia
quien hace en la mujer suertes.
Sabrá este ingrato arrogante,
que escribe el agravio y pena,
quién ofende en el arena,
y el ofendido en diamante.
Condénasme porque vengo
con nombre de concubina
del Presidente; imagina
las muchas partes que tengo,
y verás si la que está
en Roma por su mujer,
puede dejallo de ser
solicitando yo acá;
y por parricida fiera
tu necedad me declara;
si la muerte no llegara
nunca el viejo se muriera.
Dices que muerte le dió
el enojo que ha tenido;
murióse porque vivido
había más que tú ni yo.
En fin, ya llegué a Valencia,
para donde el Presidente
remitió deste Vicente
los tormentos y sentencia.

AGRIP. Ya viene aquí.

OLIM. ¿Quién creyera
que la venganza afeitara
así deste hombre la cara,
que hermosa me pareciera?

(*Sale* DACIANO, *y un* SOLDADO *con él.*)

DAC. Hermosa Olimpia.

OLIM. Daciano
del alma, ¿en qué te entretienes?

DAC. En ver que solos son bienes
para mí los de tu mano.
OLIM. Deja lisonjas aparte,
ajenas de tu braveza.
DAC. ¿Cómo no da a la belleza
parias hasta el mismo Marte?
¿No abaten todos las alas
al amor, si a sus pies veo
así la lira de Orfeo,
como el escudo de Palas?
OLIM. Bueno estás de ejemplos.
DAC. Bueno,
y de imitallos mejor.
AGRIP. No sé; en viendo su rigor [*Ap.*]
toda su afición condeno.
Nunca en hombre tan cruel
fundara yo mi esperanza;
no soy yo Olimpia, que alcanza
suerte de hacellas en él.
OLIM. ¿Qué hay de nuevo de los [presos
de Zaragoza?
DAC. Señora,
por ellos envié agora,
por ver si con los excesos
que en ellos por el camino
mandé hacer, se han moderado.
OLIM. ¿Que ya les han comenzado
a tormentar?
DAC. Imagino
que terciar por ellos quieres,
en fin, como de tu tierra.
OLIM. Aunque la piedad se encierra
en los pechos de mujeres,
esa máxima ex[c]epción
tiene en el mío, señor,
si se atraviesa el honor
de nuestra fe y religión.
Entonces no tiene el suelo
pecho humano con tal furia;
y cuando no fuera injuria
cometida contra el cielo,
bastaba ser de su gusto
el perseguir esta gente,
para que el mío obediente
lo aprobase por muy justo.
DAC. Bendígate Jove, amén,
y como agradarme sabes,
de hoy más del alma las llaves
tus mismas partes te den.
No quiero otro consejero
para mis resoluciones,
si así nuestros corazones
se parecen en lo fiero.
OLIM. También te advierto, Daciano,
que en estos dos sólo estriba
toda la arrogancia altiva
de todo el pueblo cristiano;
principalmente en Vicente,
con quien, amigo, te enfadas,
las esperanzas libradas
están de toda esta gente.
A éste procura atraer
a tu opinión, y verás
cómo sólo en él podrás
a los que quedan vencer.
AGRIP. ¡Qué bien guía sus intentos! [*Aparte.*]
No he visto mujer tan mala.
DAC. Ya mi crueldad le señala
por blanco de mis tormentos.
OLIM. No te canses aunque veas
constancia en él, que es muy fu-
y difiérele la muerte [fuerte,
hasta ver lo que deseas;
que no es posible durar
contra tu mucho rigor.
DAC. ¿Quién vió en mujer tal valor?
OLIM. Por aquí me he de vengar. [*Ap.*]
AGRIP. Defiéndame de ti el cielo.
[*Aparte.*]
SOL. En este punto han llegado
los que traer has mandado.

(Volviendo el rostro hacia el vestuario, como quien echa de ver que vienen ya.)

DAC. Vete, mi bien, que recelo
no te enfade el audiencia,
que después yo te diré
lo que ha pasado.
OLIM. Sí haré.—
¿Qué dices de mi inclemencia?

AGRIP. Que aquí donde estoy me asal-
OLIM. Pues agora empiezo, ven. [ta.

(*Vanse las dos.*)

DAC. ¿Estan a[h]í fuera también
los sacerdotes?
SOL. No falta
ninguno de los que esperas.
DAC. Di que entren.—Mucho han po-
en mi pecho inadvertido [dido
las pasiones lisonjeras
del amor, pues me divierten
algún tanto del rigor
de que me precio.

(*Salen cuatro* SOLDADOS, *y sacan cargados de hierros a* SAN VALERIO *y a* SAN VICENTE.)

S. VIC. Señor,
haced en mí que hoy acierten,
mis afectos a llamaros,
mis voces a engrandeceros,
mis obras a defenderos,
mi ejemplo a manifestaros.
DAC. ¿Qué es lo que mirando estoy?
¿Esto es salir de entre hierros
y obscuras cárceles? Perros,
¿éste es el orden que os doy?
Cuando en cada cual aguardo
un retrato de la muerte,
¿me los traéis desta suerte,
éste sano, aquél gallardo?
Bien así escarmentarán,
infames, los malhechores,
si en vez de penas, favores
vuestros cuidados les dan.
SOL. 1.º Tu orden ejecutamos;
si tal no ha sido el efeto,
gran Daciano, este secreto
nosotros no le alcanzamos.
DAC. Yo sí le alcanzo. Traed
la almohada y el brasero,
que dar principio a esto quiero;
vosotros luego corred
esa cortina que encubre
el divino Diocleciano,
nuestro dios, que aunque es hu-
tal divinidad descubre [mano,
que merece adoración.

(*Corren una cortina y se descubre la estatua de* DIOCLECIANO.)

Ea, Valerio, Vicente,
dadnos hoy muestra evidente
que amáis nuestra religión.
Sacrificad al que rige
lo descubierto del suelo,
y a quien ya Jove en el cielo
templo y basílica erige.
El edicto obedeced
del sagrado Emperador,
vuestro natural señor,
y por muy cierta tened
la merced que acerca dél
os recabará mi mano;
donde no, tened por llano
que tormento más cruel
ni Falaris le buscó,
ni le fabricó Perilo,
sin que hallar podáis asilo
en el Dios que os engañó:
ese Dios que a un palo está
por sedicioso amarrado,
mirad estando él atado
cómo libraros podrá,
S. VAL. No quieras, Daciano, hacer
agravio al que no conoces,
y en cuanto ves te da voces,
si las sabes entender;
voces te da en la salud
que gozas, en el favor
que te hace el Emperador,
en tu verde juventud.
SAC. 2.º Bien vuestro partido esfuerza,
cristianos, quien a temblar
se pone cuando ha de hablar.
SAC. 1.º La verdad tiene gran fuerza.
SAC. 2.º Y el miedo mucho mayor.
S. VAL. Como digo, el beneficio.
S. VIC. Como dices, este oficio
nó es tuyo, padre y señor;
si ya una vez me le has dado,

no me hagas caer en mengua,
que las faltas de tu lengua
a tu Dios han aplicado.
Yo responderé a este perro
que de Cristo blasfemó.

S. VAL. Respóndele, pues que yo,
cuando pienso acertar, yerro.

S. VIC. Aunque la gran perfección
de la sagrada ley nuestra
con sola luz natural
ni se alcanza ni se apea,
con todo, esa misma luz
claramente os manifiesta
lo imposible que contiene
vuestra ley, si es ley la vuestra.
No hay quien niegue que haya
verdad y máxima es ésta [Dios;
invencible, y lo es también
que sacrificios merezca,
y no porque necesite
Dios de oblaciones y ofrendas,
porque como allá nos dice
el gran Rey y el gran Profeta,
en el Psalmo: "Yo le dije
al Señor que mi Dios era,
y es porque no necesita
de mis bienes y riquezas."
Ofrecemos, pues, a Dios
aromas, víctimas muertas,
porque así el entendimiento
a conocer se despierta
a Dios por Señor Supremo,
sumo bien, causa primera
de lo criado, fin último,
y sabiduría inmensa.
Si este gran nombre de Dios
de espacio se considera,
por ser como quien la sacra
divina naturaleza
significa a nuestro modo,
hallaréis que el nombre suena
providencia universal.
de la cual la dependencia
todas cuantas cosas son
tienen, sin que ella la tenga
de alguna, y es porque el Ser
Divino, es cosa bien cierta,
que ni principio ni causa
puede tener; que a tenerla,
o ella fuera el mismo Dios,
o otro Dios distincto fuera.
El mismo Dios no es posible,
porque en aquella ocurrencia
o tuvo ser o no tuvo:
si le tuvo, es cosa cierta
que no necesitaría
de causa que ser le diera,
y si no le tuvo, menos
causarle entonces pudiera.
Ni pudo ser otro Dios,
que éste entonces no lo fuera,
siendo de otros criatura,
desto que es se manifiesta
Infinito el Ser Divino,
pues causa no se le llega
que le limite, y así
ha de encerrar como encierra
la gran plenitud del ser,
y éste como en fuente bella
está en Dios, de donde al punto
que es milagro que ser tengan
todas las cosas, pues todas
cuantas hay que a tener llegan
participado su ser
que le reciban es fuerza
de aquel que es Dios, y que tiene
el ser por naturaleza.
Dios es acto puro, en quien
no es posible que se vea
dejar de ser cosa alguna
de lo que es, ni que se entienda
ques algo que no haya sido
o que por tiempo ser pueda.
No puede dejar de ser
algo de lo que es, se prueba
en que no puede dejar
de convenirle su esencia,
y esta tal la plenitud
del ser dentro de sí encierra:
es imposible ser algo
que no haya sido y que sea.
se prueba también, porque

no se halla cosa primera
de quien, el que es el principio,
de todo tomallo pueda.
Es Dios también sumamente
perfecto, y porque se vea
cuantas perficiones tienen
causa en las criaturas bellas,
y así el tenellas primero
es necesario y es fuerza,
y si alguna le faltara
de otro recebilla hubiera
y en recebilla ventaja
al otro le concediera.
Es inmutable también,
porque si un punto no deja
de ser lo que es, ni tampoco
es algo que no lo sea
de mudanza no es capaz.
También tiene esencia eterna;
que en quien está todo el ser
junto, sin que algo se vea
que se espere o que se pase,
es cosa bien manifiesta
que ninguna puede haber
ni primera ni postrera,
ni tampoco variación;
y como estas excelencias
o perficiones, en cosa
que sea corpórea no quepan,
ni material, porque al fin
de la forma la materia
recibe la perfición,
es muy llano que Dios sea
incorpóreo, inmaterial,
puro espíritu; y si estas
partes Dios ha de tener,
¿cómo queréis, gente ciega,
que en ese bulto Vicente
las confiese y que le ofrezca
sacrificios? ¿Por ventura
hay quien ignore que tenga
principio el Emperador,
quién su patria y padres sean?
Pues si le sabéis principio,
¿quién a confesalle llega
por dios, si Dios no le tiene?
Y decidme: esa belleza
de esos turquesados cielos,
de ese sol, luna y estrellas,
¿es hechura de una mano
tan corta y tan avarienta
como la de ese Daciano,
a quien notó la hechicera
que le predijo el imperio
de tan notable miseria?
Los criados que en la paz,
los soldados que en la guerra
le lisonjean y sirven,
le obedecen y respetan (1),
¿podránle librar, si acaso,
las viles y flacas fuerzas
de un enfadoso mosquito
diesen en dalle molestia?
¿No le vencen las pasiones?
¿No le rinden las flaquezas,
ya dando la muerte a Apro
en el día de más fiesta,
ya haciéndolas a los vicios
envuelto en tantas torpezas?

DAC. Calla. ¿Hay tal insolencia,
que al divino Diocleciano
este infame y vil cristiano
se ha atrevido en mi presencia?
¿Sabes, di, cristiano triste,
lo que has hablado ante mí?

S. VIC. Sé que a mi Dios defendí.
como al tuyo defendiste.

(*Suspéndese por un rato* DACIANO.)

SAC. 1.º ¿Qué es esto, que suspensión
le ha dado?

SAC. 2.º Yo te prometo
que no le dé a este secreto
larga vida su pasión.

DAC. A este viejo, aunque vivir
le deje, no ha de importar,
quel que apenas sabe hablar,
¿cómo sabrá persuadir?
Poco daño podrá hacer

(1) En el texto: *le obedecen y le respetan.*

su lengua a mi religión;
de esotro la persuasión
es la que me hace temer.
Vaya el viejo desterrado;
no parezca ante mis ojos,
y éste quede por despojos
del vencimiento alcanzado.
En él pienso castigar
el habérseme atrevido.

S. VIC. ¡Qué bien! Es él el vencido,
y de mí quiere triunfar.

DAC. Yo abatiré sus intentos,
pues pienso probar en él,
sordo, implacable y cruel,
desde uno hasta mil tormentos.
Llevad el viejo y dejalde
en saliendo del lugar.

SOLD. Ea, buen viejo, caminar.

S. VAL. Esperá.

SOLD. 1.º Lloráis en balde.

S. VAL. Hijo, adiós, que mi mitad
en ti dejo.

S. VIC. Padre, adiós,
que bien hay para los dos
en su grande inmensidad,
pues aunque vaya contigo,
también conmigo se queda.

S. VAL. Aunque la suerte me veda
ser de tus penas testigo,
a fe que mi corazón
parte tenga en tus enojos,
pues ya, lo que no los ojos,
les da la imaginación;
y si suele hacer de nada,
de lo que tanto será
mira lo que hacer podrá.

S. VIC. A no ser esta jornada
que hoy pienso hacer, del de-
con tal ansia pretendida, [seo
pensara rendir la vida
sólo en verte cual te veo
en tu patria peregrino,
de larga edad agravado,
de todos desamparado
y tan pobre en tal camino.

S. VAL. Más siento yo que por débil
en mí no pruebe Daciano
cuánto por Dios un cristiano
hace, aunque en edad tan flébil,
qué del destierro el dolor...

DAC. ¿Qué es esto, infames, qué es
[esto?
¿Queréis verme descompuesto
para probar mi rigor?
¿Lances hacéis en mi pecho,
cuando iras y rabias vierte?
¿Pensáis que por ser tan fuerte
debo de tenerle hecho
a prueba de la insolencia
de ese viejo tartajoso
y ese mancebo verboso,
que me apuráis la paciencia?

SOL. 1.º Ya vamos.—Ea, acabemos.

SOL. 2.º No vi tan prolija gente.

S. VIC. Adiós, padre.

S. VAL. Adiós, Vicente.

S. VIC. En el cielo nos veremos.

(*Llévansele a* SAN VALERIO *dos* SOLDADOS *de los cuatro.*)

DAC. Vosotros a ese llevad,
y de aquel rollo o pilar
que ayer os mandé arbolar
de los brazos le colgad;
y cuando esté suspendido
de los pies le estiraréis,
hasta que descoyuntéis
su infame cuerpo atrevido;
y aunque es el pilar que vemos
mayor que él en la grandeza,
los pies haced y cabeza
que midan ambos extremos.
Luego, con varas crueles,
con abrojos y plomadas,
por muchas partes rasgadas
dejad sus carnes infieles,
hasta que en copiosa vena
riegue con su sangre el suelo,
que he de beber hoy recelo
para mitigar mi pena.
Llevalde; ¿qué me miráis?,
que ya voy yo.

S. Vic. Cielo santo,
con júbilo y no con llanto
os pido que me valgáis.

(*Llévansele los otros dos* Soldados *y quedan los* Sacerdotes *con* Daciano.)

Dac. ¿Que no le ponga temor
a este mozo mi braveza?
Sac. Señor, aún agora empieza;
el probará tu rigor,
y verás cómo cruzadas
las manos, perdón te pide,
y de hablar más se despide
razones desatinadas.
Dac. Antes bien tengo temor [bre
que hoy han de ser en este hom-
las hazañas como el nombre,
y que saldrá vencedor.
Nunca emprendí tan medroso
de salir con mi intención
de hombre la persecución
como la deste alevoso.
Sac. 2.º Si con tu fama a otros sueles
asombrar y persuadir,
¿cómo ha de poder sufrir
éste tus penas crueles?
Sac. 1.º Ya está desnudo y las manos
le han atado y van subiendo;
ya de los brazos pendiendo,
rinde los bríos lozanos

(*Volviéndose al vestuario.*)

al rigor de tu sentencia.
Dac. Ea, atalde en cada pie
dos sogas tan fuertes, que
compitan con mi inclemencia.

(*Dice de adentro.*)

S. Vic. Mal ese nombre le has dado,
que no es sino gran favor
lo que piensas ques rigor.
Dac. Luego lo verás, cuitado.—
Estirad ya sin recelo,
no aflojéis un solo punto.
Den. No podemos más, que junto
llegan ya los pies del suelo
Dac. Estirad más, torpe gente;
no quede hueso con hueso.
S. Vic. Estirad con más ex[c]eso,
pues lo manda el Presidente.
Dac. ¿Qué es esto? ¿Que haces de
burla? Las varas tomad [mí
y en su cuerpo traspasad
el dolor que vive en mí.
Herilde, herilde, villanos;
no os hiciera mi deseo
a cada cual un Briareo,
porque tuvierais cien manos.

(*Corren una cortina y descúbrese* San Vicente *colgado de los brazos en un pilar, y atadas dos sogas a las gargantas de los pies y dellos tirando dos* Sayones, *y otros dos con azotes, y todo el cuerpo herido.*)

S. Vic. Tómalo a espacio, que siento
que antes tú te has de cansar
de mandarme atormentar
que de sufrir yo el tormento.
Dac. ¿Qués esto? ¿Agora os paráis?
Say. 1.º No podemos más, señor,
que ya nos falta vigor
y fuerzas.
Dac. ¿Que esto intentáis?
Pues recebid de mí el pago.
Esperad, que hoy he de hacer
que éste venga a escurecer
el más temeroso estrago.

(*Arremete contra lós* Sayones, *y con uno de los látigos les maltrata.*)

Say. 2.º ¿Qué piensas hacer, señor?
Say. 1.º Si más fuerzas no tenemos,
dinos tú qué hacer podemos.
Say. 2.º ¿Viose tan grande rigor?
Dac. Veréis si me canso yo
como vosotros, traidores.
S. Vic. ¿No ves si me haces favores?
¿Ves si el alma se engañó
en darte justa alabanza,
pues cuando yo por atádo
no puedo verme vengado,
te encargas de mi venganza,

y así en esto se prefiere
tu pecho, que en ira enciendes,
que a quien me ha ofendido
[ofendes
y hieres a quien me hiere?

DAC. ¡Sin duda rendiré el alma
si a mi pasión no doy vado,
que lleve el atormentado
de quien le atormenta palma!

(*Vuélveles los azotes.*)

Tomad, y enmendad al punto,
viles, tan gran flojedad,
llegando vuestra crueldad
hasta dejalle difunto.

S. VIC. Las gracias que darte quiero
sirvan de ruegos, señor,
que alcancen nuevo favor
para el tormento que espero.

(*Cubren la apariencia.*)

SAC. 1.º No te aflijas.

DAC. Voy rabiando.

SAC. 1.º Yo no, aunque admirado estoy.

SAC. 2.º A mí mesmo no me doy
crédito y lo estoy mirando.

(*Vanse.*)

(*Salen* CORIDÓN *y* BATO, *pastores.*)

BATO. Por Júpiter, Coridón,
que no es hablilla, ni nueva,
que vi luz sobre la cueva
de aqueste anciano varón.

COR. ¿Si es algún Dios, que del cielo
bajó con mensajería
a la tierra?

BATO. Ser podría,
y aun ya que lo es recelo;
y la luz resplandeciente,
aquel sagrado señal
que les da Jove inmortal
para ir entre la gente.

COR. Bien dices. Y ¿quién sería
este gran Dios?

BATO. A mi ver,
Mercurio debe de ser
si va con mensajería.

COR. ¿Con barbas? ¡Gracioso aliño!

BATO. Pues es mucho bien mirado
que una vez baje barbado
de cuantas baja lampiño.
¿Si será Saturno?

COR. ¿El padre
de Jove quieres que baje
a la tierra con mensaje?

BATO. ¿Que no hay cosa que te cuadre?
¡Si es Júpiter he pensado,
que como otras veces suele,
a decir dónde le duele
baja al suelo disfrazado,
si alguna ninfa o doncella,
pues toda doncella es ninfa,
vió lavar co[n] una linfa,
y se ha enamorado della!

COR. Digo que eres como un oro.
¿Y en viejo se tornaría
si es que enamoralla había?

BATO. Pues ¿no es más disforme un to-
y en su figura opiló [ro
por nueve meses a Europa?

COR. Digo que tu ingenio topa
en lo que hombre no topó;
pero de hablar así huye,
que el referir libertades
de las sagradas deidades
poca religión arguye.
Antes sospecho, según
lo que viste anoche, hermano,
que es éste viejo cristiano.

BATO. ¿Qué llamas cristiano?

COR. ¿Aún
no conoces esta gente
del César tan perseguida,
con ser loable su vida,
aun hablando moralmente?
Adoran un Dios, que dicen
que fué hombre y que murió
por ellos, y he oído yo
que en cosas se contradicen
que hay en su ley imposibles:
no sé más; pero bien sé
que en cuanto en ellos se ve
son humildes y apacibles.

BATO. Aquí viene el viejo.
COR. El es
cristiano, sin duda alguna.

(*Sale* SAN VALERIO *con un báculo en las manos, y al parecer fatigado.*)

S. VAL. Cansada edad importuna,
flacos y débiles pies,
¿cómo para huír sois buenos,
siendo para alcanzar malos,
¡ay, Vicente!, los regalos,
de invidia y de gloria llenos?
De gloria para tu alma,
de invidia para la mía,
en el mar de mi alegría
pusieron prolija calma.
Anoche llegué a estos montes,
y dentro una cueva fría
que me albergó, esperé el día
que alegró estos [h]orizontes,
para ver si hay quien me diga
en qué tierra estoy. Ya veo
quien logrará mi deseo.
COR. Padre, ¿con tanta fatiga
camináis por la aspereza
destos montes?
S. VAL. Hijos míos,
quien para andar me da bríos
es la Suma fortaleza.
Y decidme ya: ¿qué tierra
es la que pisamos?
COR. Es
todos los montes que ves
de Ribagorza la sierra,
y Cinca ese río hermoso
que besa su altivo pie;
mas según en vos se ve,
del camino trabajoso
alivio no habéis tomado.
S. VAL. Dos días ha que camino
por donde veis peregrino,
y aún no me he desayunado.
COR. Pues esperad, que a una choza
que cerca de aquí tenemos
vamos los dos, y traeremos
que comáis.
S. VAL. ¡Lo que se goza
mi alma, cuando piedad
descubro en humano pecho,
no tanto por mi provecho,
cuanto por su caridad!
Págueoslo Dios.
COR. Bato, ven,
BATO. Vamos, padre, ya volvemos.
COR. No sé que ocultos extremos
o esperanzas de algún bien
no me dejan ir; mejor
es que vayas tú.
BATO. En buen hora.

(*Vase* BATO, *y queda* CORIDÓN *acechando al* SANTO.)

COR. De aquí veré qué hace agora
este buen viejo.

(*Arrodíllase* SAN VALERIO.)

S. VAL. Señor,
¿en qué os puede ya servir
que os sea más interés
este inutil viejo, pues
en él no hay sino morir?
La lengua en agraz cortáis
que se vió más elocuente,
y la mía balbuciente
para que os sirva dejáis.
No entiendo yo este secreto;
confieso que estoy en calma,
y en llegando aquí del alma
las tres potencias sujeto.
Mas ¿qué habréis hecho, mi
de mi Vicente? ¿Si ya [Dios,
llevó la palma, o si está
aún padeciendo por vos?

(*Descúbrese* SAN VICENTE *como le pintan, que es como Diácono, con una muela de molino al lado y una aspa a las espaldas, y un libro, y una palma en las dos manos.*)

S. VIC. ¡Gran Valerio, a tu Vicente
vuelve el rostro venerable,
que a consolarse contigo
viene de una obscura cárcel!
Padeciendo estoy por Dios

en tan apretados trances,
que el último de la vida
parece que es el más fácil,
y porque en él quiere Dios
ser como siempre admirable,
ya el Palio me ha descubierto
de mi carrera constante.
Presto moriré, y serán
mis atormentadas carnes
expuestas por cebo y pasto
de aves y brutos voraces.
Será un cuervo de mi cuerpo
centinela vigilante,
haciendo que por las leyes
quél pasa los demás pasen;
saldrá en esto un lobo, a quien
hará curioso la hambre,
y el milagroso, el ayuno
de la siempre hambrienta ave,
con uñas, alas y pico
se oporná al bruto salvaje,
y con más hambre y respeto
que vino, hará que se aparte.
Confuso desto el tirano
mandará que el curpo lancen,
dentro de una piel de buey
atado a una piedra grande,
en el abismo del mar;
haráse al momento, y antes
que salgan los que me echaron
en la orilla que el mar bate
me hallarán, y yo en sus pechos
conocimiento notable
de no llegar más a mí;
pero el mar con fuerza suave,
jugando con el arena
con olas mansas, daráme
por algún tiempo sepulcro,
hasta que el rigor se pase,
y una devota mujer,
que yo avisaré, me saque
y ponga en lugar decente,
y tanto que señalalle
quiere Dios para mi templo;
que así a los que poco valen,
y se le humillan, ensalza;
aunque tú, mi amado padre,
en esos montes que vives
otro has de erigirme antes,
y ése el primero ha de ser
que en mi nombre se levante.
Por eso en esta figura,
en este hábito y traje
te vengo a ver, porque en él
en tu templo has de pintarme,
y a tu imitación en todos
los templos y los altares
que mi Dios ha de ordenar
que a mi nombre se consagren.

S. VAL. Dime, hijo: ¿por qué Dios
deste mi cuerpo ya frágil
dilata el forzoso fin,
sin permitir que de mártir
goce la palma que gozas?

S. VIC. Ya, Valerio, la alcanzaste,
pues lo eres en el deseo;
cuanto y más que es importante
por agora tu persona,
pues antes que un año pase
te hallarás en un Concilio
con otros diez y ocho Padres,
que en la ciudad de Illeberris,
que Granada ha de llamarse
después, se ha de celebrar.
Queda adiós.

S. VAL. Glorioso mártir,
espera.

COR. ¿Qué es lo que miro?
¿Estos favores se hacen
a los cristianos?

S. VAL. Vicente,
¿dónde estás?

COR. Sagrado padre,
por lo que he visto confieso
que tu ley para salvarse
sólo es la ley verdadera;
hoy llegué a desengañarme
de mis dudas, porque yo
ya otra vez quise tornarme
cristiano, lo que no hice
por no hallar quien me quitase
algunas nubes que quieren

cegar mis ojos de carne.
Padre, cristiano ser quiero.

S. VAL. ¿Es posible que yo hallase
después de ver mi Vicente
contento que sea más grande?
Hijo mío, alza del suelo,
y bien dél puedes alzarte,
pues tan alto vuelo has dado
que los cielos penetraste.

(*Vuelve a salir* BATO *cargado de una cesta.*)

BATO. Ya está la comida aquí.

COR. A otra quiere convidarte
mi amistad, querido Bato,
si es que conocella sabes.
Por lo que he visto, y después
te diré, quiero pasarme
al bando de los cristianos.
Bato, si otro tanto haces,
por esa pobre comida
todos los cielos compraste,
pues la limosna es, sin duda,
quien estos milagros hace.

BATO. Coridón, quien hasta aquí
en todo quiso imitarte,
por la fama de sabido
que te dan nuestros zagales,
también te imitará en esto;
yo no sé qué Dios me haces
adorar; pero bien sé
que en los que adoraba antes
no había mucho que adorar
por sus malas propiedades.

S. VAL. Este es milagro visible
de Dios; ¿pues quién pudo dalle,
Señor, si no es vuestra mano,
fervor de fe a este salvaje?

COR. Abrázame, Bato amigo,
y vamos, amado padre,
que esta fuente, que celebra
de su Dios las obras grandes,
mesa cubierta de flores
nos da en su florida margen.

S. VAL. Vamos, hijos, que el que a Dios
plato que tan bien le sabe
le sabe servir, bien puede
con él a comer sentarse.

(*Vanse.*)

(*Salen* DACIANO, OLIMPIA *y un soldado llamado* BUMORFO.)

DAC. Ya no hay para mí ventura,
ya no hay para mí consuelo,
pues por sobrar yo en el suelo
el cielo se me conjura.
¿Qué digo el cielo? El abismo,
y no lo encarezco mucho,
pues con un infierno lucho
en luchar conmigo mismo.

OLIM. ¿Qué es esto, amigo, qué es esto
que te dijo el carcelero, [to
que así tu aspecto severo
ha turbado y descompuesto?
¿Murió Vicente y su brío?
¿Púdote esto atormentar
el brazo, como el que a dar
fué un golpe y le dió en vacío?
Si es eso, en otros podrás
ejecutar tanta furia,
que también hacen injuria
a Jove, que honrando estás.

DAC. Cierto que en el blanco has dado
de lo que yo aviso tengo, [do;
aquí el seso a perder vengo,
es de que tan esforzado
está este falso hechicero,
este enemigo importuno,
como si tormento alguno
padeciera en el madero.
Más salud tiene que yo,
y no hace mucho si siento
de su salud más tormento
que cuantos él padeció.
¿No es esto así?

EUM. Así ha pasado;
el cuerpo tiene tan bello,
como si en solo un cabello
no le hubieran lastimado.

OLIM. En suma, yo no te entiendo,
pues de lo que has de mostrar
más contento que pesar,

te estás, señor, consumiendo.
¿Tú eres Daciano el cruel?
¿No es mejor para tu efeto
hallarle con más sujeto,
para ejecutar en él
nuevos linajes de penas
y géneros de tormentos?
¿Estos acontecimientos
son, señor, los que condenas?
Si como a niño azotar
le mandas, si por donaire
le tienes colgado al aire,
¿admíraste que cobrar
pueda tan presto salud
un mozo que, como ves,
en él su médico es
la gallarda juventud?
¿No hay [h]achas, uñas y car-
que aplicalle a los costados, [das
y dejárselos rasgados?
¿Qué aguardas, señor, qué
[aguardas?
De ver por diversas bocas
palpitando sus entrañas,
¿posible es que a estas hazañas
airado no te provocas?
¿No sientes tú lo que siento?
(*Aparte.*)

DAC. ¿Quién vió mujer como aquésta?

OLIM. ¿Qué dices?

DAC. Que por respuesta
te doy alabar tu intento.
Tú, Eumorfo, al momento pon
por obra lo que has oído,
y de nuevo este atrevido
sienta mi nueva pasión;
y cuando en el aspa esté
me avisarás.

OLIM. Así, así; (*Ap.*)
sienta lo que yo sentí
cuando despreció mi fe.

EUM. Ya yo voy.—Nunca creyera
[*Aparte.*]
que cupiera en pecho humano
rigor como el de Daciano.
Mas ya veo que es más fiera
esta mujer.

OLIM. Voyme, amigo,
si aquí no soy menester.

DAC. ¿Que no gustarás de ser
de tus consejos testigo?

OLIM. Bastaráme a mi el sabello,
que aunque soy, por lo que callo,
[*Aparte.*]
buena para aconsejallo,
no lo seré para vello.

DAC. Un forzoso pensamiento
en este punto me ocurre
cuando en Olimpia discurre
mi confuso entendimiento,
y miro lo que se ensaña
contra este mozo, a quien ya
vi que un tiempo le miró
con gusto y pasión extraña.
Con razón me hace admirar;
algún mal suceso temo;
porque pasar de un extremo
a otro extremo sin tocar
los medios, bien puede ser,
mas es después de logrado
el deseo, que el enfado
nace del mismo placer.
En suma, yo soy...

(*Salen los dos* SACERDOTES.)

SAC. 1.º Señor,
¿pues hoy vuelves a probar
si podrá continuar
Vicente el necio valor?

DAC. Hoy veréis dar otro tiento
al que se muestra tan fiero,
que con sufrimiento quiero
apurar su sufrimiento;
porque con sola una muerte
mi sed no puedo aplacar;
quiero de muchas forjar
una más que todas fuerte.
Y por aumentar su estrago,
quiero que en esta porfía
desta muerte cada día
pruebe solamente un trago.

SAC. 2.º Ya está tu vista atendiendo

en la forma que dijiste
el espectáculo triste
del español estupendo.

(*Corren una cortina y descúbrese* SAN VICENTE *amarrado a una aspa, con un* SAYÓN *a cada lado, y ellos con sus cardas en las manos.*)

DAC. Pues, Vicente, ¿estás cansado
de sufrir y padecer?
¿Quieres incienso ofrecer
al Emperador sagrado?
Con esto más justifico
mi opinión.

(*Volviéndose a los* SACERDOTES.)

[SA.] 1.º Discreto eres.
S. VIC. ¿Qué más sacrificios quieres
de mí, pues me sacrifico
a quien sin culpa se dió
por la mía en sacrificio?
DAC. Aún no has cobrado el juïcio.
¿No os digo, no os digo yo
que es dar voces en desierto
y majar en hierro frío,
reducir el desvarío
déste a orden y concierto?
Dad principio a la labor;
ea, abrilde los costados.

(*Comienzan a peinalle los costados con unos peines hechizos, que sacaban mucha sangre sin ofendelle.*)

S. VIC. A caber en mis cuidados
de la venganza el rigor,
¡cómo de ti me vengara,
Daciano, en esta ocasión,
pues pasas tú más pasión
de ver risueña mi cara
en la mitad del tormento,
que yo en sufrille padezco!
DAC. ¿Posible es que no enloquezco
cuando estas palabras siento?
Cargad, cargad más la mano,
hasta que con el ex[c]eso
rompáis con la carne el hueso
deste pérfido cristiano.
Vea el corazón traidor,
que a bocados comer pienso.
S. VIC. ¿No ves como es más intenso
tu dolor que mi dolor?
Vosotros, ejecutores
de su gusto, ¿cómo andáis
tan flojos? ¿No receláis
de Daciano los rigores?
Mas de no rasgar mi pecho
como os ruego con rigor,
Daciano, mi vengador,
me dejará satisfecho.
DAC. ¿Cómo gusto no le dais?
¿Cómo no os afrentáis viendo
que él descansa padeciendo
y que ofendiendo os cansáis?
SAC. 1.º ¿Quién tesón tan obstinado
vió jamás?
[SA.] 2.º Cosa increíble;
¡que viva un cuerpo pasible
tan roto y tan maltratado!
SAY. 1.º Ya las fuerzas y el aliento
me faltan; ¿qué haré? ¡Ay de
[S.] 2.º Pasar no puedo de aquí; [mí!
sin brío y vigor me siento.

(*Ha de haber hablado* DACIANO *en secreto con los* SACERDOTES.)

DAC. Bien decís, dejalde ya,
y no le bajéis de a[h]í;
no le bajéis, porque así
la sangre se cuajara.
Resfriaránse las heridas
y hará su efeto el dolor,
y entonces con más rigor
y fuerzas recién nacidas
volveréis a los tormentos.
S. VIC. Desengáñate, Daciano,
que es invencible la mano
que se opone a tus intentos.
DAC. Ya yo lo veo, y vencido
desde el principio me vi:
caiga un rayo sobre mí
pues con el rayo no he sido.
Furioso, con propia mano
rompa mi pecho cruel;

el caballo más fiel
sea para mí el Seyano;
rabiando muera, cual vivo,
y viva siempre muriendo;
traslade en mí el reino horrendo
el tormento más esquivo;
salga por sulfúreas quiebras
tras mí el fuego del infierno,
pues cuando fuí niño tierno
no hubo para mí culebras;
y en fin, todos mis intentos
tengan como yo el fin crudo,
pues un cristiano desnudo
vence todos mis tormentos.
Vencido voy y corrido
de que vencelle no puedo.

(*Vase.*)

[SA.] 1.º Amigo, yo tengo miedo
que algún encanto escondido
trae consigo este insolente.

[SA.] 2.º Lo mismo, Néstor, recelo.

(*Entranse, dejando solo a* SAN VICENTE.)

S. VIC. Señor, con algún consuelo
confortá a vuestro Vicente.

(*Descúbrese arriba* CRISTO NUESTRO SEÑOR, *como lo pintan en el Juizio, con un mundo a los pies.*)

CRIS. Aquí estoy, fuerte soldado;
aquí estoy, Vicente mío,
que si al tormento doy brío
es porque fuerzas te he dado.
Sufrirás varios tormentos
que te quedan por pasar,
y en mi nombre has de triunfar
de todos cuatro elementos.
En el aire suspendido
te has visto; triunfaste dél,
y por ti el fuego cruel
también se ha de ver vencido.
Ya casi muerto en el suelo
sobre tejas te han de echar;
triunfarás dél y del mar
cuando esté tu alma en mi cielo.

(*Cúbrese la apariencia.*)

S. VIC. Aguarda, Señor, espera
a que las gracias te dé
el que con tantas se ve
como si en gracia naciera.

(*Cubren a* SAN VICENTE, *dando con esto fin al acto segundo.*)

ACTO TERCERO

(*Salen dos* SACERDOTES, *con gente de guarda armada, que sacan presos a* BRAULIO *y* PRUDENCIO, *cristianos.*)

SAC. 1.º Aquí los podéis dejar;
idos.

SOL. 1.º Gran persecución
es ésta.

SOL. 2.º Hermano, chitón,
que castigan por hablar.

(*Vanse los* SOLDADOS *de guarda.*)

SAC. 1.º ¿Que escarmentar no queréis
en cabeza ajena, amigos,
sino ser fieros testigos
de los tormentos que veis?
Con razón os llamo fieros,
pues alegres os contemplo
mirar a ese vuestro ejemplo
rendir los ayes postreros,
tanto que no os diferencio
de Daciano en la inclemencia,
pues si no dais la sentencia
la aprobáis con el silencio.
¿Es posible que mirar
los tormentos que ha pasado
este Vicente obstinado
no os hace, amigos, temblar?
Ya en la garrucha pendiendo,
las carnes descoyuntadas,
de las varas y plomadas
las heridas padeciendo;
ya en el aspa estatua hecho
de fuente, cuando a la pila
le da el humor que distila
derramando el de su pecho;

ya en varias cárceles dando
descanso al cuerpo soez,
con hambre, sed, desnudez,
que le están acompañando,
y en el Equuleo tendido
¿no le veis a[h]ora amarrado,
del hierro y fuego asaltado
y al hierro y fuego rendido,
pues no es posible escapar
de tormento tan contino,
si por donde abre camino
el hierro, el fuego ha de entrar,
y abrasalle las entrañas,
que hechas ya cenizas veo?

BRAUL. Sin duda con el deseo,
Néstor, tú mismo te engañas,
pues el discurso elocuente
con que nos pones temor
nos da bríos y valor
para imitar a Vicente.
¿Parécete que si vemos
resistir un cuerpo humano
del implacable Daciano
los nunca vistos extremos,
que no habemos de creer,
aunque a ti no te convence,
que quien en Vicente vence
en los dos ha de vencer?
Que el bravo español que viste
resistir la horrible muerte
no es Vicente, otro es más fuerte
el que a la muerte resiste.
Este en Vicente se encubre,
y no para todos, no;
que si a ti se te encubrió
a nosotros se descubre,
y con el triunfo convida
que la muerte le ha rendido,
y no es milagro, si ha sido
y es el Autor de la vida.

SAC. 1.º Que os venza o que venzáis
vosotros, o otro por vos,
si es buen Dios o si es mal Dios
el nuestro o el que adoráis,
presto lo veréis, cuitados,
cuando plática tendréis
de los tormentos que veis
agora como pintados.
Yo soy el necio en hacer
estos oficios por quien
en vez de estimarse el bien
no le sabe conocer.
Saldrá Daciano y a coces
hará este negocio llano.

PRUD. ¡Ay de mí! Deste tirano
temo las penas atroces.
Confieso que por caer,
amigo, estoy vacilando.

BRAUL. ¿Qué te escucho?

PRUD. Estoy temblando.

BRAUL. ¿Qué dices?

PRUD. Pues ¿qué he de hacer?
El alma animosa está,
pero el cuerpo se estremece.

BRAUL. Escucha.

SAC. 1.º ¿Qué te parece
desta vil gente?

[SA.] 2.º Que va
los mismos pasos siguiendo
de Vicente.

[SA.] 1.º Hombre invencible.

[SA.] 2.º Pues vemos que es imposible,
a lo menos yo lo entiendo,
hacella sacrificar,
propongámosles agora
el otro medio.

[SA.] 1.º En buen hora.

PRUD. No te lo puedo negar,
ni tú a mí, que es caso fuerte
querer que la frágil tierra
que mi débil cuerpo encierra
se oponga a la misma muerte.

SAC. 1.º Ya que ofrecer no queréis
a los dioses sacrificio,
a lo menos dad indicio
que al César obedecéis
en lo que no es religión,
pues en eso es cosa clara,
según vuestra ley declara,
que tenéis obligación.
Dadnos los libros o escritos
que guardáis, que si esto hacéis,

los delitos que tenéis
yo haré que no sean delitos.
BRAUL. ¿Qué libros?
[SA.] 1.º Los que os enseñan.
BRAUL. ¿Y eso llamas no tocar
la religión?
[SA.]2.º No hay dudar.
PRUD. ¿Dónde, Braulio, te despeñan
tus locuras? Démoslos;
acaba; ¿qué hemos de hacer?
BRAUL. Cualquier cosa, y no emprender
tal ofensa contra Dios.
SAC. 1.º En estos libros, que damos
después al fuego, el renombre
deste que llaman Dios y hombre
de todo el mundo borramos.
(*Aparte.*)
SAC. 2.º ¿Qué decís?
PRUD. Que los daremos.
BRAUL. ¿Estás loco, que esto dices?
PRUD. Calla, no te escandalices.
[SA.] 1.º ¿De qué estás haciendo extre-
[mos?
¿No eres tú de esa opinión?
BRAUL. ¿En los libros te he de dar
mi ley? ¿Eso has de mandar?
[SA.] 1.º Si está en vuestro corazón,
¿qué importa que me la des
en los libros?
BRAUL. El desprecio
que haréis dellos.
PRUD. No seas necio,
pues así libre te ves.
BRAUL. Ea, démoslos, pues tanto
temes los tormentos.
PRUD. Ya
de dallos resuelto está.
BRAUL. Mejor fuera en triste llanto,
antes de hacer tal traición.

(*Sale* DACIANO *furioso, hablando hacia el vestuario, y tras él* OLIMPIA, EUMORFO *y* PARMENO, *soldados.*)

DAC. No porque seas hechicero
de rendirte desespero;
ya, ya sé que hechizos son
los que tan gran sufrimiento
te infunden; pues hoy verás
si mi rigor puede más
que tu fuerte encantam[i]ento.
OLIM. ¿Qué es esto, Daciano mío?
¿Quién a dar voces te obliga?
DAC. Una incesable fatiga
contra quien loco porfío.
Este Vicente o demonio,
que hombre no es posible ser,
de que siempre ha de vencer
hoy da mayor testimonio.
Pedíle que me entregase
sus libros, para ofrecellos,
y mi impaciencia con ellos,
al fuego que los abrase,
prometiéndole la vida
si me daba gusto en esto,
y el falso cuanto modesto,
con una risa fingida
me dijo que antes del fuego
infernal me veré arder,
que en sus libros pueda hacer
tal incendio. Mandé luego
que fuego le oí nombrar,
que en el Equuleo le amarren,
y con peines le desgarren
todo el cuerpo, a quien quemar
con [h]achas también mandé;
mas ¿qué importa, si de todo
por un milagroso modo
hace donaire? ¿Qué haré,
que estoy loco de impaciente?
OLIM. ¿De eso te afliges, señor?
Tiempla, tiempla ese rigor,
que no es bien que a un Presi-
[dente
le vean tan descompuesto;
la máquina has olvidado
que los dos hemos trazado,
donde mi industria echó el resto,
y el último esfuerzo hizo
contra este monstruo insensible,
y es aquel lecho terrible
de púas hecho un erizo,
que de cada cruz naciendo

que las varas van formando,
el cielo está amenazando,
cuanto y más al que estás viendo
tan maltratado y herido,
que el espanto solamente
de la cruel cama ardiente
hoy te le dará vencido.

DAC. Bien dices; traigan la cama,
y a Vicente traigan luego,
que hoy las banderas despliego
de mi venganza o su fama.
Encended un fuego y tal
que apuréis como en crisol
si este insolente español
es mortal o es inmortal.

(*Vanse* EUMORFO *y* PARMENO.)

OLIM. Ver quiero aquesta experiencia,
y en qué consiste, Daciano,
deste intrépido cristiano
la incontrastable paciencia.—
El yelo de su desdén (*Ap.*)
con fuego de rabias pago.

SAC. 1.º Con menos fuerza y estrago,
codiciosos de su bien,
te ofrecen Braulio y Prudencio
todos sus libros, señor.

DAC. Y yo de hoy más mi favor,
y en sus delitos silencio.

BRAUL. ¡Que a tal he llegado, cielos!

PRUD. Así asiguro mi vida.

DAC. Cuanto más va, más rendida
[*Aparte.*]
tengo el alma a los recelos
que formo desta mujer,
o a lo menos del rigor
que ofrece a quien de su amor
el ídolo solía ser.
Mas salgamos deste perro
que su rabia me pegó,
y a mis celos condenó,
con ser tal rabia, a destierro,
que después yo sacaré
en limpio aquesta verdad.

(*Sacan a* SAN VICENTE, PARMENO *y otros dos* SOLDADOS, *medio desnudo y herido.*)

S. VIC. Señor, socorro enviad,
pues defiendo vuestra fe.

DAC. Pues, Vicente, ¿no es mejor
tus libros manifestarme,
que obligarme y aun forzarme
a tratarte con rigor?

OLIM. ¿Que tal viene, ¡ay de mí
[triste!,
y desto soy yo ocasión?
Movido me ha compasión;
mas, Olimpia, ¿qué dijiste?
(*Aparte.*)
¿Tan presto el castigo olvidas?
Muera, pues me ha despreciado.

DAC. Harto mejor lo han pensado,
pues por amparar sus vidas
Braulio y Prudencio me dan
sus libros.

S. VIC. ¿Qué es lo que escucho?
Con nuevos tormentos lucho.
Si esto es verdad, no darán,
que Braulio es soldado bravo,
y Prudencio es más prudente,
y no querrán que se cuente,
de quien con razón alabo,
lo que de Judas se cuenta
cuando a su Dios entregó
en manos del que le dió
muerte cruel y sangrienta;
pues lo mismo es ofrecer
los libros de nuestra fe
que al mismo Dios, y se ve,
sin que hayamos de traer
la razón por los cabellos,
que a Dios da quien libros da,
pues si en su Evangelio está
por fuerza ha de estar en ellos.
¿No es esto, amigos, así?

PRUD. Así es.

S. VIC. ¿Y libros dais?

BRAUL. No damos tal.

DAC. Pues ¿qué habláis?
¿Burláisos los dos de mí?

SAC. 1.º Aquí nos lo prometieron;
si después que éste ha venido,
y, como ves, persuadido,

Daciano, se arrepintieron,
ellos los culpados son.

DAC. ¿Pasó esto así?

BRAUL. Así ha pasado.

DAC. ¿Y habéis de opinión mudado?

BRAUL. Y con no poca razón.

DAC. ¿Luego libros no daréis?

BRAUL. Antes daremos mil vidas.

PRUD. Mis fuerzas enflaquecidas
suplícoos que reforcéis,
Dios fuerte, Dios poderoso.

DAC. ¿Es posible que esto pasa
y mi fuego no os abrasa?
¿Que este enemigo alevoso
ha de ser mi confusión?
¿Qué es esto, Jove, qué es esto?
Llevádmelos de aquí presto,
volvedlos a la prisión,
antes que en ellos imprima
más fervor este español,
que cuanto ve, como sol
lo vivifica y anima.

S. VIC. Confiad en el divino
auxilio, gente constante,
pues vuestro Dios va delante,
que os desempiedra el camino.

(*Llévanse presos a* BRAULIO *y a* PRUDENCIO *algunos* SOLDADOS *de guarda.*)

DAC. ¿Qué dices desto, señora?

OLIM. Que es digno de muerte fiera,
cuando cristiano no fuera,
por lo que ha intentado agora.

SAC. 1.º ¿Hay tal acontecimiento,
que lo que nos ha costado
más de dos días de enfado
nos despinte en un momento?

(*Sale* EUMORFO.)

EUM. Ya está todo prevenido
como has mandado, señor.

DAC. Agora verás, traidor,
quien del fuego embravecido
digna materia ha de ser,

(*Corren una cortina y descúbrese una cama de hierro en forma de parrilla cubierta toda de agudas puntas, y mucha leña debajo, y dos* SAYONES *para echalle fuego.*)

y si el Dios por quien respondes
en esos libros que ascondes
hoy te podrá defender.
En esta cama te espera
del tormento riguroso
que hoy has pasado el reposo.

SAC. 1.º ¡Quién tal fabricar pudiera!

OLIM. Ya de mi invención reniego.
[*Aparte.*]
pues siempre del sentenciar
hay mucho al ejecutar.

DAC. Cebad, cebad más el fuego.
Más materia podéis dalle,
que en piramidales puntas
con las de la cama juntas
compitan por lastimalle.
Tú, Parmeno, ¿no previenes
las sábanas que mandé?

PARM. ¿Qué sábanas?

DAÇ. Bien, a fe;
las láminas y sartenes
con que hoy le pienso abrigar,
y ellas, cual lienzo delgado,
por uno y por otro lado
se le han de asir y pegar.
Id la cama, en vez de flores,
de granos de sal sembrando,
porque del fuego saltando
le den tormentos mayores.

S. VIC. Multiplica requisitos
y circunstancias aumenta,
que antes caerás en la cuenta
que en tus manos mis escritos;
y porque tus hombres veo
que andan muy embarazados,
con tan diversos recados,
de tu insaciable deseo,
y mi triunfo y gloria en parte
dilatan con tal tardanza,
en posesión la esperanza
yo mismo quiero trocarte.

(*Desnúdase de la ropa que trae, quedando tan herido como escapado de otro*

tormento de hierro y fuego, y arrójase sobre la cama, que ya está ardiendo, apartando los SAYONES *a una parte y a otra.*)

OLIM. Ya es ésta en vez de constancia
loca desesperación.
DAC. ¿Quién vió tal resolución?
SAC. 1.º Esta más es arrogancia
que valor constante y fuerte,
pues enseñáis los cristianos
que nadie con propias manos
puede buscarse la muerte.
S. VIC. Bien dices, teólogo nuevo;
mas mi Dios sobre ese punto
tal vez echa un contrapunto
que no alcanzas y yo apruebo.
Este alcanzó el gran Lorenzo,
y el que a él se le enseñó
también me le reveló.
¿Qué hacéis?, que yo me avergüenzo
de diligencia tan corta.
¿Cómo el fuego no encendéis,
pues la leña que ponéis
si no arde poco importa?
DAC. Pegalde fuego, acabad.
S. VIC. Aún más quisiera sufrir,
pues sé que se ha de medir
mi premio por tu crueldad.
Mira, pues, caro Daciano,
si he de tenerte en memoria,
pues hoy mis grados de gloria
dispensa Dios por tu mano.
OLIM. Nunca yo aquí me quedara.
Perdóname, mi Vicente,
pues ya Olimpia se arrepiente
de haberte sido tan cara.
S. VIC. Favor cielo soberano;
da fuerzas al sufrimiento,
pues que las das al tormento.
SAC. 1.º No es posible que sea humano
este Vicente o fantasma,
pues cuanto más crece el fuego
más crece en él el sosiego.
[S.] 2.º No sólo admira, mas pasma.
DAC. De nuevo el fuego encended,
pues la sangre que derrama
ha muerto toda la llama;
traed más leña, traed.
PARM. Ya no puede hacer el fuego
más presa en sus carnes, pues
carbón todo el cuerpo es.
OLIM. ¿Qué es esto que a escuchar llego?
S. VIC. Ya comenzar a comer
puedes, porque ya está asado
el cuerpo que has deseado
tantas veces deshacer.
DAC. Pues no lo digas burlando,
que tus carnes comer quiero,
y verás si soy más fiero
quel fuego que te está asando.

(*Arremétele a bocados y corren la cortina, con que queda cubierta la apariencia y* DACIANO *dentro.*)

OLIM. ¿Quién ha visto tal crueldad?
Corre tras él, Néstor, corre,
antes que con esto borre
lo que de su autoridad
a voces dice la fama;
ve tu también, Juliano,
y escúchame, Eumorfo hermano.

(*Van tras él los dos* SACERDOTES.)

EUM. Señora, pues que te llama
el Presidente su esposa
y te muestra tanto amor,
¿por qué en parte tu rigor
no tiemplas, Olimpia hermosa,
pues vemos que en vez de hacer
que este mozo mude intento,
en cada nuevo tormento
su nueva afrenta ha de ver?
OLIM. No puedo, amigo, con él.
EUM. Mientes, que al revés he visto.
(*Aparte.*)
OLIM. Mal sus salidas resisto,
que es por extremo cruel;
y porque veas si siento
su obstinado porfiar,

esta noche me has de dar
luz y favor a un intento
que tengo de visitalle
en su prisión a deshora.

EUM. Mira lo que haces, señora,
y advierte bien...

OLIM. Yo he de hablalle
esta noche, Eumorfo amigo.

EUM. ¿Y si lo entiende el Prefeto?

OLIM. Por eso deste secreto
te hago a ti sólo testigo,
que te tengo por prudente,
y cauteloso también;
esto me importa.

EUM. Está bien;
yo te haré ver a Vicente.

OLIM. Pues vete, antes que Daciano
hablando nos halle aquí.

EUM. Espérame, que por ti
volveré a las once.

OLIM. Hermano,
a esa misma hora Agripina
en el corredor te espera.

EUM. ¿Quién desta mujer creyera
mudanza tan repentina?

(*Vase.*)

OLIM. Ya el lascivo amor troqué
en un amor compasivo.
¡Triste yo! ¿Si estará vivo?

(*Vuelve a salir* DACIANO.)

DAC. Buen lecho le receté
después del otro de fuego.

OLIM. Pues, amigo, ¿en qué ha para-
este mancebo obstinado? [do

DAC. En que le hice echar luego,
tal como sacalle viste
de aquella encendida cama,
en otra donde le llama
por momentos su fin triste.

OLIM. ¿Otra cama le aparejas?

DAC. Muy mullida y regalada:
la misma tierra, sembrada
de mil cortadoras tejas,
es la cama que le doy,
por donde han de revolcalle.

OLIM. Creo que muerto has de hallalle.

DAC. Podría ser.

OLIM. Y aun yo lo estoy
por lo que le hice sufrir;
pienso que sería mejor
tanta crueldad y rigor
en blandura convertir.

DAC. Ya aflojas, ya te arrepientes
con sólo velle una vez;
a ser como yo Jüez
no faltaran delincuentes
si los vieras tormentar,
cuanto y más que antes la muer-
rendirá su cuerpo fuerte, [te
según le he visto llevar.

OLIM. No lo permitan los cielos
[*Aparte.*]
antes que yo le haya hablado.

DAC. Esta piedad ha dejado
más confusos mis recelos.

(*Vanse.*)

(*Sacan* PARMENO *y otros dos* SOLDADOS *a* SAN VICENTE *con la ropa de antes, muy herido, y sacan muchos pedazos de tejas que van sembrando a una parte del tablado, donde está prevenido un cepo.*)

PARM. Ea, pues; siembra de tejas
el suelo, tú el cepo tray.

S. VIC. ¡Ay, dulce Jesús!

PARM. No hay ¡ay!,
aunque hay materia de quejas.
Sufre y calla, pues no quieres,
rebelde en tu pensamiento,
trocar tan largo tormento
en regalos y placeres.

S. VIC. No pienses, no, que este ¡ay!
nace de pena y temor,
sino de un interno amor
que en mi amante pecho hay.
Este envío a quien me ama,
y por el otro deciende
como por humo que prende
en la más vecina llama;
con él baja en mi favor

del cielo todo el poder;
mira, pues, si podré hacer
rostro al rostro del temor,
y si llamar me conviene
con esta seña que oíste
al que dentro en mí os resiste,
y aun confundidos os tiene.

[S.] 1.º Ya la cama tengo echa.

PARM. Venga ese cepo primero,
y verá este vocinglero,
que mis consejos desecha,
si nos confunde o resiste.
Alza de a[h]í; pon los pies.

S. VIC. Ya los pongo.

PARM. Acaba, pues.

S. VIC. ¿Cuándo, Parmeno, me viste
perezoso, pues me das
tanta prisa?

PARM. Agora.

S. VIC. ¿Agora?

PARM. ¿Luego miento?

S. VIC. Sea en buen hora.

PARM. ¿Y tú aún cerrado no has?

[S.] 2.º Ya cerré.

PARM. Muestra la llave.

[S.] 2.º Vesla aquí.

PARM. Tira de a[h]í.

(*Desnúdanle la ropa al* SANTO, *cada cual tirando de su manga.*)

[S.] 2.º Ya he tirado.

S. VIC. Ya por mí,
con pena y dolor más grave,
os vistes como me veo,
mi Dios, cuando os desnudó
y en la Cruz os enclavó
el ingrato pueblo hebreo.

PARM. Deje las exclamaciones,
pues de fruto no han de ser,
y procúrese tender
en estos blandos colchones,

(*Toman en brazos al* SANTO *y revuélcanle sobre la cama de tejas.*)

que, como a niño, queremos
en el columpio mecelle,
hasta en el ragazo velle
del sueño en que le ponemos.

S. VIC. Más áspera y más terrible
fué la cama de la Cruz,
Señor, y en ella dais luz,
cómo nos será apacible
conformando, aunque sois
la voluntad que alcanzáis [Dios,
con la del Padre, a quien dais
lo que os doy agora a vos.

PARM. Vámonos, que ya el enojo
me pasó.

[S.] 1.º Vamos, y el cielo
sabe bien que me hace duelo,
en tan rendido despojo
emplear mi brazo fuerte.

[S.] 2.º Dices bien; lo mismo digo.

(*Vanse.*)

(*Salen* EUMORFO, OLIMPIA *y* AGRIPINA, *que trae una cesta en el brazo.*)

EUM. ¿Qué le traes, señora?

OLIM. Amigo,
si antes no llega la muerte,
llegará en este azafate
de conservas un regalo,
que en discuento le señalo
de mi bárbaro combate.

AGRIP. Y en mi pecho llegará
el más terrible temor
que se vió jamás.

S. VIC. Señor,
si os parece tiempo ya
de que os merezca gozar
quien no merece serviros,
donde llegan mis suspiros
dejadme, Señor, llegar;
mas si me apuráis de nuevo,
llegue la experiencia nueva,
que no es mucho que me atreva
si en vuestro nombre me atrevo.

OLIM. Vivo está, dichosa yo.

EUM. Su habla, sin duda, es aquélla.

AGRIP. Y se echa de ver en ella
qué tal está quien habló.

EUM. ¿Llegamos?

OLIM. Eumorfo, espera,
y lo que dice escuchemos.
EUM. ¿Qué ha de decir? Hará extre-
en voz triste y lastimera. [mos
S. VIC. Alcance yo esto, Señor;
no me lo encubráis, Dios mío,
que para todo mi brío
publica vuestro favor.
OLIM. ¡Qué suave consonancia
de nunca vistos acentos!
AGRIP. ¿C[u]ándo los avaros vientos
aspiraron tal fragancia?
EUM. ¿Qué luz celestial alegra
desta caverna el horror,
y cuelga de resplandor
la invidiosa sombra negra?

(*Suena grande música, y bajan dos* ANGELES *por los aires, de dos granadas, el uno con una túnica en las manos, blanca, sembrada de estrellas de oro, y el otro con una palma y guirnalda de rosas y azucenas.*)

ANG. 1.º Salve, Vicente invencible;
salve, glorioso varón.
ANG. 2.º Salve, insigne Capitán;
salve, fuerte triunfador (1).
S. VIC. Bellísimos paraninfos
quel alto Saber crió,
ya para júbilo y gozo,
ya para espanto y horror
deste triste prisionero
y desta escura prisión,
¿qué queréis?
ANG. 1.º Darte un recado;
y porque le oyas mejor
sal de ese cepo primero,
que hoy tu paciencia trocó
en dos alados coturnos,
que vuelan a otra Región.

(*Llegan los* ANGELES *con las manos al cepo, y al momento se abre, saliendo el* SANTO *dél se arrodilla entre los dos* ANGELES.)

(1) En el texto: *truiumfador.*

ANG. 2.º Viste esta túnica hermosa,
de tan precioso valor,
que has de quedar si la vistes
con salud y sin lisión.

(*Vístenle la túnica.*)

ANG. 1.º Esta guirnalda, esta palma,
de vitoria insignias son;
las dos mereces, Vicente,
por virgen y vencedor.

(*Danle la palma, y guirnalda.*)

ANG. 2.º Escucha agora un recado
cual jamás mortal oyó,
exceptando el claustro puro
donde hizo el Verbo mansión.
ANG. 2.º El Consistorio individuo
de tres personas y un Dios
a visitar por nosotros
te invía.
S. VIC. Sumo favor.
ANG. 2.º Y te invía el parabién
de los triunfos que alcanzó
tu constancia infatigable.
S. VIC. Suyos estos triunfos son.
ANG. 1.º Gózate, glorioso mártir,
que ya el sufrir se acabó,
y te está esperando el premio
debido a tu gran valor.
Hoy sin duda gozarás
de la inefable visión,
que incluye en sí cuanta gloria
el ser divino incluyó;
y porque te cuenta el cielo
ya por de nuestra facción,
lo que en la tierra estuvieres
otra escala de Jacob,
de nosotros frecuentada,
verás, constante varón;
desto palabra te damos;
quédate, Vicente, adiós.

(*Súbense los* ANGELES *al son de la misma música, quedando el* SANTO *como arrobado, mirándoles.*)

S. VIC. ¿Quién jamás tan grande bien
como yo, indigno, alcanzó?

EUM. ¿Has visto lo que ha pasado?
AGRIP. Sin duda que este hombre es [Dios.
OLIM. No es Dios, sino que la ley
profesa del Dios mejor.
No sin causa en su defensa
con constante corazón
sufren tan bravos tormentos
como Vicente sufrió.
Esta ley confieso a voces.
EUM. Lo mismo confieso yo.
AGRIP. Tus justas pisadas sigo.
OLIM. Vámonos, que ya del sol
tocará el alba a las puertas;
que a quien Dios le regaló
no ha menester mis regalos.
AGRIP. Vamos, que tengo temor
no te eche menos Daciano.
EUM. Tiene Agripina razón,
que ha rato que de allá faltas,
y un paje al salir nos vió.
OLIM. ¡Ay, mi Vicente querido!
la falta estuvo en mi amor
y no en tu correspondencia;
pues hoy que Dios le trocó,
toda la gloria del cielo
me das al primer favor.

(*Vanse los tres.*)

SAN VICENTE.

¿Quién no confiesa a voces,
dulce Dios, que las penas más atroces
no sólo no son dinas
de las eternas glorias que destinas,
mas que es precio crecido
aun el gozo de ser por ti afligido?
Mas ¿qué mucho que dando
regalos tu piedad estés mostrando,
si también resplandece
hasta en la pena que al precito ofrece:
que en el infierno mismo
de tu piedad descubres el abismo?
¡Cuán dignamente llora
su perdición el que a tu voz sonora
no aplica los oídos!
Que avisados están, que prevenidos
los hombres de aquel día
universal en pena y alegría,
pues para este fin tienes
tu palabra, Señor, dada en rehenes
de aquel Angel, que el vuelo
tu Juan tender le vía por el cielo,
dando al mundo noticia,
ya que del día no, de tu justicia.
Mas ¿quién este Angel bello
será, mi Dios? El alma por sabello
que mucho se inquïete;
quien traerá por blasón aquel *Timete*:
¿Si este Angel será hombre
tan perfeto, que de Angel le den nombre?

(*Dicen de adentro.*)

ADEN. Hombre, Vicente, ha de ser,
y natural de esa tierra,
que infinito bien encierra,
y tu nombre ha de tener.

SAN VICENTE.

¡O[h], varón milagroso,
para oficio tan alto y misterioso
no sin causa escogido,
no hubiera Dios mi muerte diferido;
que por bien lo tuviera,
hasta que este *Timete* de ti oyera.

(*Corren una gran cortina y descúbrese un teatro, y en él varios oyentes, así hombres como mujeres, y* SAN VICENTE FERRER *predicando, con el letrero sobre la cabeza, y en el suelo un féretro, y dentro dél una* DIFUNTA; *dice* SAN VICENTE FERRER.)

S. VIC. *Timete Deum,* hermano:
temed a Dios; no le hurtéis,
por dalla a las criaturas,
la gloria debida a él;
abrid los ojos del alma,
y los del cuerpo también;
que el universal juïcio
cerca, muy cerca tenéis.
Ya llega el tremendo día,
y amargo más que la hiel,
para aquellos que sin luz

de buenas obras estén;
ya el Precursor deste día
en el mundo le tenéis;
ya está en el mundo aquel Angel
del Apocalipsi, aquel
que vió Juan, dando las mismas
voces que a mí darme veis.
Timete Deum, hermanos;
temed al Señor, temed.
Yo soy el Angel, yo soy,
ved si cerca le tenéis;
veisme aquí, que soy del Verbo
la voz que os hace saber
de su segunda venida.
¡Ay! Y ¡ay!, segunda vez,
del que a esta voz se hace el [sordo;
y porque nadie tener
pueda ni aun probable excusa,
si creerme no queréis,
de lo dicho en testimonio
a esta difunta mujer
que traer os he mandado
aliento vital daré;
vida le quiere dar Dios,
porque vosotros la deis
a verdad que califica
el milagro que ha de hacer.
Mujer, levántate al punto,
y a voz en grito da fe
del bando que hoy en mi boca
puso el inmenso poder.

DIFUN. Verdad en todo dijiste,
Vicente, y triste de aquél
que un muerto le hace ventaja
en el oír y el temer.

(*Cúbrese la apariencia.*)

S. VIC. ¿Hay tal, Dios? ¿Hay tal, Se- [ñor,
pues antes miro cumplido
mi deseo que nacido?
¿Quién vió tan grande favor?
Apenas tuve deseo
de ver aquel Varón santo
que el mundo estimará en tanto,
cuando cumplido le veo;
y tan bien, que aún es mayor
quel deseo el cumplimiento,
pues oigo, sumo contento,
que este nuevo Precursor
mi nombre tendrá en el suelo,
y de mi tierra será;
pues lo es ésta, donde ya
muero al mundo y nazco al cielo.

(*Salen* DACIANO, OLIMPIA *y* EUMORFO.)

DAC. Luces, voces y fragancia,
que los sentidos suspenden,
las tinieblas comprehenden
de aquella asombrada estancia,
y que gallardos mancebos
con ropas resplandecientes,
como racimos pendientes
o como tiernos renuevos
de una huerta hermosa y bella,
colman desde el techo al suelo
con blando apacible vuelo
aquella espelunca, aquella
habitación del horror
o boca del hondo abismo.

EUM. No es sino ya el cielo mismo
en luz, belleza y olor.

DAC. Bien las moradas celebras.

EUM. Y otros mil a quien llamaron
las luces que trasfloraron
por los resquicios y quiebras.

DAC. Justos dioses, o bajad
todos juntos a volver
por vuestro honor, o a entender
estos sucesos me dad,
que yo ya he perdido pie,
y todas veces le pierdo
que persigo, loco o cuerdo,
destos cristianos la fe;
pues cual áspid entre flor
yace para el que la pisa,
pues de su yerro le avisa
con mortífero dolor.

OLIM. ¿No te he dicho ya, Daciano,
que era mejor con blandura
domar la condición dura
de aqueste terco cristiano?
Yo al menos ya estoy rendida

DAC. Yo más penado y perdido,
y menos arrepentido.
OLIM. Ni lo estarás en tu vida,
según desgraciada soy.
¡Ay, cristiano de mis ojos!
DAC. Ya de seguir tus antojos,
Olimpia, resuelto estoy.
Ya blanduras y regalo,
apacible responder,
generoso prometer
a Vicente le señalo;
ya se acabó mi rigor,
y mi indignación también;
ya el mal se ha trocado en bien,
y la desgracia en favor
Veamos si, en conclusión,
formando dél tiernas quejas,
la cera de las orejas
pasare a su corazón;
y cuando no quiera el cielo
vencer su obstinada fe,
ver que todo lo probé
me servirá de consuelo.—
Si más fingidos intentos (*Ap.*)
hoy le procuran sanar,
sólo es por podelle dar
de nuevo nuevos tormentos.
OLIM. ¿Qué es lo que escuchando es-
[toy?
Sin duda que este es milagro
de mi Cristo, a quien consagro,
y lo que me ha dado doy.
EUM. Notable es esta mudanza;
no sé qué me juzgue della.
OLIM. Hoy, sin duda, tu querella
venturoso fin alcanza.
Tú, Eumorfo, pues siempre
[has sido
de su daño el instrumento,
selo también del contento,
y haz que de un lecho mullido
el regalo le prevengan;
haz que le siembren de flores,
que den por frutos olores,
con que al enfermo entretengan,
mientras mis médicos todos,
y cuantos hay en Valencia,
para curar su dolencia
buscan remedios y modos.
Ni a diligencia ni a gasto
se perdone, Eumorfo amigo.
EUM. Mis obras doy por testigo.
DAC. Con la esperanza doy pasto,
[*Aparte.*]
ya que con otro no puedo,
por agora a mi rigor.
OLIM. Muy obligada a tu amor
Daciano, de nuevo quedo,
viendo como en todo sigues
mis consejos.
DAC. Son muy sabios.—
Yo vengaré mis agravios [*Ap.*]
por más que a mi gusto obligues,
cuando no con tu belleza,
con razones estudiadas
y lágrimas mendigadas;
tú probarás mi fiereza
en probando yo mis celos.
OLIM. ¡Ay, si Vicente viviese,
porque en la fe me instruyese
que tanto abonan los cielos!

(*Vanse.*)

(*Salen tres* CRISTIANOS.)

[C.] 1.º Ya que el cielo soberano
franca puerta nos ha hecho
en la casa y en el pecho
del implacable Daciano,
gocemos de la ocasión,
y la fingida esperanza
dance al son desta mudanza,
pues tanto busco este son.
[C.] 2.º ¿Dónde está Vicente, dónde?
¿Qué mano avara y cruel,
ya que no lo es con él, [de?
lo es conmigo, a quien le ascon-
[C.] 3.º Ea, en esta pieza entremos,
y en esotra, hasta topar
con él, o con quien mostrar
nos le pueda.
[C.] 2.º No topemos
con el Prefeto y se enoje

de vernos sin su licencia
entrar.
[C.] 3.º Su nueva clemencia
nos anima y desencoge.
[C.] 1.º ¿Quién tal mudanza creyera
del insufrible Daciano?
[C.] 3.º Quién la poderosa mano
de nuestro Dios considera.
[C.] 2.º ¡Notable ha sido el valor
del gallardo aragonés!
[C.] 1.º Notable ha sido, y aun es,
pues se descubre mejor
el constante sufrimiento
en la blandura y halago
que en el riguroso estrago
del más terrible tormento.
[C.] 2.º ¿De qué suerte?
[C.] 1.º Caso es llano;
cuando un dolor padecemos
constantes, en él vencemos
la fiereza del tirano;
pero cuando es asaltada
la carne de la terneza,
vence su naturaleza,
siempre al regalo inclinada.
Mirad, pues, si el silogismo
al más agudo convence,
si allí un hombre inútil vence,
y aquí se vence a sí mismo.

(*Sale* EUMORFO.)

EUM. Pues, amigos, por ventura
¿buscáis a vuestro Vicente?
[C.] 1.º Señor, sí.
EUM. Hacelle patente
Daciano a todos procura.
Veisle aquí.

(*Descubren una cama muy rica toda cubierta de flores, y en ella echado el* SANTO, *alrededor del cual se arrodillan todos cuatro.*)

[C.] 1.º Amigo del alma.
[C.] 3.º Valeroso vencedor.
S. VIC. ¡O[h], amigos, a gran favor
tengo el ver que de mi palma
testigos venís a ser;
ya la poderosa mano
de su Alcázar soberano
la majestad me hace ver.
Ya las torres y [h]omenajes
miro de ángeles cubiertos,
que ya son cielos abiertos
los que antes eran celajes.
[C.] 1.º ¿Quién oyó tales extremos?
¿Para perdellas no más
las esperanzas nos das
que de tu vida tenemos?
Si en medio la furia brava
de los tormentos murieras,
menos sentimiento dieras,
que el trago, tragado estaba
de tu muerte; pero agora
que todos nos prometemos
verte vivo, te perdemos.
¿Qué pecho el alma no llora
por los ojos, que testigos
son de tan triste suceso?
S. VIC. Llorando con tal ex[c]eso
os mostráis mis enemigos,
pues os pesa de mi bien.
[C.] 2.º Por el nuestro te lloramos.

(*Salen* DACIANO *y* OLIMPIA.)

DAC. Olimpia hermosa, veamos
nuestro buen Vicente.
S. VIC. ¿Quién
viene agora?
EUM. El gran Daciano,
y Olimpia, su esposa bella.
S. VIC. Aquí dió fin la querella
que esfuerzas por Diocleciano,
gran Prefecto.
DAC. ¿Cómo así?
S. VIC. Porque ya me muestra el cielo
el prometido consuelo.
Queda adiós.
DAC. ¿Qués lo que oí?
EUM. Señor, en el mismo punto
que en la cama se acostó,
así se desfalleció,
que le tengo por difunto.

DAC. Y si tal es, a Daciano
cuéntale por tal amigo.
¿Qué es esto, que no consigo
cosa en que pongo la mano?

OLIM. ¡Ay de mí triste! Si el cielo
tan gran desventura ordena,
eterna será mi pena,
inmortal mi desconsuelo.

S. VIC. Tú, Olimpia, olvidar procura
el llanto que haciendo estás,
pues tú la mujer serás
que me has de dar sepultura.
Espérame, que ya voy,
dulce Jesús. Jesús mío,
en tu clemencia confío.

EUM. Ya expiró.

DAC. Rabiando estoy.
Venciste, venciste fiero,
pero desta gran vitoria
yo borraré la memoria,
o moriré como muero.
Lo que no pude en tu alma
en tu cuerpo he de mostrar,
que aún más cara has de com-
de lo que piensas la palma. [prar

(*Vase* DACIANO *solo.*)

OLIM. No lo has hecho bien, Vicente,
en dejarme cual me dejas.

EUM. También de ti forma quejas
Eumorfo, Santo valiente.

PRIMERO.

Goza siglos sin fin estos favores
nunca bien celebrada, gran Valencia,
que a ti sola se deben, porque honores
con ellos tu odorífera influencia.
Pues si había de acabar entre las flores
de nuestro insigne Mártir la inocencia,
¿dónde tanto verdugo hallar pudiera,
como en tu seno, eterna primavera?

(*Cubren la cama del* SANTO, *y vanse entrando todos, unos por una puerta y otros por otra, dándose fin a la comedia.*)

LA GRAN COMEDIA

DE

LA BELLIGERA ESPAÑOLA

COMPUESTA POR EL FAMOSO POETA

RICARDO DE TURIA

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES

LAUTARO, *indio.*
RAUCO, *indio.*
GUACOLDA, *india.*
RENGO, *indio.*
GRACOLANO, *indio, padre de* GUACOLDA.
PILLÁN, *padre de* LAUTERO.
CHILCANO, *indio.*
LAUPÍ, indio.
PURÉN, *indio, criado de* GUACOLDA.
[PRAN, *indio.*]
D.ª MENCÍA DE NIDOS.
DON PEDRO DE VILLAGRÁN.
VALDIVIA, *general.*
BOBADILLA, *capitán.*

[HURTADO.] } *Soldados.*
[ORTIZ.] }
ALVARADO.
[NUESTRA SEÑORA DE LA CONCEPCIÓN.]
[*Un* PAJE.]
[LA MUERTE.]
[UN VIEJO.]
[*Una* MUJER.]
[*Un* NIÑO.]
Algunos SOLDADOS, *todos españoles.*
Algunos otros INDIOS *de acompañamiento.*
Hombres, niños y mujeres de tropel.
[*Criados de* GUACOLDA.]

LOA

LOS QUE INTERVIENEN EN ELLA SON:

ISABEL. MARIANA. SALVADOR.

(*Salen* ISABEL *y* MARIANA, *cada una por su puerta.*)

ISABEL.

Noble ciudad, de Europa lauro y gloria.

MARIANA.

Ciudad noble, de Europa gloria y lauro.

ISABEL.

Celebrada del indo, moro y belga.

MARIANA.

Del indo, moro y belga celebrada.

ISABEL.

En cuanto el sol con rubias trenzas mira.

MARIANA.

En cuanto mira el sol con trenzas rubias.

ISABEL.

Desde la blanca aurora al negro Ocaso.

MARIANA.

Desde el Ocaso negro al alba bella.

ISABEL.

Sin segundo sujeto de la fama.

MARIANA.

De la fama sujeto sin segundo.

ISABEL.

Invidia de naciones extranjeras.

MARIANA.

De extranjeras naciones fiera invidia.

ISABEL.

¿Qué voz confusa en mis oídos suena?

MARIANA.

¿Qué acento se remata en mis oídos?

ISABEL.

¿Quién ha rompido el hilo de mi historia?

MARIANA.

¿Quién mi largo discurso ha interrumpi-
[do?

ISABEL.

¿No resuenan los ecos entre peñas?

MARIANA.

¿La soledad no es centro de los ecos?

ISABEL.

Pues ¿cómo en este Cónclave o Teatro,
los ecos de mi voz repetir oyo?

MARIANA.

Pues ¿cómo en este insigne Coliseo
de mi voz el acento han repetido?

ISABEL.

¿Mariana no es ésta? Ella es sin duda.

MARIANA.

Aquella es Isabel, si no me engaño.

ISABEL.

¿Mariana?

MARIANA.

¿Isabel? Pues ¿a qué efeto
tan presto a cantar sale y sin guitarra?
Si aun bien no he dicho un verso de la
[loa.

ISABEL.

El querella decir me sacó fuera,
que salir a cantar sin instrumento
no sé yo quién de mí lo sospechara.

MARIANA.

¿De loa es hoy a fe?

ISABEL.

¿Pues es milagro?
o la primera vez que a pedir salga
merced, a quien hacella es blasón suyo?

MARIANA.

En competencia mía bien es cierto
que es la primera vez.

ISABEL.

En competencia,
o sin ella, diré las alabanzas,
si pueden reducirse a breve suma,
desta ciudad, milagro de los cielos.

MARIANA.

Luego ¿ese intento es norte de su nave?

ISABEL.

Puerto dirá mejor.

MARIANA.

No, sino escollo,
pues nadie salió bien de tal empresa.

ISABEL.

Yo en el valor tan cierto cuanto noble
destos hidalgos pechos considero,
si confusas borrascas me contrastan,
un Santelmo piadoso. Y de su Prólogo
¿cuál era el fin, principio de la audacia
con que pretende preferirse a todos?

MARIANA.

El mismo era también, porque el Santel-
[mo
en quien fundada su esperanza tiene
en el mar de alabanzas desta tierra,
no hay extraño bajel que no le halle,
que es muy clemente el cielo deste clima,
y la inconstante playa no lo es tanto
si entra el bajel las velas amainadas,
y con humilde intento se recoge

en el seno abrigado de su pecho.

ISABEL.

Supuesta esta verdad, a mí me toca
el echar hoy la loa, pues he sido
la primera en salir.

MARIANA.

En la salida
no digo yo primera, sin segunda
me ha parecido a mí; si hallé el Teatro
tan solo como un páramo desierto,
¿cómo ganarme por la mano piensa?

ISABEL.

Lo que digo es verdad.

MARIANA.

Verdad publico.

ISABEL.

Casi me enojo ya.

MARIANA.

Pues yo sin casi
del todo me he enojado; va de loa.
Dejan las [h]ojas sus maternos brazos...

ISABEL.

El que illustra con rayos de luz pura...

MARIANA.

¿Todavía?

ISABEL.

¿Que aún da en esta flaqueza?

MARIANA.

Déjelo, por mi amor.

ISABEL.

Esto le ruego.

MARIANA.

Pues habrá de dejarlo.

ISABEL.

Bravos bríos.

(*Sale* SALVADOR *con una guitarra en la mano.*)

SALVADOR.

Deste instrumento al son el triste oído
con tono bajo regalando estaba,
cuando confusas, disonantes voces
así mi gesto mal lograr pudieron;
que colérico salgo a ver quién puede...
señora, ¿a qué fin el puesto ocupan,
debido al que el silencio pedir suele?

MARIANA.

A mí el deseo de pagar en algo
lo que a esta Ciudad debo, me ha traído
a este lugar.

ISABEL.

Pues yo también pretendo
dar muestras, que Valencia no me tiene
menos agradecida, que obligada;
que ya pedir silencio es excusado
a un Senado tan noble y tan discreto.

MARIANA.

Sus alabanzas cantaré.

ISABEL.

Yo en himnos
llenos de gozo, de contento llenos,
diré sus maravillas y excelencias.

SALVADOR.

Pues recojan la rienda al curso o rapto,
con que Apolo por medio de Caliope
favorece sus ánimos altivos;
que a mí como a hijo suyo me compete
el publicar con voz sonora y dulce
sus alabanzas dignas que la fama
reporte a las naciones más remotas.

ISABEL.

Valencia es común Patria, y así todas
de madre el grato nombre le aplicamos.

MARIANA.

Por tal la tengo, que su seno afable
con nombre me recoge de hija tierna.

SALVADOR.

Si eso es así, ya a todos tres nos corre
obligación precisa de ofrecelle
al sumptuoso altar de su alabanza

a vueltas de los tierno corazones
en regalado son Cánticos dulces.

ISABEL.

Dice muy bien.

MARIANA.

Su voto es acertado.

ISABEL.

Grande empresa emprendemos.

MARIANA.

Grande ha sido
nuestro más que arrojado atrevimiento.

ISABEL.

Pues socorramos con industria y arte
cual pláticos pintores nuestra mengua.
Suele el diestro pintor, cuando la tabla
blanco de su pintura, y de su intento
breve lugar le ofrece, espacio corto,
y ha de pintar en ella un mar soberbio,
una grande Ciudad, un monte altivo,
cuya cumbre reduce a la memoria
de los soberbios hijos de la tierra
el despeñado intento temerario,
valerse de los lejos reduciendo
a proporción pequeña grandes cosas.
Allí indistintamente, y en confuso,
forma un todo de suerte, que a la vista
engañada de lejos, persuade
a creer que es aquélla Roma o Nápoles.
Así los tres siguiendo estas pisadas,
deste Teatro en la pequeña tabla
de lejos pintaremos las grandezas
desta insigne Ciudad de España gloria,
con tanta brevedad, tan de corrido,
que sólo de ocasión servilles pueda
a los dichosos hijos desta Patria
para ver más copiosa y largamente
en la Crónica ilustre deste Reino
las maravillas de su antigua Roma.

ISABEL.

Pues ya que el breve tiempo nos oprime,
y el fin dudoso desta empresa grande,
no diga cada cual más que una octava;
que al fin, el que más teme, más alaba.

MARIANA.

La que adorna sus sienes victoriosas
en la metad del erizado invierno,
con cándidos jazmines, y con rosas
que salen reventando el botón tierno;
la que goza en sus vegas deleitosas
de un florido vergel y abril eterno,
y es del Cielo de España clara estrella,
es la noble Valencia, Ciudad bella.

ISABEL.

La que la vista agrada, y enamora,
del que el Cielo inmortal mide y pasea;
donde el despojo de la Ninfa Flora
tanto en sus campos fértiles campea,
que vence los matices de la Aurora,
y los campos Elíseos y de Iblea;
la que es de amor recíproco centella
es la noble Valencia, Ciudad bella.

SALVADOR.

La que anida Oropéndidas Calandrias
en jardines curiosos y sutiles,
y ellas cual en su centro salamandrias
goza destos pomíferos pensiles,
la que en su playa balsas y palandrias
recoge de mil bárbaros gentiles,
escuchando piadosa su querella,
es la noble Valencia, Ciudad bella.

FIN DE LA LOA.

ACTO PRIMERO

(*Salen* LAUTARO *y* RAUCO, *indios, asidos de un papel.*)

LAUT. Suelta, alevoso.
RAUC. ¿Quién eres?
LAUT. Soy quien pone en residencia
a quien mina la inocencia
de tan honestas mujeres;
soy quien piensa hacer estrago
de ti, aunque los cielos pises;
y soy, si eres casto Ulises,

otra Circe o Lothofago.

RAUC. Sé quien seas, que el papel
no me has de sacar a voces;
y si a mi dueño conoces,
respeta a mi dueño en él;
que tal venganza en el suelo
si me le rasgas o quitas,
con sus luces infinitas
no habrá visto el alto Cielo.

LAUT. Pues si como está en tu mano
estuviera en tus entrañas,
o en las de aquestas montañas,
o en las del mar inhumano,
por el Sol, por su poder,
por la vida que nos da,
y por la dama a quien va,
que es la que el Sol le da el ser,
que en mis manos se pusiera,
y con él quien le escribió;
no digo en querello yo,
pero antes que lo quisiera.

(*Dale un puntapié y échale a rodar, sacándole el papel de las manos.*)

RAUC. ¡Válgame el Cielo, qué furia!;
él me defienda de ti.

LAUT. Mas defiéndase él a sí
si acaso a Lautaro injuria,
que tales sean los duelos
del que procura celar,
que con temor a comprar
venga el tormento de celos.
Con tormento averiguamos
el celoso pensamiento,
y con doblado tormento
averiguado quedamos.
¡Qué gustos o qué regalos
nos procuráis, celos fieros!
Mas no sois, no, los primeros
que os busca el mundo por ma-

RAUC. Fía que caro te cueste, [los.
pues hoy en mí has hecho
deste reino a la defensa, [ofensa
y al asombro del Celeste.
Al fiero Rengo ofendiste.

LAUT. No sé si ese Rengo es fiero,
mas sé que la muerte espero
que en este papel trujiste.
Si la maza que maneja
cuando en la lid se enfurece
acaso el papel parece,
triste ocasión de mi queja;
si vierte tanto veneno
el feroz semblante dél,
cuanto aquí vierte el papel
que de mí me tiene ajeno,
desde agora me sujeto,
y con rostro y cerviz baja
rindo a Rengo la ventaja;
mas qué mucho, si en efeto
el inexorable infierno,
en los celos que me ha dado,
todo el poder le ha prestado
de aquel su tormento eterno.

RAUC. ¡Que con el hurto en las ma-
me cogiese este atrevido! [nos
Ya una vez dél conocido,
mis pensamientos son vanos;
¿por qué el horror de tu man-
[to
¡o[h], noche!, a mí solo niegas?
Amor que a los tuyos ciegas,
¿cómo agora éste vió tanto,
que al darme el papel le das
ojos con que me resista?
Pero los cortos de vista
de noche suelen ver más.

(*Hasta ahora ha estado* LAUTARO *como transportado.*)

LAUT. Vete ya, y si no se prueba
en ti mi justo rigor,
es, vil, porque a tu señor
le puedas llevar la nueva.
Ya de algo te aprovechó
el tener el dueño fuerte,
pues agora de la muerte
por lo menos te libró,
que si no fuera ese hombre
en valor tan singular,
con cuya muerte he de dar
vida y venganza a mi nombre,

de tus viles tercerías
vieras, infame, el provecho,
pues ya te hubiera des[h]echo
mi fuego en cenizas frías,
y mis suspiros te echaran
al viento que los deshace,
porque de hombre que tal hace
aun cenizas no quedaran.

RAUC. Voime, y antes que se ría
el Alba, tú llorarás.

LAUC. Sol, si es que durmiendo estás
en cama, aunque blanda, fría,
no es mucho que así empe-
[reces,
pues te habrá comunicado
la cama en que estás echado
ese hielo que me ofreces.
Mas si es que hoy no quieres
luz a este suelo dichoso, [dar
a tu Faetón animoso
el carro vuelve a prestar, [brase,
que aunque otra vez nos a-
como luz me dé, te ofrezco
que este dolor que padezco
o me traspase o se pase.

(*Abre el papel y prueba a leelle.*)

¿Cómo podré ver si escribe
desdeñado o admitido,
si forma quejas de olvido,
si de mí celos recibe?
Cielo, que con tal crueldad
amparas a mi enemigo;
pues de todo eres testigo,
¿por qué callas la verdad?
Digo ¿por qué te escureces
en mi mayor pesadumbre?
Pues es tu lengua tu lumbre,
y en no alumbrando enmudeces.
Y tú, Venus, clara estrella,
alumbra mis tristes ojos;
para saber mis enojos,
dame tu luz clara y bella;
aunque si procuro ver
a la luz medio eclipsada
de una mujer que fué errada,
¿cómo acertaré a leer?
Mas si soy el propio abismo
del amor, y amor es fuego,
de mi ignorancia reniego;
yo me alumbraré a mí mismo.
¿Quién al fuego sin luz vió,
pues le tiene por hermoso,
por ser cual es luminoso
como el Sol que le crió?
(*Vuelve a querer leer.*)
Comienzo a leer. ¿Qué es es-
La luz falta al fuego mío. [to?
¿Quién vió tan gran desvarío
como el que agora he propuesto?
En sí todo fuego incluye
dos cosas si bien se advierte:
luz hermosa y calor fuerte,
que una alegra, otra destruye.
En fin, quemar y alumbrar,
mas este fuego de amor
viene a tener la peor,
que es solamente abrasar,
y así abrasa donde llega,
que no sólo luz no ofrece;
mas la que halla escurece,
pues la de la razón, ciega.
No hay quien sus crueldades
[sume,
pues porque el dolor sea eterno,
es como fuego de infierno
que aunque abrasa, no consume.
(*Dicen de adentro.*)

Aden. ¡Ay!

LAUT. ¡Qué triste amargo acento!

Aden. ¡Ay!

LAUT. Este es más lastimoso.

Aden. ¡Muerta soy!

LAUT. ¿Qué es lo que siento?
Que ese llanto lastimoso
es de femenil aliento.
¿Quién el alma me maltrata?
¿Quién el cabello me eriza?
Y si un fuego se dilata
de cólera que me atiza,
¿que hielo a tus pies me ata?

(*Salen tres o cuatro* INDIOS, *que llevan robada a* GUACOLDA, *dama de* LAUTARO.)

[IN.] 1. Deja de llorar, señora,
y que nos lo manda advierte
el que tu belleza adora;
si no es que das a la aurora
el aljófar que ya vierte.

GUAC. Villanos, ¿que mi presencia
no os confunde, y vuestra culpa?
¿Qué tierno amor, qué obedien-
a unos y otros os disculpa, [cia
si es tan grande la insolencia?
¿A una mujer como yo
esta fuerza le han de hacer?
El fiero que os envió
¿piensa acaso que ha de ver
el fin de lo que emprendió?

[IN.] 2. No sé si ha de ver el fin;
mas por principio yo fío
que tenerte en su buhío
no es principio muy ruín.

LAUT. ¿Sueño, velo, o desvarío?
¿Qué malina estrella influye
esta noche en este suelo?

[IN.] 1. La tardanza nos destruye;
vamos, señora.

GUAC. El que huye,
de una águila invidia el vuelo.

[IN] 2. Quien lleva en la retaguarda
al fuerte Rengo animoso,
ningún temor le acobarda.

GUAC. ¿Dónde estáis, amado esposo,
Lautaro mío?

(*Acábanla de meter los* INDIOS *las puertas adentro a* GUACOLDA.)

LAUT. ¿Qué aguarda
de mi brazo el rigor fuerte
en quien libró el cielo santo
rigor fiero, amarga suerte,
destrozo, ruína, llanto,
ira, rabia y, al fin, muerte?
Guacolda es ésta, a quien Ren-
por medio de este papel [go
avisó del robo cruel.
Cielos, ¿en qué voy y vengo,
que ya Guacolda no es fiel?
Mas si al pasar se quejó
formando tan tierno duelo,
sin duda no le llamó,
en dudas tales yo apelo
al valor que el sol me dió.
Si ha sido llamado, el serlo
con la vida ha de pagar,
y si acaso sin saberlo
Guacolda, la fué a robar,
pagará el acometerlo.
No temas, Guacolda, espera,
que ya en tu favor acude
tu Lautaro.

(*Vase* LAUTARO *por donde se metieron los* INDIOS *que llevaban a* GUACOLDA, *y por la puerta que salieron, después de muchas voces, sale* RENGO *retirándose de una tropa de* INDIOS *que vienen acuchillándole.*)

[IN.] 1. Muera.

[IN.] 2. Muera.

RENGO. Vosotros, aunque os ayude
la razón cuando la hubiera,
que está de mi parte amor,
contra quien la gente armada
pierde la fuerza y valor,
y el derecho de la espada
que es el derecho mejor.

(*Rehácese en medio el teatro y háceles retraher.*)

[IN.] 1. ¿Qué desatado León
vió jamás el Libio suelo
más fiero que éste?

[IN.] 2. Laocón,
éste, o es rayo del cielo
o es el mismo Eponamón.

RENGO. Si con industria ingeniosa
mi temor hàsta aquí os trujo,
fué porque el brazo no osa
manchar con sangre alevosa
tierra que un cielo produjo.
Agora que fuera estáis
del sagrado que venero,

si en seguirme porfiáis
veréis de mi fuerte acero
el provecho que sacáis.

[In.] 3. Huyamos, ¿qué hemos de ha-
[cer?
pues hoy todo Arauco junto
no tendrá contra él poder.

Rengo. Hacéis bien, pues aún barrunto
que el del cielo es menester.

(*Acábalos de meter por las puertas por donde salieron.*)

A huír, gente infame, a huír
más veloces que los vientos,
que es mengua de mis intentos
que los lleguen a impedir
tan flacos impedimentos.

(*Sale* Rauco *por la otra puerta.*)

Rauc. De las armas el ruido,
y de las confusas voces
aquí, señor, me ha traído,
y aunque, con plantas veloces,
temeroso y encogido.

Rengo. Pues ¿de qué, si ya en mi ma-
está Guacolda? [no

Rauc. ¿Es posible?

Rengo. En poder de Millolano
va adelante.

Rauc. Es invencible
tu valor.

Rengo. Es de araucano.
Mas tú, ¿por qué tan confuso
delante de mí venías?
¿Quién, Rauco, a tus alegrías,
como la tierra al mar, puso
límite y freno en mis días?

Rauc. Lautaro, ese pretensor,
de la que, si pretendiste
tienes ya por tu valor,
me envió a tus ojos triste.

Rengo. ¿De qué suerte?

Rauc. Oye, señor.
Con tu papel, instrumento
del bien que ya estás gozando,
y que invidia el firmamento,
a donde estaba esperando
Hipalca, fuí como el viento.
A Hipalca, la secretaria
de Guacolda y mi martelo,
le di al punto; pero el cielo,
que como fortuna varia
da a un tiempo pena y consuelo,
permitió que otro papel
que de Guacolda me dió
para tu pecho fiel,
le viese Lautaro, y vió
su agravio y su muerte en él;
y apenas de la ventana
me aparté, cuando conmigo
con una cólera insana
estuvo el fiero enemigo,
más que león con cuartana.
Trabó del papel airado,
y yo, con furia crecida,
le dije, en ti confiado:
"Suéltale, si no es que has dado
en ser hoy de ti homicida.
Mira que a Rengo has de dar
cuenta estrecha del papel."

Rengo. ¿Y él entonces osó hablar?

Rauc. No habló, sino que a rodar
me echó, y se quedó con él.
Díjome que con la vida
me dejaba, porque hubiese
quien la nueva te trujese.

Rengo. Desvergüenza nunca oída;
mas, mi Rauco, no te pese,
pues la moza tengo ya;
por agora este castigo
le doy.

Rauc. No poco lo está.

Rengo. Y el querer ser mi enemigo
después me lo pagará.
No te aflija ese papel,
pues efeto hizo el primero,
y aunque soy tierra por él,
soy cielo deste lucero.

Rauc. ¿Y viene mi alba tras él?

Rengo. ¿Qué alba?

Rauc. Mi Hipalca digo.

Rengo. No se me acordó; ¿qué quieres?

Perdona.

RAUC. A hacello me obligo,
en fe de que esto es testigo
de lo mucho que me quieres.

RENGO. Vamos, y ten confianza
que alcanzará tu afición
lo que ya la mía alcanza.

RAUC. Yo trocara mi esperanza,
señor, por tu posesión.
Esta vez fué mi cuidado
cual piedra en arroyo echada,
que de mojarse ha librado
al que por ella ha pasado,
y ella se queda mojada.

(*Vanse y salen* LAUTARO *y* GUACOLDA, *y él hablando con los de adentro, y envainando la espada dice.*)

LAUT. Aunque por precio tan caro
las vidas os restituyo,
con tal que a ese vuestro amparo
le digáis que el gran Lautaro
así cobra lo que es tuyo.

GUAC. No quiero, esposo y señor,
que hoy rindan palabras mías
las gracias a tu valor,
pues volvías por tu honor
si por mi ocasión reñías.
La presteza y furia brava
que mostraste por vengarme
de forma me enamoraba,

(*Abre el papel* LAUTARO *y pónese a leer.*)

que, aunque era para librarme,
sin libertad me dejaba;
y así por esta ocasión
la libertad, con ser bella,
no estimara mi afición,
si no viera que por ella
vuelvo a entrar en tu prisión;
que aunque el alma no salió
jamás della, aunque se vió
el cuerpo preso, ese quiero
que sea tu prisionero,
pues el cuerpo te agradó.

(*Hace algunas muestras de sentimiento, sin alzar los ojos del papel.*)

¿No me respondes, señor?
O a lo menos con los ojos
¿no admitirás tanto amor?
Mira que admitir despojos
es propio de un vencedor.
Por ventura ese papel
estando yo aquí, ¿es objeto
más hermoso y más perfeto?
¿O es que prefieres en él
a lo hermoso lo discreto?
¿Vióse tan gran confusión?
¿Qué locura es mayor, cielos,
la de éste y su sinrazón,
o la mía en pedir celos
de un papel, en conclusión?

LAUT. ¿Y fuera la vez primera
que dió celos un papel?

GUAC. El mismo papel, si fuera,
mas lo que hay escrito en él
no será ni aun la postrera.

LAUT. Con tu aguda distinción
queda la duda des[h]echa,
y mi antig[u]a obligación,
y aun mi pecho de una flecha
que tiró tu sinrazón.
¿Por qué, aleve, fementida,
regalando el alma estás
con tu voz enternecida,
y por los ojos le das
tan ponzoñosa bebida.
Advierte, ingrata, alevosa,
que si hoy en la propiedad
eres Sirena engañosa,
a la luz de la verdad
serás ciega mariposa.
¡Qué concertada armonía;
qué acento tan soberano;
qué bien, ingrata, venía
con lo que escribe tu mano
lo que tu boca decía!

(*Señalando el papel.*)

¡A[h], falsa! Mas, ¡a[h], mu-
que para saber fingir [jer,
os sobra y resobra el ser,
pues quien esto sabe hacer

¡esotro sabe decir! [gas?
GUAC. ¿Quién sabe decir? ¿Qué ale-
¿Yo a Rengo, ni a hombre nacido
papel? ¿Cuándo he yo sabido
escribir? Mucho te ciegas;
sin razón me has ofendido.
¿No sabes tú que jamás
te escribí un solo papel?
¿En eso, Lautaro, das?
LAUT. ¿Y es milagro, si con él
te vas, que le quieras más?
¿Y si más que a mí le quieres
que de tu amor sin segundo
por este papel le enteres?
GUAC. ¿Para qué nacéis al mundo
nunca, creídas mujeres?
LAUT. No más, Guacolda; llamado
fué por ti en este papel,
para salirte con él,
baste el engaño pasado.
GUAC. ¿Hay fortuna más cruel?
LAUT. Baste el fingido lamento,
baste el fingido quebranto,
ya no creo en triste acento,
ya no creo en tierno llanto.
GUAC. ¿Hay más terrible tormento?
LAUT. Pasabas alegre y muda
con tu moderno amador,
vísteme, y vi tu rigor,
que es la vista muy aguda
de un amante y de un traidor;
y luego a fingir te pones
pena, llanto y desconsuelo,
y con sensibles razones
extremos y exclamaciones,
a llamar injusto al cielo.
Mas, en fin, este es el pago
que das, fiera, a mi inocencia.
¿Dónde está el pasado halago?
¿No ves, no ves el estrago
que ha hecho en tu pecho ausen-
Mujer eres, como todas. [cia?
GUAC. Oyè, por el sol hermoso.
LAUT. Ya no quiero ser celoso;
ya quiero hallarme en las bodas
a servir al nuevo esposo;
pero, digo mal. Mejor
será salir desta tierra,
por huír de tu rigor,
volverme quiero a la guerra,
pues tú me la haces mayor.

(*Salen los* CRIADOS *de* GUACOLDA, *que habían huído de* RENGO *con su padre* GRACOLANO, *y* PILLÁN, *padre de* LAUTARO.)

[IN.] 1. Ya el bárbaro hemos topado;
este es el fiero enemigo
que tu hija te ha robado.

(*Acometen a* LAUTARO *pensando que era* RENGO, *y* GUACOLDA *le dice muy afligida.*)

GUAC. ¿Qué es esto, Lautaro amigo?
LAUT. ¿De qué, ingrata, te has turbado?
¿No ves que tu gente es ésta?
GUAC. ¡Padre!
GRAC. ¡Hija mía!
LAUT. Señor; [ta?
¿también te hallas tú en la fies-
PILL. Lautaro, ¿eres tú el autor
de una hazaña tan funesta?
LAUT. Pregúntalo a tu valor,
que cual tu hijo heredé,
y salir podrás de duda.
GRAC. Pues ¿dónde el traidor se fué?
LAUT. Esta selva como es muda
no lo dirá.
GRAC. Di, ¿quién fué,
hija mía, el atrevido
que mi alcázar ha escalado?
GUAC. El bárbaro Rengo ha sido,
y me libró el que a mi lado
ves agora.
GRAC. Hijo querido,
báculo de mi vejez
y vengador de mi afrenta.
LAUT. Otra mayor me atormenta.
(*Aparte.*)
GRAC. Ya, Lautaro, desta vez
está mi honor a tu cuenta.
[IN.] 1. Este mancebo famoso
pudo más que un escuadrón.
[IN.] 2. Es con extremo animoso.

[In.] 3. No ha visto nuestra nación
cacique más valeroso.
[In.] 1. Yo no sé si se topó
con aquel vestiglo fiero,
que así nos desbarató.
[In.] 2. Aunque has de negar, espero
que nos hizo huír.
[In.] 1. Pues no.
[In.] 3. Aun bien que no hubo testigos
que lo viesen.
[In.] 1. No los teme
quien los tiene por amigos.
[In.] 2. Pues ¿qué hiciste?
[In.] 1. Retiréme
en viendo los enemigos.
Grac. ¡Cuanto el cielo poderoso
me ofreció, es tuyo, Lautaro!
Abré el pecho generoso,
pide como codicioso,
y atesora como avaro.

(*Dice* Pillán *a su hijo* Lautaro, *que ha estado siempre divertido.*)

Pill. Mucho de quien soy desdices;
¿este favor no agradeces?
Laut. Digo, señor, que mereces
mayor premio en lo que dices,
que yo tengo en lo que ofreces.
Tus pies beso.
Pill. ¿Estás herido?
Grac. ¿Aflígete algún dolor?
Laut. Y el más fiero que he tenido.
(*Aparte.*)
Guac. Con todo será inferior
al que me causa tu olvido.
Laut. Yo me apartaré de ti.
Guac. No podrás, que en tí me llevás.

(*Entra un indio llamado* Laupí.)

Laupí. Guárdeos el sol.
Pill. ¡O[h], Laupí!
¿qué nos traes?
Laupí. Unas nuevas
bien nuevas y extrañas.
Grac. Di.
Laupí. Después que esta gran provin-
grande por ser tan famosa, [cia
que la celebran y temen
las regiones más remotas,
no por el oro apurado
que cría en tan grande copia,
ni por el benigno clima
que la hace tan deleitosa;
mas por ser del fiero Marte
su casa, y casa tan propia,
que aunque el reposo nos quita
como en centro aquí reposa,
humilló su cuello al yugo
de la soberbia española,
con presupuesto que son
dioses con humanas formas;
y después que de Aynabillo
fuerte capitán de toda,
lloró tan temprana muerte
que le dieron con ponzoña,
siempre triste y afligida
ha vivido aunque edad corta,
hecha un cadáver del tiempo,
y un sueño de la memoria,
hasta que la de sus hijos
despertó la hacienda y honra,
que en ajenas manos miran
no por ser más poderosas,
mas por las armas, que en ellas
con ejecución tan pronta
vomitan diversas muertes,
pues las dan a los que topan,
en un valle que de aquí
distará seis leguas cortas,
determinaron juntarse
las más célebres personas.
Quien primero llegó al puesto,
lleno de vergüenza honrosa,
fué el soberbio Tucapel
con seis mil indios de escolta;
con cuatro mil, gente fiera,
fantástigo Ongol asoma;
Cayocupil con tres mil
sigue tras él la derrota;
cinco mil Millarapué
metió gente belicosa,
y con tres mil Paycabí
da muestras de su persona;

Lemolemo a seis mil bravos
la libertad les ex[h]orta,
y de tres mil Mareguano
hace alarde y muestras toma;
robusto, arrogante y fiero,
Elicura se congoja,
porque sus seis mil soldados
no llegaron por la posta;
el anciano Colocolo
el trabajo no perdona,
y así con otros seis mil
esta empresa le remoza;
a Ongolmo cuatro mil siguen,
a Purén seis mil se postran,
y pasados de otros tantos
rige el membrado Lincoya.
El señor del Valle Arauco,
de quien nuestro estado toma
nombre de Arauco también,
no pudo hallarse en persona;
ni el que rige a Pilmayquen
que Caupolicán se nombra,
mas los dos para esta empresa
hacen a diez mil la costa.
Otros caciques vinieron
que de nombrar dejo agora,
por referir desta gente
la no pensada discordia.
Después que hubieron comido,
de Arauco usanza notoria
de hacer el brindis con Baco,
y la razón con Belona,
pues antes de resolver
si se ha de poner por obra
alguna empresa, el Senado
convida la gente toda,
sobre quien será cabeza
de nación tan valerosa,
las de tan fuertes soldados
se turban y se apasionan.
Quién desgaja de un enebro
la rama fuerte y ñudosa,
y quién de un valiente pino
el mismo tronco destroncha.
Tucapel se hace a lo largo,
Ongolmo tras él se arroja,
Cayocupil, Elicura,
Gualemo, Purén, Lincoya,
Este dice: "yo merezco
de Arauco el Cetro y Corona."
Aquél: "general seré
si el mismo cielo lo estorba."
Replica el otro: "el bastón
sólo esta diestra le honra";
y, en suma, la ciega plebe
cercándolos se amontona.
El prudente Colocolo
soltó en esto su voz ronca,
y con un breve discurso
a los más fieros reporta;
fué el expediente, que aquel
que en sus fuertes hombros pon-
un madero, y le sustente [ga
más tiempo, lleve la gloria.
Un tronco fornido traen
de grandeza monstruosa,
a quien Paycabi en sus hombros
sostuvo más de seis horas.
Gayocupil solas cinco,
Gualemo a las seis le importa
dejalle, y entra Purén
a esperar con él la aurora.
Doce horas y más le tuvo,
cuando en alto le enarbola
Elicura, que de nueve
si pasó fué cosa poca.
Tucapel llegó a catorce.

PILL. Notable fuerza.

LAUPÍ. Espantosa,
si día y medio en el aire
no le tuviera Lincoya.

GRAC. ¿Luego ese es el general?

LAUPÍ. Oye, Gracolano, agora
el más constante tesón,
la fuerza más prodigiosa
que vió el suelo. Llegó en esto
Caupolicano a des[h]ora,
a la ligera y sin gente,
y del suceso se informa;
arrebata el tronco duro,
sobre sus hombros le ayopa:
todo un día le sustenta,

llega la noche medrosa,
y tras ella coronada
el alba de blancas rosas,
a quien sigue el sol hermoso
que los [h]orizòntes borda:
no se cansa el fuerte joven;
otra vez la noche torna,
y otra vez el alba fría
esparce menudo aljófar;
no le sacude el Cacique,
antes sin mostrar congoja
espera el Sol que destierre
las reliquias de las sombras;
estonces despide el tronco
como la piedra la honda,
dando un salto en que nos mues-
que brío y fuerzas le sobran. [tra
Por general le declaran,
suenan las bélicas trompas,
y la guerra contra España
a fuego y sangre pregonan.
Luego, de toda la gente
ochenta mancebos toma,
y a la más cercana fuerza
de las tres que Arauco doman,
disfrazados los envía
con cargos de heno y de ropa,
y en las haces sepultadas
las armas más peligrosas.
Mudos entran en el fuerte,
y en viéndose dentro, entonan:
"Libertad, libertad; mueran
los que la tierra nos roban."
Luego el General siguió
con su ejército de tropa,
dando dichoso principio
a la libertad que gozan.

GRAC. Gran cosa emprende el estado,
y aunque el principio es dichoso,
tengo el fin por muy dudoso.

LAUPÍ. No hay fuerza en siniestro hado
contra un pecho valeroso.

PILL. El cielo me es buen testigo
que deseo que mi tierra
sacuda el yugo enemigo;
mas, con todo, en esta guerra
he de valer a mi amigo.
A Valdivia obligación
tengo, como el mundo sabe;
y tal, que, en esta ocasión,
aunque me parezca grave,
seré de su devoción.
Tú, hijo, mostrar procura
lo que me niega mi edad,
pues tan gran necesidad
es fuego donde se apura
el oro de una amistad.
Toma mi gente, Lautaro,
y de Valdivia el honor
tenga en ella algún reparo;
pues yo he hallado en su valor
no pocas veces amparo.

GRAC. Toma mi gente también,
que por tuya tener puedes.

LAUT. ¡O[h], mi Gracolano! ¿Quién
servirá tantas mercedes,
ni mereció tanto bien?

GUAC. Esto sólo me faltaba [*Ap.*]
para acabar con mi vida.
Amigo, esposo: [*Alto.*]

LAUT. Homicida,
(*Vuelto a* GUACOLDA.)
¿ser mudable no bastaba,
que también eres fingida?
Con gusto el Español sigo,
y voy contra mi nación;
porque así tendré ocasión
de dar a Rengo el castigo
de su loca pretensión.
Vamos.

GRAC. Ven, hija querida.

GUAC. Voy a la guerra también;
tú verás si soy fingida:
y, pues pedí tanto bien,
¡qué mucho que ande perdida!

(*Vanse, y salen* VALDIVIA, *hombre de hasta cincuenta años, general de toda aquella tierra, y* BOBADILLA, *capitán, y algunos* SOLDADOS *españoles.*)

VALDIVIA.

Sin duda, fuertes compañeros míos,

de haberse el gran Arauco rebelado
causa mis culpas son y desvaríos,
que tengo al alto Dios muy indignado.
Quisiera yo ser mar, las minas ríos,
y que en mi casa hubieran desaguado;
tal ha sido hasta agora mi cudicia;
tiempla el rigor, mi Dios, de tu justicia.
Los Corredores que antes inviamos
temiendo como es justo, de emboscada,
ni vuelven, ni parecen, y pisamos
ya la enemiga tierra rebelada.

(*Descúbrense tres cabezas clavadas en las puntas de tres ramas de un árbol.*)

Mas ¿qué es esto? No son los que mira-
[mos
por fruta de aquel árbol mal logrado?
El árbol que a esta fruta nos convida
dice que nadie escapará con vida.
Volvámonos, señores, que esto es hecho.
Ya perdió la vergüenza aquesta gente;
no quiere que nos haga buen provecho
la mano que nos hace ese presente.
Volvamos, españoles, que sospecho,
viendo el Bárbaro ya tan insolente,
que de Araucanos cubrirá la tierra;
sin gente mal podemos hacer guerra.
Fortifiquemos nuestros fuertes luego,
rehagámonos de gente, que salimos
como a cosas de burlas, como a juego,
y es notable la empresa a que venimos.

BOBADILLA.

Que me escuches, señor, te pido y rue-
go;
aunque siempre tu ley obedecimos,
o fuese ya suave, o fuese extraña,
fué mientras no tocó al honor de España.
Agora que nos tocas en lo vivo
será razón que el yugo sacudamos,
que el pecho fuerte, valeroso, altivo,
en vano le oprimimos y apretamos.
Busquemos al cruel Bárbaro esquivo,
que vertió nuestra sangre, que tardamos,
a dicha, cuanto (1) Arauco cría, piensa
que será desta sangre recompensa.
¿Miras, Valdivia, que este tronco baña
la sangre de tus nobles compañeros,
que dejaron por ti su amada España?
¿y asombros temes, o te espantan fieros?
O nos rige caudillo, o acompaña,
que al cielo claman tantos desafueros.
¡Muera el Bárbaro aleve!

[SOLDADO] 1.º
¡Muera!

[SOLDADO] 2.º
¡Muera!

VALDIVIA.

¡O[h], cómo mi desdicha os desespera!

(*Sale un* INDIO *de paz alborotado, llamado* PRAN.)

PRAN. Vuélvete luego, señor,
no entres más en lo vedado;
que ya muestra su rigor
de España cóntra el valor
el irrevocable hado.
Veinte mil hombres te espe-
[ran
en Tucapel, que ya el bando
siguen de los que se alteran,
y con estarte esperando
de rabia se desesperan.
Vuélvete, señor, de aquí.
VALD. Eso, amigo Pran, les di
a los que vienen conmigo.
PRAN. Pujante está el enemigo.
Españoles, yo le vi.
BOBAD. No hay temor que nos encoja,
echada está ya la suerte.
VALD. ¿Quién así, España, te arroja?
BOBAD. Al que la vida le enoja
mira si huirá de la muerte.
PRAN. Con esto a mi obligación
acudo.
VALD. Y todos también
en estimar tu afición.
PRAN. Ya las reliquias se ven
del fuerte, y su destruición.
VALD. Agora, fuertes soldados,
veréis si teme Valdivia

(1) En el texto: *cuanta.*

enemigos rebelados,
o si por dicha se alivia
de militares cuidados.
Vuestro juvenil ardor
con mi experiencia y consejo
pensé templar, y en rigor,
sólo porque está en un viejo
pierde el valor su valor;
con todo, advertiros quiero,
por el cargo que me dais,
que si hoy vitoria alcanzáis,
por ser el trance primero
con la guerra remataís.
Junto tienen su poder;
si los pocos que aquí estamos
les llegamos a vencer,
sin ánimo les dejamos
para volverse a atrever.

BOBAD. Ea, Capitán valiente,
a breve suma reduce
esa plática elocuente.

VALD. ¡A[h], ciega, bisoña gente!
¿quién a la muerte os conduce?
Ya de bárbaros cercados
estamos todos; al Cielo
dirigid vuestros cuidados;
que según veo, este suelo
hoy produce hombres armados.

(*Suena alarido de gente, y ruido de cajas, y los españoles se alborotan.*)

Salga Bobadilla luego,
y acometa con su gente:
que alumbres tu pueblo ciego,
clara luz indeficiente,
humildemente te ruego.

(*Vase* BOBADILLA.)

¿Quién es el que se apercibe,
y antes que otro se desmande
nuestros amigos recibe?

PRAN. A éste llaman Marcande,
que la áspera sierra vive.

VALD. Su escuadrón abierto espera;
ya el nuestro cierra y oculta,
y ya como hambrienta fiera
en su vientre le sepulta
sin dejar un hombre fuera.
¿Quién a tan grande rigor
con vida se halla presente?
Salga el Sargento mayor,
y escoja de nuestra gente
la más plática y mejor.
Si enojado estás conmigo
a dicha recto jüez,
no padezca otro el castigo:
decidme, ¿quién son los diez
que hacen rostro al enemigo?

[S.] 1.º Sus obras te lo dirán,
pues tan bien venden sus vidas
a precio de mil heridas.

VALD. Para siempre quedarán
en la memoria esculpidas.
Ya solos cinco han quedado
de los diez.

[S.] 2.º Ya caen los dos,
bien los tres les han vengado.

PRAN. Otro ha caído.

VALD. Mi Dios,
perdido va tu ganado.
Vamos, Españoles fuertes:
ea, vamos ya a excusar
con una, infinitas muertes
que sentimos, en mirar
hacer en los nuestros suertes.
Aumentemos el estrago
dándoles a estos traidores
que sentimos en mirar
el sangriento y justo pago.
¡Ea, a vengarnos, señores!

[S.] 1.º ¡Santiago!

[S.] 2.º ¡Santiago!

(*Vanse todos, y suenan por un rato las cajas y trompetas, y salen dos o tres* ESPAÑOLES *retirándose de otros tantos* INDIOS.-

INDIO. ¡A[h], flacos hombres, tenidos
por dioses injustamente,
más por el oro luciente
a nuestra tierra venidos,
que porque la fe se aumente!...

(*Meten los* INDIOS *a los* ESPAÑOLES *por la otra puerta; vuelve el ruido de cajas*

y trompetas, y en cesando salen VALDIVIA, LAUTARO *y dos o tres* INDIOS *que que aún no hayan salido.*)

VALD. Dame esos brazos, Lautaro,
que han de trabajar después
en mi defensa y amparo.

LAUT. Estos, y aquellos que ves

(*Señalando a sus compañeros.*)

te invía mi Padre caro.

VALD. Pues a tan buen tiempo llega
en mi socorro tu gente,
reciba ya la insolente
que la obediencia me niega
el castigo conveniente.

(*Vuelve el rumor de las cajas.*)

Lautaro, adiós y entra luego
por este lado escondido,
pues ya anda tan vivo el juego.

LAUT. Ya yo voy.

VALD. Por tu partido
que vuelvas, señor, te ruego.

(*Vase cada cual por su puerta, y prosigue el ruido, y salen después dos o tres* INDIOS *retirándose de otros tantos* ESPAÑOLES.)

[S.] 1.º ¡A[h], bárbaros descreídos;
ya vuestros daños son ciertos;
de miembros tan fementidos
hoy pienso dejar cubiertos
estos campos extendidos.

(*Métenlos por la otra puerta, vuelve el ruído y luego dicen de adentro.*)

1. No dejéis ninguno a vida,
pues su traición es notoria.
2. Pongámonos en huída.
3. Ya todos van de vencida.
1. ¡Vitoria, España!
3. ¡Vitoria!

(*Sale* LAUTERO *solo, y mirando* [*h*]*acia el vestuario dice.*)

LAUTARO.

¿Adónde vais a dar, desconcertados,
Araucanos valientes, honra y gloria
destos fuertes indómitos estados,
porque una sola vez canto vitoria?
Si os halláis para huír tan alentados,
estaldo para dar muestra notoria
que hace rostro en defensa de su nido
el pájaro más flaco y encogido.

Haced rostro y mirar que los que os
están ya tan cansados y afligidos, [siguèn
que si vuestras escuadras los persiguen
de vencedores, los veréis vencidos.
¡Qué mucho que los hados os castíguen,
si de viles, medrosos y encogidos,
le dais al Español lo que a no darlo
no fuera poderoso de alcanzarlo.

La vitoria le dais, que no es bastante
a ganar de esos brazos esforzados;
considerad su término arrogante,
sus fueros advertid desaforados;

(*Van saliendo poco a poco algunos* INDIOS *a las voces de* LAUTARO.)

el morir es posible que os espante,
y ¿no os tiene el servir amedrentados?
Como la muerte no es, cuando es honrosa,
más que la esclavitud dulce y sabrosa.

Confieso que las armas he tomado
contra mi noble Patria inadvertido;
ya el parecer injusto he revocado
por ver el triste estado a que ha venido;
y porque no aleguéis que os he animado
con solas voces, que miréis os pido
si me arrojo a las armas el primero
y si gozoso por mi Patria muero.

(*Toma una lanza del suelo, donde ha de estar ya para este efeto.*)

Esta lanza abrirá camino luego
por el infame pecho que me trujo
a ser hoy desta tierra ardiente fuego,
con ser tierno pimpollo que produjo.
¡A ellos, ea, pueblo hasta aquí ciego,
y si el Cielo a tal punto nos redujo
que vamos a morir, sea matando.

INDIO 1.º

¡Muera el Cruzado Cabiloso Bando!

INDIO. 2.º
¡Muera el Cruzado Cabiloso Bando!

(*Vase* LAUTARO, *y los que salieron a sus voces, y renuévase el alarido y rumor, y luego sale* VALDIVIA *atravesado de una lanza, y dice:*)

VALD. ¿Por qué, alevoso Lautaro,
tan sin razón me has herido?
¿En qué, ingrato, te he ofendi-
¿Este es, traidor, el amparo [do?
que me habías prometido?
¿Qué furia rigió tu diestra,
y tan diestra en darme muerte?
Mas si mi suerte siniestra
tu alevoso brazo adiestra,
¿qué mucho que el golpe acierte?
Mi codicia siempre hambrienta
de adquirir y atesorar,
en esto había de parar;
en vano doy en la cuenta
cuando a Dios la voy a dar.
Si mi brazo entonces fuerte
mis vasallos castigara,
cuando a dos dieron la muerte
delante de mí, excusara
[h]oy el verme desta suerte.
Mas mostréme, por mi mal,
fiado en su falsa enmienda,
de mis vasallos parcial,
que castiga un hombre mal
si el castigo es en su hacienda.

(*Dicen de adentro.*)

[UNO.] ¡Vitoria, el español muera!
OTRO. ¡Viva el gran Lautaro fuerte
una eternidad entera!
VALD. Cuando herido no estuviera,
esto me diera la muerte.
Ya, inmenso Dios, me apercibo
al duro forzoso trance,
pues ya de aliento me privo.

(*Sale* LAUTARO *con algunos* INDIOS.)

[IN.] 1. Sangriento ha sido el alcance.
[IN.] 2. Ninguno ha quedado vivo.
VALD. ¡Ay, dulce, querida España!

LAUT. ¿Quién se queja por aquí?
[IN.] 1. Un hombre que el suelo baña
con su sangre.
LAUT. ¿Quién es, di?
[IN.] 1. Si la vista no me engaña,
Valdivia es éste.
LAUT. A quien yo
traté como tú le hallaste.
VALD. No te alabes, que rasgaste
el pecho que te crió.
LAUT. Mal el mío penetraste;
en mí, cual otro Diomedes,
dabas a un caballo vida,
que regalos y mercedes
te pago con esa herida
que ver en tu cuerpo puedes.
Yo confieso que la mano
me dejó el golpe sabrosa.
VALD. ¿Hay pecho más inhumano?
LAUT. Mas di, ¿qué César romano
hizo hazaña tan famosa?
VALD. No logres tu edad florida,
y en medio de la corrida
de esa dicha comenzada
una flecha desmandada
te quite, ingrato, la vida.
Muere si prendado estás
delante tu dama, injusto,
no porque así alegre irás,
sino porque sientas más
el perder la vida y gusto.
Con el que tu muerte intenta
case tu mujer viuda,
que si la pena se aumenta
por accidente, sin duda
esto a un alma la atormenta.
LAUT. Acabad con él, soldados;
quebralde la infame boca;
no llame injustos los hados;
su cudicia paga loca,
que no paga mis pecados.
VALD. Sólo en ti, mi Dios, confío,
pues ya el mundo me dió el pago.

(*Métenle adentro los* SOLDADOS.)

LAUT. Yo en el fuerte brazo mío,

que de vuestra sangre un río
hará en el primer estrago.

(*Sale un* INDIO *solo.*)

[IN.] Nuestro gran Caupolicano
te invía a llamar, señor,
porque el Senado Araucano
el premio de tu valor
ha remitido a su mano.

[IN.] 1. ¿Qué merced le podrá hacer
nuestro general prudente?

[IN.] 2. Podrásle hacer su teniente;
este mancebo ha de ser
un soldado muy valiente.

LAUT. Vamos, pues; nadie se asombre
si a tal ira me provoco. [poco,
¡A[h], España, yo he de hacer
o llegará a ser mi nombre
de tus hijuelos el coco!

Vanse todos, dándose fin con esto al acto primero.)

ACTO SEGUNDO

(*Sale* GUACOLDA *vestida de hombre en traje español, y* PURÉN, *criado suyo.*)

PURÉN. ¿Por qué, Guacolda, has que-
vestir el español traje, [rido
haciendo a éste nuestro ultraje?

GUAC. Porque contra este vestido
tiene Lautaro coraje,
y así, pues a España sigue
con furia y cólera extraña,
mientras no se desengaña,
y como ves me persigue,
quiero ser también de España;
que con tan grande pasión
le adoro, que no querría
que por ninguna ocasión
digan que me perseguía
sin justicia ni razón.
Y así, para disculpar
su yerro en parte, he querido
mudar mi propio vestido,
porque tenga a quien culpar,
pues en mí culpa no ha habido.

PURÉN. Bien has dicho; mas sospecho
que eso daño te ha de hacer
si alguno te acierta a ver.

GUAC. Si Lautaro está en mi pecho,
¿quién me ha de osar ofender?

PURÉN. Pues mirando el cristal claro
deste arroyuelo me espera.

GUAC. Aquí espero, amigo caro.
¡Ay, si en ti me convirtiera
por ver más presto a Lautaro!

PURÉN. Pues vamos los dos.

GUAC. No es bien,
si le enojo con mi vista;
primero, amigo Purén,
su gracia y valor conquista.

PURÉN. Los cielos favor me den.

(*Vase.*)

BUAC. Amor poderoso y fuerte,
¡cuán en vano, ay, triste, lucho
contigo, si bien se advierte,
pues no lo encarece mucho
quien te prefiere a la muerte,
y con tan constante pecho
sin admitir desengaño
acudo a mi mal de hecho,
que en el más seguro daño
aseguro mi provecho!
Mi Patria, padre y regalo,
mi honor y vida pospongo,
y así en esto me señalo,
que aun en disputa no pongo
si es malo, siendo tan malo.
¡Ay, Lautaro de mis ojos,
en quien mil bienes se encierran,
no me des ya más enojos,
y si antojos te destierran,
destierra ya esos antojos!
Mas si la fiera traición
de Hypalca y de Rauco ha sido
de tu ausencia la ocasión,
¿por qué no me diste oído
al dar la satisfación?
Entonces sacar pudieras

en limpio quien te ofendió,
sin dar lugar a que yo
sacara a plaza las veras
a que el amor me obligó.
Pudieras averiguar
cómo mi falsa criada,
sin podello yo estorbar,
le dió a Rengo franca entrada,
para poderme robar;
que papeles escribía
en mi nombre, y remitía
a este Rengo que me amaba,
y que yo ignorante estaba
de tan grande alevosía;
lo que apenas entendí
de la ingrata Hypalca, cuando
a buscarte me partí
y cuando perdón la di,
que amor es fuerte, aunque blan-
pues de Rauco persuadida, [do,
a quien tuvo tierno amor,
puso al tablero mi vida,
o mi honor, prenda querida,
pues no [h]ay vida sin honor.
Gran rumor siento; ¿si son
los que espero, por ventura?

(*Salen* RENGO *y* RAUCO *su criado.*)

RENGO. Calla ya, que a más locura
me provoca esa razón.
GUAC. Aquí me ascondo, laurel;
si es que eres árbol sagrado,
válgame el entrar en él.
RENGO. No es Dios, si está apasionado;
deja que blasfeme dél.
Reniego dese que alumbra,
cuando en el mar se despeña,
y cuando del mar se encumbra,
pues la nube más pequeña
se le atreve y le deslumbra;
reniego de Eponamón,
ya contra mí conjurado,
lleno de humana pasión,
pues de tiniente le ha dado
a mi enemigo el blasón;
reniego de cuanto adora
el indio y el español,
que ya su arrogancia llora,
desde la rosada aurora
hasta el sepulcro del sol;
reniego del hondo abismo,
si acaso tuve en él fe,
pues tenella es barbarismo,
y reniego de mí mismo,
pues antes no renegué.
RAUC. También yo, señor, reniego
de todo cuanto reniegas.
RENGO. Eso sí, reniega luego,
que más atizas mi fuego
cuando materia le niegas. [hacer?
GUAC. ¡Este es Rengo! ¿Qué he de
¿Qué es esto, cielos tiranos?
Pues si éste me acierta a ver,
y me acierta a conocer,
por mi mal vuelvo a sus manos.
RENGO. ¡Lautaro teniente, y yo
sujeto a su orden y mando!
¿Que esto fortuna ordenó,
porque de un bando a otro bando,
con infamia, se pasó;
y porque no sólo ha sido
traidor al que le ha criado
y en su socorro traído,
sino porque le ha dejado
de su misma mano herido?
GUAC. Si pruebo a huír y por dicha
me sienten, me han de alcanzar.
¡Qué mal hice en esperar!
Quien tiene tanta desdicha,
¿por qué se ha de aventurar?
RENGO. ¡Que esto el cielo [h]aya tra-
para que reviente yo! [zado
RAUC. ¿Que no te da esto cuidado,
(*Aparte.*)
sino el ver que te quitó
la dama que [h]abías robado?
RENGO. Ya no ha de regir mi mano,
pues a tal punto he venido
esto que español bubido,
ni corvo alfange africano,
sino un bastón mal pulido.
(*Va a desgajar una rama del laurel.*)

Desgajar quiero una rama
deste laurel, porque en fin,
al que por mi brazo llama,
la muerte tenga más fama,
pues tendrá laureado el fin

GUAC. Esto es hecho; ¡quién tuviera
las alas del pensamiento!

(*Escapa corriendo.*)

RAUC. ¿Qué es eso? ¿Alguna fiera?
RENGO. Un español es, que al viento
deja atrás en su carrera.
Síguele, Rauco.
RAUC. Y seré
más que el viento presuroso,
pues donde estás le traeré.

(*Va tras ella* RAUCO.)

RAUC. Y yo este bastón ñudoso
en su vida estrenaré.
Ya le dió alcance; en correr
nadie se la ganará,
y más si está, como está,
tan hecho siempre a vencer.

(*Vuelve con* GUACOLDA.)

RAUC. ¿El español tienes ya?
RENGO. ¿Qué dices, Rauco? ¿No mi-
la ventura de los dos? [ras
¿Cómo a más premio no aspiras?
Este español sí que es dios,
y no los que con mentiras
nos quitan la posesión,
que siempre de Arauco fué.

(*Arrodillase delante* GUACOLDA.)

A éste sí que le daré
por víctima el corazón
en las aras de mi fe.
No en vano le vine a hallar
del mismo cielo guiado
bajo un laurel consagrado,
pues un dios ¿dónde ha de estar,
si no es en lugar sagrado?
GUAC. Déjate, Rengo, de hacer
muestras de firmeza tanta.
RAUC. ¿A quién tal dicha no espanta?
GUAC. No soy dios, sino mujer.
Levanta, Rengo, levanta.—
¿Quién con fingida blandura
pudiese enfrenar su intento?

(*Aparte.*)

RENGO. ¿No te cabe del contento
parte, pues desta ventura
fuiste, Rauco, el instrumento?
RAUC. Pues que no me ha de alcan-
[zar,
como el que mirando el juego
a su amigo ve ganar,
mas dame barato luego
antes que salga otro azar.
GUAC. Invencible Rengo, fuerte,
por quien mil penas padezco,
que la menor es de muerte;
no digo que te aborrezco,
pero no puedo quererte.
Ese tu amor peregrino
confieso que ha de estimalle
el pecho más diamantino,
mas de estimalle a pagalle
[h]ay mil leguas de camino.
No pidas luz a una ciega,
libertad a una cautiva,
gusto a quien amor le niega,
y vida a quien ya se entrega
a la muerte más esquiva.
Esa constante afición,
digna del más noble pecho
que tiene nuestra nación,
pues yo no soy de provecho,
guárdala como es razón;
que no faltará, prometo,
quien tendrá a dichosa suerte
el llegar a merecerte,
y el ser amado sujeto
de un indio tan noble y fuerte.
¡Cuán verdadero ha salido

(*Aparte.*)

lo que me dijo Purén,
que en este infeliz vestido,
aunque me estaba tan bien,
mi mal estaba ascondido!

(*Dice aparte a* RAUCO.)

RENGO. Rauco, adelántate luego
al valle de Penco, y di
a Guaticol que ya llego
a gozar de aquel sosiego
que tuve en un tiempo allí;
que quiero su huésped ser
y no volver a la guerra,
ni por ver mi amada tierra
en contingencia poner
lo que ya mi mano encierra;
que esta firmeza que da
muestras de un amor tan raro,
si a[h]ora invencible está,
la ausencia de su Lautaro
y el tiempo la vencerá.

RAUC. Voy, como sabes que suelo,
y como yo sé que es justo.

RENGO. Ve volando.

RAUC. Voy y vuelo.

(*Vase* RAUCO.)

RENGO. No tengas, mi bien, recelo,
que mi ley será tu gusto.

GUAC. Yo fuera más que dichosa.

RENGO. No quiero ajena mujer,
y por hacerte gozosa
esta vez quiero vencer
mi pasión, aunque amorosa,
y no tanto por la gloria
que alcanzó en el vencimiento,
que es el de mayor memoria,
cuanto por darte contento,
que aún es más alta vitoria.
Vamos.

GUAC. ¿Adónde?

RENGO. A volverte
a tu padre.

GUAC. Y a escuchar
la sentencia de mi muerte,
pues con mi huída a probar
le he dado un trago tan fuerte.
Llévame en cas de mi tío,
que de allí pediré treguas
al piadoso padre mío.

RENGO. Casi nada la desvío. (*Ap.*)
más son de catorce leguas.

GUAC. Por ir a Lautaro muero;
mas bien será que sujete
mi voluntad, que este fiero,
si le pido lo que quiero,
negará lo que promete.

(*Vanse, y salen* LAUTARO *muy mejorado de vestidos y plumas y si puede ser con peto y espaldar español, y* PURÉN, *el criado de* GUACOLDA.)

PURÉN. Agora verás, señor,
la obligación en que estás
a Guacolda, cuyo amor
si a todos los deja atrás,
no es mucho, que es el mayor.
Aquí en esta clara fuente
la dejé, mas no está aquí.

(*Va buscando por todo el teatro.*)

¡Si por estar tan patente
se ascondió, triste de mí!

LAUT. Nunca el corazón me miente,
pues traigo todo el camino
el pecho sobresaltado.

PURÉN. ¡Cielo piadoso y divino,
dame favor!

LAUT. Imagino
que este infame me ha burlado.

PURÉN. ¡[H]ola! ¡Au! ¿Nadie respon-[de?
¡Señora, señora mía!
¿Dónde tu beldad se asconde?

LAUT. ¿[H]ay más grande alevosía?
¿Dónde está Guacolda, dónde?
¿Para esto aquí me has traído?
¿Para esto aquí me llamó
tu vil señora?

PURÉN. El vestido
sospecho...

LAUT. Calla, que yo
ninguna disculpa pido.
A un hombre de mi valor
¿así se burla, villano?
¿Quién [h]oy le niegue a mi [mano
el justísimo rigor,
aunque sea el de un tirano?

(*Empuña la espada.*)

PURÉN. Espera, señor, advierte;
oye sola una disculpa;
si ella aquí ha venido a verte,
y la culpa está en tu suerte,
¿por qué tu lengua la culpa?
Si la tragó alguna fiera,
si algún indio la robó,
por vella de tal manera,
que de español se vistió,
¿qué culpa merece?

LAUT. Espera,
que bien dices, que no tiene
la culpa mi prenda bella,
sino mi estrella, que viene
a ser la más mala estrella
de las que el cielo contiene.
Yo solo soy el culpado,
y así es justo que me cuadre
aquel cantar celebrado:
"¿Para qué paristes, madre,
un hijo tan desgraciado?
¿Qué importa que [h]aya salido de mil peligros ufano,
y que diga el Araucano
que el vencer o el ser vencido
consiste sólo en mi mano,
si el alto Cielo me ha dado
un corazón del reposo
tan ajeno y apartado,
que en armas era dichoso
y en amores desdichado?

(*Salen tres o cuatro* INDIOS *en busca de* LAUTARO.)

[IN.] 1.º A las voces que sentimos
repetir los riscos huecos,
fuerte capitán, venimos,
y aunque es el lenguaje de ecos
muy confuso, le entendimos,
quizá porque se le antoja
al que de otro viene en busca,
que es un hombre cualquier [h]oja.

LAUT. Lo que entorpece y ofusca
(*Consigo.*)
un alma cualquier congoja.

[IN.] 2. Ya, famoso capitán,
los que de la Concepción
salieron, subiendo van
en mal formado escuadrón
la sierra de Andalicán;
ya de la celada inciertos
trepan los peñascos yertos
los españoles confusos:
ven a remediar abusos
y a prevenir desconciertos.

[IN.] 2. Esto nos hizo salir
en tu busca, pues tú ausente,
no [h]ay quien se deje regir,
pues sólo a tan brava gente
tú la puedes corregir.

LAUT. Si envuelto ya en mortal sueño
tiene sepulcro en el vientre
de alguna fiera mi dueño,
si tal es, mi fe te empeño
de matar cuantas encuentre,
hasta ver la que [h]oy ha sido de tus huesos Mauseolo.

(*Siempre divertido.*)

¡Ay, mi dulce bien perdido
y ay de mí, pues en mí solo
pudo caber tanto olvido!

[IN.] 2. Lautaro invencible, advierte
que ya está afilando el filo
de su guadaña la muerte;
no quieras cortar el hilo
de tu favorable suerte.
Mira que el sacro Senado
en tus fuertes [h]ombros puso
el peso deste cuidado.

LAUT. ¿Quién vió pecho tan confuso
de más penas rodeado?
Ea, pues, el honor viva,
y muera el gusto y amor;
mi Guacolda, muerta o viva,
perdone, pues el rigor
lo más a lo menos priva.
Vamos, escuadrón valiente,
que hoy de Andalicán el cerro,
si este brazo no me miente,
ha de ser funesto entierro

de esa miserable gente.
[In.] I. Vamos, invencible Marte,
hijo del poniente sol.
Laut. Tú luego a buscar te parte

(*Hablando con* Purén.)

a mi perdido español;
que esto sólo ha de librarte
de la más sangrienta muerte
que inventó jamás tirano.
Purén. Pues como con él no aciertes,
no hayas miedo que a tu mano
remita la herida fuerte.

(*Vanse todos,* Purén *por una puerta, y los demás por la otra, y salen* doña Mencia de Nidos *y* don Pedro de Villagrán, *vestidos de monte, cada cual con su jabalina.*)

D.ª Me. Mal mi condición conoces:
quererme a mí persuadir
es dar en desierto voces,
o querer a un carro uncir
los leones más feroces.
D. Ped. ¿Es tu cuello de león,
para que el yugo deseche
en tan forzosa ocasión?
D.ª Me. Sin duda mamé su leche
pues tengo su condición.
No nací para sujeta;
para sujetar nací,
ya el ciervo con la saeta,
ya el cerdoso jabalí
con la turquesca escopeta.
Este robusto ejercicio
el pesar de mí destierra,
y no porque halle en él vicio,
sino por ser su bullicio
un ensayo de la guerra; [to,
no hay dulce voz, no hay acen-
aunque el sueño me interrompa,
que me dé mayor contento
que el de una bastarda trompa
o militar instrumento;
el olor que a mi sentido
más lisonjea y suspende,
no es del ámbar escogido,
mas del salitre en quien prende
el fuego siempre atrevido,
y en suma, aquesta corteza
o esta femenil flaqueza
cubre un valor tan extraño,
que sin duda tomó engaño
en mí la naturaleza.
D. Ped. Con tan grande gallardía
has referido, señora,
el valor que en ti se cría,
que si el alma te quería
ya te está adorando agora.
Tu condición no me altera,
pues es la que reina en mí;
que si yo salud tuviera,
aunque me muero por ti
ausente de ti estuviera.
Con mi valeroso tío
Francisco de Villagrán
al cerro de Andalicán
fuera con el mismo brío
que nuestros amigos van;
allí en tu nombre enfrenara
deste Lautaro la furia,
y la muerte me costara,
o vengara bien la injuria
que cuesta a España tan cara:
pero no dejo por eso
de rendir feudo al amor,
pues un amoroso exceso
no quita, que da favor.
D.ª Me. Eso es lo que no confieso.
No, don Pedro; mal procura
quien se aplica a la milicia
tener en amor ventura,
que el amor todo es blandura,
todo es regalo y caricia.
Publica un enamorado,
que en su dama, en quien se en-
[cierra
su gusto, está transformado,
pues un hombre afeminado
¿qué vale para la guerra?
Nuestro sexo, en conclusión,
para sujeto ha nacido;

si esto es así, ¿es gran blasón
confesarse uno rendido
a la misma sujeción?
Pregúntaselo a Anibal,
y verás lo que perdió
por ser en Capua leal
al amor, que le tornó
de hombre en un bruto animal.

D. PED. No te acabo de entender,
pues sólo por sustentar
tu opinión y parecer
gustas de satirizar
tu hermoso agradable ser.
Agora sabes que amor
es de la naturaleza
divino reformador,
y tanto, que su fineza
le hace a veces hacedor,
pues suele de nada hacer,
si de lo poco es lo mismo,
un hombre que viene a ser
de ex[c]elencias un abismo
con sólo saber querer;
de rudo le hace avisado;
del mal sabido, discreto;
de temeroso, arrojado;
de mal pulido, preciado;
y de rebelde, sujeto.

(*Dice a voces de adentro* RENGO.)

RENGO. Espera, no huyas, señora,
y pues de ti me fié,
confíate de mí agora.

(*Sale huyendo* GUACOLDA *a guarecerse en* DOÑA MENCIA *y* DON PEDRO.)

GUAC. Defiende, español, tu fe
en quien la sigue y adora,
que soy yo contra este fiero
que cautivarme pretende.

(*Sale tras ella* RENGO.)

D. PED. Di que el cielo te defiende,
pues su divino lucero
a defenderte deciende.
Ea, pues, doña Mencía,
que esta hazaña es de tus manos.

(*Hácenle rostro los dos, tiniendo a las espaldas a* GUACOLDA.)

RENGO. ¿Qué es esto, infames cristia-[nos?
¿Quién os dió tanta osadía?

GUAC. Favor, cielos soberanos;
y pues este vil vestido
a este punto me ha traído,
él mismo el remedio sea
por donde libre me vea
deste bárbaro atrevido.

D.ª ME. Déjame, don Pedro a mí,
que con el favor de Dios,
sola he de rendille.

RENGO. Así.

D. PED. Mejor será que los dos
le demos la muerte aquí.

RENGO. Sin gana a reírme vengo
mirando vuestra locura.
Decid, locos, ¿por ventura
sabéis que reñís con Rengo,
de españoles sepultura?
¿Sabéis que si, como veo
un hombre y una mujer,
viera de España el poder,
que es lo que tanto deseo,
le diera mucho que hacer?

D. PED. Bien se parece, arrogante,
que no has visto ni conoces
a la que tienes delante.

GUAC. Hoy debo a mis pies veloces
esta vitoria importante.
Si mientras riñendo están,
pues todos son enemigos,
libertad y honor me dan,
ea, que alas, pies amigos,
con temor no os faltarán.

(*Vase.*)

RENGO. Fuertes sois, pues aún os hallo
con valeroso semblante;
contentaos con escuchallo
de mi boca, sin gastallo
con pasar más adelante.

D.ª ME. Defiéndete, fanfarrón,
que ya me falta paciencia.

(*Echa de ver que se ha ido* GUACOLDA.)

RENGO. ¿Hay más grande confusión?
Aquí dió fin la pendencia,
pues le falta la ocasión.
Fuése mi bien soberano;
perdonad, que según veo,
nuestra contienda es en vano.
¡Quién fuera en volar deseo!
¡Espera, dulce tirano!

(*Vase.*)

D.ª ME. ¿Has visto tal en tus días?

D. PED. Libro de caballerías
me parece esta espesura,
y este suceso, aventura.

D.ª ME. Dices bien.

D. PED. Bien descubrías
de tu noble pecho osado
el valor que en él se anida.

D.ª ME. Hablas como apasionado.

D. PED. A no tenerte a mi lado
temiera perder la vida.

D.ª ME. Dejemos burlas aparte.
¡Qué gallardo es el mancebo!

D. PED. Si es que llegó a contentarte,
digo que es un Pirro nuevo,
digo que es un propio Marte.

D.ª ME. Y el triste español que huía
¿pudístele conocer,
que la voz fué de mujer?

D. PED. Con tan gran furia venía
que apenas le pude ver.

D.ª ME. ¿No ves el gran remolino
de polvo que se levanta,
don Pedro, por el camino?

(*Miran hacia el vestuario.*)

D. PED. De gente es que se adelanta
en correr a un torbellino.

D.ª ME. ¡Válgame Dios! ¿Qué será?
Mal anuncio tengo desto,
y pues la fortuna ya
conjurado se nos ha,
temo un suceso funesto.

(*Baja por un monte un* ESPAÑOL *muy cansado, haciendo de rato en rato pausas, y con ellas extremos.*)

D. PED. ¿Quién deciende por la loma
de aqueste monte empinado?

D.ª ME. Algún montero o criado.

D. PED. Con harta flema lo toma.

D.ª ME. Debe de bajar cansado.

D. PED. Cansado y aun afligido,
según los extremos hace.

(*Llámase el español que baja* ALVARADO.)

ALVAR. Ya tu renombre temido
dirás, España: "Aquí yace
sepultado en el olvido."

D. PED. No le conozco, que viene
sangriento y desfigurado.

D.ª ME. Preguntémosle qué tiene.

D. PED. Sin duda es este Alvarado.

D.ª ME. Saber la causa conviene
de venir, como le vemos,
tan mal parado y herido.

D. PED. Alvarado, ¿qué tenemos?
¿Vuelve Villagrán vencido?

D.ª ME. ¿De qué estás haciendo extremos?
Responde.

ALVAR. Deja, señora,
que cobre un escaso aliento,
en tanto que el alma llora
al infeliz vencimiento
que oirás de mi boca agora.

(*Siéntase al pie de la cuesta.*)

Francico de Villagrán,
teniente que fué en un tiempo
del mal logrado Valdivia,
ocasión destos sucesos,
pues cuando se rebeló
todo el districto Chileno
no aplicó como podía
el pronto eficaz remedio,
sino que en vez de juntarse
con los que sólo salieron
de la Imperial para verse
con Valdivia en cierto puesto,
le fué a ver con vista aguda,
aunque de cudicia ciego,
sacar de unas minas suyas
el rubio metal de Febo;

y como el oro es imán,
y el imán atrae el [h]ierro,
Valdivia, por ir al oro,
cometió infinitos yerros.
Como digo, Villagrán,
determinado y resuelto,
salió de la Concepción
a vengar su amigo muerto
y aun a llevar conducidos
al sacrificio sangriento
sus amigos y parientes
como inocentes corderos;
y apenas con lo que digo
vió de Andalicán el cerro,
de quien el nombre ha tomado
todo aquel infausto suelo,
cuando los nuestros se alegran
pensando vengarse presto,
aunque más presto trocaron
en tristeza su contento.
Suben por la cuesta arriba,
y no bien sobre su cuello
las coyundas de sus pies
gallardamente pusieron,
cuando de infinitos indios
todo el monte ven cubierto,
que sólo el paso nos deja
el fiero bárbaro esento,
pues medroso de los choques
de los caballos ligeros,
nos hizo aquella emboscada
entre peñascos soberbios.
Hicimos alto y plantamos
seis piezas, a quien los pechos
oponen, como si fueran
baluartes o terraplenos;
no así el lebrel irlandés,
que ya ve al ojo su objeto,
de la mano y la trailla
en dos pies está pendiendo,
como el escuadrón contrario,
tan corregido y sujeto,
que del castigo el temor
no es su trailla, es su freno,
y no se espante, que en fin,
deste Lautaro soberbio,
con ser de muerte las penas,
son inviolables secretos.
Después que nuestos jinetes
algunas suertes hicieron,
no en el escuadrón contrario,
señores, sino en sí mesmos,
pues con sus picas se oponen
a los corceles ligeros,
de tal suerte, que afrentados
los retiran a su puesto;
los ejércitos se mezclan
y con ánimo resuelto
a ganar la artillería
los indios acometieron,
y de tal suerte acometen,
que, aunque a costa de sus cuer-
las balas en el camino [pos,
casi casi detuvieron;
al fin ganaron las piezas,
y en perdiéndolas, perdieron
el campo los españoles,
y las vidas los más dellos.
Los linajes de las muertes,
los géneros de tormentos
que ejecutaron en tantos
que en el alcance prendieron,
y aun aquellas que ellos mismos
se causaron, cuando huyendo
se despeñaron, por ser
el monte derrumbaderos,
no os diré, que no es posible,
ni aun lo parece que un pecho
tan cansado como el mío
pueda hacer largos progresos.
Sólo os diré que caí
con mi caballo en el centro
de un valle, y quedé con vida,
y el corcel mil piezas hecho,
y que ya la Concepción
sabrá el infausto suceso
de los que en buenos caballos
fueron en huír primeros.
Ya perdió España su nombre,
pues también la guerra es juego,
y con un falso, Lautaro
le ha ganado todo el resto.

D.ª Me. No todo el resto, Alvarado,
que no sólo queda quien
defienda al bárbaro osado
lo que queda, mas también
le quite lo que ha ganado.
Sin duda que el remolino
de polvo que en el camino
vimos, la gente le hacía,
que de la rota venía
huyendo al pueblo vecino.
D. Ped. ¿Qué voces confusas suenan?
¿Qué lamentables gemidos?
¿Qué alboroto, qué alaridos?
D.ª Me. Los pechos rompen y atruenan
los compasivos oídos.
Alvar. Sin duda que la ciudad
desamparan ya, temiendo
del bárbaro la crueldad.

(*Miran hacia el vestuario.*)

¿No ves cómo van subiendo
por el monte?
D.ª Me. ¿Hay tal maldad?
Alvar. ¿No ves los tristes vecinos
cómo de ropa cargados,
del suceso amedrentados
cubren montes y caminos,
llorosos, descarriados?
¿Ves los hijos ternecillos
colgar de maternos pechos,
y asidos los mayorcillos
de la ropa, y todos hechos
de la tierna madre grillos?
¿No ves luchar con la edad
al otro viejo cansado,
y del temor alentado
con nueva velocidad
subir el monte empinado?
¿Correr al mozo no ves
sin que ninguno le obligue,
y a la otra mujer después,
que con los ojos le sigue,
pues no puede con los pies?
D.ª Me. Calla, triste pregonero,
que no es bien que en este día
digan de doña Mencía:
"Todo lo miraba Nero,
y él de nada se dolía."
Vamos con veloz subida
a esta gente, que hoy verás
que aunque el temor la convida
a dar algún paso atrás,
es por dar mayor corrida.
Al más fuerte corazón
el temor pone en aprieto;
mas la consideración
de su fama y opinión
por fuerza ha de hacer su efeto.
Salgámosles al encuentro,
que si Dios me da favor
hoy restaurarán su honor.
D. Ped. Esta mujer sí que es centro
de prudencia y de valor.

(*Vanse, y salen en tropel* Mujeres, Niños y Hombres, *cargados de vestidos y alhajas, y las mujeres con niños en los brazos.*)

Viejo. ¿No es evidente locura,
pudiendo escapar la vida,
el ponerla en aventura?
Mujer. ¡Ay, Patria dulce y querida!
Viejo. Salvarte agora procura:
deja las exclamaciones.
Niño. ¿Dónde, madre, caminamos?
Mujer. A conocer, hijo, vamos
de extraños las condiciones.
Mozo. Gran flema es la que llevamos.
Mujer. ¡Quién de Hipómenes tuviera
los pies en esta carrera!
Viejo. ¡Mas quien tuviera la planta
de la gallarda Athalanta,
más que Hypómenes ligera!
Mozo. Con asaltos tan continos
no es mucho temor que rompas
por los pechos diamantinos.
Mujer. Ya el son de bárbaras trompas
y de roncos tamborinos
sin duda estoy escuchando.
Viejo. Yo también, aunque están lejos;
y parece que marchando
vienen a espacio.

Mozo. En los viejos
hará risa el fiero bando.

(*Salen* DOÑA MENCÍA *y* DON PEDRO.)

DOÑA MENCÍA.

Famosos domadores del Poniente,
contra el rigor de los opuestos hados,
que dilatáis la fe gloriosamente
del mundo en los confines dilatados:
¿qué enemigo feroz, bravo, impaciente,
os asalta los muros levantados?
Y cuando los asalte, ¿en vuestros muros,
más que en el campo, no estaréis seguros?

Que del neblí la garza se recele
cuando en puntas y en tornos se le abate;
que a la cobarde liebre la desvele
el galgo que la va dando combate:
que del caimán que destruílle suele
el diestro pececillo se recate,
hacen bien, si el contrario es tan impío;
mas, que huyamos sin velle, es desvarío.

Mirad lo que perdéis, gente perdida,
de honor, de hacienda, de regalo y gusto,
pues dejar vuestra patria conocida
por hospedaje extraño, es casi injusto.
¿No veis que hasta el que os llama y os convida
os mira al tercer día con disgusto,
y aun el pariente, si de huésped tiene
el enfadoso nombre, a cansar viene?

Volved a vuestra Patria, volved luego,
que en retorno de haberos sustentado
no es bien que la entreguéis al [h]ierro y fuego
que el bárbaro cruel la ha condenado.
Que os acordéis de vuestra madre os ruego
y de aquellas extrañas que os han dado
vida y salud por milagroso modo,
pues quien el oro da, nos lo da todo.

La Virgen, de quien toma el apellido
esta ciudad, que mi palabra ofrece
ampararla del bárbaro atrevido,
pues de su Concepción nombre merece.
Que si al que su pureza ha defendido
como a Illefonso, tanto le engrandece,
no querrá permitir que nadie asombre
a quien de su pureza tiene el nombre.

Y porque echéis de ver la fe que tengo
en la Virgen de culpa preservada,
con ser flaca mujer, ya me prevengo
a gobernar la cortadora espada;
mirad si este es milagro, pues yo vengo
a dar ánimo a gente tan osada;
y pues el un milagro llama al otro,
y os guía una mujer, esperá ese otro.

VIEJO.

En fe del gran valor que en ti mira-mos
y del alto socorro prometido,
aunque con gran vergüenza, vuelta da-mos
al dulce despoblado patrio nido.

MOZO.

Ea, españoles fuertes, ¿qué esperamos?

VIEJO.

Por su Caudillo el Pueblo te ha esco-gido.

MOZO.

¡Viva doña Mencía!

MUJER.

¡Viva!

NIÑO

¡Viva!

DON PEDRO.

Hazaña tal, en mármoles se escriba.

(*Vanse.*)

(*Salen* LAUTARO, *y los suyos, con bandera y caja haciendo alarde por el teatro.*)

LAUT. Rebose ya la alegría
del pecho más fatigado,
noble y fuerte compañía,
dando por bien empleado
el trabajo deste día;
y aunque caminado habéis
siete leguas en bien poco,
no por eso desmayéis,
pues ya con las manos toco
el premio que merecéis.
Esta es la gran Concepción,

ciudad la más noble y bella
que ha visto nuestra nación
fundada en felice estrella
si hoy me da su posesión.
Entregaos en su tesoro
si es que el indio busca el oro;
y si no, por mi contento,
que deste trance sangriento
dure eternamente el lloro.
No dejéis persona viva,
porque de mi historia altiva
hoy quiero, aunque pese a Marte,
quel tiempo la primer parte
con sangriento humor escriba.

[In.] 1.º ¿Qué figuras prodigiosas
los aires van inflamando,
y con sombras espantosas
y nubes caliginosas
el cielo se está cerrando?

[In.] 2.º ¡Qué tempestad tan funesta!

[In.] 3.º ¡Qué desfrenados bramidos!

Laut. Inaudita cosa es ésta.

[In.] 1.º ¡Qué baladros!

[In.] 2.º Más que aullidos
aturden esta floresta.

(*Parécese en los aires un dragón alado vomitando fuego y humo, y óyese una voz que dice:*)

[In.] 3.º ¿Qués esto que por el viento
vomitando fuego y humo
rasga el confuso elemento?

[In.] 1.º Si es nuestro Eponamón sumo.

[In.] 2.º Sin duda es él; oye atento.

Epon. Yo soy vuestro Eponamón.
¿Qué dudáis, qué os encogéis?
Acometed, pues tenéis
por la frente la ocasión.

Laut. Ya la tempestad pasó,
ya muestra nuestro sol bello
su luminoso cabello.
Amigos, ¿no os digo yo
que ya nos franquea el cuello
el Español asombrado,
y que nuestro Eponamón
a mi brazo ha reservado
la severa ejecución
de la sentencia que ha dado?
¡A ellos, a ellos, pues!
Meted la mano en sus daños.
Volved por vuestro interés:
y ofensas de tantos años
castigad en solo un mes;
que no es cosa nueva, no,
para la arrogante España,
lo que con industria y maña,
poco a poco acaudaló,
perder con presteza extraña.
No penséis que me he alargado.
que a[h]í está su rey Rodrigo
que perdió todo el reinado
en discurso limitado,
que nos hará buen testigo.

[In.] 1.º Deja de animar, Lautaro,
a tu gente, pues aspira
a ser de su Patria amparo,
y en tus hazañas se mira
como en un espejo claro.

[In.] 2.º No tienes ya más que hacer;
no quieras más rienda dar
a quien muere por matar;
procúrala recoger
antes, señor, que alargar.

[In.] 3.º Ya por verme encima muero
de esa cerca mal segura.

Laut. Pues, Chilcano, ser procura
en el asalto el primero,
que mi mano te asegura
un gran premio.

[In.] 1.º ¿Quién, Lautaro,
rasgando los cielos hiende
el aire sereno y claro?

[In.] 2.º Un bulto es el que deciende
en luz y hermosura raro.

(*Muéstrase* Nuestra Señora de la Concepción *en los aires, rodeada de sus virtudes, habiendo precedido música muy suave.*)

Laut. ¿Hay día de más portentos?
No ha un punto que se espesaban
de mil prodigios los vientos,

y agora se desenclavan
los astros de sus asientos.

VIRGEN. ¿Adónde con tal crueldad
caminas, bárbaro ciego?
Vuélvete, Lautaro, luego;
no ofendas a mi ciudad,
que Dios les da a sus cristia-
mando sobre ti; y advierte, [nos
que en no haciéndolo, la muerte
te está esperando en sus manos.

(*Están los* INDIOS *un rato embelesados, hasta que se encubre la apariencia.*)

LAUT. Vámonos de aquí, que el cielo
contra mí está conjurado;
vamos presto, que recelo
que me ha de tragar el suelo,
de sustentarme cansado.
¡Qué mucho que nos venzáis,
españoles venturosos,
pues que tal dicha alcanzáis,
que a vuestro favor bajáis
los dioses más poderosos!
Sígame ya quien quisiere,
que un punto no esperaré.

[IN.] 1.º Lo mismo Pran hacer quiere.
[IN.] 2.º Espera, Millarapué.
[IN.] 3.º Escápese quien pudiere.

(*Vanse todos turbados, cada cual por su puerta, y salen luego* DOÑA MENCIA *con bastón de general,* ALVARADO *y otros.*)

D.ª ME. Abrid las puertas, cristianos,
que el temor del mal vencido
hoy vence los Araucanos,
indignos de habello sido,
por vuestras famosas manos.

ALVAR. No te fíes, gran Mencía,
de esos que así huyendo van,
que temo otra alevosía
como la de Andalicán.

D.ª ME. Emboscada ser podría;
mas esta vez salir quiero
a lo raso, que de verme
entre paredes me muero;
y si es yerro el atreverme,
ya de acertar desespero.
Una banda de caballos
tras ellos salga al momento,
y aunque no pueda alcanzallos,
mire si alcanza su intento
con siguillos, y acosallos.

(*Sale* DON PEDRO, *sacando un* INDIO *preso.*)

¿Qué es eso, don Pedro, amigo?

D. PED. Un indio formado y hecho
de mármol, a quien maldigo,
pues le traigo por testigo
y no hay descubrille el pecho.
Palabra alguna no ha hablado,
sino que, cual ves, pasmado
le topé y le traigo aquí.

D.ª ME. ¿Por qué, bárbaro, nos di,
el campo se ha retirado?

INDIO. ¿Qué es aquesto? ¿Dónde es-
[toy?
¿Quién del campo me ha traído
a este puesto?

D.ª ME. Es para hoy.

ALVAR. Parece que está aturdido.

D.ª ME. Ve por un potro...

ALVAR. Ya voy.

D.ª ME. ...que él le hará cantar si acaso
hace el mudo de artificio.
¿No respondes?

INDIO. ¿Hace al caso
mi persona en tu servicio?

D. PED. Este ha sido el primer paso,
o la palabra primera
que hablar le he oído.

D.ª ME. Lautaro,
¿por qué con veloz carrera
se ha vuelto a ir?

INDIO. Ya reparo
en mi prisión lastimera. (*Ap.*)
Sin duda todos se han ido,
[*Alto.*]
y a mí como me han hallado
de mí mismo enajenado
a este lugar me han traído:
escucha lo que ha pasado.
Confiado y orgulloso

el gran Lautaro venía
a dar un sangriento día
a este pueblo venturoso.
Nació aquella confianza
de que nuestro Eponamón
nos dijo que en posesión
trocásemos la esperanza,
que la vitoria era cierta,
y era cierto vuestro duelo,
cuando miramos del cielo
la hermosa cortina abierta
y rebosando alegría
bajar una nube, y della
una divina doncella
que en noche tornaba el día;
digo que tiniebla obscura
pareció el sol luminoso,
porque su semblante hermoso
era fuente de luz pura.
Casi hasta el suelo bajó,
y la lengua desatando,
aunque con acento blando,
a todos nos asombró;
díjonos que esta ciudad
como suya defendía,
y que la muerte hallaría
el que con temeridad
pasase adelante. En esto
a los cielos se subió;
después so sé si mudó
Lautaro de presupuesto,
sino que me hallo aquí
sin saber quién me ha traído.

D.ª ME. ¿Veis por la Virgen cumplido
lo que entonces prometí?
¿No veis, para que os asombre,
que con divina pasión
hoy toma su Concepción,
pues defiende hasta su nombre?
¿No veis si es aventajado
el favor, gente española,
pues esto una gota sola
de sangre no os ha costado?
Ea, fuerte gente, ea!
¡Muera esta infame nación,
y la sacra Concepción
de hoy más tu apellido sea.
En cualquier sangriento es-
[trago
que con valor nos hallemos,
Concepción apellidemos
en lugar de Santiago.

D. PED. Primero la Concepción,
y luego doña Mencía,
pues ha sido en este día
nuestra total redempción.

D.ª ME. A Dios solo se han de dar
las gracias desto, cristianos,
y a estos fieros Araucanos
lo ya ganado quitar.

ALVAR. Tú nos rige y nos gabierna,
Mencía fuerte y famosa.

D. PED. Desta hazaña milagrosa
será la memoria eterna.

(*Entranse, dando con esto fin al acto segundo.*)

ACTO TERCERO

(*Salen* DOÑA MENCIA DE NIDOS *y* DON PEDRO DE VILLAGRÁN.)

D. PED. Ya que sola puedo hallarte,
sin que acosando te estén
fieros ministros de Marte,
aunque eres todo mi bien,
de mi mal te he de hacer parte,
no porque la tengas dél,
que eso no sería acción
de un amante pecho fiel,
sino porque compasión
tengas de mi mal cruel;
que la compasión es hecho
tan heroico y tan extraño,
que de la invidia a despecho
a costas de ajeno daño
tiene singular provecho.
Mira si en obligación
a estarme, señora, vienes,
pues te convido a una acción
que tú el premio della tienes,

y tengo yo la pasión.

D. Me. Aunque llegues a alcanzar
que esa compasión te ofrezca,
si es que no te pienso amar,
don Pedro, ¿qué has de sacar
de que yo me compadezca?

D. Ped. ¿Qué he de sacar? En favor
ver trocada tu crueldad,
que el compasivo dolor
nace de la caridad,
y es la caridad amor.

D.ª Me. Sofística es tu razón,
llena de falsa apariencia;
quien ama, todo es pasión,
y así ignoras la ex[c]elencia
de la humana compasión.
Aunque yo me esté doliendo
de un dolor fiero y cruel,
si en un pobre le estoy viendo,
¿oblígome a que muriendo
me esté por amores dél?
Mas que para que yo halle
de ajeno mal galardón,
no he menester remedialle,
sino sólo que en miralle
tenga del mal compasión,
y así, don Pedro, te digo
que me pesa del rigor
que el amor usa contigo,
mas no por eso me obligo,
ni pienso tenerte amor.

D. Ped. Triste, con esto, ¿qué aguardo
del fiero amor riguroso?

D. Ped. Triste; con esto, ¿qué aguardo
[*Aparte.*]
le quiero bien, que es gallardo,
y en los trances animoso;
pero no puedo acabar
con mi altiva condición
que me hayan de sujetar,
y en llegando esto a pensar
me revienta el corazón.

(*Sale un* Paje.)

Paje. De llegar acaba agora
un bárbaro a tu real,
que quiere hablarte, señora.

D.ª Me. ¿Quién es?

Paje. Mi pecho lo ignora,
mas parece principal.

D.ª Me. Dile que entre.—La tristeza
desecha, don Pedro fuerte,
y mi rigor y aspereza
que se ha de vencer advierte
con valor y fortaleza.
No quiero más enterarte
de mi pecho endurecido,
sólo sujeto y rendido
a las insignias de Marte,
no a las flechas de Cupido.

(*Sale* Rengo *solo.*)

Rengo. Famosa doña Mencía
de Nidos, fuerte Belona,
a quien nuestro Arauco llama
la Belligera española;
tú que con tus grandes hechos
resucitas la memoria,
para darle nueva muerte,
de las fuertes amazonas,
pues dellas nos acordamos
por tus hazañas famosas,
y nos olvidamos dellas
por tus proezas heroicas;
tú que del supremo Alcázar
con tu fuerza milagrosa
deciendes las deidades
que nos espantan y asombran;
tú que al aleve Lautaro,
a quien ya la gente toda
a veces furia le llama,
y a veces rayo le nombra,
en medio el curso furioso
de sus triunfos y vitorias,
le detienes, le retiras,
le amedrentas y le postras,
como se vió cuando a vista
de la ciudad belicosa
de Santiago, hizo un Fuerte
lleno de arrogancia loca;
mas tú, en el primer asalto
con tu gente valerosa,

a términos le trujiste
de dejar la Plaza sola,
tanto, que ya quebrantada
su soberbia vanagloria,
de las armas apeló
para una astucia engañosa,
y fué, que viendo que el sitio
cercado está a la redonda
de montañas, de manera
quel hondo valle coronan,
y la vega coronada
de acequias es tan copiosa,
que derribando los diques
la vega en pantano tornan,
quiso anegar aquel suelo,
porque la ligera tropa
de tus caballos hundida
quedase en la tierra floja,
y él pudiese sin peligro
cantar la infame vitoria,
pues como pájaro en liga
tuviera la gente toda;
pero tú le penetraste
el intento, y a la sorda
alzaste el campo una noche,
que le hizo noche su gloria,
y como cobarde liebre
le tienes cerrado agora
en otro fuerte, que el miedo,
aunque es flaco, fuertes forma;
y, finalmente, tú que
llegas a ser tan dichosa,
que Rengo a servirte viene
con su gente y su persona;
Rengo, aquél que con razón
muchos Régulo le nombran,
porque como basilisco
mató con la vista sola;
no tienes ya que temer,
que eso a Lautaro le toca,
pues en tu favor le busca
esta diestra valerosa,
y esto no me lo agradezcas,
agradécelo a tus obras,
que a los cobardes encogen,
y a los fuertes apasionan.
Con cuatrocientos vasallos
vengo a servirte, señora,
y más trujera a no ver
que estos conmigo te sobran,
diestros en flechar un arco,
tanto que amor dellos toma
liciones para lisiar
las almas que se remontan.
Ea, pues, fuerte Camila,
ea, valiente Zenobia,
que en tu favor he venido,—
por cobrar solo a Guacolda.
[*Aparte.*]

D.ª ME. Por cierto, Araucano fuerte,
por dichosa me juzgara,
cuando, aunque es mucha mi suerte,
otra cosa no sacara
más de hablarte y conocerte,
cuanto y más pensando ver
la muerte deste traidor
que también lo sabe ser,
pues teniendo tu favor,
por cierta la he de tener.

RENGO. Ya que mi valor no ignoras,
ni yo tu gusto, pues veo
que en la muerte deste adoras,
quiero cumplirte el deseo
antes que pasen dos horas.
Con tu licencia a Lautaro
pienso hacer un desafío,
donde verás si el amparo
dese bárbaro gentío
tiene contra mí reparo;
y ha de ser antes que dé
descanso al cuerpo cansado,
y a ese aleve mostraré
cómo se rompe la fe
de Valdivia, mal logrado.

D.ª ME. No, Rengo, por vida mía,
que tiempo tendrás después.

RENGO. Perdona, doña Mencía,
y advierte que es mi interés
que no pase deste día.
Bien lo sabe quien no ignora
el rigor de mi cuidado, —
(*Aparte.*)

porque palabra, señora,
[*Alto.*]
por cumplir no la he dejado
un solo punto hasta agora.

D.ª ME. De tu valor los extremos,
Rengo valeroso y fuerte,
en la batalla veremos.

RENGO. Mejor será que probemos
la mano con esta suerte.

D.ª ME. Hágase en todo tu gusto.

RENGO. O el tuyo, segundo sol.

D.ª ME. ¿Deste bárbaro robusto
no huía aquel español
con pena y mortal disgusto?
¿No es éste con quien tuvimos
comenzada la cuestión?

(*Hablando aparte con* DON PEDRO.)

D. PED. Sin duda es éste a quien dimos,
tú a lo menos, opinión
de fuerte, por lo que vimos.

D.ª ME. Rengo, a dicha, ¿hémonos vis-
los tres otra vez? [to

RENGO. Sin duda,
cuando en los dos halló ayuda
mi enemigo.— Aquí resisto
[*Aparte.*]
mi dolor con lengua muda.

D.ª ME. ¿Y tras quién ibas volando?

RENGO. Esa pretensión desecha,
que he de responder callando.

D.ª ME. Esto me va confirmando [*Ap.*]
en mi primera sospecha,
que aquel hombre era mujer.

(*Sale* RAUCO.)

RAUC. Ya, señor, tu gente tienes
en el campo; ¿qué ha de hacer?

RENGO. Que se quede aquí en rehenes
mientras yo tardo a volver.
Quédese en guarda y defensa
de la gran doña Mencía,
mientras doy la recompensa
a quien ser inmortal piensa,
de su grande alevosía.
Tú, Rauco, vente conmigo,
pues también parte te alcanza
de aquesta empresa que sigo,
que del agravio y venganza
quiero que seas testigo.
Guárdete el sol.

D.ª ME. El te guíe,
y si puede te dé suerte,
y de daño te desvíe.

RENGO. Quien fía en su brazo fuerte
no es bien que en la suerte fíe.

(*Vanse los dos* INDIOS, *quedando* DOÑA MENCÍA *y* DON PEDRO.)

D.ª ME. Don Pedro, advierte; no ha-
[cemos
bien si así nos descuidamos
de lo que a Rengo debemos,
y tan solo le dejamos
en el peligro que vemos.
A desafiar salió
cuando menos a un teniente
de general; ¿qué sé yo
si Lautaro, de impaciente,
viendo que se le atrevió,
le manda prender?

D. PED. ¿Querrías
ir de Rengo en seguimiento
con algunas compañías?

D.ª ME. Ese, don Pedro, es mi intento.

D. PED. Y acertado, y aun podrías
a la revuelta, si acaso
Lautaro le hace traición,
hacer alguna facción
de importancia.

D.ª ME. Pues al paso
salgamos a la ocasión.

(*Vanse, y salen* LAUTARO *y* GUACOLDA, *ya en hábito de mujer.*)

GUAC. Como vestida me hallé
de español y acerté a vellos,
a mis armas apelé,
que son mis pies, y por ellos
de sus manos me libré.
No bien seguras están

mis desdichas deste trance,
cuando los aires me dan
nuevas del sangriento alcance
del cerro de Andalicán;
y un indio que perseguía
la triste medrosa gente
que de tus manos huía,
quiso verter insolente
mi sangre, de miedo fría.
Que era yo español pensó;
mas su bárbara costumbre
por entonces suspendió,
y la muerte en servidumbre
desde luego comutó.
Yo que vi que era ocasión
la esclavitud para verte,
troqué en gozo la pasión,
teniendo por feliz suerte
la más esquiva prisión.

LAUT. Según eso que te he oído,
¿hasta la dichosa hora
que te vi, dulce señora,
no te había conocido
Chilcano?

GUAC. Hasta que me vi
en tu toldo no le dije
cómo solo el sol te elije,
mi Lautaro, para mí;
cómo después de las nubes
de tanto engaño pasado,
subo yo a tan alto estado:
tú, aunque no bajas, no subes,
pues subir más no es posible;
bajar tampoco, señor,
que me empareja el amor
con tu alteza inaccesible.

LAUT. No me digas más, por Dios,
que te agravias por honrarme,
y has de venir a agraviarme,
pues somos uno los dos.
No publiques mis consuelos
al viento que los escucha,
porque mi pasión es mucha,
y tendré del viento celos.
Para decir tu contento
las palabras son forzosas,
y palabras tan sabrosas
no es bien se las lleve el viento.
Esa ex[c]elencia le toca
a ocasión más oportuna,
cuando distancia ninguna
haya de una a la otra boca.

GUAC. Discurso de lisonjeros
el tuyo me ha parecido.

(*Sale un* SOLDADO *indio.*)

SOLD. Unos indios han venido
en tu busca, que de fieros
tienen la campaña llena.

LAUT. ¿Cuántos son los indios?

SOLD. Dos.

LAUT. Vengáis en mala hora vos,
pues me la quitáis tan buena;
que a los otros, desde aquí
el castigo les prevengo.
¿Conociste alguno?

SOLD. A Rengo,
gran Lautaro, conocí.

LAUT. Ven, mi bien incomprensible
a la cerca, porque vea
que gozo lo que él desea,
y él desea un imposible.

(*Vanse, y salen* RENGO *y* RAUCO.)

RENGO. Si este encerrado traidor
mi desafío no admite,
recelando que le quite
la ocasión de mi dolor,
por el alto cielo juro
que aunque estorbo se me ofrez-
antes que el alba amanezca [ca
amaneceré en su muro,
y guiaré a doña Mencía
por camino a este su fuerte,
que en la noche de su muerte
trueque el venidero día.
A esta ejecución me esfuerza
el estado a que he venido,
y el ver que está permitido
hacer a la fuerza, fuerza.
Si él vive, yo he de acabar;
muerto, vida he de tener,

pues matar por defender
¿quién lo puede condenar?

RAUC. Por el sol a quien consagro
mi vida, que estoy temblando,
y que el morir dilatando
vivo agora de milagro,
que es el rigor deste loco
tan grande cuando se enoja,
que si al abismo me arroja
le parecerá que es poco.

(*Salen al muro, que ha de estar tan bajo cuanto sea posible,* LAUTARO, GUACOLDA, CHILCANO *y dos* INDIOS.)

LAUT. ¿Qué quieres, Rengo atrevido?
Dime primero si vienes
de paz o guerra.

RENGO. ¿Ya tienes
mi agravio puesto en olvido?
¿Piensas que puedo, enemigo,
tener paz mientras tú vivas,
si de la vida me privas
teniendo mi alma contigo?
Pues en Guacolda la tienes
a quien se la di en ofrenda,
¿y ella me paga esta prenda
con agravios y desdenes?
Pues si lo piensas, te engañas,
y en primer lugar advierte
que sirvo a Mencía fuerte,
prendado de sus hazañas;
y que así será forzoso
seguir su justa querella,
y probarte, en nombre della,
que eres, Lautaro, alevoso;
que vendiste infamemente
al que de ti se fió,
y, según dicen, crió
en su casa tiernamente.
Y por no alargarme más,
por esto te desafío,
y en mi Eponamón confío
que no te arrepentirás,
no por faltarte pesar,
que ya te le da el temor,
sino porque mi rigor
no te dará ese lugar.
Con eso sabrás si vengo
por tu muerte o por tu amparo.

LAUT. ¿Sabes, di, que soy Lautaro?

RENGO. ¿Y sabes tú que soy Rengo?

LAUT. ¿Sabes que mi brazo fuerte,
cuando tantos no tuviera
en toda esta gente fiera,
te dará, infame, la muerte?

RENGO. ¿Y sabes que a eso he llegado,
y a saber, en conclusión,
si vivo aqueste león
es lo mismo que pintado?

LAUT. Pues espérame y verás
cómo me arrepentiré,
y quién el fijado pie
mueve adelante o atrás.

(*Quiere bajar y detiénenle todos.*)

GUAC. ¡Mi bien!

CHILC. Señor, ¿qué es tu intento?
¿Así pones en olvido
por un bárbaro atrevido
tu oficio y predicamento?
¿No ves que el Sacro Senado
que tu gran crédito aumenta,
te pedirá estrecha cuenta
del oficio que te ha dado?
Desafío singular
y de tu persona quita,
que no es bien que lo permita
quien te lo puede estorbar.
Mándale luego prender,
y hacer su cuerpo un erizo
de flechas, y ese mestizo
sabrá cómo ha de temer.

LAUT. Dejadme, que este enemigo
no quiero que de arrogante
diga que no fuí bastante
a dalle el justo castigo;
y que así lo fuí a mandar
a mi gente, y si este oficio
da de cobardía indicio,
al punto le he de dejar.
(*Arroja el bastón.*)
Ya no soy teniente, no;

Lautaro soy, Araucanos.
RENGO. Dejalde bajar, villanos,
si de veras lo mandó;
mas estará de concierto
para este fin con vosotros.
IND. 1.º Deja, que vamos nosotros.
GUAC. ¡Ay, que aun a hablalle no acier-
¿Dónde vas, esposo mío? [to!
Ten de Guacolda clemencia,
sin poner en contingencia
tu persona en desafío.
¿Por qué, mi prenda querida,
darme la muerte procuras?
¿No echas de ver que aventuras
dos vidas en una vida,
pues de ti mi vida pende,
como la tuya de mí,
y así cuando no por ti,
por mi ocasión te defiende?
Y más que desta contienda,
si lo adviertes sin pasión,
no es Valdivia la ocasión,
sino yo, que soy tu prenda;
y si estoy en tu poder,
dime, mi bien, ¿qué procuras?
¿No echas de ver que aventuras
no a ganar, sino a perder?
LAUT. Y dime, esposa; ¿es razón
que mientras vida sustento
en humano pensamiento
quepa de ti pretensión?
RENGO. Suelta, y deja a ese tu amigo,
y verás quién te merece.
GUAC. Si es que el alma te aborrece,
¿qué quieres de mí, enemigo?
CHILC. Toma, señor, el bastón.
LAUT. Desvía, Guacolda, agora.
GUAC. Ten ya de mí compasión.
LAUT. Pues no me dejas, señora,
espérame, fanfarrón.

(*Arrójase* LAUTARO *del muro.*)

[IN.] 2.º ¿Quién vió tal temeridad?
GUAC. Santo cielo, ¿qué he causado?
Pues no te irás solo, no,
que ya te sigo, Lautaro.
(*Quiere arrojarse tras él y detiénenla.*)
CHILC. ¿Qué haces, señora?
GUAC. Dejadme
ir tras él, aunque a pedazos
le siga.
[IN.] 1.º Notable amor.
GUAC. Agora verás, villano,
si es Lautaro el que se excusa
con la obligación del cargo.
RENGO. Quizá te fuera mejor,
y no dar en temerario;
mas no serás el primero
que tras su fin va volando.
RAUC. Voime antes que los del fuer-
salgan. Perdone mi amo; [te
que a imitación las locuras
no obligan a los criados.
CHILC. Cielos, ¿qué es esto que miro?
¡Gran traición es ésta! ¡A[h], [falso!
Rengo traidor, ¿así vienes
al desafío? ¡A[h], soldados;
abrid las puertas del fuerte!
¡Al arma, al arma, que el campo
cubre el ejército aleve
del español arrojado!
Salid, que Rengo, traidor,
tiene en el campo a Lautaro;
salid, salid, que está solo:
amparad a vuestro amparo.
Vosotros dos de Guacolda
os encargad, mientras salgo
a valer a mi caudillo
o a dar mi vida a su lado.

(*Bájase* CHILCANO, *quedando* GUACOLDA, *siempre haciendo muestras de arrojarse.*)

GUAC. ¡Ay, triste de mí; dejadme,
traidores; soltad, villanos!
LAUT. ¿Qué es esto, Rengo alevoso?
¿Así vienes a hacer campo,
(*Hace como que echa de ver el socorro.*)
con un ejército entero
en retaguarda?
RENGO. Lautaro,
por mi Eponamón te juro
que sólo con un criado

al desafío he venido;
tú sí que usas falso trato
conmigo, pues que, sin duda,
a los tuyos has mandado
que salgan en tu favor.

(Hace también muestras que ve salir los del fuerte.)

¿No los ves? ¿Tú eres el bravo?

LAUT. ¿Qué dices, aleve?

RENGO. ¿Qué?
Mas ¿qué haces tú, villano?

LAUT. Pues porque entiendas, traidor,
mi inocencia en este caso,
sígueme, y en este bosque
verás si mi fuerte brazo
necesita para ti
de otro favor.

RENGO. Acertado
ha sido tu parecer.

GUAC. ¡Triste yo! ¡Esposo Lautaro!

IND. 1.º Vamos, señora, de aquí,
que hemos de salir al campo
en defensa de tu esposo.

LAUT. Ven.

RENGO. Ya voy.

LAUT. Sigue mis pasos,
y hallarás presto la muerte.

RENGO. Ya yo la traigo en mis manos,
mas para dártela a tí.

(Vanse los dos.)

GUAC. ¿Qué es esto, cielo indignado?
¿Quién de Marte a la braveza
juntó de amor los regalos?
Nunca yo quisiera bien
a un hombre tan arrojado.

(Bájanse del muro, y salen los INDIOS, *acaudillándolos* CHILCANO.)

IND. 1.º ¿Dónde le dejaste?

CHILC. ¿Dónde?
Aquí quedó batallando;
porque aquí saltó del muro
cual si fuera un suelto pardo.
Aquí a Rengo acometió.

IND. 2.º ¿Pues dónde estará, Chilcano?

CHILC. Yo qué sé; mas ya tenemos
tan cerca nuestros contrarios,
quel buscalle es imposible.

[IN.] 1.º Tomemos, pues, por amparo
el abrigo destos muros;
y si el español acaso
es superior en poder,
entrarémonos volando.

[IN.] 2.º Temblando de miedo estoy.

CHILC. En no ver al gran Lautaro
en la batalla, estoy viendo
que ha de vencer el contrario.

(Vanse, y sale DOÑA MENCÍA, DON PEDRO *y los demás* ESPAÑOLES *que puedan.)*

D.ª ME. ¿No os dije yo que corría
gran peligro Rengo?

D. PED. Saltos
me da el leal corazón
todo el camino, y prestado
habrá a mi corcel las alas
que ha traido en pies y manos.

D.ª ME. Pues alas de corcel das,
llamalle puedes Pegaso.

D. PED. Siempre te burlas de mí.

D.ª ME. ¿Qué es esto? Los Araucanos
se retiran a su fuerte:
aquí ha habido algún engaño;
sin duda Rengo está preso,
que es muy falso este Lautaro,
y emboscado habrá tenido
algún escuadrón, en tanto
que con Rengo hacía batalla.

D. PED. Por cierto lo tengo; vamos
antes que cierren las puertas,
y de la cerca el amparo
tomen.

D.ª ME. Bien dices, don Pedro.
¡A ellos, que el cielo santo
esto ha ordenado, sin duda.
para que entremos mezclados
en el fuerte, y la vitoria
cantemos en breve espacio!
¡Ea, fuertes españoles;
al arma, al arma, soldados!

(Vanse.)

(*Salen batallando* LAUTARO *y* RENGO.)

LAUT. Nunca tuve por tan fuerte
a Rengo.
RENGO. Bravo es Lautaro,
pues con el mismo tesón
está que cuando empezamos.
LAUT. Dos horas ha que reñimos,
y en todas dos no ha mostrado
señal de flaqueza alguna. (1)
RENGO. Cansado estoy, y si acaso
esto dura, yo soy muerto.
LAUT. ¡Qué mal hice en hacer campo
solo, dejando a los míos
a vista de los contrarios!
Agora caigo en la cuenta.
RENGO. Noche, el tenebroso manto
acaba de descoger,
no llegue la de mis años
antes que tú.
LAUT. Fuerte Rengo,
bien ves ya que el negro ocaso
al Sol, nuestro dios, hospeda,
y que a escuras batallamos;
no muramos como brutos:
el desafío aplazado
quédese para otro día.
RENGO. Como tú gustes, Lautaro.
Gran suerte ha sido la mía,
[*Aparte.*]
pues con la paz me ha rogado,
estando en términos yo
que iba ya a hacer otro tanto.
LAUT. Guárdete el cielo, a gobierno
lo que hoy has podido, a cargo
que ocasión haces que pierda,
que vitoria me has quitado.
(*Vase.*)

RENGO. ¿Si estoy herido? Sospecho
que no, y que mi mayor daño
no le causa herida alguna,
sólo le causa el cansancio.

(*Vuelven a salir* DOÑA MENCÍA *y los suyos, y* RAUCO, *indio.*)

D.ª ME. ¡A[h], noche, enemiga mía!,
si son medrosos tus pasos,
¿quién osadía les dió
para burlar de mis manos?
¡Quién de Josüé tuviera
la viva fe, y los caballos
con frenos de exclamaciones
parara del sol dorado!
¡Qué grande ocasión perdí!
En suma, ¿qué dices, Rauco?
¿Que Rengo no queda preso,
y que por aquí se entraron
él y Lautaro a reñir?
RAUC. Así es, si no me engaño
con lo obscuro de la noche.
RENGO. Gente viene; este peñasco
de escudo me servirá,
si acaso fueren contrarios.
RAUC. ¿Quién va allá?
RENGO. ¿Rengo no es éste?
Rengo soy.
RAUC. Ya hemos hallado
a Rengo.
D.ª ME. Rengo valiente,
por tu fe que nos has dado
un mal rato, deste aleve
recelando algún engaño,
que es por extremo engañoso.
¿Sabes dél?
RENGO. No ha mucho espacio
que nos dividió la noche,
y el desafío ha quedado
para otro día.
D.ª ME. También.
hoy, Rengo, me ha salteado
la noche una gran vitoria.
RENGO. Pues si ella te la ha quitado,
el día te la dará,
o mal me andarán las manos:
sólo el plazo desta noche
tiene de vida Lautaro.
Vamos, y de mí confía.
D.ª ME. Vamos, Rengo. [*Aparte.*]
RENGO. Amor tirano,

(1) En el texto: *alguno.*

tú me haces traidor, en fin,
por no ver el de mis años.

(*Vanse todos, y sale* LAUTARO.)

LAUT. ¿Qué es esto, cielo indignado?
¿Qué torpeza has infundido
en mis pies? ¿Quién ha podido
dejarme tan atajado,
que no acierte con el fuerte
estando tan cerca dél,
y en vez de topar con él
topo anuncios de la muerte?
Todos son tristes agüeros;
todas son funestas aves;
todos son tormentos graves;
todos son espantos fieros.
Ya el cabello se me eriza
sin que vea la ocasión;
ya apretado el corazón
con saltos me atemoriza.
¿Qué ha de ser esto?

(*Dice una voz de adentro.*)

Adentr. Lautaro.
LAUT. ¿Quién me llama? ¿Sueño o [velo?
Que me he engañado recelo;
ya en que es engaño reparo.
Adentr. Lautaro.
LAUT. ¿Otra vez? Maldigo
mi temor. Sombra, ¿qué quieres?

(*Corren una cortina, y descúbrese una* MUERTE, *que le está flechando una flecha.*)

MUERT. No es mucho que así te alteres,
pues el cielo es tu enemigo.
Con esta flecha a mis manos
morirás, Lautaro fiero.
LAUT. Mataréte yo primero.

(*Vale a dar con la espada, y la figura se hunde.*)

¿Qué es esto, cielos tiranos?
¿Pensáis que por sombras tris-
me he de rendir al temor? [tes
¿No sabéis bien el valor
que en este pecho infundistes?
Mas ¿si es éste encantamento,
y Rengo al mago Phitón
consultó en esta ocasión
para aliviar su tormento,
y el viejo loco procura
con asombros darme muerte?
Si tal es, mi brazo fuerte
desde agora te la jura.
En tu cueva me has de ver,
y ella de tu sangre fría
se verá regada; envía,
envía todo el poder
del infierno contra mí;
que ni a Rengo le darás
a Guacolda, ni podrás
librarte, Phitón, de mí.

(*Vase, y sale* GUACOLDA *con* CHILCANO *y otros* INDIOS, *y ellos con hachos o hachas encendidos.*)

CHILC ¿No ves cómo en aspereza
todo este monte, Guacolda,
extremó naturaleza,
pues del pie a la cumbre entolda
de arcabucos y maleza?
¿Ves cómo fuera mejor
que dentro el fuerte quedaras,
y aunque es grande tu dolor
de nosotros confiaras
buscar tu perdido amor,
pues es cierto que el cristiano
no le mató ni prendió;
que el astuto Mauregano
al español espió
hasta el pasar del Pantano,
y así en el monte por fuerza
ha de estar Lautaro?
GUAC. Amigo,
¿sabes del amor la fuerza?
CHILC. Tal vez fuí della testigo.
GUAC. ¡Y te espantas si me esfuerza
a emprender cosas más fuertes
por buscar a mi marido!
¿Es posible que no adviertes
que él perdido, está rendido

mi pecho a infinitas muertes,
y que el valor de mi estrella
así mi amor acrisola,
que por lograr mi querella
sin luz emprendiera, y sola,
lo que con vosotros y ella?

(*Suena adentro una voz muy dolorida.*)

Adentr. ¡Ay!
CHILC. ¡Válganos el sol! ¿Qué es
Adentr. ¡Ay! [esto?
GUAC. ¿Qué amargo temor
me ha turbado y descompuesto?
CHILC. Qué amargo que es el dolor
cuando el ¡ay!, es tan funesto.

(*Están divertidos todos mirando hacia una parte y otra, y* GUACOLDA *hacia la que está una tramoya* (1), *en que aparece* LAUTARO *atravesado de una flecha, lo que ve sólo* GUACOLDA.)

GUAC. ¿Qué es lo que mirando estoy?
¡Qué visión tan espantosa!
¿Qué mano tan rigurosa
pudo herirte? ¡Muerta soy!
Laurato, muerta es tu esposa.

(*Va a abrazalle y desaparece la aparición, y ella cae desmayada.*)

CHILC. Señora, ¿en el suelo? ¡Ay, triste!
¿Qué puede ser? [triste!
[IN] 1.º ¿Si es que vió
algún portento?
CHILC. ¿Tú viste
algo?
[IN.] 1.º No.
[IN.] 2.º Tampoco yo
oí más de lo que oíste.
IND. 1.º ¿Si el cansancio del camino
la rindió?
CHILC. ¡Qué desatino!
¿Tan grande efeto en un punto
había de hacer?
[IN.] 2.º Aun difunto
su rostro es más que divino.

¿Qué hemos de hacer?
CHILC. ¿Habría acaso
por aquí alguna corriente?
[IN.] 1.º No muy lejos una fuente
oí murmurar del caso.
CHILC. Ve por agua diligente
y olvida agudezas.
[IN.] 1.º Voy.

(*Sale* LAUTARO.)

LAUT. A esta luz, o[h], norte hermo- [so!
más gracia que al cielo doy.
¡Qué camino tan fragoso!
¿Qué es lo que mirando estoy?
Lautaro, ¿que es lo que ves?
¿No es Guacolda ésta, y aquél
Chilcano? ¡Amigo!
CHILC. ¿Quién es?
LAUT. Yo soy. ¿Qué suerte cruel
puso mi cielo a tus pies?
CHILC. En tu busca nos sacó
viendo que tardabas tanto,
y desmayada cayó;
no sé si es amor o espanto
quien este efeto causó.
LAUT. ¿Si es que también a mi esposa,
Rengo y Phitón han propuesto
alguna sombra espantosa?
Pues venga el aurora hermosa,
que yo os daré un fin funesto.

(*Arrodillase de una rodilla y sobre la otra pone la cabeza de* GUACOLDA.)

¿Qué tenéis, mi bien? Mi cielo,
¿quién os pudo dar enojo?
Volved en vos, mi consuelo,
y abrid alegrando el suelo,
el cielo de aquesos ojos.

(*Abre despavorida los ojos*).

GUAC. ¡Esposo!
LAUT. Señora mía.
¿quién de vuestro rostro bello
robó el color y alegría?
¿Quién desordenó el cabello
que, como el del sol, luz cría?

(1) En el texto: *traboya*.

¿No respondéis?
GUAC. ¿Vivo estáis?
LAUT. ¿Hay más terrible dolor?
Si vos, mi bien, me matáis
con vuestros ojos de amor,
decidme, ¿qué preguntáis?
Muero de amores por vos...
LAUT. ¡Lautaro!
LAUT. ¡Regalo mío!
GUAC. Si me hacéis, como confío,
una merced que a los dos
importa...
LAUT. El libre albedrío
vos sola le suspendéis;
si es así, ¿por qué teméis?
GUAC. Pues yo os pido, en conclusión,
que en la primera ocasión
en la batalla no entréis:
hacedme tan gran favor.
Esposo, ¿en qué reparáis?
Si por dicha en vuestro honor,
Lautaro mío, topáis,
topad también en mi amor.
Esto por mí se ha de hacer.
LAUT. Pues decidme, ¿qué os obliga,
esposa mía, a temer?
GUAC. Un agüero me fatiga.
LAUT. ¿Y es?
GUAC. No se puede saber.
LAUT. Que no hay agüero fatal;
dejaos ya, mi bien, de agüeros.
GUAC. Estos míos son muy fieros,
y, como anuncien mi mal,
ellos saldrán verdaderos.
Teme, Lautaro, y no pienses
que es mengua el tener temor,
cuando es del Cielo el rigor.
LAUT. Bien es, mi bien, que dispenses
algún rato en tu dolor.
Vamos al Fuerte, señora,
y asegura el triste pecho,
que el mío tu gusto adora;
nunca el temor pagué pecho,
y se le he pagado agora.
[*Aparte.*]

(*Vanse, y bajan por el monte* DOÑA MENCÍA, DON PEDRO *y otros* ESPAÑOLES, *guiándoles* RENGO, *con algunos* INDIOS *con arcos y flechas por armas.*)

RENGO. ¿Qué te parece, señora,
desta senda?
D.ª ME. Que no toco
sino abrojos hasta agóra.
RENGO. Nunca mucho costó poco.
D.ª ME. Ya parece que la aurora
quiere anunciar la venida
del bello sol mal despierto.
D. PED. Jamás estuvo escondida
donde tú vienes.
D.ª ME. Por cierto
que estoy bien entretenida.
¿Agora es tiempo de dar
fuerzas al tirano amor,
que nos las suele quitar?
Deja, don Pedro, de hablar,
y manos a la labor.
RENGO. Ya, heroica española, estamos
al pie del fuerte empinado
que sin defensa miramos.
porque al contrapuesto lado
las centinelas dejamos.
A este lado, como está
de aquesta sierra importuna
abrigado, no hay ninguna;
porque ¿quién recelará
por aquí adversa fortuna?
Agora que el aire escuro
se adelgaza, atalayado
habrán los de este otro lado,
y viendo el campo seguro,
a dormir se habrán bajado.
D.ª ME. Si es así, ya llegó el punto
que la ocasión nos promete
su procurado copete.
D. PED. Hoy nos pagarán por junto
lo que deben.
RENGO. Tú acomete
por este lado, y a una
todos en el fuerte entremos.
D. PED. Muera esta gente importuna.
D.ª ME. Concepción apellidemos.

RENGO. Ayúdeme la fortuna.

(*Entran los* ESPAÑOLES *por una parte, y los* INDIOS *por otra, con diversos apellidos, unos Concepción, otros España, otros* DOÑA MENCÍA, *otros* RENGO; *salen después dos o tres* INDIOS *mal vestidos y peor armados, el uno con una maza y el otro con una celada, y dicen.*)

[IN.] 1.º ¿Dónde vais, gente turbada?
[IN.] 2.º Dame esa maza, que es mía.
[IN.] 3.º Y tú, dame esa celada.

(*Entranse, y vuelve el ruido de las cajas, y dicen de adentro.*)

Adentr. ¡Concepción! ¡Doña Mencía!
¡Ya la puerta está ganada!

(*Vuelve el ruido, y después salen dos o tres* INDIOS.)

[IN.] 1.º Vamos a morir, soldados,
que ya están dentro del muro
los españoles osados,
y Lautaro, mal seguro,
en los brazos regalados
de su esposa.
[IN.] 2.º A defender
las vidas, pues no tenemos
para otra cosa poder.
[IN.] 3.º Sin armas, ¿qué hacer podemos?
[IN.] 1.º Tarquín, morir o vencer.

(*Vuelve el militar ruido, y de allí a un rato sale* LAUTARO *atravesado de una flecha, como se apareció a* GUACOLDA, *y empuñada una espada española, y revuelto un manto al brazo.*)

LAUT. Ya, Valdivia, se ha cumplido
lo que me has pronosticado;
ya de mi trono caído
sólo el dolor me ha quedado
de haberme visto subido.
Ya tu muerte se vengó
casi por la misma mano
que tu cuerpo atravesó,
pues si te hirió un araucano,
un araucano me hirió.
Arma cristiana, tu pecho
pasó, cuando yo te herí
y de mi suerte a despecho,
arma bárbara, ¡ay de mí!,
el corazón me ha des[h]echo.
¡Ay, amiga verdadera;
ya no tendrás qué temer,
pues la muerte horrible y fiera
te quiso a mi costa hacer
pronóstica y agorera!

(*Sale* GUACOLDA *descompuesta y suelto el cabello, y a medio vestir.*)

GUAC. ¡Ay, mi dulce esposo amado!
¿a dónde hallarte podré?
LAUT. ¿De Guacolda ésta no fué
la voz?

(*Alza la cabeza y ve a* GUACOLDA.)

Mi bien, consolado,
pues te he visto, moriré,
contra la inica opinión
de Valdivia...
GUAC. ¡Dulce esposo!
LAUT. ¡Centro de mi corazón!
GUAC. ¿Quién os dió fin riguroso?
LAUT. Tu desdicha y mi traición.

(*Siéntese* GUACOLDA *y pone la cabeza de* LAUTARO *en su regazo.*)

Aunque dije mal, advierte;
no me han dado esos la herida,
que no hay ninguno tan fuerte:
diómela la misma muerte,
transformada en mi homicida.
A otro brazo no atribuyo
golpe de tal valentía,
y pues la vida concluyo,
bien es que la lengua mía
dé a cada cual lo que es suyo.
GUAC. No, esposo, engañado estás,
si no das al hado impío
lo que a la muerte le das.
LAUT. ¿Es posible, dueño mío,
que ya no te veré más?
GUAC. Antes no pienso, afligida,
estar un punto sin verte;
mi brazo será homicida,

y pues te seguí en la vida,
quiero seguirte en la muerte.

LAUT. No hagas tal, Guacolda mía;
vive, y lógrate en tu estado;
baste lo que te he cansado,
no quieras más compañía
de un hombre tan desdichado,
y adiós, que no puedo más.

(*Acaba de expirar.*)

GUAC. Ya al cuerpo el alma dejó;
pero solo no te irás,
que ya te acompaño yo;
espera, esposo.

(*Va a tomalle la espada a* LAUTARO *y pone el pomo en el suelo para arrojarse sobre ella, y salen dos* SOLDADOS *españoles.*)

ORTIZ. ¿Aún no estás
satisfecho de verter
sangre bárbara?

HUR. ¿Qué es esto?

ORTIZ ¿No miras que esta mujer
se mata?

HUR. Acudamos presto.

(*Echan de ver lo que iba a hacer* GUACOLDA *y arrebátanle la espada de las manos, y ella pide de rodillas que la maten.*)

ORTIZ. ¿Qué es lo que piensas hacer?

GUAC. Lo que vosotros haréis
si tiene fuerza mi ruego,
que es de que me traspaséis
el pecho afligido luego.

HUR. El mío sé que tenéis
de tierno amor traspasado,
india, más que el sol hermosa.
De cuanto habemos robado,
Ortiz, no quiero otra cosa
sino esta mujer.

ORTIZ Hurtado,
lo mismo te hago saber.

HUR. La mujer ha de ser mía.

ORTIZ. Si la sabes defender.

(*Echan mano a las espadas para acuchillarse.*)

GUAC. ¡Hay más desdichado día!
¡Que en esto me venga a ver!

(*Sale* DON PEDRO.)

D. PED. ¿Qué es aquesto, Ortiz, Hurtado?

HUR. Por esta mujer lo habemos
que los dos hemos ganado,
y los dos la pretendemos.

D. PED. Si no lo tenéis a enfado,
por quitaros de pendencia
yo os la pagaré muy bien.

ORTIZ. Nuestra ley es tu sentencia.

D. PED. Pues yo mandaré que os den
mil pesos.

HUR. Con tu licencia
vamos a buscar la vida.

(*Vanse.*)

GUAC. ¿Que Guacolda haya llegado
a ser tan presto vendida?

D. PED. No estés, señora, afligida,
que de dueño has mejorado.

GUAC. Perdónanle si no estimo
la gran merced que me has hecho,
que tengo tan triste el pecho,
que porque el pesar oprimo
le tiene el pesar deshecho.

(*Sale* RENGO.)

RENGO. Pues, don Pedro, ¿estás contento?
¿Parécete si ha tenido
mi palabra cumplimiento?

D. PED. A ti, Rengo, te es debido
el honor del vencimiento.

RENGO. ¿Aquí estás, señora mía,
primer móvil de mi alma?
¿Hay más venturoso día?
Don Pedro, sola esta palma
quiero de doña Mencía.

D. PED. Agora la he rescatado
de dos soldados, que entiendo
que la hubieran deshonrado,
y según lo que estoy viendo
el lance ha sido acertado.

Tómala, que tuya es.
RENGO. Pues si por ella me pides
todo cuanto en Chile ves,
con bajo precio la mides,
pues al fin es interés.
GUAC. ¿Ha pasado por mujer
lo que por mí pasa agora?
¿Hay quien lo pueda creer?
¡De cuatro he venido a ser
en menos de un cuarto de hora!
Cielo injusto y vengativo,
¿quédame más que pasar?,
que a sufrillo me apercibo.
RENGO. Deja, Guacolda, el llorar,
pues tu dueño es tu cautivo.
GUAC. Antes con nueva ocasión
me convidas, Rengo injusto,
a dar rienda a mi pasión,
pues hoy, por cumplir tu gusto,
has vendido tu nación.

(*Sale* DOÑA MENCÍA *acompañada de todos los que puedan salir.*)

D.ª ME. ¡Don Pedro! ¡Rengo!
D. PED. ¿Señora?
D.ª ME. ¿Quién es esta mujer bella?
RENGO. La que por dios mi alma adora,
pues ha puesto el cielo en ella
cuanto en la tierra atesora.
Esta pudo merecer
por esposo el gran Lautaro,
que hoy acabas de vencer,
que le ha costado bien caro
[*Aparte.*]
tener tan bella mujer.
D.ª ME. Perdona, Guacolda hermosa,
si mi obligación no he hecho,
y esta prueba lastimosa
que hoy hace el cielo en tu pecho
resiste como animosa;
que estos los sucesos son
de la guerra has de saber,
y aunque es grande tu pasión,
haz tú con tu discreción
lo que el tiempo vendrá a hacer.
Si un marido tan famoso
en tu Lautaro has perdido,
casi asegurarte oso,
que yo te sé otro marido
no menos que él valeroso.
Rengo está aquí, que a mi ver,
si dél haces elección
no tendrás mal parecer.
RENGO. ¿Quién le ha dicho a esta mujer
(*Aparte.*)
lo interior del corazón?
D. PED. ¿A casalla te dispones,
sin saber primeramente
de Rengo las intenciones?
D.ª ME. ¿No las muestra claramente
en las obras y razones?
¿Parécete que viniera
a ser de nuestra facción
si a la india no quisiera?
Una amorosa pasión
se descubre desde afuera.
D. PED. Digo que eres milagrosa,
y que hoy has dado en lo cierto.
D.ª ME. ¿Qué dices, Guacolda hermosa?
GUAC. Mi esposo tan recién muerto
de muerte tan rigurosa,
¿quieres que me dé lugar
a tratar cosa de gusto?
¿Yo con otro he de casar?—
Y más con aqueste injusto, (*Ap.*)
ocasión de mi pesar.—
No me lo mandes, señora,
[*Alto.*]
antes a la muerte fiera
me manda entregar agora.
RENGO. Divina Guacolda, espera;

(*Arrodillándose.*)

oye esta alma que te adora.
¿En qué enojarte ha podido
quien, si nació en este mundo,
para servirte ha nacido,
y sólo en él ha sabido
tenerte amor tan profundo?
Dos veces en mi poder
te he tenido, y todas dos
no te he querido ofender,

y sabe el sol, nuestro dios,
y tú que lo pude hacer.
Esta sola obligación
deshaga tantos enojos,
si no quieres que en despojos
como te di el corazón
te dé el alma por los ojos.

D.ª ME. ¡Guacolda, tanto rigor!
Venza de Rengo afligido
el firme constante amor!

D. PED. Yo también, que he defendido
como hoy has visto tu honor,
te lo ruego.

GUAC. Sea en buen hora,—
¿A dicha, sierpe en la Libia
(*Aparte.*)
más sangrienta que yo mora?

RAUC. De cumplirse acaba agora
la maldición de Valdivia,
pues Guacolda se ha casado
con el que fué de su amigo
contrario más declarado.

RENGO. ¿Quién tal despojo ha ganado
de su ya muerto enemigo?
La mano, mi bien, me da.

(*Dásela, diciendo aparte.*)

GUAC. Que ha de matarte después.

RENGO. No hay que esperar.

GUAC. No hay ya,—
tú lo verás cuando estés (*Ap.*)
como mi Lautaro está;
pues si hoy me caso contigo
es a fin de darte muerte,
vengando la de mi amigo.

D. PED. Tú que la pasión más fuerte

(*A* DOÑA MENCÍA.)

que un amante trae consigo
penetras, la que padezco
¿piensas de hoy más remedialla?

D.ª ME. Ya a darte gusto me ofrezco,
pues hoy te vi en la batalla
muy fuerte.

D. PED. ¿Que tal merezco?
¿Que tanto bien he alcanzado?
Mi dicha en el mundo sola
hoy me ha de hacer invidiado.

RENGO. Y aquí tiene fin, Senado,
la *Belligera española.*

(*Entrense todos, cada uno por su parte, dando fin con esto a la gran comedia de la* BELLIGERA ESPAÑOLA.)

[LA FAMOSA COMEDIA

DE]

LA BURLADORA BURLADA

DE

RICARDO DE TURIA

LOS QUE HABLAN EN ELLA:

CINTIO, *galán.*	PORCIA, *madre de los dos.*	LAURA, *dama.*
MIRABEL, *viejo.*	LEONARDO, *caballero.*	*Dos o tres* PAJES.
ISBELLA, *dama.*	BRAVONEL, *lacayo.*	[*Un* CRIADO.]
JULIO, *su hermano.*	LISARDO, *galán.*	[GENTE.]

LOA CONTANDO UN EXTRAÑO SUCESO

La diversidad de asuntos
que en las loas han tomado
para pediros silencio
nuestros Terencios y Plautos,
ya contando alguna hazaña
de César o de Alejandro,
ya refiriendo novelas
del Ferrarés o el Bocacio,
ya celebrando virtudes,
ya delitos condenando;
si allí de invidia materia,
aquí de mancilla campo;
ya alabando los colores
ya las letras alabando,
confieso que me han tenido
confuso y perplejo un rato,
sin tener donde alargar
con el ingenio la mano:
tanto puede el llegar tarde
adonde han llegado tantos;
con todo, me resolví,
viendo que el fin a que salgo
es solo de entreteneros
por aqueste breve espacio,
de referiros un cuento;
que esto del martirizaros
con el silencio, señores,
téngolo por cuento largo.
Si acierta a ser la comedia
buena, yo sé que el aplauso
por espacio de dos horas
tendrá el silencio en sus brazos;
si fuere mala, ¿qué fuerza
de palabras o de encanto,

de tanto ofendido pecho
alcaide, pondrá en los labios?
De forma que no en vosotros
está, sino en nuestra mano,
o en la del poeta, hacer
que cada cual sea un mármol.—
Va, pues, de cuento.— En Efesia,
según que Petronio Arbitro
refiere, y aun Tiraquello
en las leyes de casados,
hubo una matrona, a quien
estatuas y simulacros
consagró la plebe, en fe
que era tipo, ejemplo raro
de honestidad inculpable,
al torpe apetito incasto
de la mujer más impura
siendo freno su recato.
Sólo de su amado esposo
sujetaba en dulces ratos
el cuello y el albedrío
con amores y con lazos.
¿Qué digo lazos? Con ñudos,
y tales, que a ser llegaron
ciegos en la duración,
y en la fe conyugal claros;
pero la muerte invidiosa,
de un golpe dejó cortados
en agraz, della los gustos,
y dél los gustos y años.
Muerto él marido, ¿quién puede
contar en sucinto espacio,
ya la pena, ya el dolor,
ya la congoja, ya el llanto;
quién la amenaza cruel
del presente desamparo,
y quién el asombro horrible
de viduales trabajos?
Pagábanlo sus cabellos,
rostro y ojos lo pagaron,
siendo ejecutores fieros
desta sentencia sus manos.
Llegó el punto del entierro,
que ella salió acompañando,
haciendo a su cuerpo hermoso
alma vil de un tosco saco;
ceniza cubre las hebras,
que otro tiempo fueron rayos
del sol de su rostro bello,
ya por sangriento eclipsado;
llegaron a un campo, donde
está el sepulcro, triunfando,
aunque con serlo (1) espantó,
del amigable regazo;
depositanle y deponen
todos el exterior llanto;
solo la triste viuda
le prosigue más amargo.
Persuádenla prudentes,
convéncenla escarmentados,
amenázanla medrosos,
cánsanse y cánsanla en vano,
pues la solución a todo
es soltar de nuevo al llanto
la rienda, si es que la tiene
dolor tan desenfrenado.
Desistieron de la empresa,
viendo que en el pecho casto,
en vez de apacible alivio,
causaban mayor estrago;
vuélvense, y ella, resuelta
de seguir su esposo caro,
como en ardientes suspiros,
en el triste fin temprano;
con el favor de una sierva,
partícipe en sus trabajos,
de juncias y ramas secas
forma una choza o reparo;
allí llegó de su pena
el extremo a extremo tanto,
que por rendirse a la muerte
se robó a un sustento escaso.
Sin comer pasó tres días,
su fiel sierva renegando
de amor, que así las conduce
de la vida al postrer paso.
No lejos de allí, el rigor
de un jüez puso en dos palos
dos reos, que no tuvieron
tan buenos pies como manos;

(1) En el texto: *seno*.

y por guardas de sus cuerpos
dos pobretos, condenados,
en caso que bien no guarden
los muertos, al mismo lazo;
el uno dellos descubre,
una noche desvelado,
la luz que en la choza estaba
sirviendo de norte claro;
allá acude, y sepultadas
dueña y moza está mirando,
la una en profundo sueño,
y la otra en penas y llantos.
Al rumor del nuevo huésped,
no sin repentino pasmo,
recuerdan despavoridas,
y él les pregunta, admirado:
"¿Quién pudo, bellas señoras,
engastar con torpe mano
dos diamantes tan lucidos
en un engaste tan basto?
¿Quién del cielo trasladó
a nuestra tierra dos astros
tan superiores a todos,
que al sol le prestan sus rayos?
Y ¿qué nubes de congojas
se animan, ánimo flaco,
a amortiguar desa luz
el resplandor soberano?"
La criada le atajó,
y refirió en breve espacio
la causa de estar las dos
de su triste vida al cabo.
El las consuela y convida
con razones y regalos,
que le advirtió el sabio amor,
y prestó su pobre rancho.
La sierva rindió primero,
y los dos dan tal asalto
al fuerte, hasta allí invencible,
que al fin fin le aportillaron.
En suma, ya por el suelo
yace el valor más gallardo
que admiró la antigüedad
y celebró culta mano.
Rindióse, que era mujer,
y a merced de un mercenario,
que a morir infamemente
se arriesga por precio bajo.
Fué tal de los dos amantes
el recíproco descanso,
que cada cual de su muerto
por el vivo se ha olvidado.
Sucedió, pues, que una noche
del vil suplicio robaron
el delicuente, que estaba
del nuevo amante a su cargo.
Vióse reo de la pena,
vióse ya en el cuello el lazo,
y así, en los tres se renueva[n]
los sollozos y los llantos;
mas, como de la mujer
el ingenio es pronto y claro,
con un remedio serena
del nuevo asombro el ñublado;
y fué, que en lugar del triste
que de la cruz descolgaron,
pongan al muerto marido,
tan querido y tan llorado;
de manera que, no sólo
con pecho bárbaro, incasto,
ofendió los muertos huesos,
que están justicia clamando,
pero en el lugar infame
deposita el cuerpo infausto
del que lo fué porque fué
con ella misma casado.
—Quédese aquí, reinas mías,
y si es que las enojaron
mis versos, yo les prometo
que en este mismo teatro
diga mañana un suceso,
y tal, que hasta el más ingrato
les rinda parias, les dé
mil coronas y mil lauros.

FIN DE LA LOA

ACTO PRIMERO

(*Sale* CINTIO, *mancebo galán, acuchillándose con una tropa de* HOMBRES, *y él herido en la mano izquierda.*)

CINTIO. ¿Contra un noble así, traidores,
como a un toro hambrientos perros?

HOM. 1.º Piensa que trata en amores:
repare...

CINTIO. Con esos yerros
hacéis los vuestros mayores;
mas guialdos a mi pecho,
que está de pedernal hecho,
y sacaréis dél centellas,
que vuestro orgullo con ellas
quede abrasado y deshecho.
Y pues vuestros golpes van
con menos razón que ira,
heridme, heridme, y serán
jaras de San Sebastián,
que ofenden a quien las tira.

HOM. 1.º Poco nuestro esfuerzo vale.

HOM. 2.º Fuego de sus ojos sale.

HOM. 3.º No vi hombre tan valiente.

HOM. 4.º No hay enconada serpiente
que en el rigor se le iguale.

(*Sale a la ventana* MIRABEL, *viejo, con un candelero.*)

MIRAB. Que es en la calle recelo;
así es.

HOM 1.º ¡Muera!

MIRAB. En el suelo,
¿quién vió valor semejante?
El es del valor Atlante,
si acaso el valor es cielo.

(*Sale a otra ventana* ISBELLA, *dama.*)

ISBELL ¿Con quién riñen, Mirabel?

MIRAB. Con un mozo, a quien favor
niega el cielo, pues con él
fué tan franco en el valor,
cuanto en selle a[h]ora cruel.

ISBELL. Dios le dé vitoria, amén.

MIRAB. El se lo riñe tan bien,
que aunque tal priesa se dan,
por el daño que le harán
no irán a Hierusalén
los hi de putas lebrones.

HOM. 2.º Huyamos.

CINTIO. Con causa injurio
vuestros flacos corazones.

HOM. 3.º ¡Quién tuviera en los talones
los coturnos de Mercurio!

HOM. 4.º Las plantas no fueran malas
de Atalanta.

CINTIO. Bien corréis.

HOM. 1.º Tú en velocidad la igualas.

CINTIO. ¿Por qué, infames, buscáis alas,
si las del miedo tenéis?

(*Acábalos de meter a todos por las puertas del vestuario, y quédase solo.*)

¿Que solo me habéis dejado?
Mas ¿qué digo? No estoy solo,
sino bien acompañado,
más que de rayos Apolo,
de trofeos rodeado.
Vosotros aquesta queja
podéis tener, pues se aleja
de vosotros todo el bien;
que aquel queda solo a quien
hasta el proprio honor le deja;
y si dice vuestro intento
que es viento el honor mayor,
bien corréis con tal furor,
que atrás os dejáis el viento
por dejaros el honor.
Herido estoy, sangre vierto;
el dolor me tiene insano,
pues en este desconcierto,
en mi venganza, esta mano
siquiera un hombre no ha muermas contra mí mesmo voy [to;
en lo que diciendo estoy
con pecho en venganzas firme;
que yo solo pude herirme,
pues solo sobre mí soy.
Yo fuí quien hice esta herida
por imitar al pendón

de Barcelona atrevida,
que nunca sale a ocasión
sin dejar sangre vertida;
y como de aquesta gente,
cobarde cuanto insolente,
no hay ningún herido o muerto,
de una paloma la vierto,
que es de mi pecho inocente.

MIRAB. Herido está.

ISBELL. Compasión
tengo dél.— ¡A[h], caballero!

CINTIO. Ya amanece, que el lucero
ya está de oriente al balcón.

(*Alza los ojos, y ve a* ISBELLA.)

MIRAB. El lucero verdadero
es esta luz, pues alumbra.

ISBELL. Toma este lienzo.

(*Arrójale un lienzo.*)

CINTIO. Que encumbra
mi suerte hasta el mismo cielo.

MIRAB. Apostaré que al lenzuelo
hace sol que le deslumbra,
que estos que beben los vien-[tos
y gastan filaterías,
fundan todos sus intentos
en tres encarecimientos,
que casi son herejías.
Luego hacen sagrario al pecho,
sol al rostro de su dama,
volcán a su ardiente llama,
a su llanto golfo estrecho,
potro a la mollida cama;
entre glorias y pasiones,
y entre gustos y fastidios
vacilan sus corazones,
y al fin todos son Ovidios
en varias transformaciones.

ISBELL. Con él podéis apretar
vuestra herida.

CINTIO. Y enjugar
la sangre del corazón,
que con la nueva pasión
mis ojos han de ex[h]alar.
Mas, con todo, a mi dolor,
rico lienzo, das favor,
das mortaja a mis deseos,
das pendón a mis trofeos
y das venda al dios de amor.
A él la da, pues son antojos
dármela a mí, que en ofrenda
así ofrecí mis despojos,
que antes di sangre, que venda
llegase a cubrir sus ojos;
y aunque al suplicio humillado
me he visto en la dura tierra,
della me alzo tan honrado,
que este lienzo desta guerra
es el despojo ganado.
¿Ganado dije?, y a fe
que en toda aquesta comarca
otro mejor no hallaré,
y así, alegre, de mi marca,
que es mi sangre, le almagré.

MIRAB. ¿No dije yo que él haría
algún discurso?

ISBELL. El entabla
su razón con energía.

MIRAB. Tan bien como riñe habla.

ISBELL. Y riñe con gallardía;
aunque tan grande valor
como el que, señor, mostráis,
pide más premio y favor,
[h]oy sin más premio quedáis
por ocasión de un temor.
Un temor os defraudó
de la venganza decente
de aquella villana gente,
pues libres alas les dió
del cobarde al más valiente;
y un temor con fuerte mano
me hace que la alce de hablaros,
por esperar a mi hermano [ros,
que si viene, [h]abrá de halla-
y [h]abrá de culparme en vano.
Por tanto, licencia os pido,
pues estoy de culpa ajena,
y forzada me despido
antes que pague la pena
del yerro no cometido.

Recebid esta afición
sin manos, y yo el perdón
que por sin culpa merezco.

CINTIO. Estas cruzadas ofrezco
en señal de mi prisión.

ISBELL. Adiós.

MIRAB. Señor Mandricardo,
Dios alivie su pasión,
que por mi consagración
ques fuerte cuanto gallardo.

CINTIO. Ciertas mis desdichas son.

(*Entranse de las ventanas* ISBELLA *y* MIRABEL, *y dice* CINTIO.)

A los divinos rayos luminosos
del planeta mayor que el Plaustro lleva,
de tal virtud, que cuando más se eleva,
sus efetos sentimos más furiosos;
los tiernos pollos al salir medrosos,
saca el ave real, y así los prueba,
que al que su vista en la del sol no ceba,
aparta de los otros venturosos.
Así a los rayos de este nuevo Apolo
probar mis sentimientos he querido,
por condenar al flaco a eterna ausencia.
Mas ausentóse el sol, porque no solo
a esta prueba lugar no ha concedido,
mas la ha querido hacer de mi paciencia.

(*Salen* LEONARDO *y* BRAVONEL, *lacayo, muy armados.*)

BRAV. ¡Qué! ¿Sólo trabo pendencia
contra un pueblo amotinado?

LEON. ¿Tú no ves que su impaciencia
hará que acometa osado
de una tigre a la inclemencia?
Es gallardo cuanto fiero,
y desto tiene opinión,
y la opinión de guerrero
convierte en fiero león
al que es un manso cordero.

BRAV. Corrido estoy, ¡vive Dios!
que habiendo de haber porrazos,
no nos trujese a los dos,
que yo pusiera espinazos
en cecina.

CINTIO. Oyámonos.
¿De qué sirve echar bravatas?

LEON. Del desdén con que me tratas
vengo a formar queja, y tal,
que llego a estar más mortal
que tú, que con mil te matas.
¿Tienes de mi información
tan siniestra como el hado,
que me tiene en tal pasión?
¿Han en tu pecho sembrado
semilla de adulación?
¿Hante dicho que te engaño
con fe falsa y falsa pena,
y que huyo y que me extraño,
no de la sabrosa cena,
mas del peligroso daño?
Tú solo opones, valiente,
tu persona a la inclemencia
de un ejército de gente,
y ¿he de hallarme yo presente
solo al contar la pendencia?

CINTIO. Grandes muestras da de amor,
mucho le debo, y no acierto
a respondelle.

LEON. ¿Hay dolor
que te aflija?

CINTIO. ¡Ay, que estoy muerto!

LEON. ¿Que es tal del cielo el rigor?

BRAV. ¿Quién habrá que me resista,
si mi pecho se enemista
con tanta causa? ¿Quién pudo,
sabiendo que soy tu escudo,
ofenderte aun con la vista?
Pues dime, ¿quién fué el cruel
que arrogante te hirió agora?
Que no seré Bravonel,
si dentro de un cuarto de hora
no oyeres doblar por él.
Y aun haré que deste día...

CINTIO. ¡Donosa borrachería!
Calla, loco.

LEON. ¿De qué suerte
dices que estás muerto?

CINTIO. Advierte,
y escucha la historia mía.—

Sabrás, Leonardo, a quien doy
tanta parte de mi alma,
que sospecho que me quedo
con solo el gusto de dalla,
que al tiempo que el sol hermoso
bañaba en el mar de España
las rubias trenzas que a Clicie
causaron celosa rabia,
y al tiempo que obscuras sombras
hacen que las cumbres altas
destos montes nos parezcan
que se igualan con sus faldas,
salimos a pasear
yo y don Félix de Peralta,
y de allí a cenar, que al cuerpo
sirvió el cansancio de salsa.
Fuimos en cas de un figón,
en cuya alegre posada
el interés con su industria
hizo al gusto mesa franca.
Mil pescados nos dió el mar,
con estar en Salamanca,
que el oro con su poder
hace de las vegas playas;
Tormes sagrado y sus ninfas
sacaron de sus moradas
en platos de cristal puro
peces de escamas de plata;
recebímoslos, y luego,
de tanta merced en gracias,
comiendo solo los peces
les volvimos las escamas,
que, por ser de plata pura
las tomó el huésped por paga,
cuyo oficio es desollar,
y así, el despojo le agrada.
Antes y postres sin duda
fueron más que las palabras
que gastó en encarecellos,
el que nuestras bolsas gasta.
Pues el vino, yo prometo
que si a su lado el de Candia
color tiene, es de corrido,
porque ci[e]rto no le iguala.
No quiero cansarte más,
sólo digo que una falta
tuvo la cena, y que fué
quien supiese celebralla,
digo quien comiese bien
con sabor, con gusto y gana,
pues celebrar una cena
está en comer lo que sacan.
Apenas alzó las mesas
el de las canudas barbas,
y en vez de oíllas, atento
miró en sus manos las gracias,
y apenas se fué don Félix,
por ser hora, a ver su ingrata,
cuyo desdén es imán
de los yerros que en él causa,
cuando me llamó don Pedro
con voz confusa y turbada,
a quien seguí sin pedille
de su turbación la causa,
que su semblante, aunque mudo
me decía con voz clara
que antes venía por manos
que por consuelo o palabras.
Llegamos más que de paso
de San Julián a la plaza,
y de allí al Pozo del Campo,
donde nos salió una escuadra
de amotinados villanos,
que en vernos hicieron armas,
y nosotros resistencia
con solas capas y espadas.
Dividiéronse en dos partes,
y nuestra amistad trabada
se dividió, aunque trocamos,
al dividirnos, las almas;
tanto, que mi fe te empeño
que me daban mayor ansia
los golpes que él recebía
que los que a mí me acosaban.
Y así, sin duda, que ha sido
esta, Leonardo, la causa
que he podido resistir
tan conocida ventaja,
porque a tal superchería
es bien llano no bastaran
mis flacas fuerzas, si el brío
don Pedro no les prestara.

Dél con gran cuidado estoy,
pues en tal peligro se halla,
que hasta el alma que le anima,
por dármela, le hizo falta.
Esta mi pendencia ha sido.

LEON. Por cierto pendencia honrada.
¿Estás herido?

CINTIO. En la mano
pude herirme con mis armas,
que al comenzar la pendencia
y al echar mano a la espada,
mi sangre, que a socorrerme
salir quiso, como hidalga,
salió con tan grande brío,
tan animosa y gallarda,
que en esta palma la tengo
sólo por tenella en palmas.

LEON. Pues ¿no dices que estás muerto?

CINTIO. ¡Ay, amigo, y cómo el alma
la triste memoria tiene
por inclemente guadaña!
Cuando, por mi mal, me acuerdo
que en medio de la borrasca
del granizo de los golpes
y lluvia de cuchilladas
el cielo se serenó,
porque a este balcón su cara
mostró un sol, más bello y rubio
que el que illustra estas monta-
[ñas
y que me arrojó este lienzo,
que sospecho, y fué sin falta,
para que a mis libres ojos
librase de pena tanta,
para que cegando el cuerpo,
no peligrase mi alma,
como frágil navichuelo
en el mar de tantas gracias.
No la entendí por mi daño,
pues cubrí con ignorancia
esta herida, y al amor
dejé puntería franca,
por los ojos atrevidos
acertó a ver mis entrañas,
que de blanco le sirvieron
a su flecha en[h]erbolada.
A ellas y al corazón
de un golpe dejó rasgadas
en las plumas de la flecha,
dándoles ligeras alas.
Con ellas volar pudieron
más veloces que la fama,
adonde la muerte tienen
por pena de su arrogancia.

LEON. El es caso no esperado,
pues cuando en penosa calma
pensé hallarte maltratado,
te hallo cautiva el alma,
y el cuerpo sano y honrado.
Hoy quiere el amor hacer
alarde de su poder,
pues pueden ser contrastadas
mil contrapuestas espadas,
y no una sola mujer;
mientras con un rostro hermoso
haga la guerra Cupido,
por ti y por mí decir oso
que es suceso victorioso
el darse luego a partido.

CINTIO. ¿Qué partido o qué concierto,
Leonardo del alma mía,
puedo hallar en mi porfía?

LEON. Muchos.

CINTIO. Con ninguno acierto,

LEON. Tras la noche viene el día;
tras el ver, el desear;
tras desear, emprender;
tras emprender, procurar;
tras procurar, el vencer,
y tras el vencer, triunfar.
¿Qué imposibles ves en medio
para juzgarte mortal?
¿Salióte mal algún medio?
O ¿es que quieres el remedio
aplicalle antes del mal?
Dime, ¿por suerte a esa dama
hasle dicho tu pasión?
¿Sabe que su amor te inflama?
¿Ha dado a tu ardiente llama
un no por resolución?
Pues si no has querido echar
aún la inconstante suerte,

eso no es quererse dar
a partido, sino a muerte,
pues que la vas a buscar.

CINTIO. No la busco, mas la temo.

LEON. Pues el temella es buscalla,
y quien la busca la halla,
que del temor el extremo
la da con representalla.

BRAV. ¿Hemos de esperar aquí
que despierte el alba? Vamos.

CINTIO. ¿Quién te mete en eso a ti,
hablador?

BRAV. Pues ¿qué esperamos?
¿Que vuelva la tropa?

CINTIO. Sí.
Ya con más ojos estás
que un Argos, y aun esos ojos
en [h]ojas convertirás,
pues con medrosos enojos,
cual ellas temblando vas.

BRAV. Que no tiemblo, acabe ya
conmigo y con sus amores.

CINTIO. Di, Leonardo; ¿si estará
más bella, con sus colores,
que mi dama el alba?

LEON. Está,
a lo menos de tu boca,
tu prenda más celebrada
que la que con furia loca
traspasó el pecho y la toca
con el amor y la espada.

BRAV. Dido dirá: "¡Bueno, a fe!"
¡Gallarda comparación!

LEON. Baste ya, seor socarrón.

CINTIO. He de tapar con el pie
tu abierta boca.

BRAV. Un frisón
hace lo mismo.

CINTIO. ¿Qué dices?

BRAV. No hablo más palabra yo
que el que agora me sirvió
de ejemplo.

CINTIO. Hondas raíces
en mi pecho amor echó.

LEON. Pues el fruto será tal
que se mida con tu gusto;
no te juzgues por mortal,
que a darte remedio ajusto
mi industria y pecho leal.
La bella Laura, ya entiendes,
mi dama, ha de ser el medio
para que lo que pretendes
dichoso fin por remedio
ha de tener.

CINTIO. Mucho emprendes.

LEON. Antes no, si adviertes bien
la ocasión por que te doy
tan cierta esperanza.

CINTIO. Estoy
temblando de su desdén.

BRAV. Ya todos temblamos hoy.

LEON. Como digo, mi requiebro
aquí cerca se ha mudado
en esta calle, y trabado
tal amistad.

CINTIO. Ya celebro,
amigo, lo que has trazado.

LEON. Con tu Isbella milagrosa,
que me ha dicho que no hay día
que en conversación sabrosa
no le pasen.

CINTIO. De alegría
ya mi alma no reposa.

LEON. Yo haré con ella que alcance
de tu prenda hermosa y bella
que así en tu amor se abalance,
que reduzga tu querella
a un dulce y sabroso trance.

CINTIO. ¿Ya sabes tú que podrá
recaballo?

LEON. Es hechicera.
¿Que no la conoces ya?
En cordero tornará
una [h]ircana tigre fiera.
Tiene en palabras y acciones
mayor fuerza que un encanto.

CINTIO. Mucho, Leonardo, propones.

BRAV. Ella es tal, que hará que a un
le acosen titilaciones. [santo

(Vanse.)

(*Salen* ISBELLA *y* JULIO, *su hermano.*)

JULIO. Ya que veo, Isbella mía,
que el fiero amor me condena
a un ayuno de alegría,
y esa boca, por ser mía,
sabrá declarar mi pena,
y que en declaralla estriba
el remediar mis pasiones,
porque ¿quién con frente altiva
a tus agudas razones
podrá responder esquiva?
No quieras que por los ojos
el corazón se desangre,
dando la vida en despojos;
ten por proprios mis enojos,
pues eres mi propria sangre.
¿No me respondes, hermana?
¿Así a mi ruego enmudeces?

ISBELL. Mi fe te empeño que ufana
estoy, viendo que me ofreces
esta ocasión, donde gana
mi pecho gusto excesivo
en dar alivio a tu mal;
¿es posible que estás tal,
que sigues el bando esquivo
del amor?

JULIO. ¡Estoy mortal!
Desde que Laura, cruel,
a esta casa se mudó,
y con mudarse tornó
esta calle en un vergel,
así mi pecho trocó,
con su rara perfición,
que si antes mi corazón
era indomable, inquïeto,
hoy se halla tan sujeto,
que es la misma sujeción;
y tal la mudanza fué
de mi pecho luego en vella,
que hasta mi estrella mudé,
y no es mucho, pues tomé
su rostro por clara estrella.

ISBELL. ¡Qué bien tus tormentos lloras,
tu pasión declaras bien!
¿No ves el bien que atesoras
por querer bien?

JULIO. Y ¿tú ignoras
el mal que hay en ese bien?

ISBELL. De ese mal la sombra obscura
de sacar más servirá
del bien la luz clara y pura,
como la noche, que está
dando al sol más hermosura.
Todo bien o todo mal
ser no puede, y cuando fuera,
el mucho bien, haría mal,
y el mucho mal muerte fiera
daría a cualquier mortal;
y así, ¿es bien que haya tor-
[mento
porque se estime la gloria,
y olvido en un pensamiento
porque precie la memoria.

JULIO. Tan agudo es tu argumento,
que sujeto a lo que escucho
cuanto agora puede darme
ocasión de perturbarme,
y en aquesto no hago mucho;
que estoy hecho a sujetarme.

ISBELL. Aunque más libre estuvieras,
tiene fuerza esta razón.

JULIO. Bien, hermana, consideras
de amor la fuerza y pasión.

ISBELL. Al amor serví con veras,
y no como tú, que quejas
formas ya de su desdén;
y así, aunque tú quieres bien,
pues del querer bien te quejas,
no puedes querer bien, bien.

JULIO. Cesen estas digresiones;
pues en discreción me sobras;
yo me rindo a tus razones,
y tan bien, que mis pasiones
se han de remediar con obras.

ISBELL. De mi parte tu pasión
no sé yo qué obras espera.

JULIO. Terciar por mí, obras son.

ISBELL. Luego ¿hácesme tercera?

JULIO. Casi, casi.

ISBELL. En conclusión,
lo soy, pues lo prometí,

aunque es peligroso oficio.

JULIO. Bien, hermana, has dado indicio
del amor que reina en ti.

ISBELL. Servirte, Julio, codicio.
Y ¿tiene de tus antojos
noticia acaso tu dama?
¿Hasle dicho tus enojos?

JULIO. Mil veces por estos ojos
ha visto mi ardiente llama;
la cual, habiendo salido
para publicar mis menguas,
en lengua se ha convertido,
y siendo las llamas lenguas,
mira si hablar han podido:
por ellas el dolor sabe
que en mi triste pecho cabe.

ISBELL. Y ¿hallas en ella acogida?

JULIO. Dudosa está y encogida,
y, más que amorosa, grave.

ISBELL. Al fin ¿ya sabe tu intento?

JULIO. De sabello ha dado indicio.

ISBELL. Pues aplaca tu tormento;
que sobre ese fundamento
levantaré mi edificio.

(*Sale* PORCIA, *madre de* ISBELLA *y de* JULIO.)

PORCIA. Idos hijos, a poner
de campo.

ISBELL. Y ¿luego ha de ser?

PORCIA. Sí, Isbella.

ISBELL. Ese sí señalo
por ley.

PORCIA. De Villagonzalo
las fiestas vamos a ver.

ISBELL. Y ¿cuándo allá partiremos?

PORCIA. Luego, esta tarde.

ISBELL. Y ¿qué haremos
solos?

PORCIA. ¿Quieres compañía?

ISBELL. Que venga avisar querría
a mi amiga Laura.

PORCIA. Extremos
son de notable afición.

JULIO. ¡Qué bien, hermana, se entabla
mi remedio!

ISBELL. Tu pasión
por ti dentro de mí habla.

PORCIA. En bien grande obligación
tu amistad la tiene puesta.

ISBELL. Su amor no dejó pagado.

PORCIA. Pues invíala un recado.

ISBELL. Yo propia iré, que indispuesta
estaba anoche.

PORCIA. Tú has dado
en darnos claro a entender
que mucho con ella puedes.

JULIO. ¿Cuándo, hermana, he de poder
servirte tantas mercedes?

ISBELL. Cuando llegues a tener
de ese tu amor verdadero
por principio un dulce fin.

JULIO. Ese por tu mano espero.

ISBELL. Pues yo le prometo.

PORCIA. En fin,
¿que quieres ser mensajero?

ISBELL. Como enferma está, sospecho
que estará con poco agrado,
y que el eco del recado
será un no dentro su pecho,
y con ir, deste cuidado
me libro.

PORCIA. Tú haces muy bien;
que al hechizo de tu pico
no hay defensa en su desdén.

ISBELL. Que no me corras suplico.

PORCIA. Yo me he de correr también,
pues tanta parte me cabe.

ISBELL. No sin causa huye mi cuello
del esposo el yugo grave,
pues si hay alguno suave,
sin duda es el no tenello.

PORCIA. Con Mirabel ir podrás,
y luego iré yo, que espero
a Silvio, nuestro rentero;
y a Laura muestras darás
de ese tu amor verdadero.

ISBELL. Aquí te puedes quedar,

(*A su hermano en secreto.*)

y ven por mí de aquí a un rato.

JULIO. De seguir tu gusto trato.

ISBELL. Donde, Julio, has de mirar
cómo el muro del recato
de tu dama dejaré
batido y aportillado.—
Ya yo voy.

(*A su madre, y vase.*)

PORCIA. Pues anda, ve.
JULIO. Inmortal es mi cuidado, (*Ap.*)
pues es inmortal mi fe.
Y ¿hemos de estar muchos [días;
PORCIA. Los que duraren las fiestas.
JULIO. Cual Tifeo llevo a cuestas
el monte de mis porfías.
¡Ay, Laura, cuánto me cuestas!

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Aquí fuera espera un hombre,
que, según me ha parecido,
es Lisardo, el que ha tenido
de tu amigo fama y nombre.
JULIO. Pues di, necio, inadvertido,
¿para decir que está fuera
mi dulce amigo, mi hermano,
mi mitad, por quien yo gano
gusto y gloria verdadera,
buscas rodeos en vano?
¿Agora sabes que está
en mi pecho aposentado,
y que es otro yo?
PEJE. He dudado.
JULIO. ¿Qué dudas? Acaba ya,
y dile que entre.
PORCIA. Enojado
estás.
JULIO. ¿No quieres, señora,
que me enoje? ¿Quién ignora
que Lisardo mi alma sea,
en quien mi afición se emplea,
como Memnón en su Aurora?
PORCIA. Bien es que a todos nos pres-
de esa amistad un borrón. [tes
JULIO. Bien puedo; que en afición
venzo a Pílades y Orestes,
y él a Pítias y Damón;
quel amor limpio y desnudo
mi alma a la suya atada
de tal suerte dejar pudo,
que del lazo hizo lazada,
y de la lazada ñudo.
PORCIA. Yo me voy por dar lugar
a tan notable afición.

(*Vase.*)

JULIO. Bien la puedes bautizar
con tal nombre.

(*Sale* LISARDO, *galán.*)

LISAR. En conclusión,
de ti quejoso he de estar,
pues de verme te desvías,
siendo tal nuestra amistad,
que aun estas paredes frías,
aunque mudas, por ser mías,
publican mi voluntad;
y puesto en gran confusión,
la licencia para verme
esperas.
LISAR. Tienes razón,
y baste el reconocerme
para alcanzar tu perdón;
mas dejando esto a una parte,
que a dar pena se encamina,
y mi fin no es disgustarte,
¿qué tal está el baluarte
del fuerte de tu vecina?
¿Resiste las baterías,
cual fuerte muro elevado,
ya del cañón reforzado
de tus continuas porfías,
ya del basilisco airado
de tus ojos? Que pues son
los que suelen asaltar
con más estrago y lisión,
bien les puede el amor dar
nombre del mayor cañón.
JULIO. Que yo esta fuerza no acierte
a rendir como procuro,
no es mucho, si bien se advierte
que en resistencia es más fuerte
que de Babilonia el muro;

con todo, es justo que espere
quien ya por minalla muere,
y volalla con rigor
hasta el cielo de un favor,
que es donde subir no quiere;
el maestro desta mina
es mi hermana, que hoy se in-
a dar un bravo vaivén [clina
a la torre del desdén
desta invencible vecina.
Con su mucha discreción,
que es muy fuerte munición,
y con el fuego de amor,
que el suyo no es el menor,
piensa hacer su ejecución.
Si con esto el duro intento
no se pudiere minar,
al menos mi pesamiento
no dejará de volar,
pues toma tan alto asiento.

LISAR. No están en mal punto ya
tus amores, Julio amigo.

JULIO. De esos cuidados está
fuera tu pecho.

LISAR. Yo sigo
diferente estilo.

JULIO. Y va
en todo tan diferente,
que de la llama inhumana
no se vió tu pecho ardiente.

LISAR. Pregúntaselo a tu hermana,
y te dirá lo que siente, (*Ap.*)
que es sujeto en quien empleo
como ella en mí sus favores.

JULIO. ¿Qué dices?

LISAR. Que a mi deseo
no le da de los amores
pena el loco devaneo.
Y ¿cuándo tu hermana fiel
se ha de ver con tu señora?

JULIO. A dar vueltas al cordel
ha ido no ha un cuarto de hora.

LISAR. ¿Que allá está? El desdén cruel
desta se trueca en amor.

JULIO. O en un fin triste y funesto.

LISAR. Y tú, pues estás dispuesto
al contento o al dolor,
¿no acudirás luego al puesto
a ver si el hado dudoso
se quiere mostrar afable?

JULIO. El acudir es forzoso,
como el preso miserable
a oír su fin riguroso.

LISAR. Pues yo quiero acompañarte,
porque del mal o del bien
quiero que me alcance parte.

JULIO. Por cierto tengo el desdén.

LISAR. Si es cierto, iré a consolarte

JULIO. Ya no hay para mí consuelo,
que es inclemente mi estrella.

LISAR. Pues que le ha de haber recelo.
No voy sino a ver mi cielo,
(*Aparte.*)
que es mi milagrosa Isbella.

(*Vanse* JULIO *y* LISARDO.)

(*Salen* LAURA, LEONARDO *y* CINTIO, *con una banda al cuello y una cadena en la mano, dándosela a* LAURA.)

CINTIO. Ya que, Laura de mis ojos,
pues les procuras su gloria,
das alivio a mis antojos
y reduces mis enojos
a una venturosa historia;
ya que te arrojas al fin
a convertir una infiel,
que aunque no busco mi fin,
temo que no sea Caín
por ser yo inocente Abel,
toma, y dale estas prisiones
a mi adorada sirena,
en señal que mis pasiones
son más que los eslabones
desta prolija cadena;
y en señal que ya he colgado
mis despojos en su altar,
no porque del fiero mar
del amor me haya escapado,
mas por quererme escapar:
también porque el alma vió
que ama esta cadena bella
tanto al cuello a quien ciñó,

que dalla no podré yo
sin que dé el cuello con ella;
y eso pretende la calma
en que está mi voluntad,
pues le quiere dar por palma,
con la libertad el alma,
y el cuello es la libertad.

LAURA. ¡Qué amante tan tierno y fino!
No se ha visto tal firmeza
del Olimpo al Apenino.
Aunque hablando de fineza,
la deste metal divino
sospecho que importa más;
y pues tú a entendello llegas,
triunfarás, que lo demás
aun no sólo es ir a ciegas,
mas es ir volviendo atrás.

LEON. ¡Qué bien sabe la lición!
(*Aparte.*)
yo no sé si de experiencia,
mas sé que es en esta ciencia
mas astuta que Catón.

LAURA. Tiene en sí tal excelencia
este metal, que si acaso,
por algún extraño caso,
la memoria se perdiese
de tal suerte, que no hubiese
desde el oriente al ocaso
quien se pudiese acordar
de los bienes o los males,
y hubiesen de graduar
segunda vez los metales,
sin duda el primer lugar
darían al oro hermoso:
tal es su mucho valor,
y tan bello es el color
para el ojo cudicioso.

LEON. Y para el moderno amor.

CINTIO. Pues si va a decir verdad,
ya que me obligue a decillo,
para mí no es calidad
tener color amarillo,
que es color de enfermedad;
color que anuncia un despecho
y cualquier traición declara;
color de persona avara,
y color por quien un pecho
no quisiera tener cara,
pues suele manifestar
las más encubiertas menguas
cuando importa más callar,
y aunque mudo, suele hablar
tal vez más que muchas lenguas.
Y para que en breve acierte
a decir lo que merece,
ponderada bien su suerte,
él es color de la muerte;
no sé yo a quién bien parece.

LAURA. Ese color que condenas
es el más bello color
que en discuento de las penas
de sus yerros y cadenas
suele dar el tierno amor.
¿Quiéreslo ver? La viola,
aunque es flor en beldad sola,
pinta un triste enamorado,
y un pecho cruel y airado
pinta la roja amapola;
los celos ¡rabia cruel!,
nos pinta el cárdeno lirio,
y del alma más fiel
el congojoso martirio
pinta el leonado clavel;
la fiera y cruel esperanza,
do el incauto se abalanza,
pinta un bello campo verde,
y al vivo, como se pierde,
pues se cansa, quien la alcanza;
estos diversos colores,
como nos los dan las flores,
son los medios que pasamos,
hasta que al fin alcanzamos
el fruto de los amores.
Este fruto de valor,
que es la rica posesión,
a que aspira un amador,
le pinta el rubio color
con su rara perfición.
Que el rubio color ufano
de posesión señal dé,
lo tiene por caso llano
el labrador, cuando ve

la miés rubia en el verano,
y cuando del árbol va
a coger la fruta bella,
y ella misma se la da,
pues jamás se ofrece ella
si no es cuando rubia está.
Esta es la causa y razón
que es rubio el color del oro,
que es color de posesión;
y si no es la del tesoro,
no hay otra de perfición.

CINTIO. Ella es notable alabanza.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Aquí fuera está, señora,
tu amiga Isbella.

LAURA. En buen hora.

CINTIO. Y el norte de mi esperanza.

LAURA. Dile que entre.

(*Vase el* PAJE. *Hablando con* CINTIO, *y encaminándose a recebir a* ISBELLA, *llegando hasta la puerta del vestuario.*)

Dime agora
que no puede mucho el oro,
pues que desde aquí ha podido
atraer a la que ha sido
causa de tu pena y lloro.

CINTIO. No hay imán tan escogido.

(*Sale* ISBELLA, *acompañada de* MIRABEL, *que en llegando* LAURA *se va.*)

LAURA. Norabuena tenga yo
tan dichoso y buen encuentro.

ISBELL. Si ese tu pecho es mi centro
¿quién jamás dél me apartó?

CINTIO. Por comenzar por encuentro,
temo la suerte que viene.

LEON. No temas, que esta aventura
otras mil en sí contiene.

(*En echando de ver* ISBELLA *a los galanes se echa el manto sobre el rostro, y* LAURA *la descubre.*)

LAURA. No encubras esa hermosura
a quien tal deseo tiene
de vella.

ISBELL. No sé yo que haya
quien con tal deseo acierte.

CINTIO. Quien tendría a mucha suerte,
de la más remota playa
poder venir sólo a verte,
por mirar una beldad
por quien el amor suspira.

ISBELL. ¡Jesús, qué grande mentira!

CINTIO. ¡Jesús, qué grande verdad!

ISBELL. Y ¿sois vos el que a eso aspira?

CINTIO. A lo menos aspirara,
si acaso la suerte avara
indio o tártaro me hiciera,
y allá en mi patria supiera
de esa belleza tan rara.

ISBELL. Es ya camino sabido
de un galán, lisonjear. —

(*Y por picalle más, corta el hilo y se vuelve a* LAURA.)

¿Sabes lo que me ha traído?

LAURA. Mi suerte.

ISBELL. ¡Yo la he tenido
en poder de ti gozar.

CINTIO. ¡Ay, Leonardo, y qué belleza,
qué brío, qué discreción!
Blasón de naturaleza
es su cara, y ocasión
ha de ser de mi firmeza.
No sé yo qué haya en el suelo [lo
belleza tan acabada
debajo de un mortal velo,
si no es ya que la del cielo
en ella está trasladada.

LEON. No digas algún siniestro,
que te veo poco diestro
en requiebros.

CINTIO. Calla, amigo,
que ésta es un raro testigo
de las manos del maestro.

(*Vuélvense las dos a mirallos.*)

LAURA. El de la banda que ves,
es Cintio.

ISBELL. ¿El mozo esforzado

contra quien pueden los pies
más que el pecho más osado?
LAURA. Pues mucho más galán es
que esforzado y que valiente.
ISBELL. De sello muestra evidente
con sus lisonjas me dió.
Dime, Laura, ¿y te alcanzó,
como a la medrosa gente
de anoche, parte del miedo?
LAURA. Miedo del ajeno daño;
que de mí decirte puedo
que me alcanza gozo extraño
cuando con fuerte denuedo
veo que dos se acometen,
y con valor se acuchillan,
ya se encogen y se humillan,
ya se arrojan y arremeten,
y al fin, así se martillan
sobre los aceros claros
con que forman sus reparos,
que son yunques sus espadas,
y sus diestras esforzadas
de Marte blasones raros.
ISBELL. Basta, que nos has contado
la pendencia sin miralla,
pues todo cuanto has pintado
fué lo que Cintio esforzado
hizo con la vil canalla,
a quien con valor venció.
LAURA. Aunque tan fiero le ves,
yo sé quién postra a sus pies
sus bríos.
ISBELL. No seré yo.
LAURA. Ni otri tampoco.
ISBELL. ¿Quién es,
por vida del que merece
ser de sus ojos querido?
LAURA. Buena ocasión se me ofrece.—
(*Aparte.*)
Es un sujeto escogido,
[*Alto.*]
que harto a ti se te parece.
ISBELL. Pues dímelo, por tu fe.
LAURA. ¡Válgame el vendado dios!
(*Aparte.*)
ISBELL. ¿Qué te ríes?
LAURA. Ríome
porque es una de las dos,
y no soy yo.
ISBELL. Yo seré.
¿Son burlas?
LAURA. No, sino veras.
ISBELL. Pues bellaca suerte echó.
LAURA. Y soy la tercera yo.
ISBELL. Ya todas somos terceras; (*Ap.*)
¿quién tales sucesos vió?
CINTIO. Leonardo, agora sospecho
que le descubre mi pecho
tu prenda a la prenda mía.
LEON. Ten por cierta tu alegría.
CINTIO. No sé.
LEON. Acaba ya, haz buen pecho.
LAURA. ¿Que en ese estado te ha pues-
Lisardo? [to
ISBELL. Adórole, amiga.
LAURA. Perdió al primer lance el resto
(*Aparte.*)
de mi Cintio la fatiga;—
será enfadoso y molesto [*Alto.*]
de esa suerte mi recado.
ISBELL. No me puede dar enfado
cosa dicha por tu boca.
LAURA. Luego ¿mi amor te provoca
a dar alivio al cuidado
de Cintio?
ISBELL. Es cosa imposible,
que es más lindo el burgalés.
LAURA. Por mi fe que estás terrible.
ISBELL. Ya lo veo, y tú ¿no ves
que es fuerza?
LAURA. Mas no invencible,
si es continua la porfía.
ISBELL. Yo lo quisiera, mas veo
que he de ser cual piedra fría
para su ardiente deseo.
Dime agora, Laura mía,
¿a Leonardo quieres bien?
LAURA. Con mucho extremo.
ISBELL. ¿Qué tanto?
LAURA. Como el estrellado manto
el que no piensa hacer bien.
ISBELL. Grande amor, mas no me espan-

Pues si agora te dijese [to.
que amases otro sujeto,
y ante tus ojos pusiese
este nuestro amor perfeto,
que es el mayor interese,
¿con mi gusto y persuasión
condecenderías?

LAURA. Digo
que el cielo me es buen testigo
que es tan grande la afición
que te tengo, que a mi amigo
haría agravio, por ser
cosa en que te daba gusto.

ISBELL. ¿Que tal puedes prometer?

LAURA. Tal prometo, aunque es injusto.

ISBELL. Pues agora lo he de ver.

CINTIO. Leonardo, ¿ves los extremos
que hacen las dos?

LEON. — Ya los veo.

CINTIO. Pues ¿qué será?

LEON. Tu deseo
de Laura después sabremos.

ISBELL. Ya que tu palabra creo,
amiga, que la harás buena,
sabrás que Julio, mi hermano,
por tu rostro soberano
en llamas del amor pena,
y es esto tan cierto y llano,
que a otra cosa no he venido,
por velle tan afligido,
sino es a rogarte, amiga,
que remedies su fatiga;
cumple ya lo prometido.

LAURA. Nadie puede prometer
lo que no puede pagar,
y así, yo no pude dar
lo que no alcanzo a tener
ni aun es posible alcanzar.
Este es mi amor, que le he
y con él mi libertad, [dado,
a Leonardo, que ha alcanzado
de mi ufana voluntad
lo que yo de su cuidado.

ISBELL. Eso te doy por respuesta,
pues también, amiga, me hallo
en la cárcel de amor puesta.

LAURA. Pues me venciste, yo callo.

CINTIO. Todo paró en burla y fiesta.

LAURA. ¡Qué mal, Cintio, hemos pro-
Atajóme esta taimada. [bado!
(*Aparte.*)

(*Salen* JULIO *y* LISARDO.)

JULIO. Más luz hay aquí cifrada
que tiene Apolo sagrado.

LISAR. La junta es cierto extremada.

ISBELL. ¡O[h], hermano, seas bien ve-
Aquí viene mi consuelo. [nido!—
(*Aparte.*)

LAURA. Este es Lisardo el querido,
mirad qué lindo martelo
esta loquilla ha escogido.

LEON. Aqueste sospecho que es
el amante de tu Isbella.

CINTIO. Pues dejará su querella
o su cabeza a mis pies.

LEON. Mucho el amor te atropella.

JULIO. Pues, hermana, ¿qué responde
a tu ruego mi señora
Laura?

ISBELL. Mi ruego hasta agora
por el tuyo se le asconde.

LAURA. Este mi decoro ignora. (*Ap.*)
pues en público pregunta
de su loca pretensión
la respuesta.

ISBELL. En confusión [*Ap.*]
está mi amiga, y barrunta
que de su tierna pasión
pide respuesta mi hermano.

JULIO. ¿No dices si ha concedido
el sí que hemos pretendido,
o si nuestro intento vano
salió?

LAURA. Todo va perdido.

JULIO. ¿Quién a Laura le robó
de sus mejillas la grana?

LAURA. ¿Quién tan gran locura vió?

JULIO. ¿Qué te suspendes, hermana?
¿No hablas, o hablaré yo?

ISBELL. Deshacer quiero este encanto.
Laura mía, has de saber

que mi madre estima en tanto
tu discreto proceder...
LAURA. De que te burles me espanto.
ISBELL. ...que por mí a rogarte envía
quieras, saliendo a una huelga,
tenernos hoy compañía,
y pues de tu rostro cuelga
nuestra cumplida alegría,
con tu hermosura illustrar
los campos por do pasemos,
porque tenga que invidiar
el que a los cielos supremos
belleza y luz suele dar.
LAURA. A tu lisonja quisiera
con un no respuesta darte,
mas no es posible, que entera,
sin que reservase parte,
el alma te di.
LEON. Eso fuera
a no haber alguien aquí
que goza esa posesión.
LAURA. De albricias le he dado el sí,
pues tan a gusto salí (*Ap.*)
de mi grande confusión.—
Y ¿dónde hemos de ir?
[*Alto.*]
ISBELL. A ver
de Villagonzalo vamos
los toros.
LAURA. Pues ¿qué esperamos?
CINTIO. Sombra suya pienso ser.
LISAR. Todos en la danza entramos.

(*Sale* PORCIA *acompañada de un criado y de* MIRABEL.)

PORCIA. La junta bendiga Dios.
LAURA. ¡O[h], mi Porcia!
ISBELL. ¡O[h], mi señora!
LAURA. En ti amanece mi aurora.
PORCIA. La aurora sale a las dos,
que ya dió la una; ¿es hora
que vamos a casa, Isbella?
ISBELL. Sí es.
MIRAB. No hay perro de casta
como uno que quiere hacella,
que así siga olor y huella
de una doncellita casta.
Digo casta, como se usa,
pues ya cualquiera lo es,
hasta que cae a sus pies
lo que desmiente su excusa,
si acaso fué el interés
Magallanes deste estrecho.
PORCIA. Pues, hija mía, ¿qué dice
la bella Laura?
LAURA. Que he hecho,
pues tu gusto satisface,
lo que debo en mi provecho.
PORCIA. ¿Que al fin os hace merced
de honrarnos con su presencia?
LAURA. Por la tuya haré yo ausencia
de mí misma.
CINTIO. Ya la red
la ocasión tiende.
LEON. Licencia
de ir contigo me has de dar.
LISAR. He de acompañarte.
JULIO. Pues
¿habías tú de faltar?
PORCIA. Come luego, que a las tres
partiremos del lugar.
¿Vamos adónde, señores?

(*Pónense los cuatro galanes delante para acompañarlas.*)

LEON. A acompañarte y servirte.
LAURA. Volverás en despedirte.

(*Al oído a* CINTIO.)

CINTIO. ¿Hay buenas nuevas?
LAURA. Mejores
de lo que sabré decirte.—
Miento. (*Ap.*)
PORCIA. De aquí yo no paso
si no os volvéis.
CINTIO. No lo mandes,
que caeremos en mal caso.
PORCIA. Para favores tan grandes
es nuestro valor escaso.
LAURA. Oye.

(*Al oído a* ISBELLA.)

ISBELL. ¿Qué es?
LAURA. Cintio me dió
para ti aquesta cadena.
ISBELL. Pues qué, ¿de eso tienes pena?
Tómala, y dile que yo
la recebí.
LAURA. Norabuena,
como salgas tú a pagar
lo que él por ella nos pide.
ISBELL. De uno y de otro le despide,
que es echar agua en la mar.
PORCIA. El de la banda me impide

(*Mirando a* CINTIO.)

que me vaya con su talle;
¿vienes Isbella?
ISBELL. Ya voy.
LAURA. Ya vamos las dos.
MIRAB. La calle
sospecho no verán hoy.
Vamos, señores, que es tarde.
JULIO. ¡Qué dulce ocasión me espera!
CINTIO. En celos mi pecho se arde.

(*Porque ve que mira* ISBELLA *a* LISARDO.)

ISBELL. No temo la suerte fiera.
LISAR. No hay cosa que me acobarde.

(*Mirando a* ISBELLA.)

LAURA. Mal desta empresa salí.

(*Mirando a* LEONARDO.)

PORCIA. Amor no perdona reyes.

(*Mirando a* CINTIA.)

LEON. Julio me suspende a mí.

(*Mirándole que mira a* LAURA.)

MIRAB. Traigan diez pares de bueyes
para arrancallos de aquí.

(*Entranse todos, dándose fin con esto al acto primero.*)

ACTO SEGUNDO

(*Salen* JULIO *y* LISARDO, *vestidos entrambos como de camino.*)

JULIO. Buena fué la fiesta ayer.
LISAR. Hizo el lugar lo que pudo.
JULIO. Y casi igualó el poder
con su deseo.
LISAR. Yo dudo
que más se pudiera hacer.
JULIO. Los toros y procesión,
los fuegos, bailes y danzas
se hicieron con perfición,
y así, es bien con su intención
se midan las alabanzas.
LISAR. Mucha gente principal
de Salamanca fué a vellas.
JULIO. Estaba la plaza tal,
que al cielo con sus estrellas,
ya que no excedió, fué igual.
LISAR. ¿Conociste acaso alguno
de los que de Camarada
con la librea leonada
viste?
JULIO. El duque era el uno,
y el otro el de la Horcajada.
LISAR. A Cintio y Leonardo vi,
los dos amigos del alma.
JULIO. Digo que me tuvo en calma
cuando junta descubrí
de la nobleza la palma.
JULIO. De nobleza y de beldad,
pues donde tu hermana asiste
hace la aldea ciudad;
que en ella sólo consiste
su grandeza y majestad.
JULIO. Pues mi Laura ¿no tornaba
la villa ciudad famosa?
¡Qué gallarda, qué graciosa,
qué ufana, qué alegre estaba!
LISAR. Es con mucho extremo airosa.
Hermosa quinta gozáis
desta sierra en esta loma.
JULIO. Pues vos, Lisardo, la honráis,
hoy nombre de hermosa toma
con el lustre que le dais.

LISAR. Que están durmiendo imagino
las mujeres.
JULIO. Del camino
estarán algo cansadas.
LISAR. ¡Ay, amor, cuán limitadas
son tus glorias de contino!
Y ¿quién labró este edificio
en medio esta soledad?
JULIO. Un mi agüelo.
LISAR. En él dió indicio
de extraña curiosidad.
JULIO. De Salamanca el bullicio
a esta quinta y su vergel
huyó, viejo, como ves.

(*Dicen de dentro.*)

CINTIO. Toma el galgo montañés
de traílla, Bravonel,
y a lo largo y al través
con esa vara las matas
sacudirás de una en una.
BRAV. Pesar haya mi fortuna,
y aun tú, pues así me tratas
en esta caza importuna.
LISAR. Por aquí van cazadores;
¿hay en esta sierra caza?
JULIO. No es tan segura en la plaza.

(*Salen* CINTIO *y* LEONARDO.)

LEON. De mi Laura los favores
me dieron aquesta traza,
de que viniésemos hoy
cazando por esta sierra.
CINTIO. ¿De Porcia es toda esta tierra?
LEON. A lo que imagino.
CINTIO. Estoy
por besalla, pues encierra
todo mi bien soberano.
LEON. Allí está Julio, su hermano.
CINTIO. Pues vamos a hablalle.
LEON. Ven.
JULIO. Mis señores, ¿tanto bien
por este desierto llano?
CINTIO. No es justo que así se nombre,
pues tú corte hacelle puedes.
JULIO. Si de corte le doy nombre,
será en fe de las mercedes
que tú le has de hacer.
CINTIO. Renombre
de cortesano mereces.
JULIO. Pues merézcate hospedar
el que tanto favoreces.
CINTIO. A la merced que me ofreces
no puedo respuesta dar
sin ver qué dice Leonardo.
LEON. Que merced que es tan cumplida
aceto.
LISAR. No fué muy tardo
en acetar la partida;
en rabia de celos ardo.
No tengo buena sospecha
desta gente. (*Ap.*)
JULIO. ¿Ah, Mirabel?

(*Sale* BRAVONEL *con un pedazo de cordel en las manos.*)

BRAV. ¿De qué el cordel aprovecha,
si está podrido el cordel?
El salir como una flecha,
tras la liebre amedrentada...
CINTIO. ¿Quién salió?
BRAV. El galgo salió.
CINTIO. Y ¿no le seguiste?
BRAV. ¿Yo?
Con una gentil pedrada
que entre esas peñas me dió.

(*Sale* MIRABEL.)

MIRAB. ¿Llamas, señor?
JULIO. Avisad
a mi madre que tenemos
huéspedes.
MIRAB. Tanta amistad
plegue al cielo no lloremos.
BRAV. Buen viejo, andá, caminad,
y dad luego ese recado.
MIRAB. ¿Quién os mete a vos en eso?
BRAV. Yo me meto, seor don Bueso,
que vengo hambriento y cansado.
MIRAB. Pues vete a acostar al teso,
que hay buena cama y mu-
de las cenizas quizá [llida,

que de tu agüelo tendrá.
BRAV. ¿Hay lengua más atrevida?
¿Sabes, potrilla, que está
tu vida o muerte en mi mano?
CINTIO. Andá, señor, que es un loco;
perdonad.—
(*Aplacando al viejo. A* BRAVONEL.)
Calla, villano.
BRAV. Con Bravonel, zorro cloco,
nadie me vaya a la mano.
CINTIO. ¿Que siempre, con tu locura,
me has de buscar mil enojos?
BRAV. ¿Que no me mira estos ojos?
Pues ¿cómo no me procura
apaciguar?
CINTIO. ¿Hay antojos
como los deste hablador?
JULIO. Digo que es pieza de rey.
BRAV. En tocándome al honor,
no esperen que tenga ley
con mi proprio engendrador.
JULIO. ¿Qué os pareció de la fiesta?
CINTIO. Buena ha sido, aunque molesta.
JULIO. Muy buenos los toros fueron.
CINTIO. Bien, sin hacer mal, corrieron.
JULIO. La plaza estuvo bien puesta.
CINTIO. Mal lo pudo ver un ciego.
(*Aparte.*)
JULIO. ¿Qué os hicistes? Que yo fuí
en acabando y no os vi.
CINTIO. De Alba el camino luego
tomé, do anoche dormí,
y estar pienso algunos días,
hasta que melancolías
me dejen.
LISAR. Yo apostaré (*Ap.*)
que dellas la causa sé.
LEON. Muy bien tus enredos guías.
JULIO. Vamos, que mi madre viene,
y veremos mi jardín.
BRAV. Luego ¿jardín también tiene?
JULIO. Jardín tengo.
BRAV. Y ¿hay jazmín,
con que mi pasión despene?
(*Diga a su amo y a* LEONARDO, *al entrar, lo siguiente.*)
En esta casa que ves,
gran bien mi alma especula.—
¿Digo bien, Leonardo?
CINTIO. ¿Pues?
BRAV. Que *faciamus hic* los tres.
LEON. ¿Qué?
BRAV. *Tria tabernacula.*

(*Vanse, y salen* PORCIA *y* LAURA, *cada cual por su puerta.*)

PORCIA. ¿Laura?
LAURA. ¿Qué quieres, señora?
¿En qué puedo yo servirte?
PORCIA. Un negocio descubrirte
querría en secreto.
LAURA. ¿Agora?
PORCIA. Sí, agora,— que el niño ciego
mi corazón alterando, (*Ap.*)
en mi pecho está tocando,
con sus latidos, a fuego.
LAURA. Pues ¿qué pasión o qué mal
quita con fuerza inhumana
a tus mejillas la grana
y a tus labios el coral?
Y más si es grana de Tiro
y coral del mar Bermejo.
PORCIA. ¡Ay, Cintio! como en espejo
(*Aparte.*)
en tus dos ojos me miro.—
Entre temor y esperanza
[*Alto.*]
me tiene el amor cruel,
tu fiel lengua siendo el fiel
de la una y otra balanza.
Della pende mi consuelo,
y si el consuelo no es
darme remedio, al través
darás con mi vida.
LAURA. El cielo
me dice agora cuán mal
hace la que es viuda y moza,
y al momento no se goza
con otro amor conjugal,
pues por fuerza ha de caer
en lo que está, Porcia, al uso.
PORCIA. Ya el pensamiento confuso

no sólo viene a entender
que está mi pena crecida.
Tú la puedes remediar;
mas que ya el disimular
viene a hacer mayor la herida;
y así, con tiempo querría
aplicar al mal que siento
algún alivio, que intento.—
Grande pasión es la mía, (*Ap.*)
pues así con furia loca
me lleva tras sí.

LAURA. ¡Qué ejemplo! (*Aparte.*)
Levantalla pueden templo
por muy honesta.

PORCIA. La toca (*Aparte.*)
tragar esta vez pretendo
con el agua de mis ojos,
antes que de mis antojos
le dé parte.

LAURA. Pues entiendo
que amor causa tu dolor,
valerte por tu amor quiero
y así, este favor primero
atribuirás al amor.
De hoy más, no es justo te [nombres
infeliz, pues no lo eres;
que quien rinde las mujeres
también rendirá los hombres.

PORCIA. Con tus agudas razones
suspendieras el tormento
de mi mortal pensamiento,
a ser menos mis pasiones.
Mas no posible, ¡ay de mí!,
hallarse en mis males pausa.

LAURA. Dime, señora, la causa
de ese amor o frenesí.
¿Quién es el galán dichoso
que merece ese cuidado? [do,

PORCIA. Buen nombre, amiga, le has da-
que es más que Adonis hermoso.
¿Hay temores más extraños
que los que asaltan mi vida?

LAURA. Melindres, señora, olvida,
cuando son tantos los daños.

PORCIA. ¡Al fin se llama, ay, dolor!

LAURA. ¿Hay más donosa frialdad? (*Aparte.*)
No se encubre la verdad
al médico y confesor;
y así, la merezco oír,
pues los dos oficios hago.

PORCIA. Al fin, aunque amargo el tra- [go...

LAURA. Por fuerza le has de engullir.

PORCIA. Este Cintio que ha venido
es quien causa mi cuidado.

LAURA. No sale muy mal librado; (*Ap.*)
de yerno sube a marido.

PORCIA. Después que le vi en tu casa
anteayer, por mi dolor,
aunque me [h]iela un temor,
un vivo fuego me abrasa;
¿qué dices? ¿No es lindo mo-
¿No es galán y noble al fin? [zo?

LAURA. Digo que es un serafín.

PORCIA. De oírte así hablar me gozo.

LAURA. Poco importa que en ofrenda
le des, Porcia, el tierno pecho.

PORCIA. ¿Por qué?

LAURA. Porque yo sospecho
que está empeñada esa prenda,
y aun rematada entendí
que estuviera, si acogida
en otra bella homicida
hallara como halla en ti.

PORCIA. Luego ¿con salva de celos
me recibe el fiero amor?

LAURA. Despide, dirás mejor. [los?

PORCIA. ¿Qué así se aumentan mis due-
¿Que en suma puse los ojos
en quien por otra padece?

LAURA. Y tal, que el amor la ofrece
flechas y aljaba en despojos.

PORCIA. ¿Que es tan bella?

LAURA. Que lo sea
tienes tú bien grande culpa.

PORCIA. El serlo tanto, disculpa
le da.

LAURA. Harto la desea.

PORCIA. ¿Conózcola yo? ¿Qué esperas?
Dilo, Laura, por mi amor.
LAURA. No digo yo que mejor,
mas como si la parieras.
PORCIA. Dime ya la que ha podido
en Cintio triunfar de mí.
LAURA. La que ha sacado de ti
todo el valor que ha tenido.
PORCIA. ¿Qué dices? ¿Valor he dado
a quien turba mi esperanza?
LAURA. Todo el valor que hoy alcanza,
de tu valor ha sacado.
PORCIA. Calla, que no puede ser.
LAURA. ¿Cómo que no? Aunque te pese,
pues para que ser pudiese,
tú propia le has dado el ser.
PORCIA. No me burles, Laura hermosa;
declárate por mi gusto.
LAURA. Digo que a darte me ajusto
la bebida ponzoñosa;
tu hija es sujeto hermoso
de Cintio.
PORCIA. ¿Cómo sujeto?
LAURA. Que es su dama, que es su objeto,
que es su oráculo dudoso,
que es el alba de su día,
el norte de su camino,
su gloria y cielo divino,
su contento y alegría.
¿Quieres más?
PORCIA. Ni aun quiero tantos;
pues el primer atributo
me condena a negro luto,
me reduce a eternos llantos;
mi hija en beldad perfeta
dices que es sujeto ya,
y la que es sujeto, está
muy cerca de estar sujeta,
y más de un rostro tan bello
y de un talle tan gallardo;
ya ningún remedio aguardo.
LAURA. Pues pienso que podrá habello.
PORCIA. Dime, Laura, por tu vida,
¿Isbella con sus fovares
alienta aquestos amores?
LAURA. No es tan sangrienta tu herida;
que aun tu Isbella, te [lo] juro,
el nombre ignora de ese hombre,
y pues no sabe su nombre,
en su nombre te aseguro.
PORCIA. Si es eso así, en tu favor
consiste, amiga, mi gloria,
pues será de tu memoria
mi pena el despertador;
si me vales, juntaré,
pues en mí una esclava cobras,
mi fe con tus buenas obras,
y haré perfeta mi fe;
que aunque ella por sí lo sea,
si tus favores invoco,
es porque todo le es poco
a quien mucho dar desea.
LAURA. No tienes más que prendarme,
no tienes más que decirme,
pues no es sólo persuadirme,
mas has podido obligarme.
Vete en paz, deja el tormento;
que yo haré que Cintio, en pago
de ese tu amoroso estrago,
te ofrezca a ti el vencimiento;
y antes que al lugar se vuelva
le descubriré tu pecho,
y aun haré que en tu provecho
se determine y resuelva.
PORCIA. Mucho dices, mucho das,
mucho, amiga, me prometes.
LAURA. Cuando importa que sujetes
el temor, ¿temblando estás?
¿Tú no ves que a los osados
favorece la fortuna?
PORCIA. Y aun a veces importuna
con sucesos desastrados.
LAURA. Vete, y confía en el cielo.
PORCIA. Fío en él y en ti confío.
(*Vase.*)
LAURA. Con justa razón me río,
dando fuerza a este martelo.
Aquí viene la que toma
con su castizo renombre
de su madre Porcia el nombre,
que honró a Bruto y honró a
[Roma.

(*Sale* ISBELLA.)

Isbella, ¿qué es lo que tienes?
¿Estás acaso afligida,
o es que estás ya arrepentida
de los pasados desdenes?
¿A mi Cintio determina
tu pecho dársele franco?

ISBELL. Cierto que has dado en el blan-
pienso que eres adivina. [co;

LAURA. ¿Que admitille piensas?

ISBELL. ¿Pues?
Y con mucho extremo amallo,
tanto, que de consultallo
vengo con mi burgalés,
y a las once esperar tengo
esta noche en el balcón
desto la resolución;
¿no te parece que vengo
en lo que me ruegas bien,
y que no sólo a tu amigo
pienso dar premio en castigo,
mas pienso querelle bien?

LAURA. ¡Que de mí burlas escucho!
(*Aparte.*)
Pues a fe que yo te haga,
en tu daño y en mi paga,
una burla antes de mucho;
hoy he de hacer por vengar-
cuanto me ofreciere el arte. [me,

ISBELL. Dejando burlas aparte,
¿quieres, Laura, acompañarme,
que habré miedo si estoy sola?

LAURA. Lástima la tengo ya;
guarde de caer, que está
sobre la movible bola;
como es niña, no me espanto
que tema la noche oscura (1).

ISBELL. ¿Que no has de venir?

LAURA. Procura
a solas pasar el canto,
que yo al son del tierno acen-
de vuestra apacible llama, [to
en el potro de la cama
de amor pasaré el tormento.

ISBELL. Luego ¿en el sueño profundo
como en propio centro moras?

LAURA. No dejaré de diez horas
un minuto ni un segundo.

ISBELL. Pues ¿con tu amante y tu cie-
no pasas discursos largos? [lo

LAURA. Tengo por ratos amargos
los que han de causar desvelo;
esa pena y ese ultraje
con que tú compras el bien
te toca a ti, como a quien
ya le viene de linaje.

ISBELL. ¿Cómo de linaje?

LAURA. Pues
¿levántote alguna rabia,
si a tu madre, aunque tan sabia,
el amor tiene a sus pies?
Aún sigue su bando crudo
y está sujeta a sus fueros.

ISBELL. ¿Cómo de esos desafueros
suele usar el dios desnudo?
Mas ¿con qué gafas armó
el dios niño su ballesta?

LAURA. ¿Haces burla de la fiesta
y bailas en ella?

ISBELL. ¿Yo?

LAURA. Tú, pues que parte te alcan-

ISBELL. ¿Cómo así? [za.

LAURA. Porque a Lisardo
tu madre adora.

ISBELL. ¿Qué aguardo
ya en mi favor?

LAURA. La venganza,—
a quien ya camino abrí. (*Ap.*)

ISBELL. No hay dolor que no me cuadre,
pues de madre, y de mi madre,
saldré por salir de mí.

LAURA. Con este engaño me vengo.
(*Aparte.*)

ISBELL. Y dime, ¿cómo has sabido
suceso tan desabrido?

LAURA. Porque en él las manos tengo.
Con lastimosa querella
me dió poco antes de hablarte,
ella del negocio parte,
yo palabra de valella.

(1) En el texto *obcuro*.

ISBELL. Pues ¿contra mí te conjuras?
¿Es esa buena amistad?
LAURA. Si tú con tal frialdad
burlarte de mí procuras,
y un forastero te aflige
a quien le rindes el alma,
dejando a mi Cintio en calma,
quizá porque te lo dije...
ISBELL. Basta; al fin, yo desespero,
que pues mi madre estos daños
me ha causado, en los extraños
¿qué remedio hallar espero?
LAURA. No te apure la esperanza
esta rabiosa pasión,
que del pasado picón
ha sido justa venganza.
ISBELL. ¿No sabes que es de villanos
vengarse presto?
LAURA. Sí ha sido,
mas también un ofendido
sé que es todo lengua y manos.
ISBELL. Luego ¿no ha puesto los ojos
mi madre Porcia en mi amigo?
LAURA. No digo yo tal.
ISBELL. ¿Pues?
LAURA. Digo
que de sus locos antojos
no pienso apagar el fuego,
que amar a Lisardo es cierto.
ISBELL. De un golfo mal saldrá al puerto
quien tiene por norte un ciego,
pues ¿si a ti se descubrió,
y tú palabra la diste
de valella?
LAURA. ¿Deso triste
estás?
ISBELL. Pues ¿no es justo?
LAURA. No,
porque pienso castigar
sus amores encubiertos
con hacer que sus conciertos
tú los puedas despistar.
ISBELL. De pagarte desespero.
LAURA. Por eso pagas tan mal.
ISBELL. No puedo más.
LAURA. Muy mortal
te tiene tu forastero,
y Cintio que rabie y pene.
ISBELL. También peno y rabio yo.
LAURA. Pues remédialo.
ISBELL. Eso no,
porque mi galán me tiene
muy sujeta a su valor.
LAURA. Mucho te debe.
ISBELL. Bien paga.
LAURA. Pues yo he de hacer que te haga
(*Aparte.*)
mal provecho tanto amor.
ISBELL. Aquí viene tu requiebro.
LAURA. Pues vete, y solos nos deja.
ISBELL. ¿Hay algo?
LAURA. Sí, cierta queja.

(*Sale* LEONARDO.)

LEON. Si es que acaso el hilo quiebro
de tan dulce rato, iréme.
LAURA. Llega, que también Isbella,
consolada y sin querella,
ya se iba.

(*Volviéndose a* ISBELLA.)

ISBELL. Mucho teme,
amiga, mi pecho triste
destos celos la porfía.
LAURA. Vete ya, y de mí te fía.
ISBELL. Queda en paz.

(*Vase* ISBELLA.)

LAURA. ¡Donoso chiste!
¡A qué enredos me provoco
el trago que probó agora
la muy constante señora!
LEON. ¿De qué te ríes?
LAURA. De un poco.
LEON. Pues dímelo.
LAURA. Has de esperarte.
LEON. No me tengas de un cabello.
LAURA. Este galán, sin sabello, (*Ap.*)
también contará su parte.
LEON. ¿Es algo de que dé aviso
a Cintio de su esperanza?
LAURA. No será sino venganza (*Ap.*)

de quien suerte en mí hacer quiso.
Buena tengo yo a la esquiva,
[*Alto.*]
ya se ablanda y enternece,
ya a su desdén muerte ofrece
porque nuestro Cintio viva.
Por eso a buscalle ve,
y dile que me hable luego,
porque con dalle sosiego
quiero pagar tanta fe.
Y tú esta noche al balcón
que a caer viene al jardín
sabrás deste caso el fin
por mi boca; en conclusión,
a las diez y media en punto
solo has de venir a hablarme.

LEON. Y ¿no puedes declararme
lo demás agora?

LAURA. El punto
consiste de aqueste efeto:
en que esta noche conmigo
te veas donde te digo,
y donde deste secreto
sabrás más de lo que piensas;
agora por Cintio ve.

LEON. Ya por mi boca su fe
te ofrece gracias inmensas.
Yo voy; pero Porcia viene,
y algo llorosa y confusa.

LAURA. ¿Si es que cual otra Aretusa
en fuente tornarse tiene?

(*Sale* PORCIA.)

Mi señora, ¿qué ocasión
puede turbar tu alegría?

PORCIA. A manos de una agonía
perece mi corazón.
Hoy es el día aciago (1)
para mi casa y mi suerte.

LAURA. ¿Qué te ofende?

PORCIA. Hoy de la muerte
sospecho probaré el trago.

LAURA. ¿Tanto importa el ocultallo,
que el decillo has diferido?

PORCIA. Mi Julio, que había salido
a hacer mal a un su caballo,
y en ese llano midieron
el suelo caballo y dueño,
y envuelto en un mortal sueño
a mis ojos le trujeron.

LAURA. Luego ¿es muerto?

PORCIA. No sé, ven,
que de un desmayo oprimido
le he dejado; ya es perdido
en mi Julio todo el bien.

LAURA. Vamos, que no querrá Dios
afligirte con tal daño, [*Ap.*]
y si vive, de mi engaño
presto hablaremos las dos.

(*Vanse* PORCIA *y* LAURA.)

LEON. Atento al suceso triste,
sin forzar palabra alguna,
he estado; ¡a[h], cruel fortuna,
mal tu poder se resiste!

(*Sale* CINTIO.)

CINTIO. Leonardo, pues ¿has sabido
de Julio el triste fracaso?

LEON. Brevemente todo el caso
su madre aquí ha referido.

CINTIO. Con gusto a mi pena igual,
al morcillo no ha media hora
que hacía mal.

LEON. Pues agora
a sí mismo se ha hecho mal.

CINTIO. ¿Y es de peligro?

LEON. No sé;
de un desmayo traspasado
dijo que estaba.

CINTIO. Cuidado
me da su mal.

LEON. Y él ¿por qué?

CINTIO. Porque es prenda de mi dama
le hago esta buena obra.

LEON. Y ¿no más?

CINTIO. Pues ¡qué!, ¿no sobra?

LEON. Porque de tu ardiente llama
difiere el remedio.

(1) En el texto *haçiago*.

CINTIO. ¿Cómo?
LEON. Como tus dichas primeras
iban con alas ligeras,
y habrán de ir con pies de plo-
CINTIO. ¿Qué me dices? [mo.
LEON. Ver procura
luego a mi Laura sagaz,
y verás cómo en agraz
cortó el amor tu ventura.
CINTIO. Pues ¿qué te ha dicho tu ami-
LEON. Que ya tu dama se ofrece [ga:
a pagar lo que merece
el valor de tu fatiga
y este siniestro...
CINTIO. ¡Ay de mí,
ha mal logrado mi historia!
¿Que ha caído de mi gloria?
¿Que sólo fuí el que caí?
Que si Julio hoy ha caído,
cayó de donde subió,
pero triste caigo yo
de donde nunca he subido.
Esta es la causa que dejo
lleno de quejas el viento,
y con inútil acento
de la fortuna me quejo,
pues della no he de tener,
si no es en el pecho, el clavo,
pues del subir no me alabo,
y me quejo del caer.
Y ¿dónde a tu Laura hermo-
hallaré agora? [sa
LEON. Allá dentro.
CINTIO. En mí, como propio centro,
cualquier tormento reposa.

(*Sale* LISARDO.)

LISAR. Gracias a Dios que ha cobrado
aliento y vida mi amigo.
CINTIO. Aquí viene mi enemigo.
LEON. Y contento.
CINTIO. ¿Hale pasado
del parasismo el rigor,
señor Lisardo, al doliente?
LEON. ¿Dejóle ya el accidente?
LISAR. Ya está, señores, mejor;
ya volvió en sí del desmayo,
ya es gozo lo que fué llanto,
que es más quel daño el espan-
[to,
y el trueno mayor que el rayo.
CINTIO. ¡Que éste el fruto ha de co-
que pretenden mis enojos! [ger
¡Que éste alcance los despojos
que no alcanzo a merecer!
Pues malograré su intento,
o moriré en la contienda.
LISAR. Sólo el brazo de la rienda
está fuera de su asiento,
todo el cuerpo quebrantado.
CINTIO. ¡Ay, glorias de amor inciertas!

(*Sale* LAURA.)

LAURA. Ya las brasas encubiertas
la nueva Porcia ha tragado;
mas cierto que injustamente
este nombre la acomodo,
pues es antípoda en todo
de la de Roma ex[c]elente.
Las brasas la otra tragó
por comprar con breve muerte
larga vida y feliz suerte;
mas si ésta las tomó,
tomólas en hora amarga,
no acudiendo a lo que debe,
por comprar con vida breve
suerte triste y muerte larga.
La viuda dió en el garlito,
ya está del todo avisada.
LEON. Aquí está mi prenda amada.
CINTIO. Y mi contento infinito.
LAURA. Mi Cintio, en tu busca vengo,
y en busca de las albricias
que me debes.
CINTIO. En primicias
el alma dada te tengo.
LAURA. Guárdala para quien sabes,
pues mi paga es tu contento:
ven, que pienso tu tormento
curar con medios suaves.—
Dicen que del mal lo menos.
[*Aparte.*]

y así, con aqueste engaño,
ya que no cure su daño,
sobresanaréle al menos.

(*Al entrarse.*)

CINTIO. Adiós, señores.— En Alba,
amigo Leonardo, espero.

(*Vanse* LAURA *y* CINTIO.)

LEON. Gozaré mi bien primero,
que la ocasión pintan calva.
LISAR. ¡Que esté yo con lengua muda
viendo turbar mi alegría!
Que esta Laura o esta arpía,
por Cintio tercia sin duda,
y él, fiado en tan buen medio,
a las fiestas ha venido,
que obsequias para mí han sido,
pues ya murió mi remedio.
LEON. ¿No es hora de recoger,
señor Lisardo?
LISAR. Ya es hora.
LEON. ¿Venís?
LISAR. No.
LEON. Queda en buen hora.

(*Vase* LEONARDO.)

LISAR. Aquí solo quiero hacer,
entre uno y otro suspiro,
memoria de mis querellas,
que son más que las estrellas
que ya rutilantes miro.
Y ¿qué mucho que mi pecho
diga que en la noche fría
ve estrellas, si a mediodía
las estrellas velle han hecho?
Y fué porque lo de (1) [h]oy
así mi gusto deshizo,
que del día noche hizo,
y en la noche estrellas vi.

(*Sale* BRAVONEL.)

BRAV. No puedo topar con él,
válgate el diablo por amo;
cuanto más le busco y llamo,
me hallo más lejos dél.
Sin duda está dividido
en todos cuatro elementos,
o, como bebe los vientos,
en viento se ha convertido.
LISAR. Si la vista no me engaña,
gente viene; yo me voy
adentro, que mal estoy
solo al pie desta montaña.

(*Vase.*)

BRAV. De Julio el vino extremado,
que en su comida nos dió,
dulcemente me dejó
casi en vida sepultado.
¡Qué hermosa zorra he dor-
y qué de cosas soñé! [mido,
Muy alegre la tomé,
pues ya tuve dividido
en cuatro partes el mundo,
dando dél sus señoríos;
montes partí, frené ríos,
como un César sin segundo.
Mas dejando esta zorrera,
si dejalla he de poder,
¿que nos traiga a mal traer
esta Isbella arisca y fiera,
a quien mi amo hace salva,
y ella la hace a otro galán?
¿Si es que con pena y afán
se ha vuelto ya, y está en Alba,
sin avisar ni hacer caso
del privado Bravonel?

(*Sale* LEONARDO, *embozado con capa de color.*)

¡Ay, triste! ¡Ay, suerte cruel!
Temblando estoy; de aquí el
[paso
mover no puedo; atajóme
este hombre en llegar aquí,
pues en velle y verme a mí,
fuerzas y ánimo robóme.
LEON. Este es Bravonel. ¡Qué mate
dió a una cuba, a lo que entien-
a su estómago sirviendo [do,

(1) En el texto *que*.

de cantimplora el gaznate!
Y con uno y otro pisto
habrá estado muerto en vida,
pues después de la comida
hasta agora no le he visto.
A[h]uyentalle de aquí espero
con sólo selle molesto
en perseguille, que el puesto
he menester solo.

BRAV. Muero.

(*Vase por el teatro* LEONARDO *persiguiendo a* BRAVONEL, *hasta que con todo efeto le echa de allí.*)

Pues este bulto me pasma
y su temor me persigue,
y pues cual sombra me sigue,
ella es sin duda fantasma.

LEON. ¡Hideputa, qué lebrón!
Haced destos confianza,
teniendo puesta en balanza
la vida en una ocasión.

BRAV. Yo me voy medio mortal,
sin volverme o divertirme;
cual Lot, por no convertirme,
como su mujer, en sal.

(*Vanse los dos, y sale* LAURA *a la ventana.*)

LAURA. Ya estoy segura de[l] daño,
pues he llegado al teatro
con tiempo, donde estos cuatro
representarán mi engaño.
Cada cual, triste y corrido,
colgado de una esperanza,
vendrá a llorar la tardanza
que en venir no habrá tenido.
Pues ellos tienen las once
por hora, yo di las diez
a Leonardo, que esta vez
será para ellos de bronce;
y al fin, como ha de llegar
muy antes a la ocasión,
la suerte y la bendición
a los dos les ha de hurtar.
Cintio en Leonardo verá
a su enemigo Lisardo,
y Lisardo en mi Leonardo
a Cintio contemplará;
yo a los dos, que el corazón
rinden como el pecho y cuello,
haré que estén de un cabello,
sin ser el de la ocasión;
la madre se ha de quejar
de la hija, y ella, celosa,
de su madre melindrosa
también queja ha de formar.
De modo que Porcia, Isbella,
Cintio y Lisardo tendrán,
de lo que no alcanzarán
alternativa querella.

(*Vuelve a salir* LEONARDO.)

LEON. Ya eché al frío matachín,
de temor y vino ciego,
de aquel puesto, y entré luego
en este hermoso jardín.

LAURA. ¿Si es Leonardo? Quiero aten[ta
oír si el viento veloz
su dulce apacible voz
a mis oídos presenta.

LEON. De mi Laura el pensamiento
el mío a entender no llega,
pues en noche que es tan ciega,
cuando lo estoy de su intento,
me ha hecho venir aquí
solo.

LAURA. Leonardo es sin duda,
pues la noche, por ser muda,
dijo, aunque callando, sí.
¡Ce, ¿qué digo? ¿Era ya hora?

LEON. Sí será, y aun tiempo es
que el merecido interés
me pagues.

LAURA. Sea en buen hora.
Dejemos burlas aparte.
¿Vienes solo?

LEON. Solo estoy,
y tan solo como soy,
Laura mía, en adorarte.

LAURA. ¿Y tu amigo?

LEON. No le vi
después que se fué contigo.

LAURA. Gente suena; el un testigo
viene ya; amigo, de ahí
no te muevas, que del daño
que te harán salgo fiadora.
LEON. Nunca temí, ¿y tendré agora
temor?

(*Sale* CINTIO, *también vestido de noche.*)

CINTIO. Suceso es extraño
el que por mí ha de pasar,
que he de llegar al terrero
con nombre del forastero,
para poder así hablar
a mi bellísima fiera,
sorda hasta aquí a mi pasión,
si es que quiero la ocasión
gozar que a un injusto espera.
Desto Laura me asegura,
y también que mi tardanza
dará fin a mi esperanza,
principio a mi desventura,
porque si acierta a venir
primero Lisardo, es llano
que a su gozo soberano
de testigo he de servir.
LEON. ¿Que recabar no es posible
contigo que me reveles
lo que pido?
LAURA. Siempre sueles
ser en preguntas terrible.

(*Echa de ver* CINTIO *que está ocupado el puesto.*)

CINTIO. ¡Ay de mí!, que la ocasión
a Lisardo dió el copete,
y a mí, triste, me promete
pena, llanto y confusión.
¡Que otro, en fin, a mi despe-
[cho
me ha ganado por la mano!
Mas ¿qué mucho que la mano
ganase quien ganó el pecho?

(*Sale* LISARDO *por la otra puerta, también con vestido de noche.*)

LISAR. Presto veré si mis celos
han tenido fundamento.
LAURA. Digo que este fué mi intento.
y son vanos tus recelos.
LISAR. Pero yo ¿en qué dudas topo,

(*Va al puesto, y hállale también ocupado.*)

si por mayor daño llego
a tener vista, aunque ciego,
en la muerte, como el topo?
Este es Cintio, mi enemigo,
que, de su Laura ayudado,
los dos a mi pecho han dado
fiera pena, cruel castigo.

(*Sale* PORCIA *arriba, al lado de* LAURA.)

PORCIA. Que no me tardé sospecho;

(*Echa de ver que está acupado el puesto.*)

mas ¡ay de mí!, si he tardado,
pues veo el puesto ocupado,
y siento ocupado el pecho
de un sudor helado y frío;
tiemblo de cólera y miedo,
pues que me voy, y me quedo
más ciega en mi desvarío.
Mas ¿qué digo? Esperaré,
por más que el dolor me aflija.
LEON. ¿Qué quieres tú que colija
eso desotro?
LAURA. Sí, a fe.

(*Sale* ISBELLA *arriba, a la otra parte de* LAURA.)

ISBELL. Ya son las once, y Lisardo
esperará en el terrero.

(*Mira ocupada la ventana.*)

Mas ¿qué es lo que miro? Mue-
[ro;
en llamas rabiosas ardo.
¡A[h], madre! ¿Quién te jun-
[tó
con esta Laura o laurel,
para mí harto más cruel
que la que a Apolo burló?
CINTIO. ¡Que llegué a formar un lazo
que no puedo deshacelle!
LISAR. ¡Que con celos no atropelle
tanto estorbo y embarazo!

LEON Con burlas hasta aquí has da-
a mi afición lauro y palma; [do
ya se arrepiente mi alma
de lo mucho que ha esperado.
Ya son veras las que trato,
por eso premiarme escoge.
LAURA. Paso, paso, no se arroje;
más paciencia y más recato.
PORCIA. La vergüenza pone freno
a mi lengua, y a mis pies
grillos el amor.
ISBELL. Ya ves,
corazón de gusto ajeno,
cuánto importa no dar parte
a lisonjeras amigas
de tus glorias o fatigas,
pues una pudo quitarte
mil glorias que yo te di.
CINTIO. De corrido rabio.
PORCIA. Muero
de confusión.
LISAR. Desespero
de mi paciencia y de mí.
LAURA. Sin duda que ya están todos
quejándose de su daño,
en este donoso engaño
metidos hasta los codos.
LEON. ¡A[h], Laura! ¿No me dirás
quién se queja por aquí!
LAURA. No cures sino de ti,
que algún día lo sabrás.
PORCIA. Esta se burla de mí,
porque ve que en el secreto
de mi amor está el efeto;
paciencia, pues me rendí.
Yo me voy; que a este dolor
se sujeta quien procura
con mi ejemplo y compostura
conquistar gustos de amor.

(*Vase.*)

LISAR. Aunque con fuerza invencible
influye en un pecho amor
una braveza, un rigor,
extraño cuento increíble,
y tengo de enamorado
cuanto se puede creer,
también alcanzo a tener
algo de considerado.
De noche, y en tierra extraña,
triste, solo y forastero,
rifar con un caballero,
antes que aprovecha, daña;
y así, aunque con tal pasión,
quiero apartarme de aquí;
y si dicen que huí,
diré ques de la ocasión.

(*Vase.*)

CINTIO. Voyme, porque no es posible
sufrir tantas sinrazoes;
que el monte de mis pasiones
ya es para mí inaccesible.

(*Vase.*)

ISBELL. En mi daño y mi desgracia
quiero asistir con constancia,
y si no es perseverancia,
será al menos pertinacia.
Con secreto estaré atenta
hasta asegurar mi pecho.

(*Llégase más a* LAURA *con recato, y vuelve a salir* CINTIO.)

CINTIO. Ya vuelvo, aunque a mi despe-
[cho,
como el que de una tormenta
escapó con intención
de no volver más al mar,
y vuelve, y vuelve a llorar
de sus bramidos al son.
LAURA. Sin duda todos se han ido;
que todo está surto y quieto.
LEON. ¿Que darme el premio en efeto
quieres, mi bien?
LAURA. ¿Has oído
si los que con triste acento
se quejaban, faltan ya?
LEOK. Todo tan suspenso está,
que está suspenso hasta el viento.
CINTIO. Llégome más, por llegar,
ya que el alma lo desea,

a un favor, aunque no sea
sino llegalle a escuchar.

LAURA. Pues tuya soy, ¿qué he de [hacer
si es ya tu gusto mi gusto?
Y así nivelo y ajusto
al tuyo mi parecer.
Ordena lo que gustares;
que a todo, al fin, me sujeto.

LEON. Levante a tu amor perfeto
la inmortalidad altares.
La fama este extremo abone
desde el ocaso al aurora,
con clara trompa sonora
tanta firmeza pregone;
dele la ocasión más plumas
que ojos le dan y gargantas,
y destas verdades santas
deje escritas largas sumas.

LAURA. No albanzas, sino menguas,
son tantas razones locas;
deja plumas, deja bocas,
deja gargantas y lenguas.
Vengamos a lo que importa
y a lo que pedir no sabes,
y de discursos tan graves
de hoy más con damas acorta.
Mañana, mi dulce amigo,
a media noche vendrás,
y a esta huerta hacer podrás
de tu vi[c]toria testigo,
y a este pito, que tercero
será de nuestro contento,
podrás aplicar tu aliento,
como siempre, lisonjero.
Toma.

(*Arrójale un pito.*)

LEON. Deja que celebre
mercedes tan de tu mano;
deja que me llame ufano.

CINTIO. Y que yo el orgullo quiebre
a tu esperanza fundada,
gozando desta ocasión.

ISBELL. Ya desta vez mi pasión
pienso dejar aliviada.

LEON. ¡O[h], venturoso instrumento
(*Hablando con el pito.*)
del bien que espero gozar,
de quien se puede invidiar
la suerte y merecimiento!
Pues la razón me provoca
a que te pida favor,
pídole, pues tu valor
te pudo hacer de la boca;
de la boca celestial,
de quien ya en su desdén huye,
y por quien también circuye
la tuya un rojo coral.
Vida te da el aire blando
que por la boca respira
mi dama hermosa, a quien mira
hasta el Niño Dios temblando.
Esta ventura le toca,
como a ti, a mi alma encogida,
pues también le ha dado vida
con el aire de su boca.

ISBELL. Pues la suerte me ha traído
adonde pueda escuchar
lo que me ha de remediar,
a mi diligencia pido
favor; y por experiencia
sabré, como bien advierte
el que dice que la suerte
nació de la diligencia.
Dos vidas, madre, te debo,
aunque no las gracias desta.

(*Vase.*)

CINTIO. Para mí se hizo la fiesta,
pues los despojos me llevo.
Triunfaré deste atrevido
por medio de mi cuidado;
que sabe mejor lo hurtado
que lo propio o adquirido.

(*Vase.*)

LEON. ¿Cómo podré, prenda bella,
pagar tan inmensa gloria,
siendo tal, que aun la memoria
no es capaz de comprendella?

Si no es que tú, en quien asiste
tu nobleza, te has pagado,
habiendo alegre quedado
de la elección que en mí hiciste.

LAURA. Vete, pues, que ya salir
la estrella de Venus veo,
que el alba se ríe, y creo
que es por oírte mentir.

LEON. Si es que por amanecer
deste monte en cubre y faldas
el aurora, las espaldas
te había a ti de volver,
rato ha que me hubiera ido,
pues ha rato que vi yo
quel aurora amaneció
en tu rostro esclarecido.

LAURA. A lisonjas y mentiras
responder será mejor
desta manera.

(*Hace como que se va.*)

LEON. ¿A[h], mi amor!
¿Que te vas? Que te retiras
de mi afligida presencia?

LAURA. Vete en paz, no hagas locuras.

(*Vase.*)

LEON. Pues ¿por qué, dime, procuras
dejarme en tan triste ausencia?
Ya se ha ido, en conclusión.
Bien hago un enamorado;
para curar un cuidado,
no hay Macías tan llorón
y de tan tierna pechuga;
¡qué noche de gusto espero!
Y vos, rubio carretero,
más pesado que tortuga
para amantes veladores,
picad, picad los rocines,
que en el toque de maitines
consiste el de mis favores.

(*Entrase, dando con esto fin al acto segundo.*)

ACTO TERCERO

(*Salen* CIUTIO *y* BRAVONEL.)

CINTIO. Di que bien pueden tornallo.

BRAV. ¿El caballo han de volver?

CINTIO. Sí.

BRAV. Y si le has menester,
¿te quedarás por caballo?

CINTIO. Casi adivinas mi bien,
pues en ser gracioso das;
bien dices, solo te irás,
y dile a Leonardo...

BRAV. ¿A quién?

CINTIO. A mi amigo.

BRAV. Es excusado,
pues del lugar ha salido
antes que tú.

CINTIO. ¿Que se ha ido?

BRAV. Y harto triste y enojado.

CINTIO. Y ¿con quién?

BRAV. Señor, contigo.

CINTIO. Y ¿por qué enojado está?

BRAV. Porque no te llevas ya
con él como con tu amigo,
si en todo el día has salido
de tu aposento, antes bien
le has tratado con desdén.

CINTIO. Si todo el día dormido,
o a lo menos transportado,
estuve en mi dulce gloria,
que es tal, que hasta mi memoria
puede invidiar mi cuidado,
al fin, al momento puedes
volverte, como he trazado,
dejando el zaino arrimado
de la huerta a las paredes.

BRAV. Luego ¿no quedo contigo?

CINTIO. No es posible.

BRAV. ¿Cómo no?

CINTIO. Porque he de estar solo yo.

BRAV. Sí estarás, aunque conmigo
estés, pues otro yo eres.

CINTIO. ¿Hay pensamientos más locos?
Así es, mas saben pocos,
principalmente mujeres,
que estemos los dos en uno.

Vete ya, que ese es mi gusto.
BRAV. Pues es gusto muy injusto.
CINTIO. Vete, no seas importuno.
BRAV. Voime, pues ya me despides,
sin ver que con crueldad
de tu cuerpo la metad
en apartarme divides.

(*Vase.*)

CINTIO. Ya está la noche en el medio
de su curso presuroso,
y en el punto venturoso
en que estriba mi remedio.

(*Sale* ISBELLA *a la ventana, y paséase* CINTIO.)

ISBELL. Por fuerza ha de hacer del día
noche quien la noche vela,
y quien pasa en centinela
la sombra medrosa y fría.
Así yo, que la pasada
velé, lo esquité en el día,
sin gozar de la alegría
de ver a mi prenda amada;
mal hice en no le avisar
del engaño que me hicieron,
y como así me impidieron
el podelle ver y hablar.
CINTIO. Ya llegué al bello jardín,
donde mi prenda divina
presta a la rosa más fina
nieve mezclada en jazmín,
a los claveles color,
a los jazmines blancura,
a las plantas hermosura
y a todo el vergel amor,
pues unas a otras se enlazan,
y con mil ñudos se enredan,
y tan amorosas quedan,
que en vez de besar se abrazan.
Aquí no hay perlas en con-
[chas,
no hay esmaltados colores,
mas de diferentes flores
compuestas hermosas bronchas.
Aquí a la naturaleza
se rinde y sujeta el arte,
pues echa de ver que en parte
y en todo es más su belleza;
aumenta su olor nativo,
como a su color dió aumento,
de mi dama el dulce aliento,
más que oloroso, la[s]civo.
ISBELL. Esperando la ocasión,
que mil glorias me promete,
he tenido mi retrete
todo el día por prisión,
siendo, con pecho perjuro,
al sol y a Lisardo ingrata.

(*Echa de ver* CINTIO *que* ISBELLA *está a la ventana.*)

CINTIO. Ya al aire el amor desata
la bandera de seguro;
ya tuvieron mis demandas
el premio que alguno llora,
y en fin, se asomó mi aurora
de su oriente a las barandas.

(*Hace la seña con el pito.*)

ISBELL. No del cómitre inclemente
al pito está más medroso
el forzado receloso,
que yo me hallo obediente
al acento del que oí
después que en el puesto estuve.
¿Es Lisardo?
CINTIO. Soy quien sube
adonde nunca creí.

(*Entre tanto que dice* CINTIO *lo siguiente, baja* ISBELLA.)

Más alabanzas, fortuna,
te den que tú vueltas das,
aunque en número son más
que hay mudanzas en la luna.
Ayer ocupé por puesto
de la desdicha el abismo,
y me contemplé ayer mismo
sobre tu corona puesto.
Yo alabo tu ser dudoso
y tu condición instable,

pues si no fueras mudable
no fuera yo venturoso.

(*Sale a la puerta, y mete a* CINTIO *dentro.*)

ISBELL. De mi esposo con el nombre
abrí, Lisardo querido.

CINTIO. De ese nombre me despido,
que no hay hombre a quien no [asombre.

(*Entranse, y sale* JULIO *aún con banda.*)

JULIO. Un silbo a este puesto llama
mi corazón, sepultado
en un profundo cuidado
y en una enfadosa cama,
de donde salgo molido
después de dos largos días
que en el mar de mis porfías
me he visto ya sumergido.
¿Quién el silbo pudo dar,
que por aquí nadie veo?

(*Sale a la ventana* LAURA.)

LAURA. Ya con este favor creo
quiere el amor coronar
con flores de almendro her-
mis sienes y frente vana, [mosas
pues fuí en venir tan temprana
cuanto ellas son presurosas.

JULIO. Si es que el silbo ha sido aviso
para ofrecer con su son
alguna dulce ocasión,
y el amor dármela quiso
trayéndome por aquí,
cuanto y más que honor me en-
a averiguar si esta seña [seña
en algo me ofende a mí,
pues que tengo en esta huerta
una hermana y una dama,
que la una enciende mi llama
y la otra mi amor despierta,
quiero silbar yo también,
acudiendo a este reclamo.

(*Hace la seña.*)

LAURA. Ce, ¿qué digo?

JULIO. Ya me llamo
yo mismo al daño o al bien.
Respondieron.

LAURA. ¿Es mi amigo?
El es, sin duda.

JULIO. Y sin duda,
si tengo la lengua muda,
seré de mi bien testigo;
esta es mi Laura, no hay más.
¿Es posible, cielo santo,
que mi dolor sientes tanto,
que ya remedio le das?

LAURA. Ya voy, espérame un poco.

(*Baja entre tanto* LAURA.)

JULIO. Por tan extraña ventura,
por Dios, que será locura
no tornarse un hombre loco.
¿Qué es esto, amor, que a ver
de tu poderosa mano? [llego
Mas no te pintan en vano,
ingrato, vendado y ciego,
pues estas glorias me ofreces
sin ver ni saber quién soy.

(*Sale a la puerta y éntrale dentro.*)

LAURA. Ven, amigo.

JULIO. Ya yo voy.—
Mil alabanzas mereces
de mi boca, noche bella.

LAURA. Ya he llegado a contentarte;
de hoy más no tendré que darte,
ni de mí tendrás querella.

(*Entranse, y sale* LEONARDO, *solo.*)

LEON. Ya el norte, reloj (1) del cielo,
señala las doce en punto;
de amor todo el gusto junto
está en lograr un martelo.
Al fin, Laura, al fin caíste;
¿posible es que llegó el día
en que a mi tierna porfía
de tu mano el premio diste?
¿Qué es esto, Laura, qué es
Pero todas son ligeras, [esto?

(1) En el texto: *reloix.*

sólo que las lisonjeras
son las que caen más presto.
Mas ¿quién en esto me mete?
¿No es caso más acertado
dar alivio a mi cuidado
por medio deste alcahuete?

(*Hace también la seña con el pito.*)

Ya hice la seña, y no
suena cosa; ¿qué es aquesto?
Vuelvo a hacella; ¿en este puesto
a mi Laura no hablé yo?
Sí; ¿no es aquel el balcón,
y aqueste el jardín no es?
¿Aquí no tuve los pies
y allí la imaginación?
Pues ¿cómo, siendo tan tarde,
y siendo esta seña cierta,
ni a este balcón ni a esta puerta
nadie acude? ¡Ay, qué cobarde
el alma está y encogida!
Gran sobresalto me altera.
Silbo más; que a la tercera
dicen que va la vencida.
De un frío sudor cubierto
estoy, ¡ay, triste de mí!,
pues hacer la seña aquí
es dar voces en desierto.
Ya mi triste fin llegó,
pues para otro más dichoso
el dulce rato sabroso
la fiera ingrata guardó.
¡A[h], cruel, que me has [traído
alegre cuanto engañado!
Solo a ver que, aunque llamado,
no he sido yo el escogido,
con tu embeleco insolente
también me quieres llamar
a este jardín, a silbar
como líbica serpiente.

(*Sale* CINTIO.)

CINTIO. ¿Qué voces desentonadas,
qué disonantes acentos
pueden dejar mis contentos,
como mis glorias, turbadas?

LEON. ¿Hay más atroces tormentos
que los que el amor airado
usa conmigo? ¿Qué asilo
me servirá de sagrado,
pues el toro de Perilo
mayor tormento no ha dado?

CINTIO. Allí un hombre solo veo,
sin duda que es el quejoso.

LEON. Ya ha salido el venturoso;
yo haré que su dulce empleo
tenga el fin bien riguroso.
¡Muera el aleve traidor!

(*Acomete* LEONARDO *a* CINTIO *a cuchilladas.*)

CINTIO. Este es Lisardo, que viene
buscando el bien que otro tiene;
cubrirme será mejor
y defenderme.

(*Echa también mano a la espada.*)

LEON. Conviene
que tu pensamiento loco
con la vida pagues luego.

CINTIO. Por aqueste bosque ciego
me retiro poco a poco.

LEON. Ya te amedrenta mi fuego;
hoy en mis manos fenece
tu infame vida, hoy tu pecho
a la muerte pecho ofrece.

CINTIO. Que me he engañado sospecho,
que éste Leonardo parece.

(*Sale* JULIO.)

JULIO. ¿En mi jardín cuchilladas,
y a estas horas? Del amor
las glorias son limitadas,
pues estas son aldabadas
a las puertas del honor,
y así, con alma alterada,
salgo y respondo a mi mengua,
haciendo lengua mi espada,
que el que ve su casa entrada
ha de hablar con esta lengua.
¡Mueran!

(*Arremételes a cuchilladas a los dos.*)

CINTIO. Quisiera tener
alas, que Julio es, sin duda.
LEON. Este es Julio, y así muda
mi pecho de parecer.
CINTIO. Perdona, amigo, si muda
tengo la lengua, que al fin
no es justo que Julio entienda
que entrar pude en su jardín.

(*Salen arriba* LAURA *y* ISBELLA.)

LAURA. ¿Amiga?
ISBELL. ¿Laura? Suspenda
tan acelerado fin
Dios con poderosa mano.
LAURA. ¿Qué voces son las que siento?
ISBELL. Sin duda son de mi hermano.
LEON. Callar quiero mi tormento
y mi dolor inhumano,
porque Julio no sospeche
de mí, viéndome en su casa
y a estas horas.
JULIO. Luz escasa,
luce más, porque deseche
el dolor que me traspasa.

(*Hanse entretenido siempre acuchillándose hasta agora.*)

Pudiendo las gracias darte
de que a mis contrarios vi,
haceos los dos a una parte
y veníos para mí.

(*Disfrazando la voz le responden.*)

CINTIO. Es cansarnos y cansarte.
ISBELL. ¿Si con Cintio cauteloso
mi hermano Julio ha topado?
LAURA. ¿Si aqueste Julio engañoso
a Leonardo perezoso
en su jardín ha encontrado?
CINTIO. Voyme retirando.
LEON. Voy
retirando y defendiendo
mi persona.
JULIO. En duda estoy;
no sé cuál iré siguiendo;
mas, pues en dudar les doy
lugar de ausentarse, sigo
al uno por mi enemigo,
y cuando muerto le deje,
al otro, aunque más se aleje,
pongo al cielo por testigo
de buscallo y de matallo.

(*Cada uno de los embozados se entra por su puerta y* JULIO *sigue al que le parece.*)

ISBELL. Por tu mano el cielo fuerte,
¡o[h], mi hermano!, aunque yo
[callo,
dé a ese Cintio fiera muerte,
porque yo pueda contallo
en discuento de mi mengua.
LAURA. Toma de Julio venganza,
pues marchitó tu esperanza,
Leonardo, ya que mi lengua
fuerzas para hablar no alcanza.

(*Sale* LISARDO *con capa de color.*)

LISAR. Como aquél que con dolor
una prenda de valor
perdió, y se vuelve al lugar
por ver si la podrá hallar
buscando otra vez mejor,
así vuelvo y volveré
al lugar donde mi fe
perdió el bien que un tiempo vi;
mas ¡ay, que no le perdí,
porque nunca le gané!
Que trae el pecho trocado
Isbella, enemiga mía,
por mi mal he averiguado,
pues lugar en todo el día
para hablalle no me ha dado.
ISBELL. Hablar siento en el jardín.
LAURA. ¿Quién puede ser?
ISBELL. ¿Si es mi hermano,
que ya con airada mano
a la pendencia dió fin?—
Y al engañoso tirano. (*Ap.*)
LISAR. Gente siento en el balcón;
¿si es que espera mi enemiga,
como anoche, otra ocasión?

ISBELL. Vámonos antes que diga
mi hermano Julio que son
nuestras libertades causa
de sus disgustos y enojos.
LISAR. Y el decillo ¿son antojos?
LAURA. Lisardo es éste, pon pausa
a lo que hablabas.
ISBELL. Los ojos
reciben muchos engaños,
cuanto y más el corazón.
LISAR. Engaños y desengaños
los tuyos, ingrata, son;
mas ya que con tantos años
reduces a triste historia
de mis glorias el proceso,
siendo tal que aun la memoria,
que es capaz de inmensa gloria,
dudó en la de mi suceso,
mi fe y palabra te empeño
que he de olvidar, como es justo,
amor de tan falso dueño,
teniendo el pasado gusto
por tan vano como el sueño.
ISBELL. ¿Si ha visto entrar, por mi
[daño,
al causador de mi afrenta?
LAURA. Aquí hace efeto mi engaño;
(*Aparte.*)
sin duda que se atormenta
por lo de anoche.
ISBELL. Es extraño
en todo tu proceder,
pues te quejas sin saber
la ocasión por que te quejas,
y así, con sordas orejas
pienso a todo responder.—
Pues corro tanta tormenta,
(*Aparte.*)
quiero echar ropa a la mar.
LAURA. Como de culpa está exenta,
no se quiere disculpar.
LISAR. Pues advierte, estáme atenta.

(*Vuelve a salir* JULIO.)

JULIO. Sin duda en sus senos fríos
ha ocultado Tormes ronco
estos enemigos míos,
o los sepulta algún tronco
de aquestos bosques sombríos,
pues al saltar sin sosiego
un arroyo manso y ciego,
que a este jardín verde, obscuro,
le defiende con su muro
y le alegra con su riego,
así desaparecieron,
si es que eran cuerpos palpables,
y no fantásticos fueron
que en las aguas deleznables
sin duda se resolvieron.
LISAR. Ya que tu pico parlero,
ya que tu pecho insolente,
uno astuto y otro fiero,
hoy en Sirena inclemente
convierten tu ser primero,
mis oídos defender
quiero, cual sierpe al encanto,
por no volverte a creer,
que escuchada una mujer
puede mucho con su llanto;
¿tú anoche deste balcón
no hablaste a un hombre?
ISBELL. Es maldad.
LISAR. ¿Hay más notable traición?
¿Estas paredes no son
testigos desta verdad?
Estas plantas y estas flores,
desde entonces agostadas,
de corridas y afrentadas
por escuchar tus amores,
¿no lo oyeron?
ISBELL. Extremadas
son tus salidas.
JULIO. ¿Qué voces
[*Aparte.*]
hieren estas espesuras?
¿Vuelven las sombras escuras
a darme penas atroces
con más disformes figuras?
ISBELL. No me des ya más pasión,
que muy loco y necio estás.
JULIO. Gente suena en el balcón, [*Ap.*]
recelo alguna traición;

acercarme quiero más.
ISBELL. No hay disculpa que te cuadre,
pues la culpada no soy; [pues
¿tú, que hablaste donde estoy
toda la noche a mi madre,
me arguyes, cuando te doy
del yerro no cometido
disculpa? Vete.
JULIO. Estas voces
son de mi hermana. (*Ap.*)
LISAR. Perdido
va todo.
ISBELL. El que mal partido
(*Aparte.*)
tiene, lo echa todo a voces.—
LISAR. Escúchame, tigre ingrato,
oye sola esta verdad.
JULIO. ¿No es Lisardo? ¿Hay tal mal- [dad? [*Ap.*]
ISBELL. No quiero; que tu vil trato
es digno desta crueldad.
LAURA. Bien has hecho.— ¿Qué bien
[sabe (*Ap.*)
de amartelar la taimada!
ISBELL. No hayas miedo que se alabe.
(*Vanse las los.*)

LISAR. ¿Quién tiene en pena tan grave
manos torpes, lengua atada?
Ya que tu arrogancia enseñas
a estas altivas entrañas,
tus mudanzas no pequeñas
a estas aguas y a estas peñas
el rigor de tus montañas,
no importa que huyas de mí,
no importa, ingrata, aunque se-
con huír, lo que temí; [llas,
pues a ti te tengo en ellas,
como tuve a ellas en ti;
y pues con ellas me dejas,
y ellas han visto mis menguas,
a ellas diré mis quejas;
podrá ser que tengan lenguas,
pues suelen tener orejas;
y si con lenguas están,
publicarán tu ruin trato,
y todos las creerán,
que al fin en ellas verán
que quien habla es tu retrato.
JULIO. Quiero atajar estas quejas
[*Aparte.*]
que entre penas me sepultan,
pues ya los cielos no ocultan
mis menguas a mis orejas
los méritos que resultan
del proceso de mi engaño;
¡que este falso amigo pudo,
de toda lealtad desnudo,
procurarme tanto daño! [cudo
¡Que el que pensé que era es-
de mi honra y de mi casa,
en vivo fuego la abrasa!
LISAR. ¡A[h], esperanza, más mudable
que la que en el mar instable
pone el ciego que le pasa!
JULIO. Con justa razón maldigo [*Ap.*]
mi escasa suerte encogida,
pues el cielo es buen testigo
que hoy no sólo me convida
con un falso infame amigo,
mas por postre me regala,
para que me desespere,
con una hermana tan mala,
que hasta con quien ama y quie-
en maldades se señala; [re
pues hoy Lisardo, ofendido,
me ha dado clara evidencia
que ha sido favorecido,
porque a tan grande licencia
grande amor ha precedido,
notables son tus maldades;
no tienes, hermana, excusa,
pues son bien claras verdades
que siempre las libertades
se dicen a quien las usa.
LISAR. No más, Canidia hechicera,
la primera y la postrera.
JULIO. Con todo, hasta averiguar [*Ap.*]
lo que hay, el disimular
conviene mucho.
LISAR. ¿Qué espera?

(*Llégase a él* JULIO, *como que va a reconocelle.*)

JULIO. ¿Quién va?
LISAR. ¿Quién es?
JULIO. ¿Es Lisardo?
LISAR. ¿Este es Julio? ¿Si me ha oído? (*Aparte.*)
¡O[h], mi amigo el más queri-[do! [*Alto.*]
JULIO. ¡Oh, infame, traidor, bastardo! (*Aparte.*)
Mi Lisardo, pues ¿qué ha habi-[do? [*Alto.*]
¿Quién a estas horas te llama por aquí?
LISAR. Un fiero dolor
la blanda y mollida cama
me hizo dejar.
JULIO. ¿Un traidor [*Ap.*]
halla cama blanda?
LISAR. Fama, (*Ap.*)
si salgo bien desta, gano.—
Por la ventana salté [*Alto.*]
de ese entresuelo a lo llano,
aunque después vi que en vano
la blanda cama dejé.
JULIO. ¡Cómo! ¿El dolor inhumano (1)
no se aplaca?
LISAR. Es un dolor
cuyo fin está en mí fin,
pues después que a este jardín
bajé, me he hallado peor.
JULIO. ¿Qué no hallas alivio, en fin?
Pues salgámonos de aquí,
que la huerta te hace mal.
LISAR. Bien dices, pues recebí (*Aparte.*)
en ella el golpe mortal
que ha dado cabo de mí.
JULIO. Yo haré poco o he de ver
de tu vil trato venganza,
pues me has querido vender.
LISAR. Quien se fía de mujer
fuego coge y viento alcanza.

(1) Estrofa de seis versos.

(*Vanse, y salen* ISBELLA *y* LAURA.)

ISBELL. Como digo, Laura mía,
esperé con un tesón,
que ya el alma me rendía,
que acabase su razón
esta mi madre o arpía;
escuché, y vi que, encendida
en infame y torpe amor,
daba remedio al dolor
de Lisardo, que me olvida
por admitir su favor;
con industria no pequeña
por seña un silbo le dió,
y para hacer bien la seña
de oro un pito le arrojó,
prendas del amor que empeña.
LAURA. Este es mi engaño, pues pien-[sa (*Ap.*)
que su madre le quitaba
el puesto que yo ocupaba.
ISBELL. Lisardo, que ya en mi ofensa
mil engaños fabricaba,
de acudir le prometió
la noche siguiente al puesto,
como en efeto acudió,
donde a mí me halló más presto
que a mi madre, que buscó;
hícele el postigo franco,
entró, conocíle luego,
mas tuvo su gusto ciego
la suerte primera en blanco.
LAURA. De su falsedad reniego; (*Ap.*)
ésta miente, que el que entró
fué Leonardo, pues ha sido
quien este enredo ha sabido.
ISBELL. Aquí el nombre callo yo (*Aparte.*)
de aquel mi Apolo fingido.
LAURA. Pues ¿cómo dices que tuvo
en blanco la primer suerte,
siendo tú flaca y él fuerte
y enamorado?
ISBELL. Es que hubo
un suceso extraño, advierte:
cuando Lisardo atrevido
en mí quiso ejecutar

su intento descomedido,
el no pensado ruído
se le pudo malograr.
Sospechó que era mi hermano,
y así su intento liviano
por salir luego dejó.

LAURA. Mejor te contemple yo (*Ap.*)
en boca de un león albano.—
[*Alto.*]
¿Que dices verdad?—Sin duda
la gozó Leonardo. [*Aparte.*]

ISBELL. Callo (*Ap.*)
mi afrenta con lengua muda,
pues hoy por mi cuenta hallo
que es mejor negar en duda.

LAURA. Y al querer gozar tu amor,
¿conocióte acaso él?

ISBELL. Muy bien.

LAURA. Pues de tu rigor
¿cómo se queja?

ISBELL. El traidor,
hace del ladrón fiel.

LAURA. ¿Cómo, si anoche os hablastes,
por lo de antenoche llora?
¿Que anoche no averiguastes
la verdad?—Falsa, traidora (*Ap.*)
más que guitarra sin trastes,
¡quién te creyese!

ISBELL. Ya dije
que aquel estorbo a Lisardo
no le dió lugar.

LAURA. Leonardo
bien le tuvo.

ISBELL. Ya me aflige
tanto apurar.

LAURA. Yo ¿qué aguardo?

ISBELL. Ya no es de ningún provecho
Lisardo para mi gusto.—
(*Aparte.*)
Miento, que a serville ajusto
ya que no la boca, el pecho.

LAURA. De lo que tú gustas gusto;
¿que no te acordarás dél?

ISBELL. Como de quien jamás vi,
¿no es acaso injusto y cruel
que tenga la culpa él,
y me eche la culpa a mí?
¿No viste cuán insolente
anduvo anoche conmigo?
¿No fuiste, amiga, testigo
de su salida imprudente?
Tales galanes maldigo.—
Mal digo, pues bendiciones
(*Aparte.*)
es más justo que le dé.

LAURA. Pues yo te empeño mi fe,
ya que a burlar te dispones
la que un tiempo te entregué,
que hoy he de hacer que te ca-
con el de Burgos tu hermano, [se
aunque Leonardo te abrase.

ISBELL. Lisardo no fué en mi mano,
perdóname.

LAURA. Que traspase
tu pecho ese edicto es justo,
que es galán el burgalés.

ISBELL. ¿Ya olvidas tu Cintio?

LAURA. Pues
¿qué he de hacer ya? Que mi
dará del todo al través [gusto
si Lisardo no es tu cuyo

(*Salen* PORCIA, JULIO *y* MIRABEL.)

JULIO. Al fin importa, señora,
que vamos antes de un hora
a Salamanca.

PORCIA. Ya arguyo (*Ap.*)
desto que mi Julio llora
cuán justo es que me desvele
en mi casa, pues no es bien
que cual niña verde vuele,
pues si la cabeza duele,
los miembros duelen también.
Yo tengo desta maldad
la culpa, pues no he mostrado
la debida honestidad.—
Laura, yo estoy con cuidado;
volvamos a la ciudad, [*Alto.*]
que mal de su casa cura
quien la deja mucho tiempo
sola.

MIRAB. Esa es verdad pura,

y del campo el pasatiempo
no lo es si mucho dura.
LAURA. Como gustes.
ISBELL. Vamos, pues.
PORCIA. Mirabel, haz aliñar
lo que conviene.
LAURA. ¿Después (*Ap.*)
que me has podido alcanzar,
no me hablas, Magancés?
JULIO. Corrida está del vaivén (*Aparte.*)
que anoche el amor la dió
mi Laura; de su desdén
bien la suerte me vengó.
No me parece tan bien
como antes que la gozase.
¡Cuán propio que es deste gus-[to!
ISBELL. Aún le da pena el disgusto [*Ap.*]
de anoche a mi hermano.
PORCIA. Pase (*Ap.*)
pensamiento tan injusto
con el curso presuroso
que pasa Tormes furioso.
LAURA. Si acabo este casamiento,
con este nuevo contento
vuelvo a mi estado dichoso.

(*Vanse.*)

(*Salen* CINTIO *y* LEONARDO.)

CINTIO. Tu querella, amigo, cese,
pues yo no me descubrí
porque Julio no me viese,
y escucha agora de mí
mi dicha.
LEON. Mía que fuese.
CINTIO. De Laura hermosa llamado,
como viste, amigo mío,
fuí al puesto, halléle ocupado,
quedé cual un [h]ielo frío,
esperé, y casi cansado,
vi que con Lisardo fiero
concertaba mi enemiga
dar remedio a su fatiga,
escogiendo por tercero
un pito y la sombra amiga.
LEON. Este es el concierto triste (*Aparte.*)
que mi Laura hizo conmigo.
CINTIO. ¿Qué dices?
LEON. Que ya me obligo
a adivinar lo que hiciste.
CINTIO. En suma, mi caro amigo,
tomada bien la instrucción,
volví la noche siguiente,
y hurtéles la bendición,
gozando de la ocasión
que me dió el cielo clemente;
vime con mi dulce Isbella,
cuando unos triste acentos
contrastan mi buena estrella,
mensajeros de los vientos
haciendo de su querella;
salí con plantas no graves,
pues en ser veloz las aves
excedí; un hombre topé;
que era Julio sospeché;
lo demás ya tú lo sabes.
LEON. ¿Que ya no eres pretendiente?
¿Que ya el amor te ha rendido
tu Isbella?
CINTIO. Sí, amigo.
LEON. Miente; (*Aparte.*)
que otra que Laura no ha sido,
pues lo concertó.
CINTIO. Mi frente
coronó el amor benino.
LEON. La mía sé que corona (*Ap.*)
con la guirnalda que abona
de Colcos el bellocino;
es gallarda en la persona.
¿Gozarás mucho ese empleo?
CINTIO. No, por cierto, que no salgo
satisfecho en el deseo.
LEON. ¿Viste algo malo?
CINTIO. Vi algo,
que porque ya no lo veo
me tengo por muy dichoso.
LEON. ¡Ah, traidor, falso, alevoso!
¿Otro embeleco me ofreces,

diciendo que la aborreces?—
(*Aparte.*)
¿Que aquel bello rostro hermoso
no te dejó satisfecho? [*Alto.*]

CINTIO. Un fuerte y bello escuadrón
tan apiñado y estrecho
que aunque muchos pechos son,
en el valor son un pecho,
antes que el hado fatal
pruebe, ¿no parece bien?

LEON. Muy bien.

CINTIO. Mas si sale tal
que el morir fué el mayor bien,
¿no parece mal?

LEON. Muy mal.

CINTIO. Un prado cuya jactancia,
nacida de varias flores,
vence la vana arrogancia
del alba con sus colores,
del ámbar con su fragancia.
por ser beldad natural,
¿no parece bien?

LEON. Muy bien.

CINTIO. Pero si un rico caudal
le anega, y con él su bien,
¿no parece mal?

LEON. Muy mal.

CINTIO. Una flota que bizarra,
con flámulas, banderolas,
deja por hollar las olas
a Sanlúcar y a su barra,
en las costas españolas,
antes del hado parcial,
¿no parece bien?

LEON. Muy bien.

CINTIO. Mas si al ignoto arenal
llega vivo quien y quien,
¿no parece mal?

LEON. Muy mal.

CINTIO. Pues yo soy de condición
que si la divina Helena
rasgara mi corazón,
y en discuento de mi pena
me entregara su afición,
después de habella gozado
la tuviera tan remota,
causándome tanto enfado
como en su infelice estado
el escuadrón, prado y flota.

LEON. Harto costosa experiencia
en tu rostro vino a hacer
de tu Isbella la inocencia.

CINTIO. Para mí no hay hoy mujer
más fea.

LEON. ¿Hay tal insolencia?
(*Aparte.*)
Este en cuanto ha dicho aquí
miente; que a Laura ha gozado,
a quien por mi mal perdí,
pues ella sola había dado
la señal y hora que oí.
Yo he de hacer que con Isbella
se case este falso amigo,
diciendo al hermano della
que soy de vista testigo
que ha estado a solas con ella;
que si a Laura llega a ver
que otra es de Cintio mujer,
viendo que no puede sello,
volverá a enlazar mi cuello.
Hoy Julio lo ha de saber.

CINTIO. ¿Qué pensamiento cruel,
Leonardo, te ha transportado?

LEON. El pensar me da cuidado
si anoche dentro el vergel
nos conoció Julio.

CINTIO. Has dado
en bien donosa quimera.

(*Sale* BRAVONEL *solo.*)

BRAV. En aquel nido de antaño
no hay pajaritos hogaño.

LEON. ¿Es alguna borrachera?

BRAV. No lo fuera por mi daño.

LEON. ¿Qué dices?

BRAV. Que ya volaron.

LEON. ¿Quién voló?

BRAV. Las aves bellas,
las rutilantes estrellas
de los cielos que adoraron
los dos con vivas centellas.

CINTIO. ¿Qué es eso?
LEON. Este impertinente,
que vuelve de aquella gente
y háblame por circunloquios.
BRAV. Que no entiende mis coloquios,
y dice que es tan prudente;
la viuda y las mozas dos,
y el viejo de mi mohína
se fueron a la matina;
¿quieres más? Que, voto a Dios,
que es más duro que una encina.
LEON. Vamos, Cintio, a Salamanca.
CINTIO. Vamos, Leonardo, en buen hora.
LEON. Pues tu suerte mi alma llora,
yo haré que, si ha sido franca,
sea miserable agora.

(*Vanse.*)

(*Salen* JULIO *y* LAURA.)

JULIO. De persuasiones acorta,
Laura hermosa, amiga fiel,
pues sé por mi suerte corta
que con Lisardo me importa
casar mi hermana cruel.
LAURA. Si lo sabes, sus dos cuellos
en dichosa coyuntura
enlazar, Julio, procura,
y asirás por los cabellos
la ocasión y la ventura.
JULIO. Seguir pienso tu consejo;
hoy saldré de confusión.
LAURA. Pues ya resuelto te dejo,
mira en esa obligación
la tuya como en espejo.
La escritura que presento
yo soy, y lo que me debes
tu persona en casamiento;
y aunque son cláusulas breves,
más lo fué tu atrevimiento.
JULIO. No puedo, Laura, negar
la deuda que has referido,
mas no te puedo pagar
por agora, que salido,
¡dulce prenda!, me hace estar
un voto de religión.
LAURA. Pues ¿no puede comutallo
un fraile en la confesión?
JULIO. No, que sólo el dispensallo
toca al Papa.
LAURA. En conclusión,
un voto me has presentado
por excusa, y ese voto
es que tu gusto ha quedado,
después que filos se ha dado
en mí, no agudo, mas voto.
Doncellas, las que trocáis
en blanduras los aceros,
mirad si os abalanzáis,
que en dar vuestras prendas, dais
ocasión para no veros.
JULIO. Dejóme muy desabrido;
(*Aparte.*)
en lo dicho me resuelvo.
LAURA. Con este enojo he querido
(*Aparte.*)
mostrar que siento su olvido,
pues por mi partido vuelvo;
y no porque el casamiento
desee mi cauto intento,
que a Leonardo el alma adora.

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. De llegar acaba agora
Leonardo.
JULIO. Que entre al momento.

(*Vase el* PAJE.)

LAURA. Este enemigo adorado [*Ap.*]
por mi triste alma burlada,
¿a qué viene si ha quedado
de aquesta noche pasada
satisfecho y agradado?
A ver a Isbella traidora
viene.

(*Sale* LEONARDO.)

LEON. ¡O[h], mi Julio! En secreto
quiero hablaros.
JULIO. En buen hora.
LAURA. Pues aquí no soy de efeto,
yo me voy.
LEON. ¡O[h], mi señora!

Beso tus pies.

LAURA. Yo tus manos,
y a tus pies grillos aplico;
detrás deste tapiz rico
pienso escuchalles.

(*Quédase detrás de la cortina.*)

LEON. Cuán sanos
son mis intentos, suplico
que adviertas.

JULIO. Por cierto tengo
que me haces merced.

LEON. Yo vengo
a decir que en tu jardín
vide, entrando a cierto fin
que a decille me prevengo,
que es a ver a Laura bella,
con quien días ha que trato
el remedio a mi querella.

JULIO. ¿Que la sirves?

LEON. Su recato
mis servicios atropella;
porque, hablando en puridad,
como a tus ojos me quiere.

JULIO. Hay más donosa verdad?
(*Aparte.*)
Hoy por ella se difiere
de la Suma Santidad
la dispensación un año.

LAURA. Escuchar de aquí no puedo,
y los pies, por mayor daño,
me ata un torpe helado miedo;
con todo, me acerco.

(*Vase llegando* LAURA *hacia ellos por poder oírlos mejor.*)

JULIO. Extraño
caso. ¿Que su fe ofrecida
te tiene?

LEON. Sí, amigo.

JULIO. Esténse
durmiendo.

LAURA. ¡Ay de mí, afligida!

JULIO. Esto hará que no dispense
[*Aparte.*]
el Papa en toda la vida.
¿No es malo para mujer
estar de otro enamorada?
¿Su fe te dió? [*Alto.*]

LEON. Está casada
conmigo.

LAURA. ¡Esto vengo a ver!
¿Hay maldad tan bien trazada?
Que está casada con él
viene a decir a su hermano;
hoy con Isbella cruel
se casa aqueste tirano.

LEON. En fin, por serte fiel
al hospedaje y amor,
que entró en tu casa te digo,
y que fuí della testigo.

JULIO. ¿Que Cintio me fué traidor?

(*A esta exclamación,* LAURA, *que se acercaba, se retira.*)

LEON. Y de tu honor enemigo.

JULIO. ¡Otro galán tiene Isbella!
¿Qué es esto? ¿Es encantamen-

LEON. Deste agravio la querella [to?
satisfará el casamiento.

(*Vuelve* LAURA *a acercarse otra vez* [*h*]*acia ellos.*)

LAURA. ¡Qué de cosas atropella!
El casamiento le alega
que no le está mal, y él es
tan pobre, que sólo llega
a tener por interés
el oro de mi fe ciega.

JULIO. ¿Vióse tan gran confusión?
(*Aparte.*)
¡Qué bien con lo que yo he visto
viene aquesta relación!
Esta es, sin duda, traición,
y éste con Cintio malquisto
está, pues así le agravia,
y tan a mi costa quiere
levantalle aquesta rabia;
hoy mi pecho se prefiere
a hacer una elección sabia.
Con Cintio, aunque hubiese he-
[cho

cuanto éste aquí me ha contado,
por ser tan emparentado,
que no me está bien sospecho
pretendelle por cuñado.
Con Lisardo, que me ha sido
falso amigo fementido,
y aunque noble y caballero,
es en suma forastero,
quiero esforzar mi partido.

LEON. ¡La obra que ha hecho el esque al pobre Julio le di! [trago [*Aparte.*]

JULIO. Quédate, Leonardo, aquí,
que yo voy a hacer estrago
de mi enemigo y de mí.
Hoy mi honra he de cobrar,
y hasta el cielo dar con ella,
y a Isbella el falso ha de dar
la mano y alma, o sin ella
y sin mano ha de quedar.

(*Vase.*)

LEON. Mi bien incierto ya está
más que cierto, pues se va
hecho un áspid.

LAURA. Mucho siento

(*Llégase a él.*)

que Julio tu casamiento
le tome tan mal, pues da
muestras de grande disgusto;
y así, yo, por lo que debo
procurar caso tan justo,
venía con pecho nuevo
a terciar, por darte gusto,
y a pedille que a su Isbella
te la ofrezca en casamiento.

LEON. Ya he penetrado tu intento,
Laura ingrata más que bella,
con ser de beldad portento.
De quejas te has prevenido,
por excusar las que tengo
de ese tu pecho atrevido,
levantándome que vengo
a ofrecerme por marido [siera
de Isbella; ¡ay! que no quique esta ocasión se ofreciera,
por no decirte es la cara
lo que la noche aunque avara
de luz, por la vidriera
de su blanca luna vió;
y bien el cielo piadoso
de sombras su rostro hermoso
en aquel punto cubrió.

LAURA. Falso, traidor, alevoso,
¿qué me levantas, que rabio,
si tú con la infame Isbella
mi hiciste esa noche agravio?

LEON. ¿[H]ay más fingida querella?
Cierra, traidora, ese labio;
y si no quiere callar
tu vil boca, que condeno,
con esta daga he de dar
por muchas bocas lugar
a que salga tu veneno.

(*Sale* ISBELLA *sola.*)

ISBELL. ¿Qué gritos, qué voces son?
Mi Laura, Leonardo, pues
¿quién ha puesto a vuestros pies
la paciencia y la razón?

LEON. Calla.

LAURA. Ya callo.

LEON. Después
más largo hablaremos.

LAURA. ¿Más
que lo que, aleve, has hablado,
pues sin causa me has culpado?

ISBELL. ¿Es posible que tú estás
con Laura bella enojado?

LEON. Es terrible.

LAURA. El es ingrato.

LEON. Es insufrible.

LAURA. El esquivo.

LEON. Es de crueldad un retrato.

LAURA. En él Nerón está vivo.

LEON. No tiene amor.

LAURA. Ni él recato.

ISBELL. Quédese aquí por mi amor;
cesen tantos desvaríos,
que ofenden vuestro valor,
y más que en ese rigor

vuestro amor cobra más bríos.

(*Salen* CINTIO *y* BRAVONEL.)

CINTIO. En busca tuya ha dos horas
que voy, y me han dado aviso
que estabas aquí, señora,
en quien Dios mostrarnos quiso
de su mano las mejoras.
Con justa razón me llamo
dichoso en haber venido.

(*Sale* PORCIA *y luego* MIRABEL.)

PORCIA. ¡Cómo ha acudido al reclamo
este ingrato, a quien desamo
lo que un tiempo le he querido!
¿Venis a pedir enmienda,
señores, del tratamiento
que se os hizo allá en mi ha-[cienda?

CINTIO. A dar el alma en ofrenda,
es más justo pensamiento.

(*Salen* JULIO *y* LISARDO.)

LISAR. Digo, Julio, que te engañas.
JULIO. No engaño, Lisardo.
LISAR. ¿No?
JULIO. Mira que lo he visto yo,
y aun otro, que tus marañas
desde lejos penetró.
LISAR. Pues, como tu hermana diga
que le debo casamiento,
cumpliré tu mandamiento. (1)
¡Que esta fuerza me persiga!
(*Aparte.*)
PORCIA. ¿Qué es esto, Julio?
JULIO. ¡O[h], señora!
A Isbella con tu licencia
quiero casar.
PORCIA. En buen hora.

(*Volviéndose a* CINTIO *y* LEONARDO, *diga lo siguiente.*)

JULIO. Y por ser en tal presencia,
mi partido se mejora.

(1) Redondilla entre quintillas.

CINTIO. De tu bien, como de hermano,
nos cabrá gozo cumplido.
JULIO. Dale, Isbella, de marido
luego a Lisardo la mano.
ISBELL. ¡Ay de mí! ¿qué es lo que he [oído?
Yo fuera la venturosa,
a no ser mi suerte escasa.
LEON. Con Lisardo a Isbella casa;
¿estás aún, Laura, celosa?
LAURA. El corazón se me abrasa.
Quizá la casa con él
porque tú se la pedías.
LEON. ¿Que aún me cansas y porfías?
JULIO. ¿No la das?
ISBELL. Muy de tropel,
Julio, tus designios guías.
JULIO. La presteza no te asombre,
que importa la diligencia.
ISBELL. Pues dame, hermano, licencia,
que en la nobleza de un hombre
haga luego una experiencia.

(*Le dice, como en secreto.*)

Dime, Cintio, ¿qué he de ha-[cer?
Dame la mano, o licencia
para ser de otro mujer.
CINTIO. Si es tan supremo el poder (*Ap.*)
de una cristiana conciencia,
y no es el poder menor
de mi sangre y mi valor,
¿cómo he de poder llevar
que a otro obliguen a pagar,
debiendo yo aqueste honor?—
Quien tiene de Isbella hermosa
prendas secretas, yo soy,
y así, de esposo y de esposa
mano tomo y mano doy.
JULIO. ¿Hay suerte más venturosa?
LISAR. ¿Sueño, o pasa esto por mí?
CINTIO. Quien en tu jardín entró
aquella noche, fuí yo.
ISBELL. ¡Que al que más aborrecí
la fortuna me entregó!
JULIO. Bien Leonardo me decía, (*Ap.*)
no fué falsa su querella.
LISAR. ¡Buena mujer me cabía!

Quien de mujeres se fía
dele Dios otra cual ella.

PORCIA. Da, Isbella, a Cintio la mano,
ya que así lo quiere el cielo.—
Cuán cierto fué mi recelo! (*Ap.*)
¡A[h], ingrato Cintio tirano!

CINTIO. ¿Qué gusto espera y consuelo
quien se casa sin amor?

JULIO. Ya que en mostrarnos trabaja
(*Aparte.*)
Cintio su mucho valor,
no me ha de llevar ventaja
en acudir a mi honor.—
Al mundo, a Dios en pagar
[*Alto.*]
lo que debo a Laura hermosa,
hoy mi pecho he de sacar
de una obligación forzosa.

PORCIA. ¿Quiéreste también casar?

JULIO. Sí quiero.

PORCIA. ¿Con quién?

JULIO. Con Laura.

PORCIA. Y ¿sabes tú que querrá?

JULIO. Mi ruego lo alcanzará, (*Ap.*)
viendo que con él restaura
lo que más perdido está.

LISAR. ¿Vióse caso semejante?

LEON. Grandes cosas se me encubren.

CINTIO. Deste mesón de Atalante
los encantos se descubren.

PORCIA. Pase tu prueba adelante.

JULIO. Tu esposo soy, Laura hermo-
pues me lo debes y debo. [sa,

LAURA. ¿No fuera cosa graciosa [*Ap.*]
respondelle a este mancebo
que no quiero ser su esposa?
Mas miremos al honor,
dejando gustos aparte,
tan ciegos como el amor.—
Con el alma he de pagarte
tan soberano favor. [*Alto.*]
Tu esclava soy.

JULIO. Ese nombre
pienso tomar por blasón.—
(*Aparte.*)
¡Hay mas grande confusión,
que ha de dar la mano un hom-
a quien no da el corazón! [bre

LAURA. Perdona, Leonardo mío,
que a esto me obliga mi honor.

LEON. Más quejoso del amor (*Ap.*)
que de mi suerte, me río
deste dulce disfavor.
Buen empleo el de esta dama,
pasante por bachillera,
aunque el primero no fuera
que en la mesa de la cama
salva en la comida espera.

MIRAB. ¿Quién vió bodas más si[n] [son?
Pero ¿quién de estas parejas
dirá: "Para en uno son"?
Tú, Bravonel, ¿no trastejas
en tan alegre ocasión
tus galas?

BRAV. No he de tocallas,
pues está el peligro llano,
que si quiero repasallas,
el repasar es pasallas
desde el cuerpo hasta la mano.

(*Toma un andrajo de su vestido y quédase con él.*)

LEON. Lisardo ¿no nos casamos?
Mira también si en conciencia
me debes algo.

LISAR. En presencia
destos señores, quedamos
a la luna de Valencia.

LEON. Aunque, si lo consideras,
nuestra historia es extremada.

CINTIO. Pues ya da fin a sus veras
La Burladora burlada (1).

(*Entranse todos, cada uno por su puerta, dándose con esto fin a la famosa comedia de* LA BURLADORA BURLADA.)

---

(1) Redondilla después de quintillas.

LA FAMOSA COMEDIA

DE

LA FE PAGADA

COMPUESTA POR

RICARDO DE TURIA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

LEONARDO, *príncipe de Amalfi.*
LUDOVICO, *capitán.*
CONRADO, *marido de* CLAUDIA.
CLAUDIA, *mujer de* CONRADO.
TEODORA, *hija.*
SERGIO, *criado de* CONRADO.
OTAVIO, *criado de* CLAUDIA.
LIBIO, *criado del* PRÍNCIPE.
ARNESTO, *maese de Campo.*
MUMÉN, *moro corsario.*
CELIMO, SULTÁN, OZMÍN, *moros.*
YAYA, *moro viejo.*
CARIODENO, *rey de Biserta.*
AZEN, *moro viejo.*
ROSANA, *mora.*
Un PAJE, *y*
Algunos SOLDADOS.
[ABRAHÍM.]
[MOROS.]

LOA GLOSANDO ESTE PIE, QUE TODO TRABAJO CUESTA

Sobre la tela del alba
las pardas nubes ligeras
matizan de grana fina
y de cárdenas violetas
mil paños do el rubio Apolo
peine sus doradas hebras,
y ellas su color realcen
con la vertida riqueza,
cuando el labrador humilde
del torpe sueño recuerda,
sacudiendo a una de sí
el descanso y la pereza,
y los domésticos bueyes
debajo el yugo sujeta,
hendiendo con paso tardo
los terrones con la reja,
y por los derechos surcos
el menudo grano siembra,
y con lágrimas devotas
tal vez el barbecho riega;
las sazonadas espigas
el ardiente julio muestra,

y ellas a un tirano trillo
rinden las rubias cabezas.
En fin, mientras Febo hermoso
el Zodïaco rodea,
jamás reposa o descansa:
que todo trabajo cuesta.

El gallardo Macedón,
inimitable en proezas,
asombro de todo el orbe,
y raro blasón de Grecia,
cuando [h]abía de ofrecer
a su inmatura edad tierna
el regalo que pedía
de sus años la terneza,
cargó sobre sí el cuidado
de la conquista soberbia
del ancho globo del mundo,
como blanco de su impresa;
y así, por feliz principio,
como la rebelde Thebas,
tomó a cargo la venganza
de las Argólicas quejas.
Triunfó del fuerte Darío,
soberbio rey de los persas;
pasó los Cáucasos cerros
con pena y fatiga inmensa;
arribó hasta el río Hipasis,
dentro de la India yerma,
alejado de su patria
mil y cuatrocientas leguas,
y en discurso de doce años
jamás pudo tener freguas
con la paz o el ocio infame,
que todo trabajo cuesta.

Desde el excelso Pirene
a los Alpes, Julio César
en bien limitado tiempo
sojuzgó con arte y fuerza,
y en medio el rigor esquivo
de escarchas, granizos, nieblas,
forma campo, fosos cava,
y en campaña se atrinchea;
y asombrando el mundo todo,
nuevas máquinas intenta,
sin dejar astuto ardid,
o engañosa estratagema.
Ni en los enriscados montes,
ni en las pantanosas vegas
tienen estancia segura
los castillos y las fuerzas.
Ya con el veloz trabuco
amenaza las almenas;
ya con el agudo ariete
las fuertes cercas barrena.
A la misma inquïetud
deja humillada y sujeta,
reduciendo al duro yugo
flamencos, galos y belgas,
y en vez de tomar descanso
en la sorda noche ciega,
sus hazañas escribía,
que todo trabajo cuesta.

El famoso Ginovés,
cuya temeraria impresa
eternizó su renombre,
desde el Tanais a Pisuerga,
fué a pedir favor al Rey
de la nación Portuguesa,
al de Cidonia, al de Celi,
al de Francia e Ingalaterra;
y de todos rebatida
quedó su sin par querella,
sacando de sus trabajos
en premio sordas orejas;
hasta que a los dos Monarcas,
Marte fiero y Palas bella,
que acababan de fijar
en Granada sus banderas
llegó, y consiguió su fin,
y con oro, gente y velas,
al nunca domado mar
sus esperanzas entrega,
y agobiando con las quillas
de las olas la soberbia,
al nuevo mundo las proas
de sus naves endereza,
y antes de lograr su intento,
de la horrible muerte fiera
se vió asaltado mil veces,

que todo trabajo cuesta.

Al que sus sienes Apolo
con verde laurel rodea,
cuya gloria dulcemente
las nueve hermanas celebran,
mil veces a pedir vamos
con humilde, alegre muestra,
engrandeciendo sus coplas
y alabando sus sentencias
nos quiera favorecer
con alguna gran comedia,
para que su nombre y fama
nuevamente se engrandezca.
El se retira y procura
con artificio y destreza,
ofrecer al común gusto
la más extraña novela,
ya que con nuestro dinero
nos la libra y nos la entrega,
y el autor en repartir
los papeles se desvela.
Ya se ensaya, ya se dice:
"Famosa comedia es ésta."
Llega el día, o nuestro agosto;
cógese poco, y con pena.
Quien paga, y quien por honrado
a lo de Sevilla se entra,
al fin con afán vivimos,
que todo trabajo cuesta.

Así que, pues feudatarios
del trabajo y diligencia
son cuantos con clara luz
alumbra el mayor planeta,
no sólo el que del novillo
domestica la melena;
ni el que pareció en el mundo
rayo de la ardiente esfera;
ni el que el Imperio fundó
y el gran renombre de César;
ni el que por un mundo incierto,
de otro cierto se destierra,
pero el que contento vive
en paz segura y quieta,
a quien hijos y mujer
tiernamente le rodean,
y el que goza de sus padres
opulentísimas rentas,
que siempre las más sabrosas
son aquellas que se heredan.
Atento que en todo estado
se gusta la fruta aceda
del mundo, labrador falso,
cierta, aunque mala cosecha,
no os parecerá difícil
que el pedir silencio emprenda,
pues estos ejemplos dicen
que todo trabajo cuesta.

FIN DE LA LOA.

JORNADA PRIMERA

(*Salen el príncipe de Amalfi* LEONARDO *y el capitán* LUDOVICO, *de camino, y tres o cuatro* SOLDADOS *con ellos* [*y* LIBIO.]

LEON. Basta que en todo procuras
ser glorioso vencedor.

LUDOV. Delante las luces puras
del sol de tu gran valor
son mis hazañas obscuras.

LEON. Basta que [h]ayas al francés
de su flor de lis quitado
la flor que frutos ha dado,
y solo la lis, que es
pleito y guerra, le has dejado;
basta el ver que los que vences,
aunque forzados, te alaban,
por más que los avergüences,
y el ver que ufano comiences
por donde muchos acaban;
no quieras hacer conmigo,
en vez de armas, con razones
lo que haces con tu enemigo.

LUDOV. Bueno, Príncipe, me pones,
debajo el nombre de amigo;
yo hablo como es razón,
pues las palabras que son
en ti propio cumplimiento,
son, si las miras atento,
en mí propia obligación:

que yo que tu valor sé
eternamente te alabe
sabe bien el que bien sabe
que es, por mucho que te dé,
mucho más lo que en ti cabe.

[S.] 1.º Extraordinaria afición
muestra el príncipe Leonardo
a este mozo.

[S.] 2.º Y con razón,
que es el hombre más gallardo
que ha visto nuestra nación.

[S.] 3.º Luego ¿no es francés?

[S.] 2.º No, hermano.

[S.] 3.º Siempre por tal le he tenido.

[S.] 2.º No es sino napoletano,
aunque en Francia ha residido
hasta agora.

LEON. Pues de mano
también me has ganado en es-
vuelvo a darte la ventaja. [to,

LUDOV. No en vano tu amor trabaja
de echar en mi abono el resto,
cuando más quien soy le ataja.

LEON. ¿Cómo así?

LUDOV. ¿No es caso llano
que se ve más la grandeza
de tu poderosa mano
en levantar la bajeza
de hombre tan humilde y llano?

LEON. Sin duda el piadoso cielo
de las desdichas en medio,
que me causan tal desvelo,
ya que no quiere el remedio,
en ti me envía el consuelo;
pues con ser tales y tantas,
Sirena en todo pareces,
que mis desdichas espantas,
mis sentidos adormeces
y mis potencias encantas.
La voluntad lisonjera
constituye en ti su asiento,
la memoria no es parlera,
y el alado entendimiento
se repara en la carrera.
En fin, tú solo has podido
con tu proceder discreto,
como David escogido,
hacer en mí el mismo efeto
que en Saúl enfurecido.

LUDOV. Muy desdichado te pintas
cuando estás cerca, señor,
por medio de tu valor,
de ver estas yerbas tintas
en sangre de aquel traidor;
cuando el noble rey Evandro
que en paz a Nápoles rige,
así el socorrerte elige,
que la fama de Alejandro
con olvido eterno aflige;
cuando tus galeras fuertes
colmas de gentes osadas,
en cuyas fieras espadas
libra la muerte más muertes
que ellas darán cuchilladas;
cuando ya en tu tierra estás
libre del mar inconstante,
que dejas vencido atrás
al corazón palpitante,
¿alas en tu mengua das?
¿Qué desdicha, señor, ves,
o de cuál soy yo testigo
para que tan triste estés?
¿Es que a tu fiero enemigo
favorece el calabrés?

LEON. No nace, te certifico,
desta guerra, ¡o[h], Ludovico!,
la desdicha en que me hallo,
que la causa della callo,
aunque el efeto publico.

[S.] 1.º Esta es Amalfi.

[S.] 2.º El camino
con tu cuento bien trazado
no mal [h]abemos pasado.

[S.] 3.º Es el cuento peregrino.

LEON. Adelántese un soldado
y prevéngame al momento
un coche, porque no gusto
de ningún recebimiento,
y esa lisonja, ese gusto
dejen para el vencimiento. [go

LUDOV. ¡A[h], Libio! Dale ese plie-

(*Dale un pliego de cartas, y vase* LIBIO.)

a Claudia, que me ha encargado
mi tío Conrado.
LEON. ¿Luego
sobrino eres de Conrado?
LUDOV. Sí, señor.
LEON. ¿Qué es lo que llego
a saber?
LUDOV. ¿Deso te espantas?
LEON. Luego sabrás el porqué,
¡o[h], Ludovico!, a tus plantas
querría arrojarme en fe...
LUDOV. No será en fe de ser santas.
LEON. ¿Que eres deudo, que eres pri-
LUDOV. ¡Cosa que éste sea galán [mo?
de mi prima!
LEON. En más te estimo,
¡o[h], famoso capitán!,
agora.
LUDOV. En vano me animo,
si ama el Príncipe a Teodora,
cuya divina hermosura [*Ap.*]
el alma en una pintura,
que traigo conmigo, adora.
LEON. ¿Qué me dices?
LUDOV. Que procura
mi confuso pensamiento
dese tu nuevo contento
saber la causa.
LEON. Sabrás,
caro amigo, en quien d[e] [h]oy
cobrará fuerzas mi intento, [más
que de las penas presentes,
de mis pasados quebrantos,
de mis suspiros ardientes,
del hacer mis ojos fuentes
la fuerza de injustos llantos,
desde que sale el Aurora
delante el Sol inmortal,
hasta que el ocaso dora,
es la causa principal
la bellísima Teodora;
y así que...
LUDOV. La consecuencia
deja que la haga, señor,
quien por tan grande favor
quiere darte... una paciencia,
[*Aparte.*]
que otra no se vió mayor.
LEON. Que harás mis partes.
LUDOV. Sin duda;
(*Aparte.*)
pues una figura muda
quise por mi mal querer,
mudo por fuerza he de ser.
LEON. Ya en ti el cielo es mi ayuda.
LUDOV. En mí un buen terceto tienes.
(*Aparte.*)
Dime, señor, ¿que es tan bella
mi prima? [*Alto.*]
LEON. Todos sus bienes
ha cifrado el cielo en ella.
LUDOV. Y el infierno sus desdenes,
según della estás quejoso.
LEON. Della no, mas de los daños
que en discurso de tres años,
que sigo este fin dudoso,
me causan sus desengaños.
LUDOV. ¿Si entregué a un retrato yo
una parte celestial, [*Ap.*]
que sólo el cielo me dió?
Porque al fin su original
celestial me pareció.
¡Qué mucho que éste al de-
entregue lo que entregué, [chado
si, cual bien aventurado,
lo que yo miro por fe
cara a cara ha contemplado!
LEON. ¿En qué piensas?
LUDOV. En el fin
deste tu constante amor.
LEON. Ya no le espero ruín,
siendo tú mi intercesor.
LUDOV. Luego lo verás. En fin, (*Ap.*)
¿que es tan cruel con ser be-
[lla? [*Alto.*]
LEON. Para mí es ángel y mostro,
un yelo y una centella,
pues aunque a sus pies me pos-
estoy blasfemando della. [tro
LUDOV. Gallardos nombres le has dado.
LEON. Escúchame una perfecta

pinura deste dechado,
que algo tengo de poeta.
LUDOV. Basta ser enamorado.

LEONARDO.

Más rubios que el metal rubio y precio-
más alba que una cándida paloma, [so,
más bello que los rayos del que asoma
por los balcones del Oriente hermoso,
más coloradas que el coral lutroso,
más rojos que el carmín des[h]echo en
más oloroso que la rica aroma [goma.
que en su ribera ofrece el mar furioso,
son sus cabellos, es su frente altiva,
su aliento, sus mejillas, ojos, labios;
mas es hircana tigre rigurosa,
cruel áspid pisado, esfinge esquiva,
y una fiera cebada en mis agravios:
mira si es más cruel o más hermosa.
LUDOV. Lo que más mal me parece, (*Aparte.*)
más bien me parece a mí.
LEON. ¿Qué le dices?
LUDOV. Que no oí
cosa tal;—si te aborrece,
como ha publicado aquí, (*Ap.*)
aunque la inmortalidad, [*Alto*]
opinión desta dama,
consiste en su gran beldad,
a no tener crueldad
en mí no tuviera fama;
que cruel contigo sea,
tenlo, Príncipe, a ventura,
pues mejorarse desea;
que está pobre la hermosura
desnuda desta librea.
Que procure mejorarse
esfuerza, aunque es extraña,
que indigna de ti ha de hallarse;
pues con sola su belleza
contigo no ha de igualarse;
y así a su rara beldad,
no con poca discreción,
añade esta calidad;
porque en la dificultad
consiste la estimación.
¿Luego no ha de parecerte
tu Teodora esquiva o dura,
aunque huya agora de verte,
si por poder merecerte
engrandecerse procura?
LEON. No estoy bien con tu razón,
pues por darme a mí esperanza,
le quitas la posesión
de más valor y alabanza
que [h]ay en humano blasón.
LUDOV. ¡Qué bien en el chiste has da-[do!,
pues si yo con falso celo (*Ap.*)
serte cruel he alabado,
es porque en esto ha cifrado
toda mi ventura el cielo.

(*Salen* LIBIO *y* OTAVIO, *criado de* CLAUDIA, *hablando con* OTAVIO *y señalando a* LUDOVICO.)

LIBIO. Ya está aquí el coche, aquel es.
LEON. Ven, norte de mi esperanza.
OTAV. Mucho con Leonardo alcanza.
LIBIO. Del modo que aquí los ves
siempre han venido.
OTAV. Privanza
notable.
LEON. Otavio.
OTAV. Señor.
LEON. No a poca dicha he tenido
que tú el primero [h]ayas sido
que he visto.
OTAV. Tan gran favor
¿quién jamás le ha merecido?
LEON. ¿Qué se ofrece?
OTAV. A Ludovico
quiero dar, con tu licencia,
un recado.
LEON. ¿En mi presencia?
LUDOV. ¿Por qué no?
LEON. El oído aplico
a mi dudosa sentencia. (*Ap.*)
OTAV. Madama Claudia ha sabido,
por lo que escribe Conrado
en el pliego que has traído,
que en el socorro esperado

de Nápoles has venido;
y así a visitarte envía
por mí, y a significar
su incomparable alegría.

LUDOV. Será que en parte pagar
quiere la voluntad mía.

LEON. Pues suele muy mal pagalla.

LUDOV. Porque yo a otro fin no vengo
que a servilla y agradalla,
y a ofrecer por amparalla
esta vida que sostengo.

OTAV. Tan grande merced no ignora
ni ella, ni su hija Teodora;
pues del sol de la presencia
de su esposo, en esta ausencia
saben que eres tú el Aurora,
que mi señor la avisó
que en Nápoles te encargó
la custodia de su casa,
que ya te espera, aunque escasa
de valor.

LEON. ¡No fuera yo (*Ap.*)
a quien tal recado viene!
Mucho Claudia me ha enojado,
pues así me ha salteado
mi huésped.

OTAV. Culpa no tiene
la que hasta [h]oy ha ignorado
que a tu palacio venía.

LUDOV. Con todo, si te disgustas
con mi prima y con mi tía,
el saber que tú no gustas
de disculpa serviría.

LEON. El ignorar te engañó
la causa de mis querellas,
si la razón te alumbró,
pues basta que guste yo,
para que no gusten ellas.
¡O[h], amigo, no quiero ha-
tal agravio en estorbarte [certe
la más soberana suerte
que tú podrás prometerte
y que yo podré envidiarte.
Ve a su casa, que no apelo
de tu elección, pues no yerra;
que en la mía yo recelo
que [h]ay riquezas de la tierra,
mas no que [h]ay glorias del cie-

LUDOV. Pues con tu licencia digo [lo.

(*Sonriéndose.*)

que iré a gozar desta gloria.

OTAV. De que el mayor enemigo
(*Aparte.*)
es del alma la memoria,
el Príncipe es buen testigo,
pues ni el bélico cuidado,
ni las ausencias que ha hecho,
ni el combatille su estado,
de su enternecido pecho
los amores han borrado.
Yo me voy.

LEON. Vete avisar
que por mejorar mi historia
le pienso yo acompañar,
y ángel seré que a la gloria
esta alma quiere llevar.

(*Vase* OTAVIO.)

Ven, amigo, y vamos luego
a ver este dulce encanto
y este amortiguado fuego.

LUDOV. ¿Quién remedió ajeno llanto
a costas de su sosiego?

(*Vanse, y salen* CLAUDIA *y* TEODORA, *mujer e hija de* CONRADO.)

CLAUD. Muy mal llevo de la ausencia
de tu padre el rigor fuerte;
ya es su descuido inclemencia:
que quien permite una muerte,
callando da la sentencia.
Cuando en busca de extran-
sale el Príncipe Leonardo, [jeros
por no hallarse con aceros
contra tantos desafueros
que usa el bárbaro Ricardo,
lleno de ambicioso humor,
si no es ya afrentosa tema,
mi marido y tu señor
¿acude con esta flema
a las cosas de su honor?

¿Una mujer y una hija
tan solas y sin abrigo,
a vista del enemigo
se han de dejar?

TEOD. No te aflija.

CLAUD. El cielo me es buen testigo
que tengo por cierto y llano
que antes que llegue el tirano
a la temida ocasión,
le ha de quitar mi pasión
la vitoria de la mano.

TEOD. Mucho el enojo te apura.

CLAUD. El que a perder aventura
una cosa, ¿estima aquélla?

TEOD. No la estima.

CLAUD. ¿Y si perdella
con todas veras procura?

TEOD. La aborrece.

CLAUD. Ya a mi enima
la exposición se le ofrece,
pues mi esposo me parece,
no sólo que no me estima,
mas que también me aborrece.
Esta razón viene a hacer,
hija mía, en tu favor;
si no es que eres tan mujer,
que quieres más bien querer
al que te trata peor.

TEOD. Tienes, mi madre, razón;
mas si en parte tiene enmienda
de padre la sinrazón,
es agora, que encomienda
a un Marte tu protección,
que tal es en fortaleza.

CLAUD. Hija, mis penas insanas
quieren, aunque es extrañeza,
más que un Ulises las canas,
que de un Ayax la braveza.
Viera yo a tu padre aquí,
y tras él la muerte viera.

TEOD. Nunca tal el cielo quiera.

CLAUD. No sé; ya anoche la vi,
y harto abominable y fiera.

TEOD. ¿Pues cómo?

CLAUD. Soñé.

TEOD. ¿Soñaste?
No digas más; sueño es:
pues si todos al revés
se interpretan, vida hallaste
do pensabas muerte.

CLAUD. ¿Pues

(*Entra* OTAVIO, *y habla* CLAUDIA *con él.*)

qué [h]ay de nuevo?

OTAV Dí el recado
al bello recién llegado.

TEOD. ¿Bello le llamas?

OTAV. Bien puedo;
y aun creo que corto quedo,
pues que Dios no le he llamado.

CLAUD. ¿Cómo así?

OTAV. Porque es extremo
de donaire y de beldad.

TEOD. Mucho le alabas.

OTAV. Y temo
pecar sólo en cortedad.

CLAUD. ¿No de extremarte?

OTAV. No extremo.

TEOD. ¿Que es tan bello?

OTAV. Es celestial.

CLAUD. ¿Tiene edad?

OTAV. Poca, señora;
pues aún el rubio metal
de sus labios el coral
ni bien cubre, ni bien dora.

TEOD. Flamenco en lo blanco y ru-
le has hecho. [bio

OTAV. Bien puedo hacer
que el de mejor parecer
un Cíclope del Vesubio
a su lado viene a ser.

CLAUD. ¿Dice, en fin?

OTAV. Que vendrá luego
del Príncipe acompañado.

CLAUD. ¿Que aún eso no está acabado?

OTAV. No, que donde ha [h]abido fue-
[go
cenizas siempre han quedado.

TEOD. ¡Quen una imagen tan bella
[*Aparte.*]
tenga la braveza parte!
Mal de Venus y de Marte

será el hijo, cuando en ella
tuvo afrenta y tuvo parte.

CLAUD. Salte afuera y ten cuidado
de aviarnos. —¡Santo cielo,
(*Aparte.*)
que sobre tanto desvelo,
tanta zozobra y enfado,
venga agora este recelo!

TEOD. No sé qué fuerza apacible
[*Aparte.*]
causa en mi pecho flaqueza,
y siendo el ver tan posible
esta alabada belleza
me desmaya un imposible.
Si es lo que llaman Amor,
si es tal ella, es dulce cosa;
porque es un templado ardor,
es una pena gloriosa,
y es un sabroso dolor.

CLAUD. Teodora, ¿qué te parece
del grande encarecimiento
de Otavio?

TEOD. Quenos ofrece
para un fabuloso cuento
materia.—Aunque más merece,
(*Aparte.*)
si como yo le imagino
le hizo el cielo poderoso.

CLAUD. El le pintó tan hermoso,
que de raro y peregrino
le vino hacer prodigioso.

TEOD. Con todo, en este combate
(*Aparte.*)
bien es que entre con cordura,
y de más defensa trate,
pues lo que la fama bate
rinde después la hermosura.

(*Vuelve* OTAVIO.)

OTAV. Ya el coche a la puerta está.
y el Príncipe y Ludovico.

TEOD. ¿Es bello?

OTAV. Yo certifico
que te lo parecerá.

TEOD. Con mucha tibieza aplico
remedio a mi mal. [*Ap.*]

CLAUD. Advierte
(*Hablando con su hija.*)
que hallen en tus ojos muerte
del Príncipe los deseos.

TEOD. Con tan continos correos,
[*Aparte.*]
¿qué mucho que se despierte
mi alma, en ocio sepultada?

CLAUD. Desta belleza alabada [*Ap.*]
deseo ver la verdad:
no sé si es curiosidad
o afición apasionada.—
Tan grande merced, señor...
[*Alto.*]

(*Salen el príncipe* LEONARDO *y* LUDOVICO.)

LEON. Yo la recibo en serviros,
pero no al tirano amor.

[*Desde aquí hablan todos aparte.*]

LUDOV. ¡Qué celestiales zafiros!
¡Qué rubicundo color!
(*Mirando a* TEODORA.)

TEOD. ¡Qué mancebo tan gallardo!
(*Mirando a* LUDOVICO.)

LEON. ¡Que celestial hermosura!
(*Mirando a* TEODORA.)

CLAUD. ¡Qué mirar severo y tardo!
(*Mirando a* LUDOVICO.)
¡Qué sosiego y compostura!

TEOD. ¡Que disforme que es Leonardo
puesto a tu lado!

LUDOV. ¡Que fea
que es Claudia junto a Teodora!

LEON. ¿Lo que entre todos campea,
mi bellísima señora?

CLAUD. ¿Quién [h]abrá que de mí crea
que sigo tiernas porfías?—
¿No se sienta Vuestra Alteza?
[*Alto.*]
(*Toman todos asientos.*)

LEON Siéntense Vuesеñorías.—

¡Que sea aquesa belleza
[*Aparte.*]
el cuchillo de mis días!

CLAUD. ¿Cómo en Nápoles le ha ido
a Vuestra Alteza?

LEON. Muy bien;
que el rey Evandro es en quien
los cielos han repartido
mucha parte de su bien,
y él conmigo no pequeña;
pues con mil fuertes soldados,
por cuatro meses pagados,
su gran franqueza me enseña.

CLAUD. ¡Cuán libre de los cuidados
desta guerra está mi esposo!

LUDOV. No son pocos los que siente,
mas suele él quedar forzoso.

CLAUD. Sólo os hallé diligente
en librar a un perezoso
de culpa, pues hasta aquí
que érades mudo entendí.

LUDOV. Es que la lengua ha cedido
al más principal sentido
sus drechos, pues lo que vi
a la fama enmudeciera,
para que fuera después,
si puede ser, más parlera.

LEON. No os escaparéis por pies
de su lengua lisonjera.

CLAUD. ¿Cómo?

LEON. A los más cortesanos
causara envidiosas quejas,
aun con términos muy llanos,
que en Ludovico parejas
corren la lengua y las manos.

LUDOV. A lo menos por correrme
creo que la tuya corre.

[*Todo aparte.*]

TEOD. No [h]ay ya quien del pecho
[borre
lo que al fin ha de perderme,
si el cielo no me socorre.

CLAUD. No quita sus bellos ojos
de mi hija, ni ella dellos.

TEOD. No huyas los rizos bellos,
de tus dorados manojos
ocasión.

LEON. De sus cabellos,
con ser rubios, blanco ha hecho
Ludovico. ¿Si me injuria?

LUDOV. ¡Qué regalo!

CLAUD. ¡Qué despecho!

TEOD. ¡Qué gran consuelo!

LEON. ¡Qué furia
me abrasa el robusto pecho!

CLAUD. Peno.

LEON. Rabio.

LUDOV. En gloria estoy.

TEOD. Cielo es éste.

LEON. Estoy muriendo.

TEOD. Al amor mil gracias doy.

CLAUD. Confusa voy.

LUDOV. Ya estoy viendo
que más que dichoso soy.

LEON. ¿Qué es esto, fortuna cruel?
¿Sueño, velo y son antojos?
Pues si mal no entiendo de ojos
Ludovico no me es fiel.

CLAUD. ¿Que de mí quiera despojos
también el tirano amor?

(*Siempre se han estado mirando* LUDOVICO *y* TEODORA.)

LEON. ¡A[h], villano advenedizo,
al primer lance traidor!

(*Levántase furioso.*)

LUDOV. ¿Qué te aflige? [*Alto.*]

LEON. De un hechizo
siento el efeto y rigor.

LUDOV. Hechizo ¿quién te le ha dado?

LEON. No es hechizo.

LUDOV. ¿Pues?

LEON. Un mal.

LUDOV. ¿Y qué mal?

LEON. Mal de costado,
pues por venir tu a mi lado
estoy ya casi mortal. [*Ap.*]

LUDOV. ¿Mal de costado?

LEON. No es bueno,
que no me entiende, y mal de
LUDOV. ¿Son burlas? [ojos.

LEON. No, son antojos,
pues por ellos el veneno
entró al alma.
LUDOV. Tus enojos
remediar bien presto espero.
LEON. No te daré tal lugar.
CLAUD. ¿Qué tiene el Príncipe?

(*Pregunta a* LUDOVICO.)

LUDOV. Muero
cuando llego a imaginar
tan gran traición; pero quiero
encubrir mi enojo.
CLAUD. ¿Tiene
algún mal?
LUDOV. ¿Pues ya nos vamos?
LEON. Eso es lo que me conviene.
CLAUD. ¿Vase ya?
LEON. Sólo esperamos
tu licencia.
CLAUD. ¿Eso os detiene,
tiniéndola de mandarme?
Pues deténgaos escucharme
de mi marido un recado.
LEON. ¿Si la pasión me ha engañado?

(*A solas.*)

que hombre soy; pude engañar-
CLAUD. Mi esposo, por Ludovico [me.
me ha mandado que le hospede,
y así, señor, te suplico
que mi sobrino se quede
con tu licencia.
LEON. Y bien rico,
si con mis ricos despojos
(*Aparte.*)
con quedarse se quedaba;
muy en su lugar estaba,
que yo te sirviera de ojos,
pues tu gusto lo mandaba;
mas por mi bien a ver llego
que estriba en su compañía
todo mi gusto y sosiego;
tenlo por bien, Claudia mía,
pues por mi quietud lo niego.
CLAUD. No me lo niegues, señor.
LEON. Hacer otro no es posible.
LUDOV. ¡Qué bien lo finge el traidor!
(*Aparte.*)
TEOD. Siempre ha sido este hablador
[*Aparte.*]
a mis ojos insufrible.
CLAUD. Mira que me dejarás
con mil quejas.
LEON. No [h]ay por qué
de mí las tengas jamás.
CLAUD. ¿No hay harta ocasión?
LEON. No sé.

(*Dícele* LUDOVICO *al oído.*)

LUDOV. ¡Qué bien disfrazando vas
tus deseos!
LEOON. Eso no han hecho
tus libres ojos agora. (*Ap.*)
CLAUD. Pues que no son de provecho
mis ruegos, hija Teodora,
ruégaselo.
TEOD. En grande estrecho
estoy, pues tu gusto es
que le ruegue yo a este fiero.
CLAUD. Hija, sí.
TEOD. Yo lo haré, pues
lo que a[h]ora le ruego quiero
para ofendelle después.
LUDOV. Gallardamente lo finge (*Ap.*)
Leonardo, pues contrapunta
a cuanto Claudia le apunta.
TEOD. Para ti he de ser esfinge, (*Ap.*)
que la muerte en la pregunta
te he de dar. Pues mal salió
mi madre, como testigo [*Alto.*]
soy de lo que te rogó,
quiero ver si puedo yo
más que mi madre contigo.
¿En qué Tu Alteza repara?
¿Tampoco soy de provecho?
LEON. Si penetraras mi pecho, (*Ap.*)
ninguno me lo rogara
menos que tú, aquesto es hecho.
Mirad si hizo poco efeto
el mirar deste traidor.
TEOD. Por mí lo has de hacer, señor,

LEON. Pasar importa en secreto (*Ap.*)
desta mi rabia el dolor,
y el disimular importa
hasta averiguallo más.

(*Otra vez al oído.*)

LUDOV. Ya de ficciones acorta,
que muy bien fingido has.
LEON. ¿Qué oculto poder reporta (*Ap.*)
mi furia con tal pasión?—
En fin, por no parecer
villano, como es razón, [*Alto.*]
aunque aventure a perder
la vida en esta ocasión,
digo que se quede aquí.
TEOD. Luego ¿está a la suya asida?
LEON. Por lo que en su pecho vi
de amor, perderé la vida,
si se apartare de mí.
TEOD. Si es así, los pies te beso
por merced tan singular.
LEON. Que te confiesas confieso, [*Ap.*]
pues sólo aqueste suceso
te pudo, ingrata, alegrar.
CLAUD. También las gracias te doy,
aunque por mí no lo has hecho.
LUDOV. No temas, pues aquí estoy

(*Al oído.*)

vigilante en tu provecho.
LEON. De mí triunfar puedes [h]oy

(*Como que pierde la paciencia.*)

a costa de mi paciencia;
mas si es verdad lo que vi
en pena de tu insolencia,
el desengaño y sentencia
juntos vendrán sobre ti.

(*Habla* LUDOVICO *con* LEONARDO.)

LUDOV. La piedra más dura y fría...

(*Entra un* PAJE *y ataja las razones.*)

PAJE. El maestre de campo, Arnesto,
a decirte por mí envía
que ha sabido de una espía
que ya Ricardo está puesto
desta parte de Furor...
LEON. Pues ¿cómo el río ha pasado
sin puente?
PAJE. Porque un pastor
le mostró el incierto vado.
LEON. ¿Y dónde está ese traidor?
PAJE. [H]abrále tragado el suelo.
Y que el Consejo de guerra
te aguarda.
LEON. Y ningún consuelo,
pues si me persigue el cielo
se me conjura la tierra.
Vamos, Ludovico, luego,
que quien sigue a un desdichado
no puede estar con sosiego.

(*A las damas.*)

Que nos perdonéis os ruego.
CLAUD. Con vigilancia y cuidado
quedo.
LEON. Tan mala no fué [*Ap.*]
la nueva como pensé,
pues les quitó aqueste rato
a esta falsa y a este ingrato.
LUDOV. En pudiendo volveré.

(*Vanse, y quedan solas.*)

CLAUD. ¡Hija, la pena es inmensa
que me aflige! ¿No es locura,
y no es voluntaria ofensa,
que del todo a la ventura
dejemos nuestra defensa?
Mil forzosos desconsuelos
y mil daños nos amagan.
¿De qué prestan los desvelos,
que esperamos que los cielos
sin causa milagros hagan?
¿Es de mujeres, por suerte,
mostrar fuerzas, mostrar brío
contra la siniestra suerte?
¿No es esperar desvarío
en la estacada a la muerte?
¿Qué esperamos? ¿Que el fu-
entregue de aqueste fiero, [ror
en medio de su rigor,
a su gusto nuestro honor,
o nuestro cuello a su acero?

Huyamos, Teodora, huyamos,
por la mar o por la tierra,
que harto mejor cuenta damos
de nosotras, si miramos
desde lejos esta guerra.
En Nápoles nos espera
tu padre y mi prenda cara;
con él no [h]abrá suerte fiera;
la fortuna más avara
será con él lisonjera.

TEOD. Muy bien con los pareceres
estoy, madre, que me enseñas,
pues hablas como quien eres,
pero sospecho que sueñas,
y que sueñas lo que quieres;
que huyamos tengo por bueno;
mas ¿dónde, cómo, o con quién?

CLAUD. Tu ciega duda condeno.

TEOD. Yo tus razones también,
si no dan más luz.

CLAUD. No es bueno
que tan divertida estés,
que, como sueles, no des
en quien deste trance cruel,
sin ser hijos de Israel,
nos saque como Moisés.
¿En Ludovico no das?

TEOD. En Ludovico sí diera,
si al socorro no viniera
como ves.

CLAUD. Donosa estás.
Será esta la vez primera
que se acude a lo más flaco,
si a la defensa se acude.

TEOD. Pues ¿qué sacas deso?

CLAUD. Saco
todo cuanto sacar pude,
pues si tu primo escogido
vino a valerte esta tierra,
¿no es negocio bien sabido
que a cuantos en ella encierra
a socorrer ha venido,
y dellos a las mujeres
tiene más obligación,
y haces mal si no prefieres
a las que sus deudas son,
como yo y como tú eres?

TEOD. No niego yo que a valernos
venga mi primo a esta tierra,
mas niego que el socorrernos
esté en ponerse y ponernos
en huída desta guerra.

CLAUD. ¿Cómo que no? Todo el bien
el cielo a una mujer libra
en huír deste vaivén,
que en él la que muy bien libra
no puede librar muy bien.
En la huí[d]a la defensa
está de cualquier mujer.

TEOD. Con todo, hacemos ofensa
a Ludovico, en hacer
que [h]oy rompa la nube densa
de tantas obligaciones
en que le ha puesto su fama.
¡Bien con Leonardo le pones!

CLAUD. Acortemos de razones,
quél lo hará.—Si es que te ama,
(Aparte.)
como he visto, por mi mal.

TEOD. ¿Y cuándo se lo diremos?

CLAUD. En viniendo.

TEOD. ¿Y partiremos?

CLAUD. Cuando la luz celestial
bordar los campos veremos.—
Allí de esperanza rico *(Ap.)*
mostrarle el corazón pienso
por la boca.

TEOD. Ludovico, *[Ap.]*
a tu gran valor inmenso
me consagro y me dedico.

(Vanse, y salen LEONARDO *y* LUDOVICO, *y* ARNESTO, *maese de Campo, acompañando dos hachas a* LUDOVICO.*)*

LEONARDO.

Bien, Ludovico, puedes a tu casa
o a tu nueva posada dar la vuelta,
pues ya la noche con medrosos pasos
se llega a la mitad de su corrida.

LUDOVICO.

Si de tu amor los grillos me detienen,

el cuidado de ver que estar a solas
y en centinela puestas las que sabes
me aguija y me inquieta. A Dios te queda.

(*Vase* LUDOVICO.)

LEONARDO.

Vete, y ruego a los cielos poderosos
que esta licencia que te doy no llore.

ARNESTO.

Ya que determinó, Príncipe excelso,
tu consejo de guerra en este caso,
que ni bien padezcamos largo cerco,
ni bien aventuremos nuestras vidas
solamente en un trance de batalla,
y el orden me cometen, aunque indigno,
oye lo que han de hacer en breve espacio
tus vasallos valientes.

LEONARDO.

Dilo, Arnesto,
en tanto que yo estoy para otra guerra
que me aflige harto más, formando el
[campo.

ARNESTO.

Coronarán las cercas de tus muros
le gente menos fuerte y belicosa,
aunque entren las mujeres en vez de hom-
[bres
de su traje vestidas, porque el número
más copioso parezca, dando voces,
alegrías haciendo y muestras dando
de que al fiero contrario en poco estiman,
y de toda tu gente extraña o propia,
se juntarán hasta tres mil soldados
de armas y galardones satisfechos,
y en tres distinctos fuertes escuadrones
harán rostro al contrario de tres frentes,
y dando el primer tiento a la fortuna,
si por dicha el contrario les retira
mostrándosele el cielo favorable,
con buen orden vendránse al patrio muro,
que les tendrá siguras las espaldas,
y abierta la una puerta y gente en ella
que en su guarda esté puesta hasta aquel
[punto,
mientras los de las cercas les tiraren
piedras, pez, alquitrán, fuego y salitre,
en trabucos y máquinas de guerra,
y si el tesón durare en el contrario,
éntrense en la ciudad su poco a poco
hasta cerrar las puertas, y en los muros
mostrarse codiciosos de venganza,
que las mujeres y la gente inútil
que hasta entonces los muros ocuparon,
libres los dejarán, mudando oficio,
trayendo en las espuertas lo que hallaren,
contra el contrario más a su propósito.

LEONARDO.

Digo que si al valor y si a la industria
acompaña la suerte, en ti imagino
que está el tener sigura la vitoria.

ARNESTO.

Haces en tu favor si al mío miras,
pues amparas al que es tu propia he-
[chura.
¿No das, fuerte Leonardo, algún des-
[canso
al cuerpo, antes que el sol despierte y
[salga
a despertar a tantos hijos suyos?

LEONARDO.

Sí diera yo, si el cielo lo quisiera,
mas no me concedió descanso alguno,
antes sin ser Caín, cual Caín triste
vivo siempre muriendo, hasta que el cie-
ponga fin con mi fin a tanto duelo. [lo

(*Vanse.*)

(*Salen* LUDOVICO *y* TEODORA, *él como suele de camino, y ella con sombrero y bo*[*h*]*emio, y con vestido de color, si puede.*)

LUDOV. Con no pequeña razón
de ti quejoso he de estar,
pues piensas que otra ocasión,
que tu amor, me hace olvidar
la promesa y opinión.
A Leonardo prometí
serville en aquesta guerra,
como ayer lo viste aquí;

en propia y ajena tierra
nombre de fuerte adquirí;
todo esto llego a dejar
por ti, y es mucho el rigor
del que se pone a pensar
que otro que tu gran valor
del mío me haga olvidar.
Por tu madre, si nacida,
bella Teodora, no fueras,
diera yo por bien perdida
mi opinión, tan conocida
de naciones extranjeras.

TEOD. Perdona ya mi temor,
si fué cual mi amor gigante.

LUDOV. Si dudaras en mi amor
por ser tan tu nuevo amante...
Mas ¿dudar en tu valor?...
Cierto que me has ofendido
por la ofensa que te has hecho.

TEOD. No es gloria tener el pecho
a tanto valor rendido.— (*Ap.*)
En nuestra busca sospecho
que va mi madre. [*Alto.*]

LUDOV. ¿Qué importa?

(*Volviendo la cabeza como que se recela.*)

TEOD. Podría importar, si acaso
es mi ventura tan corta,
que en el fuego en que me abraso
se abrasa también.

LUDOV. Reporta
de tus voluntarios celos
la mal fundada querella.

(*Sale* CLAUDIA, *y antes que la vean, recatándose, dice.*)

CLAUD. ¿De qué prestan mis desvelos,
si ella es sombra dél y él della?

LUDOV. Dices, en fin, que recelos
son esos, y que no son
celos.

CLAUD. No da mi pasión
lugar de dar más lugar;
ea, vamos ya a embarcar.

LUDOV. ¿Es ya tiempo?

CLAUD. Y ocasión.

TEOD. ¡Qué inquietud!

LUDOV. Más que cuidado.

(TEODORA *y* LUDOVICO *el uno al otro, como que hablan en secreto.*)

poco o nada la desmaya
su obligación.

CLAUD. Ya el dorado
hermoso sol, con luz raya
nuestro Vesubio empinado.

(*Sale* OTAVIO.)

OTAV. Y el patrón está esperando,
y el mar con dulce sosiego
al viaje convidando.

CLAUD. No sé si aunque es mar, mi fue-
podrá templar. [go

OTAV. Costeando
a Nápoles brevemente
llegaréis.

CLAUD. Otavio amigo,
con la recámara y gente
ven presto.

OTAV. Con ella sigo,
y hoy pienso partir.

LUDOV. Detente,
[*Aparte.*]
suerte mía, en este estado.

TEOD. Fortuna, en tu rueda fija [*Ap.*]
un clavo.

CLAUD. Niño vendado, [*Ap.*]
haz que le hurte a mi hija
la bendición que me ha hurtado.

(*Vanse.*)

(*Sale* LIBIO, *criado del Príncipe.*)

LIBIO. Extraña es la condición
deste Príncipe, en quien crece
cuanto más va la pasión;
siempre al apetito ofrece
lo que debe a la razón.
Cuando en guerras se está ar-
su estado y a su enemigo [diendo
por momentos atendiendo,
con un soldado está haciendo
finezas de muy amigo;

con un soldado que ayer
a[h]í en Nápoles topó,
de aninfado parecer,
no más valiente que yo,
aunque harto más bachiller.

(*Sale* OTAVIO, *y como que habla con los de adentro, dice.*)

OTAV. Digo que la flema es buena;
¿pues hoy habéis de arrancar?
Al trabajo de tratar
con esta gente, no hay pena
que se le pueda igualar.
¿No es bueno que estemos to- [dos,
esperando el fiero trance,
metidos hasta los codos,
sin que el más prudente alcance
para resistirle modos,
si no es ponerse en huída,
y el uno dice que está
enfermo, y que no podrá
tratar hoy de su partida,
y el otro que no hallará
bestias para tanta ropa?
Tanta pereza maldigo,
el cielo me es buen testigo.

(*Llégase* LIBIO.)

LIBIO. Señor Otavio, ¿en qué topa
vuestro enojo?
OTAV. ¡O[h], Libio amigo!
Con estos viles criados,
en todo mal enseñados,
que ven que hoy a las cuatro
se partieron sus señoras, [horas
y ellos, muy desvergonzados,
dicen que no hay que tratar
de salir hoy del lugar.
LIBIO. Pues ¿dónde, amigo, se fueron?
OTAV. A Nápoles se partieron;
de que se fueron por mar [*Ap.*]
orden tengo de encubrir.
LIBIO. ¿Y con quién?
OTAV. Con Ludovico.
LIBIO. ¿Y a qué fin?
OTAV. Al del huír
desta guerra.
LIBIO. ¿Y tú?
OTAV. A seguir
su intento también me aplico.
LIBIO. ¿Van por tierra o mar?
OTAV. Por tierra,
porque no hallaron en qué
embarcarse.
LIBIO. Bueno, a fe.
OTAV. Adiós te queda.—Más guerra
con lo dicho levanté
que todo este estado encierra.
LIBIO. Agora sí que estarás
del nuevo amigo contento;
con estas nuevas podrás
suspender el manso viento
con los nombres que le das
para el punto que te diere
noticia destos sucesos
por más ligero que fuere,
si no es que ver de sus sesos
una tortilla quisiere.
Mas sin advertillo llego
a Palacio, donde he de ir.

(*Sale* LEONARDO.)

LEON. Mal puede tener sosiego
el que se ve consumir
de aqueste rabioso fuego,
pues veo que mucho tarda
Libio, con quien he enviado
a Ludovico un recado;
y como siempre el que aguarda
está poco sosegado,
salgo furioso a la calle,
sin ver ques gran desatino
el pensar que el acechalle
ha de acortar su camino.
LIBIO. Este es Leonardo. De hablalle
pierdo el brío y la osadía.
LEON. ¿Pues Libio?
LIBIO. Señor.
LEON. ¿No viene
Ludovico?
LIBIO. ¡Triste día!
LEON. ¿Dónde está, quién le detiene?

LIBIO. Yo no, señor; ni podría... [jas?
LEON. ¿Qué te turbas? ¿Qué te ata-
¿Qué enmudeces? ¿Qués aques-
[to?
LIBIO. Quien a mí me puso en esto,
sin duda aquí me hace rajas.
LEON. Temo un suceso funesto.
Como efeto es de la muerte
el silencio, yo prometo
que habla mucho tu secreto,
pues me anuncia de esa suerte
la muerte por el efeto.
Ya sé que he de perecer;
habla ya; ¿quién te recata?
Que yo no quiero saber
que muero, sino entender
qué herida es la que me mata.
¿Está Teodora indispuesta?
¿Murió acaso, o se ha ausentado
de aquesta guerra molesta?
LIBIO. En lo último que has dado,
te has dado tú la respuesta.
LEON. ¿Que se fué?
LIBIO. Con Ludovico.
LEON. ¡Con Ludovico cruel!
¿No replicas?
LIBIO. Sí replico,
con ese su amigo fiel.
LEON. Cielo injusto, cielo inico,
pues burlando estás de mí,
ya me tomo atrevimiento
para blasfemar de ti
y de cuantos astros vi
en todo tu firmamento,
pues ninguno en mi favor
se mueve, cuando te mueves;
más que te debo me debes,
pues gloria te di y honor,
y tú en mí desgracias llueves.
¡Cuántas veces alabé
tu hermosura y tu beldad,
si sereno te miré,
y con infidelidad
cuántas pagaste mi fe,
cuando he sido el escogido
en las empresas de amor
aunque haya el llamado sido,
y cuando, por más dolor,
un fiel amigo he tenido!
Bien lo dirá aqueste fiero,
este cruel, esta furia
por quien hoy rabiando muero,
éste que con esta injuria
paga mi amor verdadero.
¿Y dónde van?
LIBIO. A su tierra;
a Nápoles.
LEON. Gran maldad
en Ludovico se encierra.
LIBIO. Y van por tierra.
LEON. Y por tierra
va y está mi autoridad...
Ven acá, fiero instrumento
de mi mal, pues quien me agra-
[via
me ha dicho tu ronco acento,
que quiero que de mi rabia
sufras parte del tormento.
Pues rabio, perro he de ser,
tú piedra, y pues no he podido
a quien te ha arrojado ver,
a ti, que la piedra has sido,
como perro he de morder.

(*Asele y muérdele.*)

LIBIO. Bien haces de hacerme piedra,
pues lo soy en sufrimiento.
¡Que me matas! ¿Qué es tu in-
[tento,
señor? ¿Desta suerte medra
quien te sirve?
LEON. Por el viento,
pues es piedra, he de arrojalle,
y con esto se verá,
aunque mi opinión lo calle,
que estoy loco, pues que ya
tiro piedras por la calle.

(*Dale un empujón y échale a rodar.*)

Vete, traidor, al momento,
y traime aquí dos caballos
que le hurten al propio tiempo.

su ligero movimiento
y yo a Febo el gobernallos;
vete, que no te desvelas
en dar alivio a mi afán.
¿Que no corres? ¿Que no vue-
¿Que mis voces no te dan [las?
alas en lugar de espuelas?

LIBIO. Ya voy, señor. Buena queda
la defensa de su estado.

(*Vase.*)

LEON. ¿Es posible que no exceda
mi tormento y mi cuidado
al del buitre, fruta y rueda?
Yerra el que goza de un seguro estado
con descanso, quietud, paz y sosiego,
y se deja llevar del gusto ciego
en ambiciosa pretensión fundado. [do,
yerra el que entrega al fiero mar airasordo al lamento, inexorable el ruego,
su hacienda con mortal desasosiego,
en cudiciosas llamas abrasado;
yerra el ciego en amor, que dellos trata
enmedio el son confuso de la guerra;
yerra el que apenas de su amigo el nomllega a saber y el pecho no recata; [bre
estos yerran al fin; pero más yerra
quien alaba a su dama a ningún hombre.

(*Entra un* SOLDADO *con la espada desnuda, y después de haber tocado un rato las cajas dice:*)

SOLDADO.

¡Al arma, al arma!, en son confuso y [triste
gritan todos, señor, porque Ricardo
está a vista de Amalfi con su gente;
ya ocupan sus banderas sus distritos
el viento tafetán miedo a los tuyos,
que tiemblan al compás, que ellas tremo- [lan;
ya el Sol hiriendo con ardientes rayos
en las lucientes puntas de sus lanzas,
como en cristal pequeño reverberan
y abrasan la esperanza de los tuyos.
Sal, ¡o[h], Príncipe excelso!, a ver tus [gentes;
sal, ¡o[h], caudillo insigne!, a consola-
mira que con tu vista sola puedes [llas;
dalle brío, valor, esfuerzo y ánimo.

LEONARDO.

Ya al viejo Arnesto he dado destas
el cuidado solícito, pues tengo [cosas
de otro mayor sobresaltada el alma.
¡O[h], Ludovico infame!; ¡o[h], falso
[amigo!
¿Cuándo veré teñido aqueste acero
en tu mestiza sangre en mi venganza?

SOLDADO.

Advierte, excelso, valeroso Príncipe...

LEONARDO.

Que te daré la muerte si replicas.
Huíd todos de mí; corred, villanos,

(*Arremétele, y vase* [*el* SOLDADO.])

si no queréis que el fuego que vomito
en ceniza os resuelva. ¡A[h], cruel for- [tuna!
¿Qué he de hacer en estado tan dudoso?
Aquí me roba el uno el alma y vida,
allí el otro la tierra me saquea;
la vida, si se pierde, no se cobra;
la herencia sí: pues ¿en qué dudas topo?
¡A[h], Libio perezoso, a[h], Libio fiero,
bien parece que el fuego que me abrasa
no tienes dentro el pecho, que a tenelle,
tu fuerza, más veloz que el fuego ardien- [te,
como consume es cierto que aligera!
Y si es esto verdad, ¿a qué fin triste
espero los caballos? Nunca lleguen,
que con mi fuego sólo iré volando
a mi bien, como el otro va a su esfera.

(*Va a salirse y topa con* ARNESTO, *que sale.*)

ARNESTO.

¿Qué haces aquí, señor, que ya el conhace de tu descuido fundamento, [trario
y levanta sobre el de su soberbia
la máquina hasta el cielo de su fama?

¿Agora es tiempo que mirando intrépido
el fin dudoso del futuro trance,
le ofrezcas a Ricardo la vitoria,
que la razón le niega? ¿Agora es tiempo,
que en vez de dar valor a tus soldados,
ya con tu ejemplo, o ya con tu breve plática
les cortes en agraz las esperanzas,
les embotes el filo de su acero,
y grillos eches a sus pies veloces?

LEONARDO.

¡A[h], traidor, que en tan ciego laberinto
me has puesto, cual si fuera Minotauro!
Mas sí debo de ser, pues que ya triunfas
de mis despojos.

ARNESTO.

Príncipe Leonardo,
¿qué beleño o cicuta ha entorpecido
tus miembros, o qué sueño se te infunde?
¿Qué canto de sirena, o qué palabras
de mago encantador?

LEONARDO.

Vamos, Arnesto:
mas ¡ay, que ha de triunfar de mí un infame!
Mas triunfe; ¿qué he de hacer? ¡Y mi Teodora
ha de ser dulce yedra de otro muro!

ARNESTO.

Ea, vamos, señor.

LEONARDO.

Al fin venciste,
Arnesto; ¿y vas ufano a la batalla,
con ir con un vencido?

ARNESTO.

¿Qué te agüeras?,
que vencedor serás, aunque Ricardo
trujera en su favor en esta guerra
los monstruosos hijos de la tierra.

(*Entranse y se acaba la primera jornada.*)

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* LUDOVICO *y* TEODORA, *entrambos aún vestidos de camino.*)

LUDOV. Ya, mi Teodora, confieso,
que con envidia notoria
hizo el mar tan grande exceso,
viendo que él llevaba el peso,
y yo llevaba la gloria.
Hecho Atlante de tu cielo,
sobre sus hombros llevaba
tu bajel y mi consuelo:
mas viendo que otro gozaba
el premio de su desvelo,
con no visto desatino
sus cristales trasladando,
sobre el cielo cristalino
de sus límites pasando,
limitó nuestro camino.
Púsonos en tanto estrecho
y tanto nos persiguió,
que a tierra nos vomitó,
por hacelle mal provecho,
aunque nunca nos tragó.

TEOD. Luego ¿quieres aplicar
sentimiento a lo insensible,
y al tierno amor sujetar
el que siempre fué invencible,
como es el furioso mar?
No sé si lo que encareces
nombre de lisonja cobra;
muy amante me pareces,
pues lo que de amor te sobra
das al mar.

LUDOV. Y aun a los peces.
¿No viste entre el transparente cristal del mar dilatado
a Neptuno rodeado
de Nereidas, que el presente
caso miraba admirado?
¿Viste tirar los Tritones
su concha o plaustro de nácar?

TEOD. Y veo que tus razones
ponen a mi rostro nácar; (1)

---

(1) Obsérvese la rima.

deja ya exageraciones,
que con aliento te veo
de no dejar por nombrar
cuanto gobierna Nereo,
hasta la Foca, que dar
pudo nombre al gran Perseo.
Y hablando con más llaneza,
¿no ha sido del mar insano
extraña la gran braveza?

LUDOV. Y [h]aber sido en el verano
hace mayor extrañeza.

TEOD. Sin duda si el cielo santo
no me animara con verte,
que me vi a veces de suerte
que sólo el terrible espanto
pudiera darme la muerte;
y con ser tal mi agonía,
cuando pienso que ceñía,
entre turbada y contenta,
tu cuello, la gran tormenta
bonanza me parecía.
De las olas el furor
colgada de ti esperaba;
y así, aunque es flaco el temor,
más el temor me animaba
que antes me animó el amor.
Y de la furia del mar
saqué tan grande ventura,
que en él te pude abrazar,
y a[h]ora te puedo hablar,
pues hasta a[h]ora nos dura;
que del trabajo cansada
mi madre, tan fatigada
salió del mar, que en un sueño
en este pueblo pequeño,
cual ves, está sepultada.

LUDOV. No digas más, mi Teodora,
si no quieres que el contento
haga en mí en menos de un hora
lo que vi el furioso viento,
que tan manso ves agora.
No quieras, mi bien, privarme
de la vida, si no es
que para más admirarme
quieres matarme, y después
volver a resucitarme;
que las palabras que forman
tus labios de rosicler,
aunque maten de placer,
de otro nuevo ser me informan
para volverte a querer.

TEOD. Gran pedazo del aldea
nos [h]abemos desviado.

LUDOV. ¡Lo que ver el mar recrea!

TEOD. Mucho; pero ya desea
verse dentro de poblado
mi pecho, a quien un temor
le ha sobresaltado a[h]ora.

LUDOV. ¿Qué tienes, bella Teodora?

TEOD. No sé, de un frío sudor
me he cubierto.

LUDOV. Ea, señora,
no cubras de tu hermosura
con ñublado tan molesto
los rayos de su luz pura.
¡Cuán corta que es mi ventura!

(*Disparan una pieza adentro.*)

TEOD. ¿Qué es esto, mi bien?

LUDOV. ¿Qué es esto?
De tu temor prevenido
es la causa por quien peno,
que esta vez cual rayo ha sido,
pues antes la luz se vido
que se [h]aya sentido el trueno.
Esto es que [h]ay moros en [tierra.

TEOD. ¡Ay, triste de mí! ¿Qué hare-

LUDOV. Hagámonos a la sierra; [mos?
mi suerte toda es extremos,
pues me escapé de la guerra
del mar y del viento esquivo;
y en la tierra he de perderme.

TEOD. Ya de remedio me privo,
pues que no puedo moverme.

LUDOV. Anímate.

TEOD. En aire estribo,
pues estribo en el arena;
no puedo más.

LUDOV. Si es así,
ven, cárgate sobre mí,
que por cargarme tu pena

quiero cargarme de ti.
Ya envidia no tendrá el mar
de mi dichoso suceso,
pues si he llegado a gozar
desta gloria, de su peso
también me quiero cargar.

(*Sale* Mumén, *corsario, y un* Viejo, *y todos los que puzden salir de* Moros.)

Mum. Mi tío, el Rey de Biserta,
deste Príncipe atrevido,
como sabéis, ofendido,
siempre me ordena y concierta
que le procure robar
antes su estado y su tierra,
que otra alguna.

Viejo. Y no lo yerra,
pues tiene harto que vengar,
según los asaltos hechos
en todas nuestras riberas.

[M.] 1.º Fuego azul en sus galeras.

[M.] 2.º Y fuego en sus fuertes pechos.

Ludov. Ya nuestro remedio libra
el cielo en aquesta espada,
que si amor tuvo envainada,
amor es el que la vibra.

Viejo. Aquí [h]ay gente.

[M.] 3.º ¿[H]ay tal ventura?

Mum. ¿Qué tenéis?

[M.] 1.º En tu poder
un hombre y una mujer,
o un ángel en hermosura.

Mum. Ea, prendeldos.

Ludov. Primero

(*Echa* Ludovico *mano a su espada, y pónese delante a* Teodora, *y con la mano izquierda le señala que se entre.*)

mi espada y valor se prueba.
Mi bien, entra en esa cueva,
y ascóndete.

Teod. Desespero,
si pienso que he de dejarte
y perder tu compañía.

Ludov. Acaba, señora mía.

Teod. No puedo.

Ludov. Entra ya.

Teod. A imitarte
en fortuna y muerte.

(*Métese en la cueva, y él queda a la boca.*)

Mum. Perros;
¿quién os detiene, villanos?
¿Quién así os ata las manos?
Yo las ataré con yerros,
pues tan mal servís con ellas.
Y tú, loquillo arrogante,
¿qué quieres?

Ludov. Mi fe constante
mostrar con estas querellas.

(*Tírales algunas cuchilladas.*)

Mum. Dejadme solo con él;
haceos todos a una parte,
que si él es un fiero Marte,
yo soy la muerte cruel.
Vosotros, Ozmín, Celimo,
Sultán, entrad en la cueva.

Ludov. En vano tu pecho prueba,
ni esos, contra quien me animo,
entrar en este sagrado,
si no hacéis con furia loca
en este pecho otra boca,
porque ésta ya la he cegado.

(*Señalando la de la cueva.*)

Por ella podéis entrar;
pero en mi pecho, aunque tierno,
hallaréis todo un infierno
que no os dejará pasar;
porque deste suelo, ¿quién
pasó, de nuestra memoria,
por el infierno a la gloria,
que está donde está mi bien?

Mum. ¿Quién vió resistencia tal?

(*Trábase más fiera la pendencia, y vanle ganando la puerta.*)

Ludov. Perdona, mi prenda amada,
si más no pude la entrada
defender, que soy mortal.

(*Entran los tres, y los que quedan le van a fuerza de cuchillados retirando hacia el vestuario.*)

MUM. Muera este loco valiente,
pues mi sufrimiento apura.
LUDOV. El que dilatar procura
la vida, es fuerte y prudente;
y así la voy dilatando
para causaros más duelo,
que en la muerte no [h]ay con-
[suelo
como es el morir matando.

(*Acábanle de meter a cuchilladas, y han de salir por la boca de la cueva* CELIMO, SULTÁN *y* OZMÍN, *como que salen de unas grandes tinieblas espantados.*)

CELIM. Gracias a Alá, que la luz
veo destos rayos rojos.
SULT. No vía más por los ojos
que veo por el testuz.
OZM. ¿Si es del sueño esta morada?
CELIM. Del sueño, y aun de la muerte.
SULT. En punto aciago y fuerte
atravesamos su entrada.
OZM. ¡Qué intricada y revoltosa!
¡Qué varias sendas y quiebras!
CELIM. De serpientes y culebras
es morada ponzoñosa.
SULT. De tal manera la pinto,
que aun aquí la estoy temiendo.
OZM. No pudo ser más tremendo
el cretense laberinto.
CELIM. ¿Si es ésta la cueva fría
que nos dijo el renegado,
que deste monte empinado
al pie dos bocas tenía,
y aquella hermosa mujer
o este ángel de negras patas
andando por ella a gatas
la otra boca pudo ver?
Porque en pie no era posible,
pues nosotros de rodillas
no pudimos.
SULT. Maravillas
de su salida invisible
[h]abrá que contar.
OZM. ¿A quién?
SULT. Por Mahoma, que sospecho
que en harto mayor estrecho
nos veremos con Mumén,
porque tomando en rigor
lo que nos ha sucedido,
desde agora me despido
de excusa.
CELIM. No, de temor,
que entendí que en el abismo
estaba ya sepultado;
dile tú a Mumén airado,
cuando se enoje, que él mismo
puede entrar, si es comadreja,
a sacar esta paloma.
SULT. Mírale allá donde asoma.
OZM. Temo su enojo y su queja.

(*Vuelve a salir* MUMÉN, *con los que entró.*)

MUM. La tierra puesta en rebato
y el ronco son de campanas
de mis manos inhumanas
libró su vida.
VIEJO. Y barato
de tu brazo vengativo
la sacó con mil heridas.
MUM. Las esperanzas perdidas
tuve de cogelle vivo,
y así con tanto rigor
le traté, que, por Alá,
que herido allí como está,
aún le tengo aquí temor.

(*Vuélvese a los que estaban confusos.*)

Pues, soldados, ¿qué [h]abéis
la mujer? [hecho
CELIM. ¡Qué confusión!
OZM. Casi estoy sin corazón,
con no caberme en el pecho.
MUM. ¿Dónde está? ¿No respondéis,
que muero ya por sabello?
No me tengáis de un cabello.
¿Qué os turbáis? ¿Qué os sus-
[pendéis?
SULT. En esta cueva metidos,
confusos y deslumbrados,
de tanto horror atajados,
y de atajados perdidos,

después que vagando fuimos
por su seno tenebroso,
aunque a ver el sol hermoso
ciegos de enojo salimos...

MUM. ¿Y la mujer?

SULT. Sepultóla
el sitio espantoso y fiero.

MUM. Ya contra todos su acero
mi fuerte brazo enarbola.
No me quedará sin muerte

(*Echa mano al alfanje y detiénele el* VIEJO *el brazo.*)

ninguno de aquestos perros.

VIEJO. ¿Qué haces, señor?

MUM. Estos yerros
se castigan desta suerte.

SULT. Si quieres ver del abismo
una boca, que con serlo
nos disculpa, entra tú a verlo;
desengáñate tú mismo.

MUM. Pues aunque el abismo fuera,
si yo una vez me arrojara,
entrara en él y sacara
los condenados afuera,
cuanti más siendo una gruta,
que el mar con su curso eterno
[h]abrá hecho.

OZM. Es del infierno
una garganta absoluta.

(*Vase a arrojar a la cueva, y trábale del brazo el* VIEJO.)

VIEJO. ¿Estás en ti? ¿Qué pretendes?
¿No ves que la tierra está
puesta en armas, y vendrá
sobre nosotros? ¿Qué emprendes?
Vámonos luego a embarcar,
no nos procures la muerte.
¿No es mejor, si bien se advierte,
no perder que no ganar?

MUM. ¡Que esta presa se me huya
sin remedio de las manos!...

VIEJO. Pues los cielos soberanos
te la asconden, no era tuya.
Vamos.

MUM. Al castigo apelo,
que les dará mi rigor;
yo les quitaré el temor
en llegando al patrio suelo.

(*Vanse, y sale sola* TEODORA *algo descompuesta, sin bohemio, ni sombrero, por la otra parte de donde está la cueva.*)

TEOD. ¡Ay, triste de mí! ¿Do iré
de culpas tan rodeada?
Ya todo mi bien se fué,
y pues enfermé en la fe,
moriré desesperada.

(*Da voces, volviéndose a unas partes y a otras.*)

¡A[h], Ludovico! ¡A[h], mi [bien!
¡A[h], mi gloria; a[h], mi con- [tento!
Todo está surto y atento,
no sé a quién, ni sé con quién
comunique mi tormento.
¿Quién vió maldad semejante
como la que usé yo agora
con mi bello y dulce amante?
¿Y quién con fe tan traidora
pagó un amor tan constante?
Que el mayor delito ha sido
que en pecho humano ha cabido,
bien claramente lo enseña
la dureza desta peña,
pues conmigo la ha tenido:
pues apenas medio loca
por la una boca maldita
entré con pena infinita,
cuando formando otra boca,
por ella al mar me vomita:
y así a él me he de arrojar,
pues es la vida importuna,
y huélgome de llegar
a tiempo que ni fortuna
ni muerte me han de espantar.

(*Hace como que se arroja, mirando hacia el vestuario.*)

Pero ¿qué miro? ¿No son
estas las Alarbes fustas?
¿[H]ay más felice ocasión?
Sin duda que son muy justas
tus plegarias, corazón.
¿Estas galeras que veo
no son las que te han prendido,
Teodora, tu dulce empleo?
A medida del deseo
la ocasión se te ha ofrecido.
No tienes más que pedir,
no tienes más que esperar,
sólo te queda mostrar
que no pueden competir
los que más saben amar
con tu pecho, en todo fiel.

(*Dando voces hazia las galeras.*)

¡[H]ola; hau, ah del bajel!
No me oyen. ¡[H]ola! Tampoco.
¡Ah de la mar! Ya provoco
a piedad al que es cruel.
Con todo, no me aseguro,
aunque alzan la palamenta;
¿si me oyeron? Ya procuro
hacer pendón de seguro
deste lienzo. ¡Qué contenta,

(*Hace señas con el lienzo.*)

aunque corrida, he de estar
de mi esposo al dulce lado!
Ya en el esquife han saltado
dos o tres. Sagrado mar,
a ti, pues eres sagrado,
me acojo, ya que ofendí
la ley de amor que juré
cuando a mi amante escogí,
y así ten piedad de mí,
aunque he pecado en la fe.

(*Salen* SULTAN, OZMÍN *y* CELIMO, *que son los que entraron en la cueva.*)

SULT. Verá a[h]ora nuestro Xeque
si jamás cupo temor
en nuestro fuerte valor,
pues emprendemos, a trueque
de volver por nuestro honor,
una locura, pues lo es,
volvernos a tierra, cuando
nos está toda esperando
nos estará maltratando
puestas en armas.

OZM. Y después
con mil injurias.

CELIM. Demás,
que añagaza puede ser
llamarnos esta mujer,
y esperar sola.

TEOD. No hay más
que desear ni que hacer.

(*Llégase a ellos muy alegre.*)

Ea, amigos, vamos luego
a ver mi querido esposo.

SULT. ¿Qué es aquesto que a ver llego?

CELIM. ¿Hay caso más prodigioso?

TEOD. ¿Cómo estáis con tal sosiego?
¿No vamos?

SULT. ¡Que a la prisión
vaya de su voluntad
huyendo la libertad
una mujer!

OZM. ¿Hay pasión
como ésta?

TEOD. Cuenta me dad,
antes que vea mi esposo,
si está herido, si le ha echado
vuestro Xeque riguroso
muchos [h]ierros.

SULT. ¿Hay cuidado
como éste tan amoroso?

TEOD. Porque si quiere con ellos
más dura hacer su prisión,
mi persona doy por ellos,
aunque sea con pensión
de que a mí me cargue dellos.
¿No valgo yo por rescate
de unos [h]ierros?

SULT. Vales tanto,
(*Aparte.*)
que juro por Alá santo
que es lástima que se trate
de dar materia a tu llanto.—

Ven, que bueno está tu esposo,
y sin [h]ierros. [*Alto.*]

TEOD. Ea, amigos.

SULT. Pluguiera al cielo piadoso
y no fuéramos testigos
de caso tan lastimoso.

(*Vanse, y sale* LUDOVICO *algo sangriento, atadas las heridas y dos o tres* HOMBRES *de la tierra con él.*)

[H.] 1.º Vuelve, señor, al lugar;
no quieras ser homicida
de ti mismo, que tu vida
está ya para expirar.

LUDOV. ¡Ay, mi Teodora perdida!

[H.] 2.º Mira que ésta es ya la hora
que está en Africa el cosario.

[H.] 1.º Si es así, ¿qué importa agora
tu furor extraordinario?

LUDOV. ¡Ay, mi perdida Teodora!

[H]. 3.º Movido me ha a compasión.

[H.] 1.º ¿Estas las fustas no son
desta bárbara canalla?

(*Mirando [h]acia el vestuario, mientras* LUDOVICO *está como transportado.*)

[H.] 2.º Ellas son, sin falta, calla.

[H.] 3.º A tiro están de cañón,
costeando por doblar
la punta y luego hacer vela.

(*Vuélvese* LUDOVICO *y échalas de ver también.*)

LUDOV. ¿Qué es lo que llego a mirar?
Sin duda que se desvela
el cielo en darme pesar.
Estas son las galeotas
que surcan el mar profundo,
más ricas que cuantas flotas
de las riberas remotas
salieron del nuevo mundo.

(*Está, en tanto, como antes.*)

[H.] 1.º No en vano con tal pasión
herido al mar se volvía,
pues mucho más le afligía
la herida del corazón
que las que el cuerpo tenía.

[H.] 2.º La pérdida de la dama
le aflige y le desatina.

[H.] 3.º No es su pena peregrina
si el fuego de amor le inflama.

(*Vuelve a mirar* LUDOVICO *[h]acia el mar.*)

LUDOV. ¿Qué es lo que mi vista atina?
Ya cual el bajel de Europa
gozando el robo sin par,
giran la proa a la mar;
aunque a mí me dan la popa,
me dan el peor lugar.
Ya de espaldas veo el bien
y dél la alegre esperanza,
ya con amar la mudanza
recelo cualquier vaivén
por la parte que te alcanza.
¡O[h], causa de mis querellas,
todo es noche con tu llanto,
y así esas tus luces bellas
del mar, pues tiene azul manto,
parecen claras estrellas.
Pero, cielos soberanos,
¿no son mis acentos vanos,
cansando amigas orejas?
¿No son superfluas mis quejas
si el remedio está en mis manos?
Espera, bella Teodora,
que por ti me arrojo a nado.
Espera, espera, señora,
que aunque soy sol eclipsado
quiero seguir a mi aurora.

(*Comienza a desnudarse.*)

Ya desta vez, Leandro fuerte,
cubro de perpetuo olvido
tu amor, tu vida y tu muerte,
y la gloria de tu Abido
para sí Italia convierte;
pues si tú al mar te arrojaste,
era por ir a unos brazos
que siempre amigos hallaste,
y sola una vez pagaste
la deuda de mil abrazos;
pero a mí, cuando escapado

me haya del mar fiero airado,
el regazo que me espera
o es una cárcel muy fiera,
o es, como ya lo he probado,
unas manos descreídas,
rigurosas, fieras, locas,
como mis fuerzas rendidas
lo dicen por tantas bocas
cuantas tiene el cuerpo heridas.

[H.] 1.º Repórtate, señor, ya;
no quieras que el cielo santo,
que atento mirando está
tan infructuoso llanto,
se irrite, de mano da
a ese pensamiento insano.
¿Piensas que he de permitir
que te eches al mar tirano?
Déjalo, que es desdecir
mucho de cuerdo y cristiano.

(*Porfiando todos con él por detenelle, que quiere arrojarse al mar.*)

LUDOV. Ea, dejadme arrojar,
que a mi Teodora querida
aun de aquesta poca vida
no la quiero defraudar.

(*Hace el último esfuerzo y luego queda atenuado de muy cansado.*)

[H.] 1.º Fineza jamás oída.
[H.] 2.º ¿Quién vió tan notable amor?
[H.] 3.º Mas ¡quién tal esfuerzo vió,
pues no ha una hora que quedó
a manos de aquel rigor
casi muerto, y revivió
con atalle las heridas!

(*Vuelve a mirar [h]acia el mar.*)

LUDOV. Ya de vista voy perdiendo
mi bien; ¡ay, prendas perdidas!,
no sé si es que van haciendo
gran camino, o si rendidas
de mi vista están las fuerzas,
pues ya me acerco a la muerte.

[H.] 1.º Que es eso postrero advierte.

LUDOV. Y advierte que mal esfuerzas
mi vida de aquesa suerte.

(*Mirando hacia donde se van las galeras, de cuando en cuando dice* LUDOVICO:)

¡O[h], inventores crueles
de ese insufrible potro de tormentos,
pues con palo y cordeles,
que son gumenas y árbol, a los vientos
hace que el triste pecho
la voz despida en lágrimas deshecho!
¡O[h], Argos atrevido,
aunque mejor dijera temerario,
que ingrato al patrio nido
del mar fuiste el primero tributario,
y entre una y otra onda
en él buscaste el suelo con la sonda!
Nunca que hubiera leño
que cual reja surcara el mar salado,
ni el montaraz isleño
codicioso trocara el suelo amado
por la orilla remota,
fiado en la mesana y en la escota.
Nunca en Alepo hilara
para tus velas algodón el moro,
ni el pino derrocara
la segur portuguesa, por el oro
que el indio adusto encierra
en las profundas venas de su tierra!
¡O[h], máquina enemiga
de mi bien, y ocasión del mal que paso,
el cielo te maldiga
las jarcias todas, y maldiga el vaso
en que el interés ciego
nos dió a beber tal pócima de fuego.

(*Quédase la cabeza reclinada sobre la mano, pensativo, y salen* CLAUDIA *y un* HOMBRE *de la tierra.*)

CLAUD. ¡Quién de Athalante tuviera
en esta ocasión los pies!

[H.] 1.º Al sol deja en su carrera
atrás, y publica que es
hecha de plomo o madera.
¡Por Dios, a lo que imagino,
que es querer correr con ella
correr con un torbellino!

CLAUD. Aquí dió fin mi camino,

pues parada está mi estrella.

(*Reconoce a* LUDOVICO.)

Mi Ludovico, ¿y mi hija
donde está? ¿No se salió
contigo?

LUDOV. ¿Quel cielo elija
mi paciencia, y que la aflija
con cuantos males formó?

(*Hace aquí una gran muestra de sentimiento y calla.*)

CLAUD. ¿No me respondes, acaba,
y quién te ha parado tal?

LUDOV. Sólo este mal me faltaba (*Ap.*)
para no faltarme mal.

CLAUD. No en vano saltos me daba
el corazón; cuaquier suerte
con esto en mi daño creo.

LUDOV. Muy cercana está mi muerte,
pues que ya visiones veo. (*Ap.*)

CLAUD. Responded.

(*Volviéndose a los otros.*)

[H.] 1.º Señora, advierte
que en verle como le ves
puedes ver la desventura
de tu hija, y no le estés
lastimando, si no quies
que se vuelva a su locura.

CLAUD. Luego ¿cautivó mi hija?

[H.] 1.º Cautivó.

CLAUD. Triste de mí;
en fuerte punto nací
aunque en público me aflija;
sabe Dios que descubrí (*Ap.*)
de buena esperanza el cabo,
y el cabo y fin de mi mal.
Este cautiverio alabo.

LUDOV. En mi pecho puse el clavo,
[*Aparte.*]
que no en la rueda fatal.

CLAUD. Con la prisión de Teodora
consuelo mi pena alcanza,
pues, sin ella, se mejora
mi ya perdida esperanza,
y así con cuidado agora
procuraré mi remedio,
y en teniéndole, el rescate
será de sus males medio. (*Ap.*)

LUDOV. No falta sino que trate (*Ap.*)
ésta de su amor.

CLAUD. En medio
de las penas y aflicciones
se ha de mostrar el valor
de los fuertes corazones;
y así te ruego, señor,
que des vado a tus pasiones.

LUDOV. ¡Que me consuele esta infame,
y de lascivia forzada
en torpes llamas se inflame!
¡Posible es que no derrame
ponzoña mi lengua airada!
¡Que cuando todos la habemos
de consolar y advertir,
y ella, haciendo mil extremos,
no nos había de oír
sin respetar los supremos
cielos, a mí me consuele!...

CLAUD. Ea, Ludovico, vamos,
que muy mala cuenta damos
de tu salud.

LUDOV. ¿Quién te impele?

CLAUD. Mira que muy mal estamos
aquí.

LUDOV. Ya que el justo cielo,
por lo que quiero callar,
hace que me des consuelo,
habiéndotele de dar,
y conmigo todo el suelo, [pera.
has de advertir, Claudia, es-
por si acaso no lo adviertes,
que esta gente alarbe y fiera,
quen nosotros hace suertes
en esta infausta ribera,
tu hija bella ha cautivado,
y con ella la hermosura,
la majestad con cordura,
el honesto desenfado,
la recatada blandura,
la discreción, la prudencia,
el perpetuo encerramiento,

la filial obediencia,
y en fin, una quinta esencia
del mayor merecimiento;
y cuando hayas advertido
que todo aquesto han robado
los moros, habrás caído
en que tú sola has perdido
lo que tantos han ganado.
Mas ¿qué digo, Claudia fiera?
no eres sola tú en perder,
ni aun creo que eres primera,
pues que yo te vengo a hacer,
aunque eres madre, postrera.
Yo que en tu hija he perdido
mi bien, mi cielo y mi esposa,
pongo tu amor en olvido,
y la pena lastimosa
que habías de haber tenido.
Por tanto, a todos advierto
que en prueba desta verdad,
y amor hasta aquí encubierto,
hasta que halle mi mitad,
aunque con vida, iré muerto;
pues Africa es la que encierra
mi bien, en su seno adusto
veré su abrasada tierra
hasta el Caribe robusto
que contra sí mueve guerra;
el Troglodita y Brachmano,
el Gelofo y Garamanta,
y todo aquel suelo llano,
que en vez de la lluvia santa
riega el Nilo en el verano.
En fin, veré en tiempo breve
desde donde el preste Juan
rige su Abisino aleve,
hasta donde el alemán
el cristal Danubio bebe.
No he de dejar [h]emisferio,
zona ardiente, media o fría,
en cuanto produce y cría
el que sin ser efemerio
muere y nace en sólo un día.
Y tú, madre, que a ser vienes
mad[r]astra, toma en rehenes
de mi amor este pesar,
que bien tienes que llorar,
si es que entendimiento tienes.

(*Vase.*)

CLAUD. ¿Quién probó en tan breve espacio
mayor dolor en el suelo?
[H.] 1.º Esta señora, recelo
que volverá más de espacio
que vino, pues en el yelo
deste galán templará
el fuego que la impedía.
[H.] 2.º Vamos tras él, que podrá
caerse muerto, según va
desangrado.

(*Vanse los que con él vinieron.*)

CLAUD. Un triste día
llegó a mi casa este fiero,
causa de todo mi mal.
VILL. ¿Cómo no es ya tan ligero
tu paso?
CLAUD. ¡Ay, amigo, muero!
VILL. Es muy grande el arenal.

(*Vanse, y salen de camino* CONRADO, *padre de* TEODORA, *y* SERGIO, *criado suyo.*)

CONR. Corte, adiós, cifra y retrato
de los castigos eternos
que sienten en los infiernos;
el pérfido amante ingrato,
el secretario atrevido,
las mujeres sin amor,
el diligente hablador
porfiado y no rendido;
el del banquete engañoso,
el temerario mancebo
que por la madre de Febo
sintio cuidado amoroso,
porque no está más Teseo
a la dura peña asido,
que el pretendiente rendido
a un voluntario deseo.
Ni es posible que Igión
al volver su infausta rueda
padezca más que el que rueda
sobre una vana ambición;
ni de las hermanas es

el vano afán más locura,
que del que llenar procura
de un privado el interés;
ni es de Tántalo más brava
la pena en su privación,
que del que una pretensión
casi alcanza y nunca acaba;
ni jamás con Ticio lidia
el buitre tan inclemente,
como a un triste pretendiente
roe el corazón la invidia;
ni de Sísifo el pesar
es más prolijo y cansado,
cuando el trabajo pasado
vuelve otra vez a empezar,
quel de alguno a quien el cebo
de vanas promesas vende,
pues cuando acabar entiende
vuelve a comenzar de nuevo.
Y con ser esto verdad,
los que más prudentes son
estiman más su prisión
que la mayor libertad;
y si puede suspender
cualquier corte, ésta enajena,
que es patria de una sirena
y cien mil viene a tener.

SERG. En ti al menos ha mostrado,
varón Conrado, ese efeto.

CONR. Que me corro te prometo
del gran descuido pasado.
¡Que apartado de mi tierra,
a mi esposa que me adora,
Claudia, y mi amada Te[o]do-
[ra,
tuve en medio de la guerra,
y que suspenso, olvidado
de mi amor y obligaciones,
sofísticas pretensiones
me hayan tenido ocupado,
sin que acudiese jamás
a mi casa! ¿Hay tal delito?

SERG. Ver que no te hayan escrito
es lo que me admira más;
que la guerra se acabó
en Nápoles se ha sabido,
que fué Salerno vencido,
quel de Amalfi le rindió,
que le concedió después
treguas...

CONR. Así, Sergio, pasa,
y con todo, de mi casa
no he visto carta en un mes.
Y a fe que estoy con cuidado
de pensar qué puede ser.

SERG. Estará, como es mujer,
aún del peligro pasado
tan turbada mi señora,
que quizá no habrá podido
escribir, o se han perdido
las cartas.

CONR. ¡Ay, mi Teodora!
¡Ay, hija del alma mía!
¡Ay, Claudia, mi amada esposa!

SERG. En esta playa arenosa
hacen presa cada día (1)
las galeras de Biserta,
y así apartarnos conviene,
que es, por las calas que tiene,
peligrosa de encubierta.

CONR. Es el camino apacible.

SERG. Esa verdad te confieso,
mas un adverso suceso
causa tormento insufrible
cuando se pudo evitar.
Por la tierra nos metamos.

CONR. Tu consejo sigo; vamos,
aunque alegra ver el mar.

(*Vanse, y salen* LEONARDO *y* TEODORA, *y algunos soldados.*)

LEON. Como digo, mi Teodora,
la razón que me animó
del primer trance sacó
esta espada vencedora.
Al de Salerno vencí,
y él, en viéndose vencido,
luego me pidió partido,
y yo se lo concedí.
El partido fué volverme

(1) En el texto: *cadaldía.*

todo lo tiranizado,
y el daño de lo talado
al punto satisfacerme;
yo le prometí volver
también dos o tres aldeas,
y otras cosas, porque veas
que aunque le supe vencer,
no supe de la vitoria
gozar, como él la gozara,
y la causa es cosa clara,
que era tu amarga memoria.
No lo dudes: si el vencido
quiere dilatar la guerra,
yo, vencedor y en mi tierra,
le fuera a pedir partido,
sólo por poder seguirte,
y de mi amor enterarte,
y hacerte del triunfo parte,
pues todo es para servirte.

TEOD. ¡Que haya dado en ser mi
en mi favor tan avara, [suerte
que no quiso que topara (*Ap.*)
con la muerte antes de verte!

LEON. Un piloto me avisó
de cómo en un sutil leño
solo en dicha no pequeño
entrar en el mar os vió;
que en engaño de decir
a Libio que ibais por tierra
hasta acabada la guerra
no le pude descubrir;
y así luego en mis galeras
entregué al mar mi esperanza,
sin recelo de mudanza
por ser mis penas tan fieras;
que si en algo viene a ser
bueno el infeliz estado,
es porque está descuidado
quien le tiene de caer.
Topé las tres galeotas,
ricas con tal interés,
y si como fueron tres
se volvieran en tres flotas,
por el cielo soberano
que con todas envistiera,
y al bárbaro le cogiera
la vitoria de la mano.
La primera acometí,
y a fondo la fusta eché;
luego en la segunda entré,
y en el tiempo que perdí
en entralla y sujetalla,
la tercera se escapó:
y bien pudo, porque yo
aun no me volví a miralla;
que tan loco de contento
quedé en verte, que pagué
lo que en mirarte gané,
pues perdí mi movimiento.

TEOD. No le perdieras del todo,
porque yo el temor perdiera
que de tu condición fiera
tengo agora. (*Ap.*)

LEON. ¿Dese modo
pagas el haberte dado
la preciosa libertad?

TEOD. Sabe el cielo la verdad,
que en poder del renegado (*Ap.*)
con menos dolor estaba
que en tu poder riguroso,
pues por puntos a mi esposo
con el rescate aguardaba;
y agora tengo perdida
de velle más la esperanza.

LEON. Presto verás la venganza
que tomo de ti, homicida.
Y pluguiera al cielo santo
quel traidor aquí estuviera,
porque por sus ojos viera
en mi venganza su llanto.
Aquí podéis atender,

(*Esto ha de decir vuelto a sus* SOLDADOS, *los cuales se vayan en haberlo dicho.*)

mientras que en esta floresta
del gran calor de la siesta
nos queremos defender.

TEOD. Gran sobresalto me altera,
. [*Aparte.*]
pues ningún socorro espero;
no sé a qué fin este fiero
despide su gente fiera.

LEON. Vuelve a mirarme, señora,
si no es que quieres tomar
por tan propio mi pesar,
que el enojo que yo agora
he de formar de mi agravio
quieres formalle por mí.
¿En qué, mi bien, te ofendí
que aún no me miras?
TEOD. Pues sabio
eres, señor, no te espantes
que no te mire ni hable,
pues a mi desdicha estable
no hay desdichas semejantes.
Si perdí mi madre amada,
y de mi padre no sé,
¿no quieres, señor, que esté
triste, muda y atajada?
LEON. No es esa la causa, ingrata,
de tu injusto sentimiento;
ya yo sé por mi tormento
qué memoria te maltrata.
Tendrás en ella presente,
dándote pena y afán,
la pérdida del galán
tan loado de valiente.
Cierto que sello ha mostrado,
pues en tierra se quedó
y a ti presa te dejó
en poder del moro airado.
¿No ves como el justo cielo
me vengó de tu traición,
dándome aquí esta ocasión
libre de estorbo y recelo?
TEOD. ¿Qué ocasión? La del hablar-
nunca yo te la negué. [me
(*Franqueándole el rostro.*)

LEON. ¿Y la de pagar mi fe?
TEOD. ¡Ay, Dios, si querrá forzarme!
(*Aparte.*)
LEON. En suma, Teodora, aquí
me has de conceder lugar
de que me pueda pagar
de lo mucho que te di;
y si dármele no quieres,
yo le tomaré.

TEOD. ¡Señor,
indigno es de tu valor
mostrar fuerzas con mujeres!
LEON. Mostrallas y hacellas quiero.
(*Llega a forcej[e]ar con ella.*)

TEOD. ¡Ay, Dios; ay, mi esposo amado!
¿En qué, cielo, te he enojado?
¡Detente, Leonardo fiero;
detente, bárbaro injusto!
LEON. Terca, obstinada mujer,
piensa que al fin has de hacer
con él, o sin él, mi gusto.

(*Vuelven a salir* CONRADO *y* SERGIO, *su criado.*)

CONR. ¿Quién por aquí daba voces?
SERG. Allí una mujer descubro.
CONR. De un frío sudor me cubro.
¿Quién será?
SERG. ¿No la conoces?
A los pies de un hombre llora.
(*Está arrodillada y medio caída.*)

CONR. ¿Quién llora?
SERG. Si no me engaño
es aquella... ¡Hay tan gran da-
CONR. ¿Quién dices? [ño!...
SERG. Tu hija Teodora.
CONR. ¡Denme los cielos paciencia!
SERG. Y éste, el príncipe Leonardo.
CONR. Presto verás del bastardo
castigada la insolencia.
(*Acométenle con la espada desnuda.*)

¡Muera el infame traidor!
LEON. ¿No es este el varón Conrado?
¿Hay hombre tan desdichado?
¿Qué pretende tu rigor?
(*Háceles rostro a los dos.*)

CONR. Lavar con tu sangre aleve
la mancha de mi deshonra.
LEON. Antes verás que tu honra
quiere darte muerte breve.
CONR. Ea, Sergio, que a tiranos
el cielo siempre atropella.

LEON. El tener mala querella
me ata los pies y las manos.

(*Pásase* TEODORA *al lado de su padre.*)

TEOD. Animo, padre, pues no
sin causa aquí os trujo el cielo,
que a mí este fragoso suelo
armas me dará.

(*Bájase al suelo a buscar alguna piedra.*)

LEON. Llegó
ya mi fin.

CONR. Muy poco medras,
falso, aleve, contra mí.

TEOD. ¡Que no haya piedras aquí!
¡Que en un monte falten pie-
[dras!

LEON. Llamar a mi gente quiero.
¡[H]ola, soldados!

SERG. ¿Ya apelas
a los tuyos?

CONR. ¿Qué, recelas
el justo castigo?

(*Salen los* SOLDADOS *que se quedaron.*)

TEOD. ¡A[h], fiero!

SOLD. Ya a las voces y al ruído
de golpes y cuchilladas
veníamos.

LEON. Acabadas
son ya, Conrado atrevido,
tus bravatas. Prended luego
esos dos bravos, y pues
su temor no les dió pies,
darán materia a mi fuego.

(*Llegan y quítanles las armas.*)

CONR. Ejecuta antes la muerte
que la prisión en nosotros.

LEON. No, que os quiero yo a vosotros
para otro trago más fuerte.
Por el cielo soberano
que he de hacer que antes de un hora
delante de ti Teodora
me venga a hacer su amor llano,
y luego os he de entregar
a los peces a los dos.

CONR. Si quieres, piadoso Dios,
tú lo puedes remediar.

TEOD. ¡Que así la pasión te ciega!

LEON. Y el enojo de tu padre.

TEOD. ¡Ay, nunca pariera madre
hija que a tal punto llega!

(*Entranse, dándose fin con esto a la segunda jornada.*)

JORNADA TERCERA

(*Salen el* REY *de Biserta Cariodeno, y* AZÉN, *viejo, y* ROSANA, *mora, y* LUDOVICO, *vestido de mercader.*)

REY. No poco me satisfaces
con tus relaciones varias.

LUDOV. Ni son poco extraordinarias
las mercedes que me haces.

REY. Y ¿qué tiempo habrá que en-
mercader, en rescatar [tiendes,
en uno y otro lugar
esclavos, que después vendes?

LUDOV. Desde que yo esclavo fuí,
donde viendo su pasión
tengo dellos compasión,—
porque la tengan de mí. (*Ap.*)

REY. Luego ¿fuiste esclavo?

LUDOV. Y soy.

REY. ¿Agora cautivo?

LUDOV. Agora.

REY. ¿Y de quién?

LUDOV. De mi Teodora.
(*Aparte.*)
De ti, señor, pues estoy
tan obligado. [*Alto.*]

ROSAN. ¿Quién vió [*Ap.*]
tal beldad y discreción?
Sin duda los polos son
sobre quien Alá afirmó
el cielo de mi ventura,
pues lo es gozar desta gloria.

REY. Deseo saber tu historia.

LUDOV. Mejor dirás desventura.

REY. ¿Por qué entre los ojos traigo

que eres más penado amante
que cudicioso tratante?

LUDOV. Aunque lo creas, no caigo
de la primera opinión,
si el amar ya viene a ser
también comprar y vender,
pues se vende el afición.

ROSAN. Eso no lo diré yo,
que sin interés entrega
mi fe de liberal ciega
cuanto el cielo le entregó.

AZÉN. Así es este mercader, [*Ap.*]
como yo.

REY. Pues ¿no nos dices
tu vida?

LUDOV. El fuego no atices,
si mi fin no quieres ver.—
Decir quiero una mentira,
que en esta necesidad (*Ap.*)
valdrá más que una verdad.

ROSAN. Su sentimiento me admira.
[*Aparte.*]

LUDOV. Aunque de contar mis daños
ningún descanso pretendo,
pues la memoria del mal
no da alivio y causa aumento;
que se parece a la palma
tanto en el vivir eterno
cuanto en el ser siempre ingrata
al beneficio del dueño:
con todo, más por hacer
tu gusto contallos pienso,
que por recebir mi pena
descanso, alivio o consuelo.
Nací en la fértil Italia,
soberana en el Imperio,
gloriosa en triunfos y lauros,
venturosa en los sucesos,
y el día que yo nací
nacieron conmigo a un tiempo
la desdicha y el amor,
pues soy de los dos el centro.
Dícenme los que se hallaron
a mi infeliz nacimiento
que en vez de nacer llorando,
cual todos, nací riendo;
pronóstico fué y anuncio
este portentoso trueco,
pues cual recién heredado
que comienza con empeños,
y después toda la vida
va pagando aquellos duelos,
voy pagando con mil penas
aquel prestado contento.
Apenas di a la razón
entre uno y otro suceso,
el debido sacrificio
en las aras de su templo,
cuando el poderoso amor,
usando en mí de su imperio,
aplicó al yugo tirano
mi altivo y rebelde cuello,
y escogió de mi prisión
por bellísimo instrumento
la más bella y más ingrata
que [h]abitó el italo suelo;
la que tomó de la luna
los inconstantes efetos,
aunque en mi daño no está
más firme una roca al viento,
pues las mudanzas que hacía
contra mí su duro pecho,
eran de un tormento atroz
a otro más atroz tormento.
No quiero decir que son
como el oro sus cabellos,
ni como plata bruñida
la tez de su frente y cuello,
ni como verde esmeralda
sus dos ojos, pues que dellos
hecho Jove, el amor forja
rayos de apacible fuego;
que son sus mejillas rosas,
cuando abriendo el botón tierno,
porque entonces sale el alba,
le prestan color perfeto,
ni que son sus rojos labios
de la hermosa boca sello,
y no es mucho, pues el lacre
no ha de competir con ellos;
pues no hay en cuanto ha criado
el que gobierna los cielos

cosa que a la perfeción
llegue de aqueste sujeto,
sino es que las unas partes
con las otras comparemos,
dándonos su cuerpo hermoso
como da ocasión, remedio,
pues se igualan las pestañas
con el oro del cabello,
con la plata de su frente,
la blancura de su cuello,
con el coral de su labios
el rojo carmín deshecho
de las mejillas, que están
sangre entre leche vertiendo,
con el bruñido marfil
de su hermoso ebúrneo pecho,
la cándida nieve pura
de sus prolongados dedos,
los cuales, si alguna vez
llegan a coger soberbios
del pecho las bellas flores,
a quien no se atreve el tiempo,
ni veis lo que flores son,
lo que es manos, lo que es pecho,
que pues cegó allí el amor,
no es mucho todos ceguemos.
Esta ingrata como bella,
y la más bella del suelo,
vi, miré, quise, adoré,
idolatré, mas no puedo
decir que la apetecí,
porque su mirar severo,
aunque pone al amor alas,
también pone al amor freno.
Oye agora del rigor
de cuantas serán ni fueron,
el dechado sin traslado,
el ejemplo sin ejemplo.
Después que hizo en mí más [pruebas,
a quien suertes llamar puedo,
quen un jarretado toro
hace el concurso plebeyo,
por remate me ha mandado,
si es que en su pecho hallar
aquella dulce acogida [quiero
que tras borrascas da el puerto,
que le rescate una hermana
que siendo niña prendieron
unos dichosos cosarios,
y para que pueda hacello,
tan deslumbrado me envía,
tan ignorante, tan ciego,
que ni me dice los años
que ha que fué presa, ni el pues-
donde cautivó, ni donde [to
llora agora su destierro.

REY. Que aún eso negarte quiso.

ROSAN. ¿Quién vió tan ingrato pecho?

LUDOV. Con todo, salí a servilla
con gran gusto, pues le tengo
de pensar que en su servicio
mis verdes años empleo;
y entre tanta confusión
y camino tan incierto,
a darme luz se ofreció
un forzoso pensamiento,
y es, que siendo (como es)
hermana de un angel bello
la que busco, no estará
su resplandor encubierto.
Sólo pudiera ofuscalle
estar en el mismo cielo
de su hermana, como ofusca
la luz de la suya Febo,
porque en su ausencia no dudo
que entre cuantas hoy nacieron
la luna ha de parecer
de las estrellas en medio.
Esto me anima y esfuerza,
y me ha hecho en breve tiempo
del Africa visitar
hasta aquí el ardiente suelo;

(*Arrodíllase delante del* REY.)

y así te suplico humilde,
¡o[h], famoso Cariodeno!,
que al punto me dejes ver
de tus mazmoras los senos;
más ¿qué digo?, no es posible
que un ángel viva el infierno;
sin duda que de tu corte

será el hermoso lucero;
en ella, con tu licencia,
estar por agora pienso,
y si mi bien hallo en ella,
adoración te prometo.

REY. Por cierto, amigo, que en mí
tal efeto hacer pudiste,
que aunque tu historia es tan triste
con mucho gusto la oí.

ROSAN. Eso no ha hecho Rosana, [*Aparte.*]
pues la relación que oyó
en flor su afición cortó,
salió mi esperanza vana.

LUDOV. Bien salí de la mentira [*Ap.*]
que iba fabricando a tiento.

AZÉN. Deste mercader el cuento (*Ap.*)
no sin ocasión me admira,
pues la cautiva sospecho
que es Rosana, que ha quince años
que ciega cree los engaños
de Mahoma, a mi despecho,
aunque yo soy la ocasión.

REY. Busca esa bella mujer,
pues que ya te viene a hacer
lado mi mucha afición;
no habrá cima, brete o gruta,
silo, mazmorra o sagena,
de tristes cautivos llena,
de piedad, no de agua enjuta,
que no veas, si por suerte
vella fuere menester,
aunque tan bella mujer,
como tu prudencia advierte,
no ha de ocupar tal lugar.

LUDOV. Aunque soy de extraña ley,
pienso, poderoso Rey,
tan grande favor pagar.

(*Disparan una piedra dentro.*)

REY. ¿Quién entra en el puerto, [Azén?

AZÉN. No lo sé, aunque ya imagino
que es tu invencible sobrino.

ROSAN. Y mi disgusto también; [*Ap.*]
nunca vino solo un mal.

REY. Mucho por quien es le estimo.

(*Entra un* MORO.)

¿Qué es esto, fuerte Abrahímo?
¿Solo vienes?

ABR. Y mortal.
Oye, poderoso Rey,
el caso más infelice
quel rubio amador de Daphne
vió desde Batro hasta Thile;
sabrás, pues, que el gran Mumén,
por tu sobrino invencible
temido por esforzado
y adorado por humilde,
después que, como tú sabes,
pues ya los despojos viste,
tomó en el mar de Liguria
aquellos seis bergantines,
y ellos, aunque se escaparon
de las Sirtes y Caribdis,
por dar en nosotros, dieron
en otras mayores sirtes,
a la ribera de Nápoles
pasó con tiempo apacible,
en cuya costa pensó
hallar suertes más felices,
tomó tierra en una cala
a quien los costados ciñen,
de una el Vesubio empinado,
de otra unas sierras humildes.
Madrugó a vernos la aurora
con más variados matices
que después de las borrascas
se muestra en el cielo el iris;
saltaron todos en tierra,
yo no, que curaba triste
unas heridas, por quien
de morir estuve a pique.
Anduvieron por la costa
largo espacio, según dicen,
sin descubrir presa alguna
sus espías y adalides,
hasta que entrando ya el día
en la ribera distinguen
un hombre y una mujer,
o a Deyanira y Alcides.

Ella se entró en una cueva,
y él, fuerte, constante y firme,
no les dejó en más de un hora
la boca a los tuyos libre.
En fin, después que al rigor
de tanto golpe insufrible,
no las armas, mas las fuerzas
comenzaron a rendirse,
cayendo en el seco suelo
la menuda arena tiñe
con el humor de sus venas,
que a borbollones despide;
tu sobrino sus cuidados
a ver la dama remite,
para buscalla mostrando
pies de cebra, ojos de lince,
y a los que en la cueva entraron,
que ciegos, confusos, tristes,
con torpe miedo a sus ojos
se le ofrecían, les pide
por la dama; ellos callando
le responden, y él repite,
hasta que supo que hallarla
en la cueva era imposible,
porque el miedo que en sus pe-
se ensoberbece y engríe, [chos
la pintó tal, que el abismo,
con serlo, no es tan horrible.
Con todo, el fuerte Mumén,
hecho una irritada tigre,
quiso entrar dentro la gruta,
pero sus pasos impiden
del viejo Yaya el respeto,
que su cólera reprime,
y de la tierra alterada
las campanas y clarines.
Volviose a embarcar, y apenas
por la galera el esquife
dejó, cuando descubrimos
la dama, caso increíble,
que desde la orilla a voces,
tan tiernas cuanto sensibles,
nos llama, y con un lenzuelo
de siguro un pendón finge.
Con las voces nos provoca,
con el llanto nos constriñe,
y al salir, que al fin salimos,
con los brazos nos recibe.
Pensó que preso quedaba
su esposo, entre muerto y libre,
y esta sospecha fué causa
desta fineza indecible;
mas no bien desta ventura
gozó tu sobrino insigne,
cuando el de Amalfi topamos,
que por seis fustas despide
más fuego en confuso estruendo
que gotas de agua conciben
las nubes, a quien el sol
las forma y después derrite.
Un leño nos echó a fondo,
y otro nos entra y prosigue;
pero el tercero a los remos
apeló y pudo ex[h]imirse.
Preso o muerto tu sobrino
quedara y nosotros tristes,
después de muchos naufragios
que ha días que nos persiguen.
A tu presencia venimos
a fin, señor, que nos prives
de la libertad preciosa
o de la vida apacible,
que quien perdió tal caudillo
no es bien que a vivir se anime,
pues ánimo le faltó
para vengalle o seguille.

REY. Colgad luego a ese villano
de una entena. Infame, aleve,
¿esa es la fe que se debe
a tu caudillo?

ABR. La mano
recoge de tu rigor.

(*Arrodíllase.*)

REY. Tirad con ese atrevido,
que así me dió inadvertido
con tal nueva tal dolor.
Armese todo mi estado;
no quede en el puerto leño
desde el grande hasta el pequeño
que no surque el mar salado;
a Amalfi el rumbo enderecen,

en cuya atrevida costa
más daño que la langosta
hace en los campos, le ofrecen
mi venganza y mi razón;
yo en persona he de salir
para poder conseguir
más pronta la ejecución.

AZÉN. Advierte, señor, primero,
que tu amenazada tierra
está esperando la guerra
que mueve el de Túnez fiero,
el cual, si llega a saber
que faltas della, vendrá
y en tu reino dejará
que vengar y que rehacer.

REY. Dices bien; vaya Zailán,
y tú de su cargo luego
te encarga, aunque ya el sosiego
te está llamando.

AZÉN. Aún están
para servirte mis manos,
y para besar mi boca
donde tu heroico pie toca.

(*Vanse todos, sino* ROSANA.)

ROSAN. Sospecho, amor, que son vanos
pertrechos contra tu ofensa,
pues por mi mal llego a ver
que es divino tu poder
y es humana mi defensa.

(*Vase, volviéndose a mirar a* LUDOVICO, *que desde que oyó el romance ha estado como encantado.*)

LUDOVICO.

¿Que éste importune al cielo
con mil quejas injustas,
haciendo largo duelo
porque perdió dos fustas,
y que yo que he perdido
todo mi bien, no pierda mi sentido?
¿Que esté cuerdo y atento,
sin despedir el alma,
cuando que cuentan siento
que otro goza la palma
de mi vitoria, y luego
no llueven rayos sobre mí de fuego?
Ofendí al cielo fuerte,
que su poder tremendo
contra mí le convierte,
o por dicha deciendo
de la canalla negra
que un tiempo puso a Olimpo sobre Fregra.
Leonardo con Teodora
de mi quietud triunfando,
y yo entre gente mora
mi cuerpo disfrazando,
finjo nuevos amores
a fuerza de retóricos colores.
Reniego del que al suelo
echó tan vil criatura;
reniego del consuelo,
con nombre de ventura,
que me dió el cielo ingrato
en los principios de aquel dulce trato;
del mar reniego insano,
pues no me ha sumergido
cuando surcaba ufano
su reino tan temido,
pues muerte en tal estado
no muerte, sino vida la han llamado;
reniego de las manos
de aquellos moros fuertes,
pues con ser tan tiranos
no me dieron mil muertes,
y, en fin, también reniego
de la ocasión de echar tanto reniego.

(*Vuelve* ROSANA.)

ROSAN. ¿Qué ciego furor me impele,
o qué espíritu me rige?
¿Quién mis intentos dirige
a pedir que me consuele,
si es ingrato el que me aflige?
¿En qué os pude yo ofender
hasta aquí, piadosos cielos,
que muerta me queréis ver,
pues la que tropieza en celos
en la muerte ha de caer?

LUDOV. ¿Y a quién los pies me ata
en esta adusta tierra?
Vuelvo a mi patria, ingrata,

pues así me destierra,
teniendo ella el tesoro
que yo busco entre el turco,
[alarbe y moro.

ROSAN. ¿Si le daré parte agora
del mal que en mi pecho labra,
y el alma confusa llora?
No puedo formar palabra
y mil formaba no ha un hora.
No la honda mallorquina
la piedra con más furor,
ni el felice cazador
la certera jabalina
tiró con fuerza mayor,
que salí de mí a buscarme
en este ingrato, aunque quedo
tan atajada de miedo,
que ya no puedo llegarme,
ni menos volverme puedo.

(*Ibase y topa con* ROSANA.)

LUDOV. Vuelvo en busca...

ROSAN. Pues, amigo,
¿cómo os va por esta tierra?

LUDOV. Muy mal, pues vuestro enemigo
(*Aparte.*)
también me hace en ella gue-
[rra.—
También que al cielo bendigo
[*Alto.*]
por el viaje que he hecho.—
Eso me faltaba agora... (*Ap.*)

ROSAN. Ya doy al agua mi pecho.

LUDOV. ...pues viene, a lo que sospecho,
a entretenerse esta mora. (*Ap.*)

ROSAN. Debajo desta figura [*Ap.*]
pienso decirle mi intento.

LUDOV. ¿Que sepa mi desventura, [*Ap.*]
y que esté ni aun un momento
con alma quieta y segura?

ROSAN. Sabrás, mercader, que vengo
rogada de una cautiva,
a quien no poco amor tengo,
quen su libertad estriba
esta vida que sostengo,
a pedirte, pues en ti
su esperanza fué a fundar,
que la quieras rescatar,
pues a eso veniste aquí.

LUDOV. ¡Que tú me quieras mandar
lo que está tan en tu mano,
notablemente me admira!

ROSAN. ¿Cómo así?

LUDOV. ¿No es caso llano
que por libertad suspira
quien tiene tu mano en vano?
¿A quién querrás libertar
que luego libre no esté?

ROSAN. A quien yo no puedo dar
lo que puedes tú.

LUDOV. ¿Por qué?

ROSAN. Eso procuré callar,
mas ya no puedo, quel cielo,
de mi descanso invidioso,
en ti solo, en todo el suelo,
puso, mercader dichoso,
tu ventura y mi consuelo;
tu dicha, pues te convida
la que un reino despreció,
con su libertad rendida;
mi consuelo, porque yo
sin ti no he de tener vida.
Sola una cosa me culpa,
ques mi pronto atrevimiento;
mas si el quejarse disculpa
cuando es muy grande un tor-
[mento,
mi culpa me da disculpa.

LUDOV. ¡Que tal sea mi fortuna!
(*Aparte.*)
¡Que siempre en las ocasiones
de más penas y pasiones,
de aquesta gente importuna
oyó las exclamaciones!
Orilla el mar me apuró
la madre de mi Teodora,
y agora el cielo ordenó,
cuando más triste me vió,
que me tulla aquesta mora.

ROSAN. ¿No respondes? A mi amor,
¿qué galardón le señalas?

LUDOV. Enmudéceme el favor,

pues que me sube sin alas
al cielo de tu valor;
emnudéceme también
verme en ocurrencia tal,
que aunque más favor me den
por fuerza he de pagar mal
tan nunca esperado bien.

ROSAN. ¿Y la ocasión?

LUDOV. Porque en tanto
que hiciste tú de aquí ausencia
supe que ya el cielo santo
goza la bella presencia
de aquella que estimo en tanto.

ROSAN. Si es así, nunca mejor
puedes acudir a dar
satisfación a mi amor.

LUDOV. Antes me pienso ausentar
y lamentar mi dolor.

ROSAN. ¿Así se paga mi fe?

LUDOV. Si con otra he de pagarla,
y esa no tengo, ¿qué haré?

ROSAN. ¿Hicieras tanto en quitarla
a una muerta?

LUDOV. No podré.

ROSAN. ¿Que así un hombre vil se
sin disculpa, ni ocasión, [arroja,
a despreciar mi afición? (*Ap.*)

LUDOV. Mucho me apura y enoja [*Ap.*]
desta mora la pasión.

ROSAN. ¿Que no me has de dar reme-
que sin él mi pecho llora? [dio,

LUDOV. En suma, sabrás, señora,
quel poner el mal enmedio,
es el que ofrezco agora;
y aún casi estoy por decir
que tú me haces embarcar
más presto.

ROSAN. ¿Aquesto he de oír?

LUDOV. ¿Que nunca he de combatir
a solas con un pesar?
Espera, Teodora, espera,
que presto, aunque por mi daño,
te he de ver.

(*Vase.*)

ROSAN. Ya desespera,
contra un fuerte desengaño,
mi tierna afición primera.

(*Quédase llorosa y suspensa y sale* AZÉN.)

AZÉN. Este bastón que me encarga
el de Biserta, ha de ser
la guía que me ha de hacer
que de aquesta ausencia larga
pueda el dichoso fin ver.
Este de la ceguedad
en que estoy, con tanta injuria,
de la suprema deidad
me ha de sacar y la furia
del mar.

ROSAN. ¿Que tan gran maldad
se anide en cristianos pechos?

AZÉN. ¿Quién, Rosana, te da enojos?
¿Quién pasó la grana a trechos
de tus labios a tus ojos,
que carne los tienes hechos?
¿De qué lloras? Dime ya,
hija del alma, el porqué.

ROSAN. Yo no lo sé, mas sí sé,
si mi ingrato se me va: [*Ap.*]
cuitada de mí, ¿qué haré?
Mas a este viejo, a quien ten-
por padre, pienso obligar [go
a que le vaya a buscar.

AZÉN. Ya tu remedio prevengo
si me quieres declarar
tu mal.

ROSAN. Sabrás, padre amado,
que la femenil vergüenza
puso en la boca candado,
que ya a decirte comienza
un caso poco esperado.
Este mercader que vino,
que nunca el cielo trujera,
dió principio a un desatino,
que si no me enfureciera,
a más llegara imagino.
Atajé su torpe intento,
mal dicho y bien declarado,
con tan pronto pecho osado,
que aun el primer movimiento
en él dejé castigado.

AZÉN. ¿Que tal Mahoma consienta?
Yo he de hacer que se arrepienta
de haberte tenido en poco.
O este mercader es loco,
o es hombre de mucha cuenta,
y ha venido disfrazado
a declararte su pecho;
yo le porné a buen recado
hasta que esté averiguado
si es verdad lo que sospecho.
ROSAN. Prendello luego procura,
antes que pueda esconderse.
AZÉN. Ya mi brazo se la jura.
ROSAN. Quien tiene poca ventura,
de la fuerza ha de valerse.

(*Vanse, y sale* CLAUDIA *en hábito honesto, y* OTAVIO, *su criado.*)

OTAV. ¿No me dirás la ocasión
desta obra tan peregrina?
CLAUD. A placer fué mi intención
de la justicia divina
la empezada ejecución.
Este hospital labrar quiero
sólo para recoger
lo que vomita el mar fiero,
que es quien me pudo ofender
y me ha de vengar espero.
Con su favor ha probado
en mí su rigor fortuna,
robándome el moro airado
una hija de la cuna,
y otra casi de mi lado
A Roselia, de dos años
perdí, y mi hermano con ella;
y a Teodora y sus engaños
también perdí,— y la querella
(*Aparte.*)
de aquel autor de mis daños.
Por la falta de mi hermano,
[*Alto*]
que jamás dél he sabido,
en su hacienda he sucedido,
que fué este espacioso llano
por dos leguas extendido.

(*Sale* CONRADO *muy mal vestido, como un hombre derrotado y vomitado del mar.*)

CONRADO.

Si no es que deslumbrado
me tenga la miseria en que me veo,
de Julio, mi cuñado,
todo cuanto con tardos pies paseo
era la rica hacienda,
y agora de mi amada y dulce prenda.
Del mar por un milagro
salí a la orilla de unos pescadores
a quien desde hoy consagro
en víctima alabanzas y loores,
pues les debo la vida,
que sólo de un bostezo estuvo asida.
¿Qué gente es la que miro?
Aún bien de la flaqueza ver no puedo;
no sé de qué me admiro,
ni a qué fin me detiene un torpe miedo;
o espero un grande gusto,
o de un gran daño me saltea el susto.

OTAVIO.

Ya de tu hospital rico
la fama los tristes derrotados
vienen, pues certifico
que deste pobre viejo los cuidados
nacen de alguna pena,
cuya enmienda libró el mar en la arena.

CONRADO.

¿No es Claudia ésta, mi esposa,
y aquél Otavio, mi criado antiguo?
¿Hay suerte más dichosa?

CLAUDIA.

Este ¿qué mira?

OTAVIO.

¿Qué miráis, amigo?

CONRADO.

Claudia, ¿no me conoces? [ces?
¿Que mi amor no te da en el pecho vo-

CLAUDIA.

¡Ay, mi esposo querido! [nera?
¿Quién te ha puesto, señor, de tal ma-

CONRADO.

El mar embravecido,
y aún peor me ha arrojado en su ribera,
aquesto mostró fuerte,
pues me arrojó luchando con la muerte.

CLAUDIA.

¿Y quién en el mar fiero
te hizo entrar?

CONRADO.

El rigor de aquel tirano,
que porque vive, muero,
si no es que a mi Teodora de su mano
libró, como a mí, el cielo.
Oye mi historia.

CLAUDIA.

Dila, mi consuelo.

CONR. De Nápoles me partí
después que el fin de la guerra
de Amalfi y Salerno vi,
y caminando por tierra
un día infeliz oí
unas voces de mujer
de un bosque en el seno espeso,
y queriendo socorrer
a quien las daba, el proceso
de mi deshonra fuí a ver.
Vi que a Teodora forzaba
el de Amalfi, ese traidor;
y cuando el cielo me daba
venganza de su rigor,
aquí el tormento no acaba,
sus soldados acudieron,
y a mí y a Sergio y Teodora
luego en el mar nos metieron.

CLAUD. ¿Y a qué fin?

CONR. Oye, señora,
los fines, que tales fueron,
pues tomó a su cargo el mar
la venganza, y al momento
un fiero indomable viento
con él pensó amenazar
el sublime firmamento.
Las galeras se apartaron
unas de otras, de tal suerte,
que luego desampararon
la nuestra, que aunque era fuerte,
con tal rigor la trataron
las olas, que se fué a abrir;
saltó luego en un esquife
el Príncipe, a quien seguir
no pude; en un arrecife
o escollo va ya a investir,
pues mi hija se llevó
en el barco, y la galera
en este punto se abrió,
y a mí una tabla ligera
de la muerte me escapó.

CLAUD. ¿Que en tal peligro dejaste
a mi Teodora?

CONR. Mayor
era el peligro de honor
en que la dejé; mas baste;
demos de todo loor
al Hacedor celestial,
y vamos, que vella espero
libre de afrentoso mal.

CLAUD. Alguna furia infernal
es este Leonardo fiero.

(*Vanse.*)

(*Sale a una torre* LUDOVICO, *en hábito de cautivo o preso.*)

LUDOVICO.

¿Quédate ya, fortuna,
alguna especie de pasión o pena,
desde el cóncavo cerco de la luna
a la profunda arena,
que me des a pasar, sino es que quieras
volver a comenzar por las primeras?
Ausente de mi gloria,
cargado de cadenas y de quejas,
al infierno cruel de mi memoria
me condenan las rejas
de aquesta torre, que si el mar la bate,
otro mar de mi llanto la combate.
¿Qué barco fluctuando
viene en medio el furor de tantas olas,
y dentro dél un bulto trastornando?
Mas no es un bulto a solas,
que dos descubro ya, y el uno dellos

hace vela al bajel de sus cabellos.
¿Mujer es que esparcida
al viento la madeja, altas las manos,
en su favor invocará afligida
los cielos soberanos?
Mas ya se enternecieron a su pena,
encallando el esquife en el arena.

(*Salen* LEONARDO *y* TEODORA.)

LEON. Ya fiera, ingrata homicida,
ni tu loco padre viejo,
que es ya de peces comida,
ni el fiero mar, a quien dejo
por poder salvar la vida,
mis galeras y hacienda,
pensando tenelle a raya,
aunque fué vana contienda,
podrán en aquesta playa
poner a mis gustos rienda.
Ya por ser en tierra extraña
de tu extraña condición
pienso tener galardón.

LUDOV. Si la vista no me engaña
ni me miente el corazón,
éste es mi enemigo fiero
y ésta es mi bien. ¡Ay de mí;
algún gran desastre espero!

TEOD. Príncipe, señor, en ti
todo mi bien consideto,
si a quien eres correspondes,
y a tu nobleza heredada,
tan justamente envidiada.

LEON. Mal con lisonjas respondes
a mi fe menospreciada.
Si es que tan principal soy,
¿cómo me tienes en poco,
pues tan despreciado estoy
siempre de ti?

TEOD. Porque toco,
y por mi desdicha doy
con mi humildad, cuando mi-
tu descendencia real. [ro

LEON. Aunque seas desigual,
si a ser tu marido aspiro,
¿no ves que te hago mi igual?

LUDOV. ¿Que el cielo me traiga a ver
a mis ojos mis agravios,
y en parte donde he de hacer
de mi lengua y de mis labios
armas como una mujer?

LEON. De tu defensa me espanto,
pues sabes cuán poco medras.

TEOD. Grande es tu dureza.

LUDOV. Y tanto,
que excede a las mismas piedras.

TEOD. ¿Y esas no enternece el llanto?

LUDOV. ¿Qué es lo que este aleve orde-

LEON. Aunque nadie te socorra [na?
no te dé mi intento pena,
pues cuanto se hace en la arena
el viento después lo borra.

(*Comienza a querella asir de los brazos.*)

LUDOV. ¡A[h], villano!

LEON. ¿Quién da voces?

LUDOV. Yo las doy; que si a[h]í estu-
a tus crueldades atroces [viera,
bien presto el castigo diera.

LEON. ¿Quién eres?

LUDOV. ¿No me conoces?

TEOD. Este es mi esposo y consuelo,
pues le tengo de que vea
mi valor en la pelea.

LEON. Que es Ludovico recelo.

LUDOV. Y el que tu maldad afea.

LEON. Pues te hallas aquí, alevoso,
bien es que el verme te cuadre
cómo ejecuto furioso
lo que no delante el padre
delante el fingido esposo.

(*Y ásese con ella.*)

LUDOV. ¿Quién un hecho tan esquivo
arrojándose evitara,
pues tengo por cosa clara
si pensara llegar vivo,
que en echarme no pensara?
Mas estas paredes frías
armas darán a mis manos.

(*Hace como quien arranca piedras de las paredes.*)

LEON. En vano, ingrata, porfías.

TEOD. Ya mis esfuerzos son vanos
si favor, cielo, no envías.
LUDOV. ¡O[h], quién la diestra tuviera
del gran Júpiter tonante,
y en esta piedra infundiera
como en rayo fulminante
todo el fuego de su esfera!

(*Amenázale con un canto* LUDOVICO.)

Pero ¿quién podrá arrojalla
sin ofender a mi esposa,
que está en desigual batalla
con esta tigre furiosa?
TEOD. Pérfido, alevoso.
LEON. Calla;
basta tu fiero desdén,
no hables más.
LUDOV. ¿Hay suerte igual?
¡Que me halle en ocasión tal!
¡Por no hacer mal a mi bien,
que he de hacer bien a mi mal!

(*Echa de ver* TEODORA *lo que iba a hacer* LUDOVICO *y dícele.*)

TEOD. Tira ya ese canto fiero,
y no te encoja la mano
ver que muera yo primero,
pues días ha que yo muero
porque muera este tirano.

(*Sale* ROSANA *con algunos moros, y écha-la de ver* LEONARDO, *y deja a* TEODORA.)

ROSAN. Vengo a ver mi libre preso,
con achaque de mirar
sereno o soberbio el mar,
y a recontar mi suceso
a quien no me ha de culpar.
LUDOV. Bella Rosana, así el cielo
te libre de todo engaño,
afición y desconsuelo,
que atajes el mayor daño
que ha visto el cielo en el suelo;
pues a todas te prefieres
en nobleza y discreción,
bien sabes la obligación
que hay de amparar las mujeres
en semejante ocasión.
Este villano quería
forzar aquesa mujer.
ROSAN. Llegalde luego a prender:
aunque yo lo mismo haría
contigo, a poderlo hacer.

(*Llegan los* MOROS *a quitarle las armas.*)

LUDOV. Bien dos veces he salido
con este arrojado intento.
MORO. Rinde las armas.
LEON. Rendido
mi corazón afligido,
de rendillas soy contento.
TEOD. Viendo ya que me he librado
de tus rigores crueles,
más animosa he quedado,
pues pienso hallar entre infieles
la fe que a un fiel le ha faltado.

(*Dice aparte a* LEONARDO.)

LEON. ¿Cúya es esta tierra?
MORO. ¿Cúya?

(*Dando las armas les pregunta.*)

Del de Biserta.
LEON. ¡Ay de mí!
Teodora, no me destruya
tu lengua en decir aquí
quién yo soy.
TEOD. De aquesto arguya
tu bárbaro atrevimiento
el triste estado en que estás,
pues me ruegas, y ha un mo-
[mento
que te miré más sangriento
cuando te rogaba más.

(*Ha estado* ROSANA *mirando a* LUDOVICO *mientras* LEONARDO *y* TEODORA *hablaban.*)

LUDOV. Pues hoy de infamia has li-
brado
a esa mujer inocente,
mi prisión te he perdonado.
ROSAN. ¿Cómo tanto te ha importado?
LUDOV. Alguno que está presente
sabe bien si me importó.

ROSAN. Pues libre no te has de ver
mientras no quieras hacer
lo que te he mandado yo.
LUDOV. Paciencia y no obedecer.
ROSAN. ¿Qué te movió a procurar
ajeno gusto por fuerza?
LEON. ¿Luego crédito has de dar
a una mentira que esfuerza
quien, si está en aquél lugar
nunca fué por bueno?
ROSAN. No;
es tan bueno, que su igual
el mundo no conoció.
LEON. ¿Es posible?
ROSAN. Aunque no mal
un talle me pareció, (*Ap.*)
cosa que en éste el discuento
hallé de tantas pasiones.
TEOD. A ti, mi bien, de prisiones
te carga el moro avariento,
y tú a mí de obligaciones.

(*Mirando la torre.*)

ROSAN. Vamos, que con esta presa
bien puedo ante el Rey llegar.
TEOD. ¡Quién te pudiera librar!
LEON. ¡Qué mal salí desta empresa!
ROSAN. ¡Qué sabroso es el mirar!

(*Mirando a* LEONARDO.)

LUDOV. Ve, Rosana, muy gozosa,
que los cuernos me has vengado,
y en dar a Teodora hermosa
tu favor, de ser mi esposa
tú misma inhabilitado.

(*Entranse todos y salen el* REY *de Biserta y* AZÉN.)

REY. ¿Que tanta gente previene
el de Túnez contra mí?
AZÉN. Muy fuerte y pujante viene.
REY. Yo he de hacer que se refrene
aun antes que llegue aquí.
Con el valor de mi gente
y tu consejo sagaz,
pienso cortar en agraz
los bríos deste insolente,
que así desprecia la paz.
AZÉN. En todo servirte debo,—
pero más a mi Rosana, (*Ap.*)
con quien la costa italiana
pienso ver, antes que Febo
nos salga a alumbrar mañana,
que de algo ha de aprovechar
de general el bastón.
REY. ¿Cómo está de su pasión
Rosana?
AZÉN. A ver salió el mar,
como suele.

(*Sale* ROSANA *con todos los que entró.*)

ROSAN. En conclusión
nadie despliegue la boca,
que el cargo de hablar me toca.
REY. Mi Rosana.
ROSAN. Mi señor.
REY. Del melancólico humor
¿cómo te va?
ROSAN. Ya muy poca
parte me queda de enojos,—
después que del mar salió (*Ap.*)
quien en verme me curó.
REY. ¿Qué gente es esa?
ROSAN. Despojos
que de ganar vengo yo.
REY. ¿Tú, hermosa Rosana? ¿Y [dónde?
ROSAN. Orilla el mar los gané.
REY. ¿Qué parte me corresponde,
pues yo de gente te armé?
ROSAN. Nada mi pecho te asconde:
la metad.
REY. No dices mal;
como los que compañía
hacen, yo puse el caudal,
tú la industria o valentía,
y partimos por igual.
Yo escojo, pues, la mujer;
¿y tú?
ROSAN. Si has querido ser
en escoger el primero,
ya de escoger desespero:
el hombre me ha de caber,—

y si del mundo el tesoro
desotra parte estuviera, (*Ap.*)
lo que me cabe escogiera.

REY. Por Mahoma, en quien adoro,
y por la sublime esfera,
que tal belleza no ha visto
el velocís[i]mo Apolo,
desde el Polo de Calixto
hasta el Antártico Polo.
Tú, ¿qué dices?

TEOD. Que conquisto
el mejor dueño del suelo.

REY. Esclavo dirás mejor.

TEOD. ¿Qué es esto, indignado cielo,
aún está en pie tu rigor?

(*Está el* REY *transportado mirándola.*)

ROSAN. Que la cobra amor recelo.

LEON. Aún te habrías, Rey, forjado
el cuchillo de tu muerte,
si della te has agradado,
porque otra mujer tan fuerte
el cielo no la ha formado.

TEOD. Ya no te falta, Teodora, (*Ap.*)
sino que el Rey se enamore
de ti y te vista de mora.

REY. Plegue al cielo que no llore
esta elección que hice agora.

(*Hablando con* TEODORA.)

Si en ti la prisión despierta
la tristeza y aficción
que tienes mal encubierta,
desecha ya esa pasión,
y ten por patria a Biserta,
que en ella puedes mandar
como absoluta señora,
pues llegas a sujetar
al que la gobierna agora,—
si es que puede gobernar. (*Ap.*)

TEOD. No ha nacido de perder
mi libertad, mi querella,
que estoy hecha a no tenella,
pues basta que sea mujer
para que viva sin ella;
nació de ver aherrojado
en aquella torre esquiva,
cuando escapé medio viva
del mar, un mi hermano amado
en quien mi consuelo estriba.

LEON. ¿Quién vió tan grande mal-
[dad? [*Ap.*]
Ya ruega por quien suspira;
pero, mi lengua, callad,
no descubráis su mentira
porque calle mi verdad.

REY. ¿Hermano tuyo en prisión?

AZÉN. Sí, señor, el mercader,
porque tuve información
que era autor de una traición.

TEOD. Siniestra debió de ser.

AZÉN. Que del de Túnez espía
era en traje disfrazado,
vino a decirme otra mía.

REY. Romped luego el vil candado
que tanto bien encubría,
y soltalde.

AZÉN. Haráse al punto.

REY. ¿Cómo te llamas?

TEOD. Teodora.

REY. Pues por ti está ya difunto,
Teodora, un rey que te adora.

TEOD. Eres de amor un trasunto.

(*Vanse todos; solo quedan* ROSANA, AZÉN *y* LEONARDO.)

AZÉN. No te entres con las mujeres,
que tengo mucho que hablarte.

ROSAN. Al jardín voy a esperarte;—
tirano amor, ¿qué me quieres?

(*Vase.*)

LEON. Cielo, ¿cuándo he de aplacarte?

(*Vase.*)

AZÉN. Pues tan gallarda ocasión
el justo cielo me ha dado,
presto saldré de cuidado,
poniendo en ejecución
lo que tanto he deseado.
Para todos prevenido
tengo un bajel escondido
entre juncos, algas y ovas,

más que en azúes, alcobas,
Neptuno está sumergido.

(*Vase, y salen arriba* CONRADO, CLAUDIA *y* OTAVIO, *su criado.*)

CONR. ¡Cuán diferente está el mar
de lo que, triste de mí,
no ha mucho tiempo le vi!
¡Nada me puede alegrar
después que a mi hija perdí!
¿Qué jamás de Ludovico
se ha sabido?
CLAUD. El se fué tal,
que por muerto le publico.
CONR. ¿Fué muy herido?
CLAUD. Mortal.
CONR. ¿Era fuerte?
CLAUD. Certifico
que herido así como estaba,
por sus dos ojos lanzaba
rayos de fuego y de ira,
y más contra quien suspira,—
a lo menos suspiraba; (*Ap.*)
pero ya pasó, folía.
OTAV. ¡Qué hermoso tiempo que hace
para venir en un día
a Italia de Berbería!
CONR. Nada, en fin, me satisface,
hasta que la inevitable
muerte ciegue rigurosa
mi garganta poco estable,
que es la muerte muy sabrosa
si es la vida miserable.
OTAV. ¿Qué bajel es el que veo
más ligero que una pluma,
de los reinos de Nereo
cortar la cándida espuma?
CONR. Que es justa africana creo.
OTAV. Que es bajel de remo es llano,
pues es de vela latina,
lo que a tierra se avecina.
CONR. No gasta su tiempo en vano,
que antes vuela que camina.
CLAUD. Si son moros, haz señal,
porque sin vellos, los vean
los de fuera el hospital.
CONR. Aunque aquestos moros sean,
no nos vienen a hacer mal;
¿a estas horas a surgir
en tierra había de venir
una galeota turca?
OTAV. Ya el salado mar no surca,
pues comienzan a salir
en el esquife.
CONR. Cristianos
y moros salen a una.
CLAUD. Parece que eso repuna.
CONR. Nuestros recelos son vanos;
de la cárcel importuna
esta gente se ha librado
por el favor de aquel moro.
OTAV. Creo que en lo cierto has dado.
CLAUD. En oyendo cárcel, lloro.
CONR. Ve al momento, Otavio amado,
y sabe quién son. Bajemos

(*Vase* OTAVIO.)

donde mejor aguardemos
la respuesta o relación.
CLAUD. Saltos me da el corazón.
CONR. Estoy por hacer extremos
de contento, sin saber
la ocasión porque los hago.

(*Bájanse, y salen* LEONARDO, LUDOVICO, TEODORA *y* AZÉN, *en hábito de moro, como antes.*)

LUDOV. Ya tras tanto día aciago
llego un día alegre a ver.
TEOD. Con esto me satisfago
de tantas penas, mi Dios.
LEON. Yo con ésta de los daños
que me habéis causado vos.

(*Señalando a* ROSANA *o tomándola de la mano.*)

AZÉN. Aquí, Rosana, ha quince años
que cautivamos los dos,
y toda esta tierra es mía.

(*Sale* OTAVIO, *y en reconociéndolos se vuelve corriendo.*)

OTAV. ¿Quién juntó tan buena gente?
TEOD. Otavio, espera, detente.

OTAV. Las albricias deste día
voy a ganar diligente.
AZÉN. Ya el mercader no suspira.
LUDOV. Julio amigo, ¿no te admira
y te hace gran novedad
que acertase a ser verdad
toda aquella gran mentira
que dije ante el de Biserta?
AZÉN. Y verdad no poco llana,
pues vemos que es cosa cierta
que tu dama era la hermana
de la cautiva encubierta.
LUDOV. ¡Rara cosa!
AZÉN. No te espante
el suceso deste día,
pues no es cosa extravagante
que pronostique un amante
sin saber astrología.
LUDOV. ¿Que al fin Roselia es Rosana?
AZÉN. Y de tu Teodora hermana.

(*Salen* CONRADO, OTAVIO *y* CLAUDIA.)

CONR. ¿Que al Príncipe viste agora?
OTAV. Y a Ludovico y Teodora.
CONR. Ya no puede ser temprana
aunque hoy me asalte la muer-
¡Hija mía! [te.
CLAUD. ¡Mi consuelo!
TEOD. ¡Padres míos!
OTAV. ¿Quién tal suerte
vió jamás en este suelo?
LUDOV. ¡Señor!
CONR. ¡Ludovico fuerte!

(*Llégase el* PRÍNCIPE *a hacer cumplimientos al que ha de ser su suegro.*)

LEON. Conrado mío, olvidad
vuestros enojos agora
y mi yerro perdonad,
y a vuestro yerno abrazad
sin ser mi esposa Teodora. [ja?
CONR. Pues ¿cómo? ¿Tengo otra hi-
AZÉN. Sí, hermano, y otra tan bella
que cuando el serlo te aflija
habrá entre reyes querella
sobre quién por tal la elija.
Esta es Roselia, y yo soy
tu cuñado Julio.
CLAUD. ¡Hermano!
¡Hija!
ROS. ¡Señora!
CONR. Ya estoy
tan fuera de mí, que en vano
fuerzas al corazón doy.
Pues, ¿cómo, dime, has estado
tanto tiempo sin hacerme
saber, Julio, vuestro estado?
AZÉN. Impórtame, hasta absolverme,
callar que fuí renegado. (*Ap.*)
Estas y otras maravillas
sabrás de espacio. [*Alto.*]
CONR. Señor,
tan soberano favor
reconozco de rodillas.

(*Volviéndose al* PRÍNCIPE, *y haciendo que se arrodilla.*)

LEON. ¿Qué hacéis, padre? Que deudor
siempre os seré yo.
LUDOV. También,
Conrado, yo lo he de ser
si a mi prima por mujer
me das.
CONR. Estáme tan bien,
que yo lo he de pretender.
CLAUD. ¿Qué influjos extraordinarios
del cielo en Africa a todos
os juntó?
LUDOV. Por casos varios
y por no pensados modos
se juntan los más contrarios.
CLAUD. Por ti y por la que te adora,
mi Ludovico, no sé
si es bien decillo.
LUDOV. Señora,
la fe de tu hija Teodora
sólo la paga mi fe.
CLAUD. O es la tuya aventajada.
TEOD. Pues la mía en ser perfeta
vence a la más extremada.
LUDOV. Y aquí dió fin el poeta.
Senado, a *La Fe Pagada.*

(*Entranse todos, dando fin con esto a la famosa comedia de* LA FE PAGADA.)

APENDICE

[LA PASSIO DE CHRISTO NOSTRE SENYOR

PRIMER ACTA DE LA PACIO DE CHRISTO NOSTRE SEÑOR

LOS INTERLOCUTORS SON LOS SEGUENTS:

JESUS.	ANNAS.	*Un* FARITZEU.
PERA, *apostol.*	CAYFÁS.	LA MOZA DE CAIFÁS.
JUAN, *apostol.*	ABDARON.	PILAT.
SIMÓ.	BENJAMÍ.	*Un* CRIAT *de* PILAT.
JUDAS, *apostol.*	RUBÁN, *porter.*	*La* MULLER *de* PILAT.
BERTOMEU, *apostol.*	*Dos* TESTIMONIS *falços.*	ER[ODES], *rey.*

JESUS. Dexebles, sens mes tardar
las pasquas vull secelebrar
ha ont será lo fill de Deu
prehit y posat en creu.

PERA. De orde de mestra aveu de
la sena a aparellar. [anar

JESUS. A la ciutat anireu
y per senayl (1) trobareu
un sert home que en la ma
una empolla aportará;
ha ont entrara entrareu
que aqueix es lo voler meu.

JUAN. Señor, vostra manament
cumplirem puntualment.

(*Vanse* PERA *y* JUAN *y troban un ab una empolla de aigua y arriban ab* SIMÓ.)

PERA. Simó, siau ben trobat
y Deu guart lo vostra altat.

SIMÓ. Aprés de moltas saluts
los dos siau ben vinguts.

JUAN. Nostra mestra a dit
que tindría gran delit
de meujar lo Anyell pasqual
en casa tan principal.

SIMÓ. Tot quant tinga es del senyor
y rebré mol gran honor
que en ma casa vulla entrar
un señor tant singular;
ha son servey, si li plau.
estará tot son palau.

PERA. Ha tanta mercé, Simó,
no faltará gallardó.

(PERA *y* JUAN *tornan en companya de son mestra.*)

JUAN. Ab Simó avem parlat
y diu que de molt bon grat,

(1) Así en el ms. Esta metátesis ortográfica se da con frecuencia en el mismo. Véanse las *Observaciones preliminares* en el tomo I.

Señor, si vos ho manau,
será vostro son palau.

JESUS. Pues resta content Simó
y fa tant bona rahó,
anem tots aquesta nit
a salabrar lo convit
desta soberana sena
que lo fill de Deu ordena.

(*Arriba lo* JESUS *en casa de* SIMÓ, *lo qual abraça a* CHRISTO *y* SIMÓ *li fa gran acato y tinga la taula parada.*)

JESUS. ¡A, Simó, amich coral!
prospera Deu eternal
aquesta casa y posada
en recort desta jor[n]ada.

SIMÓ. Señor, Vostra Majestat
sia mol ben arribat,
que no mereix casa mía
tant ditxosa compañía.

(SIMÓ *aporta* JESUS *a la taula prenent lo per un bras y als demés per son orde y porta jarro y bacina y una tovallola y los dona aigua mans.*)

SIMÓ. Que sia vingut assí
es gran honrra pera mí.
Jo, señor, estich content
de tant bona allotjament.

(JESUS *fa la benedichsio de la taula.*)

JESUS. Pare meu, Deu eternal,
Rey de gloria universal;
bostra divina paraula
benehesca aqu[e]sta taula.

(*Apres que lo* JESUS *aurá feta la benedictio y los* APOSTOLS *aurán mengat uns quants bocins, lo* JESUS *se alsará de la taula, se remangará los braços y pren una tovallola y basina y gerro de* SIMÓ, *lo qual lo.*)

JESUS. Pera, veniu fins así.

PERA. Señor, ¿qué voleu de mí?

JESUS. Vostros peus he de rentar
y per vos vull començar.

PERA. No es digna lo meu peu
que Vos, señor lo toqueu.

JESCS. Aquest sagrat ministeri,
nol fas jo sense misteri:
per virtut de un sagrament
entrará tant solament
en lo meu regno y ciutat
aquel que será rentat.

PERA. Señor, nom puch aconortar
que vos me vullau rentar.

JESUS. Pera, ja us he declarat
qué axi está determinat
y lo camí mes verdader
es rentarce tot primer
y qui rentat no será
venir ab mí no porá,

PERA. Vostra paraula sagrada
sia complida y lloada.

(*Lo* JESUS *renta los peus a tots los dexeblas, lo tornan a sentar a la taula hons y aurá pa y vi y vn calzer y lo* JESUS *va distribuint lo pa y lo vi.*)

JESUS. Deixeblas y cars germans
preneu de las mías mans
aquest pa tant saborós,
ques lo meu verdeder cos.

(*Distribuix lo pa.*)

Bebeu y gustau del vi
del calzer que tinch así
ques sanch del nou testament
que he descampar per la gent

(*Va distribuint lo vi.*)

y puis ja no puch tardar
deixeblas meus a gustar
lo amarch calzer de la mort
aquí us deixo per recort
en aquest nou testament
lo meu cos actualment
y finalment vos vull dir
que jo men vaig a morir.
Entra vosaltres hi ha
un traidor quem trayrá.

(*Facan los* APOSTOLS *gran admiració y sentiments y parlarán de dos en dos algunes paraules de seleret.*)

Asentat lom miro jo
maquinat la tra[i]ció.
Pres me portara y lligat
que axi esta profetisat
pero ¡ay del delinquent
qui fará tal trayment!
Molt millor li fora estat
que en la terra may fos nat.

PERA. ¡O señor omnipotent!;
descubriu vostre intent
y si jo fos lo traydor
publicau lo meu error,
pero vostra gran bondat
sab la mía voluntat.

JUAN. Señor; jo us vull suplicar
una merce singular;
digaume si sou servit
qui será lo malait
que cometrá tal maldat
quantra vostra magestat.
Ningú, Señor, contra Vos
pet esser tan alevós
y quant jo fos lo mal nat
publicau lo meu pecat;
pero Vos sabeu lo senyor (1)
lo que y ha dintra mon cor;
Vos sabeu lo sentiment
que tinch de vostra torment.
¡Qui pogués ser tant ditxós
que pogués morir pera Vos!
¡Qui tingues tanta ventura
que lo calzer de amargura
que aveu de beura, begués!
Mas ¡ay de mí! no puch mes
que entra pesar y dolor
sen va adormint lo meu cor.

(*Posa* JUAN *lo cap a la falda de* JESUS.)

BART. ¿Sería jo lo mal nat
autor de tant gran pecat?
¿Sería jo per ventura
fil de tanta desventura?
¿A voltas sería jo
fil de tanta perdició?
¿Auría jo maquinat
tant sacrilaga maldat?
¿Cap de cudrilla sería
de tan gran alevosía?
¿Jom sería conjurat
contra vostra Magestat,
unigenit fill de Deu?
Ja sabeu que Bartomeu
tant de dia com de nit
vos ha sempra ben servit
Ja sabeu la voluntat
ab que sempra vos [ha] amat
a vos mateix sento dir
que prest aveu de morir
per destruyr lo pacat
en la creu crucificat.
Señor, aqueixa dolor
travesa lo meu cor.
Si vos aveu de morir
feu que jo us puga seguir
que jo pasaré per Vos
aqueix tansit dolorós.
¡Quí podrá pendra conort
de tan llastimosa mort!
Vostras deixeblas amats
restarán desconsolats,
dirá plorant Bartomeu:
¿hon es lo mestra meu?
Señor, per vostra clemencia
revocau eixa sentencia.

JUDAS. Digau mestra y senyor,
¿sería jo lo traydor?

JESUS. Si jo no me era atravit
vos, Judas, o aveu dit.
Veniu, veniu fins aci
mangareu aquest bosi
y anireu encontinent
cumplireu vostre intent.

(JUDAS *pren lo boci que li dona* JESUS *y al cap de la taula y se aparta un poch dells altras y fará continents.*)

JESUS. Carisims deixeblas meus,
excoltau las tristas veus
de Jesus fill de María
posat en tanta agonía.

(1) En el ms.: *señoyor.*

Plorau la pena y dolor
de vostra mestra y señor
que ha de ser crucificat
segons está profetitsat
en lo tems de ma pació
no y sareu vosaltres, no.
Confusament fugireu
y tot sol me deixareu.

PERA. Axi poría morir
que de vos nom vull partir.

JESUS. Vos, Pera, a la veritat.
tres voltas me aveu negat
antes no cante lo gall
jo pasaré lo treball;
entra los malvats sayons
vos, de lluyn per los cantons
desconeguts dels Jueus,
seguireu los pasos meus.

PERA. Señor, no ha de esser axi,
estau confiat de mi
que Pera no fugirá
ni de vos se apartará.
Jo tiraré lel contell
encara que sia vell,
y mill voltas moriré
antes que no fugiré.

JESUS. Pera, segons vostre intent
es lo vostre parlament,
mes jo us dich que aquesta nit
seré venut y trayt,
y tant lo meu tems se acosta
que va corrent a la posta.

PERA. Un fill de Deu eternall
ha de ser tractat tan mal
antes que jo consentesca
que vostra vida patesca
primerament moriré
y per terra posaré
la turba dels faritseus.

(*Lo* JESUS *ab sos deixeblas se alsa de la taula y despadeixa de* SIMÓ.)

JESUS. Vol Deu, lo Pare Eternal
que son fill muyre en un pal,
fins ha tant que del tot sia
complida la profacia.
Jo, Simó, vaig a morir
y axí me vull despadir
y puix es curta ma vida
sia breu la despadida.
De vos me recordaré
quant a mos Pare veuré.

SIMÓ. Omnipotent fill de Deu,
quant en paradís sereu
teniu per encomanat
a Simó vostre criat.

(SIMÓ *sen entra y lo* JESUS *se posa al mig de sos deixeblas.*)

JESUS. Deixeblas, del fill de Deu
hoyu aquestas rahons:
Yo vaig a perdra la vida
per salvar lo pacador
Jom despalesch de vosaltras;
vosaltras resteu al mon
fins a tant que auré begut
lo matex calzer que jo
y puis es forca deixarvos
y subjectarme a la mort
queus ameu los uns als altras
vull exortarvos a tots.
Tractauvos com a germans
teniu al proxim amor
y procurau enhavitar
tota hira y rancor.
La caritat ab los pobres
vos encomanau sobra tot
que per pujar a la gloria
es escala de Jacob.
Preneu exembla de mi;
teniu memoria y recort
queus deixo aquestos preseptes
en lo articla de la mort
que com sou ovellas mías
y jo lo vostre pastor
se men van tras de vosaltras
las entranyas y lo cor.
Ja la mia ora se acosta,
ja se acostan los sayons,
ya venen a lligarme
armats de rabia y furor.
Ab empentas y punyadas

ab injurias y rigor
me aportarán en la casa
del Cayfás sacerdot.
Allí tindrán per principi
la mia santa passió
bofetadas y escopinyas
y mols altras desonors.
En casa de Pons Pilat
començarán los açots
ha traura sanch per vosaltras
en mas espallas y cos.
Lo cap sirquit despinas
desdel clotell fins al front
que per ser part tant sentibla
tindrá lo sentiment major
y finalment moriré
chrusificat en lo tronch
del sant arbre de la Creu
apres de moltas dolors.
Lo jorn de pasqua florida
resucitaré gloriós
que aprés de treballs
ve lo contento y rapós,

(*Asi conve fer admiració de alegría.*)

y puix lo meu temps se acosta
deixeplas del Salvador
per ultima despadida
vull abracarvos a tots.

(*Abrasa* CHRISTO *a tots los* APOSTOLS.)

Esta vostra compañía
galardonará algún día
que jaus tincha aparallat
un gran premi en ma ciutat;
mes vosaltras tot primer
en lo mon sou master
perque la vostra doctrina
será tant santa y divina
que lo vostra parlament
convertira molta gent
y vostra predicasió
per tot lo mon fará só.
Pero vol ultimament
Deu, mon Para omnipotent,
que lo calzer que beuré
begau vosaltres també.
Deixeblas del Salvador
hoyu lo meu plant y plor
en aquesta despadida
vos encoman mes que ma vida
la mia mara segrada
que estará desconsolada;
prechvos que no la deixeu
quant en tal punt la veureu.
Fills carisims, aguardau
un poquet aqui si us plau.

(CHRISTO *se aparta de los deixeblas y arriba a la porta del hort de Gericó.*)

Joan, Joan, car cosí;
veniu, veniu fins así
Veniu, Jaume; veniu, Pera
que vostre mestre vos espera
y tots quatra en profesió
entrareu en Gericó.

(*Dirá, y* JAUME *y* JOAN *arriban ab llur mestra fins a la porta del hort.*)

Trist mon esparit está
fins a tant que morirá.

(*Resta* CHRISTO *ab sos dexeblas dins lo hort y al altra part del teatro.*)

ANÁS. Señor, gran remor a feta
la nova de aquiex profeta.
CAYF. Castiguem ab gran rigor
aqueix fals encantador.
ANÁS. Yol sabre ben castigar
si en mas mans pot arribar.
BENJ. An me dit que a gosat dir
quel templa vol destruyr.
ABDAR. Magdalena lo a rentat
ab un balsem delicat.
ANÁS. Predica publicament
ques major atreviment.
ABDAR. Si no estigués amagat
ja sería castigat.

(*Entra* JUDAS *fins a la porta del consell y parla ab* RUBAN *porter o guarda de la casa del consell.*)

JUDAS. Digau, porter, home vell
¿potse entrar en lo consell?

HUBAN. Aurás de pendra paciencia
de aqui que tingas llicencia.
JUDAS. Rebré merce singular
que lam vullas alcançar.
RUBAN. Home, ¿qué vols fer de dins?
JUDAS. Vull parlar ab los Rabins.
HUBAN. Aquí porás aguardar;
veurá si porás entrar.

(*Entra* RUBAN *en lo consell a demanar llicencia als de la Cinagoga.*)

Un cert home feriaster
per cosas que ha manaster
demana, senyor, llicencia
y juntament audiencia.
ANÁS. Lo consell sempra la dona;
vinga molt enora bona.
CAYF. Feu que vinga prestament
y sabrem son parlament.

(RUBAN *torna la resposta a* JUDAS.)

RUBAN. An dit los savis rabins
que ja pots entrar de dins,
a hauont ab acatament
farás ton rahonament,
y mira ab qui parlarás:
ab Anás y Cayfás
Abdarón y Benjamí
que tenan consell aquí.

(*Entra* JUDAS *en lo consell.*)

JUDAS. Crescau Deu vostras honors
rabins, savis y doctors.
Ja sabeu queus prometí
lo día que vinguí assí;
jo compliré lo promés
sim donau trenta dinés.
ANÁS. Es hobra santa y perfeta
la venda de aqueix profeta.
CAYF. Sereu, Judas, molt honrat
si compliu lo consertat.
JUDAS. Doctor, savi y rabí,
noy dupteu que será axi,
y sim pagau ab argent
ja seré mes diligent.
ANÁS. Puix es honrrada persona
donemli moneda bona.
CAYF. Abdaron, pagaulo be
perque es cosa que convé.
ABDAR. Judas, honrat marcader,
veus assi vostre diner.

(*Dona* ABDARON *a* JUDAS *los trenta dines.*)

JUDAS. Aquest dines es molt fes
donaumen un altre de pes.
ABDAR. Vós teniu molt gran rahó
preneume un altra de bo.

(*Canvia* ABDARON *lo diner a* JUDAS.)

[JUD.] Jo estich pagat y content
de tan honrrat pagament
y puix taniu tant bon tracta
vaiga complir lo contracta.
ANÁS. Quant mes presa vos dareu
mejor pl[a]er vos ne fareu.
CAYF. Provareu ser diligent
que la nit paça corrent.
ABDAR. Entragaulo abans del jo[r]n
y fugiuvos del entorn.
JUDAS. Donaume soldats
que ab mi vingau ben armats.
BENJ. Judas, ja que sou pagat
per major seguratat
fen solament jurament
deuant Deu Omnipotent
que complireu lo promés
sens ningún altre intarés.
JUDAS. Quant lo promés no complesca
plega Deu quem consumesca
y com a perjur malvat
muyré en un sauch penjat.
ANÁS. Vos, Judas, parlau tan be
que us tinch per home de be.
CAYF. Hola Ruban, prestament
feu armar tota la gent.

(RUBAN *sen va a fer armar los soldats o fariseus y restan los de la Cinagoga en la una part del teatro mentra que lo* JESUS *fa les seguentes orations.*)

JESUS. Pare meu, Deu eternal
Rey de gloria universal;

feu que prest aja pasat
aquet calzer y combat;
pero, Señor, no ha de ser
conforme lo meu voler
sino sempra resignat
a la vostra voluntat.

(*Desperta* CHRISTO *als* APOSTOLS *que estan adormits y tirals per la roba.*)

¡Ola deixeblas amats;
molt estau endormilats!
¿Un petit punt no podeu
vellar en lo Fill de Deu?
Vetllau, puixque vetllo yo,
fingireu la tentació.

(*Torna segona vegada* CHRISTO *a orar.*)

Ho Señor omnipotent
suplicavos molt humilment,
puix sou para de clamencia,
que revoqueu la centencia
vejau sis pot escusar
lo calzer que tinch de passar.
Pero si convé, Señor,
que jo pase aquest dolor
estich sempre conformat
ab la vostra voluntat.

(*Desperta* CHRISTO *als* APOSTOLS *segona vegada.*)

Despertau, deixeblas meus
hatant llastimosas veus;
despertau vostres sentits.
No estigau tant adormits,
mirau que en esta ocasió
no dorm Judas, no dorm, no.
Resista hala petit
perque es promta lo esparit
y naturalesa umana
es flaca, débil y vana.

(*Torna* CHRISTO *a orar tercera vegada.*)

Clementísim Pare meu;
si determinat aveu
que muire per lo pecat,
faces vostra voluntat.

(*Apareix lo* ANGEL *a* CHRISTO.)

ANGEL. Unigenit fill de Deu;
veus asi la santa Creu
hont sereu crucificat
per destruyr lo pecat;
Vostre Pare assi me envia
perque en tanta agonía,
en tanta pena y dolor
conforte lo vostre cor.
Aquest calzer de amargura
bon Jesús eu de paçar
y ha de ser pera salvar
tota humana criatura.

(*Lo* ANGEL *aixuga la cara de* CHRISTO *ab una tovallola la qual ha de ser tañida de sanch y aprés la va amostrar al poble y va dient.*)

Mirau, germans, lo torment,
lo dolor y sentiment
que paça lo redemtor;
per remey de pecador
las penas que ha de paçar;
esta sanch li fan çuar.

(*Desperta* CHRISTO *als* APOSTOLS *tercera vegada.*)

JESUS. Alçau, deixablas, alçau;
despertauvos y mirau
la turba dels faritzeus
que arriba a nostros peus.

(CHRISTO *y los* APOSTOLS *restan de peus en lo hort y en laltra part del teatro los de la Cinagoga furan laltra.*)

RUBAN. Aquí, señor, son vinguts
uns quants soldats caballuts.
JUDAS. Estau donchs de bon conort
quel tinch espiat en lort;
anau prest, que no voldría
queus fugis avans del dia.
BENJ. Nosaltres nol conaixem;
vejau donchs com u farem.
JUDAS. Aquell que jo abraçare
provareu lligarlo bé.
BENJ. Abdaron, seguiu bandera,
veniu devant o darrera.

ABDAR. Seguiu, Marcus, gentilment
y gurdau lo llum del vent.

(*Camina tota la turba en ves lo ort de Jericó y* JUDAS *mira primer.*)

JUDAS. Quant se porta bona traça
es mes segura la caça.
MALC. Ja ques obscura la nit
no façam gayre brugit.
JUDAS. Saguesca tot lo esquadró
que ja som a Jericó.
JESUS. Amichs, ¿que demanau?
¿Nom direu a quí cercau
en aquest ort y retret?
ABDAR. Ha Jesus de Natzaret.
JESUS. Ego sum.

(*Cauan en ter[r]a tots los farizeus.*)

Levata.

(*Alsense tots junts los faritzeus.*)

¿Qué cercau ab tal brugit
mes que mes en una nit
tant obscura y tant secreta?
BENJ. Sercam a Jesús profeta.
JESUS. Ego sum.

(*Cauan en ter[r]a a los farizeus sebona vegada.*)

Levate.

Digaume, seño[r]s rabins,
¿a quí sercau aci dins
ab tanta furia y rigor?
MALC. Ha Jesus predicador.
JESUS. Dixit vobis, ego sum.

(*Cauan en ter[r]a los faritzeus tercera vegada.*)

Alsauvos puix tinch de morir
que ja desitjo complir
lo que está profetisat
y per mon para ordenat.

(*Alsense los faritzeus tercera vegada.*)

Descarregau sobra mi
vostra punsonya y varí
sol nom toqueu lo remat
apostolichs y sagrats.
JUDAS. Siau ben trobat Rabi.
JESUS. Judas, ¿qué voleu de mí?
JUDAS. Vull vos abrasar, senyor,
en senyal de bon amor.

(*Abrasa* JUDAS *a* CHRISTO *hil besa.*)

JESUS. Judas. Judas; desditxat
vos me aveu crucificat
ab aqueix engañós bes
venut per trenta dinés.
PERA. Pruitja tinch a les dents
de envestit estos valents.
Hola, señors faritzeus,
no paseu de aquí los peus
sino, per vida de Pera,
que gran mal any vos espera.
¡Ho canalla barratina;
contra la bondat divina
las vostras mans se atraviran
com las mias consentiran
tant sacrilega maldat.
Mes tú, faritzeu malvat,
que vols esser tot primer
no tindrás lo cap senser.

(*Dona* PERA *una coltellada a* MALCUS *y li lleva una horella y cayga en terra.*)

MALC. Com si tallás un nap
se men ha portat lo cap
¿com ho faré, trist de mí,
que men falta un gran bocí?
Malaja qui mi a posat
en un tan gran desbarat.
JESUS. Qui de contell vol ferrir
de contell ha de morir.
Torna, donchs, deixebla Pera
vostre contell endarrera
y vos aveu de pençar
que sim volgués defençar
destos sayons atravits
que llogions desparits
bem armats y despedits
mon para me anviaría
pero jo la profacia
vull complir de molt bon grat

per destruyr lo pecat.

(CHRISTO *se acosta a* MALCUS *per volerli confegir la horella.*)

Malcus, veniu fins aci;
no tingau temor de mi.
Mon para, per sa bondat
me ha donada potestat
tiller cal (1)
[per curar] colsevol mal
[y mostrar] molt bon amor
[vull] curar vostre dolor.

(*Resta confegida la horella de* MALCUS.)

[MAL]c. Vos, Señor, sou molt honrrat
puix tan prest aveu tornat
confagir la mia horella.
perque jo de maravella
fora restat esgarat
y molt mal aparancat.

(*Los* ESCRIBAS *y* SAYONS *gafan y lligan a* CHRISTO *y* MALCUS *tot primer lo agafa ab molta gran estripit de cadenas y ramor de trompetas.*)

JESUS. Ho faritzeus desditxats,
cegos y desatinats
tanta espasa y tanta lla[n]ça
denota molt gran matança.
Contra de mi sou vinguts
tant armats y previnguts
com si fos algun traydor
algún lladra o mal factor.
En hierusalem so entrat
y en lo temps [profetisat], (2)
allí los mal [alts curats]
y los morts re[sucitats]
haveume desi [mulat]
quant estava en la [ciutat]
y ara que estava secret
en aquest ort y retret
veniu ab tanta furor
a donarma pena y dolor.

BENJ. Portemlo pres y lligat
devant del señor Pilat.

ABDAR. Annas ha de esser primer
perque es home ben justicer.

MALC. Paçau devant, Benjamí,
vos que saveu lo camí.

BENJ. La casa que demanau
es aquest primer palau.

(*Arriban en la casa de* ANNAS.)

ABDAR. Senyor Annas; esta gent
portam pres un deliquent,
y tots estos ciutadans
lo posan en vostras mans.

BENJ. Aquest es lo mal factor (1)
ques feya predicador.

MALC. Aquest es lo fals profeta
que nostra lley a distreta.

ANNAS. Amich, siau ben trobat
ja que sou tant desitjat.
De vos he sentit dir
cosas quem fan escruxir
Diuan que aveu predicat
nova lley en la ciutat
y que vos secretament
convertiu a molta gent.
Rebré gust partiquelar
quem vullau dir y esplicar
com a cosa peregrina
la vostra lley y doctrina.

JESUS. Amichs meus, jo he predicat
per tota aquesta ciutat
y tost podem haver hoit
lo que en los templas he dit.
En llochs publichs he ensenyat
ha totom la veritat.

(*Dona* MALCUS *a* CHRISTO *una bofetada.*)

MALC. Predicador embustero
puix tanniu tant gran saber.
endevinau qui us a dada
tant teribla bofetada.

JESUS. Si malament he parlat
justament so castigat,
pero si estava ben dit

(1) Incompleto por deterioro del ms.
(2) Incompleto por deterioro del ms.

(1) Tachado: *fals.*

malament me haveu farit.
ANNAS. En casa de Cayfás
se resoldará vostre cas.

(*Vancen de casa de* ANNAS *ha casa de* CAYFÁS *ab* CHRISTO.)

Sacerdot y gran prelat,
Deu mantiga vostre estat.
CAYF. Ey vos ab molta salut
siau sogre, ben vingut.
AKNAS. Aqui porto un adalat
qui perturba la ciutat
y predica publicament
ab molt gran atraviment:
enseña nova doctrina
ab que lo pobla amotina.
Veja quin castich mereyx
qui nostra lley destrueix.
CAYF. Jerosolims ciutadans,
quant los delictos son grans
ha de ser ab gran rigor
castigat lo mal factor
Home tant facinarós
mareix castich rigurós;
vejau si poreu trobar
qui volldrá certificar
un cas tant escandalós
tant maligna y tant atrós.

(*Entran los testimonis falsos.*)

PRIMER. Jo diré la veritat
del que se mes preguntat.
SEGÓN. Jo, señor, deposaré
mal[a]ment lo que sabré.
PRIMER. Aquest home ha predicat
ab molt gran publicitat.
SEGÓN. Jo, señor, li he sentit dir
"Lo templa puch destruyr
y tornarlo hedificar
ab tres dies sim apar".
CAYF. Home ¿no tornau raho?
¿No sentiu la acusació
que aquestos fan contra vos?
Poch sou de vos cuydadós
¿No tornau per vos mateix?
La culpa vos persegueix;
responeume resolut,
no estigau tant trist y mut.
Mirau que tinch potestat
de donarvos llibertat.

(*Fará* CAYFÁS *una pocha de pausa.*)

De part de Deu vos conjur
sots pena de esser perjur
quem digau ab clara veu
si sou vos lo fill de Deu.
JESUS. Señor, vos ho aveu dit
com sim llegiseu lo pit;
mes jo us dich ab veritat
quem veureu venir assentat
a la dreta selestial
de mon para eternal.
CAYF. Contra de mi lo malvat
ha fortament blasfemat.
Llengua de algún escorpí,
llengua plena de varí,
llengua albosa y perjura,
llengua de mala ventura,
llengua tan desenfrenada
tant atravida y malvada,
llengua tant falsa y blasfema
¿com nos talla y nos crema?
ANNAS. Home tant desetinat
mereix castich duplicat.
BENJ. Veja lo gobernador
les culpes de aqueix traydor.
CAYF. Amich, haveu ben parlat;
aportemlo a Pons Pilat.

(*Hicxa* SANT PERA, *la* MOSA *de* CAYFÁS *y un* FARITZEU.)

MOSA. Tú, ¿qué cercas per ací?
¿Ha qui demanas, masquí,
que segons estás confús
ests deixebla de Jesús?
PERA. A tal home no conech;
deixem escalfar, li prech.
MOSA. Lo teu modo de parlar
malament ho pots negar.
PERA. Al que mas anomenat
nol conech en varitat.
FARIT. Ab lo teu parlar se veu
que deus esser galileu,

quant mes que jo tinch recort
que estavas ab ell en lort.

PERA. Tinga jo mala salut
si tal home he conegut.
Vosaltres deixaume escalfar
que de Jesús nom vull parlar
que si ell be o mal ha fet
de sert vos dich: nol conech.
Y si creure nom voleu
juraré lo nom de Deu.

(*Canta lo gall y* PERA *fa mostra de gram sentiment y fa lo seguent plant.*)

Miserera mei Deus;
misericordia, Señor,
que si son grans mas ofensas
vostra clemencia es major;
las vostras misericordias
mes innumerables son
que las arenas del mar
y los átomos del sol,
que segons ellos jndican
segons justicia y rigor
Senyor, jo lo mes ingrat
que illumina lo sol
després de tantas mercés
he pecat contra de vos
jo lo mes desagrahit
sent tant estimat de vos
aparat del benefici
som estat lo hofensor.
¡Ay de mí, que negat he
con a traydor alavós
per temor de una rapasa
ha mon Deu y Creador
he negat jo mon mestra
lo qui nom negava, no;
entra los altres deixeblas
ses entranyes y lo cor.
Jo la ovella mes volguda
del remat del Salvador
al meu pastor he negat
que es la bondat del mon.
Mes ja de tant gran [pecat]
demano, Señor, perdó
entre llagrimes que llanço
de viva pena y dolor.

(*Vasen St.* PERA, *y arriba* JUDAS *tot sospirant y movent grant llanto.*)

ANNAS. ¿Sentiu, Cayfás, un plor
que mou al cor tristor?

CAYF. Faria aquest sentiment
la mara del deliquent.

BENJ. Veu que tant mos amohina
no pot ser veu famanina.

ABDAR. Señor, lo qui fa lo plant
Jclas es, qui ve plorant.

(*Arriba* JUDAS *tot sospirant.*)

CAYF. ¿De qué, Judas, plorau vos?
¿De qué estau tant plorós?

JUDAS. Ploro la mia maldat,
la mia culpa y pecat.

ANNAS. Del que avem tractat y fet
jau estau ben satisfet.

JUDAS. Lo dimoni me ha engañyat,
ab molt gran subtilitat,
y per lo tant me fareu pler
de cobrar vostra diner,
y doname lo señor
ha qui dech tant gran amor.

CAYF. Judas, lo nostre contracte
val tant com qualsevol acte.

JUDAS. Si no mel voleu tornar
me fareu desesperar.

CAYF. Judas, jo seré content
que muirau tant valentment.

ANNAS. Jo tindré mol poca pena
de llevarvos tal faheyna.

BENJ. Jo molt poch cuydado
de ca[u]sar vostre enfado.

ABDAR. Y jo faré poch cabal
de llevarvos lo dogal.

JUDAS. Puix no puch acabar res
veus aqui vostres dinés:
aquí llanço, faritzeus,
la moneda en vostres peus
per lo qual ab gran ambust
vos doní la sanch del just
y puix no la puch cobrar
me fareu desasparar.

(JUDAS *se aparta tot lo que pot dells.*)

En varinosa planeta
baix lo signe descorpí
degué ser mon naxament
puix som nat tant malayt
La mara que me engendrá
sens dupta degué morir
de part, tant desventurada
per no donarme los pits.
Volgué lo sol a les hores
restar eclipsat y trist
perque mirar no volgué
un traydor de fit o fit;
bufava la tramuntana
en lo temps que jo nasquí
en pronostich que senyala
del mal que tinch de morir.
Abans de esser desditxat
tanta ventura tinguí
que vaig esser anomenat
apostol de Jesuchrist,
y quant de la ma divina
estava mes afavorit
a las horas lo vaig vendra
als escribas y Rabins.
Ja no pot lo meu pecat
alcançar ni conseguir
devant Deu misericordia
haventli venut son Fill,
y puix de Deu no puch esser
veniu, dimonis, veniu,
que en vostras mans rigurosas
deixo la meu esparit.

(*Ix lo* DIMONI TEMTADOR.)

D. TEN. Señor Judas Escariot
sereu de perlas servit
que jo sempra dono conort
als que confian de mi.

(JUDAS *se penga y lo* DIMONI *li ajuda tot lo que pit y los de la Sinagoga justan los dinés que* JUDAS *a llensat.*)

BENJ. Juguemnos estos manuts
puix Judas nols a volguts.
ANNAS. Preu de sanch nos pot jugar
BENJ. ¿En qué, donch, se han desmar-
ANNAS. Jo us diré lo quem farem; [sar?
un bell camp me comprarem
lo qual se nomenará
camp de sanch y servirá
per enterrar allí dins
tots los Pobras pelagrins.
CAYF. Abdaron y Benjamí
anau per amor de mi
ha cercat aquel malvat
portemlo a Pon[s] Pilat.
ABDAR. Senyor, vostre manament
cumplirem puntualment.

(ABDARON *y* BENJAMÍ *van a cercar a* CHRISTO *ab los demés soldats.*)

ANNAS. Abdarón y Benjamí
han servit be fins ací.
CAYF. Qui serveix ab llealtat
mareix premi duplicat.
ANNAS. Ja podem partir, señor,
que aqui está lo mal factor.

(*Arriba* ABDARON *y* BENJAMÍ *ab* CHRISTO *ab gran turba de soldats, rramor de trompetas, estrepit de cadenas en casa de* CAYFÁS.)

BENJ. Ha Jesus de Natzaret
portam lligat ben estret.
ABDAR. Per donarli major pena
lo avem ferrat en cadena.
ANNAS. Vejam lo gobernador
que fará de aquest traydor.
CAYF. Abdaron y Benjamí,
preneulo mes dret camí.
ABDAR. La casa de Pons Pilat
es aquesta del costat.
AKNAS. Seguesca tota la gent
en culpar lo deliquent.

(*Arriban en la casa de* PONS PILAT.)

CAYF. Guarde Deu, señor Pilat,
vostra vida y vostre estat.
ANNAS. Mantinga Deu lo valor
del señor gobernador.
PILAT. Sia molt ben arribada
compañia tant honrada.
CAYF. Aqui portam devant de vos
un home facinarós.

ANNAS. Aquest es lo fals profeta
de la ciutat ynquïeta.
ABDAR. Altra nova lley predicha
y la mostra falsificha.
CAYF. Es gran mengua y desonor
de Tiberi enparador,
que puchblicha ab altas veus
que ell es Rey dels faritzeus.
ANNAS. Nostras Reys han disposat
que sia a mort condemnat
qui los poblas amotina
y quantra Cesar chrimina.
PILAT. Crim de lesa magestat
es lo cas mes adelat
mes aqueix cas no es tant fort
que merexca patir mort.
ANNAS. Si no fos tant criminós
tant alterch y revoltós
devant vos, señor Pilat,
nol agueram aportat.
CAYF. La maytat del pobla creu
que es lo ver fill de Deu.
ANNAS. Entra las altras falcias
deya que era lo Massias.
BENJ. Ab la lley que predicava
lo pobla continuava.
ABDAR. Usava quant ell volía
del art de nigromancía.
PILAT. Vos, Jesus de Natzaret
¿com asi estau secret
que rahó no ajau tornada (1)
al que seus es acusat?
De vostra bocha a la mia
saber solament voldría
sensa moura de aqui los peus
si sou Rey dels faritzeus.
JESUS. Señor Pilat, president;
vos ho dieu clarament.

(PILAT *aparta lo* JESUS *al pretori y alli los dos se parlan de secret.*)

PILAT. Aquest home ha deposat
llargament la varitat,
y la causa no mareix
lo conflicta que pateix
quant mes un castich tant fort
com es condemnarlo ha mort.
ANNAS. Mal coneixeu, Pons Pilat,
cavall tant desenfranat;
aquest home galileu
gosa dir ques fill de Deu.
PILAT. Amich meu, saber voldría
si sou vos lo ver Masias.
JESUS. Si vos, Pilat, ho dieu
¿per qué saber ho voleu?
PILAT. Señors, aquest mal factor
no pot esser de mon cor;
jo presidech a Judea
y erodas en Galilea:
devant ell sia portat
perque sia castigat.
CAYF. Abdaron y Benjamí,
aportaulo fins allí.

(*Arriban ha* JESUS *en casa de* ERODES.)

BENJ. Nostra president Pilat
desitja vostra amistat;
de part sua som vinguts
ha donarvos moltas saluts
y aqui señor vos tramet
ha Jesus de Natzaret
perque sia castigat
segons haurá criminat.
EROD. Estimo molt lo favor
quem fa lo señor pretor,
y digauli de part mia
que tinch molt gran alegría
de tanir en poder meu
aquet home galileu.
ABDAR. Ell señor ha revoltat
casi tota la siutat.
EROD. La vostra fama, Jesus,
me te sosp[r]és y confús.
Tot lo pobla clarament
va publicant y dient
com a cosa peregrina
que taniu tanta doctrina
tanta destresa y saber
que miracles sabeu fer.

(1) Así en el ms. La rima denuncia que el orignal diría: *tornat*.

Fereume gran amistat
puix taniu abilitat
que puga veura de vos
algún señal portentós.
Vejau en que us adariu
y puix sou savi y atvartiu
que los prechs del president
son verdaders manaments.

BENJ. Devant de un Rey está mut
un home ques tant sabut.

EROD. ¿Com axi no responeu?
responaume, puix sebeu
que tinch plena potestat
de donarvos llibertat.

ABDAR. Per fer alguna maula
no perdria la paraula.

EROD. Home que no considera
una raho verdadera
apartaumal de davant
que sens dupta es ynnorant;
pero tot primerament
posaula aquest vastiment
perque vega Pons Pilat
que totalment es honrat.

(*Posan a* CHRISTO *una vestidura blanca.*)

Direu al señor pretor
que aqui te lo mal fachtor
y puyx lo tenia avans
quel castiga de sas mans.

(*Vancen* ABDARON *y* BENJAMÍ *ab* CHRISTO *altra vegada ha casa de* PONS PILAT.)

BENJ. Erodes mos ha deixat
aquest home per horat.

ABDAR. Vestit de blancc lo ha tramés
en senyal ques yndefés.

BENJ. Y axi ha dit queu fa cau
tot alló que vos vullau.

(PILAT *aparta altra vegada ha* CHRISTO *en lo pretori y alli los dos parlan algunas paraulas de secret y en aver parlat torna al mateix lloch ahont debans estavan.*)

PILAT. Amichs, jo le ynterrogat
ab un modo consertat;
tant gentilment se disculpa
que jo no li trobo culpa
y lo desonor que pateix
ja de castich li serveix.

ABDAR. Ha fe que no ha fet lo mut
quant parlar li ha convingut.

PILAT. Senyors, en Jerusalem
quiscun any traura solem
en la jornada present
algún pres o delinquent;
tenim pres a Barrabás
cridat per lladre de pas
y axi mateix tanim pres
ha Jesus que deu res:
vejam qual teniu de grat
perque tinga llibertat.

(*Digan tots junts.*)

[TOTS]. Tots a Jesus condemnam
y a Barrabas deslliuram.

PILAT. Mirau ques un gran error
deslliurar lo mal factor
y condemnar tant cruelment
un home tant ynnocent.

ANNAS. Nom de ynnocent no mereix
qui nostra lley destrueix.

CAYF. Qui Rey se fa del imperi
crimina contra Tiberi.

PILAT. Si ses culpas son tant grans
jol posaré en vostras mans
a judicarli la pena
que la nostra lley hordena.

BENJ. La nostra lley no consent
que jutjem lo deliquent.

PILAT. Ara be, feulo lligar
fortament en un pilar
y perque prenga conort
feuli donar açots de mort.

(*Hix la* MULLER *de* PILAT *a parlar a son marit y lo* DIMONI *va detrás parlantli a la horclla.*)

LA MULLER DE PILAT.

Deixau estar, Pons Pilat,
puix home tant honrrat
que lo cor me está dient

ques verdader Deu Omnipotent;
no li façau ningun mal,
que es Fill de Deu eternal.

(*Vasen la* MULLER *de* PONS PILAT.)

PILAT. ¡Hola, lo meu escuder;
entrau que us he menaster!

(*Entra lo* ESCUDER.)

ESCUD. Aquí está vostre criat.
PILAT. Sercau tota la ciutat
y feu vanir aci dins
los mes esforzats buitxins.
ESCUD. Señor, vostra manament
cumplirem diligentment.

(*Arriba lo* ESCUDER *fins a la porta del teatro y alli axirán quatra buitxins ho sayons de arremengats.*)

Veniu, ministras honrats;
veniu ben arremengats
ha fer un açotament
que valdrá gentil argent,
y atvertiu que Pons Pilat
aquest horda me a manat.

(*Arriban los sayons o buitxins ab lo* ESCUDER *devant de* PONS PILAT.)

Aquí, señor president,
arriba tota corrent
ab una gran alegría
tota la butxinaría.
PILAT. Ho sicrals de Tiberi
comencau lo ministeri;
açoteu estretament
aqueix home delinquent
perque tinga aqueix conflicta
en castich de son deslichta.

(*Los* BUITXINS *ho* SAYONS *prenen a* CHRISTO, *despullentli las vestiduras, llillantlo ab una columna y quatra* BUITXINS *ho* SAYONS *lo açotan, es a saber; de dos en dos y quant los uns serán cançats se llençarán en terra y los altras farán son ofici una altra estona y mentra lo açotarán se cantará un misarera y açotantli vestirán una roba vermelia y farán lo acentar demunt de un escambell y alli los* FARITZEUS *li farán los segons vituperis.*)

RUBÁN. Deu te guart, Rey dels Jueus,
acobat de cap a peus
y per darta major despit
en la cara te escopit.

(RUBÁN *escup en la cara de* CHRISTO.)

LO QUI APORTA LA CORONA.

La vostra Real persona
li partany esta corona
perque vaya asenyalat
Rey de tanta magestat.

(*Pósali la corona despinas.*)

LO QUI LI DONA LA BUFETADA.

Tú qui saps profetisar
¿sabrias endavinar
qual de nosaltras te ha dada
tan terribla bofetada.

(*Dónali una gran bofetada.*)

LO QUI LI DONA LA CAÑA.

Un fill de un pobra fuster
rey de nosaltres vol ser;
home qui naix entre pallas
ha de ser rey de riallas,
y rey de tanta maranya
mareix un septro de canya.

(*Dónali una canya en lloch de septro y aprés* PILAT *prenlo* JESÚS *per sota los axillas y lo amostra a tot lo pobla.*)

PILAT. Veus aci lo home nafrat
afligit y mal tractat
acotat de cap a peus
per vosaltras feritzeus;
tan gran conflicta ha pasat
que está tot desfigurat
y ha patit gran turment
que no te sostaniment.
Cayfás, aquet anyell
ha tingut tant gran flagell
que segons ha criminat
te lo castich duplicat.

Deixemblo, pobre masquí,
que puga fer son camí.

CAYF. Pera ser ben castigat
ha de ser crucificat.

ANNAS. Home ques fa fill de Deu
ha de ser clavat en creu.

BENJ. Sentencia de mort mereix
qui nostra lley destruix.

ABDAR. Qui ser atrevit a dir
quel tem[p]la vol destruyr
mareix morir en un pal
per avitar tant gran mal.

(*Ara* PILAT *enirega lo* JESUS *als* JUEUS *y ells nol volen y va dient* PILAT.)

PILAT. Aquí deixo, ciutadans,
entregat a vostras mans
aquest home galileu;
condemnaulo si voleu
segons vostra lley disposa
que jo no li trobo cosa
per lo qual lo desditxat
haja de ser condemnat.

CAYF. Nostre César y señor
pot castigar lo mal factor
y vos, Pilat, xantament
que sou lo seu president
que a nosaltres no es permés
castigar ningún sucsés.

PILAT. Jo no puch, ni pot la lley
condemnat a vostre Rey.

ANNAS. Sols Tiberi enparador
es nostre Rey y señor.

CAYF. Si no voleu declarar
un castich tant exemplar
guardau, Pons Pilat, guardau
que per fluix no perdiau
lo carrech y magestat
que César vos la donat.

PILAT. Cayfás, segons parlau
hapar me amanasau.

CAYF. Pilat, si sou tant remis
ha Tiberi faré avís
de la vostra floxadat.

ANNAS. En bona raho destat
per no patir tanta gent
mareix mort tant solament.

CAYF. Hamich, vejam lo pretor
que sabrem tanir valor;
haquest hom ha de morir
ho tots havem de patir.
Saguesca la mia veu
qui sia bon faritzeu.

DIGAN TOTS JUNTS.

Donaumos, señor Pilat,
ha Jesús crusificat.

PILAT. Cesau ja vostras clamors,
rabins, sabis y doctors,
que ya estich determinat
de fer vostra voluntat.
¡Hola lo mèu esquder!
haportau lom enalter
que vull rentarme llos mans.

(PILAT *se renta les mans y va dient.*)

hjerosolims, siutadans,
estos carrechs y parills
sia sobre vostres fills.

DIGAN TOTS JUNTS.

Pilat, vostra profacía
sobra nosaltres sía, sía.

(PILAT *se asenta en una cadira la qual ha de estar en lloch alt y pendra ploma y tinta y paper y escriurá unas quantes ralas sobra de un bosct y després publicará en alta veu la seguent sentencia.*)

PILAT. Jo, Pons Pilat, president
governador general
y jutje de gerusalem
y peretor de la ciutat
de pelastina y judeya
per la ynvicta magestat
del ynvichta Tiberi
enparador dels romans
estant en lo tribunal
de la cas del p[r]etor
actualment judicant
vist tots los crims y dalichtas
en la causa criminal

de Jesus de Natzaret
per vosaltres acusat
y judico desta manera
atás y considerant
que dels merits y las culpas
clarament ha resultat
que volgué per una gloria
ab paraulas ar[ro]gants
ferce devant de vosaltres
Fill de Deu universal
antás que Rey de Judeya
volgué esser anomenat
y vedar que los tributs
vos en asasar pagats
y antás que moltas vegadas
ha gosat hamanasar
quel templa de Salamó
totalment vol asolar
mano per estos delichtas
que sia crusificat
y clavat en una creu
ab dos lladras al costat.

Diga qualsevol.

Aqui la presa de Christo
dona fi noble Senat,
perdonau les nostres faltes
puix es gran la voluntat.

(*Acaba lo primer acte de la cena y presa de* Christo *fins al pugament de la creu. Homnia sub correptione sante matris eclesia.*)

ACTE SEGON

de la pacio y pegament de la Creu de Nostre Señor y los qui parlan en ella son los siguens:

1. Christo Nostre Señor.
2. Nostra Señora.
3. María Magdalena.
4. María Jacobi.
5. María Salomé.
6. Sant Juan.
7. Pilat.
8. Annás.
9. Cayfás.
10. Sant Turió.
11. Simón Sinareu.
12. *Dos* Damas.
13. *Dos* Sayons.
14. *Alguns cavallers y soldats.*
15. Bon lladra.
16. Mal lladra.
17. Abram.
18. Nohé.
19. Moysés.
20. *La* Varonicha.
21. *y la* guarda *quels aparega segons la comoditat del lloch.*

Nostra Señora.

Nom haconsolau, parentas
perques tant gran lo turment
que sento y sentiment
que no puch viura contenta.
Veig que está pres mon fill
y que ha de patir mort,
¿com puch, donch, tenir conort
estant ell en tal perill?
Encara que mor de gana
per la umana redemtió
mes mal sola sento jo
que naturaleza umana
junta sentir no poria
com deu ser son yntarés
que jo sola sento mes
que junta no sentiría;
no que contenta no estiga
de que resto rescatada,
pero la pena sobrada
com es tanta ma fatiga.

María Jacobi.

Señora, amostrau valor
perque si vos desmayau
ha totas nos espantau
que sentim vostre dolor.

María Salomé.

Señora, puix mor sens culpa
y mort per tots ab tant gust
just es que deix[e]m lo sust
no es obstant que mor sens culpa.

MARÍA MAGDALENA.

Aplicau, señora mía,
la hagonía que sentiu
que lo dolor que patiu
me dobla a mi la agonía.

(*Hisca* ST. JUAN *y va dient.*)

SAN JUAN.

Deixau, señora benigna,
deixau lo reculliment
encara que tant convinga;
pero hara no convé.
Veniu y seguiu mos pasos
y si nou feu no veureu
ha vostron fill y mon mestra
que está en poder dels jueus;
sabreu que lan comdemnat
a mort lo jutge cruel
y la posa en llurs mans
perque venjansen ab ell
de la enuja que li tenan
de veural en tot perfet
que, señora, causa rrencor
la bondat al ques dolent.
Judicau com pot estar
entras las arpas cruels
de tals llops devoradors
aquell mansuet anyell;
que Jesús ha de tanir
en la voluntat tot mes
de los majors enemichs
sera a flagil lo suchsés.
Nous detingau, señora,
perque sius deteniu mes
segons la presa que portan
jo crech que viu lo trobareu
en la casa del pretor
hagaranlo dels cabells
lan fet redolar ab cosas
de la escala fins als peus
enborratxats de la cólera
cridant ab confusas veus:
"ara acabará la vida
a judeya el fingit rey".
Ab so de ronca trompeta,
com si fora un delinquent
li publican la santencia
de mort clavat en la creu.

NOSTRA SEÑORA.

¡Ho qué nova tan taribla
es aquesta, Pare Etern!
Perque del tot me acaba
la pena y sentiment
donauma, amigas, lo manto
las tres me acompañereu.
Ajudarmen a saportar
la dolor que lo meu cor sent.

MARÍA JACOBI.

Señora, mostrau valor
que tots vos seguirem
per ajudar aportar
vostre pena y torment.

SAN JUAN.

¡A pobla desconagut
a las marces de bon Deu
quen paga de banaficis
vituperis hofereix!
Hanem, señora, que sento
avalots per los carrers.
Ja deu paçar vostre fill
puix totom pasa corrent.

NOSTRA SEÑORA.

¡Ay fill car de mas entranyas!
¿Es posibla que us veuré
y que no [a]cabará ma vida
de pena y sentiment?
Si quant vos perdí en lo templa
encara que per poch temps
la vida penci acabar,
hara, per tant, ¿qué faré?

SAN JUAN.

Teniu ánimo, señora,
ab nou valor caminem
que en las penas y dolors
la fortalesa es coneix;
puix ja teniu lo manto
anem, señora, anem,
que fins a perdra la vida
jo ja may vos deixaré.

(*Vasen. Hisca* CHRISTO *ad la creu al coll ab*

tota la caballaria y soldats y sayons y dos DAMAS *y devant la trompeta fent la seguent crida.*)

TROMPETA.

¡Hola, gojats;
aquest es aquest
Jesús perque sapian
que es de natzaret
lo qual digué que era
unich fill de Deu
y quantra desasar
digué que era rey
y que espallaría
lo templa y després
dintra de tres dias
tornarial a fer
y per altras crims
ques tant en procés (1)
mana la justicia
que clavat en creu
hacabrá la vida
ab dos delinquents
perque sia castigat
hesta mort per ell,
y per tots los altres
que sian escarment

(*Tocha la trompeta y van pasant.* CHRISTO *ab la creu al coll cayga en migt del teatro y los soldats li prenan la creu y teninla dreta se agenolla* CHRISTO *devant della y va dient.*)

CHRISTO.

¡Ho vos, Pare eternal,
qui estau en la gloria,
mirau vostre fill
que aquí se agenolla
per sacrificarce
en hora morosa
ha vos per salvar
la gent pecadora.
Cesa vostra yra,
cesa vostra cólera,
pagará ma vida
la culpa a la vora
de Adam quem aguarda
dells llims en las portas.
Ja vostra Isach
humilment se posa
sobra de la llenya
per oferta vostra,
lley al sacrifici
anyells y colomas
no sens hotareyxan
suma persona
que si es sens culpa
provirá gososa
per donar la vida
vuy a la gent tota
de sanch en mon cos
no ha de restar gota,
treynta y tres anys ha
que ab cias gustosa
ha tu creu secava
viva en hora bona;
donam y los braços,
regalada esposa
puix conejx lo dia
de una aleg[r]a boda.
Tú as de ser la escala
per gent pecadora
que tocara al cel
de hont ja cob reposa.
Tú has de ser la clau
per hobrir la porta
que Hadam tanchá
quant menga la poma.
Tú as de ser trasor
y la mayor yoya
que adornas al mon
montanyas fragosas.
Tú de Salamó
serás la carrosa
per entrar cantant
en patrias de gloria.
Tú has de ser teyatro
y caradat ditxosa
de hont ensañarás
de hamor la victoria.

(1) Así en el ms. Debe de ser: *qu' están en procés.*

Trenta tres anys ha
que anchias amorosas
de mon cor te cercha
per tú no reposa.
¡Ho quant te desitjo!
Tú has de ser sola
lo fi y remato
de tantas congoxas.
Tú has de ser lo camp
y plata famosa
hont he de goñar
las mayors victorias.
Aquí Satanás
sa mort rigurosa
ha de ser vencut
dintra pochas horas.

(*Aquí li carregan la creu al coll.*)

SOLDAT PRIMER.

Si as acabada
la horació devota
carregat la creu
per una altra estona.

CHRISTO.

Ara estich content
que puch en la bocha
richa creu, locharta,
perque lo cor me robas.
¡Ho qui tingués hara
halas de coloma
del calvari prest
per muntar la costa
que nom costa a mi
que ancias amorosas
trebals facilitan
novas forças donan.

SAYÓ PRIMER.

Ja estich enfadat
desta sarimonia
que fas del valent
hit ¡faltan las forças
puix que a cada pas
no caus y tramolas.

SAYÓ 2.

¿No li sabs donar
tres o quatra cosas
ques bon agulló
per gent perasosa?

ANNAS.

Per força tant fort
pateix gran congoxa
puyx que la suor
del cap li da gota.
Ha' ficauli an ell
soldats, la corona;
vejam a no[s]tre Rey
ab deguda pompa.

(*Hisca la* VERONICHA *ab una tovallola per axugar la cara ha* CHRISTO.)

VERONICHA.

Señor, ya sabeu
que sempra las donas
quant vejam traballs
som mes piadosas.
Tenim de Jesús
mes misericordia
que en un condemnat
estant mal las sobras.
Preneu, bon Jesus,
esta tovallola,
vej que la suor
mesclat ab sanch brolla,
vos cobra la cara
y la terra tota.

(*Axuga li la cara ab la tovallola y aparega la figura de* CHRISTO.)

¡Ay major miracle!
que la cara propia
resta aquí estampada.
¡Ho divina copia!
Jol tinch de gordar
perques milagrosa.

ANNAS.

Puix que a cada pas
veiem que reposa,
Cimó Sinareu
que te bona força
la porá portar
puix paga li donan.

SIMÓ SINAREIO.

Lo pes es molt gran
y la paga pocha,
pero tinch lin llástima
vehent ses congoxas.

(*Hajuda* SIMÓ *ha portar la creu a* CHRISTO.)

ANNAS.

Hanem haviat
que ja pasa lora
per donar la mort
ques deu ha ças hora[s].

DAMA PRIMERA.

No puch detaní
ja la corrent copia
de llágrimas tristas.

DAMA SEGONA.

Las mias me sobran.

VERÓNICA.

¿Qui no ha de sentir
veura restar sola
sa mare afligida
sent tant santa dona?

DAMA SEGONA.

Y veurá lo fill
quant aixó no fora
mort, petint sens culpa,
es ynnominiosa.
No es bastanta enpresa
un cor dur de rocha
per la crueltat
facil aficiona.

CHRISTO.

De Jerusalem
fillas amorosas
no ploreu per mi
sols ploreu, seyonas
sobra vostras fills
y vosaltras solas
perque vindrá temps
y dias y horas
que totas direu
ab la veu plorosa:
"Benaventurada
mil voltas ditxosas
serán los estasills."

DAMA PRIMERA.

Desditxada noya;
caygan les montanyes
que hara son tant fortas
sobre de nosaltres
colladas nos cobran.

SAYÓ PRIMER.

Anem aviat
tocau vos lo trompa (1)

TROMPETA.

Ja la tocharé;
feu vos lo queus tocha (2)

(*Tocan la trompeta, tornan a fer la crida entransen. Hisque* NOSTRA SEÑORA, ST. JUAN *y las tres* MARÍAS.)

SAN JUAN.

Señora, puix sentim ya
la trompeta, caminem
que an al calvari serem
antes no morirá.

NOSTRA SEÑORA.

Anem, Juan, ab prestesa
antes que no sia mort
que la vida es mon conort
mon valor y fortalesa.

(*Hiscan las dos* DAMAS *y digue* NOSTRA SEÑORA.)

S[eñora]s, ¿aveu vist
un fill que lánema adora?

DAMA PRIMERA.

Pera quil pasan, señora,
cansat, afligit y trist.

NOSTRA SEÑORA.

En un carrer le trovat;

(1) En el ms.: *trompeta.*
(2) Desde aquí es de letra y manos distintas.

no me an dexada acostar.
Indicau com puch estar
usamne tal crueltat.
Yo volia dur la creu
quell de cansat no pot mes,
sols axeno me an permés
Per mes cansar lo fill meu.

DAMA PRIMERA.

Señora, amostrau valor,
puix diuan que mor sens culpa
y dels abreus mes contrari.
Señoras, vaygmen corrent
que segons passa la gent
deu ya arribar al calvari.

(*Vasen y hisquen* PILAT *amoynat y sol.*)

PILAT.

¡Qué trist estich, confús,
després que he sentenciat
a Jesus contra mon grau
perques sens culpa Jesus;
e li donada sentencia
a causa del avalot
y ara am serveyx de garrot
y de fiscal la sentencia.
¡O malaya lo ynterés
y desitg de gobernar
perque fazil nos fa arrar
y perder lo demés!
Semre viuré malencolich
perque ya fer nou volia
sino for la perfidía
de aquell pobre diabolich
a mim pesa que yo aya tort
la causa de llur malicia
la vara de la justicia
doná a Jesus la mort
pero ya ara ya está fet
tinga o no tinga culpa
llur pertinacia me desculpa
som rentat; ya resto net.
Ara volian que modás
lo titol que es en la creu
yo dich que aques pobla es abreu
es cruel y partinás.
Que feya Rey volau diga
ya es escrit que llur rey es;
ara farán tot lo demés
no y a dubta que men desdiga
Per sa mara me sap greu
ques honesta y virtuosa
yo auré feta gentil cosa
si e mort lo fill de Deu.
Vaynan; no puch reposar
sempre viuré mes quiet:
que qui un delicte a fet
no pot ya may descansar.

(*Vasen* PILAT *y ysque* ANAS *y* CAYFÁS *y* CENTURIÓ *ab alguns* SOLDATS.)

ANNAS.

Molt arrogant es Pilat
enquara diu que murmura.

CAYFÁS.

Ell a tingut ventura
que no leye demanat.

ANNAS.

Lo que a eschrit diu ques escrit
que es debarat singular.

CAYFÁS.

Puyx ques mor dexemlo estar,
ya sabem que es Rey fingit.

ANÁS.

Solament acap la vida
axó importa molt poch.

CAYFÁS.

Puyx que la gent dono lloch
de aqui veureu la partida.

ANNAS.

Molt bona yornada a empresa
perque may puyx lo veyam

CAYFÁS.

Desde aquest lloch aont estam
mirarem la fortalesa (1)

(1) Tachado: ANNÁS. *Prest pagará lo traydor.* Verso que aparece después.

ANNAS.

Ya lan estés en la creu
per aclavarlo mil[l]or

CAYFÁS.

Prest pagará lo traydor
tantes bugades quem deu.

(*Aquí van picant ab un martell.*)

ANNAS.

Ab tot no estará mal
que ayam mort a nostre rey.

CAYFÁS.

No la mort sino la lley
pramulgada en tribunal.

ANNAS.

Ya li an clavat un braç
laltro tiran ab una corda.

CAYFÁS.

Si de asanos recorda
digan no lo Cayfás.

(*Tornen picar altra vegada.*)

ANNAS.

Ara li clavan los peus
¡o que trista cara y fa!

CAYFÁS.

Ara be conexera
si será rey de abreus.

ANNAS.

Pera posarlo al forat
ara alsa la creu en alt.

(*Donan un gran colp en la creu.*)

CAYFÁS.

Com a donat tan gran salt
lo aurán descoyuntat.

ANNAS.

Pera ferli companya
los lladres alsen tanbé.

CAYFÁS.

Yo crech mi acostaré
per veurer llur valentía.

ANNAS.

La mara arriba plorosa
y ab la creu se es abrasada.

CAYFÁS.

Es María y está anuyada
veent la mort afrontosa.

(*Vasen y tiran la cortina, aparegue* CHRISTO *en la creu y a cada part dos creus, dos* LLADRES, ST. JUAN *y las tres* MARÍAS *y* SAYONS, *y* NOSTRA SEÑORA *que está abrasada en la creu.*)

NOSTRA SEÑORA.

Lo meu fill car
un tempes foreu vos
de mi los descans
y consolació
ara sou punals
quem pasen lo cor
aquexos verdachs
de cruels açots
vos mes gentil home
mes ermós que sol
en la creu teniu
forma de leprós
¿qué ses fet lo temps
que ab dolces cansons
en batlem baxaren
los angels a cors,
ab ricas ofertas
vingueran pastors
y ara per los homens
oferta sou vos?
Rey vos fan de burles
y un temps yom recort
que tres Reys vos daren
mirra, ensens y or.
Dintra mas entrañas
porteus sens dolor
y pareus sens ella;
ara an sento prou
y digau fill meu:
¿qué son fets los yoschs
que sent molt patit

vos sevi al brasol?
Sim dareu anguina
perdeuvos miyó
en gust com tornarem
entra los doctors
si allá ensinarereu
admirant a tots
doctrina molt alta
fent com a doctor,
ab borla despinas
ara veig que sou
ensenyant als homens
de dolors llisons
aquell cruel día
¡o qué dolorós
es quest pa mi
si alegra per molts!
Vos, suma bondat;
vos, just señor bó,
estau entre lladres
al costil major;
vos, que en poder
al Para igual sou,
ab ascau y profés
vos tracta de fet
com enemich gran
molt fascinarós
vos tracta aq[ue]x pobra
sen amich de tots
y lo que mes sento
fil[l] meu gloriós
veureu nom parlau
en tantas tristors
com tinch de rrestar
restant sens espós
y restant sens fill
en tanta aflicsió.
Mon fill, nom parlau
antes de la mort?
P[era] consolarme
digau alguns mou.
¿Com restaré trista?
¿Qué faré sens vos?
¿Aont acudiré
en mas pasions?
Vos erau ma guia
mon emparo y mort;
tota mas riquesas
y tot mon tresor
mon contento y gloria
y ara veyx que sou
la mofa del poble
lo que al cor men romp.
Pobre y afligida
trista mare som
queus veyx acabar
la vida ab rigor.
Penau, mon fill
feume aquex favor
sento per lo menos
de vos un dols mort
pera consolarme
en pas rigurós
que si puch pasarlo
no será fer prou.
¿Com pasau sola
los treballs del mon
y de vostra falta
la tristor y dol?

CHRISTO.

Dona, pren per fill ara
ha Joan vostre nabot;
y vos Joan preneu per mare
a ella que es de tots.

ST. JUAN.

Descansau, señora mia,
puyx sabeu que mort
ab mort tant amarganta
per salvar lo mon.
Yo may, mare mia,
tenint tal favor
nous tinch de dexar
servinvos en tot.
Sosegau, señora,
sosegau un poch
no doneu mes pena
al fill quant sent prou.

CHRISTO.

Cisio, yo tinch set.

SAYÓ 2.

Que per resfrescarte
fa lo ayre famós.

NOSTRA SEÑORA.

¡Ay desolada de mi!
¿qué es lo que sento y veyx
que lo creador del mon
ara sospira de set?
Sen tan rich morirau pobre
admirause terra y sell,
rompent cada qual lo pit
per donarli algun rafresh
aquell que aseria los Angells
ab son infinit poder
y ab suma providensia
al mas petit oserset
aquel que regalos campe
ab cristalina corrent
doná vida las plan[e]tas
¿set amarga ara pateys?
¡O poble yngrat; un poch de aygua
negua al que tot o te!
Ell ab sa ma lliberal
la dona al univers!
¡O lo meu fill amantissim
si tinguera de la llet
per refrescarvos la boca
com feya en alguns temps!
¡o fill meu! ¿Com no puchara
ministrar los bocinets
com feya sent vos petit
ab suor de Joseph?
¡A fill amat! ¡Qué yngrat pobere
que en paga de las mercés
quant per ells, si set patiu
vos vol regalar ab fel!

MARÍA MAGDALENA.

¡O señor meu y mon mestra!
¿Com se[nt] vostre lo univers
estau en ta[nta] pobresa
que per aygua sospirau?
Brava desdixa es la mia,
gran pena y desgust meu
que no tinga alguna cosa
de regalo en tant torment
puix vostra set es per mi
se señor que us pagareu
del aygua que per mos ulls
del cor donaré ab dos veus.
¿Qué ses fet lo Rogosias
en casa dels faritzeus
de arromatichs unguents?
Ya sé, Señor, que es la causa,
ya, Señor meu, ya la sé
ques de salvarnos a tots
encara que tant dolent.

SOLDAT.

Puix estas axubat,
ab aquesta tasa de asponya
beu Jesus de natsaret.

(*Alsa lo saldat a asponya en una canya y dona beura a* CHRISTO, *lo qual en averla provada la refusa.*)

SAYÓ PRIMER.

Aquesta si que es baguda;
a fe que recrearem
perque puga predicar
de aquexa trona als abreus.

SAYÓ 2.

Jo, quant he vista la canya
pensau que era astaferm
o que la tal cavalleria
comensava algun torneyx.

SAYÓ PRIMER.

¿Ya la refusas rey nostre?
Es regalada; beu, beus,
que trobarás pochs ostals
en lo camí que as anprés.
Tut presums ques aygua pura;
not penses quet engañem
que la tasa quet donem
es de valent calabrés.

SAYÓ 2.

No a fet mes desgustarlo
aviat es tot complert.

SOLDAT PRIMER.

Es persona de bon fetge.

ST. JUAN.

Tot lo que ta bondat es.

CHRISTO.

A vos, Pare celestial;
a Vos o dich, Pare etern;
perdonaulos que no saben
lo que fan y lo que an fet.

ANNAS.

Puyx a salvat a los tres
¿com no salva a sí matex?
Si est Cristo y ests fill
de Deu unich y...

SOLDAT PRIMER.

Salvauvos per vida vostra
si sou vos rey dels jueus.

MAL LLADRE.

Si tú es Cristo, com dius,
y sabs tot lo que p[r]etens,
quant a tu matex te salves
salvem a nosaltres també.

BON LLADRE.

Dexet tú de aquexas cosas,
que deus temer a Deu,
que si mosaltres patim
es per lo mal que avem fet;
pero ell patex sens culpa
y puyx sens culpa pateyx
y conexem sa bondat
está mal que blasfemem.

SOLDAT PRIMER.

¿Com va, destruidor de temple?
Tú, que ab tres dies no mes
després que vols reparar,
¡es famós pecapedrer!

SOLDAT 2.

¿Com de aquexa creu no baxes?
Si est rey fort y potent
que si us fas per vida mía
en tes asanyes creuré.

BON LLADRE.

Señor, jó confes que sou
señor y rey sempitern;
com siau en vostre Regne
precvos de mi vos recordeu.

CHRISTO.

Dimas; jo te don ma paraula
que los dos nos veurem
en meu paradís.

BON LLADRE.

Señor, la paraula aus prench.

SOLDAT PRIMER.

Aso no va de burlas
puys comença à fer mercés.
Fasamli tres reverencias
y digamli: "Salve Rey".

(*Digan tots junts*: "*Salve Rey*", *tres vegades.*)

SOLDAT 2.

Ab un setro a cada ma
bes sera, be que govern,
y ara que está en lloch alt
per quet conega la gent.

SAYÓ PRIMER.

Ab la corona tant rrica
¿y vas de paxent?
Pero com dus pocha roba
apareyx que vas llaugé.

SAYÓ 2.

Que veurá ab tantas farides
y ab lo cos de sanch cobert
no dirá si ests gallina
en aquex camp de la creu.

SOLDAT PRIMER.

La set li será tornada
ab la boca conech
que solia ser de rosa
y ara es de mata parent.
Tornaume a donar la tasa:
brindis, pare reverent.

SOLDAT 2.

Diu que no vol, que está mal
que pagau masas los reys.

ANNAS.

Puyx te picas de profeta
¿com no bas esfordejaz?
y si est fill de Deu viu
¿com tantas bocas patex?

CAYFÁS.

Si ests Deu y ests Masias
fuyx vuy de nostra poder.
Tú serás pobre balitra
que aurem fet y fet.

(*Entra el* ST. URIÓ *asosegant a los soldats que volen rompre la vestidura de* CHRISTO.)

SOLDAT PRIMER.

Quatra trosos ne faré
y después la partirem.

SOLDAT 2.

Mes valdrá que la juguem.

SOLDAT 3.

Puyx a mi no mestarbé.

CENTURIÓ.

Sosega, soldat, la pendencia;
yo vull consertar les pars:
pudeula jugar a daus.

SOLDAT PRIMER.

No es mala advertencia.

SOLDAT 2.

No convé la rompem;
estaveula vas en terra.

SOLDAT 3.

Bona será per la terra.

SOLDAT PRIMER.

¿A quantas sorts la jugam?

SOLDAT 2.

A la primera; tirau.

SOLDAT PRIMER.

Sis. Yas bon punt tindre.

SOLDAT 3.

Se nos yo la gonxaré.

SOLDAT 2.

Doblons.

CENTURIÓ.

Vostra es y la plegau
Vos aveu tingut ventura.

SOLDAT PRIMER.

Padás, vora, ni costura
donaume los daus a mi.

SOLDAT 2.

Aquills a llensat a terra;
renech dells y de la guerra
y com may los coneguí.

SOLDAT PRIMER.

Tant com puch los e tirats
al diable sells na portats.

SOLDAT 2.

¡O fugaose fos al ort,
so traydor quels a portat!

SOLDAT PRIMER.

La tunica es lo quim dol.

SOLDAT 3.

Jo la estimo un per u;
perque no lam robe a algú
faré no la veja el sol.

SOLDAT PRMER.

Quisá ella te vol servir
que ara pert la resplandor.

(*Aquí convé fer ramor y astripit a modo de tarramot y sis representa de nit se apagarán los llums de* CHRISTO.)

SOLDAT 2.

No me agrada esta doná.

SOLDAT 3.

Jom determino a fugir.

ANNAS.

Las astelas yxan ara;
entra bronca tant obscura
escapar será ventura.

CAYFÁS.

Esta feta no me agrada.

CHRISTO.

Deu meu; nom desempareu
y puyx es tot acabat
en vostras mans, pare meu
encoman lo espirit meu.

(*Inclina lo cap en acabar de dir y se a de fer mayor remor sia posible.*)

ANNAS.

¡O qué tarrible avalot
sea mogut en espirar!

CAYFÁS.

La terra nos vol entregar
ab aquest gran terramot.

ANNAS.

En la montanya no ya
ja persona gran ni xica.

CAYFÁS.

Del mon la fabrica rica
apar se acava ya.

ANNAS.

Fugim a la ciutat
que se obran sos sepulturas.

CAYFÁS.

Desta mort mil desventuras
a sempre profetisat.

(*Vasen tots y hiscan de diferente parts del teatro ab cara de difunts un* ABRAM *y* MOYSÉS *y* NOÉ.)

ABRAM.

Señor, puyx que ma ventura
aveu la vida donada
jo us dexo desacupada
per a vos ma sepultura.

MOYSÉS.

Jo la mia aus oferesch;
sia per a vos, Deu meu,
a be que jo nou maresch.

NOÉ.

La mia a be que tant bella
pesam no sia millor
també ens la oferesch, Señor,
per queus serviau della.

(*Vasen los* PROFETAS. *Isque* LONGINOS *ab una llança y alguns soldats guiantlo per a donar la llansada a* CHRISTO.)

SOLDAT PRIMER.

Longinos, a poch a poch
sacudiuli la llençada.

LONGINOS.

Ya la tinch anarborada.
¿Es aquest que ara toch?

SOLDAT.

Aqueyx ex, pagauli fort.

(*Dona* LONGINOS *la llançada a* CHRISTO. *Ixque sanch y aygua de la llançada.*)

LONGINOS.

Crech que a cobrada la vista.

NOSTRA SEÑORA.

Ammi matau, mare trista.
A mon fill que ya era mort...

(*Tornan aquí a moure lo terramot.*)

SOLDAT PRIMER.

Que se estiga aqui tot sol.
Fugiam del avalot
puyx que torna lo terramot
y veurem lo sol si es post.

SOLDAT 2.

Mil colps me donaré en los pits
de aver en sa mort sabut.

SOLDAT PRIMER.

Pasmat y corregut estich
quant sento tant terribles crits.

SOLDAT 3.

De pyors nos ne vaurem.

LONGINOS.

Sens dupte aquest home es
lo verdader fill de Deu.

ANNAS.

Al pot restá en la creu;
anem que ningú saspera.

NOSTRA SEÑORA.

¡Ay, Señor! y ¿no bastava
estar en sa creu tot nu
que per enseyar lo cor
la llençada aveu volguda? (1)
Ara veurán la finesa
que li costan ynsults
del home puyx no ensenya
lo cor sens anbarga algú.
Del nou
ara es axida la yglesia
esposa tant a son gust
ja ixan los sacraments.
Aquexa cruel llançada
encara que de tant fruyt
a mi me a pasat lo cor
ab lo ferro tant agut.
¡Ay desolada de mí!
¡Ay trista! ¿Com viure puch
vent de tot esclipsada
de mos ulls la clara llum?
Mon fill, ques vida de tots,
en la creu está difunt,
en los brasos de la mort
per redemir lo mon junt.
¿Qué ses feta la alagria
quant per obra consebut
foreu del esperit sant
y del pare goyg comu;
lo contento de los eras
ara paga en plor y
y vent ya vostres llabis
color de coral perdut
se antes
mirantme ab aquexos ulls
ara quels veys tant tancats
me maten y estich sens llum.
Lo sol quant vos veu
de tristor está obscur
y selebra las obsequias
ab tristos atxas acut.
La terra no pot sufrir
que la veam en tal punt
que se obren las sepulturas
de ont yxan molts difunts.
De sentiment las montanyas
ab terramoto confús
se rompen per conmoure
a vostre poble conjur
y vent que te lo pit
tan obstinat y tant dur
per ensenyar lo temple
la vela ara a romput.
¿Aon sou Gabriel ara
quem recort no dificult
que digueren: plena de grasia
mes de dolor o som vuy?
Digureume: entra las donas
beneyta y beney lo fruit
de mon ventra para los dos.
Ara Para selestial
puyx es complert vostre gust
y en vos no están be llágrimes
feu que plore lo junt,
ploren los angels y arcangels,
serafins y virtuts,
lo sol lluna y estelas
cobres de broma lo ayre pur
y la mar que plou mes
dels rius aumenta lo curs
y ells a la terra tota
ya quels homens son tan durs;
y si nou fan you faré
encara que no puch pus
hasta que sia gust vostra
y per tot lo mon salut.

ST. JUAN.

Señora, puyx que la gent
a la ciutat corren fuyg,
deteniu un poch lo llanto
que després plorarem junts.

MARÍA SALOMÉ.

¡Ay, Señor! ¿Qué aviau fet?

(1) Así en el ms. Léase *volgut*.

Sent tan sant y tan just
¿vos an donada la mort
estos abreus importuns?

MARÍA JACOBI.

¡O que terramot tan gran!
las camas nom poden dur.
¡O que me ensenyau, señor,
que sou Deu y just home junt!

MARÍA MAGDALENA.

Abrasarme bull, señor,
ab la taula de aquest fust
pera millor contemplar
que ab tanta broma no puch.

ST. JUAN.

Y jo per que María,
descansar, y acabar vull
aquex acte puyx la vida
ala acabada Jesus.

(*Tiran la cortina acaba lo present acte del puxament de la creu.*)

ACTE TERCER

de la pasiò de CHRISTO NOSTRE SEÑOR *y los qui parlan en ell son los seguens*:

NOSTRA SEÑORA.
MARÍA JACOBI.
MARÍA SALOMÉ.
MARÍA MAGDALENA.
JOSEPH ABIMATÍA.
NICODEMUS.
CENTURIÓ.
Los SOLDATS 1, 2 y 3.
PILAT.
MAURICI.
Un PATGE.
(*Entran* JOSEPH ABIMATÍA *y* NICODEMUS.)

NICODEMUS.

¿Queys aparegut, señor.
de la mort dura y cruel
que a donat ab tant rigor
a Jesus lo poble infell
per serli benefactor?

JOSEPH ABIMATÍA.

Ya e vistas las crueltats
que a usada al poble abreu
que es poble jniquitat
y ara am sabria molt greu
a no averli repucnat.

NICODEMUS.

Señor, a Pilat anem
y alcançada sa llicencia
de la creu lo devallarem
y quant fasa resistencia
per axó no deixarem.
Sens dupta era home y Deu
ab los senyals que a donats
en sa mort posada en creu
per lunivers, y a Pilat
yo pens no li sabra greu.

JOSEPH ABIMATÍA.

Pera mi será ventura
puyx a seguida la mort
una nova sepultura
li daré; tindrá mon ort
ques tancada y segura.

NICODEMUS.

Anem que sa mare plorosa
axí se consolorá.

JOSEPH ABIMATÍA.

Será feta antes de una ora.

NICODEMUS.

Yo sé que be estimará
ques una honrada señora.

(*Vasen y entrará* PILAT, *un* CRIAT *y un* PATGE.)

PILAT.

Estich desasosegat,
que no sé quem fas ni dich
de veurer lo que a pasat,
y tant fora de mi estich
que faré algún desbarat.
Mil vegades repreuí
ab lo que ma avian dit.

¿Qué faré, pobra masquí?
Temo lo que a pasat
que no tornia sobra mi.

MAURICI.

Yo pensava lo señor
que lo ministrar justicia
causa a ningú dolor
quel jutge de la malicia
sols es lo declarador.
Vista ya la ynformació
del que avia predicat
y de tots la acusasió
de quel ayan condemnat,
señor, us sobra raó.

PILAT.

Axó quant varitat fora
lo que an posat en procés
esta canalla traydora
no podeuli provar rey.
Nom desempareu una ora.
De una cosa me aconort:
que ells le an donada la mort
y complir llur voluntat
per que yam so rentat
que es lo quem dona confort.
Ell es poble partinás
yo hom som del Sésar amich
Ells tenan ya Barrabás,
pero ab veritat dich
que son gent de mal compás.

(*Entra un* PATGE.)

PATGE.

Señor, aqui ya un vell
ab la barba veneranda
que demana algún consell,

PILAT.

Pasau los dos a la banda
que sol me vull veure ab ell.

(*Entra* JOSEPH ABIMATÍA.)

JOSEPH ABIMATÍA.

A vos, magnifich señor,
yo com avostre criat
a be que som lo menor
vos prech quem fasau favor
de donarme al crusificat.
Ser[á] ferme be[ne]fisi
perque estaría molt mal
que estigués en lo suplisi
en la pasqua principal
puys sabeu que era son vici.

PILAT.

Com es mort ya per ventura
¿an li los osos trencats?

JOSEPH ABIMATÍA.

Sí an al condemnats,
que a ell la pena tant dura
la mort y torments obrats.

(*Entra* CENTURIÓ *armat ab alguns soldats.*)

CENTURIÓ.

Señor, si em donau llisensia
y la pena am dona lloch
vos diré lo que a pasat
de Jesuchrist en la mort.
Arribats an al Calvari
ab lo so funest y roch
em trobat ya de les reus
apunt y aminits los clots
y cridant ab crits confusos
feyam que parlar a tots
que per ser tanta la gent
era flach mon esquadró.
Posada la creu en terra
ab rabia los sayons
a Jesus la vestidura
an arrencada ab furor,
y com tenia los nafras
frescas dels cruels asots,
corrian torrents de sanch
de las venas per mil lloch;
y quant ses vist despullat
com era tant verguñós,
a mostrat tant sentiment
que us a fet plorar a tots
ab umilitat profunda
quant en terra los genolls
aclavats lo veu al

per obliarnos a tots
sens donar quexa al poble
sobrant li tant la rao
a son pare selestial
a ditas dolsas raons,
per quant era mans anell
posat al degollador.
Ses estés sobra la creu
sens parlarli ningún mot.
A les hores, los buitxins
com a rabiosos llops
lan pres per les mans y peus
pera clavarlo millor
ab un clau foriat de cuyas
poch agust pero mils fort
li an clavada la ma
a mi me an clavat lo cor;
y volentli clavar laltra
perque no ariba al loch
del forat de la barina
lo an descoyuntat tot.
Per clavarli los peus
li an donat tant grans colps
que no llansar tanta sanch,
foren restats com uns bots.
Al queus estat clavat
ab confusos avalots
lan alsalt per quel vesent.
Aqui lo llanto de sa mara
la congoxa y los plors
per a pleferir los nom
bastaría lo cor dona per fill ara
a Sant Juan vostre nabot
y vos Juan preneu per mara
a ellas queu es de tots.
A Dimas quel blasfemava
y li a demanat per do
li an dit: al paradís
avuy nos veurem los dos.
Ya fatigat de les penes
ab un sospir dolorós
a dit que tenía set
de la febra de la mort.
A mi me a causada pena
que per donarli confort
li an donat fel y vinagre
com si no patia prou.
Després ha cridat un criat
que a tots a causat temor (1)
a son Para celestial
dient quel dexava sol.
Com acabada de la veu
yo judich que tot lo mon
ab un terramoto terrible
en continent li a respost.
La terra com afligida
y mara que u es de tots
veyent la terribla
per sospirs a llensat trons
y rompense las entranyas
de sentiment y dolor
per a ferlo a Jesus
della son axits los morts
y perque ningú nol vera
sens roba vestit de sots

ploran sa pena y sa mort (2)

per la matexa rao
y sentiment de lo que feyam
pretench que us a dexats sols
veent aquexos prodigos
y a causa del terramot
retirarse de la creu
a tots es estat forsos
ab tots yom so tornat
ab los soldats y soyons
y avem rompudas las camas
als lladres que no eran morts
pera probar si Jesus
ara en cara del tot
li an donada una llansada
Longinos en dret del cor;
en lo punt de sanch y aygua
li a oberta una font
qui li a tornada la vista
dexan nos pasmats a tots.
Al fi, vent tan miracle

(1) En el ms.: *tenuer*.

(2) En el ms. hay los espacios que señalamos, y que sin duda los dejó el copista para poner después los versos que no sabía leer.

yo dich: invisto pretor
que aquest home era fill de Deu
y quem pesa layam mort.

PILAT.

No sé ara que mi fasa.
Centurió; bé sabeu vos
e rrestit a llurs crits y rancos.
Ma muller en una carta
tan be me ancaría molt
que no donás la sentensia
perque lome era bó.
Digueraume que dirian
que era en el Sésar traydor
y que sobre ells y llur fills
la sanch sua sempre fos;
no rentí antes no fonch
devulgada la sentensia
yls lo mal factor.
No sé ara que me fasa.

JOSEPH ABIMATÍA.

Quem dona llisansia, señor,
per baxarlo de la creu
y per enterrar lo cos.

PILAT.

Perqueus desitxo servir
de bona gana aus la dono
pero convindrá que veyen
alguns soldats dels millors (1)
a guardar la sepultura
seguellada de mon nom
perque me an dit los antichs
que tenan ara temor
que nol roben los dexebles
per anganyarnos a tots
perque yals avia dit
en alguna ocasió
que prest resucitarian
de dintra de la sepultura clos.

CENTURIÓ.

Jo aniré a guardarlo
si gusta ab dos esquadrons.

JOSEPH ABIMATÍA.

Y jo puyx tinch la llisensia
no dich dintra de mon ort
li daré la sepultura
pero dintra de mon cor.

(*Vasen y diga* ST. JUAN *al peu de la creu, aont serán las tres* MARÍAS *y* NOSTRA SEÑORA.)

ST. JUAN.

¿Com puch jo veure señor,
contemplanvos en la creu
ara mor per son amor?
Si be mes nos ploreu
per salvar lo pecador
la sanch vos cobrá la cara
lo torment en acabat
pero lo meu comensa ara
venvos tan maltractat
Jesus meu y prenda rara
y vos mare queu sereu
de mi puys Jesus o vol
prech vos que mes no ploreu
quel cor sem cobri de dol
ora es queus aconsoleu.

NOSTRA SEÑORA.

¡Ay, Juan! ¿Com puch estar
sino trista y afligida?
No puch sino sospirar
que com veys morta ma vida
¿com me puch aconsolar?

ST. JUAN.

Ab mi, señora, poreu
perque may vos dexaré.
¡Ay, señora, no ploren
perque sempre au serviré
de la manera veureu!

MARÍA MAGDALENA.

Mirau Jesus com está.
Plorem germanas y amigas
veyen ta mara ya
morta de tantas fatigas.

ST. JUAN.

Alsau los ulls, señora,

(1) Este verso está repetido y tachado la segunda vez.

perque veys en lo camí
que torna la gent traydora.

NOSTRA SEÑORA.

¿Qué será, trista de mí,
que vingan en aquesta ora.

ST. JUAN.

Señor[a], teniu valor
Joseph abarimatía
es lo que plora de dolor
que vostra car fill tenia
gran voluntat y amor.

(*Entra* JOSEPH ABIMATÍA *y* NICODEMUS *ab escales y estanalles.*)

NICODEMUS.

Lo plant que Maria fa
per sert quem romp les entranyes.

JOSEPH.

Jo dich que las rompra
a les mes dures montanyes
y a mi al cor me falta ya.

(*Fa acatament* JOSEPH *a* CHRISTO *y a[g]eyonalls.*)

Adoramte los segrat
de gran redemtor
ascopit y asotat
y per tenirnos amor
en lo creu tan maltractat.

NICODEMUS.

Señor, Rey Omnipotent
yau reconeixem per Deu
gran es nostre atreviment
de baxarvos de la creu
mes mirau lo intent.

JOSEPH.

Señora, un tant la amargura
ara podeu sosegar
que per donar sepultura
los dos a vostre fill car
asins aporta la ventura.
Ya llisensia tenim
pero fero de Pilat.

Lo que vos sentia, sentim
y moguts de pietat
a desclavarlo venim.
Ya se que no marexem
tocá a son sagrat cos
pero a vos lo donarem
que puyx noy abastau vos
los dos lo desclavarem.

NOSTRA SEÑORA.

Ell vos sabrá ben pagar
la caritat que teniu
de volerlo desclavar
aconsolam que sentíu
lo que yo no puch pasar.
Así sola som restada
sino per estas parentes
me an sempre aconsolada.

MARÍA JACOBI.

Las tres seriam contentas
vostras pena aver pasada.

NICODEMUS.

Señora, abans que no tornasen
seria be quel desclavasem,
per que mort nol maltractasen
estos de Jerusallem
y la vantura ans llavasen.

NOSTRA SEÑORA.

En enaverlo desclavat,
señores, donalmel a mi.

MARÍA JACOBI.

Possan lascala aviat.

MARÍA MAGDALENA.

Juan, ajudau aqui
a desclavar a mon amat.

(*Ariban las escalas a la creu y* JOSEPH *se agenolla antes de montar a desclavar a* CHRISTO. SANT JUAN *tinga las estanallas y las dona a* JOSEPH *com sia en la Creu escala.*)

JOSEPH.

Donaume, señor, valor

pera que puga tocarvos
pero be sabeu vos, Señor,
qui travir a desclavarvos
es afeta del amor.

NICODEMUS.

Donaume forza, Señor meu,
en aquesta coyuntura
per baxarvos de la creu
y donarvos sepultura
conforme vos marexeu.

(*Muntan* JOSEPH *y* NICODEMUS *a las escalas y van dient desclavanlo.*)

JOSEPH.

Señor, que teniu victoria
ab exa corona despinas
sempre la tindreu en memoria
ab estas puntas divinas
será corona de gloria.

NICODEMUS.

¡O Deu meu; rey de yrael!
¡Quántas vostres nafres son!
¡O divino Emanuel,
com vos a tractat lo mon
que en la boca [teniu] fel!

JOSEPH.

Adorote sagrada ma
per ma causa mal ferida
ella lo sel me obrirá
que, qui mi a dada la vida
la gloria tambe am dará.

NICODEMUS.

La ma vos adoro, Señor,
que puyx per mi brota sanch
nom castigará ab rigor,
antes me traurá del fanch
de traballs y de dolor.

JOSEPH.

¡O Deu meu, com ensenyau
que no sou amat fingit
puyx lo cor mos amostrau
desta finestra del pit
de a ont a tots nos cridau!

¡O qué rubins excelents
la dexam ben adornada
si fa bruada ab torments
y ven no está tanca[da]
son axits los saximents.

NICODEMUS.

Aquestos claus molt fort estan
donaume per desclavarlos
las estanalas Juan.

JOSEPH.

Per poder sostentarlo
las tovallas li tindrán.

(*Trau* JOSEPH *unas estenallas per lo de* CHRISTO *y per los brasos de la creu los posarán per sostentarlo.*) (1)

NICODEMUS.

Preneu esta part Madalena;
vos, Joan, laltra pendreu.

MARIA MADALENA.

¡Ay Deu meu, y ma alegría,
ya debaxau de la creu
per salvar.

ST. JUAN.

Los dos tindremos ben fort,
noy ya sino desclavar.

(*Va desclavant a* CHRISTO *y digue* JOSEPH.)

JOSEPH.

Aquest clau molt fort está
que may lo puch arrencar,
Jesús meu y mon confort.

(*Ar[r]enca laltre clau* NICODEMUS.)

NICODEMUS.

Clau cruel y ditxos
que ab sanch est senyal de pau
adorta, quest preciós
y sen clau serás la clau
per obrir los pecadors.

(1) Fácilmente se comprende el error: *estenallas* por *tovallas*.

JOSEPH.

Jesus que estau dur
en la carn del salvador
que sent dur la tornat pur
adorta que ab tant favor
estaré fora y segur.

(*Desclavanli los peus.*)

NICODEMUS.

Adoranvos claus segrats
y donanvos mil abrasos
que ara estau tan mal tractat
en paga de tans sants pasos
y per tots avem tornats.

(*Acaban de baxar a* CHRISTO *del creu yl posan a la falda de* MARÍA SACRATÍSSIMA.)

NOSTRA SEÑORA.

¡Ay lo meu fill car!
¿Que ses fet lo temps
que erau lo descans
de mi y Joseph?
Difarens abrasos
vos doní, fill meu,
que donants los pits
vos dava en Ballem;
lo que me advertí
Simeon lo bon vell,
ara en mi, trista,
se será complert.
¡Qué rica corona
portau, lo fill meu! (1)
Rica prenda aus dona
vostre poble abreu.
Los ulls que eran de or
de vostres cabells
que mon cor apretan
son negras cordells.
Negra sanch glosada
destos ulls que sols
eran resplandents.
Vostra cara ermosa
que era rich roser
de encarnadas roses
lliri blanch ara es.
Viola de alta mar
alta dels formens
vostres llavis son
que eran royx clavells
que son lliberal
amat amich fill
ensenyau a tots
ab lo pit obert
diga no las mans
que los claus cruels
vos an foradadas.
Si pobre sereu
avuy o sou tant
que sens roba eus veyx
sent Deu y senyor
de tot univers.
Vos la sep[u]ltura
dareu a Moysés
àra aus fará falta
que leu menester.

JOSEPH.

No fará, Señora,
per que tot es seu
donaumos llisensia
hil enterrarem.
Yo tindré, Señora,
no ploreu per ell,
dintra de mo[n] ort
nova sepultura.
Aqui Nicodemus,
dexebla tan be
per sonsus[ten]tarlo
aporta ungents
pera preservarlo
no son manester
pero es costum
esta dels ebreus
que ell vist que sempre
en la lley sotmés.
A la mort voldrá
guardar esta lley
per Inmortellarlo
aquí també

(1) En el ms.: *lo meu fill.*

un llansol ques prou,
no com ell mareyx
puyx que Nicodemus
enterra los ten.
Ab vostra llisensia
lo pendrem los peus.

NOSTRA SEÑORA.

Aguardau un poch,
señor, no eviteu
que sense mirarlo
prou temps estaré
¡ay, trista de mi!
¿Qué será, Deu meu,
sens vostra presensia?
Ara am moriré
en la sepultura
los dos estarem
que sent vos vida mia,
sent mort, ¿com viuré?

NICODEMUS.

Advertiu, señora,
ques tart y convé
quel enterrem ara
que aprés no porem,
perque los enterros
la lley proybeyx
ferlo disapta.

NOSTRA SEÑORA.

Fosas, Pare Etern.

(*Posan la mortalla a* CHRISTO.)

MARÍA MAGDALENA.

Jo quel renti ab llágrimas
fraguil ab cabells
ara en lo enterro
pendrells per los peus.

NOSTRA SEÑORA.

Antes de cobrirlo
la cara primer
li vull adorar
y fasas vostre yntent.

(*Adora a* CHRISTO. *María y acaban de cubrirlo.*)

Ara en nit escura
del tot restaré
que a pasat del tot
mon sol lo ponent.

JOSEPH.

Anem prest, Señora,
convé caminem
antes no tornen
así los jueus,
y per maltractarlo
ab algún decret
no sel ne portasen
a Jerusalem.

NOSTRA SEÑORA.

¡Ay, trista de mi;
tot poría ser
ques per mes encara
tant ingrata gent.

NICODEMUS.

Los dos per lo cos
Señor[a] al pendrem.

ST. JUAN.

Y yo per lo cap
plorant lo pendré.

MARÍA SALOMÉ.

Las dos a María
acompanyarén.

MARÍA MAGDALENA.

Y yo com e dit
li pendré los peus.

JOSEPH.

Lo mayor enterro
que may ses fet
a be que sens pompa
tan farem.

(*Aportan a* CHRISTO *a la sepultura cantant: "In exito Ysrael", o lo que mes convinga, anirán rodant lo treato fins de allí ont será la sepultura y en ella dirán cada qual agenollats versos.*)

Deu te salve, sepultura

dels Reys no an conegut;
Deu te salve, cobertura
sacrari y sacra clausura
del millor cos que y agut.

NICODEMUS.

Deu te salve, rich secrari
que tens lo millor tresor;
Deu te salve, reliquiari
del cos de nostre Señor
que avent nostre contrari.

ST. JUAN.

Deu te salve, part sens part
que pert per tots est ja
hont tots venen a parar
y lo mayor capitá
ara sens vingut honrat.

MARÍA SALOMÉ.

Deu te salve, arquimesa
que te la yoya mes bella
de mes ser y mes noblesa
que sols a pogut ser ella
axir de tanta bellesa.

MARÍA JACOBI.

Deu te salve, ermós trono
de ont unt predicá un difunt
que tot lo univers atura
sens patrano sens adyunt
de amor la doctrina bona.

MARÍA MAGDALENA.

Deu te salve, forn de amor
dintra lo qual está lo anyell
que llança tant rich olor (1)
sols lo amor a pogut ser ell
acabás ab tant ardós.

NOSTRA SEÑORA.

Deu te salve, pedra pura
que verge mes imitada
que si Deu dins
per ser verge mes astimada
te estimo per sepultura.

(*Alsen tots j[u]nts.*)

JOSEPH.

Señora, puyx esta llosa
la sepultura ont trapasa
vostre fill, mes no ploreu;
anem adorar la creu.

NOSTRA SEÑORA.

Dexau baxar la llosa
¿com puch de alli partir?
Si axi dexau ma vida,
¿com poré sino morir?
En aquesta despedida
que no la puch mes sufrir.

[JOSEPH.]

No resteu aqui, señora,
per que no sufreyx lo amor
y no consent ma amargura
que aqui tinga sepultura
sino dintra de mon cor.

(*Vasen a fer la adoració de la creu y hisqua lo* CENTURIÓ *ab alguns soldats.*)

CENTURIÓ.

Sou valerosos soldats;
jous diré lo que volia
puyx veniu tan ben armats
al ort de barimatía
convé no aneu descuydats
guardareu la sepultura
de Jesus de Nasaret.

SOLDAT PRIMER.

Temo alguna desventura
yam sento que sento fret
en pansar en sa figura.

SOLDAT 2.

Lā cara tan congoxosa
feya posat en la creu
que era una cosa espantosa.

CENTURIÓ.

Yo crech que era fill de Deu,
segons la mort provexosa.

(1) A continuación, tachado: *per ser verge mes estimada.* Sobre el carácter del ms. y pasajes alterados véanse las *Observaciones preliminares* en el tomo I.

SOLDAT 3.

Deu vulla quell terramot
no torne com a mitg dia.

SOLDAT PRIMER.

Si u sabes, mentornaría,
que temo molt lo avalot.

SOLDAT 2.

Y hixan los difunts
pregunto yo ¿quens farem?

SOLDAT 3.

Allá ans ne consertarem
y tornaremnos ne tots junts
y descansats dormirem.

SOLDAT PRIMER.

A fé que es brolovera
voler fer vetllar un mort
dintre de la sepultura.

CENTURIÓ.

Anou, el soldat que es mes fort
qualsevol cosa aventura.

(*Vasen a la sepultura allí dormirán, y entri a* JOSEPH *y* NICOMEDUS *y* ST. JOAN *y las tres* MARÍAS, NOSTRA SEÑORA *y tots agenollats farán la orasió del creu.*)

JOSEPH.

Deu te salve, segur port
de tots los trabals confort
Creu de Cristo afavorida
se donanten en tu la vida
morint a mort a la mort.

NICODEMUS.

Salus única esperansa
de tots los que tenan...
de qui té serta esperansa,
del diluvio universal
verda[dera] única oliva.

ST. JUAN.

Salve taula que ha apegat
de tot lo on lo rescat
satisfet al pare etern
y destruyx lo infern
per que al credit alsat.

MARÍA JACOBI.

Salve clau que has oberta
la porta de paradís
per tancada tan inserta;
salve nau que del avis
que la gloria aya certa.

MARÍA SALOMÉ.

Salve, vara de Moysés,
ab que Cristo a castigat
y llansats a tots través
a [h]uy, lo infern plegat
y cura a los demés.

MARÍA MAGDALENA.

Salve, creu que dels difuns viua
consolasió dels vius
ara serás beneyda
que pasa vida afligida.

NOSTRA SEÑORA.

Salve creu que era esposa
de mon espos y fill meu,
y est astada ditxosa
que as tingut lo matex Deu
que en la sepultura reposa.

(*Alsen tots junts.*)

JOSEPH.

Anem, Señora, anem
puyx avem fet acato
a la creu y caminem
no diua vostre recato
que dins aquí restem.

NOSTRA SEÑORA.

Asi lo meu fill es mort,
pero un tant aconsola
que a mort a la mort
que si ve yo resto sola
lo mon resta en segur port.
Acompanyeume, señors,
fins que sia a la ciutat
y sereu de mis dolors

y de ma trista soledat
un tans aconsoladors.

NICODEMUS.

Señora, amostrau valor,
que tots vos acompanyarem
que sentim vostre dolor
y en los trebals conexem
la finesa del amor.

NOSTRA SEÑORA.

Per salvá gent pecadora
mon fill a dada la vida.

MARÍA MAGDALENA.

Donaume la ma, Señora,
no anem tan afligida
que totom queus veu, plora.

JOSEPH.

Puyx avem acabat lo enterro
vingau tots acompanyar
la verge en aquest desterro
y ayudemli a plorar
y perdonau si agut error.

(*Omnia sup correcsione sant[a] matris es-glesia.*)

FIN.

INDICE

PÁGS.

La gitana melancólica..... 1
La nuera humilde..... 41
Los amantes de Cartago..... 82
El mercader amante..... 122
La fuerza del interés..... 162
La suerte sin esperanza..... 204
El gran patriarcha don Juan de Ribera..... 245
Vida y muerte del santo fray Luis Bertrán..... 286
La venganza honrosa..... 331
El hijo obediente..... 375
El marido asigurado..... 420
Triunfante martirio y gloriosa muerte de San Vicente..... 471
La belligera española..... 514
La burladora burlada..... 560
La fe pagada..... 608
Apéndice: La Passió de Christo Nostre Senyor..... 655